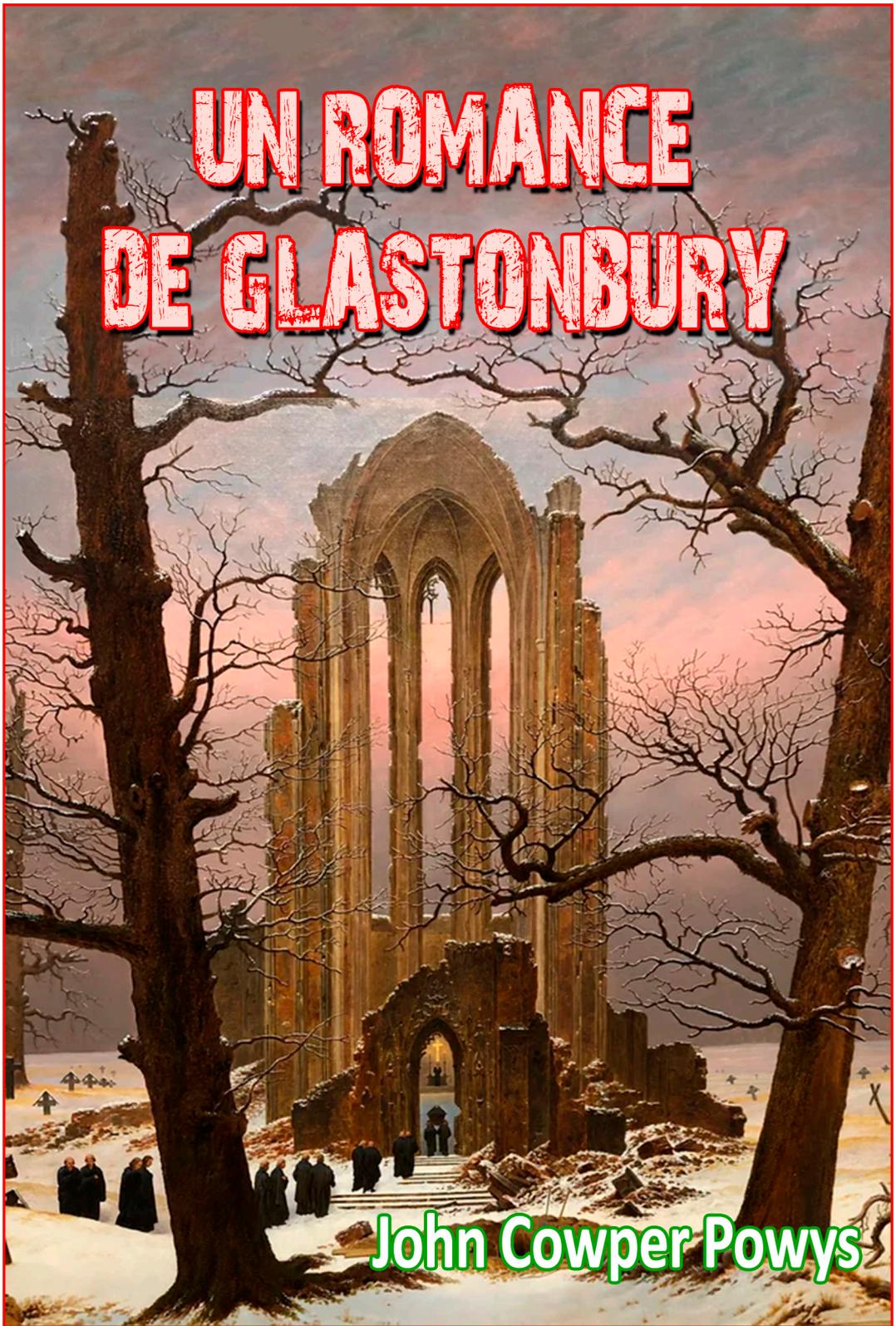


UN ROMANCE DE GLASTONBURY



John Cowper Powys

Publicada por primera vez en 1932, esta es la obra maestra de John Cowper Powys, una novela épica de tremenda fuerza acumulativa e intensidad lírica. En ella, entrelaza lo antiguo con lo moderno mientras explora el espíritu místico y espiritual del pequeño pueblo inglés de Glastonbury y el efecto que tuvo sobre sus habitantes una tradición mística del pasado más remoto de la historia humana –la leyenda del Grial– para crear una obra de alcance y belleza asombrosos.

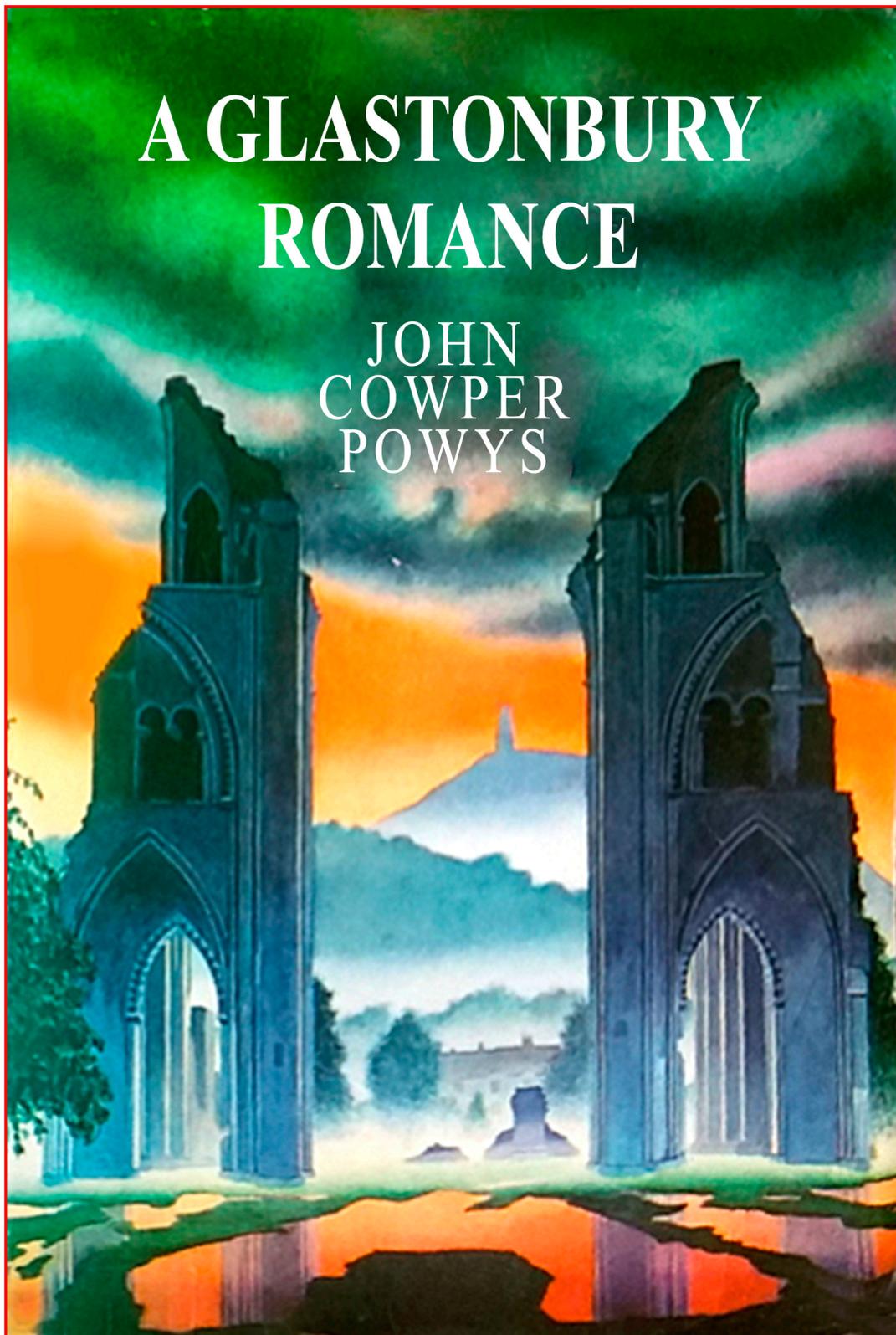
En cuanto a sus dimensiones y a su plan, *A Glastonbury Romance* es el tipo de libro episódico extenso y repleto de personajes que era común en los años treinta del siglo XX.

La posibilidad de instauración de una comuna municipal en la localidad, servirá al autor, que entonces se estaba adentrando en el anarquismo, para analizar las diferencias entre el comunismo marxista y el anarquista, aunque como puede esperarse, ese hecho no ocupa mucho lugar en el desarrollo del argumento de la novela.

Un resumen de la trama podría hacer que pareciera engañosamente corriente. Pero es diferente de todos los demás libros de este tipo (casi de todos los demás libros). Mientras se lee, hace que todas las demás novelas –casi todas las demás novelas– parezcan mediocres.

A GLASTONBURY ROMANCE

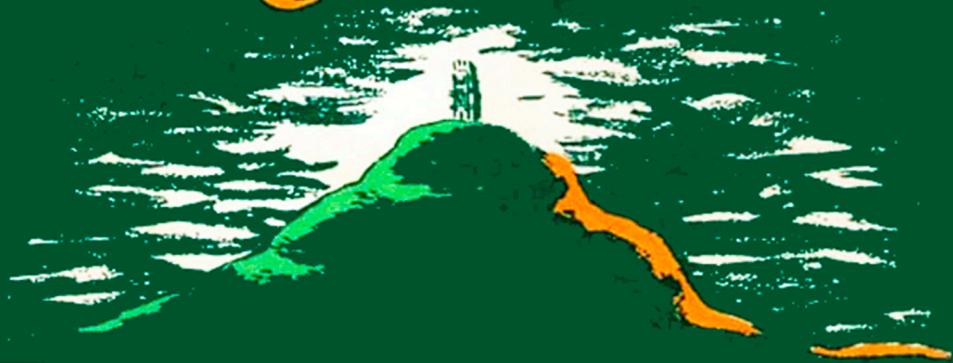
JOHN
COWPER
POWYS



John Cowper Powys

UN ROMANCE DE GLASTONBURY

A
Glastonbury
Romance



JOHN COWPER
POWYS

A Glastonbury romance

Edición de 1934

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

ÍNDICE DE CONTENIDO

Personajes principales

Notas del autor

PARTE PRIMERA

I. La voluntad

II. El río

III. Stonehenge

IV. Hic Jacet

V. Casa rural Whitelake

VI. La mirada de un santo

VII. Carbonek

VIII. Wookey Hole

IX. El pecado imperdonable

X. Geard de Glastonbury

XI. Consumación

XII. El golpe doloroso

XIII. La espada del rey Arturo

XIV. Jueves Santo

XV. La corte de Mark

- XVI. El cuenco de plata
- XVII. Primero de mayo
- XVIII. Oráculos y augurios
- XIX. La representación

SEGUNDA PARTE

- XX. Idolatría
- XXI. Estaño
- XXII. Viento y lluvia
- XXIII. El milagro
- XXIV. “La naturaleza parece muerta...”
- XXV. Conspiración
- XXVI. El bautizo
- XXVII. El arco sajón
- XXVIII. El Grial
- XXIX. La barra de hierro
- XXX. El diluvio

ACERCA DE JOHN COWPER POWYS

A MI HERMANA MENOR Y A MI HIJA MAYOR

LUCY AMELIA PENNY



Glastonbury Tor es una colina en Glastonbury, en Somerset (Inglaterra), coronada por un edificio sin tejado: la torre de San Miguel. Tor es una palabra de origen celta que significa "colina cónica". Los britanos la conocían como Ynys yr Afalon ("La isla de Avalon") por lo que se cree que podría ser el Avalon del legendario Rey Arturo.

“Bet y march, bet y guythur,
bet y gugaun cletyfrut,
anoeth hid bet y arthur.”

“Una tumba para Mark, una tumba para Gwythur,
Una tumba para Gwgawn de la Espada Roja,
No era prudente (pensar) en una tumba para Arturo”.

EL LIBRO NEGRO DE CARMARTHEN

Traducción de JOHN RHYS

PERSONAJES PRINCIPALES

John Geard, *secretario y ayuda de cámara del difunto canónigo William Crow; más tarde alcalde de Glastonbury.*
Megan, *su esposa.*

Cordelia y Crummie, *sus hijas.*

Philip Crow, *industrial de Glastonbury.*

Tilly, *su esposa.*

John y Mary Crow, *primos de Philip y entre ellos.*

Elizabeth Crow, *hija del difunto Canon Crow; tía de Philip, John, y Mary*

Perséfone Spear, *esposa de*

Dave Spear, *medio hermano de*

Nell Zoyland, *esposa de*

Will Zoyland, *hijo bastardo de*

El Marqués de P., *padre de*

Señora Rachel Zoyland.

Edward Athling, *granjero y poeta.*

Euphemia Drew, *solterona y empleadora de Mary Crow.*

Tom Barter, *representante de Philip Crow.*

Owen Evans, *anticuario galés.*

Mat Dekker, *vicario de Glastonbury.*

Sam Dekker, *su hijo.*

Charles Montagu Fell, *doctor discípulo de Epicteto*

Barbara, *su hermana.*

Tittie Petherton, *una paciente con cáncer.*

Red Robinson, *ex capataz de Crow Dye-works.*

Nancy Robinson, *prima de Red, enfermera de Tittie.*

Penny Pitches, *sirvienta en casa de los Dekker.*

Abel Twig y Bartholomew Jones (“Número Uno” y “Número Dos”), *viejos amigos.*

Isaac Weatherwax, *jardinero de los Dekke~s y Euhhemin Drew.*

Lily y Louie Rogers, *hermanas; sirvientas en casa de Miss Drew.*

Tossie Stickles, *sirviente de Elizabeth Crow.*

Nancy Stickles, *una devota discípula del Sr. Geard.*

Madre Legge, *alcahueta.*

El joven Tewsy, *portero de la “otra casa” de Madre Legge.*

Bet Chinnock, *una loca.*

Jenny Morgan, *ex amante de Philip Crow.*

Nelly Morgan, *su pequeña hija no reconocida.*

Finn Toller, *alias Codfin.*

Elphin Cattle, *novio de Sam Dekker.*

Paul Trent, *abogado, anarquista.*

John Beere, *abogado.*

Angela Beere, *su hija.*

Jackie Jones, Sys, Bert Cole, *Miembros de la banda de Nelly Morgan.*

Lugar: *Glastonbury, Inglaterra y sus alrededores.*

Época: *finales de los años 20 del siglo XX.*

NOTA DEL AUTOR

Ni una sola escena, situación, personaje o episodio de este libro ha sido extraído, en ningún sentido ni aspecto, de la vida real. Todo es pura invención, y el autor desconoce absolutamente a algún individuo vivo ni a ninguna industria existente en el Glastonbury de nuestro tiempo. Las únicas dos personas que, aunque *sólo* de forma remota y engañosa, tienen alguna relación con la experiencia del autor son el canónigo Crow y el arquitecto de Londres; de éstos, el primero no aparece hasta después de su muerte, y el segundo sólo en sus edificios, que son enteramente imaginarios.

DECLARACIÓN Y DISCULPAS DEL AUTOR

Se ha llamado la atención del autor sobre ciertas semejanzas externas entre su personaje, Philip Crow, y el capitán Gerard William Hodgkinson, MC, que fue durante algún tiempo el propietario de Wookey Hole Caves y que ahora es el director general de la empresa a la que se ha transferido esta propiedad. El autor desea dejar claro que Philip Crow es una figura completamente imaginaria. Ignoraba por completo el hecho de que Philip Crow se parecía exteriormente al capitán Hodgkinson y desea dejar claro con el mayor énfasis que no pretendía que Philip Crow se identificara de ninguna manera con este caballero. El autor añade sus más sinceras disculpas por cualquier molestia que pueda haber causado al capitán Hodgkinson.

PARTE PRIMERA

I. LA VOLUNTAD

Al sonar el mediodía de un cierto cinco de marzo, se produjo, dentro del radio causal de la estación de ferrocarril de Brandon y, sin embargo, más allá de los pozos más profundos del vacío entre los sistemas estelares más remotos, una de esas ondas infinitesimales en el silencio creador de la Primera Causa que siempre se producen cuando una agitación excepcional de conciencia elevada agita a cualquier organismo vivo en este universo astronómico. Algo pasó en ese momento, una onda, un movimiento, una vibración, demasiado tenue para ser llamada magnética, demasiado subliminal para ser llamada espiritual, entre el alma de un ser humano particular que estaba saliendo de un vagón de tercera clase del tren de las doce y diecinueve desde Londres y el alma divina–diabólica de la Primera Causa de toda vida.

También en el alma del gran sol resplandeciente, mientras derramaba sus rayos sobre la cabeza de aquel hombre, que acondicionaba cómodamente en su mano izquierda su negra bolsa de viaje y en la derecha una rama de avellano, se percibían complicadas vibraciones sobrehumanas; pero éstas sólo tenían una conexión minúscula, mínima y remota con lo que el hombre estaba sintiendo. Tenían una conexión mayor con los sentimientos de ciertas tribus primitivas de hombres en el corazón de África y con los sentimientos de unos cuantos sabios intelectuales en diversos lugares del mundo que tenían suficiente imaginación para reconocer la personalidad consciente de aquel astro ardiente que lanzaba a lo lejos y a lo ancho sus fuerzas magnéticas dadoras de vida. Rugiendo, creciendo, agitándose, reuniéndose, ascendiendo, avanzando, retrocediendo, los enormes pensamientos de fuego de esta enorme luminaria surgían sin resistencia de un lado a otro, evocando un aura turbulenta de actividad psíquica, correspondiente a la energía de su colosal cuerpo físico, pero que afectaba los nervios de este bípedo microscópico menos que el viento que soplaba contra su rostro.

Mucho más cerca de los sentimientos conscientes y semiconscientes del hombre, mientras con su abrigo abotonado bajo la barbilla y sus dedos apretando un palo y una bolsa se dirigía a la entrada de la estación, donde los vastos y soñadores movimientos vitales del alma de la Tierra, conscientes de una manera misteriosa de todas y cada una

de las Conciencias, humanas e infrahumanas, a las que ha dado a luz, la Tierra podría haber tocado con una vibrante inspiración a este particular hijo suyo, que a las doce y veinte minutos entregó su billete al jefe de estación y partió por una estrecha y polvorienta carretera de marzo hacia Brandon Heath. Que ella no lo hiciera se debió al simple hecho de que el hombre, en lugar de pedirle ayuda a ella, invocaba habitualmente el alma de su propia madre muerta. Celosos y exigentes son todos los dioses, y un culto dividido es aborrecible para ellos.

John Crow, antes de abandonar el andén, había echado una rápida y sospechosa mirada de soslayo al grupo de compañeros de viaje que se había reunido en torno al montón de equipajes arrojados desde el furgón por los guardias. Todos, sin excepción, parecían, a su agitada mente, ir vestidos con ropas funerarias. Él mismo llevaba una gran banda de crespón cosida en la manga y una corbata negra. «Me alegro de haber ido corriendo a casa de Monsieur Teste a comprarme una corbata negra», pensó mientras se enfrentaba al viento en la carretera abierta. «Nunca se me habría ocurrido si Lisette no me hubiera empujado a ello al final».

John Crow era un hombre frágil, escuálido y de complexión delgada, de treinta y cinco años. A los veinte se había convertido en un huérfano sin dinero. A partir de entonces había empezado a ganarse la vida de manera precaria y algo miserable en París. En sus rasgos demacrados se podían ver

claramente las huellas de esos quince años de vida irregular. En sus pómulos altos y en la caída de su boca se cernía algo entre la debilidad de un vagabundo congénito y el idealismo desequilibrado de un Don Quijote. En su rostro existía una contradicción bastante inquietante. Había un constante tic en las mejillas bajo las cuencas hundidas de los ojos; y esta peculiaridad, combinada con un sesgo furtivo, casi astuto, en la contracción de sus párpados, contrastaba desconcertantemente con la expresión de sus ojos. Esta expresión se parecía a una mirada particular, como de una criatura marina sin alma humana, como la que Scopas¹ da a sus creaciones.

Un cielo azul frío y un viento cortante del este acompañaban a John Crow mientras tomaba el camino desnudo y bordeado de hierba hacia Brandon Heath. La incomodidad física producida por este viento y la concentración de sus fuerzas corporales para luchar contra él pronto hicieron caer de un plumazo la excitación emocional.

En ese momento, el tren se había detenido. La onda magnética del alma divino–diabólica de la energía creativa de más allá del espacio y el tiempo, que había correspondido a su estado de agitación, si no la había causado

1 Scopas o Escopas fue un célebre escultor y arquitecto clásico griego del siglo IV a. C. Praxíteles, Lisipo y Escopas son los tres grandes escultores representativos de la segunda fase del clasicismo.

directamente, se hundió en una quietud recíproca; y la tensión y el esfuerzo físicos que ahora experimentaba fueron respondidos en la lejana Causa Primera por una pasividad retraída, como si una parte de esa fuente de vida cayera bajo la constricción de la congelación. El rugido silencioso del gran horno solar allá arriba, en el vasto éter, también se volvió, en ese momento, más que meramente indiferente a los movimientos de esta criatura infinitesimal que avanzaba hacia las extensiones cubiertas de helechos del brezal, como una hormiga negra en una maceta. Los movimientos del hombre ahora se volvieron cansados y lentos, aunque vio las palabras "A Northwold" en un cartel recién encalado. El cuerpo del tornado de la paternidad, zumbando, rugiendo y arremolinándose en sus enormes torbellinos de gas ardiente, ocultaba en ese momento un alma que asociaba a John Crow no sólo con seres que se negaban a invocar su divinidad, sino con seres que, en su maliciosa impiedad racional, le negaban positivamente toda conciencia. Sin embargo, entre todos los grandes dioses que lo rodeaban, el alma de la Tierra era la que permanecía más celosa y hostil. Debió de ser vagamente consciente del sentimiento estrecho y concentrado, exclusivo, misántropo, que experimentó John al acercarse a la casa de su madre muerta. Y así, mientras lanzaba vibraciones temblorosas a través de los brotes de color amarillo verdoso de los arbustos de espino, a través de las tiernas flores blancas de los endrinos, a través del temblor plegado de las frondas de los helechos y el brillo metálico de las celidonias, se negó a dar a John

Crow esa exquisita sensación de bienestar primordial que daba a los demás. Por qué, al pensar en su madre, se sentía tan triste, era un hecho extraño que escapaba al análisis de aquel hombre. ¿Cómo podía saber que, mezclados con su conciencia de los musgos húmedos y verdes, de los líquenes secos y escamosos, de los olores embriagadores y dulces de las aulagas espinosas, de la fragilidad de las flores de color lila, de la robusta hinchazón de los cálices lanudos de las primulas tempranas, de las vidas embrionarias dentro de las milagrosas cáscaras azules de los huevos de los gorriones, los pensamientos de la madre tierra palpitaban con unos celos sordos, indefinibles e insaciables de una madre humana?

Inclinando un poco la cabeza por encima del cuello bien abotonado de su abrigo, John Crow empezó a recordar ciertos momentos concretos de sus últimas noches con la joven Lisette y el viejo Pierre. Esos momentos, mientras se abría paso a empujones contra el gélido viento del este, le llegaban impregnados de los sutiles olores de una calle del Barrio Latino. Vio la pulcra decoración de la sala de estar de Lisette. Vio la grotesca fotografía de sí mismo tomada por un fotógrafo en una caseta de la calle Saint-Cloud sobre la repisa de la chimenea. Vio sus absurdas cortinas de muselina, atadas con grandes lazos de cinta verde. Vio el gran espejo agrietado con los pequeños Cupidos tallados en cada esquina, de uno de los cuales se había desportillado el dorado, revelando cicatrices de madera desnuda, negras como si hubieran sido quemadas en el fuego. Vio esas cosas

contra el lejano horizonte gris, donde, de niño, tantas veces le habían dicho que buscara las grandes torres de la catedral de Ely, visibles a lo largo de leguas y leguas de pantanos llanos. Vio. Las vio contra los viejos árboles espinosos, achaparrados y cubiertos de liquen. Las vio contra los cuernos curvados, ascendentes y recién nacidos de los helechos de color amarillo savia, protegidos del viento por las cáscaras muertas de los helechos maduros del año anterior y agazapados, como las cabezas de innumerables serpientes moteadas, para saltar mejor a la garganta de la vida. Las vio contra los troncos retorcidos y rojizos de los grupos intermitentes de abetos silvestres y contra las colas blancas y escurridizas de los conejos y las alas revoloteantes de los halcones solitarios. Y una y otra vez se dijo a sí mismo: «Philip habrá conseguido todo el dinero del abuelo, por supuesto. Por supuesto que Philip habrá logrado todo el dinero del abuelo».

En un momento dado, cuando llegó a un lugar donde Brandon Heath parecía cobrar forma y adoptar una mirada escrutadora, altiva e inquisitiva, como si dijera: «¿Quién, en nombre del diablo, eres tú, extranjero con cara de perro?». En respuesta a esta mirada de Brandon Heath, John masculló un desafío malhumorado y exclamó en voz alta, como para hacer saber al lugar que era algo más que un vagabundo común: «¿Conseguiré que Philip me dé un lugar en Glastonbury?». Llevaba ya una hora a pie y caminaba deprisa, porque el frío parecía dar una energía de malicia

demoníaca a su desafío al viento, al sol, a la hostilidad de la tierra. Había empezado a notar también que el paisaje del páramo se transformaba poco a poco en un paisaje de granja corriente, cuando oyó que un coche se acercaba a toda velocidad por detrás.

Se apresuró a bajar al césped que había junto a la carretera y, sin tener la menor idea de por qué, se quedó inmóvil y miró fijamente la máquina que se acercaba. «Nada me induciría a tomar un taxi», se dijo. «Deben de pasar todavía unas buenas dos horas antes de que llegue el momento».

Sin embargo, el coche aminoró la marcha en el momento en que él se detuvo, y tan pronto como lo alcanzó, se detuvo en seco.

“¿Al funeral del canónigo Crow, señor?”

La voz del conductor tenía esa entonación peculiar, ascendente, inclinada hacia arriba y despreocupada, sin duda derivada de una larga línea de ancestros daneses, que hace que la lengua de Norfolk sea diferente del habla de todos los demás condados ingleses.

John Crow miró al que hablaba. Había algo en el tono de su voz que le produjo una emoción totalmente inesperada. Un nudo de lágrimas congeladas hacía tiempo empezó a derretirse en su garganta, un nudo congelado de veinte años, compuesto de todos los recuerdos de su infancia;

compuesto de la imagen de su abuela leyéndole en el salón de la rectoría, de techo bajo, con cuadros antiguos y brocados antiguos; compuesto de la imagen de su abuelo con su pelo blanco como la nieve en rizos cortos y ondulados que cubrían su cráneo redondo y de aspecto quebradizo, y su voz melodiosa como la de un gran actor. Mezclados con estos recuerdos vinieron los recuerdos del sabor de cierta especie de fresas de un color rosado inusual que crecían en el jardín amurallado y el sabor intenso y puro de las grosellas rojas que crecían allí cerca del montón de estiércol; y rodeando todo esto como por una atmósfera de algo aún más íntimo, le sobrevino, bajo el impacto de aquella expresión de Norfolk, una impresión de humo acre, el humo de turba ardiendo, que se elevaba desde innumerables hogares de cabañas.

–Al funeral; a Northwold; muchas gracias –respondió John Crow con frases entrecortadas; y su propia voz le sonó como la voz de alguien que habla en sueños. Mientras pronunciaba las palabras, sus ojos miraron con desconcierto el contenido del automóvil. Los asientos traseros estaban llenos de bolsos de viaje nuevos y pulcros, bolsas de lona y alfombras de colores vivos, entre los que se encontraba una mujer mayor, gentil y majestuosa que le sonrió de una manera extremadamente tranquilizadora.

–Entonces, señor, hay sitio aquí arriba –prosiguió el conductor, después de darse una vuelta apresurada en su asiento y mirar a la dama que se encontraba entre la pila de

maletas-. Es decir -añadió, dirigiéndose a una figura que estaba a su lado, cuya presencia había pasado inadvertida hasta entonces para John-, a menos que le moleste que las amontonen, señoritas.

El pulso temporal que siguió a esta observación fue uno de los más singulares de toda la experiencia de John Crow. En realidad, no se parecía en nada a un pulso temporal. Era como un hundimiento perfectamente tranquilo y silencioso en una región totalmente alejada de los peligros y las agitaciones del tiempo. John y la joven que estaba sentada al otro lado del coche intercambiaron una larga mirada.

-No le importa, señorita, ¿verdad? -repitió el hombre-. Es un largo camino para el caballero, y el canónigo desearía que todos los que asistieran a su entierro recibieran un trato adecuado.

La boca nerviosa de la joven a la que se dirigía, que se había abierto mecánicamente, mostrando una hilera de dientes largos, fuertes y blancos, se cerró de repente, y sus ojos, que se habían vuelto grandes y redondos, se convirtieron en pequeñas ranuras de pestañas oscuras en su rostro cetrino. -Claro que no -murmuró en voz baja, haciéndose extremadamente pequeña y apretándose contra el codo del hombre.

John Crow caminó por detrás del vehículo y, tras un momento de torpe manipulación del picaporte, abrió la

puerta, trepó y se sentó al lado de la muchacha. “¿Están todos cómodos?”, preguntó el conductor. “¡Muchas gracias!”, dijeron John y la muchacha al mismo tiempo, de modo que sonó algo incoherente. Sin embargo, el hombre puso en marcha el coche sin más diálogos.

–¿Mi sobrino te espera para almorzar? –dijo la agradable voz de la majestuosa dama desde entre el equipaje–. Me pregunto si eres uno de los primos –continuó–. Somos realmente muchísimos. Y todos estaremos aquí. –Hubo una pausa durante la cual el conductor comentó que tampoco habría muchos lugareños que se quedaran al margen–. En Northwold respetan al canónigo Crow más de lo que nadie podría suponer, viendo lo poco que apareció hacia el final. “Habla como si el abuelo fuera un caracol”, pensó la joven.

–A mi padre le gustaban más los libros que las visitas –continuó la señora–, pero leía maravillosamente junto a las camas de las personas. Lo oí hacerlo a menudo cuando yo era pequeña. Algunos clérigos tienen una voz muy pobre.

–Yo nunca he oído ni leído nada –respondió el conductor, pensativo–. Quizá hubiera sido mejor si lo hubiera hecho. Mi padre me educó en la capilla, y allí me he quedado, aunque a menudo he pensado que fue una lástima. La capilla es todo para la salvación, pero descuida a Su Majestad el Rey...

–Allí solíamos mirar –interrumpió de pronto John Crow, dirigiéndose a la muchacha como si hubiera estado

completamente a solas con ella– las torres de Ely. –Señaló con la mano el amplio horizonte y, levantándose a medias del asiento, esforzó la vista para captar un atisbo de lo que recordaba–. ¡Oh, es demasiado tarde! –añadió, y se dejó caer a su lado–. Estos coches van más rápido que los carros tirados por caballos. Mi abuelo conducía un poni llamado Judy.

–Empiezo a creer que sé quién eres –repuso la anciana–. ¿No eres mi sobrino John, el que se fue a vivir a Francia?

Fue la muchacha quien respondió por él: «Sí, tía Elizabeth, es el primo John. Lo reconocí enseguida. Tú también solías venir con nosotros a veces, cuando John me llevaba por el pequeño río en el viejo bote. ¿No te acuerdas, tía Elizabeth? Estaba con nosotros el día que fuimos a Oxborough Ferry, cuando el primo Percy estaba allí. ¡El primo Percy no pescaba con gusanos! *Debes* recordarlo, tía Elizabeth. Él seguía poniendo trocitos de salicaria púrpura en su anzuelo». Había una exaltación nerviosa en el tono de la muchacha que su tía no pasó por alto.

–Yo también conocí a Mary enseguida –dijo John Crow, volviéndose para dirigirse a su pariente–, pero tú solías estar muy ocupada cuando yo estaba en la rectoría, así que no es de extrañar que no nos conociéramos. ¡*Querida* tía Elizabeth! –Y con un gesto extranjero un tanto exagerado, estiró el brazo y, tomando la mano de la robusta dama, se la llevó a los labios–. Yo venía todos los veranos a Northwold,

¿sabes? –dijo, y permaneció un minuto inclinado hacia delante de lado, sosteniendo la mano que él había tomado. "Y yo vine cuando él me llamó", exclamó Mary con una intensidad abrupta y torpe; y ella también se dio vuelta, se inclinó hacia atrás y tomó posesión de la otra mano de su tía. Así, con sus rostros tan cerca uno del otro que el cabello de la muchacha le rozó la mejilla, los dos primos, durante un lapso de tiempo apreciable, se aferraron a la anciana como si su contacto mutuo con ella los acercara más.

Y así entraron en las afueras del pueblo de Northwold. Fue la señorita Elizabeth Crow quien hizo el gesto de soltar sus dedos.

–Es como en los viejos tiempos verlos a todos de vuelta –comentó el conductor mientras sus dos pasajeros del asiento delantero volvían a su posición normal–. Hace que cualquiera desee que lo lleven a la iglesia. Nosotros, los que vamos a la iglesia, somos menos propensos a ser reunidos por los funerales. Cuando el Señor nos divide, nos divide. Pero la nobleza de Norfolk, toda la que he visto, y he visto mucha de una manera y de otra, son muy sensibles con la familia. Mi propia madre tenía cinco de nosotros y tengo más sobrinos de los que conozco, pero quisiera ver a uno solo subiendo por mis escaleras. Es tan natural para mí dar la vuelta y huir de un pariente de sangre como lo es para algunas personas abrazar a alguien de corazón.

“Me temo que la naturaleza humana es muy similar en todo el mundo”, comentó la señorita Elizabeth.

–Así es, señora. Así es –dijo el hombre, guiñándole un ojo a John Crow–. Si yo fuera primo del difunto canónigo, ni siquiera Estados Unidos me impediría oír al abogado Didlington leer el testamento del anciano caballero.

En ese momento ya habían llegado al centro del pueblo y el visitante francés puso su mano sobre el codo del conductor. “Puedes dejarme aquí”, dijo.

–No, no –exclamó la tía Elizabeth–. No puedo permitirlo. Te aseguro que Philip estará encantado de recibirte a almorzar. Él y mi sobrina Tilly se adelantaron en el primer vagón, y nosotras, las mujeres, nos quedamos con el equipaje.

Pero la máquina se había parado y John, con su bolso en la mano, ya estaba en el camino. –Ya serán suficientes sin mí, tía –dijo.

–¡Adiós por un tiempo! Como nos recuerda nuestro amigo, nos reuniremos todos en unas horas, cuando el abogado como se llame abra el testamento del abuelo.

Pero la señorita Elizabeth estaba destinada a recibir un impacto mucho más severo que la fuga de su excéntrico sobrino.

–¿Qué estás haciendo, Mary? –gritó consternada al ver a su joven sobrina seguir rápidamente a John Crow fuera del automóvil.

–Me quedaré con el primo John –dijo–. Estaremos en el servicio. Puedes decirle a Philip que estaremos en el servicio sin falta.

–¡Pero, Mary, no puedes hacer eso! ¿Qué dirá Tilly? ¿Qué hará Philip? ¡Mary, piensa! Queremos tu ayuda con Persephone y su esposo. Ya sabes cómo Philip y el señor Spear siempre se molestan entre sí. ¡Mary, realmente no puedes hacer esto!

Mary se acercó a la ventanilla del coche por la que protestaba su tía. –Está bien, querida –dijo–. Tilly se las arreglará. Cuidarás de Dave Spear tú misma y te asegurarás de que no haga enfadar *demasiado* a Philip. Siempre haces ese tipo de cosas por todos nosotros. Los sirvientes del abuelo están acostumbrados a entretener a la gente. No se escapan, como tampoco lo haremos nosotros, antes de que se lea el testamento. El gélido viento del este hizo que la muchacha se apretara con fuerza la bufanda de lana negra alrededor del cuello. Había algo en el *genius loci*² de ese lugar

² En la mitología romana un *genius loci* es el espíritu protector de un lugar, frecuentemente representado en la iconografía pagana como una figura provista de bien una cornucopia, bien una pátera o fíala (bandejitas de libación), o una serpiente. Desde el imperio de Octavio Augusto se solía identificar con los dioses Lares.

anglo-danés que parecía evocar toda su contradicción. –No eres Euphemia Drew, querida, así que no intentes serlo. Fue para librarme un poco de la señorita Phemia por lo que dejé que Philip me trajera. ¡Sé que no hay nada para mí en el testamento del abuelo! Sé lo querida que siempre eres, tía, y explícaselo a Philip. Juro que llevaré a mi primo John al servicio a tiempo”.

En la pausa de sorpresa que siguió a la súplica de la muchacha, la mente de Elizabeth Crow retrocedió a aquellos días en que ella estaba realmente «ocupada», como había dicho John. Había sobrevivido a toda su generación; y sin embargo, ni siquiera ahora era una anciana. Esto se debía a que era la más joven de los hijos de William Crow por muchos, muchos años. ¡Ah! Cómo pensaba en su padre muerto. No tendría carne ni sangre propia para hacerle compañía en ese cementerio abarrotado. Los padres de Mary se habían ido. Los padres de Perséfone se habían ido. John apenas había conocido a sus padres. ¡Y ninguno de ellos yacía en ese lugar para calentar los huesos del anciano! Hasta que ella fuera llevada allí, él debía yacer solo. Su madre había muerto en un sanatorio suizo y había sido enterrada allí. Sí, el primo John tenía razón cuando dijo que ella había estado «ocupada» en aquellos días. Mientras miraba a su sobrina rebelde con una especie de humorística impotencia, todo aquel viejo embrollo de trágicas dificultades se repetía ante su mente. La familia Crow siempre había tenido una curiosa vena de sentido común grosero y drástico; y cuando

sus peleas con su padre llegaron a un punto intolerable, simplemente había cortado el nudo dejándolo solo y yéndose a vivir con Philip treinta años atrás, cuando este hombre orgulloso era apenas un muchacho que comenzaba su vida en Glastonbury. Había logrado esta separación con una repentina y secreta rapidez que desconcertó a todos los que la conocían; y ahora le vino a la mente que algo de esa ciega obstinación animal se había instalado en Mary. «Mejor déjala ir», pensó. «No la culpo por sentirse atraída por este vagabundo. Es el extremo opuesto de Philip; y eso es suficiente para Mary. No me importa si se enamora de él. Mi padre hizo todo lo posible para callarme y no voy a jugar ese juego con ninguna mujer”.

Mary pensó: «¡Querida tía Elizabeth! Tiene esa extraña arruga en las mejillas en este momento que siempre significa que está en guerra con Philip. Está contenta de que me vaya con John... muy contenta».

El conductor pensó: «¡Ese jovencito se pondrá a jugar con esa jovencita en cuanto se pierdan de vista! Seguro que lo harán. Mira cómo la mira con ojos brillantes. Se la comerá, no me extrañaría».

John Crow pensó: “La llevaré a Harrod's Mill para que vuelva a ver esos peces grandes. Sí, sí, la abracé en el fondo del bote en el 'pequeño río' cuando ella tenía ocho años y yo diez. ¡Sí, lo hice! Era un domingo por la tarde cuando lo hice. Estaba somnoliento ese día; soleado y somnoliento. Comí

tarta de ruibarbo ese día con mucha crema. Fuimos a Harrod's Mill. Dejamos el bote en la presa. No pudimos cruzarla. Había moras verdes alrededor de la presa ese día". Entonces, de repente, una figura diferente de la de Mary surgió en su mente. "Creo que era Tom el que estaba en el fondo del bote", pensó, "¡y no Mary en absoluto!".

Tales eran los pensamientos de cuatro cráneos humanos en ese momento; pero sólo a un estado de ánimo de todos ellos respondió la gran alma maternal de la Tierra, y fue a la repentina y exultante sensación de paz y exquisitez en los pechos virginales de Mary. Todos sus pensamientos conscientes estaban en la tía Elizabeth y en cómo esa valiente mujer se enfrentaría a la ira de Philip; pero cuando se acercó a John y éste le besó la mano al ver que el coche se alejaba, algo pareció agitarse dentro de ella como una ola cálida que era a la vez fuego, aire y agua y la estremeció desde el centro de su ser hasta las puntas de sus pechos.

Tan pronto como el coche se perdió de vista, John y Mary se miraron con satisfacción y sin vergüenza.

"Estuve dándole vueltas a la cabeza desde que me alcanzasteis de cómo iba a llevarte conmigo, pero ahora que te tengo", dijo John, "me da igual lo que hagamos o adónde vayamos". "Me importa mucho porque quiero escapar de todos menos de ti".

"¡Pues entonces! Lo primero que hay que pensar es en

encontrar algo de comer. Compremos pan y queso en esa posada de allí y veamos si nos dejan llevar una petaca de vino de Oporto”.

Entraron en la pequeña posada y no tuvieron ninguna dificultad en obtener exactamente lo que habían imaginado. La posada no tenía letrero y John le preguntó a la chica detrás de la barra cómo se llamaba la cerveza. “¿Nombre?”, dijo la chica con esa inflexión ascendente de East Anglia³ que parecía ascender hasta la última palabra de la frase como si fuera una especie de canto optimista o canción llana. “John, vienes de lejos, es Northwold Arms. Si vives en esta zona, es simplemente New Inn. La cerveza es la misma, si tienes sed. Es la mejor cerveza de Patteson y se elabora en Norwich”.

Fue en ese momento cuando John oyó una voz en el salón interior de la posada que mencionaba el nombre de su abuelo. “Dicen en la cocina de la rectoría”, dijo la voz, “que el viejo Crow le ha dejado todo su dinero a ese tipo de Glastonbury que predica en las reuniones de oración”. La voz se volvió inaudible. Pero pronto John captó otras palabras entre las que le llegó con claridad “Geard de Glastonbury”.

–¿Puedo dejar mi bolso aquí durante algún tiempo?
–preguntó John a la camarera. Como la muchacha no parecía dispuesta a hacer más que murmurar más información sobre la calidad de la cerveza de Norwich, John se deshizo con

³ Anglia Oriental (East Anglia en inglés) es una región del este de Inglaterra, llamada así por el antiguo reino anglosajón del mismo nombre.

valentía del objeto negro y destartado que llevaba, lo levantó por encima del mostrador con un movimiento brusco de su largo brazo y lo dejó caer descaradamente a los pies de la joven. –Es posible que pase la noche aquí –soltó, conteniendo la respiración a causa de este repentino esfuerzo muscular.

–¿Sencilla o doble? –respondió la muchacha, apoyando los codos desnudos sobre el mostrador, mirando gravemente a Mary y mostrando un interés mucho más vivo por sus visitantes que antes.

Los primos se miraron triunfantes. Nada podría haberles complacido más en ese momento en particular que esa pregunta. “Soltera... en este momento”, respondió él, dándole a la interrogada la sonrisa más zorruna y caprichosa que jamás había recibido.

Estaban a punto de marcharse del local –John llevaba en el bolsillo el frasco de vino y Mary, en un paquete ordenado, el pan y el queso– cuando varios trabajadores, riendo a carcajadas, los empujaron hacia la barra.

Norfolk también mostraba aquí su sangre danesa independiente. No había obsequiosidad hacia «la nobleza», como habría sido evidente en Kent o Surrey. Uno de los recién llegados se dirigió a John con valentía.

–Supongo que llegaron parientes para el funeral. Es como

todos sabíamos que sería. El Canon se sintió bastante solo cuando estaba vivo, pero cualquiera pensaría que el hombre era un miembro del Parlamento ahora que está muerto. Nunca he visto tanta gente entrar por esas puertas. El viejo Ben Pod, en la logia, que cuenta cada rueda que pasa (es su única alegría desde que perdió el uso de sus piernas), debe haber perdido el ritmo al contarlas.

–No habrá tantos que contar cuando *estemos* enterrados –observó uno de los otros hombres–. Es porque ha habido cuervos en Inglaterra desde el rey Canuto.

–¿Desde cuándo? –exclamó el otro–. Los Crow han estado en Inglaterra desde antes que él. Él está en la Historia, sí, y esta familia se remonta más atrás que la Historia. Hablando de familias –continuó–, espero que a su señora no le importe que lo diga, pero es curioso cómo las costumbres antiguas persisten en ciertas razas. No sé hasta qué punto están relacionados con el canónigo ustedes dos, pero todos los hijos de hombres nacidos en este lugar saben una cosa sobre esa familia. –Bajó la voz mientras hablaba–. No hay ninguno de ustedes que, cuando un cuervo⁴ llega a morir, tenga un hijo para enterrarlo. Son los hijos de los hijos los que lo entierran. Debe haber una Escritura al respecto, aunque por qué debería ser así está más allá de mi conjetura. Algún hombre de la antigüedad, entre ellos, debe haber cometido algún lío... se habrá comido a su propia descendencia a falta

4 Juego de palabras con Crow (cuervo).

de una carne más sabrosa... Algo así... y desde entonces todos sobreviven a sus hijos. Creo que es una especie de Dispensación Divina”.

John y Mary, que habían considerado descortés abandonar el umbral donde los había detenido este discurso, pudieron escapar. Por un segundo la frase «Geard of Glastonbury» volvió a la mente de John, pero desapareció tan rápidamente como había aparecido.

–¡Al molino, al molino! –gritó con excitación, y los dos primos se apresuraron hacia el este contra el fuerte viento por el estrecho y recto camino.

Se llegaba al molino de Harrod por su propio camino, atravesando un par de campos abiertos. Entraron a este camino por una puerta que salía de la carretera hacia Didlington, justo antes del puente sobre el río Wissey.

El viento era muy fuerte cuando cruzaron aquellos dos grandes prados, pero en el aire flotaba un tenue aroma a hierba cargada de salvia y el sol calentaba. El éxtasis de Mary aumentó en lugar de disminuir mientras caminaba al lado de John, siguiendo sus pasos e incluso recogiendo un palo del suelo mientras caminaba. Lo hacía con el deseo consciente de tener alguna sensación propia exactamente paralela a la que disfrutaba su primo cuando presionaba la punta de su palo contra el suelo. Mary sentía que todo lo que miraba estaba bañado en una niebla líquida y, sin embargo, lo veía

por primera vez en su verdadera esencia. Le parecía que las almas de todos los seres vivos arrojaban su naturaleza más íntima ese día en un éxtasis mágico. Todas las cosas parecían ansiosas de dejar que todos los demás seres vivos se dieran cuenta de cuánto las amaban. En cuanto a ella, sentía que podría haber acariciado con sus dedos desnudos todo lo que miraba. El mismo viento, tan cortante, tan amargo, que ahora soplaba en su rostro y tiraba de su ropa; incluso hacia él sentía una especie de ternura. Le parecía adivinar que él se sentía odiado por todos los seres humanos que encontraba y deseaba sacarlo de ese error.

En un momento, vio una mata de plantitas en la hierba del campo cuyas hojas parecían tener una textura brillante y un aspecto verdoso blanquecino que le resultaba familiar. «¿No son primulas aquellas de allí?».

Ambos se apresuraron hacia el lugar. Sí, eran primulas; pero eran tan tempranas o estaban atrofiadas que los diminutos brotes apenas eran amarillos. John se sintió inmensamente aliviado de que ella no cogiera incontinentemente esos tallos pálidos, rudimentarios y quebradizos, cubiertos de diminutos pelos blancos, como los antebrazos de las jovencitas, para entregárselos o guardarlos en su vestido como recuerdo de ese momento. ¡Cuántas veces, en las excursiones por el campo con sus amigos franceses, lo habían vituperado llamándolo un mojigato, un

farsante, un *fou anglais*⁵ por su conciencia enferma al negarse a coger flores!

Antes de llegar al estanque del molino de Harrod, se toparon con un viejo establo, que en otro tiempo estaba negro de alquitrán, pero ahora estaba cubierto de extrañas manchas de un musgo que crecía minuciosamente, que en algunos lugares era verde y en otros del color del hierro oxidado. En el lado occidental de este establo, la hierba era el doble de alta que en el resto del campo y de un verde mucho más vivo. Los primos contemplaron aquella construcción en silencio durante un momento, él apoyado en su rama de avellano, que era suave al tacto, ella apoyada en la rama de zarza podrida que había recogido y que era áspera al tacto. Sus vacilaciones eran tan divertidas e idénticas que, cuando se miraron, sonrieron ampliamente, y sus dientes blancos y fuertes brillaron al sol.

–¡Oh, al diablo con eso! –gritó–. Se levantará de nuevo tan pronto como nos levantemos nosotros. Lo hace desde debajo de las vacas y nosotros somos más livianos que ellas. ¡Vamos, Mary, celebremos nuestro festín!

John la agarró de la falda desde su posición y casi la hizo perder el equilibrio. Sin embargo, ella se deslizó hacia abajo, de cara a él, con las piernas recogidas debajo del cuerpo, y de inmediato comenzó a desatar el paquete de pan y queso,

5 Inglés loco.

sosteniéndolo cuidadosamente sobre su regazo. Muy por encima de sus cabezas, varias alondras parecían estallar sus pequeños cuerpos con su cántico estridente. Su canto era estoico y continuo, con una especie de dureza en su arrebatado tembloroso. “¡Escucha a las alondras!”, le dijo John a Mary, observando la forma cuidadosa en que ella dividía sus viandas. Como distribuidora del pan y el queso, tanto la mujer como la joven desempeñaban su papel. Ella preparó sándwiches para John y para ella como si los dos hubieran estado espalda con espalda midiendo la diferencia de tamaño.

Mientras tanto, John sacó el corcho de la cantimplora y se la ofreció para que bebiera el primer trago. Preocupada con los sándwiches, ella dejó que él la sostuviera hasta que su muñeca cansada descansó sobre su rodilla. Pero tan pronto como ella se la llevó a los labios, él se puso de pie de un salto, murmuró una especie de abracadabra y derramó lo que, según le dijo, era una libación a los dioses.

Cuando terminaron de comer y beber, sacó un paquete de cigarrillos Gold Flake y fumaron un rato, contentos y tranquilos. Pero las alondras habían bajado y el viento frío hacía que su júbilo fuera intermitente.

–Esos hombres tenían toda la razón –dijo John–. Se ha vuelto casi absurdo que, de generación en generación, en nuestra familia, la generación mayor sobreviva a la menor. Si te pones a pensarlo, resulta completamente antinatural que

cuatro primos, Philip, tú, yo y Perséfone, seamos huérfanos ya mayores, y que la única hija viva del abuelo sea la tía Elizabeth. Y te diré otra cosa que también es extraña: ¡ninguno de nuestros padres está enterrado en el cementerio! ¿Cómo crees que sucedió eso, Mary?

–¿Cómo sabes que no están enterrados allí, primo John, cuando has vivido toda tu vida en Francia?

–¡Oh, Mary, he observado a la familia! No te equivoques. Los he observado como un halcón. Sé exactamente cuánto dinero tiene el abuelo. Sé dónde murió cada uno de los tíos y tías y dónde fueron enterrados. Podría escribir una historia de los Crow de Norfolk, te lo aseguro, como la historia de Ranke⁶ de los Papas.

–Nunca han sido muchos –murmuró Mary soñadoramente, cambiando de posición y estirándose sobre la hierba–.

–Supongo que fueron campesinos durante unos quinientos años –dijo John.

Ella levantó la cabeza para sonreírle.

–Nunca he tenido una gran opinión de los campesinos –sus siguientes palabras surgieron con un tono quejumbroso,

⁶ Leopold von Ranke (Wiehe, Electorado de Sajonia, 21 de diciembre de 1795-Berlín, Imperio alemán, 23 de mayo de 1886) fue un historiador alemán del siglo XIX, fundador y máximo exponente del historicismo alemán.

somnoliento y lujoso, mientras dejaba que su cabeza se hundiera de nuevo—. Ojalá lo hubieran enterrado ayer.

Ambos permanecieron en silencio durante un par de minutos. Luego, ella se acercó un poco más a él y se quitó el sombrero con las manos, arrojándolo al césped a unos pasos de distancia.

—Me gusta tu pelo, Mary —dijo, mientras le apartaba con valentía un mechón de la frente y lo sujetaba con un par de dedos—. Es el pelo más bonito que he tocado en mi vida. Tiene el tono de castaño perfecto. ¡Es de una electricidad terrible!

—Supongo que eres una gran autoridad —dijo. Hizo su comentario como si fuera una simple declaración grave, libre de toda ironía, y continuó en el mismo tono—: ¿Con cuántas chicas has hecho el amor, John, en toda tu vida?

Mientras hablaba, se incorporó un poco y esta vez dejó que sus hombros descansaran sobre las rodillas de él.

—¡Dios! Querida —murmuró—, ¿crees que las cuento? No soy Ben Pod.

—Nunca me han hecho el amor en mi vida —dijo Mary—. Así que no sé cómo es. ¿Crees que una chica obtiene tanto placer como un hombre?

“Esa es la pregunta más antigua que se le ha hecho a un

oráculo, Mary. De hecho, la formularon por primera vez los propios dioses”.

–Cuéntamelo –dijo Mary–. Me siento igual que cuando te hice esas preguntas cuando subimos al bote.

–Preguntaron al mayor de todos los adivinos –le informó John–, al viejo Tiresias. ¿Y sabes lo que dijo? Dijo que en el acto amoroso es la mujer la que más lo disfruta. Mientras hablaba, se entregaba a una deliciosa sensación de placer porque ella se había acordado del barco.

–Supongo que tenía razón –comentó Mary con gravedad; y luego, tras una pausa, añadió–: Creo que tenía razón –concluyó.

–La Reina del Cielo debió saber que él tenía razón –dijo John–, porque se enojó tanto que lo convirtió en mujer. ¿No te parece que fue un castigo extraño?

Ella lo miró con sus ojos castaños. –De ningún modo, primo John. Me parece un castigo muy natural.

Desde un prado alejado de donde estaban y oculto en ese momento por el cobertizo, les llegó en ese momento el familiar y salvaje grito de la avefría.

–Mary, siempre he querido preguntarte si recuerdas aquel día en que no pudimos pasar la presa con el barco, la presa que hay entre el río grande y el río chico. Acabas de decir que

nadie te había hecho el amor. ¡Vaya!, querida, he tenido la sensación de anhelo de volver a verte toda mi vida desde aquel día en que te abracé y todo eso en el fondo de aquel barco. ¿Recuerdas también eso, la forma en que se filtraba el agua del barco, el olor a pescado y la forma en que te abracé? Lo curioso fue que, una vez más, mientras decía esas palabras, surgió la imagen del niño Tom Barter.

Mary frunció el ceño, tratando desesperadamente de evocar la escena que él le había descrito. Recordaba el día; recordaba la dificultad con la presa; recordaba el placer que había sentido al inclinarse sobre los toletes para observar los peces; recordaba la ira de su abuelo cuando volvieron a casa; recordaba con una especie de vergüenza peculiar y dulce haberle hecho varias preguntas; pero lo único que había olvidado por completo era que él la había abrazado, «y todo eso». Una sonrisa un tanto triste se dibujó en su rostro, una sonrisa a la que se dejó llevar porque su rostro era invisible para él. «¿Estás seguro de que recuerdas bien a qué niña abrazaste aquel día, John?»

Sus palabras atrajeron su atención. No podía distinguir si estaba traviesa o seria porque no podía ver su rostro. “No debes burlarte de mí de esa manera, Mary”, dijo. “Nunca te burlaste de mí en aquellos días y yo nunca me burlé de ti. No hay necesidad de que nos avergoncemos de ser serios ahora más que entonces”.

Se dio cuenta de que una de sus manos empezaba a

arrancar la hierba que tenía a su lado, pero ella no respondió a sus palabras. «¿Qué recuerdas, Mary?», dijo, “de aquel día en la presa”.

El silencio que siguió a sus palabras fue como el silencio de un campo en el fondo de un valle de montaña, cuando el sol poniente toca los flancos de una manada de ganado pastando.

Los pensamientos de Mary eran como una lluvia de amargura y un rocío de dulzura acumulados en los huecos de la raíz de un árbol. Un desbordamiento de todos ellos se habría escapado y desvanecido si ella hubiera intentado expresarlos en cualquier tipo de discurso. La vergüenza de las preguntas que le había hecho al pequeño Johnny Crow era una dulce vergüenza. El hecho de que ella hubiera olvidado lo que él recordaba le resultaba amargo. ¿Podría estar inventando? ¿Podría haber sido realmente otra niña en otro bote? ¿Cómo podía haber olvidado lo que él le había hecho? «Debo haber sido una imbécil», se dijo a sí misma. «¡Si él me abrazara ahora, y así sucesivamente, no lo olvidaría!».

Su voz seguía murmurando sobre su cabeza; ¿y qué era esto? Tenía las muñecas bajo sus axilas y sus manos cubrían sus pechos. Los sostenía muy quietos; pero su pecho derecho estaba bajo una de sus manos y el izquierdo bajo la otra. Esa ola ascendente que había sentido antes parecía encontrarse ahora con una ola descendente. Cada nervio

consciente de su cuerpo parecía estar respondiendo a sus manos. Su chaqueta y su vestido intervinieron, o él habría sentido los latidos de su corazón. ¡Probablemente lo sintió latir! Su mente vagó por un segundo hasta el salón apartado de la señorita Euphemia Drew en la Casa de la Abadía en Glastonbury. Bajo la presión de sus manos cerró los ojos y, recostándose completamente relajada contra sus rodillas, contempló a Jo con una visión interior de las ruinas de la Abadía a través de aquellos grandes ventanales. ¡Cuántas veces se sentaba allí, a la luz del atardecer, con una profunda tristeza, mirando cómo los grajos se reunían alrededor de los altos olmos y cómo la sombra del gran arco mutilado de la torre se hacía cada vez más larga sobre la suave hierba! ¡Cómo había llegado a odiar Glastonbury, a odiar las Ruinas y, sobre todo, a odiar la leyenda del Grial! Tom Barter estaba de acuerdo con ella en todo esto. Ése había sido el secreto de su amistad con Tom. Eso y el hecho de que él fuera de Northwold. «Mary, ¡hay un conejo en el parterre de espárragos! ¡Mary, los patos están en el jardín!». ¡Oh, cómo odiaba a veces a la señorita Drew! La odiaba casi tanto como a las Ruinas. Y, sin embargo, ¡qué buena había sido la mujer, soportando sus cambios de humor, su mal humor, su mal carácter, tratándola siempre más como a una hija que como a una compañera! «Espero que no me bese ni nada por el estilo», pensó. Y luego pensó: «No quiero que me quite las manos. Quiero que siga así, sin cambios, para siempre».

Y John pensó: «Soy inglés y ella es inglesa y esto es

Inglaterra. Es más hermoso sentir sus pequeños pechos fríos bajo esta ropa rígida, sobre esta hierba fría, que todos los símbolos de París». Y sin formular el pensamiento con palabras, tuvo la impresión de las antiguas baladas anónimas escritas en dialecto del norte y llenas de vientos fríos y puntas de espadas frías y palas frías y ríos fríos; una impresión en la que la hierba verde fría y los gritos de las avellanas convertían el amor de una mujer en algo salvaje, estoico y romántico; y, sin embargo, en algo que clamaba por pan, cama y luz de velas. «Lisette no tendría la más mínima idea de lo que estoy sintiendo ahora. ¡Inglaterra! ¡Inglaterra! ¡Qué pequeños, qué muy pequeños eran los pechos de Mary! ¡Vaya, cuando los sostenía ahora parecían copas frías de nenúfares, no pechos de mujer en absoluto! ¡Dios! Ella no era una mujer, este nuevo Amor suyo. Ella era una ondina surgida del estanque del molino de Harrod. Sí, eso era lo que él había ansiado en secreto; ¡tanto tiempo! ¡tanto tiempo! En sus extravagantes cambios, en sus desenfrenadas divagaciones, en sus tormentosas reacciones contra la vida de la gran ciudad, en sus patéticas escapadas a esos pueblos encalados con sus huertos, campos de cebada y campanarios de iglesias, en sus locos y reiterados intentos de hacer algo mejor que el más miserable trabajo literario; en todo, a través de todo, había estado suspirando por un momento como este. Vaya, esta chica era su mismísimo «otro yo». ¡Qué suerte! ¡Qué increíble suerte! Podía sentir su conciencia mientras la sostenía así, manteniéndola donde la identidad de una mujer, su misma alma, seguramente debe

estar escondida más que nada. Y su conciencia más íntima era exactamente como la suya, él sabía que lo era; exactamente como la suya. «Oh, no necesito besarte ni nada, Mary», corrían sus pensamientos. «Nos hemos conocido. Estamos juntos. Ahora nos tenemos el uno al otro. Todo está hecho. De una vez por todas, todo está hecho”.

Apartó las manos de sus pechos y rodeó su delgado cuello con todos sus dedos. Podía sentir el lujo del abandono con el que su barbilla se hundía en sus nudillos y su cabeza caía de lado. Ella se sentía exactamente como él se sentía, como era correcto y apropiado. Oh, qué expresiones mágicas para las únicas cosas que realmente contaban en el amor eran esas viejas frases de baladas. Mary no era bonita. No era hermosa. Tenía lo que tenían las viejas baladas. Sí, esa era la cuestión. El mejor amor no era lujuria, ni pasión. Y menos aún un ideal. ¡Era puro romance! Pero el romance puro era duro, sombrío y estoico, y un hombre debe ser sombrío para aceptarlo. Sí, iba bien con el frío viento de marzo, la lluvia fría y la hierba alta y helada.

John le soltó el cuello y le pasó los dedos por el pelo castaño y ondulado. Mary siempre se lo peinaba con la raya al medio y lo echaba hacia atrás, en ambos sentidos. La frente de Mary siempre parecía más llena justo sobre las sienes, donde había pequeñas venitas azules. Su nariz era bastante larga y muy recta, pero tenía fosas nasales anchas y flexibles, las fosas nasales de un animal que se guía por el olfato. Los dedos inquietos de John empezaron a palpar

todos sus rasgos, uno por uno, como si él fuera un anciano ciego y ella su guía invisible. Le produjo una sensación extraña, como tocar el vientre descubierto de un delicado pez o pájaro, cuando sintió el pulso de sus ojos latiendo bajo sus párpados fuertemente cerrados. Él y ella estaban ciegos ahora. ¡Por Dios! Y ambos *se sentían* ciegos; y en los brazos ciegos del azar. Cuando llegó a sus labios carnosos y a su boca bastante grande, deseó en su corazón que ella le mordiera los dedos. Y así *lo hizo*. John apartó los dedos mordidos y los chupó soñadoramente. Se puso de pie con dificultad y, agarrándola por los omoplatos, la levantó. La sensación de su cuerpo entre sus manos excitó sus sentidos, pero sólo le dio un abrazo salvaje, presionándola con fuerza contra él, con sus largas y huesudas manos agarrando la parte delantera de sus muslos. Luego la soltó con una brusquedad que casi la arrojó al pasto.

“Es hora de ver los peces si no queremos perdernos el funeral”, dijo.

Después de eso, ambos recogieron sus bastones y siguieron adelante. John Crow había olvidado lo separado que estaba el estanque del molino de la casa de campo. Había empezado a sentir esos temores a los perros y a los granjeros enfadados que son comunes a todos los vagabundos y gitanos. Pero no quería que le causaran ese tipo de agitación. El molino estaba solo y la cara que daba al estanque del molino no tenía ventanas. Era una extraña cara ciega bajo sus pesadas tejas de East Anglia. Mary y él pronto

se encontraron inclinados sobre el parapeto de piedra y contemplando el enorme y profundo estanque...

“Es lo mismo” “¡Me acuerdo!” “¡Me acuerdo!”

Sus voces se oyeron simultáneamente: y durante un destello de un fragmento de segundo, algo en ellos sostuvo una vela soplada por el viento hacia una escena perdida y enterrada hacía más de veinte años. Pero de las profundidades de la mente de John Crow surgió de pronto otra imagen y otro recuerdo. ¡Tom Barter! ¡Tom Barter! Más de una vez había venido aquí con Tom, un muchacho de su misma edad, hijo del terrateniente de Didlington; pero el episodio volvía ahora con un ímpetu abrumador. ¡Cuánta información sobre los peces y la pesca había conocido Tom! Y había llevado la barca por aquellos bajíos y también más allá de la presa... ¡había llegado hasta el «gran río», cerca del puente de Didlington! John se quedó en silencio, mirando el agua y pensando en Tom. Le parecía muy curioso, recordando aquel lejano día, que hubiera habido alguna vez un muchacho tan fuerte, tan capaz y tan extraordinariamente bueno con él como lo había sido Tom Barter. Tom y él tenían exactamente la misma edad. ¿Qué habría sido de él?

–Un día de esos –le anunció a Mary–, vine aquí con Tom Barter. ¿Te acuerdas de Tom, Mary? ¡Probablemente fue el mejor amigo que tendré en mi vida!

Sus cuatro manos estaban apretadas contra el parapeto, con las palmas hacia abajo, y sus dos cabezas estaban muy juntas. María movió una de sus manos un poco hasta que tocó una de las de él.

–Sí... sí, creo... creo –respondió pensativa. En su corazón se dijo a sí misma: –No le diré ahora que lo conozco muy bien y que está trabajando para el primo Philip en Glastonbury.

–¡Oh, no lo recuerdas si no lo ves claramente! –gritó John con énfasis–. ¡Mira ese pez grande, Mary, míralo subir allí! Fue ese pez lo que me lo trajo de vuelta a la mente. En cuanto vi ese pez grande pensé en Tom. Ese día, Mary, él logró que el barco llegara hasta la presa. Tom lo hizo.

–No... creo... que yo estuviese allí aquel día –dijo Mary en voz baja. Y en su corazón vio a dos niños pequeños parados exactamente donde estaban ellos dos en ese momento. ¿Podría haber sido Tom, y no ella, a quien él había abrazado en el fondo del bote? ¡Sin duda los niños suelen ser desvergonzados en las tardes largas y calurosas!

“Justo sobre la presa...”, continuó John Crow. “Ahora puedo ver su cara. Debió haberse quitado las medias. La presa estaba toda resbaladiza por el musgo”.

–¡Maldita sea! –gritó Mary en su corazón. Pero dijo en voz baja–: Creo que lo recuerdo en la iglesia, John. Solía sentarse en el primer banco. O si no era tu amigo, era un chico grande,

fuerte y de aspecto imponente, con el pelo rizado y la cara llena de pecas. Sí, creo que debe haber sido Tom.

–Tom no tenía pecas –dijo John Crow con un ligero dejo de mal humor. En su cerebro masculino surgió una oscura sensación de fastidio consigo mismo por haber metido a ese muchacho en el asunto. Su vaga idea, así delineada en la oscuridad, era que ciertas emociones era mejor mantenerlas separadas. Pero esta idea se desvaneció tan rápidamente como había surgido y tanto el hombre como la mujer abandonaron instintivamente el tema.

Lo dejaron caer sin ningún sentimiento por parte de él y por parte de ella sólo una vaga y oscura sensación de que tarde o temprano tendría que confesar que ese muchacho vivía ahora en Glastonbury. Entonces se sumergieron juntos en la piscina profunda con los ojos, la mente y el alma.

Hay pocos estanques como el del molino de Harrod en todo Norfolk y la sensación que tuvieron estos dos nativos que regresaban al mirar sus profundidades fue inolvidable para ambos. En el borde exterior, el agua era de un color pálido y neutro, una especie de gris ceniciento, pero a medida que la mirada se movía de la circunferencia al centro se iba oscureciendo cada vez más; un ligero matiz azulado se mezclaba allí con el gris y aparecía una especie de luminosidad misteriosa, como si hubiera habido una luz subterránea en el fondo del estanque.

¡Pero qué cosa era ver aquellos grandes peces, uno tras otro, subir lentamente de las profundidades invisibles, subir a la superficie como si fueran a respirar el aire y luego, con una inversión en su lenta elipse, regresar de nuevo a las profundidades!

Para la muchacha, esta visión era completamente desinteresada, tan sólo objetivamente cautivadora como una bandada de hermosas golondrinas, pero para John, con su recuerdo infantil de cañas de pescar y persecución depredadora, había en ella un espasmo de posesividad, intenso, perturbador, provocador, erótico. La muchacha no satisfacía ningún sentido excepto el de la vista mientras observaba a esos misteriosos habitantes del agua, primeras nubes subacuáticas,

Luego, vagas tinieblas, luego nobles formas de peces que subían y bajaban como si estuvieran cumpliendo algún elaborado ritual de la corte, cuyas reglas eran tan estrictas como las de algún palacio acuático de las Oceánidas. Pero la naturaleza más grosera de John no se contentaba tan fácilmente. Un anhelo, que parecía llevar consigo algún temblor fálico primordial, se apoderó de él, de agarrar con sus manos a esas criaturas resbaladizas, de sujetarlas con fuerza, de sentir sus aletas, sus escamas, su frialdad deslizante, su vitalidad eléctrica.

Sin intentar analizar por qué la visión de esos seres extraños, deslizándose hacia arriba y hacia abajo con una

voluntad tan intensa y a la vez tan fácil, había excitado su deseo, se movió instintivamente detrás de su compañera y deslizó sus brazos entre su cuerpo y la áspera tela de la pared contra la que se apoyaban.

–Eres como un cormorán –jadeó ella cuando recuperó el aliento tras la perturbación de su prolongado abrazo.

–Lo siento –murmuró–. No pude evitarlo. ¡Maldita sea! –añadió–. ¡Tenemos que irnos, querida, y rápido! Así que di adiós, trucha, o lo que seas. ¡No sé lo que eres! –Le cogió la mano y la apartó, como si temiera que se transformara en una de esas frías y resbaladizas formas de pez y desapareciera para siempre en el crepúsculo gris azulado.

Mientras la guiaba, su última mirada reveló un círculo brillante de ondulaciones–. ¡Hay una subida! –murmuró–, pero debemos darnos prisa! No me atrevo a mirar el reloj.

El tañido de la campana de la torre de pedernal de la iglesia de Northwold, de tejado alto, empezó a sonar antes de que llegaran a la primera casa del pueblo. El viento había amainado considerablemente y el fuerte sol, que calentaba sus cuerpos a través de la ropa, se combinó con el movimiento de su rápido andar para arrojarlos en un resplandor de delicioso bienestar. John se sentía tan satisfecho con lo que la vida le ofrecía que su mente dio un salto –algo inusual en él– hacia su futuro práctico.

"Voy a pedirle a Philip que me dé un trabajo en Glastonbury", dijo.

La muchacha encontró una forma secreta de desahogar el arrebatado de placer que le produjo esta noticia apretando con fuerza los bordes de su vestido y sujetándolos firmemente alrededor de su cuello.

–Soy compañera de una anciana que vive allí llamada Phemia Drew –dijo con entusiasmo–. Su casa es lo que llaman la Casa de la Abadía, así que puedo ver las Ruinas desde mi dormitorio.

–Supongo que le debes tu trabajo a Philip –dijo John–. Antes de irme de la rue Grimoire, decidí que le pediría trabajo. Así que mi vida inglesa comenzará al lado de la tuya.

Su voz sonó decididamente tensa cuando hizo la siguiente pregunta: “No estás casado, ¿verdad, John?”

El tañido de la campana de la torre de pedernal cayó sobre ellos en ese momento como un brazo largo y huesudo que saliera de un ataúd. Soltó una risita sardónica.

“Si *fuera así*, querida, sería una francesa muy curiosa si no me hubiera vestido mejor. Me compró esta corbata”.

Sacó el objeto al que se refería y lo agitó entre el índice y el pulgar mientras corrían por la calle. –No, no... no estoy casado. Y ahora que te tengo en mis manos no es probable

que... –le lanzó una mirada astuta por el rabillo de sus párpados rasgados; una mirada como la que un colegial ladrón, con una ciruela robada en los dedos, podría lanzar a la hija del dueño–, ¡a menos que te cases conmigo!

Ella le dirigió una mirada soñadora y abstraída como respuesta, como si no hubiera oído sus últimas palabras. Luego se mordió el labio frunciendo el ceño y apartó la cabeza. Cuando lo miró de nuevo, su rostro se había aclarado. –Qué suerte que a Philip se le ocurriera traerme aquí, John. No creo que hubieras pensado en Glastonbury si no nos hubiéramos conocido.

Habían llegado ya a la entrada del cementerio y se encontraron con que tenían que abrirse paso entre una multitud de aldeanos para atravesar la estrecha puerta. Se dirigieron hacia donde estaban dos clérigos de pie sobre un agujero en el suelo. Las sobrepellices blancas que llevaban ondeaban un poco con el viento, dejando al descubierto a intervalos los pantalones negros que llevaban debajo. Delante de estas figuras blancas, al otro lado del agujero, todos los parientes estaban reunidos en silencio; los hombres en una especie de discreto trance, sosteniendo vergonzosamente sus sombreros, sobre los cuales inclinaban sus cabezas; las mujeres, mucho más dueñas de sí mismas, lanzaban rápidas miradas aquí y allá y jugueteaban con los paraguas, los libros de oraciones y los pañuelos que sostenían en sus manos enguantadas de negro. John y Mary avanzaron instintivamente hacia el lado de la señorita

Elizabeth Crow, que era la única de toda la compañía que mostraba alguna emoción profunda. Sollozaba amargamente; y ella sostenía ambas manos, desnudas y vacías, presionadas contra su cara.

Sin embargo, cuando Mary llegó a su lado, se dio cuenta rápidamente de quién era y, apartando las manos de la cara, le dedicó, entre lágrimas y convulsiones en sus mejillas ásperas, una sonrisa simpática y divertida. Esas fueron las únicas lágrimas, la única sonrisa que se evocó en cualquier cráneo humano durante el funeral de William Crow. Esta dama robusta, que ahora se secaba con tanta fuerza las lágrimas con el dorso de una de sus manos regordetas, era en efecto, según ese extraño destino del que había hablado el hombre de la posada, la única hija del muerto que quedaba con vida. Todos los demás eran nietos; o eran vecinos del condado. «Él me trató bastante mal en vida», murmuró uno de los espectadores del pueblo. «Es demasiado tarde para armar un alboroto, ahora que el pobre hombre está muerto».

El servicio había comenzado un rato antes de que John y Mary aparecieran en escena, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que todo terminara y la compañía regresara en tropel a la rectoría.

Esto fue un procedimiento fácil por la sencilla razón de que en el lado del cementerio opuesto a la entrada pública había una puerta privada que conducía a una parte del jardín de la

rectoría; y no solo eso, sino en esa misma parte del mismo, a un patio amurallado, que rodeaba la entrada principal de la casa.

En el gran salón, de estilo antiguo, que había causado una impresión tan profunda en la mente del joven John, se reunieron todos los parientes para oír al abogado Didlington leer el testamento. A Philip Crow le correspondió desempeñar el papel de anfitrión de todos y también el de heredero natural de su abuelo, aunque, en realidad, nadie, excepto el propio abogado, tenía más que una vaga suposición especulativa sobre lo que probablemente contendría el testamento. Pero Philip tenía tal dominio nervioso que era el tipo de persona que siempre toma la iniciativa en cualquier grupo o en cualquier ocasión importante; y un extraño, al observar la energía juvenil del hombre, no habría adivinado ni por un segundo que en un par de días cumpliría cincuenta años.

Las ventanas daban a un enorme jardín que, a su vez, daba a un campo rodeado de árboles. En medio del jardín había un gran cedro. Las ventanas casi llegaban hasta el suelo de la habitación; de modo que, con el jardín y el campo completamente aislados del mundo exterior, el salón mismo se convertía en el santuario interior de «un gran lugar», una Arcadia consagrada. A la derecha de cualquiera que se parara ante esas ventanas y mirara hacia fuera, se alzaba, tras un macizo de laureles, la alta nave gris de pedernal de la iglesia. De modo que esta habitación poseía esa rara y

deliciosa cualidad que llegan a tener ciertas habitaciones antiguas que dan a patios escolares o jardines universitarios amurallados.

Sin embargo, a un observador curioso de las tradiciones antiguas podría haberle parecido que, comparado con otros lugares de retiro similares, a pesar de la presencia de la iglesia, en esta escena había algo esencialmente pagano y secular. El tamaño desproporcionado de la rectoría y sus grandes jardines en comparación con la iglesia y el pueblo daban la impresión de que en ese lugar existió, al menos en el *pasado*, algo despótico y depredador. En otras palabras, en toda esta felicidad aislada se mostraba la misma tendencia danesa a la autoafirmación profana que se ha observado en el carácter de los habitantes de Northwold. “Poseer, disfrutar, desafiar” podría haber sido el lema heráldico tanto de los ricos como de los pobres en esta parte de East Anglia.

Mientras el sacristán, perezosamente y con satisfacción, echaba en la tumba toda la arcilla de Norfolk, tan propicia para el crecimiento de las rosas, que se había amontonado al pie del agujero sobre el ataúd cubierto de tierra (y nótese que varias orugas y varios gusanos rojos vivaces, que son tan irresistibles para la perca de Wissey, bajaron al agujero con la arcilla), flotaba alrededor del cuerpo en el ataúd una fantasmagoría de pensamientos oníricos. Estos pensamientos no incluían ningún disgusto por estar enterrado ni ningún encogimiento físico, pero sí una

curiosidad tranquila y plácida sobre si este estado onírico era el final de todo o el comienzo de algo más. Los nervios del goce, los nervios del sufrimiento, ambos estaban atrofiados en este cadáver frío, enfermizo y maloliente; pero alrededor de ella, formando un “cuerpo” difuso para sí mismo a partir del éter que penetraba la arcilla, los tablones, las raíces de la hierba y el aire frío, el alma del muerto estaba obsesionada por recuerdos confusos y, muy por debajo de estos, por la vaga agitación de una curiosidad neutral y desapasionada.

William Crow tenía noventa y un años, pero nunca había experimentado una curiosidad tan intensa desde que su hijo Philip, cuando tenía veinte años, se escapó y se casó con una mujer desconocida.

Arriba y abajo, arriba y abajo, estos recuerdos seguían lavándose, hacia atrás y hacia adelante se enjuagaban, iban a la deriva, se arremolinaban, y siempre, muy por debajo de ellos, la raíz de la curiosidad se agitaba trémula, como un alga que se balancea perezosamente, bajo una marea que sube y baja.

Los párpados del viejo rostro muerto bajo la tapa del ataúd estaban fuertemente cerrados; y la boca, aquella boca de actor elocuente, estaba un poco abierta; pero lo que permaneció totalmente inalterado fue el hermoso cabello blanco como la nieve que cubría el cráneo redondo por todos lados con rizos tan sedosos como los de un niño.

Los recuerdos de aquel cráneo helado gravitaban siempre hacia la imagen de su esposa, muerta hacía mucho tiempo. No despertaban ninguna emoción, ni un trémulo destello, ni de amor ni de odio; sólo sobre cada recuerdo, por separado, volvía la mirada neutra una serena curiosidad.

–Un hombre absolutamente mezquino... ¡eso es lo que eres, William, un hombre absolutamente mezquino y cruel! ¡Esa mirada triste en tus ojos que siempre dices que es sensibilidad es en realidad crueldad! Eso es lo que es. Simplemente crueldad maliciosa y sangre fría... ¡y sensual también, oh, perversamente, perversamente sensual!

Con la absoluta calma de un botánico que observa una planta, la curiosidad en el alma de este cadáver escuchó ese susurro del recuerdo.

Y una vez más la voz de la orgullosa dama desde su tumba penetró la arcilla de Norfolk.

“¡Elizabeth Devereux a William Crow! Fui una tonta al casarme con una persona como tú, William. Mi madre siempre decía que casarme con alguien que no es digno de mí era una tontería”.

La boca del rostro muerto se abrió un poco más y el terrible e inaccesible silencio de la descomposición se hizo más profundo.

–El hijo de mi Philip será como su padre –reiteró la voz de

la mujer-. ¡Será como yo! Será un auténtico Philip Devereux. No habrá nada de danés en él.

El confinamiento de las tablas del ataúd no significaba nada para William Crow. La arcilla cruda, que caía ruidosamente de la pala del sacristán, no significaba nada para él. Sufrir por algo, disfrutar de algo... Había olvidado lo que significaban esas palabras. ¿Disfrutar, sufrir? ¿Qué extrañas y mórbidas consecuencias de la conciencia humana eran esas?

Pero la voz de la mujer comenzó de nuevo; y aquella curiosidad fría y desinteresada se movió plácidamente al escuchar sus palabras.

-¡Sí! Puedes mirarte en el espejo todo el tiempo que quieras, William. Esa mirada triste y cansada bajo tus cejas, sobre tus párpados, no es más que crueldad egoísta... ¡como la que mata moscas y atormenta a la gente sin golpearla! Mi familia siempre ha tomado lo que ha querido. Pero nunca se ha rebajado a torturar con rencor. Mi padre solía decir que cuando las familias normandas dejen de gobernar Inglaterra, Inglaterra se volverá blanda, habladora y mezquina... igual que tú, William...

Con una calma impenetrable, mientras escuchaba todo esto, el alma de aquel cadáver pasivo se preguntaba vagamente si aquel despotismo de Devereux era o no el verdadero secreto para tratar con la vida terrestre bajo el sol. Se preguntaba también, con la misma indiferencia

complaciente, si el zumbido de aquellos recuerdos confusos iba a caer en lo que llamaban «descanso eterno» o iba a ser el preludio de algún cambio nuevo y sorprendente. Fuera lo que fuese, resultaba igualmente interesante, ahora que el placer y el dolor habían desaparecido.

¡Qué extraña la aniquilación! ¡Qué extraña una nueva vida consciente! Lo que en realidad experimentaba el alma del rector de Northwold en aquel momento de su entierro se parecía más a la visión homérica de la muerte que a cualquier otra cosa, sólo que con más indiferencia hacia el amor y la fama. Todo lo humano que había en él estaba, de hecho, subsumido en ese impulso primigenio que originalmente nos hizo perder el Paraíso. Al reverendo William, frío y rígido, no le importaba nada más que satisfacer su curiosidad.

Mientras tanto, en el gran salón de la rectoría, otra curiosidad mucho menos desinteresada iba en aumento, hasta llegar a un sufrimiento positivo de excitación, mientras el señor Anthony Didlington –que se parecía tanto a un personaje de Sir Walter Scott que uno esperaba que, después de cada resonante punto del documento en pergamino, tomara una vigorosa pizca de rapé– leía el testamento del difunto canónigo.

John y Mary se habían instalado en un pequeño sofá del siglo XVIII, que tenía el aire de ser el mismo sofá que dio título al poema de Cowper, y que estaba situado detrás de

los muebles más pretenciosos, cerca de la ventana más alejada.

En el lugar más importante de la habitación se sentaba Tilly Crow, la esposa de Philip, una mujer menuda, esbelta y morena, de frente alta, pelo cuidadosamente peinado, ojos negros y brillantes y bajo la barbilla un broche colosal de madera de Wedgewood. Frente a la señora Philip, en el otro lado de la chimenea donde ardía un cálido fuego, estaba sentada Elizabeth Crow en el pequeño sillón de terciopelo verde de su madre, que el gran vestido de satén negro de la corpulenta dama llenaba hasta rebosar. Su rostro estaba cansado y melancólico más que triste; pero por encima y por debajo de sus mejillas firmemente modeladas y sus pómulos rugosos estaban muy marcadas esas curiosas arrugas hundidas, cuyas contracciones, según Mary, eran una indicación de que había problemas con el viento. El abogado Didlington, con sosegada gravedad pontificia, estaba sentado en una silla alta de espaldas a la ventana más grande. Ni una mirada dirigió a aquel hermoso césped, sobre cuya superficie lisa ya caían las largas sombras de la tarde de los tilos y los cedros.

Junto a la mesa del abogado, y sin prestar mucha más atención que él a las sombras que se extendían sobre el césped, se encontraban sentados en otra mesa, con material de escritura ostentosamente expuesto frente a ellos, Dave y Persephone Spear. Se podría haber supuesto que esta joven pareja estaba transcribiendo desesperadamente cada

detalle del testamento del difunto rector, pero esto hubiera sido una suposición errónea. Los papeles que se encontraban ante ellos habían sido extraídos de un maletín de cuero maltratado que ahora reposaba sobre la alfombra a sus pies. Los cálculos en los que estaban tan absortos y que implicaban pasar de un lado a otro de la mesita toda clase de garabatos a lápiz, no tenían la más remota relación con lo que el señor Didlington estaba leyendo con tanta atención y unción explicativa; a menos que, en efecto, todas las actividades humanas de carácter revolucionario deban considerarse relacionadas con los derechos de propiedad.

De hecho, Persephone Spear y su marido acababan de llegar de una reunión comunista en Leeds y se dirigían a otra en Norwich antes de regresar a Bristol, donde vivían. El asunto de enviar al abuelo de Persephone a su tierra natal, Norwich, no los habría atraído ni a un kilómetro de distancia si no hubiera sido por el hecho de que existía la posibilidad de una huelga en ese momento en una de las fábricas de Philip en Somersetshire. Sintiendo un interés familiar en este evento, naturalmente se habían puesto en contacto con los líderes de la huelga y estaban haciendo todo lo posible no sólo para darle al evento un giro comunista, sino también para utilizar el accidente de su relación con él para obtener concesiones de Philip.

A la señorita Elizabeth le divertía un poco, incluso en medio de sus tristes pensamientos, observar lo extrañamente distintos que eran estos dos jóvenes revolucionarios y, sin

embargo, qué perfecta unanimidad existía entre ellos. Spear era un joven bajito, divertido y de cara ancha, con el pelo rubio muy corto y ojos azules pequeños y alegres; mientras que Percy era una doncella alta y desgarbada, de tez morena, parecida a la de una gitana, y con una mata de rizos oscuros.

El propio señor Philip Crow había estado, hasta que el abogado empezó a leer, moviéndose, como el enérgico diplomático que era, de uno a otro de aquellos parientes; e incluso ahora, mientras todos los demás estaban sentados, él permanecía alerta y cortésmente atento, apoyado contra el costado del gran ventanal, de espaldas al césped y con los ojos fijos en la fisonomía anticuada del señor Anthony Didlington. Nadie podría haber negado a Philip Crow el epíteto de guapo. Era, en efecto, el único absolutamente apuesto de todos los parientes reunidos; pero su buena apariencia estaba acompañada de tan poca timidez y estaba tan completamente subordinada a su formidable carácter que desempeñaba un papel muy secundario en el efecto que producía.

El hombre se conducía a sí mismo (se le notaba en su nariz de halcón, en sus labios apretados, en sus párpados entrecerrados, en sus cejas fruncidas), pero conducía a los demás con mayor inflexibilidad, como se hacía evidente en la intensidad errante de sus ojos grises, los ojos de un piloto, un arponero, un cazador de caza mayor; en una palabra, de un aventurero normando que tomaba, guardaba,

organizaba, construía y moldeaba sin piedad, naturalezas más débiles para su propósito de largo alcance.

John y Mary estaban tan absortos en susurrar entre sí que un recuerdo y luego otro se colaban en sus mentes desde el aura de esa vieja habitación, algunos asociados con la vista fuera de la ventana, algunos con los muebles, algunos con las figuras de sus abuelos, que tenían poca atención que dedicar al resto de la compañía. Es cierto que de vez en cuando John lanzaba una rápida mirada astuta, más allá de las cabezas inclinadas de los dos revolucionarios, a ese gran documento de pergamino, con sus sellos rojos oficiales, que el señor Didlington sostenía con tanta reverencia como un sacerdote sostiene los Evangelios en la misa. Esas miradas furtivas y hambrientas eran el tributo que rendía a todas esas expectativas excitadas de legados increíbles, discutidas en tantas cenas de la calle Grimoire con Lisette y Pierre. ¡Pero esos pensamientos codiciosos llegaban y se iban rápidamente! La seductora suavidad de los largos miembros de María, sentada con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas mirándolo gravemente a la cara, hizo que su ya alcanzada buena suerte fuera más preciosa que cualquier legado eclesiástico.

Realmente parecía interminable la lista de parcelas y lotes de buena tierra inglesa, habitados y deshabitados, que, en diversas partes de Norfolk, William Crow había heredado de sus ahorrativos antepasados. Sin embargo, esta lista interminable seguía alargándose, y hasta el momento no

había aparecido ningún indicio de quién iba a ser el ganador de toda esta acumulación de propiedades, de las que aparentemente el difunto tenía un derecho indiscutible de libre disposición.

El viento había amainado por completo. Las sombras en el césped eran más oscuras y frías. Los pocos dientes de león amarillos que habían escapado a las tijeras del jardinero se habían cerrado y parecían –como los dientes de león cuando se acerca el ocaso– desamparados, empobrecidos, vacíos de toda gloria. Un pálido resplandor alternaba con sombras negras como el terciopelo sobre el tronco del cedro; y sobre los narcisos en la hierba y sobre los jacintos en los macizos de flores, un frío peculiar, que subía desde un gran estanque oculto más allá del campo y que aún no era lo bastante palpable como para tomar la forma de vapor, se desplazaba lentamente desde el borde de los arbustos distantes hacia la casa.

Los pensamientos de Philip eran como anzuelos que perforaban las agallas de un monstruoso Leviatán del Destino que había decidido utilizar para sus fines. Visualizó su fábrica en Wookey Hole. Visualizó las estalactitas y estalagmitas de las famosas cuevas y las vio iluminadas con electricidad perpetua. Recordó cómo una vez había estado solo allí, al borde de ese río subterráneo que fluía bajo la Roca de la Bruja, y cómo había sentido una sensación de poder allí abajo más allá de todo lo que había conocido. «Esas inversiones de Norwich no son nada», pensó, «esas

propiedades sobrevaloradas no son nada. ¡Las tres grandes hipotecas son lo importante! Se venderían por cuarenta mil. Me las ha dejado a mí, lo siento, lo siento, lo sé. Además, se lo prometió a la abuela. Me lo confesó él mismo. ¡Qué bueno que muriera cuando lo hizo! Nunca más tendré que escuchar esa voz suya leyendo *Lycidas*⁷. ¡Viejo epicúreo! ¡Ahora lo puedo ver, echando crema en sus gachas y mirando voluptuosamente hacia su jardín! ¡Viviendo para sus sensaciones! Eso es lo que hacía, todos sus días. Poner crema en sus gachas, leer su poesía y vivir para sus sensaciones. ¡Qué vida para un hombre adulto! La vida de una rana en un estanque de nenúfares. La tía Elizabeth lamenta ahora que esté muerto. Pero no le gustó que Johnny Geard se convirtiera en el favorito. Se fue muy rápido. Él debió haberse imaginado mucho por eso. Debió haber pensado que estaba convirtiendo a un metodista a las verdaderas doctrinas. ¡Viejo imbécil con cerebro fantástico! Reconstruiré la planta de Wookey Hole por completo. Eso requerirá unos diez mil. Eso me dejará treinta mil para jugar. ¡Y por Dios! Jugaré con eso.

Cuatro mil llevarán la electricidad más allá de los límites reales conocidos de cada una de esas cuevas. Haré la planta por diez mil y gastaré cinco en las cuevas. ¡Con cinco mil podría electrificar las entrañas de Mendips! Lo que Philip sintió en ese segundo de tiempo cuando se imaginó con toda

7 "*Lycidas*" es un poema de John Milton, escrito en 1637 como una elegía pastoral.

esa energía eléctrica a su disposición, de pie entre esas -estalactitas prehistóricas, sería difícil de expresar en lenguaje humano racional. El tamborileo de un meteorito viajando por el espacio lo expresaría mejor.

“Yo... yo... yo... cabalgando sobre electricidad
agarrando la electricidad... yo... yo
aloue... todopoderoso... bajo los Mendips...
haciendo mi voluntad sobre Somerset...
mis fábricas arriba... mi electricidad abajo...
plantando mi voluntad sobre el futuro...
moldeando a los hombres...
dominando la Naturaleza”.

Sus duros ojos grises empezaron a suavizarse un poco y su mirada, abandonando el rostro del señor Didlington, se volvió hacia el vacío.

«Haré que me fabriquen un barco completamente nuevo para explorar ese río subterráneo», pensó, «más plano que una barcaza, más ligero que una canoa. Construiré un motor eléctrico para él y haré que flote bajo la Roca de la Bruja y haré que me dejen allí; y tendré *esa sensación...* Haré que funcione también. ¡Tendré energía hidráulica para mi planta alimentada por el río enterrado en el corazón de Mendips! Electrificaré las cuevas de los druidas. Llevaré electricidad a más profundidad bajo la tierra de lo que nadie ha hecho jamás. ¡Qué lento lee este viejo asno!»

Pero la señorita Elizabeth Crow, que miraba a veces el fuego y a veces por la gran ventana que daba al jardín, pensó: «Habría tenido una vida más fácil si hubiera aguantado a Johnny Geard y me hubiera quedado con papá». Recordó cómo había visto por primera vez a ese ex predicador de Glastonbury cuyas ideas místicas habían tenido una influencia tan fatal en la mente y el corazón de William Crow. Había estado visitando a su madre en Suiza; y cuando regresó allí estaba él: ¡el predicador de Somersetshire, instalado en la rectoría de Northwold! «¡Cómo brillaban sus ojos negros mientras escuchaba las oraciones matinales de papá! El hombre *era* fascinante a su manera. No puedo culpar a papá por que le gustase». Ahora podía oír la voz resonante de su padre repitiendo los grandes capítulos poéticos de Isaías. «Consolad, consolad, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su tiempo ha terminado, que su iniquidad ha sido perdonada; porque ha recibido de manos del Señor el doble por todos sus pecados!» Y pudo oír a este charlatán interrumpir (¡algo inaudito para un sirviente!) y pedir otro capítulo de retórica sagrada.

La mente de Tilly Crow no evocaba grandes legados ni meditaba sobre antiguos agravios. Estaba ocupada por completo con los problemas menores relacionados con la despensa, la alacena y la cocina de su propia casa de Glastonbury. Había un estante en la despensa que su criada siempre mantenía demasiado lleno. Tilly Crow podía ver

ahora un haz de luz particular en el que las motas de sol solían parpadear cuando entraba en la despensa después del desayuno. Esta luz siempre caía sobre un paño de cocina colgado, diferente del resto, con un pequeño borde verde, que ella misma guardaba para secar sus mejores tazas de porcelana cuando tenían visitas. Luego su mente abandonó la despensa y emprendió un viaje de unos cuatro metros. Allí vio con abominable claridad una mosca azul (mantenía una guerra especial y constante contra ellas) caminando por el borde de un estante donde se guardaban la mantequilla y el queso. No pudiendo soportar esta imagen con ecuanimidad, sacudió la cabeza bruscamente para ahuyentarla y, mientras el señor Didlington comenzaba a enumerar una larga lista de propiedades en la parroquia de Thorpe, su mente aventurera dio un salto audaz hacia su salón de Glastonbury, donde se concentró en la otomana rosa descolorida donde guardaba sus lanas. «Tengo que forrar la otomana», se dijo. «Ahí está ese desgarró que hizo el gato de Elizabeth. Siempre me molesta verlo. ¡Qué sentimental parece Elizabeth mirando por la ventana! ¡Oh, espero que el canónigo le haya dejado suficiente dinero para irse a vivir sola a algún bonito lugar junto al mar!». En ese punto, en los pensamientos de Tilly Crow surgió una imagen que se habría mostrado muy reacia a expresar con palabras; pero como una simple imagen en el vacío, traída a ella por alguna criada del aire en una bandeja de plata, se entregó a ella. ¡Ésta era la imagen de una taza de té solitaria que Emma, la cocinera, le trajo junto con sus cartas durante unas vacaciones paradisíacas, cuando Philip

–tal era el punto más lejano de la felicidad de Tilly– se fue a pasar quince días con la tía Elizabeth, en aquel agradable lugar junto al mar!

Pero ¿qué era esto? ¿Qué palabras de fatal significado habían salido de los labios del señor Didlington? ¿Por medio de qué encantamiento se había puesto de pie a toda prisa en aquella sala llena de gente adulta, que protestaba, exclamaba, se burlaba, preguntaba, denunciaba, discutía y, en absoluto, hablaba con amabilidad de su abuelo Cuervo, que, pese a ser una de las principales causas de su existencia sobre la tierra, parecía haberse convertido en un enemigo deliberado?

–¿Significa eso que ninguno de nosotros recibirá un centavo, ni siquiera Felipe? –le susurró María a John.

–Ni un penique –respondió el parisino–. Y, además, Mary, tendré que pedirte prestados diez chelines para ir a Glastonbury.

–Querrás más que eso –respondió ella con gravedad.

–No, no lo haré. Voy a caminar. Diez chelines es lo que quiero. Ni más ni menos. Pero los quiero de ti y será mejor que me los des ahora si tienes tu bolsa, porque están muy nerviosos y es mejor no correr riesgos. Ante esto, Mary lo miró fijamente, pero al ver que hablaba en serio, se alejó un poco hacia la ventana y le hizo un gesto para que la siguiera.

–¿Cuánto dinero te queda? –susurró Mary. Él buscó en sus bolsillos concienzudamente y sacó tres chelines y cuatro peniques. Le tendió esa suma con ambas manos como si ella se la hubiera exigido. Ella meneó la cabeza. –Guárdatela –dijo–. Será mejor que te consiga un poco más. No puedes caminar todo ese camino. Estoy segura de que la tía Elizabeth...

La acercó más a él, interrumpiendo sus palabras. La enorme cortina verde de la izquierda de la ventana (porque las cortinas de invierno aún no habían sido cambiadas) colgaba en pliegues abultados sobre su hombro. Mary mucho después recordó cuán exactamente se parecía a un cuadro veneciano que había visto en alguna parte, su rostro de pícaro resaltado contra ese fondo. –¡No voy a aceptar ni un centavo de nadie más que de ti! –susurró con fiereza, con un brillo malicioso en los ojos–. Te encontraré en Glastonbury en una semana o así, no más de dos semanas de todos modos, y luego veremos. Puede que entonces me aproveche de ti como el diablo –añadió, dirigiendo a la chica una rápida mirada inquisitiva–. Ya me he aprovechado de las chicas antes. ¡Es una forma de vida que parece adaptarse a mí!

Mary mostró sus fuertes dientes blancos con una sonrisa de colegiala.

Dando la espalda a la habitación, sacó su bolso y sacó de él tres medias coronas, un florín y una moneda de seis

peniques. –La señorita Drew –observó– no paga mucho. Philip tampoco da propinas. La tía Elizabeth me dio esto como dinero de bolsillo.

Cualquier observador atento habría podido comprobar con claridad que Mary sentía una felicidad exultante al entregarle a John su dinero de bolsillo de esa manera tan infantil. También habría quedado claro que los sentimientos de John eran a la vez los de un amante romántico y los de un vagabundo astuto y sin escrúpulos.

–Le preguntaré a la tía Elizabeth si no puedes dormir aquí esta noche –susurró Mary, mientras se alejaban de la ventana que se oscurecía.

Él le hizo una mueca irónica. –¡No te atrevas! –susurró–. Tengo más de tres chelines sin tocar tus diez y dejé mi bolso en la posada. Haré que me den una habitación y desayuno para dos noches por eso. ¡Ya verás! Quiero ir contigo al gran río mañana. Nunca fuimos juntos.

Mary se puso roja de emoción. “¡Lo hicimos, John! Tú lo has olvidado, pero yo lo recuerdo. ¡Solo lo hicimos una vez!”

Su diálogo fue interrumpido por la voz de Philip, que no se elevó, sino que se bajó hasta tal tono de intensidad contenida que exigía atención.

Ahora estaba de pie, de espaldas al fuego, frente al señor Didlington, quien, con los dedos insertados entre las placas

sueltas de ese testamento calamitoso, se balanceaba pesadamente y sin fuerzas ante él, como un senescal obsequioso pero hosco cuyo relato ha resultado defectuoso.

“Todos estos... cuarenta mil... dejados absolutamente a este hombre... y sin posibilidad... de acción legal... ¿esa... en resumen... es la situación?”

El señor Didlington empezó a murmurar algo con voz ronca y lastimada, pero sólo la palabra «legados» llegó a oídos de John y Mary.

–¡Malditos sean sus legados! –dijo Philip en el mismo tono–. Doscientos dólares al año de la propiedad de Norwich para mi tía, y cien dólares en efectivo para los sirvientes. Esos son todos sus preciosos legados. Lo más enloquecedor es que fuimos Tilly y yo quienes le presentamos este perro astuto al abuelo.

Su voz cambió un poco y miró hacia su esposa.

Tilly Crow había recogido sus delgadas piernas en el gran sillón y, con las manos apretadas con tanta violencia sobre el regazo que los nudillos estaban blancos, lo miraba con ojos asustados.

–¿Dónde está ese ladrón, Tilly? –dijo con voz mucho más suave–. ¿Dónde está ese santo bribón que nos ha engañado a todos? El hecho de que hubiera mostrado suficiente autocontrol para hablar en un tono medio humorístico fue

suficiente para que recuperara la ecuanimidad. –¿Por qué? –observó finalmente, mirando a su alrededor con el aire de un monarca que se dirige a sus cortesanos después de perder una batalla–. ¿Por qué no va alguien a buscar a ese hombre bueno y religioso y me permite ofrecerle nuestras felicitaciones conjuntas?

–Los muebles –murmuró Tilly–. ¿Dijo que los muebles se dividirían en partes iguales? ¿Eso significa, Philip, que no podemos quedarnos con la plata, con el escudo de tu abuela? ¡Pregúntales, Philip, pregúntales ahora! Nos darán la plata, ¿no? ¿Y la ropa de cama? No queremos más muebles, Philip, ¡pero estas chicas deben dejarme la ropa de cama! Diles que no queremos muebles pesados, Philip. Diles que queremos la plata y la ropa de cama.

La tía Elizabeth se levantó pesadamente de su asiento. Sus pensamientos habían estado vagando hacia Glastonbury, donde treinta años atrás había estado tan enamorada del joven vicario del lugar, que la había dejado plantada para casarse con una criada.

Despreció por completo a Tilly y se dirigió a su sobrino. –Sólo piensas en tus propios asuntos, Philip –dijo con severidad. Lo miró mientras hablaba, sin rastro del respeto y admiración con que él había intimidado a los demás–. ¿Por qué no me felicitáis Tilly y tú por mis doscientos dólares al año?

¡Había un peso de carácter en la tía Elizabeth cuando se puso de pie y se enfrentó a su sobrino que le permitió reducir su importancia y reducir su pérdida de cuarenta mil libras! Mary pellizcó el brazo de John con deleite y le susurró algo que él no pudo entender. Sin embargo, fue de la otra joven pareja que estaba en la habitación de donde salió la siguiente palabra.

–Percy y yo te felicitamos, tía –exclamó el señor Spear.

–Sí, sí –repitió Perséfone, enderezando los hombros y sacudiendo la cabeza–, y esperamos que salgas ahora del campamento enemigo y escuches la sabiduría.

La señorita Crow se acercó a ellos, atraída por algo tan amable en su tono que la sorprendió y la desarmó. –No estoy en el campo de ningún enemigo, Percy –murmuró, rodeando con el brazo la cintura de la chica alta–. Soy una mujer chapada a la antigua y aprecio mucho a mis queridos sobrinos. No sé nada de política, al igual que Mary –añadió, haciendo un movimiento instintivo para reunir a los cuatro jóvenes. John y Mary se acercaron a ella.

"Si la sabiduría de alguien puede serle impuesta a la tía Elizabeth", agregó John, "creo que *la mía* sería la que mejor le vendría".

–¿Qué quiere decir con eso, señor Crow? –preguntó el joven Spear en tono argumentativo.

–Sí, ¿qué quieres decir, John? –repitió Perséfone–. No querrás decir que Dave y yo intentaríamos intimidar a la tía Elizabeth para *obligarla* a ver la luz, ¿verdad?

–¡La luz, la luz, la luz, la luz! –gritó de repente John con el rostro convulsionado.

La tía Elizabeth retrocedió inconscientemente un paso o dos, arrastrando a Perséfone, cuya cintura aún sostenía, con ella; porque había algo en la esbelta figura de Percy que provocaba que la gente la tocara y hacía difícil dejarla ir.

Pero el rostro de John se tranquilizó en un segundo y de él brotaron las más humildes y benditas disculpas. “Es mi picardía francesa que sale a la luz, Dave Spear”, dijo. “Es todo cinismo adquirido, en verdad, me encanta pensar que hay gente con convicciones firmes, gente que sabe que tiene razón, como tú y el primo Philip”.

En ese momento, la voz de Philip interrumpió la conversación. No había dejado de sorprenderle que la tía Elizabeth y los cuatro jóvenes primos, en su evidente indiferencia ante el grotesco acontecimiento de la transferencia de cuarenta mil libras de la familia Crow a la familia Geard, habían logrado aislarlo en una especie de soledad moral. Él y su esposa podrían seguir peleándose con el señor Didlington por este fiasco. Los demás eran personas civilizadas, dispuestas a aceptar un simple golpe financiero con la urbanidad que les correspondía.

–No me mezcles a mí y a Dave Spear en el mismo saco –interrumpió, abriéndose paso entre la tía Elizabeth y Mary con una jocosa fanfarronería–. Percy nunca le volvería a cocinar una comida si pensara que tenemos algo en común. Para mi linda Perse, nunca seré más que un capitalista inflado, ¿no? –Y también, tal como había hecho la tía Elizabeth, rodeó con el brazo la esbelta cintura de la chica.

–Prima Tilly –gritó Dave Spear con una sonrisa de colegial en su amplio rostro–, ¡ven y evita que Philip coquettee con mi esposa!

Pero la señora Crow, que acababa de tocar el timbre y había tenido una larga conversación en susurros con la criada que respondió, estaba en ese momento, ella misma regañando al señor Didlington con voz quejosa pero penetrante. –Dice que ese hombre horrible partió ayer hacia Glastonbury. Supongo que ambos sabían que el abuelo le había dejado todo. –Hizo una pausa y luego, volviéndose hacia su marido, dijo–: El té está listo en el comedor, Philip.

El abogado se dirigió al grupo en el centro de la sala y permitió que su respuesta al ataque de Tilly fuera una respuesta profesional general para todos ellos. «Es cierto», dijo, «que el señor Geard estaba al tanto, igual que yo, de las intenciones del difunto canónigo; y como su familia vive en Glastonbury, era natural y, de hecho, adecuado que se dirigiera allí de inmediato para informarles de este legado tan considerable».

–Bien, Didlington –replicó Philip, mirando a los presentes–. Espero que le hagas el favor a mi esposa de dejar que ella te sirva el té. ¿Pasamos al comedor? ¿Seguirás a la señora Crow, Didlington?

Abrió la puerta y todos salieron al pasillo. Bajaron por él, pasando por delante de una amplia escalera en cuyas paredes colgaban unos cuadros al óleo realmente valiosos seleccionados por el tío abuelo de William Crow. No muy lejos de esta escalera estaba la puerta principal, que conducía, a través de un agradable invernadero, al patio. Fue por esta puerta, más que por cualquier otra, por la que el señor Didlington se apresuró a pasar, cogiendo su sombrero de una mesa de mármol que se ofreció convenientemente a su atención.

–Tengo que volver a casa, Crow. Mi mujer me espera, ya sabes, y hay que caminar bastante. Si me quedara a tomar el té con todos vosotros, no llegaría a Methwold hasta después de que oscureciera.

Philip tuvo la inteligencia de ver que el arranque de falta de tacto de Tilly había molestado realmente al digno hombre. ¡Qué criaturas salvajes son las mujeres! Siguió al abogado hasta el invernadero, que olía a heliotropo y a verbena de limón. –Debes perdonar a la señora Crow, Didlington –dijo en voz baja. Y luego, cuando el hombre se limitó a asentir con un leve encogimiento de hombros, añadió–: El punto más importante que has dejado claro

–continuó– es que la familia no tiene nada que objetar a ese tipo. No deberíamos tener ninguna posibilidad, ¿eh?, ni la más mínima, de alterar este testamento.

El señor Didlington hizo una grave reverencia y, abrochándose el abrigo con la mano libre, cogió pensativamente una hoja de verbena de limón con la que sostenía su bastón.

–Ni la más mínima posibilidad, ¿eh? –repitió Philip.

El hombre se enderezó y lo miró a la cara.

–Actúo –dijo– en nombre de todas las partes implicadas. –Hizo una pausa y prosiguió con auténtica dignidad–: Mi posición como albacea es difícil. El señor Geard lo reconoce. Su marcha a Glastonbury lo demuestra. Espero que no surja ninguna necesidad de recurrir a más consejos, y el señor Geard también lo espera.

«Estoy seguro de que sí», pensó Philip. Pero se limitó a decir: «Confieso que me sobresalté, Didlington. Debías haber esperado que nos sobresaltáramos».

El abogado continuó arrugando entre sus dedos la hoja de verbena de limón. –El señor Geard ha sido el ayuda de cámara de su abuelo –dijo–, su secretario, su confidente y, si me permite la palabra, su amigo, durante los últimos diez años. Con ninguna de las opiniones que ha presentado le aconsejaría impugnar el testamento.

Philip Crow se inclinó y olió un heliotropo. “¿No cambiarás de opinión, Didlington, después de todo, y dejarás que mi buena esposa te sirva una taza de té?”

Estaba demasiado emocionada ahora mismo. Fue una sorpresa, ya sabes; y las damas siempre se toman las cosas a pecho. Supongo que si el señor Geard no hubiera sido... no hubiera sido... bien conocido por nosotros en Glastonbury como un predicador local bastante exigente, ella no se habría sentido...

El abogado meneó la cabeza. –En caso de que a algún miembro de su familia le surja el deseo de recibir más consejos, me gustaría señalar que el médico del difunto canónigo, un buen amigo mío, piensa como yo que su abuelo nunca estuvo más lúcido que durante el tiempo en que redactó este testamento. Ningún bufete de abogados de buena reputación aceptaría este caso alegando una influencia indebida. Todo el mundo sabe –si me permite ser franco– que su familia dejó muy solo al difunto canónigo, y es bastante natural que, en estas circunstancias...

–Bueno, bueno... Me temo que debo volver con mis invitados –interrumpió Philip con frialdad–. Le deseo un agradable paseo a casa, señor Didlington. –Abrió la puerta del invernadero y despidió al hombre con una reverencia.

Apenas había entrado en el comedor cuando Tilly Crow, mirándolo por encima de la gran urna de cobre que se

encontraba sobre la mesa frente a ella, con una pequeña llama azul encendida debajo, le gritó con voz llorosa y quejumbrosa: “Fue culpa nuestra, Philip. Eso es lo que más me duele. Oh, ¿por qué, por qué dejamos que ese hombre fuera a verlo?”

–¿Qué clase de hombre es ese desgraciado afortunado?
–preguntó Percy Spear mientras el cabeza de familia se sentaba al final de la mesa.

“Era un predicador al aire libre que vivía en Glastonbury, Perse”, explicó Philip. “Siempre tenía mala suerte y tenía esposa y dos hijos. Era una molestia para todo el pueblo; y cuando tu abuelo quería un lector lego, o alguien que combinara las funciones de ayuda de cámara y de cura, se lo enviábamos. Nadie hubiera soñado que *este* fuera el resultado”.

–Tal vez no sea un mal tipo después de todo –observó Dave Spear–. ¿Lo viste alguna vez, Mary?

María meneó la cabeza.

–Supongo –dijo John en voz baja, como si hablara más para sí mismo que para alguien en particular– que no hay manera de persuadirlo para que renuncie a *algo*.

Philip le dirigió una rápida mirada de infinito disgusto. –En Inglaterra no se hacen esas cosas, señor Crow –dijo–, al menos entre gente de nuestra posición.

“El testamento es algo curioso”, dijo Dave Spear meditabundo. “¡Un muerto concede arbitrariamente a una persona viva el poder que le ha arrebatado a la comunidad! La mera existencia de algo como un testamento es suficiente para demostrar la antinaturalidad de la propiedad privada”.

“Te lo ruego, Dave Spear, no empieces a hablar de política ahora” –le dijo.

–Mi disputa con Spear –intervino Philip en voz baja– no se limita a la política.

–¿A qué se limita? –gritó Perséfone con dureza–. No empieces a burlarte de mi Dave –continuó y, mientras hablaba, extendió un brazo largo, delicioso y joven sobre la mesa y, tomando la mano de Philip entre las suyas, le dio un pequeño apretón juguetón y regañón.

Philip le cogió los dedos y los sujetó con gravedad, mientras la miraba fijamente a los ojos. John vio que el rostro más bien rústico de la comunista se contraía bruscamente mientras esa vibración magnética pasaba entre los primos.

–Lo que *me intriga* de todas sus teorías, señor Spear –empezó a decir John, hablando con bastante rapidez– es que contradicen el instinto más profundo de la naturaleza humana. *Poseer...* ¿no gira el mundo entero, para cada uno de nosotros, sobre ese gran eje? Nuestra filosofía, por ejemplo, ¿qué es sino el acto por el cual poseemos el

cosmos? ¿Nuestro amor? Sin duda, ése es la quintaesencia de la posesión. ¿Y no es este ascetismo que ustedes practican, este renunciar a todo excepto a lo «esencial», como ustedes lo llaman, una especie de manta mojada arrojada sobre la naturaleza humana, una especie de reproche moral a los placeres naturales?

"Creo que estará de acuerdo, señor Crow", comenzó Spear.

¿Qué quieres decir? –exclamó su mujer–. La cuestión es ésta, señor Crow. Estamos totalmente de acuerdo con usted en la importancia de que toda nuestra naturaleza se deje llevar libremente hacia la felicidad. Pero es precisamente en esto en lo que interfiere el sistema capitalista. Usted está confundiendo dos cosas. Está confundiendo la felicidad natural e instintiva con el orgullo social artificial que obtenemos de la propiedad privada. Con una organización social justa y científica como la que han logrado en Rusia, nuestros valores humanos empiezan a cambiar. La gente se avergüenza de tener dinero. Se convierte en una desgracia, como una reputación de ladrón, tener más de lo esencial. Pero todo el mundo tiene derecho a los placeres que traen la felicidad. Todo el mundo tiene derecho a...

–Quiere decir –interrumpió su marido, alzando la voz hasta un tono muy vigoroso–, quiere decir, señor Crow, que todo aquel que trabaje honradamente y no viva de la explotación de los demás debe tener lo suficiente para disfrutar de su vida. Las clases explotadoras, por supuesto –en este punto

casi gritó, haciendo que Tilly echara una rápida mirada hacia la puerta, temerosa de que los sirvientes lo oyeran–, ¡deben morir de hambre!

El contraste entre el rostro sonrosado de aquel joven rubio y el fanatismo de su tono era tan grande que John lo miró asombrado. En la penumbra que se oscurecía, más allá de todos aquellos rostros apagados que estaban sentados alrededor de la mesa, las feroces palabras «¡Debe morir de hambre!» resonaron como la cuerda de un arco.

Philip Crow, desde el otro extremo de la mesa, lanzó al joven revolucionario una mirada que se parecía mucho a la que un Devereux de la época de la conquista normanda habría lanzado a un Gurth sajón que se hubiera atrevido a desafiarlo cuando su caballo atravesó la maleza con un bastón en alto. “Podrías matarme de hambre, hijo mío, si ganaras al ejército y a la fuerza aérea, pero te aseguro que tendrías a un capitalista inflado al que nunca matarás de hambre”.

–Supongo que Philip se refiere a nuestro amigo el señor Geard –murmuró la tía Elizabeth.

“¡Me refiero a la Naturaleza!”

Perséfone soltó un silbido bastante descortés. –¿La naturaleza? –se burló–. ¿De qué estás hablando, Philip?

–¿No ves, mi buena niña –dijo con mucha dulzura– que el

mundo siempre ha avanzado gracias al cerebro y la energía de individuos excepcionales que luchan con sus propias manos? Lo que ustedes están haciendo ahora es simplemente repartir lo que ya se ha ganado. Tenemos que pensar en el futuro; o, como digo, la Naturaleza tiene que pensar en el futuro.

La sangre se agolpó en el rostro de Dave Spear y una película borrosa se acumuló frente a sus ojos, de modo que lo que vio de la habitación y las personas que allí se encontraban era una especie de borrón.

–No puedo discutir... con usted... –dijo con brusquedad, como si cada palabra llevara consigo una veta de la sangre de su corazón–, pero sé que... si las masas... las masas de trabajadores... los verdaderos trabajadores... tuvieran... tuvieran la maquinaria y... la tierra y el agua... en sus manos... un nuevo espíritu... no conocido antes en toda la historia... de... de... de la humanidad consciente de su destino... sería más fuerte, más grande, más... más... más... más divino... más parecido a un dios que todo lo que sus grandes individuos egoístas han... han sentido.

El joven, emocionado, se puso de pie de un salto y cogió con los dedos una hogaza de pan medio cortada que empezó a apretar espasmódicamente. La tía Elizabeth extendió la mano y apartó el objeto; pero no antes de que ese gesto particular en aquella habitación que se oscurecía, con el césped húmedo y verde y el cedro sombrío en el exterior,

llamara la atención de John como algo simbólico. Mucho tiempo después, John recordó aquella torpe y bucólica figura inclinada hacia delante sobre la mesa oscura y sin luz y agarrando aquel pan. Con mucha más fuerza que la esbelta elocuencia de Percy, aquellas torpes y bruscas palabras parecían llevar sobre ellas el sello de la profecía. Una ráfaga de viento lluvioso de color verde atravesó el espacioso jardín, silbó y se arremolinó entre los arbustos de laurel, gimió entre las ramas de cedro.

¿Puedes tocar la campana, Mary, para que sepan que queremos la lámpara? –interrumpió la voz de Tilly Crow.

La llegada de la lámpara cambió por completo la atmósfera mental de aquel grupo de personas. Hizo que sus mentes regresaran de las vibraciones de lo ideal a las agitaciones de lo real. Cuando el globo de luz fue colocado en el centro de la gran mesa, apareció el devastador recordatorio de que cuarenta mil libras de poder sobre las vidas de hombres y mujeres habían pasado de esa cómoda habitación, de ese césped apartado, a algún pequeño y destartado domicilio de Glastonbury.

–¿Cuántos hijos tiene ese afortunado, Philip? –preguntó - María en voz baja.

“Dos”, fue la lacónica respuesta de Philip.

–Pero ¿no dijiste que era una molestia? –insistió Mary

Crow. –Dos chicas grandes y desgarbadas –se burló Philip–. Supongo que comprarán Chalice House; o intentarán que el obispo les venda Casa de la Abadía (la Casa de la Abadía) y despida a Euphemia Drew.

–¡Oh, espero que así sea! –exclamó Mary.

"¿Esperas que lo hagan?"

“Estoy harta de Casa de la Abadía. Me gustaría disfrutar de la diversión de ver a la señorita Drew elegir nuevos papeles pintados”.

–Me temo que nunca tendrás ese placer, Mary –dijo la tía Elizabeth–. Phemia nació en la Casa de la Abadía y morirá en la Casa de la Abadía.

–Está muy bien para ti, Elizabeth –dijo Tilly Crow con una voz que parecía la de un bisbita pratense⁸ melancólico–, tienes tus doscientos dólares al año.

–Sí, y a ti también te dejaré en paz, Tilly, y viviré con mis doscientos dólares al año. ¡Voy a alquilar una de esas casitas para obreros que ha construido el ayuntamiento en Benedict Street!

Philip se volvió hacia ella con un tono jovial y fanfarrón.

⁸ El bisbita pratense o bisbita común, conocido comúnmente como herrerillo, es un ave paseriforme de la familia Motacillidae propia de Eurasia occidental, Groenlandia y el norte de África.

–No aceptarás nada de eso, tía –exclamó–. ¡Pero si esos miserables juguetes de cartón socialistas ni siquiera te protegen de la lluvia!

–Es sencillamente vergonzoso de tu parte, Philip –intervino Perséfone–, el modo en que haces todo lo posible para dificultar tanto el trabajo de ese consejo municipal tuyo.

–A propósito –exclamó de pronto Philip, haciendo caso omiso de su protesta y hablando en voz alta y cuidadosamente modulada–, ¿dónde piensas dormir esta noche, primo John?

–Philip lee todos nuestros pensamientos, ¿sabes? –murmuró la tía Elizabeth–. Cree que tienes ojo para ese gran sofá del salón.

¡Mientras yo viva nadie dormirá en sofás! –gritó Tilly Crow con voz aguda. Su voz sonaba tan exactamente como el triste *trino* de un pájaro empapado por una lluvia ventosa que John se sintió desarmado y compadecido por ella.

–No tengas miedo, Philip –dijo–, y no te preocupes por el sofá, prima Tilly. Tengo una habitación para dos noches en la posada.

Perséfone se inclinó y le susurró algo al oído a Philip. A John le resultó imposible aventurar la menor conjetura sobre lo que ella decía, pero un minuto después Philip le habló en un tono alto, aunque no muy amable.

–Me sentiré ofendido, primo John, y estoy seguro de que tu prima Tilly se sentirá terriblemente dolida si no nos dejas pagar tu habitación mientras estés aquí. ¿Cuánto tiempo te has permitido tomarte unas vacaciones? ¿Cuándo volverás a París?

–Yo... yo... no lo he pensado... por mi alma que no lo he pensado todavía –murmuró John Crow–. Pero muchas gracias por la habitación en la posada. Muchas gracias, primo Philip. Estaré encantado de quedarme dos noches en la posada a tu cargo. ¿Les digo que te envíen la factura aquí arriba?

El tono de John, cuando su voz disminuyó, dejó a todos un poco incómodos.

–Bueno –dijo Philip–, bueno... sí. Sí, por supuesto. Sí, estaré aquí unos días más... tal vez... Su voz se hundió en ese punto entre un suspiro educado pero cansado. Era evidente para todos que no sentía una atracción muy fuerte por el vagabundo del otro lado del canal. De hecho, sus pensamientos exactos y precisos podrían expresarse así: «Este tipo nunca esperó ningún legado. Sólo vino a ver qué podía sacar de mí. Está en la ruina. Probablemente tenga tuberculosis, diabetes y viruela. Si le doy un centímetro, me quitará un centímetro. No debo dejarle venir a Glastonbury a ninguna costa».

La señorita Elizabeth se volvió hacia Tilly Crow y con voz suave y modesta preguntó a qué hora sería la cena.

–Me gustaría que todo el mundo dejara de llamarlo cena –dijo Tilly, malhumorada–. Será una cena fría. Queda mucho del almuerzo. Lo he pensado sólo para la familia, ¿sabe?, y esperaba que al señor Spear no le importara que estuviera frío. –Miró mientras hablaba, no a Dave, sino a John. Y fue John quien levantó la voz en respuesta–. No piense en mí en su hospitalidad, señora Crow, se lo ruego. Yo seré el encargado de esa cuenta, ¿no es así, Philip?, de la de la posada.

Se puso de pie mientras decía esto. Pero Philip se levantó también. –No me ha entendido, señor Crow –dijo bruscamente–. Sólo era que no podía ofrecerle un dormitorio. –Hizo una pausa por un segundo mientras un destello de desagrado no disimulado cruzaba sus rasgos–. Pero, por supuesto, está bromeando. De todos modos, es libre de disfrutar de lo que quiera... una cena caliente en la posada o una cena fría con nosotros aquí. Bueno –añadió en un tono diferente–, tengo algo que escribir y lo haré en el estudio; y creo que los abandonaré a todos ahora.

En ese momento hubo un movimiento general para abandonar la mesa y, bajo la protección de la confusión, John le susurró a Mary: "Mira, no voy a volver aquí. Ese mendicante me odia como el diablo". Ven mañana por la mañana, después del desayuno, y pásame a buscar a la

posada. ¿Eh? Averiguaré si podemos conseguir un barco en el "gran río". De todos modos, díselo a la tía.

Elizabeth, ¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

Pero María, como mujer, fue directamente al grano: "¿A qué hora debo pasar a buscarte, John?"

"Oh, sobre las diez, si no es demasiado temprano. Eso me dará tiempo para averiguar más sobre el barco".

Ella le dirigió una mirada peculiar. Era una mirada tranquila y firme. Pero, sobre todo, era una mirada despojada. Atrajo su atención por un segundo, pero él no vio nada de lo que era importante para ella. Extrañó su confianza conmovedora, su honestidad absoluta. Extrañó su confianza incondicional, como la de una niña pequeña, en él. Extrañó su cansancio, extrañó su sencillez de corazón.

-No cambiarás de opinión, John, ¿y partirás hacia Glastonbury al amanecer?

Le tocaba a él revelar, en un parpadeo de abandono, la base animal y primitiva de su naturaleza. Evidentemente, al reaccionar ante la presión de la familia, se le había ocurrido que sería agradable escapar y emprender el camino solo. Su rostro delataba todo esto, pero la recién nacida ternura maternal en su tono se expresaba con tal destello de indulgencia humorística que él se sintió exaltado por la vergüenza de haber sido sorprendido en semejante traición,

en una deliciosa ola de absoluta tranquilidad por la comprensión de ella.

–No, no cambiaré de opinión –susurró–, pero no dejes que nada de lo que digan te impida venir, Mary.

–Creo que puedo conseguirte un poco más de dinero para el viaje, John –dijo apresuradamente.

Lo trató con el gesto decidido de un hombre fuerte que se exhibe ante una chica débil. “Me enojaré mucho si lo haces”, dijo. “¡Nada me obligaría a tomarlo! Así que es mejor no perder el aliento”.

Tanto el comedor como la sala de estar, el vestíbulo y el pasillo que conducía a estas estancias quedaron abandonados a su suerte. El invernadero, ahora a oscuras, también estaba silencioso y solo, y escuchaba el plácido susurro infrahumano del heliotropo y la verbena, esta última con un leve susurro soñoliento, ya que una de sus ramas sangraba un poco por el impacto de los dedos del indignado señor Didlington.

Silenciosa y solitaria, la amplia escalera se sumía en ese trance de romántica melancolía que era su estado de ánimo invariable cuando se encendía por primera vez la lámpara del vestíbulo. Los óleos de las paredes miraban desde sus marcos dorados con esa expresión peculiar de expectación contenida, egocéntrica y, sin embargo, paciente, de la que

los transeúntes humanos sólo captan el eco psíquico o la sombra, por una sola fracción de segundo, como si los hubieran tomado por sorpresa.

De todas aquellas habitaciones, la que ahora se mostraba en una actitud más intensa de tensa expectación era el salón... «Debías haber sido mayor que todos tus hermanos, mujer, en lugar de más joven». Las palabras emanaban de una cáscara pálida e insustancial que flotaba en el aire, una cáscara que se parecía a la piel desechada de una serpiente o a la piel aún más frágil de un tritón, diáfana y sin embargo flácida, una forma, una silueta, una transparencia humana, dibujada en la oscuridad por encima del gran sillón a la izquierda de la chimenea. Las palabras eran casi tan débiles como las respiraciones infrahumanas de las plantas del invernadero. Eran como los crujidos de las sillas después de que la gente ha abandonado una habitación ocupada durante horas. Eran como el abrir y cerrar de una puerta en una casa vacía. Eran como el gemido de una rama muerta en un arbusto poco frecuentado en el borde de un jardín abandonado. Eran como el silbido del viento en una torre de reloj en ruinas, una torre de reloj sin campana ni campanario, desnuda ante el cielo lluvioso, blanca por los excrementos de grajos y estorninos, olvidadiza de su pasado, sin otro futuro que el de la disolución anónima. Eran como palabras murmuradas en un patio en ruinas donde el agua de cisternas rotas gotea desconsoladamente sobre piedras que se oscurecen, mientras un ídolo informe habla con otro

ídolo informe al caer la noche. Eran como los murmullos de tablas carcomidas por los gusanos, olvidadas, que yacen bajo una corriente oscura y rápida, tablas que una vez fueron los radios musgosos de algún viejo molino de agua y que en su día han captado el brillo de muchas mañanas de sol, pero ahora apenas son perceptibles incluso para las ratas de agua nadadoras. Apenas se pronunciaron estas palabras, cuando un simulacro con forma humana, sentado frente a la sombra del rector, respondió con amargura.

“Un cobarde cruel es lo que eres, William Crow, y lo que siempre has sido; pero si alguna vez, cuando yo muera, dejas tu dinero a alguien que no sea el hijo de Philip, te castigaré con un castigo *peor que el de Dios*.”

Mientras se pronunciaban estas palabras, el delgado espectro del que provenían se volvió lívido en sus contornos faciales que eran de una palidez fantasmal y horriblemente demacrados; pero al final, mientras ella gritaba “¡peor que Dios!”, no quedaba visible ni un vestigio de sus rasgos.

El otro espectro, que estaba sentado en la silla de enfrente, aunque una débil película de su identidad sobrevivió a la de ella por dos o tres segundos, pronto también se desvaneció. Las sillas, los cuadros, los adornos de la repisa de la chimenea ya se habían perdido en la oscuridad. El fuego estaba casi extinguido. El único destello que era capaz de arrojar, en chorros cada vez más débiles de una pequeña llama azul que seguía corriendo a lo largo de un trozo de madera quemada,

caía sobre un biombo alto y dorado pintado con figuras mitológicas. Estos destellos intermitentes pronto se apagaron en un punto rojo oscuro que no iluminaba nada y se volvía cada vez más tenue.

Tilly Crow había abierto una de las grandes ventanas para “ventilar la habitación” mientras todos iban a tomar el té; y por esa ventana entraba la presencia de la noche. Dulcemente perfumada, aniquiladora, igualadora, se llevaba la amargura de la derrota, el triunfo de la victoria y difundía por el aire una esencia de algo inexplicable, algo más allá de la esperanza y de la desesperación, lleno de perdón y paz.

II. EL RÍO

Cuando Mary llegó al New Inn, puntualmente a las diez, con el almuerzo envuelto en papel blanco en una cesta, encontró a John Crow sentado en un banco fuera de la entrada, con dos remos y un largo bichero sobre sus rodillas.

El viento había virado hacia el sur y lo que quedaba soplaba débilmente. El cielo estaba cubierto de un vapor opalescente; el sol calentaba y los olores errantes que llegaban hasta la muchacha desde las casas vecinas tenían una dulzura que superaba la acre turba quemada; una dulzura que podía proceder de los brotes nuevos en los setos de aligustre o de los terrones de tierra desenterrados en los pequeños jardines de la parte de atrás, donde las palas y las horcas de los hombres todavía estaban clavadas en el suelo esperando su regreso cuando terminara el trabajo del día.

Se levantó con presteza para darle la bienvenida, con los dos remos en una mano y el bichero en la otra. –Tengo la llave –anunció triunfante–. Está al final de Alder Dyke, en el gran río. Dicen que es mejor que vayamos por el puente Foulden. –Bajó la voz e inclinó la cabeza–. ¿Alguno de ellos intentó impedirte que vinieras? ¿Te dijo algo Philip?

Sacudió la cabeza y permaneció inmóvil un momento, con el rostro desviado, mirando soñadoramente hacia la calle. «Esto nunca volverá a sucederme», pensó. «Estoy enamorada de él. Él está enamorado de mí. Nunca olvidaré este día y nunca volveré a sentirme así, pase lo que pase». Se volvió hacia John. «No me importa adónde me lleves», decía su mirada, «ni lo que hagas conmigo, ¡siempre que estemos juntos!». Pero sus labios decían: «¿Te importa entrar y traer un poco más de ese vino, John? No quería que mi cesta pesara demasiado, así que dejé sobre la mesa la botella de leche que me hizo llevar la tía Elizabeth».

Apoyó los remos y el bichero contra la casa y entró. María se alejó, cruzó al otro lado de la calle, y atendiendo a los pájaros desde lo alto de un muro de ladrillos, se quedó mirando un montón de estiércol en el que escarbaban tres gallinas negras. El montón de estiércol con las tres gallinas negras se convirtió en ese instante en una especie de extensión de su propia personalidad. En ese momento, mientras apoyaba su cesta en lo alto del muro y, sin prestar atención a sus mangas, estiraba los brazos por la superficie y pasaba los dedos desnudos por los tallos frescos de las algas,

sintió como si su alma estuviera apenas unida a su cuerpo. Casi sin permitir que su feliz trance se rompiera, bajó la cesta del muro, volvió a cruzar la calle y se encontró con John en el instante en que emergía. «Lamento haberte hecho esperar», se rió entre dientes, «pero les pedí que me dieran una botella de brandy y otra de oporto. Eso es lo mejor de llevar un abrigo, incluso en un día caluroso. Los bolsillos son muy útiles».

Caminaron rápidamente, uno al lado del otro, pasando por delante del cementerio y de la casa del jardinero, junto a la entrada de la casa donde Ben Pod había dejado el coche. Llegaron a un estrecho sendero que los llevó a través del pequeño río por un puente que era apenas más que una tabla, y después a través de los campos hasta el gran río. Allí, en el puente Foulden, que no cruzaron, se desviaron del sendero y, girando a la izquierda, siguieron la orilla del río, río abajo.

No habían dicho ni una palabra desde que habían salido de la posada. Mary se dio cuenta, justo antes de llegar al puente Foulden, de que se había estado repitiendo a sí misma mientras caminaba: «Es lo mejor de llevar un abrigo para un día caluroso. Los bolsillos son muy útiles». Lo que había estado pensando era en lo huesuda y delgada que era la mano de John mientras agarraba el bichero que se balanceaba horizontalmente entre ellos como una lanza antigua.

John estaba buscando en su memoria algo importante. Había visto varias flores amarillas de caléndula a lo largo del camino que habían seguido y le habían provocado una sensación que no podía comprender. ¡Esas flores amarillas brillantes llevaban su memoria al borde de algo y luego lo abandonaban y se convertían en una mancha de negrura! Tom Barter tenía algo que ver con eso, pero no era Barter. Esta preocupación por un pasado oscuro, aunque lo volvía serio y silencioso, no disminuía su deleite en la presencia de su compañera. En verdad, ambos eran tremendamente felices, esos dos esqueletos cubiertos de carne, que flotaban tan lentamente a lo largo de las riberas del Wissey, pero la felicidad de John era mucho más complicada que la de Mary. Su regreso a su tierra natal jugó un papel en ella; el renacimiento de los recuerdos locales jugó un papel aún más importante; y este último sentimiento estaba tan íntimamente asociado con Tom Barter que era imposible expulsar a esa robusta figura de su lugar. No dejaba de pensar en las caléndulas, especialmente en sus tallos en el agua fangosa, y también en la pegajosidad de ciertos trozos de masa de harina mezclada con algodón y púas que Tom y él habían usado como cebo para las cucarachas y los peces dace⁹. La perca, ese pez más rapaz, despreciaba esas bolitas inofensivas; y se preguntaba si podrían ser las rayas negras de estos peces de aguas profundas y sus enormes bocas, o la

⁹ El pez dace, de tamaño pequeño a mediano y vivaz, pertenece a la familia de las carpas. Habita en ríos y arroyos y suele reunirse en grandes cardúmenes en zonas sombreadas.

pegajosidad de este cebo para los otros, o un cierto tipo de cerveza de jengibre casera que solía hacer el cocinero de su abuelo, y no las caléndulas en absoluto, lo que había sido la raíz principal de su extasiado sentimiento. No era que esta tentadora sensación de estar al borde de algún increíble secreto de la vida interfiriera en sus sentimientos por Mary. Era que su posesión de Mary se había convertido en una corriente de marea tranquila que liberaba y expandía todas las antenas de su naturaleza. Estas reacciones se elevaban hacia lo desconocido, como aquellos grandes y escurridizos peces del molino Harrod. Tom Barter, tallos de caléndula, escamas de pescado, bolitas de masa... todo esto, y el secreto que encierran, dependía, como las largas y brillantes algas del río sobre las que ahora se posaba su mirada, del fluir de esa corriente de satisfacción que era su posesión de Mary.

Caminaban ahora muy cerca de la orilla del río y no tardaron en llegar a Dye's Hole (el agujero de Dye). Este lugar era en realidad una serie de agujeros profundos en el lecho del Wissey donde el arroyo dibujaba una curva amplia. Sobre estos lugares oscuros, en el agua arremolinada, se curvaban los troncos de varios sauces enormes y entre estos árboles y el borde del arroyo había un sendero sinuoso, demasiado estrecho para que lo pisaran caballos y ganado, pero intercalado con puntos de apoyo embarrados y claros pisoteados entre la vegetación del año anterior, donde apenas era posible que dos personas estuvieran juntas con

los troncos de los sauces detrás de ellas y el agua oscura al frente.

John se detuvo cuando llegó al más grande de estos pequeños claros. El joven se puso de pie sobre el barro pisoteado, y equilibró los dos remos y el bichero contra las ramas de un saúco que colgaba sobre una zanja estrecha en el lado opuesto al río. Luego se dio la vuelta y, de cara al Dye's Hole, esperó a que subiera la muchacha. La parte posterior de su cabeza tocó los brotes de un verde intenso de un gigantesco sauce cuyas raíces, como grandes serpientes sedientas, se hundían bajo el agua corriente. Tan pronto como la muchacha llegó hasta él, le quitó la cesta y la dejó en el suelo, teniendo cuidado de colocarla en un lugar donde un fragmento de un viejo poste, de madera oscura y podrida atravesada por tres clavos oxidados, evitara que se cayera a la zanja. Al colocarla allí, tocó por casualidad, entre él y el poste, un brote recién crecido de menta acuática; y de inmediato una ráfaga de increíble dulzura aromática llegó a su cerebro.

Ambos se quedaron quietos y miraron a su alrededor. “Me pregunto si tú y yo volveremos a ver todo esto alguna otra vez”, dijo.

“Es mi hogar”, dijo.

«Es nuestro hogar», concluyó John, y ambos, como si fueran una sola carne, bebieron a grandes tragos toda la

esencia de ese lugar tan característico. Con el mismo entendimiento tácito que había unido sus pensamientos antes, el sombrero de la muchacha y la gorra del hombre fueron arrojados juntos al suelo a sus pies y se entregaron a un prolongado acto amoroso. Lo notable de este acto amoroso fue que durante todos sus abrazos, en los que el hombre la sostenía y la acariciaba, primero con su cuerpo frente a frente contra el suyo y luego con su rostro vuelto hacia el río, su sensualidad masculina y femenina –él «poseyendo» y ella siendo «poseída»– era, en su profunda diferencia, de exactamente la misma calidad magnética. Esto no se debía a la experiencia de él ni a la inexperiencia de ella; porque, en estas cuestiones, la Naturaleza, la gran madre de todos los amores, los igualaba por completo. ¡Se debía a una abismal similitud en sus nervios que, después de haberlos hecho enamorarse, los hacía “hacer el amor” exactamente de la misma manera! Siempre quedaba la insondable divergencia, en sus cuerpos, en sus mentes, en sus almas, debido a que eran hombre y mujer; pero su similitud de sentimientos era el excitante elemento que sondea las profundidades de sutilezas siempre nuevas en esta exquisitez de lo similar en lo diferente.

En realidad, lo que John y Mary hicieron fue hacer el amor como niños viciosos, y esto se debió al hecho de que ambos eran muy nerviosos y excitables, pero no en el más mínimo grado tentados a los gestos habituales de la pasión humana excesiva. El racionalismo de la lógica analítica ha dividido la

emoción erótica en tipos convencionales fijos: la opinión popular ofrece un conjunto de categorías, la psicología de moda ofrece otro. De hecho, cada nuevo encuentro de dos enamorados crea un universo único. Ninguna generalización existente, ya sea de los sabios o de los necios, cubre ni cubrirá jamás una décima parte de sus fenómenos emocionantes. En un sentido, este acto amoroso en Dye's Hole fue el más infantil que el lugar había presenciado jamás; en otro, fue el más cerebral. La excitación nerviosa manifestada por los dos estaba tan libre del sentimentalismo tradicional y de la pasión normal, tan dominada por una cierta lascivia elemental y de sangre fría, que algo en los intersticios fibrosos del viejo árbol contra el que se apoyaban se despertó y respondió a ella.

Y así, cuando abandonaron aquella cornisa de terreno fangoso entre el árbol cómplice y el agua oscura, no sólo lo hicieron con los nervios relajados y una absoluta sensación de entendimiento mutuo, sino con una vaga conciencia de que una extraña virtud había pasado a ellos. El hombre se quedó un momento detrás de la muchacha, apoyó la frente contra el tronco hundido del sauce y murmuró una de sus fórmulas favoritas, relacionada con su madre muerta. Después, tomando los remos y el bichero, siguió a la muchacha por la orilla del río. No tardaron mucho en llegar a Alder Dyke (el dique de Alder).

¡Alder Dyke! ¡Alder Dyke! No fueron los tallos de caléndula ni el olor de la masa. ¡Fueron las ramas de aliso las que

llevaron a Tom Barter y ese éxtasis desconocido a las arterias de su alma! Hizo un movimiento torpe hacia adelante con los brazos mientras tocaba aquellos alisos, como si diera la bienvenida a una persona viva, y Mary adivinó, simplemente por el aspecto de su delgada espalda de vagabundo, que una nueva emoción, completamente ajena a ella, se había apoderado de él. Cuando se zambulló en la masa de ramas enredadas, hundió las manos en ella y sólo después de apretar un puñado de ramas, Mary sintió que el éxtasis se apoderaba de él.

Mary giró la cabeza hacia él, acariciándole la boca y las mejillas con las ásperas ramitas. Cualquier chica normal se habría sentido perturbada por la naturaleza del extraño sonido que emitía para expresar sus sentimientos y convocar a su pareja para disfrutar de Alder Dyke con él. Era más como el relincho de un caballo salvaje que cualquier otra cosa, y sin embargo no era tan fuerte; tampoco era realmente un sonido animal, ni tampoco un sonido humano. Era el tipo de sonido que este espeso lecho de alisos podría haber emitido al ser sacudido, sacudido y desgarrado por algún feroz azote de los vientos de marzo. En lugar de enojarse con él o pensar para sí misma: "¿Quién es este hombre al que me he entregado?", en lugar de pensar en nada en absoluto, Mary simplemente dejó su canasta y corrió apresuradamente a su lado. Sin decir una palabra, le echó los brazos al cuello y presionó sus labios contra su mejilla fría, que olía a hojas. Una ramita de aliso había arañado su piel por casualidad y la

chica ahora probó el gusto salado de la sangre derramada. John ya se había quitado la gorra de la cabeza cuando se zambulló en la masa de ramas, y Mary instintivamente se quitó el sombrero. Así se balancearon juntos durante un minuto como dos caballos salvajes que, llenos de alegría, se muerden furiosamente el cuello. Luego, usando todas sus fuerzas, aunque ella era casi tan alta como él, la levantó y, pisoteando hacia adelante como un centauro con una carga humana, se hundió de cabeza cada vez más entre aquellas ramas retorcidas.

Cuando llegó a la orilla del profundo foso, se volvió hacia la desembocadura y, tras una lucha furiosa y tierna para evitar que las ramitas golpearan el rostro de la muchacha, emergió triunfantemente en un espacio abierto y herboso donde el dique desembocaba en el río. Allí estaba el bote que buscaba, amarrado con una cadena cerrada con candado a una estaca en el suelo, con el timón incrustado en el barro y el fondo lleno de agua oscura de lluvia. Dejó a la muchacha en el suelo y los dos se quedaron uno al lado del otro mirando fijamente el bote.

–Es que... más bien... necesita... achicarse –jadeó Mary.

John estaba demasiado sin aliento para hacer algún comentario, pero la miró con una mirada furtiva, mitad vergüenza, mitad orgullo, y sus labios se torcieron en una sonrisa irónica.

–Voy a mirar –gritó ella, saltando al bote–. Quédate donde estás un rato, John.

La vio pasar rápidamente a popa, pasando de un asiento a otro. Luego se agachó y empezó a palpar el fondo del bote. “¡Aquí estamos!”, gritó, levantando una gran taza de hojalata. “No te muevas, John, por favor, hasta que saque un poco de agua”.

Él permaneció sentado, mirándola, abrazando sus rodillas y sus manos.

–¡Huele muy mal aquí abajo! –gritó. La vio hacer una mueca de disgusto y sacar con las manos el agua de la sentina que había debajo del asiento de popa–. ¡Uf! Es la cabeza de una anguila. –Arrojó algo al fondo del río, donde se hundió con un chapoteo.

«Prefiero ser una anguila que un gusano», murmuró, y el alma que había en su interior, sensibilizada por el acto amoroso, lanzó una oscura plegaria a través de la corriente que fluía. Pasó por los pastos llanos de Norfolk, por los amplios pantanos y los profundos diques, hasta llegar a las orillas del mar del Norte. Allí la plegaria de John abandonó la tierra por completo y, lanzándose hacia afuera, más allá de la atmósfera terrestre, más allá de todo el sistema estelar, como si hubiera sido una flecha lanzada desde el arco del centauro Sagitario, llegó al corazón de su madre muerta, donde ella moraba en el mundo invisible. «¡No me dejes

competir nunca con nadie!», decía su plegaria. «Si soy un gusano y no un hombre, déjame disfrutar de mi vida como un gusano. Déjame dejar de presumir ante nadie, ¡incluso ante Mary! ¡Déjame vivir mi propia vida libre de las opiniones, buenas o malas, de todas las demás personas! Ahora que he encontrado a Mary, ¡déjame no querer nada más!».

Siguió observando a su nueva compañera mientras achicaba el agua oscura de la lluvia del fondo del bote. «Este es nuestro hogar», pensó. «¡Con el olor de Alder Dyke en nuestras almas desafiaremos a Glastonbury y a Philip juntos! Nuestros antepasados consiguieron su pan de los pantanos y nosotros conseguiremos nuestro pan de Glastonbury y luego volveremos a casa, a casa en el dique Alder. No competiremos con nadie. Viviremos nuestra propia vida, ¡libres de todos ellos! Si somos anguilas de Alder Dyke, ¡sigamos siéndolo! Si somos gusanos del barro de Norfolk, ¡sigamos siéndolo! Las anguilas y los gusanos pueden succionar los pechos de la vida. ¿Qué importa nada mientras Mary esté viva y yo esté vivo y no estemos divididos?»

“¿Te sientes bien ahora, John? ¡Te aseguro que no me quedaré todo el día en casa!”

El tono de su voz le encantó. Era un tono terroso, como el sonido de los cascos de un caballo sobre césped elástico.

Tenía una sensación peculiar, como si pudiera subirse a ese

tono de voz de ella como si estuviera subiendo por una escalera de piedra cubierta de musgo.

Sacó la llave de su bolsillo y soltó el bote. Pronto estuvieron en medio de la corriente. “No rememos, John”, dijo. “Estoy cansada y tú te has agotado llevándome. ¡Dejémonos llevar por la corriente!”.

Ella se sentó en la popa y tomó posesión de los cabos del timón. John, sosteniendo los remos en los toletes en ángulo elevado, se colocó frente a ella. Así ella dirigía el bote y miraba gravemente hacia adelante, más allá de su rostro; mientras él, balanceando las palas de los remos sobre el agua, observaba cada destello de su expresión, como un vigía en un barco observa el horizonte de todas sus esperanzas.

Las algas del río, bajo la marea que las arrastraba, brillaban de un verde esmeralda bajo el cálido sol. A través de las algas y entre ellas se desplazaban bancos de brillantes peces, con cuerpos oscilantes a veces de un blanco plateado y a veces de un negro resbaladizo mientras giraban y se retorcían, se elevaban y se hundían, flotaban y pasaban veloces. Los macizos de caléndulas doradas reflejaban sus copas brillantes en las rápidas aguas; y aquí y allá, contra los macizos parduzcos de juncos del año anterior, vislumbraban fugaces flores de cuco pálidas y delicadas. De vez en cuando se topaban con un grupo de vacas de Norfolk sin cuernos, con sus lomos marrones y blancos, sus cabezas inclinadas y

sus nobles ubres que daban a toda la escena un aire de pasividad encantada a través de la cual avanzaba el barco en su camino, como si los pastos tranquilos y el ganado solemne fueran el sueño de algún dios muy antiguo en el que el río resplandeciente y los peces veloces entraban con una especie de violencia, como el sueño de un inmortal más joven e inquieto.

–¿No te parece, Mary, que había algo bastante conmovedor en la forma en que el joven Spear tarareaba y balbuceaba anoche, tratando de expresar sus ideas?

–¡Cuidado, John! ¡Cuidado! ¡Empuja con la izquierda! ¡No, con la otra... Maldita sea!

Se puso de pie y empujó la proa del bote hacia un promontorio fangoso. “¿No puedes hacerlo timoneando?”

–No, no puedo. Baja un poco los remos. ¡No! ¡Más cerca del agua! Tira ahora, como te digo.

Él tomó asiento de nuevo y trató de obedecerla.

–¡Con la izquierda, ahora! –gritó–. ¡Con la izquierda! ¡Con la izquierda! ¿No sabes distinguir la mano izquierda de la derecha?

Lo amaba por ser tan torpe. Lo amaba por no saber distinguir la mano izquierda de la derecha. Y, sin embargo, estas cosas la irritaban tanto que hubiera querido darle una

bofetada. ¡Le hubiera gustado pegarle! ¡Le hubiera gustado rodearle el cuello con los brazos y besarlo después de haberlo golpeado!

“¿No te parece que su forma de hablar era bastante patética? Al principio no me gustaba. Pensé que era un matón. Pero al final me acostumbré a él”.

–No te agradaba mucho la prima Percy. ¡Ya lo veo! –dijo Mary.

Se quedó callado un segundo, frunciendo el ceño. Luego golpeó el agua con la parte plana de uno de sus remos. –¡Sólo porque está enamorada de Philip! –gritó–. Ese joven Spear es lo que los ingleses llaman un tipo decente y esa chica está decidida a ponerle los cuernos.

–Creo que Percy es dulce –dijo Mary–. No puede evitar resultar atractiva para los hombres. A ti te resulta atractiva, querido, o no estarías tan enojado con ella.

–Es una chica fatal –murmuró John Crow.

“¿Cómo la llamaste?”

–*Fatal*. Y eso es lo que es. Es la más peligrosa de todas. Si va a Glastonbury, lo pagará caro. Me di cuenta de que la prima Tilly la tenía en la mira... y la tía Elizabeth también.

–Es interesante que te preocupes tanto por Dave –dijo

Mary—. Supongo que te recuerda a ese chico llamado Barter
—añadió.

John la miró con asombro.

—¡Qué brujita eres! ¡Dios! Debo tener cuidado con los pensamientos que me vienen a la mente cuando estoy contigo.

«Ahora tengo que decírselo», se dijo Mary. «Es el momento de decírselo». Empezaba a resultar grotesca su incapacidad para explicar que conocía bien a Tom Barter y que había ido a tomar el té con él a menudo en una pequeña casa de té cerca del Pilgrims' Inn, en la calle principal de Glastonbury.

Soltó los cabos del timón y juntó los dedos sobre el regazo.
—Rema, ¿quieres, John? Yo no voy a dirigirte. Voy a fumar un cigarrillo.

Su instinto siempre le había llevado a fumar un cigarrillo en cualquier crisis grave de su vida. Encendió uno y, en medio de una nube de humo, se lanzó. —Creo que conozco a tu amigo Tom Barter —dijo. ¡Maldita sea! ¿Por qué su voz tenía que adoptar ese tono tan extraño? —Creo que trabaja en una de las fábricas de Philip. Creo que es tu amigo, pero, por supuesto, puede que no lo sea. Se aloja junto al Pilgrims' Inn.

Como un zorro experimentado que oye a los perros a lo lejos y automáticamente se dirige hacia el seto, un profundo

instinto de autoconservación en John, un instinto de conservación de amigos masculinos, lo hizo decir apresuradamente: "¿De verdad crees que es el mismo? No creo que pueda serlo. Tom Barter solía dar interminables paseos recogiendo huevos de pájaros. ¿El tuyo hace lo mismo? ¡Si no da largos paseos solo, no es el mismo!"

Rodeó su cabeza lisa y oscura con humo que se deslizaba en espiral por el canal que había detrás de ellos. –Me gusta mucho Tom –dijo, sopesando escrupulosamente sus palabras–. Hay pocas personas allí que me gusten más.

Ambos apartaron la mirada el uno del otro hacia los bosques de oscuras masas que terminaban los prados brillantes a su derecha.

–Son los álamos los que le dan a este paisaje su carácter –observó sentenciosamente–. Esas masas redondeadas de follaje, que se ven en campos absolutamente llanos y que crecen también en grandes grupos dispersos y salvajes, le dan al lugar un aspecto de parque, y sin embargo es un parque descuidado y desordenado. Los bosques en terreno llano parecen mucho más grandes y misteriosos que los bosques en las laderas. ¿No te parece?

Lo que más deseaba era mantener la conversación alejada de Tom Barter, pero cuanto más se esforzaba, más se acercaba a él el amigo de su infancia. El veloz pez gritaba: «¡Tom Barter!» mientras se deslizaba por el agua. Los

deslumbrantes rayos del sol sobre la superficie de la corriente danzaban al son de una danza con ese nombre. Las largas y ondulantes algas reían lánguidamente y con coquetería: «¡Tom, Tom! ¡Vuelve con nosotros, Tom!».

–Sí, querida –continuó–, no podemos obviar el hecho de que nosotros, los Crows, somos simples marineros daneses, establecidos durante siglos como simples granjeros trabajadores en la isla de Ely. No tenemos la bondad de los sajones, ni el poder de los normandos, ni la imaginación de los celtas. Somos aventureros en decadencia; eso es lo que somos; aventureros en decadencia; que no tenemos el descaro de robar ni la estabilidad para trabajar.

Mary arrojó el cigarrillo al río y volvió a agarrar las cuerdas del timón. “Rema un poco, John”, le dijo.

Dejó que los remos se hundieran en el agua y comenzó a remar con paladas largas y furiosas. Empezó a sentir el deseo de volver a hacerle el amor y, con crueldad y sangre fría, como la depravación de un vagabundo curtido por el clima, empezó a contarse historias de cómo lo haría tan pronto como tuviera la oportunidad.

La muchacha se sintió a la vez contenta y triste por haberle contado lo de Tom Barter. Si los destellos del sol en el agua y las hierbas verdes y brillantes hablaban de Tom, su corazón de niña estaba apesadumbrado por él.

Todo el asunto del trueque era una dolorosa cuña en la dulce médula de su paz en ese momento. Amaba tanto a su compañero, mientras observaba su respiración profunda y notaba sus patéticos intentos de remar con los remos. Le encantaba el aspecto de sus nudillos cuando tiraba. Le encantaba la blancura de sus muñecas e incluso los puños de su camisa deshilachados y manchados por el viaje. Le encantaban las extraordinarias caras que ponía cuando el remo se enredaba en las algas. Ella también empezó, a su manera, pero de una manera tan subnormal como la de él, a desear que le hicieran el amor de nuevo. Y entonces, por fin, tan profunda era la similitud psíquica entre ellos, que ambos guardaron silencio; y en su silencio, se dispusieron a rezar a la Primera Causa para que su amor pudiera tener un futuro feliz.

Oraron a este Último desconocido, desde su barca hueca, por encima de esa corriente resplandeciente, tan simultánea e intensamente, que el magnetismo de su oración salió disparado como un meteorito de la atmósfera planetaria de la Tierra.

Algo acerca de su doble origen, y algo acerca del agua rápida y translúcida de la que partió en su vuelo, la impulsó hacia adelante más allá de todo el mundo astronómico, y más allá de la oscuridad que encierra ese mundo, hasta llegar a la Causa primigenia de toda vida.

¿Qué sucede cuando una flecha tan descontrolada y

furiosa del deseo humano toca esa porción de la conciencia de la Primera Causa que rodea la circunferencia atmosférica de la Tierra? Hay tantos otros organismos en todas las constelaciones estelares y en todas las dimensiones superiores que claman incesantemente a este Poder Primordial, que obviamente sólo puede ofrecer a las súplicas de nuestro planeta una porción limitada de su receptividad magnética. Y, una vez más, como todos los habitantes de la Tierra descubren demasiado pronto, Él mismo está dividido contra Sí mismo en esas regiones últimas de la causalidad primordial. Su bondad primordial, en guerra eterna contra su mal primordial, sostiene la vida sólo mediante un vasto exceso de energía y océanos de prodigio derroche. Aunque el grito de una criatura en particular pueda llegar a la Primera Causa, siempre existe el peligro de que sea interceptado por la voluntad maligna de esta inmensa Fuerza de dos caras. Por los abismos del éter, desde el núcleo central de este Ser dualista, descienden a través de la oscuridad que está más allá del mundo dos corrientes paralelas de fuerza magnética, una buena y otra mala; y son estas corrientes ondulantes de vibración, que se asemejan a infinitas telarañas arrastradas por un viento eterno, las que traen suerte o mala suerte a la criatura que reza. El mejor momento para que cualquier ser humano rece a la Primera Causa si quiere que sus oraciones tengan un resultado próspero es uno u otro de los Dos Crepúsculos; ya sea el crepúsculo que precede al amanecer o el crepúsculo que sigue al ocaso. Las oraciones humanas que se ofrecen al mediodía a menudo son interceptadas por

el Sol (pues todos los poderes creativos son celosos entre sí) y las que se ofrecen a medianoche pueden ser interceptadas por la Luna en sus estaciones o por el espíritu de algún planeta. Es un hecho natural que estos Dos Crepúsculos sean propicios para el intercambio psíquico con la Primera Causa, mientras que otras horas son malignas y funestas. También es un hecho natural, conocido por muy pocos, que muchas de las oraciones ofrecidas a la Primera Causa por organismos vivos en su desesperación son respondidas por divinidades menos poderosas pero mucho más lastimosas. Los sacerdotes de nuestra raza, sabios en el arte de la oración, suelen aconsejarnos que oremos a estos poderes menores en lugar de a la Causa Primera, y son sabios en este consejo. Porque mientras que el mal en la Causa Primera sólo es superado parcialmente por el bien, en algunos de estos “pequeños dioses” casi no hay mal alguno. Todos ellos están llenos de piedad mágica y ternura vibrante. En esta ocasión particular, por mala suerte, la oración a su Creador ofrecida por John Crow y Mary Crow en su bote abierto en el Wissey en Norfolk despertó una respuesta no en la buena voluntad de esta Personalidad última, sino en Su voluntad mala. Ni John ni Mary sabían que si un ser humano reza al mediodía o a medianoche es mejor rezar al Sol o a la Luna que a la Causa Primera. La casualidad los llevó a rezar en esta ocasión casi exactamente a las doce en punto; y aunque su oración llegó a su destino sin ser interceptada por ningún otro poder, se perdió, no en el bien último, sino en el mal último.

¿Fue un vago presentimiento de esto lo que llevó a John a redoblar sus furiosas brazadas mientras remaba en su bote río abajo? El sudor comenzó a correrle por la cara mientras tiraba de aquellos largos remos y su boca, ahora abierta y torcida, comenzó a parecerse a los rasgos fijos y contorsionados de una antigua máscara trágica.

Mary no sabía si debía gritarle que se detuviera o dejarlo solo hasta que se detuviera por su propia voluntad. Ayudada por el viento y la marea, así como impulsada por sus desesperados esfuerzos, la barca avanzaba a una velocidad increíble. Para entonces, la muchacha había adquirido más habilidad con los cabos del timón. John, en la tensión de su remada, mantenía un ritmo más parejo que antes. Así, aunque su velocidad era mucho mayor, parecían evitar los bancos de juncos en las curvas del río, las aguas poco profundas frente a los estanques más profundos y las masas flotantes de algas cortadas que alcanzaban, con mucha mayor facilidad que cuando iban a la deriva.

«¡Haré que se detenga en un minuto!», se repetía una y otra vez; y entonces algo en el esfuerzo que ambos hacían, él para remar y ella para dirigir, algo casi religioso en su tensión unida, la obligó a concentrarse en lo que estaba haciendo y a guardar silencio. Más allá de estuarios profundos y fangosos, el barco avanzó a toda velocidad, donde las caléndulas crecían tan espesas que parecían montones de oro esparcido, arrojado como dádiva desde alguna barcaza real, pasando grupos de altos álamos

lombardos, con sus orgullosas copas inclinándose suavemente al viento, pasando caballos de largas crines y colas que se apresuraban a mirarlos cuando pasaban velozmente, con sus ojos líquidos llenos de fascinada curiosidad, pasando pequeñas casas de campo con grandes tejados rojos inclinados, pasando enormes cobertizos para ganado con esas grandes tejas curvas de ladrillo tan características de East Anglia, pasando por claros iluminados por el sol en majestuosos bosques a través de cuyos claros se podían ver altas torres de iglesias de pedernal en la distancia, pasando por inmensos molinos de viento negros, con sus grandes brazos brillando al sol mientras giraban, moliendo harina blanca para la gente de Norfolk, pasando por todo esto el barco se lanzó hacia adelante, al parecer, siendo remado por una fuerza de voluntad implacable y dirigido por otra. Y mientras balanceaba los brazos hacia adelante y hacia atrás, repitiendo sus monótonos movimientos con jadeos sombríos y una mirada vidriosa y ciega en los ojos, a John le parecía que con solo hacer ese ciego esfuerzo quijotesco estaba en camino de asegurar un desenlace feliz para su amor.

Había orado a la Primera Causa y se apoderó de él la idea supersticiosa de que cuanto más mantuviera esa lucha más probabilidades tendría de obtener una respuesta favorable.

En realidad, estaba mucho más cansado de lo que su timonel podía imaginar. Si no se hubiera visto obligada a concentrar su atención en rodear las curvas del río, habría

notado cómo se le ponían pálidos los labios; pero también ella se sentía hipnotizada por una tensión ciega. De vez en cuando gritaba: «¡A la derecha, John!» o «¡A la izquierda, rápido! ¡A la izquierda!», pero, aparte de estas bruscas palabras, permanecía tan callada como él.

Un efecto de esta locura nerviosa fue que los unió como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Cuanto más duraba esta tensión, más se acercaban estos dos seres. Los amantes casuales no tienen, en verdad, noción de la sensualidad profunda del trabajo físico conjunto. Más que cualquier otra cosa, esto puede dar a un hombre y una mujer una unidad misteriosa. Nada en su acto amoroso más dulce había acercado a estos dos a convertirse en una sola carne que este trabajo extático.

Quizás un instinto ciego ya les había advertido que su oración al Dios Vivo sólo había despertado el remordimiento en el corazón de aquel Creador–Destructor. Fuera o no así, lo cierto es que una furia oscura y solitaria en ellos se volvió contra aquella tremenda Causa Primera y la desafió deliberada e imprudentemente. Los dos estaban solos en aquel río Norfolk, un hombre y una mujer, con la misma abuela y el mismo abuelo, con los mismos abuelos en una línea constante, que se remontaba a Agincourt y Crecy, que se remontaba a todos los campesinos de Inglaterra, a todas las robustas mozas de Inglaterra, a todos los John Crows y Mary Crows que llenan tantos cementerios de la isla de Ely hasta el día de hoy.

El alcaudón de escamas plateadas y el rutilo de aletas rojas, que perturbaban su rápido movimiento, parecían perseguir a la embarcación que avanzaba furiosamente. Los álamos temblorosos parecían inclinar sus orgullosas copas para observar a los dos; el ganado alzaba la cabeza para contemplarlos mientras pasaban velozmente; bajo una región de aire tras otra de trémula música de alondra, los animales lanzaban destellos y centelleaban hacia delante; las ratas de agua huían a sus madrigueras de barro o se dejaban caer con un sonido gorgoteante y succionador bajo los remolinos que formaba la embarcación; las gallinetas de agua aleteaban en su camino con gritos débiles y ásperos; pequeños lucios inmaduros de color verdoso, inmóviles como ramas ahogadas en las aguas poco profundas soleadas, se lanzaban a ciegas al centro del río y se perdían entre las algas. La prolongada lucha de estos dos con la embarcación y con el agua se convirtió, en un sentido muy íntimo, en su día de bodas en la Tierra. Con el sudor salado de él y con la pasión de ella por guiar, estos dos «aventureros en decadencia» se juraron fidelidad para el resto de sus días. Lo hicieron desafiando al universo entero y a todo lo que estaba más allá del universo; y no eran conscientes de ninguna idealización mutua. Se aferraban el uno al otro con una resolución sombría, cruel e indignada de disfrutar de una sensualidad de unidad; una sensualidad de unidad arrebatada de la corriente errática del espacio y el tiempo. Este deseo suyo no estaba dirigido a nada más allá de sí mismos. Era inocente de cualquier idea de descendencia. Era

un absoluto, fortificado y consagrado por los furiosos esfuerzos que estaban haciendo, por los destellos brillantes como diamantes sobre el agua rota, por el hosco chasquido de los remos.

John había empezado a contar. «Me detendré después de veinte golpes más», pensó. Pero cuando llegó el último de las veinte, y encontró en el latido de su agotamiento un nervio de renovación inimaginable, no se detuvo. Los deslumbrantes chorros de gotas de agua que seguían a sus remos, cada vez que los sacaba del agua, se mezclaban ahora con una renovada cuenta. «Diez... once... doce... trece... catorce... quince...». Aquellas salpicaduras rítmicas y ascendentes de cristal danzante, que se agitaban y subían entre las largas cañas de color verde esmeralda, se convirtieron en la reverberación retumbante de sus propios e inconquistables latidos. Estos se convirtieron de nuevo en triunfantes figuras de victoria, de victoria sobre la naturaleza, sobre la costumbre, sobre el destino. «Dieciséis... diecisiete... dieciocho... nueve...»

Nunca llegó a los veinte segundos. Perturbada por la aparición de una jabalina viviente de fuego azul, arrojada desde una zanja fangosa, que se lanzaba como una gigantesca libélula por la superficie del río frente a ellos y desaparecía tras un recodo de la orilla, Mary tiró sobresaltada de la cuerda izquierda del timón; y la proa del bote, virando en medio de la corriente, se disparó con un sonido extraño, como el de un gruñido y un sollozo,

directamente hacia la boca saliente del estuario lleno de maleza, del que había salido volando el martín pescador.

John cayó de rodillas con un gemido. Sus hombros se agitaban silenciosamente bajo su pesada respiración entrecortada por sollozos. Estaba perdido en todo excepto en la necesidad de encontrar aliento libre y sin impedimentos.

Mary se sentó tranquilamente donde estaba. «Iré con él en un minuto», pensó. «Mejor dejarle respirar primero». No podía verle la cara. Sólo veía su cabeza y sus rodillas. Pero supo, sin verlo, que tenía la cara horriblemente contorsionada. Notó que algo húmedo le caía de la cara al tablón que tenía bajo los pies. Se asomó y miró morbosamente en la oscuridad a sus pies. ¿Estaba goteando sangre de su boca? «¡Dios mío!», gritó en su corazón, “¿lo he matado con mi insensatez?”. El grito fue seguido de tal oleada de amor por él que apenas pudo soportarlo y permanecer pasiva por más tiempo. Quería abrazarlo y apretar su cabeza contra su delgado pecho. A este sentimiento le siguió otro de estrechez egoísta y autocompasión. «Sería igual que mi destino», pensó ella, “igual que la forma en que me ha sucedido todo a lo largo de mi vida, si esto le ha provocado una hemorragia”.

Ella permaneció rígida, con el corazón latiendo con fuerza de voluntad, conteniéndose. Por fin, la respiración de él se hizo más tranquila. Durante unos segundos, su cabeza

pareció hundirse sin poder hacer nada. Parecía casi como si fuera a tocar la tabla entre sus rodillas. Los remos, que todavía agarraba con fuerza en sus manos, se alzaron en un ángulo grotesco. –¿Estás bien, John? –susurró por fin.

Él levantó la cabeza y le sonrió, soltando un profundo suspiro. –Estoy exhausto –murmuró–. Fui un tonto al continuar tanto tiempo.

“Inclínate un poco hacia atrás en el bote”, le dijo. Él trató de obedecerla y ella se puso de pie y, cruzando hacia él, tomó los remos de los toletes y los colocó uno al lado del otro. Mientras lo hacía, pensó para sí misma: “John y yo somos uno ahora. Nada de esas odiosas Ruinas podrá dividirnos ahora”.

Le ayudó a tumbarse boca arriba en la proa de la embarcación, con los brazos extendidos a lo largo de los costados y la cabeza apoyada en el ángulo agudo de la proa de madera. –¡Dame la cantimplora, cariño! –murmuró.

Su abrigo estaba en la popa y ella tuvo que recorrer una vez más todo el largo del bote para cogerlo. Mientras la observaba, un delicioso languidecer lo recorrió como una marea cálida. Algo débil y aferrado en su naturaleza obtuvo una satisfacción especial en ese momento al ser atendido por esta muchacha. “Ella es lo que he esperado todos mis días”.

Después de beber el whisky, Mary empezó a preguntarse si debía sugerir que almorzaran allí, en esa zanja del martín pescador. En el fondo, se oponía a hacerlo. En su mente, durante toda esa mañana, se había imaginado a sí misma preparando un festín virgiliano sobre la hierba cubierta de musgo y bajo grandes árboles para ella y su amante. De todos modos, sería mucho más agradable dejar este barco maloliente por un tiempo y estirar las piernas en tierra.

–Voy a explorar los alrededores –dijo ella al fin, subiéndose al asiento donde él había estado remando y agarrando una rama de sauce para acercar el costado de la barca a la orilla. En el resplandor y la relajación que él disfrutaba en ese momento, su figura, de pie allí arriba, a la sombra parpadeante de la rama que sostenía, recogió en sí esa especie de romance que, de todas las cosas, siempre lo había conmovido más. Tanto el sol como la sombra caían sobre su cabello castaño, partido en el medio y recogido en un moño simple y áspero, sobre su vestido sencillo y sobre sus robustos tobillos de campesina.

–¡Muy bien, hermosa criatura! –murmuró–. Antes de irse, podrías darme un cigarrillo que tengo en el abrigo. Estoy demasiado cómodo para moverme.

Saltó con presteza, le dio cigarrillos y cerillas y, tras pisar con cuidado un segundo el costado del bote, saltó a la orilla.

–No te quedarás dormido y lo dejarás flotar, ¿verdad? Está

muy suelto en el barro, pero ¿no crees que debería atarlo al árbol?

–¡Sal corriendo a explorar, preciosa! –dijo–. Yo me ocuparé del barco. Cuando ella se fue, pensó para sí: «Lo que más me gusta es la forma en que se peina, se lo tira hacia atrás y se lo retuerce. ¿Quién habría imaginado que la encontraría nada más llegar a mi tierra natal?». Frunció un poco el ceño y luego cerró los ojos. Aunque hacía suficiente calor para ser mayo en lugar de marzo, era demasiado temprano para ese confuso murmullo de insectos que suele ser el fondo de una tarde calurosa. Cuando el susurro de sus pasos se apagó, un silencio increíble descendió sobre el lugar. Los juncos recién nacidos eran demasiado jóvenes para jugar con el río que fluía. El mediodía se había convertido en tarde. Las alondras estaban en silencio. Los peces habían dejado de levantarse. Todavía no había golondrinas y las pocas moscas primaverales que revoloteaban sobre esa zanja llena de maleza estaban a salvo de los ataques, ya fuera del firmamento de arriba o del de abajo. El único sonido que llegaba a sus oídos era el de un tenue hilo de agua que provenía de una cornisa infinitesimal en el banco que había cerca de su cabeza y que caía gota a gota en la zanja. No se movía ni un soplo de viento. No temblaba ni un brote de hoja. No se balanceaba ni una brizna de hierba. Sólo se oía aquella cascada de hadas y, aparte de eso, la tierra misma parecía haberse quedado dormida. «Esto es Norfolk», se dijo a sí mismo, y en aquel silencio intenso y encerrado, una

antigua afiliación atávica con las zanjas de los pantanos, el agua de los pantanos y la turba de los pantanos tiró de su alma y la empujó hacia la tierra. Y llegó a sus fosas nasales, mientras yacía con los ojos cerrados, un olor lejano, acre y aromático. No era el olor del barro, ni de los brotes de las hojas, ni de las raíces de la hierba, ni de los excrementos de ganado, ni del agua de las zanjas. No era el olor de la lluvia de la noche anterior ni del viento del sur dormido. Le llegó sin que se adhiriera a la baba de anguila que todavía se pegaba al fondo del bote. Era el olor de East Anglia en persona. ¡Era el olor que, en incontables mañanas de primavera, sus antepasados de la isla de Ely habían dejado sus camas y abierto las puertas traseras! ¡Era el olor que había llegado vagando por las praderas en tardes como ésta, hasta las cabezas soñolientas de innumerables John Crows, que descansaban de arar con sus jarras de cerveza en sus manos ampolladas y sus mentes pensando en ovejas y corderos y en las tabernas obscenas de Cambridge! Un fugaz pensamiento de lo que le esperaba en Glastonbury apenas tocó su mente, pero lo arrojó lejos, como Mary había arrojado lejos la cabeza de la anguila.

Hizo un débil intento de recordar la sutil idea que había tenido cuando rezó a su madre bajo los alisos, pero sólo pudo recordar la parte sobre no “competir” jamás. “¿Competir?”, pensó vagamente. “¿Qué significa “competir”?” En ese momento no parecía haber nada en el mundo comparable a permitir que el sueño se colara y se

convirtiera en uno con él, tal como ese riachuelo tintineante que escuchaba se perdía en el cuerpo de esa zanja. Pero todo el tiempo, aunque seguía cediendo a esas invasiones del sueño, no podía entregarse a él hasta el punto de perder la conciencia. De vez en cuando, cuando sus párpados aún estaban un poco abiertos, veía un brote de sauce colgando en la zanja a su lado. Su extremo visto a través del agua era diferente de la parte superior vista a través del aire; y como algo en él se negaba a ceder a la inconsciencia, poco a poco llegó a identificarse con ese brote. Había un extraño imperativo sobre él de no hundirse más en el dulce olvido. Sentía un imperativo de recordar su juramento de «competir». Ese «no competir jamás» se identificaba con el lento remolino del arroyo de la zanja que formaba pequeñas ondas alrededor del brote suspendido. Tenía la vaga sensación de que se le permitía disfrutar de su paradisíaca lasitud mientras él, este ser que era en parte John Crow y en parte un brote de sauce, tuviera presentes esas ondas. Todos esos fenómenos formaban un mundo completo, y en ese mundo él cumplía con todas sus obligaciones morales y las cumplía con un delicioso sentido de la virtud simplemente por tener presentes esas ondas; y el goteo, goteo, goteo del tintineante riachuelo a su lado era la voz del extraño imperativo al que obedecía.

Una gallineta que se lanzaba a sacudidas extrañas más allá de un sauce llorón en dirección al río se sobresaltó tanto al encontrarse con el rostro de un hombre que miraba

fijamente al agua con los párpados parpadeantes que se levantó con un grito y aleteó pesadamente hacia los juncos. Esto despertó a John, que en un momento olvidó por completo el imperativo del tintineante riachuelo y, agarrándose al borde de la barca con los dedos entumecidos e hinchados por el sueño, levantó el cuello como una tortuga y aguzó las orejas para escuchar el regreso de su chica.

Fue bajo un gran fresno, en el centro de un campo vecino, donde finalmente pudieron almorzar.

–¿Por qué no le hiciste más frente a Philip si tanto te desagradaba? –preguntó cuando terminaron de comer y recordaron la reunión de la noche anterior. Su rostro se movió expresivamente antes de que salieran las palabras en respuesta, un pulso curioso apareció en sus mejillas en la comisura de las fosas nasales y un cierto tic alrededor de sus pómulos. Era una peculiaridad facial que no era exactamente la misma que la de la señorita Elizabeth Crow; y sin embargo era evidentemente un rasgo familiar. Conmover en las mujeres, y sin duda a menudo una señal de peligro en los hombres, este signo facial, como una moneda muy gastada, debe haber aparecido con frecuencia, en los últimos trescientos o cuatrocientos años, en Norwich para la feria, en Cambridge para comprar libros y vestidos de seda, en las profundidades de espejos anticuados, sobre cómodas de caoba, antes de que se abrieran de golpe las innumerables ventanas de los dormitorios delanteros ensombrecidas por la hiedra para ver a los visitantes llegar a los prados de la

casa. A menudo debe haber sido la última de todas sus posesiones la que se vieron obligados a dejar atrás, cuando, como William Crow en ese hermoso día de marzo, yacían con seis pies de arcilla de East Anglia sobre ellos.

Ahora aparecía de hecho con más énfasis que nunca en el rostro de ninguno de sus parientes, excepto una vez cuando le preguntó a su abuelo durante el desayuno, mientras contemplaba con aire soñador el césped liso y apartado, qué significaba la palabra «puta».

–¡Te diré exactamente por qué! –gritó John Crow, agarrando con dedos excitados un manojo de musgo blando, justo más allá de donde se extendía su abrigo–. Es por una razón que no le diría a nadie en el mundo excepto a ti. Es porque hace mucho tiempo que decidí ceder siempre a mi cobardía. Tuve miedo de Philip en el momento en que lo vi. Lo odié; pero eso es otra cuestión. Hay algo en su personalidad que me asusta. Podría haber luchado contra eso y obligarme a decir muchas cosas. Pensé en muchas de ellas. Pero se ha convertido en un principio para mí ceder a mi miedo a la gente. Los aplaco, o me quedo callado, o los evito.

María lo miró con mucha seriedad.

“¿Alguna vez has amado a alguien a quien le tenías miedo?”

"¿Te refieres a una mujer?"

Ella asintió.

–Te digo que nunca he amado a nadie, aunque, por supuesto, he hecho el amor con muchísimas mujeres. ¡Oh, sí! ¡Sí! Si tuviera miedo, mataría mi amor. No de inmediato, sino poco a poco. ¡Oh, sí! Si alguna vez llegara a tener miedo de alguien, al final dejaría de amarlo.

Ella bajó la mirada y permaneció en silencio por un momento. Luego gritó con una especie de fiereza temblorosa: “¡No permitiré que te atrevas a tenerme miedo, John!”

La miró fijamente. Había en su voz una nota que no había oído antes. Era la nota de peligro de la mujer, más allá de la razón, contra la razón.

“¿Por qué no?”, preguntó.

Giró la cabeza y miró hacia el otro lado del prado, a lo largo de la llanura, hacia la ribera del Wissey, sin responder. Una suave ráfaga de viento del sur agitó las ramas más claras del fresno que había encima de ellos. Las ramas frías, delgadas, lisas y grises, con sus brotes limpios y negros, se movían solemnemente hacia arriba y hacia abajo como bailarinas clásicas.

–¿Me sentiré satisfecho con Glastonbury? –preguntó después de una pausa.

–Creo que te sentirás igual que yo, John, en relación con Glastonbury. Odiarás el sentimentalismo que se ha extendido por todas partes allí, ¡como el aceite perfumado de las lámparas de iglesia! Odiarás a los visitantes. Odiarás a los comerciantes que atienden a los visitantes; odiarás la repugnante superstición que hay en todo el asunto.

–Ya lo odio, bastante –interrumpió–. Simplemente porque Philip está allí. Oh, ojalá... –Se puso tan pensativo que...

No le gustaba interrumpir sus pensamientos. «Desearía, Mary, que dejaras Glastonbury y trataras de encontrar algo de... del mismo tipo... lo que sea... que haces... en algún lugar por aquí».

Ella sonrió con una amplia y divertida sonrisa, mostrando todos sus fuertes dientes blancos.

–¡Qué gracioso! –murmuró–. ¡Pero, querido, no puedo hacer nada! No parece darte cuenta de que sólo llevo un par de años sola y que antes de eso no hacía nada más que cuidar de mamá.

“¿Dónde vivías?”

–En Thorpe, cerca de Norwich. Mi madre está enterrada allí. No podía dejarme nada porque vivía de su pensión. Mary

abrió mucho los ojos al hablar de su madre. No le brotaron lágrimas, simplemente los abrió mucho, con un curioso y tímido movimiento de los músculos faciales.

–Por supuesto, fue Philip quien me consiguió el lugar –continuó–. La señorita Drew es pariente de Tilly. –Se inclinó hacia delante y, estirando la mano, le agarró el pie–. John, mi querido John –dijo con extrema gravedad infantil–, ¿de verdad vas a caminar hasta Glastonbury?

–Saldré mañana muy temprano –respondió– y espero volver a verte dentro de diez días. Supongo que no habrá problema en enviarte una postal cuando llegue. De todos modos, seguro que me quedará un penique para comprarla.

Mary se puso de pie de un salto y sacudió vigorosamente sus faldas. La pregunta de él le devolvió con una ráfaga saludable su abrupta cualidad de mujer de acción.

–Sí –dijo–, mándame una postal. Señorita Drew, la dirección es Casa de la Abadía. ¿No la olvidarás? Puedes pensar en las Ruinas para la parte de la Abadía, y puedes pensar en "joder" para el resto. "Tú", "joder". –Y se rió inquieta.

John levantó lentamente las piernas y se puso de pie. Su rostro tenía ahora la mirada dura, cautelosa y furtiva de un vagabundo. –¿Serás realmente capaz de ayudarme a mantener el cuerpo y el alma juntos cuando llegue? –Y luego

le lanzó una mirada completamente impersonal, como si fuera una criada que lo contratara para cortar leña—: ¿Con qué frecuencia te paga? —preguntó.

Pero Mary no se inmutó en absoluto ante esta revelación del yo interior de su amante. De hecho, parecía complacida. “Todos los meses”, respondió con ojos brillantes. “Es mi dinero de bolsillo, ¿sabes?”

El placer que le produjo el giro poco caballeroso que había dado a la conversación hizo que sus mejillas se sonrojaran y sus labios sonrieran de tal manera que por un instante se volvió realmente hermosa. Él corrió hacia ella y la tomó en sus brazos. La acarició largo y tendido bajo aquel fresno. «¡Eres una hamadriada¹⁰, eso es lo que eres!», repetía una y otra vez. «¡Eres una hamadriada!».

Toda muchacha vive tan constantemente en la atmósfera imaginativa de que le hagan el amor, que ni siquiera la más ignorante de ellas se sorprende o se escandaliza. Lo que temen son las consecuencias materiales, no el remordimiento moral ni la idea de que se está permitiendo algo malo. Sin embargo, la manera de hacer el amor de John podría fácilmente haber deslucido a una naturaleza más apasionada que la de Mary, pues no sólo era profundamente corrupto sino extremadamente egoísta, tocándola y abrazándola de la manera que más excitaba su propia

10 Una hamadriada es un ser mitológico griego que vive en los árboles . Es un tipo particular de dríada que, a su vez, es un tipo particular de ninfa.

imaginación infantilmente fantástica y sin preguntarse nunca si eso era lo que le convenía a ella, ni se olvidaba ni un segundo de sí mismo en un ataque de tempestuosa ternura. Pero Mary, como si realmente fuera una hamadriada, que hubiera conocido la desvergüenza de cientos de sátiros caprichosos, trataba todo el asunto con una pasividad grave, dulce e indulgente. Algo en su naturaleza afín, alguna perversidad de tierra pantanosa y de raíces bajas, parecía necesitar precisamente ese prolongado cortejo cerebral para despertar la frialdad esencial de su sangre y sus nervios. A menudo, en los momentos más extraños de su «dulce trato», ella tenía una extraña sensación: que era uno de sus viejos y descoloridos *muñecos de madera*, sí, el más destartado y dañado de los cuatro que le pertenecían, que volvía a la vida, pero esta vez lleno de exigüidades extrañas y apenas humanas, por las que ella estaría dispuesta a prostituirse durante horas y horas para satisfacerlas, siempre y cuando pudiera oír esas articulaciones de madera crujir y gemir de alegría.

Ambos sabían que estaban a salvo de cualquier interrupción. Hijos de generaciones de vida en zonas pantanosas, eran muy conscientes de lo mucho más seguro que es para los amantes el gran espacio amplio y llano de prados de hierba que cualquier bosquecillo o matorrales tupidos, donde un enemigo puede acercarse fácilmente sin ser visto.

No faltaron las emanaciones de simpatía del enorme y liso

árbol, con sus ramas extendidas, aunque eran de un tipo diferente a las del anciano habitante de Dye's Hole. Ambos sabían bien que después del duro esfuerzo de llevar el bote de regreso contra la corriente hasta el dique Alder, habría pocas posibilidades de más que unos pocos besos antes de separarse para su futuro desconocido; y esto los hizo reacios a interrumpir su juego. Pero el papel que cumplía el fresno era traerles, en medio de su flirteo, con increíble viveza la imagen de su abuelo. Ambos vieron claramente en su mente la conocida cabeza de su abuelo, cubierta de espeso cabello rizado, “tan blanco como la lana”, con sus pacientes sirvientes sentados en fila en las sillas de cuero rojo del comedor y con sus ojos cansados de la vida, de Rey de Thule, en sus cuencas huecas, bajados sobre la página, mientras con su voz de actor clásico bellamente modulada para la ocasión, entonaba uno de los himnos del poeta Cowper.

El lenguaje de los árboles está aún más alejado de la inteligencia humana que el de los animales o el de los pájaros.

«¡Es extraordinario que nos hayamos conocido!» Estas palabras, pronunciadas por John en un momento de relajado agradecimiento, llamaron la atención de aquel solitario fresno de Water-ditch Field (Campo de acequias) con lo que en los árboles corresponde a la ironía humana. Cinco veces en su vida de ciento treinta años el fresno de Water-ditch Field había oído esas palabras pronunciadas por organismos vivos. Un viejo caballo las había pronunciado a su manera al

frotar su hocico contra los flancos pulidos de una joven compañera. Un pescador excéntrico las había pronunciado dirigiéndose a un cacho¹¹ excepcionalmente grande que había atrapado y matado. Un clérigo loco las había pronunciado acerca de una gitana que no sabía de su existencia. Una anciana solterona se las había dicho al espíritu de su único amante, muerto cincuenta años antes; y finalmente, sólo doce meses antes, el propio William Crow las había pronunciado; ¡las había pronunciado en los oídos agradecidos, atentos y asombrados del señor Geard de Glastonbury!

Todo esto lo notó el fresno, pero su comentario vegetativo al respecto sólo habría sonado en oídos humanos como un galimatías: *wuther-quotle-glug*.

La tarde ya había avanzado mucho. Largos rayos de luz de color naranja caían horizontalmente sobre la pradera plana. La sombra del fresno se oscurecía y se enfriaba como un manantial cubierto de piedras. Desde la zanja donde estaba amarrada la barca llegaba la melodía del crepúsculo de un mirlo, lleno, como siempre lo está el canto de ese pájaro a esa hora, de algún secreto oculto de la naturaleza, más allá de la tristeza y la alegría humanas. Recogieron con tristeza los restos de su banquete y volvieron sobre sus pasos hacia la barca.

11 Pez de río, de cuerpo esbelto, con escamas grandes de color verde plateado, y cuya carne es poco apreciada

El regreso a remo hacia Alder Dyke contra la corriente no fue, como habían previsto, una tarea fácil. Armada con el bichero, Mary se puso de pie en la popa y empujó con todas sus fuerzas mientras John remaba con tenacidad; pero a medida que pasaba el tiempo se dio cuenta de que avanzaban tan lentamente que habría que hacer algo más.

–Déjame sentarme a tu lado, John –dijo finalmente–, y remamos los dos.

Ella se acercó desde la proa del bote y se sentó junto a él, tomando posesión del remo que estaba a su izquierda. En esta posición, cada uno tirando de un remo diferente, pero con los codos y los hombros tocándose y los cuatro pies apoyados contra la misma tabla, remaron hasta casa.

–¿Cuál es mi dirección, John? –preguntó, dejando la pala del remo apoyada sobre el agua cuando llegaron al dique Alder.

–A la atención de la señorita Drew, de la Casade la Abadía, Glastonbury, Somerset.

Así llegó su respuesta, tranquila y bastante sombría; pero la muchacha tenía un conocimiento agudo y amargo de que, si tan solo sus manos no hubieran estado agarrando en ese momento esos pesados mangos de remos, él fácilmente podría, una vez que esta simple lección hubiera sido correctamente repetida, dejar que su mejilla temblorosa se

hundiera contra sus pequeños pechos fríos y estallar en un ataque de sollozos convulsivos, infantiles e irrazonables.

III. STONEHENGE

Mientras avanzaba con paso lento por la blanca carretera sin setos que atravesaba la llanura de Salisbury, John Crow se familiarizó con aspectos del sufrimiento físico y mental que hasta entonces no había conocido. Se sentía muy cansado y, aunque había tenido suerte durante toda su caminata en lo que respecta a la lluvia, había tenido mala suerte en lo que respecta al frío. Había soportado ocho días de tiempo excepcionalmente frío y ahora, mientras avanzaba con la idea de llegar a Stonehenge antes del anochecer, la idea de tener que dormir de nuevo, como había hecho desde que salió de Didcot, en una especie de cobertizo con corrientes de aire o detrás de un pajar al descubierto le hacía temblar hasta los huesos de su exhausto cuerpo. Una cama caliente le rondaba por la cabeza, una cama como la que se había regalado en Maidenhead, a la que le faltaba uno de los pomos de latón; y una excelente

cena a base de patatas y coles como la que había disfrutado en aquella taberna de Maidenhead antes de dormir le rondaba por la cabeza. El abrigo le pesaba, la bolsa le pesaba y, lo que era peor, se le había hecho una ampolla en un talón, de modo que durante las últimas doce horas, desde que había salido de Andover al amanecer, caminar le había resultado una tortura. Sólo le quedaban ocho peniques. Tenía que alcanzarle hasta llegar a Glastonbury, así que no podía pensar en dormir ni cenar esa noche. Había comprado una tetera, un panecillo con mantequilla en Salisbury y todavía tenía un par de galletas y un trozo de queso envueltos en el bolsillo. También tenía un paquete de cigarrillos Navy Cut sin abrir. «¿Cómo serán estos asilos?», pensó. «Supongo que los funcionarios son unos matones; supongo que uno siempre corre el peligro de coger piojos. No, tengo que encontrar un cobertizo o algo así; pero primero voy a ver Stonehenge».

John Crow nunca había conocido en su vida un camino más desolado y poco transitado que el que ahora recorría por la llanura de Salisbury. Sabía que el sol acababa de desaparecer tras el horizonte, aunque su forma real era invisible. Había estado totalmente oculto por las nubes durante al menos una hora antes de ocultarse; pero pronto, después de su desaparición, el viento del norte, que había sido su compañero de viaje desde que salió de Salisbury, dispersó algunas de aquellas nubes y barrió el cielo. Estaba más claro, pero seguía gris, con una grisura que era positivamente

cenicienta. La diferencia entre la palidez de la carretera, que estaba triste con una tristeza reconocidamente humana, y este cielo gris ceniciento sobre su cabeza, de alguna manera lo perturbaba. Seguía mirando al cielo mientras arrastraba su pie ampollado hacia adelante. Cada paso que daba le causaba dolor y si la tristeza de la carretera congeniaba con este dolor, el aspecto del cielo se ajustaba íntimamente a él. El viento del norte que lo había seguido desde Salisbury y que no dejaba de silbar entre su gorra y el cuello de su abrigo no le resultaba odioso. Casi se había encariñado con su compañía. Una o dos veces, cuando descansaba, sentado, junto a muros o bajo setos, se dio cuenta de que echaba de menos su monótona tristeza. No entendía por qué la yuxtaposición de esa gorra y ese cuello de chaqueta hacían que el viento zumbara y gritara en sus oídos, pero ese viento del norte que viajaba con él por la llanura de Salisbury tenía muchas peculiaridades extrañas y, aunque era brusco, no le parecía en lo más mínimo maligno. Tal vez, como venía del norte, de la áspera región del Mar del Norte, donde ese viento tenía su propia morada, estaba ocupado advirtiéndole sobre Glastonbury. Tal vez le estaba advirtiendo que no creyera nada de lo que ese cielo ceniciento le estaba metiendo en la cabeza. Lo que el cielo le hacía pensar era en huestes de hombres heridos que huían con lanzas rotas y estandartes desgarrados, regueros de sangre y caballos que relinchaban. El cielo en sí no llevaba ninguna señal de tan lejanos acontecimientos sobre su vastedad cadavérica, pero esos desastres ruinosos parecían

correr a toda velocidad bajo él en sus esencias invisibles, fragmentos salvajes de huidas olvidadas, derrocamientos catastróficos, enormes migraciones de pueblos derrotados. Y sobre todas estas cosas, el cielo miraba hacia abajo con una complicidad fantasmal. Dos pequeños automóviles, un carrito tirado por perros y un camión de aspecto extraño con soldados dentro eran los únicos vehículos tangibles que pasaron junto a él esa tarde mientras avanzaba; pero el camino parecía lleno de recuerdos humanos. No había una señal o un hito en ese camino que no hubiera recogido en sí algún encuentro lastimoso de amantes desconsolados, alguna despedida larga y triste, algún remordimiento imperecedero. A través de viejos y retorcidos árboles espinosos, cuyos débiles brotes verdes crecían tan indistintos en la puesta del sol como motas de hierba verde en los costados de viejos barcos en una marea oscura, ese viento del norte silbaba y chillaba. Una vez, mientras apoyaba su pie malo sobre las piedras caídas de un redil en ruinas y miraba a través de las tierras altas calcáreas que tenía frente a él, vio un círculo de césped con terraplenes con barandillas de madera rotas en la parte superior. El aspecto de aquel objeto despertó tanto su curiosidad que se acercó cojeando y trepó con cansancio por su borde. Era un estanque circular lleno casi hasta el borde de agua gris azulada, de cuyo fondo silencioso surgían algunas plantas acuáticas, pero cuyos bordes eran completamente claros y transparentes. Toda la luz que había en aquel cielo de fatales sombras parecía concentrada en la superficie de aquella

agua. «Sé lo que es esto», pensó John Crow para sí mismo. –Éste es uno de esos estanques que llaman estanque de condensación¹². –Avanzó con cautela por la pendiente, dejando su bolsa en lo alto de la orilla y apoyándose en su bastón.

Al llegar a la orilla del agua, la removió un poco con la punta del bastón. Pero en un segundo intento, retiró rápidamente el bastón. Allí, en aquella transparencia azul grisácea e inmóvil, flotaba un objeto oscuro. «¡Un tritón!». En su infancia en Norfolk, había amado a esos diminutos saurios más que a todos los seres vivos; y ver uno de ellos, precisamente ese día, lo llenó de una seguridad casi sagrada. «Todo va a salir bien», se dijo, «¡Llegaré a Glastonbury y veré a Mary!».

Observó con interés la salamandra. Movida por el palo, se había hundido un poco por debajo de la superficie, pero allí flotaba en reposo, con las cuatro patas extendidas, absolutamente inmóvil. Mientras la observaba, la salamandra hizo un leve movimiento con la cola y, con las cuatro patas aún inmóviles extendidas, se hundió lentamente hasta perderse de vista en las profundidades del agua.

12 Un estanque de rocío es un estanque artificial que se encuentra generalmente en la cima de una colina y que se utiliza para abreviar al ganado. Los estanques de rocío se utilizan en áreas donde no se dispone de un suministro natural de agua superficial.

John Crow trepó por la ladera, cogió su bolsa y volvió cojeando a la carretera. Durante el kilómetro siguiente estuvo de mucho mejor humor. Le complacía que cada hito que pasaba marcaba la distancia hasta Stonehenge, como si fuera una morada de hombres vivos, en lugar de lo que fuera.

“Faltan dos millas para Stonehenge”, dijo el que había alcanzado en ese momento, justo cuando la nebulosa del ocaso comenzaba a convertirse en crepúsculo. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en una piedra miliaria. El pie ampollado le dolía terriblemente. “Parece que tendré que dormir entre esas Grandes Piedras”, pensó. “Estaré al límite de mis fuerzas cuando llegue allí”.

Ahora, a pesar del dolor del pie, se apoderó de él una especie de sopor, y la cabeza empezó a cabecear sobre las manos entrelazadas y las rodillas fuertemente abrazadas. Tres cosas dominaban su mente: la imagen de la cama de Maidenhead a la que le faltaba uno de los pomos de bronce, la imagen de las Grandes Piedras tal como las había visto en las pinturas hacía mucho tiempo y la imagen de la salamandra hundiéndose en el estanque de rocío. Luchó frenéticamente contra ese deseo obsesivo de dormir. El viento parecía haber amainado un poco. «Quizá, si veo un cobertizo cálido», pensó, «dejaré Stonehenge para mañana».

Arrastró su cuerpo para ponerse en movimiento de nuevo

y siguió cojeando. Un automóvil pasó a toda velocidad, haciendo sonar la bocina salvajemente. Mientras pasaba, su único temor era que se detuviera y le ofreciera llevarlo. Su aspecto feroz, su ruido desagradable, su velocidad mecánica, su hedor vil, la rápida visión fugaz que tuvo de las personas elegantes que iban en el vehículo, todo se combinaba para hacer que el contacto con semejante cosa pareciera peor que morir en la carretera.

El pie le dolía terriblemente. Sabía que no era nada grave. No se había torcido el tobillo. Era solo una ampolla. Pero la ampolla palpitaba y quemaba, latía y le dolía como si le hubieran clavado una flecha envenenada en el talón.

El cielo gris había cambiado un poco de carácter ahora. Estaba vagamente intercalado con puntos centelleantes de pálida luminosidad. La mayoría de estos puntos estaban tan borrosos e indistintos que habría sido difícil volver a verlos con una segunda mirada en la misma posición en el vasto éter. No se parecían a nada en la tierra; y con nada en la tierra podían compararse. Eran las estrellas, no de la noche sino del crepúsculo. El cielo alrededor de aquellos puntos de luz no era ni gris ni negro. Era un color para el que no hay nombre entre los pigmentos de los artistas. Pero el hombre que cojeaba por la llanura de Salisbury le dio un nombre a ese color. Lo llamó Dolor. Donde alcanzó el clímax de lo apropiado fue en el oeste hacia el que lo conducía el camino. Allí había un fragmento de cielo, exactamente donde el sol se había desvanecido, que a la neutralidad del resto añadía

un matiz oscuro –apenas un matiz moribundo– de color marrón oxidado. Ese jirón bajo de color marrón oxidado era como el pulso palpitante de la presión de cuyo centro viviente el dolor se extendía por el firmamento. Caminar hacia el oeste del país era como caminar hacia una misteriosa fuente celestial donde el dolor se transmutaba en un elemento desconocido. Primero una pierna; luego la otra pierna. Había llegado al punto de ser consciente del automatismo físico real del caminar. Esa forma de autoconciencia peculiar que cuando era un niño había hecho del arte de caminar un triunfo de autoafirmación ahora regresaba a él para convertirlo en una necesidad de autoconservación. John Crow sintió que se acercaba al final de su poder sobre el logro muy simple de poner una pierna delante de la otra. Luchó hacia adelante durante aproximadamente media milla. Luego se detuvo. "Debo encontrar un lugar donde acostarme", pensó. Así no puedo continuar. La cama de Maidenhead, a la que le faltaba un pomo dorado, se había retirado más allá del horizonte de las oportunidades. La imagen de la paja con olor a ganado flotaba ante él.

Un golpe sordo y palpitante provenía de alguna parte de su cuerpo y se alejaba de él hacia la oscuridad.

Se sentía como un reloj averiado al que no se le podía impedir que sonara una campanada sin sentido.

No podía decir si ese golpe provenía de su talón, de su

corazón o de su cabeza. Por lo que sabía, podía provenir de aquel lugar marrón oxidado del cielo occidental.

–No puedo seguir –repitió en voz alta. Y entonces, con la misma naturalidad con que antes había adquirido conciencia, de manera infantil, del triunfo de caminar, se dio cuenta ahora de la necesidad de rezar.

Y John Crow oró, con calma, con fervor, con sencillez, al espíritu de su madre.

Su madre había muerto cuando él tenía seis años y su devoción por su personalidad no había sido, desde ese día, en lo más mínimo diferente del extremo de la idolatría supersticiosa. La debilidad infantil de su carácter era precisamente el tipo de cosa que haría que un hijo único, como John, se encariñara con el instinto maternal protector. La mujer había muerto en un espasmo convulsivo de ternura trágica por el niño que tenía que abandonar; y no es difícil que concibamos cómo, incluso en el plano más material, una formidable vibración magnética, procedente de aquella tumba del cementerio de Yaxham, pudiera permanecer en el sustrato químico del éter y resultar de genuino valor sobrenatural para el hijo de su vientre, cuando en su debilidad más la necesitaba. Así sucedió que cuando terminó de orar, John descubrió que podía seguir adelante de nuevo, aunque con pasos muy lentos.

Su paso era, en efecto, el de un anciano que usaba su

bastón como muleta; cualquiera que lo hubiera escuchado acercarse podría haberlo tomado por un cojo o un ciego. El fuerte golpeteo de su bastón sobre el camino era un sonido que llegaba más lejos que sus pisadas.

Por fin, divisó la tenue blancura de otro hito. Debería llevar la señal: «Una milla hasta Stonehenge». Pero esta vez, la carretera frente al hito no estaba vacía. Bajo la nebulosidad de ese tinte marrón oxidado del horizonte se alzaba un pequeño automóvil oscuro. Tenía una mancha roja en la parte trasera, pero no tenía faros. Obstruía la carretera, pero no interfería en la escena con la cruda violencia del coche que acababa de pasar por su lado.

Mientras John Crow se acercaba cojeando, una figura que no había distinguido desde el seto avanzó hacia el camino para interceptarlo.

–Debes dejarme que te lleve un rato –dijo un hombre alto, flaco y desgarrado que llevaba un sombrero hongo oscuro–. Estás demasiado cojo para andar así. Quiero parar ahora mismo, a una milla de aquí, pero sólo por un minuto o dos. Voy a Glastonbury.

Un escalofrío de emoción recorrió el desgastado cuerpo de John Crow.

–Me sentí acabado, sin fuerzas, al borde de la muerte –dijo John con voz entrecortada cuando se encontró a salvo en el

interior del pequeño coche. Y entonces, mientras avanzaban muy lentamente, ¿qué debía decir aquel hombre impulsivo sino confesarle a aquel desconocido que acababa de rezar en mitad de la carretera al espíritu de su madre y que él también se dirigía a Glastonbury? –Hay otra explicación, mi buen amigo –dijo el conductor con gravedad–. En aquel momento mi mente estaba absorta en pensamientos sobre Glastonbury, y la tuya también. ¿Qué más natural que pedirte que me dejaras llevarte allí?

John se dio cuenta de que, aunque se veían algunas estrellas débiles, el día que se alejaba todavía dominaba. «Todavía no oscurecerá hasta dentro de media hora», pensó. «Veré Stonehenge antes de que anochezca». Estaban llegando a una pequeña pendiente ascendente del camino. La amplia llanura se extendía a su alrededor, fría y muda, y era como si la luz del día hubiera dejado de desaparecer del cielo, mientras la superficie de la tierra se oscurecía.

La identidad de ese gran espacio de tierras bajas se retraía en sí misma, sin escuchar ni buscar la articulación, perdida en un mundo interior mucho más vasto y mucho más importante que los encuentros de los hombres con otros hombres, ya fueran evocados por la oración o por casualidad, que tales encuentros eran como los encuentros de hormigas y escarabajos en una terraza al anochecer que tenían pensamientos y recuerdos propios completamente ajenos en sus vidas finitesimales.

Para sorpresa de John, el desconocido frenó y detuvo su coche. “¿Ves ese espino?”, preguntó el hombre.

John miró hacia delante a través del crepúsculo. Sí, vio claramente el objeto indicado. Le pareció un árbol muerto. “¿Es un árbol muerto?”, preguntó.

Pero el hombre continuó: “Desde el pie de ese espino hay un camino a través de la hierba que conduce directamente a Stonehenge. Puedes ver Stonehenge desde el pie de ese espino”.

“¿Puede alguien ir allí a esta hora? Alguien me dijo en Francia que después de la puesta del sol estaba vigilado por soldados.”

“¿Puedes venir conmigo o prefieres quedarte aquí hasta que regrese?”, preguntó el hombre, ignorando totalmente este comentario.

–¡Debo ir! ¡Por supuesto que debo ir contigo! –insistió John Crow.

Bajaron juntos del cochecito. El desconocido le dio el brazo a John, y aunque a John le hubiera gustado apoyarse en él mucho más de lo que lo hacía, le sirvió de apoyo. Cojeaba lo mejor que podía, apoyando la mayor parte de su peso real sobre su propia rama de avellano con mango de raíz, y miraba fijamente hacia el espino muerto con aturdida curiosidad. En lo más profundo de su mente pensaba: «A

partir de ahora siempre le rezaré por todo. ¡Le rezaré para que Mary y yo podamos vivir juntos en Norfolk!».

Cuando llegaron al árbol espinoso, John se detuvo y respiró profundamente. Presionó con fuerza la muñeca de su compañero y miró a través de la oscura franja de césped de las tierras bajas que tenía ante sí, tambaleándose y atónito. ¡Stonehenge! Nunca había esperado algo así. Había esperado algo imponente, pero *esto* era abrumador. «Esto es Inglaterra», pensó en su corazón. «Esta es mi Inglaterra. Esto todavía está vivo. Esto no es una ruina muerta como Glastonbury. ¡Me alegro de haber llegado aquí antes de morir!». «¿Me disculpa, señor?», dijo, con voz alta y algo áspera, la voz que siempre había adoptado cuando, en presencia de funcionarios franceses, deseaba afirmarse, «¿me disculpa si me siento un minuto?».

“¿Te sientes raro? ¿Estás enfermo?”

–Quiero mirarlo desde donde estamos. –Se sentaron en el suelo junto al árbol espinoso y, mientras lo hacía, John observó que de una o dos ramitas oscuras de una rama retorcida brotaban algunas hojas. –No está del todo muerto –observó.

El extraño naturalmente pensó que estaba hablando de la oscura pila que tenían frente a ellos. –¿Quiere decir que su poder no la ha abandonado? –Hizo una pausa y luego continuó en voz baja–: Hace unos cuatro mil años que está

aquí; pero, después de todo, ¿qué es eso comparado con algunas de las antigüedades que hay en el mundo? Pero tiene razón: no está completamente muerto.

"Es muy inglés", dijo John.

El hombre se volvió y le dirigió una mirada extraña e indignada. –¿Es inglés, entonces, ocultar tu gran secreto? –gritó excitado–. ¿Es inglés guardar tu secreto hasta el final?

–Supongo que usted sabe mucho más que yo sobre el tema, señor –dijo John humildemente–, pero no creo que esas piedras tengan nada oculto. Me parecen exactamente lo que son, ni más ni menos. Parecen simplemente piedras, enormes piedras, levantadas para ser adoradas.

Su compañero se dio la vuelta y se abrazó las espinillas, apoyando la barbilla sobre las rodillas y balanceándose sobre las puntas de los huesos de las caderas. Dio un furioso golpe con la cabeza, de modo que su bombín negro cayó al suelo y rodó unos centímetros antes de quedarse inmóvil.

“¿Podrías adorar una piedra?”

–Yo... creo... creo que sí... –tartamudeó John, un poco desconcertado por la intensidad del hombre–. Debe ser un predicador inconformista –pensó.

–¿Simplemente porque es una piedra? –gritó el otro, y abrazó sus tobillos con tanta fuerza y se inclinó hacia

adelante tanto que John recordó cierta gárgola duende que conocía muy bien, en una parte apartada de Notre Dame.

–Por supuesto. *¡Simplemente porque es una piedra!*

–¿Y a eso le llamas inglés? –casi gimió el extraño.

“Podría adorar a aquella que está más cerca”, dijo John, “la que está allí sola”.

El hombre se puso de pie de un salto, tomó su sombrero hongo y se lo colocó en la cabeza. Era un hombre alto y parecía sobrenaturalmente alto cuando se interpuso entre John y la piedra que John había dicho que podría adorar. Su perfil parecía una caricatura de un emperador romano.

–¿Sabes cómo se llama esa piedra? –gritó–. ¿Sabes cómo se llama? En su excitación, se inclinó y sacudió a John por los hombros. John pensó para sí mismo: «Ojalá mi bastón tuviera un mango más pesado. Este hombre es evidentemente un ministro disidente loco».

–¿Todas estas piedras tienen nombre? –preguntó John con entusiasmo, haciendo dos intentos desesperados por ponerse de pie.

El hombre le dio la mano y John se levantó. Subrepticamente sustituyó el extremo de la virola por el mango de su bastón de avellano y lo agarró con fuerza. «Si se vuelve peligroso», pensó, «daré un paso atrás y lo

golpearé en la cabeza con todas mis fuerzas». Se rió para sí mismo mientras blandía su bastón en la oscuridad.

El Gran Círculo de Piedras había despertado en él una excitación como nunca antes había sentido en toda su vida. El dolor de su talón ampollado se convirtió en nada. Se adelantó, empujó al hombre a un lado y se tambaleó hacia el enorme, solitario y sin labrar monolito que había atraído su atención. El otro caminaba a su lado murmurando indignado: «Es más que eso, es más que eso». Cuando llegaron a la piedra, John abrazó su áspera mole con los brazos, el bastón todavía agarrado por el extremo equivocado entre los dedos. Tres veces apretó la cara contra ella y en su corazón dijo: «Piedra de Inglaterra, protege a Mary Crow y hazla feliz».

El extraño continuó con su protesta hosca. –Esta piedra –dijo– se llama Piedra Hele. Es la piedra que se encuentra exactamente entre el amanecer de un día determinado y la Piedra del Altar dentro del Círculo... Hele... ¿Puedes ver lo que significa eso, no? ¡Es Helios, el Sol! Has estado jugando a tu jueguito, señor, con la Piedra del Sol.

Pero John, en aquel crepúsculo que se desvanecía, con Stonehenge erguido ante él, no se dejó intimidar. Se sentía demasiado embriagado por el magnetismo que emanaba de aquellos monolitos y trilitos prehistóricos. Ya no tenía miedo de blasfemar contra ningún dios, ¡ni siquiera contra el mismísimo Sol!

Los dos hombres se miraron a los ojos. Aún no había anochecido lo suficiente para que no pudieran verse las caras. John se apoyaba en su bastón con normalidad; la visión de la nariz aguileña de su compañero, combinada con su último comentario, lo había tranquilizado. Ningún maniático religioso se habría referido a Helios. John continuó su disputa: «Creo que esta piedra», dijo dogmáticamente, «es mucho más antigua que las demás. Creo que Stonehenge se construyó aquí debido a esta piedra. Creo que el culto a la piedra es la más antigua de todas las religiones y es más fácil simpatizar con ella que con cualquier otra religión».

El extraño no respondió y miró a su alrededor con el aire de quien escucha atentamente.

–¡Ven! –dijo con tono perentorio, agarrando a John por la parte superior del brazo–. Entremos en el Círculo.

Avanzaron un poco y se toparon con una gran piedra que yacía a sus pies. Los dedos del hombre aferraban la carne de John con un apretón convulsivo.

“¿Sabes qué es eso, supongo?” dijo.

La respuesta de John fue soltarse, ponerse de rodillas, tantear la piedra con las manos, recoger un poco de agua de lluvia de siete días que encontró en una cavidad hueca y lamerla ruidosamente con los labios. La alta figura del extraño se cernía sobre él como un pájaro oscuro, grande y

agitado. Llevaba un abrigo largo y anticuado, fino en la cintura y muy holgado en las piernas, y los faldones del mismo ondeaban constantemente contra sus tobillos mientras daba vueltas alrededor de la figura agachada de John, jadeando y protestando desconcertado.

–¿Qué estás haciendo? ¡He estado aquí más veces de las que puedo recordar y nunca me he atrevido a hacer eso! Esa agua está estancada. Es peor que estancada. Ha matado a miles y miles de sus enemigos aquí. ¡Es la Piedra de la Matanza, te lo aseguro!

John Crow se levantó y se pasó el dorso de la mano por la boca. Este gesto infantil, muy visible en la penumbra, pareció desconcertar a su compañero.

–¿No tienes ningún respeto? –gruñó, mientras los ojos hundidos sobre su nariz romana destellaban un desconcertante destello de ira. John Crow emitió un extraño sonido animal, que era algo entre el ladrido de un zorro y el gruñido de un cerdo. Parecía haberse despertado en él alguna antigua vena de blasfemia danesa.

–Tengo lo que tengo, señor –dijo–, pero quiero arrodillarme junto a esa piedra del altar antes de que oscurezca demasiado. Ya estaba cojeando hacia delante cuando el hombre lo tiró hacia atrás de un tirón.

–¿Cómo sabías que hay allí una piedra de altar? –Las

palabras fueron pronunciadas en un susurro tan asombrado que John soltó una risita burlona al estilo de la Isla de Ely.

–¿Lo sabía? ¡Jeje! ¿Quién no lo sabe? –Diciendo esto, se dirigió hacia dos de los ciclópeos pilares perpendiculares que sostenían en lo alto un tercero, horizontal. Vasta, sombría, terrible, esta tercera piedra ocupaba ahora el lugar del cielo crepuscular. John apoyó la espalda contra el monolito de la izquierda, clavando su bastón en el suelo, y su compañero lo imitó, de pie, erguido, apoyado en el de la derecha. Sobre sus cabezas, ocultando la masa gris del cenit, colgaba aquella monolítica piedra de tejado. Las débiles estrellas, cuando las contemplaron, más allá del monstruoso obstáculo, parecían menos oscuras que antes. Hacia el norte, por donde habían entrado, podían ver vagamente la forma de la Piedra Hele. Emergió de la oscuridad como un hombre gigantesco, con la cabeza descubierta, envuelto en una piel o una manta.

“Me han dicho”, comentó John, “que el origen de estas piedras es completamente desconocido”.

–No es cierto –gruñó el otro, en un tono que parecía decir: Eres el vándalo más irresponsable que jamás haya entrado en Stonehenge y tu locura sólo es igualada por tu ignorancia. “Es bien sabido”, continuó en voz alta, “que éste es el mayor templo de los druidas”.

El pie ampollado de John le causó en ese momento una punzada de dolor. Perdió el control de sí mismo y gritó en

voz alta, con una voz escandalosa que resonó a lo lejos, en la silenciosa llanura: «¡Malditos sean vuestros druidas!». En el momento en que pronunció esas palabras, supo que había seguido la acumulación en su naturaleza de una emoción que, si no la hubiera expresado, lo habría deshonrado a sus propios ojos. Se alejó hacia el centro del titánico círculo. «Ahora se marchará y me dejará en la estacada», pensó, «pero no puedo evitarlo». Se quedó quieto y miró ansiosamente a su alrededor, observando cómo dos de los monolitos más grandes habían caído sobre los extremos de uno aún más grande, pero sin ocultar el centro de este. «Si esto no es la Piedra del Altar, debería serlo», murmuró en voz alta; y cayendo de rodillas, golpeó su frente tres veces contra la superficie áspera de la piedra y luego continuó sosteniéndola allí, presionándola contra la sustancia fría con una fuerza dolorosa. Esta acción le produjo una satisfacción extraordinaria. Cuando por fin se puso de pie, encontró a su amigo druídico sentado en una de las “piedras extrañas” postradas, observándolo con temerosa curiosidad.

–Ya has estado aquí antes –dijo con severidad y exhaló un profundo suspiro, como suspira un hombre cuando encuentra a un intruso en su hogar. John se acercó a él y se sentó a su lado. –¿A qué tipo de piedra –preguntó cortésmente– pertenece esa Piedra del Altar?

El hombre se volvió hacia él agradecido, libre de toda sospecha. “Las mejores opiniones parecen coincidir”, dijo, “en que esta piedra es arenisca micácea. Sin duda proviene

de esa parte de Gales donde los druidas eran más poderosos; probablemente de Gales del Sur, como las otras; pero las otras son de una formación geológica diferente”.

John Crow se sintió en ese momento como si estuviera dotado de algún don mágico para volverse inhumanamente pequeño y débil. ¡Y no sólo pequeño y débil! Sintió que poseía el poder de convertirse en casi nada en absoluto –una mota, un átomo, una semilla flotante, un grano de arena, una pluma diminuta, una voluta de humo tenue– que se había liberado por completo de la carga de competir con alguien, de discutir con alguien, de asumir una máscara definida o un papel coherente. Parecía haber recibido una especie de exultante fluidez proteica. Sentía un intenso deseo de hacer el ridículo, de comportarse como un payaso, un loco, un imbécil. Ansiaba bailar alrededor del grave personaje que tenía a su lado. Ansiaba ponerse a cuatro patas delante de él y correr dentro y fuera de aquellos enormes trilitos como un animal que brincaba. Sentía que durante toda su vida hasta ese momento había estado ocultando su debilidad de carácter, su falta de todo tipo de principios, su indiferencia hacia las opiniones de los hombres y algo que era casi infrahumano en él. Pero ahora, bajo aquellas lejanas y brumosas estrellas y bajo aquellos enormes bloques de piedra inmemoriales, sentía una salvaje felicidad extática por ser exactamente como era.

–Muy pocas personas –le comentó a su compañero– podrían haberme dicho que esa piedra del altar estaba hecha

de arenisca micácea o que provenía de Gales. Estoy profundamente en deuda con usted, señor, y me alegro mucho de haberlo conocido. Mi nombre es John Crow. ¿Puedo preguntarle cuál es su nombre?

–Me llamo Evans –dijo el otro, haciendo una digna inclinación de su cuerpo hacia John. Si hubiera dicho «me llamo Plantagenet» o «me llamo Habsburgo», no habría podido pronunciar esas sílabas con más fuerza. –Owen Evans –añadió con un pequeño suspiro; y era como si con ese énfasis en Owen quisiera indicar a su interlocutor que habría sido más apropiado, en términos generales, que su nombre de pila hubiera sido Caradoc, Roderick, Constantine o incluso Taliessin–. Mi hogar estaba en Gales –continuó–, en el sur de Gales. De hecho, nací en Pembrokeshire, de donde procede esa piedra del altar.

–¿Vive usted ahora en Glastonbury? –preguntó John. En cuanto hizo esta pregunta sintió que había dicho algo grosero, indecente, imprudente; algo carente de toda intuición delicada.

–Nos quedaremos allí... por el momento –respondió Owen Evans–, y lo que es más –continuó, levantándose de su asiento–, si queremos llegar antes de que todos se vayan a la cama, debemos lucir elegantes.

Parecía haber olvidado –como casi lo había hecho el propio John– la cojera de su protegido, y se alejó a toda prisa.

Ahora, más allá de la Piedra Hele, de vuelta al árbol de espinas, daba por sentado que el otro estaba justo detrás de él, pero John Crow no estaba justo detrás de él. Se había dado la vuelta tan pronto como estuvieron a unos pasos de las piedras y ahora las miraba con un éxtasis que era como un trance religioso. Era un éxtasis que abolía totalmente el Tiempo. No sólo habían desaparecido el señor Owen Evans y su automóvil, sino que todo, pasado y futuro, ¡había desaparecido! Sólo Mary quedaba. Pero Mary seguía siendo una esencia más que una persona. Mary seguía siendo algo que él siempre llevaba consigo en lo más profundo de su ser. Era un tinte, una mancha, un sabor, una atmósfera. Aparte de Mary, Stonehenge y John eran todo lo que había. El enorme cuerpo de piedras colosales oscilaba, flotaba, se balanceaba y se mecía ante él. Tan forzado estaba él, tan atrapado estaba. Se balanceaba como la proa de un gran barco ante él. Él y Eso estaban solos en el espacio. Su oscura y amenazante mole parecía hacerse cada vez más dominante a medida que la contemplaba, pero incluso cuando amenazaba, lo tranquilizaba. Y no sólo se volvía más tranquila y más grande. La enormidad taciturna de las piedras horizontales elevadas parecía imponerse a su mente con una implicación más estupenda que las perpendiculares que las sostenían. Esas piedras elevadas, esas desnudeces sostenidas, que cubrían nada menos que el pecho de la tierra y sobre las que descansaba nada menos que el cielo universal, parecían haberse vuelto, por su propia elevación, más formidables y más sagradas que las que las sostenían.

Eran como sabinas ciclópeas sostenidas por gigantescos violadores. Tanto las que sostenían como las que eran sostenidas parecían portentosas en su pasividad, pero la pasividad de estas últimas, aunque más pronunciada, era mucho más imponente. Lo que el corazón instintivo de John Crow reconoció en este gran Cuerpo de Piedras –tanto en las que las soportaban como en las que eran sostenidas– fue que ellas mismas, tal como eran, se habían convertido, por la muda acción creativa de cuatro mil años, en auténticos Seres Divinos. Eran tan antiguas y grandes, estas Piedras, que asumían la divinidad por su derecho natural inherente, acumulaban divinidad, como un pararrayos acumula electricidad, y se negaban a delegarla en ningún mediador, en ningún intérprete, en ningún sacerdote. Y lo que realzaba la grandeza primigenia de lo que John Crow contemplaba era la condición de los elementos en esa hora. Si no hubiera quedado ningún resto del crepúsculo, la oscuridad y Stonehenge se habrían interpenetrado por completo. Si las estrellas hubieran sido brillantes, su eterna lejanía habría desvirtuado la enormidad mística de este portento terrestre. Sin embargo, las estrellas estaban tan borrosas y tan indistintas, y, atmosféricamente hablando, tan lejanas, que Stonehenge no tenía rival. John ansiaba obtener alguna impresión de esta inmensa erección de algún observador infrahumano, no pervertido por la tradición histórica. ¿Qué sentiría, por ejemplo, una gaviota que viajara tan lejos tierra adentro desde Studland o desde Luiworth en busca de tierras de labranza recién aradas, cuando de repente se

encontrara frente a este templo de los elementos? ¿Se posaría un momento en la más alta imposta del trilito más alto? ¿Alguno de los pastores de Wiltshire, que vivían por aquí, había visto alguna vez una gaviota posada en la piedra de Hêle? ¿Qué pensarían los zorros de Stonehenge cuando se acercaban acechando por las crestas cubiertas de hierba desde Normanton Down? ¿El sonido de sus ladridos en las salvajes noches de noviembre llegaba a los oídos de los viajeros que cruzaban la llanura? ¿Un poder que emanaba de estas piedras atraía a todas las víboras, culebras y gusanos ciegos entre Amesbury y Warminster, en ciertas encantadoras tardes de verano?

¡Nunca Stonehenge se habría visto más majestuoso, más misterioso, de lo que se veía esa noche! El viento casi había amainado y, sin embargo, todavía quedaba suficiente para agitar los tallos muertos de las hierbas del año anterior y emitir un débil, muy débil susurro al moverse entre las piedras. La misma indistinción de la luz del día moribundo contribuía también a realzar el aspecto impresionante del lugar. Si la noche hubiera sido completamente oscura, no se habría podido distinguir nada. Por otra parte, si el crepúsculo no hubiera avanzado tanto, la extensión cada vez mayor de las colinas circundantes habría alejado la vista de las piedras mismas y reducido su inmensidad sombría. Ninguna disposición artificial de la materia, por terrible y poco elaborada que sea, puede compararse con los huecos y excrecencias reales del propio planeta; pero la erección

primigenia que John Crow contemplaba ahora, como el fantasma de un esclavo neolítico ante los dioses de sus amos, había aumentado en peso y masa debido al hecho de que nada la rodeaba excepto una vaga y neutra grisura cimmerica¹³.

–¡Stonehenge, gran Dios! –exclamó John Crow–. ¡Te ruego que hagas de Mary una niña feliz y te ruego que me dejes vivir con ella en Norfolk!

Después de esto, se alejó y corrió, tan rápido como pudo, hacia el árbol de espinas. La voz de Owen Evans aumentó su velocidad mientras subía tambaleándose por la pendiente. “¡Señor Crow! ¡Señor Crow! ¡Señor Crow!”, llegó esa voz desde más allá del árbol con un acento agudo y quejumbroso.

La ampolla comenzó a dolerle de nuevo. Comenzó a sentirse hambriento y débil de nuevo. Una vez más se detuvo y miró a su alrededor. El efecto a esta distancia había sufrido un cambio. ¡Las piedras parecían haberse fundido unas con otras! Ya no estaba mirando una serie de piedras, sino una sola piedra.

Tal vez, de hecho, en ese momento estaba viendo Stonehenge como lo habría visto, no un pájaro salvaje o un

13 Cimmeria era un antiguo continente, o más bien, una cadena de microcontinentes o terrenos, que se desprendió de Gondwana en el hemisferio sur y se unió a Eurasia en el hemisferio norte.

zorro, sino un rebaño de ovejas viajando desde sus pastos hasta el lugar de esquila.

–¡Señor Crow! ¡Señor Crow! –dijo la voz del galés, y John sintió que ahora sí que le correspondía dar la espalda a Stonehenge. Cuando llegó al coche, John Crow se sorprendió de la cortesía y el buen humor del señor Owen Evans. Había esperado que el hombre del sur de Gales, aunque no lo abandonara, le recriminaría con vehemencia. No ocurrió nada de eso. John subió y se sentó al lado del automovilista, evitando con cierta dificultad, pues tenía las piernas largas y el pie muy dolorido, el mecanismo que hacía funcionar la máquina.

–¿Piensa quedarse mucho tiempo en Glastonbury?
–preguntó el señor Evans. John fue perfectamente franco con él en respuesta a esta pregunta directa. De hecho, en el estado de trance y relajación de sus nervios, fue más franco de lo que debía haber sido. De hecho, se volvió muy locuaz. Le contó todo; sólo se guardó de mencionar la existencia de Mary y la de Tom Barter. Poco a poco, mientras conversaba con el hombre, mientras su coche alcanzaba y pasaba por las calles iluminadas de Warminster, se fue dando cuenta de que las preguntas y respuestas de Mr. Evans se componían de dos niveles de intensidad, uno debajo del otro. El nivel superior, más superficial, era pedante y un poco condescendiente, pero el nivel inferior le pareció a John no sólo humilde y triste, sino trágicamente humilde y triste. Uno o dos de sus comentarios fueron, en efecto, tan excitantes

para la curiosidad de John como estimulantes para su simpatía. Y otra cosa que notó en la conversación de este hombre del gran sombrero hongo y el ajustado abrigo negro fue que siempre era cuando la conversación volvía a Glastonbury que este tono secundario aparecía en su voz.

–Cenaremos tarde en Frome –dijo el señor Evans en un momento dado; y la idea de ese refrigerio celestial, al que se refería a la ligera como una «cena tardía», preocupaba tanto los pensamientos de John que, poco a poco, se contentó con un intento somnoliento de aprender los nombres de los pueblos por los que pasaban y dejó de lado toda otra conversación.

Bordearon el muro de Long Leat Park. Pasaron por Upper Whitbourne; por Corsley Heath; por Lane End y Gradon Farm; y mientras el recuerdo de su madre todavía lo arrullaba con una seguridad indescriptible, entraron en la calle principal de Frome. El señor Evans parecía conocer bien el lugar y, tras dejar el coche en el patio de una de las pequeñas posadas, los dos hombres caminaron lentamente por la calle. La mayoría de las teterías habituales estaban cerradas, pero al final encontraron un pequeño lugar de descanso de un tipo más modesto, donde les dieron una cordial bienvenida y una cena sustanciosa aunque sencilla en una pequeña sala privada. Durante esta comida, esta extraña pareja tuvo la primera oportunidad que habían tenido hasta entonces de estudiar la fisonomía del otro en condiciones iluminadas y relajadas. John descubrió que el

señor Evans ya había oído rumores sobre la extraña secuencia de acontecimientos por los cuales el predicador laico Geard había heredado el dinero de William Crow. El propio Evans, explicó, había conocido a los Geard porque la señora Geard pertenecía a una familia muy antigua del sur de Gales llamada Rhys. El automovilista pronunció el nombre de Rhys con el mayor respeto. No es que los parientes inmediatos de la señora Geard, le dejó claro a John, fueran gente sencilla, pero todos los miembros de la familia Rhys eran, como diría una persona corriente, de sangre real de Gales.

No hizo falta mucha diplomacia por parte de John Crow para que la conversación llegara a un punto en el que se enterara del hecho, nada inesperado, de que los antepasados maternos del propio señor Evans pertenecían a esa misma antigua Casa de Rhys. Después de darle algunas vueltas al tema de los Geard, John se encontró en posesión de la información adicional de que el señor Owen Evans era admirador de una de las hijas de la señora Geard, una muchacha en la que había encontrado una notable morada «el espíritu mismo de la antigua raza címica». Fue en su «primera manera», la pontificia, como Owen Evans describió a esa joven dama. El astuto John había empezado a preguntarse si todo su descubrimiento de esas dos personalidades en su patrona no sería una loca fantasía suya, cuando una alusión casual a las ruinas de la abadía le devolvió en un minuto ese tono tímido, vacilante, casi

cobarde. Fue una cosa extraña, y John nunca la olvidó después, al ver una expresión de sufrimiento positivamente trágico cruzar esos rasgos tan marcados, que él mismo se sintió sumamente incómodo cuando ese segundo tono de las expresiones de su amigo predominaba de ese modo. Era exactamente como si un farsante disfrazado con una armadura teatral se hubiera desabrochado de repente su falsa gorguera y hubiera dejado al descubierto un cilicio manchado de sangre auténtica. Cuanto más duraba esta conversación confidencial durante esa feliz «cena tardía», tenía la impresión de que era a muy pocas personas, y probablemente menos que a ninguna a la doncella con el «espíritu mismo de la antigua raza Cymric¹⁴», a quien este singular descendiente de la Casa de Rhys revelaba su verdadera naturaleza.

Una vez más, sentado junto al señor Evans en el pequeño automóvil y avanzando rápidamente en la oscuridad, la atención de John se distrajo ahora con una cierta conciencia vívida de estar en una parte de Inglaterra completamente nueva para él y llena de cualidades únicas. Después de caminar todo el día por las tierras altas calcáreas de Wiltshire, este largo y encantado viaje hacia los valles occidentales era como sumergirse en una ola cada vez más profunda de rico mantillo de hojas centenarias de color marrón sepia. Desde los matorrales, los bosquecillos y los parques ancestrales, mientras conducían entre orillas

14 El nombre cymric en lengua celta significa Gales.

oscuras y perfumadas a musgo, una dulzura fría que parecía mojada con la savia vital de millones de capullos de prímula fluía sobre él...

A medida que ambos hombres se sentían cada vez más dominados por los movimientos y agitaciones, las respiraciones silenciosas y los murmullos flotantes de una noche de primavera en Somersetshire, parecieron volverse cada vez más comprensivos el uno con el otro.

–¿Cree usted, señor Evans, como tanta gente –dijo de pronto John– en la lucha constante por encontrarle un sentido a la vida? El galés respondió muy despacio y con mucho cuidado.

–No es... nunca ha sido... en mi... en mi naturaleza –murmuró–. No puedo... tomar la vida... de esa... manera... en absoluto. Encuentro significados en todas partes. Mis... –dudó un buen rato–, dificultades –continuó– son completamente personales.

A John le encantó esta respuesta. “Mis dificultades”, dijo, “también son personales. Simplemente no puedo entender lo que la gente quiere decir cuando habla de que la vida tiene un propósito. Para mí, la vida es simplemente la experiencia de los seres vivos, y la mayoría de las cosas que encuentro me parecen seres vivos”.

En la oscuridad, John sintió que el coche cruzaba un

pequeño puente. «Nunney Brook», oyó murmurar al señor Evans. Pronto se desplazaron a lo largo de la pared sur de Asham Wood, y luego llegaron East Cranmore y West Cranmore y luego un lugar llamado Doulting.

–Ahora, busquemos en Shepton Mallet –dijo el señor Evans–. Me temo que todos los bares estarán cerrados, o pararíamos a tomar algo para coger fuerzas para la última etapa de nuestro viaje. Sus palabras estaban justificadas. Era evidente que todos los bares de Shepton Mallet estaban cerrados.

“Debemos acelerar el ritmo ahora”, dijo Evans, “o todo el mundo estará dormido. En Glastonbury se van a dormir temprano”.

John se dio cuenta pronto, cuando dejaron atrás las últimas casas de un pueblecito llamado Somersetshire, casas de sólida construcción bajo las farolas de gas de las esquinas, con viejos dinteles tallados y contrafuertes desgastados, de que el paisaje estaba cambiando de nuevo de carácter. Una tenue atmósfera juncosa, fangosa y acuosa de East Anglia invadió sus fosas nasales. Durante una o dos millas se sintió desconcertado por aquellas húmedas ráfagas que transportaba el aire frío de la noche, tan diferentes de aquella dulzura de la tierra vegetal, aquel olor de los antiguos parques señoriales por los que habían pasado recientemente. Experimentó una punzada de tristeza que era bastante fácil de explicar. Eran mil antiguas impresiones

de los diques de la isla de Ely, evocadas, a partir de recuerdos raciales profundamente enterrados, por las zanjas, o «rhynes», como las llaman, de la isla de Glastonbury.

«Me estoy acercando a Mary», pensó. «Está acostada en la cama contemplando esas ruinas». Y luego pensó: «Evans me va a conseguir una cama en algún lado. Sabe que no tengo dinero. La veré mañana como sea y entonces todo se resolverá».

Los pensamientos del señor Evans, mientras pasaban por la aldea de Pilton y cruzaban el río Whitelake por un pequeño puente de piedra, eran tan absorbentes que instintivamente empezó a conducir muy despacio. Como todos los pensamientos que han atormentado la mente de una persona durante muchos años, estos pensamientos se habían magullado y golpeado contra las paredes mentales del hábito hasta que dejaron de ser pensamientos y se convirtieron en imágenes palpables. Las imágenes en el caso del señor Evans eran de una naturaleza muy peculiar. Si hubieran podido ser reveladas a cualquier mente humana promedio –una mente distinta de la de John– se habrían presentado como algo tan monstruoso que serían la creación de una persona loca. Esto ciertamente no era así, a menos que todas las aberraciones eróticas sean dementes; y el señor Evans, aparte de estas imágenes, era, como John había descubierto, un hombre pedante e incluso tediosamente inocente. Eran escenas de crueldad sádica, esas imágenes que habitaban en las cámaras traseras de la

mente del señor Evans; y lo extraordinario de ellas era que, a pesar de su iniquidad, que era ciertamente abominable, todavía producían en él –cada vez que volvía a verlas– una embriaguez de excitación erótica que hacía latir su pulso, bailar su sangre, desmayar sus sentidos, hacer que sus rodillas se juntasen. El sabor de la más pequeña de estas escenas repugnantes era tan abrumador para él que reducía todo el resto de la vida –comer, beber, trabajar, jugar, caminar, hablar– a sucesos tediosos que había que superar pero que carecían por completo del temblor eléctrico de la verdadera excitación. Lo que sufría el señor Evans era una fiebre de remordimiento como no es posible que muy a menudo se haya apoderado de las mentes humanas en el largo curso de la historia. Decir que el infeliz hombre deseaba no haber nacido nunca sería decirlo con suavidad. Como Otelo, ansiaba bañarse en «golfos del fuego líquido en los que dormía». Nadie sabría jamás, a menos que Evans se lo confesara a un sacerdote, cuántas de esas abominaciones se habían practicado realmente, cuántas de ellas estaban descritas en libros prohibidos o cuántas eran simplemente inventadas por una imaginación pervertida. Si la víctima o las víctimas de la perversión de Evans, suponiendo que realmente existieran y no fueran fantasmas de su imaginación, habían sufrido cruelmente, el propio Evans había sufrido, durante los últimos cinco o seis años, un tormento al que la historia humana puede, esperemos, ofrecer pocos paralelos.

Su naturaleza estaba tan plagada y saturada de este horrible hábito mental que, ahora que había rechazado toda práctica de él y todo el placer que le proporcionaba pensar en él, se convirtió en una manía culparse a sí mismo de innumerables formas de sufrimiento en el mundo, de las que era completamente inocente. Caminaba como si el suelo bajo sus pies fuera hierro al rojo vivo, tan temeroso estaba de lastimar incluso al más diminuto escarabajo o al más diminuto gusano. Solía caminar deliberadamente sobre la hierba espesa y la maleza espesa para evitar los pequeños senderos a medio hacer que siempre le parecían objetos lastimados. Como un sentimiento de poder, llevado a una intensidad monstruosa, desempeñaba un papel tan importante en su vicio, era bastante natural que cuando, horrorizado por lo que se había convertido, abandonara todo, sufriera la ilusión de ser una fuerza mucho más poderosa en el mundo de lo que realmente era. Pocas personas modernas, tan inteligentes como Owen Evans, creían tan intensamente como él en la existencia de un Dios personal. Tal vez haya algo en la naturaleza peculiar de este vicio que lo preste especialmente a esta creencia.

Al recuperarse de sus pensamientos secretos, a medida que se acercaban cada vez más al final de su viaje, el señor Evans murmuró a su compañero palabras como «Havyatt» y «Edgarley». También hizo un gesto con la cabeza en dirección a una gran extensión de terreno llano que se extendía hacia el sur, a su izquierda, a medida que se

acercaban a su destino. En relación con estos campos oscuros, pronunció las sílabas «Kannard Moor» y «Butt Moor». Indicó además que Baltonsborough y Keinton Mandeville se encontraban al otro lado de estos extensos pastos anegados, ante lo cual John, con su brusco estilo de East Anglia, declaró que en su país esos lugares habrían tenido nombres que terminaban en «ham», no en sonidos tan delicados como «ville». ¡Le dijo al señor Evans que Saxmundham era un nombre inglés mucho más característico que Keinton Mandeville!

A medida que se acercaban a las afueras del lugar, John se percató de la forma piramidal de Glastonbury Tor¹⁵, que se elevaba sobre las murallas y los tejados de la ciudad.

En el momento en que divisó esta gran colina puntiaguda, con la enorme iglesia desierta, al ver la torre en su cima, sintió que allí había algo que se adaptaba mejor a su naturaleza de lo que esperaba que pudiera haber sucedido en esos lugares.

El señor Evans, hablando en su segunda forma, le dijo que era la torre de San Miguel Arcángel. “Me alegro”, dijo John,

¹⁵ Glastonbury Tor es una colina en Glastonbury, en Somerset (Inglaterra), coronada por un edificio sin tejado: la torre de San Miguel. La zona está controlada por la National Trust. Tor es una palabra de origen celta que significa "colina cónica". El Tor se ha asociado con el nombre de Avalon e identificado desde el supuesto descubrimiento de dos ataúdes con el nombre de Rey Arturo y Reina Ginebra en 1191 con el legendario Rey Arturo.

“¡de que la torre de San Miguel fuera lo primero que vi aquí!” Pero en su corazón pensó: “¡Al diablo con San Miguel! Esa torre no es más que un montón de piedras. Me gusta esa torre; ¡subiré a esa torre en cuanto pueda!”

Pero al señor Evans, en su atormentada mente, no le importaba nada si a John le gustaba o no la torre. Gritaba, como un espíritu perdido, “¡Oh Cruz de Cristo! ¡Oh Cruz de Cristo! ¡Oh Cruz de Cristo!”

Así pues, estos dos, el hombre de Gales y el hombre de Norfolk, entraron en las silenciosas calles de la ciudad de Glastonbury.

IV. HIC JACET

El reverendo Mat Dekker, vicario de Glastonbury, estaba trabajando en su jardín. Estaba aflojando la tierra alrededor de sus largas y rectas hileras de patatas, mientras su hijo Sam iba y venía con una vieja carretilla hacia un montón de basura humeante debajo del alto muro sobre el que depositaba las malas hierbas que su padre arrancaba.

Mat Dekker era un hombre de sesenta años. Viudo desde que nació su único hijo, veinticinco años atrás, sus poderosos afectos se habían concentrado durante mucho tiempo en dos objetos: en Cristo, el Redentor de su alma, y en Sam, el hijo de sus entrañas. En marzo de este año habían pasado unos diez meses desde que el muchacho se había graduado en Cambridge, y el primer malentendido serio entre padre e hijo estaba cobrando fuerza, mes a mes. Tenía que ver con la profesión del joven y con su primer amorío. Habiéndolo educado con la idea constante de que se ordenara, habiéndolo visto graduarse con una respetable tercera clase

en el examen final de teología, no es difícil imaginar el golpe aplastante que cayó sobre el desventurado padre cuando, al surgir la cuestión de en qué universidad teológica en particular debía ingresar, el muchacho se negó grave y resueltamente a llevar el asunto un paso más allá. Y en ese momento el asunto había estado en el aire durante más de medio año. Mat Dekker, que se negaba a perder la esperanza de que su hijo cambiara de actitud, había seguido una política de inactividad total. En cada oportunidad que se le presentaba en la vida, excepto en el trabajo manual no especializado, que requería el gasto de una suma inicial, el hombre mayor, sin tiranizar conscientemente, actuaba partiendo de la base de que la presión económica, ejercida de forma negativa, era la mejor arma que poseía la edad para hacer frente a la obstinación de la juventud.

Aparte de la religión, sus gustos eran inusualmente agradables. A los dos les encantaba la jardinería, a los dos les encantaba la historia natural, ambos eran orgullosos, tímidos y poco sociales. En su apartada rectoría, rodeada de muros de quince pies de altura y frente a la cual, incluso al otro lado de la calle, no había nada más sociable que los muros igualmente altos de la Casa de la Abadía, podían seguir sus aficiones como botánicos, entomólogos, geólogos e ictiólogos, sin dificultad ni interrupción.

La señora Dekker era una suiza francesa de la ciudad de Ginebra. Había sido la bonita criada de esta misma casa cuando el señor Dekker se hizo cargo de ella, y la muchacha

que lo acompañaba cuando él comenzó a trabajar en Glastonbury como un joven sacerdote soltero hace unos treinta años. Pero ella había muerto al dar a luz y desde ese día no había habido más criadas bonitas; de hecho, podría decirse que no había habido más mujeres de ninguna clase dentro de los muros de la rectoría.

En efecto, Penny Pitches, su única sirvienta, sólo podía ser considerada una mujer en el marco de lo que sir Thomas Browne habría llamado, al hablar de otras cuestiones difíciles, «una solución amplia». Penny Pitches había perdido a su propio hijo casi al mismo tiempo que nacía Sam, y desde ese día había sido para él una madre. Lo había amamantado, le había enseñado las letras, le había enseñado modales (porque no era de las que escatimaban la vara), le había enseñado su moralidad, su ingenio maternal, sus leyendas y sus supersticiones. Pero con estos atributos femeninos, el aspecto de Penny Pitches era más parecido al de un gnomo que a cualquier otra cosa. Era, sin duda, el mamífero antropeide de aspecto menos humano de todo el condado de Somerset. Penny Pitches no estaba deforme. No era jorobada. Lo que había hecho la naturaleza era darle una espalda tan ancha y unas piernas tan cortas que presentaba el aspecto de una reina de picas de naipes. Una reina de picas dotada del privilegio de las tres dimensiones y del poder de locomoción, pero sin esa separación natural de la cabeza y los hombros y del busto y las caderas que es la herencia habitual de la mortalidad femenina. Era, de hecho, un

cuadrado euclidiano animado que se movía sobre la tierra. Sin embargo, la naturaleza, para compensar a Penny por estas peculiaridades, le había dado una volubilidad de habla que era femenina y más que femenina. A decir verdad, las lenguas de una docena de verduleras cascarrabias y de una docena de putas locuaces residían en ese cráneo parecido a un gnomo.

Fue la propia Penny quien apareció en escena y, de pie entre la carretilla y la hilera de patatas, nos contó su opinión sobre el panorama general de esa mañana. “No es que me pelee contigo por salir a “comer”, como lo llaman. Eso es lo que a ti te gusta. Lo que yo defiendo, y siempre defiendo, es que el que una persona no sepa “inavarst” si habrá comida en la mesa o no es una burla a la razón”.

–¿Quién te ha dicho que hoy saldríamos, Penny? –protestó suavemente el señor Dekker, apoyándose en el horquín. Iba en mangas de camisa y sus mejillas grandes y ásperas estaban más rojas que de costumbre en contraste con las patillas grises recortadas que las rodeaban. Llevaba la barbilla y el labio superior bien afeitados y, como para compensarlo, sus cejas, sobre sus formidables ojos grises, eran tan largas que parecían un par de aleros de paja.

–¡El hombre lobo Weatherwax –replicó la sirvienta de la vicaría–, pasó por mi despensa con historias sarcásticas que podrían hacer girar la leche en una cacerola! Dice que la señorita Mary, que vive al otro lado de la calle, tiene una

prima que ha venido a la ciudad y que se está alojando con el señor Evans, el nuevo hombre de Antigüedades que se ocupa de la tienda del hombre Jones, que ha vuelto al hospital con uno de esos pequeños quistes que le molestan. Dijo que sería una sorpresa para un hombre, un pecador tonto como es, que la señorita Drew permitiera semejantes cosas. Pero le dije que si la señorita Drew tiene la suficiente opinión de la prima de la señorita Mary como para pedirnos que la conozcamos, aunque sea *amiga* de su nuevo hombre de Antigüedades, debe ser uno de esos grandes hombres de fábrica. Crow no es un nombre común. Crow no es un nombre del oeste del país, Crow no es. Y nuestra señorita Mary, como sabemos, es pariente de esa gente rica. Así que he venido directamente a usted, Maestro, para razonar con usted sobre por qué, cuando iba a salir a cenar, no nos ha dejado ni siquiera escuchar una palabra al respecto.

–En este preciso momento iba a contarte nuestra invitación, Penny –murmuró el clérigo–. No había llegado a la hora del desayuno. De hecho, Weatherwax debe haberla traído. Supongo que no tenemos excusa, ¿eh, Sam? –y miró con humor, por encima del borde de sus gafas y por debajo de sus pobladas cejas, al muchacho que estaba al otro lado de la carretilla.

El joven Sam Dekker respondió a la mirada con una sonrisa. Luego, de repente, se sonrojó. –¿No habrás olvidado, padre –dijo–, que prometiste tomar el té en Whitelake Cottage con los Zoyland?

Antes de que el señor Dekker pudiera responder, Penny Pitches se volvió furiosa hacia el muchacho. –¿Y tú también estás arrastrando al Maestro por los pantanos? Es esa pequeña puta blanca de Miss Zoyland la que estás buscando, Sam Dekker; ¡y no olvides que te lo dije! ¡Oh, te conozco, te conozco, Sammy, mi bendito bebé! Es un día de narcisos como este el que conduce a estas acciones impías. En días como este es difícil para los jóvenes quedarse tranquilos en casa y tomar su taza de té con su padre, traída dulce y fuerte por alguien que sabe cómo debe ser la mesa de un ministro. Te importa mucho, señorito Sam, qué dulces extranjeros venenosos tendrá que comer tu padre, y qué malditas bebidas tendrá que beber, allá en Splott's Moor. Es la señorita Zoyland a la que estás buscando. ¡Mira sus mejillas, Maestro! ¡Mira sus mejillas ardientes!

–No sabía que la señora Zoyland tuviera una hija, Penny –observó el rector con dulzura, mirando a cualquier lado excepto en dirección a la confusión de su hijo.

–Nunca dije que lo hubiera hecho, Maestro –aseguró la mujer con firmeza, mirando desafiante a su avergonzado hijo adoptivo.

–Papá, Penny está pensando en aquella feria de Hornblotton, cuando llevé a la señora Zoyland en el tiovivo conmigo. Tú también estabas allí. Nos viste. ¡Me avergonzaría decir cosas tan desagradables de una señorita tan tranquila como esa, Penny!

–No he dicho nada sobre ninguna dama tranquila –protestó la señora Pitches–. Mis palabras tienen que ver con un joven amo, el que está ante nosotros, entre esas mujeres.

–Bueno, Penny –dijo el señor Dekker con decisión–, me temo que, de todos modos, parece que hoy te quedarás sola. Sam tiene toda la razón. Le *prometí* a los Zoyland que iríamos caminando hasta el río Whitelake esta tarde y le dije a Weatherwax que pasaríamos a almorzar. ¿La señorita Drew mandó a buscar coñac, como le dije?

–¡Brandy! –gritó Penny Pitches, muy enfadada–. ¡Te quedará mucho brandy si vas a dárselo a todas las solteronas de Silver Street!

–Pero, mi querida Penny –dijo Mat Dekker, estirando su largo brazo envuelto en camisa blanca sobre los mangos de la carretilla y tomando a la mujer por el hombro con cariño–, la señorita Drew envió a Weatherwax a buscar ese brandy para que pudiéramos beberlo en el almuerzo, nosotros y el nuevo primo de Mary; así que espero que no hayas sido cascarrabias y se lo hayas negado.

–¡Lo rechacé! –Las palabras surgieron como el croar de una rana toro desde el centro geométrico de ese cuadrado humano bien vestido que se había plantado ante ellos–. ¡Quería que Weatherwax se instalara en mi silla, en mi despensa, en mi mesa en este bendito momento! ¡Lo

rechacé! ¡Caramba, ha estado probando este brandy durante la última hora! Dice que lo está probando para ver si es el mismo que la señorita Drew le dio en Navidad. Si es *el* mismo, lo tomará, dice, tal como ella le dijo. Y le digo que si no es el mismo, no hay necesidad de preocuparse por dejarlo en la botella; ¡porque la botella será como su propio estómago, amo, el domingo por la mañana! ¡La botella estará vacía y tintineando!

–¡Bien! Vete ahora, Penny, y deja que Sam y yo terminemos este par de hileras. Dile a Weatherwax que es lo mismo. Deja que la señorita Drew tome lo que quiera; y tapa la botella. Tengo que trabajar un poco esta mañana si vamos a Whitelake. ¡No te preocupes por eso, Sam! Llevaré el resto yo mismo. Vuelve a la casa ahora con Penny; oh, y si cambias el agua del acuario, ¡busca un recipiente de algún tipo para poner ese pececillo! Sólo ha estado arriba desde ayer por la tarde y cambié el agua hace dos días. (Esta expresión “arriba” se refería al hábito de los pececillos cuando estaban enfermos o moribundos de permanecer con la cabeza inclinada hacia arriba en la parte superior del agua respirando con dificultad.)

Sam Dekker observó la figura que se alejaba de Penny Pitches. Era de complexión más flaca que su padre, y había algo patéticamente animal en sus miembros desgarrados. Tenía una cara bien afeitada, algo arrugada, con pecas por todas partes. Su nariz era larga y delgada, como la nariz de algún tipo de oso comedor de miel, y sus ojos pequeños y

verdosos estaban rodeados de muchas arrugas. Su labio superior era largo, como el de su padre, pero mientras que Mat Dekker tenía una barbilla maciza y cuadrada que sostenía esta peculiaridad, Sam tenía una barbilla débil y retraída. La barbilla retraída de Sam era en muchos sentidos la parte más marcada de su rostro, pues estaba surcada por todo tipo de arrugas extrañas. Tenía un truco nervioso de abrir un poco la boca, contrayendo la parte inferior y bajando la comisura del labio inferior. El efecto de estos movimientos era obligar a los contornos de su barbilla a fundirse con los contornos de su largo cuello. Si su rostro hubiera sido cualquier otra cosa diferente a lo que era, este truco de torcer el mentón habría sido mucho más notorio; pero donde todo estaba tan desproporcionado, ningún descuido particular podía resultar prominente.

Sus ojos verdosos casi se cerraron mientras permanecía allí, de pie, sumido en un profundo aturdimiento, mientras su padre, ansioso por terminar aquella larga tarea de desmalezar, se inclinaba de nuevo sobre su trabajo. Sam Dekker no era de los que moralizaban sobre los acontecimientos de su vida ni de los que analizaban sus motivos. Daba por sentado que era sólo un truco más de la Naturaleza el que su interés por los fósiles, por los huevos de los pájaros, por los peces, perdiera su fuerza mes tras mes, a medida que se veía envuelto en la belleza de Nell Zoyland. Daba por sentado que, en su debilidad, no se atrevería a mencionar su enredo a su padre, que, en su debilidad,

mentiría al anciano sobre el verdadero significado de las largas excursiones solitarias que siempre estaba haciendo estos días, pasando por Brindham y Splott's Moor, cruzando el río Whitelake hasta Queen's Sedgemoor. Daba por sentado que sería demasiado poco práctico y demasiado cobarde soñar con raptar a Nell o separarla del formidable William, o hacer algo para aclarar la situación. Todo lo que podía hacer era seguir viéndola constantemente, lo que intensificaba en lugar de resolver el dilema en el que se encontraba. Amaba a su padre con la profunda intensidad pasiva y animal con la que amaba a Nell. En realidad, era su amor por su padre tanto como su timidez natural lo que hacía absolutamente imposible que revelara al hombre mayor la verdadera tragedia de la situación. Esta tragedia era que no sólo amaba a Nell Zoyland, sino que Nell lo amaba a él, temerariamente, sin vergüenza, y lo instaba constantemente, costara lo que costara a ambos, a raptarla. Había sido el asombro más profundo y emocionante de su vida el hecho de que una muchacha tan encantadora como Nell pudiera amar a un fracasado feo, torpe y sin interés, como él se sentía; Nell, que tenía como compañero a un hombre tan original y sorprendentemente apuesto como Will Zoyland. Es cierto que William era mucho mayor que Nell, pero ¡qué hombre era, con su barba leonina y sus ojos azules, su enorme coraje, su inmensa fuerza física! Bajo la frente baja de Sam Dekker se agitaban extraños sentimientos hacia este hombre rival de mediana estatura, cuya fuerza de carácter era tan poco digna de consideración.

Incluso el padre de Sain, un personaje nada desdeñable, mostraba un evidente respeto por William Zoyland. Era precisamente este respeto de Mat Dekker por el hombre barbudo lo que había provocado la excursión de esa tarde, una excursión que, aunque él mismo se la había recordado a su padre, llenaba el corazón de Sam de una profunda inquietud.

Ahora, mientras se alejaba lentamente para rellenar el acuario de su habitación, maldijo a Penny Pitches por su arrebató injustificado. ¿Qué había inducido a esa absurda mujer a entrometerse en sus asuntos? Nunca antes lo había traicionado deliberada e intencionadamente ante su padre. Como norma, en cualquier malentendido insignificante entre sus dos hombres, se ponía del lado del hijo en contra de su amo. Cuanto más pensaba en ello, menos lo entendía. Sabía que Penny era cualquier cosa menos puritana. Las bromas indecentes que se intercambiaban entre ella y el viejo Weatherwax eran la vergüenza permanente de la vicaría de Glastonbury. «¿Cuánto sabe ella?», se preguntó mientras entraba en la casa; y la idea de que algún amigo chismoso de la anciana hubiera visto sus encuentros con Nell en Crannel Moor o en el viejo granero de Godney Marsh empezó a atormentarle el cerebro.

Mat Dekker, que tenía que terminar de desmalezar, se olvidó de todo lo relacionado con el ataque de Penny a Sam. Dekker tenía una naturaleza rica, profunda y apasionada, pero su religión le había ayudado a dominarla de un modo

poco común. Una de las cosas más importantes que había aprendido a hacer era eliminar toda sospecha sexual. Uno de los escritores favoritos de Mat era San Pablo, y había adquirido la costumbre de obligarse *a no pensar mal*, una característica de ese ágape divino que, según San Pablo, contenía la clave mágica del universo.

Pero ahora brillaba sobre el señor Dekker un poder que no se preocupaba en absoluto por San Pablo. El alma del gran sol ardiente que iluminaba aquella cabeza maciza, inclinada y de color gris hierro, había sido muchas veces antes provocada por la ira contra él. Entre las miríadas de seres conscientes que pueblan ese hemisferio de nuestro orbe planetario y que en aquel solsticio de primavera se negaron a hacer el tipo de gesto de agradecimiento hacia esta gran Deidad que los poderes de la Naturaleza exigen de aquellos a quienes favorecen, este hombre de rostro rubicundo en mangas de la camisa, doblado sobre su lecho de patatas, le parecieron a aquel corazón ardiente lo más obstinado y lo más sacrílego. «¡Que su Cristo lo proteja!», pensó (si es que podemos llamar «pensamiento» a los movimientos titánicos de la superconciencia de semejante Poder), este gran derramador de calor vital. «En cuanto a nosotros, soltaremos sobre él a su propia descendencia; ¡y lo que más ama en el mundo lo levantaremos contra él!».

Debían de haber pasado unas seis horas después de su conversación con Penny Pitches en el huerto de patatas cuando Sam Dekker, preocupado en el fondo por lo que

consideraba la grosera e inexplicable traición de su madre adoptiva, se sentó tristemente solo en los cálidos escalones de la terraza de la Casa de la Abadía. Un poco más abajo, en unos asientos de madera colocados uno al lado del otro, sobre un parapeto bajo, estaban sentados la señorita Euphemia Drew y sus otros invitados. Cuanto más meditaba Sam sobre la excursión de esa tarde a Whitelake, más preocupado estaba. ¿Su padre descubriría algo? ¿Nell, en su agitación como anfitriona, olvidaría su prudencia? ¿William Zoyland había planeado en secreto todo el asunto para cortar de raíz ese crecimiento peligroso cuyo frágil brote ya había vislumbrado? «Me pondré rojo», pensó, «me pondré rojo como un pavo, tal como dijo Penny. Mi mano temblará cuando me sirva el té. No nos atreveremos a mirarnos ni a hablarnos. Papá seguramente notará algo».

Si Nell Zoyland hubiera visto al muchacho en ese momento y observado el fruncimiento de su frente pecosa y la forma en que, cuando se levantó para ofrecer ayuda a Mary, se contrajeron los músculos de su pobre barbilla, lo habría amado más que nunca. El propio rostro de Mary, mientras llevaba una bandeja de plata en una mano y una jarra de café en la otra, estaba demacrado y blanco. ¡Todo había terminado en lo que se refería a la señorita Drew! Ella ya lo sabía, aunque la dama no le había dicho una palabra al respecto. John se había comportado con una locura irreparable durante el almuerzo; había hablado descontroladamente; había expresado su incredulidad en la

leyenda de la Espina Sagrada, había anunciado que era una lástima que los daneses hubieran sido rechazados en Havyatt Gap y, finalmente, había declarado que el descubrimiento de la tumba de José de Arimatea era una mera farsa de los monjes. Sí; todo había terminado para ellos con la señorita Drew. Nunca volvería a preguntarle. Nunca la dejaba volver a verlo, sería una suerte que la despidiera allí mismo, en ese mismo momento, sólo por tener un primo así. Cuando Mary, con la ayuda de Sam (la cocinera y la criada de la señorita Drew, las hermanas Rogers) empezaron a fregar, se unieron al resto del grupo en la terraza, John se puso de un humor más amable. Seguía sin responder a lo de Holy Thorn, pero era evidente que se había encaprichado con el señor Dekker, y ahora escuchaba con toda humildad mientras el vicario le narraba en un tono serio y sin afectación ciertos hechos históricos sobre las ruinas que tenían ante ellos.

–Hic jacet sepultus inclilus Rex Arturus in Insula Avallonia (Aquí yace enterrado el glorioso Rey Arturo en la Isla de Avalon). –recitó Mat Dekker con voz profunda y tranquila–. Era finales del siglo XII –continuó–, cuando encontraron el ataúd, un gran tronco de roble ahuecado, con los huesos del rey y la reina. Casi cien años después, Eduardo I los enterró ante el altar mayor. Los libros dicen que Leland el anticuario los vio en el siglo XVI. Desde entonces se han perdido de vista. El vicario de Glastonbury suspiró al dejar de hablar y, en ese mismo momento, un viento suave del oeste, que

susurró sobre las masas de mampostería en ruinas, atrapó las ramas más altas de los altos olmos a la derecha del Arco de la Torre y los hizo inclinarse ante él.

“Cuando le dije a mi buen amigo el señor Evans esta mañana”, comenzó John Crow, “que me habían invitado aquí, ¡se emocionó! Citó lo que él llamó una tríada galesa, algo así como que nadie sabía dónde estaba la tumba de Arturo”.

La señorita Euphemia Drew dobló más fuerte su chal de cachemira color crema alrededor de su cuello, ocultando el broche de piedra lunar engastado en oro que sujetaba su corpiño; y luego, girando la barbilla por encima de los dedos arrugados que había levantado hasta su garganta, dijo: –¿No sabes dónde está? –dijo con severidad–. ¡Fiddle–de–dee! ¡Todos sabemos dónde está! Está debajo de ese arco roto.

Mary intentó transmitirle a su primo con una rápida mirada que debía aceptar el veredicto de la señorita Drew sobre la tumba del gran rey sin más preguntas. Pero el aventurero danés, se negó a hacerlo. –Mi amigo el señor Evans también citó una canción latina. ¿Cuál era, señor? Supongo que la conoce. Empezaba con la letra *Hie jacet*, igual que la suya.

Mat Dekker sonrió tristemente. “¿Quieres decir '*Hie jacet Arturus, rex quondam, rexque futurus*'? ('Aquí yace Arturo, antiguo rey y futuro rey'). Eso es lo que dijo 'Rey una vez y rey por venir'”, agregó, con su instinto clerical para dejar las

cosas claras. “La mayoría de nuestros dichos de Glastonbury tienen que ver con algún tipo de *'Hie jacet, ' "*, concluyó con cierta nostalgia.

–¿Diría usted, señor –preguntó John–, que el rey Arturo es realmente la superstición más arraigada que este lugar representa? El joven Dekker empezó a sentirse seriamente enfadado con el de East Anglia. Estaba muy bien mostrar cierto interés por las antigüedades, pero allí, en esa terraza, contemplando la capilla de Edgar, el gran arco de la Torre, la iglesia de Santa María, la capilla de Santo Tomás, las ricas ruinas de la más sagrada *ecclesia vetusta* de toda Gran Bretaña, desafiar definitivamente todo el *genius loci*¹⁶ parecía a la mente de Sam un desvío de los caminos de la naturaleza tanto como lo habría sido permitir que un pececillo muriera por falta de agua dulce.

Pero el mayor de los Dekker parecía totalmente inconsciente del insulto que sufría el lugar que tanto amaba. –Bueno, por supuesto, para nuestros antepasados protestantes anticuados, Glastonbury debía de haber apestado con lo que llamas «superstición». Aquí están enterrados tres famosos reyes sajones, algo así como seis santos muy conocidos. Aquí se reúnen todas las leyendas del Santo Grial. Los druidas desempeñaron un papel importante aquí; y mucho antes de ellos había un pueblo del lago –hizo un gesto grave, característico del oeste del país, con la

16 Genio del lugar.

cabeza para indicar el punto noroeste de la brújula– cuyos túmulos todavía se pueden ver en los campos. Probablemente eran antiguos británicos; *¡más antiguos que la Historia!* Pero supongo que la superstición más arraigada aquí, si pudieras obligar a Glastonbury Tor a hablar, resultaría ser la religión de la gente que vivió antes de los antiguos británicos; tal vez incluso antes de los hombres neolíticos. En cualquier caso, tenemos alguna excusa para ser «supersticiosos» en estos lugares. ¿No lo cree usted, señorita Drew?

–Creo que es usted muy amable, querido vicario, al responder así a la pregunta del señor Crow –dijo la anciana con severidad–. Por mi parte, yo le respondería de un modo bastante diferente. Le aseguraría que lo que él llama superstición nosotros lo llamamos la única fe verdadera.

Esta observación produjo un silencio completo.

«Mi amigo el señor Evans» (fue John quien rompió el hechizo) «dice que ni el Rey Arturo ni José de Arimatea son la verdadera fuerza oculta que aún está activa en Glastonbury».

“¿Qué dice que es?”, preguntó María, esperando contra toda esperanza que John, incluso ahora, se redimiera.

“No lo dice. Se muestra reservado y susceptible. En mi opinión, tiene que ver con Merlín, pero supongo que estoy

totalmente equivocado. Cuando mencioné a Merlín, lo único que hizo fue citar un montón de tríadas en galés. Es un personaje extraño, mi amigo Evans, pero me interesa mucho”.

–¿Quiere tomar un poco más de café o un poco más de coñac, vicario? –interrumpió la señorita Drew en un tono que parecía decir: «Una vez que he expuesto lo desagradable que puede ser un joven maleducado, no hay necesidad de que haga más esfuerzos para recuperar su favor». Y luego, cuando el vicario sacudió la cabeza, dijo: «Llévese las bandejas, niña, por favor; y dígame a Lily y Rogers que ella y yo tomaremos nuestro propio té hoy».

La cocinera se llamaba Louie Rogers. Era sólo un año mayor que Lily y, por lo general, la señorita Drew la llamaba Louie; pero cuando se sentía perturbada por el espectáculo del desorden del mundo, siempre la llamaba Rogers. Tanto su madre como su abuela tenían la costumbre de llamar a las cocineras por sus apellidos, y la señorita Drew recurría a esa costumbre como una especie de invocación a esas mujeres de labios finos y tiernamente severas, cuyas miniaturas estaban sobre su escritorio. A la señorita Drew, el mero hecho de pronunciar la palabra «Rogers» le parecía que devolvía la decencia y el respeto a las relaciones humanas.

John no tuvo el valor ni el ingenio para levantarse de su silla y ayudar a su prima a llevar la bandeja a la casa, así que resultó que Sam Dekker una vez más, fue su acompañante.

Pero Sam no le dirigió una sola palabra mientras caminaba a su lado. Su único pensamiento era su creciente temor por el encuentro de esa tarde. La propia Mary reflexionó amargamente sobre el significado real del pequeño discurso de la señorita Drew sobre su té. Significaba una especie de inflexibilidad emocional, una intimidación, una crisis de confianza simpática; pero también significaba que bajo ninguna circunstancia concebible su empleadora le permitiría seguir viéndose con su primo. Las damas que viven juntas poseen estas formas indirectas de comunicarse entre sí y por el tono en que Mary respondió: "Sí, querida, ¡eso será muy agradable!", la señorita Drew supo que, si bien no habría nada parecido a una escena entre ellas, la separación de Mary y John requeriría más que una protesta digna de una noche.

Mientras tanto, el sol empezó a lanzar sus rayos cada vez más cálidos y brumosos sobre el grupo que estaba en la terraza. La suave extensión de hierba que los separaba de las ruinas mostraba en su superficie algunas sombras oscuras y fluctuantes, mientras el viento suave agitaba las copas de los olmos. Las tres colinas del lugar, Wirral Hill¹⁷, Chalice Hill¹⁸ y Tor, estaban todas detrás de ellos, y más allá de las ruinas y más allá de los árboles y más allá de los tejados vaporosos

17 El nombre Wirral significa literalmente "rincón de mirto", del inglés antiguo wir, un árbol de mirto, y cure, un ángulo, una esquina o una pendiente.

18 La colina del cáliz.

de la ciudad, se extendía el valle ancho y bajo por donde fluía el río Brue y donde estaba ese Puente Peligroso en el que, como Dekker estaba contando ahora, Arturo había arrojado su espada. El valle se extendía oscuro, rico y vago, cubierto por un velo ondulante de niebla azul purpúrea. Huerto tras huerto, pasto tras pasto, se hundía, el país pastoral más bajo de la tierra de Inglaterra, más bajo que el nivel del mar, cargado con sus preciosas reliquias como el fondo del mar con sus barcos hundidos. Mientras contemplaba todo esto, sintiéndose cada vez más amistoso con el señor Dekker y cada vez más hostil con la señorita Drew, John empezó a decirse a sí mismo que no era otra cosa que esa naturaleza tan baja del país lo que lo convertía en un receptáculo tan fatal para las supersticiones de dos mil años. En ese vapor azul violáceo, en el seno de esos campos más bajos que el mar, flotaban, se arrastraban en el viento, todos esos mitos peligrosos y enervantes que habían despojado al hombre de su valor y de su confianza en sí mismo en la Tierra. ¡La verdadera fe, en verdad! ¡La tierra apestaba a la miel de loto de todas las supersticiones del mundo! ¡Allí habían venido, allí se habían refugiado, empujados a huir por los grandes barcos con picos de dragón y las largas y brillantes lanzas de su propia ascendencia pagana! Y allí, atrapados por esas llanuras fatales, se habían quedado; allí se habían quedado y se habían aferrado hasta que se pudrieron y se volvieron miasmáticos, llenos de un veneno insidioso que drogaba la mente. ¡Dios! ¡Este lugar debe estar cargado, “grueso y macizo”, con todas las dulces y enfermizas mentiras

religiosas que alguna vez habían curado al mundo! ¡Aquí, como espuma verde sobre viejos cursos de agua estancada, aquí como verdes algas de estanque sobre fosos de castillos, estas tiernas y falsas mandrágoras adormecieron las mentes de generaciones! ¡No es extraño que Felipe, con sus malditas máquinas, no encontrara hombría para resistir su despotismo en un lugar como este!

Fue en ese momento de las reflexiones de John Crow cuando Mary y Sam regresaron lentamente y se sentaron a su lado. Habían intercambiado sólo dos frases en el camino de regreso desde la casa. Mary le había preguntado si podían prescindir del señor Weatherwax, que trabajaba en los jardines de ambos, durante todo el día siguiente, y Sam había respondido que creía que podían hacerlo, siempre y cuando el anciano "ayudara a Penny a bombear antes de cruzar la carretera".

John se dio cuenta pronto de la miserable depresión en la que había caído Mary. Su perfil lo perturbaba por su trágica tensión. Se levantó bruscamente. «Adiós, señorita Drew», dijo, inclinándose hacia ella desde donde estaba. «Muchas gracias por haberme invitado a venir. Adiós, señor, espero que me permita volver a verlo. Prima Mary, ¿me podrías mostrar ese atajo a Wirral Hill?

Se la llevó con él con tanta audacia y decisión, cogiéndola del brazo, que la señorita Drew se quedó perpleja. «¡No me abandones, Mary!» fue todo lo que pudo gritar tras ellos.

Bordearon el huerto de la cocina y llegaron a una pequeña puerta en un seto de aligustre en ciernes, donde el viejo Weatherwax, en un estado de ánimo desenfrenado, había plantado jacintos. Había un grupo de estas flores muy fragantes junto a la puerta y una alondra en lo alto temblaba en el cielo cálido. Mary puso la mano en el pestillo después de darle instrucciones detalladas del camino. Podían ver toda la cresta de Wirral Hill a lo lejos y la muchacha supo que debía dejarlo de inmediato y regresar; pero era difícil hacerlo. El señor Owen Evans lo estaba esperando, le explicó, junto a un árbol solitario allí arriba, y mientras escrutaba con la mirada la cresta que ella le mostraba, pudo ver claramente un árbol particular que se destacaba en claro relieve.

Declaró que incluso podía ver la figura del galés apoyada en el suelo contra ese árbol; pero la muchacha lo contradijo. “Conozco bien esa cosa negra que está ahí arriba”, dijo. “Solía tomarla por una persona. Es un poste viejo. Fui allí una vez para asegurarme”.

“¿Qué árbol es ése? Evans dijo que era un espino, pero a mí no me parece un espino”.

–Es un sicómoro –respondió ella–. Al menos eso creo. ¡Oh, no me importa lo que sea! –Su voz temblaba. Sus labios temblaban.

“¿Qué es, mi tesoro?”

–*¿Qué pasa?* –*Sus* lágrimas se ahogaron en un repentino ataque de ira. Soltó el pestillo de la pequeña puerta y todo su cuerpo se puso rígido–. Supongo que sabes lo que has hecho, John, con tus tonterías. ¡Lo has arruinado todo! Ella nunca volverá a pedírtelo. ¡Impediré que vuelva a verte! Oh, ¿cómo pudiste hacerlo, *tonto*? ¿Cómo *pudiste* hacerlo?

Estaba tan asombrado por los ojos brillantes y el rostro blanco que sus ojos y boca se abrieron con una mirada vacía e idiota. De hecho, su expresión era tan exactamente como una de esas imágenes de seres humanos que los niños de la escuela dibujan en sus pizarras, que Mary no pudo evitar una leve sonrisa.

–Ya ves, querido John –dijo con más dulzura–, me resultaría muy difícil conseguir otro trabajo. Si la señorita Drew me despidiera, me quedaría sin nada. Tendría que trabajar de institutriz o de dama de compañía con otra persona. Eso significaría casi con toda seguridad que tendría que abandonar Glastonbury. No esperarás seguirme por toda Inglaterra, ¿verdad?, mientras yo trabajo en las casas de la gente.

–Pero yo también voy a conseguir trabajo, aquí, y pronto –protestó–. Evans conoce a mucha gente. Me va a ayudar. Me va a llevar esta misma tarde a ver a su prima, la señora Geard. La señora Geard y el señor Evans son Rhys, ¡si sabes lo que eso significa! En cualquier caso, sabes muy bien quiénes son los Geard.

Mary sonrió abiertamente ante eso. Sacudió la cabeza. –Aquí llaman a las zanjas con un nombre extraño. ¡No! Rhyne, *eso es*, no Rhys. ¿Pero no se pondrá furioso Philip si vas a ver a esos Geards?

–Me importa un bledo Philip. ¡Lo odio! Haré que este tal Geard me dé trabajo. Debería hacer algo por algunos de nosotros. Cualquier hombre decente lo haría, después de haber heredado todo eso. Y Evans dice que está bien.

–Pero a Philip le dolería terriblemente, ¿no es así? Y también a la tía Elizabeth, si realmente aceptaras dinero de esa persona. ¿Sabe tu amigo si ese tal Geard va a seguir viviendo aquí?

–¡Claro que sí! La señora Geard, que es una Rins, y no lo olvides, Mary, porque Dios sabe todo lo que eso significa, ya ha ido tres veces a ver un lugar allí –se dio la vuelta y señaló una colina inclinada no lejos del peñasco–, un lugar que llaman Chalice House. Así que se van a quedar aquí, no temas. Te digo, tesoro mío, no tienes por qué preocuparte. Todo va a salir bien. Seguiremos reuniéndonos en el mismo lugar de las ruinas donde nos reunimos la primera vez. Y en cuanto consiga trabajo nos casaremos... ¡y el diablo se irá volando con tu vieja!

Mary le agarró la muñeca con todos los dedos y se la llevó a la boca. –Tengo muchas ganas de castigarte por haberte portado tan mal –murmuró. Había algo en el olor de la mano

huesuda de John que la hacía sentir nostalgia de Norfolk. «Huele a turba», pensó, y empezó a lamer con la punta de la lengua los vellos que le hacían cosquillas en los labios. Esto le produjo una sensación de hormigueo intenso que le recorrió todo el cuerpo. En un instante se imaginó a sí misma tendida en la cama al lado de John. «¡Oh, querido, oh, querido!», suspiró.

–Ten cuidado, tesoro mío, nos verán –susurró–. ¡Espera hasta mañana por la tarde! ¿A eso de las dos y media, eh? ¿Cuando tu vieja duerma? Te esperaré. Así que no te agites, aunque no puedas ausentarte durante horas. ¡Esperaré allí hasta que cierren todo el lugar! Caminaré un poco, ya sabes, y volveré. En esa pequeña capilla está seco, aunque esté lloviendo afuera.

Así hablaban junto a la puerta, sin querer separarse, abrazándose –aunque ya no se tocaban– tan fuerte como si estuvieran completamente desnudos, pero con una pasión salvaje e irresistible. Eran cuervos de Norfolk, cuervos de Norwich, de Thorpe, de Yaxham, de Thetford, de East Dereham, de Cringleford, de Methwold. Su amor era lujuria, una lujuria sana, terrenal, fangosa, lavada por el clima, como el amor de las ratas de agua en el dique Alder o el amor de los tejones en Brandon Heath. Estaban desvergonzadamente desprovistos de cualquier Amor Ideal.

Nacidos para pertenecerse el uno al otro, por la misma ley primordial que hizo que los Ptolomeos egipcios se casaran

con sus hermanas, aceptaban su monogamia fatal como si fuera la más casual de las atracciones sensuales.

Y en la atmósfera etérea que rodeaba a aquellos dos, mientras estaban allí, temblaba el Misterio inmemorial de Glastonbury. Los cristianos tenían un nombre para este Poder, los antiguos habitantes paganos de este lugar tenían otro, y muy diferente. Todo aquel que llegaba a este lugar parecía extraer algo de él, atraído por un magnetismo demasiado poderoso para que nadie pudiera resistirlo, pero a medida que diferentes personas se acercaban a él, cambiaban su química, aunque no su esencia, por su propia identidad, de modo que en ninguno de ellos tenía el mismo efecto psíquico. Esta influencia era personal y, sin embargo, impersonal, era un centro material de fuerza y, sin embargo, una fuente inmaterial de vida. Tenía su propio origen *sui generis* en la naturaleza de la Primera Causa del Bien y el Mal, pero había crecido hasta convertirse en una entidad cada vez más independiente a medida que pasaban los siglos. Sin duda, esto se debió a las energías creativas que fluían hacia él desde los diversos cultos que, consciente o inconscientemente, absorbían su sangre vital de su vórtice de luz tenue arrastrado por el viento. Más antiguo que el cristianismo, más antiguo que los druidas, más antiguo que los dioses de los nórdicos o romanos, más antiguo que los dioses de los hombres neolíticos, este Misterio de múltiples nombres se había transmitido a las generaciones posteriores por tres canales psíquicos: por el canal del renombre

popular, por el canal de la poesía inspirada y por el canal de la experiencia individual.

Los nombres son poderes mágicos. Los nombres pueden obrar milagros. Pero el nombre tradicional de esta entidad –el Santo Grial– podría fácilmente confundir a un historiador inteligente de nuestro planeta. La realidad es una cosa; el nombre, con todas sus extrañas asociaciones, es sólo una cáscara exterior de esa realidad. Aparte de las historias fabulosas que se han convertido en la carga de este “Numen” arrastrado por el viento, debe notarse que mientras estas dos figuras –este hombre y esta mujer– anhelaban hacer el amor el uno con el otro pero las circunstancias se lo impedían, su intenso deseo –tanto más eléctrico por ser tan licencioso como era– fue impulsado por su propia intensidad (aparte por completo de cualquier conciencia en estos dos sobre lo que estaba sucediendo) hasta el borde mismo de esta Fuente flotante de Vida. La más poderosa de todas las fuerzas psíquicas del mundo es el deseo insatisfecho. Y el deseo de estos dos en este momento, reuniendo fuerza eléctrica del aire atómico y al esforzarse ciegamente el uno hacia el otro; el deseo a pesar de la carne que se desgarraba, estaba tan atrapado y tan exaltado por los deseos frustrados de dos mil años, que en ese valle habían latido, brotado y vertido, que realmente se acercó a esa Cosa Secreta. Así, los amores de estas dos personas, ambos hostiles a todas esas fuerzas milagrosas, ambos arraigados en el fango de los pantanos y el paganismo

perverso, se acercaron, en razón de la fuerza de lo que los antiguos benedictinos habrían llamado su "propósito brutal y carnal", al borde invisible de ese misterio arrastrado por el viento. ¡Acercarse, pero no tocarlo! Con el corazón apesadumbrado, Mary se arrastró. Tres veces miró hacia atrás y agitó la mano, viéndolo hacer su lento camino hacia Wirral Hill. Se dirigió al sudoeste; y, cada vez que se volvía, el sol de la tarde parecía oscurecer más, ocultar más vaporosamente, ¡jengullir más desesperanzadamente! Parecía desaparecer en esa neblina dorada como "el caballero de armas" del poeta, "solo y pálidamente merodeando". Pero oscuramente, no "pálidamente", su figura desapareció, desapareciendo entre las formas aún más oscuras de troncos de árboles y cornisas de pared y barriles de agua de madera y tendederos y bombas de jardín; todo mezclado en una materia oscura, fantástica y violácea de ensueño; como si los rayos oblicuos del sol hubieran vaciado toda sustancia, toda solidez, tanto de ellos como de él.

Mientras, acalorado y sudoroso, John subía con esfuerzo esa cuesta polvorienta, imaginó el rostro infantil de Tom Barter ante él. Iba a verlo mañana por la tarde. ¿Resultaría ser un completo extraño cuando lo viera cara a cara? Mañana por la tarde era sábado. Esperaba que Mary pudiera llegar a ese lugar en las ruinas a tiempo. Bueno, si llegaba tarde, tendría que hacer esperar a Tom. Pero a Tom no le importaría. Tom siempre fue bondadoso. Tom nunca se

enojaba. No, nunca se enojaba, ¡ni siquiera cuando el bote se quedaba varado en el barro, ni siquiera cuando se dejaba el cebo, ni siquiera cuando se perdía un flotador, ni siquiera cuando se perdía un remo a la deriva, ni siquiera cuando lo hacías esperar durante horas!

¡Por Dios! *Fue* con Tom, y no con Mary, con quien había jugado ese juego perverso, aquel día, en el fondo del bote. ¡Qué extraordinario que hubiera mezclado a esos dos de esa manera en su mente!

Era un sendero empinado y polvoriento que estaba siguiendo por la ladera de Wirral Hill. ¡Oh, cómo añoraba el tormentoso viento del norte y los amplios pantanos! Su nostalgia por Norfolk se convirtió en un rechazo a la extrañeza de Glastonbury. Se encontró mirando fijamente un asiento de hierro que el ayuntamiento de la ciudad había colocado en una cornisa de esa larga pendiente. Sus sensaciones eran muy extrañas mientras permanecía de pie mirando ese asiento de hierro. «Cuando tengo pensamientos excitantes sobre hacer el amor con Mary», se dijo, «me siento descuidado y temerario; pero cuando pienso en Tom tengo tal sensación de estar protegido que me hace tener miedo de todo. ¡Dios! ¡Ojalá Mary, Tom y yo estuviéramos a salvo en Northwold, mirando ese césped! Hay algo extraño en este lugar. Este lugar parece irreal. Siento exactamente como si estuviera flotando en un mar de vidrio coloreado. Siento como si en cualquier momento pudiera hundirse y arrastrarme a Dios sabe qué».

En ese momento empezó a sentirse realmente mareado, lo que le alarmó y le hizo apretar con más fuerza el mango del bastón y apresurarse a subir la colina. Pronto distinguió, más allá de la curva de la pendiente, elevada sobre el polvo del sendero que tenía delante, la rama demacrada y extendida del árbol ambiguo. Y allí estaba el poste negro; y allí, con la espalda apoyada en el poste y la barbilla sobre las rodillas, estaba sentado el señor Owen Evans. La visión del señor Evans, sentado de esa manera, trajo de repente a la mente de John la imagen de Stonehenge. «¡Ja! ¡Esas piedras son más antiguas que Glastonbury!», murmuró para sí mismo. Y luego, sintiendo que su valor y su espíritu aventurero volvían a él, «¡Oh, gran Círculo de Piedras!», suplicó, «¡dame a mi niña en mis brazos a pesar de todos estos reyes, santos y árboles espinosos!».

V. CASA RURAL WHITELAKE

Cuando el señor Dekker y su hijo se dispusieron a caminar hasta el río White Lake, pues decidieron cruzar esa región particular de los alrededores de Glastonbury a la que el uso local había llegado a restringir el nombre romántico de Avalon. Por las tierras altas conocidas como Stonedown se dirigieron directamente a la aldea de Wick. En ese momento, el señor Dekker empezó a disfrutar un poco subrepticamente de su excursión, independientemente de su propósito problemático y complicado. Siempre le había gustado dar largos paseos con Sam y no había un campo o un sendero a varias millas de su casa donde alguna planta o ave rara o, a medida que avanzaba la primavera, alguna mariposa no llamara su atención.

–Le estaba contando al señor Crow –dijo el padre de Sam– acerca de esta aldea. ¿Sabes? Fue lo único que le dije que realmente le interesó. Parece que ese Crow es un tipo pintoresco.

Sus últimas palabras las pronunció en voz alta, pues Sam se había adelantado un poco y estaba de pie junto a un inmenso roble que crecía al borde del camino. Otro árbol de la misma especie, igualmente enorme, crecía a un tiro de piedra más allá; y aquellos dos gigantescos seres vivientes, cuyas ramas más altas ya estaban densamente sembradas de pequeños brotes de hojas de color amarillo gamboge¹⁹, parecían estar conversando entre sí, en aquella dorada neblina solar, muy por encima del resto del mundo vegetal y donde sólo los pájaros podían escuchar a escondidas.

La visión de estos dos árboles titánicos, árboles que podrían haber presenciado al menos una quinta parte de la larga vida histórica de Glastonbury, sugirieron en la mente del anciano Dekker pensamientos que no tenían ninguna relación con los vikingos ni con los druidas.

–Tenemos que volver a intentarlo este verano aquí para conseguir esas mechas moradas, Sam, muchacho.

19 El gamboge es un color amarillo dorado intenso que irradia una sensación de calidez y energía, que recuerda a los tonos intensos que se encuentran en las hojas de otoño y las flores de caléndula. Su tono único e intenso a menudo evoca el brillo de una puesta de sol o el resplandor de los cítricos maduros.

Pero el muchacho escuchó las palabras de su padre sin la simpatía que le era habitual en las persecuciones entomológicas. En ese momento, su cuerpo estaba inclinado hacia el gran tronco ondulado, con los brazos extendidos apoyados en él y los dedos bien abiertos. Todo esto lo hacía sin darse cuenta.

¿El gesto de Sam, en ese momento, estaba destinado a demostrar la existencia de un acercamiento creciente en estos últimos tiempos modernos entre ciertos seres humanos anormales, como Sam y John, y los organismos infrahumanos de la naturaleza? ¿Era, de hecho, una señal, una insinuación, una profecía o un cambio catastrófico inminente en la propia psicología humana?

Por el alma de aquel roble inmemorial, mientras ascendía como una niebla invisible desde las grandes raíces en la tierra hasta los brotes de hojas de color amarillo gamboge, habían pasado más lluvias salvajes de noviembre, más lunas luminosas de agosto, más vientos desesperados de marzo arremolinándose y aullando sobre Queen's Sedgemoor y Wick Hollow, de los que Sam Dekker o su padre habrían podido imaginar. Entonces, ¿por qué en aquel momento, al atribulado corazón del hombre más joven, no le llegó del inmenso depósito de la vasta experiencia planetaria de aquel enorme árbol, una especie de virtud curativa?

¿Por qué Sam Dekker se apartó de aquel roble sin consuelo, sin consejo, sin alivio, sin inspiración? Más de un

burro gitano había frotado sus ancas grises contra aquel gran tronco áspero y se había consolado con él; más de una novilla extraviada había topado con sus cuernos lascivos y se había aliviado el corazón; las ardillas habían correteado y arañado allí, y se habían quedado suspendidas, meneando la cola y reprendiendo; los reyezuelos²⁰ habían construido allí sus nidos grandes, verdes y musgosos; los pinzones habían raspado y picoteado el liquen para sus nidos, tan pequeños, tan elegantes, en los arbustos de endrinos cercanos. Más allá de aquel tronco y de su hermano gemelo más grande, más abajo en el camino, habían cabalgado hombres con armadura, hombres con volantes isabelinos, hombres con tirabuzones arrogantes, hombres con pelucas del siglo XVIII. Muchos de ellos, sin duda, saltaron de sus caballos, atraídos por una fuerza magnética indescriptible, y tocaron esa corteza dentada con sus manos desnudas, hinchadas por el viaje. ¡Y para muchos, eso debe haber traído suerte de algún tipo, alguna sabiduría curativa, algunas decisiones sabias, algunas pistas sobre cómo tratar con sus parejas, con sus hijos, con el tumulto de la vida!

Pero nada de esto le ocurrió a Sam Dekker. ¡Él era hijo del hombre que se negó a adorar al sol! Ese gran orbe rojizo, que ahora se hundía hacia el canal de Bristol, tenía su propia y extraña conciencia sobrehumana. Y esta conciencia,

²⁰ Pájaro común en gran parte de Europa, de nueve a diez centímetros de longitud, con las alas cortas y redondeadas y plumaje vistoso por la variedad de sus colores.

despertada para enojarse con este sencillo sacerdote, había resuelto con una tenacidad misteriosa, venenosa, corrosiva y mortal, separarlo de la única cosa terrena que amaba!

Los dos hombres siguieron caminando en silencio. El señor Dekker comprendió instintivamente que su hijo estaba en ascuas por ese encuentro y empezó a sentir, en su propia y firme conciencia, ciertas premoniciones de peligro en el aire.

Pasaron por Wick Hollow. Pasaron por Bushey Combe. A medida que avanzaban, a veces se vieron obligados a detenerse y contemplar los setos, pues hacía semanas que no pasaban por allí y se quedaron asombrados por la extraordinaria belleza de las celidonias este año. El terreno era irregular, dividido en muchas pequeñas depresiones y pequeños montículos, y ya sea porque febrero había sido excepcionalmente húmedo o porque los vientos habían estado soplando constantemente desde el oeste, no solo los pétalos de las celidonias brillaban más de lo habitual, sino que sus hojas eran más grandes y brillantes.

“Las celidonias eran la flor favorita de mi padre”, dijo Mat Dekker mientras se alejaban de nuevo después de una de esas pausas. Siempre le agradaba pensar en su padre cuando estaba solo con su hijo y hablarle de él. Le hacía sentir que los tres –tres generaciones de Dekker– estaban íntimamente unidos, y unidos también por esa tierra fértil de Somersetshire. Su piedad en este sentido clásico era uno de los motivos de gran sinceridad que lo impulsaban a vivir.

El paisaje que los rodeaba cambió por completo ahora, pues descendieron de la verde isla de Avalon hacia una confusa serie de manadas de ganado que atravesaban las bajas praderas.

Pocos, incluso entre los habitantes de Glastonbury, habrían podido encontrar su camino como lo hicieron estos dos por estos campos y zanjas. Cuando pasaron las afueras de Brindham Farm y llegaron a las marismas menos frecuentadas de Splott's Moor, fue aún más difícil continuar, porque las manadas de ganado dieron paso a simples huellas de peatones de presa en presa y de azud en azud. Zanjas más anchas también interrumpían su camino, esas grandes zanjas de agua formidable llamadas rimas a las que Mary Crow había hecho referencia en su conversación con John; y los tablones que cruzaban estos profundos cursos de agua en muchos lugares, estaban peligrosamente podridos por las lluvias y las inundaciones, y dos hombres tan corpulentos tenían que caminar con extrema precaución. El río Whitelake tampoco era un obstáculo despreciable, ya que no había puentes en las cercanías; pero al final descubrieron una rama de sauce caída sobre el pequeño arroyo y lograron utilizarla como puente.

Mat Dekker siempre demostró lo mejor de sí al superar pequeñas dificultades fortuitas como ésta al explorar el país. En esta ocasión, con el sol, su enemigo pagano, ya tan cerca del horizonte, olvidó por completo la naturaleza molesta de su excursión y comenzó a reírse y a jactarse de este o aquel

logro del camino, ¡como si hubieran estado cruzando el Danubio en lugar del río Whitelake!

Ahora estaban realmente en las marismas del páramo de Queen's Sedge; y aquí se encontraron sin el rastro de siquiera un sendero para seguir, y una vez más el mayor de los Dekker tuvo la oportunidad de mostrarle a su hijo sus habilidades como guía de campo a través.

–La cabaña Whitelake está en la orilla de este arroyo, hijo mío –dijo con gravedad–, y nosotros estamos en la orilla de este arroyo. Todo lo que tenemos que hacer es seguirlo hacia abajo.

Sam obedeció mecánicamente, dejando que su padre se adelantara varios pasos. En el silencio de su hijo, el hombre mayor había vuelto a su costumbre natural de cavilar perezosamente sobre cada pequeño objeto natural que encontraban. Nada era insignificante para este despreciador del sol una vez que estaba al aire libre. No había maleza que no le interesara. Pero no era un interés meramente científico; y menos aún estético.

La corriente dominante de la apasionada naturaleza del oeste en el hombre encontraba en mil objetos extraños, pequeños y poco atractivos, como ramas enmohecidas, montones de piedras al azar, hongos descoloridos en las raíces de los árboles, excrementos secos de ganado, postes viejos con clavos oxidados, tocones de árboles con huecos

llenos de agua de lluvia fangosa, una expresión de sí misma que los horizontes amplios no podían ofrecer.

Al acercarse a su objetivo esa tarde en particular por un camino tan tortuoso e indirecto, eran más o menos las cuatro y media, la hora a la que habían sido invitados, cuando llegaron por fin a Whitelake Cottage.

En reconocimiento del calor anormal del día, Nell Zoyland había dispuesto que sus invitados tomaran el té en una pequeña terraza cubierta de hierba que daba al caudaloso arroyo. Allí, pues, se sentaron el padre y el hijo, masticando un pan fino y exquisito con mantequilla, que la señora Pitches no solía cortar para su deleite, y tratando de ocultar, tanto a ellos como a su anfitrión, la creciente medida de su inquietud. Porque, a decir verdad, la situación se estaba descontrolando, momento a momento. Las mejillas de Nell Zoyland estaban calientes y su respiración se agitaba. Mat Dekker nunca había visto a una muchacha con unos pechos más hermosos y atractivos que los suyos; ni tampoco había visto a una que se atreviera a llevar un corpiño tan ajustado, de aspecto tan medieval, tan poco elegante. Esos hermosos pechos parecían, en efecto, dominar toda la ocasión. Mat Dekker sintió que había algo tan inusual en su belleza que otorgaban a su dueña una especie de fatalidad privilegiada; una fatalidad que podía conducir a una felicidad plácida; o, por otra parte, a una devastación y destrucción trágicas. Mat Dekker creyó que parecían destinados a algo más que el amamantamiento de un niño humano, pensó mientras los

seguía con la mirada con nostalgia. En ese momento, la moralidad arraigada del hombre lo detuvo en seco. Pero no pudo resistir la sensación de que había algo en la belleza de esos pechos que alejaba a una persona de la vida humana común y corriente, hacia esas antiguas y salvajes leyendas de criaturas inmortales de la niebla, del amanecer, del rocío que han perturbado las mentes de los hombres buenos desde el principio.

«Sólo los hijos de los elementos», se dijo, «deben mamar esos pechos».

Fue en ese momento, durante esa singular fiesta del té, cuando William Zoyland empezó a decir lo que pensaba.

Sam Dekker pronto dejó de beber té y de comer pan con mantequilla. Ahora estaba sentado con los hombros encorvados y la barbilla hundida en el cuello. Sus codos descansaban pesadamente sobre la mesa de mimbre del jardín de Nell. Sus ojos estaban fijos en el rostro de William Zoyland como si estuvieran fijos en el rostro de un animal conocido que de pronto hubiera empezado a emitir sonidos sorprendentes, sonidos que pertenecían a un tipo de bestia completamente diferente.

Nell, por el contrario, tenía el aspecto de una muchacha desesperada y temeraria al final de una lucha que duraba todo el día con un adversario igual. Fijó en la cabeza leonina de su marido, mientras éste seguía hablando, esa mirada

despreocupada y desdeñosa que, de todas las miradas en su harén, los hombres más temen.

La cabaña de Whitelake parecía una casita de muñecas junto a las riberas cubiertas de juncos del río Whitelake. Sólo tenía dos habitaciones en la planta baja y dos en la planta alta, con una pequeña cocina en la parte trasera, sobre la cual, bajo un tejado inclinado que se había unido al resto de la casa en fecha reciente, había un estudio-ático de techo bajo, dedicado al uso del amo. Evidentemente no tenían sirvientes ni había señales de un parterre, aunque en el borde de la pendiente cubierta de hierba donde ahora estaban todos sentados, varias raíces de flores silvestres, a juzgar por el aspecto de la tierra removida y de las plantas, habían sido plantadas recientemente.

Bajo aquel torrente de revelaciones profundas y llenas de significado sorprendente que estaban escuchando, Mat Dekker contemplaba los juncos caídos del año anterior, marrones y arrugados, entre los que brotaban varios brotes verdes. El sol ya estaba muy bajo en el horizonte y, en el crepúsculo temprano, esos brotes verdes despedían una frescura peculiar, una frescura pura y líquida, después de aquel día cálido que era como un final tranquilo pero trágico de alguna obra mágica de un gran dramaturgo.

Mat Dekker estaba reuniendo fuerzas para enfrentarse a una situación completamente nueva en su estrecha y única experiencia, y el esfuerzo para afrontarla era tan grande que

su efecto sobre él, a medida que Zoyland seguía hablando, empezó a ser el último que nadie hubiera podido predecir. Empezó a tener mucho sueño. Esta tendencia a tener sueño en momentos críticos era, en efecto, una vieja enfermedad en su familia. El bisabuelo de su padre, James Dekker, había tenido sueño cuando se le pidió, junto con otros conocidos caballeros de Somersetshire, que se pusiera de pie en apoyo de Guillermo de Orange contra el último de los Estuardo.

–Es la muchacha la que debe decidir por sí misma –decía Will Zoyland, mientras, recostado en su sillón de mimbre, con las piernas estiradas frente a él, cubiertas por polainas de cuero, una mano hundida en el bolsillo de sus pantalones de pana y la otra tirando de su gran barba amarilla, miraba con sus ojos azules desde el rostro inclinado de Sam hacia el rostro desviado del padre de Sam–. Soy un filósofo, señor Dekker. No soy de los que se dejan sufrir, ni tampoco a la muchacha, cuando no hay necesidad de ello. Pero es demasiado para ella esperar que siga viviendo con ella y durmiendo en una cama separada. De hecho, ¡me niego a hacerlo! Soy un filósofo, se lo digo; y como tal sé que todo idealismo convencional es una tontería. Cualquier chica puede amar a dos hombres si quiere, igual que nosotros podemos amar a dos mujeres. No tengo ninguna duda de que un hombre como usted, señor Dekker, ha amado con frecuencia a dos mujeres al mismo tiempo. Es algo natural en nosotros. Nell y este muchacho tonto creen que están enamorados. Se han imaginado hasta hoy, o al menos Sam

se ha imaginado hasta hoy, que yo era el tipo de cornudo nato al que se podía engañar hasta el juicio final. ¡Bueno! No lo soy. ¿Me oyes, Sam, muchacho? *No lo soy*, vivo mi propia vida a mi manera y siempre lo he hecho. Podría vivir aquí perfectamente bien sin Nell, aunque ella no lo crea. Cree que podría vivir sin acostarme con ella, pero no cree que pudiera conseguirme mis propias comidas o seguir adelante sin tenerla con quien hablar. Ahí es donde las mujeres son tan estúpidas. Creen que son necesarias cuando *no* lo son, ¡y no saben lo necesarias que son, en otra dirección! Pero yo soy un filósofo, como digo, señor Dekker, mi buen señor, y sé muy bien que mi pequeña Nell todavía ama a su viejo Will (¡aunque ella misma no lo sepa!) tanto como ama a este joven caballero hosco que está aquí. Ahora bien, lo que le digo a ella, señor, y a usted, mi joven y romántico amigo, es simplemente esto: si Nell deja de hacer esa tontería de dormir en el sofá de la sala de estar, de dejar, de hecho, esa tontería de estar enojada conmigo y de ser fría conmigo, estaré dispuesto (¿me oye, muchacho?) a compartirla con usted. Mientras no se la tire en mi propia cama, como dicen por aquí, puede tenerla en cualquier parte. Yo soy callado. Soy mudo. Soy el pez tonto. De hecho, para decirle la verdad, señor Dekker, le he cogido un cariño ridículo a este enorme y corpulento hijo suyo. Respeto al chico. Me gusta hablar con él. Hemos pasado buenos momentos juntos, ¿no es así, Sam? No, no. Estoy de acuerdo con ese viejo bribón de Voltaire. Soy de los que podría estar muy contento con vivir "a trois", como dice el bribón. Pero no soy de los que pueden

vivir al lado de una chica como Nell y tenerla fría, enfadada y salvaje, como ha estado este último mes.

¡Al diablo con su cocina! Soy tan buen cocinero como ella, y mejor aún. A Sam le gustaría que siguiera siendo mi sirvienta y se convirtiera en su luz de amor. Nell quiere huir con Sam y dejarlo todo. Sólo que cuando le digo que deje de hablar de ello y lo haga, dice que Sam no tiene las agallas para dejar a su padre. Y luego, cuando me río de ella y le digo que lo pruebe y vea, no hace más que llorar y llorar al pensar en cómo su pobre Will tendrá que seguir adelante, completamente solo, sin nadie que le haga la comida.

Se detuvo y miró a su alrededor para asegurarse de que su esposa no se hubiera escabullido y se hubiera refugiado en la casa. No; Nell Zoyland estaba exactamente donde había estado cuando él empezó a hablar, con las manos apoyadas contra el respaldo de una silla vacía. Fue entonces cuando los ojos de Will Zoyland, al mirar a su alrededor, captaron un cernícalo que volaba en el aire sobre unos saucos desmochados. Se dio una palmada con su enorme mano sobre la boca y emitió un sonido inarticulado.

–¡Chist! ¡Chist! –murmuró, mirando a los dos Dekker y luego a Nell. Se puso de pie, les dio la espalda a todos y, caminando de puntillas con cuidado, como un guardabosques que persigue a un cazador furtivo, se apresuró a llegar a la pared lateral de su casa.

Siguiendo sus movimientos con la mirada, el mayor de los Dekker recordó ahora lo que todo el mundo en Glastonbury sabía, a saber, que el señor Zoyland era el hijo bastardo del marqués de P., el gran terrateniente de Somersetshire. Vio al tipo agarrar su escopeta, que estaba apoyada contra la pared, y mirar rápidamente hacia arriba. Como el naturalista dedicado que era, Mat Dekker había visto cualquier ave abatida; y aunque le habían dicho que en esa zona baja los cernícalos se habían convertido en una molestia, de todos modos habría protestado violentamente.

Sin dudarlo *un* segundo, alzó la voz desde donde estaba sentado y pronunció un rotundo: "¡Hoy! ¡a-hoy! ¡hawk-a-hoy!".

El disparo se escuchó casi inmediatamente; pero, sobresaltado por el grito de su invitado, el bastardo barbudo de Lord P. perdió su ave.

Nell esperaba que tras este accidente se escuchara el rugido de un Polifemo y un terrible «¡Maldita sea su alma, señor! ¿Qué quiere decir con eso?». Pero ni la voz del señor Zoyland ni su mirada delataban un atisbo de emoción.

–Lo siento, señor –fue todo lo que dijo mientras volvía a sentarse con la pistola sobre las rodillas–. Debería haberme acordado de su afición por los halcones. Sam me contó que solía tener un par de ellos cuando estaba en la escuela. Supongo que fue domando halcones como aprendió a

domar chicas. Bueno, Sam; bueno, Nell, ¿qué van a decidir ustedes dos, niños románticos? ¿El pobre Will va a seguir durmiendo solo?

Había algo en el tono del hombre que despertó a la muchacha a un nivel y una calidad de emoción que asombró a su amante.

El agua que fluía lentamente bajo ellos parecía haber absorbido toda la luz del día que quedaba; y entre el rostro tenso de la muchacha y su superficie serena surgió una afinidad de blancura que era casi fosforescente, se estableció y se hizo cada vez más dominante. Si la casita, los sauces desmochados, el fusil sobre las rodillas del hombre barbudo, el mentón tembloroso de Sam, hubieran sido elementos del sonido de una orquesta trascendental, esta blancura del agua que fluía y del rostro de una mujer habría sido la nota de la flauta o del oboe en el efecto sinfónico.

Allí estaban sentados, juntos, en la orilla oscura de aquella agua blanca como el acero, tres hombres formidables, cualquiera de los cuales podría haber aplastado aquella frágil chispa de vida infantil, como el chasquido de la cola de un caballo podría aplastar una polilla de la grosella. Y, sin embargo, la tensión de aquel único corazón femenino los redujo a los tres a la insignificancia de tres postes de madera en la empalizada que rodea a una novilla agitada.

Y así como la cabeza erguida y la voz alzada de una vaca así

podían atraer a alguna muchacha de granja que pasaría de largo por aquellos postes como si no existieran, así también el reprimido temor que había en los nervios de Nell Zoyland trajo en su ayuda nada menos que el gran planeta de la noche. Más blanco que el arroyo de Whitelake, más blanco incluso que el rostro de la muchacha, esa luminaria celestial, ese signo inmortal en los cielos «que lleva al viajero a casa por todos los caminos», emergió ahora del nublado lago occidental donde se había desvanecido el sol.

Un largo y relajado escalofrío de alivio nervioso recorrió los pechos perfectos de Nell Zoyland, y su vientre arrebatado pero no concebido, y sus muslos y sus rodillas temblorosas. Apartó la mirada de la estrella vespertina y, por alguna razón que nunca podría explicar, miró hacia el cielo. En los patéticos ojos de oso de Sam, que seguían cada uno de sus movimientos, se habían convertido en dos profundos estanques de granito, iluminados por el crepúsculo. En esos estanques de granito –ahora que su enemigo, el Sol, había desaparecido hacía tiempo–, los tranquilos ojos grises de Mat Dekker, bajo sus erizadas cejas, ¡se habían transformado! El hombre se encontró con la mirada de la muchacha; y la misteriosa dulzura de su alma –aún turbada, pero ya no convulsionada por la ira– descansó por un segundo en la nueva fuerza del sacerdote, como si él, y no su amante o su marido, fuera su verdadero amigo entre aquellos tres hombres.

–Bueno, vosotros dos –repitió Will Zoyland–, ¿no vais a

responder? Yo soy partidario de llevar una vida civilizada en estas cosas. ¿Podría algún hombre hacer una oferta más generosa? Si Nell quiere volver a vivir conmigo, como hizo cuando nos casamos hace un par de años, le dejaré ver a nuestro buen Sam tanto como quiera. La cama de Will no es el único lugar donde la sangre joven puede enfriarse. Ésa es mi oferta. Si queréis marcharos juntos y dejar que Will se cuide solo, marchaos. ¡Por el amor de Dios, marchaos! ¡Y buena suerte! No puedo daros el dinero para los gastos, porque no lo tengo. Ella sabe –¡y nadie mejor que ella!– que no lo tengo. Pero si os vais, no os molestaré. No moveré un dedo para reteneros. Sólo que no aceptaré a Nell de vuelta si se cansa de ello. «Una vez que te vas, te vas por siempre» es mi lema para las niñas fugitivas.

–Bueno, señor –y se volvió con decisión hacia el señor Dekker, inclinándose hacia él por encima de su escopeta–, ¿le apetece invitar a estos corderitos juguetones a un viaje al extranjero? ¿O está dispuesto a dejar que se besen y corran bajo nuestro propio techo?

Mat Dekker se levantó lentamente.

–¿Me permitirían hablar unas palabras a solas con la señora Zoyland antes de seguir hablando de esto?

El hombre barbudo pareció, por un cuarto de segundo, un poco desconcertado; pero rápidamente se recuperó y agitó su mano hacia la casa.

–¡Ven con él, Nell, si quieres! ¿Puedes encender la lámpara de la sala de estar o quieres que vaya yo a encenderla? ¿Puedes? ¡Muy bien, entonces! Sam y yo nos quedaremos afuera. ¡Ven a ver mi trampa para nutrias, Sam! Es más probable que se enganche un...

Hay más ratas que nutrias en este charco, pero nunca se sabe. Sería extraño que hubiera una nutria esta noche, entre todas las noches, pero no creo que la haya.

El hombre llegó tan lejos en su fanfarronería cordial que incluso tomó a Sam del brazo. Sam estaba tan aturdido por todos estos acontecimientos que no ofreció resistencia. Su mente parecía haberse vuelto incapaz de pensar o tomar ninguna decisión. Lo que se tambaleaba ante él en ese momento era la boca jadeante del pececillo enfermo, en la superficie del agua del acuario, en su habitación. ¡Se sentía como ese pececillo!

–Sabes, Sam, la verdad es que, desde que rompimos el hielo –la voz de Zoyland resonó en la oscuridad junto al muchacho como una trilladora de tono bajo–, nuestra pequeña Nell no está tan enamorada de ti como del Amor. Es tan romántica como una niña de dieciséis años. De hecho, mentalmente, pienso a menudo, que *tiene* dieciséis años. Eso es lo que es, Sammy, viejo amigo, mentalmente dieciséis años; y sin más idea de las realidades de la vida que una colegiala. Menos mal que fue un chico como tú el que llegó. Con cualquier otro se habría vuelto muy infeliz; pero contigo

está a salvo. Eso es lo que le he dicho desde el principio. «Nunca me harás enojar contigo por Sam Dekker», le he dicho. «Con ese chico estás a salvo», le he dicho. Y tú *estás* a salvo, ¿no es así, Sam?

Will apretó el brazo del muchacho con su mano libre mientras lo conducía por la orilla del arroyo. Sam al menos tuvo la inteligencia de notar que en la otra mano todavía sostenía la escopeta. Poco a poco, Sam también se dio cuenta de que tenía un deseo claro y fuerte en su confuso cerebro: deseaba que William Zoyland no viviera en un lugar donde pudiera cazar nutrias.

“A mi padre no le gusta la idea de atrapar nutrias”, comentó.

Después de seguir una especie de camino de sirga a lo largo de la orilla, llegaron a una pequeña presa del río. Allí se oía un gorgoteo bajo la madera y un leve zumbido y crujido; ambos sonidos eran evidentemente causados por la posición de la presa a esa hora, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlos con exactitud.

De la oscuridad de aquella agua que rebosaba de agua emergía un olor húmedo y frío, pero no desagradable, compuesto de muchos elementos separados. Estaba compuesto de musgo húmedo, de hojas muertas viejas, de madera muerta aún más vieja, de mampostería sumergida durante mucho tiempo y cubierta de limo, de algas húmedas

del río. El sonido gorgoteante y el sonido de la corriente surgían juntos, produciendo en el oído un efecto similar al producido en el sentido del olfato por el agua húmeda.

La idea de que una nutria salvaje cayera en una trampa de su compañero barbudo se volvió de pronto insoportable para Sam Dekker. Por primera vez en su vida, este joven tan resistente se encontró temblando de pies a cabeza y con deseos de matar. Se imaginó la naturaleza precisa del repentino y violento empujón que precipitaría a este corpulento vástago del marqués de P. en la oscuridad que se avecinaba.

«*Puede que* haya uno de ellos en esto, ¿sabes? *Puede que* haya uno de ellos en esto», repetía William Zoyland obstinadamente.

Probablemente no hubiera pasado nada. Probablemente se hubiera presentado alguna otra excusa para abstenerse de un acto de violencia tonta que tal vez ni siquiera hubiera resultado fatal, porque es bastante probable que Zoyland fuera un nadador experto. Pero la excusa a la que obedeció fue el ulular de un búho que venía de la dirección de la cabaña y que se repitió dos o tres veces. Sam respondió al grito del búho, imitándolo exactamente, y la cosa se repitió una y otra vez.

–Quiere que volvamos a tu casa –dijo Sam–. Así que será mejor que nos vayamos. Ése es mi padre, no es un búho.

–Un momento, entonces... ¡adelante, Sam! Estaré contigo en un momento.

Pero Sam no había esperado el permiso de su anfitrión y rival. Ya se apresuraba a regresar a una velocidad que casi le hizo correr. Tenía la sensación de que estaba escapando, no del hombre barbudo, sino de su propio y oscuro impulso. Se sorprendió al oír voces extrañas cuando se acercaba a la casa y, al llegar a ella, observó, en el estrecho callejón que había detrás, las luces de un automóvil. Cuando entró en la pequeña sala de estar, la encontró agradablemente iluminada por la gran lámpara de pantalla verde a la que su anfitrión se había referido recientemente; y había brasas rojas en la chimenea.

Hablando animadamente con su padre y Nell, y todos ellos de pie en un grupo animado en el centro de la habitación, estaban el Sr. Philip Crow y el señor Tom Barter. Sam estrechó la mano de forma torpe y mecánica a los recién llegados, pero toda su atención estaba concentrada en Nell. Desde el momento en que una misteriosa vibración había pasado entre la muchacha y aquel planeta blanco en el cielo occidental, el humor de Nell había cambiado por completo. La tensión nerviosa que había ido creciendo semana tras semana desde que ella le negó a Will Zoyland sus abrazos nocturnos, parecía, al menos por el momento, haber desaparecido. En algún lugar remoto de su corazón, en alguna cámara oculta allí, no lejos del lugar donde acababa de ser tan gravemente herida por sus palabras, estaba, de

hecho, experimentando una reacción a su favor. La comprensión de que podía *dejarlo*, si Sam estaba dispuesto a arriesgarlo todo, satisfacía su desmesurada manía por el romance, mientras que el hecho de que estuviera claro que Sam nunca lo *arriesgaría* todo ayudó a su reacción hacia su marido. Como Helena de Troya, en la alta torre de la muralla, permitió que Afrodita fuera su guía. ¡Y la diosa ramera la persuadió para que conservara tanto a su hombre como a su amante!

En el cerebro simple de Sam se había instalado como un hecho espantoso y trágico que la forma en que Zoyland hacía el amor le resultaba odiosa. Sutil y gradualmente se había visto impulsada a inducirlo a esa siniestra idea. Y lo había hecho medio inconscientemente; nunca mintiéndole exactamente; creyéndose ella misma a medias su fantasía, mientras cedía a sus patéticos e inexpertos avances. Los hombres, especialmente los jóvenes, debido a algo de fastidio e idealismo en su propia naturaleza, siempre están dispuestos a sentirse conmovidos por la idea del odio físico de una muchacha hacia otro hombre. De hecho, a pocos hombres, sean viejos o jóvenes, les es dado comprender el profundo papel que desempeña lo que podría llamarse "la prostituta universal" en la naturaleza de cada mujer. De hecho, siempre es un enigma para los hombres la pasividad física que las mujeres tienen el poder de invocar para soportar la incomodidad de una excitación amorosa que no comparten. Pocos hombres se dan cuenta de la profunda

satisfacción que la naturaleza femenina siente por el mero hecho de poseer el poder de provocar tal excitación. Cuando un hombre ve a una chica sensible con lo que él considera un compañero insensible y brutal, experimenta una punzada –quizá totalmente injustificada– de esa clase de compasión imaginativa que es el lado opuesto del sadismo masculino.

Fuera cual fuese la pasividad a la que Nell Zoyland se había entregado hasta entonces, tenía algo de esa misteriosa pasividad del destino que conocían las mujeres de la antigüedad. Y sin duda, en este caso, ese estado de ánimo se había visto reforzado por la conversación de la muchacha con el padre de Sam. Mat Dekker había estado a la altura de las circunstancias con una fuerza y una perspicacia que le sorprendieron incluso a él mismo. Su intención al hablar con Nell había sido rogarle que pospusiera, que demorara, que *pensara*; pero debajo de sus palabras graves y prácticas había una ternura tan clarividente, una vibración tan directa de hombre a mujer, así como de sacerdote a hija, en su tono, que la rebelión nerviosa de ella contra su dilema, que llegó a tal punto de ira ciega, y luego fue apaciguada por el Planeta del Amor, que se apaciguó por completo bajo su influencia.

–Lo que realmente he venido a buscar –decía Philip Crow– es ver si había alguna posibilidad de que el señor Zoyland me ayudara en Wookey Hole, como hizo el año pasado cuando yo estaba en apuros. Por supuesto –dijo con una pequeña reverencia en dirección a Nell–, sé que la remuneración no significa nada para él. Pero el trabajo es interesante (le

pareció interesante la primavera pasada) y estoy dispuesto a pagarle un poco más esta vez.

–¿Quieres decir que quieres que Zoyland actúe como guía oficial en Wookey Hole? –intervino Mat Dekker–. ¡Por Dios, Crow, si Zoyland no lo hace por ti, creo que mi Sam aquí sería la persona indicada! Ha leído todo lo que hay que leer sobre Wookey, y sabe más que nadie sobre armas neolíticas por aquí. Ayudarías al señor Crow, ¿verdad, Sam?, si Zoyland se negara.

Sam, avergonzado por las palabras de su padre, lanzó una mirada humilde como la de un caballo desconcertado en dirección a Nell, pero no emitió ningún sonido.

–Quizá William *esté* encantado de hacerlo –dijo la muchacha apresuradamente, dirigiéndose a Philip pero respondiendo a la mirada de Sam–. Pero creo que Sam sería un guía igual de bueno en esas cuevas, tal vez mejor. William tiende a ser frívolo y despreocupado con las personas cuando no le gustan y debe haber muchas personas muy bromistas que vienen a visitar a Wookey.

Philip Crow, que no tenía por costumbre andarse con rodeos, miró ahora directamente a su compañero de negocios. No sentía ninguna necesidad de propiciar, por ningún propósito personal directo, a ninguna de esas personas; y siendo así, su conciencia estrecha, nítida y de hacha de guerra simplemente las eliminó.

–Me gustaría que lo hicieras por mí, Tom –dijo con voz rápida y apresurada–. Preferiría no molestar al señor Zoyland ni a nadie más –y le dirigió una rápida mirada, un tanto despectiva, a Sam.

–No sé... si podría lidiar con... Wookey Hole, padre –murmuró Sam nerviosamente.

Lo que realmente sintió en ese momento fue una extrema renuencia a tratar con el señor Philip Crow.

Tom Barter observó a su patrón con total aplomo. Era un hombre bajo y cuadrado, de tez clara y cabeza redonda, blanca y en forma de bala. Era la única persona bajo aquella lámpara de pantalla verde que parecía completamente a gusto y despreocupada. Había estado observando a Nell Zoyland con una mirada desvergonzada de codiciosa lascivia impersonal.

“No puedo irme de la oficina, Phil”, dijo. “Ustedes nunca saben dónde está su propia máquina, que es complicada y da problemas. Si me fuera de esa oficina, para ir a Wookey Hole, aunque sea por quince días, me llevaría seis semanas arreglar las cosas”.

Philip Crow hizo una mueca humorística dirigida a Mat Dekker. Su gesto decía: “Ya ves qué buen subordinado tengo y con qué belleza interpreta el papel que he compuesto para él”.

En ese momento entró Will Zoyland ruidosamente, bullicioso, corpulento y jovial, y dejó caer su arma contra la pared.

–¡No había nutria, Sam! –fueron sus primeras palabras al estrechar la mano de sus dos visitantes–. No hace falta que me digáis a qué habéis venido, Crow –fue su siguiente observación–, ¡pues lo veo en vuestra mirada de esclavo! ¡Queréis secuestrar al pobre Will para convertirlo en vuestro maldito showman! ¡Eso es lo que busca, ¿no es así, Nell? ¿No es así, Sam?

–Bueno, Zoyland –espetó Philip con brusquedad, al que evidentemente le desagradaba profundamente el tono familiar del corpulento gigante–, ¿vendrás allí durante un par de meses? Tengo un tipo de Londres, un anticuario oficial y todo eso, para el verano; pero la gente ya está empezando a venir y ahora no tengo a nadie allí, salvo a mis trabajadores habituales para enseñarles los alrededores.

"No puedes responder así, Crow. ¡No puedes hacerlo!"

Se apoyó pesadamente en una especie de aparador de caoba que estaba adosado a la pared. Tres bandejas de plata, con el escudo del marqués de P., cayeron con estrépito de su posición, y todo el aparador crujió bajo su peso. Philip se volvió instintivamente hacia Nell. ¡Cuántas veces no se había visto obligado a conseguir lo que quería de un hombre rebelde engatusando a una mujer práctica!

–Por cierto, señora Zoyland –dijo–, espero que ese hermanastro suyo tan salvaje no se haya enterado de los problemas que comenzaron la semana pasada entre mi gente en Wookey. ¡No se lo diga si no lo ha sabido! Lo último que quiero ver es a Dave Spear y a su fanática esposa aquí abajo en este momento.

Fue una suerte para Philip que en ese momento los oídos suspicaces y maliciosos del primo John no captaran estas palabras. John seguramente las hubiera traducido en el sentido opuesto al que aparentemente tenían. «Escribe inmediatamente», las habría traducido John, «a tu hermanastro, Dave, y ofrécele el señuelo de un posible ataque aquí, para que traiga a su esposa de inmediato». Y John no se habría equivocado mucho. La verdad es que el motivo principal que llevó a este conquistador normando a Whitelake esa tarde no tenía nada que ver con William Zoyland ni con Wookey Hole. William era sólo el motivo oficial. El verdadero motor que llevó a este electrizante de Wookey Hole a toda prisa a Queen's Sedgemoor fue la enloquecedora tentación de la esbelta cintura de la prima Percy.

Aunque era un astuto hombre de negocios, Philip tenía, en lo que se refería a sus pasiones, una temeridad que le permitía planear con rapidez y que no se detenía ante nada. Además, su desprecio por la habilidad práctica de la prima Persephone y, por cierto, por la habilidad de su marido también, era ilimitado. ¡No! Traería a Percy allí y le daría toda

la cuerda que quisiera. Dejaría que la dulce criatura "agitase" tanto como quisiera. ¡Él resolvería a los huelguistas y pondría los cuernos al comunista! Era precisamente el tipo de juego humano peligroso que se adaptaba a su temperamento de la Batalla de Hastings. ¿Adivinaba en algún astuto rincón diplomático de su corazón secreto que Nell Zoyland o William Zoyland estarían seguros de decirles a los Spears exactamente lo que él tan arrogantemente les había ordenado que no dijeran? Probablemente lo hizo; pero como sucede con todos los hombres audaces y exitosos, los trucos y los recursos de su naturaleza subconsciente eran mucho más formidables que sus planes racionales; ¡y por eso, mediante una especie de instinto protector automático, los mantenía subconscientes!

Si los rayos blancos del gran planeta no hubieran purgado el ingenio de Nell de vapores idealistas, tal vez no se hubiera dado cuenta de la singularidad de esta petición. Pero, en realidad, la impresionó astutamente. Con una rápida habilidad femenina ocultó su sorpresa, pero en su corazón formuló las palabras con las que comentaría este episodio a William Zoyland.

–Los fabricantes no suelen intentar evitar la llegada de agitadores apelando a sus parientes, ¿verdad, Will? –Y ella podía oír el rugido «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!» con el que William recibía esta ocurrencia.

–No. Tendré cuidado, señor Crow –dijo–. ¡Tendré cuidado!

No es que le escriba a menudo al pobre Dave. Sólo somos medio hermanos, ¿sabe?

Tom Barter, con los ojos fijos en la cadena de oro de su antiguo reloj, de la que colgaba el sello familiar de clase media alta de los Barter de Norfolk, pensó: «¡Piensa en ese gracioso Johnny Crow apareciendo en la ciudad! Sí, pero me alegraré de volver a ver al pequeño golfillo». Y entonces la mente de Tom Barter dejó de pensar de repente en palabras concretas. El «pequeño río» y el «gran río» de Northwold, el puente de Didlington, eran más que palabras. Ni siquiera el práctico, cínico y lujurioso Tom podía expresar los recuerdos que contenían en una frase humana. La cabaña de Whitelake desapareció mientras él buscaba torpemente el sello ancestral de su padre, una garza alta que se sostenía sobre una pata. Toda esa gente desapareció. Sólo sintió la presencia del pequeño Johnny Crow. Sólo sintió el viento frío y fuerte en los juncos del Wissey. Ya no había ninguna oficina bien dirigida, ya no había ninguna fábrica junto a Wookey Hole. El olor del fondo de una barca lo invadió tan intensamente que, si no hubiera sido el gerente práctico de tres fábricas, habría salido directamente de aquella casa.

«Mañana veré al pequeño Johnny», pensó. Y luego pensó: «¡Daría cien libras por dormir una noche con esta chica!».

El propio Philip había reanudado su ataque directo contra William Zoyland.

De alguna manera, le hizo gracia poder decir: «Mi guía en Wookey, pariente, según sostienen todos, del marqués de P.».

Mientras tanto, Nell, viéndolo tan ocupado, había logrado sacar a Sam por la puerta abierta hacia el jardín con olor a río.

–No te preocupes, pequeño Sam –decía–, ¡no te preocupes por cómo están las cosas!

Por suerte, algunas de las personas de ese pequeño grupo se dieron cuenta de que el repentino paso de un avión sobre Whitelake Cottage atrajo por completo la atención general. Se supuso tácitamente que Sam y su anfitriona se habían alejado en la oscuridad para contemplar ese avión iluminado; y pronto todos lo miraron fijamente, junto a las oscuras y melancólicas siluetas de sillas vacías, mesas oscuras y tazas de té en sombras sobre el césped frío.

–¡Trueque! ¡Es el hombre de Wells! –gritó Philip con un interés intenso y nervioso–. O es un avión exactamente igual al suyo. Deberíamos habernos quedado aquí esta noche.

Tom Barter se movió en la oscuridad junto a su patrón. “Todos los aviones parecen iguales, de noche, Phil”, dijo en un tono bajo y enfático. Habló tan bajo que nadie, excepto Nell, que casualmente estaba más cerca del señor Philip, captó sus palabras y su tono.

“No quiere que el señor Crow revele algo”, pensó la niña. “Le contaré a William cómo lo hizo callar. No me sorprendería que estén comprando un avión”.

Cuando el avión desapareció, Philip y Tom Barter se dirigieron hacia el coche, con Zoyland a su lado y el resto detrás. Pronto formaron un grupo locuaz alrededor del coche, profiriendo esas espontáneas y vivaces afabilidades que entre los seres humanos implican un alivio instintivo al poder librarse unos de otros. Fue en ese momento cuando Mat Dekker dijo: «A veces he pensado en algo extraño, amigos míos».

Sam, que se encontraba en un estado de ánimo sombrío desde el episodio de la orilla del río, aguzó el oído al escuchar el tono de su padre. Era muy raro que el señor Dekker adoptara ese tono sermoneador. Nunca un sacerdote había sido menos pontificio que él.

–¿Qué, padre? –murmuró Sam obedientemente, cuando ninguno de los otros prestó la menor atención a este comentario.

«He pensado que la conquista del aire», continuó Mat Dekker, «fue un acontecimiento tan enorme en la historia de la especie humana que probablemente fuese responsable de esos impulsos temerarios y caóticos que todos sentimos hoy en día. ¿Qué pensáis vosotros? Yo iría más allá», continuó, alzando la voz en la oscuridad, «me atrevería a decir que

todos esos extraños sucesos espiritistas de los que tanto oímos hablar son el resultado de que el hombre haya descubierto cómo volar».

“Tom daría su cabeza por ser aviador”, exclamó Philip con una explosión de malignidad sin motivo.

“¡Siéntate en tu asiento, Phil, y vayámonos!”, fue la rápida respuesta.

Las palabras de Barter eran sencillas, pero su tono estaba cargado de indignación. A Philip Crow, desde la primera vez que su amigo de Norfolk había usado su nombre de pila, le disgustó que su director general lo llamara «Phil». En su desagrado, ahora estaba dispuesto a seguir burlándose de él.

“Barter es la persona más normal que he conocido”, dijo sin moverse un paso, “pero cuando se trata de volar, se pone tan nervioso como una chica que oye el nombre de su amante”.

“¿Por qué no se dedica a volar, señor Barter? Podría tomar lecciones sin problemas”, dijo William Zoyland con picardía inocente.

Por un segundo, el reservado hombre de Norfolk permaneció en silencio. Luego estalló:

–Sube al coche, Phil, ¿no? ¡Me estoy resfriando!

Pero de repente Phil cambió de opinión.

– ¿No puedo llevarlos a casa? –dijo.

Tom Barter repitió inmediatamente lo mismo: “Por supuesto que debemos llevarlos a casa. Hay espacio suficiente para tres y yo me sentaré sobre mis talones” .

Philip repitió su invitación: “Por favor, entre, señor Dekker; por favor, entre, Sam” .

El marido y la mujer (él había deslizado el brazo alrededor de su cintura y ella lo arrojó lejos de sí sólo con mal humor, sin ninguna repulsión) unieron sus persuasiones a las de los dos automovilistas.

A estos cuatro hombres les llevó bastante tiempo amontonarse...

Se detuvieron para que Philip, que conducía, pudiera frenar. Pero finalmente arrancaron y la última palabra la tuvo Philip.

–Piensa bien en mi oferta, Zoyland. Y recuerda que puedo darte unos chelines más de lo que conseguí el año pasado.

Mat Dekker rogó al fabricante que los dejara frente a la iglesia de San Juan Bautista, y Sam sintió un alivio increíble cuando, por fin, solo con su padre y en completo silencio, recorrió el sendero que conducía al pórtico de la iglesia. Para

su sorpresa, aunque eran más de las ocho, oyeron voces en la nave tan pronto como abrieron la puerta y respiraron el familiar olor a humedad. El sacristán había dejado una llama de gas encendida en la sacristía, bajo la gran torre, y la pequeña luz roja de la Presencia Real estaba suspendida sobre el altar, pero por lo demás la iglesia estaba completamente a oscuras. ¡Y sin embargo no lo estaba! El padre y el hijo, con los movimientos fáciles de un largo uso, abrieron la puerta tan silenciosamente que captaron el sacrílego encendido de una cerilla en la nave lateral occidental. Por la pequeña llama amarilla de esta cerilla, oculta entre manos humanas, percibieron que dos hombres se inclinaban sobre el sarcófago vacío y sin tapa de José de Arimatea. Uno de estos hombres estaba de rodillas, evidentemente trazando, absorto y concentrado, con el dedo índice las famosas iniciales J. A., que están tan profundamente grabadas en el extremo norte de este enorme receptáculo. Mat Dekker no podía estar seguro de si se trataba de una ilusión visual debida al parpadeo de la cerilla o si realmente había ocurrido, pero le pareció ver a este hombre, el mismo cuyos dedos buscaban a tientas aquellas formidables iniciales, inclinar la cabeza como si rezara ante esta tumba vacía.

El sacerdote se desvió con reverencia al ver este acto real o imaginario de devoción y, seguido por Sam, se dirigió apresuradamente a la sacristía, donde, con un desprecio instintivo y discreto por lo que consideraba un gesto legítimo

de piedad impulsiva, procedió a hacer lo que había venido a hacer: enjuagar un pequeño cáliz de cristal y llenarlo de vino, listo para la consagración de la mañana. Mientras lo hacía, Sam se sentó en una silla de madera junto al armario de las vestimentas y miró sombríamente a través de la puerta de la sacristía hacia las columnas poco iluminadas que se alejaban de la nave perpendicular. No dejaba de sentir una y otra vez la presión de ese hermoso cuerpo de niña contra él. Con esa sensación, volvió también el olor húmedo y mortal del dique del río y el deseo asesino que había sentido en ese lugar. Bajó la mirada de la borrosa vista de los altos arcos tallados y, con la visión todavía enmarcada por la puerta de la sacristía, la dejó reposar sobre la luz roja del altar, que significaba la presencia viva del Cuerpo de Dios. Podía oír el goteo del agua que se vertía de un vaso a otro en la preparación para la misa del día siguiente, y podía percibir un leve sonido chirriante, como la voz de un ratón recién nacido, de un paño que se frotaba contra los bordes de los recipientes de cristal. ¿Hasta qué punto preciso llevaba su padre su creencia en el milagro de la transustanciación? De todos modos, iba mucho más allá de su propia vaga inquietud supersticiosa.

«Me siento como un perro que le ladra a la luna», pensó, «cuando veo esa luz roja». De pronto, la boca de su estómago pareció hundirse hacia dentro, porque pensó: «¡Se va a acostar con él otra vez! Lo sentí en el aire cuando nos alejamos». Ese pequeño sonido chirriante y rozante detrás de él parecía durar una eternidad. «Probablemente se

haya quitado toda la ropa ahora», pensó, «y está sosteniendo su camisón con los brazos desnudos para pasárselo por los hombros. Él la tiene ahora; para ejercer su voluntad sobre ella... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... Sam intentó alejar esa imagen de él, pero volvía persistentemente.

–¡Padre, tienes que dejar de frotar! –gritó de repente–. Cuando algo está limpio, está *limpio*. ¡No sirve de nada seguir así!

Mat Dekker dejó inmediatamente lo que estaba haciendo y comenzó a guardar los vasos sagrados.

–Es cierto, Sammy –dijo con un suspiro–. La verdad es que estaba pensando en otra cosa. –Cerró el armario, apagó el gas y ambos salieron al interior de la nave. Ahora era necesario comunicar a los fieles que estaban junto al ataúd vacío de San José que estaban a punto de cerrar la iglesia. Se dirigieron a la puerta y el padre la mantuvo abierta mientras el hijo cruzaba el pasillo.

Desde su aparición en escena, los dos intrusos se habían contentado con una conversación en voz baja y no se habían atrevido a encender más cerillas.

–Disculpen, señores –dijo Sam–, mi padre quiere cerrar la iglesia.

El hombre de rodillas se puso de pie con dificultad, emitiendo un pequeño gemido al crujir sus huesos. Ninguno

de los dos dijo una palabra, sino que comenzaron a despedirse con docilidad y humildad y dirigirse hacia la puerta de la iglesia. Con una muda reverencia, Mat Dekker les mostró su gratitud por su obediencia y se hizo a un lado para dejarlos salir. Era una noche tan oscura que, aunque creía haber visto a ambos hombres antes, no podía recordar sus nombres. Cuando giraron la llave y el sarcófago vacío del Arimateo quedó una vez más solo con esa Presencia bajo la lámpara roja, el padre y el hijo siguieron a los extraños por el sendero enlosado, más allá del milagroso arbusto espinoso, hacia el sendero que salía a la calle. Allí había un globo de gas suspendido, y allí se volvieron los desconocidos, dejando al descubierto el sombrero hongo negro y la nariz romana ganchuda del señor Owen Evans, y un individuo de hombros anchos y bastante carnoso, sin sombrero, cuya cabeza canosa bajo aquella luz suspendida le pareció a Sam la cabeza humana más grande que había visto nunca. Era la cabeza de un enano hidrocéfalo; pero en otros aspectos su dueño no era enano. En otros aspectos su dueño tenía la figura normalmente regordeta, más bien desagradablemente regordeta, de cualquier hombre adinerado, cuya espalda nunca se ha encorvado ni sus músculos se han endurecido por el heroísmo diurno del trabajo manual.

–¿Cómo está, señor Dekker? ¿Cómo está, señor Sam? –El galés puso en estas palabras toda la ceremonia ciceroniana de lo que John Crow llamó su «primera manera». –Los

conozco a ustedes dos, caballeros, aunque ustedes no me conozcan a mí –prosiguió Owen Evans–, pero, por supuesto, conocen a mi pariente, el señor Geard.

Tanto el padre como el hijo miraron a «mi pariente, el señor Geard» con una curiosidad desvergonzada. A los dos les produjo una sensación extraña estrecharle la mano a esa persona ambigua bajo la farola de gas en esa calle silenciosa; porque aunque las visitas del señor Geard a Glastonbury habían sido pocas desde que dejó a su familia y se fue a Northwold, todo el aire había vibrado recientemente con chismes sobre él. El dinero que su patrón le había dejado se había duplicado y triplicado por esos chismes. Dondequiera que, desde su regreso, había aparecido su cabeza hidrocefálica desnuda, habían surgido el sentimiento de envidia y el asombro. «¡Allí va un hombre muy rico!», decían del señor Geard.

Geard se había convertido, de hecho, en una celebridad local, un kero de aspecto lento y los rumores sobre su compra de Chalice House, uno de los famosos lugares de interés de la ciudad, habían mantenido vivo un interés romántico que, si el hombre hubiera abandonado los alrededores, pronto se habría calmado.

–Por supuesto que hemos oído hablar del señor Geard –dijo el mayor de los Dekker cortésmente–, y hoy mismo conocimos, en casa de la señorita Drew, a un joven muy interesante que nos dijo que era amigo suyo, señor Evans.

–No debo entretenerlos, caballeros, porque sé que es tarde –prosiguió el galés de rostro romano–, pero me gustaría saber qué lado tomarían en una disputa que el señor Geard y yo hemos estado teniendo bajo la égida de San José.

–Me gustaría mucho saberlo, señor Evans –dijo Mat Dekker–. ¿No quiere dar un paso con nosotros? Tengo un poco de miedo de que nuestra ama de llaves se ponga nerviosa por nosotros.

–Bueno... quizá... –murmuró el galés, vacilando y mirando a su compañero–, quizá mi pariente, el señor Geard, se sienta cansado.

Pero los cuatro se pusieron en marcha en dirección a la vicaría y no tardaron en llegar a la fachada medieval de la posada de los peregrinos. Aunque el resto de la calle estaba tranquila, había luces y se oía el sonido de voces alzadas en el interior de las ventanas con parteluces de este viejo edificio.

“Estaba intentando convencer a mi pariente”, dijo Evans, “de que el hecho de que tantos visitantes lleguen a este lugar de todas partes del mundo no es una prueba de que sea milagroso, sino de que algo importante puede ocurrir en cualquier momento”.

“¿Dónde ocurriría?”, preguntó el señor Dekker.

–*¡En la mente!* –gritó el galés, llevándose la mano a la

cabeza y dando a su sombrero hongo un tirón tan violento hacia abajo que el ala quedó apoyada sobre el puente de su enorme nariz.

Con mucha gravedad, mientras los cuatro permanecían inmóviles sobre el pavimento iluminado, afuera de la antigua posada, Mat Dekker extendió su mano hacia este oráculo con sombrero hongo.

–Buenas noches, señor Evans –dijo–. No le llevaremos más lejos, pero me interesa profundamente que haga ese comentario, porque es lo que he estado sintiendo durante varios años.

Yo mismo lo asocio, como dije hace un momento en Whitelake, con la conquista del aire; pero como usted...” El Sr. Evans no dejó terminar la frase y ya había cogido la mano del sacerdote y la estaba estrechando con fuerza, pero ahora la soltó como si le hubiera hecho daño.

–¿El aire? –murmuró con tristeza–. ¿Dijiste el aire?

Y echando hacia atrás el ala de su sombrero, como si fuera una visera, aspiró con ira el elemento al que se refería.

–No, señor Dekker, ¡no! Me refería a la mente. Cuando la mente esté limpia, llegará el cambio que buscamos. Para limpiar la mente, señor Dekker, para purgarla, para lavarla, para darle un nuevo nacimiento, toda esta gente...

–se quitó el sombrero por completo y lo agitó, sin terminar la frase, en dirección a las ventanas iluminadas.

“¿Ves un poco lo que quiero decir?” añadió entonces, dirigiéndose al enorme cráneo del señor Geard.

Pero el beneficiario de la fortuna de William Crow se encontraba en ese momento ocupado en una búsqueda privada. Se había acercado con cautela a una de las ventanas iluminadas y estaba espiando. Su aire era exactamente el de un sirviente curioso, que observaba con distanciamiento y, sin embargo, con respetuosa curiosidad una fiesta remota de amos, de modo que Sam se sintió traicionado y comenzó a bromear.

–¿Se están comportando decentemente o indecentemente allí, señor Geard?

El amigo de Owens se dio la vuelta y observó al joven. El muchacho se quedó atónito ante la expresión de cariñoso reproche que se dibujó en su gran rostro. Si Sam hubiera sido un joven saduceo impertinente que le dirigía un comentario insolente a un gran rabino cuya Santa Inocencia lo confundía, difícilmente se habría sentido más avergonzado de sí mismo y más tonto de lo que se sentía en ese momento. Sin embargo, el señor Geard no respondió en voz alta a esas groseras palabras. Fue el descendiente de la Casa de Rhys quien respondió por ambos, mientras todos asintieron con la cabeza para dar un último asentimiento.

“Mi pariente, el señor Geard”, dijo, “tiene la intención de traer una gran cantidad de gente a Glastonbury... más de la que ha venido desde... desde la época de los druidas... y debemos rezar para que a todos los que vengan se les permita... lavar... *sus vientos limpios*”.

Estas singulares palabras, dichas a la segunda manera del señor Evans, se repetían una y otra vez en los cráneos huecos de sus tres oyentes, mientras caminaban en silencio hacia sus casas, a sus diferentes almohadas.

Cuando el señor Evans sacó la llave y entró en su pequeña tienda de antigüedades, lo inquietó una imagen sádica particular que no lo había perturbado desde que vio a John Crow abrazar la piedra Hele en Stonehenge. Esta imagen estaba relacionada con un golpe mortal asestado por una barra de hierro. Mecánicamente cerró la puerta de la calle; mecánicamente encendió una vela; mecánicamente se encontró con la mirada de mármol de un busto de alabastro de Dante; mecánicamente subió el tramo de escaleras estrechas hacia su dormitorio de arriba. Una vez en su habitación, fue con el mismo movimiento automático que dejó la vela parpadeante sobre una cómoda de palisandro y abrió el pestillo rígido de la ventana que miraba hacia la calle vacía. No vio nada de la enorme chimenea al otro lado de la calle. No vio nada de las puertas góticas talladas. No percibió esencias flotantes de la dulzura difusa de los macizos de junquillos en los pequeños jardines más allá de estas casas. El aliento místico del sueño que subía desde la cima del Tor,

desde los pináculos de la iglesia de Saint John y desde las cornisas rotas de los arcos de la abadía en ruinas, pasaba intacto ante él. Una sola imagen de violencia homicida, tormento de remordimiento y tentación viva a la vez, borraba por completo todas esas impresiones.

Si el alma de ese planeta de amor que tanto había hecho esa noche por Nell Zoyland hubiera sido consciente de esa figura de un hombre delgado y de nariz ganchuda en una ventana, con un sombrero hongo sobre una cama sin hacer detrás de él, ¿cuál habría sido su actitud hacia esa persona?

“Ha tomado mi propia violencia de raptó, natural, apasionada y dulce”, podría haber pensado ese planeta, “y la ha convertido en un crimen contra la naturaleza y contra la vida. ¡Jamás podrá ser perdonado!”

Pero mucho después de que esa estrella del oeste se escondiera detrás de Brent Knoll, el murmullo atormentado del señor Evans flotó sobre los tejados de Glastonbury: «Si tan solo pudiera verlo una vez... solo una vez... con mis propios ojos... lo que Merlín escondió... lo que José encontró... el Caldero de Yr Echwyd... el Grial inmortal... esta locura pasaría de mí... pero... pero...».

Sacó el cuello por la ventana y apoyó las palmas de las manos en el alféizar. Su pose era grotesca. Era como si estuviera a punto de dirigirse a una multitud reunida en el tejado de enfrente.

–Pero –gritó el señor Evans con sus nervios temblorosos y espasmódicos; y aunque de sus labios abiertos no salió ningún sonido, salvo un suspiro lamentable, habría sido difícil para cualquiera que lo estuviera viendo no creer que estaba gritando–, pero... pero... ¡yo... *no*... quiero... verlo!

VI. LA MIRADA DE UN SANTO

El señor John Geard vivía en una casa de Street Road, una calle que se bifurcaba hacia el oeste desde Magdalene Street, que a su vez se encontraba al oeste de las ruinas de la abadía. En su antiguo cuarto de costura, en lo alto de la destartalada casa de ladrillo de su padre (un edificio que parecía completamente ajeno a las inesperadas riquezas de su propietario), un día de mediados de marzo, las dos hijas del señor Geard, Cordelia y Crummie, conversaban animadamente y estaban muy absortas en lo que decían. Eran «las chicas grandes y desgarbadas» a las que Philip Crow se había referido con tanto desprecio en la mesa del té de Northwold.

El cuarto de costura donde estaban hablando era también el dormitorio de Crummie, y Crummie, la más joven de las dos, respondía sin duda, en ese momento, a la descripción

de Philip. Estaba tumbada boca arriba en la cama, con el pelo rubio y ondulado alborotado, los ojos de color violeta llenos de petulancia soñolienta, las faldas arrugadas, la piel blanca entre las enaguas y las medias, y sus pies calzados con zapatillas pateaban con mal humor la colcha ya arrugada de la cama.

Cordelia, por otra parte, no se ajustaba en absoluto a la imagen poco amable que Philip había pintado de ella. Era una muchacha muy fea, muy morena, sin nada amable en su rostro, salvo una sonrisa ocasional de melancólica diversión y melancólica indulgencia, y con una figura delgada, torpe y huesuda, Cordelia Geard era una crítica poco comprensiva de su padre, un apoyo práctico para su madre y, al mismo tiempo, la consejera y confidente de su vivaz hermana. En ese momento estaba sentada muy erguida frente a una pequeña mesa de trabajo, ocupada en un bordado.

–¡No soy indiscriminada! ¡Cómo te atreves a llamarme indiscriminada, Cordy!

“¿Quieres que te lo cuente todo?”

–¡Estoy hablando de ahora, ahora, *ahora!* –gritó Crummie–. Ahora sólo quedan el señor Barter y Red Robinson. Y Red me tiene miedo ahora que se supone que somos ricos; ¡así que él no cuenta!

–Si por «ahora» te refieres a que nos hemos hecho ricos

–dijo Cordelia con gravedad–, creo que el señor Barter se casaría contigo mañana si lo quisieras.

Crummie jugueteó coquetamente con su falda y luego empezó a acariciar, con el narcisismo consciente de una muchacha desmesuradamente orgullosa de sus piernas, la suave carne que había sobre una de sus rodillas. –Me gustaría casarme con el señor Barter... en cierto modo –dijo meditabunda.

Cordelia negó con la cabeza. –Él nunca te sería fiel. Es demasiado indiscriminado.

–Odio la forma en que dices eso, cada vez –protestó Crummie–. ¡Podría mantenerlo fiel, ya lo verías! Nunca ha vivido conmigo, así que no lo sabes.

–Si él nunca ha vivido contigo, tú nunca has vivido con él. ¡Te parecería horrible, Crummie, que se fuera con otras chicas!

–¿Y tú qué? –replicó Crummie–. Sabes perfectamente lo que el señor Evans le dijo a mamá la otra noche sobre que eres lo que él llama «cymric». Cordelia clavó la aguja en su labor y se sentó muy erguida. Sus pálidas mejillas se habían sonrojado un poco.

–Te lo dije anoche, Crummie –soltó–. ¡No quiero saber nada más del señor Evans! El señor Evans es amigo de papá y no está bien burlarse de él.

Crummie retiró su suave mano de su piel satinada y se bajó la falda con un brusco tirón. Era una muchacha bondadosa y, después de sus propias extremidades redondeadas, amaba a Cordy más que a nada en el mundo. Pero adoraba hablar de hombres; y que Cordelia descartara de la corte como tema de chismes a cualquier hombre vivo era una molestia y una vejación.

–Nunca me has detenido antes –dijo Crummie–. Siempre hablamos de los amigos de papá. Además, Owen Evans no es amigo de papá. Es primo de mamá. Es nuestro primo, así que puedo decir lo que quiera sobre él.

Cordelia se mordió el labio. En ese momento sintió que lo único que no podía soportar era que su hermana la arrastrara a una discusión sobre el único hombre que, en toda su virginal vida de treinta años, se había fijado realmente en ella. Si Crummie amaba a Cordelia, la devoción de la mayor de las chicas por Crummie no tenía límites. Megan Geard, su madre, era una mujer reticente, incluso con sus hijas. Era uniformemente fría con ambas y las chicas hacía tiempo que habían decidido que, en el fondo, estaba insatisfecha porque ninguna de ellas era un chico.

–Lo que... creo... –continuó Crummie–, lo que... creo... es que el señor Evans y tú...

–¡No! –gritó Cordelia–. ¡No quiero que lo digas!

–Bueno... si no debo decirlo... ¿sabes qué? –continuó Crummie obstinadamente–, al menos puedo decir que creo que papá quiere más al señor Evans que mamá. Creo que mamá piensa que el señor Evans está detrás de ti...

Esto fue demasiado para Cordelia. –Si te atreves una vez más –gritó– a hablarme del señor Evans, empezaré a hablar de ti y del joven señor Dekker.

Ahora le tocó a Crummie indignarse, y era evidente que estaba tan sorprendida como dolida. Se levantó de la cama, se apoyó en las palmas de las manos y miró boquiabierta a la muchacha morena que tenía delante, cuyos rasgos poco atractivos en ese momento se volvían casi hermosos por la ira. –¿Qué? –gritó Crummie–. ¿Qué quieres decir, Cordelia? ¿Quién te dijo que conocí a Sam Dekker o que tuve algo que ver con él? ¡Excepto en las fiestas de la escuela, por supuesto! Y a veces, cuando he cogido unas cuantas primulas, en época de primulas, para la iglesia, o he ido con Red a un partido de cricket en Street, o tal vez a la Feria de San Miguel donde todo el mundo conoce a todo el mundo, y si te atreves a decir que estoy enamorada de Sam Dekker o que alguna vez he hablado con Sam Dekker, excepto, por supuesto, como una chica habla naturalmente con el hijo de un clérigo cuando está ayudando al clérigo a distribuir premios o a llevar esos textos que tienen esas grandes rosas rojas, solo tengo una cosa que decir de ti, Cordelia Geard, y es que estás diciendo mentiras absolutas.

En ese momento Crummie encogió las piernas con el completo abandono de una niña pequeña, inclinó la cabeza hasta que su cabello ondulado cayó en mechones sueltos y bucles sobre su regazo y, cubriéndose la cara con las manos, estalló en apasionados sollozos.

Si Cordelia hubiera tenido la intención de utilizar un arma formidable, nunca hubiera esperado que resultara tan mortal como ésta. Su instinto inconsciente, como suele ocurrir con las mujeres que quieren hacerse daño, había dado en el blanco con más rapidez y seguridad que cualquier ataque razonado. En un instante, la hermana mayor reconoció la verdad. Vio, para su confusión, lo posible que es vivir íntimamente con una persona toda la vida y, al final, quedar absolutamente confundida por alguna revelación sobre su vida sexual secreta.

De modo que Crummie estaba enamorada del joven señor Dekker; realmente enamorada; de la misma manera que ella misma estaba enamorada de... pero Cordelia sacó de su mente sus pensamientos de golpe. ¡Esos eran sueños y especulaciones demasiado queridos incluso para que ella misma los pensara! ¡La pequeña Crummie! ¡Esto era nada menos que trágico! Las malas lenguas ya habían susurrado a las hermanas que el joven señor Dekker había estado «haciendo compañía a esa mujer de Zoyland en Splott's Moor». Y en cualquier caso, un matrimonio entre la hija de Johnny Geard –incluso de un rico señor Geard– y el hijo del vicario de San Juan era una consumación antinatural. Dejó el

bordado a un lado y se acercó a su hermana. –¡Perdona a la pobre Cordy! –murmuró con reproche–. Por supuesto que sé que el joven Dekker no significa nada para ti. Estaba enfadada, querida Crummie –y puso la mano acariciando la cabeza de su hermana y se inclinó para besarla–. Tu Cordy estaba enfadada. ¡Pero yo ya no estoy enfadada y tú no debes enfadarte conmigo!

Las mejillas de Crummie todavía estaban húmedas, pero sus labios carnosos y rojos se entreabrieron en una leve sonrisa. –¡Somos una pareja tonta, Cordy! –murmuró mientras se besaban, y echó los brazos tiernamente alrededor del cuello de su hermana y la atrajo hacia sí. Después de un segundo de fuerte abrazo, la chica más joven bajó las piernas de la cama y se sentaron una al lado de la otra sobre las sábanas arrugadas.

–Será mejor que te arregles un poco, Crummie. Sally tocará la campana para tomar el té.

–¡Y el señor Evans viene a tomar el té! –se rió la otra con picardía.

Cordelia se acercó ahora a la mesa y comenzó a doblar su bordado.

«Tengo que bajar y ponerme mi collar de corales», se dijo, «y cepillarme un poco el pelo; pero ¿de qué sirve? Si no le gusto por lo que soy, no le importará. ¡Y si le gusto, tampoco

le importará!» Y entonces se le ocurrió una extraña idea: «Si un hombre quiere casarse con una muchacha, cuando le gusta *sólo por su inteligencia*, ¿obtiene *algún* placer de besarla y abrazarla?» Esta extraña y preocupante pregunta se hundió tan profundamente en su conciencia que dejó el bordado donde cayó, sin envolver en su habitual trozo de papel de seda azul. Ella misma se dejó caer en su silla de costura y miró al frente. Se quedó mirando el cuadro de «Los cuatro mares» que representaba el otoño. Automáticamente leyó: «Nosotros también tenemos otoños, cuando nuestras hojas caen sueltas a través del aire brumoso y todo lo bueno está atado en gavillas, y nos quedamos segados y desnudos». Ella había leído estas palabras en el lugar que les resultaba familiar en la pared del cuarto de costura desde que aprendió a leer.

Crummie agarraba con fuerza entre los dedos la mitad de su fragante melena, la colocaba alrededor de su nuca blanca y pasaba el peine, con muchos gritos por los enredos en sus rizos ondulados y despeinados. Enroscarlo alrededor de su cabeza y colocarle las horquillas era cuestión de un segundo o dos. Luego se quitó el vestido e, inclinándose sobre la cómoda, buscó con calma esta y la otra prenda; sopesándola, descartándola, valorándola, eligiéndola. Flotando allí, toda de blanco, con los brazos y los hombros descubiertos, procedió a alisar con indolentes dedos extendidos los pliegues de su combinación, preparándose para sacarse el vestido por la cabeza.

Como una monja paciente en el vestuario de una cortesana, Cordelia la observaba con una pequeña sonrisa torcida en los labios. ¡No! Por supuesto, Owen Evans no podría amar a una persona como ella. Pero si realmente él pensaba que ella era “círica” en sus ideas y la amaba lo suficiente como para casarse con ella, ¡claro que sí! Se casaría con él.

Crummie estaba sentada en la cama ahora, cambiándose las medias, y si antes se veía encantadora y seductora, ahora se veía así aún más.

Mientras Cordelia observaba la delicada suavidad de los miembros de Crummie durante este prolongado ritual, y la blancura de su carne proyectada en tiernas sombras por el dobladillo de volantes de su vestido, un leve y vacilante espasmo de rebeldía invadió la mente de la sencilla muchacha. ¿Por qué sus pobres rodillas tenían que ser tan huesudas y de textura áspera? ¿Por qué bajo sus huesudas rodillas sus piernas debían ser como un par de palos de escoba? Si Dios había querido todo desde el mismo Principio del Mundo, ¿por qué había querido que todo este exquisito deleite en el propio cuerpo (Crummie estaba de nuevo frente al espejo, girándose de un lado a otro, mientras se probaba su nuevo vestido de fiesta) se le diera a una muchacha, mientras que otra sentía que su cuerpo era una carga molesta que había que llevar de un lado a otro? Oh, no dependía de tener hombres que la admiraran o la abrazaran.

«¡Es la sensación», pensó la pobre Cordelia, «de ser bella para una misma lo que importa!».

La hermana menor ya estaba lista. –Cordy –gritó, apartando la mirada del espejo a regañadientes–, ¿no vas a cambiarte?

Pero Cordelia, poniéndose de pie, se limitó a darse dos palmaditas despectivas en el pelo oscuro, a sacudir con desprecio su falda negra y a quitarse de la parte delantera unos cuantos hilos de colores que había dejado el bordado. En lugar de mirarse al espejo, miró por encima de la cabeza de su hermana la representación en color de la primavera, la primera de las cuatro estaciones, colgada en la pared. En la parte inferior de este cuadro, que siempre había sido el favorito de la menor, había una pequeña tarjeta, pegada en el borde del marco, que llevaba en su superficie un dibujo infantil de una niña pequeña, hecho en crudos tonos rosas y azules, el pelo era apenas una enorme mancha de amarillo cromo, que llevaba la inscripción «Crummie por Crummie, de seis años». «Vamos», dijo, «bajemos a ayudar a Sally.

La presencia de Sally en la casa (la señora Geard apenas le permitía cruzar el umbral de su sagrada cocina) era una de las pocas muestras de grandeza doméstica que habían aparecido en Villa Cardiff, Street Road, desde que Johnny Geard accedió a la riqueza.

Y Sally, hija de la señora Jones, de la casa de té de High

Street, no era en absoluto una criada inteligente ni experimentada. Pero Cordelia se sentía bastante aliviada de no tener que abrir la puerta todo el tiempo; y a veces, cuando, en uno de sus momentos de mal humor, estaba tumbada boca arriba en su cama del piso de arriba, experimentaba una leve y maliciosa satisfacción al oír a Sally repetir su lección más difícil: la inhóspita orden: «No está en casa».

«Bloody Johnny»)» (Johnny el sangriento), como a los amigos de la taberna de Glastonbury les encantaba llamar al señor Geard por sus sermones en la calle y sus repetidas referencias a la Sangre de Cristo, evidentemente no tenía - intención de utilizar el dinero de William Crow para embellecer la Villa de Cardiff, ni con pintura nueva, ni con muebles, ni con vajilla, ni con sirvientes. Cordelia se preguntó ahora, cuando entraron en la cocina y encontraron a Sally Jones mirando muda y atónita los preparativos de la señora Geard, si el señor Evans ya se daba cuenta de lo improbable que era que ella recibiera una gran parte de ese dinero, incluso si se casaba con él. «¡Nunca, nunca, ningún hombre ha necesitado más cuidados que el señor Evans!», pensó. Por extraño que pareciera, nunca pensó en su pretendiente anticuario como algo más que «el señor Evans». Había llegado al punto (nada fácil, considerando la pesadez del segundo nombre del galés) de llamarlo Owen. Pero nunca *pensó* en él como Owen...

-En realidad traje al señor Crow para que la conociera -dijo

el señor Evans, refiriéndose a John Crow, mientras todos estaban sentados alrededor de la bandeja de té en el salón principal— porque está en apuros. Al oír la palabra «dificultades», Megan Geard cerró la boca con fuerza y miró furtivamente el cráneo ridículamente grande de su imprudente marido. Había sabido demasiado bien —¡y hacía muy poco!— lo que significaba «estar en apuros».

Pero Bloody Johnny no parecía tener semejante recuerdo. Giró su cabeza hidrocefálica sobre el pivote de su cuello con la lenta gravedad del fantasma de Punch y Judy y miró a John desde el otro lado de la mesa. —Su abuelo fue un buen amigo para mí —observó—. Pero le serví bien. Si me disculpa la palabra, señor Crow, y no me considera presuntuoso, creo que puedo decir que hice que los últimos años de su abuelo fueran muy felices.

John redujo sus ojos a dos estrechas rendijas. A través de ellas examinó al señor Geard con mucha atención, lanzándole la mirada evaluadora de un mendigo profesional que examina un rostro nuevo en una puerta trasera conocida.

—Lo que no creo que entienda ninguno de los miembros de su familia, señor Crow —prosiguió el predicador— es que considero el legado de su abuelo como una responsabilidad divina.

Al oír estas sorprendentes palabras de su anfitrión y tocayo

John Crow, los ojos casi se cerraron por completo, mientras que el tic hereditario en su rostro se convirtió en una especie de pequeño salto bajo la piel de su delgada mejilla. –¿Quiere decir que nos va a devolver el puf, señor? –dijo.

Bloody Johnny era la única persona en esa mesa que permaneció completamente tranquila ante la conmoción de ese grosero discurso. “Bueno, señor Crow”, comentó serenamente, “no exactamente devolvérselo, ¿sabe?, no a ninguno de ustedes; es decir, no *exactamente*, como usted podría decir, *devolvérselo*. Pero tengo la intención (y mi amigo el señor Evans está completamente de acuerdo con mi intención) de gastar el regalo de su querido abuelo, o al menos la mayor parte del mismo, en un propósito que no está relacionado en modo alguno conmigo ni con mi familia”. La voz del señor Geard se elevó un poco al pronunciar estas palabras finales y su gran cabeza pareció obedecer a una orden interior mientras giraba resueltamente sobre su pivote. Lo que ahora tenía ante sí bajo esa orden interior, y a John Crow le pareció oír un crujido audible de su maquinaria mientras giraba, era el rostro extremadamente agitado de Megan Geard, cuya boca, al oír las palabras «con mi familia», se había convertido en un semicírculo apenas delineado cuyos cuernos caídos estaban rodeados de arrugas temblorosas.

–El señor Evans cree –prosiguió Bloody Johnny– que sería un error por mi parte no confiarle mis planes a mi esposa y a mis hijas, especialmente a mi hija Cordelia, aunque, como

usted sabe, son mi tesoro –y al llegar a este punto fijó una mirada sin pestañear en los ojos abiertos de su esposa–. No soy de los que revelan sus planes hasta que han madurado. Apenas se habían apagado las reverberaciones de estas grandiosas palabras, «planes» y «madurado» cuando Bloody Johnny las siguió con un murmullo de desprecio, dirigido no a su familia, sino a su Dios. –Quiero decir –añadió– hasta que hayan sido bendecidos desde arriba.

Una capa opaca se formó sobre los ojos de John y se dijo a sí mismo: “Si este tipo resulta ser un tonto supersticioso, en lugar de un bribón hipócrita, no conseguiré nada de él. ¡Mi trabajo fácil se esfuma!”

–Mi pariente, el señor Geard –dijo Owen Evans, dirigiendo una mirada respetuosa a Cordelia–, ha llegado a la conclusión de que existen formas de atraer a Glastonbury, mediante un prudente gasto de un poco de dinero, bancos y montones de peregrinos. Vendrán de Francia, de Alemania, de Rusia. Acudirán aquí en cantidades tan crecientes que Glastonbury volverá a rivalizar con Roma y Jerusalén como centro de influencia mística. Lo único que queda por hacer... –en ese momento, para total asombro de Cordelia, aunque pensó, como le había dicho a Crummie, que «conocía al señor Evans de cabo a rabo», su mirada se apartó de sus ojos atentos y se hundió en sus manos entrelazadas que descansaban sobre la mesa, mientras su voz se volvía quebrada, espasmódica, intensa– es que... que algo... que algo... que algo suceda... y una nueva religión... diferente...

de cualquier otra que haya existido... surja..... ¡hará una grieta en el mundo!” Todos volvieron la mirada hacia su rostro desencajado; todos excepto Crummie, que miró con asombro a su hermana.

–¿Qué quieres decir con «una grieta en el mundo»? –preguntó John Crow, mientras la película de desesperanza desaparecía de sus rasgos y toda su atención se despertaba.

–¡Una grieta en la relación causa–efecto! –exclamó Owen Evans, alzando la voz–. ¡Una grieta en las leyes de la naturaleza, una grieta en la materia! ¡Y algo se abrirá paso a través de esa grieta y *acabará con nuestro tormento!*

La palabra «tormento» salió de unos labios tan retorcidos que parecía que realmente viniera de un espíritu del infierno y el corazón de Cordelia Geard empezó a latir con fuerza. Los demás, excepto el profano John, apartaron la mirada, como si se tratara de una aparición tan evidente como trágica. Pero cuando Owen Evans se recuperó lentamente, la muchacha soltó las manos y, con mucha ligereza y un gesto que ninguna dama del país podría haber superado en dignidad y gracia, puso los dedos sobre la manga de su abrigo.

John, que observaba atentamente al señor Evans, no podía decidir si el hombre había notado siquiera el movimiento de la devota muchacha, cuyos dedos se retiraron tan pronto como su amiga recuperó el control de sí misma, pero para el

astuto escrutinio del «aventurero venido a menos», el incidente era muy significativo. «No está interesado en su dinero», pensó, «pero sin duda está fuera de su alcance. Debo descubrir el secreto de ese tipo. Tiene una especie de pincho diabólico clavado en el abdomen; ¡pero sólo el Señor sabe *qué* es!».

En cuanto a John Geard, ante la explosión de su aliado galés, lo que hizo fue apartar lenta y deliberadamente, no la cabeza, sino los ojos, en sus cuencas huecas e inmóviles, para apartarlos por completo del hombre agitado. El señor Geard tenía la boca llena de bizcocho, que le gustaba especialmente, y su voz sonaba borrosa y espesa. «Lo que deberíamos tener en Glastonbury», dijo, «y el solsticio de verano sería un buen momento para ello, es una feria religiosa o una representación de la Pasión que atraiga a la gente. Aquí no se ha representado ninguna Pasión desde hace años.» Hizo una pausa y cerró los ojos. «Tampoco un milagro», murmuró. «No, desde hace trescientos años; pero llegará el momento y el milagro llegará».

En ese momento Crummie, que estaba mucho más atenta a lo que hacía Sally que a lo que decían los invitados de su padre, se levantó de un salto de su asiento y corrió a la cocina. Desde la cocina, porque la impulsiva muchacha dejó la puerta abierta de par en par, todos podían oírla regañar a la criada por su falta de atención. Quedó claro, desde las primeras palabras que siguieron, que Crummie encontró a la holgazana doméstica parada en Street Road contemplando

a los transeúntes; pero un momento después oyeron la propia voz de Crummie alzada en un saludo animado. La propia Sally regresó, bastante avergonzada, al comedor y le susurró algo a Cordelia; pero ahora entraba en la habitación una corriente de aire tan fría que el señor y la señora Geard y sus dos invitados masculinos mantuvieron la cara vuelta y su atención dirigida hacia las dos puertas abiertas.

–Es el joven señor Dekker –dijo Cordelia en ese momento–. Conozco su voz. Al oír el nombre de Dekker se produjo esa curiosa rigidez moral, esa concentración de relajada conciencia social que siempre ocurre en Inglaterra cuando una persona de clase media alta entra en compañía de un grupo de personas de clase media baja. Apenas Cordelia había pronunciado las palabras «Conozco su voz» cuando Crummie entró en la habitación trayendo consigo a Sam Dekker.

Se produjo un movimiento general de levantarse, arrastrar los pies y temblar de manos; y en medio de la confusión, mientras Sally vertía agua tibia sobre las hojas rancias de té, Cordelia se deslizó hacia la cocina y comenzó a preparar una tetera nueva y a cortar pan fresco con mantequilla. Sam Dekker se sentó, bastante torpemente, al lado de Crummie. Estaba en el extremo de la mesa, al lado de la señora Geard, pero también al lado de la puerta. Se negó a dejar el sombrero y el bastón y siguió protestando que no debía quedarse y que ya había tomado el té.

–¡Oh, Cordy! ¡Qué amable de tu parte pensar en eso!
–exclamó la hermana menor, cuando después de unas cuantas generalizaciones nerviosas sobre las templadas mañanas y las frías tardes de este inusual mes de marzo, el hielo se rompió con la aparición del té y del pan y la mantequilla recién hechos.

Sam consintió en que Crummie le quitara el sombrero y el bastón. Había empezado a mirar a John Crow con una curiosidad furtiva, silenciosa y amenazadora, como si John fuera un tejón más en una reunión de zorros.

–¿Puedo contarle al señor Dekker –dijo John– el gran complot que ustedes dos están tramando para convertir este lugar en una especie de Oberammergau inglés²¹?

–No podría esperar –observó el señor Geard, con un imperceptible gesto de aprobación hacia John– que el señor Dekker aceptara mi inmaduro designio, teniendo en cuenta la posición que ocupa su padre.

–El señor Geard tiene la idea –prosiguió John, dirigiéndose ahora sólo a Sam Dekker– de celebrar una especie de desfile, una especie de feria religiosa en pleno verano... Creo que tiene en mente el veinticuatro de junio... en el Tor Fair-field,

21 Oberammergau es un municipio del distrito de Garmisch-Partenkirchen en el estado federado de Baviera, Alemania. Está localizado en el valle del río Ammer. Oberammergau es conocida sobre todo, por su escenificación de la pasión de Cristo cada diez años.

¿eh, señor? Su idea es hacer de este un acontecimiento al que acudirá gente de Francia y Alemania, así como de toda Inglaterra. Será, por supuesto, totalmente amistoso con todas las entidades religiosas. No será un acontecimiento eclesiástico. No será un acontecimiento inconformista. Será... Tengo razón en esto, ¿no es cierto, señor Geard?... un avivamiento de Glastonbury, absolutamente independiente de las iglesias. Veo que le interesa la idea, señor Dekker; y también le interesará a todo el mundo cuando la anunciemos un poco. ¡Oh, me gustaría que me nombrara su secretario, señor, o su maestro de ceremonias... algo por el estilo! Sé que capto exactamente lo que tiene en mente. Y si tuvieras a uno de nosotros, los Crows, como tu lugarteniente principal, también acallaría todos los chismes y quedaría bien en los periódicos. Y, por cierto, "me daría la oportunidad de..." –estaba a punto de decir "de molestar a Philip", pero al observar el rostro de Bloody Johnny reconoció que la malicia hacia un enemigo era completamente ajena a la naturaleza de ese hombre, por lo que concluyó de otra manera– "una oportunidad de casarme y sentar cabeza. Puedo ver que le sorprende, Sr. Dekker, verme aquí; considerando el agravio de mi familia contra el Sr. Geard, y nuestra envidia y nuestros celos hacia el señor Geard; pero yo soy una oveja negra, ¿sabe? No me importa confesarles a todos ustedes, gente amable –y alzó la voz y miró el rostro redondo, rojo e hipnotizado de la criada Sally, que, de pie detrás de la silla de la señora Geard, hacía rato que estaba pendiente de sus labios con tanta atención como

si fuera el chimpancé humano que habla en la cabina mágica del circo Somerton– que vine aquí con la esperanza de que el señor Geard me dejara ayudarlo de alguna manera. Incluso pensé que su empleo serviría para callar todos estos chismes... una concesión a Cerbero, como podría decirse... pero el señor Geard lee mis pensamientos... ¡Usted sabe que lo hace, señor! ¡Sí, realmente lo hace!

Se detuvo, sin aliento, y Sam Dekker lo miró con el ceño fruncido y enfurruñado. La atención de Sam había estado divagando desde el principio hasta el final de su discurso. Se había estado diciendo a sí mismo: «Sé lo que significa ver a Zoyland subiendo por Wells Road. ¡Ha venido a ver a Philip! Eso significa que va a Wookey Hole. De lo contrario no vendría a verlo. No lo hizo el año pasado; y me imagino que podría hacerlo muy bien... no en un trabajo como éste». En ese momento, al oír las palabras de John como si fueran sonidos completamente sin sentido, su mente dejó de pensar en palabras. Se sintió durmiendo con Nell en la cama de William. Sintió la presión de sus senos contra su pecho. Ese tipo locuaz frente a él, parloteando sobre un desfile de verano, no tenía más importancia para él que un pato graznando en el patio de una granja cuando se dirigiera a Queen's Sedgemoor.

De hecho, mientras miraba fijamente a John, la nariz de John se convirtió en el camino entre los dos grandes robles y la aldea de Wick, mientras que la frente de John se convirtió en el sendero sobre los prados fluviales. “*Debo* saber la

verdad, de una manera u otra”, se dijo a sí mismo. “Debo *saber* si ella va a estar sola allí cuando él vaya a Wookey Hole”.

A Cordelia le conmovió observar el comportamiento de Crummie. Ya no era la muchacha desenfadada, juguetona y traviesa que se deleitaba en excitar los sentidos de los hombres. Era una doncella seria, tierna, de ojos caídos y atenta, que hacía todo lo que podía, con miles de pequeñas atenciones y consideraciones diplomáticas, para ganarse el favor de su distraído señor.

«Es un caballero», pensaba el señor Geard. «Es un bribón astuto. Por supuesto que es ateo. No cree en nada. Se nota a simple vista. Pero es el Señor Bendito quien me lo ha traído. Es el hombre perfecto para mi designio... ¡el hombre perfecto! Un creyente sería difícil. Un clérigo sería imposible. Este muchacho tratará mi designio como una farsa. No tendrá prejuicios. Es lo que he estado buscando desde que regresé de Norfolk. Y también es su nieto... sí, tiene toda la razón en lo que respecta a la fortuna. ¡Causará una muy buena impresión en todos los interesados si tengo a uno de estos Crows como una especie de socio! Él tendrá una parte en el gasto del dinero de su abuelo. Con su ayuda yo... yo haré... yo tendré... yo seré... yo haré... una cosa absolutamente nueva –sollozos de felicidad– tierra negra–lluvia–rocío–paz”

En ese momento, las torres de su Nueva Jerusalén,

construidas de esa manera para la Gloria de la Sangre, se alzaban claras y cristalinas ante sus ojos, apilándose, contrafuerte sobre contrafuerte, muralla sobre parterre, más allá de la jardinera de begonias de su esposa. Castillos de cristal, islas de vidrio, espejos y espejismos de lo invisible, escondites de Merlín, cuernos y urnas y pozos y calderos, cimas de colinas mágicas, piedras de misterio; todo esto le parecía al cerebro de Bloody Johnny en ese momento no meras imágenes mentales fluctuantes y ondulantes, sino cosas reales; reales como la madera agrietada de la vieja jardinera, reales como el ceño fruncido en la frente de Megan. John Crow podía ver claramente la impresión que sus palabras habían causado en su anfitrión, pero esperó pacientemente hasta que este ataque de distracción llegara a su fin.

Crummie ya había llegado al punto de atreverse a expresar, en tono suave y vacilante, su creciente absorción en el estudio de la historia natural. Le estaba preguntando a Sam si no había algunos libros fáciles de comprar sobre temas como plantas acuáticas, escarabajos acuáticos, algas de estanque y demás; pues, al parecer, estos habían sido durante muchos años el deleite secreto de Crummie; aunque, en aras de la paz en la familia, había sido necesario ocultar su obsesión.

–John, ¿no crees que sería más prudente –estalló por fin la señora Geard, encontrando su oportunidad en uno de esos extraños y largos silencios que parecen recaer

especialmente sobre grupos de seres humanos de aproximadamente el mismo número que ocupaba esa habitación, mientras que menos personas o más personas se habrían librado de esa vergüenza–, ¿no crees, John, que sería más prudente esperar hasta que nos mudáramos a Chalice House antes de contratar a alguien más?

–Querida madre –interrumpió Cordelia–. ¡El señor Crow no quiere decir que quiera vivir con nosotros! Padre sólo le pagará un pequeño salario por su ayuda. Le ahorrará mucho dinero. Le ahorrará tener que dirigir una oficina.

Al oír la palabra «oficina», Megan Geard se desplomó. Se hundió en su silla y jadeó. La idea de que la corriente dorada de ese gran legado de Northwold se desviara hacia una «oficina» le parecía casi lo peor que podía pasar. En las películas a las que asistía a veces, la palabra «oficina» era sinónimo de disipación y engaño.

Sam Dekker se puso de pie con rigidez en ese momento. Había decidido actuar de inmediato. Iría él mismo en ese mismo instante (sólo podían ser las cinco y media) y llamaría a Philip Crow. Estrechó apresuradamente la mano de sus anfitriones, saludó con la cabeza a John Crow y al señor Evans, y Crummie, silenciosa, lo acompañó hasta la puerta principal, donde ella le entregó de mala gana su sombrero y su bastón. Estaba tan obsesionado con lo que tenía en la cabeza que le quitó sus cosas con un simple «gracias», le hizo un gesto distraído con la cabeza y se apresuró a marcharse

calle arriba. Cuando se acercaba a la iglesia de San Juan, de camino a Wells Road, se le ocurrió con extrema lucidez que era bastante probable que Nell hubiera ido a la ciudad caminando con su marido desde Queen's Sedgemoor. Había visto a William solo, pero eso significaba poco; Nell tenía la costumbre de separarse de Zoyland cuando estaban juntos en Glastonbury, hacer sus compras en paz y reunirse con él después en el Pilgrims' Inn. Sam conocía bien esta costumbre suya y ya la había aprovechado para encontrarse con ella en las Ruinas y, una vez, incluso (pero eso era un riesgo peligroso), en un campo al pie del Tor. Su corazón latía con fuerza, por lo tanto, pero más por amor que por sorpresa, cuando vio su figura pasando bajo el arco de hierro de la farola hacia el cementerio. Había sido un día gris y, con la llegada del atardecer, el aire comenzaba a volverse frío y oscuro. Sam dio pasos apresurados para perseguirla y llegó al cementerio justo a tiempo de verla entrar en el pórtico de la iglesia.

A esa hora entraban y salían muchas personas de la iglesia. Había aún más gente que pasaba de un lado a otro frente a la entrada del cementerio; y entre ellos, cuando Sam se disponía a pasar corriendo bajo el arco de hierro que sostenía la lámpara de gas, había una figura vestida de obrero que no dudó en detenerlo y dirigirle la palabra. Sam no pudo soportar esta demora. El hombre era bastante educado y su comportamiento general tenía el aire de un capataz o un maestro fontanero. Pero el alma de Sam ya

estaba dentro de la iglesia. ¿Y de qué demonios estaba hablando ese joven artesano pálido, intenso y pelirrojo? Había agarrado a Sam por la solapa de su abrigo. Estaba agitado por algo. –Le pido perdón –soltó Sam por fin–, pero tengo mucha prisa. Tengo que ir, si no le importa, a la iglesia. ¡Tengo que irme! En ese momento una mueca tan amarga se dibujó en el rostro de este joven excitado que Sam se dio cuenta y se detuvo. ¿Qué le pasaba a este hombre? ¿Por qué estaba tan agitado?

–Así que usted es el caballero por el que ella no se cansa de suspirar –empezó el hombre con un marcado acento cockney²²–. Ella suspira, tienes *aspecto de un sigiloso*. Bueno, Crummie, suspira, al próximo personaje que consiga le echaré un buen vistazo. No siempre ves un maldito sigiloso en la calle Igh. Pero lo atraparé, si no habla en favor de un pobre perro como el suyo, sin duda. La palabra de un sigiloso, le diré, debería ser suficiente para una chica si se preocupa por darle una paliza a un tipo en su cortejo.

Por primera vez, una luz iluminó la mente impaciente de Sam. Debía ser Red Robinson, el comunista cockney que siempre estaba tramando disturbios y huelgas en las fábricas de Philip. Sam recordó entonces que la madre de Red Robinson, con quien vivía, era una anciana asistente de

22 Cockney es un dialecto del idioma inglés, hablado principalmente en Londres y sus alrededores, particularmente por londinenses de clase trabajadora y clase media baja.

principios conservadores muy rígidos que trabajaba regularmente en la iglesia. Sam la conocía bien y a menudo la había oído hablar con tristeza y tragedia de las perversas opiniones de su hijo infiel. Todo el episodio fue para él una revelación de lo pobres que habían sido los Geard antes de heredar su legado. ¡Parecía difícil imaginar a ese trabajador aspirando a la mano adinerada de Crummie!

–¿Has venido a acompañar a tu madre a casa? –murmuró débilmente, maldiciendo a madre e hijo y pensando para sí: «¡Si este tipo viene conmigo ahora será la gota que colme el vaso!». Y fue la gota que colmó el vaso. Red Robinson, poniéndose firmemente la gorra de obrero en la cabeza, como para demostrar que un cementerio no era más sagrado que cualquier otro cementerio, siguió resueltamente a Sam mientras se alejaba, y mientras lo seguía siguió hablando de Crummie.

La desesperación de Sam fue empeorando a medida que se acercaban a la puerta de la iglesia. Nunca había oído un acento cockney llevado a tal extremo. La verdad era que el acento de Red era más cockney que el de cualquier londinense vivo. Una vena profunda de lo que podría llamarse «malicia filológica» había llegado a enfatizar esta «forma de hablar como una forma de despecho contra la burguesía de Glastonbury».

–Suspira porque pareces un *signo* –repetía Red–. Suspira porque has estado en problemas toda su vida. Suspira

porque desde que te conoce es una chica diferente. Así que todo lo que tienes que hacer, señor, es suspirar la palabra y ¡se casará conmigo mañana!

–Bueno, no sé qué puedo hacer por usted, señor Robinson, pero no me importa hablar con la señorita Geard. –Estas palabras salieron de su boca de forma automática, como si fueran guisantes sacados de una bolsa. Pero en ese momento entraron en la iglesia y Red Robinson y su exagerado lenguaje cockney se convirtieron para la mente de Sam en algo mucho menos importante que el polvo que ahora levantaba la madre de Red mientras la anciana barría con su cepillo entre los bancos con su larga falda negra sujeta con alfileres por encima de su enagua de lana gris.

Allí, ante sus ojos, estaba Nell Zoyland. La muchacha estaba recostada en uno de los bancos más próximos a la pila bautismal, en una actitud que no era de piedad ni de paz, sino de apatía y cansancio. Uno de sus brazos estaba echado sobre el respaldo del banco. Su rostro estaba tan sombreado por el sombrero que en la penumbra de aquel interior era una simple mancha blanca. No parecía desdichada. Nadie la habría tomado por una figura trágica. Nadie, por otra parte, la habría tomado por una visitante despreocupada de Glastonbury. Podría haber sido una hermana de Sam, alguna hija cansada del cura de esa misma iglesia, descansando después de una larga caminata por el campo.

–¿Estás lista, mamá? –oyó que exclamaba Red Robinson–.

¡Date prisa, que necesito mi corbata! ¡Dile buenas noches a Jesús y arrójate rápido!

Sam se acercó a la chica y la saludó en un susurro. Ella se llevó rápidamente la mano a la garganta y soltó un pequeño grito entrecortado. Sam estaba tan emocionado que no moderó su voz mientras la saludaba mientras ella se ponía de pie de un salto y lo miraba. –¿Ha ido a ver a Philip? –preguntó con entusiasmo.

Nell Zoyland asintió, agarrando tres paquetes de papel que sostenía apretados contra su pecho y sin ofrecerle la mano.

"¿Va a ir a Wookey Hole?"

Ella asintió nuevamente sin decir palabra.

Él bajó la voz hasta convertirla en un susurro que ella apenas podía oír. Pero ¡bien sabía ella el sentido de esa pregunta desesperada! ¿Había vuelto con él desde aquella noche? Sus ojos adquirieron una mirada extraña, cansada e indiferente, en esa luz tenue, y parecieron abandonar su rostro y mirar hacia la lejanía. –¿Has vuelto... con él? –repitió con insistencia casi brutal. Por tercera vez ella asintió; y luego, moviendo un poco los pies, como si el suelo estuviera resbaladizo bajo ella, se enderezó y lo miró directamente a la cara; y a él le pareció que había un destello de reproche en sus ojos.

–Ven... por aquí –dijo, tirando de su chaqueta. Se alejaron

del alcance de los oídos de Red Robinson y su madre; y Sam pronto descubrió que la había conducido inconscientemente hasta el gran sarcófago vacío que llevaba las iniciales I. A. Allí estaban parados uno al lado del otro, ella con el cuerpo apretado contra el borde exterior de la piedra, él con los dedos agarrando el borde interior.

"¿Qué tan pronto irá a Wookey Hole?"

–Dentro de dos o tres días –respondió ella, mirándolo con expresión inescrutable–. El sábado seguro que se habrá ido –murmuró. Hizo una pausa y luego añadió humildemente, metiendo la punta del paraguas en una grieta entre dos piedras–: No puedo entender cómo pueden soportar a una criatura tan débil e insegura como yo. Se lo estaba diciendo a William hace un momento, desde Wick Hollow hasta Maidencroft Lane. ¡Sé que voy a traer una maldición sobre ustedes dos! ¡Lo que merezco es que se vayan y me dejen en paz! ¡Oh, Sammy, Sammy, cuánto más buenos son los hombres, en el fondo, que las mujeres!

Sam suspiró. –Me arriesgaría a todo lo malo que pudieras imaginar, Nellie –dijo–, si tan solo pudiera tenerte a mi lado.

Ahora le tocó a ella suspirar. –¿Por qué no me llevaste, querido Sam, aquella tarde en Queen's Sedgemoor? De alguna manera nos habríamos arreglado. No soy tonta y tú tienes unos brazos muy fuertes.

Sam respiró profundamente, tan profundamente que lo sacudió de la cabeza a los pies. Sintió un vuelco en la boca del estómago, como si un pez hubiera subido allí. Sintió que la sangre le latía por encima de los pómulos. –Podríamos... todavía... hacerlo, pequeña Nell –tartamudeó con voz ronca.

–Ya es demasiado tarde, querido mío –dijo.

“¿Por qué?” gimió.

“Porque... porque me ha hecho entregarme a él... como nunca lo he hecho... antes de esto.”

Sam guardó silencio, meditando en su cabeza sobre los inescrutables recovecos del corazón de las mujeres. Pensó para sí mismo: “¿Qué debo creer? Ese día fuimos al puente de Pomparles y vimos a la adivina en esos estanques, y ella me habló de la espada de Arturo, me hizo creer que la había violado el primer día que se conocieron; ¡y ahora dice esto! ¿Acaso las mujeres se deleitan en hacerse pasar por víctimas? Primero dice esto y luego aquello... ¡No puedo decir cuál es la verdad!”

–Pero ¿todavía me amas, Nell? –le suplicó–. ¿No te has vuelto contra mí? ¿No te has pasado a él por completo?

–Siempre te amaré más que a todo lo demás en el mundo –dijo. La condujo hacia el altar y se sentaron en el primer banco. Frente a su banco había un espacio abierto de suelo desgastado por el tiempo, con varias lápidas completamente

ilegibles y absolutamente planas. Más allá estaban las barandillas del altar. Pero la muchacha mantuvo los ojos fijos en el suelo y no dejó de subir y bajar la mano por el borde pulido del asiento—. Pero entregarme a ti después de entregarme a él como lo he hecho desde aquella noche tiene algo —hablaba incluso más lentamente ahora, pero nunca pareció dudar una palabra— que no puedo soportar. Levantó los ojos del suelo y los fijó tímidamente y humildemente en el rostro preocupado de Sam. —No culparía a ninguna mujer —continuó— que viviera con dos hombres, si uno fuera su amigo terrenal y el otro su amigo ideal. Pero tú y Will —¡no te molestes si lo digo, Sam!— son ambos amigos terrenales. Fue por eso... que yo... que hice que Will durmiera solo. Quería pertenecerle por completo.

Sam habló apresuradamente y con entusiasmo. Pero debo ir a verte cuando él no esté. Sería una locura, Nell, dejar pasar una oportunidad así.

Un espasmo de ira le cruzó el rostro. —¿Oportunidades, Sam Dekker? ¿Hablas de oportunidades? ¿Por qué no me llevaste cuando tuviste la «oportunidad»? ¡No, no! ¡Una chica no es una botella de vino que un hombre puede guardar bajo llave en un armario para beber un sorbo cuando quiera! De todos modos, Will es un hombre genuino en estas cosas. No espera una «oportunidad». Se lanza y asume riesgos.

Ella permaneció erguida frente a él, con los paquetes

apretados contra la cintura y el paraguas apretado transversalmente contra el pecho.

Su súbito destello de ira se le comunicó en un segundo y él también se puso de pie. –Si te sientes así –gruñó de mal humor–, tal vez lo mejor sería que dejara de ir a verte.

Echó una rápida mirada a la iglesia que se oscurecía. Pero el ataúd de piedra de José de Arimatea yacía intacto, una vaga mancha de blancura insustancial en el crepúsculo que se avecinaba, y los hijos de Robin, tanto la madre como el hijo, habían desaparecido. –Nunca pensé que llegaría el momento –dijo con fiereza– en que tuviéramos una oportunidad como ésta, ¡y que la desperdiciáramos! ¿Has olvidado todo lo que hemos hecho juntos y dónde hemos estado juntos? ¿Has olvidado aquella cabaña de caña en Splott's Moor? ¿Has olvidado el puente ferroviario de Hartlake? ¿Has olvidado aquel lecho de mimbre en Westholme y el Palace Barn en Pilton?

–¡Nunca pensé –dijo– que llegarías a hablar de esas cosas en ese tono! ¡He sido una tonta al tratarte como uno de los pocos hombres en los que una chica puede confiar para que no se comporte como un canalla! –La palabra «canalla» la pronunció con vibrante deleite, como si fuera una daga de una vaina oculta. Se iluminó de indignación al ver el movimiento de su pobre y divertida barbilla cuando la hundió.

–Sólo hablé de esos lugares para recordarte cosas –replicó con ojos brillantes–. Lo que has hecho al volver con él cuando me pertenecías fue mucho peor que hablar de nuestras pequeñas cosas. Fue una especie de... una especie de... ¡Bueno! No te diré eso. ¡Pero sabes a qué me refiero! ¡Nunca lo has sacado de tu corazón... nunca!

“¿Cómo puedes decirme eso después de todo lo que pasó?”, interrumpió ella.

–¡Porque así eres! Porque cuando volviste con él actuaste como una puta. (Eva lo hizo ahora, pensó. ¡Eve dejó caer la gota que colmó el vaso al llamarla así!) –¿Dónde quieres que te vea? ¿No puedo llevarte a ningún lado? –dijo con una voz mecánica y sin tono. Tomó su mano. Repitió esa fórmula desesperanzada. Sus labios parecían haberse secado. Soltó sus dedos flácidos, pero ella lo retuvo por un segundo por la expresión de su rostro.

–Me has hecho... muy... feliz... Sam –susurró, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Sam debería haber tenido la inteligencia de darse cuenta en ese momento de que si se hubiera tragado su orgullo y hubiera cambiado su tono, todo habría ido bien. ¡Aparentemente un hombre puede llamar puta a su amada y que se le perdone! Pero estaba demasiado agraviado y era demasiado ingenuo como para aprovecharse de las lágrimas que ahora corrían por su rostro.

–Adiós –repitió tenazmente–. Adiós, Nell.

Un poco más tarde esa noche, Red Robinson estaba sentado hablando con su madre y Sally Jones en la cocina de la señora Robinson en un callejón en Bove Town, un distrito de Glastonbury situado al sur de Old Wells Road y Edmund Hill Lane. Red estaba interrogando a Sally sobre la fiesta del té en casa de los Geard, mientras su madre, con un vestido limpio, un cuello de encaje limpio, un delantal azul limpio, preparaba la cena. "¿Por qué atormentas tanto a la pobre Sal, hijo?", protestó la anciana. "Serás mi muerte con tus insurrecciones. Escucha a una mujer fuerte, Sal, y no abandones los caminos de la Santa Palabra de Dios. ¡Mucho bien le hará a mi hijo el "partido" con sus espías rusos cuando su vieja madre haya muerto y se haya ido! ¡Y a esa Crummie Geard la añoras! Tu madre y yo, Sal, conocemos a Crummie Geard y también a su padre, Bloody Johnny, desde que ella era una niña. ¿Podría Crummie preparar un rico plato de hígado y panceta frita como el que tú vas a probar? ¡No en tu pequeña vida!

–Pero, mamá –protestó Red Robinson–, el padre de Crummie ahora es un hombre rico. Desde que me enteré de eso, no me he acercado a ella. Soy un hombre orgulloso, mamá, ¡y no lo olvides!

–¡Al diablo con el orgullo! –gritó la anciana, golpeando el plato de comida frente a él y vertiendo agua en la sartén vacía–. ¡Tú y ella se estaban haciendo compañía, o no sé qué demonios era!

–Bueno, de todos modos –dijo Red, comenzando a comer su cena con avidez–, tanto si consigo a Crummie como si no, Crummie le ha prometido a su padre (y ella puede hacer girar al viejo con su dedo meñique) invertir su dinero en ayudarnos a llevar a la ruina a esa empresa de los Crow. Dice que le dijo el mismísimo Todopoderoso en sus oraciones familiares que Crow se dirigía a la ruina. Él se comerá a Crow, hay que comerse a Crow, porque está llenando la ciudad de fábricas, mientras que Bloody Johnny quiere predicar a los visitantes, y a los visitantes no les gustan las fábricas. Con un poco del dinero de Geard para respaldarnos, le pondremos un micrófono a ese bruto y tal vez consigamos que la ciudad se preocupe por él. Esa es la idea que tienen en la sede central.

–Pero ¿no has oído lo que he dicho? –intervino Sally Jones–. ¿No te he dicho que va a contratar al primo Crow? El primo de Crow es un muchacho apuesto y un caballero de buen hablar; y el viejo Geard va a contratarlo para que traiga una feria elegante a Tor Field con un gran circo romano y un teatro de la Jerusalén dorada y un enorme papa Guy Fawkes, y más gitanos y cantores de los que se han visto desde que el rey cortó la cabeza del abad Whiting. Las mejillas de Sally ardían y sus ojos brillaban mientras describía estas maravillas.

Red Robinson escupió en la estufa. –No te equivoques, pequeña Sal –dijo–. En nuestra época no habrá más feria en Glastonbury que la habitual de otoño.

–¿De verdad habló así el señor Geard? –preguntó la señora Robin, mientras retiraba el plato de su hijo y lo reemplazaba por otro con un gran trozo de pudín–. No se sabe lo que hará un hombre que ha sido pobre cuando se haga rico. La gente común como esa no tiene ni idea de cómo gastar el dinero. A la verdadera nobleza le corresponde gastar el dinero como se debe gastar.

–¡Cállate la boca, madre! –gritó Red riéndose. La causa de las interminables bromas entre los dos era que las ideas revolucionarias del hombre se veían contrarrestadas por el inflexible conservadurismo de la mujer.

–No sigas, metiendo esas ideas locas en la mente de Sal. No te preocupes Sally, mi niña. Red no ha sido como yo, el mayordomo del obispo de Bath y Wells, que era un lord (¡que en paz descanse!) por derecho propio, ya que era tío del marqués de P.

–¿Es realmente cierto, señora Robinson –preguntó Sally tímidamente– que el señor Zoyland, que vive en Queen's Sedgemoor, es el malvado hijo de Markise? Las dos mujeres, la mayor y la joven, acercaron sus sillas de cocina, mientras una expresión idéntica de complaciente admiración animaba sus rostros.

–Eso es lo que he oído de la gente que sí lo sabe, Sal. Es cierto que nunca he hablado con el señor Zoyland. Es algo que a un caballero como él, como sé por mi experiencia con

su señoría, le suele dar mucha pena. No es que en la alta sociedad, Sal, esos bastardos sean raros. Son tan comunes como los idiotas entre nosotros. No hay ninguna gran familia, de arriba abajo, que no tenga algo, Sal. Es natural que tengan algo.

Para entonces, y en sorprendentes pocos tragos, Red Robinson había terminado su pudín. Empujó su plato hacia atrás y se puso de pie para encender su pipa. Una vez hecho esto, descolgó su bufanda de lana de un clavo y su gorra de otro. “No te quedes despierta, madre”, dijo. “Esta noche es la reunión trimestral y los camaradas de Wells y Wookey estarán allí y yo soy el delegado para el puesto de jefe de grupo”.

–Me quedaré y ayudaré a la señora Robinson a lavar los platos –dijo Sally alegremente. Sin embargo, no hizo ademán de levantarse de la silla. Estaba evidentemente ansiosa por satisfacer al mismo tiempo su bondad natural de corazón y su ansia de saber más sobre el hijo del marqués de P.

Red estaba a punto de poner la mano en el picaporte cuando la puerta se abrió desde fuera. Se abrió con el ímpetu peculiar que dan los niños que entran corriendo, y no menos de cuatro chiquillos vivaces entraron precipitadamente en la habitación. Sally no se levantó de su silla ahora, porque el líder de esta pequeña pandilla era su hermano Jackie. Jackie estaba acompañado por Nelly Morgan, una niña salvaje y desaliñada de ocho años. Sis tenía diez años, la misma edad

que el propio Jackie, y era una devota incorruptible de Jackie; pero como era una niña de complexión robusta y de gran ingenio y, además, estaba agobiada por el cuidado de su hermano Bert, un bebé de cinco años, que en placidez y apariencia se parecía a un hongo gigante, Nelly Morgan la superaba en juegos, carreras, atrevimientos, saltos, trepadas, luchas y pasiones, a pesar de que ella le llevaba dos años de ventaja. La madre de Nelly era asistenta y siempre estaba trabajando; lo que le daba a la niña una independencia del control paterno envidiada por todos los demás. Jackie tenía a Sally para darle órdenes, además de a su madre; y los pequeños Coles, aunque huérfanos, tenían una abuela muy activa y formidable. Nelly Morgan no tenía a nadie; porque su madre, la criada, aunque era una trabajadora increíblemente buena durante el día, tenía la peculiaridad, en realidad el don inusual, de ser capaz de beber ginebra sin ningún efecto nocivo para su cuerpo todas las noches hasta que estaba completamente aturdida. Todos los días se levantaba de nuevo a las cinco en punto, preparaba el desayuno para ella y para Nelly, y se iba alegremente a su laboriosa tarea. Nunca le decía una palabra desagradable a Nelly; mucho menos la golpeaba. Pero, por otro lado, solía caer en un trance sentimental, tan pronto como se lavaba después de la cena, del que nunca más salía esa noche. Durante este trance derramaba lágrimas silenciosas, suspiraba repetidamente y hablaba en tonos murmurados del padre muerto de Nelly. Pero Nelly se volvía para su madre en esos momentos como si fuera totalmente

invisible, inaudible e inexistente. Para una niña de ocho años, volverse inexistente para su única pariente todos los días de su vida a las siete en punto era una experiencia que probablemente tendría un efecto notable; y la naturaleza de Nelly se fue volviendo cada vez más egocéntrica y excéntrica. Aunque sólo tenía ocho años, la niña tenía la inteligencia de una niña de once; y en las pocas ocasiones en que incluso la atrevida Jackie mostró la pluma blanca, Nelly –lugarteniente de esta banda de obber– jugó al diablo con toda la estrategia y toda la prudencia.

Bert Cole, aquel hongo titánico, se sintió a la vez sobrecogido y fascinado por Nelly, quien, en las ocasionales ausencias de Sis, lo arrastraba, lo empujaba, lo llevaba en brazos, lo transportaba, en tareas de terrible excitación. Bert nunca lloraba, nunca reía, nunca sonreía y muy rara vez pronunciaba una palabra; pero, aunque era el más joven de la banda de ladrones, no podía decirse que fuera el menos interesado, porque de todos los habitantes de Glastonbury, incluido el señor Wollop, el comerciante de telas, que había sido tres veces alcalde, ninguno, digo ninguno, contemplaba el Sueño de la Vida con un entusiasmo más concentrado. Un poco desconcertado, pero ni siquiera entonces profundamente perturbado, cuando Nelly Morgan insistió en llevar su enorme peso sobre su esbelta espalda, Bert Cole examinó el panorama de la existencia con un deleite despreocupado y de mirada grave que habría avergonzado al propio Diógenes.

La avalancha de niños excitados retrasó un momento la partida de Red Robinson. Sis y Nelly eran sus favoritas, y hubo un alboroto general en esa cocina pacífica mientras él pedía, como él decía, “alto y bajo” una bolsa de dulces que había escondido en algún lugar. La señora Robinson incluso tuvo que mover a otro lugar su montón de costuras de la majestuosa silla de roble negro del vestíbulo, que venía del Palacio del Obispo y que le servía de mesa de trabajo. También tuvo que desordenar su reproducción del “Carro de heno” de Constable, otra reliquia del Palacio del Obispo, que estaba en equilibrio sobre su tocador. Todo era una alegre confusión; con Bert, como un niño ideal, contemplando la vida desde las rodillas de Sally, con sus piernas regordetas colgando, sus puños regordetes agarrando algunos trozos de vidrio azul que había recogido y sus ojos graves absorbiendo la esencia platónica de toda la escena única.

En cuanto a Jackie, un niño esbelto, de aspecto frágil pero apasionadamente tenso, con cabello castaño y ojos color avellana, había comenzado una dramática historia para su hermana Sal, cuyos puntos tenía que enfatizar continuamente, cuando la atención de Sally se distraía, tirando del medallón que colgaba de su cuello. Su larga experiencia le había enseñado que la amenaza de un medallón roto era el gesto que más llamaba la atención de todos por parte de un hermano menor. “La vi sobre Tor y sobre Wirral. La volví a ver sobre Chalice y sobre Stonedown. Era una chica muy grande y volaba bajo, como si fuera a

ponerse patas arriba. Era el avión más grande que se haya hecho jamás en Estados Unidos; y Nelly dice que sabe con certeza que es el señor Tom Barter quien lo conduce. Es el avión del señor Crow, dice Nelly, y el señor Barter es el piloto”.

–¿No te lo dije, mamá? –interrumpió Red Robinson, que había estado escuchando atentamente todo esto–. ¡Eso es lo que está haciendo con el dinero que saca del sudor del trabajador! ¡Tienes toda la razón, Nelly, tienes toda la razón! El trueque es el piloto. Y eso significa que está defraudando a la oficina. Y eso significa que todo el negocio será un fracaso. Les contaré en el Quarterly esta noche lo que has visto, Jackie. ¡Espera, señor Crow! ¡Espera! ¡Verás que Red Robinson no es un tipo al que se le pueda escupir, por poco que pienses en su fiabilidad! Esta palabra se refería a una disputa personal que Red había tenido, justo un año antes, con Philip Crow. Philip lo había despedido sin previo aviso y cuando el hombre lo desafió con enojo le dijo fríamente que no lo encontraba «fiable». La verdad es que Red Robinson –aunque políticamente era comunista– era temperamentamente jacobino. El odio personal que sentía por Philip Crow se había convertido poco a poco en la pasión dominante de su vida, más fuerte incluso que su devoción por Crummie Geard. Ese “no confiable” se había convertido en una especie de ataque feroz al gran blasón heráldico de la fe revolucionaria del señor Robinson.

Tras dejar automáticamente la cesta de su madre con la

ropa para la iglesia en la majestuosa silla del vestíbulo, que lucía en el respaldo el escudo episcopal de Bath y Wells (¡Dios sabe cómo la ex ama de llaves la había conseguido!), Red Robinson cogió por segunda vez su gorra y su bufanda y salió a la pequeña calle oscura. De camino a la pequeña habitación superior de la tienda de antigüedades de Old Jones, que durante años había sido el lugar de reunión de los camaradas, Robinson tuvo que pasar muy cerca de un muro bajo de piedra, desde el que, a un campo de distancia, no pudo evitar ver a la luz de las estrellas las ruinas ricamente talladas del edificio más antiguo y sagrado de Glastonbury, la iglesia de Santa María, conocida habitualmente como la capilla de San José. En ese lugar se alzaba la iglesia original de Wattle construida por José de Arimatea. Allí estaba la iglesia de piedra erigida mucho después por San David de Gales; y también allí se descubrió, en tiempos relativamente modernos, el pozo cuidadosamente conservado, en el que una corriente de agua mágica de color rojo sangre caía antaño desde la misma ladera de la colina del Cáliz. Fue a los monjes guardianes de este lugar místico, que sin duda llevaban en su suelo encantado, alimentado por los huesos de siglos incalculables, la química psíquica de cultos religiosos mucho más antiguos que el cristianismo, mucho más antiguos que los druidas, a quienes se les entregó la carta del rey Ina, la carta que todavía existe, un trozo real de material pergamino, inscrito por una mano humana desconocida en el año setecientos veinticinco. Una de las constelaciones más conocidas –¿era Casiopea? –Red

Robinson no era muy bueno en el tema de las estrellas—colgaba suspendida justo encima de este famoso fragmento de antigüedad. Red examinó este signo estelar con aprobación. Era útil; proporcionaba luz —aunque de forma primitiva y no muy libremente— al delegado que iba a dirigirse a los camaradas esa noche. Había una tontería en todo esto. Aquellos centelleantes orbes celestiales podrían haber sido bombillas eléctricas, inauguradas por algún Lenin desilusionado del Éter. Así fue como Red Robinson puso el sello de su aprobación revolucionaria al sistema estelar. Pero los sombríos arcos normandos de la Capilla de Santa María, cuando los examinó ahora, lo llenaron de ira y desprecio. Llegó al punto de escupir por encima del muro bajo en dirección a esa Bastilla de la Superstición. Que su saliva sólo cayera sobre la espalda de un pequeño caracol que viajaba sobre una acedera a la luz de esas mismas estrellas fue un incidente de poca importancia. Había expresado su disgusto por San José, San David, San Patricio, San Dunstan, San Indractus, San Gildas, San Benigno. Había expresado su desaprobación del Rey Edgar el Pacificador, de dos Reyes Edmunds y de más abades de los que podría nombrar. En cuanto al Rey Arturo..., pero se tragó su ira y siguió adelante.

Pronto entró en la pequeña tienda de Old Jones, que todavía estaba en el hospital. El pequeño quiste al que se refería Penny Pitches había sido extirpado con éxito del marchito cuerpo de Old Jones, pero el impacto de la operación retrasó su recuperación. Por lo tanto, el señor

Evans seguía desempeñando el papel de su representante. En una habitación vacía, llena de uniformes escolares y una pequeña plataforma escolar (pues servía los domingos como lugar de reunión para un puñado de hermanos de Plymouth), se celebraba la reunión trimestral de camaradas. Esta habitación estaba en el tercer piso y estaba justo encima del dormitorio ocupado por el señor Evans.

El galés estaba sentado ante la ventana abierta, terminando por vigésima quinta vez exactamente la “Morte d’Arthur” de Sir Thomas Malory. La indescriptible tristeza de aquellas páginas finales lo envolvía en una delicada melancolía cuando se percató del bullicio y el estrépito de la reunión sobre su cabeza. Trató de no prestar atención a esos ruidos intrusos. Incluso colocó su par de velas apagadas sobre el amplio alféizar de la ventana y el libro entre ellas. ¡Pero fue en vano! Las voces de los camaradas, el roce de sus pies, el vigoroso aplauso de sus manos, entraron por la ventana, descendieron por la chimenea y bajaron por las grietas entre las tablas crujientes del techo. La voz de Red Robinson, alzada en indignada denuncia, bajada en persuasión maquiavélica, clara e incisiva en la sugerencia práctica, expulsó por completo de la cancha la piedad triste del arrepentido Lancelot.

Lo desafortunado fue que, tal era la constitución psíquica del señor Evans, apenas había perdido su sagrada y dulce melancolía bajo ese diluvio de razonamiento comunista, cuando su antigua tentación fatal empezó a perturbarle la

mente. Lo atacó vagamente, brumosa, atmosféricamente, con una especie de dulzura mortal difusa de un veneno indescriptible. Y lo peor de la forma en que lo atacó fue el hecho de que convirtió el proyecto de casarse con Cordelia Geard en una expectativa de tal aburrimiento que le hacía gemir pensar en ello. Y, sin embargo, amaba genuinamente a Cordelia. No con cualquier clase de amor físico. Eso era imposible. Sino con un sentimiento de piedad que sacudía los cimientos de su naturaleza. Nunca había sentido lástima por nadie como había llegado a sentir lástima por Cordelia. Su lástima por ella había crecido paso a paso con su admiración por sus cualidades mentales y espirituales. ¿Por qué entonces esa intolerable sensación de aburrimiento –¡oh, mucho peor que el aburrimiento!–, esa sensación de que hasta el último ápice de vida en sus fibras más profundas parecería de esterilidad sin savia si viviera para siempre a su lado, día y noche, noche y día a su lado? ¿Cómo había podido permitir que ese veneno corrosivo empapara, con su letal jugo de hongo, cada nervio de su ser? Luchando ahora con esa vaga tentación, empezó a jugar con la espantosa idea de que, aparte de algún elemento de sentimiento sádico, le sería imposible no rehuir con infinito odio cualquier contacto físico con Cordelia. Al principio, al descubrir cuánto cariño le estaba tomando a Cordelia, había pensado que en eso –en ese único punto– tenía ventaja sobre las personas normalmente amorosas. Puesto que en él el impulso natural hacia la belleza femenina era menos que nada, seguramente se le podría permitir que se dejara llevar

por su compasión –esa compasión, que era el magnetismo de su amor– hasta el límite, sin temor a sentir repulsión. Si, sin el escalofrío sádico, si, sin ese infernal jugo de Belladona, toda la carne era literalmente hierba, ¿por qué no podía “hacer heno” en pastos humanos de los que la gente normal se encogería con aversión enfermiza? Pero la espantosa duda comenzó a asaltarlo ahora; ¿y si hubiera drenado hasta la última gota de atracción magnética hacia la carne humana natural que la presencia diaria de otra persona sembrara su vida con el polvo del aburrimiento supremo hasta tal punto que todo lo que sintiera, todo lo que viera, todo lo que saboreara, todo lo que oyera, exudara una podredumbre seca y marchita?

Empezó a escuchar sin darse cuenta lo que decía Red Robinson en la habitación de arriba. Parecía que llevaba horas escuchándolo, pero ahora empezó a *escucharlo*. Apagó una de sus velas y llevó la otra, y con ella el volumen de Malory, de nuevo a la habitación. Sentado a la mesa, con la vela y el libro delante, se dispuso a escuchar atentamente. Pero era difícil escuchar atentamente. ¡Oh, todo parecía tan poco importante –ese problema de qué sería de la humanidad en general– comparado con lo que estaba sintiendo en su propio ser solitario! ¡Bien! ¡De cualquier manera, ese peligroso temblor en el aire se estaba desvaneciendo ahora! ¿Qué lo hacía en algunos momentos mucho más fuerte que en otros? ¿Realmente había poderes del bien y del mal moviéndose en el éter y tocándonos a

todos a su propia voluntad, no a la nuestra, y en los momentos más extraños? Cerró el libro y apartó la vela. A través de la ventana abierta llegó el sonido de una campana única, vieja y agrietada. No podía imaginarse dónde estaba colgada esa campana. ¡Supuso que en alguna pequeña capilla inconformista del barrio!

La voz de Red Robinson seguía, argumentando, demostrando, denunciando, engatusando y persuadiendo; y era curioso que en su oratoria pública el hombre consiguiera en gran medida deshacerse de su acento cockney. «¡Hereje incorregible! ¡Maldito sea con campana, gancho y vela!», pensó el señor Evans. La mente triádica del galés se hundió entonces como una plomada en el fondo del mar de aversión del que siempre estaba tratando de escapar. Qué extraño que esa dulzura desvaneciente, ese temblor, estremecimiento, desmayo, la dulzura que ahora lo rodeaba por completo en el aire, convirtiendo todo lo que no tocaba por sí mismo en un basurero de intolerable aburrimiento, debería ser lo que lo guiara hacia adelante hasta que incurriera en el Horror eterno.

Owen Evans se puso de pie de un salto como si algo mucho peor que cualquier tortura infernal concebible se le hubiera metido en la cabeza. Se quedó quieto un segundo y luego se dio la vuelta y se enfrentó a la ventana. Y poco a poco se dio cuenta de que lo que realmente buscaba de Cordelia era un castigo. Si se castigaba lo suficiente, ¿no podría desarmar el Horror, repelerlo? «¡Dios mío!», murmuró, mirando

fijamente las ventanas oscuras del otro lado de la calle, «si es así vivir con ella, ¿por qué no debería ser ése mi castigo? ¿Por qué no debería salvarme?» Este repentino desenmascaramiento de un motivo secreto en su propia acción que hasta entonces le había estado oculto le dio a Owen Evans una sensación tan consoladora después de su reciente tortura que encendió su segunda vela de nuevo y, sentándose una vez más a la mesa, volvió a abrir Malory. Tuvo cuidado de abrir el libro esta vez no por el final, sino por el principio; y pasó las páginas hasta que llegó a un pasaje particular sobre Merlín que siempre lo conmovía profundamente. Todo lo que pudo descubrir sobre Merlín se hundió en la mente del señor Evans y ocupó allí un lugar permanente. Recortes y fragmentos, míticos, históricos, naturales, sobrenaturales, siempre que tuvieran alguna relación, por remota que fuera, con la vida de Merlín, se filtraron en el alma del señor Evans. Ya había comenzado a escribir una vida de Merlín más completa que cualquiera de las existentes. De hecho, la “Vida de Merlín” del señor Evans debía incluir todo lo que se había escrito sobre ese gran encantador en galés, en inglés, en francés y en francés antiguo. Como todos los discípulos de Merlín saben bien, hay una palabra misteriosa que se usa en uno de los Libros del Grial para referirse a su desaparición final. Se trata de la palabra “Esplumeoir”. Es inevitable, a partir del contexto, interpretarla como un “Gran Buen Lugar”, una Cuarta Dimensión mística o una apoteosis nirvánica en la que el mago se hundía o se elevaba deliberadamente; cometiendo

así una especie de suicidio inspirado, una muerte misteriosa para vivir más plenamente. Mientras buscaba uno de sus pasajes favoritos (pues “Esplumeoir” no aparece en Malory), murmuraba esa invocación particular en voz baja, reflexionando intensamente sobre el escape oculto que ofrecía esa pista rúnica para todo el dolor del mundo, un escape transmitido de manera tan extraña desde siglos lejanos en estas sílabas taumatúrgicas.

Mientras el señor Evans se ocupaba de esto, Red Robinson, que estaba en la habitación de arriba, donde los camaradas se habían reunido para escuchar su discurso, pensaba que debía ocultar un pequeño detalle sobre su gran mensaje y el plan que pretendía presentarles. Se trataba de que en realidad no había sido otra que Persephone Spear quien, a través de la boca de su marido, había planteado por primera vez la idea de fundar una fábrica municipal en Glastonbury. Se necesitaba el ingenio de una mujer para pensar en algo tan sencillo. Pero Red Robinson, como muchos otros políticos masculinos, estaba decidido a atribuirse todo el mérito de este destello de inspiración femenina. No pasó mucho tiempo antes de que la penetrante voz del cockney volviera a hacerse audible para los oídos del señor Evans, que se elevaba hasta un tono aún más agudo a medida que Red se acercaba a su argumento principal.

Como propagandista, el señor Robinson siempre se propuso crear un arte disciplinado que se asemejara al de un sacerdote católico campesino cuidadosamente formado en

un seminario; pero a menudo su arte fracasaba. “Tenemos varios camaradas”, le oyó exclamar ahora el señor Evans, “que están en el Ayuntamiento de Glastonbury. Apelo a estos camaradas; les ruego a estos camaradas que utilicen todos los medios a su disposición para familiarizar a sus colegas con los principios de la propiedad municipal. Estas fábricas dependen de recursos naturales. La de Wookey Hole depende del río subterráneo Axe que fluye desde debajo de Mendips. La de Glastonbury depende de las aguas del río Brue. ¿Este hombre Crow, este hombre rico, egoísta y lujurioso, hace que fluyan estos ríos, o crea las lluvias y los manantiales que los llenan? Todos somos camaradas aquí; y puedo hablar libremente aquí. He llegado a saber que ese fanático religioso al que estamos acostumbrados a oír llamar con el nombre de Johnny Sangriento –y aquí se produjo un tremendo pisotón de pies y una risa estridente y divertida por encima de la cabeza del señor Evans– tiene la intención de utilizar su legado de dinero burgués mal habido, del que todos los camaradas aquí han oído hablar, para atraer multitudes de visitantes a la ciudad. Ya sabéis, camaradas, que a esos visitantes burgueses les disgusta todo lo industrial. Pero su disgusto no lo comparte el hombre al que me refiero. Ahora bien, esto es lo que os propongo, camaradas: propongo que se designe a alguno de nosotros para que se acerque a ese hombre, Geard, que evidentemente está dispuesto a tirar su dinero, y trate de persuadirlo para que preste al Ayuntamiento, del que ahora es miembro, fondos suficientes para comprar a ese diablo

Crow. Propongo que este delegado del Partido convenza a Geard de que compre para sí las fábricas, si no puede convencer a la ciudad de que las compre. Cualquiera cosa es mejor que dejarlos en manos de un enemigo tan diabólico del trabajador como sabemos que es este Cuervo. Y se pondrán a cantar, os lo aseguro, camaradas. Se pondrán a cantar, porque una huelga realmente grande llevaría a la empresa a la quiebra.

—¡No me interrumpáis, camaradas de Wells! Ésta es sólo la mitad de mi plan. Como todos sabéis, éste es el año de la elección de nuestro alcalde. Geard es un tonto, pero es un tonto bien intencionado. Simpatiza con nuestra causa. Es casi uno de nosotros. Además, es el tipo de hombre al que se puede persuadir de cualquier cosa. Yo mismo tengo la entrada a su casa... No necesito decir nada más en este momento... y si esta reunión trimestral de los camaradas de Wells y Glastonbury me delegara para que me acercara a él como su representante, creo que habría una buena posibilidad de persuadirlo. Tendríamos que hacer que su nombre fuera prominente, eso es lo que todos los filántropos burgueses quieren: ¡que se hable de ellos, que se escuche de ellos! Los camaradas del Ayuntamiento lo propondrían entonces para alcalde, para suceder a ese asno premiado, Wollop. Nada le agradaría más que ser propuesto para alcalde. Con Geard como alcalde y el partido detrás del alcalde, podríamos municipalizar el agua, el gas, la electricidad y, finalmente, estas fábricas. Esto, camaradas, es

simplemente sentido común. Algunos camaradas aquí pueden objetar que este plan es inútil; que al proponérselo me estoy alejando de la política práctica. ¡Que estos camaradas reflexionen un poco! Aquí está esta suma de dinero, heredada por este increíble tonto que quiere gastarlo en que hablen de él. ¿Por qué no deberíamos elegirlo alcalde cuando lleguen las elecciones? Ningún partido excepto el nuestro se molestaría con semejante idiota. Pero es precisamente por eso que debemos ganar al final. *¡Porque no despreciamos ningún medio!*

Los conservadores, por supuesto, se opondrán a él, pero los liberales y los laboristas nos apoyarán si tomamos una iniciativa firme. ¡Eso es lo mejor, tomar una iniciativa firme y clara! La mitad del Ayuntamiento está harta de Wollop. Ha sido alcalde de Glastonbury tanto tiempo que todo el mundo quiere un cambio. Los bebedores votarían por Bloody Johnny, sólo por diversión y para provocar un alboroto. Todos los inconformistas votarían por él. Crow odia la mera idea de ese tipo. Crow se enfadará y dirá cosas disparatadas y cometerá algún error garrafal; y entonces el Ayuntamiento, con nuestro partido en segundo plano, tendrá a Glastonbury en su poder.

El señor Evans, que por fin había empezado a interesarse seriamente por este discurso cuando se dio cuenta de lo mucho que afectaba a «su pariente, el señor Geard», comprendió que la reunión había llamado al orden al orador y lo había acallado a gritos. Otra voz hablaba ahora en tono

frío, bajo y sarcástico. Evans captó las palabras «ambición personal», «planes extravagantes», «tonterías de cuento de hadas», «despilfarro de los fondos del Partido», «tonterías mencheviques». Incluso creyó oír el nombre de «Crummie» acompañado de un epíteto muy grosero.

Evidentemente, la reunión trimestral se consideraba libre de fisgones y permitía a sus oradores libertad ilimitada. Al cabo de un rato se oyó de nuevo la voz de Red Robinson. Evans lo había visto una vez en casa de los Geard y estaba seguro de que no se había equivocado en cuanto a su identidad.

Esta vez estaba claro que el orador cockney estaba tratando de ganar el día con un llamamiento emocional. “Nunca tendremos otra oportunidad como esta, camaradas”, decía. “Geard es un tonto, pero Geard tiene un buen corazón. Al elegir a Geard como alcalde, nos estaremos eligiendo a nosotros mismos para el poder detrás del trono. ¿Y qué no podríamos lograr entonces? ¡Fuera con todas estas supersticiones medievales! ¡Fuera con todas estas piadosas peregrinaciones! Glastonbury es solo una ciudad entre otras ciudades. ¡No hay nada maravilloso en Glastonbury excepto la salud, la libertad y la felicidad de sus hombres, sus mujeres y sus niños! Mientras este tipo Crow explota los recursos naturales para su propio beneficio, y mientras nuestros comerciantes burgueses explotan toda esta superstición medieval para su beneficio, ¿qué pasa con los hombres y mujeres reales, los hombres sanos de

Somersetshire y las hermosas mujeres de Somersetshire? ¡No pueden permitirse carne o mantequilla! ¡No pueden permitirse huevos frescos! Sus niños están desnutridos. ¡Miradlos, camaradas! ¡Mirad a los niños de Beckery y Bove Town! ¡Mirad a los niños de Benignus Aliev! ¡Y Paradise! ¡Ahí tenéis toda la cuestión! Por un lado, Crow y Wollop explotando los cuerpos de la gente; por el otro, estos piadosos charlatanes explotando sus almas. Y toda esta refinada aristocracia burguesa, el abogado Beere, el doctor Fell, el párroco Dekker y demás; y el viejo Wollop, el peor de todos; ¿qué están haciendo? ¡Están quemando velas de juguete al Santo Grial! ¡Sí, están quemando incienso mientras las mujeres y los niños no tienen suficiente para comer! Os digo, camaradas, Geard es nuestro hombre. Ya he hablado con él... ya he... No necesito entrar en eso... aunque el camarada de Wells utilizó un lenguaje insultante que desprecio responderle... Ya tengo cierta influencia sobre Geard a través de su hija favorita... Ya he hecho que Geard vea la luz sobre muchos puntos económicos... Ya he hecho que Geard abra su mente a muchos trucos burgueses. Geard ha visto la mentalidad de la clase trabajadora abierta ante él. Es el camarada de Wells, no yo, quien se ha apartado de los principios del Partido en su abuso hacia mí y Geard. Ha llegado el momento de actuar de verdad. La elección del alcalde se celebrará en unas semanas. No podemos elegir a uno de nosotros como alcalde. El camarada de Wells lo sabe perfectamente bien. Pero podríamos hacer elegir a Geard; y luego hacer que el Consejo trabaje a través de Geard. Mi plan

no es un plan inútil; es un plan cuidadosamente pensado basado en la psicología. Esa es la razón, sin duda, por la que el camarada de Wells lo encontró tan difícil de entender.

El señor Evans oyó una estruendosa carcajada y aplausos cuando el orador terminó de hablar. Era evidente que ese último ataque a la oposición había sido muy popular entre los camaradas. Él mismo estornudó violentamente en ese momento y el sonido debió de ascender a la habitación de arriba, planteando la inquietante pregunta de si su cónclave había sido oído. Después de un profundo silencio, oyó el sonido de pasos que descendían por las escaleras y hubo susurros fuera de su puerta. Para dejar claro a los susurradores que él sabía lo que estaban tramando, el señor Evans comenzó a hacer ruido con sus atizadores entre las frías cenizas de su chimenea. Apenas lo hizo cuando los pasos retrocedieron escaleras arriba de nuevo. Todas las discusiones posteriores en la habitación de arriba fueron a partir de entonces completamente inaudibles y no pasó mucho tiempo antes de que se disolviera la Reunión Trimestral.

Cuando el señor Evans estuvo finalmente acostado, con la mesita y una de sus dos velas a mano, mientras fumaba su último cigarrillo, procedió a hacer balance de lo que había oído. «Le contaré a Cordelia todo lo que están tramando», se dijo, «pero no veo por qué no deberían elegir alcalde a mi pariente. Creo que sería un muy buen alcalde». Y ante la mente del galés, mientras apagaba las brasas ardientes de su

cigarrillo en un platillo de porcelana roto que había traído de la tienda de abajo, flotaba un sueño excitante de un Glastonbury comunista, presidido por su pariente Geard; un Glastonbury en el que él mismo desempeñaría una especie de papel de mago de la corte y con Cordelia –ese espíritu libre de la raza Cymric– inaugurando las leyes y los reglamentos. Cuando finalmente se volvió hacia la pared y cerró los ojos, se sintió más feliz, pensando en esto, de lo que se había sentido durante muchas semanas. «Si estos trabajadores deciden hacer esto», pensó, «supongo que realmente se hará realidad. Me pregunto si es el Ayuntamiento, la Iglesia o el Gobierno el que da permiso a una persona para excavar». Se vio en posesión del palo de avellano de John Crow con su extraño mango de raíz. Recordó cómo John le había asegurado que con un palo así una persona podría encontrar cualquier cosa enterrada en la tierra.

“Hie jacet Arturus... Hola faceta... Arturos... Hola faceta... Hola...”²³

23 “Aquí yace Arturo... Esto es una broma... Arturo... Esto es una broma... aquí...”

VII. CARBONEK ²⁴

Dos o tres días después de la reunión trimestral celebrada en la tienda del viejo Jones, la banda de ladrones de Bove Town, es decir, el capitán Jackie y sus seguidores infantiles, se estaban desplegando, si se puede usar esa palabra para los movimientos de una tropa tan diminuta, en un orden de marcha por la estrecha Godney Road. Habían dejado atrás todas las casas decentes cuando salieron de Wells Road. Hacía mucho que habían pasado las puertas de entrada de The Elms, donde vivía Philip Crow. Ahora estaban en el borde de lo que se llamaba Common Moor y no estaban lejos de Backwear Farm, donde se encuentra el British Lake Village. El camino que siguieron no tenía mucho tráfico a lo largo de su superficie dura y alquitranada; pero el clima era tan cálido

²⁴ El castillo de Corbenic, también llamado Carbonek, Corbin, y Corbinec es el castillo donde se encuentra el Santo Grial, de acuerdo a algunas leyendas del rey Arturo. El castillo es mencionado en la Vulgata y en La muerte de Arturo. Es la residencia del Rey Pescador, la princesa Elaine de Cobernic y el lugar de nacimiento de Sir Galahad.

que la banda de ladrones estaba exhausta. El aire habría sido polvoriento si el camino no hubiera estado tan pulido y duro, pero dondequiera que la tierra parda asomaba entre los manojos de hierba áspera al borde del camino estaba seca y sin savia, antipática y deprimente. El día era uno de esos primeros días de primavera que por alguna razón misteriosa, muy difícil de analizar, se perciben como de mal agüero y desagradables. ¡Sin duda, algo andaba mal en ese día! Todos los nervios animales lo sentían. Todos los nervios humanos lo sentían. Todos los seres vivos estaban irritables, inquietos, perturbados; enfermos "sin estar enfermos"; tristes sin estar tristes; molestos sin ninguna causa aparente para molestarse.

Sis llevaba a Bert en la espalda. "Plo-chuck... plo-chuck...", hacían sus robustas piernas bajo el peso del complaciente e inmune infante. Nelly y Jackie iban un poco por delante, pero incluso ellos caminaban en fila india, silenciosos y sombríos. Nada más que la voluntad indomable del capitán Jackie podría haber mantenido en movimiento a este exhausto cortejo, o haberlo llevado tan lejos en esa nerviosa, susceptible e irritable tarde de marzo.

Por fin se detuvieron junto a una barandilla de hierro vieja, baja y rota que separaba un objeto de Godney Road. Aquel objeto difícilmente podía llamarse una casa. Era un edificio diminuto, de estuco, de dos pisos, cada uno con dos ventanas, una que daba a la calle y otra que miraba hacia el otro lado. El estuco era de un color blanquecino amarillento

y se estaba descascarando. También estaba manchado aquí y allá con manchas de un marrón oxidado. Sólo un experto en la pérdida de sustancia material bajo las invasiones del clima podría haber interpretado esas manchas. No eran líquenes. No eran musgo. Parecían sangre oxidada; pero no podían haber sido realmente sangre; porque nadie habría arrojado sangre contra la pared de una casa a ocho o nueve pies del suelo. Evidentemente eran manchas del clima, de origen químico; pero eso no disminuía lo extraño del hecho de que esas manchas oxidadas sobre esta casa de estuco hubieran considerado oportuno asumir la sorprendente forma de un mapa de América del Norte y del Sur.

En el lado izquierdo de esta pequeña casa había un cobertizo abierto, una parte del cual servía de dormitorio para media docena de gallinas blancas que ahora vagaban por el campo contiguo.

En la parte trasera de la casa había uno de esos grandes diques de riachuelos en cuyo borde crecían tres sauces desmochados; y entre este pequeño arroyo y la puerta trasera de la única habitación de la planta baja había un pequeño huerto, cuya frondosa promesa estaba mucho más avanzada por encima de la arcilla arenosa que en cualquiera de los grandes jardines burgueses que cuidaba el señor Weatherwax. Sentado en su cobertizo, afilando un manojo de ramas para sostener sus guisantes tiernos, se agachaba el dueño de Backwear Hut, un hombre muy viejo llamado Abel Twig.

Tan pronto como Jackie vio al Sr. Twig, hizo que su lugarteniente Nelly proclamara el alto.

No fue difícil obtener obediencia a esta orden, tan exhausto estaba el cuerpo principal de la Banda del Callejón; y Bert, resbalándose como un saco de harina de la espalda de Sis, pronto se apoyó contra la barandilla de hierro, a través de la cual sus ojos redondos miraban con asombro el mapa de América del Norte y del Sur.

Las pequeñas manos de Jackie, Nelly y Sis se aferraban en fila a la barandilla más alta de la única línea de defensa del Sr. Twig, mientras las cabezas sin sombrero de Jackie, Nelly y Sis miraban con descarada curiosidad el interior del cobertizo del Sr. Twig.

“¡Hola!”, gritó Jackie con voz estridente. “¡Hola, Número Uno!”. En cada ciudad del tamaño de Glastonbury se producen por la gran naturaleza creadora, ciertos objetos de burla o de escarnio para la diversión de la plebe. El viejo Jones, de la tienda de antigüedades (ahora en el hospital local) y el viejo Twig, ahora frente a nosotros en su cobertizo, eran los objetos de burla de Glastonbury. Estos dos viejos eran amigos íntimos, y no había ningún niño del distrito más pobre que no hubiera seguido alguna vez a estos extraños personajes por la calle burlándose y gritando. Siempre los llamaban Número Uno y Número Dos; y estos apodos estaban tan extendidos que en las mentes desconcertadas de algunos de los contemporáneos del joven Bert las dos

grandes funciones excretoras de nuestro pobre organismo animal, tan prominentes en la vida de los niños, se asociaban confusamente con estos venerables ancianos.

–¡Hola, número uno! –repitió Jackie.

–¡El número dos está en el hospital! –repitió Nelly.

–Bert quiere un vaso de agua –añadió Sis con voz menos combativa.

–¿Qué les dije, eh? ¿Qué les dije, jóvenes bribones? Anoche les dije que les enviaría a Bumboggle a la cara si volvían. ¡Hola! ¡Buen perro! ¡Hola! ¡Hola, Bumboggle! ¡Hola! ¡Bumboggle! ¡Bestia dormilona! ¡Vengan y cómanse a estos tres impertinentes!

El capitán Jackie no se movió. La teniente Nelly no pestañeó. Sin embargo, es imposible ocultar el hecho de que después de esta alarmante invocación sólo había cinco pequeñas manos agarrando la barandilla. Sis, preocupada por Bert, había echado un brazo alrededor del cuello de su hermano pequeño. Sin embargo, el propio Bert, para honor de la Banda del Callejón, respondió al desafío con una frase trascendental.

"No tengo miedo de los perros que no son elegantes, no tengo miedo".

–Bert quiere un vaso de agua. ¡Número uno! –repetía Sis en un tono monótono y cantarín.

–Oh, sí, ¿verdad? –gruñó la Vieja Rama–. ¡Lo regaré! ¡Lo cogeré! ¡Lo buscaré! Oh, sí, ¿verdad?

Hablando consigo mismo todo el tiempo como un ogro feroz, Old Twig se levantó y se retiró a ese objeto cuadrado que tenía el nombre de Cabaña de la Ropa Trasera. Regresó casi de inmediato con una taza de hojalata, llena de agua, que le entregó a Bert entre las barandillas, sin soltarla él mismo, sino inclinándola hacia arriba, mientras el niño bebía largo y profundo. Apenas el viejo Twig había terminado de hablar, pero se había ido. El hombre regresó a su cobertizo y a su tarea de limpiar guisantes, cuando Nelly levantó su voz aguda.

“Cuéntanos un poco más sobre los hombres divertidos que vivían en Lake Village en la época de tu abuelo”.

Murmurando y riendo, el anciano se acercó a la barandilla e, inclinándose, intentó levantar a Bert para que cruzara. Pero Bert, demasiado pesado para él, ya estaba empujándose para pasar por debajo de la barra más baja. Los tres niños mayores estaban ahora trepando por encima de la barandilla; y unos tres minutos después de su primer "Hola", todos estaban sentados a los pies de Old Twig en la parte delantera de su cobertizo escuchando embelesados lo que estaba diciendo.

–Estaría en mi propio campo –empezó–, este Lake Village si todos tuvieran sus derechos. El abuelo se lo vendió al padre del abogado Beere y el padre del abogado Beere se lo vendió al señor Crow en Elms, y dicen que el señor Crow va a liberar ovejas y lo va a convertir en un campo para visitantes. Ya ha traído un grupo aquí esta temporada y también lo ha hecho el señor Barter. Otras personas dicen que va a convertir este campo en uno de los embarcaderos para hidrodesslizadores. Si esto es cierto, será terriblemente inquietante para esos viejos fantasmas de Lake Village.

"¿Alguna vez has visto uno de esos fantasmas de hombres divertidos, señor Twig?", preguntó Sis.

–¡No le interrumpas, hermana! –gritó Nelly–. ¡El número uno aún no ha empezado su historia! Su historia no trata sobre el señor Crow.

–No se trata de nadie como nosotros –repitió el capitán Jackie, siguiendo el ejemplo de su teniente–. Se trata de los viejos en persona.

“¿Soy yo quien cuenta esta historia o sois vosotros quienes la contáis?”, preguntó Abel Twig. Se dio cuenta, con cierta tristeza, de que sus oyentes veían a los antiguos héroes de Lake Village como otras tantas débiles réplicas del Número Uno.

–¡Bert, sé un buen chico, Bert! –exclamó sin venir a cuento el dueño de ese nombre.

–Cuando le cuente esta historia a Bumboggle –dijo el señor Twig–, Bumboggle levantará sus atentas orejas y no dirá nada.

Hubo un silencio completo entre la pandilla del Callejón y Old Twig continuó.

“Muchos años antes del Rey Arturo, los antiguos hombres británicos vivían en Lake Village. En aquellos tiempos, esos hombres jóvenes tenían un miedo terrible a las bestias, a las bestias tanto como a mi casa”.

–Tu casa es tan grande como la de mi mamá –interrumpió Jackie.

–La casa del Número Uno es una casa muy bonita –agregó Sis, sintiendo evidentemente por un segundo como si el Sr. Twig fuera una edición más grande de Bert.

“¿Fue antes de que tu abuelo vendiera este campo que los antiguos británicos vivían en casas de caña?”

Nelly miró con asombro a su valiente capitán cuando éste hizo ese comentario poco inteligente. Empezó a reconocer, como muchas jóvenes románticas se han visto obligadas a hacer antes, que los grandes logros militares son compatibles con una perspectiva histórica muy cruda. Pero

el señor Twig se mostró más bien complacido con esta referencia a la apresurada disposición de las propiedades inmobiliarias por parte de su abuelo.

“Fue un poco antes de los días del pobre abuelo”, dijo, “que los antiguos británicos vivían”.

"Bert está como un hormigueo", dijo Sis. "Mueve el pie como si estuviera en un santiamén".

–¡Siéntate en la rodilla del Número Uno, cabrón! –replicó Old Twig, colocando al pequeño sobre una de sus delgadas piernas.

Sentado solemne y erguido, sin mover un párpado, Bert contempló el rostro de su anfitrión mientras Sis comenzaba a frotar el empeine del niño.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del pequeño niño.

–Bert se está haciendo pis en los pantalones –gritó Sis preocupada.

–No, no lo soy –replicó indignado el niño.

–Entonces, ¿por qué te ves así? –argumentó su hermana.

El niño se puso muy rojo y no dijo nada.

–Lo harás –reiteró la muchacha.

–¡Qué vergüenza! –gritó el joven.Y, llevado por la injusticia del mundo a romper su propia regla de cortesía, añadió–: ¡Es como Guy Fawkes!²⁵ –exclamó, mientras bajaba las comisuras de los labios.

Era un hecho inusual que Bert sonriera; no era menos que ante un hecho histórico mostrara signos de lágrimas. Sis lo levantó de las rodillas del anciano, lo puso sobre su pequeño regazo y lo abrazó contra su robusto cuerpo.

–Había uno de esos hombres raros de aquellos tiempos –continuó el anciano apresuradamente– que mató a un animal con una flecha de pedernal. Este animal se llamaba Gigante como se llame porque su nombre era muy difícil de pronunciar; pero cuando el hombre raro lo mató, le quitó toda la piel e hizo un fuego y su hermana, que también era su esposa, cocinó al animal. –En este emocionante momento, Bert levantó la cabeza.

–La hermana es la esposa de Bert –observó con intensa gravedad.

Sis le dio una fuerte bofetada y se volvió con reproche hacia el Sr. Twig.

²⁵ El 5 de noviembre de cada año, la efigie de un hombre del siglo XVII aún se quema en hogueras en toda Inglaterra en memoria de la fallida "Conspiración de la pólvora" de 1605. Se trata de Guy Fawkes, el nombre que se asocia más fácilmente con ese complot, aunque él no ideó ni dirigió el plan para asesinar a Jacobo I.

“Esos tiempos son un engaño para nuestros tiempos”, protestó.

–¡Ojalá hubiera vivido en esa época! –exclamó Nelly con ojos centelleantes–. ¡Habría ayudado a Jackie a matar a esa maldita bestia! ¡Habría llevado un fardo de ese pedernal!

“El campo que mi abuelo vendió al abogado Beere era el único campo que tenía. Ese campo, al otro lado del dique, era suyo y hoy es mío”.

En medio de este coro de alardes, era bastante natural que el capitán Jackie incluyera su contribución.

"Cuando el señor Barter vuele desde este pueblo del lago, no será con ningún fantasma, ¡sino conmigo!"

Toda la banda de ladrones miraba a su líder con gran asombro.

–¡Estaré allí para saludarte! –gritó Nelly–. ¡Y quizás te tire algo para que tengas suerte!

–¿Volarás sobre la chimenea de tu madre, Jackie? –preguntó Sis.

–La hermana es la aeronave de Bert –comentó el infante con los ojos muy abiertos, mirando obstinadamente a su hermana con la plena expectativa de que le abofetearan otra vez.

Pero fue el viejo Twig, no Sis, quien interrumpió esta feliz conversación. De repente se dio una palmada en la cabeza y se golpeó el duro cráneo.

–¡Oh, qué tontería! –exclamó–. ¡En sentido común! ¡Fuera tonterías! –Y, todavía golpeándose la cabeza, se puso a correr con paso tambaleante hacia Backwear Hut y subió el único tramo de escaleras.

–¡Vete! ¡Vete! ¡Rápido! ¡Rápido! Si amáis a Old Twig por el precio de un centavo brillante, ¡vete! ¡Fuera de aquí! ¡Antes de que vengan!

Estos comentarios fueron dirigidos a la banda de ladrones desde la ventana superior de Backwear Hut, de donde sobresalía el cuello enrojecido y la cabeza canosa del anciano.

Estaba claro que el capitán Jackie estaba presa del pánico (los más valientes están sujetos a tales emociones una o dos veces en sus vidas), pues olvidándose por completo de su pequeño ejército, se lanzó a toda velocidad por encima de la barandilla y corrió por la carretera en dirección opuesta a la ciudad. Fue entonces cuando el corazón de la fogosa lugarteniente de la banda se partió en dos; porque mientras tanto el miedo como el amor la impulsaban a seguir a Jackie, un impulso en su pecho de niña más fuerte que el miedo y el amor la obligaba a ayudar a Sis a sacar a Bert del cobertizo y saltar por encima de la barandilla. Entonces, sin embargo, no

esperó ni un segundo, sino que siguió a su señor a toda velocidad:

¡Pobre hermana! La impasible muchachita sufrió un momento de lo más terrible, mientras, bajo la mirada del frenético anciano que se asomaba a la ventana, intentaba en vano conseguir que Bert, presa del pánico, se subiera a su lomo. Desesperada, lo apoyó sobre la barra más baja de la barandilla y, volviéndose, se agarró con fuerza de sus piernas. Cada vez que lo agarraba, él se caía hacia atrás contra la barandilla. En vano perdía los estribos. En vano lo abofeteaba. El pánico de Jackie y Nelly, la voz asustada del anciano desde la ventana, su propia agitación inusual, destrozaron por completo la filosofía de Bert. El niño, por primera vez desde que tenía dos años, estalló en un aullido de llanto desolado.

Dos hechos se produjeron simultáneamente, mientras Sis, de rodillas junto al niño lloroso, lo tranquilizaba con palabras y caricias. El anciano se apartó de la ventana, bajó las escaleras a trompicones y corrió hacia la calle. En ese mismo momento, dos señoritas extremadamente pulcras, ambas vestidas de negro elegante, una con una cinta azul alrededor del cuello y la otra con una cinta rosa, avanzando una al lado de la otra desde la dirección del pueblo, llegaron a la puerta del señor Twig.

Observaron con distante desagrado al sollozante Bert, que compensaba la rareza de su alejamiento de la calma

filosófica con su dificultad para recuperarla. Esta era la clase de cosas en las que tanto Louie como Lily Rogers (porque eso eran) se habían convertido.

La mera visión de Sis y Bert les trajo vívidamente a la mente sus propias experiencias tempranas. Se alejaron de la niña y el niño y uno de ellos comenzó a manipular nerviosamente el destartalado pestillo de la puerta aún más destartalada. Esta puerta, de hecho, no se había abierto durante años, tal vez no desde la muerte del abuelo del Sr. Twig, y se hizo evidente para Louie, ya que en ausencia de la señorita Drew ninguna criatura humana se dirigía a ella o pensaba en ella como "Rogers", que cualquiera que fuera la entrada o salida que el tío Abel pudiera haber tenido, esta puerta oxidada no lo era. Mientras tanto, el propio tío Abel, lleno de las más obsequiosas disculpas, había aparecido en escena y ahora se encontraba, como el desconcertado médico de Dunsinane, entre el problema mental de uno de los que reclamaban su atención y el impasse físico del otro.

“¡Aquí, queridas mías! ¡Aquí es donde paso!”, gritó, haciendo señas a sus delicadas sobrinas para que lo siguieran y apresurándose por el borde de su dominio hasta que llegó a un lugar donde no existía la barandilla superior. “Aquí es el lugar, mis preciosas patitas, es solo para levantar un poco sus lindas faldas para que no se oxiden. ¡Aquí, aquí es donde, queridas mías! ¡Sube y salta la valla! ¡Aquí! ¡Aquí es donde entro y salgo!”.

Pero las dos elegantes criaturas (pues eran realmente niñas de buen corazón) ya se habían acercado a donde Sis estaba arrodillada junto al postrado Bert. Los sollozos del filósofo habían cesado, pero su profunda vergüenza seguía presente; y esta emoción, como suele ocurrir con los hombres sabios que han sido necios, se manifestó en una ira irracional hacia sus seres más cercanos y queridos. Bert, tendido boca abajo en la hierba, pateaba estrepitosamente cada vez que Sis lo tocaba.

Las cosas se complicaron aún más en ese momento con el regreso de Jackie y Nelly. Nelly en un instante puso a Bert de pie de un tirón; y una vez en posición perpendicular, el interés del niño por la sorprendente escena que lo rodeaba le hizo olvidar su desgracia.

–¿Quiénes son estos niños, tío? –le preguntó Louie al señor Twig. –¿No sería mejor que llevaras a ese niño a casa con su madre, niña? –le dijo Lily a Sis.

–Soy la abuelita –respondió la hermana–. Mi madre está muerta y enterrada.

Abel Twig ahora examinaba con interés socarrón una bolsa de papel. La llevaba Lily. Las niñas solían llevarle alguna muestra casual de la actividad del señor Weatherwax y a él se le ocurrió que allí estaba la oportunidad providencial de librarse de las niñas.

Así que habló: “Son buenos niños, sí, mis capullos de rosa. Fue la vista de esos niños buenos, caminando tranquilamente por la calle, mientras sus decentes madres limpiaban la casa, lo que hizo que el tío Abel los llamara. Pero ahora es el momento de que todos ustedes” –se volvió hacia Sis, que era la más adulta del grupo– “comience a caminar de regreso a casa”.

Le dio a Lily, que llevaba la bolsa de papel, un pequeño tirón de la manga y la apartó unos pasos a un lado.

–¿Has traído algunas de esas dulces manzanas que los viejos Weatherwax guardan tanto tiempo en el pajar? –susurró con picardía–. Si las has traído, tengo una sed terrible de ellas. Me está dando mucha sed meter los dientes en ellas, esas deliciosas y dulces frutas. El pobre tío tiene ganas de probar ahora mismo lo que sus lindas sobrinas le han traído en esta bolsita.

–Por supuesto, tío Abel –dijo Lily dulcemente–. Los tendrás de inmediato. ¡Listo! Aún no te he dado mi beso –y le acarició las mejillas erizadas con los labios–. ¡Por supuesto que son todas para ti! ¡Cómelas, guárdalas, cocínalas! ¡Son completamente tuyas! Louie y yo te los trajimos con nuestro amor”.

Ella le entregó gustosamente la bolsa de papel y alisó con sus dedos color crema, cuidadosamente enguantados, el frente arrugado de su vestido negro.

Una vez en posesión de esta gran bolsa de fruta de las Hespérides, el astuto propietario de Backwear Hut se sintió dueño de la situación. Sacó cinco hermosas manzanas, una por una, y comenzó a masticar a bocados apresurados, aunque no sin dificultad, pues tenía pocos dientes, la primera de ellas. Las otras cuatro, con una mirada maliciosa, se las entregó al capitán Jackie.

–Estas manzanas –dijo–, las que han traído estas señoritas, son la causa de que esos hombres extraños, de los que te he hablado, llamen a nuestra ciudad Avallonia, que en la antigüedad era un huerto británico. –Aquí el astuto anciano se dirigió al teniente Nelly–. Sois una banda de ladrones, lo sois, igual que esos feroces invasores que saquearon al pobre rey Avallach. Estas manzanas son un rico botín. Las bandas de ladrones marchan, las bandas de ladrones marchan, lentas y silenciosas, llevando su botín, hasta que dan la vuelta a la esquina del camino; ¡luego se comen lo que han arrebatado a los atemorizados nativos!

Ya había dicho bastante. Sin vacilar un segundo, con el orden más decidido y en un profundo silencio, los cuatro niños se marcharon por el sendero que bordeaba la carretera en dirección a casa.

Louie y Lily, ahora a salvo dentro de la barandilla, observaron con asombro la sorprendente exhibición de disciplina en esta retirada tan bien ejecutada. Cuando los cuatro estaban cerca de la curva del camino que los llevaría

fuera de la vista, vieron a Jackie darse vuelta y echar una rápida mirada a su alrededor. Entonces comenzó a correr. Lo siguieron primero Nelly, luego Sis, que llevaba a Bert como un bulto de algo precioso y pesado, abrazado contra su cuerpo.

Como si se avergonzaran de su prolongada observación de esta pandilla de vagabundos, Louie y Lily se dedicaron a ser tan elegantes y condescendientes como pudieron con su excéntrico tío. Sin embargo, estaban tan apegadas al anciano que no pasó mucho tiempo antes de que estuvieran descargando sus pechos de mil problemas, triunfos y quejas íntimas. Al parecer, dentro de una hora tenían que tomar el té con Emma, la sirvienta de confianza de Tilly Crow; y mucho de lo que tenían que contar tenía que ver con el establecimiento de Philip Crow.

Por su parte, el tío Abel tenía mucho que decir sobre las recientes experiencias de su antiguo amigo y aliado, el viejo Jones, en su pabellón del hospital.

Ambas muchachas prestaban atención a todo lo que concernía al hospital; Louie estaba especialmente interesada en las economías culinarias, que eran notoriamente generosas en esta institución, mientras que Lily seguía preguntando por las colchas, los baúles de ropa blanca, las gorras de las enfermeras, las batas blancas de los médicos, los suelos resbaladizos; y si era de los parterres de narcisos de la señorita Bibby Fell, o del invernadero de la señora

Crow, o del invernadero del alcalde Wollop, de donde se recibían los mejores regalos de flores.

–Emma dice que la pobre señora Crow está muy preocupada por todo esto del vuelo –observó Louie.

Sí –agregó Lily, que al ser la más joven era más romántica que la pechugona cocinera y, si era posible, más elegante–, sí.

Emma dice que la señora llora hasta quedarse dormida noche tras noche pensando en todo el dinero que están gastando.

–Pero son ricos, ¿no? –comentó el Número Uno, pensando para sí mismo: «Soy un hombre muy acomodado, ¡lo soy! Me encantaría que me envidiaran los ricos». Y lleno de complacencia, el anciano observó las copas de los sauces en ciernes, el lomo marrón y blanco de la vaca Betsy y a estas dos amables visitantes sentadas una al lado de la otra en las sillas de su cocina.

–Emma dice –continuó Louie, cuyo carácter era el de dar a los detalles prácticos de la vida la debida proporción, dejando a la más pensativa y romántica Lily el aura psicológica de los acontecimientos en discusión– que el señor Crow se aseguró de quedarse con todo el dinero del canónigo Crow, y que ha estado gastando más de lo que podía permitirse sólo en Wookey Hole.

–Le gustan las cosas electrizantes –murmuró Lily soñadoramente–. Cuentan que en Wells hay una bruja de Wookey Hole. ¿Recuerdas, Louie, lo que dijo aquella mujer cuando estuvimos allí el día del coro, que una vez había estado allí, donde crecen esas estalagmitas y estalactitas, y que salió corriendo histérica, pensando que había visto a la bruja?

–El problema principal es que ahora ha empezado a volar –prosiguió Louie, centrándose en los hechos–. Por supuesto, además de sus conocidos proyectos eléctricos, eso supone un gasto considerable.

Mientras pronunciaba esta observación judicial, Louie cruzó las rodillas, como si sus pulcros zapatos descansaran sobre un taburete bordado en lugar de sobre el suelo de ladrillo del Número Uno, y cruzando sus manos enguantadas sobre sus rodillas, comenzó a frotar con fuerza su mano derecha muy lentamente sobre su mano izquierda.

Debió haber sido con ese gesto preciso, con esas palabras exactas y con esa entonación idéntica combinada con una mirada ceñuda dirigida a algún objeto remoto –en el caso presente, ¡ay!, a nada más digno que el cubo de basura del Número Uno, puesto boca abajo– que la señorita Euphemia Drew había recibido los chismes del pueblo sobre el estado financiero de Philip Crow.

–¿Quién era ese niño de aspecto salvaje que tenías aquí

hace un momento, tío? –preguntó Louie, dejando de lado sus aires de señorita Drew.

–¿Eh? ¿A quién? ¿A cuál de ellos te refieres? –murmuró el viejo.

El hombre se quedó atónito y avergonzado. Había estado esperando en secreto que no se dijera nada más sobre sus visitantes anteriores.

“La niña delgada, de grandes ojos negros, con el pelo despeinado y la ropa muy sucia”.

–Hasta donde yo sé, esa es Nelly –respondió Abel Twig.

–Pero ¿qué pasa con Nelly, tío? –insistió Louie–. Debe tener un apellido.

–Hablé con mi amigo Jones en el hospital sobre Nelly –confesó el anciano de mala gana–. Le conté todo sobre ella, y cómo andaba con Jackie Jones y la hermana Cole; y él dijo que el nombre de su madre era Morgan. Así que supongo (aunque, ojo, no estoy seguro) que su nombre es similar. –Se quedó callado y luego murmuró en voz baja: –Morgan, Nelly Morgan, Eleanor Morgan –como si se estuviera preguntando cómo dar a esas sílabas algún secreto rítmico especial. Al oír el nombre «Morgan», se sorprendió al notar que las dos hermanas intercambiaban una rápida y significativa mirada. Louie incluso asintió hacia Lily, como si dijera: «¡Ya ves! Eso es exactamente lo que sucedería, que esa niña, de entre

todos los niños, fuera recogida por el tío».

Lleno de mayor temor que nunca, después de haber captado este intercambio de miradas, de que al continuar el tema pudiera causarle algún daño a su pequeña amiga, el Número Uno continuó apresuradamente.

–Supongo que el nombre de Nelly no es Morgan en absoluto. No... no. Cuando lo pienso, Número... quiero decir, mi amigo Jones... ¡estaba seguro de que no lo era! Jackie la llama Nelly. Sis la llama Nelly. Hay muchas mujeres bien pensadas en el mundo que tienen un solo nombre. Número Uno se devanó los sesos para pensar en algunas de estas famosas mujeres monosilábicas. Por fin, su rostro se iluminó. Recordó el Lake Village de su abuelo. –La Dama del Lago –exclamó triunfante– sólo tenía... –Se detuvo consternado; porque no había...

Le vino a la cabeza una conversación con el anciano señor Merry, el conservador del Museo de Glastonbury, de quien había intentado obtener información sobre el campo histórico de su abuelo. Esta autoridad le había dicho que la verdadera Dama del Lago no era otra que Morgan Le Fay, la muy ambigua hermana del Rey Arturo.

–Es Nelly Morgan la que estaba aquí con Jackie Jones y su hermana Cole –dijo Louie con decisión–. Has dejado que tu buen corazón se escape contigo otra vez, tío. Es una suerte que nadie más que Lily y yo sepamos sobre esto. Pero te lo

hemos dicho ahora y tú lo sabes, así que puedes actuar en consecuencia.

–¿De qué estás hablando, preciosa? –tartamudeó el tío Abel.

Mientras tanto, Lily había adoptado una expresión triste y poética. –Es extraño pensar en lo que siente –interrumpió soñadoramente– mientras reflexiona sobre una pobre muchacha traicionada y sobre un niño pequeño que le pertenece y, sin embargo, no le pertenece.

–¡Tonterías! –gritó Louie–. En lo único que piensa es en electricidad, en máquinas voladoras y en pedirle al alcalde Wollop que venga a cenar. No piensa en los sentimientos de nadie.

–¿Será mejor contarle a Emma que esa niña estaba con Jackie y Sis, y que había estado en la casa del tío? –Lily puso en esta pregunta tanta gravedad dramática como si estuviera tomando parte personal en alguna gran causa célebre.

Louie frunció el ceño en solemne consideración.

–Lo más prudente –replicó, al estilo de Ephemia Drew– es dejar lo que digamos hasta que veamos cómo se arreglan las cosas. No quisiera molestar a Emma; y también podría resultarle más difícil a Emma si supiera lo que la señora Crow no sabe.

El Número Uno no pudo soportar más todo aquello. El respeto que sentía por sus sobrinas se desvaneció por completo bajo la presión de su desconcierto mental. Se levantó de la silla. –¿De qué diablos están hablando, muchachas? –exclamó–.

La expresión de Lily era una obra maestra de protesta refinada, de disfrute sentimental por toda la situación y de un deseo irresistible de ser ella quien tuviera permitido contárselo todo.

Pero ella no era eso; porque aquella era Louie.

–No te pongas nerviosa, pobrecita, y siéntate, por favor. Es todo muy terrible –la entonación de la señorita Drew se mezcló aquí con una vaga imitación de ciertas damas visitantes–, pero debemos ser tan serenas y sensatas como podamos. La verdad es que Emma ha descubierto una historia muy triste. Parece –aquí Louie tomó aliento y jugueteó modestamente con su cinta– que el señor Crow se portó mal hace unos ocho años con Jenny Morgan. Jenny parece haber olvidado por completo su identidad y el resultado fue que tuvo un bebé.

No hace falta señalar que el estilo con el que Louie se expresó en ese gran clímax fue enteramente suyo. Nadie más que Louie habría usado esa palabra despectiva y, en verdad, desagradable de “mal comportamiento”. Nadie más que Louie habría usado la expresión “olvidó su identidad”

para referirse al lapso normal que se produce cuando se abandona el estado virginal.

–Jenny se ha dado a la bebida –continuó Louie– desde entonces, pero trabaja para la niña. No se atrevía a deshacerse de ella. Había oído cosas terribles sobre esas instituciones. Emma cree que le envía un poco de dinero cada dos miércoles. Emma sabe que siempre va a la oficina de correos ese día. Eso es lo que Emma cree, ¿te das cuenta?, que le envía un poco con regularidad. Emma no sabe con certeza si lo hace o no, pero está casi segura de que sí lo hace.

El rostro del Número Uno comenzó a brillar de alivio y satisfacción. Había temido no se sabe qué, y ahora enterarse de que toda esa agitación se debía únicamente a la ilegitimidad de Nelly lo tranquilizó por completo.

–Nelly Morgan –repitió alegremente. Y luego, pensando en las palabras del curador, añadió–: Nelly Morgan.

–El señor Crow no es del todo un hombre perverso –intervino Lily–. Pero es un hombre extraño. Creo que lleva una vida salvaje, desconocida para el mundo. –Su voz se hundió y se calló. Miró a lo lejos, más allá de los sauces podados. Un observador hábil podría haber leído en su rostro que sentía que la vergüenza e incluso el abandono no habrían carecido de sus propias compensaciones melancólicas si le hubiera tocado a ella, en lugar de Jenny

Morgan, «olvidarse de sí misma» con un seductor tan byroniano como Philip Crow.

El Número Uno, que había recuperado por completo el ánimo desde que se enteró de que sus elegantes sobrinas no tenían nada contra la inquilina de Jackie excepto su nacimiento, sugirió ahora que antes de dejar Backwear Hut debían ver su "jardín".

Siguiendo este plan, se dirigió a través de la puerta trasera, pasó por delante del poste al que estaba atada Betsy y llegó a un pequeño terreno cuadrado rodeado por una cerca baja y encalada. Allí había varias hileras de guisantes tiernos y estolones escarlata y una hilera de apio recién brotado. Pero en la esquina del jardín, un espacio reservado de aproximadamente un metro cuadrado, ondeaba en el aire cálido un fragante macizo de narcisos de ojos de faisán. El Número Uno abrió con un clic una pequeña puerta de juguete que daba a su jardín y, pasando con cuidado sobre las verduras tiernas, recogió con impetuosa impetuosidad al menos la mitad de estas flores con aroma a loto. Las dividió en dos ramos exactamente del mismo tamaño; y cuando, después de unas cuantas despedidas afectuosas (pues Louie y Lily se sentían muy protectoras de su único pariente masculino), las chicas se marcharon, por Godney Road hasta donde se unía a Wells Road, estas flores blancas, prendidas en sus vestidos negros y haciendo juego muy acertado con sus sombreros de Pascua blancos y negros, les daban una apariencia realmente encantadora.

Debía de haber pasado una hora aproximadamente cuando la discreta Emma estaba sirviendo el té en su inmaculada cocina a las hermosas portadoras de ramilletes de Abel Twig. Emma también estaba vestida de negro, pero encima del vestido llevaba un delantal blanco inmaculado y sobre la cabeza, la cabeza más cuidadosamente cepillada y arreglada de Glastonbury, llevaba una gorra antigua adornada con encaje hecho a mano.

Emma, a diferencia de sus visitantes, nunca había intentado copiar los modales ni el modo de hablar de su señora. Los modales de Emma eran dignos, pero eran los de alguien que, como ella siempre decía, “sabía cuál era su lugar”, y su forma de hablar era tan local como una cantera de Mendip. Era el tipo de sirvienta que, en lugar de perderse en las fortunas o el estilo de vida de su patrona, hacía de esas cosas el trasfondo de su propio carácter resuelto. El carácter de Emma no era excéntrico como el de Penny Pitches. Emma detestaba la excentricidad. Tampoco era una adoradora de la aristocracia, como la madre de Red Robinson. Lo que realmente era era una profesional estricta; y su profesión era la de la sirvienta perfecta. En Tilly Crow había encontrado lo que consideraba la señora perfecta. Las deplorables limitaciones de la señora Philip, obvias para todo el resto del mundo, no eran limitaciones en absoluto para Emma. Eran virtudes elevadas y raras; y por causa de estas virtudes ella era tan devota de ese neurótico y regañón como cualquier empleado de abogado anticuado lo era de un escribano

mezquino y de mente estrecha.

En este gran universo turbulento, en el que los barcos en el mar, ciertas granjas en tierra, ciertos campamentos de soldados, ciertos puestos avanzados de civilización, dirigidos bajo una autoridad escrupulosa, se convierten en oasis de orden en medio del caos, la pequeña entidad política llamada Los Olmos, gobernada por Emma y Tilly Crow, no tenía rivales a su manera. La reunión de té en la cocina que se estaba desarrollando en ese momento se habría visto tan perturbada por la presencia de cualquiera de los «señores» que estaban tomando el té al mismo tiempo en el salón de Tilly como lo habría estado cualquiera de los invitados de Tilly si Emma, en lugar de responder al timbre, se hubiera sentado en el sofá junto a su señora. Pero el ritual doméstico en el salón bajo el gobierno de la señora Philip no era menos meticuloso que el ritual en la cocina de la señora Philip bajo el gobierno de Emma; y entre estas dos mujeres, sobre este delicado punto profesional, había una uniformidad de opinión demasiado profunda para poder expresarla con palabras. En realidad, su ideal común era tan distinto del modo aristocrático de tomar las cosas como del modo proletario o del modo de vida despreocupado y de clase media baja del señor y la señora Geard. Era de clase media alta. Y no en vano se advierte que personajes típicamente ingleses como Charles Darwin y Horatio Nelson han proyectado sus opiniones transformadoras y sus hazañas heroicas desde casas dirigidas por las Emma y las Tilly. De

hecho, se podría decir con justicia que en Glastonbury existían dos oasis de orden y paz perfectos, y sólo dos, en esa época: la tienda de telas del señor Wollop, el alcalde, y la casa de Tilly Crow. Fuera de estos puertos de seguridad acorazada y mortajada, todo fluía y reflúa. Eran, por así decirlo, las balsas parmenídeas de quietud en el flujo heraclíteo de la vida de Glastonbury.

Las luces de la sala y de la cocina se habían encendido antes de que los visitantes se marcharan. En otras casas no se habrían encendido. En otras casas, la gente habría estado demasiado absorta en la conversación, demasiado enamorada del crepúsculo, como para haber pedido lámparas y velas, o pensado en cerrar las contraventanas, correr las cortinas, bajar las persianas. Esta costumbre de cerrar el crepúsculo era, en efecto, característica de Norfolk. Las grandes cortinas verdes de la rectoría de Northwold siempre estaban cerradas cuando empezaba el crepúsculo, y llevaban años así. Sin duda, los viejos vikingos, cuando desembarcaron en Wick, se habían reunido en torno a las hogueras de sus campamentos y habían dado la espalda a la fantasmal luz druídica que se cerraba en el oeste. Esta costumbre de cerrar las contraventanas en The Elms era, en realidad, una costumbre nórdica. Todos los sirvientes del oeste del país la odiaban, excepto Emma, cuya propia familia, en sus granjas de las altas tierras de Mendip, había practicado la misma costumbre.

Los invitados de Tilly Crow eran William Zoyland, que esa

noche iba a ser transportado a Wookey Hole en el avión del señor Barter, y Dave y Persephone Spear, que habían llegado esa mañana desde Bristol y se habían alojado en High Street.

William Zoyland disfrutaba bastante con la idea de pasar un par de meses de espectáculo en Wookey Hole. Descendiente de una larga estirpe de servidores de reyes, no había nada desagradable o indigno para Will en el cargo de lord chambelán de un río subterráneo. Otra causa más de la deliciosa sensación de bienestar que fluía a través de él en ese momento era el franco y desvergonzado deleite que sentía en compañía de la muchacha de cabello oscuro que ahora se dedicaba a divertir a su anfitriona. El hombre con el que estaba hablando era el medio hermano de Nell, por lo que tenía toda la justificación para tratar al marido con tanta altivez y a la esposa con tanta galantería como quisiera. Había realmente algo picante en mantener una discusión conservadora con un enemigo apasionado de la sociedad mientras al mismo tiempo jugaba al cortesano con la dama de su oponente. Cuanto más se enredaba en la discusión con Dave, más francamente desvergonzadas eran las miradas de admiración que dirigía a Perséfone. En ese momento experimentó una sensación como si, con la luz del fuego calentando sus grandes miembros y las caderas juveniles de esa muchacha de cabello rizado calentando su alma orgullosa, no hubiera nada en el cielo o en el infierno que no le gustara enfrentar. Si ese cráneo rapado y esos ojos pacientes que tenía frente a él lo condenaran a la guillotina

al amanecer como un estorbo para la Tierra, él seguiría siendo feliz. Si esa encantadora muchacha entrara en su dormitorio esa noche, se desvistiera ante sus ojos y se fuera antes de que él la tocara, él seguiría siendo feliz. Si supiera que esa misma noche se vería obligado a comer una canasta llena de estiércol de nutria mientras Sam Dekker abrazaba a Nell ante sus ojos y ambos se burlaban de él, él seguiría siendo feliz.

«Hay algo casi terrible», se dijo a sí mismo, utilizando esas mismas palabras, «en mi capacidad de disfrutar. Creo que podría disfrutar oliendo un ramo de violetas si estuviera en el potro de tortura». Empezó a añadir perezosamente a sus réplicas a la cuidadosa lógica de Dave un poco de su salvaje aplomo; y cuando sus errantes ojos azules captaron el hecho de que la traicionera muchacha lo escuchaba, e incluso lo alentaba, comenzaron a oscurecerse a la luz de las velas con un entusiasmo felino. Pero la sensación de haber llevado el estandarte proletario al corazón mismo del campamento enemigo inspiraba a Dave Spear esa noche más de lo que era habitual, y no pasó mucho tiempo antes de que las dos mujeres, así como el aventurero amante de la vida, lo miraran con renuente respeto. Fue cuando dejó de lado la lógica y se volvió oracular cuando este joven prosaico de cabeza rapada arrasó en el campo.

«La naturaleza está de nuestro lado», decía, «y también la oscura, ciega y amoral ola creativa. Las masas inarticuladas de la humanidad apenas están empezando a despertar. Los

millones de habitantes de Oriente apenas están empezando a despertar. Usamos la razón y estamos preparados para usar la fuerza sin la menor pizca de remordimiento. Pero en realidad sólo somos los «médiums» del destino. El comunismo es la *siguiente fase destinada* de la vida planetaria evolutiva. Nada puede detenerlo. Por eso, el más estúpido, el más tonto, el más torpe de nosotros tiene algo de lo que vosotros, individualistas vanidosos, carecéis por completo. Somos la voz tranquila y pequeña de la siguiente fase. Podemos ser poco imaginativos, mediocres, carentes de todo sentido del humor. Podemos incluso ser inhumanos. Podemos permitirnos ser lo que nadie más puede permitirse ser; por la sencilla razón de que somos la solidificación de la intención de la evolución».

Mientras esta discusión se desarrollaba en el más perfecto de los salones de la clase media alta, en la cocina, igualmente perfecta, se desarrollaba una discusión bastante similar. Sin embargo, el destino encontró su voz en las expresiones soñadoras y sentimentales de Lily Rogers. Louie y Emma defendían firmemente la opinión de que cuanto más tiempo se mantuviera en secreto la existencia de Nelly Morgan para la señora Crow, mejor sería para todos. Lily, por su parte, proponía la sorprendente y perturbadora doctrina de que «como las cosas ocultas están destinadas a ser conocidas, y las cosas oscuras están destinadas a ser aclaradas» (ésta era la fraseología de la propia muchacha), «sería más amable hacer que la señora Crow conociera la triste verdad». Esta

«amabilidad» se presentó a la mente contemporizadora, criada en Mendip, de Emma Sly como una simple crueldad, y comenzó una controversia entre ellos que casi estropeó el sabor de la famosa mermelada de pera y jengibre de Emma en boca de una entendida Louie. Así, tanto en el salón como en la cocina de The Elms se fueron acumulando en el horizonte ciertas nubes de peligro para el dueño de la casa. En un caso, estas vanguardias de mal agüero fueron ahuyentadas por el bastardo de Lord P.; en el otro, por la hija de Lord P., Amos Sly, el pastor de Lord P., pero en ninguno de los dos casos, a pesar de que se cerraron las contraventanas para protegerse del azul del crepúsculo, las nubes se disiparon por completo. No avanzaron, pero la noche cayó y las dejó intactas.

Tal vez las dos personas de todo Glastonbury que captaron mejor la esencia de ese fresco crepúsculo azul que caía al final de un día tan anormalmente cálido fueron Mat Dekker y la señorita Elizabeth Crow. El vicario, cuya conciencia debía entrar en todas las casas de la ciudad, había invadido el dominio del doctor Sodbury, párroco de St. Benignus. La señorita Elizabeth ya había hecho lo que dijo que haría en la lectura del testamento en la rectoría de Northwold. Había alquilado una de las casas de obreros más pequeñas del Ayuntamiento, un lugar diminuto con un jardín aún más diminuto con la palabra «Rosemary» inscrita en lo alto de la puerta de madera. Allí vivía con una doncella de dieciocho años llamada Tossie Stickles, la joven más regordeta y de

mejor carácter que jamás se haya puesto un delantal. Le pagaba a Tossie cinco chelines por semana, y Tossie depositaba cada centavo en la caja de ahorros, “para que permaneciera allí hasta que la acostaran o la enterraran”.

La señorita Elizabeth había visto pasar por la calle la alta figura de Mat Dekker y había enviado a Tossie a llamarlo para tomar el té temprano. Nadie, salvo el propio Mat Dekker, sabía el esfuerzo que le costaba aceptar esta atenta invitación. En particular, quería terminar su visita a Benedict Street en una tarde y Penny esperaba que volviera a tomar el té (ya que cenaban temprano), a las seis y media. Contaba con una tarde completamente libre de visitas al día siguiente para dar un paseo con Sam hasta Butleigh Wood, más allá del pueblo de Street, que era uno de sus objetivos favoritos; y esta llamada de Rosemary no sólo significaba que le quitaría el apetito para la cena, que disfrutaba más que cualquier otra, sino que hacía bastante probable que en lugar de esta excursión tuviera que regresar.

Mañana se dirigirá a esa hilera de casitas. Sin embargo, una vez que se lanzó a una profunda conversación con su viejo amigo, empezó a sentir que ninguno de esos sacrificios era en vano. Miss Crow era la única mujer en todo Glastonbury en la que podía confiar sobre el punto en el que más necesitaba consejos femeninos, y se encontró, sentado frente a ella en el mirador, al lado de cajas de pensamientos amarillos, hablando con ella con más libertad que con nadie en años.

La señorita Elizabeth no sólo le prohibió a Tossie tocar las persianas, sino que incluso abrió una de las ventanas cuando vio a su amiga cautivada por la belleza de la noche. Así, juntas bebieron el té, inhalaron la fragancia de los pensamientos amarillos y se sintieron aliviadas por el azul místico del aire.

–Es exactamente el color que los primeros venecianos usaban siempre –dijo la señorita Crow– para el vestido de la Virgen. No me sorprendería que ese azul en particular tuviera algún efecto peculiar sobre los nervios humanos.

"Lo he visto en muchos lugares, Betty", dijo Mat Dekker, "pero nunca en un tono tan intenso como aquí en Glastonbury. Es agradable pensar que vivimos en un lugar famoso por sus crepúsculos".

A la señorita Elizabeth le encantaba que la llamaran «Betty» y allí, sentada frente a ella en su ventanal, estaba la única persona a la que le habría permitido hacerlo.

–Por cierto, ¿qué es eso que he oído sobre que Philip ha rechazado a algunos de sus trabajadores y ha amenazado con cerrar una de sus fábricas? ¿Por qué no puede llegar a un acuerdo con sus hombres? Todas las ancianas con las que he estado hablando en Benedict Street dicen que sus maridos no quieren hacer huelga y que es sólo este tipo, Barter, el que está causando problemas. ¿Qué le pasa a Philip, Bett? ¿Se está poniendo bajo el yugo de ese tipo?

La señorita Elizabeth levantó la cabeza. Todas las mujeres, viejas o jóvenes, tienen ciertos gestos, ya sean de ira, sorpresa, tristeza o desapego, que sólo una o dos personas en el mundo pueden ver, y esta sonrisa suya ahora con la cabeza erguida y un poco hacia atrás y los ojos medio cerrados, era uno de los gestos de la señorita Crow que nadie en el mundo, excepto su madre y Mat Dekker, había visto jamás.

“No tiene sentido que recurras a mí otra vez para entrometerte entre Philip y sus manos”, dijo. “¿Recuerdas lo enojado que se puso cuando lo hice la vez anterior y cómo lastimé a los hombres en lugar de ayudarlos? Mi consejo para ambas partes siempre sería: lleguen a un acuerdo”.

–¿Crees que Philip se da cuenta de que hay muchos sentimientos en su contra en el pueblo? –continuó Mat–. Me han dicho hoy que hay un movimiento en marcha para elegir un nuevo alcalde y, de entre todas las personas del mundo, ¿sabes quién será? La señorita Elizabeth meneó la cabeza.
–¡El señor Geard!

–No, no, Mat, estás bromeando.

–Sí, digo que sí... ¡El señor Geard!

–¡Imposible, Mat Dekker!

“¡Pregúntale a cualquiera de tus vecinos y pronto lo verás!”

“¿Philip sabe esto? ¿El alcalde Wollop sabe esto?”

–No puedo decir lo que sabe Philip. El viejo Wollop seguro que lo sabe, porque me lo dijo él mismo.

Hizo un gesto de impaciencia con las manos. “Estoy cansada de la política del pueblo”, dijo.

El rostro de Mat adoptó esa expresión algo enfurruñada que es natural en un hombre cuando su interlocutor cambia de tema de conversación. Pero fue entonces cuando ella apaciguó ese enfado al empezar a hablar de Sam.

“¿Ha estado allí últimamente?”, preguntó.

–No desde que la mujer volvió a vivir con su marido –dijo Mat Dekker–, pero ahora me dicen que Zoyland la va a dejar sola allí mientras él esté en Wookey Hole. –Suspiró profundamente–. Me gusta la chica, Betty –añadió con gravedad.

“*Ya lo veo*”, dijo. “Pero no te agradecería tanto si ella dejara que él la raptara”.

–No, supongo que no –dijo–, aunque a veces uno se siente avergonzado de interferir en una verdadera relación amorosa. Soy un creyente en el amor, Bett, querida. Sé que toda pasión *no es* amor, y la lujuria, por supuesto, es lujuria.

Pero de todos modos existe *el* amor y tengo la idea fija y arraigada de que cuando un hombre y una mujer realmente se aman, se convierte, Bett, querida... –Bajó la voz.

–¿En qué se convierte, Mat? –preguntó ella, alejando un poco la taza del borde de la bandeja y quitando con las yemas de los dedos *algunas* migas que estaban adheridas al hermoso dibujo de nácar incrustado.

“Se convierte en una transacción... una transacción...” Se interrumpió encogiéndose de hombros.

“¿Qué clase de transacción?”, preguntó con voz tranquila y controlada.

“Sólo quise decir”, dijo, “que así como lo que llamo la Misa es un acto que pertenece a más de un plano de existencia, así también cualquier gran amor entre dos personas puede tener una importancia más allá del mundo que conocemos”.

Las manos de la señorita Crow empezaron a moverse nerviosamente entre los objetos de la bandeja.

Su figura corpulenta se había erguido mucho mientras estaba sentada en su silla, pero parecía que a sus dedos les resultaba difícil ser tan reservados y dignos como su señora.

“No puedo imaginarme lo que Sam está sintiendo o pensando estos días”, continuó Mat Dekker. “Su mente lo está resolviendo todo a su manera, creo, pero no tengo ni

idea de cómo lo está resolviendo”.

La señorita Elizabeth miró a su amigo directamente a los ojos preocupados. –Has cambiado, Mat –dijo–, con todo esto. Pareces dispuesto a dejarlos marchar. Seguramente significaría un desastre para ti si lo hicieran.

Se frotó el rostro grande y rubicundo con ambas manos huesudas, como para quitarse los restos pegajosos de una máscara desechada.

“Pensé que era sólo un capricho infantil, que ella se juntara con él”, dijo, dejando caer pesadamente las manos sobre la mesa. “Pero pronto descubrí, cuando hablé con ella, que era mucho más que eso”.

Elizabeth le lanzó una rápida y penetrante mirada. –No te habrás enamorado de esa mujer, ¿verdad Mat?

Se levantó de la silla con mucho ruido, haciendo que el contenido de la bandeja temblara. –¡Cállate, Bett! –gruñó–. Todo esto me preocupa. Es demasiado serio para bromear. Pero debo irme ahora. ¡Ya sabes como es nuestra Penny!

Él se acercó a buscar su sombrero y su bastón del pequeño sofá del salón. Ella le abrió la puerta y le tendió la mano.

–No estaba bromeando, Mat –dijo–. Creo que estás un poco enamorado de esa chica.

Una descarga eléctrica de furia hizo temblar su enorme cuerpo de pies a cabeza. «¡No... permitiré... que nadie... me hable así!» Las palabras brotaron de él antes de que tuviera la menor idea de que iba a ser presa de esa oleada de ira ciega. Experimentó una pequeña dificultad en la oscuridad que se avecinaba sobre el pestillo de la pequeña puerta.

La señorita Crow no tardó en ponerse a su lado. –No quise burlarme de ti, Mat. Debería haberlo sabido –susurró.

Inclinó la cabeza de modo que ella sólo pudo ver sus ásperas cejas, que sobresalían bajo las ondulaciones frontales, de su pesada frente, como las de un cráneo de Neandertal. Recuperó la compostura mirando fijamente una diminuta hormiga que hacía que una polilla muerta se moviera como si estuviera viva en el suelo, bajo la puerta. Tragó saliva de un trago feroz y levantó la cabeza de un tirón. –Somos un par de viejos tontos, Elizabeth –dijo–, y eso es todo. Eres demasiado buena conmigo, ¡y nunca pienses que no lo sé! ¡Bien! Cuídate y no vuelvas a cargar con ese pesado cubo de carbón. Tossie tiene el doble de fuerza que tú. Supongo que también te ganas tu propia agua arriba, ¿no?

–No siempre, querido Mat; ¡no a menudo! Buenas noches y que Dios te bendiga. –Y se dio la vuelta y volvió a entrar por la puerta.

Mientras Mat Dekker, el padre, se separaba de Elizabeth Crow para regresar al reino gobernado por Penny Pitches,

Sam Dekker, el hijo, se alejaba involuntariamente del alojamiento de John Crow, el errático sobrino de Elizabeth.

Fue John, ahora secretario asalariado del señor Geard, quien hizo las insinuaciones. Formaba parte de su nuevo trabajo hacer insinuaciones en todas las direcciones. John ya se había "acercado" a casi un tercio de los ciudadanos cultos de Glastonbury y había llegado el momento de acercarse al joven Dekker. Le había servido té a Sam en su nueva habitación, y Sam también, como su padre, se había maldecido por comer tanto pan y mantequilla mientras la déspota Penny lo esperaba en la puerta. Y había arrojado un encanto absoluto sobre Sam. Sam, a diferencia de su padre en esto, no tenía un alma viviente a quien pudiera contarle sus problemas.

Su naturaleza pesada y melancólica había estado acumulando lava volcánica emocional durante tres días, y esa noche –la noche del viaje en avión de Zoyland a Wookey Hole– todo su ser hervía y fermentaba con pasiones enfrentadas. Mientras el padre estaba sentado en el ventanal de la señorita Crow en Benedict Street, el hijo estaba de pie junto a la ventana abatible de John en la parte trasera de Northload Street. La ventana daba a un prado llano y a Dye House Lane, a los campos que se extendían al norte del distrito llamado "Paradise", y desde allí se podían ver no sólo las colinas de Polden sino, elevándose contra el horizonte, más allá de los pantanos de Bridgewater, la lejana cresta azul de Quantocks. El joven corpulento y fuerte y el

hombre delgado y demacrado estaban de pie uno al lado del otro contemplando esa escena. Un alegre fuego ardía en la pequeña chimenea de John y algo en sus estantes, sus sillas, sus libros, sus ollas y sartenes, su estufa de gas, su sofá-cama con cojines, sus pocos grabados baratos, su alfombra aún más barata, daban testimonio de la mano y el cerebro de Mary; mientras que el hecho de que él estuviera allí, con todo tan cómodo a su alrededor, daba testimonio de la liberalidad de Johnny el Sangriento.

–No digo que haya practicado o pueda practicar lo que estoy diciendo –afirmaba Sam con voz emocionada–. Lo único que digo es que no hay vida que libere a alguien tan completamente de la infelicidad como la vida mística. Si renuncias a la posesión, si renuncias a intentar poseer lo que te atrae, una felicidad encantadora y emocionante fluye a través de ti y sientes que estás en contacto con el secreto de todo. Sólo hay dos pecados mortales en el mundo: uno de ellos es ser cruel y el otro es poseer, y ambos destruyen la felicidad.

–¡Estoy de acuerdo contigo! ¡Estoy de acuerdo contigo! –exclamó John–. Lo único es que lo contrario de lo que dices también es cierto... ¡No, no! Hay mucho en tu método cristiano, hay de todo en tu método cristiano; ¡pero debe aplicarse a fines paganos! ¡Ésa es la gran doctrina del Tao, que nadie entiende... excepto yo! Una luz positivamente diabólica brilló en los ojos glaucos de John y su forma sinuosa y débil parecía curvarse en pequeñas ondulaciones de

espirales magnéticas, como las espirales de humo que seguían a su cigarrillo.

–Eres demasiado sutil para mí –gruñó Sam, extendiendo sus piernas cubiertas por medias grises y mirando sus enormes botas sucias y la alfombra brillante, elegida con tanto cuidado por Mary en la tienda del alcalde Wollop.

–Soy sutil porque soy simple –respondió el otro–. Escucha, Dekker –continuó–, no debes pensar que me estoy metiendo en tus asuntos privados si te doy un consejo.

Un espasmo de fastidio recorrió el rostro de Sam y los músculos de su barbilla se contrajeron. Por un segundo, los dos hombres se miraron, como animales de especies diferentes que se hubieran encontrado por casualidad en un claro del bosque.

El tic en la mejilla izquierda de John hizo una señal silenciosa al mentón arrugado de Sam, de forma muy parecida a como el temblor de los bigotes de una rata podría responder al olfateo del hocico de un tejón.

–¡Señor, señor! –exclamó Sam, empezando a caminar de un lado a otro de la habitación de su anfitrión con las manos en los bolsillos–. ¿Así que hemos llegado al punto? Llegamos a lo que siempre temí: que todo el mundo en Glastonbury se enterará de mis problemas. ¡Señor! ¡Cómo detesto y odio a la raza humana! Ése es el «consejo» que me gustaría que me

dieras, Crow. Me gustaría que me dijeras: «¡Escápate de todo, Sam, imbécil, escápate de todo y trata de imitar a esos viejos santos medievales!».

John Crow apartó la mirada. Una de sus peculiaridades era poder mirar a la gente a los ojos con una mirada desvergonzada y sin compasión; pero la emoción de Sam le producía una sensación peculiar de vergüenza. Mirar el rostro agitado de Sam durante más tiempo en ese momento parecía como si estuviera escuchando a escondidas en un confesionario. De modo que miró la cresta de los Polden, ahora apenas visible, y pensó: «Hay algo en la excitación espiritual que me incomoda. ¡Debo tener el corazón de piedra!».

–Mi consejo, Dekker –dijo en voz baja y obstinada, sin dejar de mirar por la ventana–, sería que hicieras lo que hacen las liebres cuando ven algo peligroso: es decir, que te quedes quieto. ¿Conoces esa palabra? Conviértete en algo inanimado... Conviértete en un tocón, un poste, un terrón de arcilla. Luego, al cabo de un tiempo, cuando las cosas se hayan solucionado, ¡podrás volver corriendo a tu lugar de alimentación!

Se levantó del brazo de su silla y se quedó flotando junto a la ventana. Cuando Sam hizo una pausa en su marcha de centinela y le lanzó una mirada con sus entrecerrados ojos de oso, su figura junto a la ventana parecía hecha de algo menos sólido que la carne y la sangre, parecía como si

necesitara muy poco para convertirse en uno de esos vapores nebulosos que flotaban sobre las zanjas.

–Es así, Crow –empezó; pero sintió que aquella figura vagabunda junto a la ventana, mientras le hablaba, podía descomponerse, disolverse, desintegrarse, y no pudo continuar. La química de los cuerpos humanos, incluso prescindiendo de su forma, es una manifestación extravertida de las almas que los animan, y sin duda en todo Glastonbury no se habrían encontrado almas más diferentes que las de John y Sam.

Cuando empezó a decir: «Es así, Crow», Sam sintió que su propio cuerpo desgarrado y torpe se recomponía para expresar su nuevo propósito. Pero poner el sello de su solemne intención sobre esta débil y fluida aparición en la ventana era tan difícil como si tuviera que disparar una flecha a un manojo de plumas o escribir un «credo» sobre el agua que fluye. Sin embargo, hizo un último intento. «Es así, Crow». Para mí todo es dualismo. Es una perpetua «guerra entre el bien y el mal». Sea cual sea el bando que elijas, obtienes inspiración de fuera del mundo visible. Pero la inspiración del mal exterior significa a la larga angustia y locura, mientras que la inspiración del bien exterior significa un éxtasis que aumenta y crece. Poseer es malo. Toda la idea de la propiedad privada es mala. Proviene del diablo. Lo que hacía tan felices a esos santos medievales era que siempre se decían a sí mismos: «¡Dejad libre a la bella muchacha!».

“¿Qué es eso? ¿Qué es lo que dicen tus santos?”

Era como si un fantasma de niebla se hubiera transformado en un duende burlón.

Crow se deslizó de nuevo hacia la habitación, se tambaleó hacia el fuego, se agachó en un taburete junto a la chimenea e, inclinándose hacia él, mientras se agachaba, encendió una cerilla para su cigarrillo contra los barrotes.

Sam lo miró con tristeza. El hombre parecía estar adorando el fuego. Sam tomó su enorme puño de la repisa de la chimenea y retrocedió un par de pasos. ¡Maldito tipo! El hecho de que hubiera sido un día tan caluroso, polvoriento, anodino y desagradable hacía que el hecho de que hubiera un fuego en esa habitación fuera algo grotesco. El tipo parecía estar derritiéndose en el crepúsculo fuera de la ventana; ¡y ahora parecía estar a punto de lanzarse a las llamas! Se llevó la mano a la barbilla. «Dijo que ella dijo que yo tenía aspecto de santo», pensó. Y entonces se dio cuenta de que esa noche Zoyland se marchaba realmente, pilotado por Barter o algún amigo londinense de Barter, hacia Wookey Hill. ¡Todo el mundo en Glastonbury lo sabía! Todo el mundo en Glastonbury sabía que Nell estaba sola en Queen's Sedgemoor. «Podría soportarlo», pensó, “si ella nunca se hubiera apoyado en mí con sus pechos. ¿Quién podría soportar eso y no querer «poseer»; y no *tener* que «poseer»?”

Se le ocurrió la loca idea de esperar hasta que su padre y Penny estuvieran dormidos, salir de la casa y correr hacia allí, incluso si era media noche y no llegaba hasta el amanecer.

–Bueno, Crow, tengo que irme –dijo–. Ya llego tarde. Muchas gracias por el té. Dios sabe cómo podré beber más. Seguiremos con esto en otra ocasión.

El demonio junto al fuego se puso de pie de un salto y se convirtió una vez más en el decaído, débil y nervioso beneficiario de la generosidad del Sr. Geard.

–Adiós –dijo–, y no te olvides de decirle a tu padre que quiero verlo para hablar de la Feria de Verano. La única persona a la que no le gustará nuestra Feria será a mi querido primo. Y puedo prometerle que le daremos una razón para que no le guste. ¡Vamos a «enseñarle», como decimos en Norfolk, a convertir Glastonbury en una ciudad industrial! ¡Vamos a sacudirle su complacencia capitalista, ya lo verás! Bueno, adiós, Dekker, y no te olvides de «congelarte» como una liebre y dejar que la suerte y el destino luchen por sí solos.

Mientras padre e hijo volvían lentamente a Silver Street, en la cocina de la vicaría se sentaban cómodamente Penny Pitches y el señor Weatherwax. Si Penny era todo cuerpo, y además un cuerpo muy cuadrado, Weatherwax era todo rostro. Parecía una de esas absurdas caricaturas políticas que representan alguna fisonomía familiar agrandada hasta

alcanzar un tamaño monstruoso y en equilibrio antinatural sobre el cuerpo de un maniquí. El rostro de Isaac Weatherwax era una extensión grande, plana y quemada por el sol, como un antiguo mapa de alguna «Terra Incognita». En esa extensión, a distancias tradicionales, se distinguían ojos, nariz y boca. También había varias excrecencias de un tipo menos habitual, «montañas», podríamos decir, en esta luna quemada por el sol, a las que el señor Weatherwax solía referirse a veces como «estos bichos que crecen en mis mejillas».

Todos los preparativos para el té de la vicaría estaban a la espera del regreso del viejo y del joven señor; pero mientras tanto, los dos viejos chismosos, como si un cuadrado estuviera entreteniéndolo a un círculo, se estaban divirtiendo bastante, independientemente de la tetera. El señor Weatherwax estaba probando por adelantado una botella de coñac, de modo que, cuando el aparador de Casa de la Abadía volviera a ser deudor de la bodega de la vicaría, no se produjera ningún cambio abrupto o desconcertante en la naturaleza del préstamo.

—Así que vamos a tener un nuevo alcalde, el día de las elecciones, entre los concejales —observó el señor Weatherwax soñadoramente—, todos los trabajadores somos solicitados, como sabemos, para empujar a los concejales y animarlos. Algunos, como sabemos, dicen que el señor Wollop y el señor Crow están decididos a convertir nuestra tranquila ciudad en un distrito urbano rodeado de

gente aumentando la población. Pero digan lo que digan, mi chica, yo me adhiero a la autoridad. Me adhiero a la autoridad del señor Crow. Se dice que Geard, un hombre que no es diferente a mí, un hombre que puede rezar mucho y beber mucho como cualquier hombre común, estará a favor de dejar entrar a los visitantes y mantener a los trabajadores fuera; pero yo me adhiero al señor Crow y sus trabajadores. ¿Quieres saber, mi chica, por qué me adhiero a él?

–¿Quieres probar un poco de mi «gorlas», Isaac?
–interrumpió Penny–. Hoy está mejor que de costumbre.

El señor Weatherwax permitió que una débil señal de afirmación se reflejara en su gravedad política mientras Penny se levantaba de su silla. Procedió a hacer algunos cambios rápidos en la posición relativa de las ollas y las tapas de las ollas sobre su gran estufa mientras su visitante terminaba el brandy. Esta extensión plana de superficie de hierro oxidado con sus muchas aberturas con tapas redondas era el Coliseo de Encuentros con la Materia Bruta de Penny. Era una estufa más vieja que la que usaba Emma Sly en The Elms y se manejaba de una manera más primitiva.

La estufa de The Elm siempre se mantenía bien ennegrecida. Al igual que la estufa de Louie en Casa de la Abadía, tenía perillas pulidas y adornos brillantes, mientras que la estufa de la Vicaría podría haber sido la estufa de una tribu de gitanos. Se derramaría todo tipo de cosas sobre ella. A Penny no le importaba. Penny era tan selvática en sus

modales como si hubiera sido el Salvavidas de *La reina de las hadas* recién llegado de alguna Arcadia primigenia.

En el fondo de la estufa había un gran caldero hirviendo que utilizaba para preparar un tipo particular de caldo. Este caldero literalmente nunca estaba vacío. Era como el caldero de “la Cabeza de Hades” en la poesía de Taliessin. Penny tenía un nombre propio para esta bebida perenne. Lo llamaba “gorlas”. Si esta palabra extraordinaria había llegado a ella en alguna tradición muy antigua de Glastonbury o si en realidad era una corrupción de la palabra “gorlasser”, que parece haber significado un color azul oscuro y lívido, y se usaba para describir a un misterioso “Dios-cadáver” o “Rex Semi-mortuus” en la antigua mitología Cymric, es una pregunta que Penny, menos afortunada en sus citas de hombres eruditos que Abel Twig, nunca había tenido la oportunidad de consultar al conservador del museo.

–¿Sabes, Penny? –preguntó el señor Weatherwax mientras bebía el brebaje de su amiga–, ¿cuál es el eje de la vida en la Tierra?

Penny sonrió con la sonrisa de todas las mujeres ante toda filosofía, pero negó con la cabeza obedientemente.

–Bueno, mi buena alma –continuó el señor Weatherwax–, soy yo quien te dice lo que es eso. Eso es la Autoridad. Cuando veo una Autoridad viva y verdadera, sé que las verduras crecen, que las gallinas ponen, que el ganado se

reproduce, y que la gente pobre es alimentada y vestida. –Su voz se hundió en un susurro bajo y confidencial–. Sólo hay una Autoridad viva y verdadera en nuestra ciudad, y esa Autoridad es el señor Crow. Si es así como sus tontas mujeres y sus predicadores efímeros hacen que nuestra ciudad deje de servir al señor Cuervo para servir a los ídolos, entonces les digo: «¡Cuídense bien! El fin de todas las cosas está cerca». –Su voz se apagó. Se llevó el cuenco de *gorlas* a la boca espaciosa y miró con picardía por encima del borde.

–La gente es más rara que los solteros –replicó Penny enigmáticamente–. La gente prefiere preparar su propio caldo antes que alimentarse con toda la leche del paraíso.

Cuando Sam regresó a la casa de su padre, ya había anochecido. Oyó al viejo Weatherwax murmurar algo borracho mientras arrastraba los pies por el camino y él mismo, para evitar al jardinero, se dirigió a la puerta de entrada. Se sentía tan perturbado en sus pensamientos que, cuando puso la mano en el picaporte de la gran puerta de hierro, se le ocurrió que le resultaría casi imposible mirar a su padre a la cara. Lenta y pesadamente, siguió avanzando un trecho más por la calle. Pronto llegó al final de Silver Street y, tras vacilar un momento, giró finalmente a la derecha y siguió el muro exterior oriental de los terrenos de la abadía por el antiguo camino que conducía al Tor, que lleva el nombre histórico, aunque confuso, de Chilkwell Street. Cuando llegó al desvío hacia Bere Lane, vio ante él la enorme forma gótica que se alzaba rica y borrosa en la

oscuridad del mayor granero de la abadía de Inglaterra. El edificio todavía se utiliza como un granero de granja, pero Sam conocía tan bien cada detalle de su fachada que, a través de la oscuridad, cuando se acercaba a él, las cuatro criaturas místicas de los evangelistas que protegen sus murallas parecieron murmurarle y hacerle señales. Sam miró con el ceño fruncido a aquellos seres apocalípticos. Habían visto pasar bajo aquel arco gótico tantos carros llenos de heno, paja, avena, trigo, cebada, tantas camadas de cerdos, tantos carros llenos de nabos y remolachas, que parecían pedirle también a Sam que les trajera algo, ¡lo que fuera! Pero Sam sólo tenía una ofrenda en su corazón en ese momento, ¡y esa ofrenda le parecía que no podía ofrecerla! Con tristeza y pesadez, se arrastró un poco más por Chilkwell Street, hasta que a su izquierda vio los muros de piedra de Chalice House –en ese momento completamente desocupada– y a su derecha las ventanas iluminadas de St. Michael's Inn. Ambos edificios se encontraban a cientos de metros de distancia y el sendero pavimentado que estaba siguiendo se elevaba unos dos metros por encima del nivel de la carretera. Había unas cuantas casitas de piedra que lindaban con el sendero y, detrás de ellas, varios senderos de jardín. Estos senderos, que ascendían entre muros bajos y cubiertos de musgo, conducían a las laderas inferiores de Chalice Hill. Sam no estaba familiarizado con esa versión tan rumoreada de la historia del Grial que sitúa el encantado Castillo de Carbonek, donde se guardaba el Misterio, en la cima de Chalice Hill; y ahora volvió su mirada abstraída, a

medida que uno a uno estos oscuros ascensos entre las líneas sombrías de mampostería iban apareciendo ante su vista, hacia el interior de la casa.

Sam se puso a trepar las partes más altas de la colina como si se tratara de una cuesta común y corriente. Sin embargo, al pie de una de esas cuestas, de repente le llamó la atención la visión de una figura oscura apoyada contra un muro bajo. La forma en que los contornos de la figura se definieron en lo que la rodeaba, en el suelo, en las piedras, en el sembradío, en la oscuridad, le permitió a Sam, aunque no tenía la mirada de un Rembrandt ni de un Hardy, reconocerla como la de una mujer. Su pobre cabeza estaba tan llena de una mujer en particular que fue bastante natural que su primer pensamiento fuera: "¡Ha venido a mí!" Pero pronto se dio cuenta de que la figura era la de una persona delgada y desgarrada, tan totalmente distinta a su Nell como un cuervo es diferente a una paloma. Entonces se le ocurrió vagamente que había visto a esa persona antes y no hacía mucho tiempo. ¿En quién diablos le hacía pensar? Se quedó mirando hoscamente y con tristeza esa forma solitaria e inmóvil hasta que por fin empezó a pensar que, quienquiera que fuese, era alguien que no tenía ningún deseo de ser observado. Entonces supo en un instante quién era. ¡Era Cordelia Geard! Simultáneamente con este conocimiento se le ocurrió que Cordelia había estado sentada al lado de ese diablo de aspecto extraño de la tienda del viejo Jones cuando la encontró en esa extraña habitación de Geard.

¡Así que eso era! Ella estaba esperando a ese tipo ahora. Estaban en compañía y él la había dejado por un minuto por alguna razón; probablemente para aliviar la naturaleza. Sin duda estaban rondando por los alrededores de Chalice House. Su padre muy probablemente hubiera estado comprando a esas casitas. La sorpresa de ver a Cordelia cuando menos lo esperaba le hizo recobrar la cordura de golpe.

–¡Dios mío! ¡Qué egoísta he sido al hacer esperar tanto a mi padre! ¡Tengo que volver de inmediato! –Él desapareció, y Cordelia, que lo había estado observando, mucho más atenta y nerviosamente de lo que él la había estado observando, dio un suspiro de alivio.

Estaba sola de nuevo. “¿Debo continuar?”, pensó, “¿o regresar? Crummie me necesita. Mamá me necesita. Papá estará preocupado por mí. Si el señor Evans viene y yo no estoy, pensará que me sentí herida por la forma en que actuó esta mañana. ¡Oh, que todos me quieran! He sido considerada con todos demasiado tiempo. He pensado en todos menos en mí misma demasiado tiempo”. Miró a su alrededor, reflexionando.

–¡No, no, no me importa si me quieren! –y se volvió resueltamente hacia la oscura ladera que se alzaba sobre ella–. ¡No me importa si tienen que esperarme! ¡No me importa si no vuelvo a verlos nunca más; si nunca vuelvo allí abajo, nunca más!

Empezó a ascender rápidamente la colina. El aire parecía volverse más fresco a medida que avanzaba. ¡Qué día tan polvoriento, descolorido y neutro había sido! ¡Pero el crepúsculo azul había sido extraño! Y qué vapores extraños, aunque no había nada húmedo en el aire, se habían ido acumulando, separándose, rodando, en confusa retirada, sobre las orillas del Brue y sobre los jardines de Street Road. Había sido en parte el extraño crepúsculo lo que la había atraído hacia adelante, eso y esta nueva inquietud en su sangre...

Esta ladera de Chalice Hill había sido uno de sus lugares de descanso favoritos. Cuando estaba de mal humor, siempre se iba sola a uno u otro de estos lugares. “Es uno de mis lugares de descanso”, habría dicho si Crummie le hubiera preguntado.

En cada pequeña ciudad de Inglaterra hay probablemente varias mujeres excéntricas que suelen separarse de su familia y se realizan a sí mismas en excursiones a determinados lugares. Esas personas a menudo terminan volviéndose medio locas. A veces terminan suicidándose; pero es indudable que en el intervalo entre la esclavitud de su familia y esa locura o ese suicidio, cuando visitan esos lugares favoritos y llevan allí sus pensamientos inhumanos, *contrahumanos*, experimentan éxtasis de una calidad oscura y extraña, como los que las personas llamadas "satisfechas" pueden pasar toda su vida sin conocer. ¡Qué destino llegan a conocer esos lugares solitarios de esas personas solitarias!

Es difícil que haya un pueblo o una pequeña ciudad en Inglaterra –las grandes ciudades, por supuesto, ahogan todas esas cosas con sus enormes mareas de humanidad– donde no haya ciertos lugares aislados cargados con los pensamientos salvajes de estos solitarios. ¡Tienen un destino como Ío, la novilla, esas mujeres enloquecidas por el tábano de Hera! ¡Cada una de ellas es una profetisa, una compañera de Prometeo! ¡Cada una de ellas ha sido violada espiritualmente por el gran Padre despiadado de todas las Mentiras! ¡Cómo deben estar impregnados esos lugares solitarios con las imaginaciones rebeldes de estas mujeres! ¡Cómo deben llevar consigo a estos extraños y extasiados niños del pensamiento, regados por inundaciones y diluvios de lágrimas liberadoras, fundentes, disueltas y obliterantes, y las dejamos allí para que sean nutridas por la Madre de todos nosotros!

Los prados y huertos solitarios de aquella ladera en particular, y especialmente ciertas parcelas desnudas de tierra comunal, sin setos, ni barandillas, ni surcos, ni cultivos, ni arbustos, ni árboles, habían convertido a Chalice Hill en uno de los refugios favoritos de Cordelia durante mucho tiempo. Éstos habían sido su refugio años antes de que su padre heredara el dinero del rector de Northwold. Últimamente, desde que se hablaba de la compra de Chalice House, Cordelia tendía a evitar el lugar y a elegir otros. Esa noche, sin embargo, sentía que nada más que Chalice Hill la tranquilizaría. Había imaginado que conocía el lugar tan bien

que llegaría con facilidad a cierta extensión de hierba desnuda que tenía en sus pensamientos; pero no había permitido, como rara vez permitimos, la presión psíquica de la propia oscuridad, como la entidad viviente que la rodeaba. Esta invasión de los sentidos desconcertados de un habitante del día por la presencia envolvente de la noche es un fenómeno único en la experiencia humana. Por más que se la haya sentido con frecuencia, siempre vuelve con una sacudida de sorpresa perturbadora. ¡La oscuridad se vuelve un amor polimorfo, irresistible, que no se puede detener! La rechazamos con la vista cegada, el tacto paralizado, el oído confuso. ¡Pero no hay nada en nosotros que no invada! Cuando es una mujer la que está en sus garras, Parece despertar algo en la naturaleza femenina que le corresponde, de modo que el misterio recesivo de la oscuridad en la mujer –esa marea subterránea del antiguo caos ancestral que fluye y refluye en el fondo de su ser– se precipita al encuentro de esta hermana primigenia, esta hija gemela del abismo aborigen, cuyo abrazo incestuoso la rodea por completo. Cordelia parecía incapaz de escapar de los huertos de manzanos de Chalice Hill. Los conocía perfectamente a la luz del día y a menudo había trepado ligera y rápidamente por los muros bajos que los rodeaban; pero esa noche parecían extenderse como un bosque encantado. ¡Insula Avallonia! Sin duda estaba luchando con un suelo y con los crecimientos de un suelo que estaban más empapados de leyendas que cualquier otra ladera de Wessex. Las leyendas parecían espesarse a su alrededor

mientras luchaba ciegamente entre estos manzanos en ciernes. La hierba fresca de primavera a los pies de estos árboles parecía estar creciendo en esa oscuridad.

De una tierra que cedía a cada paso que daba, una tierra porosa de misterio, una tierra que descendía a dimensiones sobrenaturales donde tenía sus raíces irrealizables. ¡Qué suaves eran al tacto, mientras extendía los brazos y las manos desnudas, las ramas y los troncos de aquellos manzanos! ¿Nunca escaparía a las altas y desnudas tierras altas? Aquellos troncos de manzano que encontraba parecían *crecer* más densos a su alrededor a medida que luchaba por subir la pendiente cubierta de hierba. Parecían responder a sus manos que tanteaban con un flujo magnético de vitalidad oscura, rica e inescrutable. Eran como una hermandad de seres invisibles a su alrededor, llenos de simpatía por sus sentimientos, impidiendo su progreso con su muda conspiración de comprensión. Su cerebro daba vueltas con imaginaciones salvajes. Las lágrimas ahora corrían por sus mejillas; no lágrimas de tristeza, sino lágrimas dulces, aliviadoras, abandonantes, deliciosas. Quería liberarse de esos brazos hermanos, pero la oscuridad misma debilitaba su resistencia con su propia pasión hermana, una pasión más antigua que el mundo. El pensamiento dominante que la impulsaba era el pensamiento de la infelicidad de su amante. «¿Qué es? ¿Qué es?», repetía su cerebro. «Él es infeliz; ¡y no sé qué es! Creía que lo conocía de pies a cabeza, pero ¡ay, no sé qué es!».

Cordelia casi había llegado al punto de sentirse como si la *hubieran* hechizado, o, en un sentido más realista, como si se hubiera vuelto loca y estuviera dando vueltas en círculo en lugar de ascender, cuando de repente se encontró en la cima de la colina y en terreno abierto. No sólo estaba ahora en un campo desnudo, sino que sabía exactamente dónde estaba. Estaba cerca del lugar donde un sendero al otro lado de Chalice Hill conducía al camino donde crecían los dos robles gigantes. El señor Evans le había hablado muchas veces de esos robles. Por supuesto, los asociaba con los druidas. Pero Cordelia había oído una historia muy diferente de boca del nuevo secretario de su padre, quien le había informado de que los habían plantado para marcar el lugar donde habían desembarcado los vikingos.

La hija del señor Geard ahora se dio cuenta de que una liberación grande y misteriosa había llegado a su atribulado espíritu.

También se produjo un cambio de tiempo cuando atravesó Stonedown y se acercó a la aldea de Wick. Lo sintió de inmediato mientras avanzaba, caminando tan rápido y con tanta libertad, a veces con las manos fuertemente apretadas, y a veces con los dedos tan sueltos que se arrastraban entre la fría sombra a ambos lados del pequeño camino. Sentía que se levantaban frías ráfagas de viento. Las sentía soplar, no con regularidad, sino intermitentemente. Soplaban sobre Wick Hollow, sobre Bulwarks Lane, sobre Maidencroft Lane, y siempre que alcanzaban su cuerpo se

arremolinaban a su alrededor como si quisieran lavarla, o limpiarla o exorcizarla. Intermitentes y erráticas como eran y aunque cambiaban un poco según la disposición del terreno, venían en general del noroeste. Del canal de Bristol, y de más lejos que eso. Venían del país natal del señor Evans, del país natal de sus propios antepasados; vinieron, como esas extrañas piedras de Stonehenge, del sur de Gales.

Cordelia llegó al más cercano de los grandes robles, ya fuera vikingo o druida, en lo que le pareció tan poco tiempo que se sintió como si hubiera sido arrastrada allí en medio de las ráfagas de viento del oeste. Llegó a los robles desde lo alto del seto oriental, porque en su alocada aproximación había llegado atravesando el país a toda prisa. Allí, en lo alto del seto, descansó, agarrando una rama de avellano de dulce aroma con una mano y una rama de saúco de amargo aroma con la otra. El viento se levantó a su alrededor mientras permanecía allí, en ráfagas cada vez más salvajes. Y entonces Cordelia, mirando directamente a las ramas anchas del más grande de los dos árboles gigantes, se dio cuenta de algo más en el viento. Esas enormes ramas parecían haber iniciado un crescendo orquestal, compuesto por las notas de muchos instrumentos reunidos en uno. Fue un suspiro acumulativo y susurrante que llegó a los oídos de la mujer, como si un grupo de titanes afligidos hubieran alzado sus voces unidas en un lamentable canto fúnebre por la caída de su raza. Se repetía una y otra vez, este solemne gemido en el aire, un gemido que siempre subía hasta cierto tono y luego se

hundía. A veces, tales eran los caprichos del viento, que antes de que este portentoso réquiem comenzara de nuevo, se oía un zumbido singular en aquellas enormes ramas, como si el árbol quisiera pronunciar un secreto privado a los oídos de Cordelia, antes de reiniciar su canto oficial. ¡Sí! ¡La peculiaridad de este zumbido era que temblaba y se sacudía con una entonación especial para la mujer que estaba de pie sobre el madero! Y Cordelia sabía bien cuál era ese mensaje. El gran árbol le estaba diciendo a la ladera que había lluvia sobre el viento; ¡pero le estaba diciendo algo más a Cordelia! Entonces todo quedó en absoluto silencio; y en ese silencio, un silencio como el terrible silencio de la máxima tensión en el parto, se oía el primer grito del nacimiento, la caída de una sola gota de lluvia. A esa primera gota le seguía otra y a ésta otra más. Cordelia no las oía en el mismo lugar. Una gota caía en el camino que había debajo de ella; otra en una hoja de bardana muerta; otra en un helecho lengua de ciervo marchito del año anterior. Entonces el sonido de las gotas que caían se ahogaba en un despertar de ese canto fúnebre orquestal. Entonces el viento se calmaba sobre toda la meseta y una vez más descendía un silencio absoluto; y en el silencio de nuevo –sólo que ahora en mayor número– las grandes gotas de lluvia salpicaban la tierra, una cayendo sobre una hoja muerta, otra sobre una piedra desnuda, otra sobre un nudo de ramitas densas, otra sobre la frente desnuda de Cordelia. Su sensación en ese momento era que alguna cadena psíquica profunda se había roto en lo más íntimo de su ser.

¡Hola! No pudo contenerse y lanzó un grito salvaje de exultante alegría cuando el primer diluvio estalló tras estas gotas premonitorias. Esperó un minuto o dos con la cabeza vuelta hacia arriba y los ojos cerrados, dejando que el agua le corriera por la cara. Luego, deslizándose por la orilla húmeda, llegó al sendero y, sin mirar en dirección a los robles, que ahora eran totalmente invisibles, comenzó, con la cabeza inclinada y los dedos apretando el cuello de su chaqueta, a regresar al pueblo. Sólo una vez, en el camino de regreso, se detuvo y miró hacia arriba, a la negrura que caía a cántaros. Fue entonces cuando oyó claramente el tamborileo de un avión en algún lugar sobre su cabeza. «¡Es Philip Crow! –pensó para sí–, viajando como el diablo a través de la lluvia negra. Va a Wookey Hole».

VIII. WOOKIEY HOLE

El alcalde de Glastonbury había terminado de desayunar y estaba leyendo el *Western Gazette*. El señor Timothy Wollop era un hombre honrado. Nunca había estafado deliberadamente ni un céntimo a nadie. Era un hombre con autocontrol. Desde la muerte de su padre, el señor Constantine Wollop, nunca había perdido los estribos con nadie. Con su padre, que yacía sepultado en el cementerio de Wells Road, el señor Wollop se había mostrado irritable en varias ocasiones. Pero la actitud del viejo Constantine hacia el final había sido insoportable. Un santo habría maldecido al viejo desgraciado. Un filósofo habría actuado peor. Un hombre corriente lo habría asesinado. Pero Timothy sólo se había enfadado perceptiblemente. El señor Wollop no tenía esposa ni hijos. Sus sirvientes se mantenían a una distancia tan respetuosa que se podría decir que no existían. Eran los trabajadores que mantenían su casa limpia

y caliente y que le llevaban sus comidas moderadas a horas razonables. Si hubieran sido los cuervos que alimentaban a Eliseo o los asistentes invisibles que atendían al príncipe en el cuento de hadas, no habrían sido más deshumanizados. El señor Timothy Wollop vivía para sí mismo. Decir que era infeliz porque se sentía solo habría sido decir lo contrario de la verdad. El señor Wollop era uno de los hombres más felices de Somersetshire. No fumaba, ni bebía, ni se prostituía. Nunca se dejaba llevar, ni siquiera en las solitarias vigiliass de la noche, por los arrebatos febriles del deseo sensual. En cuanto su cabeza tocaba la almohada se quedaba dormido. ¿Con qué soñaba el alcalde Wollop? Nunca soñaba; o, si lo hacía, se olvidaba de su sueño tan completamente al despertarse, que decir: «Soñé como el alcalde Wollop» equivaldría a decir: «Duermo sin sueños». ¿En qué pensaba el alcalde Wollop mientras caminaba desde su casa en Wells Road hasta su tienda en High Street? Pensaba en lo que veía. En verdad, puede decirse que, con excepción de Bert Cole, nadie en Glastonbury contemplaba el Panorama de las cosas y las personas con más interés que su alcalde.

Ni un palo ni una piedra, ni un trocito de cáscara de naranja en una canaleta, ni un gorrión en un tejado, ni una grieta en una ventana, ni ningún aspecto del tiempo, húmedo o agradable, ni una cara vieja ni una cara nueva, ni ningún traje familiar ni ningún traje inesperado, ni ningún perro, ni gato, ni canario, ni paloma, ni caballo, ni bicicleta ni coche, ni ninguna hoja nueva en una rama vieja, ni ninguna hoja vieja

en un tejado nuevo... que Timothy Wollop no notara, le gustara verlo allí y pensara en su presencia.

El alcalde era uno de esos raros seres a los que realmente les gusta el mundo en el que todos hemos nacido. Más que eso; ¡oh, mucho más que eso! El alcalde estaba obsesionado con una absorción de interés, como en trance, por la apariencia de nuestro mundo exactamente como se presentaba. Lo que preocupa a unos, desconcierta a otros, agita a otros, entristece a otros, atormenta a otros, hace que otros sientan responsabilidad, simpatía, vergüenza, remordimiento, no tenía ningún efecto sobre la espalda de pato del señor Wollop más allá de la pacífica excitación del interés superficial. El señor Wollop nunca bajaba por debajo de las apariencias. Si las insoportables manías de su padre se hubieran limitado a los pensamientos de anciano, el señor Wollop nunca se habría enfadado. Los pensamientos de la gente no existían para el alcalde de Glastonbury; y si hay un nivel de posibilidad más inexistente que la inexistencia misma, ese nivel estaba ocupado (para él) por los instintos, sentimientos, impulsos, aspiraciones e intuiciones de la gente. Los sirvientes de su casa, en lo que se refiere a cualquier personalidad interior, podrían haber sido llamados ABC y los dependientes de su tienda, en el mismo sentido, podrían haber sido llamados DEF. Cuando B. (¿digamos?), una sirvienta en un ataque de histeria, se puso la gorra al revés, el señor Wollop se mostró tan interesado como cuando, de camino a su tienda, observó apaciblemente que

a un conocido gato atigrado le habían arrancado la oreja de un mordisco. Cuando E. (¿digamos?), un dependiente, apareció una mañana ataviado para un funeral, el señor Wollop disfrutó del mismo tranquilo revuelo que cuando, de paseo por High Street, notó que una helada negra había matado todas las petunias de la jardinera de la vieja señora Cole. En cierta ocasión, el señor Wollop había oído a uno de sus dependientes más jóvenes (un joven de pelo negro, liso y deslumbrante, por el que había empezado a interesarse discretamente, preguntándose qué peluquería frecuentaba el muchacho) referirse a algo llamado «Neetchky». Del contexto, el señor Wollop dedujo que «Neetchky» no podía ser el nombre de un peluquero. Parecía más bien una fórmula piadosa utilizada por el joven para librarse de la responsabilidad de haber metido en problemas a una joven. En ese momento el interés del señor Wollop cesó, tal como había cesado cuando surgió la pregunta de cómo el gato atigrado había perdido la oreja. El señor Wollop no tenía ningún problema con los hombres jóvenes que tenían fórmulas para eludir la responsabilidad, siempre que hicieran su trabajo en la tienda. De lo que sí era consciente era de un cierto desprecio desconcertado por cualquiera cuyo egoísmo fuera tan débil e inestable que requiriera una fórmula piadosa. Wollop no necesitaba ninguna fórmula, piadosa o de otro tipo. La apariencia de las cosas era la naturaleza de las cosas; y todas las cosas, tal como se presentaban a su atención, en su casa, en la calle y en su tienda, alimentaban su mente con reflexiones lentas,

agradables y serenas. El señor Wollop no era glotón en sus comidas, aunque pensaba con frecuencia en ellas; y, como he insinuado, carecía por completo de sensualidad especializada. Ningún hombre, ninguna mujer, ningún niño podría haber dicho, si dijeran la verdad, que habían sorprendido al alcalde de Glastonbury mirándolos con ojos lascivos. La verdad parece ser que el alcalde era exactamente igual que el joven Bert Cole. Bert y el alcalde Wollop difundían la proyección de sus propensiones amorosas sobre toda la superficie de su mundo; y su mundo era lo que veían.

Los habitantes más inteligentes de Glastonbury no se daban cuenta de la vida feliz que llevaba su alcalde. Mat Dekker lo compadecía porque nunca hacía ejercicio (más allá de sus paseos diarios de ida y vuelta a la tienda) y porque no fumaba pipa. Los jóvenes que trabajaban para él lo compadecían profundamente, cuando pensaban en él, porque no tenía ninguna dama con la que coquetear durante el día ni ninguna dama con la que acostarse por la noche. Philip Crow lo compadecía por no tener espíritu de iniciativa, espíritu aventurero, ni River Axe ni avión. La señora de Philip Crow lo compadecía por no tener a Emma. La propia Emma le había dicho una vez a Lily Rogers que, de todas las casas de Glastonbury, la del pobre y solitario señor Wollop «era la más inhóspita que había visto jamás, fuera del asilo de pobres».

En sus tratos con sus conciudadanos en el consejo

municipal, el alcalde se las arreglaba muy bien. Lo hacía gracias a la enorme ventaja que poseía sobre la gente que creía en la realidad de los pensamientos y los sentimientos. A veces, cuando un ladrón o un mentiroso entraba en conflicto con él, el ofensor se quedaba perplejo por la perspicacia del alcalde. En realidad, no era perspicacia. Era sentido común. Pero era sentido común de proporciones tan prodigiosas que confundía por completo a la víctima de su agudo juicio. El señor Wollop sólo dos veces, en su vida de sesenta años, había "caído en cama", como se dice, y en esas ocasiones había sido compadecido por todos los chismes del lugar. "Ese pobre caballero, con sus whiskys de plata y su panza ceñida, no tiene alma que le importe, ya sea que viva o muera". El vicario de Glastonbury había llegado, en una de esas ocasiones, cuando el paciente sufrió un peligroso ataque de neumonía, para hacer una visita oficial al alcalde. Mat Dekker pensó que había llegado la hora de que el hombre pensara en su alma inmortal. En lugar de esos pensamientos, encontró el plácido rostro del señor Wollop, con sus grandes patillas plateadas extendidas a ambos lados de la almohada, irradiando un interés absorto en los movimientos de tres avispas en el techo. «No dejan de dar vueltas y vueltas», le dijo al vicario; y el visitante se dio cuenta con tristeza de que cuando finalmente pronunció las palabras «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», el enfermo todavía estaba absorto en el interés por esos tres insectos sin alma.

Durante dos días enteros después de la tormenta que Cordelia había visto comenzar, junto a los grandes robles de Wick, la lluvia había caído casi sin cesar. Hacia el final del tercer día comenzó a dar señales de que iba a amainar; y alrededor de las cuatro, aunque se acercaba la hora del té, un buen número de personas entró en la tienda de telas. La de Wollop's era muy conocida en toda esa parte de Somersetshire; y el negocio no dependía de la clientela local; pero como el lugar grande, tranquilo y cavernoso tenía muchos asientos, tanto en sus amplios mostradores como en otros lugares, a menudo había un buen número de damas, que se conocían bien, charlando allí con sus paquetes en las manos. Como la vieja tienda no dependía por completo del comercio local, la actividad en Wollop's tenía el poder de languidecer sin que su dueño sufriera pérdidas graves. Pero estas horas de inactividad pesaban mucho sobre las cabezas de muchos de los dependientes. Los mayores eran los que más sufrían. Los dependientes más jóvenes tenían tantos pensamientos de amor, y otros pensamientos ocultos en ese mundo inexistente que el señor Wollop ignoraba, y tanto que contarse entre ellos acerca de esos pensamientos, que no les molestaban esos intervalos de reflujos entre los clientes. Los dependientes mayores –y algunos de ellos habían adquirido una mirada peculiar, que Mary Crow le dijo a John Crow que era la "mirada de agravio" de Wollop–, al no tener amoríos que compartir, solían tener entre ellos las peleas más mezquinas, amargas y enconadas que existían en todo Glastonbury. El señor Wollop, que estaba ocupado con

el mundo de las apariencias, ciertamente no era ajeno a estas recriminaciones furiosas, porque la "mirada de agravio" de Mary era bastante evidente; pero debe haberla aceptado como un final misterioso, del mismo modo que aceptó el hecho de que Tor Hill estaba frente a Chalice Hill, y consideró que su causa pertenecía a ese mundo de esencias inexistentes que un hombre sensato descartaría sin lugar a dudas. Aquella tarde en particular, el señor Wollop estaba sentado serenamente (como siempre) en una silla giratoria pulida dentro de una pequeña jaula de hierro. Había comprado esa jaula a un banco en quiebra de Taunton, la había comprado en una subasta por casi nada. Ninguna persona viva, excepto el alcalde y Bert Cole, se habría interesado tanto por una jaula para hombres como por una para pájaros. Pero el señor Wollop, al alzar su mirada de Bert por la sala de subastas, se había sentido agradablemente atraído por ese objeto y lo había comprado de inmediato. No tardó en quedar claro que no lo había comprado con ningún propósito siniestro, pues la persona que había metido en ella era él mismo. Los dependientes del alcalde, especialmente los más jóvenes, parecían tener el privilegio de vagar por todas partes; pero una vez que pasaba el día en su jaula, el propio alcalde no salía nunca, salvo en los momentos en que la naturaleza le obligaba a hacerlo. Le llevaban el almuerzo a la jaula.

Cerca del retiro del gran hombre, un día o dos después de la visita de Cordelia a Chalice Hill, mientras el señor Wollop,

contento, murmuraba sobre sus cuentas como un amable elefante marino, en un taburete de uno de los mostradores estaba sentada nada menos que Mary Crow. Había venido a comprar un mantel para la habitación de John en Northload Street. Como el joven que la atendía era el mismo que se lavaba el pelo para la apariencia y se lavaba la conciencia con «Neetchky», se puede creer que la compra de ese simple objeto fue un asunto lento. El joven y Mary Crow diferían en todos los aspectos de gusto y elección en lo que se refería a manteles.

“¿Ha oído las noticias, señorita Mary?” Estas palabras salieron de la jaula. El alcalde se dirigía a su clienta.

–¿Cómo está, señor Wollop? Espero que haya estado bien últimamente.

–Algunas personas de este pueblo, señorita Mary –continuó el hombre en la jaula– se preocupan tanto por mi salud que han decidido que me retire de la vida pública.

–Perdón, no. ¡Oh, no! No me gusta nada. –Estas palabras iban dirigidas al joven, que se marchó silbando–. Perdón, señor Wollop, ¿ha dicho que se jubila? No lo entiendo bien.

“Esta gente quiere que deje de ser alcalde”, explicó el hombre enjaulado. “Quieren que me convierta en un alcalde hechizado”.

–¡Creí que usted sería alcalde vitalicio, señor Wollop!
–exclamó Mary con simpatía.

Sacudió la cabeza y luego, en voz baja, inclinándose hacia ella de modo que su frente tocó los barrotes de su jaula: –Es ese señor Geard quien será el alcalde en mi lugar, para que pueda mantener mi buena salud en jaque.

Mary no tenía por qué fingir asombro ante esto. Estaba realmente sorprendida. –No lo puedo creer, señor Wollop. ¡Seguro que no es verdad! Los concejales eligen al alcalde, ¿no? ¡Jamás, jamás, elegirían al señor Geard en lugar de a usted!

–Eso es lo que van a hacer. Lo veo tan claro como un mapa, señorita Mary.

–¡Pero es una vergüenza! ¡Es una vergüenza escandalosa! Todo el mundo en Wessex conoce al alcalde de Glastonbury. ¡¿Por qué?! ¿No era usted el presidente de aquella gran reunión pública cuando el obispo compró las ruinas para la iglesia?

–Eso es lo que van a hacer, señorita Mary.

–Pero el primo Philip está en el consejo, ¿no?

–Sólo como uno más entre los demás, señorita Mary. Y aunque no quiero... –bajó la voz hasta convertirla en un susurro penetrante–, aunque no quiero ser un alarmista, con

sus problemas con sus trabajadores y una cosa y la otra, me temo que el señor Crow ya no tiene la misma influencia en el distrito que antes.

–Pero... señor Wollop... –se detuvo de repente, consternada, al recordar la estrecha relación que John tenía con el rival del señor Wollop–. Pero, señor Wollop, mi primo, John Crow, me habría contado todo esto si hubiera habido algo de verdad en ello. Ahora está trabajando para el señor Geard para esa fastidiosa Feria de Verano que están organizando, y nunca me ha dicho una palabra.

El alcalde de Glastonbury permitió que una amplia sonrisa se dibujara en su rostro. Apartó la cabeza de los barrotes y estiró las piernas acalambradas todo lo que pudo. «La gente no le cuenta todo a la gente, señorita Mary, ni siquiera cuando están comprometidos para casarse».

La palabra “casada” fue un segundo shock para la compasiva joven. Nunca había imaginado que los chismes sobre ella y John habían llegado tan lejos como para llegar a oídos del alcalde. Obstinadamente, volvió al tema principal de la discusión. “¡Nunca lo harían! ¡Nunca se atreverían a hacerlo!”

–Los concejales liberales y laboristas, señorita Mary, si votan con estos bolcheviques, tendrán mayoría, y si la mayoría así lo dice, así tiene que ser.

El joven de pelo lacio regresó con una gran pila de manteles sobre el brazo. Mary se levantó impulsivamente y, acercándose a la jaula, metió el brazo por la pequeña abertura que había frente a ella. “Sólo puedo decirle, señor Wollop”, dijo, “que, independientemente de lo que John piense o esté obligado a decir que piensa, siempre lo consideraré el alcalde de Glastonbury”.

Las patillas blancas se inclinaron sobre la mano extendida. Por un segundo, Mary tuvo la loca fantasía de que iba a besarla; pero en lugar de eso, la estrechó vigorosamente. “Supongo que la veré la semana que viene, señorita Mary”, dijo, “en la fiesta del té de la señora Philip. ¡Cuide bien a la señorita Crow, Booty!”

Esta observación de su patrón se había vuelto realmente necesaria, porque al regresar a su asiento en el mostrador, Mary encontró tal variedad de manteles de colores vivos, todos del gusto del Sr. Booty y ninguno del suyo, que su dificultad comenzó de nuevo con el peso acumulado. Sin embargo, finalmente compró algo y, haciendo un gesto con la cabeza al alcalde, se alejó con su paquete por el pasillo central de la tienda. La "mirada de queja de Wollop" había desaparecido de la mayoría de las caras con las que se cruzó, porque el reloj estaba dando vueltas hacia la hora de cerrar, pero el olor del lugar, que era un olor peculiar a tela rasgada, especialmente a tela de lino rasgada, se hundió como un polvo fino y delicado en sus fosas nasales, en su garganta, en su conciencia.

«Me alegro de no trabajar aquí todavía», pensó, «pero si la señorita Drew me echa, cuando me case con John, juro que le pediré al viejo que me deje ir a verlo. De todos modos, podría vender manteles mejor que ese muchacho engreído». Una vez en la acera, dudó si tendría tiempo de llevar el mantel de John a sus habitaciones en Northload Street antes de volver a tomar el té con la señorita Drew. Reflexionando sobre este punto, se quedó frente a la tienda de Wollop mirando fijamente el escaparate. Sucedió que la luz caía de tal manera sobre el cristal que reflejaba su rostro. Mary se sorprendió al ver su palidez y su demacramiento. ¿Cuántas semanas llevaba con ese aspecto?

“Las chicas no deberían tener nada que hacer cuando están enamoradas”, pensó. “¡Deberían dejarlas libres de todo!”

Se apartó de su reflejo en el escaparate. «Dejaré este paquete con la casera», se dijo. John no esperaba verla hoy. Supuso que pasaría todo el tiempo con el señor Geard. «No, no subiré esas escaleras», pensó. «Dejaré esto con la mujer». Corrió calle abajo, giró a la derecha junto a la iglesia de San Juan, siguió la verja del mercado de ganado, giró a la izquierda por George Street y finalmente llegó a la puerta del número quince de Northload. No pudo encontrar a la casera. Siempre presente cuando hubiera dado cualquier cosa por que la mujer no estuviera allí, hoy, cuando la necesitaba, no estaba a la vista. Tampoco había vecinos alrededor. Sobre todo el número quince se cernía un silencio siniestro y antinatural. La puerta de la calle estaba abierta de par en

par, y justo al otro lado estaba la puerta de la casera; pero todo estaba silencioso, amenazador, desolado. Tocó tres veces el timbre. ¡Ni un sonido! Volvió a la puerta y tocó el timbre. ¡Ni un sonido!

«Bueno, subiré corriendo y lo dejaré», se dijo a sí misma y empezó a subir las escaleras. Cuál no sería su sorpresa cuando oyó voces allí arriba mientras se detenía para tomar aliento, en el primer rellano. En lo alto del segundo tramo pudo captar palabras reales. Se detuvo allí, vacilante. ¡Sí! Había alguien allí con él; y ella también sabía quién era. Era Tom Barter. Se quedó parada un segundo, descansando, con el paquete apoyado en la balaustrada. No se detuvo allí para escuchar; se detuvo porque se sentía incapaz de entrar e igualmente incapaz de irse. Fue uno de los momentos más desdichados de su vida en estas últimas semanas agitadas.

–Voy a ganar un poco de dinero –oyó decir a Barter–. Y luego me largaré de este maldito agujero. Eso era lo que Mary y yo solíamos hacer todo el tiempo cuando éramos tan amigos. ¡Solíamos maldecir estas malditas supersticiones! Todo es una farsa. Es sólo para atraer visitas. Tu querido jefe, Geard, es el mayor farsante de todos. Pero, por supuesto, ¡tú lo sabes! Tú estás tratando de ganar un poco de dinero, igual que yo; y luego, ¡Dios mío! ¡Harás una litera igual que yo! Se oyó un ruido de sillas que se arrastraban y el tintineo de la porcelana. De pronto, Mary Crow se dio cuenta de que su actitud hacia Glastonbury había cambiado últimamente. Era Tom Barter a quien odiaba ahora, no a Glastonbury.

La voz de John pronunció las siguientes palabras, y no mejoraron las cosas. “¿Dónde diablos ha puesto mi whisky?”, lo oyó gritar. “Oh, ojalá las mujeres no siempre limpiaran las cosas.

Entonces volvió a oírse la voz de Barter. Por lo que ella pudo captar, parecía que estaba criticando las galletas de John: ¡esas galletas Huntley y Palmer que había comprado con tanto esmero hacía una semana! «Es como si fuera la habitación de un estudiante universitario de Oxford», pensó. Sí, Tom estaba criticando sus galletas. ¡Sin duda también estaba esparciendo las galletas sobre su alfombra y pisoteándolas! Al parecer, ahora habían encontrado el whisky y estaban buscando vasos. Luego se produjo más ruido y más gemidos medio divertidos y medio malhumorados. Luego, cuando se sentaron de nuevo, se produjo un ruido aún peor.

–No llegues más tarde de las nueve, Tom, ¿quieres? –oyó que decía John–. Y compraré otra botella de esto cuando el pub vuelva a abrir. Si en tu ciudad no les gusta que llegues tarde, puedes dormir aquí conmigo. Tengo una cama doble.

No pudo captar la respuesta de Tom a esto, pero en ese momento todo su cuerpo se puso rígido y un escalofrío la recorrió.

–Supongo que Mary te ha contado a menudo lo amigos que éramos –oyó decir a Tom Barter.

La voz de John sonó un poco confusa. –Algo por el estilo –le pareció oír murmurar.

–Quizá debería decirte que le cogí tanto cariño –prosiguió Tom Barter– que una vez incluso hablé de nuestro matrimonio. Supongo que ella nunca te lo dijo, ¿verdad?

–No –respondió la voz de John. ¡Y cómo temía el tono que estaba usando ahora! No era el tono franco, sincero y confiado de un amante. –No –dijo John–, ella nunca me dijo que habíais hablado de eso.

–No llegó a nada, por supuesto –dijo el otro–, y cambié de opinión antes de que aparecieras... ¿Te vas a casar con ella?

En ese momento, Mary dejó caer el paquete que contenía el mantel al suelo, entre su cuerpo y la balaustrada. Se tapó los oídos con los dedos y bajó corriendo las escaleras. Bajó corriendo los dos tramos de escaleras y no se dio cuenta de que había dejado caer el paquete hasta que salió de la casa. Su desdicha aumentó de forma desproporcionada.

Había empezado a sentir hacia la habitación de John un sentimiento peculiarmente tierno, el sentimiento que una mujer siente naturalmente hacia su primera posesión real. Descubrir que esa habitación, que últimamente había sido el centro de todos sus pensamientos día y noche, se estaba convirtiendo en un destartalado lugar de encuentro de solteros era un ultraje a algo tan profundo en ella que su

emoción al respecto la desconcertaba. Se sentía como si fuera una extraña, una luz de amor, cuyas visitas al número quince carecían de todo significado duradero. Y el tono de Tom sobre Glastonbury... ¡cuánto le disgustaba! Aquellos numerosos encuentros secretos con John que había tenido en la capilla en ruinas de St. Mary habían comenzado recientemente, por un proceso natural de asociación, a convertirlo en un lugar antiguo. Y esta habitación (su habitación con John, su relación de pareja) que de ahora en adelante se asociara con el cinismo rudo y la brutalidad arrogante de Barter era la gota que colmaba el vaso. A ella no le importaba en absoluto que él la considerara una muchacha con la que había decidido no casarse. Lo único que la ponía nerviosa era la vanidad herida de John.

Ella misma estaba muy agradecida de que él hubiera decidido no hacerlo. Además, siempre había sido Mary Crow. Su orgullo personal era demasiado profundo para verse afectado por la opinión que cualquier hombre tuviera de ella. No, ninguna de estas cosas era lo que ahora le dolía el corazón y le hacía palidecer y tensar el rostro mientras se apresuraba a regresar a la Casa de la Abadía. Era algo mucho más profundo, algo que había estado temiendo en secreto desde aquellos dos días sagrados en Northwold. De hecho, eran unos celos oscuros, amargos, sospechosos, corrosivos y, sin embargo, intangibles de Tom Barter. Nadie sabía mejor que ella, qué profunda vena de atracción erótica había en la naturaleza de John hacia los hombres. Sabía, y tenía buenas

razones para saberlo, lo poco que había de amante normal y apasionado en él. Ella y él estaban unidos por ansias imponderables, por lujurias inexplicables y magnéticas, que eran tan estériles como tensas e insatisfechas. Si ya la hubiera poseído como los hombres poseen a las mujeres, ¿qué tendría que temer, de qué tendría que estar celosa en su amor por Tom? Ella le pertenecería como Tom nunca podría pertenecerle. Fue porque sabía que tal vez nunca sería poseída en ese sentido, aunque estuvieran casados por las manos sacerdotales más apostólicas, que sintió los dedos espantosos del miedo frío tanteando sus entrañas. Ni una sola lágrima le corrió por la mejilla mientras caminaba resueltamente hacia su casa. Caminaba hacia su casa con labios firmes y paso rápido y silencioso. ¡A su casa, con la señorita Euphemia Drew!

Cuando la señorita Drew, un cuarto de hora después, le preguntó: «¿No fue un día agradable y cálido para marzo?», se dio cuenta de que no podía recordar un solo momento en el que hubiera sido consciente del calor o de la ausencia de frío. Sin embargo, eso no le impidió darle a la anciana un relato animado y pintoresco de su visita a Wollop.

—¿Qué fuiste a comprar, mi linda?

“Fui a comprar unas horquillas para el pelo, querida.”

La señorita Drew tomó un trocito de uno de los pastelitos de té más exitosos de Louie y lo mordisqueó elegantemente

con su dentadura postiza. Hubo un movimiento físico en el fondo del estómago de la señorita Drew cuando levantó delicadamente su taza de té, con el dedo meñique cuidadosamente extendido, para tragar (ya que de lo contrario habría tenido dificultades para tragar) ese dulce fragmento. Lo hizo bien.

Sabía que Mary mentía cuando habló de horquillas. Y Mary, sentada frente a ella, que de vez en cuando olía un poco de agua de colonia de un pañuelo con bordes verdes que le había hecho la señorita Drew, sabía que ella sabía que había mentido. Los sentimientos más íntimos de la señorita Drew en el momento en que Lily abrió la puerta y se fue, con tristeza soñadora, a traer más agua caliente, podrían haberse descrito de la siguiente manera: «Está comprando cosas para ese macho bruto para amueblar una habitación de barrio bajo en la ciudad. O ya se ha casado con él o va a vivir con él como si estuvieran casados. Es casi más de lo que puedo soportar, ¡pero debo ser fuerte! Si la pierdo... ¡pero no puedo pensar en ello, considerarlo, imaginarlo... ni por un minuto! No sé por qué Dios me ha impuesto esto. Pero he llegado a depender de ella; y si...»

Drew, incluso para sí misma, se vio obligada a disimular la pasión de su amor por su compañera con el uso de la vaga palabra «depender». De hecho, amaba a Mary con un amor como el que John habría tenido que aceptar si algún mandato inexplicable le hubiera prohibido hacerle el amor. Cada movimiento de Mary era delicioso para la señorita

Drew. Cada palabra que pronunciaba embelesaba a la pobre dama. Cada prenda que vestía era tan sagrada para ella como la patena que contenía el pan en la Sagrada Comunión.

Lily tardó más de lo habitual en ir a buscar el agua caliente, y cuando por fin entró, con un movimiento mucho más rápido y un gesto menos soñador que de costumbre, dejó la pequeña jarra de plata, una jarra cuya tapa había sido soldada una vez bajo el régimen de la abuela de la señorita Drew, y otra vez bajo el régimen de la madre de la señorita Drew, junto a la tetera de plata.

–Por favor, señorita, Louie quiere saber si le importaría que saliéramos un momento a King Edgar's Lawn para ver el avión del señor Crow. Está pasando ahora, dice Weatherwax, y Louie nunca lo ha visto de cerca.

–¡Por supuesto! ¡Salid los dos! –respondió la señorita Drew, y se volvió hacia su compañera con la misma mirada de benévola superioridad hacia los gustos de las clases bajas que mostró su abuela cuando sus sirvientes salieron corriendo a ver la primera bicicleta y que mostró su madre cuando sus sirvientes salieron corriendo a ver el primer automóvil. El «jardín del rey Edgar» era un lugar muy popular, que había surgido localmente cuando un famoso anticuario moderno –guiado, según declaró él mismo, por un instinto sobrenatural– había trazado los cimientos de la capilla de aquel gran monarca.

“Salgamos, niña, y veamos esta maravilla nosotras mismas”, dijo la señorita Drew, después de llenar la tetera con la jarra de plata.

Las dos damas salieron juntas de la habitación, recogieron sus capas en el vestíbulo, bajaron los escalones de la terraza, caminaron con cuidado sobre una delgada franja de azafranes y una pared hundida y se unieron a sus doncellas y al viejo Weatherwax en la extensión de césped aterciopelado de corte suave más allá de la cual se alzaban las ruinas del Arco de la Torre. Ciertamente fue un espectáculo sorprendente ver el avión, como una libélula colosal, cruzar los espacios aéreos vacíos sobre estas ruinas históricas.

Sin embargo, el señor Weatherwax le echó una mirada rápida y superficial. –Mis habas van a dar un buen espectáculo este año. ¿Ha venido a verlas, señorita?

Euphemia Drew apartó el brazo de la muñeca de Mary y desvió la mirada de la tranquila extensión del cielo hacia la menor pero en absoluto despreciable extensión del rostro de Isaac Weatherwax. –¿Son tan altas como las de nuestros buenos amigos del otro lado de la calle, Isaac?

Esta observación desconcertó un poco al jardinero. Entre los dos jardines que él presidía le gustaba mantener una pretendida rivalidad. Era «Weatherwax» para el vicario e «Isaac» para la señorita Drew; y entre «Isaac» y

«Weatherwax» había una viva competencia. «Bueno, señorita», confesó, después de una mirada desdeñosa hacia arriba, al ver el estupendo zumbido de la máquina voladora, «bueno, señorita, es cierto que las habas de al otro lado de la calle pueden ser un par de miserables pulgadas más altas que las nuestras. Es cuando consideramos la salud y la extensión de las plantas que las nuestras se llevan el premio. Son habas nuestras que crecen vigorosamente, y esas larguiruchas no pueden compararse con las nuestras».

Mary estaba pensando para sí misma: "Tom debe haber dejado a John justamente después de que me escapase, ¡o no podría estar pilotando esa cosa ahora!"

La tarde se iba convirtiendo lentamente en noche. Un delicado resplandor dorado llenaba los cuadrantes occidental y meridional del firmamento. En medio de este resplandor, una serie de nubes de color rosa, filamentos flotantes de vapor, aire, tramas de plumas, ondulaciones, se relajó, fluctuó, se espesó, se disolvió, a medida que el catafalco azaroso de las exequias de ese día en particular se delineaba en el espacio.

Sin prestarle la menor atención a Tom Barter, que pilotaba con seriedad la máquina de cuyo control parecía estar satisfecho, Philip Crow miraba fijamente hacia abajo, al panorama en movimiento que se extendía bajo ellos. ¡Qué extrañas le parecían aquellas antiguas ruinas cuando las vio deslizarse bajo él... sí! ¡Y qué insignificantes, qué

insignificantes! Seguramente era la tierra redonda la que se movía, no el brillante proyectil de acero en el que viajaba a través del cielo. Aprovechó un segundo para mirar fijamente hacia abajo, a la Torre de San Miguel en lo alto del Tor, mientras sonaban tambores y zumbidos sobre ella. Los pensamientos de Philip estaban perturbados en ese momento. Tres golpes peligrosos separados habían sido asestados últimamente contra él y sus fábricas. Las maquinaciones de Red Robinson habían culminado en un movimiento formidable entre los concejales de la ciudad para convertir a Geard en alcalde. Dave Spear había conseguido una lista de trabajadores de la fábrica listos para luchar, el doble de larga de lo que esperaban ambos partidos. Y ahora ese loco y holgazán primo suyo, John Crow, había abierto una oficina cerca de la estación y estaba anunciando febrilmente una especie de truco religioso. Este último golpe fue el que más le dolió, aunque habría sido difícil explicar exactamente por qué. Tal vez él mismo no hubiera podido explicarlo. Una cosa estaba clara: toda su propia actividad, todo su propio esfuerzo, todo su propio prestigio estaban relacionados con convertir Glastonbury de un lugar de exhibición ocioso en un próspero centro industrial. En este punto en particular estaba de acuerdo con Red Robinson, lo mismo que con Tom Barter. Derribar esa piadosa leyenda de Glastonbury, esa pieza de pantomima monástica, derribarla y pisotearla hasta convertirla en polvo. Anhelaba hacer eso más que cualquier otra cosa en el mundo, excepto electrizar las entrañas de los Mendips, ¡y lo

haría! Lo haría solo si el elemento obrero, siempre miope respecto de sus verdaderos intereses, lo traicionara por este ladrón furtivo, este hipócrita astuto de Geard.

En ese momento esperaba que Barter se animara a prolongar su vuelo circular durante horas para poder volar como un halcón sobre ese idílico Somersetshire. Conquistaría ese jardín de flores afeminado de hechicerías y supersticiones tan bonitas.

¡Abracadabra medieval! ¡Plantaría allí fábricas tras fábricas, dinamos tras dinamos! ¡Tendría minas debajo, vías férreas a través de él, líneas aéreas por encima!

Si Barter no hubiera sido un novato en el mundo de los aviones y, por lo tanto, no se hubiera atrevido a desviar la atención de su tarea ni un momento, podría haber adivinado el estado mental de su pasajero y haberle complacido quedándose despierto más tiempo. Pero Philip no estaba de humor para confesar abiertamente tales sentimientos. Le había dicho a su subordinado con bastante laconismo que lo llevara a Wookey Hole; ¡y a Wookey Hole debía llevarlo Barter! Había un buen campo para aterrizar en el lado de Men Dips del Hole, lejos de la dirección de Welk; pero decidió hacer un pequeño desvío primero. Philip reconoció la disposición general del terreno esa noche y sus puntos de referencia naturales más rápidamente de lo que la mayoría de los pasajeros lo habrían hecho en uno de sus primeros ascensos. Del mismo modo, algún ojo de halcón entre sus

antepasados normandos podría haber inspeccionado el paisaje desde la torre del homenaje de algún castillo recién construido y haberlo conocido colina por colina, arroyo por arroyo, valle por valle, bosque por bosque, tal como era.

Mientras contemplaba la tierra aquella clara tarde de marzo, y observaba cómo los campos de ajedrez pasaban en procesión bajo él, y veía cómo los árboles formaban extrañas formas y contemplaba cómo los pueblos, unos rojos, otros marrones, otros grises, según predominaran los ladrillos, las piedras o la pizarra, se acercaban o se alejaban, mientras el avión descendía o ascendía, el espíritu de Philip se sentía como si tuviera alas propias que lo llevaran sobre esta tierra conquistada, independientemente del pilotaje de Barter. Pasaron sobre Havyatt, donde los monjes en una ocasión persuadieron a los daneses para que retrocedieran y se abstuvieran de saquear la abadía; pasaron sobre West Pennard, y sobre Pylle y Evercreech; pasaron sobre Batcombe y sobre Wan Straw y sobre Postlebury Wood; y hasta que no llegaron a Marston Bigot, donde podían ver hacia el este las lívidas y grises aguas del río Somersetshire, Barter no hizo girar el avión y se dirigió de nuevo hacia el oeste.

Volaron hacia el oeste, sobre los tejados de piedra de Shepton Mallet, en línea recta hacia la ciudad de Wells. Cuando estuvieron sobre Wells y pudieron ver la catedral directamente debajo de ellos, giraron hacia el noroeste y pronto, sin problemas ni contratiempos, descendieron en el

lugar preciso al que se habían dirigido, entre Wookey Hole y Ebbor Rocks.

Las impresiones que se agitaron en el cerebro de Philip mientras se levantaba de su asiento y estiraba las piernas sobre la tierra firme de aquella pradera que se oscurecía, parecían la liberación de una descarga eléctrica.

¡Qué pequeña e insignificante había parecido la catedral de Wells desde allí arriba en el aire! Su mente estaba llena de la Tierra planetaria, un orbe redondo y sensible que giraba en círculos a través del espacio, no de una madre tierra tranquila, recostada en su vida secreta. ¡Todo había pasado demasiado rápido! Parecía que sólo hacía un minuto que se había subido a su asiento en el lomo de aquel brillante torpedo con alas de libélula. Pero ¡qué pensamientos, qué sensaciones! Su cerebro daba vueltas con la visión de una vida terrestre dominada absolutamente por la Ciencia, de una raza humana que se había sacudido de encima su infancia temerosa y miraba las cosas con ojos claros, sin velos, sin perversiones.

Mientras salía del campo con Barter (pues tenían intención de pasar la noche en Wookey Hole), se dijo a sí mismo que esta conquista del aire había reducido a la nada las ruinas de Glastonbury. ¡Y qué insignificantes e irrelevantes eran todas estas disputas sobre el capital, el trabajo y la propiedad privada! La ciencia pronto, pensó, entregará a las manos de cada individuo tanto poder (poder de creación, poder de

destrucción) que esta doctrina dogmática sobre la propiedad común dejará de tener sentido.

–No me esperes a cenar –le dijo a su compañero mientras cerraban la puerta que daba a la carretera. Él y Barter tenían sus propias habitaciones, en una pequeña posada junto al camino llamada Zoyland Arms, cerca de la entrada a la cueva Wookey Hole. La fábrica no tenía alojamiento para viajeros, pues aunque sus ruedas eran impulsadas por el río Axe cuando emergía de sus cavernas subterráneas, no era mucho más que una serie de grandes talleres. Los trabajadores llegaban a pie o en camión desde los suburbios de Wells, que estaban a sólo un par de millas de distancia, y la gente que deseaba pasar la noche estaba a merced del propietario de la posada. Se esperaba que los dos hombres cenaran esa noche, y Will Zoyland ya estaba sentado a la mesa del salón, con una botella de vino descorchada a su lado, disfrutando de su sopa, cuando entraron en el lugar.

Philip se encontraba todavía en un estado de excitación inusual cuando subió corriendo las escaleras hacia su pequeña habitación, donde ya habían encendido el gas. Su ventana daba a la calle blanca y, frente a ella, en el seto que se oscurecía, había un pequeño fresno, cuyos brotes negros y pegajosos ya habían brotado aquí y allá en las formas borrosas de hojas embrionarias, sombrías e indistintas contra el lívido cielo occidental. Una extraña exultación todavía latía en su pulso al encontrarse solo en esa pequeña habitación mirando la calle silenciosa y ese árbol. No tenía

prisa por unirse a los demás. ¡Que Zoyland entretuviera a Barter como quisiera hasta que él decidiera bajar! Él era su patrón. Cenaría cuando le apeteciera. Se abrió paso a empujones junto al tocador pesado y barato con su gran y feo espejo y apartó las cortinas de encaje falso que obstruían su vista. Hizo un esfuerzo por abrir la ventana de arriba. A la luz de la lámpara de gas que colgaba del techo vio un par de moscas muertas en el estrecho alféizar donde estaba el pestillo de la ventana. Algo en esas moscas, combinado con las cortinas de encaje y con el hecho de que le resultaba difícil abrir la ventana, le hizo bajar el ánimo a la tierra. Cuando abrió la ventana de golpe, una de las moscas muertas la siguió, pero la otra permaneció boca abajo, con las patas rígidas, la pequeña cabeza encorvada inerte, el cuerpo desprovisto de todo jugo vital, como una cáscara hueca. Sacó la mosca muerta con la uña de la ventana y, apoyando los codos en la madera, se inclinó hacia afuera. Le llegó un ligero olor a hongos, mezclado con ese olor peculiar a polvo de la carretera que lleva sobre sí el primer peso de la noche que cae. Un crujido seguido de una serie de cloqueos soñolientos y malhumorados y luego de más crujidos indicaron la presencia de aves posadas. El pequeño fresno, contra los fragmentos moribundos de blancura acerada en el cielo, extendía sus ramas; las extendía con ese particular movimiento ascendente de las puntas de las ramitas que caracteriza a su especie.

El rostro de Philip habría presentado una máscara de

fanatismo humano de piedra a los sentidos de aquel arbolito si hubieran podido atravesar la oscuridad. A partir de aquel vuelo aéreo, uno de los primeros que había realizado en su vida, había adquirido un impulso que ninguna mosca muerta, por desalentadora que fuera, podría detener. Lo utilizó ahora para lanzar su mente, como un proyectil que destroza rocas, hacia aquellas remotas cuevas de Wookey Hole de las que salía el río subterráneo que hacía girar las ruedas de su fábrica. Una sonrisa sombría atravesó su boca al recordar lo despreciables, lo insignificantes que habían parecido las torres y contrafuertes de la catedral de Wells mientras volaba sobre ellos. Sus pensamientos resonaban ásperamente a lo largo de la rama curvada hacia arriba que tenía delante, como una orgullosa brigada de arrogantes soldaditos de plomo. Una fría furia de destrucción lo poseyó cuando pensó en Glastonbury. Arturo y el Santo Grial, las ruinas de la Abadía y San José... ¡Él era el hombre que los haría volar por los aires! ¿Comunismo? ¡Una cuestión de mera distribución del botín! ¿Qué importancia tenía una economía meticulosa de ese tipo? ¡Adelante, adelante, adelante!... ¡Destruyendo el pasado, creando el futuro... adelante, adelante! La dura luz de sus bombillas eléctricas sobre las estalactitas de Wookey Hole no podría haber brillado con más fiereza, la superficie de acero de su nuevo avión no podría haber brillado con más frialdad que las estrechas rendijas de los ojos de Philip Crow mientras echaba la cabeza hacia atrás, bajo el globo de gas colgante, y se dirigía al lavabo.

¡Maldita sea! ¡Otra mosca muerta en su jabonera! Tiró el jabón y llevó la jabonera a la ventana y la sacudió allí con un movimiento vengativo del brazo. Sintió como si su brillante arremetida por el mundo, motor tras motor tras motor, y él mismo tirándolas hacia adelante con un corazón de hierro, se sintiera ultrajado por la mera existencia de moscas muertas en el mundo. Ese tipo, John (¡maldito sea, oh maldito sea!) era una mosca muerta que había cobrado vida. Geard era otro. Esos ridículos Dekkers también eran otros. ¡Tilly, en su propia casa, con sus ojos negros y brillantes, era otra más! Todas eran moscas zumbonas, cuya existencia lo picaban en vida y lo desalentaban en la muerte. ¿Qué era ese verso, de algún viejo poeta, que había tenido que aprender de memoria en la escuela y que nunca había olvidado? «¡Cabezas sin nombre, no más recordadas que las moscas de verano!». «Cabezas sin nombre». Su cabeza tenía un nombre. Devereux... ¡Ese era el nombre que un hombre podía darle a la vida!

Se lavó apresuradamente las manos y la cara, se pegó el pelo grisáceo sobre el cráneo angosto, sonrió como un lobo a su mirada en el feo espejo y corrió escaleras abajo. Una sorpresa inesperada lo esperaba cuando entró en el pequeño salón lleno de mesitas para cenar. Allí estaban Zoyland y Barter, riendo juntos, ya calentados por el vino; pero en otra mesa (y se levantaron de inmediato para saludarlo) estaban Dave y Percy Spear. Debían de haber estado agitados todo el día recogiendo nombres en su planta

de Wookey Hole. Pero no pudo contener el placer que sintió al verlos allí. ¡Qué perfecta se veía bajo esa luz tenue del salón de la posada! Pensó que Dave parecía un poco avergonzado (¡y no era de extrañar, el granuja revolucionario!) mientras se estrechaban las manos; pero ella... ella era *suya*; ¡sus ojos le decían que era suya! Lo supo en la médula de sus huesos cuando ella se inclinó hacia él, dándole... ¡no solo su mano sin guantes, sino todo! Sí; ella era como aquella rama larga y oscilante de fresno, que apenas estaba brotando, allá afuera, en la noche.

Cruzó apresuradamente a su propio lugar, bromeó fríamente sobre que Zoyland había abierto la botella, murmuró algo sarcásticamente a Barter sobre "propiciar a sus parientes bolcheviques" y llevó su silla a la mesa de los Spears.

“¿Has traído tu estilete para el malvado capitalista?”, gritó Will Zoyland.

–Oye, ¿qué es eso, Will? –intervino Dave.

–Le pregunté a Percy si tenía su daga escondida en su ropa interior para darle a Crow su merecido –repitió el bastardo de Lord P., guiñándole un ojo a Barter.

En ese momento, el rostro de Barter era de esos en los que se podían leer «cosas extrañas». El vino lo había calentado; de lo contrario, la situación le habría parecido incómoda. Su

cautelosa respetabilidad de clase media alta ya había sido ultrajada hasta sus cimientos por la ruidosa camaradería de Zoyland. Para entonces, Zoyland y la esposa de su cuñado habían intercambiado no pocos golpes de picardía temeraria.

Durante años, la lujuria de Barter se había visto exacerbada por Percy Spear. La había visto más en su infancia en Norfolk que a cualquiera de sus primos y había utilizado su joven figura en muchas ocasiones ávidas de sexo para satisfacer sus pensamientos amorosos. Pero Percy nunca le había permitido tocarla. Ella lo detestaba mentalmente y físicamente. Pero estaba dispuesta a burlarse de él; y cuando lo hacía, siempre lo desconcertaba con su modernidad ascendente.

Barter había sentido una horrible sensación de inferioridad social justo en ese momento, mientras bebía hoscamente el vino de William Zoyland. Su familia era en realidad tan "buena" como la de los Crows, pero él carecía por completo de la flexibilidad mental de los Crows. De hecho, era socialmente anticuado, y ser anticuado en esta época significaba que las mujeres inteligentes lo tomaran como un tonto.

La situación se le hizo aún más incómoda cuando apareció Philip y empezó a cenar en la mesa de los Spear. Zoyland había pedido una segunda botella y empezaba a sentirse un poco achispado; y su achispamiento era extremadamente

confidencial. Aun así, no trataba a Barter (al menos eso creía Barter) como a un auténtico igual. Confiaba en él a ciegas, groseramente, con insensibilidad; como un caballero confiaría en un fiel servidor de cuya discreción estaba seguro, pero hacia cuyas reacciones personales ante lo que confesaba sentía una absoluta indiferencia.

Tom Barter no tenía ni un solo pariente vivo de ninguna clase. Nunca había ido a la universidad. Su diploma de posición social se remontaba a una fecha anterior, pues había asistido a la Escuela Greylands. Había entrado en una oficina a los diecinueve años y desde entonces había vivido para dos cosas, la lujuria y el dinero. Se había ocupado de que estas dos cosas no chocaran entre sí, pues habitualmente tomaba sus placeres a bajo precio. Esto lo hacía evitando a las prostitutas y a las amantes y disfrutando constantemente de nuevas aventuras con las coquetas muchachas de clase media. Barter siempre se ganaba el favor de las dependientas, las jefas de negocios, las sirvientas y las camareras, en parte por ser un caballero, en parte por sus descaradas insinuaciones, pero sobre todo por un cierto interés directo, modesto, cínico pero muy honesto en todos sus problemas profesionales. Se sentían a gusto con él. Confiaban en él. Y, salvo por el hecho de que las privaba de pretensiones de «pureza», ¡realmente se podía confiar en él!

–Está sola allí, y, por supuesto, es posible que él haya ido. Puede que esté allí ahora, mientras entrechoco este vaso.

Pero no lo creo. Una persona tiene instintos para estas cosas, ¿no crees, Barter? Instintos. ¿Sabes a qué me refiero, Barter? Pero tal vez no. ¡Tal vez desprecies los instintos! Pareces más bien alguien que desprecia los instintos. ¿Qué harías, Barter, si estuvieras casado y tu esposa se enamorara de un muchacho de su misma edad? ¿Eh? ¿Qué harías? ¿Le dejarías que te tirara de la nariz y no dirías nada? ¿Alguna vez te han tirado de la nariz, Barter? Quiero decir, ¿real y verdaderamente? ¿Le dejarías que lo hiciera? ¿Que te retorciera la nariz y te diera un buen tirón?

A Tom Barter le picaban los dedos por querer darle a su aristocrático amigo lo que en la escuela se llamaba una nariz sangrante. Sin embargo, salvo pegarle (¿y qué posibilidades tendría en una pelea a puñetazos con semejante tipo?), no se le ocurría en ese momento ningún método para derrotarlo.

–Esa es mi manera de ser, Barter, y ahora ya la conoces. Puede que no sea una buena manera, pero es mi manera de ser y, cuando se trata de mujeres, no sirve de nada a menos que estés jugando con tus propias cartas. A ellas no les importa un comino aprender de los libros, Barter. ¿Quizás nunca has visto a través de sus delantales lo suficiente para saberlo? Pero esa es la verdad. ¡Ni un comino! Lo que a las mujeres les gusta es lo más básico, ¡siempre! No puedes equivocarte con ellas, desde la reina Gargamelle hasta la doncella Marian, si hablas de hechos y piensas obscenidades. Me pareces un tipo que se relaciona de

hombre a mujer, Barter, así que supongo que lo habrás descubierto por ti mismo. Pero tal vez no. Tal vez seas puritano y nunca te hayas metido con las descaradas. Aunque no lo creo, ¡me pareces como si supieras distinguir un halcón de un hershaw!

Tom Barter no podía hacer más que beber más vino, mientras hacía todo lo posible por salir airoso de aquella situación incómoda. En el fondo de su corazón anhelaba volver al número quince de Northload Street, a beber whisky con John. ¡Qué diferente era John de aquel rufián barbudo! Si el odio tuviera el poder de matar, el bastardo de Lord P. no habría vuelto a hacer de guía en ninguna otra cueva de estalactitas. «A ninguna de estas personas le importa un bledo lo que le pase al pobre Tom», pensó Barter, mientras se volvía cada vez más malhumorado y monosilábico, bajo las pesadas bromas de Zoyland. «En este momento, mientras estoy sentado aquí, ni un solo ser humano piensa en mí. ¡A ninguna de las mozas con las que hago el amor en Glastonbury le importo un bledo! Mary solía pensar en mí a veces; un poco; sólo un poco; ¡pero Dios! Ahora que ha aparecido John, también me he librado de eso. Crummie se volvió hacia mí como un gatito enfurecido la última vez que la vi. ¿A quién tengo en el mundo? ¡Nemo, nihil, nadie! ¡Ni un alma viviente! –Y entonces su mente volvió al río Northwold y a la conversación que había tenido con John sobre aquellos tiempos infantiles. John era algo. Era el Pasado y eso era algo. «Me gusta el viejo John», se dijo a sí

mismo. «Por Dios, creo que cuando estoy tratando con el viejo John no me siento completamente solo. Sin embargo, fue una idea extraña suya –la que insinuó esta tarde– que debería conseguir un trabajo con Geard, cuando lo hagan alcalde, y dejar que Philip se vaya. Debo hablar un poco más con John sobre eso. Sin embargo, no habrá nada permanente en eso. Pero, por Jimmy, casi valdrá la pena, ¡solo para ver la cara de Philip cuando se lo diga!»

“¿Por qué dices “sí” de esa manera, Barter? Crees que estoy borracho. ¡No me estás escuchando! Te pregunté si creías que yo era un tipo al que se le podía poner los cuernos con impunidad. Y dijiste que sí”.

–Quise decir «impunidad» por un tiempo, Will; mientras engañabas a esa persona y dejabas que hiciera el ridículo.

Un peligroso destello se disparó entre las velas de los ojos teutónicos ebrios de Zoyland. Le molestaba que Barter lo llamara «Will», igual que a Philip le molestaba que lo llamaran «Phil». «¡Maldito tonto! No sabes de qué estoy hablando, Barter. Cuando entrego mi chica a su amante no me estoy vengando de nadie; estoy... estoy... estoy actuando completamente fuera de la miserable manada de animales humanos comunes. Estoy... estoy... estoy actuando como un dios, hombrecillo». Su voz de borracho era tan fuerte que Dave, Percy y Philip dejaron de hablar entre ellos y lo miraron fijamente. Philip se levantó y fue hacia él, seguido después de un intervalo por el esposo y la esposa.

–No empieces a intimidar a nuestro amigo Tom, Zoyland –dijo Philip con frialdad, fijando una mirada de nórdico en el gigantesco bebedor.

–¡Oh, cállate! –gruñó el otro–. ¡Por muy poco dinero os arrojaría a los dos a la maldita calle!

Philip se encogió de hombros y se volvió hacia Spear. –Dave –dijo, mientras Barter se levantaba de mal humor de su asiento y se dirigía hacia Perséfone, que observaba a todo el grupo con una expresión soñadora y divertida–, ¿te importa, Dave, si llevo a la prima Percy a dar un paseo por ese «camino» del que habla?

La muchacha dio un respingo y miró rápidamente a su marido. Una mirada, rápida como un relámpago, de sus párpados oscuros y lánguidos, dijo: «¿Puedo ir con él? Me gustaría mucho ir con él, Dave. ¡Pero no lo haré si tú no quieres!». Mientras que una mirada, un poco más lenta en aparecer, respondió desde el rostro rubicundo de Dave: «Ve, por supuesto, si quieres, querida; ¿por qué no?».

–Hola, Dave, ¿vas a sermonearme a mí también? –dijo Zoyland con voz pausada, como si hubiera notado su presencia por primera vez–. ¡Eres un bruto, Dave! Entonces Big Willy debe comportarse de verdad y ser cortés con estos solemnes avaros.

–Dave te divertirá, William, mientras Philip y yo tomamos

un poco de aire –dijo la muchacha en tono zalamero–. Y recuerda que hablaré de ti con Nell si bebes más esta noche. La veré en la fiesta de Tilly, si no antes.

Dave se sentó obedientemente junto al hombre de la gran barba. Parecía, mientras lo hacía, un joven clérigo sagaz que ocupaba su asiento en el estrado junto a un Carlomagno enfadado.

–Me gustas, Dave Spear –dijo el Bastardo–, tu maldito comunismo es una tontería, pero que me condenen si no eres más hombre que cualquiera de nosotros aquí; y puedes decirle a Nell que lo dije. –Alargó la mano mientras hablaba y la puso sobre la rodilla de Dave, mientras una efusión de sentimentalismo de estudiante alemán le humedecía los ojos azules.

–Creo que me voy a retirar, si no les importa –dijo Tom Barter, dirigiéndose a toda la compañía y asintiendo levemente con la cabeza mientras apoyaba la mano en el respaldo de la silla–. Philip puede dar fe –miró furtivamente a su jefe– de que mañana tengo mucho que hacer en la oficina; así que creo que la cama es el lugar indicado para mí. Buenas noches, señora Spear. Me disculpará, ¿no? –Para entonces, se había aislado por completo del resto de ellos; no exactamente por lo que decía, sino por la forma en que los miraba.

Podría haber sido un francés en ese grupo, en lugar del

descendiente de una familia de hacendados de Methwold que eran terratenientes cuando los Crow eran solo granjeros de la isla de Ely.

Cualquier visitante de Venus o Marte, interesado en las diferencias sociales humanas, se habría sentido desconcertado al saber cuál era la verdadera causa psíquica de las reiteradas humillaciones de Barter. ¿Cómo podía saber alguien así que la única y simple causa de ello era la forma en que, cuando era niño, había sido intimidado en la Escuela Greylands? Pero esa era la causa y ninguna otra. Barter había sido tan humillado en Greylands, en la Casa Gladman, que en su corazón se sentía inferior a todos los hombres cultos que conocía. ¡Y ese sentimiento en su propia mente lo impulsaba, sin saber por qué, a aprovecharse de él! «Intimidado en Greylands, siempre intimidado» podría haber sido un proverbio de Wessex que dijera la verdad. Sólo en los raros momentos, cuando perdía los estribos, se atrevía a mirar a Philip directamente a la cara; y, sin embargo, curiosamente, Philip estaba mucho más cerca de tener miedo de Barter que de cualquier otra persona en Glastonbury. Fueron aquellas intimidaciones en Greylands, aquellos recuerdos de lo que sucedió en Gladman's House, los que convirtieron a este robusto descendiente de los cazadores de zorros de Norfolk en un neurótico.

Philip corrió inmediatamente escaleras arriba, a su pequeño dormitorio. Allí cogió un abrigo basto de un clavo y una vieja gorra deportiva de la misma tela descolorida. Esta

última se la caló instintivamente, como si fuera a emprender una oscura aventura, hasta cubrirse la estrecha frente. El feo espejo que había junto a la ventana le hizo pensar en moscas muertas. Su furioso desprecio por Barter, «que se había ido a la cama así porque lo había insultado un loco enorme», le hizo pensar en «cabezas sin nombre, que ya no se recuerdan»... y con esto en los labios mudos de su mente, bajó el gas y bajó corriendo. Allí, en el porche de la pequeña posada, encontró a Persephone, envuelta también ella en un abrigo largo de tela y con una gorra de niño sobre su pelo oscuro. Salieron juntos en silencio. En silencio la condujo calle arriba, doblaron una curva a la derecha, hasta que llegaron a una puerta cerrada en el seto. La abrió para ella, levantando el pestillo y volviéndolo a colocar con la misma fuerza cuando ella hubo pasado. Ahora la condujo, todavía en una especie de silencio culpable, por un estrecho y sinuoso sendero en la colina, a cada lado del cual crecían árboles grandes e indistintos, con sus raíces en la orilla inclinada. En este punto, Philip sacó una linterna eléctrica del bolsillo de su abrigo y la sostuvo para iluminar el camino.

Perséfone se percató entonces del sonido del agua, en algún lugar de la oscuridad a su derecha, y no pasó mucho tiempo antes de que él la obligara a detenerse y mirar entre los troncos de los árboles, sobre cuya superficie áspera arrojó la luz de su linterna. Allí vio una única lámpara brillante encendida, arrojando sombras mórbidas sobre una extensión de hierba. Junto a este resplandor unas sillas y

mesas dispuestas se hicieron visibles, todas ellas blancas y desiertas, con un aspecto fantasmal, e incluso un poco deslucido. –Lo dejé encendido –le susurró Philip al oído. No había necesidad de susurrar. Era difícil levantar la voz.

“Es mi planta eléctrica. Allí es donde servimos té a los visitantes. Supongo que usted también ha estado allí, sólo que llegó de una manera diferente”.

Continuaron su camino, cada vez más estrecho y empinado. Caminaron juntos y Philip, sin decir palabra, se apoderó de su mano. Por fin, ella vio ante sí la pendiente de un precipicio cubierto de musgo y helechos del año anterior, y justo delante de ellos, en la base de la roca, una pequeña puerta cuadrada. Philip sacó del bolsillo de su chaleco una llave grande, como la de una verja de entrada, y con la linterna la hizo girar en la cerradura y abrió la puerta. Cuando estuvieron dentro, volvió a cerrar la verja, se guardó la llave en el bolsillo y respiró profundamente. «Perse, Perse», susurró, y abrazando a la muchacha con fuerza contra su corazón la besó con un beso largo y pegajoso en la boca. Ella colgaba flácida y dócil en sus brazos. Su beso era de esos que no necesitan respuesta, que no pueden percibir ninguna respuesta excepto una resistencia desesperada. Pero no hubo ni un atisbo de resistencia en la boca rendida de Perséfone ni en su cuerpo abandonado. Se rindió a él por completo, como el agua oscura cede ante la zambullida de un buceador. Cuando la soltó, ella parecía tan drogada por su abrazo que por un segundo se balanceó y tambaleó. Pero

él la agarró con fuerza por la cintura y, sujetándola de esa manera, la condujo hacia adelante. Subieron y subieron, y luego, después de detenerse para respirar a gusto por un momento en una pequeña plataforma plana, bajaron y bajaron de nuevo. Esto se repitió, en curvas espirales de progresión, varias veces. La muchacha parecía todavía demasiado aturdida para darse cuenta del curioso carácter del camino por el que la condujo, y aunque a menudo encendió su linterna hacia la derecha y la izquierda, ninguno de los dos pronunció una sola sílaba.

Estaban tan aislados de toda interferencia humana como si hubieran descendido a una caverna en el fondo del mar. Sólo había una entrada a las cuevas de Wookey Hole, al menos la única conocida por el hombre moderno, y la llave de esa entrada estaba en el bolsillo de Philip. Era su dinero el que había abierto esas cuevas. Era su dinero el que pronto electrificaría esas cuevas. Era como un mago solitario, cuyo reino secreto, oculto en las entrañas de la tierra y guardado por demonios invisibles, era tan impenetrable a la invasión como lo eran los pensamientos privados de su propia mente. Philip nunca, en todos sus días conscientes, había conocido un momento comparable a este momento. ¡La había conseguido! La rapacidad de su deseo de poseerla por completo, de arrebatarse no sólo el cuerpo, sino también lo más íntimo del alma, lo obligaba ahora a ejercer una restricción adamantina²⁶ sobre su pasión. De repente se

26 Que pertenece o concierne al diamante, o que comparte sus características,

convirtió en un Fabius Cunctator²⁷ de la estrategia erótica. Una calma fría y calculadora surgió del cráter de su deseo, como si un volcán hubiera engendrado un eje de hielo. La ayudó a bajar por un largo, estrecho y tortuoso tramo de escalones y hasta que no llegaron al final de estos escalones no pronunció una palabra. Sin embargo, una vez que llegaron al final, y al borde de una plataforma de piedra caliza que conducía a una enorme caverna que parecía una catedral, levantó su linterna y la dirigió hacia las asombrosas paredes que los rodeaban.

Eran paredes compuestas de enormes estalactitas que colgaban del techo y de estalagmitas igualmente monstruosas que se alzaban desde el suelo. Estas extrañas cosas –objetos para los que, como tan pocos mortales las han visto, no existen en nuestro idioma palabras adecuadas para describirlas– se revelaron, bajo el haz de luz que arrojó sobre ellas, de la más asombrosa variedad de colores iridiscentes. Predominaban un verdoso lívido y un azulado lívido; y junto a éstos, una especie de naranja fosforescente espantoso.

Philip pudo alzar la voz, pero aún le costaba mucho trabajo hablar por encima de un susurro y se dejó vencer por esa

en especial su dureza, resistencia y capacidad de perdurar.

27 Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator; (Roma ca. 280 a. C.-ibid., 203 a. C.) fue un político y general romano. Su agnomen o sobrenombre Cunctator significa «el que retrasa» en latín y hace referencia a su táctica militar.

debilidad sin vergüenza. –¿Ves a esos dos de allí, Perse? –preguntó, sosteniendo la linterna con una mano y apuntando con la otra hacia lo que quería que su compañera viera. Lo que señaló fueron dos de esas formas bárbaras que habían avanzado, una desde abajo y otra desde arriba, en lentas acumulaciones, hasta que estuvieron a un paso una de la otra, sus extremos, de hecho, casi tocándose.

“¿Cuánto tardaron?” susurró Perséfone.

–¿En crecer, quieres decir? –susurró en respuesta–. No recuerdo exactamente. Aproximadamente una pulgada en mil años. ¡Esas dos cosas solo habrían estado separadas una de otra por dos pulgadas cuando Cristo fue crucificado!

–¡Alto! ¿Eso es agua? –gritó de repente, rompiendo el hechizo de su excitación. Su grito fue seguido por un eco singular que no se limitó a una sola nota, sino que repitió sus últimas cuatro sílabas.

“¿Eso es agua?” reverberó el eco. “¿Eso es agua?”

–¡Es extraño! –gritó ella, agarrándolo del brazo.

“¡Es extraño!” repitió el eco.

La muchacha seguía aferrada a su brazo, pero como una niña quería demostrar su valor. “¿Quién eres?”, gritó a voz en cuello.

“¿Quién eres?” respondió el eco.

–¿Eres un demonio? –gritó Perséfone Spear.

–¿Eres un demonio? –respondió el eco.

Philip interrumpió el diálogo apuntando con su linterna hacia el agua. Era de un color indescriptible. Podía tratarse de la laguna Estigia, aquel misterioso río por el que los dioses hacían su único juramento inviolable.

“¿Es el Axe?” preguntó.

–Un afluente de él, creo –dijo–. ¡Un día haré que me lleve hasta el Axe!

La muchacha se dejó llevar por un delicioso escalofrío. –Allí abajo, ¿estás...? ¡Ahí hay un barco, Philip! ¡Hay un barco!

–Sí, ese es mi barco –dijo Philip Crow en un tono en el que Jason podría haber dicho «mi Argo».

–Vamos a bajar hasta ese agua –dijo–. ¿Podemos hacerlo?

Como esto era precisamente lo que había decidido hacía tiempo, accedió de inmediato a la petición de la muchacha. Caminaron con pasos cuidadosos hasta el borde mismo de ese estuario prehistórico. Él temblaba demasiado ante la proximidad de la consumación de su deseo como para tener tiempo para esas imaginaciones; y ella estaba demasiado

excitada por la vista del barco allí abajo; de lo contrario, podrían haberse preguntado qué extrañas formas de qué hombres de las cavernas neolíticas, mucho antes de la época de los habitantes del lago de Abel Twig, se habían inclinado para beber o lavarse la sangre de las manos en esa inundación estigia. «En las entrañas de Mendips», decían sus sentimientos salvajes, «mi niña... mi placer... yo, yo, yo... disfrutando de mi *placer*... conquistando esta tierra bajo la Tierra... como la conquisto en el aire... yo, yo, yo, imprimiendo mi voluntad en la vida... en la mujer... en... en... ¡en el futuro!».

–¿No podemos subir al barco, Philip? –susurró. Su voz apagada hizo que el pulso de Philip se acelerara. ¿Su instinto de mujer ya había adivinado su orgullosa intención?

Él no respondió, pero cogió la cuerda que amarraba el bote a una estaca de hierro que había a sus pies y lo acercó hasta la orilla. En el fondo del bote había un par de remos. La ayudó a subir y a sentarse en un lado de los dos bancos pequeños. Tirando de la cuerda, se sentó en el otro banco y recogió los remos de donde estaban. Le entregó la linterna a ella. Ella levantó la mano libre y le tocó el hombro mientras él empezaba a remar, dando paladas largas y fuertes.

–¡Tú eres Caronte! –susurró en la parte posterior de su cráneo.

Respiraba con pequeños jadeos mientras remaba. La luz de

la linterna que ella sostenía caía sobre el agua y sobre las piedras negras de la orilla.

De pronto, mientras remaba, Philip pensó: ¿qué pasaría si la pequeña linterna se apagaba? Dejó los remos sobre la superficie del agua lívida, donde se movían sombras extrañas y aterradoras, sombras que bien podrían haber sido las formas agitadas de criaturas monstruosas antediluvianas (ictiosaurios, tal vez) que habían escapado a la fatalidad, aquí abajo, debajo de Mendips, del proceso evolutivo de cien mil años. Con dedos febriles, buscó en sus bolsillos. ¡Gracias! En su chaqueta y en su abrigo reposaban cajas de cerillas Swan Vesta de buena calidad. Así *era* como debía ser. ¡Sabía que el lugar estaba lo suficientemente seguro como para estar perfectamente a salvo, con todas esas linternas en miniatura en su poder!

–¿Por qué no sigues, Philip? Me pones nerviosa. ¿Qué buscas? ¿Cigarrillos?

«Pronto tendrás tu cigarrillo, muchacha», pensó.

Pero gritó en voz alta: “¡Cuidado, Perse! ¡Cuidado! ¡Sujétalo un poco más alto!”.

Su embarcación atracó en una amplia y baja losa de piedra caliza prehistórica. Sobre ella, una gran pared escarpada y resbaladiza ascendía hasta el techo. Allí había una formación de petrificación de forma muy extraña, que habría requerido

la más grosera de las mentes modernas para dotarla de una imagen humana; aunque Dante no habría dudado en encontrar palabras para ello. –La llaman –dijo, señalando esa curiosa conformación estalagmítica mientras la ayudaba a bajar del bote–, la llaman la Bruja de Wookey Hole. Dicen que un monje de Glastonbury la convirtió en... ¡Digo! ¿Qué te pasa, niña? ¿Qué te pasa? Oh, por el amor de Dios, ¿qué te pasa, Perse?

La muchacha se había agachado sobre la resbaladiza losa de piedra caliza que había junto al agua y se había cubierto la cabeza con ambas manos. Por el movimiento de sus hombros, estaba convencido de que lloraba, aunque no emitía ningún sonido. No había en el ser más profundo de Philip Crowd ni un solo grano, ni un átomo diminuto de lo que sufría el señor Evans. A pesar de su maniática sed de poder, era probablemente el alma humana menos cruel en un radio de veinte millas de ese singular lugar. El hecho de que su amada Percy –su «posesión» más secreta y privada– se viera repentinamente presa de un exceso de problemas del que no tenía ni idea, sacudió los cimientos de su orgullo. Había algo noblemente cortés, noblemente tierno, en el gesto tímido con el que, tras arrojar los remos de nuevo al bote y sacar la proa por la pendiente rocosa, se inclinó y cruzó sus largos dedos alrededor de aquella cabeza que llevaba la gorra de muchacho. ¡Qué sorpresa y qué alivio sintió cuando, bajo aquella grave caricia, la extraordinaria muchacha se puso de rodillas ante él! ¡Perséfone Spear

temblaba de risa! No había llorado en absoluto. Por un instante, pensó que estaba histérica; pero cuando, entre las contorsiones de su paroxismo infantil, le sacó la lengua, se sintió seguro. Sin embargo, se había sentido tan perturbado que, durante un minuto o dos, todos los sentimientos eróticos que había en él se petrificaron como aquella imagen de piedra de la Bruja que se erguía frente a él. La muchacha se dio cuenta de que estaba perturbado y la visión de su gravedad aumentó su alegría.

Dejó caer la linterna sobre el borde de la roca y, agarrándose los costados, se balanceó de un lado a otro en un ataque de risa que la dejó sin aliento. Cada vez que estaba a punto de detenerse, algo en el rostro de su amado la hacía volver a reír. ¡Casi parecía como si la alegría infantil reprimida de toda su vida adulta se hubiera desatado junto a las aguas de esta pequeña laguna Estigia!

Philip simplemente no podía entender esta exhibición de colegiala en ese momento y lugar en particular. Pero estaba demasiado aliviado de que no fuera ninguna reacción emocional ni ninguna angustia en ella, como para enojarse con ella mientras luchaba por recuperar la compostura. Sintió una ligera sensación de que se estaban burlando de él, pero no en un grado embarazoso. ¿Cómo podía saber que la grieta más profunda entre su prima y su esposo había sido que durante los tres años de su matrimonio Dave Spear nunca había mostrado un solo destello de humor? ¡Y aquí, en su seductor de esa noche loca bajo las raíces de Mendips,

ella había reconocido de repente la misma falta! Fue la contemplación del rostro portentosamente grave de Philip –grave con la más grave de todas las emociones del mundo!– lo que, combinado con la extrañeza de su entorno, provocó ese ataque de risa. Se había reído exactamente como ríe un niño en la iglesia; ¡Simplemente porque sabía que sería escandaloso, indecoroso, poco artístico e incluso un poco monstruoso tener un ataque de risa en un momento como ese! Por supuesto, el hecho de que Perséfone pudiera reír así, en esas circunstancias, era una revelación de su carácter. Mostraba el desapego de su alma respecto de sus sentidos. Mostraba que, en el fondo de su ser, había un demonio profano y burlón, que escudriñaba con desdén, a sangre fría, cada situación en la que se encontraba.

Pero la carcajada de Percy sólo expresaba descaradamente lo que muchas mujeres normales han sentido a menudo, es decir, la gravedad grotesca de la lujuria masculina. Es posible que la propia Afrodita fuera llamada “amante de la risa” por su amante Ares cuando estaba furioso con ella. En cualquier caso, era bastante extraño oír un estruendo tan resonante de desvergonzada travesura infantil que se alzaba desde el borde plutoniano de esa agua espantosa.

Lo que también le dio a toda la escena un elemento de extrañeza fantástica fue el hecho de que la linterna caída iluminaba en ese momento solo las piernas de la mujer, dejando el resto de su figura en una sombra oscura.

Philip le tendió las manos por fin, y ella se quedó quieta y tranquila cuando la levantó. Dejó que la linterna permaneciera en el suelo. La empujó un poco hacia atrás, donde la roca era más lisa, bajo la pared oscura de la caverna. «¿Ves dónde desaparece el agua, Perse?», dijo, haciéndola sentarse a su lado. Sus espaldas ahora descansaban contra el costado de la caverna; y desde esta posición podían seguir el largo haz de la linterna postrada que ahora les iluminaba un fenómeno extraño. A no más de una docena de yardas de donde estaban agachados, el agua fluía bajo un puente bajo y plano de piedra sólida. Había solo unos tres pies de espacio hueco entre el agua que brotaba y la enorme roca que colgaba sobre ella.

–Un día, Perse, haré que me construyan una barcaza lo suficientemente plana como para pasar por debajo de esa roca y volver de nuevo. ¡Nadie puede saber lo que encontraré si sigo esa corriente de agua!

Ella le echó los brazos al cuello y le dio un beso rápido y apasionado. “¡Iré contigo, Phil, si tú lo haces!”

El haz horizontal que proyectaba la luz caída era lo bastante ancho, antes de llegar a ese punto de desaparición del agua iluminada, para poner de manifiesto una franja de arena grisácea y blanda a poca distancia.

En contraste con los extraños colores que arrojaban el cobre, el hierro, el plomo y el manganeso de las paredes de

la cueva, esa franja de arena gris asumía un aspecto de neutralidad cimeria²⁸.

Perséfone no mostró sorpresa ni renuencia cuando él la tomó de la mano para conducirla hasta allí.

La luz de la linterna cayó sobre el dobladillo de su vestido y sobre sus pies, mientras el resto de su cuerpo permanecía en la sombra. Sus delgados tobillos, que descansaban inmóviles uno al lado del otro, de repente le infundieron a Philip una sensación de extremo patetismo humano. Parecían los tobillos de una muñeca, y le llamaron la atención por su extrañeza irresponsabilidad, por su extraña indiferencia. Tenían que llevar toda esa carga del corazón turbulento de una muchacha, sus errores, sus desaciertos, sus triunfos, a lo largo de la larga trayectoria de sus días, y ¿qué habían hecho?

Abrió una de sus preciosas cajas de Swan Vestas y, mientras lo hacía, lanzó una mirada burlona, como la de un bandido, en dirección a la luz de la linterna. «Me has servido bien, amiga», decía su mirada, «pero me alegro de no depender tanto de ti». Encendió el cigarrillo de ella y luego encendió uno propio. La caja de concha de tortuga que las había contenido adquirió en sus ojos en ese momento la bienvenida tranquilidad de una posesión familiar en un

28 Cimeria (también Cymeria) es un país descrito por Homero como la región de la noche eterna situada en los confines del Océano y que oficia de antesala del Hades.

entorno extraño. Durante unos minutos fumaron uno al lado del otro en un delicioso languidecer de satisfacción y paz. Sin duda, si la muchacha hubiera puesto una cerilla encendida frente a su rostro en ese momento, habría visto en ella lo que, según William Blake, es lo que más les gusta ver a las mujeres.

La feroz depredación de Philip se había fundido en la dulce seguridad de la posesión, mientras que la orgullosa obstinación de Percy se había fundido en la deliciosa pasividad de estar poseída. Ningún pensamiento sobre su traición, ningún pensamiento sobre Dave o Tilly vino a perturbar su paz. El deseo físico satisfecho de cada uno de ellos se había transformado en una ternura indescriptible por la presencia corporal del otro. Era como si sus dos almas –como las almas de un par de químicos triunfantes meditando sobre los elementos exitosamente mezclados en un crisol pasivo– esperaran el acto creativo de la fuerza vital oculta. Sus cuerpos se sentían como si todavía estuvieran unidos en una indescriptible dulzura de identidad, mientras que sus mentes sentían una profunda renuencia a permitir que cualquier movimiento apresurado del pensamiento inclinara la copa rebosante de satisfacción de sus cuerpos y derramara el precioso icor²⁹. Tan fuerte era el arco tenso de

29 En la mitología griega, el icor (del griego antiguo ἰχώρ ikhōr) era el mineral presente en la sangre de los dioses, o la propia sangre. Esta sustancia mítica, de la que se decía a veces que también estaba presente en la ambrosía o el néctar que los dioses comían en sus banquetes, era lo que los hacía inmortales.

su orgullosa satisfacción que, al vibrar su cuerda, disparó su espasmo de gratitud directamente al corazón de la Causa de la Vida. Y a diferencia de la oración de Juan y María desde la superficie de Wissey iluminada por el sol, este grito singular desde las orillas del Estigia alcanzó el bien en la naturaleza del Ser Eterno y esquivó el mal. Por pura casualidad, como en el otro caso, esto ocurrió; pero al ocurrir trajo una oleada de deleite profano allí abajo, a esa franja de arena gris como aquel antiguo lugar, en toda su prehistórica longevidad, nunca había conocido antes. La suerte que aquel espasmo de gratitud de estos dos primos robó a la Causa de la Vida de doble naturaleza continuó calmando sus nervios incluso después de haberse levantado de su lecho cimerio y vuelto a cruzar su Estigia.

El cínico desapego de la muchacha neutralizó al final esta suerte, pero durante todo el largo viaje de regreso la suerte permaneció con ellos. Los acompañó incluso cuando finalmente se separaron en las puertas contiguas del pequeño rellano superior del Zoyland Arms, él para volver a entrar en su habitación solitaria; ella para trepar por encima del cuerpo dormido, o aparentemente dormido, de su marido y estirarse y hacerse lo más imperceptible posible, apretándose contra la delgada y dura partición de madera que ahora la separaba del dueño de Wookey Hole.

IX. EL PECADO IMPERDONABLE

El señor Owen Evans, sentado junto a la estufa de gas en la parte trasera de la tienda del viejo Jones, disfrutaba de un desayuno tardío. Era el día siguiente al que Philip Crow condujo a Perséfone a su reino subterráneo. El desayuno del señor Evans difería mucho del desayuno que había tomado el alcalde Wollop la mañana anterior. Carecía de los asistentes del alcalde. Carecía de la mermelada Dundee del alcalde. Carecía de la *Gaceta Occidental* del alcalde. En lugar de este último proveedor de artículos de actualidad, el refrigerio corporal del señor Evans –que consistía en una tetera y tres panecillos rancios– se veía realzado por la presencia de una vieja edición del *Infierno* en el original italiano, abierta en la página que describe la obstinación blasfema del gigante pagano Capaneo³⁰.

30 En la mitología griega, Capaneo era un hijo de Hipónoo y Astínome. De

“Como era entonces”, aulló este rebelde inconcebible contra el Emperador del Universo, “así soy todavía”.

El señor Evans no tuvo ninguna dificultad en traducir este pasaje, aunque las letras del viejo libro eran un gran obstáculo para los ojos modernos; y en su preocupada reacción ante su terrible importancia, colocó no menos de la mitad de toda la mantequilla que poseía sobre el trozo de masa de panecillo que ahora comenzó a masticar con voracidad distraída.

Lo sobresaltó un fuerte golpe en la puerta de la tienda. Maldijo en voz alta y miró con enojo un reloj en particular, entre todos los viejos relojes que funcionaban, que se había acostumbrado a consultar. Consultó éste no porque marcara mejor la hora, sino porque le daba pena su triste esfera. En su confusa mente de Gales del Sur abrigaba la fantasía de que podría restaurar el prestigio de este viejo y tonto reloj entre sus compañeros más grandiosos si hacía esta pequeña preferencia diurna. Pero el reloj sólo confirmó el golpe. El golpe y el reloj dijeron lo mismo. «Lectura terminada... negocio comenzado», dijeron el reloj y el golpe.

El señor Evans abrió la puerta de la tienda enojado. Este procedimiento llevó más tiempo del que uno hubiera supuesto que justificaba el trabajo del Número Dos. ¡Nunca

acuerdo con la leyenda, Capaneo poseía una gran fuerza y cuerpo poderoso y era un guerrero sobresaliente. También se destacaba por su gran arrogancia. Capaneo aparece en la Divina Comedia de Dante (Infierno, C. XIV)

había habido tantos ni tan oxidados cerrojos! Pero el galés los sacó todos a la vez: y con la cara enrojecida y jadeante, abrió la puerta y entró Sam Dekker en la tienda. El rostro de Sam, para cualquiera que lo viera con menos frecuencia que su padre y Penny Pitches, habría mostrado un cambio sorprendente. Había cambiado del rostro de un muchacho al rostro de un hombre. Sam había llegado a saber algo de las condiciones en las que se nos ha ofrecido la felicidad de estar vivos.

–¿Cómo está, señor Evans? –dijo–. ¡Ah, está tomando café! Lamento mucho haberlo molestado.

Sin embargo, no hizo ademán de marcharse, sino que se quitó el abrigo y el sombrero y los dejó, junto con el bastón, sobre uno de los mejores ejemplos del arte de la fabricación de sillas del siglo XVIII que tenía Número Dos. Luego se sentó, y el señor Evans, que trajo su propia silla desde la parte trasera de la tienda, se sentó también.

–He venido a hacerle una pregunta un tanto curiosa, señor –empezó el visitante–, pero si supiera que en Glastonbury hay poca gente que tenga libros o que se interese por ellos, comprendería que viniera a verlo. Por cierto, ¿venden ustedes, quiero decir, el viejo Jones, libros además de antigüedades? ¿Tiene aquí algún libro antiguo? ¿Algún libro antiguo... ya sabe... algún libro antiguo de teología?

El rostro del galés adoptó una expresión muy extraña. –¡Sí!

–dijo con una especie de vacilación resignada–. ¡Oh, sí! Hay muchos. Los he estado revisando. Están abajo, en el sótano. Fue principalmente por ellos por lo que accedí a abrir esta tienda. ¡Oh, sí! Hay muchos libros interesantes allí, señor Dekker. Pero no sé...

Hubo un momento de silencio durante el cual la estridente voz cockney de la señora Robinson dirigiéndose a la abuela Cole, mientras las damas se dirigían lentamente al centro de la ciudad en camino a la iglesia de San Juan, entró por la puerta cerrada.

«Si fuera sólo una rata la que te royera, sería un mal trago; pero si lo que estás sembrando para morir va a ser peor mañana, ¡entonces es algo más que ratas! Entonces es polilla. Y si es polilla, será su propio trabajo. Si es polilla, suspiraré. ¡No, Sr. Vicario! ¡Ni por su pequeña vida aceptaré un trabajo que rompa el corazón!»

Sam no pudo contener una leve sonrisa ante esta revelación escuchada por casualidad de una revuelta obrera en la esfera eclesiástica; pero el señor Evans carecía de sentido del humor en tales asuntos. La nariz ganchuda del hombre, sus cejas sardónicas y su largo labio superior parecían tan impenetrables para la charla indiscreta de High Street como el busto del propio Dante, que ahora contemplaba con ojos misteriosos. La criada y la costurera de la iglesia de San Juan siguieron caminando por la calle; y Sam se puso tan serio como el galés.

–Podría ser sincero con usted, señor –dijo Sam–. Hace más de un año que mi padre espera que acepte su oferta de enviarme a una universidad teológica. Me he negado a ir y nunca iré. Pero debería... quiero... leer un poco más. Cuando estaba en el Corpus...

El señor Evans lo interrumpió. –¡Corpus! –gritó, poniéndose de pie de un salto–. ¿Se refiere al Corpus de Cambridge? Yo mismo estuve en Oxford, pero ustedes, los del Corpus de Cambridge, tienen una biblioteca... Digo que tienen una biblioteca... que enloquecería al mismísimo Paracelso. Allí hay folios y libros en cuarto que son... Bajó la vista y su voz y levantando el segundo dedo de su mano izquierda golpeó con él el huesudo nudillo del primer dedo de su mano derecha–. Hay manuscritos galeses allí, mi buen señor, que no tienen precio. Tienen prejuicios contra mí allí; pero eso no es nada. No soy nada. Pero si me dejaran tener esos manuscritos y los llevaran conmigo al sur de Gales y los compararan con... ¡Bueno, buen hombre! Tienen prejuicios contra mí allí; pero eso no es nada. ¿Qué soy yo? Nada. ¡Nada en absoluto! Pero tienen una serie de Tríadas Bárdicas allí... en una cámara subterránea... un fabricante de camas galés me lo contó todo... ¡que dan detalles creíbles de la vida de Merlín! ¡Piense en su estancia en Corpus! Tienen prejuicios contra mí allí... un poco... un poco... Tienen buenas intenciones... ¡pero por supuesto!... pero eso no es nada... porque ¿qué soy yo? ¡Obviamente nada!

Sam Dekker vigilaba la espalda del señor Evans mientras

éste se movía por aquella pequeña tienda sofocante, buscando algo. Un sol frío y acuoso se filtraba en la tienda a través del escaparate que daba a la calle. Ese escaparate estaba lleno de una extraordinaria variedad de objetos mal elegidos. Difícilmente se los podría llamar objetos de arte. Eran más bien como un Arca de Noé o una balsa de candidatos para el Limbo. Había un jarrón chino agrietado, decorado con una serie de dragonas, cada una de las cuales daba a luz o era amamantada por un pez dorado de dos colas. Junto a este jarrón había un pimentero de proporciones antinaturales en cuya parte superior, perforada para agitarla, se abría la cabeza de un absurdo Punchinello. Un grifo oxidado, de latón ornamental, que ya no servía para nada, estaba apoyado contra el pimentero. En la base del jarrón reposaba un volante de plumas blancas con el centro de color bermellón, mientras que entre el pimentero y el marco de la ventana había un pequeño mazo de croquet de un tipo que se había extinguido por completo. Apoyada en el mango de este mazo de croquet había una gran concha del Océano Pacífico, en cuyo reverso alguna meticulosa señorita Drew de hacía cien años había pintado un triste paisaje terrestre en el que un diminuto cabrero y una gigantesca cabra contemplaban un barco que se hundía en una isla verde.

Apoyada sobre el borde de esta concha pintada había una gran taza de afeitar antigua, en cuyo lateral estaba dibujada una vista lejana de un castillo a orillas del Rin, visto entre dos

árboles sin nombre y por encima del lomo de una mula sobrecargada.

El sol acuoso que se colaba en la tienda del viejo Jones, a través de la parte de la ventana que no estaba oscurecida por estos objetos, permitía a Sam observar cada movimiento del señor Evans.

El hombre estaba de puntillas apoyado en un estante y luchaba por abrir una pequeña olla de porcelana que había allí sin quitar un pisapapeles de mármol que descansaba sobre su tapa.

Sam se levantó vacilante de su asiento, pero permaneció con la mano sobre el brazo del mismo. Había algo inquietante, algo que irritaba los nervios, algo que hacía rechinar los dientes en el esfuerzo del señor Evans por meter los dedos en aquella olla pequeña y oblonga.

–¡Ah! –exclamó por fin–. Ahora la siento. ¡Ah!

Sam nunca había visto una figura humana tan estirada como la del señor Evans con los dedos en aquel pequeño receptáculo. No pudo evitar mirar los talones desnudos del hombre, que ahora sobresalían, mientras sus pies salían de sus zapatillas a través de grandes agujeros redondos en sus calcetines tejidos. Sus pies volvieron a meterse en sus zapatos mientras profería esta exclamación, y él mismo se dio la vuelta con una pequeña llave en la mano.

–Ven –dijo–. ¡Ven... ven... ven!

Se dirigió a la parte trasera de la tienda, donde, en el lado opuesto de la estrecha escalera que subía, había otra que bajaba aún más estrecha. En lo alto de ésta se detuvo y, cogiendo un candelabro de un pequeño soporte, empezó a manipular torpemente una caja de cerillas.

Sus inútiles luchas con todos esos objetos inanimados habían acabado por poner nervioso a Sam, que corrió a ayudarlo. Entre ambos, la llavecita cayó al suelo. Sam la recogió y se la entregó. Un tenue rayo de sol que entraba por la ventana, lleno de pequeñas motas vacilantes, cayó sobre el rostro del señor Evans, mientras, con la llave apretada en la palma de la mano, por fin consiguió encender la vela. Sam se quedó estupefacto al ver la inquietud nerviosa que se reflejaba en el rostro del hombre. ¿Se debía únicamente a la obstinación de todos esos pequeños burlones inanimados que molestaban como demonios los movimientos de un filósofo? ¿O su petición de esos libros era la exigencia más desacertada con la que podía haberle topado?

Una vez más tuvo la oportunidad de estudiar la espalda del señor Evans mientras lo seguía por aquella pequeña escalera oscura. La vela que el hombre llevaba en alto hizo que su nariz ganchuda, cuando se volvió para advertir a Sam de un paso en particular, se volviera como la nariz de un avaro extremadamente viejo que visitaba su tesoro de ducados y florines. El único ojo también, que era lo único que Sam

podía ver en ese perfil sombrío, mientras bajaba tras él, era como el ojo de un azor enloquecido.

Por fin llegaron al sótano. Era bastante pequeño y estaba más ordenado que la tienda de arriba. Era una habitación pequeña y baja con estanterías altas. Sam se dio cuenta de inmediato de que la mayoría de los libros no le interesaban. Casi todos eran revistas antiguas encuadernadas en cuero y entremezcladas con ediciones escolares desvencijadas de los clásicos. Sin embargo, una estantería tenía un cristal encima, y el señor Evans introdujo su llave en una cerradura de esta puerta de cristal.

¿Qué le pasaba al hombre? Le temblaban las piernas y las rodillas. También debían temblarle los dedos, porque la grasa de la vela empezó a gotear sobre la parte delantera de la vitrina cuando intentó abrirla con la llave.

Sam dio un paso adelante e hizo como si quisiera quitarle la vela. Su gesto era muy natural dadas las circunstancias. ¿Por qué entonces el galés le dirigió una mirada de furia retorcida? Pero éste consiguió abrir por fin las puertas de cristal y Sam, mirando por encima del hombro, examinó los libros expuestos. ¡Eran, en efecto, obras «teológicas»! Sam nunca había visto tantos folios cubiertos de pergamino, vitela y cuero. Leyó los nombres. Estaban Bonaventura, Duns Scotus, Tomás de Aquino, Alberto Magno, Avicena, Bernardo, Jerónimo y Anselmo.

Sam no pudo contener un gemido de cansancio y decepción. ¿De qué le servirían esas cosas? No era ningún erudito. Lo que quería era algo... ¡bueno! En realidad, no sabía exactamente qué había querido, pues en el mundo de los libros de teología Sam tenía la imaginación sencilla de un estudioso de los pececillos y las mariposas.

Pero vio que la mano del señor Evans se retiraba apresuradamente del estante con un libro bellamente encuadernado entre los dedos. Había un gran hueco por donde acababa de sacar esta obra y otro libro, que había estado erguido junto al que había cogido, ahora estaba volcado de lado sobre ese hueco y yacía allí en diagonal, apoyado sobre un grueso tomo medieval con un oscuro título en latín. Este libro atrajo de inmediato la atención de Sam, pues su aspecto era diferente al del resto. Sus agudos y observadores ojos de oso captaron el título en un segundo. Se llamaba “El pecado imperdonable”.

El señor Evans se volvió rápidamente hacia él.

–Aquí está el que te interesa –dijo, haciendo hincapié en el «te». –Me temo que en Corpus no te enseñaron a leer latín eclesiástico –continuó–. Pero ésta es la edición en inglés de las «Confesiones»... la mejor edición moderna... vale veinte libras... No sé cómo Jones pudo conseguirla.

Estaba empezando a cerrar de nuevo las puertas de cristal cuando Sam hizo un gesto hacia el libro que había caído en

el hueco. El señor Evans apartó el brazo de golpe, pero de una forma que pareció que lo había hecho por accidente. Podría haberlo hecho por accidente, porque allí estaba, tanteando como siempre con su preciada llave.

Para entonces, Sam se había impacientado mucho: ¡las «Confesiones» de san Agustín! ¿Por qué su padre había colocado ese libro en un estante que Sam conocía desde su infancia, al lado no de «El pecado imperdonable», sino de «Los pájaros» de Bewick? Fuera lo que fuese lo que tenía en mente cuando llegó allí esa mañana, ciertamente no había sido san Agustín. ¡No! Había sido sólo un vago deseo de hacer un intento más para encontrar alguna actitud posible, menos escéptica que la que había llegado a adoptar, hacia el credo de su padre.

Se sintió indignado con el señor Evans por haberle despertado de esa manera esperanzas y luego haberle entregado unos pergaminos indescifrables y “El pecado imperdonable”.

Pero no había vivido codo a codo con un sacerdote de Dios en vano. ¡Tenía suficiente ingenio para saber ahora por qué las rodillas del señor Evans se habían golpeado entre sí! O bien aquel libro era un monstruoso Afrodisíaco de Obscenidades o bien era alguna fantasía pseudobíblica que había trastornado, o estaba en proceso de trastornar, la cabeza de aquel pobre diablo solitario. Pero ¿qué estaba haciendo ahora aquel asombroso individuo? El señor Evans

había dejado la vela en el suelo y estaba de rodillas junto a un cofre tallado, sobre el cual había algo atado con papel marrón. El hombre maldecía en voz baja mientras tiraba de un nudo en la cuerda de aquel gran paquete plano.

Sam recibió la impresión de estar bajo la guía de una marioneta no humana, para quien el menor intento de enfrentarse a la obstinación de la materia era una tarea imposible.

Pero el señor Evans lo llamó a su lado. Había recuperado por completo el equilibrio. Era una vez más el anticuario de largas palabras.

–Merlinus Ambrosianus –procedió a deletrear Sam desde la tapa del gran volumen que ahora tenía ante sus ojos.

–¿Es este tu propio maquillaje? –preguntó, usando una palabra que su madre adoptiva, Penny, podría haber usado.

–¿Se refiere a mi propia obra? –dijo el señor Evans, volviéndose hacia su interlocutor con el rostro insulso, desconcertado y parpadeante de un inofensivo Dominie Sampson.

–¡Oh, no! Mi *Vita Merlini*, cuando esté terminada, apenas he empezado mi colección de notas, incluirá detalles elaborados de la vida del Mago (que este idiota torpe ni siquiera parece saber que existen). ¡Oh, no! Esta es una reimpresión de un compendio del siglo XVIII de extractos de

la Bodleian. Tiene ciertos documentos que no te permiten sacar de la Bodleian. Por ejemplo, tiene la famosa versión de Pontyprid de la desaparición de Merlín; probando de manera concluyente que el Turnir. El pueblo llamado Carbonek no estaba en Bardsey, sino aquí en lo que, probablemente lo que ustedes llaman Chalice Hill, pero no es un libro importante. Nunca lo habría comprado si esos tontos de Oxford (son peores en Oxford que en Cambridge) no hubieran comenzado a sospechar de mí. No sé por qué, señor Dekker –se puso de pie de un salto, y Sam se sintió aliviado al ver que renunciaba a todo intento de volver a atar esos hilos–, pero parece que despierto sospechas cuando voy por ahí. Tiene algo que ver con mi apariencia. No inspiro confianza.

Se estiró cuan largo era mientras hablaba. Había recuperado la vela y también el volumen de San Agustín, que valía veinte libras.

Ahora se levantaba y se acostaba con sus zapatillas sueltas, como si estuviera realizando algún tipo de ejercicio gimnástico.

–¿Tienes idea de por qué? ¿Crees que es por la nariz?
–Levantó la mano, aparentemente olvidando por completo que sostenía la vela, hacia ese rasgo de su rostro; y al hacerlo sonrió a Sam con una sonrisa tan ingeniosa, al estilo de Don Quijote, que Sam se sintió singularmente desarmado.

Pero el señor Evans meneó la cabeza caprichosamente y, abrazando el gran volumen de San Agustín y llevando su vela, abrió el camino por las escaleras, de vuelta a la tienda.

–Bueno, supongo que tendré que irme –murmuró Sam vagamente–. No puedo permitirme veinte libras. –Después de una pausa, añadió con cierta tristeza–: No puedo permitirme veinte chelines.

–Te prestaré el libro –exclamó el señor Evans–. Nunca encontrarás otra edición tan agradable de leer; y si no lo has leído últimamente, te resultará muy útil. Es un libro interesante, aunque un poco morboso. Pero tú también eres morboso, ¡igual que yo! Creo que te vendría bien.

Sam se quedó, durante lo que le pareció un tiempo interminable, mirando fijamente la parte trasera de la caja de Punchinello en el escaparate.

El señor Evans se encontraba enfrascado en una de sus eternas luchas con lo inanimado. Estaba envolviendo el San Agustín en tablas de cartón, haciendo al mismo tiempo contorsiones faciales que no habrían resultado extravagantes en un combate de lucha libre.

Cuando el galés finalmente le entregó el paquete, Sam preguntó nerviosamente, "¿Está muy ocupado esta mañana, Sr. Evans?"

El representante del Número Dos lo miró con sorpresa.

“No especialmente”, dijo.

–Se lo pregunto –dijo Sam, vacilante, poniendo los dedos en el picaporte de la puerta de la tienda– porque mi padre quería que fuera a la estación a ver a tu amigo Crow, que está enviando todos esos anuncios raros. Seguro que te han llegado algunos.

El señor Evans asintió. “¿Quieres que te acompañe?”, preguntó.

–Pensé que estaría bien –respondió Sam.

–Está bien. ¿Por qué no? –dijo el señor Evans–. ¡No tengo nada que hacer más que cerrar la puerta con llave! La gente no suele venir por la mañana.

Cuando los dos hombres llegaron a la pequeña oficina, junto a la estación, encontraron a John preparándose para salir en una expedición privada.

Era difícil entender su explicación del propósito de esta expedición, porque la choza de madera que ocupaba fue invadida en ese momento por una violenta efusión de vapor procedente de la locomotora de un tren de equipajes que se había detenido justo detrás de ella.

Como la oficina de Geard había sido la oficina temporal de una compañía de carbón y, por lo tanto, estaba situada en el patio de mercancías de la estación Great Western, fue con el

acompañamiento de las maniobras de vagones y el resoplido de las locomotoras durante todo el día que John Crow había compuesto su extravagante anuncio de su espectáculo del solsticio de verano.

Mientras los tres hombres se encontraban juntos en la puerta de la pequeña oficina, Sam no pudo evitar mirar de reojo las majestuosas proporciones y la dignidad casi personal de la gran máquina verde que se alzaba sobre ellos.

La enorme criatura llevaba su nombre en claras letras doradas sobre su vientre. Se llamaba Sedgemoor³¹. ¡Es fácil imaginar cómo la aparición de esta palabra en particular, en un lugar tan inesperado, dio a todos esos pistones pulidos y ruedas dentadas un significado simbólico para el corazón enamorado de Sam!

Sólo por el hecho de que existía esa palabra, “Sedgemoor”, flotaban –como la belleza “desordenada” que tanto atormentaba al severo Sir Guyon de Spenser– los miembros blancos y el tierno pecho de Nell, dentro y fuera de las entrañas de hierro de ese majestuoso monstruo.

"Tengo que ir a Tor Field", decía John Crow, "antes de continuar con mi siguiente serie de circulares. Debo ver el

31 En lo profundo del campo inglés, la Batalla de Sedgemoor de 1685 marca un evento histórico importante. Este enfrentamiento fue el punto culminante de la Rebelión de Monmouth, donde James Scott, el ilegítimo duque de Monmouth, intentó en vano usurpar el trono de su tío Jacobo II.

terreno. ¿Por qué no os unís los dos conmigo? ¿Al menos hasta la vicaría? No quiero arrastraros más lejos, pero será más fácil hablar si nos alejamos de aquí.

Tanto Sam como el señor Evans manifestaron su disposición a acompañarlo.

–En realidad, he venido –dijo Sam con una franqueza que desarmaba– como representante plenipotenciario de mi padre. Ha leído tu primera tanda de circulares y está ansioso por saber más sobre todo el asunto. No debes pensar que se trata de una intromisión impertinente, pero mi padre podría serte de gran ayuda si se interesara y le gustaran tus ideas, ¡como estoy seguro de que lo haría!

–Bueno, te contaré hasta dónde hemos llegado –dijo John–, y entonces tendrás algo concreto que decirle a tu padre. Debería haberlo visitado hace mucho tiempo y haberle pedido consejo, antes de llegar tan lejos. El señor Geard quería que lo hiciera. Pero estos últimos días han pasado tan rápido que no parece que haya tenido tiempo para nada.

–Lo que proponemos –continuó, mientras los tres caminaban lentamente por Benedict Street– es organizar un espectáculo mixto. Una parte será una feria normal y corriente, como la que tienen aquí, en San Miguel, sólo que más animada, espero. Otra parte, sin embargo, será muy diferente. Proponemos organizar –miró astuta y

furtivamente a los rostros de sus compañeros– una representación de la Pasión de Glastonbury.

En su espíritu de isla de Ely, John sospechaba que las palabras «Representación de la Pasión» provocarían enojo en ambos hombres. ¡Se olvidó del indeleble egoísmo de los seres humanos! Como su propia cabeza estaba tan llena en ese momento de ese plan de Geard, le parecía que la mera mención del mismo llamaría vivamente la atención y provocaría hostilidad o simpatía. No estaba preparado para una indiferencia casual. Pero una indiferencia casual, atemperada por la cortesía, fue precisamente lo que recibió su gran noticia.

El cerebro de Sam estaba lleno de Nell y de su lucha con su propia pasión.

La cabeza del señor Evans estaba llena de los siniestros pensamientos que su visita a esa estantería había despertado.

Así, la mención que hace John de la Pasión histórica de Jesús pasó como ligeramente sobre las cabezas de ambos, como si se estuviera refiriendo a una hambruna en China.

En dos ocasiones, durante su paseo por la ciudad, desde Benedict Street hasta Chilkwell Street, el señor Evans estuvo a punto de dejarlos y regresar a su tienda. Cuando pasaron por la puerta de la vicaría en Silver Street, Sam estuvo a

punto de despedirse de ellos.

Fue una de esas ocasiones en las que un grupo de personas parece estar unido por algún vínculo invisible, en contra del deseo individual de cada una de las personas que lo componen. La pasividad soñadora tanto del señor Evans como de Sam se debía en parte al hecho de que su propio destino parecía estar en juego. Sam se aferraba obstinadamente a la edición de San Agustín que había tomado prestada. Podía arrastrarla a la corriente dominante de sus sentimientos con más facilidad que cualquier vago propósito de John Crow en Tor Field.

El señor Evans fue capaz de librarse de todas las encarnaciones de su oscura tentación, excepto de un solo pasaje de “El pecado imperdonable”, que algún demonio astuto y sobrenatural podría haber compuesto especialmente para devastarlo y abrumarlo. Ciertas imágenes evocadas por este pasaje en particular eran tan seductoras que sus rodillas se debilitaron al pensar en ellas. La peor de estas imágenes tenía que ver con un golpe mortal asestado por una barra de hierro.

Los tres hombres habían llegado al granero de la abadía en la esquina de Bere Lane cuando las cosas empeoraron con el señor Evans.

El pensamiento salvaje y desesperado se apoderó de él... como solo lo había hecho una vez antes desde que llegó a

Glastonbury... "¿Por qué no dejar de lado todo escrúpulo?"

En aquel instante, su mente parecía absolutamente en equilibrio sobre un alambre tenso y vibrante entre dos eternidades terribles: una eternidad de horror deliberado y una eternidad de futilidad descolorida y árida, desprovista de toda savia vital. Podía sentir el camino hacia el horror, estremeciéndose con una dulzura fosforescente mortal. Podía sentir el camino hacia la renunciación llenándole las fosas nasales de polvo acre, resecaándole los pies desnudos, marchitando toda sensación humana hasta dejarla hueca como la esquirra de un escarabajo muerto. La naturaleza de su tentación era tal que no tenía nada que la redimiera. Una maldad tan abominable provenía directamente del mal que había en el corazón de la Primera Causa, viajaba a través de los espacios interlunares y penetraba en el nervio particular del organismo erótico del señor Evans que se movía para responder a ella.

El desdichado hombre contemplaba ahora con ojos enfermos los símbolos de los evangelistas que confieren a aquel antiguo granero una consagración tan majestuosa. Sintió una repentina repugnancia hacia el espíritu humano, tan entorpecido por la materia que se veía obligado a realizar semejantes cambios... a saquear los reinos de la vida terrestre en busca de su clave para la vida del más allá.

Los tres hombres avanzaron lentamente por Chilkwell Street, y fue entre el granero y St Michael's Inn donde el

sudor sangriento de la lucha mental del señor Evans brotó hasta que se sintió casi desmayado.

«Si me rindo», se dijo a sí mismo, «¿qué pasará entonces?»

¡Oh, con qué claridad fulminante vio aquella terrible alternativa! Se vio obsesionado de nuevo por la vieja picadura, la vieja picazón, la vieja punzada, la vieja tortura insaciable del deseo.

«Esto no tiene fin», pensó. «El otro camino lleva a lugares donde se puede descansar. *Este* continúa... y continúa... y continúa... sin fin. La lucha por renunciar a ello es dolorosa. Cada día un dolor nuevo. El dolor de una tristeza indescriptible. Pero si no lucho contra ello, es peor que eso. Estos hombres no saben con quién caminan. ¡No lo saben! ¡Oh, por qué debería existir algo así en el mundo!»

Su mente retrocedió ante el intento de imaginar la naturaleza de lo que había engendrado la semilla venenosa que había atraído hacia sí tanto mal afín desde el corazón del universo.

“Si me rindo ante ello... si me rindo ante ello...”, repetía una y otra vez; mientras la imagen que había enloquecido su interior se deslizó de nuevo en las fibras de su ser y se anidó, anidó allí, como un pájaro de alas suaves. Y su imaginación, mientras se acercaban a la posada de San Miguel, se posó como una avispa sobre la naturaleza de su vida consciente,

si se dejaba llevar por ella. Vio su alma en la forma de un gusano indescriptible, retorciéndose en busca de siempre nuevas víctimas mentales, bebiendo nueva y siempre nueva sangre inocente. Y vio el rostro de ese gusano. Y ahora le ocurrió que obtuvo lo que a pocos les es dado obtener, un conocimiento real y cierto de qué pensamientos eran, si es que podían llamarse pensamientos, los que vendrían a agitarse en la oscuridad bajo la máscara de ese rostro que no era rostro.

Absolutamente sola, salvo por la conciencia de un pequeño ojo redondo y rojo –el ojo del Mal en la Primera Causa de doble naturaleza– fijado en ella con un goce sin fondo de su sufrimiento, el peor de los pensamientos de esta criatura sería el esfuerzo intolerable que se le exigiría si tuviera que luchar para escapar de su destino. Sabría que podría *escapar* si luchaba. Pero el esfuerzo sería peor que lo que sufría. Y conocería su destino. Vería que el Remordimiento cambia lentamente su naturaleza y se convierte en Algo Más en el proceso de autotortura. Sabría que su destino no era una aniquilación estrepitosa, sino una muerte tan lenta como la desintegración de ciertos depósitos minerales que bajo presión química pierden gradualmente su identidad y se convierten en polvo amorfo.

Ahora pasaban por la entrada de St. Michael's Inn, una pequeña y sencilla taberna, frecuentada principalmente por la clase más pobre y que sólo tenía dos pisos.

Cuando el señor Evans echó un vistazo a las ventanas del piso superior, vio que las cortinas de muselina de una de ellas estaban descorridas. No estaban demasiado descorridas... sólo un poco... y la mano que las movía seguía agarrándolas con fuerza, como si temiera que alguien las tocara. Entre las cortinas, el señor Evans vio un rostro que lo miraba, aparentemente el rostro de una mujer. La cabeza de esta aparición lo sorprendió y le provocó un malestar en la boca del estómago, pues era totalmente calva. Un observador corriente habría considerado ese rostro como el de un idiota, pero el señor Evans lo sabía mejor. Era el rostro de un sádico arrepentido. ¡Sí! Era un rostro de una crueldad indescriptible, pero la naturaleza de su crueldad había cambiado. La mente que se escondía detrás de ese rostro seguía ocupada en artimañas para causar sufrimiento; pero el objeto de esas artimañas ya no era –por la bendita interposición del azar– externo a la propia mujer.

La imaginó, o más bien la vio, porque la mujer lo miró y él miró a la mujer, torturándose lentamente hasta la muerte; y esto mediante un proceso que el señor Evans comprendió perfectamente. Era un proceso de matar el placer. Sabía el papel que desempeñaba en este proceso todo lo que había en la habitación de la mujer. La vio negarse a recoger migas del suelo, aunque para ella era un placer. La ayudó a correr las cortinas de muselina de la ventana cuando llovía (y él sabía que a ella le gustaba la lluvia) y a descorrerlas cuando brillaba el sol; y sabía que ella detestaba el sol. Podía ver la

silla en la que anhelaba sentarse y en la que nunca se permitía sentarse. Podía oír el tictac del reloj al que daba cuerda con tanto cuidado todas las noches, aunque era el tictac de este reloj más que cualquier otra cosa lo que encontraba intolerable.

El señor Evans era muy consciente de los esfuerzos que debían estar haciendo los habitantes de la casa para persuadir a la mujer de que abandonara ese autocastigo maníaco, ese asesinato lento de todas las pequeñas sensaciones diurnas de placer. Pero esos esfuerzos sin duda no sirvieron de nada. ¡Oh, no! Se equivocaban al llamarla idiota. El señor Evans lo sabía todo sobre ella. Sabía que vertía agua de su jarra de lavar sobre las brasas rojas de la chimenea en cuanto se daba cuenta de que obtenía algún placer del calor.

Lo sabía, pero ya se había quedado demasiado tiempo detrás de John y Sam. Tenía que alcanzarlos.

Llegaron entonces a una vieja y destartada puerta a su derecha que conducía directamente a Tor Field, donde durante mil años, el día de San Miguel, se había celebrado la gran Feria de Glastonbury; aunque en los últimos años se había trasladado a un prado al otro lado de la ciudad.

Sam abrió la puerta y los tres entraron en el campo. Cuando Sam se volvió hacia sus compañeros, después de levantar la puerta y colocarla de nuevo en su sitio, se

encontró con una mirada algo desconcertada y vagamente suplicante de ambos. Era un movimiento completamente instintivo. Debió de ser un profundo impulso inconsciente. De esta manera, en incontables peregrinaciones olvidadas, los hombres debieron de recurrir a algún líder designado por el destino, atraídos por lo que el señor Weatherwax habría llamado “autoridad nacional”.

Era como si ambos, en secreto, esperaran que Sam dijera: “Seguidme colina arriba”.

Sam, sin embargo, no dijo nada al respecto. Dejó su paquete sobre la hierba y comenzó a buscar, junto a un viejo árbol caído, una especie de musgo que sabía que crecía allí, de una variedad bastante poco común.

Tanto John como el señor Evans dirigieron su atención hacia la Torre de San Miguel. La Torre de Glastonbury Tor varía en apariencia tanto como cualquier otra construcción en una colina de Wessex. Esto se debe a la extraordinaria variedad de cambios atmosféricos que evoca el clima de ese distrito.

En ese día en particular, las condiciones meteorológicas habían adoptado una disposición de nubes, una presión atmosférica, una perspectiva de luz y sombra, que los habitantes de Glastonbury reconocían como más natural y normal que cualquier otra. Sobre la superficie del cielo se extendía una película de vapor blanca y fina. El efecto de esta

pantalla transparente sobre el sol era el de hacerlo parecer como si brillara a través de un techo de agua. De hecho, esta película vaporosa reducía los rayos solares a una difusión tan suave que dejaban de ser rayos. El orbe del sol, así desprovisto de su efusión de resplandor, llegó a parecerse al disco de la luna. El gran astro quedaba tan reducido por esta película de nubes que, como Agamenón en las redes de Clitemnestra, apenas podía decirse que brillara en absoluto. Se asomaba impotente sobre los verdes prados de Avalon; De modo que los espíritus cristianos obstinados, como Mat Dekker, tuvieron la satisfacción de poder enfrentarse al gran Señor de la Luz y mirarlo directamente a la cara sin pestañear.

El resultado de este velo del sol fue que sólo una difusión acuosa de luminosidad líquida fluyó sobre cada objeto que emergió a la luz, sobre cada objeto que tenía alguna forma o algún contorno.

Todo estaba igualmente borroso y suavizado. Así, un círculo de blancura pálida parecido a una luna se extendía sobre un mundo del que se había borrado toda proyección dura, ya fuera de piedra, madera, metal, cuerno, escama, pluma, hueso o roca; un mundo de curvas fluidas y sombras deslizantes, un mundo de formas fluctuantes y contornos que se fundían.

Este velo del sol acentuó aún más el efecto del color. El color como fenómeno en el mundo adquirió una importancia

doble. Cada matiz, cada riqueza, cada variedad de color se prestaba a esta invasión del reino de la forma por parte del color.

Así, mientras estos tres hombres se encontraban juntos al pie de Glastonbury Tor, la hierba de la ladera parecía de una profundidad increíblemente rica. Era como una ola creciente de verdor palpable en la que, si uno comenzaba a caminar, se le hundían los pies.

–Mi idea –dijo John al fin, cuando Sam se levantó de su búsqueda de musgo en la parte inferior del árbol caído– es hacer la feria normal aquí abajo, en este terreno llano. Pero la obra milagrosa, o como quieras llamarla, la quiero hacer en la ladera de la colina, con esa torre como fondo. ¿Entiendes mi idea?

–Sentémonos un momento –dijo Sam, tomando asiento en el árbol caído.

“Lo que quiero hacer”, dijo John, mirando a su alrededor, “es intentar imaginarme este lugar con una multitud de personas moviéndose de un lado a otro, y casetas y carpas y bandas y todo eso. ¡No puedo imaginarlo! Pero, después de todo, cuando uno cruza un recinto ferial normal, en esta época del año, es imposible verlo tal como es cuando está lleno de gente”.

Se sentó al lado de Sam mientras hablaba y el señor Evans

se sentó también. La posición de los tres hombres cuando estaban sentados era la siguiente: John estaba más cerca de Tor; es decir, al sur de los otros; el señor Evans estaba más cerca de Chalice Hill; es decir, al norte de los otros; mientras que Sam estaba en el medio, frente a ese punto en el horizonte donde la brecha llamada Havyatt rompe la antigua línea de trincheras, levantada para repeler a los daneses.

El señor Evans estaba sentado muy erguido sobre el tronco. Su abrigo negro le colgaba sobre las delgadas rodillas como la sotana de un sacerdote. Su sombrero hongo negro estaba tan calado sobre la frente que parecía el sombrero de un comediante judío en el escenario de un music-hall. Se inclinaba hacia delante apoyándose en un bastón anodino, recogido en cualquier parte, pero inclinaba la cabeza sobre sus manos cruzadas como si fuera un cacique salido de la poesía de Ossian, meditando sobre una fatalidad irrevocable.

Sam llevaba una chaqueta Norfolk muy áspera y gruesa. Sus pantalones cortos estaban manchados, gastados y muy descoloridos; las medias de lana se le estaban cayendo y, al hacerlo, ya no ocultaban sus pesados calzoncillos de lana. Sam llevaba la gorra echada hacia atrás para quitarle la frente y su arrugada fisonomía animal fruncía el ceño en una protesta perpleja y desconcertada ante un mundo que contenía tanto el bien como el mal en un grado que escapaba a su simple espíritu.

En cuanto a John, por consejo de Mary, había comprado un abrigo en Wollop's que era realmente una ganga. No es que este nuevo abrigo arruinara su apariencia de vagabundo, pero lo hacía parecer más un ladrón o un granuja o incluso un tramposo de mirada furtiva de lo que parecía cuando su grisette francesa lo arregló para su aventura inglesa. Los intentos de Mary de darle un aire de caballero sólo le habían dado un aire desaliñado y elegante; un aire que desconcertó mucho a la muchacha y que no podía explicar.

John parecía, en efecto, el tramposo actor que era, calculando las posibilidades de su circo de verano. El abrigo que Mary había elegido para él le colgaba de su esbelta figura como una prenda robada. Era como si un hombre bien vestido, al pasar por una calle, lo hubiera arrojado sobre la viga de madera de un espantapájaros destartado. Estaba sentado de lado, encorvado, hurgando en la tierra con su rama de avellano y mirando primero a uno de sus compañeros y luego al otro. De vez en cuando, sin embargo, miraba furtivamente hacia la Torre de San Miguel en lo alto del Tor, como si fuera una Cuarta Persona en este coloquio, cuyo temperamento, tan incalculable como el de los otros dos, debía ser vigilado para que no causara problemas.

Fue después de una de esas miradas furtivas que de repente estalló: "¿Ves esa cornisa de allí? Allí es donde voy a tener mi crucifixión".

La terrible palabra llegó conmocionada a los oídos de los

otros dos hombres.

“¿Se permitirá?”, preguntó el señor Evans.

–¿Qué quieres decir con «permitir»? –preguntó John.

–El señor Evans se refiere a la policía –dijo Sam– y a la opinión pública. Debes recordar, Crow, que éste es un país protestante. Parece que has olvidado cómo mataron al abad Whiting en esta misma colina.

–En realidad me refería a la gente de Glastonbury –explicó Evans–. Pero es cierto que permitieron que ese rey diabólico matara a su abad aquí.

«Él era galés como tú», dijo John.

El señor Evans los sorprendió por la profundidad del suspiro que dio en ese momento.

“¡Qué suspiro!”, citó John. “El corazón está realmente cargado”.

El señor Evans suspiró nuevamente.

“¿Quién no lo está?” murmuró.

Sam ahora estaba perdido en profundas cavilaciones, mientras miraba el paquete de papel marrón que contenía a San Agustín y que había arrojado al césped cuando comenzó a buscar ese ejemplar de musgo.

Su naturaleza no era la de dejarse llevar por una idea repentina. Los sentimientos que habían estado fomentándose en él últimamente sólo se habían avivado. No habían sido creados por su pasión por Nell. Pero el hecho de que la muchacha hubiera vuelto a la cama de Zoyland había sido un golpe para su orgullo más profundo; y con su nuevo gesto de renuncia total estaba, de alguna manera sutil, recuperando su ilusión de vida amenazada.

En cuanto al señor Evans, una idea de lo más singular acababa de entrar en aquel cráneo romano bajo el sombrero negro de comediante judío: ¿cómo no iba a ser él mismo el que desempeñara el papel del Crucificado en la farsa blasfema de aquel charlatán?

En medio de la agitación de este pensamiento, el señor Evans se quitó el sombrero hongo y, poniéndose de pie, estiró los brazos como si fuera una persona crucificada. El hecho de que una de sus manos sostuviera el sombrero mientras hacía esto no le importó. Se sorprendió por la oleada magnética de emoción que lo atravesó al hacer este gesto repentino.

Sam no se dio cuenta de lo que estaba haciendo. John pensó que tenía un calambre y se estaba estirando.

El señor Evans dejó caer los brazos y se dirigió a John con voz ansiosa.

«Iré a tu terraza, Crow», dijo, «y haré el Crucificado para ti, para que puedas ver cómo queda».

John estaba encantado con esta oferta.

–¡Qué maravilla! –exclamó en tono agudo–. ¡Bravo! ¡Esa es la idea! ¡Qué amable de tu parte, Evans! ¡Qué buena idea!

Sam miraba esta transacción con gran inquietud. Si le resultaba difícil recitar el Credo con la sencillez de su padre, cualquier cosa que sonara a blasfemia le dejaba un mal sabor de boca.

El señor Evans subió la colina hasta llegar a la terraza cubierta de hierba. Esta vez dejó el sombrero y el bastón. También se abrochó bien el abrigo negro. De esta manera se irguió en toda su estatura, echó la cabeza hacia atrás y estiró los brazos.

John saltó sobre sus pies en éxtasis.

–¡Maravilloso! ¡Es maravilloso! –exclamó, y se acercó corriendo al señor Evans.

–En serio, señor –soltó–, tendrá que representar a Cristo en mi representación. ¡Lo hará! ¡Lo hará! No es exactamente el tipo... pero eso no importa en absoluto. ¡Oh, lo hará! ¡Lo hará! Vaya, va a dejar a Oberammergau sin palabras.

El señor Evans cogió su sombrero y su anodino bastón y

avanzó apresuradamente al encuentro de John.

En lo más profundo de su corazón se quedó asombrado e incluso desconcertado por los sentimientos que volvieron a invadirlo al realizar aquel terrible gesto simbólico.

–No me importa –jadeó con voz ronca–. Pero tendrás que hacerlo lo más real posible.

John miró a su amigo a través de sus párpados astutos, entrecerrados y meditativos.

–Lo haremos lo más real posible –dijo, pero estaba demasiado ocupado imaginando esa escena futura como para preocuparse demasiado por lo que le estaba prometiendo al señor Evans.

–Subid los dos a la cima de la colina, ¿queréis? –suplicó ahora.

–¿Puedo dejar este libro aquí? –preguntó Sam, mirando primero a San Agustín y luego al señor Evans.

El galés examinó el paquete que había cerrado con tanto cuidado. Evidentemente, recordaba que valía veinte libras.

“Yo lo llevaré”, dijo. “Puede que vengan niños. Nunca se sabe”. El miedo a los “niños” era una de las peculiaridades del señor Evans. De hecho, todos los niños le producían un miedo terrible.

Pero Sam metió el gran paquete bajo su brazo.

"No es pesado", dijo.

Debían ser aproximadamente treinta minutos después de las doce cuando todos llegaron a la cima del peñasco. Observaron la gran elevación que conducía a la torre hueca y John golpeó con su bastón las tablas con las que estaba cerrada.

–El alcalde Wollop hizo que se hiciera esto –observó furioso–. El viejo pastor encontró a un muchacho y a una muchacha haciendo el amor dentro, y eso fue suficiente para nuestro querido procurador. ¡Debemos cerrarlo con tablones para que el rey no tenga que luchar contra sus enemigos con bastardos!

–Sentémonos un momento –dijo Sam.

Todos le obedecieron, sentándose uno al lado del otro sobre la hierba, con la espalda apoyada contra el flanco occidental de la fría base de color pizarra de la torre. Ante ellos, hacia el oeste, se extendía la verde pradera, entre la cual, a una milla o así de la ciudad, se podía distinguir el ancho pantano de Lake Village e incluso la pequeña choza de Abel Twig; mientras que al suroeste, más allá de los pantanos, se alzaba la cresta azul grisácea de las bajas colinas de Polden.

Todo esto estaba suavemente bañado por el sol enrejado

por las nubes, cubierto por una película de vapor; un sol que, aunque cabalgaba al mediodía, carecía de la potencia necesaria para dominar lo que bañaba con esa luz glamorosa y acuosa.

Allí, bajo la Torre de San Miguel, estaban sentadas estas tres figuras: John, delgado y desaliñado; Sam, corpulento y desteñido por el clima; el señor Evans, con su abrigo negro; todos ateos respecto del Dios Sol dador de vida, y todos expandiéndose ahora, en sus pensamientos, sus sentimientos, sus esperanzas más secretas, debido a la victoria del vapor sobre la luz y de la humedad sobre el calor.

Un paisaje verde y gris, un paisaje en el que se habían borrado todas las líneas duras, era lo que mejor convenía a estos tres seres humanos. Una relajación común, una inercia común, una languidez común se apoderó de ellos mientras estaban sentados allí, contemplando esa escena pastoral.

Y mientras estaban allí sentadas, cada uno pensó en una muchacha en particular. Pensaron en esas tres identidades femeninas con tanta intensidad que, por la preocupación automática de sus sentimientos, las almas de las tres muchachas se sintieron atraídas hacia ellos; ¡tres eidolas³² espectrales!

¡Ah! ¡Qué poco se dan cuenta las criaturas femeninas de la

32 Un eidolon (plural eidola) (en griego «εἶδωλον»); imagen, fantasma, aparición).

raza humana de los largos viajes que se ven obligadas a emprender... qué largos y rápidos viajes... más veloces que la luz... bajo la magia compulsiva de la imaginación de sus hombres!

A los ojos sobrenaturales de aquel sol velado mientras soñaba sus pensamientos planetarios indescriptibles, vagamente hostiles y vagamente amenazantes, una de estas formas femeninas llegó desnuda hasta la cintura: esa era Nell; otra llegó desnuda de los muslos hacia abajo: esa era Mary; y otra llegó vestida como una monja, de la cabeza a los pies de negro: ¡esa era Cordelia!

Juntos, estos tres hombres representaban –en el Remordimiento, en la Renunciación, en la Picardía– todo lo que separa a nuestra raza de la naturaleza. Sus tres inteligencias flotaban allí, en la cima de aquella colina, por encima de sus esqueletos vestidos y agazapados, como pájaros salvajes y dementes que hubieran escapado a toda restricción normal.

Cualquier estudioso de la mitología antigua bien podría haber imaginado que Gwyn–ap–Nud³³, con una hueste de sus elementales, al encontrar estas tres inteligencias

33 Gwyn ap Nudd es una figura de la mitología galesa, el rey de los Tylwyth Teg o "gente hada" y gobernante del otro mundo galés, Annwn, y cuyo nombre significa "Gwyn, hijo de Nudd". Descrito posteriormente como un gran guerrero de "rostro ennegrecido", Gwyn está íntimamente asociado con el otro mundo en la literatura medieval galesa.

separadas (Remordimiento, Renunciación, Picardía) de la vida humana natural, había lanzado sobre ellas su hechizo inmemorial; el más antiguo de los hechizos sobrenaturales contra el cual se había implorado tantas veces en vano la ayuda de San Miguel.

“¡Qué esclavos somos todos de las ideas tradicionales!”, comentó de pronto el señor Evans. “La gente dice que deberíamos admirar siempre la Naturaleza. ¡Dios me ayude! Hay infinitas ocasiones en las que detesto la Naturaleza. Creo que la verdad es que Dios está fuera de la Naturaleza... completamente fuera... es creador de ella... pero a menudo la detesta tanto como yo. A veces siento que la Materia es completamente mala... y que para purificar nuestras mentes debemos destruir su poder... destruir... su poder”.

Repitió estas últimas palabras en su tono más serio; ese tono que John había notado cuando se conocieron; ese tono en el que cada palabra parecía arrancada de él como la raíz que excava profundamente.

La enorme figura de Sam se balanceaba como un arbusto espinoso retorcido bajo un fuerte viento.

—¡Protesto contra lo que acabas de decir, Evans, con todo mi instinto! Esa es la esencia de la Encarnación... esa es la...

Se había excitado tanto que, sin saber lo que hacía, arrancaba grandes puñados de hierba del césped de entre

sus enormes botas de suela gruesa.

–Por eso mataron al Abad –continuó–, porque no permitió que nada se interpusiera entre él y Eso. Es todo el secreto. Es donde los cristianos más comunes pueden refutar a los grandes sabios. La materia debe ser redimida: y sólo Cristo puede redimirla. *Cristo*, digo; no Jesús. *Verbum caro factum est* (El Verbo se hizo carne). Al hacer que la materia sea mala, se deshace todo. Es la Encarnación la que transforma la Naturaleza. Ya se ha hecho una vez. Nada puede revertirla. Algo ha entrado en ella desde fuera; desde ese Exterior del que hablas. ¡Pero ahora está dentro! No puedes deshacerte de ello. La persona más simple tiene un instinto para esto, más sabio que el de los grandes filósofos. Algo ha absorbido la Materia en Sí misma. ¡Dos y dos pueden ahora ser cinco! Es la Cosa Exterior irrumpiendo en nuestro círculo cerrado. Y cada átomo de Materia lo siente. La Materia ya no está separada del Espíritu. Se ha convertido en la carne viva del Espíritu. *Verbum caro factum est!*”

Sam se detuvo. Contempló con sorpresa y confusión las pequeñas plantas que había arrancado en su agitación. Empezó a plantarlas de nuevo en el agujero que había hecho. Las apretó contra el césped del campo. Las apretó con sus fuertes pulgares, mientras su mentón, que se retraía, con todos sus músculos temblorosos, parecía hacerse eco de su discurso, en una muda ondulación de la Materia cuyo abandono había estado defendiendo.

John lo miró con intensa curiosidad, como si hubiera sido el asno de Salaam, repentinamente dotado con el don de la palabra. “Supongo”, dijo John, “¿llamarías misa a esta clase de milagro?” La respuesta de Sam a esto fue un vago gemido.

–Quizás tengas razón –murmuró–. Quizás tengas razón.

–Supongo –le dijo John a Sam– que no querrás venir a nuestra audición de la obra milagrosa. El tipo que yo había elegido para el papel central estará encantado de cedérselo a Evans. ¿Quieres que desvele al muchacho que hace de San Pedro y te ceda ese papel a ti?

Sam se sintió en ese momento como si fuera un niño cuyo juego más secreto y privado, un juego que nunca había revelado a un solo Ciudadano Viviente, se hubiera convertido en el deporte de un dormitorio ruidoso de muchachos que se burlaban de él.

Bajó su rostro pecoso y frunció las comisuras de la boca. Tragó saliva tres veces y luego dijo con una risa forzada y poco natural: –Pagaré la entrada y vendré a ver tu circo, Crow. Pero nada de lo que pudieras darme, ni siquiera toda la fortuna de tu rector de Northwold, me obligaría a participar en él.

–¡Oh, no digas eso, Dekker! ¿Qué te hace decir eso?

–Lo llamaremos... timidez... Crow –dijo Sam lentamente, pero en un tono decidido.

–Bueno, caballeros –dijo el señor Evans, poniéndose de pie–, me temo que debo regresar a mi tienda. Siempre hay posibilidades de que haya visitas después del almuerzo y ya es la una y media.

–Entonces, ¿no almuerzas tú también? –preguntó John–. Estaba a punto de sugerir que almorzáramos todos juntos en esa pequeña casa de té de George Street.

El señor Evans reflexionó. Tenía mucha hambre y no había nada en su despensa excepto medio panecillo y un trocito de mantequilla.

Sam se había sentido tan inquieto esa mañana que le había dicho a su padre que no lo esperara de regreso para la comida del mediodía. Si no hubiera encontrado al señor Evans en su tienda, probablemente se habría ido a dar un largo paseo en solitario, tal vez en dirección a Queen's Sedgemoor o tal vez no.

Se puso de pie lentamente, al igual que John. Los tres estaban ahora de pie bajo la torre de San Miguel, la misma torre contra la que se habían apoyado los verdugos asesinos de los Tudor mientras se preparaban para matar al abad Whiting.

Sam habló con valentía.

–Ustedes dos me han dado tanto en qué pensar... que yo... que yo... tendré que marcharme... para disipar mi emoción.

Me pregunto... –dudó un segundo con la cabeza inclinada y el mentón agitado. Luego sus palabras salieron con un torrente–. Me pregunto si les importaría dejar este libro en la vicaría cuando pasen por allí.

Ni el señor Evans ni John pusieron ningún obstáculo a Sam, que se alejó solo por St. Michael's Hill. Para dejarlos de golpe, cuando le resultaba más fácil hacerlo, descendió del Tor por la ladera oriental. En realidad, había dicho la verdad exacta cuando dijo que quería caminar para desahogarse.

Su mirada recorrió el paisaje mientras descendía hacia el valle. Echó un vistazo a Pennard Hill y Folly Wood y a los campos y setos que rodeaban Stony Stratton. Echó un vistazo a las bajas colinas cercanas a Chesterblade y pensó: «Ésa es la fuente del Alham; y donde el Alham desemboca en el Brue está a sólo una milla al sur de Hornblotton».

Así, el pequeño río Alham se vio obligado a ser el portador del recuerdo de un amante, pues fue en Hornblotton donde Sam había ido a caballo con Nell cuando, en ese circo, tan fatalmente recordado por Penny Pitches, la había llevado a dar una vuelta.

Cuando llegó al valle, atravesó el campo sin prestar atención a los senderos ni a los caminos. Su instinto para la geografía era sólo superado por el de su padre, y le resultó fácil, siguiendo los prados que se extendían más allá del embalse de la ciudad, entre Norwood Farm y Havyatt, llegar

al pueblo de West Pennard sin tocar ningún camino. Allí giró hacia el norte y, atravesando cada seto y zanja con la misma rectitud animal, avanzó por Hearty Moor, atravesó las vías del ferrocarril de Burnham y Evercreech, hasta que llegó al puente Whitelake sobre el río Whitelake.

Llegó a ese punto cuando el reloj que llevaba en el bolsillo marcaba las tres y diecisiete minutos. No tenía ni idea de qué hora era. En realidad, no le dio importancia al asunto. Sus pensamientos se sucedían como caballos en una rueda de andar. Cualquiera que leyera sus pensamientos y contemplara el movimiento de las manecillas de su reloj en el bolsillo podría haberse sentido tentado a tener una visión extremadamente determinista de la vida. El resorte principal estaba hecho de metal, y el otro del aguijón brutal del deseo; pero en ambos casos se producía la misma revolución monótona en torno a cifras de demarcación predeterminadas.

La pantalla vaporosa que ocultaba el sol se había vuelto más espesa desde el mediodía. La superficie del pequeño río reflejaba ahora lo que parecía ser un cielo muy nublado y los sauces y los alisos no se reflejaban allí en absoluto. Contemplando el agua, trató de recordar cada eslabón de la cadena que lo había arrastrado hasta ese lugar. Meditó sobre la curiosa diferencia que existe, cuando se considera la vida de un río, entre los contornos de los reflejos en su corriente y los contornos de las sombras.

Se sentó en el tronco de un sauce y miró fijamente el río, como si éste albergara un secreto que debía ser revelado a toda costa. ¿En qué momento, desde que se encontraba al lado del señor Evans en aquel extraño sótano de la tienda del viejo Jones, se había apoderado de él la determinación de salir de allí? ¿Fue cuando estaba mirando aquel sorprendente volumen... podía imaginar ahora su sucia y blanquecina encuadernación moderna... que colgaba sobre el hueco que había dejado en el estante la extracción de San Agustín? ¿Fue cuando estaba buscando aquel musgo de “traza de hadas” junto al tronco en el que se habían sentado los tres? ¿Fue en el mismo momento en que tuvo aquella repentina inspiración sobre el secreto del cristianismo y la redención de la materia?

El tronco de sauce en el que estaba sentado tenía un brote vivo, y de ese brote había brotado un pequeño grupo de brotes de color verde esmeralda. Esos brotes se convirtieron en una parte de lo que estaba sintiendo y pensando.

Una conclusión se había formulado en su mente, lentamente, durante la ascensión al Tor: la conclusión de que no era necesario preocuparse de una manera u otra por el credo de su padre, ya que la esencia del asunto residía en la conducta de la vida más que en cualquier doctrina intelectual.

–Dijo que tenías aspecto de santo. ¡Qué comentario tan gracioso el de Red Robinson y qué difícil era asociarlo con

alguna impresión que le hubiera causado Crummie Geard! Bien, el aspecto de un santo o el de un sátiro, ¡ahora sabía lo que no podía evitar! Para bien o para mal, tenía que ver a Nell Zoyland ese día.

Se levantó del tocón de sauce, cruzó el puente y comenzó a caminar hacia el oeste, a lo largo de la orilla opuesta, que, en esa parte del curso del río, parecía un camino de sirga natural.

Cuando John y su compañero galés salieron de su salón de té en George Street, se encontraron con Tom Barter. John había aprovechado la oportunidad para llevar más lejos su repentina inspiración de utilizar a “mi buen amigo Evans” como figura central de su profana representación de la Pasión. La idea de esto apeló a una vena de pura maldad en su naturaleza impulsiva. Cuanto menos aparecía algo parecido a Cristo en la degenerada fisonomía romana de su aliado celta, más complacido y más divertido se sentía este descarado de picardía en él.

Habiendo aceptado el descabellado plan en su “segunda manera”, el galés parecía ahora dispuesto a arrojar sobre la idea todo el peso pesado y pedante de su “primera manera”; y cuanto más hablaba de ello con John, más posibilidades dramáticas parecía tener el plan para la viva imaginación de John.

Pero el señor Evans se fue a su tienda y los dos viejos

amigos de los lejanos días de Northwold se quedaron juntos en aquella soñolienta calle de Glastonbury. Mientras se dirigía al lado de su amigo hacia la oficina de la fábrica de Philip, John recordó cuán llena de la personalidad de aquel hombre había estado cada tramo brillante y ondulante de aquel «gran río». Recordó cómo había pensado en Tom cuando estaba con Mary junto al estanque del molino contemplando aquellas grandes truchas salmonadas. Recordó cómo había recordado, sin darse cuenta de la verdadera importancia de ello, sus viciosos juegos aquella calurosa tarde de domingo en el fondo del barco. Ambos habían sido viciosos con toda la clase de sensualidad de East Anglia; y John se sorprendió de sí mismo, al mirar furtivamente el perfil impasible de Tom, al descubrir qué intenso estremecimiento le producía aún, qué sensación deliciosa y voluptuosa, el sentirse débil y blando, donde Tom era fuerte y duro.

Su camino los llevó (John sabía que debía regresar a su oficina, pero no podía separarse de su amigo) a algunos de los peores barrios bajos de Glastonbury. Eran barrios bajos muy pequeños comparados con los de cualquier gran ciudad, pero tal como eran no eran un espectáculo agradable. Allí, en esos callejones, vivían los fracasados en la lucha despiadada de la vida. En ese momento, muchas de las personas que vivían en esas casas eran hombres y mujeres que habrían encontrado empleo si las fábricas de Philip Crow hubieran estado trabajando a tiempo completo.

La vista de los dos hombres ociosos, ambos absolutamente seguros de dos comidas placenteras ese día, y de buenas sábanas limpias y un dormitorio tranquilo para dormir, cuando ese día terminara, paseando, no mejoró la paz mental de los habitantes de "harapos con bucles y ventanas" que tuvieron la oportunidad de verlos pasar.

Apenas habían pasado de ese sector cuando los llamaron desde atrás y, al darse la vuelta, encontraron a Dave Spear corriendo tras ellos. Las mejillas de Dave estaban menos sonrosadas que de costumbre y había un brillo peligroso en sus ojos.

–¿Os importa si camino con vosotros un paso o dos? –dijo, jadeando un poco, como un perro que ha sido sobrecargado.

–Siempre me alegro de verte, Spear –dijo John–. Conoces al señor Barter, por supuesto.

–Perdona que te moleste, Crow –dijo Dave, después de saludar con un gesto grave a Tom Barter y de seguir adelante juntos– es que acabo de leer algunas de tus circulares. Son muy buenas, hombre. ¡Son de primera, déjame decírtelo! Y, como comunista, soy un experto en el arte de la propaganda.

"Me alegro de que te gusten", dijo John, muy complacido por este elogio inesperado de un experto con tanta experiencia.

–Pero lo que quiero que hagas, lo que queremos que hagas

–no le quedó claro a John si ese «nosotros» se refería a Perséfone o a la sede de Bristol– es que menciones en tus circulares que, además de sus otros intereses, tu ciudad va a intentar el experimento de poner en marcha una fábrica municipal. Podrías mencionarlo como un experimento importante en la vida económica de la ciudad y sugerir que los visitantes vengan a verlo.

Los ojos de John brillaron con malicioso deleite al oír estas palabras.

–¡Por supuesto, por supuesto, por supuesto! –gritó con entusiasmo–. Haré que lo que usted dice quede impreso en mi nuevo juego de octavillas que voy a enviar la semana que viene.

–Sería una cosa filistea, señor Spear –intervino Tom Barter en un tono despreocupado y arrogante–, si le preguntara ¿dónde estará esa fábrica municipal de ustedes?”

"La tendremos en condiciones de funcionar cuando los visitantes del señor Geard estén aquí. Entonces sabrá dónde estará, señor Barter".

John pareció un poco triste ante este comentario.

“En un principio pensamos en el 1 de junio”, dijo, “pero decidimos que sería mejor tener más tiempo para prepararnos. Estoy a favor... por razones personales... del día de San Juan”.

Llegaron a la vista de la fábrica donde estaba la oficina de Barter. Había una puerta de madera que conducía a un estrecho callejón entre altos muros, que era el acceso a los trabajadores que habitualmente empleaba este gerente de Norfolk de una fábrica de Somerset.

Los demás se inclinaron un momento con él sobre la puerta por cortesía, pues no quería que se acercaran más. Junto a la puerta había una casa muy miserable, una casa vieja, construida probablemente durante las guerras de las Dos Rosas³⁴, pues sus vigas de piedra y dinteles aún conservaban frondosos frentes góticos, y sus paredes desmoronadas eran gruesas como las de un castillo. Pero sus vigas estaban podridas, su techo de paja estaba destartado y lleno de agujeros, sus cristales rotos estaban tapados con trapos, y faltaban tantos ladrillos en la parte superior de su chimenea que un lado interior, cubierto de hollín negro, estaba expuesto al aire.

Del interior de esta casa emergía, a intervalos regulares, un gemido bajo, un sonido que tenía algo de peculiarmente desconcertante.

34 La guerra de las Dos Rosas fue una guerra civil que enfrentó intermitentemente a los miembros y partidarios de la Casa de Lancaster contra los de la Casa de York entre 1455 y 1487. Ambas familias pretendían el trono de Inglaterra, por origen común en la Casa de Plantagenet, como descendientes del rey Eduardo III. El nombre «guerra de las dos Rosas» o «guerra de las Rosas», en alusión a los emblemas de ambas casas, la rosa blanca de York y la roja de Lancaster, fue producto del Romanticismo.

–¿Escuchas eso? –dijo Barter con voz monótona y sin tono.

“¿Pasa algo malo?”, dijo John.

–No, no... todo está en orden –dijo Dave Spear–. Oí ese ruido la otra noche, señor Barter, cuando fui a visitar a la gente de aquí. Todo está en orden. No están torturando a nadie. ¡No! No pasa nada. Es sólo una anciana que no puede permitirse ningún consuelo, que se está muriendo de cáncer. Incluso puedo decirles, caballeros, su nombre. Se llama Tittie Petherton. No es del todo infeliz, a pesar de ese sonido; porque su único temor es morir en el hospital. Ahora estaría en el hospital si el vicario no pagara a alguien para que la cuidara. Yo he estado allí. La he visto. Y aunque no puede evitar hacer ese ruido, su mente está razonablemente satisfecha. No tiene miedo a la muerte. Todo lo que teme es el hospital. Nuestro buen primo Philip la habría enviado allí también, si el vicario no hubiera venido a rescatarla. Oh, no, caballeros, todo está en orden.

–¿No estás exagerando un poco un caso tan triste, Spear?
–dijo Barter.

Dave Spear agarró la puerta con ambas manos y comenzó a sacudirla.

Este acto atrajo toda la atención de John, que siempre tomaba nota de esas manifestaciones de sentimientos repentinos.

–Además, mi buen señor –prosiguió Barter–, su Estado comunista no evitaría que la gente contrajera cáncer.

Entonces sucedió algo curioso... o al menos para la insaciable atención nerviosa de John era curioso... porque era como si aquel hombrecillo bajo, robusto y de hombros anchos, sin abrigo y con un impecable traje de sarga azul marino, hablara con una voz que parecía la de un terrible profeta. John, por su parte, nunca olvidó aquel momento. Estaba de pie junto a su amigo Barter. Incluso tenía el brazo sobre el hombro de Barter y el olor del abrigo de cuero de Barter le llegaba a la nariz. Pero lo que no apartaba la vista de su mirada mientras permanecía así era una ménsula rota que en su día debía de haber sostenido algún tipo de fuste de piedra, perteneciente quizá a un arco desaparecido entre aquella casa en ruinas y otra casa. Ese fragmento de piedra desfigurado empezó a parecerse, mientras John lo miraba, a un rostro cuyos ojos estaban al final de su hocico.

“Tal vez alguna vez fue un rostro”, pensó, “un rostro de gárgola, tallado deliberadamente por algún obrero loco en aquellos viejos tiempos para tranquilizar su mente de alguna cosa espantosa”.

Cada vez que el gemido volvía a oírse desde el interior de la casa, una mano invisible sobre su mejilla temblorosa parecía girar su rostro hacia el hocico petrificado, dotado de ojos.

–Vamos, Spear, ¡eso sí que es ir demasiado lejos! –eran las palabras que, como un aburrido texto sagrado sin sentido, se extendían sobre la mesa, por así decirlo, de la práctica boca de Tom Barter. Pero no pudo pronunciarlas en un tono convincente.

–¡Vamos, Spear! –empezó de nuevo. Y luego soltó–: ¡Estás yendo un poco demasiado lejos! Y entonces se oyó su voz en una especie de aparte: –Vamos, Spear, eso sí que es...

«El placer que obtenemos del caos», decía Spear, «no es nada comparado con el placer que obtenemos al reducir el caos al orden. La vida nunca será realmente podada, recortada y arreglada, hagamos lo que hagamos con ella; siempre se nos desbordará y se nos escapará. El Estado comunista es la única manera que se ha encontrado para usar *la fuerza* del lado de los débiles. Todo el sistema de la vida humana depende de dos cosas: del trabajo y del dolor. El comunismo toma nuestro poder de trabajo y nuestro poder de soportar el dolor y los pone, como los caballos inmortales de Aquiles, en los arneses del Estado. La política es intolerable para todas las personas sensibles. Pero ¿por qué lo es? ¡Porque no toca la esencia real, el nervio real, los ganglios reales de la situación! La situación no es política. Es económica. No es la falta de un Napoleón. Es la falta de una máquina mundial, dirigida por una fuerza impersonal, en nombre de los débiles. Cuando digo “débil”, me refiero a los pobres y a los hijos de los pobres. El dinero es fuerza, poder, comodidad, ocio, pensamiento, filosofía, arte, salud,

libertad, fe, esperanza, paz, descanso. El dinero es sueño. El dinero es amor. El dinero es alivio del dolor. Aquellos que niegan esto son inferiores a los hombres o superiores a los hombres. Son granujas o locos. Son mentirosos o locos. Son tontos o locos. El dinero es la sangre de la vida. La vida se crea a partir del trabajo y el dolor. La vida se defiende por la fuerza. El Estado comunista es la *fuerza organizada* de la humanidad. La evolución ha estado a tientas, tambaleándose, a través de la sangre, a través de las lágrimas, a través de la tortura, en esta organización de la fuerza humana para fines humanos. La evolución ha creado el dinero y ha creado el Estado comunista para monopolizar el dinero. El dinero, el motor de la vida, es un motor de muerte cuando está en manos de individuos. ¡Póngalo en manos del Estado comunista y, cualesquiera que sean los errores que se cometan, toda la situación se transforma! El individuo no tiene más derecho a poseer dinero que a poseer tierra, aire, agua, fuego. Todos somos una manada de monos parlanchines en un manicomio de supersticiones heredadas; y la más loca y perversa de todas estas supersticiones es la idea de que los particulares tienen derecho a ser ricos. *Nadie* tiene derecho a ser rico. Ser rico es un crimen. Es una perversión, una obscenidad, una monstruosidad. Es una ofensa contra la naturaleza, contra la inteligencia, contra el buen gusto. Ser rico es ser un leproso moral. Ser rico es estar del lado de Cáncer”.

–¡Un poco demasiado lejos, Spear! –dijo la voz de Barter,

como el sonido de una canaleta goteando sobre un techo de hojalata.

“Ojalá Mary hubiera oído eso”, pensó John; y se encontró quitando el brazo del hombro de su amigo y sintiendo cierta náusea por el olor de la chaqueta de cuero.

Sus nervios estaban tan a flor de piel en ese momento que, cuando Barter abrió silenciosamente la puerta y entró, estalló como si hubieran estado solos:

–No olvides, Tom, que si te cansas de Philip, Geard estará encantado de darte un puesto. ¡Solo tienes que decirlo! ¡Solo tienes que decirlo, Tom!

X. GEARD DE GLASTONBURY

El crepúsculo de aquel día se había convertido en oscuridad antes de que Tom Barter regresara a su alojamiento en High Street para lavarse las manos antes de salir a cenar. Tom rara vez tenía la oportunidad de disfrutar de un té. Su distracción diurna era la cena de mediodía en Casa de los peregrinos, que saboreaba con el apetito de un cazador de zorros. Las camareras del lugar, con todas las cuales, especialmente con una muchacha llamada Clarissa Smith, tenía un entendimiento personal y completo, rivalizaban entre sí a la hora de complacer sus gustos. El gusto de Tom era por las carnes recién hechas y los postres sustanciosos. Cualquier enagua que revoloteara alrededor de estas viandas sólidas era salsa suficiente para él; y cuando sopló la espuma de la parte superior de su frasco de peltre de cerveza marrón Taunton y siguió con los ojos a estas rollizas asistentes, que entraban y salían de la vieja puerta

batiente de bayeta roja hacia la cocina, una enorme satisfacción sensual, digna de cualquiera de esos altos vikingos que encallaban en Wick, llenó las venas de este hombre bajo y de hombros anchos.

Tom no era un aventurero como su amigo y vagabundo John. No era un espadachín despreocupado como el bastardo de su señor. Habría sido un sargento mayor de primera clase en un regimiento, un contramaestre de primera clase en un barco. Algo... cierto orgullo, cierta ligereza, cierta magnanimidad caballerosa... le habían sido arrebatados para siempre por aquellos matones de la Casa Gladman en Greylands. Habían encontrado a Tom Barter un caballero franco y lo habían dejado como un canalla. Sólo con John, cuya amistad se remontaba a aquellos días de Greylands, este hombre reservado se dejaba llevar; ¡sólo con John y con cualquier enagua de las clases inferiores!

¡Cuántas veces se había quedado mirando el fondo de su olla de peltre, donde un poco de líquido marrón formaba un foso de hadas alrededor de las burbujas de espuma blanca! «No tengo a nadie en el mundo que se preocupe de verdad por mí -pensaba entonces-, excepto John, y él no es nadie en quien confiar», y entonces suspiraba, se metía el dedo y el pulgar en el bolsillo del chaleco, donde guardaba la plata, y colocaba seis peniques junto al plato.

Cuando entró en su desvencijada habitación en lo alto de una talabartería, vertió el agua de la jarra blanca y escogió el

jabón fino de Pear, que había estado usando durante quince días, en lugar del nuevo y grande jabón cuadrado de bordes tan duros que su casera había puesto allí esa mañana, se dio cuenta de que realmente estaba llevando una vida bastante desolada. «Pero si puedo conseguir que Tossie Stickles se desvista para mí en algún lugar, o incluso que me deje jugar con ella en uno de esos Spinneys más allá de Bushey Combe, ¡compensaré mucho! Es cierto que si estuviera casado y tuviera una bonita chimenea y mis libros y un jardín, ya no podría disfrutar con estas chicas. ¡Y son tan dulces e inexigentes! ¡Oh, son tan diferentes de esas perras remilgadas que se creen damas!»

Bajó corriendo las escaleras y salió a la calle. El resto de las horas a partir de ese momento, hasta que se quedó dormido en su fría habitación encima de la talabartería, parecían invariablemente inferiores a la media de la experiencia humana normal. El día no se volvió realmente miserable, pero estaba lejos de adquirir brillo o lustre a medida que se desvanecía. Era simplemente un día que se acababa, sin más interés, sin más importancia, que una hoguera de tallos de col sobre la que alguien ha arrojado un cubo de agua.

El moretón de su naturaleza nunca le dolía, salvo cuando se enfrentaba a un hombre o a una mujer de su misma clase. Era ese moretón el que Mary, sin darse cuenta, debía haber golpeado una y otra vez. Fue por ese moretón que nunca, durante todo el curso de su amistad platónica, se había atrevido a intentar hacerle el amor a Mary o siquiera a

besarla. «¿Quieres casarte conmigo?», había soltado un día, en la ladera de Tor Hill, y Mary –reaccionando a su esclavitud mórbida hacia la señorita Drew– había murmurado un reticente «¡Sí, si tú quieres, Tom!».

Una vez en la calle, Barter se dirigió, como de costumbre, no a la alegre tetería de George Street, donde habían almorzado John y Evans, ni a la que regenta la madre de Sally en High Street, sino a un pequeño restaurante llamado Abbey Café, donde una camarera que se llamaba Joan le trajo un plato de pescado y patatas fritas.

Esta camarera, que trabajaba demasiado, se parecía a la Joan de la canción «While greasy Joan doth keel the pot» (Mientras la grasienta Joan revuelve la olla), y ningún otro hombre culto de Somersetshire habría flirteado con ella como lo hizo Barter. Pero no le produjo más que un pobre placer; de hecho, noche tras noche se tragaba su cena mal elegida y respondía a la moza con malhumorados monosílabos mientras se quedaba una y otra vez; simplemente postergando el momento en que tenía que enfrentarse a la visión de su cama fría, su baúl de viaje en el suelo y la imagen de Tel-El-Kebir³⁵ sobre su chimenea apagada. Esta noche, gracias a su extraordinario poder de simpatía hacia el aspecto económico de la vida de una

35 ¡Tel el-Kebir fue una batalla luchada el 13 de septiembre de 1882 entre las tropas inglesas, a las órdenes del general Garnet Wolseley y las egipcias de Ahmed Urabi.

camarera, logró posponer el momento de levantarse de aquel duro asiento ante aquel mantel sucio hasta casi las nueve.

De nuevo en la calle iluminada, lo invadió un repentino sentimiento de repugnancia por aquel miserable dormitorio suyo y algo así como un espasmo de amargo desagrado por toda su vida en Glastonbury.

«Iré a ver a Mary», pensó. Y luego pensó: «¿De qué sirve?». Pero cuando llegó frente a las ventanas oscurecidas de la talabartería y oyó, a través de la puerta lateral abierta, el sonido de la voz de su casera regañando a su marido, sus pies comenzaron a llevarlo automáticamente a la Casa de la Abadía.

Cuando Lily Rogers abrió la puerta y vio quien era, le sonrió con más agrado que a cualquier otro visitante inesperado a esa hora tan tardía. Barter había sido durante mucho tiempo el favorito de todos los caballeros de Glastonbury entre los sirvientes de la señorita Drew, así como también era una gran persona grata para la propia señorita Drew.

–Tenemos visitas en el salón –dijo Lily–. El señor Dekker ha traído a ese hombre, Geard, para que vea a la señorita Drew. Ella nunca lo habría visto si el vicario no le hubiera dicho que era su deber. ¡Ahora están todos allí! ¿Preferiría que llame a la señorita Crow y lleve la lámpara al comedor?

Barter asintió, pero no parecía tener prisa en despedir a Lily, quien, en la tenue luz del pasillo y con su vestido negro y delantal blanco, parecía una dulce imagen de seguridad doméstica.

“¿Cómo está Louie?”, preguntó. “¿Has estado en The Elms últimamente?” –¿Has tenido un buen día hoy? –preguntó. –¿Un día tendré que llevarte en el avión? –dijo. –¿Louie se asustaría?

Fue con una mancha rosada en cada una de sus suaves mejillas que la muchacha finalmente escapó y con la mayor discreción condujo a Tom al comedor, encendió las velas y cerró la puerta suavemente tras ellas. Una vez de regreso en la cocina con Louie, estalló:

–¡Es ese apuesto señor Barter, declaro, con quien la señorita Mary debería casarse! ¿De qué sirve que ella ande en compañía y se comporte con delicadeza con un tipo tan raro como ese señor Crow? El señor Barter es un verdadero caballero. Ella está con él ahora... ¡No hagas tanto ruido, Lou! Tal vez si dejaras de dar tumbos con esos zapatos chirriantes podríamos oírlos hablar ahí dentro.

Las hermanas Rogers avanzaron hacia el pasillo y se quedaron escuchando. No de otra manera un par de palomas blancas, posadas sobre un tejado, habrían estado observando cómo la ventana de su joven dama se cerraba detrás de un galán aventurero. Lily, en su apreciación del

astuto Barter, había olvidado ir a buscar la lámpara a la que se había referido, de modo que no fue a la luz más brillante que la de dos altas velas de plata colocadas entre varios jarrones de narcisos que las dos nativas de Norfolk intercambiaron sus confidencias junto al fuego moribundo. Barter estaba sentado en el sillón de cuero descolorido del padre de la señorita Drew, mientras que Mary estaba agachada sobre la alfombra a sus pies.

La muchacha estaba más triste que de costumbre esa noche. Extendió sus fuertes manos sobre las brasas apagadas y levantó la barbilla hacia la figura del hombre en el sillón.

El resplandor parpadeante irradiaba su cabello oscuro, tocaba las tristes ojeras bajo sus ojos grises, caía sobre sus labios entreabiertos y hacía brillar sus dientes blancos.

“No, ya no es tan bonita como antes”, pensó Barter y por su mente pasó una comparación descarada entre cómo sería tener a Mary “entre él y la pared” y Lily Rogers.

«¡Dios mío!», pensó. «Pero supongo que Lily sería como un tallo de flor frío, mientras que esta chica...»

"He llegado a pensar que soy uno de los mayores tontos de la ciudad", comentó.

“¿Por qué, Tom?”, murmuró cansadamente.

–¡Fue una tontería no apresurarte, Mary, y casarte antes de que apareciera el viejo John! Hubieras tenido a tu amigo Tom, ¿no es así, hermosa criatura?

“¿Qué te pasa, Tom?”, preguntó de repente. Él la miró fijamente.

–Nada –dijo–. ¿De qué estás hablando? No me pasa nada.

–A veces, cuando pienso en tu vida –dijo–, entre la oficina y esa horrible habitación tuya, me cuesta soportarlo. –Lo dijo con gravedad e intensidad, mirándolo a la cara; y cada sílaba era verdad, porque ese hombre se había convertido en un hermano y más que un hermano para ella; y sin embargo, cuando lo miraba ahora, con ese familiar traje gris de oficina, incluso con una corbata violeta que había elegido para él en Wollop's, cuando John no era más que un nombre, en su corazón habría deseado no haberlo visto nunca, no haber sabido nunca que había en el mundo una persona como Tom Barter. Era una sensación extraña mirarlo ahora, sentado allí tan tranquilo y natural en el sillón de cuero del viejo señor Drew, y decirse a sí misma: «¡Éste es el hombre que no pudo casarse conmigo!».

Había sido, desde el principio, una aparición fatal en su vida. Sí, era un némesis inconsciente, aunque sus relaciones habían sido muy inocentes.

Recordó una ocasión en Thorpe, cerca de Norwich, cuando,

sentada con su madre junto al río viendo pasar una barcaza, la mujer mayor le había dicho de repente: «Eres una persona profunda, Mary. Tu peligro no vendrá de pequeñas ondulaciones en la marea de tu vida. Vendrá de cosas grandes que se abatan como esa barcaza».

Este hombre que estaba sentado allí frente a ella ahora era igual que aquella barcaza en su río natal, que su madre había notado, avanzando con tanta fuerza y masivamente con la marea.

–No sirve de nada ocultárselo el uno al otro, Tom –empezó a decir–. Es mejor que seamos sinceros entre nosotros, los viejos amigos. Ninguno de los dos es feliz en su vida. Estás harto de tener que encargarte de los negocios de Philip y de pilotar su avión. Anhelas estar solo, poder hablarle a Philip y sus asuntos y ser tu propio amo. A mí me aburre la señorita Drew y todo lo que hay en esta casa. A veces pienso en dejar a John y a todos los demás aquí y buscarme un sitio en otro lugar. Glastonbury no me conviene más que a ti, aunque confieso que estas ruinas me han llegado a gustar un *poco* más que al principio. ¿Recuerdas cuánto lo odiábamos todo, Tom?

Sus ojos brillaban de una manera tan extraña ahora cuando lo miró, que a Barter se le ocurrió la loca idea de que si la presionaba, ella incluso podría, por resentimiento por el descuido de John, arrojarlo al suelo y dejarse llevar por él, tal vez de regreso a Norfolk, si se atrevía a arriesgarse.

–No –continuó–, no, viejo amigo. ¡Tú y yo nos sentimos muy desgraciados en esta hermosa primavera! Vamos, confiésame, Tom. ¿No fue porque te sentías solo que viniste a verme esta noche? Yo también me siento sola, para decirte la verdad, y me hace bien ver tu rostro sólido y viejo de Norfolk en este extraño lugar. ¡Qué no daríamos, Tom, tú y yo, por un soplo de verdadero viento del este, que viniera fuerte y salado desde el Mar del Norte?

Su rostro tenía en ese momento algo parecido al rostro de un colegial reticente que quiere llorar pero le da vergüenza llorar, que, movida por un impulso que la sorprendió, se puso de pie y, acercándose a él, se sentó en el brazo de su sillón de cuero, colocó la mano suavemente sobre su hombro para equilibrarse y le sonrió tristemente.

–¡Un soplo de la Costa Este es lo que el hielo necesita, Tom, viejo amigo! ¿No tengo razón? Esta tierra santa con sus cientos de santos y sus decenas de reyes a veces nos resulta un poco enfermiza, ¿no? Ese archiconjurador Geard tiene tanto control sobre John que no parece sentir la opresión, ¿verdad? Tiene a John tan embrujado como a nuestro abuelo. Está ahí ahora... Lily te lo dijo, supongo. Incluso la señorita Drew lo trata con... con... Pero yo...

No me gusta. Hay algo en él que me hace sentir escalofríos y algo raro, como si fuera un gran sapo. Pobre viejo Tom. Este no es un mundo muy agradable, ¿verdad?

Entonces hizo algo que la sorprendió tanto a ella como al objeto de su gesto: tocó suavemente la frente del hombre con las puntas de sus dedos firmes, apartándole el pelo hirsuto. Él hizo una especie de movimiento torpe para tomar posesión de esa mano amiga, pero la muchacha se deslizó rápidamente del brazo de su silla y se acercó a la repisa de la chimenea, donde apoyó el codo.

–John te quiere más de lo que jamás me querrá a mí, incluso si estuviéramos casados –dijo con gravedad.

Barter pensó que nunca había visto unos ojos grises tan grandes, oscuros y atractivos como los de ella ahora.

«Está intentando burlarse de mí, para reconciliarse con él», pensó; y la idea de que toda esa amabilidad en su tono era sólo para engatusarlo, hizo que algo se le volviera áspero como un ladrillo de turba debajo de las costillas.

–¿De qué diablos estás hablando, Mary? –dijo malhumorado, frotándose la cara con ambas manos como lo haría un niño enojado, independiente y orgulloso, que hubiera sido besado por una mujer que estuviera tentada de jugar a ser su madre.

–No eres tan tonto –dijo– como para no saber que él está desesperadamente enamorado de ti.

–Oh, el viejo John está bien –murmuró torpemente, pensando para sus adentros–. Ésta es la peor de esas

mujeres inteligentes. Siempre están sondeando a la gente con lo que llaman preguntas psicológicas. ¡Nunca volveré a verla! Mañana por la noche llevaré a Tossie Stickles a Bushey Combe.

¡Es inútil! Debería haber sabido que no tenía sentido venir a verla. Ella sólo quiere jugar conmigo para llegar a John... John estará indefenso en sus manos si consigue atraparlo.

Su siguiente pregunta le hizo enderezar la espalda en el sillón de cuero y fruncir el ceño hasta que formó una línea continua a lo largo de su frente.

–¿Qué te hizo pensar que me querías lo suficiente como para querer casarte conmigo, Tom?

Miró primero a la derecha de sus ojos oscuros y brillantes y sus mejillas blancas y luego a la izquierda.

Su expresión en ese momento se parecía tanto a la de un gran perro de Terranova, al que ella había molestado con su mirada, que le sonrió con renovada dulzura.

–Eres un encanto, Tom. ¿Lo sabes? –dijo ella, apartando el codo de la repisa de la chimenea–. Me gustas mucho más de lo que yo te he gustado a ti. Podría haberte hecho feliz, Tom, si me hubiera casado contigo.

–Y sin embargo, querida mía, te veo muerta en tu ataúd... si pudiera arrancarte... lo que sea que... –su pesado labio

inferior comenzó a temblar un poco— lo que sea que a John le guste de ti mucho más que...

Ella se mordió el labio y, levantando la cabeza hacia atrás, estiró los brazos y apretó las manos.

—Oh, querido, es un negocio, ¿no es así, viejo Tom? Este asunto de estar vivo.

Dejó caer los brazos a los costados con un suspiro que le recorrió todo el cuerpo. Tom Barter se puso de pie lentamente. Ahora sentía que la había ofendido con sus vulgares sospechas. Después de todo, ella le estaba revelando su corazón. Era una chica buena y honesta de Norfolk. Tal vez lo que decía era verdad. Tal vez ella *podría* haberlo hecho feliz.

Él se acercó a ella y ella pudo ver por sus ojos que la iba a tocar.

—¡No, no! —murmuró—. Tú y yo somos demasiado viejos para eso, Tom. ¡Escucha, querido! ¿Por qué no haces lo que John siempre me dice? ¿Por qué no dejas a Philip y trabajas un tiempo con John? Ese hombre te quiere, tú sabes que te quiere. ¡Se volvería loco por tenerte con él!

Se miraron el uno al otro con una mirada larga y perpleja después de que estas palabras salieran de sus labios. Ambos, con un movimiento inconsciente, miraron hacia la puerta. Mary no tenía la menor idea de que iba a sugerir lo que

acababa de sugerir. Era como si la presencia del señor Geard bajo el mismo techo la hubiera confundido.

–¡No! Por supuesto que no puedes dejar a Philip –dijo apresuradamente–. Es tu trabajo, lo sé... y también está tu avión. No puedo recordar qué me hizo decir eso en este momento. Era sólo... era...

Sólo... Oh, siento que tanto tú como yo, Tom, queremos que algo cambie... que algo se destruya en nuestras vidas; para que podamos empezar de nuevo. ¿No es cierto? Pero no necesitas hablar. ¡Sé muy bien que es verdad!

Se miraron entonces con otra de sus miradas largas, pesadas, perplejas, inflexibles, típicas de East Anglia, esas miradas paganas, hoscas, llenas de la obstinación de los álamos enraizados en la nieve.

Cada uno necesitaba algo del otro, algo que, en todo el mundo, sólo ese otro podía dar, pero entre ellos parecía surgir, emanando como un monstruoso vástago de sus estériles abrazos psíquicos, un enorme y oscuro obstáculo que no debía ser superado.

Mary había salido de aquella habitación, donde la presencia del señor Geard le resultaba tan odiosa y donde toda la atmósfera apestaba a esas morbosidades de Glastonbury; había salido con un afán temerario de esperanza desesperada de obtener alguna ayuda de Tom.

Él había regresado de su miserable vigilia en aquel café, corriendo desesperadamente y dando un salto a ciegas, como un prisionero frenético que intenta atrapar una oportunidad entre mil, para conseguir no sabía qué de aquella muchacha de Norfolk. Pero su mutua zambullida terminaba allí... ambos lo sabían... terminó allí con aquella mirada larga, hosca, desamparada... terminó allí con la misma frustración desconcertada con la que siempre había terminado su amistad, cuando intentaba liberarse de los límites que les imponía la fatalidad de sus propios caracteres.

–¿Puedo salir de aquí? –dijo, cuando sus ojos captaron la gran plomada vacía que había dejado caer desde las profundidades inexpresivas de sus ojos–. ¿Salir de este lugar sin encontrarme con nadie?

Ella dio un rápido suspiro, como si sus palabras la hubieran despertado de un trance oscuramente desconcertante a una realidad que era trabajo y lucha.

–Por supuesto, Tom –dijo–. ¡Ven por aquí! Te dejaré salir por la parte de atrás.

Ella apagó las dos velas de la mesa y, con las fosas nasales llenas del amargo sabor del gas carbónico, lo condujo hasta la puerta. Hubo un momento, cuando ella tocó el picaporte a la luz del fuego que se apagaba, en que él sintió un deseo... no sensual ni apasionado, sino simplemente triste y

hambriento de amor... de estrechar su conocida figura entre sus brazos. Pero no se atrevió.

El momento pereció para siempre en el humo blanco de aquellas dos velas altas, y la siguió de puntillas por el pasillo tenuemente iluminado.

No ignoraba la ironía de su paso ahora, con sólo un silencioso asentimiento y una mirada casual, ante aquellas dos bonitas figuras sentadas a la mesa de la cocina disfrutando de su cena. ¡Sin duda, en ese momento estaba purgado de su habitual lujuria!

Mary abrió la puerta del jardín y, temblando un poco, porque había olvidado ponerse algún abrigo, lo condujo, a través del macizo de narcisos y los azafranes marchitos, hasta el borde del césped del Rey Edgar.

Luego le dio la mano y dejó que la apretara entre sus fuertes dedos de piloto aéreo, hasta que le hormigueó y le escoció.

–¿Conoces ese lugar en la pared –le dijo suavemente–, donde es fácil escalar?

No respondió. Se limitó a volverse y llevarse la mano a la cabeza, saludándola como si hubiera saludado a un oficial superior si hubiera sido... ¡lo que le habría venido tan bien ser!... el cuidadoso sargento mayor de una guarnición de soldados asediados.

Ella observó después su figura pequeña y robusta, mientras desaparecía sin volverse para mirarla.

Una oleada de tristeza indescriptible le atravesó el corazón. Tom se había ido y ella no había recibido mucho consuelo de él... y Tom se había ido; ¡de vuelta a su miserable alojamiento en High Street! ¿O su estado de ánimo solitario e insatisfecho le haría pasar por su cabeza obstinada y seguir adelante, más allá de su propia puerta, hacia esa alegre habitación de Northload, que era su propia cámara nupcial preparada?

Alzó la vista hacia las enormes columnas rotas de la nave desaparecida de la iglesia de la Abadía. Pensó que otras chicas, a lo largo de los siglos, habrían mirado hacia arriba para contemplar esas dos estupendas columnas y habrían llenado el espacio que había entre ellas, en su triste imaginación, con el alto arco tallado lleno de incienso, coros y oraciones en voz profunda. ¿Qué había esperado ella obtener de Tom, o él de ella? ¡Ninguna de los dos parecía saberlo! De todos modos, todo había terminado, como tantos de sus antiguos encuentros, en una sensación de cansada frustración.

¡Ruinas! ¡Ruinas! ¡No sólo en la piedra antigua alzaban las frustradas esperanzas humanas sus quebrados contornos, sus tristes esqueletos, como lugares de descanso para los pájaros de la noche! Estaba a punto de dar media vuelta, de volver sobre sus pasos por los oscuros macizos de flores

donde los azafranes marchitos y los tulipanes recién brotados absorbían, en silenciosas bocanadas de aire, las secretas influencias de la oscuridad, cuando de pronto se vio envuelta, completamente envuelta, fuera de sí misma, como nunca antes en su vida, por un poder natural.

Allí, muy bajo en el cielo occidental, a unos dos metros, según la medida humana, por encima del muro delimitador del recinto, se encontraba la concha de cristal con forma de balsa de la luna creciente en su primer cuarto.

¡No había nada con lo que pudiera compararse! Única en todo el universo de la materia, aunque sólo fuera por las asociaciones que la rodeaban de veinticinco mil años de anhelo humano, flotaba allí ante ella, hija y querida del oscuro orbe terrestre, elfa abandonada de la noche infinita. ¡Qué manos, qué brazos se habían extendido hacia ella, desde su miseria humana –brazos morenos, brazos blancos, brazos negros–, qué gritos del corazón, «¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero!», habían sido lanzados hacia ella, desde pechos velludos y quejumbrosos, senos blandos y tiernos y los nervios atribulados de niños desconcertados! ¡Y siempre, y especialmente, había sido la consoladora, la cómplice y la confesora de las mujeres, reuniendo sus corrientes de vida hacia sí, guardando su castidad mística, alimentando sus retiros, sus reticencias, sus furtivos retrocesos y negaciones, acompañándolas cuando todo lo demás fallaba!

¡Atraería hacia sí las inmensas e insondables mareas

saladas, aquella esbelta criatura nocturna, aquella hoja de tierno dolor, aquella vaporosa trama de ilusión contra toda esperanza, antes de que alcanzase su plenitud de curvatura! Bancos de aletas brillantes seguirían su camino a través del Atlántico... en páramos lejanos e inexplorados, su reflejo convertiría las ondas en plata. En charcas donde ni siquiera los gansos salvajes, en sus migraciones equinocciales, perturbaban el silencio, su frágil imagen se balancearía entre los juncos. En ninguna forma diferente, que ahora contemplaba y temblaba, habían contemplado y murmurado los grandes magos de la antigüedad; sus predicciones se confundieron, sus inspiraciones se pervirtieron, sus ingenios se trastornaron. ¡Allí flotaba la virgen señora de la trágica locura de las doncellas, la patrona de todos los desafiantes de las leyes del hombre! ¡Aquí estaba la hija de las oscuras orillas de la antigua anarquía, ante cuya brillante cabeza los reyes y los sacerdotes de la tradición hecha por el hombre siempre han temido y temblado en sus sagradas sandalias! Ella ha sido la señora tutelar de todas las pasiones estériles, de todas las rebeliones contra “las Madres”, que han llevado a las vírgenes de la profecía a romper las leyes de este mundo. Esa caracola informe de blancura peligrosa, lanzándose a través de las derivas de los mares que se tragan los barcos, meciéndose como una gaviota en el aparejo de los barcos condenados, brillando en los fríos rocíos de incontables amaneceres sobre Gólgotas manchados de sangre y campos de batalla perdidos, y ahora brillando, tranquila y

encantadora, sobre los círculos de hadas de las laderas y sobre arenas lisas, amplias y brillantes, siempre ha sido la esperanza perdida de lo imposible; ¡Siempre ha sido el desafío inmortal a Lo Que Es, desde los márgenes vacilantes de Lo Que Podría Ser!

La opinión popular de que la Luna es un fragmento planetario, separado de la Tierra o del Sol, es probablemente un error craso y torpemente concebido. Es mucho más probable que sea el último fragmento restante de algún sistema estelar anterior, un sistema de formas y figuras materiales ahora completamente perdido, pero cuyo origen se encuentra más cerca del comienzo de las cosas en las ambiguas imaginaciones de la Causa Primordial.

Seguramente, no sólo en las religiones de este planeta ha desempeñado un papel dominante e inextinguible, sino que siempre ha estado del lado de los débiles y los enfermos contra los fuertes y los dominantes. Con sus cuernos plateados de Misterio recogidos en los pliegues de esa túnica azul o sosteniendo esos pies divinos de la Doncella–Madre del Crucificado, ha desafiado a "todo el reino autoritario de Causa–y–Efecto". Y fue esta blancura más allá de toda blancura; fue esta blancura, como las curvas húmedas de conchas marinas inimaginables y como la espuma alrededor de las proas de los barcos de hadas, la que ahora vino con su toque mágico a traer curación a Mary Crow.

La muchacha permaneció inmóvil en el borde helado de

aquel macizo de tulipanes inmaduros de hojas pálidas y frías. Se quedó mirando una y otra vez al visitante celestial, como si nunca antes hubiera visto la luna, bajo ningún cielo.

“¿Qué me hace sentir?”, pensó. “¿Hay algo en esto que todas las mujeres que han vivido alguna vez en Glastonbury deben sentir? ¿Algo que sintieron las mujeres de Lake Village? ¿Algo que consolara a las monjas medievales encerradas en sus muros?”

Su cuerpo y su espíritu se sumieron en una oración muda a aquella criatura blanca, flotante e inmortal. «¡Entierra, oh, entierra tu extraño secreto en mi pecho!», gritó el corazón de la muchacha. «¡Entiérralo profundamente, profundamente en mi vientre, para que de ahora en adelante y hasta el fin de mis días, algo frío, libre e inatrapable pueda hacerme fuerte!».

Tan pronto como Mat Dekker y el señor Geard salieron de la casa, el primero le explicó al segundo que tenía una visita importante que hacer esa noche antes de retirarse: “a una mujer que se estaba muriendo de cáncer cerca de la fábrica Crow”.

A pesar de esta información, el señor Geard parecía muy reacio a separarse del vicario de Glastonbury. Le propuso al señor Dekker que pasearan juntos por Chilkwell Street y

echaran un vistazo en la oscuridad a Chalice House. «Me gustaría saber qué piensa usted, vicario», dijo con su voz ronca y untuosa, «sobre mi plan de reformar el antiguo lugar. Si no lo compro, puede volver a caer en manos de los papistas... Y, sin embargo, piden un precio desorbitado. Venga y eche un vistazo, ¿quiere, señor?»

Mat Dekker se dejó llevar más allá del Granero del Diezmo y por Chilkwell Street.

–Lo que tenía en mente –dijo el señor Geard con voz satisfecha, cuando habían bordeado el alto muro liso de Chalice House y habían llegado al seto particular del jardín más allá del cual se encontraba la Fuente Sagrada– era construir un muro aquí que fuera digno de los *Bloods*. Pronunció esta última palabra de manera casual y práctica, como si hubiera dicho «digno de la vista» o «digno de nuestra época», y un cierto sabor de entusiasmo untuoso en su tono era especialmente repelente para Mat Dekker.

“¿Con entrada, supongo?” dijo este último.

Pero ahora se supo que el señor Geard no había pensado en entrar. En lo que había estado pensando era en guardar, proteger, defender, consagrar “la Sangre”, como llamaba a este manantial de agua calcárea. Había estado tan preocupado por mantener fuera el sacrilegio, que no había pensado en cómo hacer entrar la devoción.

Como sacerdote de profesión, Mat Dekker tenía en mente a su rebaño. «Espero que no me cobren entrada», continuó. «Como el lugar está vacío, el encargado cobra propinas, pero eso no me gusta en absoluto. ¡Todos deberían poder beber de esta agua!».

El señor Geard se acercó al espeso seto y, al ascender el pequeño terraplén que había debajo, hundió los brazos y el rostro en la frescura de principios de la primavera; el seto exhalaba una fragancia delicada cuando lo tocaba; una fragancia que fluía hacia la oscuridad por todos lados.

–No, no –dijo Bloody Johnny, volviendo a la calle–. Pondría un arco sajón y una puerta pesada con una campana en el interior, una campana que sonase fuerte, con una cuerda colgando.

“¿Por qué un arco sajón?”, comentó el señor Dekker. “No creo que hubiera ningún arco sajón, ¿no fueron los normandos quienes...?”

–¡Trajeron al diablo con ellos! –exclamó el señor Geard–. ¡Y a los caballeros del diablo! No, no. De todos modos, habrá un arco sajón en Glastonbury. Nuestra carta más antigua es una carta sajona. Nuestros abades auténticos más antiguos son abades sajones. Nuestros reyes auténticos más antiguos son reyes sajones. Si el rey Arturo regresa, como dice el primo de mi esposa que lo hará, tendría que hacer sonar mi campana sajona en mi muro sajón. Mi propia gente no tiene

ni una gota, ni una gota, de sangre de caballero. ¡Me gustaría devolver Chalice Well al pueblo, señor Dekker!

La voz ronca del hombre había adquirido ese tono rico y rodante de unción retórica que las esquinas de las calles de Glastonbury habían llegado a conocer tan bien antes de que él se marchara a Norfolk.

“Devolved el Pozo del Cáliz a la gente”, resonaba una y otra vez en los oídos del señor Dekker mientras los dos hombres volvían sobre sus pasos. Fuera de la puerta de la vicaría se detuvieron para despedirse. Instintivamente, mientras lo hacían, se dieron la vuelta para echar un vistazo a los altos olmos que crecían en el recinto de la Abadía entre el muro que delimitaba el recinto y los cimientos de la capilla del rey Edgar que habían sido descubiertos por ayuda sobrenatural.

La luna ya se había puesto hacía rato, pero el cielo estaba despejado y sobre sus cabezas se extendía la larga, tenue y blanquecina estela de la Vía Láctea.

Geard olisqueó el aire de la noche como un gran buey enfermo que hubiera estado demasiado tiempo encerrado en su establo de invierno. Cuando Mat Dekker lo miró, tuvo la impresión de que tenía una reserva de energía, de algún tipo de energía, que era realmente sorprendente.

“Esta Feria Religiosa mía”, dijo el Sr. Geard, “será algo muy diferente de la Pasión de Oberammergau. John Crew, que,

por cierto, es un joven muy inteligente –Mat Dekker sonrió en la oscuridad ante esto– "con mucha más religión de la que cree tener, ha recibido tantas respuestas de todo el mundo que realmente creo que esta ocasión va a ser muy importante en la historia de nuestro país".

–Eso es precisamente lo que quería saber. Señor –dijo Mat Dekker–, pero no debo entretenerlo ahora; y mi hijo, si ha llegado, se preguntará dónde estoy. Pero quería saber cuál era su verdadero propósito más íntimo. Por supuesto, si no le interesa hablar de esas cosas, no lo presionaré; pero sería más feliz si supiera lo que realmente tiene en mente. Pero ¿no quiere venir un minuto, señor Geard? ¡Por favor, hágalo! Podemos hablar tranquilamente en mi pequeño museo; si mi hijo está en casa, sé que estará encantado de verlo, porque ha oído mucho sobre usted. De hecho, me dijo que había estado tomando el té con usted. Su segunda hija... es su segunda, ¿no es así?... nos ha sido de gran ayuda, muy a menudo, de muchas maneras. Entre, señor Geard. Tengo que salir más tarde para ver a esa mujer con cáncer: pero le dije a su enfermera que no viniera a buscarme hasta tarde, para que supiera si la pobrecita iba a poder dormir esta noche. Por favor, venga ahora de todos modos".

El ex predicador del evangelio dudó por un momento.

"No quiero entrometerme", murmuró; pero Mat Dekker lo desestimó.

–Es muy *importante*, señor –dijo enfáticamente, tomando al otro del brazo– que me entere de todo lo relacionado con su plan. Quizá pueda serle útil, más de lo que usted se imagina.

Bloody Johnny se dejó persuadir y pronto se encontró sentado en una cómoda silla de mimbre junto a una cálida manta en lo que el padre y el hijo llamaban su "museo". La puerta de esta cámara quedó entreabierta, y el legatario del canónigo Crow pudo escuchar una conversación bastante singular en el pasillo de la cocina.

"El maestro Sain no ha venido", oyó que decía la voz de Penny Pitches, "y Weatherwax estaba en la cocina hace un momento contando que había hablado con el joven guardabosques de West Pemiard. Venid a comer faisanes o algo por el estilo. Y Weatherwax dijo: "Uno dice que Sam está caminando por ahí. Hearty Moor es como el Diablo que lo abandonó. Era Toniinx Blake, el joven, el que vivía en Bere Lane, así que conocía a nuestro Sam como si fuera su propia familia. ¡Y tú mismo sabes, Maestro, qué hay más allá de Hearty! El río Whitelake está más allá de Hearty; donde vive la señorita Zoyland. Y así... Supongo que nuestro Sam se ha ido a verla; se ha ido a verla mientras su viejo está en Wookey Hole".

–Es posible que haya estado caminando en esa dirección, Penny, sin pasar por esa casa.

El señor Geard descruzó las piernas y, a propósito, hizo crujir su silla al cambiar de posición. Uno de los grandes secretos del poder magnético de aquel hombre era que se obligaba a no ver nada, a no oír nada, a no pensar en los asuntos de los demás.

–¡Que cambie la dirección! –gritó la anciana–. ¡Los jóvenes lo harán! ¿Dirección, dices? Él la dirigirá y la dirigirá a ella también; no te equivoques, Maestro.

–Bueno, espero que le dé una buena cena de todos modos, Penny –soltó Mat Dekker con una sonrisa forzada.

–No cierres la puerta principal con llave, Penny, cuando te vayas a dormir –continuó–. ¿Me traerás un poco de brandy al museo, el mejor, ya sabes, una de esas botellas que le escondiste a Weatherwax la Navidad pasada?

Volvió junto a su invitado y se sentó frente a él. También él tenía una silla de mimbre que crujía mucho; y durante un rato, mientras Penny los atendía en un silencio malhumorado, no se oía nada en aquella habitación destartalada excepto el crujido de aquellas dos sillas bajo sus pesados cuerpos.

La mente de Mat Dekker estaba en Whitelake Cottage. Un espasmo de ira irracional contra su hijo seguía surgiendo en las profundidades de su ser y un diálogo imaginario salvaje entre él y Nell Zoyland comenzó a formarse

incoherentemente en la lengua de su alma oculta: "Ella recurrió a mí", seguía pensando, "recurrió a mí en su problema. Me miró más que a cualquiera de ellos. Haría exactamente lo que yo le dijera. Dijo lo mismo con sus ojos". Las peligrosas aguas ocultas en la naturaleza de este hombre, arraigado en la roca, comenzaron ahora a fluir mientras pensaba en Sam y su dulce adúltera.

Mat Dekker repitió para sí lo que le había dicho su antigua novia, Elizabeth Crow, mientras miraba los pantalones verdosos y negros del señor Geard: «Creo que tú también estás enamorado de esa chica». Un silencio de ira se apoderó de sus mejillas sonrosadas al recordarlo. Pero si todo aquello era una tontería, ¿por qué el pensamiento «Sam probablemente se acostará con ella esta noche» le causaba una perturbación tan singular? No por ninguna angustia moral por el mal comportamiento de Sam. Mat no tenía absolutamente nada de puritano congénito, y su larga asociación con pájaros, bestias y reptiles le había dado una actitud muy natural y terrenal hacia la emoción erótica, y tampoco le preocupaban en particular los sentimientos de William Zoylard. Siempre había considerado al bastardo de Lord P. como una especie de rufián y matón. En el fondo de su corazón estaba bastante orgulloso de Sam por haber sido capaz de robarle el corazón de una chica a un apuesto granuja como ése.

Es fácil imaginar que con todos estos movimientos y agitaciones en su mente, a Mat le resultaba muy difícil

prestar atención al señor Geard y a lo que en los bares de la ciudad llamaban "la fiesta de verano de Johnny el Sangriento".

El señor Geard no era de los que echaban de menos la preocupación de su anfitrión, pero tal era su naturaleza que no le causaba ninguna molestia particular. Disfrutaba del coñac y volvía a llenar su vaso y a beber su contenido con tranquilo deleite, mientras hablaba sin parar, al parecer tanto para su propia edificación como para la de su abstraído oyente. Mientras hablaba, sus ojos no dejaban de vagar por la habitación, que parecía más la sala de juegos de toda una familia de jóvenes naturalistas que el estudio de un teólogo, aunque en un lado del apartamento había una gran y lúgubre estantería llena de obras anglicanas de referencia.

Lo que más llamó la atención del señor Geard fue un enorme acuario colocado sobre un banco en el centro de la habitación. No lejos de este objeto, sobre una mesa llena de revistas, había una lámpara y la luz que caía sobre un lado del acuario formaba un segmento iluminado de agua brillante por el que se lanzaban y flotaban unos pececillos muy enérgicos y muy grandes. Estos peces vivaces, circunscritos en un vacío luminoso, se asociaban muy vívidamente con lo que Bloody Johnny estaba diciendo mientras divagaba. «Alguien debe tomar la iniciativa», decía, «¿y por qué no debería hacerlo yo? La vida avanza a pasos agigantados, y lo mismo ocurre con la religión. No hay duda de que éste es el momento de hacer algo drástico... "Por

algo..." –dudó una palabra, mientras una locha de suaves manchas, levantando su vientre blanco de la grava del fondo del acuario, presionaba una boca abierta contra el costado de cristal iluminado del recipiente y fijaba en este singular Profeta una fría mirada de pez– "por algo... *agudo*. Hay sólo alrededor de media docena de depósitos de magia mundial en toda la superficie del globo –Jerusalén... Roma... La Meca... Lhasa– y de éstos Glastonbury tiene el resto de residuos de poder sin usar. Generaciones de humanidad, eones de razas, han hecho –por su voluntad concentrada– que Glastonbury sea importante. Pero desde la época de ese increíble tonto, Enrique VIII, la magia de Glastonbury ha estado sin usar.

Johnny Bloody permitió que su anfitrión le rellenara el vaso. La botella ya estaba vacía en dos tercios. ¡Aquí había un rival inesperado para el señor Weatherwax! Cuanto más disminuía el licor en la botella, menos agua mezclaba el visitante con él. Y cuanto más bebía, más metafísico se volvía. Mat Dekker seguía llenando su pipa de una jarra de barro llena de mezcla Craven que había entre la lámpara y el acuario. No había otras fuentes de luz en aquel estudio–museo aparte del fuego y la lámpara, y las enormes fisonomías de los dos hombres se iluminaban con esa doble radiación de una manera que habría encantado a un conocedor del misterio de las líneas y los contornos, de los rostros planos y los huecos tallados. Johnny Bloody, evidentemente, no utilizaba tabaco en ninguna forma. Éste

era uno de esos rasgos inconformistas de su curioso carácter que desconcertaba un poco a su anfitrión. Sin embargo, el consumo de coñac, llevado a tal extremo y sin producir señales de embriaguez, fue un consuelo considerable para la mente del sacerdote, criada en Quantock. ¡Ojalá el búho también hubiera fumado! Pero con estos tipos raros uno no podía tenerlo todo. Si el hombre no hubiera fumado ni bebido, el naturalista más experimentado habría experimentado un verdadero disgusto físico por esta presencia extraña en su museo.

Olisqueó el humeante aire, como un sabueso que huele una comadreja en lugar de un zorro.

–¿Por qué no me habría elegido el Señor –se preguntaba el señor Geard, inclinándose hacia delante en su silla de mimbre, abrazando su espalda y moviendo su cabeza hidrocefálica– para traer de vuelta un As de la Fe a nuestro mundo occidental? La forma en que lo estoy haciendo parecerá una herejía para algunos, una blasfemia para otros, un puro engaño para la mayoría. Pero eso es exactamente, querido, lo que han parecido todos los nuevos brotes de la Presencia Real. ¿Crees que alguien puede ponerme un freno?

Desde la muerte de la madre de Sam, nadie había llamado a Mat Dekker «mi querido», pero la palabra «freno» que utilizó aquel hombre en aquel momento era tan curiosa que lo miró con algo parecido a un verdadero respeto. ¡Aquel

tipo no podía ser un farsante! Ningún farsante diría «ponerme un freno».

Mat Dekker empezó a examinar la gran cabeza inclinada de su invitado mientras Bloody Johnny se adormecía, y la forma de su enorme y rechoncho puño cerrado yacía sobre la tosca mesita del jardín, junto al borde de su botella y su vaso. «Esa es la cabeza de un hereje», pensó. «Sin duda el gran Marción³⁶, con su cráneo lleno de errores espirituales, tenía una cabeza como ésta. *¡Pero todo está mal!* Cristo ha elegido revelarse a través de las tradiciones de su Iglesia, y de ninguna otra manera. Cuando la autoridad de la Iglesia se ve socavada, la vida vuelve a caer en el caos... en los ciegos tanteos de la Materia o, al menos, de la Naturaleza».

–El Señor... me ha... llenado... –retumbó Bloody Johnny de nuevo con su voz ronca– con el poder de Su espíritu, querido, ¡y nada puede impedirme hacer Su voluntad! Siento Su voluntad fluyendo a través de mí, querido, de noche y de día. ¡Que la gloria sea para quien Él quiera! No soy más que una caña, una tubería miserable, un conducto miserable, una esclusa despreciable. ¡Pero no importa lo que soy! A través de mí, en este momento, el Eterno está abriéndose paso. Sí,

36 Marción de Sinope fue un líder religioso cristiano del siglo II, fundador de la corriente conocida como marcionismo, con una teología dualista de corte protognóstico. Los marcionistas sostenían que el Dios de la Biblia hebrea era inconsistente, celoso, airado y genocida, y que el mundo material que creó era defectuoso, un lugar de sufrimiento; el Dios que hizo tal mundo es un demiurgo chapucero o malicioso.

querido, *querido* señor, porque lo admiro y lo respeto. ¡Está abriéndose paso! Voy a hacer de Glastonbury el centro de la religión de todo Occidente. Siento en mí este poder; lo siento. Querido, *querido* señor Dekker, y nada puede detenerme. ¡Nada! Levantó su pesado puño y vació el contenido.

Echó el resto de la botella en su vaso y lo arrojó, esta vez sin una gota de agua, por su espaciosa garganta. Después, el hombre volvió a hundir la barbilla en el pecho y su anfitrión tuvo tiempo de abandonarse en paz una vez más a sus pensamientos inquietos.

Mat Dekker, al darse cuenta de que los ojos de su invitado se habían cerrado, sacó su gran reloj antiguo con la parte trasera esmaltada en azul y lo miró con el ceño fruncido. Un profundo suspiro brotó de su corazón mientras volvía a colocar el reloj en su sitio, pues había visto que la manecilla pequeña se acercaba a las once y la manecilla grande a las diez. Faltaban diez minutos para las once... y Sam no había vuelto. Debía estar quedándose con ella, durmiendo con ella. Sus manos, las ásperas manos del joven y torpe Sam, las manos que habían aporreado la mesita del jardín sobre la que reposaba la botella vacía, debían estar ahora acariciando sus desnudos y satinados miembros. El rostro de Mat Dekker se contorsionó de sufrimiento mientras esa imagen o, mejor dicho, esa proyección imaginativa de sus propios sentimientos en los de su hijo seguía dominando sus sentidos... De pronto, sonó un fuerte timbre en la puerta de

entrada. Mat Dekker se puso de pie de un salto. John Geard levantó la cabeza de golpe y apartó la botella vacía con el dorso de los nudillos, preparándose para afrontar la nueva incursión en el museo que presagiaba aquel sonido. El repiqueteo de los pesados zapatos de Penny Pitches resonó por el pasillo.

–¿Es su hijo? –interrumpió el señor Geard, pero el sacerdote negó con la cabeza.

–Nunca llamaría –murmuró–. La puerta siempre está abierta.

Su voz se perdió en el ruidoso abrir de la puerta principal mientras un coloquio alarmante, oído por los dos hombres, comenzaba a tener lugar en el umbral. “Ella no puede soportar el dolor ni una hora más, y el doctor dijo que no podría tomar más morfina hasta que él venga mañana. He corrido casi todo el camino, porque no puedo soportar dejar a la pobre como está. Está loca de dolor, esa es la verdad”.

Mat Dekker ya había salido al vestíbulo y el señor Geard, con su silla abandonada crujiendo como un duende ansioso, estaba en la puerta del “museo”. –Ésta es la enfermera Robinson. Es sobrina de nuestra señora Robinson, a quien supongo que usted conoce. La llamo *Nancy* –dijo al señor Geard, olfateando el aire con desconfianza, como un sabueso que huele a una comadreja en lugar de a un zorro.

Dekker le estrechó la mano a la enfermera mientras Penny Pitches se retiró por el pasillo hacia sus dominios. La recién llegada se parecía más a una «Nancy» que a una asistente. Parecía una criatura vigorosa de cara roja cuando se quitó la capucha, pero su rostro delataba una agitación natural en ese momento que era más humana que profesional. «¡Pero esto es escandaloso!», gritó el señor Dekker; y a la luz de la lámpara del vestíbulo, que colgaba del techo, Geard pudo ver que una vena de la frente del sacerdote se hinchaba hasta parecer una pequeña serpiente delgada debajo de su piel. «¡Esto es insoportable! ¿Has llamado al médico? ¿Has hablado con él?»

La enfermera Robinson asintió. “Dice que es la ley”, respondió. “Dice que ya le he dado más de lo que permite la ley. Dice que si el farmacéutico me diera más para ella hasta mañana, yo sería la responsable si algo sucediera”.

–Debe disculparme, señor Geard –exclamó Mat Dekker, cogiendo su abrigo y su sombrero de un perchero–. Iré directamente con usted al médico, Nancy, y lo solucionaré. Yo mismo asumiré la responsabilidad. Es escandaloso. Es intolerable. ¡Penny! –La austera sirvienta avanzó por el pasillo al oír la llamada de su amo–. No se vaya a la cama hasta que llegue el señor Sam, Penny, y manténgale algo caliente para la cena. Es posible que haya caminado kilómetros y kilómetros.

–¡Sé por dónde ha estado caminando! –gruñó Penny–. Me

quedaré despierta esperándolo, seguro, amo, y cuando entre, será duro, pero le diré una buena lección, trotando por los páramos, para perturbar nuestra decente casa... ¡Y todo por culpa de una señorita de cara de suero que es la esposa de otro hombre!

–¡Silencio! ¡Silencio, Penny! –ordenó su amo, haciendo un gesto con la cabeza hacia el señor Geard para indicarle que no estaban solos–. Ayuda al caballero a ponerse el abrigo, Penny, ¿puedes? Nuestro camino va en la misma dirección, ¿no es así, señor? –continuó–. ¿Lista, enfermera?

¿Ha recuperado el aliento? Esa pobre mujer... abandonada en plena tortura... Tal vez prefiera caminar más despacio, señor Geard. Pero la enfermera y yo debemos darnos prisa.

Bloody Johnny demostró ser capaz de caminar tan rápido como sus compañeros, aunque es cierto que recorría el terreno de una manera bastante excéntrica. Caminaba con una especie de paso a paso, y además de este modo de avanzar, también tenía una especie de tambaleo de marinero, como si acabara de aterrizar de una cubierta en movimiento. "¿A qué médico van a acudir?", preguntó sin aliento cuando llegaron a la ciudad.

–Al doctor Fell, señor. Al doctor Fell –respondió la enfermera–. El doctor Fell es un hombre de buen corazón, pero vive con su hermana mayor, la señorita Bibby, que es una auténtica demonio. Y si llamamos a la puerta del doctor,

no será él a quien veamos. Seguro que veremos a Bibby, y Bibby nos dejará boquiabiertos por despertarla.

–Haré que el médico se levante de la cama –murmuró el señor Dekker con tristeza–, si consigue que nos abran la puerta, enfermera.

Pero en ese momento el señor Geard puso su mano sobre el brazo del vicario. “Déjeme ir con la señorita Robinson y quedarme con esa mujer”, dijo. “Puede llamar a mi familia para que no se alarmen. Puedo dormir donde quiera. Es un truco que poseo”.

Mat Dekker se mostró algo impaciente ante esto. "No es una cuestión de quedarse despierto con ella, señor Geard. Es una cuestión de detener la tortura que está soportando. Es una cuestión de permitirle dormir. Sólo Morphia puede hacer eso".

–¡Sólo Cristo puede hacer eso! –gritó Bloody Johnny con una voz que sonaba como la de un contramaestre enfadado, tan resonante que reverberó por la calle vacía–. Perdóneme, señor –continuó–. Perdóneme, señorita Robinson. Cuando dije hace un momento que me quedaría despierto con esa mujer, quise decir, por supuesto, que en el Poder de la Sangre la haría dormir. ¡Por favor, lléveme allí rápidamente, enfermera! No hay razón para que molestemos más al señor Dekker esta noche. Pero no olvide, señor, telefonar a la señora Geard.

La enfermera Robinson miró a uno y a otro. Los tres estaban ahora de pie frente al cementerio de la iglesia de San Juan, en cuya oscuridad se veía la Espina Sagrada y la enorme mole de la torre en sombras. Pero el rostro de Mat Dekker estaba nublado por la indecisión. Volteaba la cabeza una y otra vez, primero a la derecha y luego a la izquierda, bajo la presión de las palabras del señor Geard, exactamente como lo hubiera hecho un perro grande ante la mirada humana. Parecía no querer mirar al señor Geard. Golpeó el pavimento con la punta de su bastón una o dos veces, murmurando: «Bueno, no lo sé, por mi alma. Realmente no lo sé». Luego, con una respiración profunda y un extraño y pequeño movimiento de aleteo de una de sus grandes manos, dijo: «Venid y mirad lo que podéis hacer. Pero, por el amor de Dios, ¡apresurémonos! Puede que esté loca de dolor».

Caminando rápidamente por George Street, llegaron pronto a la ruinoso casa gótica de Tittie Petherton. La enfermera Robinson abrió la puerta y entró primero. Una pequeña lámpara de aceite ardía en la mesa de la cocina y una tetera negra y sucia hervía débilmente sobre una estufa de carbón cuyo fuego casi se había apagado. La enfermera Robinson había comenzado a encender la mecha de la pequeña lámpara cuando se sobresaltaron por un gemido de angustia más horriblemente agudo que el que Mat Dekker había oído en su vida. Había oído los gemidos de Tittle antes, bajo su abominable aflicción... pero nunca un sonido como

ése. La sangre se le subió a la cara. «¡Malditos sean estos médicos!», gritó. La enfermera Robinson miró al señor Geard para ver qué efecto tenía sobre él ese horrible sonido. Se quedó atónita al ver su rostro contraído en un espasmo de dolor físico. La boca torcida del señor Geard la sobresaltó tanto que se encontró esperando oír de él el mismo grito de tormento que acababan de oír en la habitación de arriba. Pero el espasmo pasó en un segundo y se volvió hacia la puerta que ocultaba los escalones que conducían al dormitorio de su paciente. Subió los escalones seguida primero por Mat Dekker y luego por el señor Geard. Había una segunda lámpara de aceite, idéntica a la de abajo, sobre una mesa junto a la cama, sobre la que descendían los macizos aleros del techo.

Una mujer demacrada, apoyada sobre almohadas, que se había incorporado con tanta desesperación hasta quedar sentada que las sábanas se le pegaban en desorden a las rodillas, se inclinó hacia delante con una mirada terriblemente fija. Empezó de inmediato a pedir con una súplica incoherente y lastimera: «¿Tienes el material? ¿Has traído el material? ¡Oh, por el amor de Dios, dame el material! ¿Está ahí? ¿Lo tienes?». En ese momento jadeó y luchó por respirar, agarrándose el cuerpo con los dedos. Luego empezó de nuevo: «¡Dame el material, enfermera, dámelo rápidamente! Si no lo tengo, en este momento, maldeciré a los de Arriba. ¡Oh, el material! ¡El material! ¡No quiero nada más que el material!».

Mat Dekker percibió el gorjeo soñoliento de un pájaro que se oía fuera de la ventana. «Gorriones», se dijo, «pero demasiado pronto para anidar... un poco demasiado pronto: pero deben estar pensando en ello... deben estar apareándose». La lámpara de aceite olía horriblemente y de la cama de la torturada mujer emanaba un olor dulzón y agrio, muy enfermizo, que hizo que Mat Dekker se estremeciera mientras permanecía allí mudo e indefenso. Era como si, más allá y detrás de la sala de estar, una indescriptible Entidad del Dolor se retorciera en la oscuridad, y fuera de la sustancia de esa cosa y no de carne y sangre humanas de donde emanaba ese olor abominable.

La enfermera Robinson se acercó a la cama. –Acuéstese ahora, señora Petherton. Será mejor que se acueste. Déjeme darle la vuelta a sus almohadas. La mujer abrió la boca y frunció los labios. Su expresión era la de un animal desesperado que mordería ciegamente al mundo entero. Pero, en su debilidad, se dejó acostar sobre la almohada por las fuertes manos de la enfermera.

Entonces Mat Dekker se acercó a la cama y, juntando sus grandes nudillos e inclinando su cabeza gris, comenzó a orar: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, dale a esta mujer, tu pobre sierva afligida, oh Dios, fuerza para soportar los dolorosos sufrimientos que Tú en Tu sabiduría has querido". No pudo continuar, porque los ojos de la mujer, que había cerrado momentáneamente, se abrieron de nuevo y una mirada de tormento renovado, combinada

con un odio salvaje hacia el sacerdote, apareció en su rostro. Y eso no fue todo. Incapaz de expresar de otro modo el abismo de su desafío, hizo el ademán de escupir al digno hombre. La miserable gota de saliva que expulsó no hizo más que gotear por las arrugas de su propia mejilla. Pero Dekker captó su intención y le heló el corazón.

En ese momento se adelantó el señor Geard. Sin que sus compañeros le prestaran atención, se había quitado la chaqueta y el chaleco y ahora se mostraba con sus tirantes morados y su camisa gris. Ni siquiera miró la cara de la mujer. Para asombro de los demás, se estiró a su lado en la cama, utilizando la mesita como apoyo para uno de sus grandes codos. Mat Dekker no pudo evitar notar que el bulto de su estómago había reventado el botón superior de sus pantalones. Pero desde esa posición puso los ojos en blanco en dirección a la enfermera. –¿Hay algo para debajo de mi cabeza, por favor? –murmuró, volviendo a caer en la más amplia voltereta. La enfermera le obedeció de inmediato y tomó un cojín descolorido de una silla que estaba al otro lado del ático. –Llévense esta lámpara, si no les importa. ¡No! ¡No! Dejen a esa pequeña cabrona en el suelo. Señora, dónde no debería brillar en nuestros ojos. La asombrada enfermera obedeció de nuevo a esta singular autoridad, colocó la lámpara en el suelo y bajó la mecha tanto como se atrevió. “Ahora, Tittie, vieja muchacha, tú y yo vamos a tener un bendito sueño. Estoy somnoliento como un toro agotado. Buenas noches a las dos, buenas noches a todos. Tittie y yo

estaremos bien. Estaremos sanos y salvos hasta la mañana. ¡Y luego tal vez nos puedas traer una taza de té para que bendigamos al Señor!”

Con la lámpara colocada donde estaba, se había vuelto imposible para el señor Dekker y la señorita Robinson ver algo más que dos rostros humanos borrosos, uno al lado del otro. –¿De verdad vamos a dejarlo así, señor Geard? –preguntó Mat Dekker. Ni un sonido, ni un movimiento provenía de la cama. El sacerdote recogió el abrigo del señor Geard y sus otras prendas de donde el hombre las había dejado caer al suelo. Extendió cuidadosamente esos objetos sobre el cuerpo postrado de Bloody Johnny. –Vamos, Nancy –murmuró–. Por el amor de Dios, hagamos exactamente lo que él dice. Realmente creo que, por la misericordia de Dios, él ha hecho lo que yo no pude hacer; y tal vez –y aquí suspiró profundamente– lo que ningún médico podría hacer. ¡Vamos, Nancy! Será mejor que los dejemos tal como están. Bajó primero por las estrechas escaleras, y la enfermera Robinson lo siguió. La enfermera miró un sillón destartado, cubierto con un gran chal rojo lleno de agujeros, que se alzaba junto a una de las ventanas góticas. Mat Dekker levantó la tetera sucia y miró dentro de la estufa. «Espera un segundo, Nancy», dijo. Abrió la puerta trasera de la miserable habitación, de cuyas vigas y paredes parecía emanar la humedad de siglos. Una corriente de aire frío de medianoche entró e hizo parpadear la pequeña lámpara y la sombra de la enfermera Robinson se movió

portentosamente por las tiras amarillentas de papel de pared roto que colgaban de la pared opuesta.

Regresó al cabo de un minuto, con un paquete de trozos de leña apretados contra su chaleco negro. Los apiló junto a la estufa y luego arrojó por la abertura los trozos que parecían más auspiciosos. –¡Bien! Volveré a casa, Nance –dijo–. Estarás bien, ¿no? –Se acercó a un pequeño armario y lo abrió descaradamente–. Sí, veo que tienes té y galletas. ¿Tienes algo para leer? Miró a su alrededor, pero no vio nada más que la gran Biblia familiar de Tittie Petherton. Siendo el hombre que era, esta obra en particular le parecía en cierto modo inadecuada para una vigilia nocturna. Buscó en los bolsillos de su gran abrigo y, con un gruñido de satisfacción, sacó de uno de ellos un pequeño ejemplar de *Selborne* de White. Se lo entregó a la observadora con muchos gestos de cabeza y sonrisas. –Te ayudará a despertarte o a dormirte, Nance, ¡siempre que tengas ganas! Al igual que Geard de Glastonbury, el señor Dekker siempre estaba dispuesto a volver en caso de necesidad a los giros del lenguaje del oeste del país. Con un alivio físico absoluto por librarse de la tensión del sufrimiento de Tittie Petherton, el buen hombre se frotó las manos y rió benévolaente. ¡Durante el último cuarto de hora se había olvidado de Whitelake Cottage! Así, en el enorme flujo y reflujo compensatorio de la gran Naturaleza creativa, una tensión del sentimiento humano tiene el poder de expulsar, o anular por completo, otra tensión del sentimiento. Para la tensión emocional de una

pasión frustrada no hay mejor remedio que pasar una o dos horas en presencia de una terrible angustia corporal. Mat Dekker no era un idealista, pero era un hombre de corazón orgulloso y tempestuoso, y lo que había visto esa noche había tenido sobre él un grandioso efecto aristotélico. Sin embargo, mientras caminaba rápidamente hacia su casa, por George Street, High Street y Silver Street, esta catarsis disminuyó su poder tranquilizador. Cuando llegó a la puerta de su vicaría, la pobre Tittie y su hipnotizador herético habían quedado olvidados. Se dio cuenta de que su corazón y su pulso latían al son de la vieja melodía fatal. ¿Habría regresado Sam?

Avanzó por el sinuoso camino de entrada y entró en el vestíbulo de su casa. –¡Penny! –gritó–. ¡Penny! La vieja sirvienta salió refunfuñando y parpadeando de la cocina, donde había estado dormida en su silla. –¿Ha vuelto Sam a casa? –preguntó con severidad.

–No que yo sepa, Maestro –respondió la mujer–; a menos que haya subido las escaleras con medias.

Mat Dekker subió corriendo las escaleras tal como estaba, demasiado perturbado. No quiso quitarse el sombrero ni el abrigo. Abrió de golpe la puerta del dormitorio de Sam. Estaba vacío, con ese indescriptible aspecto de desolación que tan pronto adquieren los dormitorios de los ausentes y de los muertos; y el padre de Sam se quedó un segundo en el rellano mal iluminado, rumiando el amargo sabor de una

pérdida sin remedio. Luego se dirigió lentamente a su propio dormitorio y, tras telefonar a la casa de los Geard para contarles lo que había sido de su hombre, se desnudó y buscó su almohada.

Pero el descanso del sacerdote aquella noche fue febril y perturbado. Y no fue el único que durmió inquieto en Glastonbury. Bajo muchos de sus techos, desde las tejas de ladrillo de las casas del Ayuntamiento en Benedict Street hasta los tejados de pizarra de las villas de los comerciantes en Wells Street, corazones ofendidos y heridos mantenían despiertas a las almas humanas.

Tal vez en una sola casa había una paz absoluta, en una sola casa un “descanso profundo y líquido, olvidadizo de todo mal”, y esa era la casa en la que Bloody Johnny y Tittie Petherton dormían en la misma cama.

XI. CONSUMACIÓN

Cuando Sam Dekker llegó a Whitelake Cottage aquel día eran casi las cuatro. Había permanecido de pie, inmóvil, una o dos veces durante su rápida caminata, en esa posición fija y en ese mismo trance abstraído en el que, según se cuenta, caía el filósofo Sócrates en ciertas crisis de su vida; y no tenía idea de cuánto habían durado esos momentos de abstracción. Sin embargo, una vez en el lugar, llamó resueltamente a la puerta. Se oyó un ruido en el interior que le hizo pensar que la joven dueña de la casa estaba arriba, limpiando el suelo; y cuando la muchacha bajó corriendo para dejarlo entrar, esta suposición resultó ser correcta, pues iba vestida con un mono largo de lino verde que cubría todo su vestido.

–Sam... ¡Oh, Sam! –estaba en sus brazos al instante y, por un breve espacio de tiempo, el deseo simple y puro de estar

juntos, satisfecho ahora tan profundamente, ahogó cualquier otra consideración—. Siéntate, Sam: ¡oh, querido, querido! –Y tiró con violencia de su mono de lino hasta que se lo pasó por la cabeza. Primero lo arrojó sobre el sofá y luego, para dejar espacio para que se sentaran uno al lado del otro en ese mueble, dobló rápidamente la prenda y la arrojó sobre el respaldo de una silla.

Ahora estaban sentados uno al lado del otro, la mano de él apretando la de ella; demasiado felices, simplemente por estar juntos, para hacer otra cosa que disfrutar de la identidad del otro. “Esta mañana pensé”, murmuró, “¡Sam podría venir hoy! Pero nunca pensé que realmente lo harías”.

–¡Oh, Nelly, mi pequeña, pequeña Nelly! –Levantó las manos y apartó el pelo de su frente para atraer su rostro hacia él. Los labios de la muchacha se separaron bajo su apasionado beso; y cuando la soltó, su cabeza cayó hacia adelante como una flor cuyo tallo se ha roto. ¡Ni un destello, ni una pizca de vergüenza, ni la sombra de la más mínima conciencia de cualquier cambio en su estado de ánimo reciente cruzó por su conciencia cuando besó a Nell Zoyland de esa manera!

Hay que recordar que la idea de Sam de lo que significaba la lucha por vivir «la vida de un santo» era algo muy distinto de lo que hubiera pensado su padre si Mat Dekker hubiera aspirado a ese estado. No es que fuera más fácil ser un santo

a la manera de Sam que serlo a la manera de su padre. En algunos aspectos sería más difícil. Por un lado, exigiría una casuística más aguda, más flexible, más inquisitiva y, sin embargo, no menos exigente. Toda la actitud de Sam hacia sus sentimientos mientras estaba sentado en el sofá de Nell giraba en torno a la cuestión –aunque no la analizara– de si ese éxtasis que obtenía de la muchacha era sólo sensualidad o algo completamente distinto de la sensualidad. Sin analizar sus sentimientos, sabía en su corazón que *era* muy diferente: y este conocimiento, que penetraba todo su ser, lo salvaba de cualquier remordimiento de conciencia. A su manera poco analítica, Sam no estaba tan cegado por la pasión, mientras inhalaba y exhalaba el aire paradisíaco de su presencia, como para no ser vagamente consciente de una deliciosa sorpresa. Fue una sorpresa para él descubrir que no estaba desgarrado por ningún conflicto moral. Había dejado la idea de tal conflicto en el margen más lejano de su mente. Pero en algún lugar de su espíritu lo había estado esperando; ¡y ahora no llegaba! No había ningún conflicto. Su emocionante felicidad con Nell, ya que la muchacha era como era, no le trajo más que una gran oleada de paz absoluta.

¿El problema entre ellos había surgido de la naturaleza de Nell entonces, no de la de él? ¿Era la mujer, no el hombre, la que se había sentido desgarrada? Bueno, si Nell no sentía vergüenza ahora; si Nell no sentía división en su corazón, todo estaba bien. La personalidad de Will Zoyland en el

horizonte moral de la vida de Sam no era para él más importante que los sauces y álamos de Queen's Sedgemoor en su horizonte físico.

En cuanto a la muchacha, su reciente decisión a favor de Zoyland y su regreso a la cama con él habían sido desde el principio de una naturaleza muy especial y peculiar. El verdadero motivo inconsciente de esta acción –una acción cuya repercusión inmediata sobre ella había producido ese terrible torbellino de malestar que se había apoderado de ella en la iglesia de Saint John– había sido vengarse de Sam por no haber dado un paso audaz, drástico y definitivo en sus relaciones; en otras palabras, ¡por no haberla raptado!

La fatal susceptibilidad de las mujeres al contacto apasionado es lo que las hipnotiza y las lleva a la mayoría de sus desastres, pues bajo esta hipnosis del contacto, el presente se transforma en eterno, y su gran defensa sexual, su conciencia de continuidad, su percepción del futuro como parte integral del presente, se hace añicos y se desmorona. Los amores ideales para las mujeres son aquellos en los que les resulta fácil, después de estas inmersiones momentáneas en lo eterno, volver a su sentido realista de la continuidad; mientras que los amores ideales para los hombres son aquellos en los que su sentimiento de novedad y de aventura se despierta constantemente por la desconcertante variabilidad de los estados de ánimo de las mujeres.

–He estado pensando en ti todo este tiempo, Sam –dijo

ahora, mientras Sam se inclinaba sobre ella, agarrando una de sus manos con las dos suyas y presionándola profundamente contra el pliegue de su regazo—. El otro día... ¿fue anteayer? ¡Sí! Creo que sí... pero parece que he perdido toda noción del tiempo... Empecé a replantar algunas flores silvestres, allá en la orilla... orquídeas de pradera... y de repente no pude soportar no verte. Y entré corriendo y me dejé caer en el sofá y lloré y lloré. Era este mismo sofá —continuó con una voz cambiada y con lo que evidentemente era una visión rápida y repentina de los caprichos del tiempo— donde estamos sentados ahora. ¡Oh, querido, querido, nunca pensé que todo se haría realidad!

Ahora ella lloraba de pura felicidad, dejando que las lágrimas cayeran sobre el dorso de sus dedos mientras él presionaba su mano apretada profundamente en su regazo; y ella obtenía un placer salvaje y exultante por la misma desvergüenza de sus lágrimas, sin intentar detenerlas, sino dejándolas rodar por sus mejillas incluso mientras levantaba la cabeza inclinada y lo miraba.

—¿Has estado cocinando como es debido, Nell? —preguntó de repente Sam. La pregunta la hizo reír mucho y se rió a carcajadas mientras se secaba las lágrimas.

—Sí, Sam... sí, he comido —respondió ella—, pero no sé muy bien a qué te refieres con «adecuadamente». Tengo un buen trozo de tocino hervido y frío. Es la única carne que he comido en este momento... pero me he estado preparando

unas tortillas de queso y... ¡Oh, no sé! ¿Por qué eres tan curioso?

Sam no sonrió. No sin razón sintió que había pisado terreno inestable. ¡Sin duda, el tocino había sido preparado para satisfacer el gusto del dueño de la casa!

–Esta mañana –dijo– fui con John Crow y ese hombre Evans, que está en la tienda del viejo Jones, a la cima del Tor. Crow trabaja para Geard, ¿lo sabías? Van a hacer una especie de representación de la Pasión el día de San Juan. Crow le pidió a ese tipo Evans que actuara como Cristo en ella. Ha estado enviando circulares por todas partes... incluso al extranjero, según dice. Estoy seguro de que no puedo imaginarme qué pensará papá de todo esto.

–Geard está trabajando contra Philip y sus fábricas, ¿no es así? –respondió ella–. ¿Sabes, Sam? Estoy segura de que hay algo entre Philip y mi cuñada, Percy. Mi hermano no ve nada. ¡Nunca verá nada hasta que sea demasiado tarde!

Sam reflexionó, pero no sobre las fechorías de Percy Spear. –Me gusta lo que he visto de tu hermano, Nell –dijo–. Pero él no cree realmente que exista la posibilidad de que Inglaterra se vuelva comunista durante nuestra vida, ¿verdad?

La muchacha suspiró levemente. –¡Oh, no lo sé, querido! Nunca he pensado mucho en eso... ni en un sentido ni en

otro. Supongo que él sí. Pero no debería hablar por Dave. Me temo que no me considera lo suficientemente inteligente como para hablar conmigo sobre cosas así. Sam, ¿has oído algún chisme en la ciudad sobre Philip y Perséfone?

Sam sonrió sombríamente. “He oído rumores en la ciudad sobre la señora Zoyland y Sam Dekker”, dijo.

Sus pestañas parpadearon al oír sus palabras y giró la cabeza; pero un segundo después, soltó las manos de su agarre y las arrojó alrededor de su cuello. “¡Ámame, ámame, Sam!”, susurró. Se olvidaron de todo en un beso mucho más apasionado que el primero.

Cuando finalmente se separaron, Sem no pudo evitar murmurar una pregunta muy ingenua: «¿Cómo diablos fue que llegaste a interesarte por mí, Nell? A excepción de una pobre chica de ciudad de Cambridge, con la que nunca debí haberme metido, ninguna mujer se ha preocupado por mí. Eres demasiado hermosa para un payaso como yo, Nell. ¡Deberías ser la mascota del príncipe más grande de la Tierra!».

La más antigua de todas las sonrisas femeninas cruzó su rostro. Ante la aguda adoración de su amante, una mujer puede volverse tan tiernamente humorística como el cínico más astuto del mundo. Su embelesado rapto por la belleza de ella se convierte en nada en comparación con la desesperada dulzura de su entrega a él. Hay niveles de

emoción femenina en el estado de amor que los hombres desconocen por completo y para siempre. El reconocimiento imaginativo del encanto femenino por parte del hombre, su lujuria ávida, su orgullo por la posesión, su trémulo sentido del patetismo de la feminidad, su asombro ante un misterio abismal: todos estos sentimientos existen en un curioso desapego en su conciencia. Todos están separados de la ciega corriente subyacente que los une. Pero en las mujeres, cuando realmente se entregan sin reservas, se alcanza un profundo desbordamiento de abandono, donde ese desapego de la Naturaleza cesa por completo. En esos momentos, la mujer no se siente bella ni deseable. No siente que su amante sea guapo, fuerte, inteligente o valiente. Podría ser la más abyecta de las hijas de su raza. Puede que sea el menos admirable de los hijos de su raza. Puede que su cuerpo, su rostro, estén desfigurados, deformados, sucios, abandonados; puede que su personalidad sea despreciable. Ella ha alcanzado un nivel de emoción en el que todo lo que tiene que ver con él se acepta y se da por sentado; y no sólo eso, sino que se ve realmente como lo que es, sin un atisbo de idealismo. Ha llegado a un nivel en el que, con sublime e inconsciente humildad, toma como suya esta imagen, este simulacro, esta pobre figura de la tierra; y al hacerlo, acepta exactamente del mismo modo sus propias limitaciones más dolorosas, descartando irónica y tiernamente, con una comprensión que es más profunda que el propio cinismo, todas sus ilusiones amorosas eróticas.

Así pues, en el amor de una mujer, cuando ha llegado a ese nivel, *ya no queda ninguna ilusión*. Él es lo que es y ella puede ser lo que sea. Enfermo, cobarde, vanidoso, estúpido, él es su hombre. Ella se ha entregado a él como un regalo gratuito. Él es su poseedor. Ella ya no se pertenece a sí misma, sino a él. El peligro implícito en este carácter absoluto del amor de una mujer, cuando ella realmente se entrega, es que un hombre pueda vislumbrar su sublime realismo. Arquitecto de ilusiones como es, sólo en el volumen pleno y la cima de su amor puede un hombre percibir con qué realismo lo considera su mujer bajo la superficie de sus halagos. Su amor por ella probablemente se debilitará antes que el de ella por él, y esto sucederá precisamente porque su amor depende de una admiración exagerada por ella, que, si él no es algo así como un Don Quijote, se irá apagando poco a poco. El peligro trágico del «absolutismo» de su amor llegará cuando él se haya cansado realmente de ella y haya llegado a considerarla una extraña para su mente y una carga para su espíritu. En este punto, su vanidad pronto le enseñará, y su «mal genio» y «sensibilidad» pronto le enseñarán, que ella está completamente libre de toda ilusión sobre su personalidad. Y entonces entrará en juego otro elemento. El lento enfriamiento de su amor por ella despertará en la mujer una ira ciega; una ira dirigida, no tanto contra el pobre hombre débil en sí, sino contra *todos* los hombres, e incidentalmente contra todas las leyes de la Naturaleza; y cediendo a esta ira, no le importará cuánto lastime sus sentimientos. ¡Que él sufra un poco en la superficie –¡que es

todo lo que entiende!– mientras ella sufre tales torturas en las profundidades! En ese estado de ánimo, ¿cómo podría resistirse a aprovecharse de su conocimiento del carácter de él? ¿Cómo podría evitar pincharlo y aguijonearlo donde sabe que más le dolerá?

Lo que hace que una unión sea duradera en cualquier mujer es el poder de hacer ver a su hombre que lo ama muchísimo además de hacerlo. Lo que hace que una unión sea duradera en cualquier hombre es ese elemento del “Don Quijote” racional–irracional en su mente y alma. ¿Y en qué consiste ese elemento de Don Quijote? Consiste en un acto de la voluntad imaginativa, un acto del alma del hombre que es realmente creador; un acto por medio del cual él coloca a su particular Dulcinea del Toboso en un nicho indestructible e imperecedero. El acto de la voluntad imaginativa al que me refiero le da al hombre, de hecho, el poder de tratar a su mujer, mientras viva, como si estuviera muerta... lo cual es la esencia más rara de la relación humana y el triunfo supremo sobre la materia del espíritu humano.

Fue cuando Sam la miró después de haberle dicho: «Deberías ser la mascota del príncipe más grande de la Tierra», que Nell Zoyland supo que si podía pertenecerle a él, y sólo a él, los dos serían constante y permanentemente felices. Porque la muchacha vio en su mirada en ese momento esa mirada creativa profunda, obstinada, medio loca, la mirada del artista, del santo; la mirada de Algo que el flujo y el reflujo de sus estados de ánimo de mujer no

tendrían poder de cambiar: y que nada en la vida podría cambiar: porque brotaba de ese elemento de Don Quijote en el espíritu de Dios que trasciende el universo astronómico.

La muchacha se quedó muy callada y silenciosa después de haber captado esa mirada en el rostro de Sam. Su mente realista de mujer corría ahora, como un pequeño ratón de color ceniza, de tabla en tabla de la barcaza a la deriva de su embrollo, buscando la menor grieta o agujero por el que pudieran deslizarse por la borda y cambiar su destino. Naturalmente, Sam confundió su rápida concentración de pensamientos con la tristeza que la embargaba; y para cambiar su humor le preguntó qué pensaba de Tom Barter. Había llegado a este caballero como tema de conversación inofensiva al recordar cómo el hombre había estado presente con Philip la última vez que él mismo estuvo en esta habitación. Parecía que había pasado un año entero, esa noche, de ese encuentro febril, y no tenía deseos de detenerse en él ahora. ¡Pero el señor Barter serviría tan bien como cualquier otra cosa para distraer a una amante triste! Ella despertó de su abstracción de pensamientos con un sobresalto, pero no pudo evitar sonreír ante su pregunta. «Él piensa que, como a todas las mujeres, sólo me interesan los asuntos personales», se dijo.

–El otro día oí a Dave hablar de él –comentó, mientras Sam se ponía de pie y permanecía con las manos en los bolsillos mirándola en un éxtasis pacífico–. Dijo que la Corporación de Glastonbury iba a poner en marcha una fábrica propia... una

fábrica que pertenecería al Ayuntamiento de la ciudad... a todo el mundo, en realidad, pero, por supuesto, los pobres son la mayoría. Dice que este hombre, Geard, va a ser el nuevo alcalde y que va a llevar esto a cabo. Dice que Geard va a conseguir que el señor Barter deje a Philip y que será el director de esta nueva empresa. Dice que su desfile de verano será el día de apertura y que será un verdadero experimento comunista. Dice que John Crow ha hecho que este hombre, Geard, se entusiasme con ella; ¡y ya sabes lo rico que es!

Sus palabras fluían con vivaz fluidez, pero para ambos en ese momento eran como el sonido de las ondas del río del destino, en cuya tranquila marea se dejaban llevar irrevocablemente hacia adelante. Detrás de sus palabras, Sam pensaba para sí mismo: «Ya casi es la mitad de la vida. Pronto oscurecerá. Debo estar solo para pensar qué voy a hacer. Me gustaría... darle... una sorpresa... una especie de... celebración... de este día». Y detrás de escuchar sus palabras –que, para confesar la verdad, le interesaban muy poco– Sam pensaba: «Soy el hombre más afortunado de todo Somersetshire. ¡Qué hermoso es, ese ser exquisito de allí... y es mi chica! Sí, tú, viejo Sam, ¡tienes una chica de verdad propia y una que es digna de ser la mascota de los príncipes!».

Lentamente, ella también se puso de pie. –Sam, cariño –dijo–. Quiero estar sola un rato, para ordenar mis pensamientos y aclarar las cosas. También te voy a preparar

un rico té, un té de verdad, como sé que Penny prepara para ti y tu padre. ¿Dónde almorzaste, Sam?

La miró fijamente. –¿Almorzar? –murmuró–. Se fueron... dijeron... Les dije... Sí –dijo–, creo que podría comer algo enseguida. ¿Quieres que salga un rato, Nell? ¿Es eso lo que quieres decir?

En cuanto se dio cuenta de que él había captado el sentido de sus deseos, aunque todavía no tenía ni idea de su estado de ánimo, se calmó, se mostró competente y radiante. «Vete corriendo, querido», dijo, abriéndole la puerta, «y dame una hora, ¿quieres? ¿Tienes tu reloj?». Le dio un beso rápido, desapasionado y práctico cuando él salió; pero en cuanto le cerró la puerta, cayó de rodillas frente al fuego y juntó las manos en un éxtasis de gratitud a los dioses.

Nell se dio cuenta, por primera vez, de que su corazón pertenecía por completo a Sam, y con este conocimiento, todas las cosas externas se volvieron comparativamente insignificantes.

La portentosa figura de su marido se alzaba, en efecto, como una distante cadena montañosa en el fondo de sus pensamientos, pero el momento presente parecía ser suyo con una bendición tan absoluta que ningún temor ni ninguna duda sobre el futuro podría asaltarla o estropearla. Sí, se entregaría a Sam, ahora que por fin él había venido a ella. Todos los momentos que había soportado sola, desde que

Zoyland se había ido a Wookey, se reunían ahora, como un escuadrón aéreo de pájaros de alas fuertes, para impulsarla hacia esta consumación.

Dejar pasar una oportunidad sería traicionar, por debilidad y flaqueza, el paso mismo del destino.

Lo primero que hizo fue mirar el reloj para ver exactamente cuánto tiempo tenía a su disposición. «Estará fuera el tiempo que le he dicho», pensó. «¡Pobre Sam, qué pena despedirlo!». Luego se retiró a la cocina y llenó apresuradamente la tetera con agua fresca para el té, transfiriendo el agua que ya había en la tetera a una cacerola esmaltada para hervir los huevos. Luego miró el fuego de su sala de estar para asegurarse de que su amante no hubiera estropeado el rojo brillante del fuego al poner más leña distraídamente. «¡Haré que las tostadas sean lo último!», pensó, y al regresar a la cocina cortó media hogaza en rebanadas de pan. Luego se puso a trabajar con dedos rápidos y hábiles para poner la mesa. Este procedimiento, aunque rápido, le proporcionó una satisfacción tan profunda como la que el padre de Sam deseaba obtener de sus preparativos para el sacramento. Mientras ponía una cucharilla en cada uno de los dos platillos y una cucharilla para huevos junto a cada una de las dos hueveras, no se daba cuenta precisamente de que, en todo aquel oscuro sector del planeta, formas femeninas de la misma raza enloquecida por el amor hacían exactamente lo mismo en aquel mismo momento. Pero sí era plenamente consciente de que en lo

que hacía había una atmósfera deliciosa de sensualidad romántica. Su pasión más peligrosa flotaba como un incienso invisible alrededor del azucarero, la palangana, la jarra de leche y todas aquellas cucharitas de plata, algunas con el gran halcón de Zoyland y otras con su propio emblema de la lanza. Luego procedió a encender velas en su salón, lo que aportó una verdadera iluminación de todas las demás partes de la casa para arrojar brillo a su banquete de amor.

La expresión de su rostro, cuando todo esto estuvo hecho y cuando finalmente colocó dos sillas una frente a la otra, a cada lado de la pequeña mesa cubierta con un mantel blanco, era de esas que sólo uno de los grandes maestros de la antigüedad podría haber reflejado. Su nota dominante era una complacencia terrenal, irracional, casi estúpida; una complacencia que sin duda se derivaba, en una larga regresión atávica, de eones de contemplación femenina, pasiva y meditabunda, de los elementos imperecederos de la continuidad en el turbio torrente de la vida.

En el respaldo de la silla que había destinado para Sam, se dejó caer en el trance despierto de una muchacha muy joven. Zoyland había destruido su virginidad física, pero no había tocado –no, ni siquiera había alterado– ese estado de sueño virginal en la conciencia de una muchacha joven con el que espera a su primer amante, y cuya flor conserva, como un puñado de suave plumón blanco de cisne o de semilla de diente de león, para adormecer el sueño de Eros cuando finalmente llega a ella y arma su tienda.

El reloj de la repisa de la chimenea marcaba media hora desde que había despedido a Sam, y tenía otras cosas que hacer. Se levantó de la mesa y se quedó mirando durante largo rato el sofá en el que habían estado sentados juntos. Este sofá no tenía respaldo. Era, en realidad, un sofá cama individual de gran tamaño, apoyado contra la pared de la habitación. Con los ojos brillantes, corrió escaleras arriba y bajó con un gran montón de ropa de cama limpia, sacada de su arcón de ropa blanca. La extendió con cuidado sobre el sofá, colocándola entre éste y la pared. Con el brillo en los ojos y el temblor en los labios de una joven traviesa que se burla de otra, bajó, después de una segunda carrera escaleras arriba, una sola almohada y una sola funda de almohada. Cuando todo estuvo listo y ella hubo hecho la cama, lanzó la misma mirada estúpidamente feliz a este logro. Lo siguiente que hizo fue echar una mirada ansiosa al reloj y luego correr escaleras arriba para su último acto de preparación. Ya casi estaba oscuro fuera de la ventana; y había bajado las escaleras con todos los candelabros que tenía a mano. Pero sus preparativos personales eran de una sencillez tan clásica que podían hacerse perfectamente bien en esa luz gris y moribunda. Mantenía abiertas tanto la puerta de arriba de las escaleras como la de abajo, de modo que allí arriba, en su dormitorio, la luz moribunda del día natural y la luz ritualista de su Fête d'Amour se mezclaban con ese encanto peculiar y misterioso que adquieren la luz de las velas y la luz del día cuando se asocian entre sí en cualquiera de los dos crepúsculos.

Una vez más corrió escaleras abajo y, llenando una pequeña vasija de agua caliente de su cacerola esmaltada, que para entonces había empezado a humear un poco, se apresuró a regresar a su habitación, vertió el agua en su jofaina y, despojándose con dedos ávidos de toda prenda de vestir, se puso a trabajar para esponjar su piel desnuda y suave de la cabeza a los pies. Sintió, como si fuera un ibis³⁷, que su carne y su sangre eran algo aparte de la profunda conciencia con la que amaba a su amante.

Era como si ambas cosas –la mesa de té y la cama– fueran una especie de ofrenda final y triunfal, lo último y lo más querido que podía darle para que pudiera disfrutar plenamente de ese sagrado final. Después se frotó violentamente por todas partes con su toalla de baño, hasta que sus miembros brillaron cálidos y dulces; y luego se puso medias, zapatillas y un camisón que nunca antes había usado, y se echó encima una bata larga, cálida y de color azul oscuro. Cogió su cepillo y su peine y bajó a su sala de estar iluminada, donde, frente a un espejo antiguo, se peinó y se recogió el cabello, con mucho más cuidado que nunca en su vida. Quitó con cuidado los mechones de pelo que se habían quedado adheridos al peine y, mientras los arrojaba al fuego, recordó lo que una anciana nodriza de su madre le había dicho una vez (no la nodriza de su infancia, sino una mujer muy mayor que solía quedarse con los Spears cuando ella era

37 El ibis era considerado un animal sagrado para los egipcios. Creían que era un mensajero del dios Tot.

niña): que si el pelo de una niña hace un ruido al quemarse (un ruido que la propia niña puede oír), perderá su virginidad dentro de un año. «La mía ya se ha ido», pensó, «¡pero *no realmente!*».

Ya estaba preparada para recibirlo, y he aquí que, cuando miró el reloj, la hora que le había dado se había consumido casi en cinco minutos. Miró ansiosamente su brillante conjunto de velas encendidas. Luego se miró a sí misma, con su bata azul, en el espejo. Por un instante, experimentó un verdadero escalofrío de placer al ver los ojos brillantes y las mejillas radiantes que vio reflejadas; pero un recuerdo repentino de una noche en la que había estado esperando a Zoyland la invadió y se dio la vuelta apresuradamente.

Mientras tanto, Sam había estado caminando lentamente a través del crepúsculo en la misma dirección por la que había venido. Era consciente de una vaga sensación de fertilidad en el aire húmedo de primavera y de los movimientos ocultos de los jugos vegetales en las raíces y tallos mientras sus pies se hundían en la suave hierba de la orilla del río, donde espesas franjas de hierba del año anterior, tendidas a lo largo del suelo y pisoteadas por las patas del ganado, se intercalaban con parches de brotes jóvenes de primavera y con el follaje inmaduro de milenrama y acacia.

Mientras caminaba, sentía que la vida era a la vez mucho más excitante y mucho más peligrosa de lo que jamás había

sospechado. La libertad de conciencia con la que había besado a Nell dos veces esa tarde, dando rienda suelta a sus sentimientos, no estaba amenazada, incluso ahora, por ningún escrúpulo moral. Su naturaleza pesada y perezosa, una vez despertada por la magia del sexo, tenía tan poco de vicioso en ella –en el sentido de estar aislada y separada de la ternura y la compasión– que no traía consigo ningún sentimiento de culpa. Se justificaba a sí mismo: y sentía pura y simple exaltación en ello. Lo extraño era –y cuando el crepúsculo oscureció a su alrededor esto era lo que le resultaba difícil de comprender en sí mismo– que la renuncia a toda "posesividad", que era su nuevo ideal, no le impedía aferrarse a este momento de amor dado por la oportunidad. La verdadera razón era que la devoción de Sam por Nell –su único amor verdadero– era tan incondicional y sincera que sus sentimientos, en ese momento celestial, no llevaban consigo esa sensación de «tomar» a la que se había propuesto renunciar. Amar a Nell, ahora que sentía que ella realmente lo amaba, le parecía tanto una entrega como una toma. Lo que le inquietaba un poco, mientras atravesaba las brumas del río y hundía los talones y el bastón en ese suelo magnético de primavera, era la exultante exaltación de su propio estado de ánimo. La vida le parecía, en ese momento, casi demasiado excitante, casi demasiado cargada de peligros y éxtasis eléctricos. Sam no era un cobarde, pero era esencialmente un animal lento, de ingenio lento y tímido. Hasta que apareció Nell, su comportamiento había sido tan sereno y tan sólidamente terrenal que se sintió asustado por

ese nuevo alboroto en sus nervios, por ese nuevo mercurio que corría como una «materia peligrosa» desconocida por todas sus venas. Mientras caminaba a ciegas en la humedad gris, se atrevió a articular la palabra «santo» que llevaba en lo más remoto de su conciencia. «¡Seré un amante y un santo!», gritó su corazón.

Sam nunca olvidó después aquella caminata de una hora por la orilla del arroyo Whitelake. Llevado por la ola creciente de su deliciosa aventura, lo que más se parecía a Sam era a un muchacho que se ha “embarcado” y que de repente se encuentra en medio de una situación abrumadora; una situación que hace realidad al mismo tiempo todo su deseo de ser “heroico” y toda su ansia de romance. En el fondo de su naturaleza, Sam tenía un mínimo de sentido común flemático; y en el mismo torbellino y chapoteo de la aventura a la que respondía, conservaba un cierto fondo de desconcertada sorpresa por el hecho de que fuera él mismo –el yo tímido, lento y poco emprendedor que tan bien conocía– el que hubiera recibido un privilegio tan perturbador. Comparadas con lo que Nell sentía en ese momento, las emociones de Sam eran patéticamente juveniles. El Don Quijote que había en él se había despertado. Pero eso era realmente lo único en lo que la muchacha podía apoyarse. Por lo demás, estaba en un estado de ánimo de tal desconcierto turbulento que la ocasión, con todo lo que traía consigo, le pareció sólo a medias real. En la mayoría de las relaciones amorosas entre

hombres y mujeres, este elemento de "realidad" está distribuido de manera desigual; pero en este caso era especialmente así; porque mientras que para Nell cada aspecto de lo que estaba sucediendo era vívidamente claro, para Sam todo estaba envuelto en una vaga niebla. Sin embargo, no exactamente en una niebla idealista; porque el astuto zorro Quantock que había en él mantenía todo el tiempo un escrutinio olfativo de lo que estaba sucediendo. Todo el ser de Nell, por el contrario, se fundió en "realismo" en esta noche trascendental. Todo era para ella el doble de real de lo que solía ser; y las cosas siempre eran bastante reales.

Mientras Sam seguía pensando para sí mismo: "¡Qué desconcertante confusión es la vida! ¡Aquí estoy, deseando ser un santo y, sin embargo, con la oportunidad de pasar la noche con la chica más dulce de Somersetshire! –pensó Nell simple y llanamente–. Quiero darle todo lo que tengo a Sam. ¡Por fin ha venido a mí! ¡Por fin ha venido a mí!

Cuando Sam se detuvo por fin, cerca del puente de Whitelake, y encendió una cerilla para mirar su reloj, vio que ya habían pasado cuarenta minutos desde que había salido de la casa. Esto lo irritó, porque apenas podía atravesar en veinte minutos los campos que le habían llevado cuarenta minutos cruzar. Su barbilla empezó a temblar cuando puso el reloj a la hora correcta y se maldijo a sí mismo por su despiste. Sin embargo, en el momento en que se dio la vuelta, vio una luz tenue, borrosa y difusa en el cielo

occidental. Supo de inmediato qué era ese signo que colgaba en los cielos: ¡la luna joven! La niebla del río y los vapores aún más insidiosos que flotaban a través de Queen's Sedgemoor oscurecían tanto esa luminaria fragmentaria que no era un objeto brillante lo que estaba mirando. Ahora estaba casi al este de Whitelake Cottage, de modo que esa tenue mancha blanca en la oscuridad colgaba directamente sobre la morada de su amada. En aquel momento, el objeto fantasmal le pareció mucho más que un fenómeno natural. Con una de sus manos, cogió con avidez un manojo de ramitas de sauce que crecían en la copa de un viejo árbol desmochado, cuyas raíces se hundían en la tierra húmeda a sus pies, e inclinándose hacia delante, levantó exultante su bastón en el aire. La tierra oscura que tenía debajo le pareció entonces un enorme caballo de crin salvaje, sobre cuyo ancho lomo se desplazaba a través del espacio. Un penetrante olor a almizcle se elevaba desde el lugar donde sus pesadas botas presionaban contra aquella enorme criatura viviente. Allí debían de haber crecido plantitas de menta acuática común para provocar ese olor; pero su dulzura aromática añadía otro elemento a su encanto.

De aquel fragmento de misterio blanco se deslizó por tierra y agua hasta el alma de Sam Dekker una delgada y ondulada corriente adornada de dulce perturbación. Se convirtió en una ola en el canal de Bristol, una fronda de helecho en las colinas de Quantock, un cristal en un muro de piedra de Mendip, una perca de rayas negras en el río Brue bajo el

punto de Pomparles. Sam y aquel viejo desmochado, cuyos brotes juveniles estaba agarrando con una intensidad tan ciega, se entregaron juntos tan completamente al poder de aquella luna oscurecida que un magnetismo idéntico se derramó a través de la carne y la sangre del hombre y se estremeció a través de las fibras vegetales del árbol. ¡Sí! Sam se sentía como un jinete temerario, torpe y rígido en su nueva libertad, pero montado sobre el oscuro lomo equino y detrás de la melena ondulante de la tierra giratoria, y llevado torpemente a través de las nieblas húmedas hacia su deseo. Poco sabía qué naturalistas sobrehumanos lo observaban entonces, tan interesados en sus travesuras actuales (y no menos comprensivos) como él mismo lo había estado tantas veces en el acuario del “museo” de su padre. ¡Aquella mancha blanca informe, que todavía tardaba en hundirse bajo el horizonte de juncos en los vapores del páramo de Sedge, era para estos observadores como la vela que Sam sostenía a veces sobre alguna mascota favorita con aletas! En un universo tan emocionante y tan doloroso con una conciencia rebotante, el hombre y el árbol desmochado se tensaban y anhelaban juntos hacia esa imagen brumosa en el oeste. Frías contra su alma, esas ramitas suaves eran dedos. Fría contra su cintura la respiración del río. Salvajes y sin embargo débiles en sus oídos estaban los sollozos del agua mientras se agitaba en la oscuridad en las raíces ocultas y alrededor de los tallos huecos.

Ahora rompió con valentía su trance, desgarrándolo como

si fuera un dinosaurio prehistórico que se abriera paso a través de una maraña de vegetación monstruosa iluminada por la luna. Apretando el bastón por el centro y cerrando los puños, se dispuso a volver a cruzar, con un trote obstinado, aquellas largas extensiones de pradera en menos de la mitad del tiempo que había tardado en cruzarlas. Así pues, sólo era un cuarto de hora más tarde que la hora que su amada le había dado cuando llegó jadeante a la puerta de Whitelake Cottage y dio una serie de golpes rápidos y bajos. Ella no lo dejó esperar allí ni un segundo. ¡Había estado sentada en ese sofá que había convertido en su cama, escuchando y anhelando! No era su destino ver la luna esa noche. Cuando Sam, parpadeando y jadeando, arrojó su sombrero y su bastón sobre una silla vacía y la abrazó contra su corazón, pensó: « Si la vida sigue así, mi corazón estallará de tanta alegría». Pero no tenía por qué tener miedo. El «gran proceso de succión» de la materia cosmogónica, siempre esperando drenar en su enorme y ciega barriga de arcilla los extasiados matices de sus hijos adoptivos, pronto entró en acción, absorbiendo las gotas derramadas de su felicidad.

Se sentaron a la mesa para disfrutar de su increíble cena. Nell había sido muy sabia al limitar su ración esa noche a los elementos más sencillos: té, huevos, mantequilla, pan, miel y mermelada de grosella negra. El sabor de cada uno de estos alimentos (y Sam los devoró todos a tragos rápidos, infantiles, de celestial voracidad) no les trajo a la sangre amorosa más que la poesía misma del sustento mortal. Ella

se apretaba constantemente la parte delantera suelta de su bata azul alrededor de sus pechos, de modo que Sam permaneció, durante toda esta deliciosa comida, en completa ignorancia del hecho de que ella se había desnudado para él, salvo por su ligero camisón.

En cuanto a la diferencia entre las sensaciones de Sam y Nell, mientras comían en medio de ese resplandor de velas y con la cama preparada, la situación era completamente distinta a la de antes. Era Nell la que se había vuelto consciente y distante, saboreando cada bocado que tanto ella como su amante se llevaban a la boca y demorando su tiempo bebiendo té cuando su hambre estaba saciada. Sam, por otra parte, con el corazón palpitante, no podía apartar de su mente la idea de que cuando terminaran de comer, podría abrazarla. Había notado al entrar el aspecto cambiado del diván y, aunque con el tacto de un amante había evitado cualquier referencia a esa transformación, era evidente para él que la muchacha estaba asumiendo tácitamente que iba a pasar la noche allí; y este era un hecho en sí mismo suficiente para despertar sus sentidos. Así, aunque comió con hambre y con una voracidad nerviosa, se sintió demasiado excitado para disfrutar con la satisfacción de todo corazón con que la muchacha experimentaba el progreso de su comida. El profeta tebano puede haber tenido razón cuando dijo que en el acto de amor la mujer siente una emoción mayor que el hombre; pero se habría equivocado si hubiera dicho esto sobre la expectativa de tal

consumación. El amor físico de una muchacha, excepto en el momento del contacto real, es mucho más difuso que el de un hombre. Por lo tanto, mientras disfrutaban del té, Nell se repetía a sí misma: "¡Este es mi Sam! ¡Mi Sam ha llegado por fin! ¡Mi Sam me pertenece a mí y yo a él! No hay ninguna chica en todo el mundo más feliz que yo. ¡Ha llegado a mí por fin con un corazón libre! ¡Él me ama sólo a mí y yo sólo a él! ¡Qué bellamente brillan esas velas! Qué bueno que a Sam le guste la mermelada de grosella negra. De ahora en adelante, siempre que vea mermelada de grosella negra, pensaré en él. ¡Qué contenta estoy de haberme puesto mi bata azul!

Pero la felicidad de Sam se vio un poco empañada durante todo ese tiempo por el impetuoso anhelo de sus sentidos. «¿Me dejará abrazarla hasta el final ahora mismo? ¿Cuánto me atreveré a abrazarla? ¿Dormirá conmigo toda la noche en esta cama que ha preparado? ¿O es sólo para mí? ¿Insistirá en subir las escaleras por la noche y dejarme aquí solo?» Finalmente se impacientó tanto que no podía esperar a darle tiempo para terminar su segundo cigarrillo. Se levantó, rodeó la mesa y se lo arrebató de la mano. Lo arrojó al fuego. La levantó. Apagó las velas que ardían intensamente en la repisa de la chimenea ¡incluso mientras todavía le agarraba la muñeca!

En ese momento, mientras se sentía arrastrada por la muñeca a través de la habitación, conoció su primer espasmo de miedo hacia su hombre; ese delicioso miedo que

es un elemento en todo encuentro auténtico entre los sentidos. A pesar de toda la brutalidad amorosa de William Zoland, aunque Nell había sentido vergüenza e incluso angustia física cuando él la abrazaba, nunca había sentido un estremecimiento de miedo tan delicioso como éste. La incomodidad, el shock material del rapto bajo la violencia de Zoland, se había visto mitigado por cierta inercia pasiva, como la resistencia original de la materia misma al movimiento de la creación ciega. Pero ahora, mientras sentía que le arrancaban la bata azul del cuerpo y veía el brillo impersonal en los ojos de oso de Sam, conoció un miedo mucho más profundo que el mero miedo de una muchacha en manos de un violador. Conocía el miedo de ver a su Sam, su propio y bien conocido Sam, transformado en algo desconocido y dulcemente terrible. Pero ese miedo sólo duró hasta que la llevó a la cama cuidadosamente tendida. Entonces, con increíble rapidez, desapareció por completo. La causa de su desaparición –aunque ella no lo analizó– fue que se había despertado en ella, por fin y por primera vez, la sensación más fuerte, más punzante, más arrebatadora que existe en el mundo: ¡la sensación de un cuerpo femenino abandonado al hombre que ama! Al hombre, no al *cuerpo del hombre*. Porque lo curioso es que, mientras que en ese momento supremo ella se había vuelto absolutamente impersonal para él –la carne de una mujer en el espacio vacío–, él seguía siendo para ella el hombre real, personal y consciente que amaba. La extrema sensación de ella –esa

sensación que Tiresias³⁸ (¡para su propio desastre!) había colocado por encima de la del hombre– implicaba una vívida conciencia de que ella, Nell, estaba siendo poseída por él, por Sam.

Pero con él era completamente diferente. Su auténtico amor por ella, su compasión, su ternura, su sentimiento por su belleza, simplemente habían abierto de par en par las puertas del éxtasis. A través de esas puertas se precipitó ahora un raptó de sensación incorpórea, insensible, delirante. Esta sensación, que dominaba ahora todo el campo de su ser consciente e inconsciente, era mucho más ciega, más simple, menos complicada que todo lo que ella sentía. Las sensaciones de ambos se centraban en el cuerpo de *ella* no en el de él. El cuerpo de él no era sino el motor de la conocida personalidad que ahora la disfrutaba. Su cuerpo podía haber sido feo, grosero, deforme, grotesco. Podía haber sido de madera, de hierro, de piedra, de cemento, de turba, de arcilla. Era el cuerpo querido de su hombre, ¡y eso bastaba! Si hubiera sido el cuerpo de un leproso, habría sido lo mismo. Pero con él, una vez más, fue diferente. Su conciencia, incluso al principio de su deleite, sólo pudo expresar su arrobamiento con el concepto: «Es demasiado

38 En la mitología griega, Tiresias fue un adivino ciego de la ciudad de Tebas. Zeus y Hera recurrieron a él como árbitro en una discusión sobre quién experimentaba más placer sexual, si los hombres o las mujeres. Cuando Tiresias afirmó que el hombre experimenta una décima parte del placer que la mujer, Hera, indignada por haber revelado su secreto, lo castigó dejándolo ciego. Zeus, sin embargo, le otorgó el don de la profecía y una larga vida.

dulce». Luego llegó un momento más en su éxtasis en el que ni siquiera pudo articular eso; en el que tal vez no pudo decir más para describir lo que sentía que un galimatías perfectamente incoherente, un galimatías infrahumano que sería idéntico a lo que un pájaro, una bestia, un reptil, pronunciaría o intentaría pronunciar al sumergirse en ese dulce olvido.

A pesar de las innumerables ocasiones de satisfacción erótica –paroxismos de abrazos normales y anormales– que siempre alcanzan su consumación por todos lados en la gran marea vertiginosa de la vida, es sorprendente cuán pocos encuentros entre enamorados, alcanzan el éxtasis sublime y absoluto que alcanzaron esta noche estos dos. Se necesita mucho más para esto que la mera atracción física o la mera reciprocidad mental, ¡o incluso ambas cosas juntas! Casi parecería como si cada uno de nosotros escondiera en los rincones secretos de su ser una potencialidad para este éxtasis supremo, pero una potencialidad que solo puede ser despertada por una persona en particular. Puede que sea una ilusión esa sensación que tan a menudo tienen los amantes de haber encontrado su único «alter ego» solitario en el universo, cuya identidad complementa la suya, pero ciertamente no es una ilusión, sino un hecho trágico que muchos seres humanos (y de ningún modo personas hambrientas de sexo) se vayan a la tumba sin haber conocido jamás ese indescriptible transporte. ¡Sam y Nell sin duda lo conocieron en toda su plenitud esa noche de Luna Nueva!

Bebieron tan grandes tragos de él; se sumergieron en él tan desesperadamente, tan completamente, que en la mezcla de sus identidades no parecía quedar ninguna porción de ninguno de ellos (cuerpo, alma o espíritu) que no estuviera fusionada y perdida en el otro.

Lo que el bastardo de Lord P. habría visto si hubiera abierto la puerta que se cerraba ante ellos –un hombre y una muchacha que luchaban por volver a una unidad platónica primigenia que alguna maldición terrestre había interrumpido– habría sido una parodia pobre, falsa y burda de lo que sus conciencias sumergidas estaban sintiendo. No era en ninguna forma corporal como la realidad se presentaba ante aquellos dos en ese momento. ¡Su éxtasis mismo era la realidad, la verdad, la esencia de lo que ocurría entre ellos! Sí; la «entelecheia», por así decirlo, de sus desesperados abrazos sobre ese diván, no estaba en la idea de sus cuerpos; no estaba en la forma de sus cuerpos. Tales aspectos de este acontecimiento en el tiempo y el espacio habrían sido falsos si se los hubiera tomado como la realidad real de ese momento.

La «realidad» de ese momento –de esa serie infinita de momentos– era lo que sentían; y lo que sentían estaba más allá de todo simbolismo humano. Lo que sentían era más arrebatador que una lluvia de meteoros cegadores y deslumbrantes cayendo a través de la eternidad. ¡Fue un aguacero iridiscente que descendió desde regiones translunares desconocidas y se encontró con una torre de

aguas profundas que se derrumbaba y era arrojada desde el abismo!

Nell era una muchacha sencilla y natural, y en lo que a su intelecto se refería, una muchacha corriente. Sam era un hombre sencillo y natural, y en lo que a su intelecto se refería, un hombre corriente. Pero comparada con la proyección de éxtasis delirante que su encuentro aquella noche alojó en la atmósfera que rodeaba Whitelake Cottage, la intensidad neurótica de la atracción entre John y Mary Crow –desconcertados, atormentados, provocados, palpitando con ansias no realizadas y tal vez irrealizables de una consumación que se burlaba de ellos con su proximidad sólo para alejarse de ellos nuevamente– era algo tan triste como estéril.

Fue la muchacha la que, cuando cayó la noche, se deslizó de sus brazos y apagó las mechas chisporroteantes de las dos velas moribundas y apoyó el protector de fuego contra los barrotes de la chimenea. Él apenas se despertó cuando ella regresó, tan somnoliento estaba. No era sólo la felicidad del amor lo que hacía que el sueño lo cubriera con esas plumas de cisne; era la excitación de las últimas dos semanas, semanas que habían estado llenas de una agitación mental completamente nueva para su naturaleza terrenal. También Nell pronto se vio arrastrada en ese olvido celestial, acurrucada contra él; y si el bastardo de Lord P. hubiera llamado con fuerza a la puerta que separaba a estos amantes de esa silenciosa noche de primavera, habrían pasado largos

segundos antes de que sus dos almas, tan profundamente implicadas, ¡sí! implicadas hasta lo más profundo del subconsciente de cada una de ellas, se levantaran para hacer frente a esa intrusión fatal. Pero ningún golpe en aquella puerta cerrada, ningún golpe en aquella ventana oscura perturbó la paz de aquellos dos durmientes. Como la pobre Tittie Petherton, que ahora dormía con una expresión de felicidad como no había tenido desde que la enfermedad la atacó por primera vez, dormían el sueño de quienes son "árboles entre los muertos". El sueño del amor consumado no tiene en verdad nada en el mundo comparable a él, excepto el sueño de la madre y el hijo.

Mientras los dos dormían, la luna informe se hundía en el borde de las colinas de Polden. Mientras los dos dormían, pequeñas ráfagas de aire de medianoche, menos perceptibles que cualquier viento pero que rompían la quietud absoluta, agitaban los brotes de hojas pálidas y verdes sobre muchos nidos de gorriones a medio terminar entre Queen's Sedgemoor y las llanuras de Lake Village. Aquí y allá, sin que Sam Dekker ni ningún otro naturalista lo supieran, algunos de esos nidos contenían uno o dos huevos fríos y prematuros, sobre cuya frágil y teñida esfera azul se movían sigilosamente esos ligeros movimientos del aire que continuaban sus misteriosos viajes de un horizonte oscuro a otro. Sobre la rica tierra negra de los dos jardines amurallados del señor Weatherwax colgaban inmóviles las cabezas de los junquillos dulces como la miel y los narcisos

de aliento débil, demasiado profundamente dormidos en ese sueño primordial de la vegetación de cálices verdes, más profundo y más antiguo que el sueño de los pájaros, las bestias o los hombres, para responder, incluso con el temblor del más pequeño de los pétalos, a esos ligeros movimientos del aire de medianoche. Los nervios terrestres sensibilizados de esa porción del planeta materno en que vivían estos seres respondieron al sueño de su numerosa prole, mientras ella avanzaba en su órbita, con una deliciosa somnolencia propia en los brazos de la noche, encerrándolos a todos en esos espacios interestelares y reconfortándolos a todos con una paz mayor que la paz de ella.

XII. EL DOLOROSO GOLPE

En la posada Green Pheasant Inn de Taunton, una pequeña taberna antigua situada en una callejuela de esa antigua ciudad, en una de las mañanas más frías de ese agitado año, Perséfone Spear estaba sentada en la cama donde ella y Philip habían pasado la noche. Estaba allí sentada con su combinación blanca y sus rectos hombros de Artemisa³⁹ al descubierto, poniéndose las medias negras. Philip acababa de llegar al final del pasillo para darse un baño y la mujer podía detectar ahora, entre los demás sonidos matutinos de esa pequeña posada, los sonidos del limpiabotas que reemplazaba a los viajantes de comercio en las distintas puertas, los de la criada que traía latas de agua de afeitar a las puertas y daba golpes atrevidos y desvergonzados, los

³⁹ Artemisa era la diosa griega de la caza, la naturaleza salvaje y la castidad. Hija de Zeus y hermana de Apolo, era la protectora de niñas y mujeres jóvenes y la protectora de los partos.

ladridos de los perros en el patio adoquinado, el pisoteo de un caballo viejo en su establo, el fregado de un automóvil en un garaje abierto por un niño que silbaba, el sonido del agua que salía corriendo del grifo de la bañera. La naturaleza de la mujer parecía como si se estuviera juntando en una pequeña bola redonda, atándose en un pequeño nudo apretado y haciéndose tan pequeña, dura y poco atractiva como era posible. Trataba sus delgadas piernas de niña con mucha rudeza mientras se ponía las medias. Pensó: «¡Oh, si pudiera ponerme las medias y la falda antes de que él regrese, no me tocará más!». Con fuertes tirones se puso las medias; y luego, sin prestar atención al polvo de la alfombra, se puso la falda, dejando que se arrastrara por el suelo. El dibujo de la alfombra consistía en grandes ramilletes de rosas, cada rosa dentro de un marco cuadrado de líneas marrones opacas. El asco que sintió al ver su hermosa falda gris en contacto con esa horrible alfombra la hizo pincharse los dedos mientras sujetaba la banda negra con un gran imperdible. «¡Mi cintura nunca se vio tan pequeña!». «¡Qué vergüenza!», pensó, y en efecto el uso del imperdible se había producido porque, después de la excitación de su experiencia en Wookey Hole, la banda de su falda se había vuelto demasiado ancha. Se apresuró a llegar a la silla donde estaba su chaqueta gris y presionó un brazo –y luego otro– sin aliento y con violencia contra su tranquilizadora protección hecha a medida.

Como Artemisa, había descubierto que la peor parte de su relación con Philip (y lo mismo había sucedido con Dave) era el hecho de tener que desvestirse y que le hicieran el amor sin la defensa de su chaqueta y falda de tweed Harris de olor dulce. «Me gustaba conducir por los senderos», pensó, mientras Philip se encariñaba cada vez más conmigo, ¡pero no podía tocarme! Me gusta que me bese y me abrace tan fuerte en el momento en que está a solas conmigo, cuando el largo viaje lo ha excitado tanto. Me gusta el olor a que le huelen las mejillas a viento y a polvo fresco de la carretera. Me gustan las cenas que tenemos juntos en estos lugares, con las tímidas camareras jóvenes en las mesas y las descaradas en el bar, y los jardineros tocándose la frente rapada, mirándome los tobillos de reojo y mirando a Phil con tanto respeto. Son estas noches las que son tan horribles. ¡Oh, por qué los hombres están hechos así! ¿Por qué están hechos como están? ¿Qué me pasa que me encojo tanto ante estas noches con Philip... y sin embargo disfruto de los días con él? ¿Sienten otras mujeres lo que yo siento? ¿Existe una conspiración secreta y profunda entre nosotras para callar este odio al contacto piel con piel, este asco por la forma en que son cuando hacen lo que quieren con nosotras? ¿Estoy traicionando algún silencio trágico que la Naturaleza desde el principio ha impuesto en oscuros susurros a sus hijas? ¿Es el dolor del rapto sólo uno de los sufrimientos inevitables de las mujeres... impuesto sobre nosotras desde el amanecer de los tiempos? ¿Es este encogimiento, este odio, algo que todas las mujeres sienten?

Tomó el peine para peinarse sus cortos y recortados rizos. "¡Maldita sea!", murmuró en voz alta. Su ira se elevó de repente contra todas las cosas intolerables que una persona tenía que soportar. Su ira aumentó contra el lavabo, con las dos palanganas blancas una al lado de la otra y la jabonera en la que había puesto un trozo de jabón de lavanda que Philip se había llevado al baño.

«Me pregunto», pensó, «si esos idiotas de Glastonbury, ahora que han elegido a Geard, harán lo que le sugerí a Dave y tratarán de poner en marcha una auténtica fábrica comunista, bueno, del Ayuntamiento... algo a una escala mucho mayor que ese estúpido negocio de los souvenirs». Se quedó de pie en medio de la habitación, sosteniendo el peine en sus manos. Impulsada por una fascinación espeluznante, se dirigió a la puerta y la abrió con suavidad... mordiéndose el labio inferior mientras giraba el picaporte. Se encontró con esa combinación de curiosos olores sofocantes que siempre exhala el pasillo de un dormitorio de una pequeña posada. El pasillo estaba lleno... también... de esa particular luz matutina que parece no tener nada que ver con el sol, que parece provenir de algún depósito de luz pálida y terrestre que no es ni natural ni artificial, sino una luz especialmente dedicada a los pasillos de las posadas, cuando sólo se mueven las maletas y las criadas más ancianas, y un olor a humo de cigarro y queso rancio invade la escalera. Ella continuó manteniendo la puerta entreabierta, mientras se inclinaba hacia adelante para

escuchar, con sus párpados sucios todavía pesados por el sueño y sus rizos castaños todos desordenados y arrugados.

¡Se oyó el chapoteo de Philip! Venía de detrás de aquella puerta, sobre la que había una placa de mármol blanco con la palabra «Baño». Perséfone lo escuchó con atención petrificada. «¿Todas las chicas –pensó– sienten esas extrañas sensaciones de atracción espeluznante y de repugnancia nerviosa hacia los hombres? ¡Cuánto más consciente es una chica que un hombre de las relaciones entre hombres y mujeres! Sé que en este momento Phil está disfrutando de su baño, de su profundidad exacta, de su calor exacto, del hecho de haber traído su gran esponja, ¡tal como un niño podría disfrutar de estas cosas! Se ha olvidado por completo de que salté de la cama y me quedé tanto tiempo junto a la ventana en mitad de la noche. ¡Prácticamente se ha olvidado de que existo!»

No estaba muy equivocada. Extendido cuan largo era en el baño, disfrutando del agua caliente (porque en The Elms no había baño), los pensamientos de Philip podrían expresarse de la siguiente manera: «Tibio... agradable... jabón... agradable... mancha en la pared con la forma del perfil de Barter... empieza a cavar en Wookey... Excepto el viejo Merry, nadie lo sabe... mucho estaño en Wookey... diabolus metallorum... plumbum candidum... Hermes... estaño de río... depósito aluvial... turmalina... espato... cuarzo... óxido estánnico... casiterita... cloruro estánnico... precipitado púrpura... púrpura de Caaius... sal de estaño... cristal de

estaño... ceniza de estaño. Empezó a obtener extraordinarias satisfacciones al tomar su gran esponja, llenarla de agua y apretarla sobre sus rodillas con ambas manos. La esponja se convirtió en la colina sobre Wookey donde pretendía extraer estaño y sus rodillas se convirtieron en fragmentos irregulares de este precioso depósito aluvial y el agua a ambos lados de sus muslos era el río subterráneo. «Dejad que Geard tenga su espectáculo», pensó. «¡Que cave en busca de la tumba de Merlín! Voy a cavar en busca de estaño... diabolus metallorum... ¡Convertiré esta ciudad en algo diferente de un lugar de exhibición engañoso! Venderé mis tintes y venderé mi estaño a todos los comerciantes de Europa... ¡Qué bueno que no soy responsable de Perse! ¡Dejemos que Monsieur Agitator apoye a mi dulce prima, mientras yo la disfruto a mi aire!

Empezó a apretar la esponja con más fuerza y con más satisfacción. Descubrió que frente a él había una pequeña ventana en la que el cristal de colores había sido sustituido por un cristal normal y desde esa ventana podía ver una gran distancia sobre los tejados de Taunton. Incluso creyó ver la cresta de las colinas de Polden entre dos chimeneas. Se apoyó en la bañera sobre las palmas de las manos. Pero la cresta desapareció y en su lugar se alzó una de las grandes torres de la iglesia de Taunton, famosas en todo Somersetshire y sólo superadas por la de San Juan en Glastonbury. La visión de ese edificio religioso, tan alto y macizo, perturbó el curso de sus pensamientos. Se hundió

de nuevo en la bañera. Una vez más reapareció aquella pequeña línea lejana entre las chimeneas. Automáticamente empezó a apretar de nuevo su gran esponja, pero el agua se estaba enfriando y la visión de esa torre había roto su complacencia.

«¿Por qué hizo eso?», se preguntó, pensando, con el ceño fruncido, en el incidente de la noche en que la mujer saltó de la cama y se quedó tanto tiempo junto a la ventana. «No creo que me dé un hijo», se dijo. «Hay algo en ella... ¡No! No es del tipo maternal, mi dulce Perse,

–¡No hay forma de superarlo! –Se entregó entonces, mientras salía del baño y comenzaba a secarse apresuradamente, a sus propios y peculiares y favoritos pensamientos voluptuosos. Cada hombre tiene su propio conjunto de imágenes voluptuosas con las que su mente tiende a retozar en un momento como éste, cuando su cuerpo está radiante y renovado. Los pensamientos de Philip tenían que ver con los hombros desnudos de Perséfone tal como se veían –no en camisón, porque soñaba como un niño por la noche y aunque eso hubiera complacido a John, no le sentaba bien a Philip–, sino en su combinación. Por lo tanto, no fue un golpe pequeño para él –pues había previsto todo lo contrario– cuando, al entrar en su habitación con un golpe rápido y seco, la encontró completamente vestida y sentada de nuevo junto a esa maldita ventana.

Ese momento fue, en verdad, un momento fatal y

memorable en la historia de sus relaciones. Era como si, mientras él se bañaba y ella se peinaba, se hubiera abierto un abismo mortal entre ellos. Ella estaba sentada en el brazo de un sillón, apoyada contra el alféizar de la ventana. Su pose era retraída, casta, reservada, remota, su rostro frío y pálido, sus párpados medio cerrados. Observaba atentamente la cabeza del viejo caballo de tiro, cuyos cascos, al pisotear el suelo del establo, habían grabado en su mente una amarga melodía a ciertos intervalos durante esa noche. El viejo caballo miraba por una pequeña ventana cuadrada y el muchacho que había estado limpiando el automóvil le acariciaba el cuello. Seguía silbando la misma melodía, y cuando Philip se detuvo en la ventana para seguir la mirada de la muchacha, comenzó a cantar: «He decidido zarpar... zarpar... zarpar... En las colonias pienso intentar... pienso intentar...” El muchacho cantó con una voz tonta y arrastrada. “Ha oído esa melodía en una rotonda”, comentó Percy, atrayendo la cabeza y esquivando el brazo con el que Philip intentaba capturarla. “Yo solía oírla cuando llegué por primera vez a Somerset”.

Permanecieron juntos por un momento, sin tocarse, observando unas palomas que revoloteaban sobre el techo del establo. Philip se sintió vagamente enojado con esas elegantes aves cuyas alas brillaban como los destellos metálicos de Wookey Hole. Sus arrullos y sus cantos eran un acompañamiento orquestal a la voz del muchacho. Perséfone se dijo a sí misma: «¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

¿Cómo puedo librarme de tener que someterme a este tipo de cosas con él otra vez?». Cuando se dio la vuelta para entrar en la habitación, sus miradas se cruzaron y ambos supieron, sin que mediara una palabra entre ellos, que se había levantado una barrera que sería muy difícil de destruir.

–¡Bien! –comentó ahora con jocosidad forzada–. Si estás satisfecha con tu actuación, ven corriendo mientras me visto y verás cuánto tiempo tenemos que esperar para desayunar. Tengo que estar en la oficina a las nueve de esta mañana. Un abogado de Yeovil vendrá a verme en el primer tren.

Ella lo miró con frialdad y curiosidad: “¿En qué lío te has metido ahora, Phil? ¿Te han descubierto por fin?”. Habló al azar, pero cuando terminó de hablar deseó no haber dicho precisamente eso.

Las mejillas morenas de Philip se habían oscurecido, y ella vio que ese «abogado de Yeovil» estaba acudiendo a una misión desagradable. En realidad, Philip lo había llamado a causa de un párrafo del *Western Gazette* que parecía una referencia encubierta a Jenny Morgan y su hija Nelly. «¡Dios mío, Perse!», gritó, empujándola hacia la puerta. «No empieces a inventar razones para mis entrevistas legales. ¡Caramba, tengo una serie de abogados que vienen a la oficina esta semana! ¡El de hoy es el más inofensivo de ellos!».

El día que había comenzado para Phillip y Perséfone con el

canto de las palomas y el canto lunar de “He decidido partir” se tornó inusualmente caluroso para la última quincena de marzo cuando llegó el mediodía.

Sam y su padre, que habían tenido ocasión de visitar una casa en Hill Head, que es una calle que lleva al pie de Wirral Hill, estaban haciendo un atajo para volver a casa a cenar temprano a través de la extensión de hierba de las ruinas de la Abadía. Hasta ese día habían evitado cuidadosamente el peligroso tema, pues estaban ocupados en un intento de sobornar, amenazar, engatusar, persuadir o aterrorizar a uno de sus recalcitrantes niños del coro para que abandonara su hábito de acechar a las niñas de Hill Head cuando pasaban por un terreno comunal de camino a casa desde la escuela. Había varios arbustos espinosos antiguos creciendo en esa parcela de tierra baldía, algunos de ellos apenas tocones, que el señor Evans, en sus divagaciones diarias por el lugar, ya había decidido que eran mucho más viejos que el más famoso del cementerio de San Juan. De hecho, en el calor de sus frenesíes y sus fantasías, el señor Evans había llegado a persuadirse de que esa particular extensión de tierra –que ciertamente presenta, incluso en nuestra época, un aspecto algo desolado– era el verdadero emplazamiento de esa Terre Gastée, de los romances medievales, que se marchitó y arruinó después del Golpe Doloroso asestado por el desafortunado Balin al Rey Pelleas, el Guardián del Grial.

Los «Golpes Dolorosos» del joven Chinnock –desde el

refugio de estos desolados tocones espinosos– iban dirigidos y tomaban la forma de burlas rudamente arrojadas y aún más groseras que ni siquiera estas robustas mozas estaban acostumbradas a recibir. La burla más suave de la que se acusó a Chinnock fue la repetición de la frase gritada a los oídos de varias mujeres adultas y niños: «A mí también me gustaría Rosie!» acompañada, en cada ocasión, por el lanzamiento de algún tipo de misil natural. Fue en una visita del viejo señor Sheperd, el anciano policía de Glastonbury, cuando Mat Dekker fue informado de que su niño de coro de voz dulcísima corría grave peligro de ser arrestado, y en su ansiedad por suprimir este arrebatado de barbarie, mientras salvaba al chico de la jaula, había rogado a Sam, cuyo poder sobre los chicos -aunque no le gustaban- era en cierto modo grande, que le acompañara en este inquietante recado.

En nada se manifiestan más ciegamente la grotesca injusticia y la irreflexiva autocomplacencia de los seres humanos que en estos asuntos de abuso sexual. Los dos Dekker estaban ciertamente justificados al invadir el refugio de este perverso lanzador de palos y piedras en el Terre Gastee de Hill Head Road. Pero cuando su propio diálogo tocó el peligroso tema de Nell Zoyland, hubo exactamente el mismo “Me *gustaría* Nell!” en el fondo de sus cráneos rudos. Y entre este “*¡Me gustaría* Nell!” que sintieron estos dos hombres adultos y el “*¡Me gustaría, Rosie!*” que gritó Tom Chinnock, podría haber habido muy poca diferencia a los ojos de ese Cristo adorado por Sam, quien pronunció esas

palabras inquisitivas: “Quien mira a... con codicia... ya *ha* cometido... en su corazón”. Fue cuando pasaban por la puerta norte de la iglesia en ruinas de Santa María cuando este diálogo empezó a tomar su peligrosa forma de “*Me gustaría*”. Frente a este viejo edificio de finales del siglo XII, los dos hombres se detuvieron, sus ojos atraídos automáticamente por el espléndido resplandor del sol que caía desde ese cielo de mediodía sin nubes sobre esta entrada ricamente tallada. Una arcada o friso de arcos entrelazados en un llamativo relieve, alternativamente redondos y puntiagudos a medida que las curvas se cruzan, y están decorados con un ornamento en zigzag normando, que e interrumpe, en el centro de la puerta, por una cornisa piramidal de delicada moldura que cubre, como un alto yelmo, las molduras interiores de los arcos, dispuestos en cuatro anillos concéntricos que contienen innumerables medallones de tallas profundas que cuentan la historia de la Natividad y de la Matanza de los Inocentes. Sólo expertos entrenados en tales materias pueden interpretar hoy esta maraña borrosa, confusa y oscura de animales, hojas, flores, ángeles y apasionadas figuras humanas. Ninguno de los Dekker era un experto en este tipo de cosas, y para sus simples ojos naturalistas era suficiente consuelo contemplar en esa rica confusión de formas orgánicas una impresión general de vida terrestre que se parecía a una suntuosa maraña de musgo, escombros y líquenes, entre las raíces retorcidas de viejos árboles del bosque.

En ese momento, hubiera sido mejor para Mat Dekker si hubiera estado dotado de un poco de la irresponsabilidad analítica que poseía John Crow. Habría sabido mejor, entonces, lo que estaba sucediendo en su naturaleza profunda, pesada y maciza. Habría sabido mejor, entonces, por qué se le echó encima a su hijo unigénito, como lo hizo, con un espasmo de palabras tan torpes y mal elegidas. Sam, mirando a través de aquel arco ricamente decorado hacia el cuerpo de la Capilla de la Virgen y hacia afuera a través de una ventana que daba al sur hacia las ramas iluminadas por el sol que había más allá, escuchó a su padre con profundo asombro, moviendo frenéticamente la barbilla y llenando sus pequeños ojos verdes de luces extrañas. En el rugiente, delirante, imponente, encrespado remolino de sus enormes llamas centrífugas, la conciencia sobrehumana de aquel sol de mediodía reconoció, entre los miles de millones de otros organismos que flotaban a través de su conciencia no humana, a su efímero enemigo bípedo: el fiel sacerdote de Cristo. La conciencia que el sol tiene de cualquier criatura viviente en particular puede ser para bien y puede ser para mal, pero hacia esos dos hombres, cada uno de los cuales, en lo más profundo de su corazón, gritaba –como el pobre Tom–: ¡Nell!, ciertamente era para mal.

El sol brillaba con una fuerza inusual para un día de marzo en Glastonbury. Convirtió toda esta masa de complicada imaginería pétrea en algo tan radiante como oscuro, en algo parecido a los dibujos a cuadros de hojas y ramitas muertas,

mezcladas con pequeños musgos y hongos, que se revelan de repente en la abertura de un bosque, y sin embargo en algo tan caluroso, seco y polvoriento que sugería las piedras talladas de los países del sur clásico, a través de las cuales los lagartos parecen colgarse por debajo de la puerta. «Los esqueletos, revestidos de carne, habían sido sometidos a lo largo del día, a una prueba de lo que la mente del hombre puede reducir a una unidad imaginativa de los extremos opuestos de la naturaleza. Mientras que la textura caliente y polvorienta de estas profundas molduras sugería ese lánguido triunfo de los mediodías ardientes bajo cielos de cobre, cuando el seno caliente del aire yace sofocante y desmayado sobre las losas de umbrales de piedra sin sombra, y donde sobre los bordes de mármol de las fuentes secas la serpiente enroscada apenas parece respirar en su brillante sueño, las formas y figuras reales de esta imaginería de piedra caliza habían nacido de las ramas goteantes de los bosques y de los oscuros páramos lluviosos y de las murallas barridas por el viento del antiguo gótico.

Mientras Sam contemplaba ahora esos cuatro anillos concéntricos de escultura enrevesada, escuchando la voz turbada de su padre, no podía considerarse consciente de que esas complejidades calentadas por el sol de un tallado oscuro representaban el nacimiento de su Hombre-Dios... ese Acontecimiento místico que podía así unir las casas del Sur y las frías murallas del Norte... pero tuvo la sensación de estar mirando las raíces mismas de la tierra, donde las

criaturas que tanto amaba fueron engendradas por la mezcla del calor y el frío primordiales.

«Tenemos que renunciar», decía el sacerdote con un peligroso temblor de su labio superior, largo y bien afeitado, “y ella es la prueba que se te da ahora, hijo mío, para saber si puedes renunciar”. Sus palabras estallaron de un modo espasmódico, violento, pues la fuerza que había detrás de ellas era nada menos que ese «¡Querer! que, en el caso de Tom Chinnock, había ido acompañado de palos y piedras. Se sentía secretamente orgulloso de que aquel hijo de sus robustos lomos de Quantock hubiera convertido al hijo del gran marqués de P. en un cornudo avergonzado. En esos sentidos imaginativos que están por debajo de los sentidos y que crean ese terrible mundo glamuroso de emocionante ilusión en el que residen todas las tentaciones exquisitas, Mat Dekker había sentido una alegría salvaje al pensar que su hijo había yacido en la cama al lado de esos pechos sin igual...

Las frases convencionales, “deseo de la carne”... “pecados de la carne”... “lujurias de la carne” son totalmente contrarias al fenómeno real de la tentación erótica. En la tentación real, la “carne” no entra en absoluto. Existe el nervio generativo, donde, como una serpiente retorcida, hierven y fermentan las escamas del embrión del Dragón de la Lujuria, y existe el nervio cerebral, hacia el cual esa lengua bífida y temblorosa lanza su grito de auxilio. Las repercusiones de ambas cosas son mentales, espirituales,

etéreas, astrales, inmateriales, psíquicas y tan completamente alejadas de la “carne” como de la “materia”. ¡Es una cosa de nervios, esta “picadura brutal”, esta obsesión erótica de la psique, del alma, del yo! La carne es patética, hermosa y grotescamente inocente. Es en los nervios donde residen todas las lujurias, todas las pasiones... en los nervios y en la imaginación. El nervio erótico, la serpiente enroscada y con la lengua temblorosa, siempre a la espera de saltar, es el que crea ese fondo marino de imágenes fluctuantes, en el que la Materia y la Carne se han reducido a espectros tenues y vaporosos, pero de los que el «nervio peligroso» puede alimentar con sus vibrantes tentaciones al alma excitada. Todo bien surge de los nervios y de la mente. Todo mal surge de los nervios y de la mente. ¡Inocente, neutral, inofensiva, hermosa, ni buena ni mala, es la carne mortal de los hombres y de las bestias y de las hierbas del campo!

–Ella es la prueba para ti, hijo mío –continuó Mat Dekker mientras su nervio erótico repetía: «¡Me gustaría, *me gustaría!*», como una rata que roe una pared hueca–. Ella es la prueba para ti. Has hecho lo que querías hacer, pero no debe continuar más. Cualquier hombre puede ceder a la tentación física una vez. Cuando un hombre demuestra su temple es cuando se niega a seguir cediendo. Mientras hablaba, Mat Dekker se quitó el sombrero y se secó la frente. Esto le dio a su enemigo sobrehumano, el sol, su suprema oportunidad, y derramó sus ardientes rayos de mediodía

sobre esa cabeza gris desnuda con redoblada concentración. –No continuar con un pecado carnal –continuó Mat Dekker– es la gran victoria del espíritu sobre el cuerpo. Ninguno de nosotros puede evitar ceder una vez. Es... demasiado... dulce. Pero después del exceso de la primera zambullida, un hombre con cualquier carácter debe recomponerse y volver a subir a la trinchera de los fieles.

–¡No, papá! –murmuró Sam, malhumorado–. Tengo que pensar. Hablas así y no hago más que preocuparme.

Ahora se alejaban juntos de la Abadía por un atajo, permitido sólo a los residentes de la zona, hacia Silver Street. Sam sorprendió a su padre con su saludo a una nueva llamada. "Lo siento, padre", murmuró en ese momento, "estaba pensando en otra cosa... ¡No escuché lo que dijiste!"

Mientras los dos Dekker giraban hacia Silver Street, John Crow hacía novillos en su pequeña oficina junto a la estación, se quedaba mirando el campanario de la capilla del siglo XIII de Santa Margarita.

Formaba parte del profundo «egoísmo» de John, de ese egoísmo que cultivaba deliberadamente y sin pudor, el que siempre prefiriera dejarse llevar por su imaginación por edificios pequeños y apartados de ese tipo, en lugar de por construcciones antiguas más famosas. El aura de «visitantes» que se agolpaba alrededor de cualquier lugar de interés notable era suficiente para ponerlo en contra de él.

Pero un fragmento de una pared vieja, un trozo roto de un remate viejo o, mucho más, un edificio como ese que había conservado su propia identidad humilde y paciente a lo largo de tantas generaciones, siempre mantenía su imaginación en un trance onírico de curiosa felicidad. Mientras contemplaba el viejo campanario de la capilla de Santa Margarita, de cuyas piedras crecían intermitentemente grosellas y musgo verde, el pensamiento de cuánto tiempo aquella pequeña torre, con sus dos campanas y su estatua de la santa, había estado mezclada con los pensamientos de generaciones de ancianos destrozados, cansados, hartos y hambrientos de vida, que entraban y salían de los asilos, le produjo al egoísta John un emocionante éxtasis de placer. Como un vino delicioso, ligero y soñador, hecho de musgos muy, muy viejos, más suaves que el sueño, aquel vagabundo incorregible y travieso bebía profundamente de las largas vidas seculares de aquellos ancianos bajo el campanario de Santa Margarita. Se había desviado hacia el lugar donde Street Road se bifurcaba hacia el oeste, y en lugar de caminar hacia Hill Head y cruzar esa franja de tierra baldía que era el escenario de las actividades eróticas de Tom Chinnock, giró por Street Road. Tenía en mente una pequeña lechería, no lejos de Cardiff Ailia, donde vivía el nuevo alcalde. Esto significaba un furtivo y astuto desplazamiento, para el misántropo John, por el otro lado de la calle. De hecho, podría decirse que toda la vida de John Crow era una secuencia de “otros lados”: “otros lados” de caminos, “otros lados” de pensamientos, “otros lados” de ideas, religiones,

trabajos, actividades, en todo el gran, polvoriento y bullicioso panorama de la vida. Era lo mismo, incluso cuando sostenía a Mary en sus brazos, porque le gustaba más abrazarla como si la hubiera sorprendido escapando de él, que como si ella hubiera corrido a su encuentro con los brazos extendidos.

Simuló estar sumamente interesado en los pequeños jardines suburbanos que había a su derecha mientras avanzaba apresurada y subrepticamente por el sendero. Sin embargo, lo invadió una fuerte sensación de que alguien le hacía señas, le llamaba y le ordenaba que se detuviera desde la única ventana superior, la ventana del dormitorio de Crummie, visible entre los altos arbustos, que levantó una rápida mirada nerviosa hacia esa abertura oscura. Pero, aunque su imaginación llenó ese pequeño espacio con las cabezas de toda la familia Geard, sabía en su mente que no había nadie allí y se apresuró, arrastrando la punta de su bastón a lo largo de los setos, las puertas, las barandillas, los muros del "otro lado" de Street Road. Por fin llegó a la pequeña lechería aislada. Estaba cerca de la calle, esta pequeña tienda, y ocupaba toda la planta baja de una pequeña casa cuadrada de estilo jacobino que contrastaba extrañamente con las villas victorianas de comerciantes que formaban su vecindario.

El sol abrasador caía a plomo sobre la fachada de este pequeño establecimiento, en el que el suelo que había delante de la puerta abierta estaba cubierto de grava. Había

dos bancos de madera a cada lado de la entrada y, en el interior, varias mesitas de madera. El lugar tenía un aspecto antiguo y apacible, y, sin embargo, el hecho de que se vendiera leche en lugar de cerveza confería al lugar un carácter peculiar que habría sido difícil de definir. John había descubierto este inocente refugio hacía varias semanas y se había convertido en su lugar de retiro favorito, aunque hasta el momento no le había revelado su paradero a Mary. La combinación de ladrillos jacobinos con un sol cálido y polvoriento y ambos elementos con grandes recipientes blancos y frescos llenos de leche hacían de la Lechería Othery de Street Road un oasis de paz sensual al estilo del oeste del país para quienes no necesitaban el estimulante más bíblico del alcohol para bañarse de encanto. John entró y pidió una pinta de leche y un par de sándwiches de queso. Los llevó él mismo a un lugar en la parte trasera de la habitación, desde cuyo cobertizo oscuro podía ver la calurosa luz del sol derramándose tanto sobre, como absorbiendo en sí misma, la grava de la tira de polvo de la carretera.

Disfrutaba mucho tiempo de la mirada de aquel cuadro resplandeciente enmarcado tan acariciadoramente en la entrada, un cuadro cuyo único fondo era un minúsculo espacio de niebla azul entre dos cobertizos destartados al otro lado de la calle, cuando se dio cuenta de que un hombre corpulento y de semblante abierto estaba corrigiendo un fragmento de manuscrito.

Los dedos que sostenían el lápiz de esta persona eran los

de un trabajador manual, pero el rostro que alternativamente se inclinaba y se levantaba para mirar al vacío era el de un erudito refinado. El pánico se apoderó del misántropo John y pensó para sí: «Todo está perdido... todo se ha estropeado». Empezó a devorar su sándwich y a beber a grandes tragos su leche. «Me iré de aquí antes de que hable. Seguro que hablará si me quedo. ¡No es un momento para saludar a los extraños!». Pero el joven rubio, que debía ser unos diez años más joven que John, no dio señales de hablar. Continuó mirando alternativamente su manuscrito y el espacio. La mente de John funcionaba ahora de una manera muy característica. «Mi buena comida se ha estropeado, mi buen momento se ha arruinado. Pero si me quedo a cambio de un penique, me quedo por una libra. Bien puedo arriesgarme».

–¿Está usted de visita en Glastonbury, señor? –preguntó en tono amistoso. El joven no pareció sorprenderse de que le hablaran, ni tampoco pareció tomárselo a mal. Dejó el vaso de leche encima del manuscrito para evitar que el viento lo agitara y acercó un poco su silla a la mesa de John.

–En cierto modo lo soy, y en otro no. Soy Edward Athling, de Middlezoy. Vivo en la vieja granja de Haw Bottom. Pero, ¿quizás tú sí eres un extraño? Es agradable un día como este en Glastonbury, ¿no?

John, con su estilo de anunciante de espectáculos, que se adquiere con facilidad, empezó a hablar inmediatamente del

nuevo alcalde y de su proyecto de representar la Pasión. Edward Athling escuchó con sumo interés.

–Creo que podría ayudarte con esto si me lo permites –dijo–. Ayudé al señor King con ese espectáculo de las Tierras Grises, en el que el director interpretó a San Aldhelm.

“Estamos negociando”, dijo John, “con dos personas del Teatro Abbey de Dublín para que vengan y dirijan lo que necesitamos, aunque la mayor parte del espectáculo será sólo pantomima y tontería, es un pequeño fragmento de libreto. ¿Es un poema lo que está escribiendo, señor? ¿Puedo preguntar? Desde aquí parece poesía.

Pero el joven descartó el tema de su ocupación inmediata. “Me gustaría mucho”, dijo, “probar suerte con ese fragmento del libreto para usted. ¿Quiere que sea sobre Arturo?”

Los acontecimientos se desarrollan de un modo tan diferente a lo que anticipamos, que el evasivo John, que había cerrado con llave su oficina y esperaba disfrutar de un par de horas de solitario disfrute místico–sensual, ahora se encontraba enfrentado a un dilema típico de todo maestro de circo: ¡miedo a perder un talento único y miedo a comprometerse fatalmente con algo no probado!

Ned Athling debió haber leído sus pensamientos. “Sé qué tipo de poesía quieres”, dijo con entusiasmo. “Debe ser fácil

de recitar, debe ser un poco retórica, debe ser grandiosa, pero debe tener un toque, un sabor, en algún lugar, de magia genuina”.

John experimentó una conmoción de un tipo extremadamente desagradable al oír estas palabras. En lo más profundo de su naturaleza socarrona, esquiva, había alojada una aversión invencible por todas las teorías artísticas. Podía reconocer el genio en estado puro; pero cierto tono expositivo particular le hacía sentir como si su estómago estuviera lleno de cenizas grises.

Ned Athling observó con atención a aquel hombre delgado y desgarrado que ahora estaba ocupado haciendo bolitas de pan con las migajas de su comida. Sin rastro alguno de distracción, el joven tuvo la inteligencia de ver que su último comentario había hecho estremecer al secretario del alcalde. Se levantó con valentía y llevó su manuscrito y su silla a la mesa de John.

“Me voy a tomar la libertad de leerle el poema que acabo de escribir. Su paisaje es imaginario, como el de Kubla Khan. Lo he llamado 'Merlín, el encantador'”.

–¡Un minuto, si no te importa! –gritó John, levantándose y corriendo hacia el mostrador. Allí pagó escrupulosa y meticulosamente la leche y el queso, prolongando la transacción todo lo que pudo y comentando al oído de la joven Pet Othery –una doncella soñadora que siempre tenía

una novela corta de Pansy en el regazo— lo inoportuno del calor del día. John se apresuró a pagar su cuenta en ese momento porque en él se mezclaban el impulso de escapar de ese muchacho y un invencible deseo de insinuar los sentimientos de cualquiera. Su doctrina privada, basada en la experiencia constante, era que si se podía posponer un acontecimiento desagradable aunque fuera tres minutos, las probabilidades estaban a favor de que algo interviniera y pudiera salvarlo por completo.

Sin embargo, Pet Othery, mientras dejaba su novela corta sobre el mostrador, entre un gran cuenco de leche y otro más pequeño de crema de Devonshire, metiendo en él un par de tijeras, e incluso su dedal y su hilo, para que no se perdiera su lugar, comenzó a dirigirse a John en un susurro excitado. "¿No sabe, señor, quién es ese caballero que le está hablando? Es el señor Athling de Middlezoy, de quien todo el mundo dice que anda en compañía de Lady Rachel, la única hija del marqués. Su padre no quiere saber nada de él, según dicen, aunque los Athling son una buena familia de Somerset; pero Lady Rachel, según todos los informes, se atiene a su propia elección y no tiene mucha culpa, digo yo. Después de pronunciar su gran pieza de comunicación, la señorita Othery tomó de nuevo su novelita y la extendió lujosamente sobre su regazo. Ahora su lugar resultó haber sido reservado, no sólo por dedal, hilo y tijeras, sino también por un poco de chocolate, envuelto en papel de plata, que ahora procedió a disfrutar. La idea de que el señor Crow

pudiera preferir su conversación a la del joven de Lady Rachel nunca pasó ni por un segundo por su romántica cabeza. De hecho, desde entonces, Pet Othery asoció este volumen en particular, que se llamaba "La tentación de Lizzie Upton", con este encuentro entre el secretario del alcalde y el amante de Lady Rachel.

John se vio obligado, por tanto, a volver a su mesita redonda con cubierta de porcelana, sobre la que, sin preocuparse por la leche derramada, Edward Athling había extendido su poema. El poeta de Middlezoy leyó sus versos en un canto suave y monótono que fue aumentando hasta alcanzar un clímax bastante conmovedor al final.

Pet Othery levantó su barbilla redondeada de la costura y de su relato y lo miró con ojos de suave y dulce ternura. La luz del sol inundaba la grava que había fuera de la puerta abierta con un resplandor tan cálido y polvoriento que daba al interior de esta pequeña tienda una oscura frescura claustral que resultaba muy apropiada para esta ocasión.

“¡Este viento ha sacado al sol de su lugar!

Miro hacia el oeste y ¡he aquí! un vasto bastión,
destruido por una batalla perdida,
cubre el cielo natural:

¿a qué región de enormes desastres
y murallas de lluvia se dirigen estas colinas?
Derrumbándose unas sobre otras,
cresta sobre cresta.

Con árboles que en la noche se amontonan como musgo,
con árboles que se oscurecen en tapices de musgo
vaporoso, con caminos que viajan
a través de terrazas de crepúsculo
y se pierden en túmulos verdes y negros de misterio,
en montículos apilados de musgo y misterio,
¿conducen mi alma a través del silencio?
Ni una piedra deja de hablar en voz baja a otras piedras.
No hay un pájaro salvaje, de pico húmedo,
que vuele de noche,
que no grite a este viento agitado.
A otros pájaros más oscuros,
¡mi grito, mi grito, de rumores, de runas y cálculos,
de rollos de maldición arrastrados por la lluvia!
Y yo, el encantador, cabalgando sobre estas colinas,
y sobre los ciervos que pisotean estas colinas,
y sobre este crepúsculo
y sobre estos montículos amontonados de misterio
y sobre las alas de estos pájaros salvajes,
runas de muerte, rumores de muerte,
ruinas y lluvias de muerte,
¡ahora soy yo mismo este viento,
este viento, este céfiro, esta corriente
que ha sacado al sol de su lugar!

El semblante de John Crow habría sido digno de un
escenario, pues pasó del aburrimiento nervioso a la sorpresa
sobresaltada, de la sorpresa a la detención imaginativa y de

la detención imaginativa a una oleada de resolución excitada. Pero era característico de él saltar de inmediato, sin ningún paso intermedio, al tema principal. “¡Vamos, señor Athling, vamos, señor!”, gritó, poniéndose de pie y, agarrando la modesta factura del poeta, que estaba escrita en un trozo de papel con las palabras “Othery’s Dairy” impresas en la parte superior, corrió hacia la joven. Desafortunadamente para este impulso de hospitalidad prematura, los bolsillos de John no contenían más que un penique y medio, mientras que la deuda de Athling con la tienda era de cuatro peniques.

Pero el granjero poeta sacó seis peniques, y sin saber que estaba dándole propina a la hija de la casa, dejó el cambio, además del penique y medio de John, sobre el mostrador.

“¿Tienes tiempo para venir a la casa del alcalde?” dijo John con entusiasmo. “Es bastante tarde. Iba a escuchar un poco los redobles de Wirral Hill y luego a visitar la ciudad, pero sé que el señor Geard se apresurará a pedirte ayuda si escucha ese poema. ¡Es exactamente el tipo de cosa que necesitamos! Es casi como si estuvieras pensando en nosotros cuando lo escribiste. Debes venir a nuestros primeros ensayos. Esa gente de Dublín no podrá venir hasta que estemos bastante avanzados y hay... no sé muy bien cómo decirlo... varias formas de tomar el Culto del Grial... que... que... ¡el alcalde y yo... no queremos que aparezcan en absoluto! Hay... algunas cosas también... que estoy muy interesado en que se incluyan... y si tú...”

Jamás un tramposo, un carterista, un pícaro del circo se había fijado tan astutamente como John en el rostro de Edward Athling. El propio joven se sintió impresionado por la mirada, y tuvo la suficiente perspicacia para detectar el hecho de que ese exceso de astucia exagerada era en realidad tan transparente como las mentiras de un niño.

“Me siento”, le dijo Athling a John, mientras se acercaban a Villa Cardiff, “como si yo fuera el Rey Jugador al que le están enseñando un imperio”.

“Este espectáculo”, dijo John, mirándolo de reojo para ver cómo lo tomaría el joven, “va a molestar a mucha gente”

“Por supuesto”, dijo Athling, “cualquier obra de arte original es molesta para la multitud”.

En ese momento John se quedó callado. No era su costumbre juzgar el carácter de una persona por lo que decía, y menos aún por esos comentarios un tanto sentenciosos que el señor Athling parecía tener tendencia a pronunciar. John tenía su propio método secreto y peculiar de sondear la naturaleza intelectual y emocional de un desconocido. Era una especie de abrazo etérico, psíquico, pero no necesariamente de carácter amoroso. La verdad es que para John el alma de cada persona que conocía era algo que estaba condenado a explorar. Su propia alma era como una serpiente vaporosa que salía de su cuerpo y se enroscaba alrededor de la otra, lamiendo las cuencas de los

ojos con su lengua bífida, escudriñando su corazón y su cerebro y presionando una fría cabeza de serpiente contra sus nervios febriles.

El resultado de que el alma de John se enroscara alrededor de la de Athling mientras caminaba a su lado por ese sendero caluroso y polvoriento en dirección a Villa Cardiff fue que se dio cuenta de que nada podría jamás hacer comprender a Athling el éxtasis místico de la destrucción y la profunda malicia metafísica con la que ansiaba socavar la leyenda del Grial. El tono general del muchacho cuando dijo que el arte en general molestaba a la multitud le desagradaba a John. Los instintos de John eran profundamente antiestéticos. Cuando disfrutaba de algo era por contacto directo, como si la cosa fuera una sensación física, y las leyes, principios, reglas, métodos, propósitos, intenciones y, sobre todo, las *opiniones* que conducían a esa cosa especial, no le parecieran más que una pedantería agotadora y tediosa, carente de todo valor.

Llegaron a Villa Cardiff y John abrió la verja de hierro con un chasquido y condujo a Edward Athling por el sendero que había entre los arbustos de ligustro hasta la entrada principal. Sally Jones, que los había estado observando desde la puerta de la cocina, que daba directamente a la calle, se apresuró a cruzar el pasillo con una excitación febril para dejarlos entrar. Ella también, como Pet Othery, conocía a Ned Athling como una celebridad local y, como todas las chicas de Glastonbury, se había sentido emocionada por los

rumores que lo relacionaban con Lady Rachel Zoyland, la hija del marqués de P.

El dueño de Villa Cardiff dio a sus visitantes una bienvenida muy cordial cuando los encontró en su comedor, y John no perdió tiempo en hacer que su poeta capturado recitara los versos sobre Merlín.

El alcalde escuchaba con la cabeza hundida en el pecho y los ojos cerrados; pero cuando Athling terminó, quedó claro que algo en los versos había tocado una fibra sensible en él, pues juntó sus manos regordetas y pronunció varias veces un sonido que es imposible representar en letra impresa de otra manera que con las sílabas «urr–rorr... urr–rorr... urr–rorr». Este sonido fue eminentemente satisfactorio para John, y aparentemente no menos para el autor, pues este último se lanzó de inmediato a una apasionada descripción de lo que haría si le dieran vía libre con el libreto.

Uno de los resultados más prácticos que se derivaron de esta presentación del joven Athling al señor Geard (y John no era de los que sufría de celos) fue el hecho de que un día, en todo el lugar, se cubrieron con carteles que anunciaban una reunión en el Tribunal del Abad para considerar "un nuevo plan para aumentar el prestigio de nuestra antigua ciudad". Esta reunión pública se anunció para las ocho en punto del primer día del mes, y como resultado de esta elección de fecha, circuló entre los frívolos la noticia de que el alcalde electo iba a dirigirse a sus conciudadanos adornado con la

gorra de Sol. Era característico de este hombre que, para reunir sus ideas para este discurso trascendental (el primero que estaba destinado a pronunciar ante el público en general desde las arengas callejeras tempranas), hiciera una visita privada la mañana del Día de los Inocentes a los rincones de Wookey Hole.

Intencionalmente o no, el señor Geard pagó sus seis peniques en la puerta de Wookey Hole a una hora tan temprana que quien los recibió no fue Will Zoyland sino el señor Lamb, el propietario del Zoyland Arms, un individuo que, aunque había oído hablar del nuevo alcalde de Glastonbury, nunca lo había visto y, por lo tanto, no tenía la menor idea de que estaba admitiendo en sus dominios subterráneos al gran antagonista de Philip, Johnny el Sangriento, que nunca había visitado el cavernoso santuario de la Bruja de Wookey desde que Philip había electrificado las famosas cuevas, y para él fue una experiencia emocionante caminar por ese sendero iluminado, contemplando los asombrosos colores metálicos que esos brillantes globos de luz extraían de las estalactitas. Tenía todo el lugar para él solo, algo que Zoyland, cuando estaba en la puerta, siempre trataba de evitar, temiendo que la gente se perdiera y también temiendo la intrusión de agentes mineros de estaño de empresas extranjeras; pero el señor Lamb, que por naturaleza era una persona muy tranquila, no era de los que se despertaban a las nueve de la mañana. Lo que debería haber hecho era obligar a este

visitante madrugador a sentarse en la pequeña choza de la entrada y esperar a que llegaran más desconocidos antes de encender las luces, pero el señor Geard se benefició plenamente, como solía suceder en el curso general de las cosas, de este ejemplo de negligencia humana.

Descendió lentamente entre las hileras de estalactitas hasta llegar al nivel del suelo de la mayor de las cavernas por donde discurría ese afluente del río subterráneo Axe. Allí vio la barca de Philip, que estaba encaramada en una plataforma de arena y que había quedado exactamente como estaba cuando Perséfone había salido de ella. Tras unos momentos de vacilación, pues no era remero, el señor Geard subió a la barca y, tras muchos tropiezos y chapoteos, consiguió remar hasta la franja de guijarros que se encontraba bajo aquella enorme formación de símbolos fálicos sobre los que la formidable imagen de piedra de la Bruja de Wookey mantenía su obscena vigilia durante inconmensurables eones. Allí Bloody Johnny descansó torpemente, sintiendo, aunque no sabía nada de Dante, lo mismo que sentía aquel medieval Devastador del Infierno cuando él, todavía un hombre de carne y hueso, se movía entre los espectros infernales. Avanzó bajo la escarpada pared de la inmensa caverna, hundiendo los pies mientras caminaba en los guijarros sueltos de aquella orilla aqueronte⁴⁰. Se sentó en

40 Aqueronte era uno de los cinco ríos del inframundo, morada de los muertos y de los espíritus. Se cuenta que en sus aguas todo se hundía salvo la barca de Caronte, que accedía a pasar las almas de los difuntos a cambio del óbolo o de monedas de ceniza que se ponían a los muertos en los ojos

una franja de arena seca y apoyó la espalda contra la pared de piedra. No pudo evitar preguntarse qué sentiría si esas luces eléctricas se apagarán de repente.

Al contemplar la imagen de piedra, en aquel lugar iluminado por la ciencia de su enemigo, al señor Geard le resultó bastante fácil devolver a Wookey Hole la densa y prolongada oscuridad en la que había caído después de que la última tribu humana lo abandonara. Su naturaleza se expandió en medio de aquella prolongada oscuridad, más que en la nueva luz eléctrica. Sus grandes manos descansaban con las palmas hacia abajo y los dedos extendidos, como dos grandes estrellas de mar blancas, sobre los guijarros que tenía a ambos lados. No había allí señales de vida, ni briznas de hierba, ni insectos, ni pájaros. Estaba solo con los elementos metálicos de los que están formadas todas las entidades orgánicas.

El señor Geard no era bueno para pensar con concentración. Sus pensamientos más profundos siempre le llegaban, como declaró el autor de Fausto, gritando, como niños felices, “¡Aquí estamos!” y el resultado de esto fue que una breve media hora dedicada a componer su discurso para esa noche lo agotó mucho más de lo que lo hubiera agotado el más prolongado esfuerzo físico. Se encontró atrapado y, por así decirlo, puesto en la picota, en la repetición de ciertas frases particulares. Esto le sucedía cada vez que abandonaba

para pagarle la travesía.

sus sentimientos vagos, ricos y semieróticos y trataba de condensar su plan en una declaración racional, y se volvió realmente problemático cuando, con los ojos bien cerrados, se dispuso a llamar a ese público de personas e imaginar su reacción a lo que decía. El pensamiento del público y de esa maldita apelación a la razón parecía arrojar una fina capa de arena desagradable sobre toda su nariz.

Siguió sentado en la misma posición, con los pies estirados sobre la grava subterránea y los ojos cerrados, pero el esfuerzo racional que había empezado a hacer le trajo a la mente todos los aspectos desagradables de su vida normal. Un trocito de tubería de plomo, garabateado con una marca que siempre le parecía el hocico de un cocodrilo, y que invariablemente veía desde la ventana del retrete del rellano de Cardiff, se presentó ante sus ojos cerrados cuando empezó a pronunciar su discurso. Una barra de escalera que se había soltado sin remedio y que causaba un extraño crujido en la alfombra de la escalera se abrió paso ante su vista. Una cierta familiaridad indescriptible que rodeaba el viejo felpudo de Villa Cardiff y el rascador –como si esas cosas hubieran sido colocadas en su puerta por el propio Maligno, especialmente para frenar el ritmo de sus pensamientos místicos– se apoderó de su mente. También a la vista se encontraba la tapa de metal pintada de una caja de cerillas que se guardaba sobre la repisa de la chimenea del comedor y que siempre parecía evocar la aridez estéril de las horas de saciedad monótona y sin espíritu. Ciertos

aspectos físicos de su mujer y de su hija mayor, ciertos tonos de sus voces, cuando menos simpatía le causaban, se agolpaban en su cabeza. La gigantesca flema del señor Geard y su pasividad maciza, lenta y torpe parecían provocar que esas nimiedades se adhirieran tan viciosamente a su memoria, como las espinas y los ardores al pelaje de una gran bestia soñolienta. ¡Con qué claridad repulsiva también, mientras seguía luchando por formular sus ideas, una cierta luz brillante y sin embargo curiosamente insípida apareció ante sus ojos fuertemente cerrados, la luz de las “dos” y de las “tres”, cayendo sobre el techo de hierro galvanizado del cobertizo de herramientas sin uso en su jardín descuidado!

Atormentado hasta el límite por lo que había evocado en su peligroso gesto de bloquear las compuertas de sus sentimientos mediante la maquinaria de la razón, Bloody Johnny recurrió ahora a la gran panacea humana para todos los problemas mentales. Hizo lo que debía haber hecho de inmediato, antes de empezar a preocuparse por su discurso; dejó que su barbilla se hundiera en su corpulento pecho y se hundió en un profundo sueño.

Sobre la cabeza inclinada de Geard de Glastonbury cayó la luz eléctrica de Philip. Sobre su cabeza, la Bruja de Piedra contemplaba su morgue de falos petrificados. Bajo sus pies rodaba la corriente rápida, silenciosa y metálica de las aguas del Leteo. El mediodía llegó a los prados primaverales de Somersetshire, por encima del lugar de su sueño, con sus flores de cuco y sus caléndulas de los pantanos, y dio paso a

una tarde de nubes amenazadoras de lluvia que se acumulaban pesadamente en el horizonte occidental. Pero el señor Geard seguía durmiendo. Cambió varias veces de posición sin despertarse, y por fin su cabeza y sus hombros se deslizaron hasta la base de la estalagmita de la Bruja de Piedra, e instintivamente buscó allí una suave concavidad contra la que descansar.

La larga tarde nublada del Día de los Inocentes se fue disipando lentamente. Aquellas nubes que se iban acumulando sobre las lejanas montañas galesas se volvían cada vez más amenazadoras. Brazos largos y oscilantes, dedos extendidos y en forma de gancho, hombros encapuchados, penachos que se inclinaban, estandartes andrajosos que ondeaban a lo lejos, espadas enormes y hachas monstruosas se alzaban sobre el Canal Occidental, ¡y ni avanzaban ni se dispersaban! En este portentoso flotar y demorarse se parecían a esos espíritus de los difuntos en las antiguas Islas Británicas, de las que habla Plutarco citando al viajero Demetrio: “Demetrio dijo además que de las islas que rodeaban a Gran Bretaña muchas estaban deshabitadas... Fue a la isla que estaba más cerca de las deshabitadas y la encontró ocupada por pocos habitantes... que, sin embargo, eran sacrosantos e inviolables a los ojos de los británicos. Poco después de su llegada se produjo una gran perturbación de la atmósfera, acompañada de muchos presagios, por los vientos que estallaron en huracanes y por la caída de rayos de fuego. Cuando terminó, los isleños

dijeron que uno de los poderosos había fallecido... además, había allí, decían, una isla en la que Cronos está prisionero, con Briareo⁴¹ haciendo guardia sobre él mientras duerme, porque, como dicen, el sueño es el vínculo forjado para Cronos. Añaden que a su alrededor hay muchas deidades, sus secuaces y asistentes.

Y cuando aquel día amenazador llegó por fin a su fin, si Will Zoyland, antes de apagar la luz eléctrica, hubiera decidido dar un paseo por aquellos pasadizos y hubiera llegado hasta el borde del agua subterránea, se habría quedado atónito al ver una segunda figura, «acostada y encorvada», tumbada junto a aquella hechicera estalagmítica.

Aquella noche se había reunido un gran público para escuchar el primer discurso público del nuevo alcalde. El tribunal del abad no ofrecía demasiado espacio ni un número muy generoso de asientos para quienes sí consiguieron entrar, pero como el entretenimiento era gratuito, los que llegaron tarde a la reunión no tuvieron motivos para quejarse si se sintieron algo incómodos.

La única representante de The Elms fue la formidable Emma Sly, que vino, en un sentido muy literal, a "espíar la tierra", porque bien se puede creer qué relato tan astuto y más sucinto que el que cualquier otra criada de Glastonbury

41 Cronos es el titán del tiempo, el hijo más poderoso de Gaia y Urano. Briareo era un Hecatonquiros, gigante de cien brazos y cincuenta cabezas, hijo de Urano y Gea, y hermano de Coto y Giges.

podría haber dado, esperaba recibir la dueña de The Elms mientras ordenaba la cena de Philip para el día siguiente.

La señorita Drew también se abstuvo de asistir a “ese tonto discurso”; pero las señoritas Rogers llegaron desde la Casa de la Abadía justo cuando Penny Pitches, escoltada por Isaac Weatherwax, llegó desde la vicaría.

Estaban allí los dos Dekker, así como también el Dr. Fell y su formidable hermana, la señorita Bibby.

El viejo abogado Beere apareció, para sorpresa de John Crow, trayendo consigo a su hija Angela, que nunca había parecido más pálida, más fría, más inaccesible y más completamente aburrida de lo que parecía cuando tomó asiento entre su padre y el señor Stilly, el cajero del banco.

La señorita Elizabeth Crow llegó a tiempo, escoltada, al más puro estilo antiguo, por su rechoncha doncella, Tossie Stickles, quien, una vez en el salón, se separó de su señora y se convirtió en toda una mirada para echar un vistazo a su caballero admirador, el señor Barter. Sin embargo, en esta esperanza la muchacha se vio defraudada, pues Barter no estaba presente.

Megan Geard estaba al frente del salón, taciturna e indiferente, luciendo un vestido de terciopelo cortado y con volantes según la moda de al menos una década atrás, y tratando toda la ocasión con un desdén retraído más digno

de la casa de Rhys que de la posición de alcaldesa. Crummie, con un vestido de una sencillez cautivadora, giraba su hermosa barbilla todo el tiempo para echar miradas furtivas y apresuradas a Sam Dekker, cuya propia atención "estaba centrada en la puerta de entrada, porque esperaba y temía a la vez que a Zoyland se le hubiera metido en la cabeza impulsivamente traer a Nell a la ciudad para esta única ocasión.

Entre los miembros más humildes de la multitud se encontraban la señora Robinson y la señora Cole, Sally Jones y su hermano Jackie. Jenny Morgan, la otrora encantadora asistente de Glastonbury, también había venido, trayendo consigo a la amiguita del Número Uno, "Nelly Morgan", pero por la manera en que los grandes ojos trágicos de esta mujer se cerraban constantemente, su triste labio inferior se inclinaba constantemente y su hombro se apoyaba constantemente contra la pared junto a una de las ventanas, parecía que el discurso del alcalde tendría que ser realmente muy animado para evitar que se quedara dormida.

Los viejos amigos, Número Uno y Número Dos, estaban sentados, uno al lado del otro, en un estado de éxtasis anticipado.

Red Robinson estaba sentado al fondo de la sala, en lo que él sentía que era la posición estratégica precisa para el arte de abuchear, pero nunca miró a Crummie. Si miró a alguna chica, durante toda esa velada, fue a la sirvienta de Geard,

Sally, pero incluso estas miradas se agotaron rápidamente. La cabeza de Red estaba tan llena de política que le quedaba poca energía para incluir el amor.

El señor Evans y Cordelia estaban sentados en el borde de uno de los pasillos, en el centro de la sala. El señor Evans parecía tan absorto en sus pensamientos como la señora Geard en el orgullo de su sangre del sur de Gales, pues sólo una o dos veces miró hacia el estrado, a pesar de que estaba sentado tan cerca de él.

John y Mary, el primero ataviado –como insignia de un maestro de ceremonias– con un elegante smoking prestado para la ocasión por Tom Barter, pero que a la vez era demasiado corto y demasiado holgado para él, estaban sentados en la primera fila, que estaba ocupada, por lo demás, por el anciano señor y señora Stilly, los padres del cajero, por el reverendo doctor Sodbury, rector de St. Benignus, y por el señor Wollop, el ex alcalde. No se puede decir que el señor Wollop pareciera tan feliz sentado en la primera fila de la audiencia de su rival como lo parecía en su jaula, pero, de todos modos, parecía aproximadamente el doble de feliz que cualquier otro en el tribunal.

Dave Spear y Persephone se sentaron justo detrás del ex alcalde, y poco a poco se convirtió en motivo de muchas risitas contenidas en el fondo de la sala el observar la manera en que el digno hombre obeso giraba la cabeza para hablar con la hermosa Percy, cuyo cabello castaño y rizado y

hombros blancos pareció despertarle gran interés, aunque Dave vestía ropas sencillas y corrientes, Percy, por algún capricho propio, apareció con traje de noche.

Hacia los tejados de Glastonbury, hacia el tejado gótico del Tribunal del Abad, avanzaba aquella nube negra que venía del mar occidental, pero aunque de vez en cuando se oía un trueno profundo y retumbante, no caía ni una sola gota de lluvia. Esas nubes pesadas y dentadas, aquella noche de primeros de abril, eran como las nubes malignas de las que hablan las Escrituras, pues eran “nubes sin agua”.

Pero el gran reloj de la iglesia de la Torre de San Juan dio las ocho, que era la hora de la reunión, y no había señales del alcalde ni de que alguien se moviera para sustituirlo si no venía. Había tres ayudantes en la pequeña sala de espera al fondo de la plataforma, y estos dignos hombres empezaban a transpirar de inquietud. En la plataforma vacía había cinco sillas vacías, una para el alcalde, otra para el anciano señor Bishop, el secretario municipal, y las otras para estos funcionarios ansiosos y nerviosos que ahora empezaban a tener una angustiosa conciencia de sus botas, pantalones y calcetines y se retiraban continuamente al pequeño lavabo que había en la parte trasera de la habitación.

Había un buen número de jóvenes en la parte trasera de la sala, algunos sentados, otros de pie, algunos moviéndose inquietos de un lado a otro, y de vez en cuando surgían de este elemento turbulento varios gritos y risas e incluso

aplausos y silbidos, a medida que se hacían bromas burdas sobre la ausencia del alcalde.

El reloj de San Juan dio la noticia lacónica y brevemente de que eran las ocho y cuarto. El elemento rebelde en ese pequeño salón abarrotado empezó a volverse seriamente problemático. Las bromas se hicieron más groseras y más amplias. “¡El alcalde está borracho!”, gritó uno. “¡Será mejor que envíen a los ayudantes a buscarlo en Michael’s Inn!”, gritó otro. “¡El alcalde está haciendo el tonto de abril con nosotros, pobres perros, ahora que es tan rico y está tan bien!”, gruñó un tercero. “¡El alcalde se está divirtiendo con la madre Legge en el paraíso!”, declaró un muchacho, más atrevido que el resto. “¡Calla! ¡Calla!”, gritaron varias voces.

Mientras tanto, Abel Twig y su compinche Bart Jones susurraban entre sí muy emocionados: «Esos carteles decían que era para Glast y que estábamos celebrando una reunión. Parece que era para ver cuántas tonterías podía soportar la gente de Glast, antes de que lo derribaran y a donde llegaba antes de que lo levantaran». Así habló el viejo Jones al oído de su amigo, pero el Número Uno fue más amable en su interpretación: «Quizás el alcalde se haya mareado, como les pasa a las mujeres cuando se acerca su hora. ¡Es difícil incluso para un predicador como él ponerse de pie ante una asamblea tan orgullosa!».

Penny Pitches, que había tomado asiento sin vergüenza al lado del señor Weatherwax, ahora le dirigió un llamado

personal al potentado: «Sería un momento para que comenzaras a cantar una de tus hermosas canciones, Isaac», declaró con firmeza. «Creo que Bloody Johnny es el único que no puede alzar la voz».

–¡Chut, chut, mujer! –murmuró el jardinero con tono de reproche–. Es hora de que la autoridad hable. El hombre del que *quiero* hablar es el señor Philip Crow. Él sería el caballero que haría que todos esos gansos parlanchines se fueran de aquí.

Un largo trueno resonante respondió a las palabras del jardinero desde las nubes que se acumulaban lentamente sobre el Tribunal. “¡Escúchalo!”, gritó Penny Pitches, “¡tendrá que venir rápido o estará empapado hasta los huesos!”.

La comprensiva Sally Jones, seriamente preocupada por el destino de su amo, murmuró ansiosamente al oído de Jackie: "No puedo apartar los ojos de la espalda de la señorita, no puedo. ¡Debe estar temblando por dentro, pobrecita! Es muy sensible estar sentada tan derecha y que el amo no esté aquí".

–No creerás, Sal, ¿verdad? –susurró Jackie, emocionada–, que el trueno le ha dado en el ojo como solía golpear a los hombres malos de la Biblia.

El reloj de San Juan, de voz profunda, dio la media hora y

su sonido se apagó en medio de un espeso, profundo y reverberante trueno.

–¿Por qué no hay relámpagos, padre? –le preguntó Angela Beere al abogado Beere–. No he visto ni un solo relámpago en toda la noche. La muchacha dejó que sus ojos se posaran, mientras hablaba, en la hermosa nuca de Perséfone. Aquellos rizos castaños de niña empezaban a tocar una vena de peligrosa susceptibilidad en esa naturaleza reservada.

Es, de hecho, en momentos de este tipo, cuando un grupo de ciudadanos se reúne muy cerca, sin nada que hacer excepto mirarse unos a otros, que surgen todo tipo de relaciones inesperadas.

"No teníamos por qué habernos apresurado a cenar después de todo", fue la respuesta característica de su padre a esta pregunta sobre el relámpago.

–Ni una gota de lluvia, Sam –le dijo el vicario de Glastonbury a su hijo.

–Me alegro de ello –murmuró Sam, pensando que su Nell podría, incluso, estar de camino al Tribunal.

Fue en ese momento cuando el anciano señor Sheperd, el policía de Glastonbury, se acercó al respaldo de la silla del secretario municipal. –¿No sería mejor que empezara, señor? –dijo con seriedad–. Tal vez su señoría no venga y estos jóvenes granujas se descontrolarán pronto.

El secretario municipal asintió con tristeza, se levantó con dificultad de su silla chirriante, pues tenía más de ochenta años, y se dirigió al vestíbulo. Se detuvo un minuto al lado de John Crow, con quien mantuvo una breve consulta, observado con intensa curiosidad por todos los presentes. Luego entró en la sala situada al fondo de la plataforma. Allí encontró a los tres ayudantes, que avanzaron a saludarlo con inquietud y consternación. «Vamos, caballeros», dijo con el tono de un guerrero anciano, que ha soportado crisis mucho peores que ésta en el curso de su larga vida. «¡Subid al escenario con nosotros! Abriré la sesión y llamaré al secretario del alcalde». Arreando a los tres magnates nerviosos delante de él, como tres bueyes renuentes y malhumorados, el gallardo señor Bishop subió a toda prisa los escalones de la plataforma tras ellos y se sentó en la silla del alcalde.

Los cuatro hombres fueron recibidos con un estruendoso aplauso, y los aplausos y los gritos continuaron durante al menos tres minutos. “¡Tres hurras por el señor Bishop!”, gritó un joven scaramouche⁴² que se había encaramado en el alféizar de una de las grandes ventanas con parteluz.

El secretario municipal se puso de pie y avanzó hacia la mesa cuadrada en el centro de la plataforma. Allí levantó la mano para pedir silencio. El alivio general ante la presencia

42 Scaramouche (término francés), originalmente Scaramuccia (término italiano), es un personaje de la Comedia del arte.

de alguien fue tan grande que fue respondido por un silencio impresionante y sorprendente.

“Damas y caballeros”, comenzó el señor Bishop, “hemos venido aquí para escuchar a nuestro distinguido conciudadano, el recién elegido alcalde de Glastonbury, el señor John Geard”.

–¡´Ear, ´Ear!⁴³ –dijo con voz magnánimo y reconfortante el señor Wollop desde su lugar en la primera fila.

–Pero como –prosiguió el señor Bishop– el mal tiempo o alguna otra causa desconocida en la actualidad han impedido que nuestro muy lamentado alcalde esté presente en esta reunión que él mismo convocó, me corresponde a mí, como su humilde subordinado oficial, llamar a su secretario, mi joven amigo, el señor John Crow, para que nos cuente o nos lea, si es posible, con las propias palabras del alcalde, un resumen –ésta fue la única palabra larga en el repertorio de oratoria del secretario municipal que pronunció incorrectamente– de las inspiradoras ideas de nuestro distinguido amigo con respecto al futuro de nuestra querida ciudad. Por lo tanto, pido al señor Crow que...

En ese instante se produjo un alboroto tan extraño en el fondo de la sala que los tres ayudantes se inclinaron hacia delante desde el borde de sus sillas y estiraron el cuello para ver detrás de la espalda y debajo de las axilas del orador qué

43 Juego de palabras entre Geard y ´Ear, ´Ear (oír, escuchar)

era lo que causaba el alboroto. Cuando los respetables hombres se dieron cuenta de cuál era la causa de la confusión, se miraron entre sí y miraron la espalda del señor Bishop con absoluto estupor. Las personas que estaban en la parte delantera del público comenzaron a darse vuelta y algunos de ellos, cuando se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, comenzaron a emitir ese susurro ronco y chirriante que indica, para cualquier orador experimentado, la total imposibilidad de recibir una audiencia tranquila.

“Por lo tanto, llamo al señor Crow”, continuó el viejo secretario municipal, “a John Crow”, que ahora estaba de pie y de cara al fondo de la sala, dándose cuenta en un instante del humor amargo (en lo que a él respectaba) de lo ocurrido, pero su primera sensación fue de un alivio indescriptible. Se sentía como un zorro perseguido, con toda la manada pisándole los talones, que inesperadamente encuentra un agujero... un... ¡agujero con una segunda salida! Cuando el señor Bishop le dijo que tendría que hablar, había tenido un espasmo de terror enfermizo y había estado a punto de negarse rotundamente. Luego había pensado: “Después de todo, ¿por qué no? Geard probablemente vendrá mientras me estoy poniendo a tono. ¡Y de esta gente no hay nada que temer!”

Pero ahora no era Geard quien había llegado, sino Philip. “Por lo tanto, llamo al señor Crow”, repitió el secretario municipal.

Y una voz anónima, entre la multitud que se encontraba al fondo del salón, gritó: «*¡Está aquí! ¡El señor Crow está aquí!*» y todos los que se dieron la vuelta vieron a Philip de pie allí, con la chaqueta de cuero de un aviador, inmóvil y con una sonrisa sombría en el rostro. «*¡Está aquí, señor! ¡El señor Crow está aquí, señor!*», gritó una segunda voz.

La sonrisa desdeñosa de Philip cambió de naturaleza en un instante. Arrojó su gorra de cuero y caminó rápidamente por el pasillo central hacia el andén.

Los tres ayudantes, hipnotizados por el respeto que habían heredado del West Country por el hombre más rico de su ciudad, se levantaron de sus sillas para darle la bienvenida. El señor Bishop, que todavía estaba de pie junto a la mesa del orador, murmuró bastante débilmente: "Estoy seguro de que todos los presentes estarán encantados de saber si el señor... si el señor *Philip Crow* tiene alguna opinión que interese...". Pero aquí su voz era ahogada en una salva resonante y nada premeditada de aplausos.

Todo público, por muy apresuradamente que se reúna, adquiere rápidamente una extraña identidad propia y se convierte en un organismo vivo cuyas reacciones son tan espontáneas e incalculables como las de un solo ser humano. Naturalmente, había surgido un cierto sentimiento oscuro contra el recién elegido alcalde por su incomparecencia, un sentimiento de que habían sido engañados y estafados. Esto se combinó con un sentimiento apenas consciente de que

Geard, como hombre surgido de sus filas, exigía menos consideración de sus manos que el conocido fabricante.

La impopularidad de Philip, también, era mucho más grave entre los más pobres y menos educados de la ciudad, un elemento que apenas estaba representado en el Tribunal esa noche.

Así, cuando, animado por los aplausos con que fue recibido, Philip subió a la plataforma y avanzó hacia la mesa, mientras el Sr. Bishop y los tres ayudantes se sentaban, hubo uno de esos arranques psicológicos de emoción a los que está sujeto el organismo de masas: le dieron una tremenda ovación, con mucho la más espontánea que había recibido nunca en Glastonbury. Bien puede creerse que fue el conservador señor Weatherwax, excitado más allá de toda medida por la aparición real de esa «autoridad» que tanto admiraba, quien alzó su voz varonil y gritó en voz alta: «¡Tres hurras por el señor Crow!».

El alboroto que siguió fue ensordecedor. Cuando por fin se logró el silencio, Philip se inclinó hacia delante sobre la mesa y pronunció uno de los discursos políticos más ingeniosos de su vida.

Cuando terminó y el señor Bishop se levantó para hacer algunos comentarios corteses, John le susurró a Mary: “¡Qué tipo es! Lo odio, pero no puedo evitar... de alguna manera extraña que... ¿sabes?... admirarme de que nuestra antigua

sangre de Norfolk... sea capaz de... seguir imponiéndose... y hacer... que estos tontos... se incorporen un poco”.

La voz dura, fría y clara de Philip resonaba en los oídos de todos los presentes. «Y por eso», decían sus últimas palabras, «la mejor manera de hacer de nuestra ciudad el tipo de lugar del que todos estaríamos orgullosos de vivir es hacerla independiente de esos preciosos visitantes de Europa y América. Un salario digno para cada hombre que quiera hacer un buen día de trabajo honrado es lo que *aspiro a conseguir*. No cuentos de hadas antiguos, sino nuevas fábricas; no milagros falsos, sino trabajo duro y sólido; no juguetes extravagantes ni galimatías místicas, sino chimeneas humeantes y despensas bien llenas. Que estos visitantes, cuando vengán a Glastonbury, encuentren en lugar de vagas charlas sobre Chalice Hill una comunidad próspera e independiente; una comunidad que no necesite mendigar, bailar o «cantar», como dice la vieja canción, «para su cena»; una comunidad que pueda permitirse el lujo de *alquilar* sus representaciones teatrales. ¡Una comunidad que está demasiado ocupada y demasiado bien empleada como para que predicadores locos y papas autoproclamados le den la espalda!

No es contrario a la debilidad de la naturaleza humana disfrutar del espectáculo de un golpe astuto dirigido a un adversario ausente, pero si no hubiera sido por la oscura sensación de su audiencia de que su dignidad había sido ultrajada por la ausencia del señor Geard, las maliciosas

palabras de Philip no habrían tenido el efecto que tuvieron. Fue aplaudido ruidosamente cuando se sentó, y cuando, después del diplomático cierre de la reunión por parte del señor Bishop y después de que todos se hubieran levantado para cantar la primera estrofa de "Dios salve al rey", hubo un sentimiento general en la mente de la audiencia, intensificado en lugar de disminuido por el trueno distante –aún sin acompañar por una sola gota de lluvia– de que un líder que se había dejado traicionar y había abandonado su puesto en una crisis tan crucial, había recibido nada menos que lo que se merecía de este déspota de cara de halcón con chaqueta de cuero, que abogaba por *el laborem et panem* (pan y trabajo) en lugar de cualquier tipo de *circenses* (circo), como su panacea para los males de su ciudad.

Así, en las corrientes entrecruzadas de este agitado Día de los Inocentes, dominado por “nubes sin agua”, Johnny el Sangriento y su ambiguo Grial recibieron un Golpe Doloroso del que parecía posible que ninguno de los dos pudiera recuperarse. En esa secuencia de recurrencias en espiral –en la que los acontecimientos pasados vuelven eternamente, pero con una diferencia trascendental– se había producido la misma situación psicológica que cuando, en aquellos misteriosos días desaparecidos hacía mucho tiempo, el melancólico y audaz Balin⁴⁴ hirió al Guardián del Grial en

44 Sir Balin es uno de los caballeros del rey Arturo en los mitos artúricos. También conocido como el Caballero de las Dos Espadas, es especialmente conocido por infligir el "Golpe Doloroso" al rey Pellam. La lanza sagrada (también conocida como lanza del destino, lanza de Longino o lanza de

ambos muslos con la terrible Lanza de Longinus.

Cuando aquel variopinto público abandonó el Tribunal del Abad, todos eran conscientes de que algo profundo se había despertado, dispuesto a responder a la comunicación de Geard de Glastonbury, y que ese algo había sido reprimido por la malicia de la naturaleza humana superficial, manipulada por una mano experta. Al marcharse, todos tenían la sensación de haber extendido los brazos para coger una rama de oro y de haber sido recompensados por sus esfuerzos con un puñado de polvo.

Volvieron a casa con una extraña, vaga, irritada sensación de incómodo remordimiento, con el murmullo de aquel extraño trueno primaveral en los oídos que no traía ni lluvia ni relámpagos. Y cuando la noche cayó sobre los tejados de Glastonbury, fue como si Ella misma, la matriz histórica de todos estos acontecimientos, hubiera sido frustrada y engañada en el momento crítico de su respuesta mística.

El nervio generador de su cuerpo había descendido a su vientre, ¡pero todo fue en vano! Frías, duras y pragmáticas, las palabras del iconoclasta de Norfolk habían cortado la consumación de su deseo. Desde los desolados tocones de espinas de Terre Gastee de Tom Chinnock al pie de Wirral Hill, los efectos de este doloroso golpe, parecía que se

Cristo) es el nombre que se dio a la lanza con la que un soldado romano, llamado Longino según un texto bíblico apócrifo, atravesó el cuerpo de Jesús cuando estaba en la cruz.

extendería por todo el paisaje psíquico. Dejadla trabajar y dejadla comer, pero dejad que la Piedra de Merlín siga siendo una piedra, y que la Fuente de Sangre siga siendo un manantial de caliza.

Cuando la señora Geard y sus hijas llegaron a Villa Cardiff esa noche, encontraron al dueño de la casa sentado solo junto al fuego del comedor, con un vaso de ginebra y agua a su lado. Sobre él, en la repisa de la chimenea, yacía, en su lugar habitual, la pequeña caja de cerillas decorativa. Desde la ventana del retrete del piso de arriba había oído el familiar sonido de las tuberías de plomo una vez más, con su acostumbrada palabra: «¡Lo no esencial se tragará lo esencial!». El felpudo gastado y el rascador oxidado fuera de su puerta emanaban la misma monotonía doméstica y sin espíritu. Todas estas cosas tenían el mismo aspecto que antes de que él fuera a Northwold, y lo tenían ahora, cuando, después de salir con su característica flema y su obstinada paciencia de un Wookey Hole oscuro, había regresado directamente a su casa vacía.

XIII. LA ESPADA DEL REY ARTURO

Los primeros brotes vacilantes de una vegetación verde fría, muda y blanquecina se habían abierto paso hacia el aire limpio y se habían establecido sobre la tierra. Las savias y esencias vitales misteriosamente liberadas, débiles, mudas y caprichosas, se habían elevado ahora lo suficiente para llenar los tallos fríos y rígidos y arrojar una nueva suavidad y una nueva elasticidad a sus curvas ascendentes.

Las flores tempranas, peligrosamente dulces, como los cálices amarillo verdosos de los primeros narcisos, que captaban los chorros del frío sol entre las nubes agitadas por el viento y doblaban sus pétalos húmedos hacia la tierra parda bajo las fuertes lluvias, habían dado paso a las flores mucho más robustas, aunque menos conmovedoras, de la última estación primaveral. Los tulipanes ya estaban en los bordes de la mayoría de los jardines de Glastonbury y las

pesadas torres cerosas de los jacintos de jardín –púrpuras, rosas, blancos y azules– ya habían pasado su apogeo de embriagadora dulzura y se hundían día a día en su rica muerte. El aroma más inocente e infantil de las lilas también estaba ya en el aire; y la renovación de la tierra había avanzado lo suficiente como para que las grandes ramas colgantes de los labiérnagos en los dos viejos jardines del señor Weatherwax estuvieran estallando en delicados capullos. Ahora también se podían ver peonías –esos orbes de generosa salud y sin restricciones– en muchos parterres cálidos; mientras que al otro lado de la vieja mampostería de los jardines más pequeños, donde las muchachas de mejillas brillantes entraban y salían de sus casas hacia la luz del sol, como flores en movimiento con sus frescos vestidos de Pascua, seguían riendo y desafiándose unas a otras al oír ese sonido familiar, llegó con el viento del suroeste el grito burlón del cuco.

Habían transcurrido tres semanas desde que Sam Dekker yaciera con Nell Zoyland en aquel lecho cuidadosamente preparado junto a las aguas del Lago Blanco: tres semanas fecundas; y horas dulces como la miel y horas amargas como la coloquintida se habían deslizado por la misma pendiente fatal hacia el olvido eterno.

Glastonbury tenía el aire, en ese clima sereno, de ser alguna antigua ciudad medieval, rodeada de verdes pastos paradisiacos; una ciudad que Fra Angelico habría podido pintar, dándole un primer plano de berros y garzas zancudas.

Ya había pasado más de quince días desde abril y se acercaba una Pascua tardía. La mañana del Jueves Santo, después de una noche sin viento en la que la luna, ya casi llena, había inundado los bosquecillos de avellanos y los parterres de mimbre con un resplandor tan líquido que cada frágil tallo de primula y cada tallo de jacinto cargado de savia había proyectado su propia sombra particular sobre la arcilla húmeda o la piedra fría. Cordelia Geard, vestida como un jacinto azul y con su rostro sencillo completamente iluminado por los movimientos regenerativos que la rodeaban por todos lados, abrió la puerta de la tienda de Old Jones en High Street y se sumergió audazmente en su oscuridad desordenada y suavizada por los siglos.

El sol calentaba el pavimento de High Street, pero una especie de eidolón brumoso del sol –una especie de sol secundario, más dorado que el primero, precisamente porque estaba más apagado– derramaba su rico resplandor, poblado de relucientes motas de aire, sobre toda la maraña de cachivaches que había en el interior de las paredes de la tienda. Este sol secundario, más dorado que el primero, como si la tienda de Número Dos hubiera sido un claro del bosque en algún país de hadas donde las raíces fueran sillas viejas y las ramas fueran viejos candelabros de cobre, caía en largos rayos desde encima del jarrón con forma de dragón, el pimentero con tapa de Pierrot, el volante de plumas rojas, el mazo de croquet pasado de moda y la taza de afeitar con el castillo del Rin sobre ella, y creaba una gloria espesa,

opaca y oxidada, llena de portentosas curvas, colores y contornos, de los muebles amontonados y los latones retorcidos de aquel lugar oscuro. La tienda del número dos era un arcano de la loca imaginación de viejos artesanos anónimos. El viejo Bartholomew Jones no era un virtuoso moderno ni un entendido sofisticado. Era un personaje de Glastonbury. Pero algo profundamente instintivo en el hombre lo había llevado durante años y años –durante algo así como medio siglo, de hecho– a coleccionar sus objetos con una predilección personal que le era propia, una predilección que, aunque no era ni muy culta ni muy estética, tenía un cierto patetismo de elección peculiar. La tienda era, de hecho, un limbo de los símbolos característicos de la vida de tiempos pasados.

Aquí, Glastonbury, capa por capa a través de los siglos, se reveló en ciertas petrificaciones significativas, ciertos gestos congelados del espíritu fluido de la vida, mientras era atrapado, emboscado, convertido en seda, satén, latón, hierro, madera, cuero, plata, porcelana, lino, libros ilustrados, libros impresos, utensilios de juego, utensilios de cocina, relojes, decantadores de vino, juguetes, trampas, bastones y armas.

No era una cueva de Aladino para niños y, de hecho, muchos de los objetos, como las cacerolas para calentar los alimentos, las jaulas de pájaros, los morillos de fuego y demás, tenían algo que sugería una vejez avara y embrutecida más que la juventud. Pero era un tesoro para el

tipo de imaginación que adora cavilar, quizá un poco sardónicamente y sin fastidio, sobre los caprichos y antojos del espíritu humano.

El señor Evans había descubierto incluso –porque el sistema de coleccionar curiosidades del Número Dos era evidentemente más filosófico que artístico– ciertos objetos curiosos, mucho más recientes que los numerosos antimacasares y frutas artificiales bajo cristal que había seleccionado, objetos que el propietario aparentemente consideraba significativos de la edad de su propia juventud, como manillares de bicicleta oxidados y ruedas de triciclo y juegos de salón como *Lotto* y *Spelicans*.

La luz espesa y dorada parecía llegar a los ojos a través de un medio indescriptiblemente rico, como un jerez añejo, que flotaba sobre todo ese caos. Y era como si hubiera reunido en sí una potencia mágica esa mañana en particular.

Cordelia Geard, a pesar de su nuevo vestido azul y su sombrero de dama, no pudo resistir una extraña sensación mientras miraba a su alrededor, como si hubiera entrado en la cueva de un mago y se hubiera expuesto a alguna posibilidad desconocida de transmutación corporal. Tenía la sensación de que la tienda del Número Dos, de la misma manera que podía hacer que los juegos de salón de mediados de la época victoriana parecieran antigüedades romanas, podía transformar a una muchacha de la segunda década del siglo XX en algún símbolo platónico de

expectativa erótica. Había sido el viento del sudoeste y el aire perfumado a lilas lo que la había llevado al dominio de su prometido, pero no había sospechado que ese salto de vida en el exterior tendría una respuesta recíproca entre los simulacros amontonados en el interior. Pero mientras esperaba, sin ver a nadie y temiendo alzar la voz, sintió como si en aquel espacio iluminado por el sol la saludara un coro de susurros apagados. Los pomos tallados de una cama victoriana le murmuraban cosas extraordinarias. Un jarrón azul con grandes asas de cestería blanca se volvió aún más voluble.

La muchacha de azul frunció el ceño ante este último objeto.

«Debe estar arriba haciendo su cama», pensó. «¡Cómo me gustaría hacerle la cama!».

Y entonces, juntando todas sus fuerzas en una resolución terrible, se dijo a sí misma: *“Haré que me ame como otros hombres aman a sus mujeres. Haré que me ame como Crummie hace que Red y Mr. Barter la amen. ¡Las mujeres pueden hacer estas cosas! ¡Las mujeres pueden convertirse en yesca para una cerilla, en limaduras para un imán, en paja para una chispa!”*

Los ojos oscuros de Cordelia empezaron a adquirir una extraña y excitada luz mientras su corazón seguía diciéndose a sí mismo lo que haría para despertar el deseo del señor

Evans en esa mañana de Jueves Santo. Se dispuso a escuchar atentamente y creyó oír sonidos; pero, curiosamente, esos débiles sonidos que oía parecían venir de debajo de sus pies en lugar de encima de su cabeza y se parecían al roce de un talón nervioso contra una tabla desnuda en lugar del crujido de las sábanas de una cama.

Cordelia nunca había oído al señor Evans referirse a la habitación de abajo donde reposaba ese curioso volumen –ahora separado del San Agustín, su antiguo compañero– que era un peligro tan grande para la paz mental del galés; pero empezó a experimentar una vaga sensación de inquietud femenina, totalmente sin causa racional, en relación con su amigo.

«A esta hora ya debería estar en la tienda», pensó. «Deben ser casi las diez».

La repentina apertura de la puerta de la calle la hizo girarse y el corazón le dio un vuelco. La figura que entró era Red Robinson.

El hombre asintió nervioso con la cabeza hacia Cordelia, pero no se quitó la gorra, ni le ofreció la mano, ni siquiera cerró la puerta de la tienda.

–Estoy buscando a su señoría –dijo, con una mueca de desprecio al pronunciar la palabra «señoría». –No está en casa. No está en la ciudad. No está en su oficina. ¿Dónde está

su señoría? Eso es lo que quiero saber. Tengo algo importante que decirle.

–¿Puedo darle algún mensaje a mi padre, Red? –preguntó Cordelia–. Sin duda estará en casa para la comida... nuestra comida del mediodía, ya sabes, Red.

El hombre vaciló.

–¡Bien! Podrías decirle que no le diré nada más a esa tal Morgan, ya que eso es lo que a su señoría le agrada. ¡Nada más que decirle, y todo se cumplirá!

Cordelia hizo una reverencia grave. –¡Seguro, Red, seguro! Sí, sin duda se lo diré a papá. No le dirás nada más a la mujer Morgan, tal como mi padre desea.

Red asintió, sacó su pipa, la encendió en la puerta y luego se fue.

Cuando Cordelia se dio la vuelta después de que él se fuera, vio al señor Evans de pie frente a ella. El señor Evans la miró asombrado, como era de esperar. No sólo estaba más bonita de lo que la había visto nunca, sino que estaba mucho mejor vestida. De hecho, Cordelia había ido con Crummie a Wollop's tres días antes (algo que sólo había hecho dos o tres veces en su vida) y había encantado a su bondadosa hermana con el interés inusual que había mostrado en el nuevo decorado de Pascua. El ex alcalde en persona había salido de su jaula autodesignada para atender a las hijas

supuestamente ricas de su ambiguo sucesor, y ambas muchachas habían hecho todo lo posible por calmar lo que creían que debían ser sus sentimientos profundamente heridos.

Crummie había obligado a Cordelia a comprar un disfraz que le quedara realmente bien, y como su padre les había dado a las niñas una pista de que deseaba que "se aderezaran bien y honraran a su madre", este disfraz, que incluía un sombrero especialmente elegante y muy femenino, ahora mostraba a Cordelia, mientras los rayos de motas doradas rodeaban su figura, con una ventaja que sorprendió y desconcertó al señor Evans.

El hermoso clima de abril (pues pocas veces Glastonbury había conocido la proximidad de una Pascua más auspiciosa) había acelerado la sangre y realzado el color de la hija mayor del señor Geard. Desde que se había puesto ese vestido azul oscuro de corte encantador y ese pulcro abrigo gris con forro azul genciana, la chica se había sentido como si fuera una persona diferente. Una ligera sensación de vergüenza espiritual por su propio placer inesperado con esas nuevas prendas realzaba el encanto de su actitud cuando ahora hablaba con su prometido; le daba, de hecho, un aire de timidez virginal que el señor Evans nunca había visto en ella antes.

La huesuda complexión de su rostro más bien demacrado, la altura de su frente más bien hosca, la inclinación hacia

adelante de sus hombros torpes, todas estas cosas parecían mitigadas hasta un punto en que casi se convertían en las características interesantes de una mujer de distinción original.

Por alguna razón –mejor entendida sin duda por el joven nietzscheano, que era el vendedor del señor Wollop, que por el señor Evans o la propia joven–, el forro del abrigo y el vestido azul con su fino galón de encaje de Bruselas, cuando ella abrió el abrigo, hicieron que la piel que cubría las clavículas de la muchacha pareciera tan satinada y blanca como la dulce carne de cualquier hija de Eva mucho más favorecida.

Ya fuera por pura timidez o porque algún sutil instinto femenino le advertía que tuviera cuidado en esa importante crisis de su vida, Cordelia se negó a hacer más que echarse hacia atrás la capa mientras ocupaba el asiento que le ofrecía su amante en la parte trasera de la tienda. El señor Evans se cernía sobre ella e intercambiaba con ella comentarios casuales y sin importancia sobre cosas que no sabía muy bien, mientras sus ojos ardientes, que brillaban bajo sus pobladas cejas, devoraban esa pequeña extensión de blancura femenina. Algo así como un torrente de agua fresca de sentimientos completamente nuevos hacia esa chica tranquila brotó de los sentidos envenenados y salobres del hombre. Con un movimiento interior de su voluntad (y la terrible necesidad de su naturaleza distorsionada había dotado a la voluntad del señor Evans de máquinas de hierro),

cerró ahora un formidable rastrillo mental sobre su oscura perversidad congénita. Ni un hilo, ni una gota, de esa compuerta mortal debía envenenar ese nuevo sentimiento.

En efecto, se dio cuenta de inmediato de que si en ese mismo momento pudiera llevar a su invitada a su cama deshecha, en el piso de arriba, no sería una penitencia en absoluto, sino un placer espontáneo, abrazarla allí. Era la primera vez en la vida del señor Evans que se le había ocurrido un impulso tan normal y natural. Y se mantuvo. ¡Sí! Se mantuvo en el fondo de todo el torrente de palabras que ahora soltaba, en chorros espasmódicos de agitación volcánica, en la parte trasera de aquella tienda iluminada por el sol.

–He estado leyendo a Dante, Cordy, ¡qué dulce estás hoy!, y te digo, querida, que es el único de los grandes poetas que, en mi opinión, comprende realmente la vida. La vida es una guerra a muerte, Cordelia, ¡esa es la verdad, preciosa!, entre los espíritus del bien y del mal. Estos espíritus están en todas partes. Se encuentran en cada grieta de la conciencia y en cada plano del ser. La vida surge de su conflicto. La vida es su conflicto. Si el espíritu del bien triunfara por completo, como espero que suceda algún día, todo el océano rebosante de vida se secaría. ¡No habría más vida!

Cordelia lo observó mientras se llevaba los alimentos del desayuno (pues evidentemente se había levantado apresuradamente, por algún motivo, de su té y sus

panecillos) y los colocó en fila en un pequeño estante sobre la estufa de gas. Un rayo de sol, espeso y suave como el sol en la celda de un monje, convertía constantemente su perfil romano, con su gran nariz ganchuda y su largo labio superior, en una imagen de bronce oscuro que parpadeaba vagamente ante ella, primero en una mano, luego en la otra, mientras escuchaba y reflexionaba en un trance pasivo de satisfacción.

«Esto es la felicidad», pensó para sí misma. «Esto es lo que Crummie debe haber conocido muchas veces». Y una gran oleada de compasión recorrió su corazón pensando en todas las solteronas de Glastonbury que *no tenían un hombre*, ningún incompetente torpe y corpulento que se las arreglaba sin remedio con seres inanimados y truculentos.

¡Oh, con qué facilidad podría haber hecho lo que él estaba intentando hacer tan a tientas! ¡Y qué cerca había estado ella de no tener nunca una de esas criaturas que podían hablar de manera tan excitante y –¡se estrellaba uno de los platos del señor Evans contra el suelo!– que pudiera encontrar tan patéticamente difícil la tarea de limpiar una mesa!

Él regresó a su lado, arrastrando tras él un gran sillón tallado, y sobre ese objeto parecido a un trono la obligó a sentarse, mientras él mismo tomaba posesión del pequeño sillón vertical Sheraton que ella había dejado libre.

“Lo que ninguno de ustedes en Glastonbury parece

entender”, continuó el señor Evans, “es que este lugar está cargado y empapado de una lucha invisible desesperada”.

–¿No hay la misma confusión –se atrevió a comentar Cordelia en voz baja– en nosotros mismos?

–¡Por supuesto que sí! –exclamó el señor Evans, inclinándose hacia delante sobre la falda azul de la muchacha y presionando con la palma de su mano izquierda el pomo del antiguo trono.

“¡Hay todo el abismo del infierno dentro de nosotros, fuego, humo, azufre, brea, hedor, ardor! Algunas almas tienen un suelo firme, Cordelia, que cualquiera puede pisar sin que haya ninguna diferencia. Pero otras almas tienen trampillas en sus suelos que conducen a... a... ¡a lugares impensables!”

La boca de la muchacha estaba un poco abierta y las pupilas negras de sus ojos se habían agrandado y redondeado. Estaba sentada muy erguida en aquella silla antigua, con las manos enguantadas (a él no se le había ocurrido pedirle que se quitara los guantes y ella había dudado en hacerlo por temor a que pareciera un gesto demasiado familiar), agarrándose con fuerza a los brazos de madera, pero había un espacio de varios centímetros entre su mano y la fuerte presión de él sobre el pomo.

–Soy un hombre infeliz, Cordelia –susurró con voz ronca.

Sus párpados se contrajeron. Un leve retorno de la exultante fuerza que la había embargado aquella noche en Chalice Hill hizo que su cuerpo rígido se estremeciera. ¡Ahora era el momento de hacerle saber que podía confiar en ella, que estaba dispuesta a sacrificarlo todo por él! Pero el miedo y la timidez la dejaron entumecida, muda, indefensa.

–Soy infeliz –repitió con una voz casi inaudible.

Sus labios exangües se movieron y dijo: "Lo siento mucho", pero no supo si le llegó o no.

–He sentido cosas, he hecho cosas –estalló– en mi vida que me han puesto... –retiró la mano del brazo de su gran sillón y se reclinó, haciendo crujir siniestramente la madera incrustada de la delicada pieza de carpintería en la que estaba sentado–, me han puesto fuera del papel.

Luego, metiendo las manos profundamente en los bolsillos, emitió dos sonidos desagradables que pretendía que fueran una risa cínica.

“¿No puedes atender a una mente enferma, Cordelia?”

La muchacha respondió (fue una señal de más devoción de la que él imaginaba) quitándose su nueva chaqueta y luchando por quitarse sus nuevos guantes.

–Lo siento... Owen –murmuró.

La forma en que dijo “Owen” despertó la imaginación del Sr. Evans y le sonrió con tristeza.

–Lo sé, querida –dijo–. Te lo habría contado hace semanas, si hubiera podido. No hay ninguna razón terrenal por la que no deba contártelo todo... excepto... que no puedo.

–Lo siento... Owen –repitió, doblando hacia atrás con intensa expresión ceñuda el segundo de los dos guantes y finalmente se lo quitó y lo dejó en la silla a su lado.

“No puedo entender por qué nací como nací”, dijo Evans. “Pero eso es lo que habrían dicho los peores hombres que han vivido jamás”.

Se levantó de su asiento y empezó a caminar arriba y abajo por el pequeño espacio que había al final de la tienda. Cada vez que se daba la vuelta, miraba el picaporte de la puerta que conducía a la habitación de abajo. ¡Cuántas veces había luchado contra la irresistible tentación de girar el picaporte y robar unos momentos febriles de lectura a *aquel libro!*

–Cordelia, ¿crees que hay formas de maldad tan horribles que nada puede eliminarlas?

La muchacha estaba sentada de lado en su trono dorado y oscuro. Un largo y tembloroso rayo de sol rojizo caía de lleno sobre su perfil y daba a todas sus excentricidades un énfasis sorprendente.

“¿Eliminarlas...?” repitió estúpidamente.

–Quiero decir, ¿crees que hay ciertas cosas que cualquiera puede hacer... cosas crueles, abominables... que traen consigo un remordimiento eterno? ¡Escucha, Cordelia! ¿Crees que cuando Cristo sudó ese sudor sangriento del que habla, sintió el peso de cosas como ésa? No lo que había hecho él mismo, por supuesto; sino lo que, antes de morir, tuvo que asumir? ¿Quieres que te diga algo, Cordy? De todos modos, puedo decirte eso... John Crow me ha pedido que interprete a Cristo en la representación de tu padre; y dije que lo haría, si me dejaba estar realmente atado a una cruz. Puedes entender por qué dije eso, Cordelia, ¿no? Será difícil de soportar –emitió de nuevo esos mismos desagradables sonidos guturales que evidentemente supuso que se parecían a una carcajada brutal–, probablemente será más doloroso de lo que tengo idea; pero pensé que...

De esa manera me daría cuenta de cómo Él realmente tomó tales cosas sobre Sí” .

“Ha sido terrible para ti, Owen, todo lo que has pasado”, dijo. “Pero no puedo creer que haya cosas tan terribles que Cristo no pueda perdonar”.

Se detuvo en su camino y la encaró, con las manos todavía hundidas en los bolsillos.

–La gente... no parece... darse cuenta –dijo– de lo que es

el mal. ¡No parece... darse cuenta de lo profundo que desciende! Tiene agujeros... que descienden... más allá de la mente... más allá de la razón... más allá de todo lo que pueda imaginar. De esos agujeros sale algo que te da poder cuando estás en ciertos... en ciertos estados de ánimo... y es entonces cuando sientes cosas... y... haces cosas –su voz se elevó hasta tal punto que la muchacha se levantó e hizo un movimiento con la mano hacia él– ¡que nada en la Naturaleza puede perdonar!

Se apartó de ella con un movimiento tambaleante hasta que su hombro chocó contra un escritorio alto de madera de nogal. El impacto pareció calmarlo un poco.

–Por supuesto –murmuró, dándole la espalda y pasando los dedos arriba y abajo por el borde del escritorio–. Cristo está fuera de la Naturaleza; ¡y ésa es mi oportunidad! Está fuera, ¿no es así, Cordelia... fuera por completo?

De algún modo, Cordelia encontró el coraje para acercarse a él y posar nerviosamente una mano sobre la manga de su chaqueta. Él se sobresaltó al sentir su contacto y la expresión de su rostro la asustó; pero debió haber presionado de inmediato en la oscura maquinaria de su mente uno de esos motores de hierro de su voluntad morbosamente activa y fue con un gesto bastante cortés que se llevó las manos de ella a los labios.

–Eres más dulce conmigo de lo que merezco, querida –dijo

con dulzura—. De verdad que desearía, por ti, ser una persona muy diferente.

—Estoy muy feliz contigo tal como eres, Owen —susurró Cordelia con el corazón palpitante—. Oh, ¿por qué? —gritó con todos sus nervios—, oh, ¿por qué no me toma en sus brazos?

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en la tienda del Número Dos, el propio Número Dos, es decir, el señor Bartholomew Jones, ya un poco recuperado de la extracción de lo que Penny Pitches llamaba “quistes” en sus partes bajas, había salido del hospital para dar un paseo matinal. Uno de los médicos había ofrecido llevar al anciano con él a un viaje a Godney, pero en lugar de eso lo había dejado para que visitara durante una hora la casa de su anciano compinche, Abel Twig. Allí, en la puerta del cobertizo de este último, los dos ancianos caballeros intercambiaban comentarios sobre la vida, tal como habían estado acostumbrados a hacerlo durante los últimos cincuenta años.

"Mi nieta Sally me llena los oídos con sus charlas sobre nuestro nuevo alcalde. La muchacha se da tantos aires como si fuera alcaldesa, y sin embargo, es sólo porque es su doncella... Es asombroso, Abel, cómo esas niñas se ponen a hablar de asuntos públicos. En aquellos viejos tiempos, hermano, era sobre empanadas y pasteles de manzana y cosas por el estilo que sus mentes se movían".

–Llena tu pipa, Bart; llena tu pipa y no pienses más en esos lamentables sucesos –dijo el señor Twig con firmeza–. Son pensamientos como estos los que llevan a los pobres desgraciados como nosotros a los hospitales y las enfermerías. Cuando brilla el sol y los pájaros zumban, lo mejor es estirar las piernas, hermano, ¡y tararear y silbar!

“Pero no es sólo del nuevo alcalde del que me habla mi nieta; es de hechos tristes, malvados y carnales que traerían problemas a algunas personas si todo se supiera”.

Las dos viejas cabezas se acercaron una a la otra y las dos viejas pipas de brezo, llenas de costras, fueron golpeadas simultáneamente en el tocón de leña de Abel Twig.

“¿Son las acciones carnales de los que son alcaldes o de los que se hacen pasar por alcaldes?”, preguntó evasivamente el Número Uno.

–Es Sally Jones la que dice eso, Aby, no nosotros, tú lo sabes –murmuró Número Dos, mirando con cautela a ambos lados de la calle–, pero me dijo que la muchachita que juega con nuestra Jackie es una prostituta del señor Crow en Elms. Dice que hubo insinuaciones y rumores en la *Gaceta* sobre su pequeño idilio. Dijo que estaba en el número del miércoles pasado o por ahí, y ella misma cree que fue Red Robinson quien lo puso allí.

Se acercaron simultáneamente dos cerillas a dos orificios

carbonizados y ennegrecidos; y dos espesas nubes de humo azul estallaron desde debajo de una nariz parecida a la de un pájaro y otra parecida a la de un perro.

“Nuestra Feria del Solsticio de Verano, compañero, hará que esta nación suene y tintinee, según tengo entendido”, dijo Abel Twig.

–Así sea, hermano, así sea –dijo el otro–. Para mí no hay nada que me guste. Nunca me han gustado las rotondas, ni las fiestas de mayo, ni los juegos de la tía Sally, ni los hombres pintados ni las mujeres de pelo rosa. Nací demasiado modesto, le dijo el médico jefe del hospital a la enfermera Robinson, lo cual era una forma de decir que mi estómago se revuelve fácilmente. El médico jefe está a favor de esos inventos impecables, ¿sabes? Y yo parezco un hombre viejo, ¿qué estaría mejor en la tumba?

–No digas esas palabras, hermano Bart –protestó el señor Twig apresuradamente–. ¡No las digas! Seguirás estirando las piernas en mi cobertizo en una hermosa primavera, dentro de siete años, cuando el Doctor Jefe se haya convertido en polvo.

–Pero el alcalde Geard no sólo piensa en tióvivos, carruseles, gordos y caníbales –prosiguió el otro–. ¡Piensa que el joven John Crow, que ha traído de Francia, está enseñando a todos los muchachos y muchachas de nuestro pueblo a actuar en una obra que mostrará a Dios Padre, Dios

Hijo y Dios Espíritu Santo, caminando y hablando como hombres comunes! La mayoría de la gente dice que es una maldita blasfemia. Otros dicen que es la verdadera religión traída a la tierra. A veces temo y tiemblo por las noches en el hospital, Aby, cuando pienso en lo que habrá en el aire y en lo que habrá en el futuro para esta ciudad y para mí y para tus huesos.

–Siempre has sido un hombre nervioso, Bart –dijo Abel Twig en tono consolador, apoyando su flaco puño sobre los impecables pantalones de domingo de su amigo, de los que emanaba el olor extremadamente mohoso de un mostrador de confección de hombres, de los días del padre del señor Wollop–, pero no hay nada en esta Feria de Verano que nos preocupe.

El número dos meneó la cabeza y adoptó el aire altivo y melancólico de un caso patológico famoso, sobre cuya cabecera del lecho de muerte los más grandes médicos de Europa hubieran discutido en vano durante años.

–Tengo miedo de lo que el futuro traerá a nuestra ciudad, Aby –dijo–. Por las noches me vienen temblores, como podría decirse, cuando estoy despierto en esta sala blanca y ceñida, donde soplan vientos fríos con todas las corrientes del cielo; y oigo a los fantasmas salir de las ruinas, hermano, y hacer zumbidos, zumbidos, zumbidos sobre todos los tejados, y siento, con seguridad, que algún cambio terrible está ocurriendo en esta ciudad.

–Pero lo que dices es una tontería, hermano –dijo el señor Twig. –¿Qué quieres decir con un cambio terrible?

–Me refiero a lo que sienten en sus entrañas húmedas las tablas y las piedras de esta ciudad cuando cae la noche y todos duermen. Me refiero al temblor de los postes y las barcazas y las chalupas y las balsas cuando oscurece. Digas lo que digas, hermano Aby, es propio de las piedras y de la madera saber cuándo se avecinan cambios en la tierra. Lo mismo ocurre con esas bestias mudas antes de una tormenta. Tú sabes, porque eres granjero, cómo les pasa a las babosas y los caracoles cuando llueve. Y, sin embargo, el hombre mortal, hermano, ¡no ve nada de eso! Se lo ocultan a él y también a sus mujeres, aunque a veces es cierto que alguno de ellos habla con terrible sabiduría, si un hombre tiene la paciencia de escuchar.

Abel Twig cambió un poco su posición para aliviarse de la dureza del banco de madera en el que estaba sentado, pues al ser un hombre de flancos singularmente delgados, sus huesos estaban desprotegidos.

“¿Has conocido alguna vez un día, hermano Bart, en que estas profecías de balsas y chimeneas y viejos tejados de iglesias, sobre lo que oyes en el hospital, hayan hecho que sucediera algo que un hombre pudiera nombrar, algo que los periódicos y los libros de historia pudieran mencionar, algo sobre lo que nobles ceñidos como nuestro Lord P. pudieran holgazanear y dormitar mientras beben su vino de bodega

después de sus empanadas de gallo negro?”

El Número Dos deformó su rostro hasta convertirlo en una horrible caricatura de humanidad, en un mero esfuerzo por escarbar en su memoria.

Luego, los contornos de su rostro se relajaron y una sonrisa trémula curvó sus labios.

–Así lo hago, Aby; así lo hago –murmuró complaciente–. Recuerdo con claridad como la luz del día cuando hubo tres malas cosechas en sesión; ¡sí! y fábricas enteras cerraron. Eran las Tintorerías de Hyde entonces, lo que ahora son las de Crow, y muchos hijos de puta estaban a punto de morir de hambre en aquellos días; y los víveres escaseaban tanto que incluso los comerciantes ricos apenas podían permitirse salsa para su carne; y estos terribles tiempos de hambruna fueron profanados, tal como te lo estoy diciendo ahora, por crujidos y gemidos en las piedras de las ruinas. Algo está llegando a nuestra ciudad, Aby, tan seguro como que mi costado está sufriendo los caprichos del médico jefe. ¡Está llegando, hermano, no te equivoques! Está llegando; y todos estos cambios de alcaldes y proclamaciones de ferias, son los signos externos, como dice el Catecismo, de algún Santo Terror. Puede ser peste o puede ser hambruna, Aby. No digo que habrá escasez de pan y entierro de esqueletos humanos, pero tampoco digo que serán esas cosas. Pero algo será, porque los gemidos y quejidos en las ruinas son cada vez peores. Mantienen a uno despierto, hermano. No es que yo

duerma bien en el hospital cuando duermo... No le digas nada de eso al médico jefe, Aby... pero es cuando *no* duermo que las profecías traen muerte y juicio a mis oídos.

El calor relajado del clima de abril que había llevado a Cordelia a la tienda del Número Dos y había llevado al propio Número Dos al cobertizo de madera del señor Twig no carecía de su efecto sobre el temperamento susceptible de John Crow, sentado en su pequeña y ruidosa oficina, junto a los trenes de equipajes que silbaban y chirriaban, componiendo anuncios cada vez más atrevidos en relación con su representación del solsticio de verano. Había estado trabajando en esa habitación pequeña, calurosa y polvorienta desde las ocho y media de esa mañana; y ahora eran las once y cinco.

Miró a su alrededor, abrió de golpe la puerta de la pequeña oficina y aspiró el aire. El aire sabía tan delicioso que no dudó ni un segundo. Si sus pensamientos se hubieran reunido en palabras, cosa que no ocurrió en esta ocasión, las palabras habrían sido: «Verde... cielo... aire... fresco... barro... hierba... sauces... agua... verde... aire... espacio... barro».

Cogió su sencillo sombrero de paja, rodeado de una cinta negra, y su vara de avellano, con su mango de forma extraña.

El mango de esta vara de John se parecía al cuerno de un rinoceronte, y John, con su superstición indeleble, ya le había dado tanta identidad, y tal vez un poco más, como la

que cualquier jovencita derrama de su propia alma sobre su muñeca llena de serrín.

Armado con su bastón y con la misma ropa que había llevado en el funeral de su abuelo, con la banda de crespón alrededor del brazo que su amigo francés le había cosido unas siete semanas antes, se puso en camino, a un paso tan rápido como inerte, hacia el suroeste. Pronto se encontró siguiendo el camino que conducía al pueblo de Street. El camino que John seguía ahora puede haber sido tan antiguo como los días del rey sajón Ina, cuya carta a los benedictinos de Glastonbury todavía se conserva; pero lo más probable es que en aquellos primeros tiempos todos los viajeros cautelosos que salían de Glastonbury hacia el sur siguieran la calzada romana, cuyos restos se encuentran a menos de un tiro de piedra de aquella sobre cuya superficie el bastón de John golpeaba ahora tan bruscamente y sin motivo.

Pero, tanto si siguió una vía romana como sajona, lo cierto es que antes de llegar al pueblo de Street, John se encontró cruzando el río Brue en el puente de Pomparles. Mencionado en un rollo de la corte de la segunda década del siglo XV como Pons Periculosus, fue desde este lugar o cerca de este lugar, Pons Perilis, Pontparlous, Pontperlus, Pomparles, desde donde el misterioso personaje conocido como el Rey Arturo arrojó su espada Excalibur.

John se apoyó en el parapeto y contempló el agua del Brue. Allí había mucho barro y varios objetos extraños que no

guardaban relación con Excalibur descansaban medio enterrados en el barro, mientras que un patéticamente pequeño arroyo de agua de color pardo luchaba, con ímpetu debilitado, por librarse de tan degradantes obstáculos. Los ojos de John, vagando en busca de algo que pudiera recuperar el ambiguo romance que flotaba en el lugar, finalmente se posaron en un gato muerto cuyo vientre hinchado, casi desprovisto de pelo, se presentaba, junto con dos patas y una cabeza informe que era una mueca de desesperación, a la burla de la luz del sol.

Aún sufriendo una reacción violenta contra todos sus elogios místicos de Glastonbury, y sufriendo también un recuerdo demasiado vívido de una pelea peligrosa que había tenido con Mary la última vez que estuvieron juntos, este encuentro con el rostro deformado y el vientre hinchado de este pobre cadáver le causó una punzada diabólica de miseria mental e incluso física. Una extraña vibración de maligna rebelión contra todo el panorama de la vida terrenal se apoderó de él. Lo que sintió fue esto: "Me contentaría con soportar mucho si pudiera transmitir a la inteligencia consciente de cualquier tipo de Deidad mi desprecio por las condiciones en las que se nos ha ofrecido nuestra vida".

El escepticismo de John respecto de los dogmas del materialismo pseudocientífico era abismal, pero había llegado tan lejos en su papel de director de circo que repetía todos los mitos de Glastonbury con un toque propio, que ahora su estado de ánimo era de furia atea virulenta. Apretó

su flaco estómago contra el parapeto en amarga simpatía por aquella barriga lampiña en el barro, y respondió a la sonrisa desesperada de aquella cabeza apenas reconocible con una sonrisa propia que no era menos irredenta.

Así, al otro lado del Puente Peligroso de los viejos romances, una mirada de desesperación surgida del barro de Somersetshire se encontró con una mirada maliciosa surgida de un cráneo de Norfolk. En la superconciencia del sol abrasador, ahora casi en su cenit para ese día, el remolino y el trueno, el crepitar y el rugir y el estallido y la explosión de ese cuerpo de llamas que giraba en órbita no estaban acompañados por ninguna conciencia de la existencia de John Crow. ¡Y con la Tierra sucedía lo mismo! Debajo del barro del Brue había un lecho de arcilla; debajo de la arcilla, el granito original del esqueleto del planeta; debajo del granito, un océano de roca líquida sobre el que flotaba el granito; debajo de esto, nuevamente, golfos negros de vacío hueco llenos de gases humeantes, y más abajo de estos –mientras la plomada de la mente de John se sumergía y se hundía– este “abajo” se convirtió en un “arriba”, y la base de roca líquida de las “antípodas” de Glastonbury, como el mar de raíces del Monte Purgatorio de Dante, humeaba, hervía y burbujeaba.

Pero ni en sus huesos de granito, ni en sus entrañas ardientes; ni en su vegetación blanda, húmeda y espesa, ni en sus arenas ardientes; ni hacia dentro ni hacia fuera, desde el centro hasta la circunferencia, mientras su

superconciencia difusa acompañaba los pulsos de su envoltura material y seguía el viento de su revolución material, la mente de la Tierra se percató de la existencia de John Crow. Tampoco hubo, finalmente, suficiente potencia en la fría furia de la malicia mefistofélica del hombre, mientras respondía a la desesperación insensata de aquella cabeza de gato descompuesta en el sucio barro del Brue, para extraer el más mínimo y remoto atisbo de conciencia de la Primera Causa última y de doble naturaleza del mundo.

En ese mediodía en particular, ninguno de esos grandes Poderes Elementales se percató, ni por un instante, de la existencia, junto al Puente Pomparles, entre la ciudad de Glastonbury y el pueblo de Street, de la entidad conocida como John Crow. Pero los Grandes Poderes entre las fuerzas naturales dotadas de conciencia no agotan ni cumplen las innumerables categorías de lo sobrenatural, así como los Grandes Poderes entre las naciones de la Tierra no agotan ni cumplen las categorías de la humanidad. Hay innumerables seres supernumerarios –todos hijos e hijas de la Primera Causa– cuyas intromisiones e interferencias en los asuntos de la Tierra no han recibido la atención filosófica que merecen.

Debe haber sido por algún movimiento mental del cual no era consciente en absoluto que John Crow, en su estado de ánimo hosco y cínico, atrajo sobre su cabeza una visita sobrenatural de una de esas potencias menores en medio de ese cálido sol de mediodía. Sí, debe haber sido por algún

gesto mental inconsciente; ¡o bien fue provocado por toda la tendencia de sus actividades durante el último mes!

Sin duda, en cada generación aparecen ciertos seres humanos portentosos a cuyas personalidades algún misterioso destino les otorga un poder anormal, una capacidad anormal para la emoción y, finalmente, una proximidad anormal a los procesos secretos de la naturaleza. Tal debe haber sido ese personaje cuya figura fantasmal, que reúne en sí tantas clases de significado oculto, tantas clases de savia vital, a medida que los siglos surgen y desaparecen a su alrededor, quien pasa todavía, entre quienes tienen el menor interés en tales cosas, por el nombre familiar de Rey Arturo.

En todos los libros antiguos sobre estos asuntos se registra que desde algún puente que cruzaba el río Brue en este lugar (algún Puente Peligroso que se corresponde con el Castillo Peligroso donde Merlín ocultó ese prototipo pagano, cualquiera que haya sido, del Grial), este Arturo de la leyenda arrojó su espada. Esta acción particular de esta Persona singular debe haber estado acompañada por alguna intensa convulsión de sentimiento humano en su propia mente paralela a la conmoción en la mente de César cuando cruzó el Rubicón, en la mente de Alejandro cuando mató a su amigo Clytus, en la mente de Nuestro Señor cuando estaba en el Huerto de Getsemaní. Sin duda, son estas violentas tormentas de intensos sentimientos en grandes personalidades humanas magnéticas las responsables de

muchos de los sucesos sobrenaturales avalados por la historia y tan crudamente cuestionados por los historiadores burlones.

El puente de Pomparles, aunque está en el camino hacia Street, está mucho más cerca de la ciudad del norte que del pueblo del sur, y es probable que la mayor parte de los desechos, como latas viejas, viejos trozos de hierro oxidado, gatos y perros ahogados, abortos humanos, basura vegetal, botas desechadas de vagabundos, cabezas y entrañas de peces, fragmentos de ladrillos, latas de tabaco vacías, botellas rotas, etc., que se pueden ver atrapados en el barro de Brue, provengan de Glastonbury en lugar de su vecino más pequeño.

Un sendero fluvial cubierto de vegetación, en la orilla norte del arroyo, que alguna vez pudo haber sido un camino de sirga pero que ahora solo era utilizado por peatones ocasionales, seguía el río hacia el noreste donde fluía entre Cradle Bridge Farm y Beckery Mill, a través de Glastonbury Heath, bajo Cold Harbour Bridge Bridge, por Pool Reed Farm, hasta que llegaba al pueblo de Meare. El mismo camino, en la orilla norte del Brue, seguía el río hacia el sureste mientras fluía bajo Cow Bridge y atravesaba South Moor, Kennard Moor, Butt Moor, luego una milla más abajo de Baltonsborough, hasta llegar a los pueblos de West Lydford y East Lydford.

En medio de un estado de aturdimiento de sus sentidos,

John contempló la abominable desesperación que se reflejaba en las cuencas huecas de los ojos de aquella cabeza de gato descompuesta. Un tallo de col blanco amarillento yacía enterrado en el barro cerca de él; la descomposición vegetal y la descomposición animal se producían una al lado de la otra. Los sentidos del hombre estaban tan drogados por la luz del sol que su mente, como le sucede a cualquiera que despierta de un sueño verdadero, redujo su conciencia a un solo surco. Ese surco era el sufrimiento que el gato muerto debía haber sufrido para imprimir tal horror de desesperación en su fisonomía.

En todo sufrimiento normal hay ciertas leyes naturales que mitigan lo que la entidad en cuestión está padeciendo.

Cuando estas leyes se rompen, entra un elemento monstruoso, bestial, obsceno. John empezó a sentir que lo que la Primera Causa había decidido infligir a este gato pertenecía a esta Tierra de ultrajes; y una ira surgió dentro de él contra el Poder que fuera responsable de la creación de esos nervios tan sensibles en un mundo tan torturador, una ira que era como una zarabanda de furia delirante.

Sintió que la cabeza de gato compartía exactamente sus sentimientos. Su vientre hinchado y sin pelo... sus patas que parecían las garras de un pájaro... el éxtasis gruñón de su maldición... algo a la vez bestial y eterno en la protesta contra la Causa Peligrosa que había levantado del fango... todas estas cosas hicieron que John se diera cuenta de que

si él "se burlaba" del Emperador del Universo, esta cabeza de gato estaría completamente con él.

Fue cuando la cuerda del arco de su maldición todavía temblaba cuando John, apoyado como estaba contra el parapeto calentado por el sol, recibió un golpe repentino, desgarrador y cegador. Había estado pensando mucho en el Rey Arturo durante su reciente publicidad, pero sólo de una manera infantil y muy ignorante. Nunca había leído las historias. Pero en ese momento, en el resplandor de algo que luego le pareció similar a lo que había oído sobre los llamados Rayos Cósmicos, vio claramente... literalmente cortando el aire iluminado por el sol con una blancura como leche, como nieve, como corteza de abedul, como carne de doncella, como tiza, como papel, como el ojo de un pez muerto, como mármol italiano... ¡un objeto, *parecido a una espada*, cayendo al lodo del río! Cuando golpeó el lodo, desapareció. No quedó rastro alguno... cuando John miró más tarde... para encontrar dónde había desaparecido.

En ese momento, bajo la presión del impacto, John se tambaleó hacia un lado, raspándose las manos y las rodillas contra la piedra del parapeto. Seguramente habría caído de lado si no hubiera estado agarrando con fuerza el mango de la rama de avellano, con el que, al tropezar, se clavó automáticamente en la superficie de la carretera y se salvó. Lo que vio en ese momento sin duda pasó por su cerebro, en un choque cegador y mortal, como si fuera un acontecimiento sobrenatural. ¡Algo así fue lo que tembló y

brilló mientras pasaba a toda velocidad junto a él y se desvaneció en el barro del Brue! Hasta el final de su vida se obstinó en sostener que realmente vio lo que sintió que veía con sus ojos corporales.

Cuando Mary le preguntó (ya que sólo les contó este evento a Mary y al Sr. Evans) cómo fue que supo que era la espada de Arturo, solo pudo decir que la misma conmoción que tambaleó sus sentidos corporales como un rayo de mediodía, tambaleó su conciencia mental con una certeza desgarradora y aplastante.

Aquel cuya vida estaba ahora ocupada en convertir toda la leyenda de Glastonbury en una burla y una farsa popular no tenía motivos que ofrecer ahora para saber qué era aquello. Pero nunca dudó de que se trataba de una señal definitiva y quizá peligrosa de lo sobrenatural y que estaba dirigida únicamente a él. El hecho de que de todas las personas que conocía nunca se lo hubiera contado a nadie, salvo a esos dos, era en sí mismo significativo. Su elección de Evans como confidente no era sorprendente, pues el hecho de que hubiera visitado Stonehenge con él confería a la pintoresca figura del pedante galés un cierto encanto cautivador.

«¿Cómo fue, John?», le preguntaba Mary una y otra vez cuando, por quincuagésima vez, describió el suceso; pero todo lo que pudo decirle fue que lo que vio era blanco como la leche y que tenía una empuñadura oscura. El hecho de que la empuñadura fuera oscura en lugar de brillante y reluciente

era, sin duda, una peculiaridad de la apariencia que no encajaba con la atmósfera de las viejas historias. Todas las autoridades que hablaron de esa espada indicaron que su empuñadura era de oro brillante. Pero esos *famosi fabuladores* eran novelistas poéticos; y era posible que un arma real con algo extraño y oscuro en la empuñadura fuera arrojada al Brue en ese lugar por la persona que posteriormente sería conocida como Arturo, independientemente de lo que dijeran los novelistas.

El objeto que John vio arrojado al Brue desde el puente de Pomparies fue sin duda arrojado desde algún punto del espacio que se encontraba detrás de él; pero fue por la apariencia del objeto en sí que se tambaleó y estuvo a punto de caer, no por ninguna conciencia de una presencia sobrenatural detrás de él. Lo primero que hizo, cuando se salvó de caer apuñalando el suelo con su bastón y apoyándose en él hasta que recuperó el equilibrio, fue trepar por unas barandillas junto al borde del camino, descendió por la orilla y, de pie en el camino de sirga del norte del Brue, escrutó el río con una curiosidad intensa, perturbada y desconcertada. Pero no podía ver nada más que la basura habitual. Desde esta posición ni siquiera podía ver la cara del gato muerto. Había una gran caléndula de hojas brillantes creciendo allí abajo; pero sus flores redondas y doradas habían desaparecido. Debían haber sido cogidas hace mucho tiempo por alguien u otro. Agarró su bastón con fuerza por el mango curiosamente moldeado, ese mango que había

adquirido esa forma por las misteriosas casualidades de la vida subterránea, y se puso en marcha con pasos rápidos hacia el noreste siguiendo el curso del Brue en dirección a Meare.

Preocupado por lo que le había sucedido, rechazó por completo, mientras caminaba, explicaciones de este asombroso suceso que "habrían prescindido de lo sobrenatural". La primera y más fácil de estas explicaciones era que había sido el único testigo del descenso de un meteorito o un rayo. Otra era que su prolongado juego mental con todas estas leyendas había dado como resultado una especie de alucinación nerviosa. Pero sin poner ningún énfasis en Arturo o su espada, John sintió que *algo* lo había tocado desde más allá de los límites de lo conocido.

Mientras su sendero a lo largo de la orilla serpenteaba a través de los prados bajos, con el techo de tejas rojas de las casas de los trabajadores de Northover a su derecha, la mente de John comenzó a verse invadida por dudas y preocupaciones sobre toda su vida. Era como si hubiera estado viviendo las últimas cinco semanas en un sueño encantado. Los embriagadores vapores opiáceos de las leyendas de Glastonbury, incluso mientras él los usaba mal y abusaba de ellos con deliberada ironía, lo habían obsesionado hasta tal punto que en todos los demás asuntos de su vida simplemente se había dejado llevar. Fue este estado de ánimo a la deriva lo que había sido la causa de una fuerte pelea tras otra que había tenido con Mary.

"Le contaré todo a Mary durante el té de hoy", se dijo a sí mismo, mientras enderezaba la espalda y pasaba la punta de su bastón de arriba a abajo entre sus dedos, para asegurarse de que estuviera limpio, y le diré que no hará ninguna diferencia real el que tengamos que esperar hasta después del solsticio de verano para casarnos. La verdad es que debemos *esperar* hasta entonces. ¡Seguro que Mary se dará *cuenta de* que debemos hacerlo! Pero, ¡ay, Dios! Las chicas son tan divertidas con estas cosas".

Se dispuso a caminar más deprisa, siguiendo el Brue a través de praderas de agua que no hace muchos siglos debían de quedar sumergidas cada primavera –y aún lo están en época de crecidas– por las aguas salobres del canal de Bristol.

Había cruzado la vía férrea de Somerset y Dorset y se encontraba acercándose a Lake Village Field, cuando de repente se topó con un grupo de niños que, al parecer, estaban enzarzados en una pelea extremadamente violenta. Uno de ellos, una niña apasionada y morena, con la cabeza descubierta y la ropa sucia, estaba haciendo equilibrios en un pequeño embarcadero que sobresalía en el río, mientras que, en la orilla fangosa, debajo de esta construcción de madera, había otros tres niños: un chico, una chica y un niño mucho más pequeño que le gritaban insultos e incluso le arrojaban diversos proyectiles, como excrementos secos de caballo y puñados de tierra suelta, recogidos de la orilla, que, si no alcanzaban sus delgadas piernecitas, golpeaban muy a

menudo, como John pudo ver al acercarse, su falda descolorida y raída.

Los niños que estaban en la orilla le daban la espalda y la niña, aunque tenía el rostro vuelto hacia él, parecía demasiado concentrada en desafiar a sus enemigos como para darse cuenta de su llegada. Así, John, apoyado en su bastón y tomando aliento (pues había estado caminando rápido), tuvo tiempo de escuchar con atención durante un minuto o dos lo que estaba sucediendo antes de que su presencia hiciera alguna diferencia.

–¡Esa cabrona no tiene un padre digno, cabrona! –gritó el virtuoso Jackie, arrojando la raíz fangosa de un junco del año pasado a su antiguo lugarteniente–. ¡Esta banda de ladrones, de la que soy el jefe, no quiere a ninguna muchacha que no tenga un padre digno!

–¿Y qué hay de tu propio padre, Jackie? –replicó la chica, que había salido de su escondite desde su posición privilegiada en el inestable promontorio de madera–. ¿Y qué hay de tener un padre que estuvo en prisión todo el tiempo por ser una molestia?

En ese momento, su tranquilo hermano se sumó a la conversación: “Tu madre nunca tuvo un anillo de bodas y tu padre nunca le dijo: '¿Te casas?'”.

–No puedes decir nada, hermana –replicó Nelly Morgan

con fiereza– cuando tú y Bert no tenéis ni lo uno ni lo otro... ¡sólo a la abuela Cole con una verruga en la nariz! ¡Por Dios, Bert, me avergüenzo de ti! ¡Oh, ese pequeño gordo desaliñado! ¿Qué quieres decir con arrojarme barro a mí, que te he llevado tantas veces en mi espalda? ¿Qué quieres decir con eso, pequeño búho que mira fijamente? ¡Sí! ¡Bien puedes correr hacia Sis para salvarla, pequeño llorón! ¡Es a ti a quien estoy hablando, bebé Bunting! ¿No te avergüenzas de ti mismo?

Bert, en efecto, mostró signos de malestar cuando aquella andanada de palabras encendidas, desde tan alto por encima de su cabeza, cayó sobre él con estrépito como una metralla. Su entusiasmo filosófico ante la contemplación del mundo visible evidentemente no había dejado lugar, en su repertorio cósmico, a la ira femenina, cuando se dirigía con tanta amargura contra él. Como muchos otros filósofos masculinos, ahora escondía tanto su asombro como su pesar en los pliegues más cercanos de un regazo femenino más amable. Y de ese refugio, ¡por desgracia!, hay que confesar, pronto surgió el sonido de los sollozos.

Pero mientras el travieso Jackie buscaba un trozo de estiércol de caballo que fuera un misil mejor que cualquiera que hubiera encontrado hasta entonces, la tranquila Sis, por encima de la cabeza del lloroso Bert, lanzó la palabra más peligrosa y mortal pronunciada hasta entonces. «¡Tu madre es una puta, Nelly Morgan, y no puedes negarlo! Tu madre dejó que el señor Crow lo hiciera. ¡Sí, lo hizo! ¡Dejó que el

señor Crow lo hiciera, y todo el pueblo sabe que eres una Bastarda!».

–¡Oh, gran cobarde! –gritó la pequeña valquiria desde su tablón sobre sus cabezas. Ahora se dirigía a Jackie, que había estado a punto de golpear uno de sus delgados hombros con su fragmento de estiércol secado por el tiempo–. ¡Oh, gran cobarde vulgar y estúpido! ¡Eres un buen capitán ladrón, sí, si te unes a tres contra uno, y además contra una chica! ¡Le contaré a tu hermana Sally! ¡A ella se lo contaré! ¡Y ella te enseñará a tirar mierda a cualquiera, y rápido también! Jackie Jones huyó, huyó, del perro del Número Uno –en su genio para la invectiva, Nelly se sintió inspirada a pronunciar este mordaz reproche en forma de cántico impersonal– ¡huyó, huyó, cuando no había ningún perro en absoluto! La niña enfurecida, mientras entonaba su canción de guerra, señaló con los dedos a su antiguo líder con una ferocidad tan salvaje y brujeril que sus palabras sonaron a los oídos de John como un conjuro. Empezó a sentir casi lástima por los tres enemigos de esta joven Boadicea, todos los cuales aparentemente se encaminaban hacia algo parecido a un colapso total.

Jackie estaba, en efecto, balbuceando la indignada negación y se había puesto colorada mientras, con las manos en el borde de la plataforma, trataba de sacudirla. ¡La hija de Philip Crow terminó su derrota de una manera muy sumaria! Con la rapidez eléctrica de una bailarina nata, adelantó uno de sus piecitos desaliñados y pisó ferozmente los nudillos

expuestos del muchacho. Jackie, dando tumbos sobre la hierba y lamiéndose la mano herida, aulló ahora como el Ares homérico herido por Diomedes. Los sollozos de Bert y los aullidos de Jackie fueron puntuados a la vez por un rápido intercambio de artillería femenina entre Nelly y Sis.

–¡Dile a tu madre que te lo cuente, perra sucia, fea y asquerosa! –gritó el protector corazón maternal de la robusta hermana. Fue en ese momento cuando Nelly empezó a darse cuenta de la presencia de John y lo miró casi con coquetería, mientras procedía a cantar triunfalmente, sacando la lengua entre la estrofa y la antiestrofa de su canción triunfal, a la caída Jackie:

“Sissie Jones, en la escuela dominical,
le respondió a la maestra
como si fuera una tonta.
La maestra le dijo: '¡Pequeña tonta,
cierra la boca y habla!'”

Mientras pronunciaba este ditirambo sobre su rival derrotada, la exultante niña comenzó a bailar arriba y abajo sobre la tabla inestable. Fue en ese momento cuando John se acercó.

Se acercó con el mismo tipo de rubor en sus mejillas crispadas que Dante mostró cuando Virgilio lo sorprendió disfrutando perversamente de una pelea obscena y venenosa. Pero extendió los brazos para levantar a Nelly la

Conquistadora de su percha, con la sensación de sorpresa de que si las acusaciones de estos niños eran ciertas, él y ella eran parientes de sangre, y ambos habían heredado su diabólico espíritu normando de la esposa de William Crow, la orgullosa mujer Devereux.

Sin duda, fue con el mismo gesto de un Devereux que la pequeña hija de Philip –«Nelly Morgan», como la llamaba Número Uno– ofreció su mano, tan pronto como John la puso de pie, para ayudar a la caída Jackie a levantarse. Fue todo un drama psicológico –un drama más allá del alcance de cualquier pluma europea viva– cuando los rasgos llorosos de Jackie aparecieron a la vista, los nudillos de su mano herida apretados contra su boca y sus pequeños ojos negros lanzándose furtivamente hacia atrás y hacia adelante entre la cara de John y la de Nelly.

–¡Detente, querida! ¡Detente ya! –Así lo hizo Sis, con una violenta sacudida, para descargar su indignación contra su exitosa rival sobre el objeto más cercano y querido de su afecto maternal. Bert recibió esta sacudida con su flema habitual y sus sollozos cesaron instantáneamente. Sus ojos redondos se posaron en la figura de John y, mientras observaban a este, el antiguo e insaciable entusiasmo regresó a ellos. Exactamente como hubiera sucedido con el pobre ex alcalde Wollop, lo que más le interesó a Bert sobre esta nueva aparición humana fue que se había puesto la gorra al revés. Este accidente sin duda había sido resultado de la conmoción del incidente de la espada en el puente

Pomparles, pero afortunadamente John ahora se salvó de hacer el ridículo.

–Bert le está diciendo, señor –dijo Sis con entusiasmo, porque la situación se prestaba exactamente a su pasión protectora–correctora–, que se ponga la gorra al revés. Puede disculpar a Bert por mencionarlo, señor, pero Bert es así, Bert se da cuenta de las cosas que están al revés. Se da cuenta cuando Nell o yo hemos dejado nuestras cintas en casa o no tenemos imperdibles. Se da cuenta cuando su abuela ha olvidado su dentadura postiza, o cuando se ha puesto su mejor gorra azul cuando quería la púrpura. Se da cuenta de su maestra, señor, tan de cerca y concienzudamente que lo castiga por ello, como si se hubiera portado mal en el suelo del aula. Es notable lo que Bert nota cuando la gente... –Su orgullosa locuacidad se interrumpió de repente por Nelly Morgan, que mientras Sis hablaba con John, le había estado susurrando a Jackie, se dirigió ahora con severidad a Sis.

"Jackie dice que mañana yo seré el capitán de esta banda de ladrones y él será mi juez de guerra. Jackie dice que tienes que ser de un rango inferior al de un soldado raso y Bert tiene que ser el caballo de carga de la banda".

Sis miró rápidamente el rostro de John al oír este resumen desde la altura del conquistador. Al verlo sonreír un poco, plantó sus fuertes tobillos firmemente en la hierba y, agachándose, como si hubieran estado jugando a las

guirnaldas de margaritas en lugar de a los bandidos, arrancó varias de aquellas flores blanquecinas de cuco que John había estado cultivando.

Ya lo había notado y con cierta sagacidad brusca, actuando como debe haber actuado mil veces con Jackie y Bert, le entregó este pequeño ramo, junto con una ramita de perifollo silvestre, como todas las amas de casa neófitas, sintió que las flores sin hojas (las hojas de las flores del cuco son muy inadecuadas desde este punto de vista particular) eran de alguna manera insuficientes, a este extraño cuya gorra, tan deplorablemente torcida, ahora estaba bajada, como debía ser, sobre sus cejas divertidas y sumisas.

–¡Bien! ¡Buena suerte a todos y muchas gracias! –exclamó John, haciendo un débil esfuerzo, casi digno del propio señor Evans, para meterse en el ojal aquella colección de tallos húmedos de savia–. Tengo que volver al trabajo. ¿Cómo es que no estáis en la escuela?

Fue Jackie quien respondió a esto, quitándose los nudillos heridos de la boca: “El señor Dekker vino ayer cuando los profesores estaban enfadados, y dijo que ella debería tener más vacaciones; y ella dijo que le gustaría ir a Yeovil donde está su novio y el señor Dekker le dijo que cerrara la escuela hasta después del lunes de Pascua y se puso roja como el fuego cuando él dijo eso y cuando el señor Dekker se fue hizo muecas cubriéndose con las manos y luego lloró; pero vi lo que estaba haciendo, lo vi”.

–Y nuestro Bert vio llorar a la maestra –agregó Sis en ese momento, ansiosa de que la familia Cole tuviera su parte igual de drama.

“¡Veo llorar a la maestra!”, *repitió* el propio Bert.

El leve surgimiento de una remota simpatía por aquella mujer desconocida que lloraba de alegría por poder ir a Yeovil el Jueves Santo en lugar del Viernes Santo dio paso en la mente de John a una curiosa sensación que sólo había experimentado una o dos veces antes en su vida. Vio a aquel grupito de niños, recortado contra aquel destartalado embarcadero –que debía de haber sido construido en los días en que todavía había barcazas en el Brue– bajo una repentina aura iluminada. Los vio como una repetición de un grupo humano de cuerpos y mentes vívidamente vivos, con flores de cuco, perejil silvestre, hojas de acedera y barro de río reunidos alrededor de sus formas, como si las hubiera dispuesto allí un artista célebre. La maldad de los niños, la dulzura y el encanto de los niños, con aquellas plantas primaverales a su alrededor y una alondra solitaria e invisible que temblaba en el azul, parecieron llevar su espíritu perturbado más allá de un umbral psíquico, donde todo el desorden del loco torrente de la existencia adquirió una apariencia diferente. “¡Adiós y buena suerte!”, les gritó mientras se marchaba.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo de llegar a un punto en la curva del río que estaba cerca del lugar de aterrizaje del

avión de su amigo Barter (y allí, al otro lado de un campo o dos, podía ver la nave aérea inmóvil) cuando oyó una respiración jadeante detrás de él y el sonido de pequeños pies corriendo. Se dio la vuelta y encontró a Nelly Morgan a su lado. La niña estaba demasiado sin aliento al principio para hablar, pero agarró la solapa de su abrigo con la mano y siguió su ritmo mientras él caminaba lentamente. "Voy por mi camino. ¿Nelly?" dijo. Había oído que la llamaban "Nelly" en su pelea; pero las sílabas "Morgan" se le habían escapado.

–Me están molestando terriblemente, señor, en el patio de la escuela –anunció el nuevo capitán de la banda de ladrones–. Me llaman Bastie, ¿Bastie? Ayer corrieron tras de mí a la hora del almuerzo, hasta que mordí la muñeca de Amy Brown y sangró muchísimo.

–No deben burlarse de ti, Nelly, y no debes morder las manos de la gente –murmuró John impotente, pensando para sí mismo que si, cuando Bloody Johnny lo ponía de los nervios, podría morderlo, «para que sangrara terriblemente», sería una inmensa limpieza del aire.

“Una vez, Red Robinson hizo que mi madre fuera por Wells Road y llamara a la puerta de The Elms. Le dijo que llamara a Harx por ese hijo de puta y que lo obligara a toser. ¡"Harx"! ¡Así es como habla, señor! Me han dicho que es el idioma de Londres, aunque mi madre dice que no es el que habla el rey Jorge. ¿Cree *usted* que el rey Jorge dice "Harx" en lugar de "arst", señor?

–¿Se fue tu madre? –preguntó el curioso John, posponiendo el problema del inglés del rey hasta que hubiera aprendido más sobre ese escándalo.

–Sí, ella fue, y yo fui con ella –explicó Nelly Morgan con entusiasmo–, y Emma Sly, una de las sirvientas de The Elms, le dio a mamá vino de Oporto y pastel de ciruelas, y a mí me dio jugo de lima y galletas Selective, y yo elegí el tipo que tiene azúcar y una letra «HP» en rayas rosas. Emma nos dijo a mí y a mamá lo que significa «HP». Dijo que su padre, que era pastor de Lord P. en Mendip, creía que «P» significaba «el yo mismo» de su amo. Pero Emma nos dijo a mí y a mamá que la gente que sabe sabe lo que significa realmente. ¿Sabe lo que significa realmente, señor? La hermana Cole no sabe, porque yo no se lo he dicho, ni se lo voy a decir, ni tampoco a Bert, lo que significa «HP». *Usted* no lo sabría, ¿verdad, señor? ¡Niños ignorantes, comunes y corrientes, como somos!

–¿Tu madre te pidió ver al señor Crow? –preguntó el insaciable John.

–Sí que dijo algo al respecto –respondió Nelly Morgan–, pero nunca lo insultó, como «maldito hijo de puta» y cosas así; simplemente se sentó de nuevo junto al fuego de la cocina y siguió bebiendo vino y comiendo pastel, cuando Emma Sly le dijo que su amo tenía visita esa noche.

–Hablaré con un primo mío que está en la ciudad durante

las vacaciones –dijo John, pensando en Dave Spear–. Conoce bien a ese tal Robinson y le diré que haga que deje de preocupar a tu madre. ¿Le dijo algo a esta criada sobre "escupir" y cosas así?

–Mamá estaba tan unida a Emma Sly cuando nos fuimos –respondió Nelly Morgan– que no tenía lengua... ¡Oh, ahí está Betsy suelta y Número Uno corriendo hacia ella!

El diplomático John dirigió su mirada hacia el campo de Lake Village en dirección a Backwear Hut y allí, efectivamente, estaba la figura distraída de Abel Twig, que parecía, a todas luces, el anciano de Mamá Ganso que había perdido su torcida moneda de seis peniques. El señor Twig cojeaba frenéticamente detrás del travieso animal, que se movía y saltaba en el aire mientras lo esquivaba, de una manera más digna de una novilla juguetona que de una tranquila y madura dadora de leche sagrada.

–En realidad, no tiene perro, le dijo Nelly Morgan a su nuevo amigo. –Mi hermana cree que sí, y Bert sueña con que tiene. Pero no es así, ¿verdad, señor?

Durante todo el camino de regreso a su pequeña oficina, los pensamientos de John no dejaban de rondar en torno a ese sorprendente episodio de la espada blanca como la leche con la empuñadura oscura. "No me importa lo que hagan; no me importa qué señales y presagios arrojen; no me importa cuánto los enfurezca. Detuvieron a esos viejos daneses en

Havyatt, pero ¡por Dios! ¡No me detendrán a mí! Voy a hacer estallar todo este malsano asunto ¡Y lo haré a través de este desfile de Geard!

En lo más profundo de la conciencia de John, algo muy solitario y muy frío empezó a solidificarse hasta convertirse en una piedra pequeña, dura y redonda. «Soy yo mismo», pensó, «¿soy el único?». Su estado de ánimo, mientras avanzaba por aquella estrecha calle de adoquines llamada Dyehouse Lane, hacia la estación, se fue haciendo, por alguna razón, cada vez más antisocial y cada vez más inhumano. La señorita Drew habría dicho que se mostró a sí mismo en ese momento, como el reptil lujurioso, de sangre fría, escurridizo, despiadado y traicionero que era. «Mary me pertenece», pensó. «Soy el único hombre que le conviene. ¡No podía dejar que Tom le tocara un dedo! *La conozco*. Y la sensación que obtengo al hacer el amor con ella supera con creces todo lo que podría obtener de cualquier otro ser humano. Pero no permitiré que Mary piense que puede gobernar toda mi vida. No soy alguien que soporte ese tipo de cosas. La verdad es que, aunque me gusta hacerle el amor, a mi manera, no estoy del todo seguro de que me *gustaría* dormir con ella todas las noches. Es una necesidad absoluta para mí. *Lo sé*. Pero hay algo en el hecho de renunciar a mi libertad en esa habitación que me preocupa. Y a Tom también... ¡Me gusta tener a Tom para mí solo! Lo que realmente soy es una piedra dura y redonda que desafía al universo entero. ¡Y puedo *desafiarlo* y también obtener lo

que quiero de él! Es una sensación encantadora sentirse absolutamente solo, observando todo desde afuera, sin comprometerse con nada. ¿Por qué debería aceptar la opinión común de que hay que "amar" a otras personas? Mary me pertenece; pero a veces me pregunto si "amo" incluso a Mary. ¡Desde luego, no me "amo" a mí mismo! Soy una bola de cristal dura y redonda que es un espejo de todo, pero que tiene su propio paisaje secreto en el centro. ¡Oh grandes piedras de Stonehenge, ustedes son los únicos dioses para mí!

En ese momento, vio un pequeño guijarro redondo y de color claro, medio enterrado en la pared de cemento áspero de un viejo cobertizo que lindaba con el estrecho sendero de Dyehouse Lane. Se detuvo y pasó las puntas de los dedos sobre ese pequeño objeto. Evidentemente, en algún momento había sido una unidad, una porción, de un montón anónimo de guijarros sacados de una orilla del mar, para ser utilizados, como se utilizaban aquí (ya que había otros como ese enterrados no muy lejos) que con el mortero y la grava se usaban para construir muros baratos. Sin embargo, era muy raro encontrar guijarros de ese tipo en Glastonbury, y era el primero que John veía en la ciudad. El sol de la tarde brillaba fuerte y cálido sobre la pared del cobertizo cuando John tocó la piedra pequeña y redonda, y en un patio detrás del edificio, unas palomas domesticadas invisibles empezaron a emitir un suave y untuoso arrullo lleno de sensual satisfacción. Pero el contacto con el guijarro alejó la

mente de John de ese lugar tranquilo. Un espíritu marino oscuro, salvaje y atávico se agitó en su interior, un espíritu que reforzaba y alimentaba de nuevo todo el orgullo de su ser más íntimo. «Esta religión morbosa de renuncia, de penitencia, de purificaciones y transformaciones ocultas», así continuaban sus temerarios pensamientos, «¡Nunca cederé a esta traición de la vida! Si soy *débil*, nervioso y tímido, ganaré con astucia. ¡Y tampoco competiré! ¡Dirigiré mi vida hacia una región de valores totalmente desconocidos para todos! No lucharé contra ellos *en sus términos*, pero los conquistaré de todos modos. Me convertiré en aire, agua, fuego. Fluiré a través de sus almas. Fluiré hacia su ser más íntimo. Los poseeré sin ser poseído por ellos. Examinó el guijarro aún más de cerca. No era exactamente redondo; era difícil determinar su forma precisa, porque estaba firmemente incrustado en el mortero. Era de un color rosado apagado. ¿De dónde venía? ¿De Chesil Beach? John nunca había visto ninguna de las dos costas más cercanas a Glastonbury, pero sabía vagamente que la costa sur era escarpada y rocosa, mientras que las orillas del canal de Bristol eran extensiones planas de barro mareal. Eso era todo lo que sabía. ¡Pero no importaba de dónde viniese! Mientras miraba ese objeto duro y opaco, una indescriptible oleada de malicia nerviosa y destructividad vehemente corría por sus venas. ¡Oh, le agradecería, oh, le satisfaría, si una gran ola salada salvaje, surgida del oscuro mar pagano, barriera todo este mórbido lugar y limpiara la tierra de todos estos fantasmas!

Había llegado al paso a nivel, pero las puertas estaban cerradas. Un interminable tren de equipajes tuvo que pasar a trompicones, con un ruido sordo, traqueteando y gruñendo para que las puertas se abrieran. Dejó que sus ojos vagaran con una repentina y penetrante atención –una atención casi salvaje– sobre cada uno de aquellos pesados vagones de mercancías que pasaban traqueteando y haciendo ruido metálico junto a él.

–¡Real! –murmuró con saña–. ¡Eso es lo que crees que eres! Real y verdadero... el único hecho indudable. Un tren de equipajes que llevaba los tintes de Philip a Exeter. En los viejos tiempos habría sido un convoy romano que llevaba estaño a la costa desde Mendips. Supongo que esa maldita espada estaba realmente hecha de estaño... ¡Espadas de estaño! ¡Escudos de estaño! ¡Almas de estaño! –Agarrando una de las barras de la barrera del ferrocarril y sacudiéndola, ahora renunció a toda moderación y estalló en un verso infantil:

En mi espectáculo de verano me burlaré del Grial;
me burlaré del Grial; me burlaré del Grial;
en mi espectáculo de verano me burlaré del Grial;
¡porque la espada de Arturo es de estaño!

Cuando el tren pasó por fin y las puertas se abrieron, caminó muy lentamente por las vías polvorientas y soleadas, pensando, pensando y pensando. El carácter de John había cambiado considerablemente, y él mismo había empezado a

darse cuenta de ello durante aquellas semanas de trabajo con el señor Geard. Una cierta tendencia caótica a la deriva en él –la deriva del vagabundo congénito y la temeridad del aventurero antisocial– se había tensado y endurecido hasta convertirse en una especie de intensidad psíquica de rebelión, de rebelión contra todas las tradiciones gregarias de la multitud humana. «¡Tiene que haber destrucción –se dijo a sí mismo al entrar en el patio de la estación Great Western– antes de que un viento fresco de los dioses pueda dar nueva vida a un lugar como éste!» Así se dijo a sí mismo con la fuerza feroz que el guijarro de Chesil Beach había vertido en su corazón; pero cuando puso la mano en el picaporte de su pequeña oficina, apareció, filtrándose a la superficie de su mente, el viejo sedimento frío del desprecio escéptico. «¡Que estas cosas de vapor dorado –pensó–, estas cosas de oropel y estaño tengan su día!» Dejemos que los opuestos salvajes de ellos también tengan su día. Todos son sueños, todos sueños dentro de sueños, y la realidad subyacente debajo de ellos es algo completamente diferente de todos ellos”.

XIV. JUEVES SANTO

Los procesos de toda fuerza creadora son complicados, tortuosos y arbitrarios. También son infinitamente diversos. La simple noción de un único impulso vital que se manifiesta en la generación espontánea a partir de materia inorgánica y luego genera, en sus transmutaciones químicas, todas las asombrosas formas de la vida evolutiva, no cubre la mitad de los acontecimientos oscuros de la creación real. Nadie conoce el comienzo de las cosas; pero bajo la anarquía de la existencia actual hay galaxias de mentes en guerra; y el inmenso futuro depende de las voluntades de multitudinarias huestes de mentes. ¡Pero no, por desgracia, de mentes bien intencionadas, tiernas, indulgentes, generosas, consideradas y amantes del hombre! La mente de la Primera Causa era doble, contradictoria en sí misma, dividida contra sí misma. Las mentes multifacéticas que agitan la química de la materia hoy en día descienden todas

de la Primera Causa y comparten su naturaleza dualista, su mezcla de crueldad abominable con consideración magnánima. Muchas de estas mentes tienen en sí mucha más bondad simple, más piedad simple, más ternura simple, que la mente de doble filo de la Primera Causa; pero ninguna es confiable, en ninguna se puede confiar. Si bien ninguna de ellas es completamente malvada, ninguna es completamente buena. No hay energía creativa divorciada de algún nivel, ya sea alto o bajo, de lo que llamamos conciencia; y no hay conciencia, ya sea de demiurgo, demonio, ángel, elfo, elemental, espíritu planetario, semidiós, espectro, sol, luna, tierra o estrella, que no esté compuesta tanto de bien como de mal.

Eran aproximadamente las siete de la tarde de ese mismo Jueves Santo cuando John tuvo la visión –si es que tal fue– de la espada de Arturo en el puente de Pomparles. Mientras tanto un grupo de seres humanos alegres estaban reunidos, cómodos y cálidos, llenos de chismes, llenos de murmullos animados y cuchicheos de picardía desatada, en la cocina, el lavadero y el museo de la vicaría de Glastonbury. Las doctrinas de la iglesia de Mat Dekker siempre habían sido de una naturaleza que admitía grandes, generosas e incluso excéntricas empresas; y en esa víspera del aniversario de la cruel muerte de su Hombre–Dios, Mat Dekker había considerado conveniente ofrecer al círculo íntimo de sus feligreses lo que le complacía denominar la cena del coro. Este nombre era absurdamente inapropiado, ya que la

mayoría de los mejores cantantes de la iglesia de San Juan no fueron invitados a esta fiesta hogareña y secular. No fueron invitados porque se habrían negado a asistir. Eran del tipo de piedad anglicana que considera el ayuno, en lugar del banquete, como apropiado para la víspera de la Crucifixión. Mat Dekker, aunque tan católico en sus dogmas como su feligrés más austero, tenía la natural sencillez terrenal de un cura francés a la antigua usanza. Había algo en lo más profundo de su espíritu que la palabra "hogar" podía describir por sí sola. Amaba las cosas pequeñas, ordinarias, insignificantes: los pequeños acontecimientos ordinarios, los pequeños objetos casuales de la Naturaleza. Esta cena del coro en vísperas del Viernes Santo no interferiría con la humilde devoción con la que trabajaría, paciente y solemnemente, durante las largas invocaciones y súplicas de los servicios del día siguiente; pero había algo en ella que satisfacía peculiarmente toda la personalidad de Mat Dekker. Sentía un profundo, aunque tal vez inconsciente deleite en los diversos grados de brillante idiosincrasia que iluminaban las fisonomías de sus invitados. Era, en verdad, una escena digna de Teniers o Jan Steen o Breughel, esta cena del coro en la vicaría de Glastonbury. El centro de la misma era la cocina, donde Penny Pitches, de pie ante su famosa y antigua estufa, desempeñaba el papel de archihechicera de la ocasión. En una vieja silla de guardería, con un asiento bajo de mimbre, estaba sentada, junto a la estufa, la corpulenta figura del señor Weatherwax. La frente del señor Weatherwax brillaba con amabilidad y calor. Había

encontrado un rincón de la gran estufa –que en realidad era como un mundo en sí misma– donde podía depositar su vaso de coñac. Su enorme rostro, a esa altura –y expuesto periódicamente a las emisiones de calor extremo del horno–, parecía más grande que el de un humano. Parecía un gnomo colosal o un duende presente mientras se cocinaba la comida de un ogro. De hecho, cuando Penny le colocaba un bocado especial de algún plato delicado en un plato que tenía sobre el regazo, parecía, hay que confesarlo, el propio ogro. De un lado a otro con los platos en apoyo de Penny había una falange de sirvientas, todas ellas vestidas con sus ropas de domingo, pero cubiertas con grandes monos holgados. Sally Jones estaba allí y Tossie Stickles. Lily y Louie Rogers estaban allí. Incluso la formidable Emma Sly, como un honor especial para el señor Dekker, que era su funcionario favorito en la ciudad, estaba entre estos servidores aficionados y, sin embargo, profesionales.

En este grupo de sirvientas de Glastonbury había menos exquisiteces de distinción de clase, de distinción de carácter, de distinción en prestigio social, que las que habría cuando Tilly Crow, en The Elms, ofreció su siguiente gran merienda a sus señoras. Emma, por supuesto, era la *gran dama* de la ocasión. Lily y Louie hicieron todo lo posible por monopolizar su atención; pero esto, debido a la larga formación de Emma en la diplomacia de las fiestas, resultó una tarea completamente imposible. La pequeña mujer mayor era la única de las sirvientas allí cuyo vestido habría sido apropiado

si todas hubieran sido convocadas de repente para llevar bandejas de té al salón. Y, sin embargo, no era su traje de servicio habitual. Su tranquilidad y modestia conservaban en algún lugar –quizá en un diminuto trozo de cinta azul oscuro alrededor del cuello de Emma– la impresión de que "se lo había puesto para rendir un honor especial a alguien o algo fuera de la rutina de sus labores diurnas. Ese toque de azul alrededor del cuello de Emma era una delicada insinuación de que la gran profesional era una aficionada esa noche. Sin duda se lo había puesto en parte en honor a que el día siguiente era Viernes Santo y en parte en honor a que Mat Dekker era el vicario de Emma. Los pícaros ojos azules de Sally Jones siempre lanzaban miradas furtivas de comprensión traviesa e infantil a los suaves ojos castaños oscuros y letárgicos, que se empañaban constantemente con un sentimiento tierno y consciente cuando su amiga la molestaba a propósito del señor Barter o de Tossie Stickles. Tossie era sin duda la camarera aficionada favorita, en esta ocasión, con la animada multitud de invitados reunidos alrededor de las grandes mesas de caballete instaladas en el "museo". Su figura regordeta, irradiada por el amor que sentía por su seductor caballero, arrojaba a su alrededor, dondequiera que iba, una cálida y amorosa nube de atracción magnética; mientras sus bromas fáciles, mientras llevaba las empanadas de conejo y los pasteles de paloma y los grandes cuencos de estofado irlandés (que eran el logro particular de Penny y que llenaban el museo con un vapor fragante y cargado de cebolla) de uno a otro de los hombres

y mujeres sentados alrededor de la mesa, provocaban continuamente nuevas carcajadas y hacían que varios viejos chismosos se dieran codazos y guiñaran el ojo mientras ella se abría paso entre ellos.

Las velas de la repisa de la chimenea, así como las de la mesa, arrojaban sobre todos aquellos rostros un suave resplandor amarillo que parecía extraer algo peculiarmente individual de sus pliegues, arrugas y superficies de carne pesadas y sin significado, todas las cuales a la luz del día podrían haber sido inexpresivas e insignificantes. De vez en cuando, los ojos de Mat Dekker se desviaban hacia las anticuadas fotografías de su padre y su madre sobre la repisa de la chimenea y hacia la descolorida y melancólica imagen de la madre de Sam. Esos rostros no parecían tan ajenos a la escena que se estaba desarrollando como uno hubiera sospechado. Pero todos aquellos invitados de la vicaría, por feos y deformes que fueran, poseían cierta sensibilidad que les había llegado a través de sus antepasados, comunes o gentiles, a lo largo de los largos siglos de la vida de Glastonbury. En ningún otro lugar de la ciudad esa noche, ciertamente no en el Pilgrims' Inn y ni siquiera en St. Michael's Inn, se había reunido un grupo tan característico de gente de Glastonbury.

Esto explicaba el hecho de que hacia el tejado de la casa de Mat Dekker, a través de la silenciosa envoltura de la atmósfera terrestre iluminada por la luna, se dirigieran toda clase de influencias subhumanas y sobrehumanas. Frío,

mudo, silencioso a la luz de la luna se alzaba el Arco de la Torre de la Abadía en ruinas. De las columnas estriadas, de los capiteles frondosos, de las bases de piedra rotas en la hierba silenciosa, emanaciones indestructibles de las salvajes llamadas litúrgicas de la antigua melodía: «¡Sálvanos de la muerte eterna! ¡Sálvanos de la muerte eterna!» que esas piedras talladas habían conocido, vibraban sobre los suaves prados, sobre las copas de los árboles, y luego, flotando a la luz de la luna, eran atraídas, como por un imán compuesto de almas vivientes, hacia abajo en esa habitación caliente, ruidosa, humeante e iluminada por velas. «¡Sálvanos de la muerte eterna! ¡Sálvanos de la muerte eterna!» Este canto se oía débilmente por encima de todos los presentes, flotando entre los altos árboles del jardín del rey Edgar, desde aquellas miríadas de gargantas medievales muertas. Y mezclado con este débil gemido, del que era bastante improbable que alguno de aquellos juerguistas captara el más mínimo eco, se oía una vasta imagen en sombras. Entre la luz de la luna y el tejado de la vicaría se vislumbraba la imagen del Hombre-Dios del Oeste, la imagen del Ser cuya muerte por tortura iba a ser celebrada al día siguiente. Era como si esta imagen, con aquellas indecibles cuencas oculares en las que temblaban los gritos de muerte de todas las víctimas de la crueldad del Hombre, la crueldad de la Vida y la crueldad de la Causa Primera, hubiera sido creada por el sufrimiento imperdonable de todos los nervios sensibles desde el cenit hasta el nadir del universo físico. Traía consigo, a través de aquella noche

iluminada por la luna, mientras flotaba sobre las copas de los árboles, un terrible olor a dolor; un olor dulce como el de las ramas de canela quemadas, un olor amargo como el de las ramas de laurel quemadas, un olor como el de una esponja empapada en el hisopo de un mar muerto de angustia. Pero como nadie en aquella habitación oyó aquel grito sobre el techo: «¡Sálvanos de la muerte eterna!», nadie notó aquella imagen flotante, nadie percibió aquel olor indescriptible. De hecho, el buen y humilde sacerdote naturalista, que era el animador de aquella ruidosa reunión y que, en ausencia, durante las siguientes diez u once horas, de su enemigo el dios del sol, irradiaba a su alrededor con tanta fuerza su buen humor que todos sentían una especial sensación de tranquilidad, decidió ahora, mientras Emma –pues ésa era su tarea– llevaba numerosas tacitas de café a los más epicúreos de los invitados, que sería bueno tener un poco de música.

Su primer pensamiento fue hacia Tossie Stickles, que poseía una mandolina sobre la que solía tocar varias melodías. Tossie había estado tan alegre y vivaz durante la primera parte de la velada que el buen anfitrión se sorprendió cuando se enteró por Sally Jones, cuyos ojos azules, según confesó, estaban llenos de lágrimas, de que Tossie había sido «cogido algo raro» y llevada arriba «para descansar».

El rostro rubicundo del señor Dekker perdió su complacencia y una expresión extremadamente ansiosa se formó en sus ojos. Tossie Stickles nunca sería “tomada a

broma” en la cena del coro si no hubiera algo grave que no estuviera bien. “Esa chica está en problemas”, se dijo a sí mismo, “tan seguro como que soy un sacerdote”.

–Escucha, Sally –dijo con gravedad–, dile a Tossie de mi parte, cuando estés a solas con ella, que estoy preocupado por ella y que hablaré con ella antes de que se vaya. –Seguía manteniendo a la joven a su lado con una mirada penetrante por debajo de sus pobladas cejas; pero aunque le había hablado en un susurro bajo, su conversación no había pasado desapercibida. Varias de las mujeres mayores habían dejado de beber café y los observaban atentamente–. Vete corriendo a verla ahora, Sal; eres una buena chica; quédate con ella, ¿quieres? Y echa a todas las demás de la habitación, ¿quieres?

Pero, en cuanto la muchacha salió de la habitación, él cerró los ojos con fuerza y se frotó la cara con las palmas de las manos, emitiendo un débil sonido ronco que no era exactamente un gemido, pero que estaba cerca de serlo. Cuando retiró los dedos, suspiró profundamente, tomando un largo aliento de lo más profundo de su ancho pecho, como si hubiera sido un cubo de agua sacado de un pozo de jardín.

Sam Dekker, que durante todo ese tiempo había estado cortando en silencio y con gravedad un gran trozo de tocino caliente, del que colocaba fragantes lonchas en los bordes de los platos de varias personas, ya bien llenos, mientras

Crummie, sentada a su lado, añadía a los mismos platos ciertas cantidades de nueces encurtidas y castañas asadas, era la única persona en la larga mesa que captó el verdadero significado de ese profundo suspiro de su padre. Lo miró a los ojos tan pronto como pudo. –¿No vamos a tener música, padre? –dijo. Mat Dekker miró a su hijo con ternura desde el extremo de la mesa y, con un afectuoso entrecerrar sus grandes cejas, respondió que acababa de enviar a su mandolinista a una misión que temía que le impidiera actuar-. Pero si crees que estaría bien, Sam, hijo mío, podríamos llamar al viejo Weatherwax de la cocina para que nos cante una de sus canciones. Supongo que no serviría de nada tratar de persuadir a la señorita Geard –sonrió a Crummie mientras hablaba– para que nos ayude con una canción o algo así.

Estas palabras del jefe de mesa atrajeron la atención general hacia la pobre Crummie, que ya había corrido cierto riesgo de publicidad al acceder a la cortés petición de Sam de que se sentara a su lado, y ahora no pudo evitar sonrojarse. Uno de los signos más encantadores de la inocencia esencial de Crummie, en medio de todos sus flirteos, era que cuando se sentía avergonzada se ponía tan roja como una niña de diez años.

–Me temo que no podría... señor Dekker; oh, no, no podría –murmuró Crummie-. ¡Ya está! Unos cuantos pepinillos más para esta, Lily. ¿Quién es? ¡Oh, Jackie Cole! Sí, estoy segura de que a Jackie le gustan los pepinillos.

Y la chica hizo todo lo posible por distraer la atención del público.

–Tal vez no te importe, Louie –dijo Mat Dekker–, pedirle al señor Weatherwax que entre y nos cante una canción. Lo hará si una chica guapa como tú se lo pide. Este comentario fue recibido con carcajadas por parte de muchos de los presentes, pues el carácter caprino del jardinero de la vicaría se había convertido en un lema popular. El silencio que siguió a la salida de Louie se vio interrumpido por la apertura de la puerta de la cocina al final del pasillo. De esa parte de la habitación surgió un alboroto de voces, los tonos de bruja de Penny se elevaban por encima del resto y se elevaban en espirales estridentes por encima de los gruñidos murmurantes del señor Weatherwax. El viejo granuja no dudó en preceder a Louie al entrar en el museo; Louie lo siguió con una expresión de orgullo consciente, como si hubiera sido una marioneta cuyos hilos ella estuviera moviendo desde atrás.

Sam, que ya había cortado la última loncha de tocino que alguien podría pedir, se volvió hacia Crummie y le susurró al oído a la muchacha: "¿No es típico de mi padre? Sabe perfectamente que ese viejo villano escandalizará a la mitad de la gente de aquí y, sin embargo, insiste en sacarlo de donde es tan feliz como un grillo y donde Penny está allí para cuidarlo".

Crummie expresó la completa identidad de sus opiniones

con las que acababa de expresar. Sus ojos se detuvieron un momento, aferrándose tímidamente a los de Sam, como un jilguero a una cabeza de cardo, y luego, bajando sus suaves pestañas hasta que casi descansaron sobre su mejilla, se miró las manos que tenía apretadas sobre el regazo. Empezó a preguntarse si habría alguna posibilidad de que él se ofreciera a llevarla a casa esa noche. No había ningún miembro de su familia allí. Rezó a Dios para que hubiera truenos y relámpagos, de modo que le pareciera una monstruosidad tener que ir sola. ¡Qué suerte que Sally Jones viviera en la dirección opuesta y que, en efecto, no hubiera nadie aquí que viniera de su lado de la ciudad! «¡Si tan sólo se le ocurre, o si se le ocurre a su padre, creo que lo hará!». Pero apenas había empezado a imaginar cómo sería caminar en la oscuridad al lado de Sam o aferrarse a su brazo en medio de terribles truenos, cuando le sobrevino un ataque de escalofríos; no un escalofrío violento, sino una recurrencia constante de esa sensación de fríos escalofríos que se describe como "un ganso caminando sobre tu tumba", Crummie temió que Sam notara que ese extraño e irresistible estremecimiento recorriera su cuerpo. Para ella misma parecía tan terriblemente evidente que estaba intensamente agradecida al viejo Weatherwax por no esperar a que se sentaran, sino que comenzó su cancioncilla desde el centro del salón, entre la chimenea y la mesa. Había un silencio realmente intenso alrededor de esa mesa desordenada, iluminada por velas, cubierta de tazas medio vacías y copas de vino, y de cáscaras de naranja y nueces,

mientras el gran rostro sudoroso del jardinero satírico se recomponía en lo que él sentía que era su expresión de canto. La expresión de canto del señor Weatherwax era, de hecho, poco menos que sensiblera. Lo que podría llamarse una imbecilidad radiante irradiaba de ese gran rostro, cuyos ojos estaban fuertemente cerrados.

En el silencio que aguardaba su primera nota, Sam Dekker, cuyo oído era tan agudo como el de un zorro, captó con claridad el sonido, procedente de alguna habitación del rellano de arriba, de un llanto grave y desdichado. Sam había sido consciente durante toda aquella velada de muchas cosas que habían pasado desapercibidas incluso para su padre. Él era el único de todos ellos que no había sido ajeno a aquella sombra insustancial que se formaba a la luz de la luna, se derretía a la luz de la luna y luego volvía a formarse allí, balanceándose y flotando sobre los tejados de Glastonbury, en movimientos vaporosos y convulsos, como si la atmósfera de aquella noche contuviera un elemento que pudiera recogerse, condensarse, solidificarse y tomar la forma de las vigas de una enorme cruz de la que colgaba aquella figura sombría. Pero la conciencia que Sam tenía de esa sombra vaporosa, que se retorció y daba vueltas de dolor allí arriba, empezó a mezclarse y confundirse en su mente con un sufrimiento humano definido que estaba sucediendo debajo del techo de la vicaría pero por encima del techo del museo. La voz grave y retumbante del viejo Weatherwax cantando el siguiente pentagrama le pareció a sus oídos un

símbolo apropiado de la actitud del mundo ante ambos dolores.

“El cervecero, el campesino, el molinero y yo
Tuvimos una novilla, tuvimos una potra,
tuvimos un Ding–Dong;

Cuando los narcisos miran hacia el cielo;
¡Adelante chicos! ¡Adelante!

“El cervecero, el campesino, el molinero y yo
Perdimos una novilla, perdimos una potra,
perdimos un Ding–Dong:

Cuando las hojas del roble caen y las golondrinas vuelan;
¡Pasen, muchachos! ¡Pasen!

“El cervecero, el campesino, el molinero y yo
Encontremos una novilla, encontremos una potra,
encontremos un Ding–Dong;

No era una gran belleza,
pero ¿qué nos importa a nosotros?

¡Pasen, muchachos! ¡Pasen!

“El cervecero, el campesino, el molinero y yo
Dejamos una novilla, dejamos una potra,
dejamos un Ding–Dong;

Abajo, en una tumba verde y herbosa, para yacer;
¡Pasen, muchachos! ¡Pasen!

Muchos de los hombres mayores presentes parecían conocer bien esta cancioncilla.

Seguramente habían oído muchas veces al anciano

tarareándola en el bar del St. Michael's Inn. Por eso varias voces se unieron a ese coro bastante brutal de “¡Pasen, muchachos! ¡Pasen!”.

Mat Dekker, que era tan ignorante en música por naturaleza, que no podía distinguir “God Save the King” (Dios salve al rey) de “The British Grenadiers” (Los granaderos británicos), no dejaba de mover su áspera cabeza gris de un lado a otro, sin mantener el ritmo, pero con la idea general de ayudar a que las cosas avanzaran con ello. Crummie observaba de soslayo el rostro de Sam y, cuando vio que había empezado a mover los músculos de la barbilla hacia arriba y hacia abajo y a bajar la cabeza sobre el plato y sobre la pieza de tocino mutilada que tenía delante, también ella permitió que su expresión asumiera un aire de cansada melancolía y, en lugar de mirar al viejo Weatherwax, miró con tierna simpatía la cabeza patéticamente oscilante del dueño de la casa, sentado al final de la mesa. El final de la canción del jardinero fue recibido con un sonoro aplauso. “¡Hen-cor! ¡Hen-cor!”; gritó la señora Robinson con voz estridente. –¡Cántenos otra, señor! –gritó el joven nietzscheano de Wollop's. El viejo Weatherwax se aclaró la garganta, se pasó la mano por la frente, se sentó a horcajadas sobre las piernas enfundadas en polainas, plantó las botas de cuero con más fuerza, giró la cabeza para guiñar el ojo a la figura cuadrada de Penny Pitches que ahora bloqueaba la puerta del pasillo, cerró los ojos con fuerza una vez más, levantó un poco la barbilla y comenzó:

"Con el trasero junto al barroto, Peggee
Con la parte trasera contra el barroto.
Con una jarra de cerveza Zomerset en la mano.
No hay nadie más alegre que nosotros en la tierra,

Bajo las estrellas centelleantes, Peggee,
bajo las estrellas centelleantes.
Caderas y valles: ¡y arriba y abajo dale!
¡Y el Diablo llene el cubo de la mujer!

“Con una puta como tú sobre mis rodillas, Peggee,
Con una puta como tú sobre mis rodillas
Y el pájaro más gordo de Su Señoría en mi olla,
Y un fuego de Sedgemoor para hervirlo.
Hay suerte en los posos del barril, Peggee,
Hay suerte en los posos del barril.
¡Caderas y valles arriba y abajo!
¡Y el Diablo llene el cubo de la mujer!

Como el astuto comediante que era, Isaac Weatherwax hizo una pausa al final de este segundo verso para disfrutar al máximo el exquisito sabor de la rica respuesta al que sabía que tenía derecho.

Fue en ese momento cuando Sam, al amparo del ruido de tacones en el suelo, del golpeteo de mangos de cuchillos sobre la mesa, de palmas, de risas satisfechas, de los estridentes «bravos» y «¡vamos!», se levantó del lado de Crummie y comenzó a caminar hacia el extremo de la mesa

de su padre. Crummie lo siguió con una mirada de intensa preocupación, pero mantuvo su lugar discretamente y, de hecho, se acercó un poco más a la abuela Cole, cuyo asiento estaba en el extremo más alejado del lugar vacío de Sam. Ella lo vio hacerle una pregunta a su padre y captó una mirada de sorpresa en el rostro del hombre mayor. Esta mirada fue seguida, sin embargo, por un gesto grave, como si dijera: «¡Haz lo que quieras, pero no veo nada bueno que pueda salir de ello!».

Sam se detuvo en lo alto de las escaleras para averiguar de cuál de las habitaciones procedía aquel sonido de llanto (¿su padre había dejado que llevaran a la chica la habitación de su madre, la que siempre dejaban sin usar?) y, mientras estaba allí escuchando, volvió a tomar conciencia, como había tenido conciencia intermitente durante toda la noche, de aquella inmensa sombra ultrajada que flotaba allí, a la luz de la luna, sobre los tejados de la ciudad. También tomó conciencia (como si fueran los propios verdugos, en aquel asesinato oficial, los que vociferaban alguna cancioncilla obscena de la Suburra de Roma) del final del jardinero, de voz gruesa:

«¡Hay un juego de muerte en el umbral, Peggee!

«¡Hay muerte en el umbral!

Y el Señor, su único ser, será colgado por nosotros;

Y Leviatán saldrá del mar;

Y Behemoth sobre la colina, Peggee,

¡Y Behemoth sobre la colina!

De aquí para allá, y de aquí para allá;
¡Pero que el Diablo nos tenga por cubo de mujer!»

No, no era de la habitación de su madre, sino de la habitación de invitados. No era el sonido de un llanto, sino el de varias voces, algunas de ellas muy agudas. Caminó por el pasillo, llamó con fuerza a la puerta de la habitación de invitados y entró sin esperar respuesta.

Tossie Stickles estaba acostada en la gran cama con dosel bajo el dosel cubierto de cortinas. No había tocado la colcha bordada ni los extremos cuidadosamente doblados de las cortinas, cuyos flecos, a juego con las cenefas que tocaban el suelo, se encontraban en los bordes exteriores de las dos almohadas. Esta cama provenía de su hogar ancestral en los Quantocks. Guillermo de Orange había sido uno de los que habían dormido bajo ese dosel. Tal vez ese sabio e indulgente gobernante había sido, en su momento, tan cuidadoso como la propia Tossie de no tocar esos flecos elegantemente doblados.

–¡El señor Dekker dijo que todos ustedes debían marcharse y dejarme a mí con ella y con nadie más! –fue lo que Sam oyó decir a Sally Jones mientras abría la puerta. Los ojos azules de Sally brillaban de indignación por su amiga; pero, inmóvil frente a ella, sin moverse ni un centímetro, estaba... o había estado.... Lily Rogers no había estado en contacto con ella hasta que entró Sam, la esbelta y virginal figura de Lily Rogers. El melancólico gusto de Lily por las situaciones

románticas, su inclinación casi maníaca por las doncellas seducidas, siempre que sus seductores pertenecieran a la clase conocida como gente de bien, eran emociones que se habían visto satisfechas esa noche como nunca lo habían estado en toda su vida consciente. El hecho de que los chismes generales de la ciudad señalaran con el dedo al señor Barter como el villano del caso era una coincidencia que aumentaba la excitación de Lily hasta el punto álgido. Ella misma había sido besada más de una vez por el disoluto hombre de East Anglia, y había sido mucho más la proximidad de Louie, a quien *también* le gustaba, que cualquier resistencia fría en ella lo que había mantenido sus relaciones con este caballero en *un* punto tan discreto.

Sam no era en absoluto un virtuoso en los delicados enredos de las peleas femeninas, de modo que todo lo que hizo en ese momento fue continuar sosteniendo la puerta abierta de par en par como si diera por sentado que Lily se retiraría. Pero Lily, que conocía al “joven amo Sam” desde hacía muchos años y era varios años mayor que él, no mostraba señales de retirarse. –Penny pensó que sería mejor que subiera a verte –empezó. Pero Sam la interrumpió–. Mi padre...

–Me dijo que entretuviera a estas señoritas hasta que pudiera levantarse de la mesa –dijo–. Me gustaría que le dijeras a Penny, Lily, que no se olvide de esas cajas de dulces que compré para el postre. Por favor, baja ahora y díselo: ¡sé buena chica!

Lily lanzó una última mirada de regocijo a la joven víctima que yacía en la cama de Guillermo III, una mirada que fue respondida por una mirada de furia en el rostro lloroso y los ojos castaños de Tossie. Luego hizo un delicado movimiento con su grácil cabeza y se fue. Sam se acercó y se sentó en el borde de la cama, indicándole a Sally que se acomodara en un majestuoso sillón Luis XIV, cuyos brazos dorados y rosas bordadas habían mantenido hasta entonces a esta sobrina de Número Dos, nacida en un barrio marginal, a una respetuosa distancia. –No llores por eso, niñita –dijo con ternura, poniendo su mano sobre una de las regordetas rodillas de la postrada víctima de la incontinencia de East Anglia–. Papá vendrá a verte pronto. ¿Verdad, Sally? Y desde que conozco las costumbres de papá, y desde que conozco la diferencia entre niñas y niños, nunca he sabido que no le haga todo fácil a quien esté en problemas.

–Me avergüenza mirarlo a la cara, señor Dekker, y esa es la verdad y Sal lo sabe. Nunca pensé que me rodearían en la cena del coro, haciendo un reproche a todos los presentes y apenas comenzaban los cantos y los discursos. Nunca pensé que sería así o nunca lo habría hecho.

La boca de Tossie se abrió ante la amenaza de otro estallido de llanto.

–Fue Lily la que la molestó, amo Sam –intervino Sally con rencor–. Había dejado de chillar y estaba casi dormida cuando Penny y Lily entraron. Emma Sly las despidió a todas

y me dijo que fuera a avisarle al amo, pero Lily Rogers regresó en cuanto Emma se dio la vuelta y Toss, como estaba, no pudo soportar ver a esa boba de cara blanca mirándola con sus ojos de lechuza ceñidos.

–No llores, niña –dijo Sam, dándole palmaditas suaves a las manos regordetas que ahora estaban unidas al estilo de uno de los ambiguos Inocentes de Greuze⁴⁵–. ¡No llores, eres una niña valiente! Papá hará todo por ti. Y, lo que es más, no dejaré que la señorita Fell, la señorita Drew, Lily Rogers o cualquier otra persona digan una sola cosa desagradable sobre ti.

–No digas lo que más te preocupa ni pienses en ello, no sea que tu padre quiera que delate al caballero con el que se relaciona. ¿Tengo razón, Tossie? ¿O no?

Tossie apartó las manos de Sam y se cubrió la cara. –¡No diré nada... ni aunque me metan en la cárcel por ello! ¡No lo diré! ¡No lo diré! ¡No lo diré! –La chica pronunció estas palabras con tanta pasión que tanto Sam como Sally miraron nerviosamente hacia la puerta.

–Está bien, pequeña –dijo el primero con dulzura–. Papá no cree en contar historias.

45 Jean-Baptiste Greuze fue un pintor francés de retratos, escenas de género y pintura histórica. La de Jean-Baptiste Greuze (1725-1805) es una pintura efectista de carácter sentimental en la que la explotación de las emociones es un recurso esencial.

–¡No es tan rico como dicen! Nadie lo cuida. No tiene ninguna chica con la que ser amable, excepto yo... y ahora no tendrá a nadie, no tendrá a nadie... nunca más... ¡cuando yo esté en el asilo! El llanto amargo que había perturbado la paz de Sam en la habitación de abajo comenzó de nuevo ahora, bajo esos dedos blancos, cortos y regordetes.

–Escucha, Tossie Stickles, escucha lo que te digo –dijo Sam con severidad–. ¡Quítate las manos de la cara y deja de hacer eso ahora mismo! ¿Me oyes? ¡Deja de hacer eso ahora mismo y escúchame!

Sally Jones quedó tan sorprendida por ese inesperado tono de severidad que se armó de valor para apoyar sus dedos pegajosos sobre los brazos dorados de su sillón Luis XIV mientras se inclinaba hacia delante. Tossie permitió que Sam le quitara las manos de la cara y se tragó los sollozos.

–Así es –dijo–. Ahora escucha. Nadie te va a enviar a un asilo. Nadie te va a separar de tu amigo. ¡Pero papá no es de los que obligan a las personas a casarse entre sí cuando no quieren! Debes tener eso bien claro en tu cabeza. Le pedirá al señor Crow que te mantenga tal como estás, y podrás ir al hospital aquí cuando llegue tu hora, y luego veremos qué hacer.

–¡No quiero ir a ningún cementerio de caballos! –se lamentó Tossie, empezando a llorar de nuevo.

–¡Bueno! No tienes por qué... todavía... niña –respondió Sam con algo parecido a una leve sonrisa–. De todos modos, todo irá bien. Nadie te va a decir que te vayas, y debes seguir siendo una chica buena y trabajadora en casa de la señora Crow, como siempre has sido.

–¿Qué le diré a la tía cuando vayamos a Greylands? –murmuró la figura en la gran cama.

–No necesita decírselo a su tía, señor, ¿verdad? –intervino la considerada Sally.

Pero el problema de «Tía y Greylands» era en ese momento un poco complicado para la mente de Sam. «Tenemos tiempo de sobra, Tossie, tiempo de sobra para todos esos asuntos», fue todo lo que pudo decir. «Y ahora debo bajar; y Sally se quedará contigo. Te sientes mucho mejor ahora, ¿no?» Se puso de pie y se volvió hacia la muchacha en la silla dorada. «Puedes cerrar la puerta con llave si quieres, Sally, y no abrirla hasta que suba mi padre. Adiós, Tossie. Todo va a estar bien».

Eran las nueve cuando Sam regresó al museo y encontró a la compañía mucho más animada que cuando abandonó el lugar. El calor extremo de la habitación, el chisporroteo de tantas velas, la mezcla de tantos olores húmedos y untuosos, el fuerte bullicio de las voces, todo se combinaba para hacerle sentir un poco mal del estómago. Por lo tanto, en lugar de regresar al lado de Crummie, fue directamente a su

padre. –Lamento abandonarte, papá –susurró–, pero debo salir a tomar un poco de aire. Dejé a Sally para que cuidara de Tossie y le dije que cerrara la puerta hasta que fueras. Ya la han estado intimidando. Supongo que es ese tipo Barter. Pero sólo está empezando... ¡No sé! Ella es una niñita agradable, pero muy simple... terriblemente simple. Pero es de un tipo bastante decente. No se casará con ella, por supuesto; Pero él pagará. No escapará”.

–Estás muy blanco, muchacho –respondió Mat Dekker con gran preocupación–. Toma, bebe un poco de esto. Emma lo rescató del viejo Weatherwax. Esta cerveza y este oporto juntos son suficientes para molestar a cualquiera. Esto es de mi padre –y le entregó a su hijo una copa de vino con un brandy puro y muy fragante.

Sam bebió casi la mitad de lo que su padre le había ofrecido. –Termina tú mismo, papá –murmuró cariñosamente–. Será nuestra copa de amor. Saldré un rato ahora. Estaré bien. Louie y Lily se quedarán para ayudar a Penny, ¿no? Sí, eso pensé. Bueno, volveré cuando la cubierta esté despejada, papá. No te preocupes. Salió de la habitación sin pensar en Crummie. En su prisa por escapar, no le dirigió ni siquiera un asentimiento.

La muchacha lo miró a través de la puerta entreabierta mientras se ponía el abrigo. Sus suaves mejillas estaban tensas, sus dientes blancos le mordían el labio inferior; sus grandes ojos estaban desorbitados, secos y tristes. ¡Ésa era

la última oportunidad que tenía de que él la llevara a casa! ¿Adónde iba? ¿A qué recado lo había enviado su padre? Ella había observado su conversación hace un momento y no se había perdido la mirada cariñosa que le lanzaron cuando se comprometieron con la misma copa. ¡Probablemente Mat Dekker lo había enviado a buscar al médico para que viera a Tossie Stickles! Crummie había oído hablar del desmayo de Tossie. De hecho, había escuchado por todas partes muchas explicaciones poco comprensivas sobre ese suceso. ¿Y dónde estaba su propia Sally? Debía estar arriba con la niña enferma. ¡Oh, qué mundo tan difícil era aquel! ¡Qué mundo de acontecimientos duros, punzantes, rasposos y estremecedores; cuando todo podía ser tan hermoso!

Cuando Sam abrió la puerta principal sin pensar en su compañera de cena y echó a andar rápidamente por el camino iluminado por la luna, no se percibía ni una brizna de aire. Delicadas fragancias subían y bajaban a su alrededor como si hubieran sido despertadas y como si hubieran sido reprimidas por su propia y misteriosa voluntad. Había dos grandes arbustos de lilas y varias matas de peonías blancas en el borde de la hierba mojada por el rocío; y cerca de la puerta del camino había un viejo espino de flores rojas. Debían de haber olores de todos ellos en el aire; pero lo que Sam sintió en su atribulada imaginación fue que el cuerpo atormentado de su Redentor en persona, bañado, en su desnudez y su sangre, por las ondas de la fresca luz de la luna, estaba difundiendo su dulzura casi mortal a través de

la atmósfera de la noche. Una vez en el camino, esta fantasía suya adquirió un aspecto más íntimo. Empezó a sentir como si aquella tremenda sombra del Dios-Hombre martirizado que se cernía sobre Glastonbury le estuviera llamando a cumplir algún propósito, a tomar alguna decisión. Cruzó la calle hasta la base de aquel alto muro de los terrenos de la Abadía, sobre el que colgaban los altos olmos que, desde su más tierna infancia, habían estado asociados a ciertos puntos de inflexión de su vida. Giró a la izquierda y, caminando a veces por la calzada y a veces por la hierba irregular que había bajo el sendero, siguió los límites del jardín de la señorita Drew hasta llegar a la entrada de la Casa de la Abadía. En su mente pensó: «Iré hasta Tithe Barn y luego giraré a la derecha, donde están esos campos abiertos en el lado este de Bere Lane». Pero justo en ese momento oyó varios pasos y voces detrás de él y aminoró el paso para dejar pasar a aquellas personas desconocidas.

Mientras un grupo tan grande del respetable proletariado de Glastonbury escuchaba los retumbantes tonos graves de Isaac Weatherwax, John Crow le hacía el amor a Mary Crow en su cómoda habitación de Northload Street.

En un intervalo de su absorta relación amorosa, mientras la muchacha, de pelo despeinado y ropa arrugada, se reclinaba con los ojos cerrados en su sillón de cuero, John Crow abrió la ventana y contempló los prados. ¡Cómo absorbía aquellos húmedos olores de menta acuática y berros, de cañaverales y escotillas cubiertas de musgo, de

hierbas empapadas de rocío y de barro de río! La luz de la luna lo inundaba todo aquella noche, pero parecía irradiar con una bendición especial aquellos vastos campos llanos, donde había estado el antiguo Lake Village, y que John había cruzado esa misma mañana con la pequeña Nelly Morgan pisándole los talones. Inclinandose mucho por la ventana, pudo distinguir una pequeña luz roja al norte del campo de Lake Village, que bien podía haber brillado desde la ventana superior de Backwear Hut, donde en ese mismo instante Abel Twig, sentado en su cama de hierro, se estaba quitando los pantalones. Fuera o no el dormitorio de Abel, había algo en la visión de esa lucecita roja, brillando a través de la extensión de campos y zanjas bañados por el rocío e iluminados por la luna, que emocionó a John con un éxtasis intenso. Se volvió para echar una rápida mirada a la muchacha que estaba detrás de él, y la mirada de su figura mientras descansaba allí, sus pestañas oscuras descansando suavemente sobre sus mejillas blancas, sus largas piernas extendidas debajo de su ropa desarreglada y desordenada, sus delgados brazos levantados y sus dedos fuertes y competentes entrelazados detrás de su cabeza oscura, aumentó su sensación de éxtasis depredador. No competiré con nadie –pensó–. No lucharé contra estos fantasmas monásticos con armas materiales. Saquearé el lugar con mi ingenio. Les arrebataré la belleza de sus pastos, mientras dejo al descubierto sus trucos. ¡Mi muchacha es suficiente para mí! Su cuerpo es más delicioso que todas sus fantasías. Voy a agotar la magia de esta noche de primavera, y de todas

las noches, mientras se hunde en estos árboles, álamos y cañaverales; pero lucharé contra esos santos muertos con una astucia diabólica más allá de todo lo que hayan conocido jamás. Saquearé la belleza de sus lunas y sus pantanos. ¡Me la beberé! ¡La apuraré hasta las heces; penetraré también en todos sus secretos! ¡Me retorceré como una serpiente en sus almas más profundas! ¡Me convertiré en lo que son; y luego los traicionaré! Y mientras tanto haré el amor con Mary. Mary me pertenece. Me pertenece tanto como me pertenece mi rama de avellano. ¡Oh, qué dulce se ve allí en este momento! Esas rodillas encantadoras son de mi chica. Esos tobillos enloquecedoramente dulces son los tobillos de mi chica. Ese cuello blanco es el cuello de mi chica. De la cabeza a los pies mi chica me pertenece. ¡La he devorado esta noche! Me la he comido tal como he bebido esta luz de luna que flota sobre Lake Village Field”.

Mientras miraba a Mary, lo que John notó fue que una de las cintas que sostenían la combinación sobre sus hombros colgaba suelta y expuesta. Ese pequeño y trivial desorden en la persona de la muchacha era más provocativo para sus sentidos que cualquier desorden drástico. Parecía patético que una cosa tan pequeña como ésta, tan natural en ella, y que había vuelto a coser tantas veces con su aguja al regresar de la lavandera, le resultara tan perturbadora y excitara en él tal triunfo de posesión. Apretó las palmas de las manos contra el alféizar de la ventana y respiró sorbos embriagadores de lo que le pareció luz de luna derretida. «La

he poseído», pensó, «mucho más completamente al hacerle el amor como lo he hecho que nunca podría llegar al extremo normal. Es su alma lo que he tomado. ¡Sí! Sus nervios, sus venas, sus fibras. La he poseído tan completamente que de ahora en adelante se verá obligada a morar dentro de mi alma. ¡Adondequiera que yo vaya, *ella* irá! Todo lo que yo odie, ella lo odiará. ¡Oh grandes Piedras de Stonehenge, dejadme conservarlas, dejadme sostenerlas, dejadme poseerlas, durante años y años y años como lo hago en este momento, porque éste es el secreto de la vida!»

La reacción natural a este éxtasis suyo llegó demasiado pronto. En un intento de reanudar sus relaciones amorosas, Mary se puso susceptible y hasta fría. Se separaron y cruzaron algunas palabras amargas.

John se dijo en su corazón: «Ésta es tu chica, ésta será *siempre* tu chica. ¿De qué sirve pelearse con ella?». Pero aunque su naturaleza más profunda sabía que estaba haciendo el ridículo, sabía que después se arrepentiría, sus nervios superficiales parecían deleitarse en discutir con ella y ahora procedió a continuar con esta fastidiosa disputa, con un quejido malhumorado, quejumbroso, agraviado y quejoso. «Sabes perfectamente, Mary, que has estado de mal humor durante las últimas tres semanas porque me he visto obligado a posponer nuestro matrimonio».

Ahora sí que se le apareció con un brillo más peligroso en sus ojos grises que el que jamás había visto. –¡Nunca más

volverás a verme... malhumorada... –susurró entre sus dientes grandes, fuertes y blancos–... sobre... ese ... punto... mi... amigo!

–No tienes por qué tratarme así –continuó, más quejumbroso que nunca, aunque en lo más bajo de su naturaleza algo le gritaba: «¡Basta, idiota! ¡Basta ya!» –¡Es propio de una mujer sacar a relucir una cosa así y ponerse furiosa por ello! Sabes perfectamente que lo que digo es verdad. ¿Por qué no puedes ser generosa y considerada con una persona que está tan preocupada como yo ahora por todo lo que tengo en qué pensar?

–No –dijo ella en voz baja, dura y fría–. Soy una idiota por rogarle a un hombre que se case conmigo, cuando él no piensa lo suficiente en nuestro amor como para dejar de llamarme malhumorada cuando estoy triste por haber estado separados tanto tiempo.

–Mary, ¡eres demasiado absurda! Y *sabes* que estás siendo injusta. No te estoy acusando. Me estás quitando las palabras de la boca. Sólo estoy diciendo que algo ha cambiado en ti últimamente; de modo que ya no confías en mí como antes. Tom me estaba contando ayer mismo lo que... lo que dijiste acerca de que el viejo Geard me había puesto bajo su control...

–¡Alto ahí! –gritó la muchacha, apartando el brazo de la repisa de la chimenea y apretando las dos manos–. ¡Alto ahí!

¡Y no metas a *otras* personas en esto! ¡Oh, pensé... pensé... oh, *nunca pensé* –aquí su voz realmente comenzó a quebrarse– que lo meteríamos en nuestras peleas!

–No voy a traer a Tom –exclamó–, y, si lo hiciera, Tom sería amigo de los dos, ¿no? Pero, por supuesto, eso es lo que hacen siempre las mujeres. ¡No podéis estar contentas hasta que un hombre no tenga *un* amigo con quien hablar!

Mary le dirigió una mirada terrible, tan penetrante como si le hubiera lanzado un cuchillo afilado. Luego se dirigió al sofá de color oliva y se sentó allí, desesperada y cansada, apoyando la barbilla en las palmas de las manos y los codos en las rodillas.

John se levantó del brazo del sillón de cuero y, caminando en silencio hacia la ventana, la cerró de golpe. Con los nudillos golpeó con fuerza el alféizar que había agarrado con tanta fuerza, en un arrebató de exultación, hacía tan poco tiempo.

John no se imaginaba hasta qué punto sus pensamientos se habían alejado de los ecos de su furiosa pelea, detrás de esos ojos grises que miraban fijamente, detrás de esa frente donde el pelo oscuro generalmente estaba peinado de manera tan uniforme, pero donde esa noche un mechón suelto colgaba de manera desordenada. John, de todos modos, hizo un movimiento *para* aliviar la tensión, pues cruzó la habitación hasta donde había empujado

apresuradamente la tetera sin lavar entre los vasos del estante y, tomándola en la mano, le preguntó si no la ayudaba a lavarse antes de que ella tuviera que irse.

–Pero ¿qué hora es? –preguntó sobresaltada.

–Oh, más o menos una cuarta parte –empezó–. ¿Quién está ahí? –gritó.

En ese momento se oyeron pasos rápidos y pesados que subían las escaleras. Apenas tuvo tiempo de dejar la tetera y ella apenas de levantarse del sofá y apartarse el mechón suelto de la frente cuando, con un par de golpes fuertes y suaves, como los que un joven universitario podría dar en la puerta de un colega en cualquier escalera académica familiar, Tom Barter irrumpió en la habitación.

–¡Hull... Zo! –Su tono expresaba una genuina sorpresa, no exenta de cierta consternación al encontrar a sus dos amigos juntos la noche del Jueves Santo–. ¡Bien! ¡Esto es espléndido, ustedes dos! –gruñó estas palabras con cierto aplomo mientras se quitaba el abrigo y la gorra de tela; pero cuando añadió–: ¡Por Dios! ¡Nunca imaginé que mataría dos pájaros de un tiro! –mientras aceptaba un cigarrillo de la pitillera de Mary (ya que no les estrechó la mano a ninguno de los dos), había un inconfundible tono de la hueca y propiciatoria bonhomía del director de una fábrica en el sonido de sus palabras. Mary misma se apresuró a ir al fuego y echó más brasas. John, después de haber hecho que el

visitante se sentara en el sillón de cuero, empezó a hacer sonar los vasos en el estante para alcanzar una botella que estaba detrás de ellos y, finalmente, puso tres vasos en la mesa de té además de esta botella y gritó con voz excitada y aguda: «¡Tomemos todos una taza de té! ¡Eso es lo importante! ¡Tomemos todos una taza de té! ¿Eh, prima? ¿No es *una* inspiración?»

Mary le lanzó una rápida mirada. Nunca la había llamado «prima» desde aquel primer día en que se conocieron en el funeral de su abuelo. ¿Era una muestra de rechazo? ¿Iban a ser sólo *primos* a partir de entonces?

Pero John parecía estar presa de una excitación casi sobrenatural. Llenó dos de los vasos con whisky y agua fría, pero en el tercero, en lugar de agua, vertió leche de la jarra que estaba sobre la mesa. «Aquí hay tres seres humanos», gritó desesperado, mientras Barter lo observaba con una sonrisa flemática pero indulgente, y luego se volvió hacia Mary levantando una de sus cejas, como para decir: «Lo conocemos, ¿no? No está tan loco como cualquiera podría suponer».

–Aquí hay –gritó John– tres seres humanos; lo que en Francia llaman una situación *a trois*. Los franceses creen que, por una ley de la naturaleza, dos de nosotros, en este *a trois*, *debemos estar conspirando contra el tercero*. No es necesario que lo hagamos conscientemente, ¿comprendéis? ¡No puede evitarse! Así que ahora ve, prima Mary, ahora ve,

querido Tom, por qué he llenado uno de estos vasos con leche. El que tiene leche es el débil. El que tiene leche es contra el que los otros dos –inconscientemente, ¿me entendéis?, siempre inconscientemente– están conspirando. Espero, por cierto, que ninguno de los dos deteste la leche con whisky: a mí me gusta bastante. *Aquí* están los tres vasos... Los barajaré un poco... así... *Ahora*, ustedes dos, manteniendo los ojos bien cerrados, elijan un vaso... y me quedará con el que sobra.”

Tal era el estado de ánimo hipnótico de John, o tal era la indulgencia cariñosa que le demostraban su amigo y su novia, que le obedecieron al pie de la letra. Ambos pasaron los dedos a ciegas por el borde de la mesa hasta encontrar los vasos; entonces, a ciegas, eligieron uno y lo levantaron en alto. «¡Ya veis! ¡Ya veis!», gritó John triunfante. Ciertamente, al abrir los ojos vieron que el vaso que había quedado sobre la mesa era el que contenía leche; pero estaban tan convencidos de que John había planeado ese resultado que todo el portentoso resultado desapareció. John se tragó el whisky con leche en dos o tres tragos y dejó el vaso vacío. «Vamos», dijo, «si soy el débil e idiota contra el que vosotros dos estáis conspirando, dejadme al menos disfrutar de la voluptuosidad de esto». Y se sirvió un vaso excesivamente fuerte y lo bebió de un trago con la misma impetuosidad.

Pronto sucedió que Mary y él estaban sentados uno al lado del otro en el sofá verde oliva, mientras que su invitado, con

sus pantalones de oficina grises y sus calcetines azules a rayas muy visibles, estaba estirado en el sillón de cuero.

–¡Ya lo creo! Pero es que aquí hace mucho calor –dijo Barter con brusquedad.

–Abre la ventana, John, ¿quieres? –dijo Mary–. Eres tú el que entra desde afuera, Tom; pero hacía bastante calor. Hubo una pausa incómoda mientras John se acercaba a la ventana.

“Hace *demasiado* calor... creo... para tener un fuego hoy”, dijo el Sr. Barter. “No tengo uno en la oficina; y nunca he *tenido* uno en todo este invierno en mi alojamiento... ¡Oh, sí, lo tuve una vez y fue cuando tuve una visita!” Mientras decía esto, sonrió significativamente a John para indicar que este visitante no era otra que Mary. Mary supo por el rabillo del ojo del señor Barter que él y John estaban intercambiando una larga mirada mientras este último regresaba de abrir la ventana.

“Hablan de mí”, pensó. “Siempre hablan de mí”.

Ella y su amante ahora estaban nuevamente sentados uno al lado del otro en el sofá.

“Tu lámpara está humeando”, dijo Tom Barter.

–Déjala que humee–murmuró John.

Pero Barter se levantó del sillón, se acercó a la lámpara de pantalla roja, la bajó y, soplando con violencia por el embudo, la apagó por completo. –Les gusta demasiado el *rojo*, a ustedes dos –soltó con rudeza–. Esta habitación, como ya le he dicho a John, es como un maldito estudio de Chelsea.

–Esta noche, Tom, estás intimidándonos bastante, ¿no? –dijo Mary.

–Quiere demostrar que nuestra habitación es tan suya como nuestra –dijo John–. ¡Y así es, amigo! ¡Y así es! Lo que es nuestro es de nuestro viejo Tom, ¿no es así, Mary?

–No estoy... del todo... tan... segura... de que... Tom... quiera que sea así –dijo Mary lentamente mientras se levantaba del sofá y se dirigía a buscar una tercera vela. Había dos encendidas en la repisa de la chimenea. Encendió la tercera y la dejó sobre la mesa llena de migas. –Tres personas –pensó– y tres velas.

Hubo una larga pausa, porque el mismo pensamiento había entrado en las cabezas de los tres simultáneamente, el incómodo, delicado y embarazoso pensamiento de que Barter dejaría a Philip. Barter se dijo a sí mismo: «¿Les digo que hoy me he enrolado con Geard? Ambos odian a Philip, pero, después de todo, son sus primos y le estoy jugando una mala pasada». Sin expresar sus sentimientos de forma definida, la traición a Philip permaneció en sus nervios como

un regusto desagradable. Lo que Barter ansiaba en ese momento era una charla humorística y cínica que lo disculpara de traicionar a su viejo patrón o, al menos, lo aprobara.

John se dijo a sí mismo: "¿Cuándo va a confesar que se ha pasado a Geard? Fue un poco gracioso que lo hiciera por iniciativa de Geard cuando no lo haría por consejo mío. ¿El viejo Geard lo sobornó mucho?"

¿Más de lo que me dijo que iba a llegar? ¡Sí! Pero me gustaría ver la cara de Philip cuando se entere. ¡Me gustaría ver su cara!

Pero Mary pensó: "Espero que Tom no haya decidido abandonar a Philip. No creo que esta fábrica municipal dure. Me temo que es sólo una moda de Geard, y que Geard no puede ser alcalde para siempre. Además, significará que John y Tom estarán más unidos que nunca y mi vida nunca será feliz hasta que tenga a John para mí sola".

Los tres pares de ojos se volvieron simultáneamente hacia el fuego, donde por fin había aparecido una lengua solitaria de llama anaranjada que bailaba arriba y abajo sobre las brasas negras. Y cayó sobre todos ellos, en ese momento, esa quietud misteriosa y paralizante, llena de inercia y un extraño entumecimiento, que a veces se apodera de un grupo de conciencias humanas cuando la conversación flaquea. Es una inercia que se vuelve cúbica, por así decirlo,

al ser compartida. En ese segundo de tiempo, fue como si las almas de esos tres habitantes de East Anglia se hubieran aferrado de repente y se hubieran precipitado por el gran tobogán regresivo de la evolución biológica. Se habían convertido en una sola alma vegetativa, esas tres conciencias, cansadas de sus molestos malentendidos.

John fue el primero en sacudirse esa inercia. Se acercó a la ventana y puso la mano en el alféizar. –¿Habéis oído eso? –dijo–. Era el grito de un pájaro en las orillas del Brue. Nunca había oído ese grito antes. ¡Escuchad! John se inclinó hacia delante mientras hablaba y miró hacia afuera a través del hueco oblongo de la ventana, a cada lado del cual las cortinas de color rosa de Mary –que parecían haber sido oscurecidas por la niebla– oscilaban ligeramente en el aire nocturno. Pero el grito del pájaro, si es que era un grito de pájaro, no se repitió.

“Debe haber sido un espíritu”, dijo Mary.

–El espíritu de uno de esos viejos de Lake Village –dijo John– ¡viene a advertirnos a nosotros tres, los paganos, que no nos preocupemos por mañana!

–¿Mañana? –preguntó Barter, encogiendo las piernas y bostezando–. ¿Por qué mañana?

–¿Has olvidado que mañana es Viernes Santo, Tom? –dijo Mary–. Y eso me recuerda –continuó la muchacha,

levantándose del sofá de un salto— que ya es hora de que vuelva. Euphemia me está esperando desde hace una hora o más. Le dije que tal vez saldría a cenar, pero si no vuelvo pronto, será su hora de acostarse, pobrecita.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Su mirada decía, tan claramente como cualquier mirada masculina podía decir algo: “Cuando se haya ido, tomaremos un poco más de whisky y hablaremos de verdad sobre ese asunto de dejar la tintorería”.

Pero María dijo: ¿Quién de vosotros me llevará a casa?

Ambos se pusieron de pie. Los tres estaban ahora de pie en el centro de la habitación. El tic en la mejilla de John se volvió muy activo mientras estaban allí. Barter se dijo a sí mismo: "Creo que había algo extraño en esa sopa de cebolla que tomé esta noche".

Mary se dijo a sí misma: “¡Dios mío! Espero que no me dé gripe ni nada. Tengo un poco de frío”.

Lo que había ocurrido era lo siguiente: al ponerse de pie, la sensación de unidad que había generado el mirar juntos al fuego se desmoronó. Eran como niños que hubieran construido una casa de ladrillos de juguete en el espacio hueco en el que se habían refugiado sus mentes. Eran como pájaros en un nido, cálidos y cómodos unos contra otros, sus individualidades superponiéndose y compenetrándose,

plumas y picos todos confundidos, hasta que de repente el nido se derrumbó y se encontraron extraviados, ansiosos y malditos, algunos en las ramas y otros en el suelo. Cualquier pequeño grupo de seres humanos reunidos juntos adquiere una cierta calidez protectora contra el Exterior, contra todas esas cóleras desconocidas de las que está lleno el mundo exterior. En esos momentos se evoca una curiosa entidad psíquica –como una gran pechuga de gallina mullida y emplumada– bajo la cual estos seres separados se agazapan, en la cual se funden, bajo la cual se funden. Toda criatura humana es un terror para todas las demás criaturas humanas. Las mentes humanas son como planetas desconocidos que se encuentran y chocan entre sí. Cada una de ellas contiene precipicios escarpados, picos de rocas astilladas, grietas espantosas, volcanes humeantes, desiertos ardientes y abrasadores, arenas ígneas, mazmorras malignas desde cuyas ventanas enrejadas se asoman rostros locos y terribles. Cada par de ojos humanos es una puerta de aduana que da acceso a un puerto completamente extranjero; un puerto cuyos palacios y barrios bajos, cuyos manicomios y hospitales, cuyos mercados y santuarios sagrados representan lo aterrador y lo amenazador, así como lo prometedor y lo placentero. Pero una vez que un pequeño grupo de personas ha estado reunido durante un tiempo razonable, los guardianes oficiales de esas puertas de aduana se retiran. ¡Cada individuo de ese grupo siente que puede vagar libremente por los alrededores de esas otras fortalezas cerradas! No

necesariamente da un paso. La cuestión es que las puertas que dan a las calles desconocidas ya no están erizadas de bayonetas, ya no están atestadas de “caras terribles” y “armas de fuego”.

Lo que ocurrió, pues, cuando John, Barter y Mary se levantaron, sabiendo que ahora iban a separarse, o al menos iban a abandonar el refugio psíquico de aquella habitación, fue que cada uno de ellos se replegó en las preocupaciones aisladas de sus vidas individuales.

Así fue como Tom Barter empezó a darse cuenta de que sufría de indigestión a causa de la sopa de cebolla de aquel miserable restaurante. Así fue como John Crow recordó el molesto hecho de que últimamente había estado estreñido y que esa misma noche debería haber hecho algo drástico al respecto. Así fue como Mary, mientras los dos hombres la ayudaban a ponerse la capa, pensó para sí: «Creo que me he resfriado por haber abierto esa ventana». Incapaces de sacudirse sus preocupaciones egoístas, los tres salieron a Northload Street de un humor inquieto y preocupado.

–¡Hola! ¿Quién es? –murmuró Barter cuando vieron la figura de Sam Dekker avanzando frente a ellos bajo el muro del jardín del rey Edgar. Pronto se dieron cuenta de quién era, porque Sam, al oír sus pasos, se dio la vuelta y esperó su llegada.

Sam nunca se había llevado muy bien con Mary, aunque las

sutiles causas de la frialdad entre ellos ofrecerían material psicológico suficiente para llenar un volumen. Tal vez la causa básica fuese que la naturaleza erótica de Sam era –como la de su padre– tan simple y primitiva como la de un hombre de las cavernas, mientras que Mary tenía bastante de la perversidad retorcida del temperamento Crow como para armarse con una lanza y un escudo invisibles ante su simple aproximación. Así, cuando se encontraron a la luz de la luna en esa víspera de Viernes Santo, la Mary que le estrechó la mano era, para Sam, una mujer dura, reservada, desdeñosa y astuta, una mujer cuyo objetivo, si se hubiera visto obligado a hablar, todo lo que deseaba era heredar el dinero de la vieja señorita Drew y, mientras tanto, sin que nadie lo descubriera, mantener una intriga furtiva, carente de todo sentimiento noble, con su primo John. Y si la Mary que le tendió una mano enguantada, flácida y antipática a Sam era una aventurera de sangre fría, el Sam que apretó superficialmente los dedos de Mary, mientras parpadeaba con sospecha con sus pequeños ojos de oso hacia sus dos compañeros, era un maniático perezoso y autocomplaciente que gastaba su tiempo libre de no hacer nada en un intento de corromper a esa tonta y pequeña Nell Zoyland.

Así, en vísperas de la crucifixión del Redentor de toda carne, los dos corazones más nobles de Glastonbury se sopesaron, juzgaron, condenaron y ejecutaron mutuamente. Dejaron a la silenciosa Mary en la puerta de entrada de la Casa de la Abadía. “¡Buenas noches, John!”, fue

todo lo que se le permitió decir al hombre a cuyo cuerpo ella hubiera querido aferrarse, con frenético e insaciable deseo, durante toda la noche.

–¡Escuchad, vosotros dos! –gritó John, cuando la figura de la muchacha se perdió tras los grandes arbustos de laurel, cada hoja de los cuales brillaba como el escudo de un duende a la luz de la luna–. Nunca he subido a la cima de Wirral Hill en una noche de luna. Mañana es día festivo. La oficina de Barter estará cerrada mañana y la mía también. Subamos juntos, ¿eh? Será emocionante en una noche como ésta. –Su entusiasmo era tan intenso, y la súplica en su voz mucho más fuerte que cualquier palabra que utilizara, que los dos hombres accedieron sin vacilar. Todos siguieron caminando, todavía en medio de la carretera, mientras el ruido de sus pasos aumentaba matemáticamente con la sustitución de las pesadas botas de Sam por las ligeras de Mary. Pasaron por el Granero del Diezmo, donde los símbolos místicos de los cuatro evangelistas parecían sobrenaturalmente grandes a la luz de la luna; doblaron por Bere Lane y bordearon el lado este de los terrenos de la Abadía; Giraron hacia el suroeste, no lejos de la pequeña capilla católica; tomaron un atajo corto en el patio trasero para ganar tiempo; y en menos de veinte minutos desde el momento en que John lo había sugerido, estaban a mitad de camino de Wirral Hill.

–Ese árbol muerto que hay junto a ese poste, allí arriba –jadeó John–, ¡es el árbol muerto más extraño que he visto en mi vida! Evans juró que era un espino... de hecho, un

descendiente del espino original... pero Mary sostiene que es un sicómoro. Cuando lo vi el otro día con Evans, lo examiné con mucha atención y llegué a la conclusión de que era un árbol completamente desconocido para mí.

–Yo también he estado intrigado –empezó Sam– por ese árbol muerto que hay ahí arriba. Mi padre dijo, lo mismo que dijo Evans, que era la Espina del Santo. Pero, como dices, está claro que no es un espino, sea lo que sea. A veces me inclino a pensar... Se interrumpió por las voces alzadas de otras personas que subían a la colina de Wirral aquella víspera de la Crucifixión. Dos de ellos eran hombres aparentemente muy ancianos que en ese momento se habían detenido para hacer algún comentario a una figura femenina que estaba sentada en uno de los asientos municipales de hierro que adornan las laderas de Wirral. Sam, que conocía a todos los habitantes de la ciudad, se dio cuenta al instante de la identidad de cada uno de los miembros de este pequeño grupo de vagabundos nocturnos.

Se dio cuenta de inmediato de que uno de los dos debía haber alcanzado al otro en aquella subida y de que ninguno de ellos tenía relación alguna con la mujer a la que se dirigían con tanta seriedad. De hecho, Sam estaba seguro de saber, lo que habría sido difícil de saber para John y Barter, que cada uno de aquellos tres vagabundos había llegado a aquel lugar independientemente de los otros dos. Pero formaban, a medida que los recién llegados se acercaban lentamente a ellos, un grupo singular e incluso monumental. Si el señor

Evans hubiera estado presente, se habría acordado de una de esas eternas viñetas del Purgatorio de su poeta favorito, pues la colina era empinada en ese punto; su ascenso dejaba sin aliento a los tres hombres y embotaba su aprehensión, mientras que la luz de la luna, que daba a todos los objetos cercanos y lejanos una cierta grandiosidad sobrenatural, volvía onírica y distorsionada su capacidad visual. Cuando llegaron al asiento de hierro, también se detuvieron y se quedaron los tres, uno al lado del otro con los dos ancianos, observando a la mujer solitaria que permanecía sentada tranquilamente frente a los cinco.

Con la misma velocidad con que había girado sobre su eje, millones de años antes de que ocurriera el acontecimiento que dio al inmemorial Grial de Glastonbury su nuevo y cristiano significado, la vieja tierra giraba ahora, llevando consigo Wirral Hill, como la joroba de un gran dromedario sagrado, y sobre Wirral Hill a estos cinco bípedos masculinos, cada uno con su bastón de servicio decentemente oculto, cada uno con un bastón de madera, cortado del mundo vegetal, como una prerrogativa masculina adicional, cada uno con su cráneo ordenado y racionalmente operativo lleno de un solo pensamiento. Este pensamiento podría haberse resumido en las palabras que el más viejo, y ciertamente el más pobre de todos los cinco, dirigió ahora a la mujer sentada.

—¿Qué haces fuera de la cama, Mad Bet? No es la hora del sueño, querida mujer; es la hora del cuco, ya lo sabes; la

cama es el lugar de los locos. Wirral Hill, de noche brillante, no es un lugar para ti. ¡Wirral Hill es un lugar para solteros tranquilos, no para una mujer loca como tú! El que hablaba era un hombre alto de pelo gris vestido con ropa que parecía no pertenecerle.

–Es una persona muy buena para hablar con alguien como ella –protestó el reciente compañero del hombre alto, acercándose lo más que se atrevió a los recién llegados, con evidente alivio agradecido por su aparición en escena.

–Pero, señor Jones –exclamó Sam, pues el compañero del hombre alto resultó ser el mismísimo Número Dos–, ¿qué está haciendo fuera del hospital? ¿Han terminado su cura? ¿Está dando un paseo?

El número Dos miró con inquietud al señor Barter, a quien reconoció con un instinto infalible como el oficial, el inquebrantable, el pilar de la sociedad en ese pequeño grupo.

–Voy a volver... Voy a volver... Voy a volver –murmuró–. El portero es amigo mío. Voy a volver.

–¿Qué le trajo hasta aquí? –preguntó Sam.

–No puedo dormir por las noches, señor Dekker, y esa es la verdad. Si no es una cosa, es otra. Antes había viento y lluvia, y ahora hay luna brillante. Nunca había visto semejante alboroto como el que me ha ocurrido en ese hospital de

caballos. Como le decía al señor Twig, esta misma mañana, algo va a pasar en este pueblo en breve, o mi nombre no será Bartholomew Jones. Con fantasmas que salen de las ruinas en las noches lluviosas y espíritus que salen de las ruinas en las noches soleadas, ese hospital de caballos no es lugar para un comerciante tranquilo como yo.

–No debería haber subido a un lugar tan empinado como éste, señor Jones –protestó Sam.

El número dos se acercó a él y le susurró al oído: «Me ayudó. No me hubiera atrevido a hacerlo solo. *Lo conocí* cuando era un comerciante que se respetaba a sí mismo. No vaya a contar chismes sobre él y yo, señor Dekker. Sé que no está bien que ayude a una persona decente, pero yo no me hubiera atrevido a llegar tan lejos, con mis pobres entrañas y todo, si no lo hubiera conocido. No se preocupe por mí, señor Dekker. Me llevará de regreso a donde vine, por una moneda de cobre o dos. ¡Me llevará de regreso por menos de seis peniques y sin decir nada!».

–¿Dónde duerme hoy en día? –preguntó Sam.

–¿Él? ¿El joven Tewsy? Mamá Legge, quién compró la casa de la señorita Kitty Camel le permite dormir en la casa de al lado. Le abre la puerta de al lado cuando vienen parejas a pasar una noche en la cama o algo así, y ella le da un mordisco, junto con su gata atigrada, a la que llama Pretty Maid, aunque sea tan feo como un aborto. ¿Conoce a mamá

Legge, allá en el «Paraíso», señor Dekker? Es una persona realmente mala, pero me gustaría saber qué persona decente dejaría entrar en su sótano a un espantapájaros como el joven Tewsy.

Mientras Sam le susurraba algo al Número Dos, se estaba produciendo una conversación muy distinta entre el señor Barter y el joven Tewsy. El joven Tewsy era un hombre de una edad increíble. El Número Dos tenía razón al afirmar que lo recordaba como un comerciante respetable de Glastonbury. De hecho, había sido un químico bien establecido en los días del padre del señor Wollop. El padre del señor Wollop era otro de esos comerciantes «respetables» que siempre estaban al borde del fracaso; pero el viejo Wollop tenía a su temible hijo para que las cosas siguieran funcionando, mientras que Tewsy, que había perdido a su descendencia, del mismo modo que aparentemente había perdido incluso su nombre de pila, acabó en el desastre por frecuentar, día tras día, el «Paraíso» de esa época de la historia de Glastonbury. El rostro del joven Tewsy era más flaco y enjuto que el rostro de Don Quijote. Era el rostro de un esqueleto andante. Y, sin embargo, por extraño que parezca, no estaba marcada por líneas salvajes de rebelión. Nadie que no sea de fuera puede decir si un ser humano, si vive en la desesperación absoluta durante medio siglo, adquiere una especie de resignación anormal que se parece a la de los gusanos en la carroña. Probablemente, el joven Tewsy llevaría el secreto de su

verdadera actitud hacia el mundo oculto tras su rostro cadavérico hasta el fin de sus días. Pero la actitud que mostraba *ante* el mundo era una sonrisa perpetua. Esta sonrisa de Tuung Tewsy puede haber sido la sonrisa del payaso del Pozo... siempre golpeado, siempre pisoteado, siempre ridiculizado. Por otra parte, puede haber sido la sonrisa de la propia calavera de la muerte, revelada durante la vida del joven Tewsy, a causa de la extrema cadaverosidad de su rostro. Pero, fuera lo que fuese, era con esta sonrisa eterna, que ahora, a la brillante luz de la luna sobre Wirral Hili, el anciano protegido de Madre Legge giró su rostro hacia las preguntas secas y cautelosas de Tom Barter.

En este breve diálogo había más de lo que el resto del grupo podía imaginar, pues, en realidad, el señor Barter había ido recientemente con Tossie Stickles al dormitorio más caro de la madre Legge, y era una prueba sorprendente del autocontrol diplomático del viejo carcelero el que ni siquiera un instante de su rostro cadavérico, bajo la brillante luz de la luna, revelara un reconocimiento del que ambos debían haber sido perfectamente conscientes. El joven Tewsy había mostrado muchas veces la misma sonrisa inescrutable en presencia del gran Philip en persona, cuando le pedía limosna al fabricante; aunque Philip, menos dueño de sus músculos faciales que su gerente, había sido incapaz, en varias ocasiones, de abstenerse de lanzar una rápida mirada de reconocimiento antes de sacar sus seis peniques. Porque el señor Crow de The Elms también había

encontrado, en su día y hora, un uso conveniente para el mejor dormitorio de la madre Legge.

De hecho, el joven Tewsy, con su sonrisa de calavera, debía ser conocido por los espíritus tutelares de Glastonbury como una especie de Psychopompus, o Caronte invertido, del Limbo⁴⁶. Porque tanto Nelly Morgan como el pequeño embrión sin nombre que se estaba formando en el útero de Tossie debían su comienzo, en la larga marcha humana, al servicio de abrir puertas y llevar lámparas de este comerciante antaño “respetable” de South High Street.

–¿La encontraste así? –le preguntó Tom Barter al joven Tewsy mientras todos permanecían impotentes y un tanto tontos ante esa desconcertante representante del sexo que los había concebido.

–Claro que lo hice, señor –respondió el anciano sonriente–, es decir, *este caballero* y yo lo hicimos.

–Muy mal. ¿Qué haces fuera de la cama, maldita, a estas horas de la maldita noche?

En estas palabras del anciano se confundían irremediabilmente el acento del norte de Londres de su

46 Un psicopompo es un ser que en las mitologías o religiones tiene el papel de conducir las almas de los difuntos hacia ultratumba, cielo o infierno.

Caronte es una figura de la mitología griega: es el barquero que lleva las almas de los muertos al Hades, donde serán juzgadas para decidir su lugar de descanso.

infancia y el amplio acento de Somerset de su juventud y vida posterior.

"Nunca he estado aquí arriba en luna llena antes", dijo John, dirigiéndose a Mad Bet.

"Esta noche habrá mucha gente", dijo Mad Bet.

–Quise decir prácticamente llena –dijo John–. ¿No se ha dado cuenta, señora, de que la luna *parece* llena durante casi cuatro días si el cielo está libre de nubes?

"Me encanta esta luna", dijo la mujer, "cuando es nueva".

–Estoy de acuerdo contigo; estoy de acuerdo contigo, señora –afirmó John con entusiasmo–. Cuando no es redonda como esta noche, ni nueva como describes, sino toda graciosa y sin forma, no resulta tan agradable.

"Las penas de una persona no se derriten hasta que son grandes y redondas", dijo la mujer.

–¿Crees que la gente de todas las épocas ha subido a Wirral Hill bajo la luz de la luna de esta manera? –preguntó John.

–No debería sorprenderme, jovencito, no debería sorprenderme –respondió Mad Bet–. Tú y yo hemos venido y eso es todo, ¿no? Y también han venido estas otras personas, ¿no? Pero *algunas* personas vienen en cuerpo y alma, pero dejan sus almas en la calle. ¡No seas como ellos,

jovencito, no seas como ellos!

–No lo haré, señora –anunció John en el tono más enfático y de maliciosa finalidad.

–Vamos, los dos –dijo Barter dirigiéndose a sus amigos–. ¡Sigamos! Quiero llegar a la cima de la colina. Quiero ver ese árbol del que hablaban.

–Pero ¿qué pasa con esta mujer? –preguntó Sam.

“Dekker piensa que una mujer desconocida es más interesante que un árbol desconocido”, comentó John.

“¿Es el Árbol de la Vida lo que están buscando, caballeros?”, preguntó Mad Bet.

–Exactamente, señora –dijo John–. ¡Es justo eso! ¿No quiere subir con nosotros a la cima?

–No seas tonto, Crow –susurró el señor Barter–. ¿No ves que está loca?

–Loca... loca... loca –murmuró el joven Tewsy con su eterna sonrisa.

–Éste es el señor Jones, de la antigua tienda de antigüedades –dijo Sam, dirigiéndose a sus dos amigos, en respuesta a una mirada del número dos que parecía decir: «Estos caballeros no parecen estar muy atentos a la

situación»–, la tienda que está a cargo de su galés, Crow. Tiene que regresar al hospital, Barter.

“Es el Árbol de la Vida el que está allí arriba”, reiteró la mujer.

–Por seis peniques de *plata* la llevaría yo mismo a casa –intervino el joven Tewsy–, si quieren ver al Viejo Partido de regreso al episcopado.

–Vamos, vamos –gruñó Barter–. Esta gente puede cuidar de sí misma.

"Alguien tiene que llevar a esta mujer a casa", dijo Sam.

–A ella le gustaría venir con nosotros a la cima de la colina –dijo John–. ¿No le gustaría a usted, señora? Está descansando... a mitad de camino... ¿Por qué *tendría* que volver a casa en una noche como ésta? ¿Por qué alguien tendría que volver a casa?

–Loca... loca... loca –murmuró soñadoramente el joven Tewsy, contemplando con ojos apagados la revelación de la cabeza calva de la mujer, mientras su sombrero con cuentas y plumas negras se deslizaba torcido.

–Mi sobrina Sally, que trabaja para nuestro nuevo alcalde –intervino el número dos–, dice que no habrá paz en Glastonbury hasta que Geard o Crow estén en la cima; y yo pensaba que esos fantasmas de las ruinas, los que me

preocupan en el hospital de caballos, habían salido de la tumba para ver cuál de los dos sería.

–¡Por el amor de Dios, vamos! –protestó el señor Barter.

–¿Bailamos para vosotros, todos vosotros, mis preciosos caballeros? –gritó Mad Bet, levantándose inesperadamente del asiento de hierro y agarrando la pesada falda de franela que llevaba puesta, dejando al descubierto sus arrugadas medias de lana–. ¡Vamos allá a dar la vuelta al bosque de moreras! –canturreó la anciana, saltando de un lado a otro con expresión de gravedad infantil, mientras las borlas sueltas y adornadas con cuentas que colgaban de su sombrero se balanceaban de un lado a otro sobre su fantasmal cráneo blanco.

«Es como ver la luz de la luna en una horca», pensó John. «Y bien, señora», dijo en voz alta, «¿viene con nosotros a la colina o va a bajar con estos hombres?».

Pero Mad Bet hizo un gesto con la mano para apartar el brazo que John había extendido hacia ella sin darse cuenta. –¡Entra y sal por la ventana! –gritó con un grito agudo, levantando sus manos marchitas y meneando la cabeza calva, de la que pronto cayó el sombrero al suelo–. ¡Entra y sal por la ventana... como has hecho antes!

El joven Tewsy avanzó cojeando y recogió el sombrero de la mujer de la hierba. El efecto de la luz de la luna, la

presencia de tres caballeros y un comerciante, transformados así por fuerza en un público avergonzado, parecieron subirse a la cabeza de este Psicopompo de niños no deseados del Limbo, ya que, agitando el sombrero de Mad Bet en el aire, comenzó a saltar arriba y abajo sobre un pie.

–Por encima del muro del jardín –canturreó el joven Tewsy mientras saltaba arriba y abajo–. Dejé caer al bebé, y mi señora salió, me dio una palmada y me preguntó por qué tanto alboroto... ¡por encima del muro del jardín!

–Si ustedes no quieren venir conmigo –gritó Barter, ahora muy enojado–, seguiré solo. Esta gente está bien. Esta gente puede cuidar de sí misma. No podemos llevarnos a todos los de Glastonbury a casa.

–Ve tú con él, Crow –dijo Sam–. Y no te olvides de decirme qué árbol crees que es el que está ahí arriba. Mi padre se aferrará, contra viento y marea, a que es un espino levantino.

“¿Y dejarte aquí hasta que volvamos?” dijo John.

–No, no. Voy a llevarme a esta mujer conmigo. Vive en St. Michael's Inn. Está de camino a la vicaría.

–Me voy con mi amado –gritó Mad Bet, agarrando de repente el brazo de John–. ¡Me voy con mi amado a comer del Árbol de la Vida! Hubo una pausa incómoda.

–Bueno, me voy de todas formas –dijo Barter–. Estoy cansado de esto –y se alejó a grandes zancadas colina arriba sin mirar atrás, acompañado por su sombra. ¡Su sombra exterior! Sin embargo, mientras Barter ascendía la última pendiente de Wirral Hill, había una sombra interior que también lo acompañaba. «Soy como Judas, aunque Philip ciertamente no es como Cristo», se dijo a sí mismo.

El rostro de John, a la luz de la luna, debió expresar cualquier cosa menos placer al ver que la mujer lo sujetaba del brazo, aunque, para ser justos, no hizo ningún esfuerzo por liberarse. Incluso puso el otro brazo alrededor del hombro de Mad Bet. Pero, ya sea porque su instinto de mujer había sobrevivido a su locura y captó esa mirada en su rostro, o porque, como explicaría el señor Evans, estaba decidida a obligarse a hacer lo único que no quería hacer, se soltó de John y lo apartó violentamente de ella con las enigmáticas palabras: «¡Escúpelo, escúpelo o se convertirá en un árbol de la muerte!». Y luego gritó, como lo hizo el Rey Lear en los acantilados de Dover cuando fue coronado: «¡Si me atrapas, me atraparás corriendo!». Echó a correr como loca colina abajo.

Sam se despidió apresuradamente de los demás y se puso en camino tras ella, dejando al joven Tewsy, que se había sentado al lado de Número Dos, tan encantado con este espectáculo que durante un minuto o dos su semblante de calavera se volvió absolutamente serio. Sam no tuvo dificultad en alcanzar a Mad Bet y ella se comportó con

ejemplar tranquilidad durante todo el camino hasta su casa. De hecho, estaba tan absorta en algún pensamiento particular que permitió que Sam la llevara no solo a la posada sino también por las escaleras hasta su propia habitación sobre el letrero. Allí la dejó sentada en su cama en una especie de sueño, un sueño tan profundo que cuando le dio las buenas noches, lo único que ella le dijo fue: "Así es, así es", repetido incesantemente hasta que se fue. Después de que la dejó y se dirigió a la vicaría, sus propios pensamientos comenzaron a viajar por mares extraños.

Se dijo a sí mismo: «Debe ser casi medianoche», y le sobrevino la impresión de que la identidad real de Cristo –como un fantasma inmenso, sombrío y torturado que flotaba sobre la ciudad iluminada por la luna– lo estaba llamando a tomar una decisión interior definitiva. Le habría resultado imposible expresar con palabras cuál era esa decisión que sentía que inevitable e irremediablemente estaba siendo llevado a tomar. Pero era una decisión de la que, si la tomaba antes de medianoche, es decir, antes del primer minuto del día en que Cristo murió, nunca podría retractarse.

XV. LA CORTE DE MARK

El señor Geard se despertó antes del amanecer de la mañana de Pascua. Los niveles externos de su conciencia fueron asaltados de inmediato por dos molestias que procedían de direcciones opuestas.

La primera de estas molestias estaba relacionada con el señor Barter. El recuerdo irritante del rostro del señor Barter, la impresión irritante del materialismo del hombre, el salario extravagante que se había visto obligado a ofrecerle, la sensación desagradable (como si hubiera tocado una planta pegajosa y venenosa) que le había dejado en la mente el odio del tipo hacia Philip; todo esto se convirtió en algo que cayó sobre él como un peso de plomo en el momento en que abrió los ojos.

La segunda molestia que se le plantó en la cabeza tomó la forma de una carta con la corona de un noble, que había recibido por correo el día anterior por la tarde. Esta carta era del marqués de P., en la que le preguntaba si no podía ir corriendo a Mark Moor Court, ese mismo domingo de Pascua, para “comer algo conmigo de incógnito”.

Mark Moor Court era una casa de campo pequeña pero muy antigua, que este propietario de la mitad de los Mendips mantenía como casa de recreo privada y de escape, permitiendo que pocos miembros de su propia familia y absolutamente ningún ciudadano convencional del condado cruzaran su umbral histórico.

A excepción de la cripta debajo de la capilla en ruinas de Santa María en Glastonbury y los cimientos de la calzada romana entre Glastonbury y Street, no había un fragmento de mampostería en todo Somersetshire más antiguo que esta pequeña granja gris solitaria que se alzaba, como la granja con foso de Mariana, sobre una especie de isla fortificada en la vasta extensión de praderas que seguían el movimiento del Brue, mientras ese río fluía al noroeste hacia las planicies marinas de Burnham.

Se podía llegar fácilmente a Mark Moor Court desde Glastonbury. Estaba exactamente a siete millas de distancia, más allá de Meare Heath, más allá de Westhay Level y más allá del ramal de Burnham y Evercreech del Ferrocarril Somerset y Dorset. Excepto por el río y el ferrocarril, la única

conexión entre Glastonbury y Mark Moor era este camino tortuoso y cubierto de hierba, un camino que ningún tráfico moderno perturbó jamás: porque aunque era apenas posible para los iniciados en los rimas, escotillas y presas de estas extrañas llanuras alcanzar por su medio un camino a Highbridge y de allí a Burnham, este camino en particular se perdía por completo en las desoladas marismas de Mark Moor.

La antigua casa de campo llamada Mark Court, o Mark Moor Court, fue, según una tradición local que no se ha interrumpido durante mil años, el lugar de un terrible encuentro final entre Mark, rey de Cornualles, y el mago Merlín. Esta tradición en particular declara que Merlín, mucho después de haber desaparecido con el Grial pagano original en los recovecos de Chalice Hill o en las ensenadas marinas de la isla de Bardsey, regresó una vez, y sólo una vez, para entrometerse en los asuntos humanos normales. Fue cuando visitó al rey Mark en Mark Moor Court y lo castigó allí por todas sus fechorías reduciéndolo, en la amplia cámara baja que corre bajo el pesado techo de piedra, a una pizca de polvo fino y gris. Con este polvo... así decía la leyenda... Merlín, de pie ante una de las estrechas ventanas situadas entre dos contrafuertes de piedra, rociaba el aire mientras alimentaba a las garzas que volaban hacia el este y que venían (como de hecho siguen viniendo) a cazar peces en las zanjas de Mark Moor desde sus nidos en los hayedos al pie de Brent Knoll.

El camino cubierto de hierba, en desuso durante tanto tiempo entre Glastonbury y Mark Moor, debe haber sido testigo de muchas peregrinaciones medievales extrañas; y, en su larga historia, cosas peores que esa; porque era a lo largo de los terraplenes de este camino que los vikingos nórdicos, siguiendo las inundaciones primaverales hasta los estuarios del mar, solían empujar los picos de sus barcos piratas mientras buscaban botín y violación en los campos de lo desconocido.

La apresurada e informal invitación a almorzar ese Domingo de Pascua en Mark Moor Court fue sólo una de una serie de invitaciones similares que Bloody Johnny había recibido recientemente del Marqués de P. Debía estas notables convocatorias al hecho de que en su niñez había sido *sirviente* en la gran casa isabelina en su Montacute natal y había sido huésped con frecuencia de Henry Zoyland, décimo marqués de P., y la sorprendente originalidad (y, también hay que confesarlo, el curioso magnetismo físico) del joven sirviente había dejado una impresión indeleble en la mente del par.

El marqués se había acordado de este temprano enamoramiento al leer en el *Western Gazette* la inesperada fortuna del señor Geard; y como estaba apegado a Glastonbury, y más que apegado a su solitario pabellón de caza entre los diques de Mark Moor, se había interesado aún más en la carrera de su antiguo amigo cuando oyó rumores de que había sido elegido alcalde.

El señor Geard se dispuso ahora a invocar aquellos niveles más profundos de su conciencia que no serían perturbados por esas diversas vejaciones, ya fueran materiales o inmateriales, que ahora estaban asediando tan ferozmente su alma despierta.

Se dio la vuelta y estiró el brazo hasta colocarlo bajo la cabeza de su dama dormida; mientras, en respuesta inmediata a este gesto cariñoso, la mujer, sin despertarse, se acurrucó confiadamente sobre su hombro. Con la mano libre, levantó las sábanas hasta que quedaron ajustadas bajo las barbillas de ambos; y desde esa cómoda seguridad, observó, en contemplación inmóvil, el proceso gradual del amanecer.

La sensación familiar, a diferencia de todas las demás sensaciones posibles, de la cabeza gris de su esposa apoyada en su hombro se acentuó aún más cuando la mujer se volvió hacia él aún más cerca en su sueño, de modo que sus cuerpos entraron en contacto debajo de la sábana que los cubría. Al darle algunas sacudidas en el hombro con la mano izquierda, Bloody Johnny cambió el ritmo de su respiración a una respiración tranquila y silenciosa.

Su poder sobre sus propias sensaciones cuando estaba realmente excitado era tan dominante que, aunque habían dormido juntos durante cuarenta años, todavía era capaz, diciéndose a sí mismo "esta es mi mujer", de evocar sentimientos no sólo de ternura hacia la figura de cabello gris

que sostenía en sus brazos, sino incluso –por extraño que pueda parecer– de verdadero amor.

Si el señor Wollop, el ex alcalde de Glastonbury, era el más infantil de todos los habitantes de la ciudad por su sencillo entusiasmo por el mundo visible, el señor Geard, el actual alcalde, poseía una riqueza inagotable de sensualidad que avergonzaba a todos los frequentadores, altos y bajos, que utilizaban los servicios de la madre Legge y la asistencia del joven Tewsy en ese barrio de la ciudad conocido como «el Paraíso».

El rival de Bloody Johnny, Philip Crow, sentía un innegable cariño por su esposa Tilly, una mujer al menos diez años más joven que Megan Geard; pero nunca, ni por un segundo, durante quince largos años, Philip había experimentado una sola emoción erótica por el contacto con ella.

A medida que la luz se hacía más intensa, se hizo evidente para el señor Geard que esta mañana de Pascua estaba destinada a ser nublada y ventosa, si no tormentosa; pero esto no le impidió descubrir de alguna manera un aroma de primulas en el aire o incluso oír –y fue casi como si su fuerza de voluntad fuera tan grande que llamó a este pájaro gris de cola larga desde los huertos más allá del Brue– el grito del cuco sobre las ráfagas de viento.

Cuando se dio cuenta de que el sol, aunque oculto por las nubes, debía de haber salido más allá del Tor y de Havyatt

Gap, Bloody Johnny levantó suavemente a su mujer, todavía inconsciente, de su hombro y procedió a levantarse de la cama con cautela y en silencio. Se retiró de puntillas a su vestidor, que estaba junto al dormitorio, y se encerró allí con su baño frío y sus utensilios de afeitado.

Al salir de allí al cabo de una media hora, presentó a los ojos de todos los observadores una figura que con igual congruencia podría haberse descrito como un empresario de pompas fúnebres, un jefe de camareros o un ministro de la congregación. Su gran rostro blanco, que, a diferencia del rostro del señor Weatherwax, parecía más pequeño de lo que realmente era debido al tamaño antinatural de la parte posterior de su gran cabeza, se mostraba más blanco que nunca en la grisura de esta mañana de Pascua debido a la intensidad diabólica de sus ojos oscuros.

Las pupilas de los ojos del señor Geard, como las del autor de Fausto, tenían la capacidad de dilatarse hasta dejar sólo un estrecho margen blanco. Pero ese borde blanco, precisamente por estar tan reducido, brillaba con un brillo increíble cuando él giraba los ojos (pues era un truco suyo y un truco compartido por muchos príncipes prelados de la Iglesia Católica Romana) sin mover la cabeza.

Ahora bajó las escaleras, cada escalón crujiendo bajo su pesado peso, y arrastró los pies, con sus suaves zapatillas de alfombra, hasta la cocina.

¡No había señales de Sally Jones en ese momento! Bueno, podría encontrar lo que quería la mañana de Pascua sin ninguna ayuda de Sally. De hecho, puso su mano sobre una hogaza de pan sin cortar. La llevó al comedor, donde la familia comía todas sus comidas, y la colocó sobre la mesa, ahora cubierta con un mantel como el que se ve en las ilustraciones de Dickens, abrió el aparador de caoba y sacó de allí una botella de vino de Oporto. Al no encontrar ninguna copa de vino –de hecho, ninguna copa de ningún tipo– sobre el aparador, Bloody Johnny profirió un improperio que sonaba como una sola sílaba mucho más condenada en la sociedad educada que la palabra "maldita sea" y se retiró a la despensa, de donde emergió enseguida con un vaso grande.

Se quedó un momento perplejo y vacilante. Lo que murmuró en ese momento fue: «¡El Este... el Este... el Este!».

Llevando el pan, la jarra y el vaso apretados contra su estómago, buscó la pequeña puerta de su villa suburbana y, tirando de un par de cerrojos oxidados, la abrió de par en par.

El Este recibió al señor Geard con una ráfaga de aire extremadamente frío, pero, sin dejarse intimidar por esta recepción, después de escuchar atentamente para asegurarse de que Cordelia y Crummie estuvieran tan profundamente dormidas como su madre, se dejó caer de rodillas en presencia de un pequeño trozo cuadrado de

césped, unos arbustos de ligustro y un pequeño cantero redondo con tres jacintos muertos, y en esta posición comenzó, con una especie de apetito voraz, a abrir el pan y a engullir grandes trozos de miga del centro. Esos bocados los acompañó con repetidos tragos de vino de Oporto. Mientras comía y bebía, con el viento frío soplando contra su rostro blanco, sus ojos diabólicamente oscuros no dejaban de vagar por aquel pequeño jardín. Tan extraña debía ser su figura y tan formidable debía haber escrutado aquel pequeño recinto, que una pareja de lavanderas que buscaban gusanos en la hierba en lugar de salir volando saltaron hacia él con asombro hipnotizado, mientras que un pinzón hembra que se había posado un segundo en uno de los arbustos de aligustre abandonó el arbusto y se unió a las dos lavanderas en el trozo de hierba.

Cuanto más avariciosamente comía el señor Geard la carne de su Maestro y bebió su sangre, más y más cerca se acercaban estos tres pájaros. Qué otros habitantes más pequeños de esta tierra nublada, como gusanos, caracoles, babosas, escarabajos, cochinillas y ratones musaraña, se unieron a estas criaturas emplumadas para formar la congregación en esta misa herética de Pascua, ni el celebrante mismo ni nadie más lo sabrá jamás.

–¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado! –murmuró Bloody Johnny, con la boca llena del interior de su pan–. Cristo, nuestra Pascua –continuó–, ha sido sacrificado por nosotros; ¡celebremos, pues, la fiesta!

Mientras pronunciaba estas palabras, apuró su tercer vaso de vino de Oporto y, después de vaciar el resto de la jarra sobre la grava que había fuera del umbral donde estaba arrodillado, se puso de pie, pesada y torpemente, y cerró la puerta del jardín.

Llegó justo a tiempo, porque la voz de Cordelia se oyó desde lo alto de las escaleras, cerca de su dormitorio: «¿Eres tú, papá?».

–¡Baja, Cordy... baja, querida! –gritó el señor Geard en respuesta. Pero sin esperar a que ella apareciera, se apresuró a llevar el pan mutilado y las demás cosas a la cocina y las depositó sobre el aparador.

Estaba saliendo de la cocina cuando Cordelia bajó corriendo las escaleras. Estaba en bata y era evidente que acababa de despertarse.

El señor Geard, con los ojos llameantes saliendo de las profundas cuencas de su rostro blanco, la abrazó contra su corazón.

“¡Cristo ha resucitado!” , murmuró extasiado mientras la besaba una y otra vez; rodeándola mientras lo hacía con un aura de vino de Oporto que era como una niebla púrpura.

–¡Querido papá! ¡Querido papá! –fue lo único que pudo decir.

–¿Crummie está despierta? –preguntó tan pronto como la soltó.

–Todavía no –respondió ella, sonriendo a sus ojos ardientes–. He bajado a prepararle la bandeja; luego la despertaré y tomaremos nuestra taza de té antes de que se levante. Quiere que la acompañe al servicio matutino en San Juan.

“¿Servicio temprano? ¿Cummie? –murmuró el señor Geard con asombro.

–Papá, desde que volviste de Northwold, se ha encaprichado con la Iglesia. ¡Oh, Dios! ¡Dudo que alguna de tus hijas llegue a casarse! Tú y mamá no sois buenos casamenteros, papá.

–Bueno... bueno... bueno –murmuró el señor Geard con un profundo suspiro.

Pero, como Cordy supuso con bastante perspicacia, no era la virginidad de sus hijas lo que le preocupaba. Su suposición quedó confirmada por sus siguientes palabras.

“Bueno... bueno... tendréis el Vino y el Pan... tendréis la Sangre y el Cuerpo de Cristo. Os los darán, por supuesto, en esas tontas galletitas que no parecen pan en absoluto... pero será el Cuerpo del Maestro... y eso es lo principal”.

Se detuvo y suspiró profundamente otra vez.

–¡Oh, Cordy, hija mía, hija mía! –gimió, mientras una película como la que cubriría los ojos de un perro que viera a su amo siendo ejecutado cruzaba el iris de sus ojos oscuros–. ¡No hay muchos cristianos que lo sientan a su lado y, sin embargo, ahora está más cerca de nosotros que nosotros unos de otros!

–Sí, querido papá –murmuró Cordie.

Siempre se sentía sumamente avergonzada cuando su padre hablaba de esa manera. El peso y la masa peculiares del realismo místico del hombre la confundían y la perturbaban. Su propia vena de “espiritualidad”, o lo que fuera, estaba invariablemente asociada con aspectos de la vida que eran imaginativos o al menos intelectuales.

La cruda y asombrosa actualidad del señor Geard en estas cuestiones no sólo la desconcertaba, sino que, para confesar la verdad, la disgustaba un poco. Sin duda, no era en esos estados de ánimo místicos de él cuando se sentía más atraída por su padre. *Eso* sucedía cuando lo oía impartir instrucciones tácticas, como un gran general estratégico, a John Crow; o cuando lo oía discutir con Owen Evans sobre algún punto discutible de la mitología de Glastonbury.

El señor Geard la siguió hasta la cocina y, sentándose en una de las sillas extremadamente duras que había allí (la madre de Cordy no era de las que mimaban a una muchacha como Sally Jones), continuó avergonzándola, mientras ella

encendía el fuego en la estufa y comenzaba a preparar el pan delgado con mantequilla, hablándole de Cristo.

“Está con nosotros, por supuesto, todo el tiempo”, dijo Bloody Johnny, mientras que el accidente físico que sufría este singular evangelista, interrumpido de vez en cuando por un hipo, aumentaba el disgusto de su hija, “pero hoy está con nosotros más poderosamente... mucho más poderosamente... que cualquier otro día del año”.

–¿Más fuerte, papá? No lo entiendo bien –protestó Cordelia, mientras, después de sacar bastante agua de la tetera para acelerar el hervor, comenzó a untar la mantequilla en un molde rectangular de bordes cuadrados, de aspecto totalmente distinto al que el dueño de la casa acababa de destrozar.

Mientras observaba sus rápidos y competentes movimientos, el señor Geard pensó: «Mahoma convenció fácilmente a su esposa de que le enseñara a profetizar. ¿Acaso tuvo el mismo problema que yo con una hija?»

De alguna manera, el corte de ese práctico pan de molde, con sus bordes afilados y su corteza poco interesante, provocó el éxtasis de Bloody Johnny de manera más efectiva que casi cualquier otra cosa podría haberlo hecho.

El alcalde de Glastonbury se sintió en ese momento como si estuviera perturbando el trabajo, no de una simple hija,

sino de todos los ejecutivos competentes del mundo.

–Cuando digo más poderoso, Cordy –continuó, mientras la capa que cubría sus ojos se espesaba cada vez más a medida que la tetera comenzaba a hervir–, quiero decir que hoy tiene un poder más directo sobre *la materia* que en los días normales. Siempre está dispuesto a obrar milagros si lo invocas con suficiente fuerza; pero hoy, cuando resucitó, puede cambiarlo todo si tan solo hace una señal.

El señor Geard se levantó de su asiento y, para consternación de su hija, atravesó la habitación. Abrió la puerta de la cocina y miró hacia el oeste. Cuando volvió la cara hacia ese sector, donde, más allá de la hilera de casas de los comerciantes, había un carro de leche parado frente a la lechería de Othery, vio en lo alto, en el aire, una gran bandada de estorninos, que se movían arriba y abajo en masas desordenadas y desorganizadas, y se recortaban oscuramente contra las nubes grises que avanzaban.

–¡Cierra la puerta, papá! –gritó Cordelia enfadada–. ¡Y entra o sal!

El señor Geard entró y cerró la puerta con suma delicadeza. No se dijo a sí mismo: «¡Qué descuido he tenido al no pensar en que la pobre muchacha estaba en bata!». Se dijo a sí mismo: «Debe de tener el instinto de que ese tal Evans me haya dicho que estaba comprometido para cenar hoy... o que, en todo caso, no podía venir. ¡Pobrecita! ¡Es una pena!

El único hombre que ha tenido en su vida... un loco como ése... con Dios sabe qué sobre su conciencia... posiblemente un asesinato».

Pero el té ya estaba preparado, el pan y la mantequilla cortados y la bandeja lista para ser llevada arriba.

–He sacado cuatro tazas –dijo Cordelia–, porque pensé que levantaría a Crummie y entraríamos en la habitación de mamá. ¡A mamá le encanta tomar una taza de té en la cama y nunca se permite tomar una!

Hay que reconocer que ninguna de las dos muchachas se mostró muy decepcionada al saber que su padre no iba a asistir a la comida del mediodía. Cordelia aún albergaba la esperanza de que Owen Evans fuera a venir. Crummie sabía que Red Robinson no iba a venir, pero que, por el contrario, el señor Barter, que había hablado con ella en la calle el día anterior, le había dicho que podría pasar a primera hora de la tarde.

Desde que el señor Geard había hablado con severidad al señor Robinson sobre el tema de su actividad entrometida con respecto a “la mujer Morgan”, se había producido un claro distanciamiento entre Red y Crummie que el humor de esta última, cuando lo encontró después de la cena del coro, no había ayudado a eliminar.

No, las chicas no lamentaron la noticia de la visita de su

padre a Lord P. Su presencia siempre era un freno en esas ocasiones y no pocas veces una auténtica vergüenza, de modo que en sus corazones ambas hijas sintieron un escalofrío de gratitud hacia el marqués por su excéntrica parcialidad. Para ambas siempre fue un enigma cuál era el secreto del éxito de su padre cuando salía al gran mundo, y este particular interés que demostraba Lord P. por su personalidad era un completo misterio para ellas.

“Dijo en su carta que no habría nadie con él en Mark Moor excepto Rachel”, anunció el Sr. Geard.

Las tres mujeres se iluminaron con esta noticia. Hasta entonces, sólo habían mostrado un interés mínimo por su excursión. Pero la mención de Rachel provocó en la cabeza del señor Geard una andanada de preguntas. ¿Qué edad tenía? ¿Por qué estaba en Mark Moor? ¿Era cierto que era muy frágil y casi una inválida? ¿No era Mark Moor Court un lugar rudo y agitado para que se quedara una jovencita delicadamente educada? ¿Lord P. llevaba consigo a algún sirviente? ¿Qué hacía Lady Rachel con su tiempo cuando su padre estaba cazando?

Riéndose entre dientes ante estas preguntas mientras salía tambaleándose de la habitación y bajaba las escaleras, el Sr. Geard pronto se dirigió hacia la posada de los peregrinos con un viejo y descolorido abrigo semieclesiástico que una vez había pertenecido al canónigo Crow, arrojado sobre su ropa negra.

«Me iré con calma», pensó para sí mismo. «De todos modos, Lord P. no estará en la iglesia... eso es seguro, pero si no puede verme hasta el mediodía, daré una vuelta por allí».

El señor Geard tuvo un éxito que superó sus propias expectativas, que eran mucho menos optimistas de lo que había permitido que su familia sospechara, en su búsqueda de un corcel tranquilo ese día. Su amigo mozo de cuadra le proporcionó una vieja yegua ruana, que había sido una cazadora famosa en su época y todavía era una criatura muy hermosa.

–No confiaría en ella –confesó el hombre, guiñándole el ojo– con nadie más que con Su Señoría. Pero todos sabemos que tiene mano firme con las mujeres, viejas y jóvenes, y Daisy–Queen tiene el intelecto de una perra.

Con su abrigo canónico abrochado hasta la barbilla y una pesada fusta de montar, prestada por su ex converso, agarrada entre sus dedos sin guantes, Bloody Johnny, montado en Daisy–Queen, tomó el camino hacia Mark Moor Court. El viento soplaba del sudeste y él cabalgaba casi en línea recta hacia el noroeste.

Justo delante de él, a unas diez millas de distancia, podía ver la extraña protuberancia de Brent Knoll, dormitando allí en medio de los pantanos llanos como un gran anfibio soñoliento, cuya piel marina era demasiado dura y

resbaladiza para sentir la ráfaga del viento, que ahora se precipitaba como una hueste de demonios sobre la extensión de juncos.

'El único inconveniente de la inmensa sensación de liberación del señor Geard era el aleteo de su abrigo, que el viento, soplando violentamente detrás de su espalda, no dejaba de levantar y arremolinarlo alrededor de sus orejas. Pero él seguía cabalgando a paso firme, frotando de vez en cuando el grueso mango de su fusta contra el cuello de su caballo, mientras se inclinaba hacia delante en la silla y murmuraba su nombre con risitas cariñosas, como: "¡Qué hora es, Daisy-Queen! ¡Eres la mejor muchacha de los establos, Daisy-Queen! ¡Paja limpia y un poco de avena, Daisy, cuando el viejo John y tú lleguemos sanos y salvos a la cabaña del rey Mark!"

La ráfaga loca del viento del sudeste, silbando junto a la cabeza del jinete, levantando la crin y la cola de la yegua y haciéndola girar las orejas de vez en cuando, como si estuviera escuchando cascos invisibles y fantasmales detrás de ella, daba al verde paisaje primaveral por el que trotaban -caballo y hombre, en ese torbellino de los elementos, tan unidos como si hubieran sido una sola criatura- una apariencia curiosamente fantasmal.

Los grupos de álamos que se inclinaban hacia el oeste estaban tan derribados por el viento que el aleteo normal de sus hojas de tallo fino fue recogido y absorbido en un largo y

salvaje esfuerzo, como si cada hoja estuviera tratando de escapar de la carga de aferrarse más a su ramita madre y como si el alma entera del árbol estuviera tratando de escapar de su postura enraizada y flotar, sobre los diques y zanjas, hasta perderse en el Canal de Bristol.

Las copas verdes y tupidas de los árboles desmochados, al ser arrastradas también hacia el oeste, se convirtieron en las cabezas salvajes de ejércitos de brujas, mientras que los grandes macizos de juncos, donde los brotes jóvenes se mezclaban con altos tallos muertos y cáscaras marrones y plumosas, emitían, cuando el viento los atravesaba, un grito estremecedor acumulado, un grito como el grito de las grullas de Íbico⁴⁷, que corrían de presa en presa, de puerta en puerta, de dique en dique, y seguían cobrando fuerza a medida que avanzaban.

Fue difícil evitar que Daisy-Queen se pusiera a galopar mientras este demonio chillón los impulsaba cada vez más rápido hacia Mark Moor.

Pero el hombre y el caballo se habían convertido, ya que Bloody Johnny, a pesar de su peso, tenía los verdaderos instintos de un jinete, en una unidad sólida en la cresta de esta ola de viento furioso para permitir que el deseo del hombre de no acortar el viaje a tal velocidad fuera lo

47 Íbico fue un poeta lírico griego del siglo VI a. C., contemporáneo del también poeta lírico Anacreonte. Íbico figura en la lista de los nueve poetas líricos, canónica en la Alejandría helenística.

suficientemente fuerte como para dominar la ocasión.

Así que eran casi las once en punto... más o menos la hora en que la "campana de los cinco minutos" en las torres de todas las iglesias de Somerset, desde Quantocks hasta Mendips, llamaba a los que holgazaneaban en el porche y los alrededores para que entraran al edificio y tomaran sus lugares, cuando John Geard entró en la larga avenida de sicomoros que conducía por la empinada pendiente hasta la entrada este de Mark Court.

Los viejos árboles gemían con el fuerte viento mientras subía por la pendiente, y en varios lugares Daisy-Queen tuvo que desviarse para evitar las ramas caídas. El verdor de esas ramas rotas, cuando Geard se detuvo para pasar a su yegua junto a ellas, tenía una lividez en la luz gris que le pareció sorprendente e inusual. Era extraordinario cómo esa luz gris entre esos troncos enormes respondía al viento. ¡Parecía estar en proceso de volar por el aire, junto con grajos de alas irregulares y grajos que chillaban roncamente!

Antes de poder avistar las paredes grises de Mark Court, ocultas tras la tercera curva de la frondosa subida, oyó una serie de agudos gritos discordantes procedentes de algún lugar frente a él, el llanto, como bien conocía por sus antiguas experiencias en Montacute, de los pavos reales excitados salvajemente por el viento.

«Qué raro que los tenga aquí fuera», pensó. Doblaron una

curva del camino, la yegua jadeaba un poco por lo empinado del trayecto y por el peso del hombre que llevaba sobre su lomo. De repente, se desvió y giró hacia la derecha del sendero.

Allí había un alto y oscuro terraplén, del que se extendían las pulidas raíces de unas hayas altas de tronco blanco, salpicadas de matas de musgo verde esmeralda. Tal vez fuera una suerte que Daisy-Queen estuviera algo agotada. Sin duda, era una suerte que su apresurada huida la hiciera chocar contra la pendiente arcillosa de aquel empinado terraplén.

Al girar el cuerpo para ver qué había asustado a la yegua, el señor Geard se percató de la figura menuda de una joven con la cabeza descubierta que lo observaba con excitados ojos castaños y una leve sonrisa de nerviosa preocupación. Tan pronto como recuperó el control de su caballo y se encontró de nuevo a salvo en el sendero llano, muy cerca de donde estaba ella, se quitó el maltrecho sombrero de fieltro con una amplia reverencia. La muchacha era el tipo de figura que un visitante podría esperar encontrar en un claro de Fontainebleau, Blois o Chantilly.

El señor Geard nunca había salido de su tierra natal, pero fue con el tipo de glamour histórico que evocan estos nombres que de inmediato rodeó a esta frágil aparición.

–¿Lady Rachel? –murmuró, inclinándose sobre el cuello de Daisy Queen y susurrando las palabras.

La muchacha le sonrió, extendió el brazo y le tocó los dedos. Luego empezó a acariciar a la yegua ruana y a murmurarle palabras de cariño apresuradas.

–¡Qué caballo más bonito! –dijo, volviendo a mirar el rostro que tenía encima.

Debía haber algo de verdad en lo que su amigo el mozo de cuadra había comentado sobre el poder de Bloody Johnny sobre las mujeres de todo tipo, pues la tranquilidad que esta pequeña y delgada criatura (en realidad tenía dieciocho años, pero no parecía tener más de quince) recibió del brillo constante de sus ojos oscuros fue tan profunda que se hicieron amigas de inmediato.

–Ella viene de los establos de Glastonbury –explicó el señor Geard. Obedeciendo a algún instinto oculto de su naturaleza inconsciente, continuó dirigiéndose a la muchacha en tonos tan bajos que eran prácticamente susurros.

El viento agitaba su ropa, su pelo, su bufanda, mientras giraba, susurraba y se arremolinaba entre las orillas de raíces de los árboles de aquel claro verde.

–Déjame llevarte arriba –dijo, alzando un poco la voz para contrarrestar el susurro del viento que los rodeaba.

–¡Sujétala bien y yo iré! –dijo; y, metiéndose entre la grupa de Daisy–Queen y el alto banco cubierto de musgo, utilizó la raíz de un haya como un paso y el pie del hombre en su estribo como otro y en un segundo estaba montada detrás de él, encaramada de lado en la parte trasera de su silla, con sus delgados brazos alrededor de su cintura y sus dedos agarrando con fuerza los faldones del viejo abrigo de Canon Crow.

Daisy–Queen, sintiendo esta nueva carga sobre su espalda, se lanzó hacia adelante con un salto salvaje; pero como el camino era empinado en ese lugar, no fue necesario que Bloody Johnny exhibiera mucha habilidad para controlar a la yegua. Ahora trotaban hacia adelante con bastante comodidad bajo el arco oscilante de las ramas que se sacudían y crujían.

Era una arcada salvaje de hojas recién brotadas a través de la cual brotaban, los lisos troncos de haya elevándose como pilares a cada lado de ellas y las ramitas caídas y las ramas rotas pisoteadas en el barro debajo de ellas por los cascos de Daisy–Queen.

En las fosas nasales de Bloody Johnny estaba la dulce savia primaveral del follaje desgarrado por encima y por debajo de ellos y la dulzura más tenue, pero no menos primaveral y juvenil, de los rizos castaños de la joven, que ahora volaban sueltos y libres, después de su lucha por alcanzar su asiento.

Pronto tuvieron a la vista el tejado de piedra gris y las paredes grises reforzadas del pabellón de caza del rey de Cornualles. El lugar parecía una de esas torretas góticas, con mampostería pesada y baja en los flancos, que se ven en las viñetas toscamente grabadas de los cuentos de hadas alemanes. Su tamaño pequeño y compacto más bien aumentaba en lugar de disminuir la masividad nórdica de sus cornisas maltratadas por el tiempo, sus cornisas cubiertas de musgo con balaustradas talladas en gris, sus arcos de ventana estrechos y frondosos, sus almenas cubiertas de líquenes. Las briznas de hierba verde esmeralda que brotaban frescas entre las piedras desgastadas por el tiempo y las ramitas arrancadas con hojas tiernas que el viento lanzaba contra la mampostería realzaban, como pétalos recién arrancados contra una piel envejecida, la vetusta antigüedad de este extraño edificio.

En el momento en que llegaron a la entrada, la joven se deslizó con ligereza de los flancos de Daisy-Queen y, subiendo corriendo los escalones, abrió la enorme puerta. La mantuvo abierta, aferrándose al picaporte de hierro contra el viento y llamando en voz alta a alguien que estaba dentro, mientras el señor Geard bajaba lentamente de su silla y se acercaba a la cabeza de la yegua.

Dos sirvientes salieron corriendo a su llamado: un anciano nervioso, de barba blanca y desaliñada, y un hombre robusto, de mediana edad, con aspecto de soldado, rostro severo y solemne y ojos graves. El ex soldado tomó las

riendas de Daisy–Queen de la mano del señor Geard, se tocó el sombrero cortésmente y condujo a la yegua hasta la esquina del edificio, mientras el anciano entablaba una conversación apresurada y en voz baja con Lady Rachel.

Bloody Johnny se golpeó varias veces los pantalones negros arrugados con su fusta, miró a su alrededor con tranquilo interés y luego, quitándose el sombrero, se secó la frente con el dorso de la mano y subió lentamente los escalones marcados por el tiempo.

Cuando los tres estuvieron dentro del pasillo donde ardía un gran fuego abierto y donde el visitante se percató de todo tipo de trofeos de caza y de pesca colgados en paredes ásperas y sucias de humo, el anciano ayudó a Bloody Johnny a quitarse el abrigo, echó una mirada a sus pies como si esperara tener que quitarse también unas botas pesadas y acercó una gran silla tallada al costado del hogar.

–¿Fuma usted, señor Geard? –preguntó Lady Rachel, llevándole una caja de cigarrillos y alargándosela con una mano mientras se recogía los rizos desordenados con la otra. Se acercó al brazo del sillón, apretando su joven cuerpo contra el borde con un gesto que recordaba al de un animal salvaje y sonrió mientras él inclinaba su enorme cabeza hacia atrás, contra el escudo de la familia tallado en roble oscurecido por el humo, y estiraba los pies hacia el fuego.

Una de las características más profundas del señor Geard,

una característica de la que su larga línea de antepasados sajones, que habían preservado su obstinada identidad a pesar de siglos de tiranía normanda, había servido de base, y su propio y singular aplomo psíquico, el equilibrio magnético, era su capacidad de relajar todo su ser y disfrutar de sus sensaciones físicas sin la menor timidez o vergüenza en presencia de nadie. Esta característica, esta completa ausencia de timidez nerviosa, siempre tuvo un efecto tranquilizador en las mujeres, los niños y los animales, como sin duda lo habría tenido en los salvajes.

Fue este profundo secreto de la comodidad física, esta curiosa libertad respecto de la autoconciencia corporal, lo que le daba al señor Geard su ventaja ante la verdadera aristocracia, que se parece mucho a las mujeres y a los salvajes en su desprecio por la incomodidad corporal.

Así, mientras Rachel Zoyland –cuyos antepasados por línea masculina habían luchado bajo Carlomagno y por línea femenina habían sido secuaces varegos de los emperadores bizantinos– se inclinaba sobre la figura de Bloody Johnny, que descansaba después de su cabalgata en aquella silla heráldica, se sentía completamente despreocupada por sus arrugados pantalones negros, por su absurda corbata, que parecía la corbata de un empresario de pompas fúnebres, por su camisa de franela gris, cuyos puños sobresalían tanto de las mangas de su abrigo, y por sus arrugados calcetines de lana caídos tan abajo sobre sus botas que la piel de sus tobillos era claramente visible.

Ahora se giró y habló con el viejo sirviente que todavía rondaba por el pasillo.

–Dile a la señora Bellamy que puede empezar a servir los platos, John –dijo–. Mi padre sólo ha ido hasta el final de South Drive para ver si el señor Geard venía por allí. Llegará en cualquier momento.

Cuando el anciano desapareció, ella terminó de arreglarse el cabello frente a un espejo alto con marco dorado, situado entre una cabeza de zorro despeinada y un lucio disecado.

–Hicimos una apuesta sobre por dónde vendría, señor Geard –dijo después de una pausa, sentándose en un taburete cerca del fuego y frotando las palmas de sus manos lentamente de arriba a abajo sobre la superficie de sus medias marrones que estaban en peligro de quemarse.

Entonces se quedó pensativa, como si una idea muy seria y arriesgada hubiera entrado en su cabeza.

Geard observó su perfil silencioso con la luz del fuego brillando sobre ella y pensó: «¡Sería una cosa perversa si esas miradas encantadoras de las chicas... esas miradas graves cuando sus pensamientos se pierden en la corriente de la vida... simplemente desaparecieran y se olvidaran para siempre!».

Volvió su conciencia hacia el interior y la envió traqueteando hacia abajo como un balde... abajo y abajo y

abajo... hacia el pozo negro, liso y resbaladizo de su alma más profunda.

Pero Lady Rachel no tenía pensamientos vagos e inarticulados. Pensaba intensa y desesperadamente en una cuestión muy concreta y práctica. *¿Debía confiar en ese hombre?* Sabía que su padre sentía por él un respeto sin límites. Pero, después de todo, hablar de algo tan sagrado... de toda su vida interior... de la consagración de todos sus días... a un completo desconocido... cinco minutos después de haberlo conocido... ¿era posible hacer algo así? ¿No sería como una de esas chicas atrevidas de los cuentos rusos que desahogan sus ardientes secretos con un toque, una señal, una mirada? No; no del todo. Había una diferencia. ¡La diferencia consistía en el señor Geard! Una joven es como un caballo o un perro. Juzga por la mirada del hombre. La mirada del señor Geard inspiraba confianza. Rachel, mirando con gravedad y aire soñador a los ojos del señor Geard, mientras se alejaba del fuego, sintió que podía confiarle su vida secreta, como no podía confiar en nadie de los que había conocido desde la infancia. Pero si iba a decir la palabra, ¡debía decirla de inmediato! Su padre llegaría en cualquier momento. El viejo Bellamy llegaría para decirle que el almuerzo estaba listo.

¿Escucha? ¿Se estaba abriendo una puerta? No; sólo el viento en la chimenea. Oh, sería demasiado tarde en un minuto. Tal vez todo su futuro... ¡sí! y todo el futuro de Ned dependía de que ella fuera valiente ahora. ¡Era como poner

a su caballo contra una cerca! Parecía digno de confianza. Si no era por su propio bien, por el bien de Ned, entonces, debía hacerlo ahora... Ned... Ned... Ned... Ned...

Se puso de pie de un salto y se acercó al señor Geard. Ahora estaba más cerca de él que antes. Tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda. Sus pechos de niña se tensaron y temblaron. Se apretó contra el borde de la silla.

–¡Señor Geard!

–Sí, señorita Rachel.

–Cuando mi padre le hable de mí, de que bebo las aguas de Bath o Glastonbury, y del señor Edward Athling (es mi amigo, ¿sabe?, y mi padre no lo aprueba para mí), ¿me promete ponerse de mi parte, señor Geard? ¡Rápido! Volverá en un segundo. ¿Me promete ponerse de mi parte?

Bloody Johnny sintió que dos manos pequeñas, calientes y febriles, apretaban con fuerza sus dedos fríos y regordetes. Volvió sus ojos oscuros hacia ella, sin mover la cabeza. Era exactamente como si los ojos de un ídolo azteca hubieran seguido los gestos de un adorador.

–Está bien, niña –dijo el señor Geard–, me pondré de tu lado, siempre y cuando...

Una puerta al final del pasillo se abrió y el viejo señor Bellamy entró tembloroso.

La niña se puso de pie en un segundo tan orgullosa como una joven Artemisa.

–¿Ha vuelto mi padre? –preguntó.

–Sí, milady, ha subido a lavarse las manos. El almuerzo está servido, milady. Su señoría dijo que no lo esperaríamos.

Apenas se habían sentado a la mesa y el señor Geard apenas había probado su sopa cuando el dueño de la casa se acercó corriendo a la mesa. Le estrechó la mano calurosamente al señor Geard y no le permitió levantarse de su asiento, apretándole la mano en el hombro para impedirle tal movimiento; aunque, para confesar la verdad, el flemático alcalde de Glastonbury no había dado señales muy enérgicas de levantarse.

La comida no duró mucho y cuando terminó, Lord P. despidió a su hija. “No te enfades, niña”, le dijo. “Quiero hablar de sangre y hierro con nuestro buen amigo”.

La muchacha se levantó obedientemente, pero lanzó una rápida mirada de soslayo al señor Geard por debajo de sus largas pestañas. El marqués se levantó de la mesa, la condujo hasta la puerta, la abrió y la despidió con un beso. Sentado de nuevo a la mesa, sirvió más vino para los dos, se aclaró la garganta con la solemnidad de un embajador y empezó a hablar con franqueza.

El marqués de P. tenía una frente alta, delgada y retraída,

una nariz enorme, no aguileña como la romana del señor Evans, ni finamente curvada como la de un halcón, como la de Philip Crow. Era una nariz enorme y huesuda, pero tenía unas fosas nasales que temblaban de excitación nerviosa cuando el resto de la cara estaba completamente tranquila; fosas nasales como las de un viejo caballo de guerra. En su corto labio superior, Lord P. llevaba un bigote militar, gris y recortado, y en la barbilla una barba gris puntiaguda.

—Por lo que realmente quería verte, Geard —dijo—, era simplemente por esto. Rachel, como sabes, no tiene madre. Mi hijo mayor está en la embajada de Budapest, el otro en Praga. Mi hijo William, a quien me gustaría legitimar si me atrevo (porque ha sido más para mí que los otros dos juntos) está trabajando para ese hombre, Crow, en Wookey Hole; actuando como un showman, según me dice, para el público británico de allí. De todos modos, su esposa, por lo que he oído, es una perra caprichosa y no hay ninguna ayuda posible. ¡Bueno! La cuestión es ésta: mi pequeña Rachel se ha enamorado de un joven granjero de Middlezoy, llamado Ned Athling. Athling es un buen nombre sajón, creo que no hay ninguno mejor y los parientes del chico son campesinos adinerados. Pero, aparte de todo lo demás, mi chica sólo tiene dieciocho años; demasiado joven para el matrimonio, demasiado joven para algo serio o permanente. Las mujeres de mi familia han oído hablar de este muchacho y están todas indignadas, excitables, nerviosas y alteradas. Quieren que envíe al chico al continente con algún terrible dragón

viejo... Y otra cosa, Geard... La salud de la niña no es buena... no tiene suficientes glóbulos rojos en la sangre o algo así... y los médicos dicen que debería tomar las aguas en Bath, o en algún maldito lugar. No soy médico, Johnny, amigo mío, y no soy psicólogo; pero sí sé esto, que apartarla, con su bolsa y su equipaje, de cualquier atisbo de este chico Athling sería simplemente acabar con ella. Mi hermana, Lady Bessie, vive en Bath y quiere tenerla allí. Pero Bess es una solterona positivamente feroz. ¡Mataría el corazón de la niña en un mes! Puedo verlo como un mapa.

–Lo que me preguntaba era esto: ¿no hay nadie a quien pueda enviarla en Glastonbury? Esas aguas de Chalice Hill que tenéis tienen suficiente hierro como para poner glóbulos rojos en cien niñas anémicas. Por el amor de Dios, dímelo, Johnny. ¡Eres el alcalde de ese maldito lugar! ¿A quién podría enviar a la niña en tu ciudad? ¿Quién la cuidaría y la alimentaría adecuadamente y se aseguraría de que no se metiera en problemas? Eso sí, es una situación un poco delicada y requiere un manejo bastante amable... Quiero que siga viendo a este joven; no a menudo, ya sabes, pero de vez en cuando. ¡No quiero que se le meta en la cabecita que estoy actuando como un papá enfurecido y tratando de separarlos! Lo que me gustaría, por supuesto, es que ella pudiera echar un vistazo a esa gente de él, en Middlezoy, y tuviera su propia reacción, como estoy bastante segura de que lo haría; porque ella es una auténtica Zoyland en miniatura, contra toda la tribu de ellos.

–Esa es mi línea, ya ves, Geard; no intimidarla, no hacer el papel de padre tiránico; pero, si es posible, ¡dándole libertad total a este muchacho Athling, dejar que se ahorque con ella! Estos no son tiempos para actuar como un barón feudal. Estos son tiempos en que los jóvenes hacen lo que quieren. Mi propia sensación es que si mis mujeres no hubieran empezado a preocuparla por esto y a insultar al joven Athling, nunca habría llegado tan lejos. Lo que me preguntaba, Johnny, era esto... si... tal vez... podrías encontrar la manera... de llevártela a tu propia casa... por un tiempo. Tienes un puesto oficial en el lugar. Mi hermana salvaje en... Bath no podía decir que soy una persona irresponsable con una chica joven.

“Mi sobrina se está quedando con el alcalde de Glastonbury y se va a bañar allí. Puedo oír a la vieja fiera contárselo a sus compinches. Mi hermano por fin ha puesto el pie en el suelo con esta vida bohemia suya en Mark Court. Bien, hijo mío, ¿qué dices de todo esto? Podríamos decirles a las queridas damas que la niña te estaba ayudando con tu desfile... la fábrica de muñecas de trapo y todo eso... ¿eh?

El rostro de Bloody Johnny se había convertido en un remolino de enigmas parpadeantes mientras este sorprendente discurso fluía de los labios de su anfitrión. Había tenido tiempo de imaginar con intensa viveza el revuelo que causaría en su tranquilo séquito la repentina introducción de Lady Rachel bajo su techo. Estaba más que tentado de gritar un asentimiento inmediato a la sugerencia

de cortesía de Lord P. ¡Qué emocionada estaría su fiel Megan! ¡Cómo murmuraría sobre la antigüedad de la familia Rhys y su relación con los antiguos príncipes galeses!

Antes de que él se diera cuenta, la buena dama descubriría algún parentesco remoto entre ella y su noble invitado.

Pero eso no sería posible. Veía incomodidades, dificultades y complicaciones a cada paso.

–No, no –dijo enfáticamente, mirando directamente a los pequeños y penetrantes ojos azules del lord–. No, no, lord P., no puedo llevar a lady Rachel a mi casa. Ni siquiera deseo hablar de ello. Le ruego que lo deje así. ¡Jamás, jamás! Pero –y puso la mano sobre la muñeca de su anfitrión, que había empujado impaciente su silla hacia atrás y aparentemente estaba a punto de levantarse–, puedo decirle a alguien que sería la persona indicada para dejar a su hija; alguien por quien no tendría por qué preocuparse en absoluto.

–¡No tengo intención de imponerles a mis hijas a ninguno de ustedes, los buenos habitantes de Glastonbury! –respondió el marqués enfadado–. Nunca te habría hablado de esto si no hubiera supuesto...

–Basta, mi señor –intervino el señor Geard con severidad–. Le aseguro que le estoy sirviendo bien en esto. Permítame al menos hablar con la persona que tengo en mente. Creo que estaría encantada de tomar a Lady Rachel. Y te juro que ella

y sólo ella, en todo nuestro pueblo, serviría a tu propósito, tal como yo lo entiendo.

–Hum... hum... hum –murmuró el marqués, dejándose ablandar un poco, pero adoptando siempre un tono altivo y poderoso–. ¿Y quién es esta dama tan amable y condescendiente, si se me permite la libertad de preguntar?

–Era la señorita Elizabeth Crow, lord P., a quien tenía en mente. Es tía del fabricante, pero se parece a su madre, la esposa de mi viejo amigo de Norfolk, una mujer que era una Devereux, una mujer que era, señor, total y absolutamente, si se me permite decirlo, una dama en el sentido más íntimo que usted le da a esa palabra. De hecho, es... Le susurro esto al oído, lord P... la única dama real, en el sentido que usted le da a la palabra, en todo Glastonbury. Su hermana, lady Bessie Zoyland, no podría tener ninguna objeción a ella. La señorita Elizabeth habla, siente y actúa como una Devereux. Usted mismo lo sentiría en un segundo.

El marqués sonrió sombríamente.

–Pero me parece, mi buen Johnny, que no has captado el sentido de mi largo discurso. El caso es que *no quiero una Devereux para mi hija*. ¡Tu señorita Crow sería igual que si la enviara a Bessie, en Bath! La niña se escaparía, te lo aseguro. Se escaparía y se fugaría con su granjero de Middlezoy.

El señor Geard se mantuvo firme, obstinadamente y con calma.

–Bueno, milord, todavía no sabemos si la señorita Crow estaría dispuesta a aceptar a su hija. Lo que sí sé es que, si lo está, cumpliría exactamente los requisitos. Entendí todo lo que usted insinuó en lo que acaba de decir... todo... y le juro que en ningún aspecto podría hacerlo mejor que la señorita Elizabeth. Ella es, si me permite decirlo, una dama que le gustará a usted, lord P.

El marqués acercó su silla a la mesa y volvió a llenar su copa de vino y la de su invitado. Sus pequeños y feroces ojos azules no dejaban de vagar inquietos por la habitación, como si esperara enterarse en cualquier momento de que el señor Edward Athling, de Middlezoy, estaba esperando para verlo.

–Bueno, Johnny, ve y pregunta a la mujer. Sabes exactamente lo que quiero de ella. No quiero que Rachel se separe de Athling. Pero no quiero que ella tenga una aventura con él.

¡Lo que realmente quiero es que la propia Rachel se canse de él! Si tu señorita Crow puede captar el matiz de eso, ella ciertamente es, como dices, una mujer que me gustaría.

El alcalde de Glastonbury había ganado su partida de ajedrez justo a tiempo, pues en ese momento se abrió la puerta y entró arrastrando los pies el viejo Bellamy para

anunciar que el «señor William» había llegado en coche desde Wells y estaba esperando en el salón.

–¿Está Lady Rachel con él?

“Sí, señorita.”

"Dígale que bajaremos enseguida".

Unas tres horas más tarde, el señor Geard y Will Zoyland, junto con Lady Rachel y su padre, estaban bebiendo té junto al fuego de la biblioteca.

La biblioteca de Mark's Court era una habitación que rara vez se utilizaba. De hecho, las órdenes de Lord P. de que se encendiera el fuego allí aquel domingo por la tarde fueron recibidas con indignación por el señor y la señora Bellamy.

Si el perseguido sargento Blimp –que añoraba Londres como un animal tropical en un zoológico nórdico– no se hubiera ofrecido a encender el fuego él mismo, es muy posible que las órdenes de su señorita hubieran provocado un motín en la cocina.

Las paredes de aquella habitación estaban cubiertas de viejos folios. En aquellos estantes no había ningún libro moderno. Folios y libros en cuarto de todos los tonos de marrón, amarillo y blanco sucio, pero principalmente marrón, combinados en algunos de los estantes superiores con unos pocos volúmenes, encuadernados de la misma

manera, ofrecían a los ojos y a la mente del señor Geard una impresión de lo más curiosa y casi onírica.

La presencia de estos libros le produjo un efecto peculiar mientras sorbía el té y escuchaba a los tres Zoyland hablar de sus asuntos familiares. De pronto, tomó conciencia, con una exaltación sombría, de la larga historia de la raza humana. ¡Y sintió como si cada movimiento de esa historia hubiera sido cosa de libros y siempre sería cosa de manos! Pensó en los grandes libros que han moldeado la historia –libros como los de Platón, Rousseau, Marx– y lo invadió una sensación abrumadora de la dramática flexibilidad, sugestibilidad, maleabilidad de las masas de seres humanos.

Las tres cabezas de Zoyland cayeron mientras las miraba y, más allá de ellas, miró hacia aquellos enormes estantes marrones y sombríos, y se convirtió en un grupo simbólico de rostros humanos. La frente alta y delgada, la nariz grande y la barba puntiaguda del marqués, los ojos azules errantes y la gran barba amarilla de Will Zoyland, el rostro blanco, con los rizos castaños y las largas pestañas negras de la joven, se convirtieron para él en una imagen alegórica, rica en claroscuros al estilo de Rembrandt, de las tres edades de la psique humana en viaje.

Sus tres sombras extendidas –con una enorme imagen parecida a un sapo, vigilante y distante, flotando sobre ellas, que era él mismo– se convirtieron para él en el epítome onírico de lo que esos creadores silenciosos de espalda

morena habían proyectado, habían manifestado en forma palpable, desde su Limbo repleto de arquetipos incorpóreos.

A medida que Bloody Johnny bebía taza tras taza de té fuerte y se recluía cada vez más en sus pensamientos secretos, empezaba a convertirse en una de las grandes crestas oceánicas de su vida consciente. Algo parecía fluir a través de él, una extraña e invencible fuerza magnética, que brotaba de aquel misterio acumulado de material impreso. Parecía visualizar a la humanidad como una gran corriente turbia de aguas tumultuosas, de cuya superficie salían continuamente multitud de rostros, hombros encogidos, brazos extendidos, todos vaporosos y turbios.

Y él estaba allí de pie, con las piernas bien abiertas y los pies bien plantados, armado con una pala colosal. Y con esta pala estaba cavando el lecho real del río, el nuevo lecho del río, por el que estaba destinada a fluir esta inundación salvaje, mitad elemental, mitad humana.

Y mientras contemplaba los libros marrones que había encima de los candelabros de plata y de las tres cabezas de Zoyland, el alma del señor Geard se llenó de una sensación de poder casi ilimitado. Sentía como si poseyera, en ese Ser invisible y etéreo que estaba a su lado, una fuente de fuerza oculta de la que podía extraer sin reservas.

Sentía que su propia voluntad personal –la voluntad de John Geard– era «libre» más allá de toda limitación, más allá

de toda credibilidad, más allá de toda expectativa. Y era «libre» porque tenía fe en su libertad.

Al señor Geard le resultó sumamente desagradable que los tres Zoylands empezaran a darse cuenta de que habían descuidado a su invitado. Lady Rachel fue la primera en darse cuenta de ello y se sumergió de inmediato en el más peligroso de todos los temas comunes en ese momento: el carácter del señor Philip Crow.

–¿Cómo te llevas con tu jefe, Will? –preguntó la chica durante una pausa en su conversación con un brillo de picardía en sus suaves ojos gitanos.

–No te gustará mucho si te cuento todo lo que pienso de Philip Crow –gruñó el Bastardo con su voz potente y grave, dirigiéndose directamente al señor Geard.

"¿Por qué debería importarme?", murmuró el señor Geard con indiferencia. Pero empezó a fruncir el ceño y a apartar torpemente sus ardientes ojos negros de los ojos azules de su adversario.

Como todos los poseedores de poderes mágicos, el señor Geard podía verse frustrado, confuso y desconcertado por el más simple desafío, mientras que ante antagonismos complicados y sutiles se mantenía alerta. La franqueza desvergonzada y los modales rudos y de perro y pistola de Will Zoyland siempre habían preocupado bastante al señor

Geard; no exactamente lo asustaban, pero lo confundían y lo desconcertaban.

El Bastardo ahora se rió a carcajadas hasta que su gran barba amarilla se movió.

–¿Por qué debería importarle? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué gracioso! Es como si estuviera viendo a dos grandes perros de caza peleando como locos y cuando le di una patada a uno de ellos con el pie, intentó hacer como si sólo estuviera jugando. ¿Por qué debería importarle? ¡Oh, mi querido señor, sólo porque todo el condado sabe que usted y Philip Crow son como un toro y un bulldog!

–¿Cuál es cuál? –preguntó Lady Rachel–. Quiero decir, ¿cuál es el toro y cuál es el perro?

Bloody Johnny dirigió una mirada casi de reproche hacia la muchacha, como si ella lo hubiera traicionado al unirse a las bufonadas de su medio hermano.

Pero Zoyland tenía en su arsenal flechas más poderosas y estaba dispuesto a utilizarlas todas. Se volvió hacia el marqués.

–Creo que eres un tonto, padre –dijo–, si permites que nuestro alcalde, tan serio, te enrede en su gran pelea con Crow. ¡No, no! ¡Escúchame, padre; escúchame! Sé muy bien que tú y el señor Geard sois viejos amigos. Ésa no es la cuestión. La cuestión es un asunto duro y fundamental. La

cuestión es política, padre, política local; de la que, si se me permite decirlo, ¡sabes muy poco!

–Williams no te está ofendiendo, Geard. Espero –interrumpió el marqués–. Si te gusta William, ¡no lo aceptaré! No aceptaré esas cosas modernas en mi mesa de té. ¿Me oyes?

–No creo que William haya tenido que enfrentarse al señor Geard. Creo que fue una especie de desafío para él, como los de antaño. ¿No es así, William? ¿Crees que estás dispuesto a serle fiel al señor Crow?

Los tres hombres miraron a la joven con la frente fruncida de los adultos irritados por la sencillez de una niña y con los párpados entrecerrados de los hombres que se preguntan qué dirá a continuación una mujer.

De algún modo, Rachel había logrado, de una manera a la vez femenina e infantil, quitarles el aliento a todos. El señor Geard la miró con profundo reproche.

El marqués pensó en su corazón: «¡Niña sensata! No dejaré que Will intimide a Johnny. Pero Johnny se está poniendo susceptible. ¡Por Dios! ¡No sabe cómo tratar con un bribón tan brusco como nuestro William! ¡Maldita sea si sus ojos no tienen ya esa mirada furtiva, resentida y mezquina que se ve en cualquier peón de clase baja cuando le has dado una patada en la espinilla o lo has empujado un poco! ¡Dios mío!

¡Habría pensado que el viejo Johnny no se dejaría intimidar así!».

–Me parece que le estoy haciendo un favor al señor Geard –prosiguió Will Zoyland obstinadamente– al decirle a la cara lo que pienso sobre su pelea con Crow, en lugar de aprovecharme de él hasta que se haya ido y no pueda defenderse. De todos modos, como usted sabe, padre, soy partidario de tirar todas las cartas a la mesa.

El marqués se acarició pensativo su pequeña barba puntiaguda. El rufián de pelo rubio era evidentemente su favorito y desempeñaba un papel en su casa, siempre que aparecía. Era similar al del antiguo bufón de la corte, sólo que el Bastardo de Zoyland era más realista.

–¡Sin duda habéis accedido a dejarle usar vuestro nombre para su Feria de San Juan! ¡Sin duda habéis accedido a interesaros por su fábrica comunista! Pero ¿a ninguno de vosotros se os ha ocurrido, a usted, señor alcalde, o a usted, padre, lo que implica realmente esta lucha?

El marqués miró fijamente a Bloody Johnny, que ahora estaba recuperando rápidamente su sangre fría habitual.

–¿Quiere que le cierre la boca a este muchacho, señoría?

–¿Y darle a la juventud su libertad de acción?

–"Por supuesto... es una broma", respondió el hombre con

gravedad. "¡Adelante, señor Zoyland! Me gusta su dinero. Le devolveré el favor, no tema, con su misma moneda, si puedo".

–Bravo. ¡Geard! ¡Bravo! –gritó el señor, mirando con deleite a uno y a otro con sus ojillos penetrantes. De hecho, empezó a adoptar la expresión de un virtuoso de la caza de osos o de una carrera de caballos.

Lady Rachel, que conocía bastante bien a su padre, empezó a compadecerse de su jinete sobre la yegua ruana. «¡No tiene idea de lo malvado y voluntarioso que puede ser mi padre!», pensó.

–Sin duda, nuestro astuto alcalde ya te ha comprometido, padre, y a ti también, Rachel, ¡estoy seguro!, con sus preciosas payasadas de mediados de verano y con su experimento comunista. Todo lo que quiero señalar, tanto a él como a ti, es simplemente esto. Mientras hablaba, el gran espadachín de barba amarilla cambió de posición en su silla de biblioteca de respaldo duro y echó una pierna enfundada en polainas de cuero sobre el brazo de la misma. –Simplemente esto: ¡que ambos están en el lado perdedor! Inevitablemente, por una ley de la naturaleza imposible de evadir, Philip Crow va a ganar. Ninguna feria de verano, ninguna avalancha de turistas a Glastonbury desde el extranjero, ninguna fábrica municipal llena de recuerdos, ningún soborno a canallas sucios como Barter, puede impedir que Philip Crow gane. Sólo harás el ridículo ante

todo el condado, padre, si entras en esto; igual que hará el ridículo, si se me permite decirlo, el señor Geard.

"No va a funcionar. Te estás dirigiendo al desastre. Esta huelga que está empezando ahora, orquestada por ese pequeño tonto de su cuñado, será completamente aplastada en un mes o dos. Los trabajadores de Glastonbury no son idiotas. Verán, muy pronto, de qué lado del pan está su mantequilla.

“Crow tiene el cerebro. Crow tiene el dinero. Crow tiene a los bancos detrás de él y a la gran clase media alta detrás de él. Tiene, por encima de todo, las tradiciones económicas de Inglaterra detrás de él. No puedes vencer a Crow, mi buen señor Geard. Contrata a todos los actores que quieras; no puedes vencerlo”.

Echó la pierna hacia atrás, desde el brazo de la silla, y la estiró hacia el lado de la otra, metiendo las manos profundamente en los bolsillos.

–Te voy a contar un secreto, padre: un secreto de alta política, y puedes aprovecharlo todo lo que quieras, mi buen señor Geard. Philip Crow no quiere que Glastonbury se llene de visitantes extranjeros. No es su gusto y no lo culpo. Todo este engaño semirreligioso no le hace ningún bien a una ciudad. Lo que le hace bien a una ciudad es tener mucho trabajo, trabajo de verdad, no este servilismo parasitario y adulator a costa de los visitantes, no todas esas tonterías

sobre el Santo Grial. Te digo que puedo ver todo el asunto con tanta claridad como si fuera un maldito oráculo. Puedes sonreír todo lo que quieras. Padre: lo que estoy diciendo es la verdad. Esta huelga en las fábricas de Crow sólo perjudicará a la gente. Dave Spear es un joven tonto idealista, un simple doctrinario estudioso. Tú también lo eres, mi buen señor Geard, si me permites decirlo, con tu Feria de verano. Lo que han logrado hacer es simplemente esto: han dividido el lugar en dos bandos. De su lado están todos los fanáticos, los excéntricos y los débiles. Del lado de Crow está el sentido común. Y déjenme decirles que en nuestra vieja Inglaterra, incluso ahora, ¡el sentido común será el que triunfe!

Se detuvo sin aliento y, vertiendo toda la leche que quedaba en la jarra en el recipiente sin usar, la tragó en un par de tragos.

El marqués de P. intercambió una mirada con su hija. El alcalde de Glastonbury juntó sus regordetas manos en el borde de la mesa y se inclinó hacia delante como si fuera a hablar. Luego cambió de idea, soltó los dedos y se hundió en su silla.

Lady Rachel dijo: "Esta nueva fábrica del señor Geard va a fabricar pequeñas figuras. Serán figuras de personas como Arturo y Merlín. ¡Prefiero confiar en estas pequeñas figuras, Will, que en todo tu sentido común!"

William Zoyland emitió una risa alegre.

–¡Merlín, por cierto! –exclamó–. Bueno, Rachel, supongo que este es el lugar adecuado para traer a Merlín, pero nunca he oído hablar de ningún alcalde de ninguna ciudad moderna que deposite su fe en Merlín.

Un largo silencio se apoderó del grupo de cuatro personas, silencio que sólo fue interrumpido por el llanto del viento que había sobre sus cabezas en la gran chimenea. Entonces el marqués dijo:

–Todo esto está muy bien para un materialista sano como tú. Está mal burlarse de nuestras antiguas supersticiones. Sin embargo, he notado que ni tú ni ninguna otra persona con la que he hablado que haya venido a esta casa aceptará jamás pasar la noche aquí en la Galería del Rey Marcos.

–¿Se refiere a la gran sala, Lord P. –preguntó el señor Geard–, que dicen que se extiende a lo largo de todo el piso superior de Mark's Court? –Hizo una pausa por un minuto–. He oído hablar a menudo de esta gran sala –continuó–, pero nunca he conocido a nadie que la haya visto.

Will Zoyland se puso de pie con un movimiento que hizo temblar la mesa de té e hizo vibrar las tazas y los platillos.

–Le diré una cosa, alcalde de Glastonbury –murmuró con una extraña voz ronca–, si pudiera dormir una noche entera en esa habitación de ahí arriba, yo... yo... bueno, ¡diría que

hay algo, algo de coraje en todo caso, en este precioso espectáculo suyo!

–¡William! –protestó el marqués–. Estás yendo demasiado lejos, muchacho.

La cara de Rachel se había puesto blanca y sus ojos se habían vuelto grandes y muy oscuros.

–¡Deberías avergonzarte, Will! –murmuró en un tono apenas audible.

Pero el señor Geard había recuperado por completo su aplomo y su serenidad. Miró tranquilamente a su anfitrión.

–No quiero entrometerme –dijo lentamente– ni abusar de mi hospitalidad, pero si hubiera alguna manera de hacer llegar un mensaje a mi familia, me sentiría honrado... digo honrado... de dormir esta noche en la habitación de la que estáis hablando.

–¡No se lo permitas, padre! ¡Oh, no debes dejarlo! –gritó Lady Rachel con apasionada intensidad.

Bloody Johnny extendió una de sus regordetas manos y tocó la rodilla de la joven.

–Escucha, niña –dijo solemnemente.

Rachel, todavía muy blanca, lo miró a la cara.

–Le juro, Lady Rachel –dijo lentamente el alcalde de Glastonbury– que estaré bien allí arriba.

Fue el primero de los dos en apartar los ojos. Tan pronto como lo hizo, respiró hondo y sonrió, y una oleada de lágrimas le recorrió el rostro y su suave y fino cuello con un precioso brillo en su pálida mejilla.

La mirada de Geard se topó con la mirada inexpresiva y antipática de Will Zoyland.

El marqués de F... W... que, a su modo, no era un mal perceptor de los ánimos, pensó para sí: "¡Viva el viejo Johnny! Maldita sea, se ha recuperado. No tiene nada de cobarde. Ahora se está enfrentando a Will".

–No quiero decir –pronunció el señor Geard con énfasis– que no haya terrores que estén más allá de mis poderes para vencerlos o exorcizarlos. ¡Debo confesar de inmediato, señor Zoyland, que si hay pulgas, arañas y polvo allí arriba, aquí y ahora me retracto de mi promesa. Pero si su gente, milord –y se volvió hacia el marqués– ha limpiado esa habitación bastante recientemente, y si puede hacer que su sargento suba algún tipo de luz allí, me encantaría pasar la noche bajo su techo... sólo que alguien debe decírselo a mi familia.

El marqués se encogió de hombros imperceptiblemente, como si quisiera decir: «Empiezo a desear estar solo aquí con mi hija, como era mi intención», pero se puso de pie con

rigidez, fue hasta la repisa de la chimenea y tocó la campana.

El sargento Blimp debió de haber sido expulsado del calor de la cocina por el odio rencoroso de la pareja de ancianos, pues respondió al timbre de su amo casi tan rápidamente como si hubiera estado de pie en el umbral como un hombre de armas anticuado. La forma en que se presentó ante el resplandor restringido de la luz de las velas y permaneció allí erguido y silencioso le sugirió a Bloody Johnny la idea de que llevaba una cota de malla o al menos un arcabuz.

–Blimp –dijo el marqués lacónicamente–. Quiero que vayas a la habitación del rey Mark y veas si los Bellamy la han estado limpiando últimamente.

–Sí, mi señor. Por supuesto, mi señor –murmuró el sargento.

–¡Corre, pues!... ¡A la cámara del rey Marks! –repitió el marqués con mal humor.

Pero el sargento Blimp no mostró señales de moverse.

“¡Ve, hombre! ¿Estás sordo?”, gritó el señor enfadado.

"Es... es... es", tartamudeó el poderoso secuaz.

–¿Qué pasa? –preguntó su amo con severidad–. Habla más alto. ¡Eres un tonto! No te quedes mirando así, idiota.

–¡Es... una larga historia, señoría! –tartamudeó el sirviente.

–¡Es una larga historia! –exclamó Lord P., soltando una desagradable y burlona risa–. ¿De qué diablos estás hablando? Haz lo que te digo.

–Las órdenes de Su Señoría fueron –estalló el hombre con un torrente de palabras apresuradas– que yo debería hacer que todo el lugar fuera limpiado a fondo, esta vez; antes de que usted y mi Lady Rachel vinieran. El Sr. y la Sra. Bellamy no quisieron participar en eso. Dijeron que limpiarían la habitación de Lady Rachel, pero nada más. Entonces hice que los hombres de la camioneta de mudanzas vinieran y lo hicieran... los mismos que trajeron la última carga de Su Señoría desde Londres... y... y... para ser franco con Su Señoría, ¡no he vuelto allí desde entonces! Los hombres dijeron que habían limpiado maravillosamente; y que habían hecho un buen trabajo; y entonces, viendo que el Sr. y la Sra. Bellamy no estaban...

El marqués de P. se puso de pie de un salto. El señor Geard creyó al principio que iba a golpear al desafortunado sargento. Cuando esto no ocurrió, esperó que se pusiera a insultarlo y le ordenara que fuera a la habitación del rey Mark bajo pena de despido inmediato. Pero esto no ocurrió.

Para completo asombro del señor Geard, aunque no, al parecer, para el de su hijo y su hija, el marqués no prestó la menor atención al pobre Blimp, sino que caminó

apresuradamente hacia la puerta, la abrió, salió y la cerró detrás de él.

El hombre se volvió avergonzado hacia Lady Rachel.

–No me atreví a subir allí, señoría. ¡No me atreví a hacerlo! He servido a su señoría durante diez años, en las buenas y en las malas; y siempre he cumplido sus órdenes, y más de lo que me ordenaba. Pero no me atrevería a entrar en esa habitación... ni siquiera para salvar mi cuello de la soga.

–Está bien, Blimp –dijo Lady Rachel amablemente–. A papá no le importará. ¡No te preocupes! Él sabe lo que tiene alguien tan devoto como tú. Todo estará perfectamente bien. Será mejor que te lleves la bandeja ahora que estás aquí.

–Bueno –empezó Will Zoyland, tan pronto como el hombre se hubo marchado con las cosas del té–. Supongo que será mejor que me ocupe de que papá no sufra ningún daño allí arriba.

Se levantó de su asiento como un gran gato enfurruñado, bostezando tentativamente, estirándose y pasándose los dedos por la barba amarilla; y luego caminó pesada y lentamente hacia la puerta.

–Todo esto es culpa de su maldito concurso, señor alcalde –gritó con dureza mientras salía de la habitación.

La joven, abandonada a su suerte, también se levantó y se acercó al señor Geard. No había sitio para que se sentara en el brazo del sillón, pero se apoyó en él, se inclinó sobre él y se apretó contra él. Esta tendencia de Lady Rachel de acurrucarse muy cerca de cualquiera en quien confiaba, de tocarlo con su cálido cuerpo, de entregarse a él, ¿era una señal de que la niña que había en ella todavía no estaba absorbida o subsumida en la joven? ¿O era simplemente una indicación de que ninguna experiencia cruel de la vida la había advertido aún de no seguir un impulso infantil natural, casi universal? ¡Posiblemente la verdadera explicación de su deseo instintivo de dejar que el señor Geard la tocara habría tenido más que ver con él que con ella! Es innegable que si el alcalde de Glastonbury hubiera tenido libertad para hacer exactamente lo que quisiera, ahora la habría hecho caer de rodillas; pero él no era en absoluto un hombre que siguiera cualquier sentimiento erótico en el momento en que aparecía, y en lugar de hacer esto se contentó con tomar su mano.

Los sentimientos de la muchacha eran demasiado vagos, flotantes y efímeros para que pudiera comprender por qué el hecho de que le tomaran la mano en ese momento le producía algo así como un escalofrío y parecía algo así como un rechazo.

Pero aunque el señor Geard mantenía una tapa de hierro firmemente cerrada sobre sus sentimientos eróticos, alguna perturbación interna, evocando una sensación vívidamente

desgarradora de lo que podría haber sentido si no hubiera cerrado esa tapa de hierro, debió haberse comunicado con la muchacha cuya mano sostenía.

–¿Te pusiste de mi lado como prometiste? –murmuró con ternura.

Él presionó sus dedos.

–No hace falta mucho, señorita –dijo–. Tu padre no tiene intención de entregarte a esa mujer de Bath. Le he sugerido que te quedes en casa de la señorita Crow, en Glastonbury... la señorita Elizabeth Crow... y creo que podré conseguirte algo. Es una casita en Benedict Street. Tú y ella seréis grandes amigas.

Lady Rachel soltó su mano.

–Pensé que me recibiría en su casa... ¡Señor Geard! –gritó indignada–. ¿No le dijo papá sobre eso?

Pero Bloody Johnny se libró de la vergüenza de tener que explicarle lo poco que deseaba remover las turbias aguas del esnobismo en su sobria morada, con la entrada del marqués y Will Zoyland.

–Bueno, Geard –dijo el señor–, ya está todo arreglado. Will me ha ayudado con la cama y le ha pedido a la señora Bellamy que haga el resto. ¡Al pobre Blimp le dan tanto miedo los fantasmas como a ti los insectos y las arañas! Pero

te aseguro que el lugar está tan limpio como nuestro salón. Pero hace frío. Hace frío como en el Polo Norte. Le he dicho que te encienda un buen fuego. Pero está limpio. Esos tipos de muebles de Blimp deben haber tenido escaleras de mano allí arriba. Es como una iglesia.

–Tengo mi Ford aquí –añadió Will Zoyland– y puedo volver fácilmente a Wookey por Glastonbury.

¡No, padre, no puedo! ¡Te digo que no puedo! –El marqués había empezado a insistirle para que se quedara a pasar la noche–. El lunes de Pascua es un gran día para los excursionistas, uno de los mejores, y tengo que ponerme manos a la obra.

Unas cuatro o cinco horas más tarde, tras una agradable cena junto al fuego del gran salón, Lord P. y su hija escoltaron al alcalde de Glastonbury hasta la cámara de los fantasmas. Subieron por una antigua escalera que se encontraba más allá del rellano donde se encontraba el dormitorio del marqués y donde la anciana pareja, así como el sargento, tenían sus aposentos. Allí había otro pequeño rellano, desde el cual se abría una puerta que daba a los escalones que conducían a una alta cámara en forma de torreta de la que Lady Rachel había tomado posesión.

–¡Enseñémosle mi habitación al alcalde, padre! –gritó Rachel con entusiasmo. El marqués iba delante. Llevaba en la mano un candelabro de plata plano, del que las llamas

amarillas, que de repente se habían vuelto grandes y humeantes, se extendían hacia atrás mientras el viento, silbando a través de las saeteras de la torre, soplaba a su alrededor mientras ascendían lentamente.

Un fuego ardía en la habitación de Rachel y Bloody Johnny, cuando captó la esencia brillante de esta habitación encantadora, sintió un nudo repentino en la boca del estómago mientras un pensamiento escandaloso y salvaje se apoderaba de su mente.

El señor Geard notó que en un lado de esta cámara abovedada había un arco secundario que contenía una pequeña puerta fuertemente cerrada con cerrojo.

Lady Rachel interceptó su mirada.

“Llémoslo al otro lado del Puente de los Suspiros”, le susurró emocionada a su padre.

El marqués giró sobre sus talones y miró con el ceño fruncido al señor Geard, con un frío destello de algo peor que la animosidad. Lord P. poseía una peculiaridad, heredada de sus antepasados, la de estar sujeto a veces a un salvaje espasmo antisocial, un espasmo de peligrosa repugnancia que lo separaba de los suyos, como si fuera una cuña de hielo boreal, de los especímenes particulares de humanidad con los que se encontraba. Esta característica era una con la que casi todos los íntimos de Lord P. –a menos que no tuvieran

sangre en las venas que él reconociera como igual a la suya—tarde o temprano entraban en conflicto.

Es un error sentimental suponer que la verdadera aristocracia está libre del esnobismo. Está libre de esa perturbación del espíritu en presencia del ritual social que acompaña al esnobismo en la gente común; pero si cualquier psicólogo juega con la ilusión de que esos grandes caballeros son simples, naturales e ingenuos, en su ausencia de orgullo, está cometiendo un profundo error.

La histórica Casa de Zovland, descendiente de Carlomagno por un lado, y de Rollo el Varego por el otro, tenía ciertas peculiaridades que la diferenciaban por completo de la gente más humilde y aristocrática de Inglaterra. Tenían cualidades que eran exclusivas de ellos y que morirían con ellos. Una de ellas era ese frenesí de desprecio, frío como el hielo y ciego, hacia la carne y la sangre normales cuando se daban cuenta de ello en un determinado estado de sus nervios.

Ésta fue, sin embargo, la primera y última ocasión en la vida del marqués de P. en que este proyectil de helado desprecio hacia su interlocutor no produjo absolutamente ningún efecto en la persona a la que iba dirigido.

¡El Sr. Geard estaba en contacto con una Presencia que había derrotado a los Principados y Poderes de este orgulloso planeta siglos antes de que los nórdicos llegaran a

Bizancio o se escuchara el cuerno de Roland en Fontarabia!

Así fue como, con una indulgencia ligeramente cansada, demasiado paciente e imperturbable para ser siquiera irónica, Bloody Johnny devolvió, mirada por mirada, la mirada fulminante de su noble anfitrión.

Lady Rachel, sin embargo, completamente ajena a este episodio psíquico, había comenzado a abrir con impetuosidad infantil las grandes barras de hierro que cerraban la puerta abovedada. La abrió hacia el interior de la habitación cuando hubo corrido el último cerrojo; y el señor Geard, cuyos ojos, dejando de ser los del noble poseído por el diablo, habían vagado por aquella cálida, virginal y medieval habitación, y ahora se encontraron con los de ella mientras ella sostenía con fuerza el picaporte de hierro forjado de la puerta y la mantenía entreabierta, le sonrió en respuesta sin ningún reparo. De la cara de la muchacha, sus ojos volvieron a vagar por los diversos objetos de aquella pequeña y remota habitación en forma de torreta. Hubo un extraño silencio entre los tres mientras él hacía esto; el humo enrojecido de la chimenea y la larga llama amarilla de la vela que sostenía el marqués, moviéndose intermitentemente de un lado a otro, mientras el viento que entraba por el arco de piedra que ella había descubierto, se arremolinaba quejumbrosamente alrededor de las paredes.

Bloody Johnny se dio cuenta de que la cama de la muchacha, situada en un arco frente al que ella se

encontraba en ese momento, estaba cubierta con una colcha verde oscuro, en cuyo centro estaba bordado en un carmesí oscuro el escudo de armas de Zoyland, un halcón empuñando una espada desnuda. Un pequeño estante con libros que parecían libros franceses sin encuadernar, cuyos lomos de bolsillo parecían singularmente fuera de tono con el resto del interior, colgaba de la cabecera de la cama, mientras que sobre el espacio de la pared del arco correspondiente, frente a la chimenea, estaba suspendida una tira de tapiz descolorido, cuyas figuras eran imposibles de descifrar en medio de aquella luz parpadeante, pues el viento, que se deslizaba furtivamente detrás de ella, la hacía hincharse y abultarse como una vela pesada, para luego hundirse de nuevo en la oscuridad uniforme.

Pero el silencio en esa habitación se convirtió en un tapiz de figuras oscuras que se elevaban y se hundían, se hundían y se elevaban, cada una de esas tres mentes ofreciendo su propio patrón secreto al tejido oculto de ese momento preñado.

Sólo la muchacha, como una mujer, era consciente del fluir del tiempo. Para los demás, el tiempo era estático. Para Geard era un Eterno estático, con ese trozo de tapiz viejo sacudido por el viento hundiéndose con los tres en otras dimensiones. Para Lord P. era una superficie estática, con la tracción tensa, como la correa de un perro tirante.

Pero la muchacha, mientras mantenía entreabierta la

pesada puerta de roble, que impedía el paso del viento salvaje y, sin embargo, no lo dejaba del todo afuera, sintió en ese momento una exultante sensación de una fluidez continua y encantadora. «¡Qué fuertes y misteriosos son los hombres!», pensó para sí misma. «Pero, ay, me alegro de no ser un hombre. Ned tampoco es un hombre. Y qué bueno que no lo sea. Ned es sólo un muchacho. No podría manejar a estos hombres fuertes y misteriosos como yo».

Fue el marqués quien hizo el gesto que rompió el hechizo, pero ni siquiera él habló para hacerlo. Hizo una señal a su hija para que siguiera adelante y otra a Geard para que la siguiera. Él mismo siguió con la mano sobre la llama de la vela; y, de hecho, fue necesario que le diera una patada a la puerta con el pie para cerrarla antes de poder cruzar el camino de piedra cubierto detrás de ellos y entrar en la cámara mortuoria del rey Mark. Entraron por una puerta similar a la que él había cerrado y logró llevar la vela a salvo al gran lugar vacío sin dejar que el viento aniquilara su tierna llama.

Una vez dentro de la habitación del rey Marcos y con la pequeña puerta cerrada tras él, Lord P. dejó la vela sobre un gran mueble que parecía una larga mesa de refectorio de un monasterio del sur de Rusia y, volviendo a la puerta por la que habían entrado, la cerró con innecesaria violencia.

La joven corrió hacia el fuego de la chimenea, que ardía muy fuerte. De él salían enormes nubes de humo que se

extendían por la habitación y se elevaban entre las altas vigas. El señor Geard la observó atentamente durante un segundo mientras se inclinaba para seleccionar unos cuantos trozos de madera inflamables más para arrojarlos encima de los que ardían tan lentamente y de forma insatisfactoria allí. Con el humo elevándose en espirales y volutas a su alrededor, su figura adquirió un vaivén casi sobrenatural, como si hubiera sido una sílfide de los elementos, un ser que se refugiaba del demonio del viento de afuera en los brazos del demonio del fuego de adentro.

Luego miró el diván que Will Zoyland le había traído. Era simplemente un catre de campamento de boy scouts, pero lo habían cubierto con una colcha enorme y antigua, como la que cubría la cama de Lady Rachel, sólo que ésta era de un color púrpura oscuro; y aunque tenía sobre ella, con un bordado descolorido, el halcón empuñando la espada, un feo desgarrón había dejado al ave sin cabeza.

El señor Geard se acercó lentamente a la chimenea, pero empezó a toser cuando el humo le llegó a la garganta.

–¡Allí! –gritó la muchacha con un profundo suspiro, mientras empujaba los leños que ardían con una gruesa varilla de hierro, con un gancho en el extremo, que parecía haber servido para ese propósito en los tiempos en que el hierro apenas comenzaba a usarse. Dejó caer el utensilio homérico con un estruendo sobre el borde de piedra del hogar.

–Si el humo te hace toser cuando estes en la cama –dijo, mientras una llama roja y veloz iluminaba su rostro–, puedes arrastrar el sofá debajo de la ventana y dejarla abierta. Eso es lo que hago yo cuando mi chimenea echa humo. Estas viejas chimeneas siempre echan humo cuando se encienden por primera vez. –Hizo una pausa y un espasmo de intensa preocupación le arrugó la frente.

–No creerás que había nidos de golondrinas en la chimenea, ¿verdad? –preguntó.

Su boca permaneció abierta después de que terminaron las palabras y sus ojos se agrandaron.

El marqués, que había estado tanteando los pestillos de una de las ventanas, logró abrirla y, al hacerlo, el viento entró con tal fuerza que dio un salto hacia atrás, desesperado.

Lady Rachel observó el suceso con interés infantil y, en su ataque de nerviosismo momentáneo, alterada por la ansiedad ante la posibilidad de que se formaran nidos en la chimenea, olvidó su buena educación y se rió a carcajadas. Su risa debió de ser el resultado final de una larga serie de días reprimidos, porque estalló a través del humo con el timbre tembloroso de algo histérico. Por el cerebro del señor Geard se precipitó, como una golondrina frenética que bate las alas para escapar, la palabra «Nimeue»⁴⁸; y con esta

48 Nimeue, la Dama del Lago es el nombre con el que se conoce a varios

palabra, un espasmo de emociones mezcladas, dulces y perturbadoras.

Pero el marqués estaba realmente molesto ahora. Que se hubiera suscitado todo ese alboroto inusual a causa de su viejo amigo Johnny Geard de Montacute era en sí mismo bastante inapropiado. Pero, después de todo, él mismo había sido responsable de ello. Pero las palabras del Bastardo, aunque rechazadas en ese momento, ya habían comenzado a actuar en la mente del astuto viejo estadista, y sintió como si hubiera algo en el aire en la habitación del rey Mark esa noche que era inadecuado, incongruente y fuera de control. Aquella nota histérica en la risa de su hija, cuando la ráfaga de viento lo hizo saltar hacia atrás, "se burló" de su mente, como dicen en Somerset. Se mordió el labio inferior mientras empujaba la ventana con ambas manos y hacía sonar los dos pestillos de hierro.

–Mujeres y... –murmuró en voz baja, impaciente.

Quiso decir «mujeres y prestidigitadores», pero en lugar de «prestidigitadores», los labios dentro de los labios que la gente usa cuando está obsesionada de esta curiosa manera, pronunciaron las palabras: «Caer Sidi», palabras que un excéntrico erudito de Oxford, cuando estaba lo

personajes de la leyenda del rey Arturo, relacionados entre sí, que tienen probablemente un origen común. Este es probablemente pagano, específicamente de la mitología celta; no hay registros históricos sobre personajes similares.

suficientemente borracho como para hablarle libremente, había repetido una vez en sus oídos con obnubilada reiteración.

El alcalde de Glastonbury se había recuperado de su ataque de risa infantil y, tosiendo de forma bastante incómoda por el humo acre que había tragado, se sentó en su cama de explorador. Pero la cama empezó a crujir y a gemir bajo su peso, de modo que se volvió hacia su anfitrión y le dijo malhumorado: –El señor Zoyland no me habrá estado tendiendo una trampa. ¿Verdad?

–Aún no has ganado tu apuesta, Geard –replicó el marqués lacónicamente–. Supongo que comprendes perfectamente –continuó, tomando a su hija del brazo y llevándola a una puerta distinta de la que habían utilizado para entrar– que nadie ha conseguido dormir en esta habitación. Me han dicho que un escribano medieval llamado Blehis o Bleheris escribió sus historias aquí, pero no quería dormir aquí arriba.

Pero el señor Geard, levantándose de su cama que crujía, desestimó con un gesto de su regordeta mano el nerviosismo de Messire Bleheris.

Se inclinó plácidamente para desearles buenas noches a ambos, y al parecer sólo estaba ansioso por librarse de ellos.

El marqués, sin embargo, con su hija aferrada a su brazo, con su rostro blanco y sus ojos oscuros que parecían salvajes

y asustados a la luz de las velas, fue presa de la propia malicia del diablo.

“Hace poco conocí a un estudiante de Oxford loco, Geard”, dijo, “que me dijo que preferiría cometer un asesinato antes que dormir en este viejo lugar. Dijo que Merlín...

–¡Basta, padre! ¡Basta! ¿Cómo puedes ser tan cruel? –gritó Lady Rachel, tapando con su mano libre la boca burlona del hombre.

–¡Je, je, je! –se rió entre dientes el señor–. ¡No habrá ganado su apuesta con Will, señoría, hasta que Bellamy le deje salir por la mañana! Voy a encerrarle, Geard, ¿me entiende? Y, por supuesto, la sala de la torre estará cerrada con llave. Dicen que un hombre, en tiempos de Eduardo IV, pasó toda la noche allí, en el Puente de los Suspiros; y otro tipo, hace sólo cien años, fue encontrado aquí... pero la muchacha lo apartó apresuradamente y con indignación atravesó la puerta.

–¡Buenas noches, señor Geard! –gritó, mientras la enorme masa de tablas de roble, unidas con hierro forjado a mano, crujía al cerrarse.

Bloody Johnny oyó el sonido metálico, apagado y amortiguado, de los cerrojos al ser colocados en su lugar. Luego se produjo un tremendo silencio. Se sentó de nuevo en su crujiente cama de explorador y contempló la

habitación del rey Mark. La vela alta, que ardía firme y brillantemente sobre la mesa del refectorio, y las llamas rojas que salían de una pila de leña en la chimenea servían para iluminar la vasta y sombría extensión. El lugar era como el interior de una iglesia normanda primitiva y al alcalde de Glastonbury le pareció que sobre muchas de las enormes vigas sobre su cabeza había manchas oscuras de lo que alguna vez debieron haber sido pinturas. Se acercó a una de las ventanas arqueadas y miró hacia la noche. Estaba demasiado oscuro para ver más que los contornos más tenues de los árboles debajo de él, pero en un punto en el cielo las capas de nubes agitadas y rápidas se habían aclarado un poco, revelando una luna tenue que parecía enferma y mareada; como si ella también, se dejaba llevar por el viento, como una gran hoja pálida. Geard estaba delante de este viento diabólico.

La habitación estaba ciertamente limpia. El marqués no lo había engañado en ese punto. Dudó un minuto o dos y luego, silenciosa y deliberadamente, se quitó la chaqueta, el chaleco, la camisa y los pantalones. Experimentó, como siempre, una vaga y humorística repugnancia por su cuerpo regordete y poco atlético al contemplar sus desgarradas piernas, enfundadas en grotescos calzoncillos de lana, y su vientre saliente, como la panza de una figura sobre una jarra de cerveza, enfundada en su suave y ceñida camiseta.

Se dirigió a la mesa del refectorio, tomó la vela y la colocó en el suelo, junto a su cama. Se acercó a la silla donde había

dejado su ropa y sacó del bolsillo de su chaqueta una caja de cerillas que colocó en el suelo, junto a la vela. Luego, con gran deliberación, se arrodilló junto a aquel ridículo sofá, envuelto en su deshilachada colcha heráldica, y, cerrando los ojos con fuerza y dejando que sus manos entrelazadas descansaran sobre su estómago, que en ese momento parecía la barriga de un Punchinello de madera, procedió a murmurar su habitual oración vespertina.

Esta fue una frase singular, ya que estaba dirigida al aire del otro lado de su cama.

“Señor, está conmigo”, rogó Bloody Johnny, “¡Señor, está conmigo! ¡Dame fuerza para cambiar todo el curso de la historia humana sobre la tierra! ¡Dame fuerza para hacer de Glastonbury el centro de una vida completamente nueva! ¡Señor, está conmigo! ¡Quédate conmigo ahora y para siempre, por tu preciosísima Sangre!”

La imagen que evocaba en su imaginación no se parecía en lo más mínimo a la torturada Figura del Dolor adorada por Sam Dekker, y no se desvaneció hasta que se metió lentamente en la cama. Lo hizo con mucho cuidado y cautela y aunque el pequeño sofá se estremeció y crujió lastimeramente bajo su peso, no lo decepcionó. Sin embargo, sus pies sobresalían bajo la manta, como los pies de un cadáver bajo un paño morado, casi quince centímetros más allá del borde de la cama. Entonces se agachó, recogió la vela, la apagó y la volvió a dejar en el suelo.

"Ahora yacía sobre la cama... sobre su ancha espalda... su enorme cráneo sobre la suave almohada blanca. Con las manos levantó la colcha heráldica hasta que quedó bien colocada bajo su barbilla. Se acomodó los pesados pliegues sobre los hombros, sin poder hacer frente a la suave y compacta forma con la que la señora Bellamy había doblado con tanto cuidado la sábana sobre las rígidas mantas.

Sus ojos observaban la parpadeante luz del fuego que tocaba con cálidos reflejos rosados las enormes vigas oscuras y los curvados soportes de roble del tejado señorial.

Un olor aromático agradable... el olor de la madera de pino... comenzó a reconfortar sus sentidos. El humo ya no era amargo. Se había vuelto fragante... calmante como el incienso, pero más sano y natural, casi como el del bosque.

"¡Señor, está conmigo!" repetían sus labios; "¡sé conmigo ahora y para siempre; por tu preciosísima Sangre!".

La naturaleza del señor Geard era unas diez veces más densa que la de la mayoría de los hombres. Con las siete u ocho capas inferiores de esta naturaleza, estaba completamente absorto, de día y de noche, en su contacto con Cristo, que se parecía, aunque no era idéntico, al abrazo físico de una obsesión erótica.

Así que sólo ahora... cuando las cosas finalmente se habían calmado y él se había quedado solo... las dos o tres capas

superiores de su espesa y flemática naturaleza se volvieron realmente conscientes de la diferencia entre irse a la cama en la habitación donde Merlín convirtió al rey Mark en polvo e irse a la cama con su fiel Megan. Recordó el malicioso "¡Je! ¡Je! ¡Je!" de Lord P. mientras arrastraba a su hija y la mirada salvaje y asustada –tanto por él como por los nidos imaginarios en la chimenea– con la que Rachel había sido arrastrada a través de la puerta.

No fue con una capa muy profunda de su ser, tal vez ni siquiera con la más profunda de las dos o tres superiores, que meditó durante un rato sobre la provocación virginal de ese cuerpo suave, delgado y juvenil, que casi había hecho caer de rodillas hace un momento. El señor Geard no se resistió en absoluto a esos pensamientos sensuales. Una peculiaridad de la naturaleza "densa" de Bloody Johnny era que sus sentimientos religiosos, y lo que mucha gente podría haber llamado sus sentimientos "espirituales", no tenían absolutamente ninguna conexión con la moralidad. Pero aunque no hubo resistencia sino que, por el contrario, fueron alentados por su voluntad consciente, esos movimientos amorosos dentro de él eran tan débiles y tan lánguidos que muy pronto se calmaron en una deliciosa somnolencia.

Sin embargo, la somnolencia del alcalde de Glastonbury pronto dejó de ser deliciosa. Apenas se había convertido en un sueño real, aunque muy ligero, cuando un fantástico problema filológico atormentó al soñador.

¿Era «Nineue» o «Nimeue» lo que Owen Evans le había dicho que era la versión original de la popular «Vivian»? Esas tres palabras, «Nineue», «Nimeue» y «Vivian», se convirtieron para él en tres garzas voladoras con las patas extendidas. El propio corazón de Johnny, que de algún modo se había escapado de su cuerpo, era la luna enferma y mareada que había vislumbrado; y era ese maldito problema filológico –qué garza era la amante de Merlín– lo que hacía que ese corazón lunar suyo, mientras el viento salvaje lo agitaba, estuviera tan enfermo, tan amarillo, tan mareado.

De pronto, despertó de repente y recobró la conciencia con un sobresalto violento. Había oído una voz... ¡Oh, era inconfundiblemente real! ¡No era en absoluto su sueño!... que gritaba desde el lado de la chimenea: «¡Nineue! ¡Nineue!». Ahora escuchaba, completamente despierto y con un corazón que no estaba seguro de volver a estar a salvo, donde pertenecía, porque latía como un reloj con la maquinaria rota.

¡Cómo aullaba el viento! ¡Nunca había oído un viento así! Era un terror puro, simple e infantil pensar que Mark Moor Court iba a ser derribado precisamente esa noche, lo que hacía que su corazón latiera de esa manera. El señor Geard se repetía esto una y otra vez: «Es el viento», repetía con firmeza y énfasis. «¡Es el viento lo que hace que mi corazón se desboque!».

Estiró el cuello y contempló el fuego, que ahora era muy

grande y muy rojo. La voz que había oído era la de un hombre y provenía de algún lugar detrás de la mampostería de la pared, justo a la derecha de la hoguera ardiente. Y entonces, sin ninguna ambigüedad esta vez, oyó un sonido inconfundible, claro y distinto, en alguna habitación justo debajo del piso. Echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada. El sonido cesó de inmediato. Volvió a estirar la cabeza, como la cabeza de un saurio, sobre el borde de la cama. El sonido se volvió a oír. Era un sonido inconfundible, pero no romántico. Era, de hecho, el sonido de un hombre orinando.

El señor Geard no podía estar equivocado. El hombre estaba llenando de líquido un orinal metálico y, mientras lo hacía, dio varias vueltas. El alcalde de Glastonbury siguió estirando el cuello por el borde de la cama. Entonces se percató de que había una grieta que se abría, justo en ese lugar, entre las tablas de roble desnudas y oscuras. A través de esa rendija del suelo se veía una luz muy tenue. Siguió escuchando con toda su alma. Nunca había escuchado un sonido con tanta atención en su vida. Oyó al hombre que volvía a colocar el orinal... debía de estar hecho de hojalata o quizá de hierro... y luego se oyeron pasos, jadeos, crujidos y gemidos sordos. Pronto oyó otro sonido, similar al primero y, sin embargo, distinto. Un segundo ser humano estaba orinando. Esta vez el flujo era más ruidoso, más rápido, más fuerte. «Es una mujer», pensó Bloody Johnny.

Intentó hacer más cómoda su posición, mientras se

apoyaba sobre la grieta del suelo. Extendió el brazo hasta que sus dedos tocaron el suelo. ¡Sí! Esto le daba el apoyo necesario a su cabeza estirada.

Hubo más movimientos y gemidos, más crujidos y murmullos oscuros, luego un silencio de muerte. Esperó, todavía tendido sobre la grieta.

Pensó para sí: «Un hombre hace pis. Una mujer hace pis. Estos sonidos se están oyendo por todo Somersetshire esta noche, en miles y miles de habitaciones.

También se están oyendo otros sonidos desagradables. Los sonidos de los dientes de ratas increíblemente voraces dentro de cientos de mataderos. Me pregunto..., así continuaban los pensamientos del alcalde, «me pregunto si hay oídos lo suficientemente sutiles para oír a los gusanos trabajando en los cementerios.

Un hombre haciendo pis. Una mujer haciendo pis. Cada sonido es una vibración. Cada vibración es una radiación, una detonación.

Cada sonido viaja desde la Tierra hacia el espacio. ¿El sonido del señor y la señora Bellamy haciendo pis en su habitación de Mark Court seguirá viajando por el espacio hasta llegar a la Vía Láctea? ¿Y no se detendrá ni siquiera entonces? ¡No! ¡No! ¿Por qué debería detenerse entonces? ¡Nada que haya comenzado puede detenerse jamás! Tal vez

pueda volver, si el espacio es redondo, pero eso es lo mejor que puede hacer. ¡Allá vamos por el terreno de Tom Tiddler⁴⁹! El eterno pis del señor y la señora Bellamy.

Pero el silencio se rompió de nuevo; se rompió justo cuando el alcalde de Glastonbury iba a retirar la cabeza extendida. Se oyó un sonido de expectoración, y este sonido fue mucho más desagradable para los oídos del señor Geard que el otro. Y entonces oyó con una claridad espantosa la voz de la anciana que le decía al anciano: «¡Escupe en el papel marrón, John! ¡Escupe en el papel marrón que te preparé!».

Bloody Johnny echó la cabeza hacia atrás y se ajustó de nuevo la colcha púrpura hasta la barbilla. «Nineue», murmuró en voz alta, intentando recordar qué había en la entonación de aquella voz procedente de detrás de la chimenea que le había dado tal sacudida al corazón.

¿Había soñado con que su corazón estaba enfermo y amarillo, como la luna, antes de oír aquella voz que gritaba? Sí, lo había hecho. Sin duda. Y había estado soñando con el nombre «Nineue» antes de oírlo gritar. Y había pensado en la palabra «Nineue»... se le había ocurrido de repente...

49 El terreno de Tom Tiddler, también conocido como el terreno de Tom Tidler o el terreno de Tommy Tiddler, es un juego infantil muy antiguo. Un jugador, "Tom Tiddler", se para sobre un montón de piedras, grava, etc. Otros jugadores se precipitan sobre el montón, gritando "Aquí estoy en el terreno de Tom Tiddler, recogiendo oro y plata", mientras Tom intenta capturar, o en otras versiones, expulsar a los invasores. Así mismo, "El terreno de Tom Tiddler" es el título de un conjunto de cuentos de 1861 de Charles Dickens

antes de soñarla. ¿O había soñado con ella y también la había pensado después de oír aquella voz?

–¡Maldita sea! –se dijo Bloody Johnny–. Debe haber sido ese viejo, el que estaba ahí abajo, hablando con su esposa; y en mi sueño me di cuenta de que era una voz.

Había llegado a este punto de sus cavilaciones cuando de repente se encontró sentado en la cama, que crujía, en un terrible ataque de puro miedo. Sabía que esa voz se alzaría de nuevo. Sabía que lo haría. Nada podría impedir que se alzara de nuevo. En sólo un segundo la estaría oyendo de nuevo. Estaría gritando «Nineue», tal como lo había hecho antes. «Si lo hace», pensó, «saldré corriendo por ese puente. Llamaré a la puerta de esa chica. No podría dejarme entrar. ¡No podría dejarme entrar!».

Pero apretó las manos con obstinación y miró fijamente el fuego rojo, decidido, a su manera maciza, a vencer ese miedo, a vencerlo y mantenerlo bajo control, para que no se convirtiera en pánico; para que no se le metiera en las piernas. Hasta ahora sólo estaba en su corazón y en su garganta, pero podía sentirlo descender. Corría por un embudo... era el embudo del miedo el que descendía... dentro de sus costillas... no, entre su columna y su estómago. Apretó las manos con fuerza, mirando fijamente el fuego. Pensó en varias personas tranquilas y robustas de su vida. Pensó en Megan durmiendo en su habitación familiar.

Y entonces, de repente, pensó en el canónigo Crow. El canónigo había tenido la costumbre de leerle a Rabelais algunas noches, cuando los sirvientes estaban acostados. El canónigo se había reído de él en esos momentos y lo había llamado «Fray John des Entomnicures», o «Fray John de los Embudos». Ahora era todo un gran Embudo... esperando a que la repetición de esa voz le infundiera miedo... lo sacara... lo atravesara... lo infundiera... ¡Pero todo podría ir bien si ese miedo no se le metiera en las piernas!

Llegó un momento en que realmente quiso que la voz volviera a sonar. «Cuando llega, llega», pensó. «Ya pasó... llegó y se fue». Pero fue su propia boca la que se abrió como una grieta en el hielo espeso. Fue su propia voz la que resonó desenfrenadamente en la cámara del rey Mark, hasta que las vigas volvieron a retumbar: «¡Nineue! ¡Nineue!».

Sintió cierto alivio cuando profirió aquel grito lastimero y desgarrador. Descubrió que ahora tenía suficiente dominio de sí mismo para preguntarse qué había en la entonación de aquella voz que le había hecho doler tanto el corazón. El horror que había sentido no era precisamente miedo. Lo que en realidad sentía era piedad. Era piedad llevada a tal extremo por la entonación de aquel reiterado «¡Nineue! ¡Nineue!» que llegó a ser peor que el miedo. El alivio que experimentó cuando, impulsado por una fuerza nerviosa a la que no podía resistirse, gritó él mismo aquel nombre fue como el alivio que podría haber sentido un espectador del Coliseo, cuando, incapaz de soportar lo que veía, se hubiera

lanzado a la arena y estuviera luchando con uñas y dientes entre los asesinos y los asesinados.

Ahora se encontró murmurando una especie de súplica personal al Ser que había gritado: «¡Nineue! ¡Nineue!».

“¿Por qué no sales? ¿Por qué no te muestras? Sí, sí, ¿por qué no sales ahora, cerca de mi cama, cerca de mí, a mi lado, para que pueda tocarte, verte, sentirte?”

Pronunció estas palabras en voz baja, balanceándose y temblando bajo los destellos rojizos del fuego. Si cualquier ojo humano lo hubiera estado observando, se habría parecido a un cuadro que uno podría imaginar pintado por Rembrandt si Rembrandt se hubiera vuelto loco.

Los destellos del fuego se reflejaban en el ajustado chaleco de lana que cubría la mitad expuesta de su protuberante vientre.

Se reflejaban en su gran rostro blanco. Se reflejaban en el halcón sin cabeza bordado en la alfombra desgarrada que rodeaba sus piernas. Se reflejaban en sus pies enfundados en medias, que sobresalían grotescamente del extremo de su diminuta cama.

'¿Por qué no me dejas verte?' gimió de nuevo con una voz que era casi adolorada; y de repente comenzó a asentir con su gran cabeza de una manera que sugería el impulso de un perro poderoso ansioso de propiciar a un perro aún más

poderoso con una adulación obsequiante y un meneo de su gran cola.

–¡Déjame verte! Sí, sí; ¡déjame tocarte con mis manos!

Era como si se dirigiera a un Ser cuya presencia sentía con mucha más certeza, mucho más de cerca que la presión de aquella alfombra heráldica que ahora empezaba a retorcerse, pellizcándola con los dedos y los pulgares, como un moribundo juega con las sábanas que cubren su desnudez. Lo que sentía en todos sus latidos era que si ese desesperado amante de Nínive... ese gran y perdido mago... saliera ahora de detrás de aquel humo enrojecido y se acercara a su cama, su corazón se habría calmado como el de un santo.

"Era el tono de aquel grito. No lo podía soportar. Si lo oía de nuevo, se le rompería el corazón. La compasión llevada hasta ese punto era insoportable... Dejó de rascar la alfombra. Inclino su gran cabeza como lo hubiera hecho un luchador o un boxeador. Y agarró su alma pesada y flemática con las tenazas de hierro de su voluntad masiva y la presionó hacia abajo, como una barra de metal fundido, en esos niveles inferiores de su espesa naturaleza donde se aferraba firmemente a su Cristo.

Y entonces el señor Geard se recompuso. Había movimientos físicos en su cuerpo de los que no era consciente. Sus gruesos hombros bajo su chaleco de lana se

agitaban y temblaban. Su vientre expuesto subía y bajaba, hundiéndose y expandiéndose; mientras que la estatura de su torso desde las caderas hasta la coronilla se distendía palpablemente. Tres veces luchó por articular palabras; pero en vano. Lo intentó la cuarta vez; pero en vano. Entonces... la quinta vez, de su agitación atlante... salieron palabras; salieron palabras mezcladas con espuma sanguinolenta; salieron a la fuerza de su boca; con un tirón, como si llevaran consigo sus entrañas.

–¡Cristo, ten piedad de mi! –jadeó el señor Geard. Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando un temblor relajado se apoderó de él y su cabeza cayó hacia adelante. Todo su cuerpo se inclinó hacia adelante, doblándose por la cintura, con los brazos flácidos. Si alguien hubiera visto su rostro en ese momento, habría parecido el rostro de un cadáver sin que le hubieran recogido y vendado el mentón caído.

Permaneció completamente inmóvil, con los párpados caídos y todo su cuerpo flácido. Era como una persona que ha sido sacudida por las convulsiones de un ataque terrible, hasta que, en la quietud que siguió, su espíritu pareció abandonarlo.

Permaneció en esa posición durante lo que a su propia conciencia aturdida le parecieron varias horas. Luego, muy lentamente, la energía vital regresó a él. Todo su miedo había desaparecido y una gran paz descendió sobre él. Con

tranquilidad y comodidad y con una exquisita sensación de satisfacción sensual, se estiró una vez más en su pequeña cama y se cubrió los hombros con la colcha púrpura.

Empezó a sentirse muy somnoliento y, con el sueño, lo invadió una deliciosa sensación de logro inescrutable e inefable. Pero el alcalde de Glastonbury aún no había podido disfrutar de su merecido descanso.

Un sonido muy preciso llegó a sus oídos al fondo de la habitación, en el lugar de la pared de la cámara del rey Marcos donde estaba la puerta que daba al Puente de los Suspiros. Era el sonido de la pequeña puerta al abrirse hacia dentro sobre sus bisagras oxidadas. Con un movimiento somnoliento y un tanto irritable, se incorporó de nuevo en la cama.

Y la puerta se cerró cuidadosa y suavemente, allí ante él; y una esbelta figura negra, sosteniendo un candelabro plano en su mano, avanzó con los pies descalzos por el suelo hacia su cama.

Rachel Zoyland no pronunció palabra hasta que llegó a su lado. Entonces, con una voz temblorosa al borde del llanto apasionado de una niña, dijo entrecortadamente:

“Oí... oí... estaba escuchando... no podía dormir... oí...”

La larga capa negra que llevaba se abrió dejando al descubierto su camisón blanco.

Extendió el brazo. No por primera vez en su vida, Bloody Johnny se dio cuenta, incómodamente, de lo grotesco de su apariencia física. Le tomó la mano y trató de hacerla sentarse a los pies de su cama, pero ella permaneció allí de pie, descalza, con su camisón largo y recto que se veía blanco cuando se abrió la capa. Su cabello castaño caía en rizos desordenados sobre uno de sus pequeños hombros desnudos. Su boca infantil, que se crispaba a la luz de la vela que sostenía en la mano, no podía pronunciar palabra. La vela se sacudió tanto por la forma en que temblaba que su grasa comenzó a gotear sobre la colcha blasonada.

–Escuché... escuché que me llamabas.. y tuve que venir –susurró.

Bloody Johnny, parpadeando con sus párpados soñolientos a causa de la llama de la vela, hizo una mueca humorística y señaló el suelo a sus pies.

–Los Bellamy están ahí abajo –susurró con voz ronca–. ¡Por el amor de Dios, no me metas en problemas con la casa! Si me oíste gritar, me temo que deben haberlo hecho ellos; ¡y pueden entrar corriendo en cualquier momento!

Pronunció estas palabras de una manera tan caprichosa y le sonrió con tanta naturalidad y tranquilidad que la muchacha se tragó galantemente los sollozos que se acercaban.

–Deja la vela, Lady Rachel –dijo con gravedad, hundiéndose en la almohada–; estás derramando grasa sobre la alfombra de tu padre.

Ella ahora le obedeció con docilidad y se sentó en el endeble sofá, que inmediatamente emitió un crujido siniestro.

Pero él extendió el brazo, envuelto en una manga de lana apretada, y tomó su mano.

–Resistirá tu peso –dijo–, si ha resistido todas mis payasadas.

–No me hagas ir a casa de la señorita Crow –susurró–. ¡Déjame ir a vivir contigo!

La miró a través de sus párpados entrecerrados, mientras las sílabas «Nineue» flotaban soñadoramente en su conciencia. Era, en verdad, la primera vez en su vida que la magia indescriptible de la identidad de una joven dominaba su mente. Flotaba desde todo lo que la rodeaba, desde los suaves rizos castaños que descansaban sobre su hombro descubierto, donde se había deslizado su capa, desde el fragante calor de sus claros cabellos, desde las frías curvas virginales de su boca, desde las diminutas redondeces, como nenúfares bajo su camisón, de sus pechos de niña, desde la suavidad de su figura infantil que la hacía diferente de lo que habría sido la de un muchacho, y más allá y por encima de

todo esto, desde una dulzura parecida a la de una flor que emanaba más de su alma que de su cuerpo, perturbando los sentidos del señor Geard con una conciencia despierta de la belleza que todas las hojas, brotes y pétalos de la juventud forman. Allá afuera, ese viento primaveral debió haber poseído esta noche de Pascua.

Hubiera sido un error decir que el señor Geard experimentó alguna tentación punzante. La terrible lucha que acababa de atravesar había dejado sus energías vitales en su nivel más bajo posible. Hubiera sido posible que la muchacha se hubiera deslizado mucho más cerca de él de lo que estaba, sentada allí como una pequeña figura de mármol al pie de su sofá, y aun así no habría sufrido ninguna excitación carnal.

Con calma, se permitió beber su delicada belleza; beberla en medio de aquella vasta y sombría cámara; como si la estuviera bebiendo de una gran palangana de frío basalto negro.

–¡Déjeme ir a vivir con usted, señor Geard! ¡Por favor, por favor, déjeme! –suplicó con un susurro apasionado.

Él sonrió un poco; suspiró un poco; apretó con fuerza sus dedos fríos; pero sacudió imperceptiblemente su gran cabeza que descansaba sobre la almohada.

–No lo digas, niña –murmuró–. ¡No lo digas, preciosa! No

me atreví a acogerte. No, no, no; no me atreví a acogerte. Pero vendrás a verme a menudo, seguro que sí; y verás a mi buen señor Barter y me contarás todo sobre esas lindas, lindas imágenes.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y su boca empezó a temblar, tal como había sucedido cuando apareció por primera vez.

–Te diré una cosa, muchacha –continuó el señor Geard, volviendo deliberadamente a su antiguo discurso de Montacute Town's End–: te diré una cosa: le pediremos a ese buen muchacho tuyo, de Middlezoy, que cene con la señora y conmigo; y tú vendrás a conocerlo. Te gustará, muchacha, ¿eh? Te gustará, ¿no?

Sintió, más que vio, la sangre joven y caliente correr por sus mejillas.

–Bueno, bueno –murmuró–. No debemos molestar a una niñita buena y amable, que ha tropezado con las frías piedras con sus pies descalzos para salvar a un anciano de los fantasmas. No, no, no debemos molestarla; pero, digas lo que digas, Missy, estarás monstruosamente complacida con mi señorita Crow. Y recuerda esto, Rachel: si no hubiera sido por la existencia de una persona como la señorita Crow en nuestro pueblo, nunca habría podido presionar a tu padre para que te dejara venir con nosotros.

–¡Ojalá estuviera en casa del diablo! –gritó la niña enojada con un destello de feroz furia varega⁵⁰.

–Vamos, vamos –replicó–, porque ya sabes que puede que estés con el diablo; ¡y será el diablo quien se encargue de todo cuando Rachel Zoyland venga a Glastonbury!

Pero de repente la niña se puso rígida por completo.

Eran casi las dos, cuando el poder de resistencia, no sólo de los jóvenes descendientes de Carlomagno, sino de los pájaros, los peces, las plantas y los animales, está en su punto más débil, la hora en que las mismas algas en las profundas mareas saladas se encogen hacia adentro sobre sí mismas, cuando la savia es débil en los musgos del bosque, cuando las agujas de pino en las colinas heladas llevan su carga de nieve más débilmente, cuando las frondas de helecho en mil páramos anchos están entumecidas, frías y retraídas.

La muchacha tenía los nervios de punta. Había estado reprimiendo un ataque de llanto amargo toda la noche. Esta resistencia final a su voluntad, esta negación de su intenso deseo, que llegó en el momento en que había sido tan valiente, que vino de la persona a la que se apresuró a rescatar de Dios sabe qué, fue para ella el punto de quiebre. Ned Athling, por ese momento, desapareció por completo

50 El origen de la palabra nórdica "varego" se halla en la palabra var/varar (confianza, promesa, palabra de honor o voto de fidelidad).

de su mente. En ese momento sólo quería una cosa: vivir bajo el techo de ese hombre en Glastonbury; y el hombre mismo, que yacía soñoliento ante ella, se lo negaba con calma. Esto, entonces, era lo que una muchacha conseguía por levantarse de su cálida cama, por cruzar las ventosas losas del Puente de los Suspiros, por atreverse a enfrentarse al fantasma del Encantador. Esto era lo que conseguía: ¡una negación fácil, untuosa, divertida y adulta como recompensa natural! La indignada sangre de Zoyland se le heló en los senos. Ella se deslizó desde el sofá y quedó estirada, boca abajo, en el suelo.

–¡Oh, oh, oh! –pronunció aquel «oh» como si fuera un fino y diminuto chorro de saliva, escupido por debajo de los dardos de una pequeña serpiente mortal.

El señor Geard estiró la cabeza desde el borde de la cama, como un lagarto monstruoso desde un saliente fangoso primigenio, y miró de soslayo aquel montón inmóvil de blanco y negro que yacía en el suelo. Luego se inclinó y apartó la vela del borde del camisón de ella.

–¡Oh... oh... oh! –Su cuerpo postrado separó ahora la llama de la vela de la grieta entre las tablas de roble a través de la cual había visto la luz en la habitación de abajo y oído esos sonidos peculiares.

En la profunda sombra que había entre la espalda de la muchacha y el borde del sofá, donde los pliegues de la colcha

descansaban sobre el suelo, vio una pequeña abertura; y vio que había luz en la habitación de abajo. El señor Geard no se demoró. ¡Lo último que deseaba, en ese momento crucial, era que alguien irrumpiera en la habitación del señor y la señora Bellamy en el palacio de King Mark! Decidió evitar tal contingencia con un movimiento decisivo. Se levantó rápidamente de la cama. El montón de telas blancas y negras que había en el suelo no se movió ni emitió un gemido.

Se apresuró a cruzar el suelo hasta la silla donde había dejado la ropa. Se puso los pantalones, abrochándolos con fuerza alrededor de la cintura sin preocuparse por los tirantes. Se puso el abrigo sobre el chaleco de lana. Luego regresó a la cama, tomó la colcha de terciopelo, se agachó y envolvió con ella a la figura que yacía en el suelo.

Los delgados brazos de Rachel se resistieron.

"¡Te odio!"

El señor Geard oró en lo profundo de su corazón.

"¡Dios, no la dejes gritar! ¡Dios, no la dejes gritar!"

La envolvió en la gran colcha heráldica. Las alas del halcón sin cabeza rodeaban su cintura. Así abrigada, la levantó en brazos como a un bebé. Un pliegue de la manta le cubría el rostro. Se arrodilló sobre una rodilla y la apoyó sobre la otra («¡Así que conseguiste lo que querías!», le susurró cínicamente algo al oído), cogió el candelabro de plata y,

poniéndose de pie, llevó resueltamente la vela y a la muchacha a la puerta. Las llevó al Puente de los Suspiros, a la llama llameante de la vela y a la doncella desmoralizada; y sintió en la frente el aire que precede al aire del amanecer y es el más frío de todos los aires terrenales. Lo sintió bajo las mangas y entre la chaqueta y el chaleco. Lo sintió en la médula de los huesos.

«¡Santo Cristo, no la dejes gritar!», rezó.

Y entonces se le ocurrió de pronto que la muchacha no podía haber oído su grito... no podía haber oído un sonido que se transmitiera desde su habitación a la de ella... con ese camino de piedra que los separaba. Desconcertado por este pensamiento y perdiendo ahora en ese aire previo al amanecer, tan lleno de una particular clase de fatalidad cargada de rocío, los bordes más agudos de su ansiedad, se excusó para volver a acomodar los pliegues de la alfombra alrededor del cuello de ella y apoyó su cuerpo, todo abrigado, todo mudo y sin luchar, contra uno de los parapetos de piedra del puente.

A lo lejos, en el oeste, podía ver la gran luna, baja y sin forma; ya no tenía un aspecto enfermizo ni amarillento, sino que era fría y brillante como el acero y navegaba orgullosa y desdeñosa en un golfo negro azulado que no contenía ni una sola estrella.

Durante menos de medio segundo, la naturaleza cálida,

espesa y sostenida por Cristo del señor Geard sintió la garra helada sobre su garganta del incontenible Cerbero de la aniquilación devoradora de vida.

Agarrando con fuerza su bulto viviente y dándole inconscientemente pequeños golpecitos con el borde del candelabro plano cuya llama se movía hacia un lado con ráfagas que casi se extinguía, el señor Geard miró fijamente el frío vacío azul negruzco que rodeaba aquella luna distorsionada. Proyectó su conciencia humana como si hubiera sido una piedra lanzada desde una catapulta (sin duda, piedras de ese tipo habían sido arrojadas en los días de Bleheris desde ese mismo parapeto) hasta que llegó al costado de aquel radiante céfiro. Desde ese punto de observación en el espacio la proyectó de nuevo hasta que alcanzó la impensable circunferencia del universo astronómico. Desde ese punto vertiginoso contempló todo el mundo sideral... todo el inconcebible conjunto de materia etérea, estelar y telúrica. Al contemplar esta enormidad espantosa y desconcertante, el señor Geard, mientras daba golpecitos al bulto oscuro que sostenía con la vela ahora completamente apagada, pensó: «Mi mente tiene algo en ella, algún trasfondo, alguna base de verdad secreta, que está completamente fuera del mundo visible, fuera de toda la asombrosa visión de la Materia. Sin la existencia de ese algo más, no podría imaginarme este inmenso universo en absoluto. ¡Sin esa cosa más profunda, no habría universo!».

En ese momento, su pensamiento se convirtió de pronto

en algo completamente distinto de un pensamiento. Se sentía como la gente que, en medio de un sueño vívido, tiene la sensación de que, si quisiera, podría despertarse. Ese bulto que sostenía, esas copas de haya que había allí abajo, ese enorme contrafuerte de piedra que descendía hacia las sombras iluminadas por la luna, esa vela apagada de olor penetrante... ¡Pero si todo era medio insustancial, medio irreal! Pero el Cristo que estaba a su lado era completamente real. El Cristo que había dentro de él y a su alrededor pertenecía a una realidad que en cualquier momento podía reducirlo todo a una pizca de polvo, de polvo fino, para alimentar a las garzas de la eternidad.

Fue sacado de su trance sobresaltado por nada menos que un murmullo audible proveniente del bulto que llevaba.

–Por favor, señor Geard, déjeme entrar –suspiró el susurro ahogado–. Ya estoy bien.

La levantó sin control del borde peligroso de aquel alto parapeto y la llevó por el puente hasta la puerta del arco. Encontró la puerta entreabierta. Le resultó fácil abrirla con el pie y llevarla hacia adelante. Bajaron un escalón, bajaron otro, y luego salieron a la cálida habitación de ella iluminada por el fuego.

El fuego ardía con tanta fuerza (debió haberlo alimentado con combustible nuevo antes de abandonar la torreta) que las sábanas de la cama, enrolladas como cuando las había

arrojado hacia atrás, brillaban blancas como plumas de cisne en el resplandor rosado. La llevó y la depositó suavemente sobre esas sábanas desordenadas. Con dedos tiernos como los de una mujer, le quitó la colcha de la cara. ¡Allí estaban sus ojos grandes y divertidos; allí estaban sus rizos castaños; allí estaba su boca trémula, los labios divididos en una sonrisa tranquilizadora!

–Perdón por estar enojada –susurró–. Iré a ver a tu señorita Crow, y nos invitarás a cenar a Ned y a mí. ¿Viste el fantasma de Merlín, señor Geard?

–¿Cuánto tiempo llevas siendo una buena chica así, Lady Rachel? –preguntó.

–Desde el momento en que me levantaste del suelo –respondió ella–, pensé que vale la pena ponerse furiosa para que el alcalde de Glastonbury me lleve a la cama, así que me quedé quieta. Me gustó que me llevaras en brazos, señor Geard. Me sentí como una muñeca.

–¿Cumplirás tu promesa, Rachel, y ayudarás al señor Barter con esas pequeñas imágenes?

Ella hizo un esfuerzo para liberar sus brazos de la colcha púrpura; pero él puso su mano sobre su superficie y la detuvo.

–Buenas noches –dijo–. Encontraré el camino de regreso. Ahora hay luna.

–¡Creo que harás de Glastonbury todo lo que deseas que sea! –gritó con ojos brillantes.

Su rostro parecía tan frágil emergiendo pintorescamente de los pliegues de la alfombra y descansando sobre la sábana blanca, que, sin apenas darse cuenta de lo que estaba haciendo, se inclinó y besó su fría mejilla.

–Buenas noches, Lady Rachel –repitió.

De regreso a la enorme y oscura habitación del rey Mark, el señor Geard se dedicó a pensar seriamente en su gran plan. Las palabras de la muchacha: «Harás que Glastonbury sea todo lo que quieras que sea» habían iniciado una serie de cavilaciones que le resultó difícil detener. Para confesar la verdad, también sentía un poco de frío ahora en su frágil cama sin esa noble manta. Pero su mente regresó a esa vasta colección de folios antiguos en la habitación donde Will Zoyland lo había desafiado.

«Lo que pretendían aquellos antiguos escolásticos –pensó–, yo lo cumpliré. Toda su lógica fina está sumergida en la Sangre de Cristo; y yo haré de esa Sangre una Fuente viva en la Colina del Cáliz, a la que todas las naciones de la tierra acudirán en busca de sanación».

Intentó calentarse enrollando las sábanas alrededor de su cuerpo, de la misma manera que había enrollado la colcha púrpura alrededor de... *Nineue*. ¡Allí estaba! Los dos Seres,

la amante del viejo Mago y esta dulce joven criatura que tanto creía en el poder del pobre Johnny Geard, finalmente se habían fusionado el uno en el otro. ¡Bien! Así era como debía ser. Había algo del destino en ello. Le habían aconsejado que cabalgara hasta Mark Moor Court el día de la Resurrección de Cristo. El viejo mago había desaparecido con su Grial pagano –así dijo el Sr. Evans– en el corazón de Chalice Hill. ¡Bien! Él, Bloody Johnny, el nuevo hacedor de milagros, demostraría al mundo, antes de desaparecer, que el verdadero Grial todavía existía en Glastonbury.

Envuelto como una gran crisálida gorda en sus sábanas, con su gran rostro blanco vuelto hacia el fuego moribundo, el señor Geard esperaba ahora las primeras señales del alba.

Su larga vigilia de esa noche parecía haber dejado su cerebro preternaturalmente despejado. Empezó a repasar en retrospectiva serena la iluminación que había recibido esa noche mientras navegaba su bulto viviente al borde de aquellos abismos del espacio iluminados por la luna.

«Ahora sé», pensó, «qué es el Grial. Es algo que ha caído sobre nuestro planeta, dentro de la atmósfera terrestre que rodea Glastonbury, arrojado desde algún otro lugar...

«No sé», siguió pensando, «de qué sustancia está hecha esta cosa; o si fue arrojada a nuestra dimensión material a propósito, o por accidente, o por... Evidentemente posee radiaciones que pueden afectar tanto a nuestras almas

como... Todo aquel que cree en ella aumenta su poder. Eso, al menos, está claro, ¡sea de donde sea que haya venido!».

Miró fijamente las vigas oscuras y enormes, tratando desesperadamente de atrapar un pensamiento que lo atormentaba y lo eludía.

«A veces, en sueños», pensó, «alguna cosa pequeña e inanimada se vuelve terrible para nosotros... se vuelve tremenda y terrible... produciendo escalofríos espantosos y sudores fríos... Una vez me desperté», pensó, «gritando ¡La rama! ¡La rama! Y era una ramita pequeña, de un arbusto, lo que había visto... ¡Sólo una ramita diminuta! Creo que era de un color marrón oscuro... ¡A veces el color en estas cosas es muy importante!... Estaba doblada... ¡Sí! Estoy seguro de eso... Era una ramita pequeña, de color marrón oscuro y doblada en un extremo».

Una vez más sintió que estaba a punto de descubrir una pista tremendamente importante.

«Las pequeñas cosas inanimadas», pensó, «pueden convertirse en grandes símbolos, y los símbolos son... ¡No!», pensó, «¿qué me molesta? ¡No es eso lo que quiero decir! Me refiero a algo mucho más profundo, mucho más vivo que los símbolos. ¡Qué me molesta! ¿Qué quiero decir? Ciertos objetos materiales pueden cargarse de un poder sobrenatural. Eso es lo que quiero decir. Pueden cargarse de una especie de electricidad que es más que electricidad, de

una especie de magnetismo que es más que magnetismo. Y esto es especialmente así cuando... cuando... cuando...»

Oyó una tea medio apagada, en el centro del fuego moribundo, caer pesadamente entre las cenizas rojas; y por una fracción de segundo su corazón empezó a latir de nuevo, salvajemente, impotente, violentamente, tal como lo había hecho cuando oyó... o soñó que oía... aquella terrible voz.

“Esto es especialmente cierto cuando un número de personas, siglo tras siglo, ha creído... que el pensamiento es algo real”.

En ese momento, el proceso de pensamiento del señor Geard, mientras tiraba de la almohada para apoyar un poco la cabeza, se vio interrumpido por un remordimiento de conciencia. Su esfuerzo por colocar la almohada en una posición cómoda le llevó a pensar, a través de las siete millas de praderas bañadas por la luna, en su esposa dormida. Recordó cómo la cabeza gris de la descendiente de la Casa de Rhys siempre yacía sobre su propia almohada, a su propio lado de la cama, dejando la de él completamente lisa e imperturbable y sin quitarla nunca. Recordó lo sorprendido que se había sentido al enterarse por Crummie, a quien le encantaba desempeñar el papel de embajadora sentimental entre su madre y su padre, de que durante todo el tiempo que estuvo en Norfolk con el canónigo Crow, Megan Geard había dejado su almohada intacta en su lugar...

Pero hizo un esfuerzo de voluntad y descartó a Megan por completo de su mente, como si nunca hubieran vivido juntos. En estas profundas inhumanidades interiores, el señor Geard era desvergonzado. Este devoto de Cristo frecuentemente tomaba su conciencia por los talones y la colgaba claramente fuera de las paredes más remotas de su conciencia. Ahora trabajaba los engranajes y pistones interiores de su mente hasta que, como un gran motor abierto, con garfios apuntando hacia afuera, hacia aquellas vigas oscuras sobre él, su conciencia se ajustaba para captar una pista que lo seguía molestando y atormentando.

“El pensamiento es algo real”, se dijo a sí mismo. “Es una cosa viva”. Crea; destruye; engendra; proyecta su descendencia viviente. Al igual que ciertas formas de dolor físico, los pensamientos pueden adoptar formas orgánicas. Pueden vivir, crecer y generarse independientemente de la persona en cuyo ser se originaron.

«Durante mil años el Grial ha estado atrayendo el pensamiento hacia sí, debido al magnetismo de la Sangre de Cristo. El Grial es ahora un núcleo orgánico de creación y destrucción. La Sangre de Cristo clama desde él día y noche. ¡Sí, sí!, así continuaban sus pensamientos, «sí, ¡y que me jodan!» –éste era un extraño juramento original, peculiar del señor Geard–. «Ahora sé lo que es el Grial. ¡Es el deseo de las generaciones mezclado como agua con la Sangre de Cristo, y atrapado en un fragmento de Sustancia que está más allá de la Materia! ¡Es un pequeño núcleo de Eternidad,

arrojado de algún modo desde los espacios exteriores sobre un punto determinado!»

En ese momento, el señor Geard estiró la cabeza como una tortuga de barro y miró hacia la grieta del suelo, a través de la cual había oído a la anciana pareja de la habitación de abajo desahogarse.

«Espero», se dijo el señor Geard, «que ese sargento extremadamente nervioso no se haya olvidado de darle a mi linda reina Daisy una buena ración de avena».

XVI. EL CUENCO DE PLATA

¡Quiero un hijo tuyo!, ¿lo oyes? ¿Qué te pasa? ¡Te digo que quiero un hijo!

Fueron estas palabras de Will Zoyland –proferidas con enojo mientras subía a su auto para dirigirse a Mark Court temprano el domingo por la tarde– las que seguían resonando en los oídos de Nell mientras caminaba por Whitelake Cottage, limpiando y ordenando cosas, el lunes de Pascua.

“¿Qué le hizo pensar en eso ahora mismo?”, se dijo a sí misma. “Él no puede leer los pensamientos de una persona. No puede saberlo... ¿Cómo podría? ¡Oh, no, no, no!” La verdad era que la mujer estaba bastante segura... aunque no completamente segura... de que el hijo de Sam ya había comenzado su oscura vida embrionaria dentro de ella.

Ella le había rogado que saliera a verla hoy, sabiendo que la fiesta popular mantendría a Will en Wookey Hole. Había estado deseando con gran ansia decirle a Sam lo que esperaba. Pero ahora la atormentaba esta pregunta: ¿debería decirle lo que Will había dicho? ¿Y debería plantearle el inquietante punto de si era mejor o no fingir ante Will que ese niño, si realmente llegaba a nacer, era su hijo?

¡Oh, si Sam pudiera reunir el coraje y la resolución para llevársela, para encontrar trabajo que hacer, para poder mantenerla, a ella y a su hijo, en algún lugar, en cualquier parte, aunque fuera lejos de Glastonbury!

Que Will hiciera lo que quisiera, que se divorciara de ella, que se negara a divorciarse de ella. ¿Qué le importaba a ella mientras Sam y ella estuvieran juntos?

Desde aquella noche, había estado viviendo en un largo y delicioso trance. Sam había salido a verla sólo una vez desde entonces, y en esa ocasión había parecido absorto en sus propios pensamientos, pero había sido amable y dulce con ella y ella se había sentido tan feliz, estrechándolo contra sí, abrazándolo, estrujándolo fuerte y rápido, con esa emocionante oportunidad de todas las oportunidades entre ellos, que no lo había interrogado ni perseguido con su problema. Pero ese desafío furioso de Will, lanzado hacia ella después de que ella había logrado evadir cualquier relación amorosa seria, había destrozado su radiante sueño.

Preocupada, ansiosa y llena de temores indescriptibles, se puso a trabajar esa mañana. Se había levantado temprano, después de despertarse antes del amanecer, de un sueño perturbado (un sueño en el que soñó que en realidad era el hijo de Will y no de Sam el que acababa de iniciar sus misteriosos procesos vitales dentro de ella) y su agitación mental se había incrementado en lugar de disminuir por la naturaleza del día a medida que amanecía.

El día estaba absolutamente en calma después del viento de las veinticuatro horas anteriores, pero estaba gris y húmedo, había nubes en el cielo y densas nieblas se aferraban a los prados. Parecía que iba a ser un día festivo muy sombrío, por no decir desastrosamente húmedo.

Nell se sorprendió por los estragos que el fuerte viento había causado entre sus plantas silvestres, tan amorosamente cuidadas. Su pequeño césped, que descendía en pendiente hasta la orilla del río, estaba cubierto de ramitas y hojas de árboles muy lejanos; y también habían volado algunas tejas del techo. La quietud sepulcral del aire después de un huracán de semejante magnitud era en sí misma inquietante.

Aquel día era uno de esos días en los que los seres humanos que tienen algo en la cabeza, algo en la conciencia, no pueden abstenerse de escuchar a alguien.

Era un día en el que los culpables podían oír los latidos de

su corazón, el tictac de su reloj, el leve goteo de la más mínima gota de agua del grifo o de la cañería en el fregadero o en el barril.

Nell lavó los platos del desayuno más rápidamente que de costumbre. Hizo la cama y ordenó su dormitorio más rápido de lo que solía hacerlo. Quitó el polvo de la sala. Se arrodilló y lavó con agua y jabón el linóleo a cuadros del suelo de la cocina. Mientras hacía estas cosas, miraba a la ventana para ver si la figura de Sam se acercaba y luego apartaba rápidamente la vista de la amenazante inercia del tiempo que hacía fuera.

Pero por debajo de su preocupación por las feroces palabras de Will... tan fatalmente oportunas... y por debajo de la preocupación por su trabajo y su anhelo por que su amante viniera... seguía resonando y tarareando en sus oídos más profundos un estribillo de exaltación. "¡Ha comenzado! ¡Ha comenzado! ¡Para mí, y no para otra, ha sucedido! ¡El hijo de mi verdadero amor dentro de mí... a salvo dentro de mí... y va a crecer y crecer y crecer!"

Se sentó en el sofá y cogió un folleto encuadernado en papel que estaba allí. Era un panfleto marxista que le había dejado su hermano Dave.

Obstinadamente, trató de concentrar sus pensamientos en el formidable argumento que desplegaba esta pequeña obra. "Los niños", leyó, "son tutelados del Estado, incluso en

el vientre de su madre. La maternidad es una ocupación tan peligrosa, tan necesaria, tan importante para la sociedad, como ser campesino, trabajador de fábrica, minero. El matrimonio religioso es una superstición burguesa, groseramente entremezclada con la iniquidad histórica de la propiedad privada. Ninguna criatura humana tiene derecho a reclamar la posesión de la persona de otro. Los niños son creación de la Naturaleza, pero su bienestar es responsabilidad del Estado. Cuando la vida del feto es...

Mientras Nell leía estas palabras, un pánico repentino se apoderó de ella. Algo surgió de aquellas frases compactas, oficiales y enfáticas que era mucho más formidable que su significado obvio. Sentada allí, con su brillante vestido de primavera de color amarillo azafrán, cubierta con un holgado mono verde claro, de repente empezó a temblar de pies a cabeza. Sus dientes empezaron a castañetear y levantó las manos y se las apretó contra los oídos, como si oyera los pies de un ejército de verdugos marchando. En realidad, no había comprendido en absoluto el impacto de lo que leía, pero algo en el tono de lo que leía –su aire de irreversibilidad y fatalidad– la llenó de un terror ciego.

Los dientes le castañeteaban tan fuerte que se llevó las manos a la boca. Sus temblores hicieron que la falda de su vestido amarillo azafrán se moviera levemente, como el ala inferior de la polilla que los niños llaman Alas Amarillas, cuando el viento la atrapa. Se vio atrapada en un largo proceso fatal de la Naturaleza del que no había salida,

ninguna escapatoria posible. Ahora sentía la íntima cualidad de su propia personalidad privada; sentía a la Nell con la que había vivido toda su vida adulta, la Nell del pelo suave, la boca apasionada, los pechos llenos, la Nell con la manía de plantar flores silvestres en un jardín, la Nell que amaba fregar pero odiaba cocinar, la Nell que solía soportar un marido y ahora idolatraba a un amante, la Nell que detestaba a su marido.

La Nell que le gustaba leer y usar la aguja, la Nell que prefería soñar junto a las ventanas abiertas a hablar junto a las chimeneas encendidas, la Nell que siempre encontraba las naranjas tan dulces y la mermelada tan amarga, y ahora, mientras comenzaba a arrugar entre sus dedos ese odioso panfleto escrito por hombres que no sabían nada sobre mujeres, le parecía que esa Nell que era tan querida para ella, cuya expresión en el espejo conocía tan bien, esa Nell cuyos dientes limpiaba, cuyo cabello cepillaba, con esos pequeños detalles que eran sus modales, ya no era suya, ya no era su posesión privada. Ese cuerpo blando, cada parte del cual contenía nervios secretos propios, ahora estaba comprado y vendido. Sí, sí, estaba entregado, atado y encadenado, a un destino ineludible que había sido preparado, millones de años atrás, no para la Nell que ella conocía, sino para las mujeres en general; ¡Una fatalidad que necesariamente la conducirá cada vez más profundamente hacia el lodazal crudo, pesado, monstruoso e impersonal de la creación brutal!

Arrugó el desafortunado panfleto hasta formar una bola de papel y lo arrojó al fuego. Se sintió mejor después de haberlo hecho, pero todavía sentía que era más de lo que podía soportar oír a cualquier hombre, incluso a Sam, el establecer reglas para la vida humana. Ciega, muda e inarticulada, sintió que algo surgía dentro de ella que, si pudiera expresarlo, haría volar por los aires todas las instituciones del mundo. «Mi vientre ha concebido», era el meollo de lo que ansiaba gritar en voz alta, «y os digo que esto es algo que ha roto todas vuestras leyes. Es un milagro; ¿me escucháis? Ha ocurrido un milagro. Y soy yo, no ninguno de vosotros, los que murmuráis, miráis, examinadores e inspectores, ¡yo soy la que le dice al mundo cuál es el secreto de la vida!».

Entró en la cocina y cogió una naranja de un cuenco que había sobre la cómoda. Metió el dedo índice en la parte superior de la naranja hasta hacer un agujero redondo y profundo. Metió en el agujero uno, dos, tres terrones de azúcar y, apretando con fuerza entre los dedos la pegajosa y fragante cáscara amarilla, apretó la boca contra el agujero y chupó frenéticamente, manteniendo los dientes lo bastante cerrados para empujar el azúcar medio derretido, pero aspirando el dulce jugo hacia la boca. Se colocó delante del fuego y miró fijamente las brasas rojas, apretando, chupando y tragando.

El calor del fuego la reconfortó cuando le llegó a las piernas y a la piel; y cuando llegó el momento de abrir la naranja y enterrar la cara en su interior azucarado,

arrancando con los dientes la pulpa pegajosa de la cáscara amarga, descubrió que todo su humor había cambiado por completo.

Arrojó la piel de naranja a las llamas y, arrebujiándose en su mono, se acercó aún más a los barrotes, dejando que el calor se extendiera a la mayor parte de su cuerpo que pudo y aspirando con lujuriosa satisfacción el olor de la piel de naranja quemada. Empezó a impacientarse por Sam. Pensó en cómo lo besaría cuando la sostuviera en sus brazos. «Le besaré los ojos», pensó. «Es agradable cuando cierra los ojos». Y luego pensó: «Me encanta cuando mueve la barbilla hacia arriba y hacia abajo, cuando se preocupa por cualquier cosa».

Pero Sam no llegó. Era la una y media y se dijo: “Debería ir a buscarme algo para comer, pero no lo haré”.

Puso más brasas en el fuego y se acercó al sofá y se tumbó en él. Desde la ventana podía ver un fragmento del jardín; ¡qué oscuro estaba y qué terriblemente gris y silencioso!

Tenía un absceso en la encía, encima de una de las muelas, y empezó a dolerle mucho. La succión de la naranja debía de haberlo provocado. Lo buscó con la lengua. De pronto empezó a sentirse más ocupada con esta molestia insignificante que con Sam, su hijo, Zoyland o el extraño clima que hacía afuera. Cerró los ojos. Por fin, mientras presionaba la lengua contra la encía dolorida, la invadió una

somnolencia que casi la desmayó. El dolor en la boca se convirtió en algo completamente distinto de su personalidad; y cuando sus pensamientos errantes volvieron a la vida embrionaria dentro de ella, eso también parecía algo completamente externo e independiente de ella.

Y entonces, antes de que se diera cuenta de lo que había sucedido, Sam había llegado. Antes de que ella se despertara del todo, él le había dado un abrazo feroz, violento, demasiado fuerte y sin aliento para ser llamado tierno, demasiado breve para ser llamado apasionado; y allí estaban, sentados en el sofá uno al lado del otro, mirándose desesperados, confundidos e impotentes.

Ella ya le había contado lo del niño.

–¿Estás completamente segura? –murmuró.

Y ella asintió enfáticamente.

Algo en su actitud la había impulsado a seguir hablando de ello de una manera que nunca había tenido intención de hacer. ¡Era una lejanía en él, diferente de todo lo que ella había conocido! Era como si hubiera estado vestido de pies a cabeza con una armadura de malla invisible; y no sólo eso, sino que se hubiera bajado la visera, a través de la cual sus pequeños ojos de oso desconcertados la miraban, perplejos, ambiguos y con una película obstinada sobre ellos.

Todo era tan terriblemente diferente de lo que ella había

esperado. Sus pensamientos sobre lo que él haría habían sido muy vagos. Pero, a su manera soñadora, se había alimentado de la fantástica esperanza de que él le gritaría de inmediato: “¡Ven, mi verdadero amor! ¡De ahora en adelante nada nos separará!”.

Pero él no había hecho nada parecido. Y en lugar de que él hiciera algo parecido, ella se encontró explicándole apresuradamente que, si ella actuaba con cierta discreción en un asunto tan delicado, Will Zoyland naturalmente pensaría que el niño era suyo.

–*¿Lo haría?* –preguntó Sam, como si, incluso entonces, su mente no captara realmente el significado de lo que ella estaba diciendo. Debió haber sido en ese momento cuando la ola de indiferencia soñolienta que la había invadido antes de que él llegara, ejerció una vez más su fatal poder paralizante; porque ella parecía paralizada, como la gente en sueños, e incapaz de atravesar la misteriosa barrera que los separaba.

Se había sorprendido adoptando un tono casi de disculpa por su estado, ¡como si su amante tuviera derecho a estar enojado con ella por ello! Se había sorprendido explicándole que, incluso si Will Zoyland no estaba absolutamente convencido, la existencia de una duda en su mente no lo haría actuar violentamente o bruscamente, si ella no se levantaba de su cama hasta que todo estuviera más avanzado.

Fue entonces cuando Sam dijo: “¿Estás segura de que es nuestro?”

La brutalidad de esta pregunta le hizo llorar, pero se limitó a mirarlo con reproche y murmurar: «¡Claro que es nuestro, tonto!».

Pero la idea repugnante había cruzado por su mente, mientras él formulaba esa pregunta directa: “Supongamos que yo no supiera de cual de ellos era”

El alivio de saberlo –y, en la medida de lo posible, saber más allá de toda duda que era de Sam– le resultó ahora, para su aturdida inteligencia, un consuelo tal, después de aquella idea diabólicamente horrible, que puso aún más énfasis en su plausible argumento de que todo seguiría con total naturalidad y como si fuera de su marido.

–Pero supongamos que es como yo cuando nace... –Sam tuvo reparos en intervenir con una solemnidad casi cómica.

–¡Oh, aún no ha nacido, desgraciado! –respondió ella en un tono bastante voluble.

Y después de eso hubo un intercambio de tiernas y medio humorísticas especulaciones entre ellos sobre si su desconocido vástago sería un niño o una niña; y Sam había dicho que esperaba que fuera una niña; y ella había dicho (pensando todo el tiempo: «¡Qué diferente es esto de lo que pensé que sería!») que si él realmente quería que fuera una

niña, ella la haría niña, ¡sin pensar en nada más todo el tiempo!

Y entonces empezó el problema entre ellos. Sam empezó hablándole una y otra vez de una experiencia sorprendente que había tenido recientemente... algo relacionado con una loca y el tendero de antigüedades el Jueves Santo, cuando estaba subiendo Wirral Hill con John Crow y Tom Barter; pero él era tan torpe para expresarse, y ella tan lenta para captar el sentido de sus pensamientos, que se irritaron mutuamente, como suele suceder con tanta facilidad entre las personas ingenuas, por su mutuo malentendido mucho antes de que él llegara al verdadero punto peligroso de lo que estaba tratando de decirle.

–Es algo que me viene rondando desde hace tiempo, Nell –dijo, apretando la mano con tanta fuerza sobre la de ella, en su afán por expresarse con claridad, que le lastimó los dedos–. No es religión en el sentido de mi padre, porque no creo... en nada... en absoluto.

–Me gusta mucho, mucho tu padre –añadió Nell.

“No, no”, continuó, “no es religión en su sentido, porque no creo en ninguna de esas cosas”.

Sabía que se estaba expresando de manera pobre y poco convincente, de hecho infantil; pero lo único que podía hacer era seguir lastimando sus suaves y amorfas manos de

colegiala con su agarre muscular.

Su propia mente estaba tan entumecida que el diálogo entre ellos, a medida que avanzaba la tarde oscura y silenciosa del Lunes de Pascua, le habría parecido a cualquier figón tan incoherente como la charla de un par de internos en ese Asilo Estatal tan temido por Mad Bet.

–No es que considere a Cristo simplemente como un hombre común –afirmó Sam en un tono dialéctico agudo–. Lo considero como un Dios. Pero lo considero como un Dios entre otros dioses. Lo considero como un Dios que está en contra de la crueldad del gran Dios Creador. Lo que me ha dado un sentimiento tan extraordinario de felicidad estos últimos días es la idea de que desde que Cristo fue torturado hasta la muerte por los romanos para complacer a los judíos ha habido una compañía secreta de discípulos que han creído en sus métodos de lucha contra el cruel Dios Creador... estos métodos suyos... simples y sin embargo muy difíciles de entender... hasta que llegas... a una iluminación repentina... como San Pablo... sólo que la mía me llegó en Silver Street, al final del camino, donde se pueden ver los olmos sobre el muro...

–Suéltame la mano, me estás haciendo daño. –Se llevó los dedos a la boca roja y enfurruñada cuando él la soltó. Sin duda los había dejado sin sangre.

Empezó a tener hambre. «Ojalá pudiera ir corriendo a la

cocina y poner la tetera sin herir sus sentimientos», pensó. «Qué raros son los hombres. Ya se ha olvidado por completo de que lo he convertido en padre».

–No creo en la Iglesia, Nell –continuó Sam–, como lo hace mi padre. No creo en el Credo en absoluto. Pero creo en la Misa, lo que en nuestra Iglesia llamamos el Sacramento. Creo, como dice en latín, *en Verbum caro factum est*, la Palabra se hizo carne.

–Creo que voy a poner la tetera al fuego –murmuró ella, sin darse cuenta de la ironía de esas últimas palabras, que en su mente no tenían ninguna relación con la «palabra hecha carne» que había en ella. Tenía tanta hambre y ansiaba desesperadamente una taza de té que, cuando él pronunció la palabra «credo», tenía en la punta de la lengua un grito tembloroso y prolongado, de modo que las grandes sílabas latinas cayeron en oídos sordos.

Sin duda, Sam, el naturalista, había sido superado por Sam, el teólogo; pero en él había un fuerte instinto animal que ahora atravesó la armadura espiritual que lo cubría como un aura ceñida o como un cuerpo etérico. Atravesó esa aura con tal salto que la muchacha se asustó.

–¡Yo te lo pongo! –gritó de repente, levantándose de un salto.

Corrió a la cocina y ella lo oyó vaciar y llenar la tetera; y

luego lo oyó golpear la tapa de hierro de la estufa mientras la apartaba con el atizador pequeño que ella tenía para ese propósito y colocaba la tetera en su lugar.

“Ni siquiera se ha fijado en cómo está el fuego”, pensó. Con un suspiro de cansancio se levantó y lo siguió.

Ella lo sorprendió mirándola desde la ventana de la cocina cuando ella entró, una mirada extática, como la mirada de un niño de pueblo mirando al payaso del circo.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, poniéndole el brazo sobre el hombro. Quería que la acariciara y le dijera lo maravilloso que había sido convertirlo en padre. En lugar de eso, él se apartó de su toque.

–Oh, cuando te lo haya contado todo, entenderás, querida Nell –dijo–, por qué no puedo ser como antes. –Le dio la espalda y salió de la cocina. Se dirigió a ciegas al sofá en el que habían estado sentados cuando ella murmuró algo sobre la tetera. Y ella lo siguió sumisamente hasta ese sofá tan familiar.

Ella hizo un movimiento como para sentarse en su rodilla, pero él la rechazó, agarrándole la muñeca con ruda violencia y tirándola hacia su lado.

–Por eso es que realmente vine a verte, Nell; para ser absolutamente franco contigo; como siempre lo somos entre nosotros, ¿no es así?

Pensó amargamente para sí misma que si hubiera sido menos franca con él esa tarde, si no hubiera dicho ni una sola sílaba sobre su condición, él no habría actuado en lo más mínimo de manera diferente a como estaba actuando ahora.

Un leve escalofrío, como el que la había invadido cuando leyó el panfleto de su hermano, la invadió. ¿Su querido Sam... iba a unirse a ese gran ejército de hombres que la miraban fijamente? Hombres, hombres, hombres con muñecas peludas y pechos peludos, hombres con rodillas duras y afiladas, hombres con cerebros como imprentas, entre los cuales ella tenía que correr el guante... y tomar su lugar... y su hijo tenía que tomar su lugar... en un Estado regimentado, ordenado, no por la Naturaleza, sino por la Ciencia tiránica.

¿Qué era lo que decía Sam ahora?

Y aunque, por supuesto, siempre te amaré, y tú siempre serás mi verdadero amor, y nos veremos con la misma frecuencia que ahora, he llegado a la conclusión de que no es correcto que te haga el amor nunca más. El placer que obtengo de ese tipo de cosas es tan intenso para mí –puede que no sea así con otras personas, pero sí lo es conmigo– que mata este nuevo sentimiento.

Ni una lágrima asomó a sus ojos. No se abrieron ni cerraron, ni se movieron, ni parpadearon ni temblaron. Sus manos permanecieron quietas sobre su regazo, tal como

habían estado cuando él las soltó por primera vez. No las apretó ahora, ni se puso a mano los pliegues sueltos del delantal verde que cubría su vestido amarillo azafrán.

Se obligó a mirar a los ojos de ese hombre que hablaba, a los ojos de ese hombre-máscara, cuyo mentón, al pronunciar sus palabras poco amables, imitaba las contracciones familiares del mentón de su querido Sam.

Su sencillez de naturaleza era tal que el golpe en sí mismo le reportó una recompensa. No la atormentaba la duda. Su Sam se había transformado en otra persona. Su Sam se había transformado en un Ser que se llamaba a sí mismo el amante de un Dios llamado Cristo y que, en adelante, pensaría que estaba mal amar a Nell Zoyland. Nell no le dio importancia a lo que él decía sobre seguir amándola, y que estaría mal "hacerle el amor". Tal era su carácter, tal era su concepción del amor, que "hacer el amor" significaba simplemente amar, y no "hacer el amor" significaba simplemente no amar.

-No... entiendo... del todo... querido Sam.

La rodeó con el brazo y la apretó contra sí, y permanecieron así durante un rato en triste silencio, mientras fuera de sus muros nada se movía excepto el fluir del río que era como un canal sin fondo, tan oscuro que vertía su caudal, como si la sombría realidad de los bajos cielos grises y sus tristes profundidades se le hubieran transferido para aumentar su desolación.

–Sam querido, ¿te agradé la primera vez que me viste?

Aquella inocente cuestión que se habían intercambiado, pregunta y respuesta, tantas veces ya, se había convertido en un ramillete familiar que se pasaba de uno a otro para olerlo y pasarlo de nuevo cuando no era el momento de caricias más ardientes.

Ahora bien, cuando las caricias debían ser renunciadas por completo, este ramillete visible adquirió un significado conmovedor.

Había realmente lágrimas en los ojos de Sam cuando levantó su mano hacia sus labios y juró que le había gustado antes de verla; que había soñado con ella, por la descripción de Penny Pitches, cuando escuchó su nombre por primera vez.

Ella hizo un pequeño movimiento y se acurrucó más cerca de él para que el calor de su cuerpo fluyera hacia el suyo. Su delantal verde estaba abierto a los lados y, cuando se apoyó contra él, él pudo ver (¡ah, y también sentir!) la firmeza redondeada de su corpiño amarillo mientras un suspiro profundo expandía sus hermosos pechos.

Sólo obligándose a pensar en aquella Sombra torturada que flotaba sobre el tejado de su padre, sólo obligándose a visualizar las huellas reales de los clavos en las manos de aquella Sombra, tuvo la fuerza para ponerse rígido y no

ceder, tuvo la fuerza para mantener alejada de sí aquella dulzura pegajosa. Pero su naturaleza entera se conmovió de tal manera que gruesas lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas; varias de ellas alcanzaron incluso su mentón tembloroso. Eran lágrimas de miserable compasión por él y por ella; y por algo más que ellos mismos. En la presión de aquella hora oscura, pesaba sobre él todo el peso del trágico dolor del mundo mientras oscilaba sobre su eje. La soledad del arroyo frío y gorgoteante que había afuera, con aquel cielo triste reflejado en él, el silencio de aquella pequeña casa que los encerraba en medio del silencio más grande de los amplios páramos; todas estas cosas fluyeron hacia el corazón de Sam hasta que sintió que iba a romperse. ¡Haber recibido una dulzura tan estremecedora y tener que apartarla con sus propias manos! Sabía que sería duro, pero esto era peor de lo que había imaginado. La sensación de que su apasionada unión había creado una nueva vida, una vida que era el nudo de su entrelazamiento, hacía que pareciera que se estaba cometiendo un ultraje contra ambos, un ultraje desgarrador, doloroso, despiadado, que debía abrir una herida roja en el Tiempo mismo, ese Tiempo resbaladizo y suave, esa larga serpiente negra que se deslizaba bajo sus pies. Ella seguía haciendo pequeños movimientos desgarradores para aferrarse más a él, y él tenía que poner toda su voluntad en el brazo que la sostenía, para mantenerlo rígido, para convertirlo en una espada entre ellos.

“Pensé que estarías contento cuando supieras que iba a tener un hijo”.

Me *alegro*, Nell. Tu hijo será el único que tendré en mi vida. ¡Y me alegro de que sea tuyo! Zoyland puede ser generoso... quiero decir, más adelante... cuando las cosas sean diferentes.

“No puedo creerlo... Sam... cuando te miro sentado tan cerca de mí ... que has dejado de amarme... justo cuando estoy segura de nuestro hijo”.

Sam era el extremo opuesto de un casuista moral. Habría sido mejor para Nell que su conciencia hubiera sido más sensible y su pasión menos fuerte. Fue la fuerza de su pasión por ella lo que hizo que la cuestión entre ella y Cristo le resultara tan clara.

En estas sutiles relaciones humanas, Sam mostraba la obtusidad brusca de una bestia, una bestia con mucha menos conciencia que un perro fiel. En ese momento era, en efecto, un oso del bosque, un oso que rechazaba un tesoro de miel silvestre en aras de la colmena de jardín que había encontrado.

Nell estaba demasiado aturdida en ese momento para percibir algo más que ese cambio fatal en él; pero más tarde, cuando tuvo tiempo de pensar, se sorprendió de la falta de escrúpulos con la que estaba dispuesto a permitirle engañar

a Zoyland acerca del bebé. Fuera lo que fuese lo que lo había tocado con su terrible hechizo, lo había dejado tan sin moral como un salvaje. No quedaba nada humano en él al que una muchacha pudiera apelar.

En su mente en ese momento parecía haber sólo dos alternativas: poseer a Nell o ser poseído por Cristo. Una concepción de un mes, un amor de un año, ¿qué eran esto al lado del éxtasis, la exaltación ciega de compartir los sufrimientos de un Dios?

“Sam... Sam... ¡Ámame otra vez! ¡Ámame otra vez!”

Él emitió un extraño y pequeño sonido gutural y apartó la mirada de ella para mirar hacia la ventana. En ese momento se oyeron pasos en el camino de ladrillos de afuera y un golpe seco en la puerta.

Ambos se pusieron de pie de un salto; y Nell, después de un momento de vacilación y una rápida mirada alrededor de la habitación, fue hacia la puerta y la abrió.

¡Allí estaba Perséfone Spear!

La muchacha alta y equívoca entró furtivamente y en silencio, cerrando la puerta tras de sí. Su aparición lo cambió todo en un instante. Provocó que en Nell y Sam aflorara esa curiosa irritación ciega, única en la vida, que la invasión de un extraño provoca en el alma de dos personas sumidas en una disputa nerviosa.

Perséfone llevaba su habitual capa de gamuza y debajo un jersey gris y una falda negra. En la cabeza llevaba un gorro de lana oscuro y ajustado. Sin duda estaba de un humor agitado y dogmático, tiránico. Se movía inquieta por la pequeña habitación, desoyendo las súplicas de Nell para que se sentara. Se acercó al pequeño piano de campo que el marqués de P. había regalado a los Zoyland con motivo de su boda y pasó los dedos por las teclas desafinadas y melancólicas. –¿Qué es esto? –dijo, recogiendo la tapa suelta del panfleto que Nell había quemado–. ¿Lo ha dejado Dave? Entonces se acercó y se paró frente a ellos, mirando por la ventana. –¿Qué va a hacer? –preguntó, frunciendo el ceño–. Es el peor día que hemos tenido desde que estoy aquí. Es un día terrible. Había un tono en su voz que reducía el clima a un molesto apéndice de la vida humana, a un perro molesto que se portaba mal. Luego se apartó de la ventana y se acercó al fuego. –¿Por qué no quemas más leña, Nell? –dijo–. Da mucho más calor que este miserable carbón. –Entonces, antes de que Nell tuviera tiempo de responder, sacó un libro de la estantería de Will Zoyland–. ¿Tu William lee Arabia Deserta? ¡No! Puedo ver que no. No está cortado. –Pasó las páginas irritada–. ¿Sabes cómo llamaría Doughty a una pequeña criatura como tú, Nell, en esta tienda beduina? ¿Te llamaría Bint? Esa es una buena palabra, ¿no? ¡Para describir a una dulce niñita como tú! –Devolvió a Doughty a la estantería con un violento empujón y se apresuró de nuevo a la ventana–. Parece que hoy va a llover a cántaros. “Nunca he visto nada tan miserable, excepto mi vida”.

Puso en estas últimas palabras tanta amargura que Nell se sobresaltó y salió de su irritación y de su propio dolor.

–¿Qué pasa, querida Percy? ¿Las cosas van mal? ¿No quieres quitarte el abrigo?

Sam se levantó e hizo varios torpes intentos por ayudar a la inquieta intrusa a quitarse la capa. Cuando se la quitó y ella se paró frente a ellos, delgada y erguida con su jersey y su falda, tenía un aspecto cálido y juvenil, como el de una joven patinadora, con venas que hormigueaban y un color brillante, que contradecía por completo su pesimismo.

–Te ves muy bien, Percy –dijo Nell–. De todos modos, no es tu salud lo que está mal.

–Estoy completamente fuera de mí, querida –replicó la otra–. Me he sentido mareada y rara todo el día. Supongo que es esta diabólica oscuridad que hay en el aire y que no se acaba. ¡Me gustaría contar hoy cuánto la detesto!

Su forma infantil de hablar del tiempo tenía algo que tranquilizaba vagamente tanto a Nell como a Sam. Ambos habían estado sintiendo un elemento de fatalidad en la atmósfera exterior; y el petulante desapego de Percy hacia los elementos y su concentración en su disputa personal con la vida le devolvieron esa sensación de que el mundo era maleable y de que todo era posible.

–¡Parece como si hubiera interrumpido una pelea de

amantes! –exclamó de repente la muchacha, con una risa forzada, echando hacia atrás su hermosa cabeza.

Perséfone había tenido dos peleas feroces aquella Pascua: una con su marido y otra con Philip; y su estado de ánimo actual era de furiosa rebelión contra todos los hombres, combinada con una ternura enternecedora por todas las mujeres. Con un impulso repentino, se dirigió al pequeño piano de Nell y, tras tocar sin rumbo durante unos momentos, se sumergió en las notas de una canción melancólica. Al cabo de un momento, empezó a cantar y a tocar. Su voz era sorprendentemente conmovedora cuando cantó las palabras:

“Pena de mujer por el pecho de una mujer
¡Los vientos aúllan fieros sobre Dunkery Beacon!
El corazón late débil en su triste inquietud.
Y las rodillas flaquean.

“Cabello de mujer para ataduras de mujer.
¡Las olas rompen salvajes sobre Lui Worth Cove!
Cúbrete tu rostro y deja de llorar.
Y calma tu amor.

“El vientre de una mujer junto al agua de Lodmoor
¡La escarcha hiere con fuerza la cabeza de Nariz Blanca!
Lo mejor para el niño, es que yazca muerto.

“Lágrimas de mujer para secar las lágrimas de una mujer
¡La larga noche persiste en la llanura de Salisbury!
El amor no puede alcanzarte donde yacerás,
ni ningún dolor.

“Huesos de mujer para atender a una mujer.
¡El amanecer húmedo se aproxima a Wirral Hill!
Ya no ahorra ni gasta más, ella yace quieta.
“Polvo de mujer para el asombro de una mujer
¡Las frías estrellas brillan en las nieves de Mendip!
Un montículo de hierba, pero ¿quién yace debajo?
Nadie lo sabe.”

La canción terminó; pero su hechizo no se rompió durante un par de largos minutos.

–¿Es esa una canción antigua? –preguntó Sam.

–¡De ningún modo! ¿No te das cuenta de que tenemos nuestro propio poeta de Wessex? ¿No has oído hablar del joven Edward Athling de Middlezoy? Se ha hablado lo suficiente de él y de Lady Rachel como para que se hiciera famoso, aunque su poesía no lo haya hecho.

Sam miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Ya eran casi las cuatro. «Tendré que dejarlos y volver andando», se dijo. «Tengo que estar en casa de esa mujer a las cinco y media». Se puso de pie con pesadez. El movimiento que hizo sacó a Nell de la pasividad lamentable en la que la canción la había sumido.

–¿Te vas a ir, Sam? –gritó lastimeramente–. ¡Puede que te vayas, y tú y yo aún no hemos intercambiado ni una palabra!

En ese momento, Perséfone también se puso de pie. Era

tan alta como Sam cuando se paró frente a él, pues su figura encorvada estaba un poco inclinada hacia adelante y sus largos brazos colgaban sueltos, como los de un gorila.

Ella colocó uno de sus brazos alrededor del cuello de Nell de manera protectora, acariciando la barbilla de la mujer.

–Supongo –dijo lentamente, mirando desafiante a Sam–, supongo... que la has dejado... ahora... con un hijo.

–¡No se lo dije, Sam, no se lo dije! –protestó Nell.

–Ella no lo sabe –gritó con voz áspera y fuerte–. ¡Sabes que no lo sabes con certeza, Nell! Es demasiado pronto. Sólo es...

Pero terminó la frase repitiendo sus primeras palabras: “¡Es demasiado pronto para estar tan seguros!”

–De todos modos, has herido sus sentimientos de manera abominable –dijo Perse secamente.

–Siempre es mejor –dijo Sam con calma, aceptando la mirada resentida de la muchacha con un frente impasible– que las personas que se aman, como Nell y yo, resuelvan sus problemas a solas. –Hizo una pausa y había algo parecido a un brillo humorístico en sus pequeños ojos–. Tal vez... no te importaría... ir... al jardín o a la... cocina por un minuto o dos.

Perséfone se apartó bruscamente y retrocedió a través de la habitación hacia la escalera.

–Bueno, sigue, Sam Dekker –exclamó sarcásticamente–. Sólo tienes que tratar con una «puta». Sigue explicando... sin tener la menor idea de lo que piensa y siente Nell. –Se volvió al pie de la escalera y lanzó su último dardo con una vehemencia injustificada–. El hecho es que has encontrado a una de las chicas más felices de Somerset, ¡y la has convertido en una de las más infelices!

El hosco nativo de Glastonbury, convertido en una especie de hombre tan singular, con un ejercicio de autocontrol que hacía que su temblorosa mandíbula inferior pareciera positivamente infrahumana, le respondió en voz baja.

–Vamos, si consideras tan poco a los hombres, ¿no estarás exagerando un poco mi importancia?

–Bueno, espero que nunca tengas un hijo –soltó una risita cínica que, sin embargo, tenía un matiz histérico–. ¡Espero que Nell tenga siete hermosas niñas con Will Zoyland, y que ninguna de ellas permita que ningún hombre se acerque a ellas!

–¡Percy! –jadeó Nell consternada, pero al notar lo pálida que estaba Percy mientras avanzaba hacia ellos, su tono cambió a otro de preocupación–. ¡Percy, estás enferma! ¿Qué te pasa?

Percy le tendió la mano a Sam. –Te pido disculpas, Sam. No te tomes en serio nada de lo que diga hoy. La verdad es que

yo también he tenido mis propios problemas y eso me ha molestado bastante. Me atrevo a decir que... estás... bien.

Se dejó caer en la silla más cercana. –¿Tienes whisky, Nell?

Nell le hizo una señal a Sam para que fuera a buscar la bebida. Cuando él le entregó el whisky, su rostro expresó auténtica preocupación genuina y eso no pasó desapercibido para Perséfone.

–Oh, estoy bien –jadeó, ahogándose un poco y derramando la bebida sobre su jersey gris. Luego le entregó el vaso y, reclinando la silla hacia atrás, estiró sus largos brazos en un gesto de absoluto cansancio, con los dedos apretados.

–¡Maldita sea! Lo siento –murmuró, dejando caer los brazos de nuevo. Volvió a colocar la silla en su posición natural y, tapándose la boca con la mano, bostezó de forma extravagante. Luego se puso de pie–. No sé qué me pasa hoy –dijo–. No, no, no quiero sentarme, Nell. He estado sentada demasiado tiempo hoy. Miren, los dos, ¿no les gustaría ir a Glastonbury en coche? Los traeré de vuelta aquí... a uno de ustedes... a los dos... tal como quieran. Pero sería un cambio tomar el té en la ciudad. ¡Vamos! ¡Os invito! Vayamos a la casa de los peregrinos y pasemos un rato divertido.

Sam hizo constar su promesa de estar en casa de Tittie Petherton después del mediodía, a las cinco y media.

«Crummie Geard ha estado cuidando a la mujer hoy, mientras la enfermera se toma unas vacaciones», explicó. «Desde que los Geard han mostrado interés en ella, está mejor. Ahora se levanta y se acuesta, aunque, por supuesto, no puede ponerse bien y sigue sufriendo mucho. El señor Geard siempre puede hacer desaparecer su dolor, pero es un truco de magia y no me gusta ese hombre».

Sam empezó a caminar de un lado a otro de la habitación, con el ceño fruncido y perplejo. Las dos chicas lo observaban. Se miraron rápidamente, de manera femenina; una mirada tan antigua como las tiendas de pelo de camello de la Arabia desértica; una mirada que decía: “¡Mira cómo estos profetas masculinos del Señor se niegan el crédito unos a otros!”.

–No lo puedo entender –continuó Sam, murmurando sus palabras como si hablara consigo mismo–. El hombre habla de la Sangre de Cristo de una manera casi jocosa, pero ahuyenta el dolor de Tittie Petherton. ¡Lo he visto! He visto a la mujer quedarse dormida, pero hay algo malo en él para mí. Mi padre no piensa así.

Mi padre le dio el sacramento una vez. Mi padre lo aprecia bastante y se alegra de que visite a Tittie. ¡Pero yo no estoy tan seguro! A veces siento como si, cuando ahuyenta su dolor, lo hiciera por el poder del Diablo... sólo que... –aquí Sam sonrió con una sonrisa bastante infantil–, ¡sólo que yo no creo en el Diablo!

Las dos muchachas se habían acercado al sofá y estaban sentadas una al lado de la otra, con el brazo de Percy alrededor de la cintura de Nell.

"Podría ayudarte con esa mujer enferma tan bien como Crummie Geard", fue el comentario de Nell sobre su discurso.

–Prometí llevar a Tittie a casa de su tía, la anciana señora Legge –dijo Sam.

–¡Esa mujer! –gritó Percy. Miró a Nell–. ¿Sabes quién es la señora Legge?

–Miren, ustedes dos –dijo Sam, haciendo caso omiso de su pregunta–, ¿por qué no vienen conmigo a casa de la señora Legge? Está en los barrios bajos, ya saben, pero habrá algún tipo de té.

–¡No quiero ir en absoluto! –balbuceó Nell–. Preferiría quedarme sola aquí.

–Sé que lo harías –dijo Perséfone–, y que también llorarías hasta quedarte sin lágrimas. Lo sé. Pero el punto es que eso es lo peor que podrías hacer. Sé que no puedo persuadirte; pero tal vez si se te mete en la cabeza que si lo hicieras, seguramente arruinarías la víspera de Sam, podrías hacer lo que quisieras.

Media hora más tarde, los tres corrían hacia Glastonbury:

Perséfone conducía su coche a un ritmo imprudente; Nell observaba el rostro de Sam con un intenso y desconcertado escrutinio; y Sam mismo sacaba ansiosamente su reloj cada minuto o dos y exclamaba: "No quiero apresurarte... pero si pudieras pasar de esa cosa, estaríamos..."

Perséfone siguió persuadiendo a Nell de que acompañarlo a la respetable pero completa fiesta de Madre Legge no haría ninguna diferencia para la dama que la estaba dando. "Si ella lo espera a él y a la señorita Geard", dijo, "supongo que no le importará que vayamos".

Nell se mostró más tímida. –Ve con Sam, Percy, y yo iré a ver a Dave. Sigue en la misma habitación, ¿no?, donde estabas tú antes. No veo cómo podemos invadir la casa de esta mujer... tantos de nosotros... y sin una palabra de invitación.

Percy estalló en una carcajada salvaje al oír esto. Ahora estaban de pie sobre los adoquines del exterior de la ruinoso casa gótica de la señora Petherton, y la chica alta se inclinó sobre la barandilla de madera, donde John Crow había planteado por primera vez a Barter la idea de traicionar a Philip y pasarse al bando de Geard. Se entregó a un ataque de risa tan violento en ese lugar destartado y sucio lleno de pocilgas y charcos, que las lágrimas corrieron por sus mejillas convulsionadas.

–¡Bien! Entraré en la casa ahora –dijo Sam–. Por supuesto,

puede que esté demasiado enferma para salir. Supongo que será mejor que ustedes dos esperen aquí hasta que la saque. Iba a llevarla en taxi, y tal vez sea lo mejor ahora. Pero entraré y veré.

Apenas había desaparecido cuando un taxi se detuvo junto a su coche. En el interior del vehículo había una figura acurrucada, pero el conductor se bajó, se tocó la gorra y les preguntó si ésa era la casa donde se encontraba el señor Dekker.

–Señoritas, les he llamado directamente desde St. Michael’s Inn –declaró con cierta vergüenza. Luego regresó rápidamente a su taxi, miró por la ventanilla cerrada durante un segundo y regresó a su lado.

–¿Crees que está borracho? –susurró Nell a su compañera.

–Estoy en una situación delicada, señoras –murmuró el hombre–. Ha venido conmigo una mujer, contra todo sentido común. Está muy nerviosa. Estaba en el bar conmigo porque está vacaciones y le gusta estar conmigo en vacaciones y comer algo. Pero oyó que mi jefe me decía: «Solly Lew», dice mi jefe, «aquí hay una orden de la vicaría. Es para recoger al señor Sam Dekker en casa de Tittie Petherton y llevar a tres personas a casa de la señora Legge, a Paradise». Y tan pronto como esta pobre mujer loca oyó el nombre del señor Dekker, ¿qué tuvo que hacer su desvencijado cuerpo sino subirse al taxi? ¡Y nada de lo que

yo pudiera hacer podría sacarla! Y ahora estoy terriblemente preocupado por lo que me dirá el señor Dekker cuando le diga que hay una mujer loca en el taxi.

Las dos damas miraron nerviosamente hacia la ventanilla del taxi. Sí. ¡Solly Lew había dicho la verdad! Allí, justo dentro, con su cara tocando el cristal de la ventanilla y sus ocho nudillos huesudos apoyados contra la parte inferior del marco, estaba el rostro salvaje y de mirada fija de Mad Bet.

Llevaba un sombrero más grande que de costumbre, todo decorado con nomeolvides artificiales, en honor al Lunes de Pascua; pero cuando estiró su delgado cuello hacia adelante para mirar a las dos damas, este apéndice se inclinó un poco hacia un lado, traicionando a sus ojos atónitos el hecho de que su cráneo era tan liso y blanco como un huevo sin romper.

Las muchachas se habían acercado a la ventanilla del taxi (Nell con su mano temblorosa en la muñeca de Percy), pues Mad Bet les estaba haciendo señas confusas a ambas, mientras Solly Lew miraba con melancólico interés el coche de la señora Spear, cuando tres figuras doblaron la esquina de la vieja casa. Crummie sostenía a la mujer inválida a la izquierda, mientras que Sam la sostenía a la derecha.

Las chicas se apresuraron a ir a su encuentro, al igual que el nervioso taxista. Una expresión de desconcierto y agravio se dibujó en el rostro de Sam cuando se enteró de esta nueva

complicación. Había sido un gran esfuerzo lidiar con Tittie, pero esto era realmente demasiado. Sin embargo, evidentemente no había nada que hacer más que llevarse a Mad Bet con ellos. Frustrarla ahora parecía peor que cualquier agitación posterior.

–Pero, por supuesto –protestó Nell–, no podemos, no podemos entrometernos todos en los asuntos de la señora Legge. Es demasiado pedir que alguien pueda recibir a tantos completos desconocidos.

Percy intervino de nuevo. –Simplemente no conoces Glastonbury, Nell –susurró ansiosamente en los oídos de Nell mientras Sam ayudaba a la mujer enferma a subir al Ford–. ¡Las fiestas del Lunes de Pascua de la Madre Legge son una costumbre tan fija como el espectáculo del alcalde! El hecho de que tenga una casa al lado llena de habitaciones, con el joven Tewsy como portero, no le impide entretener a todo el mundo en su propia casa. Ciertamente...

Sam la interrumpió y cruzó apresuradamente los oscuros adoquines que separaban al Ford del taxi, ansioso por ponerse en marcha. –He subido a la mujer a su coche, señora Spear –dijo–. Tiene un dolor terrible y dudo que deba irse.

Pero tan pronto como abrió la puerta del taxi, Mad Bet salió corriendo de él.

–¿Dónde está el otro caballero? –gritó desesperadamente,

agarrando a Sam por el brazo—. ¿Dónde está mi corazón astuto, mi corazón noble, mi lindo muchacho, mi gorrión picoteador, mi adorable y correcto niño tonto? ¿Dónde está el otro caballero? Usted sabe a quién me refiero, señor Sam. ¿El que bailaba y hacía cabriolas con Bessie cuando había luna llena? ¿El que quería hacerle daño a la pobre Bessie bajo el Árbol de la Vida, en Wirral Hill?

—¿Te refieres al señor John Crow, Bet? —replicó Sam con la seria y meticulosa consideración del naturalista fiel, cuyos ejemplares deben ser tratados con respeto en todas las circunstancias—. Bueno, ven conmigo y con la señora Zoyland y tal vez encontremos al señor Crow en la fiesta de la señora Legge.

Los dos vehículos por fin se pusieron en movimiento: Perséfone Spear conducía a Crummie y a la señora Petherton en su Ford, mientras que Solly Lew llevaba a Sam y a Nell, junto con Mad Bet, en su taxi.

En muchos barrios de Glastonbury, cuando se acercaban las seis de la tarde de este lunes festivo, se producían interrogantes sobre quién debía asistir y quién no a esta famosa fiesta en el Paraíso. El señor Evans opinaba, en efecto, que en esta parte de Somerset existía una tradición antimoral que se remontaba a tiempos muy antiguos. Declaró que esta fiesta del Lunes de Pascua era la última reliquia que sobrevivía de una antigua costumbre druídica de prostitución religiosa; que incluso hubo algo parecido en los

días de Arturo; que el propio Grial siempre estaba custodiado por vírgenes que no eran vírgenes; y que la hermana de Arturo, la famosa Morgan Le Fay, no era mucho mejor en su época que la anciana señora Legge de hoy.

La madre Legge nunca invitó a nadie. Sus parientes personales en la ciudad, que eran muchos y en su mayoría pobres y más respetables que ella, acudían en masa. Les emocionaba observar los modales de la nobleza que acudía y los vestidos de las damas, y aunque la madre Legge era notoriamente tacaña con la comida, era bastante generosa (quizá por razones profesionales generales) con la bebida.

Red Robinson, junto con su piadosa madre, la ex sirvienta episcopal, se encontraban entre aquellos cuyas mentes estaban concentradas en el Paraíso esa tarde. Red era demasiado pobre para ir a Weymouth o a Weston-super-Mare a pasar el día como hacían tantos de los trabajadores, porque la fábrica municipal, donde ahora estaba empleado, no podía competir con la Crow Dye-Works en lo que pagaba a sus trabajadores.

Tan pronto como terminó de comer, la señora Robinson empezó a hablar de la fiesta de la señora Legge. Al no ser gente de Glastonbury, tanto ella como su hijo estaban completamente desconcertados, en presencia de este fenómeno social. Esta extraña mezcla de ricos y pobres, de personas respetables y de mala reputación, en una fiesta ofrecida por una persona que, como Percy le había dicho a

Nell, no era muy diferente de una «madame», era algo inexplicable para esta familia de Londres.

La señora Robinson –así lo explicó ahora con cierto detalle– tampoco había “encontrado nunca nada parecido” en sus refinadas experiencias en el gran palacio rodeado por un foso de Wells.

–No me importaría ir a ver cosas tan fantásticas –anunció la señora Robinson–. Cuando haya descansado un poco, daré un paseo por la calle y tal vez me deje caer por allí para tomar una copa con la señora Cole. Si no tuviera un aspecto tan diabólico, me sentaría en uno de esos altos asientos de hierro de Wirral y contemplaría el paisaje. Este nuevo alcalde debería tener una banda tocando en Wirral Hill, igual que en los pueblos vecinos, pueblos que tienen teatros y cuadros y también algo de vida en ellos.

–Bueno, mamá, creo que me voy a poner en marcha –dijo Red Robinson–. No estoy tan entusiasmado como tú con este asunto del paraíso. Supongo que tendrás que atar cabos en alguna parte si te lo pasas bien con la abuela Cole.

Se levantó, cogió su gorra y su abrigo (porque la tarde parecía decididamente amenazante), hizo un gesto a su madre y se marchó.

Se dirigió a una parte de la ciudad que estaba en las afueras de Paraíso, y avanzando con rapidez y cautela por una calle

angosta hacia una vivienda de aspecto lúgubre, hizo una visita, no del todo inesperada, a “esa mujer Morgan”, como siempre la llamaba el *Western Gazette*, sobre cuya existencia había estado tratando de preocupar a Philip Crow.

Sin duda, Red Robinson era, en el fondo, más jacobino que comunista. Es decir, sus sentimientos revolucionarios no fluían en un ritmo tranquilo, implacable, paciente y científico, sino que estaban febrilmente deseosos de herir y causar sufrimiento a los enemigos del pueblo, fuera que ello beneficiara o no a la causa.

El odio de Red Robinson hacia Philip Crow estaba creciendo rápidamente hasta alcanzar dimensiones de monomanía. Para él era una vergüenza y un insulto que el nuevo alcalde lo reprendiera y que sus actividades secretas se descubrieran y se desviaran de su camino. No le gustaba, no entendía al señor Geard, y fue sólo la pura presión de la necesidad económica lo que lo impulsó a aceptar un trabajo en ese taller municipal. Era odioso encontrar a Barter como su jefe una vez más. Detestaba los aspectos artísticos y mitológicos del trabajo que tenía que hacer. Desconfiaba del éxito del plan. En lo más profundo de su corazón añoraba un trabajo que no tuviera ningún sentido idealista. Lo que lo impulsaba a hacer estas visitas cada vez más frecuentes a la señora Morgan era una emoción que estaba camino de convertirse en un impulso que escapaba a su control.

Estaba intentando persuadir a la madre de la pequeña

Nelly –que, a su modo, seguía siendo una mujer hermosa– para que se entregara a su lujuria. «Lujuria» era la palabra adecuada para ello, pues el corazón de Red Robinson había sido monopolizado por Crummie, y Crummie, desde su malentendido con su padre, se había vuelto tímida con él.

Pero era una lujuria aterciopelada, una lujuria con manchas de orquídea, una lujuria oscura, deliciosa, temblorosa, enloquecedora, que sorprendió al propio hombre por su intensidad. En su corazón había dicho: «¡Al diablo con todos ellos! Mientras me quede con Blackie» (tal era el apodo tierno y juguetón que Red le había dado a su futura puta), «¡algún día tendré la oportunidad de derribar al mendigo!». Pero el elemento maniático y obsesivo de su plan pronto empezó a desbancar al elemento práctico. Día y noche se contaba historias de cómo sería cuando convenciera a Jenny Morgan de que se entregara a él; y estas historias no eran del tipo que correspondiera a ninguna ternura por la mujer. Por desgracia, «la mujer Morgan», a menos que estuviera borracha, odiaba a Red Robinson. Y cuando estaba borracha se derretía en un sentimiento lloroso al recordar a su marido muerto. No había ninguna posibilidad, borracha o sobria, de que la mujer Morgan permitiera a Red disfrutar de ella en su propio pisito. Su única posibilidad era llevarla a algún lado. Y Red la visitaba ese día con la idea de llevarla a esa casa contigua a la de Mother' Legge, cuyos rumores habían excitado su lascivia cockney.

Estaba nervioso por la aventura; y fue porque sintió vagamente que el bullicio general de la fiesta del Lunes de Pascua haría que fuera natural para él llevar a la mujer a ese lugar, que eligió esta tarde para su intento.

Al llegar a su apartamento, Red descubrió que la madre de Nelly estaba apenas en la primera fase de su habitual estado de embriaguez. ¡Hasta ese punto, la suerte estaba a su favor! Red se encontraba en un estado febril de anticipación. La idea de satisfacer su lujuria con el cuerpo de la amante de Philip Crow despertó en él algo cuya intensidad lo llevó más allá de su control y por completo fuera de sus límites normales. En verdad, Red había cavilado tanto sobre su odio hacia Philip y había alimentado tan apasionadamente la idea de lastimarlo a través de la madre de su hija, que la idea de disfrutar de la mujer por ella misma, incluso si *estaba* achispada, lo hacía sentir literalmente enfermo de excitación. Su compromiso a medias con Crummie Geard, ahora roto, sin que él supiera por qué, había atormentado sus sentidos mientras lo mantenía comparativamente casto. Y para colmo de males su propósito aquella tarde era, así lo pretendía en su furia, que se vengaría de Crummie y de Philip si conseguía satisfacer su atormentado deseo con aquella criatura otrora guapa y confusa por la bebida.

El odio cada vez más intenso que sentía por Philip se había mezclado de tal modo con su lujuria por la joven de Philip que formaron juntos una pasión completamente nueva para la que no hay nombre en la actualidad. Mientras se afeitaba

por la mañana, cuando iba al pequeño retrete de madera en el jardín trasero de su madre, cuando hacía una pausa en su trabajo en la fábrica municipal, murmuraba para sí mismo en voz baja: «¡Me la comí! ¡Me la comí! ¡Me la comí! ¡Me la comí! ¡Me la comí!».

No cabe duda de que cuando, a su modo cockney, utilizaba la palabra «comí» en lugar de «odio»⁵¹, esta curiosa diferencia entre dos sonidos monosilábicos no dejaba de tener su propia y débil repercusión psíquica en su organismo nervioso. Entre el sentimiento humano expresado por la palabra «odio» y el sentimiento expresado por la misma palabra sin la aspiración puede haber poca diferencia; y, sin embargo, probablemente había alguna diferencia infinitesimal, que una nueva ciencia –a medio camino entre la filología y la psicología– podrá algún día dilucidar. Algunos dirían que cuando Red murmuraba para sí mismo, mientras se lavaba, mientras se afeitaba, mientras excretaba, mientras trabajaba, mientras caminaba, mientras se acostaba, mientras se levantaba, «¡Me lo comí, me lo comí!», lo que realmente concentraba en su mente era el estado emocional –simbolizado por una sensación en su mandíbula inferior– indicado por la palabra del diccionario «odio»; pero parece que ésta era una solución demasiado simple y fácil del problema.

Sea como fuere, podemos imaginar cómo latía el corazón

51 Juego de palabras entre I eat (comí), e I hate (odio).

del hombre cuando por fin, después de una prolongada lucha con la muchacha (la madre de Nelly Morgan tenía ahora sólo unos treinta años) se encontraba en la entrada de la casa contigua a la de la señora Legge.

La mujer era de tez mucho más oscura y aspecto mucho más extranjero que su hija. Su rostro estaba descolorido y tan desfigurado por el trabajo duro y la bebida que, durante el día, tenía esa particular demacración que la luz de la luna produce a veces en los rostros humanos. Los restos de su belleza eran como un arco destrozado cuyas figuras esculpidas han sido desfiguradas por el viento y la arena. Unos ojos grises, tan grandes que por momentos daban un efecto casi grotesco, miraban hacia el frente contemplando el mundo con melancólica vacuidad. Red obtenía una curiosa satisfacción del apodo cariñoso que le había puesto, que sólo se atrevía a utilizar en su rostro cuando ella se encontraba en ese estado temprano y favorable de embriaguez en el que él había logrado atraparla esa tarde. Incluso entonces no pronunciaba la palabra como solía hacerlo en sus sueños lascivos de posesión, cuando gritaba: «¡Sí, Blackie! ¡Sí, Blackie! ¡Sí, Blackie!» una y otra vez. Ahora llamó tímidamente al llamador de la puerta que tenía delante, pues no había campana.

–¡Ya sabes lo que es, Blackie! ¡Ya has hecho ruido!

En ese momento, Blackie, a pesar de su confusión y de su estado de embriaguez, empezó a darse cuenta, al ver que

varios transeúntes la observaban, de que el señor Robinson, en su ignorancia de las costumbres locales, había elegido una hora muy poco apropiada para su «corto tiempo» en ese lugar de reunión. Después de un período de espera muy incómodo, la puerta se abrió por fin un poco y allí estaba el joven Tewsy en la estrecha abertura. El anciano los dejó entrar sin decir palabra, siguiendo su manera habitual, es decir, utilizando una especie de suave rapidez y abriendo la puerta sólo lo justo para que entraran y cerrándola en el mismo instante en que estuvieron dentro.

Pero una vez en el pasillo, donde no había nada que calmara el nerviosismo de Red Robinson excepto un pequeño busto maltrecho de una cabeza humana inexpresiva, de pie sobre una mesa desvencijada y con la palabra "Peel" sobre su pedestal, el joven Tewsy se puso desconcertantemente locuaz. De hecho, comenzó a explicar, en un apresurado susurro de disculpa, "que, como hoy era la fiesta de la señorita, se estaban limpiando todas las habitaciones y no se iba a dejar ninguna; no, ¡ni siquiera si el mismísimo Lord P. quería utilizar una!"

Blackie miró al joven Tewsy con una expresión de desconcierto; mientras que Red, al mirar el busto de «Peel» sentía que le gustaría escupir sobre él, experimentaba un anhelo tal de tener *una habitación*, que cualquier habitación, grande o pequeña, fría o cálida, alfombrada o sin alfombra, parecía una dispensación de la providencia más allá de toda esperanza mortal.

Si la medio borracha señora Morgan se hubiera interesado por esa delicada región nerviosa de la mente humana, donde la filología y la psicología fusionan sus márgenes, le habría resultado fascinante observar las pequeñas diferencias entre el cockney burgués del norte de Londres del joven Tewsy, criado en la metrópoli, y el cockney proletario del este de Londres de Red Robinson; pero en lugar de tales observaciones, lo único que sintió esta triste mujer de treinta años, mientras escuchaba el prolongado susurro que se producía entre aquellos dos hombres en aquel pasillo lúgubre y sucio, fue una oleada de infinito e indescriptible hastío de la vida. La madre de Nelly Morgan, cuando sus ojos oscuros se desviaron del busto de Peel a los pantalones remendados del joven Tewsy, sintió en ese preciso momento un deseo muy claro y muy definido de estar muerta. Cuando una mujer estaba muerta y a salvo, ya no había necesidad de regateos sobre una habitación en la que pudiera ser legal e ininterrumpidamente sometida a un trato indecente.

En ese momento, sin embargo, Blackie tenía una gran ventaja sobre esos dos caballeros de Londres: había nacido en Glastonbury. Al principio estaba demasiado borracha para que se le ocurriera aprovechar esa ventaja, pero de pronto empezó a sentir, a medida que se volvía más sobria y más disgustada, que nada la induciría, *nada*, a pasar «un rato» en esa casa a solas con el señor Robinson. Pero ¿cómo escapar? Porque estaba quedando claro que el joven Tewsy, ablandado por la transferencia de media corona del bolsillo

de los pantalones de fiesta de Red al de sus propios pantalones de trabajo de la casa, estaba cediendo un poco. Una inspiración se apoderó de ella. Se volvió con valentía hacia el joven Tewsy y exigió que la llevaran de inmediato a presencia de su empleadora.

Los ojos de Red se abrieron de par en par. Los del joven Tewsy, por el contrario, se entrecerraron hasta convertirse en pequeños puntos de confusa diversión. Dudó un momento, mirando alternativamente a uno y a otro.

–Entonces el caballero debe esperar –murmuró–. Debe esperar justo donde está, hasta que la traiga de vuelta aquí.

La imaginación del señor Robinson imaginó instantáneamente un dormitorio cálido y bien iluminado, libre de la intrusión de los hombres de los Estados Británicos y bendecido, por así decirlo, especialmente para su deleite, por la suma sacerdotisa de los placeres lascivos.

–La esperaré con mucho gusto –exclamó con entusiasmo, pensando para sí mismo–. No puede cobrar más de cinco chelines. –Ve con él, cariño –dijo–. ¡No tardes mucho, cariño!

Evidentemente, había una entrada de una casa a la otra, pues el joven Tewsy procedió a escoltar a la dama por el poco prometedor tramo de escaleras que se alzaba lúgubrememente frente a ellos.

Red Robinson se fijó un tiempo de espera.

Esperó con emoción durante cinco minutos, con esperanza durante diez minutos, con paciencia durante un cuarto de hora. Entonces empezó a experimentar una gran consternación. Subió con cautela las lúgubres escaleras hasta el primer rellano.

Allí encontró una ventana sin cortinas que daba a los suburbios de Glastonbury, hacia el horizonte oriental. Era una tarde extremadamente sombría; pero el fondo de la vista que el señor Robinson contemplaba con enojo estaba ocupado por la imponente y noble torre de San Juan. Red Robinson se propuso maldecir esa torre. Maldijo a los hombres que la habían fundado, que la habían construido. rezado bajo ella, o que hacían sonar las campanas. Maldecía al Dios imaginario que se alzaba allí, tan macizo y tan cuadrado, para saludar esos cielos sombríos y amenazadores. Maldecía su rica arquitectura y a los abades más ricos que la habían diseñado. Maldecía sus contrafuertes, sus bóvedas, sus arcos, sus pináculos, sus remates.

Si el fantasma de un constructor medieval, con una mirada perversa hacia los grotescos salvajes, hubiera despojado al señor Robinson de sus ropas cockney, lo habría encontrado en un estado de furiosa excitación fálica. Su frustrado disfrute de Blackie corría, hervía y fermentaba por todas sus venas. La imagen de su gran enemigo, Philip Crow, se burlaba

de él desde la Torre de San Juan. Los sentimientos que encontraron su expresión humana en el monosílabo "comió" espumeaban y hacían espuma como un ácido vertido sobre la mampostería de la Torre de San Juan. "¡San Juan Bautista!", pensó. "¡Cómo me los comí! ¡Me los comí a todos como el infierno!"

La peculiar mezcla de su odio por Philip y su insaciable lujuria por la chica de Philip se endureció y se tensó mientras permanecía de pie ante aquella ventana sucia hasta que se convirtieron en una entidad demoníaca. Ninguna gárgola de ninguna torre gótica, y ciertamente no de la torre que estaba contemplando, igualaba en malicia retorcida, entrelazada con la furia de la lujuria, a este demonio psíquico oculto bajo la pulcra ropa de fiesta del señor Robinson. Sentía como si la pasión que lo llenaba pudiera en cualquier momento rasgar sus ropas, abrir en canal su frágil cuerpo y dispararse por encima de los tejados del Paraíso hacia aquella odiosa torre. Arrasando todo Glastonbury, todo su pasado, todo su futuro, en la construcción cuadrada que se espesaba y oscurecía allí ante él contra el sombrío este.

Se imaginó a sí mismo como el líder de una turba salvaje de hombres ocupados en destruir con martillos y mazos todos los edificios viejos del "atestado lugar".

Entonces, él lo borraría todo. Araría el terreno donde había estado y lo esparciría con cenizas. Recordaba de las primeras lecciones que había recibido en su internado en Londres que

algo así solía hacerse con las ciudades ofensivas. ¡Y esto era lo que *él* haría! Arrasaría todo. Araría la tierra. Le esparciría cenizas. ¡Esos viejos sabían una cosa o dos!

Cuando hubo reducido el lugar a un montón de tierra arada, cuando hubo rociado esa tierra con cenizas, con desperdicios de todos los cubos sucios del callejón de su madre... entonces disfrutaría de Blackie en la mejor habitación de la Posada de los Peregrinos. Entonces gritaría: "¡Sí, Blackie!", y Blackie gritaría: "¡Te quiero más que a él, que a ese hombre guapo y hambriento!"

El señor Robinson debió permanecer al menos veinte minutos en esta ventana, en el primer rellano de la "puerta de al lado" de Mother Legge.

Su orgía imaginativa fue interrumpida por la voz del joven Tewsy desde el salón de abajo.

–¡Señor! ¿Está aquí, señor? ¿Dónde está, señor?

En su sorpresa al no encontrar a ningún hombre donde había dejado a un hombre muy impaciente, en esa casa de "habitaciones" para el deleite de los hombres, el joven Tewsy olvidó sus modales –es decir, olvidó su acento del norte de Londres– y volvió a recaer en su adquirido Somerset shire, la lengua de su larga residencia en Glastonbury.

–¡Maldita sea! ¿Dónde te escondes? ¡Esto es una estación de tren!

Red Robinson bajó apresuradamente las escaleras.

–Su dama estará con la señora en esta fiesta, señor –dijo el joven Tewsy. Dicho esto, se dirigió a la puerta que daba a la calle y la mantuvo entreabierta, mirando furtivamente hacia afuera para asegurarse de que no había nadie en la siguiente entrada.

Al señor Robinson le resultó evidente que lo estaban llevando con cortesía pero con firmeza a un mundo “sin habitaciones”.

“¿No era ella la que venía a buscarme? ¡No me han invitado, maldito idiota!”

–Tenía que decirle, señor –dijo el joven Tewsy con dignidad y reserva, pero con ojos brillantes–, que las damas lo llamarán cuando lo necesiten.

Mientras decía esto, continuó manteniendo la puerta abierta, abriéndola sólo lo suficiente para el paso de un solo caballero cuyos hombros no fueran muy anchos.

–Entonces devuélveme esa media corona, viejo bribón, y no te atrevas a reírte de la gente que no tiene mala intención... ¡o un día de estos alguien convertirá tu sonriente rostro en cenizas!

La ira del señor Robinson era como el agua que empezaba a gotear de una bolsa de papel. Empezó con unas gotas:

«Devuélveme esa media corona», siguió con un chorro fino de ira: «Ríete de la gente que no tiene mala intención», y luego la bolsa de papel estalló.

El joven Tewsy abrió la puerta de par en par. Ésta fue la única represalia que se permitió, aunque fue más una réplica de lo que el señor Robinson se imaginaba, pues en toda su experiencia como portero, el joven Tewsy sólo había hecho esto una vez antes: y fue cuando hizo salir al padre del señor Wollop, aquel viejo mercero de mala reputación.

–¡Fuera, señor! –dijo el joven Tewsy lacónicamente–.
¡Fuera!

En realidad, el señor Robinson no podía hacer otra cosa que salir. Pero al salir, lanzó una mirada tan furiosa al ex interno del asilo Wells que el anciano se echó hacia atrás como si hubiera recibido un golpe vil.

Red Robinson caminó por la calle sin mirar atrás. “¡High te hará pagar por esto! ¡High te hará pagar por esto, mi bella perra!”

Pero el desdichado hombre tenía que decidir ahora dónde tomaría el té y cómo pasaría la velada. Decidió ir a ver si Sally Jones estaba en casa. Sabía que la señora Jones lo admiraba, y había un pálido placer en ciertas inocentes libertades que Sally a veces se permitía. Había recibido el tipo de afrenta que hace que la compañía de una persona durante las

próximas horas resulte extremadamente desagradable, así que se apresuró a dirigirse a la casa de los Jones, como un gato mal mordido que regresa malhumorado al familiar revestimiento de madera de su habitual cacería de ratones.

Pero no encontró a nadie en casa excepto a Jackie Jones, que ya había tomado su té y estaba estudiando gravemente su libro de geografía en la mesa de la cocina.

–¿Qué es un estuario, Red? –preguntó Jackie después de que Robinson hubiera esperado allí durante una hora, esperando contra toda esperanza el regreso de la viuda y su hija.

–¿Estuario? –repitió el hombre–. ¿Estuario, dijiste? –Fue a la puerta, la abrió y miró hacia afuera–. ¡Estuario! –anunció hacia el callejón vacío–. ¡No hay nadie!

La hospitalidad de la señora Legge fue amplia y variada. Tiltie Petheron, que sufría mucho, pero no tanto como para verse obligada a abandonar la reunión, estaba sentada en un sillón junto al fuego con una de las mejores alfombras de la señora Legge sobre las rodillas. Allí luchó por reprimir sus gemidos y disfrutar de esta ocasión memorable.

Mad Bet se comportaba con un maravilloso autocontrol, debido enteramente a la presencia de John Crow, quien no sólo hablaba mucho con ella, sino que hablaba con ella más que con cualquier otra persona en la habitación.

Después de que el señor Robinson se marchara de “mi pequeño lugar de al lado”, como llamaba la señora Legge cortésmente a su Templo de Venus, el joven Tewsy cerró con llave y pestillo este dudoso anexo y regresó a la vivienda principal para ayudar a atender a los invitados de su señora. Todas las habitaciones de la planta baja de esta casa (la más grande y la más antigua de Paradise) estaban abarrotadas de gente; y habría sido una discriminación significativa entre los antiguos residentes de Glastonbury saber quiénes eran las personas que acudían.

Como ya se ha dicho, la madre Legge era generosa en bebidas pero tacaña en comida. Sin embargo, incluso las bebidas se limitaban al whisky y la ginebra y a un brebaje de la propia señora al que llamaba Bridgewater Punch (Ponche del agua del puente); entre cuyos ingredientes se destacaba sobre todo el tipo particular de ron picante que utilizaban los marineros.

Sam Dekker, impulsado por lo que, en su sincera sencillez, consideraba la actitud adecuada para un neófito en la santidad, hizo todo lo posible para que Nell Zoyland y Crummie Geard se interesaran por sus respectivas personalidades. Esto habría sido más difícil (pues la mente de Nell todavía estaba aturdida por el cambio en él y preocupada por la certeza de que, dijeran lo que dijeran, estaba realmente embarazada) si Crummie no hubiera sido una muchacha excepcionalmente bondadosa. Crummie captó el secreto de la tristeza de su rival con una penetración

psíquica casi digna de su padre y se "expuso" a ser dulce con ella. Y cuando Crummie hacía esto, había pocas mujeres (y ciertamente no hubo hombres) que pudieran resistirse a sus modales persuasivos.

Así, la mente sencilla de Sam se sintió eminentemente gratificada, como si hubiera logrado esta consumación por algo parecido a un milagro, cuando vio a las dos muchachas finalmente sentadas una al lado de la otra, comiendo galletas Osborne y sorbiendo con caras irónicas el famoso ponche Bridgewater, como si fueran viejas amigas.

Madre Legge, demasiado corpulenta para ser de gran utilidad con sus grandes bandejas de plata, pronto se instaló cómodamente en un sillón, frente a la pobre Tittie, desde cuya posición de soberanía recibió tanta reverencia como su dignidad y, hay que confesar, también su lengua rabelesiana fue exigida espontáneamente.

Era una mujer enorme, morena, de papada y ojos grises pequeños y astutos, que parecían más bien apuntar a ver lo que quería evitar que a ver lo que quería ver. Atraída tanto por John Crow como por el señor Evans, la madre Legge deseaba tener a ambos hombres a su lado. Sin embargo, como era la anfitriona y ambos hombres estaban ocupados cada uno con una dama, el señor Evans con Cordelia y John con Mad Bet, pasó algún tiempo antes de que la madre Legge consiguiera su deseo. Pero al final lo consiguió y lo consiguió tan completamente que John quedó atrapado en

un gran taburete entre su codo derecho y el fuego, mientras que el señor Evans quedó en la picota sobre una silla de respaldo alto sobre su mano izquierda, de perfil hacia el fuego.

El fuego –y podéis estar seguros de que esta vieja hechicera lo sabía bien– es un imán seguro para el magnetismo de los hombres excitables y un sedante seguro para los nervios de los hombres cascarrabias; y ahora, con el fuego como segunda supermujer para prestarle ayuda, Madre Legge se salió con la suya con sus invitados favoritos.

Todas las luces de la sala de recepción de esta enorme Sacerdotisa de la Inmoralidad colgaban del techo en forma de dos candelabros colosales de cristal tallado, que quemaban gas dentro de enormes globos con figuras de debajo de los cuales colgaban los festones más pesados de colgantes prismáticos que John había visto nunca. Mientras miraba con cautela por la habitación en los momentos en que su portentosa captora –que parecía una gigantesca Gargamelle que buscase información de Ponocrates⁵²– estaba ocupada con el señor Evans, John aprovechó la ocasión para observar que no había nada en esa habitación de techo alto que le molestara, excepto las contorsiones físicas de la pobre mujer que tenía enfrente, a medida que su dolor, intensificado por su incapacidad para moverse del

52 Gargamelle y Ponocrates, son respectivamente la madre y el profesor de Gargantúa, de los libros sobre Gargantúa y Pantagruel de Rabelais.

lugar donde la habían colocado, se hacía cada vez más intenso. Esos espasmos bajo la alfombra, esos tics en ese rostro demacrado, le resultaban difíciles de soportar, aunque nadie más que Crummie, que de vez en cuando se levantaba y se acercaba a ella, parecía darse cuenta de sus sufrimientos.

Sam ya había abandonado el apartamento, sintiéndose obligado a estar donde menos le gustaba estar, es decir, entre los *pequeños burgueses* de la reunión, que consumían té, pan y mermelada en las mesas con manteles de las otras dos habitaciones. La visión del desinterés consciente de Sam habría irritado la mente pagana de John tanto como lo habrían hecho los manteles y los feos bebedores de té. Allí, en esa gran sala, tan brillantemente iluminada por los candelabros centelleantes, cada persona y cada objeto parecían encajar en una deliciosa armonía.

Ya había bebido suficiente ponche Bridgewater para sentirse excepcionalmente sereno, y mientras observaba a Nell Zoyland y Crummie, Percy y Blackie, el señor Wollop y Cordelia, Dave Spear (que para su asombro acababa de llegar) hablando con Mad Bet, y Tom Barter, que ahora estaba absorto en una profunda conversación con una bonita camarera de los Peregrinos, toda la escena flotaba y brillaba ante él en un increíble lujo de significado. Las personas y los objetos, tal como los miraba ahora John, parecían transferidos del confuso y dinámico revuelo de la vida a algo que estaba justo por debajo de la vida; algo que

estaba allí todo el tiempo, pero que necesitaba unos cuantos vasos de ponche Bridgewater para poder salir silenciosamente y mostrarse como la esencia eterna.

Esta vieja casa de la señora Legge había pertenecido en tiempos pasados, antes de que Paradise fuera sobreconstruida, a una famosa familia del oeste del país llamada Camel. Algunas partes de ella eran aún más antiguas y estaban asociadas con ese Richard Atwelle que está enterrado en la iglesia de San Juan y de quien se dice: "Este Atwelle hizo mucho esfuerzo por esta iglesia y le dio una hermosa vivienda que había construido en la ciudad". ¿Quién puede decir qué habrían sentido las sombras graves de estos viejos Camel y Atwelles aún más viejos si hubieran podido ver a la compañía presente? A John Crow ni siquiera se le ocurrió preguntarse qué sentirían los futuros habitantes de esta espaciosa habitación, camaradas tal vez de la Comuna de Glastonbury, si pudieran mirar atrás y ver la escena existente.

A la izquierda de John, detrás de su anfitriona y el señor Evans, había dos ventanas altas, cubiertas ahora por pesadas cortinas negras que caían de grandes barras de madera pintadas de rojo.

Cortinas similares colgaban sobre la puerta, pero ahora estaban parcialmente corridas.

En las paredes había cuadros al óleo, toscamente pintados,

de los antiguos registradores de Glastonbury, cargo que con el tiempo dio paso al de alcalde. Estos antiguos dignatarios contemplaban ahora aquella abigarrada asamblea con esa inefable complacencia que sólo el paso del tiempo combinado con los pigmentos al óleo crudos y descoloridos puede proporcionar.

Pero su presencia daba un toque necesario; como también lo hacía el papel tapiz marrón oscuro y mohoso, una reliquia de los días de los Camels; y los marcos negros desde los cuales miraban fijamente estos burgueses; y la gran mesa de caoba desnuda en el centro de la habitación.

Mientras John miraba soñadoramente sus rostros, ellos parecieron mirarlo con una mirada que decía: “Cuando un registrador de Glastonbury muere, pasa a una tierra donde a los hombres de sólido valor se les permite despreciar al vulgo, sin remordimientos de conciencia ni reproches de los sacerdotes”.

Así miraban a John Crow el viejo Peter King, cuyo tío era John Locke, el filósofo; así miraba Fortescue Tuberville, así miraban Edward Phellips, Davidge Gould, Henry Bosanquet, Edmund Griffiths y William Dickinson; y a John le parecía que había algún secreto residual de la experiencia humana que ese grupo particular de seres humanos, los vivos y los muertos, podían revelar, si tan sólo con una boca misteriosamente ancha, como la boca de algún gran salmón sabio y pontificio del río Severn –un verdadero registrador

entre los peces– pudieran pronunciar una palabra. John pensaba que sería una palabra que permitiera la imperfección humana, que procediera de la imperfección humana; sí, e incluso *exigiría* la imperfección humana. Sería un deber que exigiera mezquindad, debilidad, mezquindad, vulgaridad, vanidad, complacencia, vulgaridad, mediocridad, convencionalismo, presunción, hipocresía; antes de que pudiera surgir el pleno significado de la vida humana.

John se preguntó por un momento a quién de toda esa reunión de gente podría hablar de esa inspiración suya –esa revelación sobre el valor de la inconsistencia, la complacencia, la debilidad, la tontería, la vanidad– que ahora derivaba de la contemplación de los invitados de la Madre Legge, tanto vivos como muertos; y decidió que la única que lo entendería sería Mad Bet.

«Tengo que ir a verla en un minuto», pensó. «No podrá soportar mucho más los discursos del primo Dave. ¡Cómo me mira! Tengo que ir a decirle lo que acabo de pensar antes de olvidarlo. ¡Maldita sea! ¡Se está yendo... se ha ido! ¿Qué *era*? ¿Podría ser que la pereza, la autocomplacencia, el autoengaño, incluso la estupidez, sean *necesarios* para comprender la vida en su esencia? Eso suena bastante tonto. ¡Cómo me miran sus ojos!».

Volvió su mirada suplicante hacia aquellos viejos registradores, cada uno de los cuales había sido reunido con paciente trabajo para la señora Legge por el Número Dos.

«¡Registradores de Glastonbury!», pensó. «¿Es mi destino aprender de ustedes el secreto del valor místico de los lugares comunes? No, no puede haber sido sólo eso. Aunque *estuvo muy cerca de serlo*».

Su mente errática se encontró ahora jugueteando con la monstruosa idea de cómo sería abrazar a una mujer tan vieja y horrible como Mad Bet.

Sintió cierta sorpresa porque esa idea –tan extrañamente ajustada estaba su actitud nerviosa– no le causó ningún encogimiento terrible. ¿Se debía a que, por naturaleza, se sentía más atraído por los hombres que por las mujeres? «¿La forma en que le hago el amor a Mary –pensó– es una señal de que todo el tiempo estoy pensando en ella como si fuera un muchacho?»

–¡Evans! –dijo de pronto en voz alta, dirigiéndose a su amigo y moviendo su taburete un poco hacia delante para poder ver el grotesco perfil romano del galés–. ¡Evans! ¿Crees que sería posible hacerle el amor a una mujer que era... Le ruego que me perdone, señora Legge, pero me temo que la he interrumpido?

La señora Legge extendió una mano pequeña y regordeta y, con un gesto tan regio como el de la propia reina Victoria, le dio una palmadita en el hombro a John. –Sí, ¿qué es eso, jovencito? –se rió amablemente con su garganta espesa.

“Le estaba preguntando al señor Evans”, reiteró John sin vergüenza “si creía que era posible hacer el amor con una persona que fuera absolutamente horrible”

–¿No te refieres a aquí? –ronroneó la ridícula muchacha, dándose golpecitos en el pecho, que se parecía a Glastonbury Tor, salvo que en lugar de la torre sostenía en alto un gran broche dorado, con las puntas de los dedos–. No debes alentar a mi astrólogo a que se burle de su anciana en su propia casa.

El rostro del señor Evans, al volverse hacia John, no mostraba disgusto alguno por que lo llamaran astrólogo de la señora Legge. Estaba animado por una oleada de todo el folklore erudito y recóndito que la pregunta de John resumía.

–Hay una profunda doctrina esotérica, Crow –dijo solemnemente– en lo que acabas de señalar. Nuestra antigua poesía cimrica está llena de referencias a ella. La propia Ceridwen, la Deméter galesa, aparecía con frecuencia en una forma desagradable; y en la Historia del Grial se registra una y otra vez que el Mensajero del Grial era de una fealdad sorprendente. La fealdad parece haber sido, de hecho, uno de los disfraces más comunes de ese Principio Femenino de la Naturaleza que...

–¡Pero Evans, Evans! –interrumpió John–. ¿No fue una Forquíada la que Goethe hizo de Mefistófeles en Fausto ?

–¡Chut! ¡Chut! ¡Hombre vivo! –gritó Madre Legge–. No invoques al señor Orfanato en mi salón principal. Esos demonios, como él, *pueden* ser de los que nos quieren cuando nos asustamos, ¡pero todavía no pido sus cálidos abrazos! ¿Qué *piensas de* la charla de estos muchachos traviesos, Tittie, mi pobre niña? –Y se inclinó hacia delante desde su gran silla alzando la voz.

–No puedo oírte... oírte... muy bien. Me duele mucho.

–Esos caballeros dicen que hay hombres que nos matarían –gritó Madre Legge– ¡cuando no tengamos ni un diente en la cabeza!

–Tú también fuiste una por tu picardía –replicó la enferma con gran esfuerzo, mientras tanteaba la alfombra que cubría sus rodillas con su mano huesuda–, pero sería diferente si... sería diferente si... Su voz se apagó en un gemido de dolor. El dolor tomó diversas formas en la conciencia de Tittie Petherton según su intensidad. Lo que parecía ahora era una pelota de hierro negra y redonda de un color sangre oxidada, cubierta de púas contra su pecho. Cuando la apretó, el dolor de las púas de hierro era intolerable, pero ya no podía ver la sangre, que era lo que más le revolvía el estómago.

–Dice que a nadie se le permitirá tener nada para sí mismo. ¿Es eso cierto, mi precioso muchacho?

La voz estridente de Mad Bet, sentada junto a la mesa de

caoba, resonó en la sala. Había extendido su largo brazo y señalaba a John. Hubo un silencio general.

“Es cierto”, pronunció Dave Spear con voz firme y decidida.

–Deja que mi Amor Verdadero hable –gritó Mad Bet de nuevo–. Si él dice que es verdad, te creeré. Pero si dice que es mentira, ¡nunca te creeré!

Lo que hizo que John respondiera a esta pregunta sobre si, dentro de cien años (así se había formulado la pregunta), Giastonbury sería comunista, exactamente como él, se debió pura y exclusivamente a su idea de que eso complacería a Mad Bet. Sospechaba que Mad Bet debía ser naturalmente tan hostil al sistema social existente que le daría una inmensa satisfacción pensar en cualquier cambio drástico.

A él también –tal era su naturaleza ridículamente débil– le disgustaba la idea, después de este formidable silencio, de herir los sentimientos de Dave Spear, quien tomaba este asunto del comunismo con tanta seriedad.

Así pues, levantó la cabeza, abrió los ojos, se encontró con la intensa mirada de la loca, que esperaba su respuesta como si fuera el veredicto del Cielo, y gritó con una voz extraña y ronca, como si realmente hubiera sido poseído por el espíritu de profecía: «¡El señor Spear tiene razón!».

Apenas había pronunciado estas palabras cuando, por encima del clamor de las lenguas sueltas que provenían de

todos los rincones de la habitación, se oyó el inconfundible sonido de la lluvia golpeando con fuerza contra las ventanas.

Madre Legge se puso de pie con esfuerzo en un instante.

–¡Tewsy! ¡Tewsy! –gritó con su voz más grave.

El portero de “su otra casa” entró apresuradamente desde donde estaba supervisando a los bebedores de té.

“¡Corre escaleras arriba y cierra la ventana de la guardería, Tewsy, la dejé completamente abierta!”

El señor Evans, John, Barter y Dave, junto con Nell y Percy, fueron las únicas personas presentes que oyeron la palabra «guardería» con sorpresa. Todos los demás sabían que era una broma de la señora Legge llamar a su propia salita privada del piso de arriba con ese nombre tan familiar.

La gran dama se acercó a las cortinas negras y las apartó. También apartó un par de cortinas gigantes de muselina, amarillentas por el paso del tiempo, que habían estado allí desde que ella había estado allí, y que, de hecho, habían sido su primera compra después de alquilar la casa a la vieja señorita Kitty Camel, porque, dijo, “¡no soporto a los curiosos!”

Entonces miró hacia la noche. Muchas cabezas se volvieron hacia ella mientras permanecía allí, de espaldas a todos, y John, que no la perdía de vista mientras se dirigía a Mad Bet,

tuvo la extraña sensación de que toda aquella gran habitación, bajo aquellas luces colgantes brillantes, era una verdadera guardería y él y el resto de la compañía eran niños asustados en una fiesta alborotada, con algo más amenazador que la lluvia común golpeando allí afuera en la ventana.

La anciana regresó a la habitación.

–Bueno, ha estado amenazando todo el día –dijo– y ahora ha llegado. Menos mal que ha esperado hasta ahora, a las vacaciones.

John pensó para sí mismo: “¡Cuántas veces esas palabras, *para las vacaciones*, deben haber sido pronunciadas en las casas de Glastonbury por personas acomodadas reunidas en interiores cómodos; personas cuya vida entera era una larga 'vacación'!”

Ahora había vuelto con sus «hijos», aquella vieja Mamá Oca de lomo negro, y sus palabras tranquilizadoras «para las vacaciones» recorrieron la habitación, como un edredón dotado de suaves alas, susurrando a todo el mundo: «Tu alma asustada puede volver a meterse en la cama, pequeña. ¡Mamá ha enviado lejos ese Algo, mucho más aterrador que la lluvia, que venía tras de ti!».

En ese momento, a John se le ocurrió la fantástica idea de que aquella vieja y rica alcahueta, que había organizado

durante tanto tiempo los placeres ilícitos de Glastonbury, había sido en realidad una especie de madre mística, como una de las madres de Fausto, que ahuyentaba el miedo. Había otros «extraños hijos del caos» además del «Sr. Orfanato»; ¡y ninguna escapatoria del aislamiento cósmico era más completa que aquella a la que el joven Tewsy se refería!

La madre Legge salió ahora, sin duda para tranquilizar a sus invitados en las otras habitaciones; y con el acompañamiento de lo que ahora eran arroyos de lluvia torrencial, la conversación general continuó.

Los hombres del grupo, e incluso algunas de las mujeres, empezaron a beber de nuevo. El joven Tewsy trajo un cuenco de plata colosal y lo colocó sobre la mesa de caoba. Resultó ser una mezcla de ponche Bridgewater mucho más fuerte que la que contenían las jarras anteriores.

En ese momento de la velada se produjo un incidente muy curioso. Cuando la señora Legge se marchó y apareció el gran cuenco de plata, se produjo un movimiento general entre los invitados.

Algunas personas se marcharon, otras entraron y muchas cambiaron de asiento, de compañía y de humor. El señor Evans, por ejemplo, dejó su silla junto al asiento vacío de la anciana y se apresuró a entrar en el grupo reunido en torno a la mesa. Al acercarse, pasó junto a la bonita camarera hacia

la que se dirigía con cuidado Tom Barter, sosteniendo en la mano el primer vaso que alguien se había atrevido a meter en el cuenco de plata.

El señor Evans, empujando frenéticamente el vaso, torpemente, pero al parecer por accidente, se impulsó y se lo arrancó de los dedos a Barter. Otras manos que, siguiendo el ejemplo de Barter, estaban ahora sirviendo licor del cuenco de plata, se detuvieron en su agradable tarea cuando el vaso de Barter cayó, mientras sus dueños miraban a su alrededor para ver de quién era la bebida derramada.

Sin embargo, el señor Evans se apresuró a llegar al Silver Bowl, tomó una taza de la mesa, tomó un poco de ponche con un movimiento de su largo brazo y, corriendo al lado de Cordelia, se lo ofreció.

–¡Rápido! –gritó jadeante y agitado–. ¡Bebe rápido!

Pero Cordelia, molesta por la impetuosidad de su amigo, en lugar de hacer lo que le decía, le entregó la taza a Nell, con quien estaba hablando; y Nell, todavía demasiado preocupada por sus pensamientos privados para estar alerta a lo que estaba sucediendo, lo levantó descuidadamente hasta sus labios.

Así, entre toda aquella compañía, Nell Zoyland fue la primera en beber del cuenco de plata de Madre Legge.

Cuando el señor Evans se dio cuenta de que su prisa

grosera, si no violenta, había sido en vano, dejó a Cordelia tan bruscamente como se había acercado a ella y, volviendo al lugar donde se había roto el vaso de Barter, comenzó a ayudar pacientemente a ese caballero a recoger los fragmentos dispersos y a colocarlos sobre la mesa.

–Lo terminaré, ya he empezado –le gritó a Barter desde su posición encorvada en el suelo–. Ve a buscar a la señorita...

Hizo una pausa porque no recordaba el nombre de la camarera: "Otra más. Lamento haberlo hecho".

Barter miró con el ceño fruncido y con una de sus más vengativas muecas a la espalda encorvada del galés, pero éste se marchó a hacer lo que el hombre le había ordenado. Blackie, que había estado observando la escena desde el principio con sus grandes ojos grises, se volvió hacia Persephone Spear, que era la única entre aquellas personas que le había estado hablando. –¿Es esa la señora Zoyland, de Sedgemoor? –murmuró suavemente.

Percy sonrió y alzó las cejas. –Sí, esa es Nell. Es la hermana de mi marido.

–Ella fue la primera en beber –replicó el otro, todavía en un tímido susurro.

–¿Y bien? –dijo Percy, todavía sonriendo–. ¿Por qué no?

–Es el cuenco Camel –murmuró la madre de Nelly Morgan

–. La señora Legge se lo compró a la vieja señorita Kitty. Dicen que es de la cocina del abad. Era el recipiente que usaban para beber los antiguos monjes papistas antes de la época del rey Harry.

–¿Cómo lo consiguió la señorita Camel? –preguntó Percy, aliviada al ver que su marido estaba enfrascado en una conversación con John Crow, mientras Mad Bet, desde su asiento en la mesa que parecía tener miedo de abandonar, observaba el rostro de este último con atención perruna.

–Ella descende de los papistas –susurró Blackie–. Hay una magia maravillosa en ese cuenco de plata. Lo sé, porque he hecho brujería en esta casa desde que era una jovencita.

Mientras tanto, Cordelia se había apartado de Nell y había tomado asiento junto al señor Wollop, cuyas experiencias en su juventud al tratar con su desprestigiado padre le habían hecho tener cuidado de evitar el contenido del Cuenco de Plata.

“La lluvia escupe en el fuego”, dijo el ex alcalde.

“Creí haber oído un ruido extraño justo ahora”, dijo Cordelia.

“¿Está tu papá aquí esta noche?”, preguntó el señor Wollop.

Cordelia miró ansiosamente a la mujer enferma junto al

fuego, a cuyas rodillas estaba ahora Crummie, inclinada sobre ella.

–Todavía no –respondió ella–, pero espero que venga pronto. La señora Petherton está empeorando.

–He oído hablar de cómo tu padre puede curar a la gente imponiéndoles las manos. –El señor Wollop suspiró levemente–. Nunca he curado a nadie en toda mi vida –continuó–, así que creí que no sería el alcalde que fui. Pero me interesaba la gente de este pueblo, ricos y pobres por igual... ¡sin distinción!... y ellos también lo sabían.

–Estoy segura de que lo sabían, señor Wollop –dijo Cordelia amablemente, tranquilizando al funcionario caído, como hubiera podido tranquilizar a un rey depuesto.

El señor Wollop parecía sumamente satisfecho. –Lo sabían, querida. Lo sabían –murmuró, estirando el brazo para coger un sándwich de pasta de anchoas, dándole un buen mordisco con su dentadura postiza blanca y sujetándolo con el índice y el pulgar como en el dibujo del Sombrerero de *Alicia*.

“¡Oh, Dios mío, ten piedad de mí! ¡Oh, Dios mío, ten piedad de mí!”

Tittie Petherton, con Crummie a su lado, se retorció y gemía de una manera que era angustioso de ver y oír.

–¿Nadie tiene a mano una de esas balas? –susurró el señor Wollop–. ¿Qué tiene de piedad y compasión? –Miró atentamente la escena junto al fuego–. La falda de mi hermana nunca se compró en mi tienda –observó con gravedad.

–Crummie me dijo que ya le había dado todas las pastillas de morfina que le dejó la enfermera –dijo Cordelia–. ¡Oh, ojalá viniera papá!

–Me gustaría que viniera también –repitió el señor Wollop–. Sería maravilloso ver a tu padre, con esta lluvia cayendo por la chimenea, acallar los gemidos de esta pobre mujer.

Cordelia tenía una inteligencia que estaba acostumbrada a divagar más que la mayoría de las mentes entre los misterios de la vida, pero nunca incluyó a su padre entre esos misterios. Por alguna razón, lo daba por sentado en el nivel más bajo posible. Parecía, en cierto modo, algo bastante normal que su padre impidiera que el cáncer de la señora Petherton siguiera doliendo, aunque si lo hubiera hecho el señor Evans habría parecido maravilloso.

Durante todo ese tiempo, Barter y la camarera se mostraban cada vez más afectuosos y confidenciales. La había atraído hacia él en una mesita que había al otro lado de la habitación, frente a las ventanas, bajo el retrato del registrador del siglo XVII, sobrino de John Locke. A esa mesa

seguía llevando nuevas provisiones de ponche Bridgewater, y las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de Clarissa Smith eran una prueba de su éxito. Ya había averiguado la cantidad exacta de su salario, de los ingresos de su padre, un taxista de Dorchester, de los gastos que había tenido que asumir esa Pascua «en Wollop's» en el pequeño asunto de la ropa interior y las medias, e incluso de lo que había tenido que pagar por sus zapatos la Navidad anterior.

Había llegado a la segunda etapa del proceso de seducción: adivinar el futuro a partir de las líneas de su cálida palma. Cada vez era más evidente que la pobre Tossie Stickles, ahora bajo protección eclesiástica y doméstica, no tenía por qué preocuparse por la falta de apoyo femenino de su caballero. Ahora que Tossie estaba *fuera de combate*, le había llegado el turno a Clarissa. Una nueva chica era un mundo nuevo para el señor Barter y sus lentos sentidos de East Anglia se agitaban en sus profundidades pantanosas, como grandes cocodrilos que salieran del barro cocido por el sol, para encontrarse con ese nuevo mundo.

El hecho de que la novedad le resultara tan irresistible en estos asuntos era una prueba de que había algo esencialmente estúpido en su naturaleza. Uno de los errores psicológicos que comete el mundo es suponer que un hombre cuya inclinación lo impulsa a intentar seducir una y otra vez es un hombre de pasión erótica más ardiente que el amante más constante. Lo que ocurre es exactamente lo contrario.

Los amantes más absorbentes y más entretenidos, los más delicadamente satisfactorios de todos para una chica, no son los cazadores de novedades de ingenio obtuso ni los puritanos amargados. ¡Son los monógamos viciosos! Ésos son, en efecto, los triunfantes Cómplices de la Vida; y cuando uno ve los placeres de la lujuria insaciable y natural llevados a cabo entre dos personas mayores –como, gracias a la sabiduría oculta de Bloody Johnny, los llevaban a cabo el señor y la señora Geard–, ve un jaque mate de Tánatos por parte de Eros que hace que las brutales aproximaciones del señor Barter y las tontas cesiones de la señorita Clarissa sean tan comunes como anodinas.

–Deberías escuchar lo que dicen las chicas de nuestra casa sobre lo que ustedes, los caballeros ricos, hacen en esta casa –se rió Clarissa.

–Debo decir que creo que las señoritas de Glastonbury no tenéis mucho que aprender –respondió el señor Barter, cuya experiencia le había enseñado exactamente el tono correcto que debía adoptar.

–Dicen que esta casa se llama Camelot –dijo la muchacha, retirando la mano del otro lado de la mesa, pero lamentando en su corazón que la conversación –aunque ella misma la hubiera llevado por mal camino– se hubiera desviado del tema de su buen corazón y de su prometedor destino.

–No lo sabía –dijo el señor Barter–. ¡Toma! Termínate el

vaso y te traeré otro. No, no lo sabía. Soy de Londres, ¿sabes?

Por dos razones dijo esta mentira: primero porque sabía que la palabra Londres siempre había tenido atractivo para las señoritas provincianas, pero segundo porque lo más profundo de su naturaleza era su sentimiento por Norfolk, a lo que nunca se refirió con ninguno de sus amores, como tampoco se refirió a su pasión por los aviones.

Si Barter hubiera puesto en sus relaciones amorosas la imaginación que ponía en estas dos pasiones integrales, el estímulo grosero de la novedad habría sido menos importante para él.

“Supongo”, dijo Clarissa Smith sentenciosamente, dejando de lado su acento de Dorset para impresionar a su educado admirador, “que en la Edad Oscura ustedes los caballeros hacían lo que querían con nosotras, las pobres muchachas”.

–Odio el nombre de Camelot –dijo el señor Barter, y por un segundo, incluso en medio de la marea salada de su creciente lujuria, deseó desahogarse con Mary Crow. ¡Cómo golpeaba la lluvia en las ventanas! Debía ser una noche descontrolada afuera.

A Clarissa no le gustó el cambio en su voz ni el cambio, aunque fuese momentáneo, en la expresión de su rostro. Juguetó con las perlas falsas que adornaban su regordete

cuello blanco y sus ojos castaños y tiernos se posaron en la figura que gemía junto al fuego. “No deberían traer gente enferma a las fiestas”, pensó.

"Supongo que en aquellos tiempos", comentó, recuperando el acento de Dorchester, "Camelot era un lugar donde una chica tranquila no se atrevía a mostrar su rostro".

“¿Hace mucho que vives aquí?”, le decía en ese momento Persephone Spear a Blackie Morgan.

"Nací aquí, señora Spear, y mi madre antes que yo. Mi padre vino de Gales".

“¿Cuán pronto los pensamientos de una madre comienzan a influir en su hijo?”, pensó Elizabeth Zoyland mientras escuchaba con dulce atención lo que el señor Evans le decía ahora a Cordelia.

Cordelia pensó que nunca había conocido a una dama tan agradable y sencilla como la señora Zoyland. La halagaba profundamente observar el tierno interés con el que, considerando lo poco que conocía a ambas, escuchaba las palabras de Owen.

¡El propio señor Evans casi la había perdonado por ser la primera en beber del Cuenco de Plata!

«¿Qué va a pasar conmigo? ¡Oh, qué va a pasar conmigo y con el hijo de Sam!», pensó Nell. «Oh, ojalá no lloviera tan

fuerte. Me pone de los nervios la forma en que suena. Debo preguntarle a Percy pronto qué es lo mejor que podemos hacer si esto continúa así. ¡Pero no debo preocuparme ni hacer tonterías! De ahora en adelante, hasta que nazca el hijo de Sam, debo estar tranquila y sensata en todo. Me pregunto por qué Sam no viene a hablar conmigo».

El ruido de la lluvia parecía aumentar cada vez más en aquella habitación de luces brillantes y cortinas negras. Y no era sólo Nell Zoyland quien se daba cuenta de que se trataba de algo que les llegaba a todos desde fuera, desde *muy* fuera, desde los páramos inundados, desde las acequias silbantes y llenas de barro, desde los juncos sollozantes, desde las marismas; que venía de algún lugar sobrenatural, más allá de lo natural.

En aquella gran sala se produjo un curioso movimiento instintivo, como si todos los presentes buscaran consuelo unos en otros y se reunieran más. También se bebió más. Las copas y los vasos se sumergieron una y otra vez en el gran cuenco de plata; y las voces se elevaron cada vez más, mientras aquel pequeño grupo de conciencias humanas –discutiendo, reprochando, desafiando, bromeando, burlándose, acusando– buscaba de algún modo subconsciente desafiar a una Presencia que todos sentían que los presionaba desde aquel «exterior» sobrenatural. El señor Evans se había alejado de Cordelia y Nell. Una extraña inquietud se había apoderado de él. Empezó a caminar de un lado a otro bajo los cuadros de los registradores.

«Dejarlo todo atrás», pensó, «volver a casa bajo la lluvia y bajar esas escaleras y leer ese libro. Sí, sí, sí: sí, leer ese pasaje, *esa* página que he evitado desde que lo encontré por primera vez... mirar *esa* imagen... contarme esa historia... recordar...».

Se quedó quieto, con los ojos clavados en las piernas cruzadas de uno de los complacientes registradores. Y mientras miraba aquellos zapatos con hebillas de plata, pintados de forma tan tosca, se le permitió viajar a la velocidad del rayo por el camino que tendría que seguir si volvía a empezar todo aquello. Se *convirtió* en el terrible anhelo, se *convirtió* en lo que estaba haciendo, se *convirtió en* la picazón, la mordedura, el escozor, el tormento, el horror, se *convirtió* en el asco que se negaba a dejar de hacer lo que detestaba hacer. Se *convirtió* en la boca sin forma que los pensamientos humanos, esas misteriosas proyecciones de los núcleos creativos de los organismos vivos, tienen una manera de irradiar desde el cerebro que les da origen. Esas emanaciones, compuestas de vibraciones etéreas, toman formas invisibles a medida que flotan. Así, para cualquier ojo supermaterial, dotado de percepción psíquica, la atmósfera del salón de la señora Legge esa noche debió haber sido una escena extraña. Los pensamientos secretos de sus invitados se elevaban y flotaban, revoloteaban y oscilaban, se formaban y se reformaban, bajo esos candelabros relucientes, formando como una segunda fiesta, una reunión de formas de pensamiento, que permanecerían cuando

todas esas personas hubieran abandonado la habitación. No todos los ídolos de pensamiento tienen la misma consistencia ni la misma resistencia. Es la cantidad de energía vital que se les arroja lo que marca la diferencia. Algunos apenas están fuera del cuerpo cuando se desvanecen. Otros –y esta es la causa de muchos fenómenos fantasmales– sobreviven mucho después de que el organismo que los proyectó sea enterrado.

Mientras Tom Barter progresaba tan prósperamente en su seducción de Clarissa, la de ojos marrones y garganta blanca, el pensamiento arrepentido de sí mismo como el traidor a su difunto empleador tomó la forma de una criatura sombría encorvada bajo una carga hinchada, desde debajo de la cual sus lamentables ojos se estiraban hacia arriba, tirando de las cuerdas que los mantenían en sus cuencas.

Mientras tanto, Perséfone Spear proyectaba su grácil cuerpo, cuya provocativa forma exterior resultaba interesante en ese momento, pero no excitaba los sentidos del Aire.

«Odio a todos los hombres», había estado pensando, «¡a todos, a todos, a todos! ¡*Ahora lo he descubierto!*!». Pensé que era porque Dave era simplemente Dave por lo que me apartaba de él. Pensé que si dejaba que Philip me tomara, nacería en mí un nuevo sentimiento. Pero no ha nacido. En Wookey Hole fue emocionante. Sólo la conmoción. Sólo el dolor. Pero odio la forma en que están *hechos los hombres*.

Lo supe cuando vi a Dave desnudo por primera vez y ahora, desde ayer en esa posada de Taunton; lo cual fue peor, mucho peor, cuando Philip... Oh, ¿qué debo hacer? ¿Adónde debo ir? ¿Por qué estaba yo?

¿Nací en este mundo? ¡Quiero amar, quiero amar, pero no hay nadie!”

Los gemidos de Tittie Petherton mientras abrazaba contra sus torturadas entrañas aquellas púas de hierro de aquel globo redondo de dolor que era todo en lo que podía pensar –aunque una horrible reproducción de aquel motor flotaba en el aire sobre ella para los ojos que pudieran verlo– se habían vuelto ahora tan dominantes en aquella habitación que la conversación empezó a decaer.

“¿No se puede hacer nada para aliviarla?”, le preguntó John a Dave Spear.

–Iré a buscar a Dekker –respondió el comunista–. La traigo aquí. Será mejor que la lleve a casa.

Con estas palabras, el joven rubio se alejó a toda prisa. –¡Dekker! –oía John que lo llamaba–. ¡Dekker! ¡Dekker!

John se volvió hacia Cordelia. –¿Habías oído *alguna vez* una lluvia así? –dijo–. Me temo que el alcalde no vendrá en una noche como ésta. Creo que alguno de nosotros debería llamar un taxi y llevar a esa mujer directamente al hospital.

Cordelia lo miró con desprecio. A menudo tenía la sensación de que su padre nunca había mostrado su inherente estupidez con tanta claridad como al elegir a ese individuo grotesco con un baile de San Vito en la mejilla y aspecto de actor desfigurado. «No creo que él tampoco se bañe nunca», se dijo.

En ese momento, Cordelia sintió una oleada física ciega de odio hacia John Crow.

“No me gusta cómo huele”, pensó.

Nada habría divertido más al propio John que esta particular reacción de Cordelia. Para la mayoría de las personas humanas, la repulsión física de otra persona hacia algo tan íntimo como *el olor de su piel* habría sido un insulto jamás perdonado. Pero la conciencia de John Crow estaba tan vagamente ligada a su estructura corporal que habría sido capaz de retirarse mansamente de la cama de Cordelia (si ella hubiera sido su amante) y rociarse con esencia de rosas, si a ella le gustaba, sin guardarle el menor rencor.

–Me gusta mi primo Dave, ¿a ti no? –fue todo lo que dijo–. Es la única persona verdaderamente desinteresada que he conocido. Y, sin embargo, supongo que, si eso acercara un año más su Estado comunista, nos haría fusilar a todos esta noche sin pestañear.

Un terrible gemido de la mujer junto al fuego los

interrumpió y ambos captaron una súplica llorosa e impotente en los ojos de Crummie mientras se alejaba de su paciente.

–El hospital –empezó John; pero Cordelia lo interrumpió.

“No quiere irse”, dijo. “Ya lo intentaron una vez. Primero tendrían que dejarla inconsciente”.

–Entiendo exactamente lo que ella siente –dijo John–. Preferiría acosar a todo el mundo con mis gritos de muerte –¡Dios mío! Me gustaría *acosarlos* con ellos– que ir a cualquiera de esos lugares. Hospitales, prisiones, asilos... *¡Dios mío!* Me hacen estremecer.

Cordelia pensó para sí misma: "Eso es *exactamente lo que pensaría* un presidiario como tú. ¡Deberías dejar el servicio de papá y trabajar para la señora Legge junto con el joven Tewsy!"

John se acercó a Tittie. “¡Dios mío! Querida, ¿no podemos hacer nada para detener esto?”, le susurró a Crummie.

Mad Bet había estado siguiendo todos los movimientos de John durante toda la velada desde su asiento en la mesa. El señor Wollop le estaba dirigiendo algunas palabras amistosas, pero ella parecía no poder oírlo. Gritó a John tan fuerte que todos dejaron de hablar.

“¿Por qué no rezas al Árbol de la Vida, mi rey, que conocemos los dos? Si hubieras pensado en rezar antes, ¡el señor Geard vendría antes!”

En un momento de respiro de su dolor, detenida por el silencio y por la voz de la loca, Tittie habló en persona: “Ha empezado a llover”, dijo con voz apagada y monótona.

John miró fijamente el fuego por encima de las rodillas inquietas de Tittie. «Apuesto a que sí», pensó. «Es absurdo que en toda esta compañía ni un alma haya pensado en rezar. El joven Dekker, que se propone llevar una vida santa, no cree en nada a lo que rezar. ¡Dios! Lo que necesitamos aquí es alguien que rece de verdad, entonces quizá el viejo Geard se apresure a venir».

Y con la cara todavía vuelta hacia el fuego, John se dejó caer subrepticamente sobre una rodilla. «En Glastonbury», pensó, «parecería que el papado o el paganismo se encuentran realmente arrodillados si no se está en la iglesia».

Y John rezó en secreto para que el señor Geard apareciera en los próximos cinco minutos. Rezó a su padre muerto, exactamente como lo había hecho en su terrible caminata hacia Stonehenge, cuando el señor Evans fue enviado a rescatarlo.

La señora Legge, acompañada por Sam Dekker, Dave Spear

y varias personas más, entró en la habitación, pero la atención general se distrajo de su entrada cuando Mad Bet se puso de pie de repente.

John se dio cuenta de que el señor Evans estaba de pie, apoyado contra la pared, debajo de uno de los registradores. John tuvo tiempo justo de pensar, a su manera, "Evans parece estar de pie contra un seto", cuando Mad Bet extendió ambos brazos hacia el señor Evans y lanzó un grito desgarrador.

El propio Evans se dio la vuelta, castañeteándole los dientes.

–¿Qué le ha hecho a esa cosa? ¡Oh, qué le ha hecho! –gritó Mad Bet–. ¡Deténganlo! ¡Deténganlo! ¡Es demasiado! ¡Deténganlo, gente! ¡Lo está haciendo otra vez! ¡Deténganlo! ¿No pueden detenerlo?

Las manos de la mujer apuntaban y sus ojos estaban fijos en un punto situado aproximadamente a un metro por encima de la cabeza del señor Evans.

La sorpresa que le produjeron sus palabras hizo que el señor Evans volviera a su estado de ánimo habitual. Se acercó a toda prisa a la mujer emocionada, murmurando algo en galés. No se detuvo hasta que estuvo cerca de ella, donde Cordelia y el señor Wollop la habían empujado para que comiera.

Se acercó a ella como un monje penitencial que se dirige a su superior para recibir su castigo.

La loca se apartó de él al principio, tratando de liberar sus brazos de los de Cordelia, que la sujetaba con fuerza, como si temiera que hiciera algo violento.

Pero el señor Evans, que seguía murmurando en galés, la liberó del agarre de Cordelia, y tan pronto como ella se sintió libre, dejó de alejarse de él.

–No soy... no soy –susurró el señor Evans a Mad Bet, de modo que nadie lo oyó, salvo el señor Wollop y Cordelia–. Es mi diablo quien lo hace... pero lo voy a expulsar... el día del solsticio de verano... ya verás... estarás allí... verás cómo lo expulsan... nunca...

Una vez más comenzó a murmurar algo apresuradamente en galés.

Entonces Mad Bet hizo algo muy extraño. Se quitó el sombrero negro de la cabeza calva y, estirando los brazos, agarró al señor Evans por el cuello y atrajo su cabeza hacia la de ella. Nadie, salvo Cordelia y el señor Wollop, vio lo que sucedió; pero los ojos del señor Wollop se abrieron tanto como los de Bert Cole cuando vio la gran nariz romana del señor Evans apretándose contra aquella horrible redondez blanca y su boca retorcida besándola.

“¡El Mensajero del Grial!”, pensó el señor Evans mientras

enderezaba la espalda y ayudaba a Mad Bet a enderezar su sombrero y volver a ponérselo en la cabeza.

–¡Tewsy! –Era la voz de la madre Legge, que apenas había entrado en la habitación ya estaba de pie junto a la ventana–. ¡Tewsy! Ve a la puerta principal, que viene alguien.

Mientras tanto, se había producido un movimiento general hacia el grupo que rodeaba a Mad Bet. Algo en la mente humana se libera con extasiado sobresalto cuando ocurre algún acontecimiento escandaloso. La mayoría de los hombres viven una vida a medias, aburrida, insulsa, monótona. El hecho de que ocurra algo escandalosamente sorprendente, que vaya en contra de todas las convenciones, de todas las convenciones, conmueve a esas personas con una satisfacción primordial. El Cro-Magnon sumergido en ellos, o al menos el hombre neolítico sumergido, nada en ellos como un buzo que sale del fondo del mar atávico y se precipitan, o avanzan sigilosamente, hacia el lugar donde está ocurriendo lo prohibido.

Una vez más, mientras John observaba la ancha espalda de su anfitriona de pie junto a la ventana, mientras con sus manos regordetas, cada una de las cuales tenía un anillo de bodas, sostenía las cortinas blancas y negras, tuvo la sensación de que estaba protegiendo una guardería de niños traviesos de una invasión monstruosa... de alguna "Bestia inquietante" sobrenatural cuyo rostro sin rasgos, hecho de

materia oscura en descomposición, estaba ahora mismo presionando contra la ventana.

–Es una noche lluviosa –le comentó el señor Wollop a Cordelia, pero ésta intentaba desesperadamente recordar qué había sido lo que la había hecho sentir tan fuerte para tratar con el señor Evans cuando estaba sola en Chalice Hill, antes de que la lluvia la atrapara junto a los robles gigantes. Pero mientras lo observaba ahora sentado a la mesa de caoba con un rostro inmóvil, como el mismo rostro de ese «centavo» bíblico que hizo que Cristo pronunciara las palabras «Dad al César»–, empezó a preguntarse si estaba en su poder ayudarlo. «Tiene algo muy serio en su conciencia –pensó–, o tiene alguna manía que no puedo comprender. ¿Por qué le hizo eso a Betsy ahora? Fue horrible verlo».

–Sí –respondió en voz alta al comentario suave del señor Wollop–, pero ahora lo oímos porque la gente no habla tan alto. Todo el mundo parece susurrar como si fuera a pasar algo. Espero que esa miserable mujer no muera.

"Se ha quitado su bonita alfombra", comentó el ex alcalde en tono de reproche.

–Sí –respondió Dave Spear a una pregunta de Barter, que acababa de aparecer en la mesa de caoba para rellenar el vaso de Clarissa con el cuenco de plata de la señorita Camel–. Sí, mi esposa y yo hemos recibido un mensaje de Bristol de que será mejor que nos quedemos hasta junio, en cualquier

caso, si no podemos conseguir que se pongan en huelga para entonces.

El señor Barter sintió una de las punzadas de reproche más dolorosas que jamás había sentido al oír esta tranquila declaración. ¡Qué Judas había sido para Philip! ¡Oh, nunca debería haberlo hecho!

¡Que esos despreciables obreros de Somersetshire se descontrolen tanto! ¿Qué *haría* sin él? ¿Y qué estaba haciendo él? ¡Fabricando juguetes! Mientras una verdadera industria como esas Tintorerías se veía amenazada. ¡Sí! Le gustaría estar volando bajo esta lluvia salvaje ahora, con los dedos en el control, rumbo a Glastonbury desde Wookey, a través de la oscuridad líquida. Bah, ¡qué idiotas nerviosos eran estos tontos de Glastonbury! ¡Qué demonios!

–¡No lo soporto! ¡Oh, Dios mío! –La voz de Tittie no era precisamente la de un ser humano. La bola de hierro con púas había cambiado de forma...

La voz del joven Tewsy resonó tan rápidamente después del grito de la mujer que parecía parte de la misma letanía del caos.

–¡Su Señoría, el Alcalde, Señora!

El señor Geard no se detuvo a quitarse el abrigo empapado. Empujó a la señora Legge a un lado como si fuera el peso de una pluma. Todos lo miraban ahora con la misma

desvergüenza que su predecesor en el cargo. Los mismos registradores en la pared parecían estar mirándolo.

¡Y bien podría ser que así sea!

El hombre corpulento, con la ropa empapada, se abrió paso entre ellos, encorvado y con las manos apretadas contra su enorme barriga. «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!», gemía mientras avanzaba a trompicones.

Todo el cuerpo del hombre parecía sufrir una especie de convulsión. Tropezó a ciegas contra la mesa de caoba. El cuenco de plata pareció llamar su atención. Lo cogió al pasar. El señor Barter, que acababa de sumergir en él el vaso de Clarissa, se apartó apresuradamente, derramando el licor que sostenía.

“¡Deja que esta copa!”, aulló el señor Geard en un tono que hizo que hasta el señor Wollop se estremeciera, pues parecía más el ladrido de un gran zorro de Sedgemoor que la voz de un hombre; y mientras gritaba arrojó el objeto con todas sus fuerzas al suelo, arrojándolo justo a los pies de Crummie, que corría, riendo y llorando, en un ataque de histeria salvaje hacia él. Cuando llegó a Tittie, cuya voz se había convertido de nuevo en gemidos, la tomó en brazos, como un bombero en un remolino podría agarrar a una mujer en llamas. Se hundió en la silla con ella en su regazo y comenzó, con su propia voz natural, ese estribillo familiar que le había ganado la batalla.

Le pusieron su apodo: “Sangre de Cristo, líbranos; Sangre de Cristo, sálvanos; Sangre de Cristo, ten piedad de nosotros”.

Su voz se fue haciendo cada vez más grave a medida que avanzaba. Luego se sumió en un completo silencio. Sin embargo, continuó abrazando a la figura y meciéndose lentamente, tanto él como ella, hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante. Hubo un silencio tan absoluto en la habitación durante todo ese tiempo que las voces de las otras habitaciones se volvieron como la intrusión de los asistentes a una ejecución o a un parto.

Entonces se oyó un sonido grotesco y hasta un tanto desagradable: era la respiración estertorosa de la mujer dormida.

XVII. PRIMERO DE MAYO

Era el primero de mayo y por la ventana abierta de la cocina de la casita de Elizabeth Crow en Benedict Street flotaba un aire delicioso y calentado por el sol. La casa miraba hacia el norte, a las afueras de Paradise. Había un pequeño trozo de tierra oblonga, en el exterior, con una valla de madera tosca alrededor, idéntica a todos los demás jardines traseros de esa calle; y como en el caso de la mayoría de los otros, este trozo de tierra estaba dedicado más a las verduras que a las flores. Más allá del jardín había un campo triangular donde una de las vecinas de Miss Crow tenía un par de vacas; pero más allá de esto, a excepción de los techos de unas cuantas chozas dispersas de Paradise, los prados de agua se extendían hasta el sitio de Lake Village, y el campo de aterrizaje de Philip, y la cabaña del Número Uno.

En la estufa de esta cocina había una cacerola con patatas hirviendo y una gran olla negra llena de una especie de guiso sabroso. En el centro de la cocina había una mesa de madera de pino, cuya superficie, bien fregada, había adquirido una textura, tan suave y agradable que parecía, la blancura de un cubo de crema espesa. Sobre la mesa había un enorme cuenco de cristal lleno de una inmensa masa apretada de campanillas. El maravilloso azul, un profundo azul de Prusia mezclado con manchas de color púrpura, se elevaba como una densa nube de esencia casi opaca desde este cuenco de flores pesadas y colgantes y se difundía y expandía hasta que su riqueza de color atraía hacia sí y parecía absorber por completo todas las demás cosas de color de la habitación. Dominaba el brillo de las ollas y sartenes relucientes de esa pequeña cocina tan completamente como su fragancia dominaba el olor de la comida. Una cesta vacía con unas cuantas flores arrancadas, unas cuantas hojas largas y pálidas y unos cuantos tallos que rezumaban savia, estaba sobre el aparador, lo que indicaba que las flores habían sido traídas allí esa misma mañana. De hecho, Jackie y su grupo las habían recogido en Wick Wood, y se podía ver que estaban en su apogeo de floración y no durarían mucho más. Los niños habían encontrado dos o tres silenes rosadas tempranas en el camino a Wick Wood, en las frondosas orillas de Maidencroft Lane.

Y ahora sobresalían, como banderas carmesí en un mar púrpura, de en medio del resto. Esas campanillas debían de

ser descendientes directas de las flores que habían sido el fondo de muchos rituales druídicos del Primero de Mayo en torno a los grandes robles. Traían consigo, en sus tallos rezumantes y en sus cabezas caídas, la sensación de mil primaveras de la historia inglesa. Traían también la sensación de masas de ramas de avellano agrupadas oscuramente alrededor de esos espacios azules en el bosque profundo y ocultando a los revoloteantes pinzones y currucas capirotadas cuyos cantos surgían de su enredo.

Este gran ramo no había perdido la huella de los dedos de los niños que la gente del campo reconoce tan rápidamente: los tallos arrancados tan cortos debajo de las cabezas de las flores y las flores tan apretadas unas contra otras. Además de estas flores, había dos niñas en la cocina de la señorita Crow.

El aire que olía a mayo, el sol cálido, la presencia de tantas flores en su plenitud de floración, daban al buen humor de las muchachas, mientras conversaban locuazmente, esa deliciosa cualidad de la vida femenina joven que es tan fugaz y tan fácil de destruir. La presencia de un hombre la destruye en un segundo, introduciendo un elemento completamente diferente. Totalmente inconscientes de lo que está sucediendo con sus cuerpos y almas jóvenes, las muchachas, cuando están así solas, se entregan a todo tipo de pequeños gestos, movimientos, abandonos, que no sólo la presencia de un hombre sino también la presencia de una mujer mayor ahuyentarían. Ciertas esencias vaporosas y delicadas del ser

de las muchachas salen a la superficie sólo cuando están así solas una con otra. Cuando alguna de ellas está sola, todo es diferente también; porque entonces sus propios pensamientos tienden a desempeñar el papel de intrusos y hacen que esos frágiles pétalos de su identidad se retraigan y se cierren.

Las dos muchachas de las que hablo ahora estaban sentadas a la mesa en sillas con base de paja. Eran Sally Jones y Tossie Stickles, la figura regordeta de la última, envuelta en un amplio delantal blanco, mientras que la primera lucía un alegre sombrero de primavera y una bufanda de colores vivos alrededor de su cálido cuello juvenil. Las chicas estaban bebiendo chocolate caliente en grandes tazas humeantes y, mientras charlaban sobre la masa de campanillas el reloj de la iglesia de San Benigno dio la hora del mediodía.

–¿Su señoría abrió la carta ella misma? –preguntó Sally.

“Estaba vestido para ella, porque yo mismo leí las palabras cuando llegué. Decía: “Lady Rachel Zoyland, a la atención de John Geard Esquire, Glastonbury, Somerset”. No decía nuestra calle ni nuestro número. Decía: “Esquire. ¿Crees que nuestro alcalde es realmente un Esquire, Tossie? ¿Ahora que es un honorable?”

–¿Leerla? Yo diría que no la leyó –exclamó Tossie–. No con la señora mirándola y sonriendo condescendentemente todo el tiempo. ¡No, Sally Jones, no, tonta Sal! Se llevó la

carta al dormitorio, como tú y yo habríamos hecho, y cerró la puerta de un portazo y la cerró con llave. ¡Dios la bendiga! Es una persona especial, es una persona especial, Sal, y no hay duda al respecto.

«Lo has hecho», susurró Sally con gravedad, inclinándose hacia delante, hasta que el ala ancha de su sombrero de paja cubrió la mesa.

Tossie dejó la taza y asintió con énfasis, con los ojos brillantes. –Se lo dije ayer –respondió–. Estaba ayudándome en la cocina y hablaba con tanta naturalidad que me levanté y se lo dije. No mencioné ningún nombre, ¿entiendes?, pero le dije que no era un hombre que se casara y que nunca lo sería. Le dije que era un caballero; ¡y deberías haber visto la cara que puso!

–Ha habido una especie de problema, Toss, por aquí –intervino Sally–. Yo sabía que no habría nada que pudiera durar entre Red y la señorita Crummie. Te lo dije una y otra vez, ¿no? Red es un trabajador, aunque es cierto que es un hombre corriente. Pero la señorita Crummie es muy diferente. No es una dama. Lo sabemos. Pero ella es diferente de Red.

–No estaban comprometidos, ¿verdad? –dijo Tossie.

–No, no, todavía no habían llegado a ese punto –admitió Sal–. Por mi parte, creo que la señorita Crummie se mostró

tan altiva y distante con el pobre hombre que éste simplemente se dio por vencido y se fue.

Tossie abrió mucho los ojos. Le resultaba un poco difícil visualizar a Crummie tan altiva y obstinada.

Las dos muchachas se llevaron las copas a los labios y bebieron un buen trago. Cada una buscó en su mente algo sorprendente que decir. Su encuentro parecía una ocasión importante en sus vidas y no estaban dispuestas a dejarlo pasar sin disfrutarlo al máximo.

–El señor Philip y la señora Philip vendrán a tomar el té esta tarde –anunció Tossie.

–¡Misericordia! –exclamó Sally–. ¿Y si esta carta a Su Señoría fuera para decirle que el señor Athling vendrá a verla?

Tossie tenía ahora la oportunidad que había estado esperando. No parecía haber impresionado lo suficiente a su amiga con el hecho de su intimidad con Lady Rachel.

No era muy sorprendente que le hubiera confesado sus problemas a Rachel. Pero seguramente Sal se sorprendería si le revelara que Lady Rachel le había mencionado al señor Athling.

Terminó su chocolate con gravedad, se levantó de la silla, pinchó las patatas con un tenedor, removi6 el guiso y, luego,

inclinándose sobre la mesa, olió las campanillas. Se enderezó y miró a continuación hacia la puerta. Luego miró por la ventana. Todavía de pie, miró significativamente a Sally. Su expresión decía: "Estos no son asuntos menores".

Un tordo cantaba en un arbusto de laburnum al final del pequeño jardín. Un leve aroma a hierba pisoteada procedente del lugar donde pastaban las dos vacas flotaba en el aire cálido junto con ese rico canto. Las dos muchachas sintieron un penetrante estremecimiento de felicidad. Era el Primero de Mayo y el espíritu del romance se extendía por el aire.

–Sí que escribe poesía –dijo Tossie en voz baja y con admiración–. En este pueblo se habla demasiado de ella y de él. La gente es terriblemente descuidada en su forma de hablar.

–El amo le dijo a la señora esta mañana –comentó Sally– que él es un sajón de pura cepa.

–¿Te refieres a que se fue a Middlezoy? –preguntó Tossie, deslizándose hacia abajo en su silla. ¡Qué divertido era que una persona no le diera crédito a otra por las cosas! ¿Por qué Sally, en lugar de contarle lo que el señor Geard le había dicho a la señora Geard, no gritó: «Oh, Tossie Stickles, qué maravilloso es que Lady Rachel te hable con tanta amabilidad y naturalidad»?

–El señor le dijo a la señora –continuó Sally– que Athling es el nombre más antiguo de la zona. Dijo que Zoyland no era nada comparado con eso.

–Su familia es sencillamente campesina –protestó Tossie. Luego, aprovechando que Sally tenía la taza en los labios, añadió–: Sé que escribe poesía sobre ella.

¿Te lo dijo ella? –exclamó Sally, realmente sorprendida. Al final, Tossie se sintió avergonzada. La verdad era que había sido ella misma, y no Lady Rachel, quien se había referido al señor Athling. –Me lo dijo un pajarito –murmuró evasivamente.

¿De verdad va a venir el señor Philip a tomar el té? –preguntó Sally, que empezaba a tener la sensación, mientras escuchaba al tordo, de que había demasiados pajarillos en Benedict Street. Ella necesitaba datos más concretos–. Según dicen, no es frecuente que los habitantes de Elms salgan juntos.

“Esta mañana se dieron pedidos adicionales para los pequeños pasteles de piedra al panadero”, dijo Tossie con firmeza.

Ahora le tocó a Sally inclinarse hacia delante e inhalar la intensa fragancia de las campanillas. Mientras lo hacía, inclinó hacia atrás el gran ala de paja de su sombrero con los dedos.

“¿Irás al hospital cuando llegue tu hora?”, murmuró mientras olfateaba las flores.

–Tal vez –dijo Tossie.

–¿Te dejan ver al señor Barter estos días? –continuó su amiga.

Las mejillas de Tossie se pusieron rojas. “¿Para qué necesito ver a un tipo que pueda hacerles compañía con sus maletas en Pilgrims’?”

–Lily Rogers le dijo a la anciana señora Robinson –comentó Sally– que Rissa Smith estaba intentando casarse con el señor Barter.

La respuesta de Tossie a esto fue más expresiva que educada: le sacó la lengua a su amiga.

–Esta mañana el amo estaba muy alterado –dijo Sally, contenta de cambiar de tema ahora que había mencionado a Clarissa–. El señor Philip le escribió una carta muy dura sobre su circo de verano. Dijo que haría que la policía lo detuviera.

–¿Nuestro alcalde es el mejor de todos, la policía y demás? –reflexionó Tossie Stickles con un tono melancólico. Una campanilla encima del tocador empezó a sonar.

–La señora quiere algo –dijo la muchacha levantándose de su silla.

Lady Rachel no le dijo ni una palabra a la señorita Crow sobre el contenido de la carta que había recibido hasta que las dos damas estaban desmalezando juntas en el pequeño jardín trasero.

–He tenido noticias de Ned –dijo en voz baja, mirando a su anfitriona por encima de los palitos de guisantes dulces.

–Sí, Rachel –respondió la señorita Crow.

–Él vendrá a tomar el té esta tarde –dijo la joven–, si lo dejas.

–¡Caramba, querida, es lo mejor que se puede hacer! Ya sabes que sólo lo he visto una vez, cuando el alcalde nos pidió que lo conociéramos.

"No espera encontrar a nadie más aquí", dijo Rachel.

–Sólo mi sobrino y Tilly –dijo la señorita Crow, clavando el horquín en la tierra y apoyando la mano, enfundada en sus ásperos guantes de jardinería, en el mango. El tordo había volado hacia el jardincito de al lado, pero desde allí todavía se oía su voz. El aire cálido olía a tierra removida, pero también olía a un olor más sutil que ése: olía a un olor que llegaba a través de los prados fluviales desde los sotos, los matorrales, los parterres de mimbre, las altas tierras altas,

los senderos profundos, los barrancos apartados, las quebradas ocultas, los estrechos senderos de avellanos y los claros musgosos de los viejos bosques... ¡el olor de Somersetshire en persona! Sólo ciertos días, días en que las condiciones del viento y del tiempo son únicas, hacen que el suelo de un distrito en particular exhale el olor peculiar y autóctono de ese distrito. Y ese Primero de Mayo era precisamente un día tan especial. Si algún viajero hubiera regresado a Glastonbury ese día, se habría dado cuenta al instante de que era uno de esos días en que el espíritu de esa parte de la tierra se destila en una esencia única y rara. ¿Y de qué se compone este misterioso espíritu? ¡Principalmente del olor de las primulas! A diferencia de todas las demás esencias del mundo, el olor de las primulas tiene una dulzura tenue y trémula, y sin embargo posee una especie de intensidad trágica. Existe en esta flor, en sus pétalos suaves, sus hojas frescas y arrugadas, su tallo rosado que se rompe al tacto, algo que parece capaz de volcar todo su ser en el aroma que arroja al aire. Otras flores tienen pétalos que son fragantes. La primula tiene algo más que eso. La primula arroja su propia vida en esta esencia de sí misma que viaja por el aire. Pero el olor que flotaba ahora sobre aquel pequeño jardín de Benedict Street y que se cernía sobre la señorita Crow mientras contemplaba la orgullosa timidez de aquellos ojos grises que la miraban con tanta firmeza, aquella figura de aplomo ligero que sujetaba con tanta fuerza la larga azada que había estado usando, tenía otro elemento omnipresente: *el olor del musgo*. No

había un solo trozo de tierra en ninguno de aquellos matorrales, bosquecillos y parterres de mimbre que bordeaban aquellas praderas, ni una sola tabla, ni un poste en las compuertas y azudes de aquellos amplios páramos que no tuviera su propio crecimiento, en alguna parte, de musgo «más suave que el sueño». Este musgo sagrado de Somersetshire, más delicado, más intrincado que cualquier hierba del campo, más sutil en textura que cualquier alga del mar, más densamente tejido y con una especie de íntima y apasionada paciencia, por el espíritu creativo que lleva dentro, que cualquier hoja de bosque o cualquier líquen sobre cualquier tronco de árbol, seguiría siendo *un símbolo* perfectamente satisfactorio de vida si se destruyera toda otra vegetación de ese país. Hay una reticencia religiosa en la naturaleza del musgo. No se jacta de sí mismo; no proclama su belleza; su infinita variedad de formas diminutas no se comprende hasta que se lo observa con cuidado concentrado. Con su peculiar verde aterciopelado, un verdor que parece brotar como una espuma oscura de los poros de la piel viva de la madre tierra, este crecimiento primigenio cubre con su textura sombría cada roca, piedra y fragmento de mampostería, cada raíz de árbol y techo de choza y entablado antiguo, sobre el que puede deslizarse la lluvia o puede caer el rocío. La mágica suavidad de su presencia se concentra en los márgenes de cada sueño humano que tiene como trasfondo la vida en el oeste del país. Los recuerdos de la juventud están llenos de ella; los recuerdos de los ancianos que han ido y venido por los

pueblos del oeste del país la llevan como una prenda oscura y opaca contra el frío de la tumba; y cuando los pensamientos de los postrados en cama se vuelven con ansia lastimera hacia la vida fuera de sus muros, es sobre el musgo húmedo, empapado por la lluvia, salpicado de hongos rojos o de hojas marrones o de semillas flotantes, donde cavilan con más codicia.

–Ya sabes qué esperar de mi sobrino, Rachel, porque ya lo has visto –prosiguió la señorita Crow–. Si no trata a nuestro joven poeta con el debido respeto, tú y yo lo aplastaremos. No es difícil derribar, como has visto, cuando una mujer se le enfrenta.

Rachel cambió la azada de una mano a la otra y, levantando la cabeza, inhaló el olor a musgo y primula que flotaba en el aire. Escuchó los alegres trinos del tordo desde los arbustos invisibles del jardín vecino.

“Es usted muy amable conmigo, señorita Crow”, dijo.

–Ah, y Eve le preguntó al vicario –añadió la señorita Elizabeth en tono de disculpa–. Pero no hay ningún chico bajo el cielo, por sensible que sea, que pueda cuidar de él. Es tan fácil de manejar como ese extraño y hosco hijo suyo que no te gustaba... es difícil. Pero incluso el pobre Sam es agradable cuando te acercas a él de la manera adecuada.

–Tu sobrino no insultará al señor Geard, ¿verdad? –dijo

Lady Rachel-. Ned será grosero con él si lo hace. A Ned le gusta el señor Geard tanto como a mí.

-Oh, tú y yo nos ocuparemos de eso, niña -rió la señorita Crow-. Seremos tres contra uno, porque Tilly no cuenta. ¡El alcalde estará bien defendido, diga lo que diga Philip!

Un par de horas más tarde, el pequeño salón que daba a Benedict Street estaba lleno de un animado grupo de amigos que bebían té y comían pasteles de roca. El aura protectora de Elizabeth Crow era tan fuerte, aunque tan delicadamente difundida, que no sólo se evitaban los temas problemáticos, sino que las influencias demoníacas de los grandes poderes de la tierra y el aire no tocaban a su pequeño grupo. La señorita Elizabeth Crow no sólo corrió cortinas de muselina con flecos verdes sobre la pequeña ventana, sino que de alguna manera se las arregló para colocar su propio cuerpo sustancial entre su viejo amigo y su ardiente enemigo, de modo que el vicario, que a menudo se mostraba vagamente preocupado e inquieto a plena luz del sol, se sintió inusualmente feliz esa tarde. Había también una razón sutil para su felicidad, en un movimiento de su conciencia del que "estaba completamente avergonzado aunque su bajeza, como él sabía, tenía la gran excusa de la abundancia de tantos sentimientos humanos bajos". Por más que intentó adoptar una visión más amplia, más generosa y menos profesional del caso, no había podido resistir un espasmo de innoble alivio celoso cuando adivinó, como pronto lo hizo, porque él y su hijo estaban de acuerdo, que algún nuevo giro

en la mente excéntrica de este último lo mantenía alejado de Nell Zoyland.

Ned Athling no era, sin duda, el tipo de joven del que se hubiera enamorado cualquier chica corriente. Era bajo y muy rubio, tan rubio que sus cejas y pestañas parecían casi inexistentes. Era de complexión mucho más robusta que Dave Spear, otro rubio sajón, y sus manos, curtidas y endurecidas por el trabajo agrícola, eran tan grandes como poderosas. Una nube de nerviosa timidez parecía flotar sobre él como el humo sobre las malas hierbas que arden, y tenía la costumbre de bajar los ojos, de párpados grandes y sin cejas, cuando alguien se dirigía a él y de mirar fijamente a algún punto que, convenientemente, reclamaba su atención en la tela de sus pantalones.

La luz del sol del Primero de Mayo, atenuada por las cortinas de muselina con bordes verdes, se filtraba agradablemente en la pequeña habitación. Había algo picante en la forma en que la señorita Crow había dispuesto sus viejos muebles en esta pequeña sala de obreros. Las sillas y mesas del siglo XVIII, las estampas del siglo XVII, en su mayoría de marinos y de viejos mapas de las Indias Occidentales heredados de un Crow que había sido comerciante de Norwich en la época de Cromwell, daban a la habitación un aspecto rico y complejo. A esto se sumaba una gran cantidad de porcelana antigua que a la señorita Crow le gustaba especialmente y que, en su mayor parte, le había llegado de una tía Devereux, una venerable dama

soltera que había vivido durante medio siglo en la misma casita, en Cromer, Norfolk.

Había primulas, campánulas y hasta campanillas silvestres por toda la habitación, todas con mucho más verdor que el que poseía el ramo de Jackie en la cocina. Las cortinas de muselina se mecían suavemente con el aire que soplaba desde la calle, donde el mismo polvo –recientemente disipado por un carro de agua pintado de azul con la inscripción «Ayuntamiento»– llevaba a la casa un olor curioso que se parecía a la lluvia y, sin embargo, era diferente de la lluvia.

La señorita Elizabeth, Tilly Crow y Lady Rachel habían elegido, por ese instinto humano que sigue el tiempo casi tan de cerca como las malas hierbas, vestidos especialmente vaporosos y de colores claros. El propio Philip se había puesto una corbata nueva de color beige que quedaba bien con su traje moteado de brezo, mientras que Edward Athling tenía una orquídea de prado recién brotada en el ojal, el primer ejemplar de esta flor que cualquiera de ellos probablemente vería en varias semanas.

Había una generosa provisión de pan fino y mantequilla, y Tossie lo había cortado con tanto cuidado que incluso la señora que tenía a Emma como *sirvienta* miró con atención estos dos grandes platos de Dresde. Pero los pasteles de roca fueron la innovación más atrevida; la mayoría de las anfitrionas de Glastonbury se enorgullecían de no tener que

salir de sus propias cocinas para reponer sus mesas de té. Sin embargo, esta audaz desviación de la norma resultó ser un gran éxito.

“No”, respondió Tilly a la pregunta del señor Dekker sobre el ruibarbo de su jardín. “No puedo decir que me guste tanto como el año pasado. Es más rojo que el año pasado, por supuesto. Lo admito. Pero mi cocinera siempre prefiere los tallos que tienen vetas verdes mezcladas con rojo. Dice que son más suculentos”.

–No son tan dulces, señora; no son tan dulces –afirmó Mat Dekker.

–Pero mi cocinera tiene su propia manera de manejar el ruibarbo –reiteró Tilly, con sus ojos negros brillantes. En su mente decidió dedicar toda una mañana, enseguida, a hacer mermelada de ruibarbo. La cuestión era qué tipo de brandy usar para acompañar los tarros de mermelada. Mientras observaba la cadena del reloj del señor Dekker y se preguntaba cuánto tardaría en desprenderse una miga de torta de roca de entre uno de sus eslabones y uno de los botones del chaleco del buen hombre (Tilly ansiaba cepillarlo en ese momento), recordó cómo solía quedarse horas en la cocina mirando a su abuela atar los tarros de mermelada. El olor del brandy siempre le hacía pensar en cierto delantal azul que le gustaba usar en aquellos días, no porque la hiciera lucir bonita, sino porque la hacía parecer adulta y competente. –Usa siempre lo mejor, querida –había dicho la

anciana a su hipnotizada compañera. Y la pequeña Tilly se había jurado a sí misma que, cualquiera que fuese su futuro destino, nunca utilizaría, como hacía su descuidada madre, para preparar mermeladas nada que no fuese el mejor brandy.

Y Tilly había cumplido rigurosamente esa promesa desde entonces.

–No, no era exactamente amarillo desde donde lo vi.

Philip había estado hablando dogmáticamente sobre el tiempo del día anterior y el tímido poeta se había animado a afirmarse cuando oyó a Philip, que había ido a Bath en su aeroplano, conducido ahora por un piloto de Londres, elogiar el cielo por su color amarillo. “Estaba verde cuando lo vi”, exclamó con entusiasmo. “Y ése es, con mucho, el tipo de cielo más hermoso. Yo lo llamo los campos del cielo”.

Philip se quedó mirando al muchacho. Estaba contándoles todo sobre su vuelo a Bath. El color del cielo no tenía tanta importancia.

“Lo que usted dice, joven, me interesa mucho”, dijo el señor Dekker. “La mayoría de nosotros no prestamos suficiente atención a estas cosas. Cuando llevaba un diario en la universidad...

–Hablando de diarios –interrumpió Tilly–, ¡me gustaría que todos ustedes empezaran a encargar diarios en Wollop's!

Ese joven impertinente de allí (¿sabes a quién me refiero, tía?) no lleva diarios. Dice que no hay demanda de ellos.

La tía Elizabeth estalló en una deliciosa carcajada plateada. No se reía a menudo, pero cuando lo hacía, su risa era como la más clara de las corrientes ondulantes.

–¿Por qué estás tan divertida, tía? –preguntó Tilly, pero sin enfado ni agravio. Ahora que la tía Elizabeth tenía su propia casa, se sentía muy amistosa con ella.

–¿Llevas un diario, Tilly? –preguntó la señorita Elizabeth.

–¡Oh, no! ¿Qué crees? Es para mi cocinera. No conoces a mi cocinera, Lady Rachel. Su nombre es Emma.

–¿No querrás decir que Emma lleva un diario? –intervino el señor Dekker riéndose.

–¡Tilly! –La manera en que Philip pronunció esas dos sílabas fue una obra maestra de ricos matices psicológicos. En primer lugar, su tono protegió a su esposa de la tía Elizabeth y de todos esos extraños. En segundo lugar, su tono advirtió a su esposa que existían límites apropiados a esta manera suya de entregarse. En tercer lugar, su tono expresó una apreciación indulgente, un tierno reconocimiento de que Tilly *era* Tilly y que ella era el tipo de cosa en la vida de una persona que él mismo se alegraba de poseer, ¡aunque a otros pudiera parecerles extraña e incluso absurda!

–No, no –dijo Tilly en voz baja, sin inmutarse por el hecho de que el clérigo favorito de Emma se riera de ella–. No los quiere para eso. Los quiere para llevar las cuentas. Los libros de contabilidad corrientes de los comerciantes no le van bien a Emma. Ella tiene sus propios métodos de llevar las cuentas.

–El nombre de mi nuevo piloto es Tankerville –dijo Philip de repente, viendo en su mente aquella vista aérea de su tintorería que le había hecho imposible estar seguro de si el cielo era verde o amarillo.

En el silencio general que siguió a esta observación irrelevante, Lady Rachel comentó que su padre nunca tendría un sirviente cuyo nombre tuviera más de una sílaba. Pero la mente de Philip se había alejado mucho de Bob Tankerville. Se decía a sí mismo: «No reemplazaré a Barter por un tiempo.

Esperaré un poco. Esos muchachos de oficina parecen capaces de salir adelante de alguna manera. Sí. Esperaré un poco y haré que yo mismo controle todas las riendas. Lo que tengo que hacer ahora es darle a Geard más cuerda, darle toda la cuerda que quiera, mientras lo incito hablando de la Ley. ¡Se ahorcará... si tiene suficiente cuerda!».

–¿Ha visto alguna nutria por su zona en Middlezoy este año? –le preguntó el señor Dekker a Ned Athling, cuya timidez era tan intensa en esta pausa de la conversación que había empezado a lamerse los labios con la lengua, como

hacen los perros cuando se sienten avergonzados. Ahora miró rápidamente y con nerviosismo a Lady Rachel.

–No –respondió ruborizado–. Quiero decir –continuó– que no lo diría si lo hubiera hecho. Todos lo miraron y se sonrojó aún más.

–¡Oh, no se lo diré a Will, Ned! –gritó Rachel, leyendo sus pensamientos.

–No estaba... no estaba pensando sólo en él –soltó, y luego, con un valiente esfuerzo por darle un nuevo giro a la conversación, –le estaba diciendo al alcalde que debería contratar a un verdadero payaso pantomime para su espectáculo, y tener algunos mimos como los de antes.

“Quiere conservarlo todo para el talento local, ¿no?”, dijo Rachel.

–Pero esos profesionales son los mejores –continuó Athling, mientras Tilly clavaba una mirada nerviosa en su marido–. Tener un verdadero profesional, como Dan Leno, criado en el teatro o en el circo, y dejarle interpretar su papel como uno de esos viejos comediantes o charlatanes... ¿no crees –hablaba vacilante, tímidamente, entrecortado–, no crees... que habría algo... en ese tipo de cosas? No lo tengo muy claro... pero me parece ver en mi mente una especie de representación de la Pasión... con... –habló con más entusiasmo y rapidez ahora, a medida que se entusiasmaba

con el tema– con un verdadero payaso de pantomima de la tradición de Leno... improvisando salvajes 'gags' rabelaisianos... como el Loco en Lear... mientras Nuestro Señor está ante Caifás o ante Pilatos... ¿no cree que hay algo de cierto en eso? Creo que el alcalde captó mi idea... aunque si...

Philip se contuvo con un loable autocontrol ante esta imaginativa diatriba... Pensó en su corazón: "Esto es lo único que le interesa a nuestra joven Inglaterra, y es absolutamente inútil. No sólo es inútil, es destructivo. Un Dan Leno introducido en una obra de misterio sobre la Crucifixión... ¡es exactamente el tipo de cosa que *atraería* a esta nueva generación! Nunca son felices hasta que le han dado a todo, incluso a la religión, un giro incómodo, irónico y desilusionador".

Lady Rachel había estado observando a su amigo con una mezcla de orgullo y desconcierto. Su naturaleza era demasiado directa para sentirse del todo satisfecha con algo tan extraño como un payaso moderno en la Crucifixión, pero le gustaba ver al señor Crow desconcertado y al señor Dekker confundido. Su anfitriona tuvo que acudir al rescate de su sobrino.

–He oído que has pospuesto la limpieza de primavera, Tilly –dijo.

La señora Philip Crow se removió en su asiento y miró a su

tía con reproche. Intercalar un asunto de importancia tan primaria como la limpieza de primavera en aquella bagatela sobre payasos y crucifixiones le parecía una especie de atentado deliberado contra la base de la seriedad humana.

–Por supuesto que no –espetó Tilly–, pero Philip podría tener que tomarse unas vacaciones cuando se resuelva esta molesta huelga y este aburrido desfile, y Emma y yo hemos estado pensando que las alfombras de las salas delanteras deberían esperar hasta...

Lady Rachel le dirigió una rápida mirada de admiración. ¡Aquella señorita de ojos negros y brillantes parecía una niña que hubiera tenido una casa de muñecas con la que jugar! «Me pregunto», pensó, «qué opinará de la forma en que los Bellamy se las arreglan en Mark's Court».

Ned Athling había empezado a ponerse muy inquieto. Trató de no mirar con reproche a Lady Rachel. La bandeja esmaltada de la señorita Crow, con su cuenco de primulas cuidadosamente intercaladas con sus pesadas hojas verdes, era el centro ritual de este grupo de personas. La cadena de oro del reloj del vicario. La corbata de color beige de Philip... y los alegres vestidos de las tres damas habrían carecido de su reflejo de esencias platónicas si se hubieran llevado la bandeja. Athling trató de concentrar su atención en ella.

–A veces pienso –dijo el señor Dekker– que no nos damos cuenta de la influencia que todos tenemos sobre la

personalidad de nuestra ciudad. ¿No crees, Elizabeth, que Glastonbury tiene una personalidad propia muy definida?

Los tímidos ojos de Ned bajo sus pálidas cejas brillaron ante las palabras del clérigo, pero se sintió tímido de afirmarse nuevamente.

“Conozco un lugar que tiene el doble de lo que llamamos personalidad que esta ciudad”, comentó Philip.

–¡Cuéntanoslo! –gritó Rachel–. ¡Cuéntenoslo, señor Crow!

–¡Wookey Hole! –anunció enfáticamente, cruzando las piernas dentro de sus impecables pantalones teñidos de brezo y examinando con satisfacción sus calcetines marrones sin arrugas–. Wookey Hole tiene más carácter real en sus estalactitas prehistóricas que todas estas Ruinas.

En el silencio que siguió a esta observación, la señorita Crow, que pastoreaba a su pequeño grupo con tanto cuidado como el padre de Emma en Mendips guiaba a su rebaño hasta el estanque de lavado, aprovechó la oportunidad para regalarles a Rachel y Ned un auténtico ramillete de flores del Primero de Mayo. Observó que Philip se volvía hacia el vicario y le pedía compasión por Wookey Hole. Observó que su nuevo gato, un gran gato atigrado callejero al que Tossie había bautizado como Tigre, había entrado cuando Tossie salió y había saltado al regazo de Tilly. Tilly estaba ahora absorta en este gato. Lo había estado observando desde que

entró, esperando contra toda esperanza que ella fuera la preferida para ganarse su favor, y ahora que esto había sucedido estaba en éxtasis. Así que la señorita Crow se volvió hacia los jóvenes.

–Quiero que lleve a Lady Rachel a Chalice Hill esta tarde, señor Athling –dijo–. Ayer estuvo aquí un anticuario (no el que encontró la Capilla Edgar con la ayuda de ese espíritu, sino uno muy distinto) y desenterró una piedra allí, en algún lugar al oeste de la colina, según me han dicho, y cerca de Bulwarks Lane, que lo ha dejado completamente desconcertado. Podría decirme qué opinión tiene de esa piedra, señor Athling. De todos modos, me gustaría que la viera antes de emprender el largo viaje de regreso a casa. Y también quiero que cene con nosotros antes de partir.

Las mejillas de Rachel se pusieron rojas de placer ante esto, y el señor Athling miró a su anfitriona a los ojos sin pestañear y sonrió con gratitud infantil.

Fue una lástima que Tossie hubiera abandonado la habitación demasiado pronto para oír esto. De todos modos, había regresado a la cocina sin la bandeja con un profundo suspiro por la presencia de su amiga. Apenas podía soportar mirar las campanillas que había sobre la mesa, pues deseaba con todas sus fuerzas contarle a su ausente donante todo lo que estaba sucediendo en el salón.

–No te importa que te hable con total libertad, Dekker,

¿verdad? –estaba diciendo Philip–. Pero no es posible; simplemente no es posible que te metas, ni con tu posición ni con todo eso, con ese hombre Geard. Ese hombre es un sinvergüenza. Eso es todo. Es un granuja extremadamente astuto y un charlatán consumado. Le gustaría desempeñar el papel de una especie de abad en esta ciudad. Ese espectáculo suyo, o circo piadoso, o lo que sea, se está convirtiendo en una molestia. Decías, ¿no es así, tía Elizabeth?, que te han preocupado estos interminables avisos de ese pequeño tonto, John. Geard debe aprender que en estos días ser alcalde de una ciudad como la nuestra no significa nada en absoluto. Esto, y ese dinero que recibió de mi abuelo, parecen haberle vuelto loco. Ha comenzado a invadir tus dominios, Dekker, ¿no es así?, con todos esos ensayos que, según tengo entendido, se están llevando a cabo.

Lady Rachel miró rápidamente a su joven granjero, pero fue imposible detenerlo.

–Me gusta el señor Geard –dijo, con la cara llena de sangre–. Creo que ha hecho mucho por Glastonbury. Creo que este espectáculo atraerá a mucha gente. –Se detuvo de repente y miró a su anfitriona con aire de disculpa–. Del extranjero –añadió–, especialmente alemanes.

Philip miró a Tilly, pero ella no se daba cuenta de nada, salvo del gato que tenía en el regazo. Luego trató de intercambiar con Mat Dekker la mirada particular con la que

las personas mayores toleran la impetuosidad de la juventud.

–Lo más importante para cualquier ciudad hoy en día –dijo con calma, sin mirar a Athling, sino a su tía– es dar a la población empleo constante. Eso no se consigue con desfiles, ¿verdad, tía Elizabeth?

–¿Qué pasa con la fábrica municipal, señor? –intervino el joven Athling.

“¿Puedo preguntar si has visto esa producción?” dijo Philip.

“¿Lo has visto? He estado en su nueva tienda en George Street y he comprado algunas... cositas”.

–¿Qué cosas podemos escuchar, señor Athling?

–¡Qué cosas más encantadoras! –interrumpió Rachel–. Tengo un montón de ellas en mi habitación de arriba.

–Me alegro de que haya encontrado entre sus juguetes algo que la emocione tanto, Lady Rachel, pero me temo que el señor Dekker estará de acuerdo conmigo en que los hombres que se emplean en la fabricación de esos juguetes se están volviendo cada vez más incapaces de realizar cualquier trabajo que les pague adecuadamente. Apenas les dan lo suficiente para vivir. Supongo que usted no lo sabía, señor Athling.

–Me van a dejar diseñar algunas figuras para ellos, señor Crow –dijo Rachel sin venir a cuento.

“¿Quién?”, preguntó Philip.

–El señor Barter –respondió la muchacha.

–*¡Barter!* –Philip pronunció esas dos sílabas como si fuera el rey Jaime I refiriéndose a Guy Fawkes–. Supongo que habrás oído, Dekker, la historia de cómo ese hombre me dejó. Tenía que ver con... –Se detuvo de repente recordando que la víctima de la historia acababa de entregarle aquellos pasteles de piedra que tanto le habían gustado. –Bueno, en cualquier caso –continuó, bajando un poco la voz, por respeto a Lady Rachel, aunque no a Tossie–, Barter, tal como lo conocemos, no es exactamente el tipo de persona del que cualquier empresa se sentiría orgullosa. Tampoco he oído nunca que sepa mucho sobre la fabricación de juguetes. No se pueden hacer estas cosas de una manera tan chapucera, amateur y artesanal.

–¿Por qué dice «artesanal» de manera tan despectiva, señor? –intervino Edward Athling.

Elizabeth intervino. “Puedo explicarlo”, dijo. “Cuando Philip estaba en Cambridge, había un montón de chismes estéticos sobre ese tipo de cosas. ¡Es todo muy anticuado! Ustedes dos son demasiado jóvenes para entender el punto”.

–Puedo entender que el señor Crow, al ser fabricante de artículos hechos a máquina, naturalmente sienta aversión por las cosas hechas a mano –dijo Ned Athling, sonrojándose mucho.

–Así como a un granjero –observó Philip con severidad–, naturalmente le desagrada que la gente de la ciudad reciba salarios altos.

–¿Y qué me dice de la huelga en la tintorería? ¿No es para pedir mejores salarios? –Apenas había pronunciado el joven estas palabras impulsivas cuando soltó una risa curiosa y extendió la mano hacia Philip, tocándole la manga–. Lo siento, señor –dijo–. Ha sido una impertinencia. Soy lo bastante granjero como para odiar la forma en que nosotros, los ignorantes, nos apresuramos a discutir. Sin duda, hay mucho que decir a favor de sus ideas de que la industria es algo que da a la gente un empleo estable, en lugar de una aventura dramática temporal.

–Pero la fábrica municipal seguro que perdurará, ¿no? –insistió Rachel, notando lo rígido que estaba Philip al recibir el gesto de Ned y sintiéndose enojada con él por hacerlo.

Philip se encogió de hombros en silencio. «Lo que siento en todo esto», dijo Mat Dekker, «es que Glastonbury necesita tanto a su fabricante científico como a su dramático alcalde». Mat Dekker estaba tan feliz en ese momento, mimado a la vez por su antiguo amor y celosamente

complacido de que su hijo se separara de la esposa de Zoyland, que pronunció esta pacífica observación con cierta unción despreocupada, sin pensar mucho en lo que estaba diciendo.

Lady Rachel lo miró con ojos brillantes. Esa antítesis petulante –“su fabricante científico y su alcalde dramático”– la llenó de desprecio.

Las personas de naturaleza sencilla y terrenal como Mat Dekker, especialmente cuando, por suerte, se encuentran en una posición social que no puede verse amenazada fácilmente, a menudo se dejan dominar por sus estados de ánimo físicos. Cuando el señor Dekker en esta ocasión hizo ese comentario petulante sobre "fabricantes científicos y alcaldes dramáticos", en realidad no fue más que si hubiera dicho: "Es el Primero de Mayo. Disfruto de los pasteles de piedra. Me alegro de que mi inexplicable deseo por Nell Zoyland se haya calmado con la separación de Sam. Me gusta que mi querida Elizabeth me acaricie una vez más. «Es agradable estar aquí». Nada de lo que se estaba hablando en ese momento afectaba –para Mat Dekker– a las cosas verdaderamente esenciales de la vida. En el fondo de su corazón no creía que eso importara demasiado a Glastonbury, ni a ninguna alma inmortal de Glastonbury, ya fuera el señor Crow o el señor Geard, que era un gallo del estercolero. Y como ése era el caso, le resultó fácil, tratando a Philip como si fuera un pececillo goloso en su acuario, darle un calmante con la superficie de su mente y apartar todo el

asunto de él como algo sin importancia. Pero ¿cómo iba a tolerar Lady Rachel, temblando de ansiosa excitación en presencia de su primer amor y llena del intenso partidismo de la juventud, la indolencia mental de un sacerdote trabajador? Durante toda esa tarde, mientras observaba a ese gran personaje de cara colorada bebiendo tanto té y dejándose atender por una dama mayor y gentil, y había estado observando a ese hombre de rostro colorado que estaba sentado en el suelo, y... Sospechaba que él era un repulsivo oportunista y ahora lo conocía precisamente por eso.

Pero la señorita Elizabeth Crow no era de las que se dejaban desconcertar por ningún choque de temperamentos entre sus invitados ni por nada tan insignificante como un arrebató de ira por parte de la excitable hijita de Lord P. Cuando sus invitados mayores se marcharon, ella ya los había engatusado a todos para que se pusieran de buen humor. De hecho, las dos jóvenes hicieron reír a Tilly con alegría infantil con sus payasadas con Tiger en la soleada puerta de entrada, cuando Elizabeth terminó de despedirse de sus otros invitados. Cuando Rachel y Ned Athling llegaron a la cima de Chalice Hill, pasaron un cuarto de hora felices buscando la piedra de la que les habían hablado. Al final, sin preocuparse demasiado por no haberla encontrado todavía, se sentaron juntos sobre un tronco caído, con los helechos y las matas más verdes a sus pies y un arbusto de aulagas de olor dulce detrás de ellos.

–¿Crees que fue realmente aquí –dijo Rachel– donde Merlín desapareció con el Grial?

Ned no respondió durante un segundo o dos. Luego soltó algo irrelevante: "Eres como un poni de Exmoor, Rachel, eso es lo que pareces".

–No era cristiano, ¿verdad, Ned? Merlín, yo soy... ¿Qué significaba el Grial para él? Eso es lo que no puedo imaginar.

“¡Raquel!”

–Sí, Ned.

“¿Cuando eras pequeña tenías miedo de no conocer a nadie tan interesante como las personas de los libros?”

–¡Oh, Ned, qué curioso! ¡Qué parecidos somos! Eso es lo que siempre he sentido. –Ella cogió una primula que tenía a su alcance y se la dio. Él la olió y la sujetó con fuerza entre el índice y el pulgar, esperando esconderla en su bolsillo en cuanto ella se distrajera.

“¿Puedo preguntarte algo, Ned?” fue su siguiente discurso.

–Si no se trata de poesía, Rachel, desde que te conozco he ido cambiando mis ideas sobre lo que es la poesía y todo se ha vuelto confuso.

“No, no se trata de poesía, es...”

–Bueno, ¿qué pasa, Rachel?

“Se trata de gente, de tu propia gente. ¿No te sientes a veces como si fueras un polizón? ¿No sientes a veces que cuando tu propia gente habla y te cuenta esto y aquello –cosas bastante comunes– estás todo el tiempo viviendo en un mundo diferente? No me refiero exactamente a un *lugar diferente*. El mismo lugar, sólo que visto de una manera completamente diferente”

–Desde que te conozco, Rachel, siempre he visto todo de esa manera diferente. Mis caballos, mi ganado, mis ovejas, ya no son las mismas criaturas que antes. Por supuesto, esos campos, más allá de Middlezoy, *parecen* los mismos de siempre, pero se parecen *más*, si sabes a qué me refiero. Quiero decir que nunca antes había sabido lo diferentes que son de todos los demás campos y lo mucho que se parecen entre sí.

–Ned, ¿podrías soportar vivir en otro lugar que no sea Middlezoy?

–Solía pensar que no podría; pero *ahora* –hizo una pausa y arrancó las hojas parecidas a helechos de una incipiente milenrama– creo que podría vivir casi en cualquier lugar si estuviera absolutamente seguro de una cosa.

Ella se abstuvo de presionarlo sobre qué era esa “única cosa”.

-¡Supongo que has hundido tu alma en esos campos de Middlezoy!

-Bueno, incluso si lo hiciera, podría sacar mi alma de nuevo, ¿no es así?, como cualquiera podría sacar una espina profunda.

"No quería que dijeras que podías. Quería que dijeras que no podías".

El tronco en el que estaban sentados no era lo bastante grande para que hubiera espacio entre ellos. En los momentos de la conversación en que uno u otro habrían manifestado naturalmente un malentendido psíquico mediante un alejamiento físico, todo lo que podían hacer era mover las rodillas o los pies un poco más lejos de los del otro. La muchacha movió un poco las piernas y en ese ligero movimiento el perfil de su mejilla se torció. Ned aprovechó la oportunidad y deslizó la gasa en el bolsillo de su chaleco.

La magia de aquel momento, el aroma de las primulas y del musgo húmedo, el éxtasis trémulo de los pájaros y los insectos, el verdor inusual que rozaba sus pies como una ola de la savia primordial de la creación, los cubría ahora como un par de violetas tempranas podrían estar cubiertas por exuberantes y transparentes matorrales que guardan y realzan su aliento conmovedor.

–Si por casualidad tú y yo nos casáramos algún día, Ned, ¿deberíamos vivir en Middlezoy?

“¿Te casarías conmigo, Rachel?”

–Podría, Ned. ¡Pero no debes tomar esto como una promesa! Además, ¿qué estoy diciendo? ¡Estoy actuando con la misma osadía que Julieta! Pero debemos vernos mucho más, muchísimo más, antes de que podamos estar seguros de que nos atrevemos a hacerlo.

Edward Athling suspiró profundamente, una profunda tristeza reemplazó la emoción que acababa de sentir. La forma en que ella había hablado, aunque nada frívola, no había sido exactamente el tipo de comida ambrosial que exige un amante.

–No te desanimes, Ned. ¡Hagamos como si fuéramos nosotros los que vivimos en Middlezoy!

–¿Qué quieres decir? –preguntó–. ¿Con mis padres?

No le gustaba decirle, por miedo a herir sus sentimientos, que ese no había sido su sueño. Su sueño incluía una cabaña con techo de paja en Middlezoy, cerca de uno de esos grandes riachuelos donde se encontraban las nutrias.

Pero ahora se lanzó con valentía: “Con ellos por un tiempo, Ned, tal vez, hasta que tuviéramos suficiente dinero para tener una granja propia”.

¡Una granja propia! Esta frase suya era tan deliciosa, tan llena de un incienso flotante de encanto, que por un segundo él se entretuvo con ella como si fuera algo serio.

No era nada serio; ¡nada de eso era serio! Antes de casarse con la hija del gran noble de Wessex, tenía en su contra un peso tan sólido de obstáculos convencionales que pensar en ello parecía una locura. Las hijas de los nobles se habían casado con plebeyos antes, pero no con frecuencia, y, según todos los informes, ¡nunca con un zoyland! No era un aventurero, no era un granuja pillo como esos flacos granujas bañados en Rabelais que dedicaban su ingenio a desfigurar, desflorar, corromper y raptar a alguna noble de sangre dulce de una antigua raza.

–Sólo por un tiempo –empezó de nuevo– tendría que vivir con tu gente. Pronto podremos encontrar un lugar, cerca de Middlezoy, con unos cuantos acres que nos convengan.

–¡Oh, por favor, basta, Rachel! ¡Por favor, basta! –Su voz sonaba realmente atormentada y la chica lo miró con asombro–. Simplemente no sabes de lo que estás hablando –continuó irritado–. Es imposible imaginar, ni por un segundo, que vivas con mis padres. ¡Imposible, te lo digo, imposible!

–No te entiendo –dijo–. ¡Ah, bueno! De todos modos, no tenemos que pensarlo todavía. Pasaremos muchos momentos agradables juntos, Ned... antes de que tengamos

que pensarlo. ¡Así que no te pongas tan triste! –Pero ella misma suspiró larga y profundamente, mientras miraba hacia Glastonbury Tor.

Ned se movió. Había sido vagamente consciente durante varios minutos de que cada vez que se inclinaba hacia atrás, sus hombros se topaban con las espinas del arbusto de aulagas bajo el cual yacía el tronco. Se le ocurrió que su compañera, cuya ropa era más fina que la suya, podría estar sufriendo de esas espinas de aulagas. Giró la cabeza: ¡sí! ¡Debían estarle pinchando los hombros! Se levantó de un salto y la ayudó a ponerse de pie.

–Demasiado cerca de la aulaga –murmuró. Solo la había agarrado del brazo, pero su toque le provocó una vibración eléctrica, un escalofrío, un temblor como el que a veces se apodera de una sola ramita de árbol cuando todo lo demás está en calma.

"Me pregunto cuánto tiempo lleva ahí tirado", dijo. "Es muy viejo".

Los dos jóvenes miraron hacia abajo, hacia su asiento reciente. El tronco era ciertamente muy viejo. Ninguno de los dos podía saber qué clase de árbol había sido, o incluso si alguna vez había crecido cerca de donde ahora estaba. Estaba cubierto de musgo oscuro y líquen gris, y en un extremo había un grupo de pequeños hongos amarillentos.

–Puede que haya estado aquí cientos de años –susurró. Una oleada de pensamientos, vagos e indistintos, pero llenos de un curioso placer, flotaron en su mente. ¡Cuántas personas, viejas y jóvenes, deben haber pasado por allí y haber mirado ese viejo tronco... mucho antes de que ella naciera! Una sensación de la melancólica y terrible belleza de la vida se apoderó de ella... especialmente de la vida vivida larga y tranquilamente en un mismo lugar.

“Me gustaría envejecer lentamente, día a día, muy gradualmente, hacerme cada vez más vieja”, dijo.

Ned la miró con el ceño fruncido. Ella parecía increíblemente infantil con su vestido largo y recto y su sombrero de paja negro.

–Supongo que nunca se sabe lo que se puede encontrar enterrado en esta colina –dijo–. Me alegro de que el alcalde vaya a comprar la casa donde el manantial rojo y a construir un arco. Me habló mucho, cuando usted no estuvo la última vez, sobre un arco. Se le ha metido en la cabeza que un arco sajón sería lo ideal, pero alguien, creo que el vicario, le había dicho que no existían arcos sajones.

–Odio a ese vicario –dijo la muchacha con fiereza.

–¡Vamos, Rachel! No es un viejo malvado. Me dijo, cuando salíamos de casa, que coleccionaba mariposas.

–¡Justo lo que haría! –exclamó Lady Rachel–. ¡Pensar en

matar a una cosa así! –Y señaló a un somnoliento pájaro marrón que revoloteaba sobre los helechos verdes.

“Cuando era joven solía coleccionar mariposas”, dijo Athling con gravedad.

“¡Más vergüenza para ti!”, ansiaba regañarlo, para agitarlo, para que se sintiera inquieto. No necesariamente sobre mariposas, ¡sobre cualquier cosa! El sol, que ahora caía oblicuamente desde el oeste, estaba extrayendo toda clase de fragancias de la ladera de la colina, pero los aires errantes que agitaban los rizos bajo su sombrero estaban llenos del aroma de las primulas y el musgo. Las abejas volaban constantemente junto a ellos y, de vez en cuando, una gran mosca azul tamborileaba junto a sus oídos, con ese peculiar temblor de ir y venir de las diminutas alas que encierra todo un verano en su sonido.

–A veces siento –dijo, con una evidente lucha mental por decirle algo que era difícil de expresar– que es una debilidad mía seguir escribiendo poesía sobre lo que disfruto y lo que es tan fácil de describir. Están surgiendo nuevas formas en el arte, extraídas de inventos y maquinarias (bueno, tú sabes más de eso que yo, porque estuviste en París y demás) y extraídas también, como cualquiera puede ver, de la vida de las masas, de las masas trabajadoras; y a veces siento que hay algo infantil en seguir con los viejos temas rurales, con los viejos temas de amor y muerte, cuando las otras artes están siguiendo un nuevo camino.

¡Él le había dado su oportunidad! Con mejillas ardientes y manos gesticulantes, ella ahora lo atacaba libremente, todos los impulsos de su amor transferidos a su argumento.

–Es puro esnobismo lo que dices –exclamó–. Te dices a ti mismo: «Tengo que ser moderno», cuando deberías decir simplemente: «Quiero descubrir cómo expresar lo que siento».

La miró con gravedad. –Pero ¿no es importante mantenerse en contacto con el Espíritu del Mundo? De algún modo, Rachel, siento como si todas estas historias del Grial, todo este misticismo medieval, se hubieran vuelto aburridos y anticuados.

–¡Sería mejor que le pidieras a Philip Crow que te llevara en su avión! –Su voz temblaba. ¿Había venido hasta allí después de escuchar toda esa charla en Londres y se había encontrado con que su Ned la repetía?

“Será mejor que vayas a Wookey Hole y veas la extraordinaria electricidad que han instalado allí. Y si te interesan las máquinas, ¡hay algunas excelentes y modernas en Crow's Dye-Works! ¡Será mejor que vayas a ver a Philip Crow y le digas lo impresionado que estás por su gran proyecto industrial!”

“¿Por qué te enojas tanto conmigo, señorita Rachel? ¿Qué he hecho? Desde que te conozco, me siento insatisfecho con

mi poesía, tan llena de viejos clichés: desde que te conozco, he querido hacerla más original, más sutil, más acorde con nuestros tiempos”.

Su rostro era digno de ver, mientras luchaba con sus sentimientos encontrados.

–No quiero que cambies en absoluto, ¡en nada! –gritó.

“Ojalá no me hubieras hecho hablar de mi poesía”, dijo. “Tenía la sensación de que te molestaría”.

–¡No me ha molestado! Sólo que, al estar en esta colina donde estuvo Merlín y todo eso, siento que te equivocas de camino. Hablaste tan espléndidamente a favor del señor Geard hace un momento en esa casa y ahora parece que te estás poniendo del otro lado.

“¿Qué tiene que ver la poesía con tomar partido? La poesía es un arte”.

–¡Oh, no uses esa palabra, Ned! Si hubieras oído lo que yo he oído... la conversación... las afectaciones... el aburrimiento...

“¿Pero, no es un arte?”

Su respuesta fue casi gritada.

–¡No! No soy yo, es la poesía. La poesía es algo

completamente diferente. ¡Oh, sé que tengo razón, Ned! Si vas y te haces con esa horrible idea moderna de que la poesía es un arte, no sé qué...

Ella se detuvo y juntó las manos tras la espalda.

–Bueno, de todos modos, Lady Rachel –dijo–, no tiene nada que ver con esta pelea de Glastonbury entre Geard y Crow.

–Sí, tiene todo que ver con ello. ¿No puedes sentir, Ned, mientras estamos aquí que este lugar es mágico? ¿Qué es la poesía si no es algo que tiene que luchar por lo invisible contra lo visible, por los muertos contra los vivos, por lo misterioso contra lo obvio? La poesía siempre toma partido. ¡Es la única causa perdida que nos queda! Lucha por lo... por lo... ¡por lo imposible!

El joven Athling respondió con voz entrecortada. Se agachó, recogió un palo doblado que estaba sobre la hierba y golpeó sus botas con él. “Fue el hecho de conocerte lo que me hizo pensar en estas cosas; y ahora vienes y me pisoteas. Te lo digo, Lady Rachel”.

–No seas tonto. ¡Llámame Rachel!

–Te digo –continuó– que quiero que mi poesía sea algo nuevo, vivo y original. ¡Quiero que trate sobre maquinaria e inventos! Está muy bien –siguió golpeando sus tobillos cada vez más fuerte con el palo que había cogido– seguir

escribiendo sobre setos y zanjas de Middlezoy y lápidas de Sedgemoor, pero quiero que mi escritura fluya hacia adelante, donde fluye la vida.

El rostro de la muchacha se tornó severo y muy triste. Sin darse cuenta de lo que le estaba haciendo, el joven Athling había ultrajado algo en ella que era casi tan profundo como su amor por él, que de hecho se mezclaba con su amor por él y era una de las causas de ello.

–Ned, escúchame –dijo–. He oído hablar de esa pelea entre el señor Geard y el señor Crow. Ha ido aumentando y aumentando hasta que se ha convertido, como lo de los Montesco y los Capuleto, en algo de lo que no se puede escapar. Si tú y yo vamos a seguir viéndonos, debemos estar de acuerdo en esto. Es... es peligroso no estar de acuerdo en esto. –Pronunció estas últimas palabras en un tono bajo y solemne.

Ned Athling la miró perplejo y asombrado. A su modo de ver, era sencillamente increíble que ella se tomara en serio –hasta el punto de pelearse con él– esa ridícula política local de Glastonbury. No se daba cuenta de lo profunda que era la pasión por las causas, por el arte de gobernar y por todos los asuntos de lo que se llama Historia en su sangre heredada de Zoyland. De pronto sintió que le incumbía, a cualquier precio, cambiar el tema de conversación. Ella misma lo había calificado de «peligroso» y evidentemente lo era. Bajó la mirada hacia el tronco. No sólo estaba invadido por las

espinas de aulagas, sino que ahora estaba cubierto por la sombra de los arbustos de aulagas.

–¿Crees que podría levantar ese tronco o dices que no podría?

–Te digo que no debes hacerlo, porque lleva mucho tiempo allí, Ned, ¡y tiene todos esos hongos! –Pero ahora ella le dedicó la primera sonrisa que había tenido desde que se levantaron de su asiento en ese tronco. Él arrojó el palo que había recogido y su gorra después. Se agachó y manipuló el tronco, tirando de él primero en una dirección y luego en la otra. Sólo se movió unos centímetros. Estaba profundamente enterrado en la hierba y cientos de hierbas infinitesimales crecían a sus lados. Se arrodilló, para poder obtener mejor lo que necesitaba. Lo intentó y tiró. Se movió unos centímetros y luego volvió a caer en su lecho de cien años.

–¡No puedes, Ned! Es una tontería intentar hacer algo que no puedes hacer. Deja en paz a esa vieja cosa, por favor, Ned... por favor... ¡te lo pido!

Pero él no le hizo caso. Se sentó a horcajadas sobre el tronco y, agachándose, con los pies bien plantados sobre la hierba, cruzó las manos bajo un extremo del tronco, deslizándose los dedos con cuidado entre las malas hierbas para no tocar los hongos venenosos, rascándose los nudillos con varias raíces pequeñas, pero al final consiguió agarrarlo

con fuerza. La muchacha lo observaba con atención. Con las manos colgando a los costados, empezó a tirar nerviosamente de su cinturón y con un pie golpeó el suelo. Athling poseía los músculos de un trabajador agrícola. Toda su vida, desde que se rebeló al abandonar su hogar y sólo había ido a una escuela de señoritas en un pueblo vecino, había realizado trabajos manuales pesados; pero ahora tiraba y se esforzaba en esta empresa caprichosa sin ningún resultado. Todo lo que podía hacer era inclinar el extremo del tronco unos dos centímetros, pero aún no había hecho uso completo de sus hombros o de los músculos de sus flancos. Respiró profundamente y mantuvo los pies en equilibrio firmemente a cada lado del tronco, y lo agarró de nuevo. Comenzó a moverse. Se movió. ¡No! El tronco se acomodó de nuevo con un peso de gravedad que parecía anormal y, por así decirlo, intencionado, se le resbaló de las manos y, volviendo a su posición anterior, quedó allí inerte, inmóvil, triunfante. Había fracasado.

–No te preocupes, Ned –gritó la muchacha, acercándose a él y tocándole el hombro con la mano desnuda. ¡Aquel toque era, por así decirlo, el dulce espaldarazo de los derrotados! Era la primera vez que, desde que se conocían, ella hacía semejante gesto, y lo hizo en el momento justo.

–¡Vamos! –dijo–. ¡Debemos buscar esa piedra! Pronto o llegaremos tarde a la cena de la señorita Crow.

No pronunció palabra alguna mientras caminaba a su lado

por la colina. La humillación le roía el estómago como una rata roe una tabla gruesa y olorosa en un viejo granero.

Ella fue amable al respecto. Dijo: “No te preocupes, Ned” y lo había tocado con su mano; pero no era su compasión lo que él quería; él quería su admiración; él quería su respeto; él quería su adoración como héroe.

–Sería una pena hacer esperar a Tossie –dijo de repente–. Pero escucha: si no nos preocupáramos más por la piedra, podríamos dar la vuelta por Two Oaks. Tendremos tiempo de sobra si volvemos por Bove Town y bajamos por High Street. Oh, hagámoslo, Ned.

En ese momento, mientras varios mirlos invisibles se respondían desde la distancia purpúrea, Lady Rachel le ofreció su mano al chico.

–Vamos a bajar corriendo –susurró.

Athling demostró ser más hábil guiando a una muchacha por entre montículos de tierra y madrigueras de conejos, mientras bajaban a trompicones por aquella pendiente irregular, que levantando troncos para ella.

Su velocidad fue aumentando cada vez más hasta que corrieron con peligrosa rapidez entre helechos y arbustos encorvados, pasando por arbustos espinosos y matorrales de aulagas, sobre tocones de olmo, bajo abetos escoceses de corteza roja, junto a pequeños grupos de saúco mezclados

con acebos. La guió tan bien que llegaron al fondo sin ningún contratiempo.

–Vayamos a Oaks antes de emprender el viaje –susurró, sacando su cálida mano sin guante de la de él y sacudiendo las semillas y las pajitas de su falda.

Habría ido más allá de los robles «antes de emprender la marcha» si eso significaba prolongar su día. El hecho de cogerle la mano le había proporcionado una satisfacción tan inconsciente que ahora lo único que quería era permanecer a su lado y olvidarse tanto de los troncos cubiertos de hierba como de Merlín.

–¡Ah, hay gente allí! –exclamó Rachel–. ¡Qué lástima! Bueno, ahora iremos directamente a la carretera y llegaremos a casa. Probablemente hubiéramos llegado tarde si hubiéramos ido allí.

Las “personas” que Lady Rachel había visto no eran, de hecho, otros que Sam y Nell.

Will Zoyland había sido advertido de que se esperaba una multitud de turistas en Wookey ese Primero de Mayo, aunque no era un día festivo oficial, por lo que le había escrito a Nell para aplazar la visita a su casa que se había propuesto hacer. Nell se había comunicado de inmediato con Sam y habían arreglado un encuentro en ese lugar. Nell acababa de llegar en ese momento. Si Athling y Rachel

hubieran bajado la colina cinco minutos antes, habrían encontrado allí solo a Sam.

–Querido Sam, oh, mi querido Sam –estaba diciendo la muchacha–. Tenía que volver a verte porque debo haberte dado una impresión equivocada cuando te vi ayer. No era mi intención preocuparte, Sam, ni aferrarme a ti cuando no me quieres, pero cuando le has dado a alguien una impresión equivocada sientes que tienes que hacer algo. Anoche no pude dormir pensando en lo que había dicho. Fue un error de mi parte enojarme tanto y decir todas esas cosas locas. En realidad no quise decir lo que dije, ¿sabes, Sam? Una persona puede decir cosas así sin quererlas realmente.

Sam tomó su mano y, llevándosela a la boca, la besó larga y ávidamente. Se había impuesto la regla de no besarla en los labios. –Anoche estuve pensando en ti, Nell –dijo–. No pude dormir hasta el amanecer. Hay muchas cosas que quiero contarte.

–¿De verdad estabas pensando en mí, Sam? Oh, Sam –y una mirada de esperanza salvaje apareció en sus ojos–, ¿estabas pensando que tal vez...?

–Busquemos un lugar donde sentarnos –dijo–. Hay un cobertizo para vacas ahí atrás, medio lleno de heno. Lo vi cuando pasaba por ahí. Vamos a sentarnos allí un rato. No debemos fumar allí, eso es lo único que no podemos hacer, pero eso no importa.

La mirada de esperanza que había aparecido en el rostro de Nell se desvaneció. No había nada en su tono que sugiriera un cambio de propósito. Pero ella lo dejó guiarla por el sendero. La condujo en dirección opuesta a aquel bosque Wick donde Jackie y su banda habían recogido las campanillas y que ella misma había contemplado esa tarde mientras lo bordeaba en su camino hacia este lugar.

La condujo hasta un hueco en el seto por el que se podía llegar a un gran campo que estaba en barbecho. La condujo a través de ese campo, sus sombras formaban contornos largos y monumentales que apenas parecían humanos cuando los rayos del sol poniente caían sobre sus espaldas. Esas dos enormes sombras se movían delante y Nell y Sam las seguían detrás. Era una procesión silenciosa en ese campo aislado lleno de rastrojos de maíz viejo y de pequeñas hierbas verdes, pues las dos sombras inhumanas no hablaban ni hacían señal alguna y las dos figuras sólidas que estaban detrás de ellas también guardaban silencio. Sin embargo, las sombras tenían más suerte que las figuras, pues tenían el poder de superponerse unas a otras y de fundirse y mezclarse entre sí, de modo que a menudo se perdían unas en otras. Este deseable poder les fue negado a las figuras humanas que ahora las seguían, silenciosas, solemnes y trágicas: dos Sólidos siguiendo a dos Sombras a través de los rastrojos muertos y las hierbas verdes.

Nell sintió un espasmo de amarga tristeza al ver esas sombras alargadas que se entremezclaban delante de ellos y

luego se volvían a separar y se volvían a juntar. En toda esta parte del país, pensó, hay sombras que acompañan a la gente, algunas delante, otras detrás. Y su apariencia es la misma, pase lo que pase en los corazones de las figuras que las lanzan. Personas que van a ser ejecutadas, personas que van a su lecho de muerte, personas que van a enterrar a sus muertos: sus sombras parecen iguales. Las sombras, pensó Nell, no tienen corazón. ¡Las sombras son como hombres que han decidido seguir a Cristo y dejar a sus amores y a los hijos de sus amores!

La condujo hasta el establo que conocía. ¡Sí! Estaba, como había dicho, medio lleno de heno del año anterior. La hizo sentarse sobre un montón de heno suelto, de espaldas a más heno atado en manojos, y él mismo se sentó a su lado. Permanecieron en silencio durante un minuto o dos, y luego, con un instinto de posponer su conversación seria, comenzó a contarle varios sucesos en la ciudad. Le dijo que había rumores de que Philip Crow estaba tratando de obtener algún mandato legal para detener el espectáculo de verano del señor Geard. Le dijo que había habido una feroz disputa en la nueva fábrica municipal entre el señor Barter y algunos de los comunistas, encabezados por Red Robinson.

El corazón de Nell se hundía cada vez más mientras lo escuchaba. “¿Cómo puede? ¿Cómo puede?”, pensó. “No es un hombre cruel, no lo hace para hacerme daño. ¿Cómo puede traerme a este lugar y luego hablarme así?”.

El campo que habían atravesado, con el amplio horizonte detrás y con Brent Knoll elevándose a lo lejos por el noroeste, estaba enmarcado en la entrada rectangular del cobertizo. El marco convertía la escena que ahora contemplaban en una curiosa «obra de arte» aislándolo del resto de la Naturaleza y dándole un significado simbólico. El sol ya casi se había puesto. Se había convertido en una excrecencia globular roja en el horizonte. Parecía un Glastonbury Tor del que la Torre de San Miguel hubiera sido cortada por un golpe de espada celestial, empapando la colina con sangre más roja que la sangre humana. Lentamente, esta convexidad sangrante se hundió sobre el borde del horizonte. Aparentemente se hundió en la bahía de Bridgewater, en el canal de Bristol, en ese sur de Gales de donde vinieron el señor Evans, la señora Geard y las piedras “extranjeras” de Stonehenge; pero en cualquier caso ya no ocupaba la posición central en esa imagen arbitraria producida por el marco de la puerta del establo. Brent Knoll, sin embargo, todavía permanecía... permaneció hasta que las nieblas del crepúsculo surgieron de las llanuras acuosas de Weston super-mare y lo ocultaron, y con él el horizonte, a los ojos de Nell y Sam.

–Sam, tengo que hablar contigo de esto; tengo que hacerlo. Sam, no puedes querer seguir con tu vida en Glastonbury como si nunca nos hubiéramos conocido, como si no fuéramos el uno para el otro, como si no tuviéramos... ahora... una nueva vida... en la que pensar, que considerar...

–Querida, escucha... ¡escúchame! –la interrumpió–. He estado pensando todo el tiempo... toda la noche estuve pensando... hasta que no pude pensar más... en alguna manera... en algo que yo pudiera hacer... en algo que ambos pudiéramos hacer. Sé que no puedo hacerte sentir, como yo siento, esta... esta lucha mía... pero he llegado a ver... en los últimos días... que he eludido algo... en nosotros... en nuestros sentimientos mutuos...

Ya estaba demasiado oscuro en ese cobertizo, mientras se enfrentaban a una larga y dentada línea de sangre que se desvanecía lentamente en el oeste, las últimas huellas del viaje del sol del Primero de Mayo, para que viera el débil destello de la esperanza que esas palabras suyas evocaban en su rostro.

–Debo confesarte algo, Nell, aunque me avergüence. Penny Pitches, nuestra sirvienta, mi antigua niñera y madre adoptiva, me siguió anoche hasta mi dormitorio y habló de ti.

Tuvo el ingenio de sentir que Nell se estremeció ante esto y se apresuró.

–No te preocupes, querida –añadió con voz ronca–. Te lo digo sólo porque quiero que sepas lo peor de mí. Para mí es una penitencia hablar de ello, pero no puedo soportarlo.

–¡Sam! –Estaba sentada muy erguida a su lado. No podía

verle la cara, pero percibía la indignada tensión de sus nervios-. Sam, es así. Puedo soportar lo que me hagas y obligarme a soportarlo, cuando lo haces por ti mismo. Pero tener que escuchar... ¡No! ¡Tienes que escucharme! Tener que escuchar lo que piensan otras mujeres, la forma en que me tratas, ¡es demasiado!

-Pequeña Nell -habló con una vitalidad en la voz que era nueva para ella y que la asustó un poco-, he llegado a ver que hay algo extraño en mí... de lo que no me había dado cuenta. He llegado a ver que sólo he pensado en mis propios sentimientos y he sido estúpido y ciego ante los tuyos. He llegado a ver que en todo esto ha habido una carencia en mí... no sé cómo decirlo... una falta de poder para ver las cosas, tal como aparecen, tal como son, para los demás... para ti. Mientras pensaba en todo esto anoche, después de que Penny se fue, sentí como si pudiera verme a mí mismo como nunca antes lo había hecho. Mi cobardía... mi debilidad... parecía... ¡parecía tomar una forma real en la oscuridad! Nunca lo olvidaré. La oscuridad brillaba a mi alrededor. Era fosforescente. "Brotos y salpicaduras de luz, destellos y chorros de luz, y allí estaba yo en medio de todo... como una gran babosa negra. No era una pesadilla, porque estaba completamente despierto; ni siquiera tenía sueño. Pero de repente supe, cuando me sentí como esa babosa negra, que era más asqueroso que otros seres humanos. Supe que tenía un nervio muerto... un nervio atrofiado... en mí... donde deberían estar ciertos sentimientos".

Se estiró a su lado y se puso en una posición más cómoda. Mecánicamente sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo, rebuscó entre ellos, recordó que no debía fumar y los volvió a guardar.

“Por nervio muerto entiendo que hay sentimientos en los seres humanos que les impiden actuar de cierta manera y hacer ciertas cosas... y que ese nervio nunca ha sido tocado en mí. Cuando me convertí en esa babosa en medio de esas luces fosforescentes, supe que, en la forma en que me comportaba contigo, me comportaba ciegamente, monstruosamente, sin usar ese nervio”.

No podía darse cuenta de la intensidad con que ella lo miraba fijamente, ni de la forma en que tenía la boca abierta y contraída, ni de cómo su labio inferior estaba torcido, como si imitara inconscientemente la expresión de su propio rostro.

Pero él siguió hablando como si ella fuera una conciencia exterior a la que le estaba hablando, una conciencia a la que tenía que confesar todo, ¡todo! «Me dio un sobresalto de miedo, de miedo espantoso, cuando me di cuenta de que me faltaba ese valor humano que tienen todos los demás. Tenía miedo de mí mismo, Nell. Era como si me hubiera mirado en el espejo y hubiera visto, no mi propio rostro, sino el rostro de una bestia. Me sentí solo y apartado, como si fuera un paria, un leproso, un medio hombre».

–¡Oh, Sam, mi querido amor, mi pobre y dulce Sam, regresa a mí y déjame amarte de nuevo!

Cualquiera que hubiera presenciado la escena y hubiera captado la emoción en su voz habría supuesto que él se volvería hacia ella y la estrecharía contra su corazón. No hizo nada de eso: siguió hablando, pero puso la mano sobre la muñeca de ella, que descansaba sobre el heno, y la apretó con fuerza.

–Me odié a mí mismo cuando vi lo ciega que había sido en todo... en lo que se refiere a ti y a nuestro hijo... y a todo. Traté de pensar en qué *clase* de carencia hay en mí que me impide irme directamente contigo y marcharme de Glastonbury. ¡Porque no puedo hacerlo, cariño! Pensé en hacerlo anoche, justo antes del amanecer, horas después de que Penny se hubiera ido. Pensé en pedirle dinero a papá y tomar el tren contigo a Londres. Me imaginé subiendo al tren. ¡Incluso podía ver cómo se vería esa pequeña choza, donde trabaja John Crow, cuando el tren partiera! Pero cuando lo pensé, supe, de golpe, que no podía hacerlo. Sentí frío y me quedé paralizado, como en sueños, cuando di el primer paso... pero quiero decirte esto, Nell –su voz se redujo a un susurro solemne–: cuando pensé en subir al tren, pensé en nosotros tres. Así que, como ves, aunque no tengo ese coraje, tengo algo. ¡Oh, Nell, he sido tan infeliz estos últimos días! No sé por qué te lo digo. ¿De qué sirve decírtelo a ti, que tienes que soportarlo todo? Pero he sido más infeliz de lo que pensé que podría ser. He estado dividido entre ti y

Cristo y eso me ha hecho muy infeliz. Sabía que tendría que soportar mucho por Él, si dejaba que me llevara, pero nunca pensé que sería algo así.

–¡Mi pobre y dulce Sam, vuelve a mí! –susurró la joven, acurrucándose junto a él en el heno y aferrándose a su codo.

–No puedo, Nell –gimió–, no puedo. Cristo me tiene agarrado por el cuello, por el pelo de mi cabeza. Si me hicieras venir a ti esta noche, Él me atraería hacia Él. ¡No puedo escapar de Él! Me abrazará cada vez más fuerte toda mi vida. Sam se estremeció al pronunciar estas palabras. Con el calor de su cuerpo contra el suyo mientras yacían uno al lado del otro en el suave heno, su naturaleza se conmovió tanto dentro de él que una furia blasfema se apoderó de él contra el Ser que le estaba causando a él y a su amor tanto sufrimiento.

–¡No! Me tiene a mí, mi amor, mi dulce, mi único amor. Me tiene a mí y no hay nada que hacer al respecto.

–¡Sam, basta! ¡No puedo permitir que hables así! ¡Estás hablando del diablo, no de Cristo! Cristo nunca querría separar a personas que se aman como nosotros.

Sam se soltó de su abrazo y se puso de pie. Ella lo vio recortado contra la puerta. Su figura parecía contorsionarse y retorcerse, mientras ella lo miraba con ojos asustados. –¡No quiero separarnos nunca! No lo conoces, Nell. Es un

amante, te lo aseguro... un amante... ¡un amante! –casi le gritó estas palabras mientras ella yacía en el suelo. Luego se dio la vuelta y se quedó de pie en la puerta.

La tarde de aquel perfecto Primero de Mayo era de una belleza comparable a las horas que la habían precedido. En ciertos aspectos sutiles era incluso más hermosa, como en ciertos aspectos el sueño es más hermoso que la vigilia y la muerte más que la vida. Pero en la belleza de aquella tarde Sam Dekker vertió la amargura de su corazón. Se golpeó la cabeza con las manos y luego estiró los brazos con los puños apretados.

–Un amante... eso es lo que es... un amante... un amante cruel. Nell no era una muchacha especialmente nerviosa. Tomó la excitación de Sam por una especie de locura religiosa –como muy probablemente lo fuera–, pero sintió una vibrante preocupación por él. De hecho, olvidó por un momento la brutalidad de su abandono en su ansiedad por él. No podría haber elegido un truco psicológico mejor para hacer que su trato con ella fuera tolerable, y bien puede ser –tal es la sutileza laberíntica de la mente humana– que mezclado con la genuina angustia de su pasión frustrada hubiera un fino hilo de conciencia en él de que simular más de lo que realmente sentía era la mejor manera de distraerla de su propio sufrimiento.

Más allá de la oscura figura de su equívoco amante, apoyado hoscamente en uno de los postes de la puerta de

su cobertizo, vio la estrella vespertina. Este planeta luminoso colgaba bajo sobre el lugar donde se había puesto el sol; y como cuando su amor se vio amenazado por primera vez por el estallido de Zoyland, la tarde en que padre e hijo habían llegado a Whitelake, este planeta había lanzado su hechizo sobre ella, así ahora una vez más este gran Ser, el que, después del Sol y la Luna, ocupa el lugar más alto entre los cuerpos celestes, dominó su conciencia atribulada y mantuvo su atención; hasta que percibió una especie de consuelo que provenía de su belleza mientras flotaba allí en ese océano verdoso del espacio. Pero aunque ella no lo sabía, y con toda probabilidad el gran planeta tampoco lo sabía, fluía de ese nadador en ese lejano mar verdoso una influencia mágica que tranquilizaba a la muchacha tan pronto como la tocaba, y le traía un leve retorno a la esperanza. Después del Sol y la Luna, pero mucho antes que los demás señores del cielo, ya sean planetas o constelaciones, esta gran luminaria, ya sea como Estrella Vespertina o como Estrella Matutina, ha atraído la adoración de generaciones. Sintiendo su poder sobre ella ahora, aunque sin saber lo que estaba sintiendo, Nell se levantó de su lecho de heno, se cepilló la ropa mecánicamente y se acercó a donde estaba Sam. Allí estaban juntos, mirando el resplandor moribundo en ese cielo verdoso y el tamaño y brillo crecientes de esa estrella solitaria.

Ella le puso la mano en el hombro y él la dejó allí. La noche misma los reunió en su tristeza universal y primordial: la

tristeza de todas las oportunidades perdidas y las causas perdidas desde que comenzó la historia. Bajo el poder de ese momento, de la lenta muerte de ese día sin igual, esos dos y su hijo dentro de ella se convirtieron en un trío consciente como él había imaginado. Pero el tercero era más que un niño. La inmensidad líquida de ese crepúsculo silencioso agrandó esa pequeña identidad embrionaria hasta convertirla en algo eclipsante y misterioso, algo que se convirtió en la presencia premonitoria de ese futuro desconocido que estaba ante ambos. Con sus suaves alas amortiguadas, esa encarnación de su destino voló ante sus ojos, su vuelo silencioso oprimiendo aún más, como la caída de un puñado de plumas desde el pecho melancólico de la noche misma, el pulso apacible del enorme giro de la tierra hacia la oscuridad.

Nell sintió en su mente, lentamente, la débil intuición de que sería inútil seguir luchando para mantener a Sam a su lado. Mientras se apoyaba en su hombro en su trágica aceptación, sintió que ése era el momento de su vida en que debía reunir sus fuerzas y aceptar su destino, no luchar más contra él, sino adaptarse a él lo mejor que pudiera. Siempre amaría a ese hombre extraño que tenía a su lado, mucho más viejo en sus pensamientos turbulentos que en sus años de inexperiencia. Pero su amor debía aceptar la insinuación de ese crepúsculo fragante y ensanchado, que se oscurecía lenta, tierna y solemnemente ante sus ojos, con un ligero olor a primulas y musgo.

–¡Sam! –susurró suavemente.

Él volvió su rostro incómodo hacia ella, y ella pareció detectar en esa oscura luz una lastimosa súplica para que tuviera misericordia de él y no lo llevara a la desesperación; que no lo obligara a luchar para hacer lo que estaba más allá de su naturaleza hacer.

–Sam –repitió–, harás exactamente lo que quieras. ¡Oh, mi querido, oh, mi pobre Sam! Es más de lo que puedo soportar verte tan afligido. Nuestro amor ha sido muy dulce conmigo –su voz tembló un poco, pero no se quebró–, pero debe aceptar lo que le ha tocado vivir; y así será. Has cambiado mi vida. En mi corazón seré siempre tuya y nunca de nadie más.

Él no respondió, pero ella lo oyó tragarse un extraño sollozo medio animal.

XVIII. ORÁCULOS Y AUGURIOS

El señor Dekker tenía razón cuando decía que una ciudad que ha tenido una continuidad histórica tan prolongada como Glastonbury adquiere una personalidad propia. Y, así como en los organismos humanos se producen cambios que se desarrollan lentamente, a veces enfermedades, a veces regeneraciones, que tienen lugar bajo la superficie y luego, en una crisis, estallan y adquieren prominencia, lo mismo ocurre con cualquier comunidad tan antigua e intrincada como ésta. Los agentes individuales ayudan a provocar estos trastornos, pero la preparación para ellos es un crecimiento largo, silencioso y oculto, sujeto tanto a la influencia de fuerzas no humanas como a la voluntad de la humanidad.

El viejo doctor Fell y su hermana Barbara iban a cenar en la Casa de la Abadía un día a principios de junio, para ser exactos el 2 de junio, y cuando llegó ese día hubo el habitual

alboroto y agitación en toda la alterada y desordenada vivienda donde el hermano y la hermana habían vivido durante unos cincuenta años, en la esquina de Northload Street y Manor House Road. Aunque los Fell habían vivido allí tanto tiempo, era notorio que sus sucesivas tandas de doncellas sólo se quedaban con ellos durante períodos muy limitados, tal era el temperamento irascible y quisquilloso de la señorita Barbara Fell. Así, cuando llegaba un día en que había que salir a cenar fuera de casa, y esto ocurría sólo una media docena de veces al año, la mejor corbata del doctor y la mejor pieza de encaje negro de la señorita Barbara, y a veces incluso su broche de garra de tigre engastado en ópalos, solían estar en el cajón equivocado o en la cómoda equivocada. El doctor Fell tomó la precaución en esta ocasión de vestirse una hora antes de que fuera necesario. Había aprendido por amarga experiencia que era conveniente que las dificultades de vestir de los dos no se produjeran simultáneamente. El doctor Fell, con esta astuta actitud, se encargó de burlar la malevolencia del Hobbididance⁵³, el demonio de las malditas casas. Y ahora estaba sentado en su sala de recepción esperando el desenlace de los acontecimientos y leyendo el *Enchiridion* de Epicteto. El doctor Fell no ignoraba que vivía en una ciudad que tenía una iglesia cristiana muy antigua. En realidad, sólo tenía que ascender la ladera oriental de Wirral Hill para

⁵³ Un hobbididance, u hoberdidance, era un duende maligno mencionado en la danza morris tradicional inglesa. Era el nombre de uno de los demonios de *El rey Lear* de Shakespeare.

descubrir, erigida por el Ayuntamiento, cuando el predecesor de Wollop era alcalde, una losa de mármol bellamente inscrita en la que se registraba el hecho de que, treinta y un años después de la muerte de nuestro Salvador, José de Arimatea trajo Su Sangre a ese lugar. El Dr. Fell también pudo descubrir en las guías el hecho de que la iglesia de su ciudad no sólo era la iglesia más antigua, Orbis Terrarum, de toda la tierra, sino que este hecho había sido sostenido contra iglesias rivales en el Concilio de Pisa en 1409, en el Concilio de Constanza en 1417, en el Concilio de Siena en 1424 y en el Concilio de Basilea en 1434, estableciendo más allá de toda refutación que Glastonbury poseía una iglesia que había sido fundada *statini post passionem Christi* (inmediatamente después de la Pasión de Cristo). Sin embargo, aunque no negó que viviera en una ciudad donde tal vez todavía existía un altar que había sido usado en el edificio original, construido por alguien que había tocado la carne del Hombre-Dios, el Dr. Fell no era cristiano. Era, por el contrario, un estoico, y cuando no leía por milésima vez los robustos *logoi*⁵⁴ del esclavo estoico, leía por centésima vez las melancólicas meditaciones del estoico Emperador.

–¡Manny! ¡Manny! –Era la voz de Barbara que resonaba en la casa. Su nombre en realidad era Charles Montagu. Manny había sido un apodo de guardería y, como reducía su

54 Logoi es un término de origen griego y hacía referencia a la palabra o palabras que ayudaban a sanar o curar.

dignidad más que cualquier otra cosa, su hermana nunca se cansaba de usarlo. Se levantó con cansancio y abrió la puerta—. ¡Dile a Rosie que la necesito, Manny! —Dio tres o cuatro pasos hacia las escaleras que bajaban al sótano donde estaba la cocina y abrió la puerta—.

¡Rosie! —gritó.

¡Sí, doctor!

—Tu ama te necesita.

Regresó a su estudio y se sentó de nuevo. Esta vez cerró el *Enchiridion* y lo arrojó sobre su escritorio. Una vez más, bajo ese cálido y polvoriento sol de junio, su cabeza se hundió sobre las rodillas y pensó en cómo su hermana había logrado arruinarle la vida por completo. Pensó para sí: "¿Para qué diablos he vivido todos estos años? Supongo que no he disfrutado realmente, en promedio, durante más de una hora cada día. ¡Una hora al día! Me pregunto cuánto más que eso obtiene la mayoría de la gente de Glastonbury, cuando sumas sus momentos agradables". *Puedo* creer que me abstenga de tomar esas pastillas de morfina durante una hora al día! ¡No! Es la esperanza lo que me hace seguir adelante. Simplemente seguir adelante; porque eso es todo lo que es. Es la esperanza". Con lo que siempre pensó en su mente como "la esperanza", el Doctor se refería nada menos que a la muerte de su hermana Barbara.

–¡Manny! ¡Manny! –Saltó de su silla de un salto y salió volando de su estudio. Una vez en el pasillo, esperó un segundo, rezando para que ella solo estuviera discutiendo con Rosie y que su llamado fuera un movimiento estratégico en una batalla femenina–. ¡Manny!

–¿Sí, Bárbara?

–Oh, no digas «sí» en ese tono –estaba inclinada sobre la barandilla–. ¡Sube, rápido! Ven aquí, ven aquí. Tienes que ayudarme. ¡Rosie está demasiado indefensa para hacer nada!

El doctor Fell suspiró profundamente y empezó a subir las escaleras. El cansancio y un gran asco por la vida lo agobiaban. Siguió a Barbara hasta su dormitorio, y cruzar el umbral del mismo era para él un castigo; y mientras la ayudaba, su odio por ella era tan intenso que la idea de asesinarla le vino a la mente.

El comedor de Euphemia Drew tenía todas las ventanas abiertas, pero la atmósfera estaba tan tranquila que las seis llamas constantes sobre los candelabros de plata (pues aunque el sol del oeste entraba oblicuamente desde entre las columnas del Arco de la Torre, ella había hecho que Lily iluminara la mesa) conservaban intactos sus pequeños centros de vida de color azul intenso.

–¡Qué bonitas son tus velas! –exclamó el viejo abogado

Beere, que junto con su hija Angela y el señor Thomas Barter formaban parte de la lista de invitados. La cabeza canosa del anciano, sus mejillas flácidas y su nariz fina y con anteojos se inclinaron de nuevo sobre su plato de sopa clara, en cuya superficie flotaban diminutas obleas de pasta blanca.

Pero Angela, una muchacha seria y rubia, de unos veintisiete veranos –hija de un anciano–, mejoró la observación de su padre. “La luz de las velas durante el día siempre me hace pensar en Roma”, comentó.

–Qué poco natural, quiere decir la muchacha –dijo Barbara Fell–, pero tú siempre tuviste predilección por lo artificial, Euphemia.

Lily Rogers, que en ese momento estaba retirando el plato de sopa de la señorita Bibby, se sintió tan cautivada por esta acusación contra su señora que rozó la copa de vino de la señora, que estaba rebosante, y un pequeño hilo de clarete se derramó sobre el mantel. –¡La sal lo arregla! No te preocupes, muchacha –exclamó la señorita Fell, cubriendo la mancha roja con los diminutos cristales. Lily no era de las que se preocupaban por semejante desgracia mientras el señor Barter la miraba. Por el contrario, se sumió en una prolongada y pensativa ensoñación. Pero Charles Montagu miró sorprendido a su hermana. ¿Por qué era tan considerada con Lily y tan dura con Rosie?

¿Se equivocaba al detestarle esa cara delgada, angulosa y

gris con una aversión tan ardiente? Ella siempre se mostraba amable con Tom Barter. Si Rosie fuera Lily y él fuera Barter, ¿reinarían la paz, el amor y la armonía en Old Town Lodge?

Tom Barter tomó la palabra. Estaba impaciente por poner todo su peso de parte del Desfile antes de que esas formidables mujeres empezaran a condenarlo. “Tengo un favor personal que pedirles a ustedes tres, señoras”, dijo, e hizo una pequeña reverencia galante en dirección a Angela, a quien sólo había visto una o dos veces antes, y de cuyas miradas frías, castas y directas tenía un poco de miedo. “Quiero que todas se aseguren de conseguir buenos asientos en el Desfile comprando sus boletos con anticipación. Vienen muchos extranjeros, varios grupos enteros de ellos de Alemania, y no se verá bien si las primeras filas están vacías. El alcalde ha estado reservando las primeras filas para las personalidades principales de la ciudad. No ha dejado que su agente venda ni una sola entrada de ellas”.

Ante esta referencia al «agente» del alcalde, Mary, que estaba sentada junto al anciano señor Beere, no dudó en levantar la voz. «No se trata de si apruebas o desapruebas el asunto en su conjunto», dijo con vehemencia y ruborizada, «se trata simplemente de si te gustaría estar completamente ausente de algo que probablemente será... un acontecimiento histórico en la vida de... de todos los presentes».

Euphemia la miró rápidamente mientras aceptaba un plato

con borde dorado de manos de la soñadora Lily. «Demasiado histórico», pensó, «en *tu* vida, mi desdichada querida». Pero le dijo a la señorita Fell: «Creo que quizá Mary tenga razón, Barbara. Todos tenemos un deber con Glastonbury, y sea lo que sea que pensemos *personalmente*, de nuestro nuevo Alcalde y sus métodos, debemos pensar que el hombre tiene el puesto muy en el corazón».

"No habrá nada romano en ello, ¿verdad?" dijo la señorita Fell.

–*Puedo* responder por eso –exclamó Barter apresuradamente–. ¡Oh, no! Al principio, temíamos que, debido a su sencillez evangélica, el señor Geard pudiera ser objeto de burlas por parte de algunos de nuestros miembros más inteligentes de la Iglesia. Pero el vicario ha estado hablando con él y le ha hecho ver...

Se detuvo de golpe, preocupado por no exagerar su argumento y también, hay que confesarlo, un poco desconcertado sobre cómo redondear esa conversación imaginaria.

El sol se estaba poniendo y a través de las ventanas abiertas, flotando dulce y suavemente sobre las ruinas, llegaba la fragancia de muchos campos de heno. Sin cortar aún, la hierba se había vuelto alta y plumosa, y mezclado con su vago aroma había un anticipo de algo mucho más íntimamente dulce, el primer aliento de madreSelva en

ciernes y escaramujos. Angela Beere, bajo ese tranquilo pecho blanco en el vestido azul claro de escote bajo, bajo esa frente tranquila con el pelo rubio peinado con raya al medio, estaba pensando en ese momento cosas muy extrañas. Había visto recientemente a Perséfone por primera vez después de un largo intervalo, y la atracción por esa criatura equívoca había ido creciendo sobre ella noche tras noche, desde que había hablado con ella, hasta convertirse en algo así como una obsesión febril. Le había resultado difícil comportarse adecuadamente, incluso cortésmente, en presencia de Perséfone, tan inquietante había sido la personalidad de la muchacha. Había querido huir de ella; ¡Había deseado arrojarse tempestuosa y distraídamente a los brazos de su nueva amiga! «¿Le gustaba?», pensaba ahora, «¿tenía buen aspecto? ¿Qué quería decir al hablarme así, si no me quería como amiga? Cuando dijo eso de que la vida es tan difícil, y que el amor de los hombres es tan grosero y brutal, y que es tan difícil encontrar a una persona a la que se pueda amar con todo el corazón, ¿le hice entender que la compadecía?»

–Va a haber una gran huelga en esta ciudad –anunció el señor Barter–, si esa gente de Crow no tiene cuidado. Será mejor que le des una pista a tu primo, Mary. No seguiría *mi* consejo. –Hizo una pausa y miró al viejo señor Beere, ansioso por convencer al abogado de que fue por una cuestión puramente de política industrial por que se peleó con su antiguo empleador.

Sin embargo, el señor Beere, mientras comía sus champiñones con avidez y delicadeza, con su vieja y arrugada cara cerca del plato, pensaba: «Es asombroso cómo Crow pudo soportar a este tipo durante tanto tiempo. Es un intruso. Es un intrigante. Es completamente astuto. Espero que no se encariñe con Angela. Sin duda estaba haciendo algún tipo de maldad cuando Crow lo echó».

–¿Quién es ese Capporelli del que tanto hablan en la *Gaceta*? –preguntó la señorita Euphemia Drew.

Como nadie más parecía dispuesto a responder, Mary empezó a explicarle a su amiga que la persona en cuestión era uno de los famosos payasos franceses de hace treinta años.

«Hace mucho tiempo que está retirado», dijo, «pero vuelve de vez en cuando para cosas de este tipo. Ha tenido una vida infeliz. Su mujer se escapó con un chino. El primo John le habló de él a Geard. Me llevó a verlo a uno de los ensayos. Está haciendo el papel de Dagonet en su obra».

–¿Actuando a *quién*, querida? –preguntó la señorita Bibby.

"A Dagonet, señorita Fell, la tonta del Rey Arturo".

Barbara se volvió hacia el señor Barter: “Creía que habías dicho que esta representación era un asunto evangélico, algo así como *El progreso del peregrino*”.

El viejo señor Beere levantó la cabeza. –Supongo que es lo que más les gusta a los chicos y a las chicas –dijo–. Un poco de incienso y muchos besos.

–No puede ser verdad, señor Barter –intervino la señorita Drew–, lo que me dijo ayer el querido Wollop cuando hablé con él en la jaula en la que siempre está encerrado.

–Es cierto, señora –intervino el señor Beere con una mueca humorística–. Puede estar segura de que es cierto si Wollop lo dijo.

Pero la señorita Drew negó con la cabeza. –Lo que dijo fue que el papel de nuestro Salvador lo iba a interpretar ese galés desaliñado que se ocupa de la tienda del viejo Jones.

–El señor Evans es un tipo extraño –dijo Tom Barter con gravedad, captando la mirada de Lily mientras hablaba y lanzándole una de esas rápidas miradas de reconocimiento que las chicas siempre entendían y a las que respondían–. Pero me dijo que estuvo en Oxford. Sin duda, sabe más sobre la historia de este lugar que nadie.

–Pero para representar el papel de Nuestro Señor... –reiteró la señorita Drew.

“Siempre me ha parecido extraño que alguien pudiera hacerlo, incluso en aquellas antiguas obras de teatro milagrosas; pero ahora, y con ese francés del que hablas...

Pero la mente del señor Barter ya se había alejado un poco de Paul Capporelli. Respondió vagamente que estaba seguro de que la señorita Drew no encontraría nada objetable en el desfile. Pensó para sí mismo: "He sido un tonto al atarme con esa perrita intrigante de los peregrinos. Debo salirme de ahí, debo darle el visto bueno. Ha empezado a valorar demasiado su virtud sanguínea. Me pregunto si Lily lo haría". Pero, por supuesto...

¡Ahí está su hermana! Eso es lo que siempre me ha detenido. Pero por Dios, es una muchacha hermosa, ¡sí!, y una muchacha sensata también». Y la incorregible imaginación del señor Barter empezó a evocar imágenes tan tentadoras y seductoras que, cuando la verdadera Lily, con su puritano vestido negro y su delantal, volvió a aparecer, verla le produjo un gran sobresalto. ¡Había recuperado su aspecto normal con una rapidez demasiado desconcertante!

La cena llegó finalmente a su fin. Lily se llevó los platos de queso y colocó ante los invitados el mejor juego de platos de fruta de Dresde de la señorita Drew. También trajeron las tazas de café de Meissen y una cafetera de plata que había pertenecido a su abuela. Incluso le había pedido a Mary que comprara una caja de cigarrillos para el final de la comida y Mary, que conocía los gustos de su amigo Tom, había comprado algunos de Virginia de primera calidad. La conversación comenzó a girar en torno a la enigmática figura del nuevo alcalde.

“El joven Robert Stilly del banco”, dijo el abogado Beere, “me dijo que el tipo gastó miles de dólares en este asunto. Me imagino que su familia debe estar sintiéndose mal”.

El señor Barter se apresuró a mencionar un aspecto del señor Geard que no tenía nada que ver con el gasto de dinero. La recompensa que recibió por dejar a Philip le mordía la conciencia como un gusano a una manzana de mejillas sonrosadas. “Habla de Nuestro Señor”, comentó, “como si estuviera de pie junto a él”.

"El hombre siempre olía a bebida cuando estaba cerca de ella", dijo Barbara Fell.

–Rogers me ha dicho –dijo la señorita Drew– que le han visto haciéndole muecas a ese pobre muchacho baboso que siempre se queda en la acera frente a la casa de los peregrinos.

–No creo –intervino Barter– que Louie haya entendido bien esa historia. La versión que he oído –y miró a Mary, pues su informante no había sido otro que John– es que hizo que ese chico lo entendiera por señas, y que siempre se detiene cuando pasa por su lado y que ...

Mary lo interrumpió: “Creo que tiene una extraña simpatía nerviosa ... aunque no me gusta... Hay algo desagradable en él... algo aterrador... pero por lo que he oído, tiene una peculiaridad nerviosa que le hace imitar todas las

enfermedades que encuentra. Eso debe haber querido decir Louie. Debe actuar como un idiota cada vez que habla con ese idiota”.

“Lo único que puedo decir”, dijo la señorita Bibby, “es que es indignante que una ciudad como la nuestra tenga un alcalde que no es responsable de sus acciones”.

–Él es mejor médico que yo en estos casos –murmuró su hermano con irritación.

–¡Escucha cómo hablas, Manny! –gritó la señora–. Cualquiera pensaría que eres uno de sus conversos. He oído que bebe en los bares con los peores personajes de la ciudad. Y dicen que el último día festivo se emborrachó tanto en la fiesta de la señora Legge que puso de rodillas a esa sobrina enferma que tiene... Manny va a verla... tiene una enfermedad terrible.

“¡Me avergonzaría hablar así, Barbara!”

Todos miraron al doctor Fell. Había hablado en voz baja, pero con amarga claridad.

La señorita Drew intervino: “Me temo que todos estamos hablando de escándalos”, dijo. “Tiene usted razón en reprendernos, doctor. ¿Qué piensa al respecto, señor Beere?”

El señor Beere levantó la vista de sus uvas. “Stilly cree que

ese tipo está loco”, dijo. “Ha estado gastando dinero como si fuera agua estos últimos meses”.

Charles Montagu Fell pensó para sí: «Si no fuera por mi Mary y algunas de esas jóvenes que vienen a mi clínica, juro que tomaría esas pastillas antes de tiempo». Bebió el café de un trago y, mientras bebía la primera taza, lo invadió una sensación que había estado sufriendo varias veces últimamente, una sensación como si su vida se hubiera reducido al mínimo por el mecanismo que se enrollaba en su interior, mientras que su corazón, su alma, su significado habían huido a otra parte y él tuvo que gritar en voz alta: «¡Pero si todo es cáscara y está hueco! ¡Pero si todo es podredumbre de gusano y polvo!», y se desmoronaría en pedazos... La conversación se desvió ahora hacia un intercambio sin incidentes de chismes locales.

Mientras la cena de la señorita Drew iba decayendo hasta su triste e impotente conclusión, el señor Philip Crow salió de la puerta de entrada de The Elms para inspeccionar el estado del tiempo y en aquella hermosa tarde de junio (apenas pasaban de las ocho), se dirigió a la ciudad. En el espacio abierto que había fuera de San Juan se encontró con el señor Stilly, el cajero del banco de Glastonbury. El señor Stilly había salido después de una cena temprana (era un hombre de cuarenta años muy trabajador que mantenía a una pareja de padres ancianos) para tomar el aire, caminar un poco por las calles y ver qué pasaba. El señor Stilly tenía el pelo fino y rojizo, un bigote aún más fino y rojizo y un

rostro caído y melancólico. Pero en realidad no era un hombre melancólico. El señor Stilly aceptaba los pinchazos del azar y las sacudidas del tiempo y la marea con paciente ecuanimidad. Ocultaba su pasión por tomar fotografías bajo su actitud serena y también le gustaba muchísimo utilizar una sierra de calar. Adoraba a sus padres, que eran a la vez exigentes y tiránicos; y uno de los mayores placeres de su vida era cuando en esta época del año bajaba a los arroyos para que los ancianos pudieran tomar berros con el té. El señor Stilly sentía un respeto sin límites por Philip Crow. Cuando se vio alcanzado esa noche por este caballero, su tendencia fue, sin lugar a dudas, saludarlo cortésmente con la cabeza y marcharse. Fue con sorpresa, e incluso con cierto recelo, que el señor Stilly oyó al señor Crow expresar su deseo de que lo acompañara al terreno de la torre Tor para echar un vistazo a lo que pudiera estar sucediendo allí, en esa hermosa noche del dos de junio. El señor Stilly, consciente de que había dejado a su «único padre y a su única madre», como solía llamarlos jocosamente, jugando al dominó, accedió a la sugerencia del fabricante.

Los dos hombres caminaron rápidamente por Chilkwell Street, pasaron por la puerta de la vicaría, por la puerta de la señorita Drew, por el granero del diezmo, desde donde las criaturas simbólicas de Mateo, Marcos, Lucas y Juan los observaban sin pestañear, pasaron por St. Michael's Inn, donde Mad Bet les hacía muecas silenciosas, pasaron por Chalice Well, donde el agua roja gorgoteaba ante ellos con

desdén, hasta que llegaron a Tor Field. La puerta estaba abierta y entraron. Era exactamente como el campo de cualquier feria común, ese lugar esa noche, con barreras de lona clavadas firmemente en la tierra y una confusión de voces animadas que les llegaban a través del cálido crepúsculo. Bordearon la barrera y, de pie detrás de una multitud de intrusos casuales, a quienes los actores no tenían autoridad para excluir, observaron, con el asombro desagradable de las personas adultas en presencia de tonterías infantiles, el desconcertante caos de la inusual escena.

El señor Stilly abrió la boca dos veces para hacer algún comentario adecuado antes de tener el valor de hablar. Luego dijo: “Esto hace pensar en lo que uno lee sobre Estados Unidos”.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Philip. Esta pregunta, natural pero no muy amable, perturbó el juego de la inteligencia ya agitada del señor Stilly.

“Que se hacen... muchas representaciones... ¿no es cierto... al... aire libre?”, murmuró el cajero del banco.

–¿De verdad? –dijo el otro, lacónicamente–. Yo nunca estuve allí. El señor Stilly murmuró algo sobre los indios y se sumió en un silencio nervioso. Estar a esa hora con el dueño de la tintorería de Glastonbury y en presencia de una escena tan inusual era demasiado para él. Esperaba que sus padres

no se hubieran dado cuenta todavía de lo larga que había sido su ausencia.

Era evidente que no sería por falta de disfraces variados y fantásticos, ni de instrucciones contradictorias y vehementes, ni de multitudes excitables de jóvenes emotivos, por lo que el desfile de Geard fracasaría, si es que fracasaba. Philip lo miró todo con un desdén frío y punzante desde debajo de su gorra de tela. En el bullicio de aquella abigarrada asamblea, desde el desapego concentrado, este hombre irradiaba ondas de desprecio acumulado. Sus pensamientos iracundos se sucedían unos a otros a través de su cerebro como soldados en marcha. Iban y venían; giraban y giraban en sentido contrario; obedecían las órdenes de la voluntad de Philip en mucho mejor orden que aquellos muchachos y muchachas excitables obedecían a sus distraídos Profesionales de Dublín. «¡Humanidad!», pensó. «¡Como eran hace dos, tres, cuatro mil años, lo mismo eran hoy! Moldearlos, entrenarlos, dominarlos... es todo demasiado fácil y enfermizo». Y pensó: «¡Cuánto más digna es la resistencia que me ofrecen las rocas profundas, oscuras e interiores de Mendips! ¡Cuánto mejor es luchar con máquinas contra la inercia de la materia ciega que intentar fabricar algo con esos insectos! No será necesario conspirar ni maquinarse para derrotar a Geard. Todo lo que tendré que hacer será mantener las manos a raya. Esta locura, esta gente desconcertada, estas piernas desnudas y este baile desenfrenado, ¡vaya!, es una orgía bacanal. Hará de la

ciudad un hazmerreír. Lo que está provocando aquí –cualquier tonto puede verlo– es pura locura religiosa bajo la máscara del teatro. Ese hombre es un lunático. Este tipo de cosas nunca se han tolerado, y nunca se tolerarán, en Inglaterra».

–Me temo que tengo que irme ahora, señor Crow. No esperaba quedarme fuera tanto tiempo. Mi... mi gente se estará preguntando dónde... dónde estoy. –Al señor Stilly le había llevado mucho tiempo decidirse a pronunciar este atrevido ultimátum. Su voz, cuando lo pronunció, era como la de un colegial desdichado que murmura algo sobre críquet o fútbol a un director preocupado y absorto en un bonito punto de la gramática de Tucídides.

–¿Eh? ¿Qué has dicho? Está bien –respondió Philip–. Espera un momento, Stilly, y volveré contigo.

Abandonaron el campo, pasando de largo en su camino por aquel tronco caído en cuyos lados cubiertos de musgo Sam Dekker había buscado hongos venenosos raros el día en que el Sr. Evans pensó por primera vez en tomar el papel de Cristo en la representación.

Mientras tanto, ese mismo Sam, que luchaba lastimosamente con su amor por Nell, había entrado en su santuario favorito en Glastonbury. Se trataba de una pequeña capilla dedicada a San Patricio que se encontraba detrás del asilo de mujeres, cerca de la entrada a las ruinas,

una capilla que aún poseía un altar de piedra original que la Reforma protestante dejó intacto y que tenía en su pared el escudo heráldico de San José, una cruz verde entre dos vinagreras de oro.

Nunca había visto esos brazos arimateos, nunca había observado ese altar de piedra, y había contemplado a un adorador como el pobre Sam se mostraba esa noche.

Estaba de rodillas ante el altar. Estaba solo en la pequeña capilla. Inclina cada vez más la cabeza, apretando los dedos mientras se inclinaba hacia delante.

Pero sus manos no colgaban a los costados en actitud de oración, sino que se movían con furia como los puños de un boxeador y, mientras lo hacían, el dorso de sus nudillos golpeaba constantemente contra el frente del altar de piedra.

Había algo en su postura mientras se arrodillaba, balanceando todo su cuerpo hacia atrás y hacia adelante, que resultaba lamentablemente grotesco. Un observador imaginativo podría haber tenido la impresión de que un animal estaba rezando.

¿Había alguna parte de la naturaleza de Sam que se regocijaba por la atroz tarea que se había impuesto: la tarea de hacer, no su voluntad, sino lo que él concebía como la voluntad de un trágico Ser sobrehumano?

Sí, el alma misma, en ese cuerpo grotesco que se balanceaba con los puños apretados, se regocijaba por lo que estaba haciendo. El alma de Sam parecía ser capaz de reunir en sí una conciencia peculiar completamente separada del resto de su sensibilidad. Su alma parecía tener atado a su cuerpo a su voluntad, como un hombre podría sujetar a un toro de ojos desorbitados con un anillo en la nariz.

Su alma parecía decirle a sus sentidos y a su voluntad naturales: “¡Debes pasar por esto porque Cristo pasó por ello! No me importa cuánto sufras; ¡siempre que sigas adelante, día a día, haciendo Su voluntad y no la tuya!”

Y mientras Sam sufría allí, tambaleándose en su angustia como un gran animal sangrante atravesado por un aro de acero en la nariz, el Hombre-Dios que él invocaba luchaba en vano por alcanzar la conciencia de este loco pervertidor de Su secreto. ¡En vano! ¡En vano! Contra el ansia de poder del alma de un hombre, cuando ha probado una vez el salvaje deleite de tomar su propio cuerpo, su propia voluntad y su propia sensibilidad nerviosa y obligarlos a *actuar contra la corriente*, sólo hay una Deidad que puede prevalecer: y esa Deidad no es Cristo. ¿Cómo podría Cristo, mientras ahora pasaba como una nube de humo de hierba bajo la puerta de la capilla de San Patricio, relajar la tensión de esta alma, que tiraba y sacudía tan despiadadamente de la nariz de una bestia terrestre que rezaba?

Pero Cristo no se olvidó de su pobre siervo Sam, embrutecido por el amor de Dios, aquella tarde vaporosa de Glastonbury. Aunque trató en vano de cambiar, mediante razonamientos invisibles, la incorregible obstinación de la mente pervertida de Sam, pudo ejercer cierto grado de control sobre los acontecimientos externos.

Ahora le metió en la cabeza al joven Elphin Cantie, con quien Sam solía pasear a veces, que entrara a escondidas en la iglesia. Elphin, como muchos otros muchachos del pueblo, sentía un amor apasionado por Sam. La madre Legge, cuando estaba borracha, le había dicho recientemente al joven Tewsy que Sam Dekker se había convertido en un seductor de muchachos. ¡Nada podría haber sido más patéticamente injusto!

En el fondo, a Sam no le importaban en absoluto los muchachos. Sus paseos con los más raros, extraños y feos de ellos (y Elphin era sin duda uno de ellos) formaban parte de su plan general de vida. Sabía que había muchos muchachos en Glastonbury que, odiaban el cricket y el fútbol, no les gustaban las chicas, y que se sentían profundamente solos e infelices. A esos muchachos les dedicaba gran parte de su atención, que ellos le devolvían diez veces más en lo que se refería a la respuesta emocional; pero Sam no sabía nada de la fuerza de los sentimientos que despertaba.

Cuando Elphin se asomó a la capilla de San Patricio, se emocionó, pero no se sorprendió, al encontrar allí a Sam. Ya

había echado un vistazo antes, en ocasiones similares, pero nunca se había atrevido a acercarse al objeto de su apasionada adoración. Hoy, sin embargo, empujado hacia adelante por la presión invisible de una mano sobre su hombro, el muchacho de piernas delgadas y rostro pálido se acercó tímidamente al lado de su ídolo.

Al acercarse, creyó oír el sonido de un sollozo ronco y exhalado en la garganta del hombre. Ese sonido lo hirió en lo más profundo. ¡Bien sabía Elphin Cantie lo que era ir a lugares solitarios y emitir sonidos como ése!

El muchacho se acercó a él y, siempre empujado por la Mano invisible, susurró su nombre, haciendo al susurrarlo lo que los siervos rusos de antaño hacían con sus amos, es decir, le dio un beso suave en el hombro. Cualquiera que no fuera un naturalista nato como Sam se habría sobresaltado violentamente e incluso habría lanzado un grito; pero su largo entrenamiento en los bosques y los campos le había dado a Sam, ante cualquier conmoción nerviosa (y, en realidad, en todas estas cosas sus nervios eran como madera dura), el aplomo de un piel roja.

–Oh, eres tú, elfo, ¿verdad? –fue todo lo que dijo. Y comenzó a ponerse de pie con rigidez, secándose los ojos sin contemplaciones con el dorso de uno de sus relajados puños.

Elphin Cantie no dijo una palabra.

–¿Ya tomaste el té? –preguntó Sam, estirándose y buscando a su alrededor su gorra y su bastón.

Elphin meneó la cabeza.

“¡Vamos, veamos qué tiene Penny para nosotros hoy!”.

XIX. LA REPRESENTACIÓN

El día amaneció mucho antes de que la mayoría de los artistas destinados a participar en la representación religiosa del señor Geard se hubieran despertado. Sin embargo, Mary Crow, que no iba a participar en él más que como espectadora, se despertó poco después de las primeras luces del alba.

Observar el amanecer desde una ventana que da al oeste es, en cierto sentido, como contemplar las diversas expresiones de excitación que cruzan el rostro humano cuando la causa de tales sentimientos está ausente. La muchacha se incorporó, cogió su bata que estaba a los pies de la cama, se la enrolló como un chal alrededor del cuello y observó la lenta y sigilosa expansión de la luz gris. Recordó haber oído a John defender una vez el relato bíblico de la creación, cuando Tom Barter lo criticó por separar la

creación del sol de la creación de la luz. John había mantenido que la luz era una entidad completamente independiente de su origen inmediato. Sin duda, a Mary ahora le parecía que la luz era una entidad libre de toda conexión con el sol.

Mary podía ver el gran arco de la torre en ruinas de la iglesia de la Abadía mientras yacía allí, y podía ver las copas de los olmos más allá, muy fantasmales y espectrales, con su verdor apenas incipiente. El arco, al parecer, se asimilaba a esa luz del amanecer con mucha menos facilidad que las copas de los árboles. Se aislaba de algún modo de ese proceso del amanecer y enfatizaba sus propias curvas, molduras y mampostería, en resistencia, por así decirlo, a esos efectos atmosféricos. Pero el follaje de las copas de los árboles era parte de él. El follaje de las copas de los árboles, tal como Mary lo observaba ahora, parecía contener en sí mismo la infinita tristeza de esa luz gris, incipiente, *cimmeria*⁵⁵, que ahora invadía lentamente el mundo y se instalaba en los pasillos fríos y en los corredores vacíos de la oscuridad. Volutas de niebla gris flotaban alrededor de esas copas de los árboles, una niebla que se parecía más a gotas de rocío que a gotas de lluvia y, sin embargo, en realidad no sugería gotas de agua en absoluto. Tampoco sugería nubes.

55 Los cimerios eran un pueblo iraní que compartía una lengua, orígenes y cultura comunes con los escitas y son arqueológicamente indistinguibles de estos. Los cimerios han sido vinculados con los celtas y los tracios, basándose al menos parcialmente en fuentes griegas antiguas.

Eran cosas en sí mismas, *sui generis*, aquellas nieblas del amanecer, parecían tener una conexión tan remota con el agua en cualquier forma localizada como la que la luz tenue en la que caían y oscilaban y subían y se hundían tenía con el sol invisible. “Sí”, pensó Mary, “algo en el follaje de esos árboles fluye hacia afuera para saludar a esta luz triste, que no parece luz del sol, al igual que algo en mí fluye hacia afuera para saludarla”.

¿Estará bien hoy?, fue lo siguiente que pensó Mary. Había estado en la sala de Northload Street durante unos minutos la noche anterior y había encontrado a John y Tom juntos. Estaban bebiendo whisky y el primero estaba en un estado de completo agotamiento. John le había dicho que el alcalde estaba decidido a llevar adelante el asunto, con lluvia o con buen tiempo, pero que de alguna manera se había convencido a sí mismo –«¿Sabes cómo habla con su Dios, como si estuviera de pie a su lado?»– de que no se «permitiría» que lloviera en este día de «la Resurrección de Glastonbury». Mary se sintió llena de dudas y ansiedad. Todo tipo de pensamientos inquietantes la asaltaron. ¿Y si todo fuera un fracaso monstruoso? ¿Y si los actores entraran en pánico y ese payaso francés perdiera la cabeza en alguna payasada o improvisación descabellada que no encajaba con el resto? Había visto un fragmento de la Pasión ensayada y se sentía totalmente incapaz de concebir cómo el señor Evans podría siquiera llevar a cabo su papel, y mucho menos tener éxito en él. Durante la última semana, por la ciudad

habían corrido rumores de que la policía de Taunton había intervenido y detenido a los principales actores, y lo último que Mary había oído antes de irse a la cama la noche anterior fue la noticia que Weatherwax había traído a la cocina de que se había producido la esperada huelga en la tintorería y que la fábrica de Glastonbury había cerrado el trabajo a todos sus trabajadores esa mañana. Hasta el momento, decía el relato del jardinero, los problemas no se habían extendido a la planta Crow en Wookey, pero que también, según declaró Weatherwax, podría haber un cierre patronal mañana. Incluso los trabajadores de Wookey habían pedido, y aparentemente se les había concedido, un día de fiesta hoy, de modo que mientras Mary yacía apoyada sobre sus almohadas, esperando que los primeros rayos amarillos golpearan el gran arco roto que tenía delante, parecía captar problemas en el aire, que venían de todas partes. Barter le había dicho que la ciudad ya estaba repleta de visitantes. Grupos de alemanes, holandeses, escandinavos, incluso algunos franceses, habían llenado las calles el día anterior. Ella misma se había sorprendido por la multitud cuando se dirigía a Northload Street.

Mary era realista y práctica, pero ahora estaba nerviosa. En el aire fresco del amanecer, sola con grajos, copas de olmos, ruinas y palomas torcaces, la invadieron mil alarmas y terrores. Se imaginó a todos aquellos obreros de las fábricas –los huelguistas de las obras de Glastonbury, los veraneantes de Wookey– uniéndose a una gran multitud e

invadiendo el campo. Se imaginó un tumulto salvaje en medio de la representación, en el que John sería arrestado por la policía, esposado y llevado en un automóvil a Taunton. El desfile en sí, según había sabido, no iba a empezar hasta las dos de la tarde, pero como una parte del campo había sido cedida a los tenderos habituales, vendedores de juguetes y dulces, vendedores de baratijas, comerciantes de frutas y nueces etc., (excluidos los carruseles y las rotondas) y como también se iba a permitir la entrada a las caravanas de gitanos gracias a la indulgencia especial del alcalde, habría festividades en Tor Field mucho antes de esa hora y muchas oportunidades para que un público tan variado se pusiera en un estado de ánimo alborotado antes de que comenzara el programa oficial.

La muchacha levantó la cabeza con una auténtica sorpresa cuando algo que parecía más rojo sangre que la luz del sol golpeó la columna izquierda del gran arco roto. Dejó que su retorcida bata cayera suelta sobre sus hombros y se apoyó aún más en la cama, con las palmas de las manos apretadas contra el colchón, porque se dio cuenta de que la visión de esa luz antinatural (en realidad era de un rojo vino, con un matiz púrpura indescriptible) le estaba provocando un espasmo de felicidad irracional. Se inclinó hacia delante, dejando que su bata se deslizara sobre las almohadas detrás de ella y haciendo caso omiso del hecho de que un viento fresco del amanecer soplaba contra su figura endeble. Su alma había regresado con un violento espasmo, como un

torrente de sangre a su cabeza, y toda su naturaleza parecía derramarse hacia la luz rojiza de esa alta columna. Su pulso de felicidad era intenso. Lo que experimentó fue como un éxtasis de amor tembloroso que no tenía objeto humano. Podía sentir cómo los pequeños y redondos pechos bajo su camisa se estremecían y se dilataban. Instintivamente, su cabeza se inclinó un poco hacia atrás, mientras levantaba la barbilla. Sus labios se separaron y una sonrisa que era una sonrisa de paz indescriptible se dibujó en su rostro. En ese momento, habría servido de modelo para algún artista flamenco primitivo que pintara una visión apasionada y concentrada de la violación de Dánae.

Fuera lo que fuese lo que la había conmovido, el efecto pasó pronto; pero María no le contó a nadie, ni siquiera a John, la experiencia que había tenido en el amanecer del día de San Juan el Bautista. Sin embargo, los Vigilantes invisibles de la vida humana en Glastonbury tomaron buena nota de este acontecimiento. «Se le ha permitido verlo», se decían unos a otros. «¿Será ella la única entre toda esta gente?».

Cuando dieron las dos en los campanarios y torres de la ciudad, se produjo un movimiento expectante entre la gran multitud de espectadores reunidos en el amplio campo en pendiente al pie del Tor. Se había conseguido una sorprendente cantidad de asientos y bancos de madera para la gran ocasión del alcalde, y en esos asientos se sentaba una enorme multitud de personas, todas ellas despiertas en ese momento hasta un grado de excitación como no se había

experimentado en ese lugar desde el día en que el último abad de Glastonbury había encontrado su destino. Como el famoso viento homérico que barre un campo de trigo, esta ola acumulativa de hipnosis multitudinaria estremeció a la gente reunida, enderezando los hombros, levantando la cabeza, volviendo el rostro hacia la terraza cubierta de hierba en la pendiente que se alzaba sobre ellos. Si el avión de Philip Crow hubiera estado volando bajo en ese momento, sobre esa multitud apretada que tenía asientos para sentarse y sobre la multitud igualmente grande detrás de ellos y a sus costados que no tenía asientos excepto en la hierba, habría sido de fascinante interés observar la variedad de tipos humanos reunidos tan cerca unos de otros. Muchos de los que no tenían asientos yacían de lado en el césped, o estaban sentados en cuclillas y abrazados a sus rodillas, mientras que detrás de todos ellos, vagando de un lado a otro o deteniéndose, según lo dictara su estado de ánimo errante, había grandes grupos dispersos de lo que podríamos llamar transeúntes casuales. Gitanos de las caravanas se alineaban en filas a lo largo del seto, vendedores de nueces, buhoneros con sus bandejas, quincalleros con mochilas atadas a sus espaldas, mendigos, vagabundos, grupos de pastores asombrados y cautelosos de High Mendips, trabajadores de fábricas errantes de Wookey y Street y la ciudad de Wells, todos estos, mezclados con un número de huelguistas del trabajo de la propia ciudad, seguían circulando y agitándose, avanzando y retrocediendo, empujándose, bordeando, esquivando,

revoloteando, espiando, burlándose, criticando, ridiculizando, aplaudiendo, tal como el viento del accidente y el llamado del capricho los llevaran aquí o allá.

Las dos primeras filas de asientos estaban reservadas para los magnates locales y, a pesar de todas las sospechas, celos y desconfianzas que había, en esos asientos había muy pocos espacios vacíos. La señorita Elizabeth Crow estaba allí con Lady Rachel. El señor Philip Crow debería haber estado allí, porque aunque Philip había aprovechado la oportunidad de volar a Wookey Hole, su esposa, bajo la influencia de Emma, que estaba allí con Louie y Lily, había decidido no perderse lo que ahora llamaba "algo para descansar la mente". Pero la aversión de Tilly por la publicidad era tan grande que había rechazado este lugar de honor y había tenido que acomodarse en la cuarta fila. Sin embargo, al otro lado de Lady Rachel había una silla vacía, porque la muchacha había hecho todo lo posible para persuadir a su padre de que viniera y todavía había muchas posibilidades de que lo hiciera. Ned Athling, que había escrito una parte considerable de las palabras de toda la representación, era uno de los actores principales de la obra. La señorita Bibby Fell estaba debidamente sentada al lado del doctor Fell y junto a ella estaban el abogado Beere y Angela, y más allá de ellos, la señorita Drew y Mary. Al lado de Mary, John había encontrado un lugar para un sacerdote extranjero. En la parte central de la segunda fila de asientos, detrás de estos personajes, estaban el vicario y su hijo, pues aunque Sam se

había negado firmemente a tener algo que ver con la representación y ahora estaba reducido a un corazón agitado por la presencia de Nell, no había estado dispuesto a rechazar a su padre cuando Mat le había hecho un llamado especial para que no lo abandonara en esta ocasión. Junto a Mat y Sam se sentó el señor Wollop y, en compañía del señor Wollop, casi todo el personal de la tienda de Wollop. Como era soltero y también tenía un interés igual e inquebrantable en todos los espectáculos mundanos, el señor Wollop había sentido que le correspondía estar en esta ocasión "defendiendo", como él lo llamaba, "su objetivo apropiado".

Era una señal de que algo verdaderamente democrático había en el alma del principal comerciante de Glastonbury el que nunca le pasara por la cabeza ni por un segundo la duda de que el personal de Wollop, todas sus «señoritas» y todos sus «jóvenes caballeros», fueran dignos de la segunda fila de los asientos selectos. Sin embargo, ya se le había pasado varias veces por la cabeza al joven nietzscheano (cuyo nombre era Booty) que estaba en un lugar de vergonzoso honor, ya que justo delante de él estaba la silla vacía reservada para el marqués y a su derecha, pues estaba al final de la fila de sus compañeros, se sentaba el señor Stilly, del banco.

En la tercera fila de asientos, pero a cierta distancia de Sam, de hecho justo detrás de los ancianos padres del señor Stilly, estaban nada menos que Will Zoyland y Nell. Nell tenía a su hermano Dave a su derecha, y más allá de Dave se

sentaba el vicario de St. Benignus, el elocuente doctor Sodbury, cuyos servicios agradaban tanto a Megan Geard. Persephone Spear había sido inscrita bastante tarde en el proceso de selección de actores, pero aunque llegó tan tarde, se le había dado un papel sin igual, ya que se le había pedido que interpretara el papel de la Virgen Madre.

Sólo en la cuarta fila, justo detrás de Will y Nell Zoyland, se habían reservado asientos para la familia del alcalde. Allí se sentaba la señora Geard, entre Cordelia y el señor Bishop, el secretario municipal, ya que Crummie iba a desempeñar el importante papel de la Dama de Shalott en la parte artúrica del desfile. Junto al secretario municipal se sentaba la señora Philip, y al lado de la señora Philip estaba el conservador del Museo de Glastonbury.

La quinta fila de estos asientos reservados había sido dedicada (el señor Tom Barter había tenido cuidado de que así fuera) a los sirvientes de las familias más importantes de la ciudad y a todos sus amigos y parientes especiales. En esta fila, por lo tanto, se sentaba una colección de personas de lo más variopinta: muchachas de carácter dulce, solteronas hipercríticas, ancianos nerviosos, ancianas complacientes y una gran cantidad de niños muy alborotadores. Allí estaban Emma Sly, Louie y Lily Rogers, Sally Jones y su amiga Tossie Stickles (esta última, debido a su delicado estado de salud, armada con el frasco de perfume más grande y antiguo de su señora), las dos últimas sirvientas de la señorita Bibby, Rose Nicker y Edith Bates, a quienes habían «dado aviso» dos

veces, esos formidables conocedores de la vida mortal, el señor Weatherwax y Penny Pitches, esos partidarios locuaces de la señorita Bibby, esas garrulas defensoras de la dignidad de la iglesia que eran la señora Rabinson y la abuela Cole, junto con toda la banda de ladrones de la calle, Jackie, Nell Morgan, Sis y Bert, este último nombrado fue colocado por un truco diabólico de la suerte justo detrás del curador del museo, cuya devoción por los fósiles solo era rivalizada por su odio maníaco a los niños.

En el extremo de la sexta fila, flanqueada por un voluble contingente de alemanes de Bremen y Lübeck, se sentaba la madre Legge con su fiel guardaespaldas, el joven Tewsy, a su lado; la anciana con su mejor traje de seda negra y el anciano con un traje de paño usado, alquilado al lavandero y que antes pertenecía a un ministro baptista. Al otro lado de la señora Legge se sentaba Blackie Morgan, entre quien y la vieja alcahueta había surgido una curiosa y nada profesional amistad.

El señor Geard había sorprendido tanto a John como a Barter al insistir en permanecer completamente independiente de todo el asunto (independiente de los actores, independiente de los espectadores) y la única indicación que había dado a su familia sobre su paradero actual fue una palabra que había dejado caer casualmente después de su cena temprana sobre ver cómo se veía la actuación desde lo alto del Tor.

El número de extranjeros presentes superó incluso las expectativas de John y aumentó constantemente. Multitudes de ellos siguieron entrando al campo mucho después de que la función hubiera comenzado. Cada tren que llegaba traía más de ellos. Eran franceses, alemanes, españoles, bohemios, holandeses, daneses, escandinavos y rusos. Había incluso dos monjes orientales de pelo largo de un monasterio del Cáucaso. John Crow imaginó a estos dos hombres emprendiendo esta peregrinación hacia el oeste en lugar de hacia el este en cuanto oyeron por primera vez de su posibilidad, cuando hacía dos meses y medio había enviado sus anuncios a través de Europa.

La única persona entre toda aquella inmensa multitud que se había molestado en tratar de establecer relaciones personales con los organizadores del evento era un sacerdote de aspecto misterioso de Constantinopla que se hacía llamar Padre Paleólogo. Fue a este hombre a quien John, cuando descubrió que podía hablar inglés, le había cedido un lugar al lado de Mary, en los asientos delanteros. En el extremo opuesto de la sexta fila de donde estaban sentadas la señora Legge y Blackie estaban Old Jones y Abel Twig. La directora del barrio que los había traído, una mujer hermosa y pechugona a la que siempre se refería como tía Laura, estaba haciendo todo lo posible por divertir a los dos ancianos. En esta tarea no contaba con mucha ayuda de su vecino del otro lado, que era un periodista francés extremadamente cáustico, famoso por su ingenio mordaz.

Este hombre, que había llegado a Glastonbury únicamente para informar sobre las andanzas de Paul Capporelli, alternaba entre garabatear en un cuaderno lo que supuestamente eran ligeros toques de color local, adecuados como fondo para el gran payaso, y estirar el cuello para captar más del perfil de Lady Rachel. De vez en cuando lanzaba una mirada feroz a Abel Twig, que estaba sentado entre la tía Laura y el viejo Jones. Había algo en la fisonomía del Número Uno, por no hablar de su dialecto de Sedgemoor, que este crítico parisino encontraba peculiarmente irritante. Estaba tratando de captar frases sueltas –características de la flema inglesa y el esnobismo inglés– de la “aristocracia” de las primeras filas, entre quienes, según los rumores, se encontraba sentada la hija de Lord P., que representaba uno de los marquesados más antiguos del reino, pero las expresiones de asombro del Número Uno sobre qué había sido de “ese gran rebaño de buenos South–Downs que el viejo Chinnock solía convertir en este campo” se decían tan alto que era difícil escuchar cualquier otra cosa.

Si el crítico de París hubiera querido plasmar en su librito un rasgo verdaderamente significativo del carácter inglés, habría señalado con qué respeto y tacto se mantuvo en un segundo plano la brigada de policías de Taunton convocada por Philip. Tal vez era bastante natural que el sargento de policía responsable de este gran cuerpo de diplomáticos oficiales hubiera decidido limitar su actividad esa tarde a las

afueras de la multitud en el campo de Tor, pero esa estrategia desafortunadamente jugó en manos de los alborotadores realmente formidables. Éstos eran los líderes revolucionarios de los huelguistas de la Tintorería. Dirigidos por Red Robinson, quien desde su desaire el lunes de Pascua, había abandonado el camino de rosas por la política de sangre y hierro, los huelguistas de la Tintorería, con tantos partidarios como pudieron reunir en los talleres de Wookey y Wells, estaban ahora mismo desfilando por las calles con pancartas revolucionarias. Mediante una verdadera inspiración, Red había hecho una apuesta por el elemento no conformista entre la población de Glastonbury y, junto a sus insignias políticas, había hecho que a la cabeza de su procesión, que crecía rápidamente, se exhibieran inscripciones que denunciaban el desfile del alcalde. “Abajo el medievalismo”, decían estos astutos pergaminos. “Abajo la superstición”, “No a Lourdes, no a Lisieux aquí”, “Abajo la farsa religiosa”.

Así, mientras la fuerza policial de Philip protegía la moral de Glastonbury de las peligrosas devociones de su alcalde, estos alborotadores callejeros agrupaban a capitalistas y pietistas como enemigos conjuntos del pueblo. Estas variadas y singulares insignias se movían de un lado a otro de las calles, ganando en número a medida que avanzaban y reuniendo en su séquito a todos los elementos más rudos de la ciudad. Por fin se oyó el grito –inspirado por el aliento eólico del genio de Red para la acción–: “¡Al campo!”, y toda

la marea turbulenta de gente, con los huelguistas superados en número por los elementos menos ordenados, comenzó a bajar por Chilkwell Street hacia el escenario de la actuación. Pronto comenzaron a extenderse, como diría Lily, “como un reguero de pólvora”, o como diría Penny, “como el propio hedor de Satanás”, por las partes más pobres del lugar en que “se había levantado la ciudad”.

Como un organismo animal que ha tomado un vómito, Glastonbury ahora desenterraba de los rincones más oscuros de su complejo ser toda clase de sustancias químicas extrañas. Esas sustancias, aunque eran criaturas vivientes, necesitaban una sacudida como este grito de “La ciudad está arriba” para expulsarlas de sus profundos escondites. La mayoría de la gente indigente, borracha y beoda que ahora salía de los lugares más inesperados eran autóctonos del lugar. Así, por primera vez desde la batalla de Sedgemoor, cuando ese extraño grito recorrió las calles como lo estaba haciendo ahora –“La ciudad está arriba”–, el verdadero Pueblo de Glastonbury emergió y se impuso. La última vez que se había impuesto fue en nombre de ese dulce bastardo madreSelva, Monmouth, porque fueron los “grandes caballeros”, como el antepasado de Lord P. y el antepasado de Mat Dekker, quienes habían traído a Dutch William allí, no el pueblo. Y antes de eso, porque había permitido al abad perseguir a los herejes y había permitido al rey asesinar al abad sin interferir, había respondido al grito de “¡La ciudad se levanta!” cuando Jack Cade se rebeló contra todos los

privilegios bajo el sol. Se había amotinado en honor de la Madre Shipton, Jane Shore, Lambert Simnel, John Wycliffe, John Wesley, Lord George Gordon, e incluso había recibido y ocultado de la venganza real al astuto galés Owen Glendower. De hecho, el pueblo de Glastonbury, endogámico e integrado, había alzado su famoso grito de “¡La ciudad se levanta!” en nombre de todos los escándalos que habían salpicado a las autoridades bien constituidas desde que, bajo el loco Arviragus, habían desafiado a los dioses por causa de la sangre de un semidiós loco, y por cuenta del secuestrador Modred habían atacado a la encantadora reina del mismísimo Rey Arturo.

Éstas eran las personas que acudían en masa, en ese histórico día de solsticio de verano, desde Paradise y Bove Town y Butts Close y Manor House Road para unirse a los huelguistas de Philip de Dye–Works y a los veraneantes de Wookey Hole. Algunos de los miembros de esta extraña multitud, que se alistaron bajo el estandarte del "odio" de Red Robinson, tenían un aspecto tan fantástico, que los visitantes alemanes, franceses y escandinavos (por no hablar de los monjes del monasterio del Cáucaso y del supersofisticado padre Paleólogo) casi habrían sido perdonados por considerarlos descendientes directos de los habitantes del Lake Village de Abel Twig.

Por desgracia para los propósitos de Red, su impaciencia por entrar en acción hizo que él y sus huelguistas entraran en escena demasiado pronto. Sus huelguistas eran

trabajadores ordenados y respetables de Wessex, no fáciles de excitar a actos de violencia. Así, aunque antes de llegar a la entrada fueron astutamente empujados por el estratégico Red, a través de varios huecos en el seto, hacia el campo y así pudieron acercarse al flanco occidental de la multitud de espectadores desde un sector inesperado y poco convencional, las cosas no resultaron como él esperaba. Si esta turba heterogénea de invasores hubiera llegado en masa, en una gran avalancha, no hay duda de que habrían hecho estampida sobre los actores y habrían terminado con el desfile del Sr. Geard. Pero la "turba" de Red, dirigida igualmente contra el alcalde y el fabricante, se había, como lo hubiera dicho el Número Dos, "pisoteado a sí misma" y arruinado toda su hábil estrategia. Debería haber esperado en Chilkwell Street, enfrente de St. Mikhael's Inn, hasta que todos los harapientos seguidores del campamento, descendientes del heroico populacho que luchó con guadañas y hoces contra un ejército entrenado y un gran general, hubieran llegado al lugar. Fue la falta de estos irresponsables peregrinos lo que arruinó el plan de Red, pues sus ordenados huelguistas pronto se encontraron frente a las primeras filas de asientos ocupados por la nobleza de la ciudad, y entonces las pancartas de "Abajo con la farsa" se detuvieron y oscilaron, si es que no fueron realmente arriadas, ante las miradas indignadas y los gritos de "¡Orden! ¡Orden!" que ahora se alzaban desde esos asientos. Para la multitud que seguía a estos pacientes trabajadores de las fábricas, esas miradas habrían significado poco. Pero

muchos de estos trabajadores habían venido a trabajar en el Dye-Works de Philip desde Bath y Yeovil y Taunton y Shepton Mallet, y carecían de la temeridad de la auténtica tradición de Glastonbury.

Sin embargo, podría haber habido problemas, incluso entonces, si la policía de Philip hubiera aparecido en el lugar, pero afortunadamente estos oficiales habían elegido permanecer en esa parte del campo dedicada a las caravanas gitanas, porque era allí donde los gamberros y los jóvenes aprendices alborotadores de la ciudad, que consideraban esta ocasión como su gran oportunidad para causar molestias, gritaban, cantaban, bromeaban, armaban un sonoro alboroto y trataban de atraer la atención de la vasta audiencia hacia ellos. El momento era crucial, porque los grupos ataviados de manera brillante de la primera parte del desfile ya estaban rondando los dos pabellones medievales en la cornisa de la ladera que servía de plataforma, y Red, que ahora estaba casi desesperado y dispuesto a arriesgarlo todo, estaba llamando a sus portadores de pancartas para que subieran la pendiente e invadieran ese escenario natural.

Entonces se inició una violenta discusión verbal entre la señorita Drew, que estaba más cerca de la pancarta que llevaba las palabras “Pantomima ridícula”, y el joven huelguista que sostenía uno de los mástiles. En su excitación, porque Mary no podía hacer nada para calmarla y el padre Paleólogo se limitó a reír, la anciana se puso de pie e

intercambió recriminaciones con el joven huelguista, quien, para decir la verdad, estaba más malhumorado e irritable que violento o grosero.

Había un pabellón de lona muy grande y muy decorativo, en cada extremo del escenario cubierto de hierba del que salían los actores y se retiraban a él según lo exigía la ocasión. Estas enormes carpas habían sido copiadas de viejos libros de caballería; de lo alto de ellas flotaban muchas banderitas de colores brillantes y la lona ondeante que las componía estaba pintada con símbolos heráldicos. Fue desde el interior del pabellón occidental que John Crow observó consternado la marcha de estos estandartes hostiles. Envió un mensajero a buscar a Tom Barter, que estaba en la otra carpa, y cuando Tom llegó, cruzando el escenario cubierto de hierba con mucha prisa y no poca torpeza, lo único que pudo sugerir fue que debían alejar a la policía de las caravanas lo más rápidamente posible.

–Pero ¿por qué no han venido ya? –preguntó John.

–No se dan cuenta de lo que ocurre –exclamó Tom–. ¿Cómo podrían darse cuenta? ¡Creen que es una delegación ante el alcalde o algo así! Son extraños. No conocen la ciudad. Creen que es parte del asunto... esas banderas y todo eso ¡Creen que es parte de *nuestra* actuación!

Los dos hombres se dirigieron a la entrada occidental de la gran carpa heráldica, abrieron las cortinas de lona y

contemplaron impotentes el alboroto. ¡Oían voces que protestaban en las primeras filas invadidas! Veían figuras de pie entre ellos. John, preocupado por Mary, vio la inconfundible figura de la señorita Drew blandiendo su sombrilla. –¡Pero, Dios mío, viejo! –exclamó Barter–, ¡míralos atravesando el campo! ¡Están entrando a *raudales* por el seto! ¡No hay duda! Philip ha estado alentando a la multitud para que se disuelva, ya que su policía no es buena.

–¿Qué estáis haciendo? –gritó John, volviéndose furiosamente hacia los actores que llenaban la carpa. Era el momento de la primera representación muda del espectáculo, que consistía en una multitud de personas vestidas a la usanza medieval que se habían reunido para presenciar la coronación de Arturo y Ginebra. El papel de Ginebra lo interpretó la joven más alta de Wollop's, pero para el papel de Arturo, Ned Athling había traído de su propio pueblo al capataz de su padre, un individuo de mediana edad de aspecto majestuoso, con barba y hombros anchos, pero cuyas rodillas enfundadas en medias rojas en ese momento se entrechocaban de pánico. Los tronos del rey y la reina estaban ahora cerca de ellos, dentro de la carpa, un par de muchachos del coro de Mat Dekker, con jubón y calzas carmesí, esperando la orden para salir. Desde el pabellón oriental, los caballeros y damas de Camelot (niños de la escuela dominical de San Juan y San Benigno) ya se deslizaban nerviosamente hacia adelante, sin que nadie los detuviera, y se presentaban ante el público. Fue entonces

cuando la ausencia de los tronos (retrasada por la consternación de los funcionarios en la "carpa occidental") resultó desconcertante para estos jóvenes engalanados.

La furia de John, dirigida ciegamente contra el rey Arturo de Middlezoy y contra los pajes igualmente asustados que iban a sacar los tronos, se enfrentó ahora a las suaves protestas de la postrada Crummie, que, tumbada sobre una camilla de madera y yeso, toscamente forrada para representar una barcaza, estaba acompañada por dos jóvenes vigorosos de la capilla congregacional que iban a llevarla, en el momento crítico de la coronación, y depositarla a los pies del rey y la reina. Por encima del cuerpo de Crummie, que estaba envuelta en una manta oscura sobre la que su largo cabello rubio caía de forma desaliñada y atractiva, un obispo mitrado, Bob Carter, de la tienda de comestibles de Godney, que se aferraba frenéticamente a la corona de Gran Bretaña, que un paje agitado, Ted Sparks, de la panadería de Meare, intentaba arrebatarse, estalló en furiosos insultos a Lancelot du Lac. Este melodioso Espejo de cortesía era interpretado por Billy Pratt, de los Campaneros de San Juan, y Billy había enfurecido a Bob al insistir en que era su derecho estar a la cabeza de Crummie cuando llegara el momento de que todos salieran a la vista del público, mientras que el obispo Bob declaró que el lugar de Lancelot estaba cerca de la reina. Fue en medio de esta ruidosa disputa de la Iglesia y el Estado sobre el hermoso cadáver que surgió la suave voz de la propia Dama de Shalott,

preguntando a John qué, por el amor de Dios, sucedía y por qué la representación no comenzaba. "Hace tanto calor aquí", murmuró la damisela asesinada por el amor.

–¡Aquí hay que pagarle al diablo, señorita Geard! –exclamó John, en un estado que bordeaba el colapso nervioso–. Hay una multitud que se dirige hacia el campo desde el pueblo con banderas y palos y Dios sabe qué más, y ahora se están reuniendo delante del público. También nos están señalando y creo... –echó una mirada a través de las cortinas de la carpa–: ¡Dios mío! ¡Lo están haciendo! Están subiendo la colina, y toda la gente de la primera fila está de pie y los extranjeros están empezando a armar jaleo.

Sin embargo, el relato de John era un poco exagerado. Sólo un abanderado –el joven comunista que había sido amenazado por la sombrilla de la señorita Drew– había comenzado a subir la colina, pero se detuvo cuando vio que nadie lo seguía. Era cierto que el elemento extranjero del público –especialmente los suecos y noruegos– gritaba protestas en lenguas extrañas, pero aunque la situación era crítica, todavía no había ocurrido nada que fuera irreparable.

–¿Están todavía en silencio esos policías de Taunton? –murmuró la voz acariciadora de la Dama de Shalott.

–¿Silencio? –gritó John, corriendo de nuevo hacia la entrada de la tienda.

Cuando volvió a su lado –pues aquella bella criatura bajo la manta oscura parecía en ese momento la única sabiduría humana a la que podía aferrarse– le informó de que un grupo de policías se apresuraba en ese momento entre la parte trasera del público y el seto, con la evidente intención de cortar la retirada de los huelguistas.

–¡Deténganlos! –ordenó Crummie, levantando sus hermosos hombros desnudos de los cojines negros sobre los que descansaban–. ¡Mi padre dijo que bajo ninguna circunstancia los policías de Taunton debían intervenir!

–¡Tom! –gritó el pobre John, completamente desconcertado–. ¡La señorita Geard dice que hay que detener a la policía!

Barter se acercó y fijó en los hombros de la Dama de Shalott una mirada de lujuria codiciosa.

–¿Es usted amigo mío, señor Barter? –dijo la muchacha. En estas palabras Crummie puso todo ese mundo de atractivo erótico del que era dueña perfecta. Paralizada por su pasión por Sam, este atractivo había estado almacenado durante los últimos dos o tres meses como un vino precioso «enfriado durante mucho tiempo en las profundidades de la tierra», pero en esta delicada crisis, cuando estaba en juego todo el éxito del desfile de su padre, brotó de su voz, de su cabello, de sus hombros, de su pecho, como una música ondulante.

–A sus órdenes, señorita Geard –dijo Tom Barter, regodeándose con ella con una sonrisa fatua y drogada–. Es la pieza más hermosa que he visto en toda mi vida –pensó.

–Entonces, señor Barter, corra por el campo, por el amor de Dios, y detenga a esos policías. Hable con su sargento si está allí. Hable con cualquiera de ellos. Dígalos que esta gente es amiga del alcalde y que todo está bien.

Barter no dudó ni un segundo. Sin embargo, su expresión cambió. La acción siempre lo tranquilizaba. “¡Me voy!”, gritó y desapareció de la tienda.

John y el obispo y Lancelot du Lac y un grupo de hermosos pajes con piernas desnudas y rizos enmarañados observaban el desarrollo de los acontecimientos desde la entrada de la carpa. Edward Athling, desde la otra carpa, ya había salvado la situación en lo que se refería al desfile, pues él mismo había llevado sobre el escenario cubierto de hierba la bandera artúrica, “el Dragón del gran Pendragon⁵⁶”, hacia la cual, al clavarla en la tierra, un grupo de sus compañeros alzó las relucientes puntas de sus espadas en un saludo reverencial.

Luego, dejando la bandera allí, a medio camino entre las dos carpas, había retirado a sus seguidores de la vista. Así, desde los pliegues blasonados del estandarte real de la Britania romanizada, el Dragón dorado miró hacia los leones

⁵⁶ Pendragon es un rey mítico de Britania, padre del rey Arturo.

heráldicos negros en una carpa y los símbolos sagrados de San José en la otra. Los espectadores tenían ahora algo que captaba su atención.

De pronto, John decidió que debían tener algo más y dio una señal a los pajes, que estaban raspando los tronos dorados con las uñas para ver hasta qué punto llegaba el dorado, para que los sacaran y los colocaran a la izquierda de la enseña del dragón. Mientras tanto, observaba con interés tembloroso el encuentro de Barter con la policía de Taunton. Podía ver a su amigo hablando con entusiasmo y seriedad con el sargento al mando, pero también podía ver la dispersa procesión de indescritibles habitantes del pueblo que se precipitaban constantemente por encima del seto hacia los estandartes de su líder, que ahora parecían permanecer inmóviles al lado de los ocupantes de los asientos delanteros, y que ya no protestaban.

“¡Begin! ¡Comienza!” vociferaba un francés de Aviñón. “¡La obra!”, gritaban unos estudiantes españoles de Salamanca. “¡Hush! ¡Calla!”, replicaba un contingente alemán de Weimar, para cuyas mentes más pacientes, instruidas en los misterios de Fausto, aquellos dos tronos dorados con la soleada ladera como fondo tenían un significado simbólico, si no metafísico.

La situación seguía siendo muy tensa, como bien sabía John, mucho más tensa de lo que cualquiera de aquellos excitables farsantes que se hallaban en la carpa se daba

cuenta. Una de las maestras más jóvenes de la escuela de la iglesia –la que había ido a Yeovil a ver a su amante el Jueves Santo– apareció entonces muy perturbada para decir que había una pelea en curso en el otro pabellón entre el señor Athling y los directores profesionales de Dublín. Se supo que estas personas, un hombre y una mujer, eran grandes admiradores de monsieur Capporelli y estaban indignados porque el famoso payaso, que había estado sentado pacientemente en un rincón de la carpa fumando cigarrillos durante la última hora, estaba esperando tanto tiempo para su actuación pantomímica. Disfrazado de Dagonet, con un disfraz copiado con maestría y exquisitez de los ejemplares de museo de indumentaria medieval, Paul Capporelli mantenía una animada conversación con Perséfone Spear, cuya personalidad, con su túnica azul y su corpiño rojo, como la Virgen Madre, le había fascinado claramente. Pero los dublineses estaban muy molestos por esta prolongada conversación entre su precioso bufón y esta Madonna tan local.

La conversación entre Barter y la policía de Taunton había terminado con estos últimos apostados a lo largo del seto para impedir que más gente entrara por esa dirección no autorizada. Pero ya había bastantes elementos irresponsables apiñándose detrás de los huelguistas reunidos para que la situación pareciera muy amenazadora. Estos recién llegados no eran de los que se detenían con el movimiento de la sombrilla verde de la señorita Drew, y

entre ellos y la madre Legge, que estaba sentada al final de la sexta fila, ya había comenzado una andanada de bromas injuriosas que daban todas las señales de iniciar un contratiempo realmente desagradable. Las cosas habían llegado a ese punto, ya eran casi las tres y no había nada que ver en el escenario excepto dos tronos dorados y el gran mástil con la bandera del dragón cuando la más mínima chispa, como el accidente de que Madre Legge y su lengua rabelesiana estuvieran provocando al público, podría haber ocasionado un pandemio general, del cual, con todos esos extranjeros poniéndose nerviosos e irritables, habría sido imposible volver a poner orden. Tal chispa ahora parecía haber sido realmente provocada, no por Madre Legge, sino por la llegada a escena del Marqués de P.

Fue la manera en que este noble se acercó lo que inició el problema. Completamente inconsciente de la llegada de la gente real de Glastonbury al campo, al señor se le había metido en la cabeza hacerse llevar por el sargento Blimp en un ligero coche de caballos, desde Mark Court. Dando por sentado que su hija le reservaría un asiento (como de hecho había escrito para decir que haría), Lord P. le dijo a Blimp que lo condujera directamente alrededor del campo (entraron por una puerta en el extremo de la ciudad), y luego se dirigió hacia la peregrinación y se detuvo.

Ahora bien, el sargento Blimp, aunque hubiera preferido someterse a la tortura antes que dormir en la habitación de Merlín, no tenía miedo de una turba. Así que cuando se hizo

evidente que había una turba –y una turba de aspecto bastante peligroso, entre ellos y su objetivo– el sargento hizo restallar el látigo y trotó con más resolución su alto caballo negro. Entonces el disturbio que había estado a punto de estallar durante tanto tiempo pareció realmente inevitable. Se alzaron cientos de voces furiosas; la gente que estaba más lejos empujó a otros que estaban más cerca, directamente en el camino del coche; se blandieron palos, y si no se arrojaron piedras fue más bien por el hecho de que no había ninguna en ese campo de hierba que por falta de voluntad para arrojarlas. Lord P., aunque cortejado por la burguesía de Wessex, era –por ciertas razones particulares– detestado por el proletariado; y su aparición en esta coyuntura le dio a este último una oportunidad que probablemente no se repetiría. En todas las comunidades humanas, y de hecho en todos los grupos humanos, hay extrañas fuerzas atávicas que se mantienen encadenadas en las profundidades de la superficie. Como los Titanes encarcelados, estos Encélados, Sísifos y Briareuses habitan en las profundidades más bajas de la naturaleza humana, pronta a estallar en furia ciega bajo cualquier contacto. En estos violentos levantamientos de clase contra clase hay algo mucho más profundo en juego que los principios o las opiniones. Piel contra piel... sangre contra sangre... nervios contra nervios... surgen de profundidades incalculables.

El propio Lord P. no estaba menos que asombrado por la intensidad del sentimiento que su figura en aquel carrito al

lado de su plácido sirviente despertaba en aquella multitud. Era como si todo lo que habían padecido en la vida de aquella gente... indiferencia... abandono... desprecio... frío y maligno desagrado... fastidioso disgusto... todo lo que había pesado sobre ellos, día tras día, en una tácita conspiración para oprimirlos y mantenerlos abajo, de repente se encarnara en aquel hombre canoso de pequeña barba gris puntiaguda y gran nariz arrugada. Lord P. estaba absolutamente sorprendido y, aunque no era en absoluto un cobarde, incluso estaba un poco asustado por las miradas que captó en los rostros de algunas mujeres en aquella agitada masa de gente.

Mientras su caballo negro se encabritaba, mientras los hombres tiraban de sus riendas y trataban de arrancarle las riendas de las manos a Blimp, mientras existía el peligro no sólo de que se rompieran los ejes del carro sino de que volcara todo el carruaje, vio en el rostro de una mujer de Paradise –era prima lejana, por cierto, de Abel Twig– una mirada de tal ferocidad insana, libre de cualquier otro sentimiento, que un espasmo de puro pánico se apoderó de él. Fue uno de esos momentos que suelen ocurrir en las comunidades más cuidadosamente reguladas. Mi señor ya no estaba bajo la protección de una red invisible de cables magnéticos. Era un hombre, y un hombre familiarizado con el miedo. Pero lo que lo había asustado no era la violencia de otros hombres. Lo que lo había asustado era una mirada a un cráter negro. Porque aquel cráter negro tenía ojos, y el

marqués de P., aferrado a su tambaleante y agitado carro, había mirado dentro de aquellos ojos.

La gente rara vez recibe estas revelaciones del lado oscuro de la vida sin alguna trivialidad divertida que, como un mimo o una momia, va siempre de la mano con esa quimera. La trivialidad en esta ocasión eran unas crines de caballo negras untadas en unas narices de Hille sobre una de las varas verdes que ahora usaba el eminente bailarín T. Beir. Ken. Las crines de caballo negras, mojadas de sudor y pegadas a la madera pintada, estuvieron asociadas en su mente desde entonces para siempre con esa furia popular mortal que surgía de las grietas y grietas de Tor Field.

A la policía de Taunton le resultó imposible ignorar la naturaleza de esta multitud de personas que aullaban y forcejeaban y que aparentemente empujaban a dos hombres en un coche pintado y trataban de sacarlos; pero durante los tres o cuatro minutos siguientes su atención oficial estuvo tan completamente ocupada en impedir que la multitud que seguía llegando por el camino entrara en el campo que no pudieron hacer frente a este nuevo problema. “Ni siquiera un oficial de Zomerset”, como le dijo uno de ellos a Lord P. en una ocasión posterior, “podría estar en dos lugares del mismo campo al mismo tiempo”.

Sin embargo, para el señor Geard, que, como le había dicho a su familia, estaba observando la situación desde lo alto del Tor, era mucho más fácil captar la verdadera importancia del

peligro que corría Lord P. que para los policías de Taunton. Ellos se vieron obligados a mirar hacia arriba, pues estaban muy ocupados. Él estaba en posición de mirar hacia abajo, pues no tenía nada que hacer. Seguramente, la parte burguesa del público nativo habría corrido a rescatar al noble acosado; de hecho, su propio hijo, Will Zoyland, habría estado a su lado en un par de minutos; de no haber sido por dos cosas: primero, que había una elevación en el terreno al oeste de ese público, que les impedía ver lo que estaba sucediendo allí, y segundo, que el esperado desfile comenzaba ahora con verdadera seriedad, absorbiendo la atención de todos.

Un par de cientos de muchachos y muchachas, elegantemente ataviados con trajes medievales, desfilaron desde los dos pabellones heráldicos y se agruparon alrededor de la bandera del dragón y de los dos tronos dorados. El cuerpo de la muerta Elaine fue llevado adentro (Crummie nunca había lucido tan hermosa en su vida) y el arzobispo de Canterbury, acompañado por un caballero que llevaba la corona de Gran Bretaña sobre un cojín verde, se paró a los pies de la muerta. Lancelot du Lac se apoyó contra el costado del trono de la reina Ginebra, mientras que, para aquellos iniciados en tales asuntos, las siluetas de Sir Percival, Sir Galahad y Sir Gawain, claramente distinguibles entre sí por los emblemas de sus escudos, podían distinguirse conversando juntos detrás del trono de Arturo. Al oeste del trono de la Reina y a poca distancia del resto,

como si conservaran su propia independencia mítica, se encontraban Tristan e Isolda, mientras que, en una posición de feroz acecho, espionaje y persecución asesina, estaba el rey Mark de Cornualles.

En cuanto a la elección de los personajes para esta primera parte del espectáculo no hubo dificultad alguna, salvo una curiosa excepción: Merlín. John estaba muy ansioso por tener un Merlín, y también Edward Athling. Sin embargo, el señor Geard se había negado firmemente (y obstinadamente, según la opinión de todo el grupo) a permitir que Merlín fuera representado. «Pero vamos a representar a Cristo, papá», había suplicado Crummie. «No querrás decir que Merlín es más sagrado que Cristo». El señor Geard había sonreído y meneado la cabeza. «Cristo fue enterrado en Jerusalén», fue su curiosa respuesta, con la que John entendió que quería decir que, si bien para el mundo en general Cristo era mucho más sagrado, aquí, en Glastonbury, donde desapareció de la vista, Merlín siempre debe ser el «numen» o el «Tremendum Mysterium» que no puede ser superado por nadie.

El señor Geard había llegado a la cima de la colina por una ruta tortuosa mucho antes de que comenzara el espectáculo. La representación se dividió (y los dublineses habían mostrado su mejor virtuosismo en la forma en que se había hecho) en tres partes. Las tres partes tenían mucho espectáculo mudo, una cantidad limitada de diálogo y una gran cantidad de canciones corales. Pero el punto en el que

más se reveló la alta habilidad técnica de los dublineses fue en la forma en que el espectáculo se fusionó y se mezcló con la Pasión, formando los dos juntos una trilogía a la que se había dado una unidad extraña y original por el papel desempeñado por el bufón de Arturo. Los dublineses, con audacia irlandesa, habían dado a Capporelli el papel principal en las tres partes, y mediante una ingeniosa inversión de la cronología en interés del simbolismo, la obra comenzó con la última época del tiempo y se remontó a la más antigua.

El dramaturgo, no obstante se había abierto paso y había dado unos giros extraños e incluso incómodos a muchas escenas de este extraño espectáculo. Esto fue especialmente así en las escenas en las que entraba Capporelli, y el gran payaso, que consintió en utilizar varios apotegmas punzantes y burlones compuestos por el poeta de Middlesbrough, les había añadido ciertos toques curiosos de su propia cosecha. Había tanta distancia entre la cornisa cubierta de hierba donde se desarrollaba la representación y la primera fila de asientos que las voces de los actores individuales corrían el riesgo de ser arrastradas por el viento. Esto, sin embargo, se compensó con un libreto impreso que el público podía leer mientras disfrutaba del baile, los gestos estudiados y el ritual simbólico de la trilogía.

El señor Geard sintió muchas y extrañas sensaciones mientras observaba a la multitud que se congregaba desde lo alto del Tor. Había encontrado un grupo bastante grande de muchachos ruidosos cuando llegó a la cima, pero, como

conocía al alcalde de vista, se habían alejado apresuradamente, corriendo colina abajo a toda velocidad para participar en el juego de provocar a los policías allí donde se alineaban los puestos y las caravanas bajo el seto y donde se vendía gaseosa de jengibre. Todos excepto uno. Se trataba del pequeño vástago de Solly Lew, el taxista, un niño serio llamado Steve, que había manifestado por el señor Geard, en el momento en que apareció, la peculiar fascinación que a veces muestra un niño por un formidable hombre de mediana edad. El señor Geard. Al encontrarse solo con este niño en la cima de la gran colina encantada, la colina de Gwvn-ap-Nud, el hada demonio galés, la colina donde el abad Whiting había sido asesinado tan sangrientamente, llamó a Steve a su lado y lo hizo sentarse con él debajo de la torre.

En efecto, el señor Geard y su pequeño compañero contemplaban una escena notable mientras veían las ondulaciones verdes de aquellos valles-islas: Ynys Witrin, Ynys Avallach, Insula Avallonia, la tierra de Modred, Melwas, Meleagnant, Mellygraunce, Aestiva Regio, Insula Pomorum, Gwlad yr Hav, Insula Vitrea, Isle de Voirre, yr Echwyd, Glast, Glastenic, Glastonia, Glaston... sobre los cuales el cielo intenso, aquel día de solsticio de verano, parecía inclinarse, doblarse y arquearse sobre aquellas hermosas ondulaciones verdes, como si el más grande y poderoso de todos los seres creados estuviera disfrutando de la dulce tierra perfumada de hierba.

La multitud de personas sentadas en sillas y bancos en el centro del fondo del campo parecía una alfombra mágica que el señor Geard había hecho colocar con sus encantamientos desde allí arriba, bajo la Torre de San Miguel. Él mismo, como un moderno Gwyn-ap-Nud, contemplaba ahora su asombrosa evocación con una gratitud silenciosa, con un sentimiento creciente de satisfacción, tan profundo como aquella fuente de agua roja cuyo fluir podía detectar al pie de la colina opuesta. Los sombreros, las prendas y las sombrillas del elemento femenino de su público (pues todas estaban vestidas para el clima de verano de ese día) hicieron que la gran multitud expectante pareciera, extendida sobre la hierba, aquella túnica multicolor que el nómada original José había recibido de su padre Jacob. Al oeste de la multitud, el señor Geard podía ver los tejados de Glastonbury, que parecían, con todas sus tejas rojas brillantes, como si una gran ola de agua pulverizada de la fuente de caliza los hubiera bañado. De entre los tejados de tejas rojas se alzaban la enorme torre de San Juan y la torre menor de San Benigno. Desde cualquier distancia, estas dos torres eran, junto con aquella bajo la que estaba sentado, los puntos de referencia característicos del lugar, pues las ruinas de la Abadía, aunque tras un examen cuidadoso apenas se distinguían entre los árboles, no conseguían destacarse con un relieve claro.

El señor Geard fijó entonces su mirada en una carpa baja y alargada, una de las más grandes que había visto jamás, que

había hecho montar bajo el seto, al noroeste de donde estaba sentado el público y en el lado opuesto de la entrada a donde se encontraba la hilera de caravanas. En el interior de esta carpa, Geard había preparado un té sustancioso... y no sólo un té. Había contratado como proveedor al propietario de una posada de Glastonbury que daba al mercado de ganado y tenía muchas referencias históricas, y este hombre había traído de su bodega una enorme cantidad de licores de todo tipo. Este hombre, cuyo nombre era Dickery Cantie, tenía la peculiaridad de ser la criatura humana más débil e indefensa que el señor Geard había visto jamás. Los Cantie habían transmitido esta posada de padre a hijo durante no menos de cuatro generaciones. Se dice que los reclutadores para la rebelión de Monmouth solían reunirse aquí, y que John Locke, tío del primer registrador de Glastonbury, solía sentarse, en las tardes de verano, en el banco de madera de afuera, bebiendo ginebra y sidra, mientras meditaba sobre las limitaciones pragmáticas del espíritu humano.

Dickery Cantie nunca habría logrado evitar la ruina si no hubiera sido porque tenía el estómago tan débil que el más mínimo trago de alcohol le hacía vomitar. Su esposa no era una mujer con mucha más energía que su marido y era notorio en la ciudad que, si bien su bodega era famosa por la alta y rara calidad de sus vinos, en su mesa personal a menudo faltaba carne y no podían permitirse comprar zapatos nuevos para su único hijo, Elphin. El señor Geard

nunca se habría comprometido a preparar tan extensas preparaciones para su audiencia si un día no le hubiera sorprendido el aspecto demacrado y tísico de Elphin Cantie. Ese encuentro casual, mientras estaba bebiendo en su bar, se le había quedado grabado en la mente. «Les daré trabajo a esos Cantie», le había dicho a Megan; y esa gran carpa fue el resultado.

Pero los ojos del señor Geard se volvieron ahora hacia el oeste, y al girar en esa dirección divisaron a la multitud que rodeaba el carromato de ruedas verdes, una escena que era visible para él desde la cima del Tor, aunque completamente invisible para los espectadores del desfile.

–Están sacando a esos tipos de este carro, señor –observó Steve Lew; y el señor Geard se dio cuenta muy pronto de a quién pertenecían el carro verde y el gran caballo negro. Pocas veces un hombre mayor ha corrido colina abajo tan rápido como lo hacía Bloody Johnny ahora.

–Acababa de llegar a la cima –dijo Steve después.

Elphin Cantie, mientras lo ayudaba a abrir botellas y repartir jarras de cerveza, dijo: “¡Ese alcalde es un buen tipo para correr rápido, mira, a pesar de su barriga ceñida, todo lo que podía hacer para seguir el ritmo!”

Siempre es difícil separar el elemento de pura casualidad de las demás fuerzas que provocan cualquier

acontecimiento sorprendente, por ejemplo, de esa misteriosa marea baja que llamamos Destino, o de la energía creativa generada espontáneamente, desde el punto central de su absoluta libertad, en la voluntad de un organismo vivo. Lo que sucedió ahora pareció sumergir el prestigio personal del señor Geard entre aquella multitud, su posición oficial como alcalde de la ciudad, así como el extraordinario poder magnético que siempre ardía ante cualquier crisis peligrosa en sus ojos impíos. Ciertamente, su avance hacia el coche que se tambaleaba y el caballo que se precipitaba, una vez que se acercó al lugar de los hechos, no fue fácil. Un rufián de los barrios bajos de Street, junto a las orillas del Brue, lo golpeó en la cara con un palo dejándole una marca sangrante en su mejilla blanca, húmeda y flácida. Una mujer de Butts Close –hermana de la casera de Tom Barter, pero de carácter más temerario– le tiró de la ropa y le desgarró el chaleco, de modo que la camisa de franela gris (que nunca permitía que Megan mandara a lavar más de una vez cada quince días y que insistía en llevar tanto en verano como en invierno) le colgaba casi indecentemente sobre la parte delantera de los pantalones. Hay que recordar que entre esta multitud que se agitaba en torno a Lord P. y la multitud original de invasores del campo, que ahora se habían calmado en torno a sus pancartas, había un saliente en la ladera que impedía tanto a los huelguistas de la Tintorería como a la audiencia sentada ver lo que estaba sucediendo. Red Robinson, cuyo bullicioso y fermentante “odio” casi parecía haber sido paralizado por el mero movimiento de la sombrilla verde de

la señorita Drew, ahora se desplazaba con furia desconcertada de uno a otro de los abanderados, engatusándolos, ordenándoles, implorándoles, rogándoles, como un líder distraído en una batalla perdida, que se lanzaran hacia adelante e invadieran la eminencia cubierta de hierba donde ahora se estaba llevando a cabo triunfalmente la coronación del Rey Arturo, una verdadera farsa de Tántalo, con sus tonterías brillantes y fantásticas.

El destino de Lord P. dependía, por tanto, como en la mayoría de las luchas físicas entre antagonistas humanos desconcertados, de la configuración del terreno. Si el señor Geard no hubiera estado representando, de forma totalmente inconsciente, el papel primigenio de Gwyn-ap-Nud, el antiguo Príncipe de las Tinieblas galés, y disfrutando del espectáculo que había creado desde la cima de Tor, Lord P. habría tenido que hacer frente a la desgracia y habría aparecido posteriormente, sin duda, algún juez Jeffreys moderno que llevara a cabo una investigación siniestra sobre un levantamiento popular. Pero la desesperada lucha del señor Geard por alcanzar el coche asediado creó tal alboroto de gritos y contragritos, de imprecaciones y protestas, que la policía de Taunton que custodiaba el seto captó el clamor del viento y acudió corriendo a través de las lomas cubiertas de hierba para intervenir.

Fue la visión de los cascos de esos oficiales sobre las cabezas de los alborotadores lo que, cuando recordó más

tarde sus sensaciones, quedó en la mente del señor Geard como la más siniestra de sus impresiones. Sus otras impresiones, la luz deslumbrante del sol, el cielo azul, la hierba pisoteada, el hedor del sudor humano y de las ropas sucias, el sabor de su propia sangre en su mejilla sangrante, la visión de las ruedas verdes inclinadas hacia un lado y girando, los cascos del caballo negro pateando el aire, el rostro impassible del sargento Blimp, el pánico en los ojos del marqués, la confusión de brazos y piernas humanos y rostros desencajados a través de los cuales luchó y sudó y gritó y se abrió paso, dejaron en su mente más una sensación de euforia que cualquier otra cosa. El señor Geard era uno de esos hombres cuya flema física es tan espesa y profunda que se requieren una serie de sacudidas materiales para despertar en ellos la plena conciencia del sabor y el olor de la vida. Algo en él –una salvaje regresión atávica a sus ancestros paganos– había probado la sangre en esta agitada refriega. El señor Geard jadeaba como un perro. La saliva de sus gruesos y sensuales labios, mezclada con la sangre de su mejilla herida, le resbalaba por la barbilla. Con el pecho agitado, las extremidades tensas y la cabeza descubierta (pues ahora había perdido el sombrero), avanzaba a ciegas, hacia aquellas ruedas verdes que giraban, aquellos ejes verdes casi verticales, los ojos asustados del marqués, que lo empujaban hacia adelante, como si saliera de un muelle con una lámpara oscilante en un mar turbulento. Su boca grande estaba abierta de par en par mientras luchaba por abrirse paso, el fuego negro de sus ojos ardía con un regocijo

terrible, sus jadeos se volvieron como los jadeos de esa bestia llamada la Bestia Buscadora en las leyendas. Ruidos guturales, distintos a la simple respiración humana, se elevaban desde sus atormentados pulmones.

Lo curioso, sin embargo, era que la mente del señor Geard nunca había estado más tranquila ni más clara en su funcionamiento que en ese momento. «¡Esto es la vida!», pensó para sí mismo; y algo parecido a una risa sollozada surgió de la boca de su agitado estómago. Su viejo estribillo: «Sangre de Cristo... Sangre de Cristo... Sangre de Cristo» tamborileaba en su garganta y se mezclaba con sus gemidos bestiales y con sus risas. A medida que avanzaba, tambaleándose, oscilando, tropezando, su extraño frenesí de batalla aumentaba en lugar de disminuir. «¡Esto es la vida!», se dijo a sí mismo, con exactamente la misma conciencia clara del goce que estaba obteniendo, como si hubiera sido un nadador robusto en enormes ráfagas de olas agitadas. Y poco a poco fue surgiendo en su conciencia una idea muy extraña, la sensación de que lo que estaba haciendo ahora no era rescatar a un aristócrata asustado de una turba, sino rescatar la Sangre de Cristo de la pérdida, de la destrucción, de la aniquilación. La fantasía se instaló en su cerebro –completamente fría y clara por encima de sus jadeos– de que si pudiera tocar con la mano una de aquellas ruedas verdes levantadas, si pudiera poner sus dedos en la brida de aquel caballo negro encabritado, ¡impediría que la Sangre de Cristo se hundiera en las profundidades de la

tierra y se perdiera para siempre! «Sí, sí, sí –pensó–, construiré un arco sajón alrededor del Pozo del Cáliz, un arco sajón redondo». Y entonces fue cuando vio los cascos de los policías de Philip Crow.

La visión de aquellos funcionarios le desquició por completo el ánimo. Fue la mano de un policía, no la suya, la que sujetó aquellas varas verdes. Fue el brazo de un policía, no el suyo, el que hizo caer al suelo las patas delanteras encabritadas del caballo negro. También el padre de Lady Rachel, estaba de pie entre un par de policías de Philip, acariciándose la barba con rabia y miraba a su alrededor con aire vengativo para señalar a los funcionarios quiénes eran los peores infractores y cabecillas de la multitud. Los agentes de la ley todavía no habían puesto las manos sobre nadie, pero el exhausto y desconcertado alcalde tenía claro que eso era lo que ahora pensaban hacer. Muchos de los presentes eran evidentemente de la misma opinión, pues empezaban a escabullirse con extraordinaria celeridad, y cada uno de los que se retiraban asumía un aire distraído con respecto a los fenómenos inmediatos y un aire intensamente interesado con respecto a acontecimientos urgentes que exigían su presencia en el lejano horizonte.

El señor Geard, aunque decepcionado y sin fuego en los ojos, se recompuso. Se acomodó la camisa en su lugar. Sacó el pañuelo y se secó la sangre de la mejilla. Se abrochó la chaqueta con fuerza debajo de la barbilla. Luego avanzó, aunque con pasos vacilantes y pulmones agitados, y se

presentó ante Lord P. Su señoría lo recibió calurosamente. Afortunadamente, enseguida dio por sentado que su ansiedad por la seguridad del patrón de su desfile había hecho que esos funcionarios, como los guerreros de Cadmo, salieran de la tierra. –Bueno, señor alcalde –empezó–, esto es en verdad... Los policías de Philip, al oír la voz de su señoría, se pusieron de pie y se marcharon.

Al oír la palabra “alcalde”, y al ver a Lord P. estrechar tan cálidamente la mano de ese sudoroso, jadeante y sin sombrero miembro de la multitud, se convenció de que estaban en presencia de otra distinguida víctima de esta ruptura de la paz de Su Majestad.

El cerebro del señor Geard se puso en movimiento mientras estrechaba la mano del sargento Blimp, algo que hizo con tanta calidez como el sargento había hecho con él. Habló con voz autoritaria, dando la impresión, tanto al noble como a los policías, de que estaba acostumbrado a dar órdenes a los funcionarios. “Uno o dos de ustedes lleven a su señoría a su asiento. Es la primera fila. Lady Rachel se lo está guardando. La función ha comenzado”.

“¿No lo harás tú mismo?” comenzó Lord P.

–No –dijo el señor Geard bruscamente, y sorprendió al dueño del cochecito subiendo al asiento alto junto con Blimp, que ya estaba de nuevo en posesión del caballo y las riendas–.

–¿No estás abandonando tu propio programa, Geard?

“Ya he visto bastante”, respondió el señor Geard. “Pero puede que vuelva antes de que esté terminado. Querré saber si le ha gustado”.

Las manos de Blimp estaban en las riendas para hacer girar el vehículo.

–¿No te molestará si uso tu coche por un minuto antes de llevarlo de regreso a la ciudad?

–De ningún modo, Geard, de ningún modo –replicó Lord P.–, ¡siempre que no me pida que me levante de nuevo! –Pronunció estas últimas palabras con una mueca que claramente pretendía burlarse de su reciente ataque de nervios. Nadie había visto el miedo en sus ojos, excepto el señor Geard y posiblemente el sargento Blimp, pero era característico de aquel hombre hacer de esta confesión una cuestión de honor.

–Sí, en la primera fila, oficial –añadió el alcalde, en respuesta a uno de los policías–. Lady Rachel le está guardando un asiento. –Puso su mano desnuda sobre la mano perfectamente enguantada de Blimp–. Espere un poco –murmuró–. Quiero que avance bastante.

–Tiene razón, señoría –dijo el sargento.

"Ustedes dos estuvieron a punto de morir", dijo el señor Geard.

–¡Vaya, vaya! No es nada comparados con el polvo que he visto levantar en mi vida –respondió el sargento–. Su señoría no es tan joven como hace diez años.

–La turba es algo desagradable –dijo el señor Geard, dándole al hombre una mirada tan comprensiva que Blimp respondió con un guiño.

"Ya no está tan nervioso", dijo. El alcalde miró a su alrededor. Era sorprendente la rapidez con la que se había dispersado la multitud.

–No quiero que se hagan arrestos, ni tampoco lo quiere Lord P. –le comentó enfáticamente a un policía que sujetaba la cabeza del caballo. El animal todavía temblaba un poco.

El hombre se tocó el casco. "Como desee Su Señoría".

–Sargento, siga a su amo –le ordenó el señor Geard–, pero no aprisa. Quiero verlo a salvo en su asiento.

El policía soltó las riendas y el carro de ruedas verdes arrancó a paso lento hacia el lugar del desfile. Pronto llegaron a un lugar desde el que era posible ver *claramente* tanto al público como a los artistas. «Espere un momento, sargento». El hombre obedeció y esperaron hasta que pudieron observar la figura de Lord P., con los dos policías

detrás de él, abriéndose paso entre la multitud de huelguistas. Cuando desaparecieron, «Vaya a esa carpa si no le importa», ordenó el alcalde.

Al llegar a la entrada de su enorme pabellón de refrigerios, el señor Geard le dijo a Steve Lew, que había vuelto a prestarle atención, que corriera y le pidiera al señor Cantie que saliera. Ahora era el destino del sargento Blimp poner los ojos en el proveedor de catering más débil, más preocupado y más desconcertado que había visto nunca, o que había deseado ver nunca. “Te voy a enviar algunos invitados de mi propia casa de inmediato, Dickery”, dijo el alcalde. “Trátalos bien. No dejes que se emborrachen. Y sácalos sin falta antes de las cinco en punto. ¡Todos fuera antes de las cinco en punto!”

Dickery Cantie, cuyos ojos eran de un azul pálido, claro y húmedo, y cuya barba era rala y desaliñada y como estopa decolorada, estaba tan sorprendido al ver el carro verde y el caballo negro que sólo pudo abrir la boca y parpadear.

–¿Está Elphin dentro? –preguntó el señor Geard. Steve Lew lo oyó, aunque no lo oyera el padre de Elphin, y pronto apareció el joven Cantie, con sus delgadas piernas y sus medias negras de domingo–. Dile a tu madre y a su familia que le enviaré algunos invitados a tomar un refrigerio en un minuto. Dile «cerveza, vino y bocadillos» y dile que todos salgan antes de las cinco, ¿quieres, Elphin? ¡Todos a las cinco! No quiero que se entrometan con el resto de la gente.

Los ojos azules de Elphin Cantie –no de un azul pálido como los de su padre, que ahora murmuraba algo completamente incoherente sobre «marcas» y «cosechas»–, sino de un azul profundo como el amplio cielo que había sobre ellos, brillaban con una comprensión inteligente. –¿Debo decirle a mamá cualquier... cualquier cosa... que Su Señoría desee... que ella... desee...? –empezó.

–Dígale que todo lo que sea razonable –pronunció enfáticamente el señor Geard.

Los ojos azules de Elphin se volvieron más oscuros y se sacudió el polvo de las piernas, delgadas como cerillas –esas pobres piernas demacradas que eran la fuente y el origen de aquella gran tienda–, y alzó la cara. –Madre lo entenderá. ¡Madre se lo agradece de corazón, señoría! ¡Venga, padre! –añadió.

Dickery Cantie siguió a Elphin hasta el interior de la tienda, al igual que Steve Lew, quien, antes de partir, le dedicó una última mirada de fanática devoción.

El carromato de ruedas verdes se puso en marcha y rodeó al público sentado, de cuyas gargantas se alzaban aplausos excitados y estridentes cuando el Rey y la Reina, con sus grandes coronas doradas sobre sus cabezas, se levantaron de sus tronos y se colocaron al lado de la Dama de Shalott.

El movimiento de los trabajadores de la fábrica de tintes,

con sus aliados protestantes y sus banderas seculares, no había pasado inadvertido para el señor Geard. Mientras bajaba por la ladera, mientras corría al rescate del marqués, pensaba desesperadamente cómo hacer frente a esta amenazante invasión. Mientras Blimp trotaba con su caballo por el borde de la enorme explanada de gente, podía oír los constantes murmullos de «¡Orden! ¡Orden! ¡Silencio! ¡Silencio!» dirigidos a estos hombres, que seguían hablando en voz alta entre ellos, aunque los mástiles de sus banderas estaban ahora clavados en la tierra. Cuando llegaron a la altura de la fila de asientos al final de la cual se encontraba sentada Madre Legge, el señor Geard le pidió a Blimp que se detuviera. Allí esperaron, aguardando el final de la escena en el escenario cubierto de hierba de arriba. Estaba cerca del final. Después de un segundo o dos de espera, terminó, y los actores, muy contentos con las ovaciones que acababan de recibir, marcharon hacia sus respectivos pabellones.

Un murmullo general de conversaciones agitadas recorrió toda la masa de gente. El coche de caballos se había detenido cerca de donde estaban sentados la señora Legge y Blackie Morgan. Entre la cabeza de su caballo y los extremos de las primeras cinco filas de asientos había un estandarte, cuyos mástiles colgaban sobre la hierba, con las palabras: «¡Abajo con la farsa!». El señor Geard reflexionó sobre estas palabras mientras respondía a los saludos de la gente que estaba lo suficientemente cerca como para reconocerlo. La propia madre Legge hizo un gesto con su

mano enguantada de negro, que era casi como si besara las puntas de sus dedos al alcalde de Glastonbury, y muchos de los que estaban sentados lo miraron y asintieron hacia él mientras continuaban con sus ruidosos aplausos, dirigiendo sus aplausos tanto al organizador de la actuación como a los actores.

La multitud de huelguistas de la Tintorería estaba evidentemente inquieta en ese momento. La gran audiencia que se encontraba detrás de ellos tuvo tiempo ahora de concentrar su atención en estos hombres, cuyas pancartas, “¡Abajo la religión!”, “¡Abajo el capital!”, “¡Abajo la farsa!” ondeaban junto a ellos en el cálido viento de verano. Varios de los policías de Philip estaban ahora de pie, examinando estos pergaminos revolucionarios con humorístico desapego, pero el Sr. Geard observó que uno de estos oficiales se colocaba frente a los asientos de la gente de la segunda fila, hasta que llegó detrás de Lord P., a cuyo oído susurró algo, algo que hizo que el Marqués se volviera y mirara a los huelguistas.

Los aplausos se habían prolongado entre los extranjeros mucho después de que habían cesado entre los nativos, pero ahora se apagaron y se sucedió en el gran público un murmullo de conversaciones, en medio del cual se estaban llevando a cabo algunos preparativos muy curiosos y sorprendentes en el escenario, frente a todos ellos. Trajeron una gran cruz de madera, de la que colgaban cuerdas gruesas, como las que se usan a bordo de los barcos,

enrolladas libremente alrededor de sus vigas transversales, y colocaron el objeto en el suelo, donde antes habían estado los tronos de Arturo y Ginebra, junto a un amplio agujero que se había cavado para recibirla. A intervalos, sobre las caras del público soplaban el cálido olor a hierba pisoteada, dulce como el sol, y se mezclaba con él el penetrante olor a nicotina de las pequeñas pipas de arcilla que muchos de los huelguistas, tranquilos y pacientes hombres de familia, habían encendido para animar su suspenso.

En ese momento se oyó la voz de Red Robinson, que sonaba penetrante y estridente. Red había agarrado una silla y saltado sobre ella. Desde allí empezó a gritar un torrente de insultos, levantando las manos en el aire y haciéndolas temblar, utilizando ese gesto particular que se ha convertido casi en una convención entre los oradores callejeros, pero que todavía conserva un poder que tiene su propia cualidad peculiar.

El señor Geard vio a dos o tres policías abriéndose paso hacia el hombre que gritaba. “¡Denle cinco minutos, oficiales, por favor!” Esta orden fue lanzada desde el carrito verde en esos tonos estentóreos que solían ser el deleite de los barrios bajos en las reuniones revivalistas de Bloody Johnny. Los oficiales se detuvieron, se giraron y permanecieron inmóviles, mirando alternativamente a Lord P., sentado al lado de su hija, y al alcalde con la cabeza descubierta en el carro de Lord P.

“¡Vosotros, los habitantes de Wessex, que habéis venido aquí para oír esta locura, escuchadme! Y vosotros, los extranjeros, que habéis venido de todos los mares para ver esta locura, ¡escuchadme! Y vosotros, camaradas de Glastonbury, que sabéis lo que es esta locura, ¡escuchadme! ¡Sólo tengo una cosa que decir esta tarde! El sistema capitalista de la sociedad está condenado. ¡Dentro de cien años, la propiedad privada en Glastonbury será desconocida! Este nuevo alcalde de hoy no es mejor que otros y tiene por ahí a Crow con su maldito avión”. Saltó apresuradamente.

Dejó su silla y se refugió entre las apretadas filas de sus amigos, porque la figura enfurecida de Lord P., que ahora estaba de pie y llamaba furiosamente a los policías para que lo detuvieran, había sido contrarrestada por la orden del carro verde y los oficiales se habían acercado a él. Fue entonces cuando Dave Spear saltó de su asiento y alzó la voz.

–Este hombre –gritó Spear– puede que estuviera demasiado enfadado para elegir sus palabras como debía. ¡Pero lo que dice es verdad! La humanidad pronto... –Ante la entonación erudita del joven filósofo, todos los alemanes que estaban entre el público, que eran los que mejor sabían inglés, se inclinaron hacia delante, escuchando con gravedad y atención–. De hecho, gritaron en protesta gutural contra algunas voces nasales francesas que se alzaron en burla de las palabras de Spear, y por un momento pareció que la antigua hostilidad entre la sangre gótica y la sangre

mediterránea estallaría ese día en Urbs Vitrea⁵⁷ bajo las maliciosas travesuras de Gwyn–ap–Nud. El tono particular en el que Spear se sumergió de inmediato, tan serio y tan académico, y su introducción de la palabra "humanidad", sedujo a los rusos que estaban presentes –todos excepto los monjes del Cáucaso que lo tomaron por un hereje diabólico– y los atrajo a su lado. El contingente español, que era inusualmente grande, por el contrario, estuvo muy de acuerdo con los franceses y se unió a ellos para gritar airadamente al joven para que se sentara.

Pero Dave Spear, a pesar de los gritos de “¡Orden!”, “¡Silencio!”, “¡Echadle!”, se negó a sentarse. “¡Pronto la humanidad”, gritó, “¡ya no estará compuesta por alemanes, ingleses, franceses y rusos! ¡Seremos todos hombres y mujeres que trabajaremos para nosotros mismos, no para los ricos, en una gran comunidad de camaradas!”. El clamor que lo rodeaba se volvió tan confuso que se le hizo imposible gritar más alto, y después de examinar tranquilamente a toda la multitud con los ojos y observarlos como si fuera un pastor que cuenta sus ovejas, Dave Spear se sentó.

El grupo de huelguistas de las fábricas Crow se encontraba ahora en una posición sumamente incómoda. La mayoría de ellos no simpatizaba con las opiniones comunistas de sus líderes. No podían disfrutar del "teatro al aire libre", como

57 Urbs Vitrea, “la ciudad de vidrio”, se ha relacionado con la ciudad inglesa de Glastonbury.

ellos lo consideraban, debido a su proximidad a la nobleza. Al mismo tiempo, siendo honestos trabajadores de Somerset, se mostraban reacios a abandonar sus banderas. Uno de los más dignos entre ellos, un tal Josh Witcombe de Queen's Camel, articuló los pensamientos de la mayoría entre ellos cuando se dijo a sí mismo: "¿Qué diablos estoy haciendo aquí? ¡Soy un maldito tonto, cuando podría estar cavando patatas, en mi pequeño jardín, en estas hermosas vacaciones! Este Crow es un maldito desgraciado. No hay dos opiniones al respecto, pero ¿qué tiene que ver todo este alboroto grandilocuente conmigo? ¡Caramba! ¡Ojalá estuviera sentado en paz en mi jardín trasero, mirando cómo crecen mis guisantes! Este Glaston nunca será un lugar para que la gente tranquila disfrute, hasta que tanto este maldito Crow como este maldito Geard sean expulsados de la ciudad.

El señor Geard no ignoraba la creciente incomodidad de este grupo de hombres dignos. Abandonados a su suerte por los agitadores y la policía, se veían sometidos a la animosidad de un número cada vez mayor de espectadores, que habían llegado a considerar su presencia en el campo como un lúgubre aguafiestas. El señor Geard hizo que Blimp condujera el carro del señor hacia delante, por una longitud que era aproximadamente el doble de la suya, hasta que estuvo en el centro mismo de esta multitud malhumorada y desconcertada. Luego se puso de pie en el carro con la mano sobre el hombro del sargento. –Caballeros –empezó.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Logró moderar su

voz para que sólo la oyeran los hombres a los que se dirigía. Fue un inmenso alivio para él observar que Elphin Cantie se había unido a su joven partidario Steve Lew, y que ambos muchachos estaban ahora de pie cerca de una de las ruedas verdes de su carro. «Caballeros», repitió, «lamento que hayan venido hoy sólo para encontrar las cosas insatisfactorias. Soy el alcalde de esta ciudad y deseo que todos los habitantes de Glastonbury se diviertan hoy. Le he dicho al señor Cantie, ahí abajo en esa tienda –hizo un gesto con una de sus regordetas manos en dirección al seto–, que deseo que les dé a todos los hombres de Crow Dye–Works algo de comer y beber a mis expensas. Veo que Elphin Cantie está aquí. Él les mostrará adónde ir. Llévalos contigo, Elphin”. Luego, como si lo hubiera pensado después, añadió: “Sería una vergüenza para todos ustedes y una desgracia para su alcalde si el buen licor que hay en esa tienda se lleva de vuelta al sótano”.

Hubo un momento de vacilación, y luego el señor Burt de Stoke–sub–Ham habló. “¡Tres hurras por el alcalde de Glastonbury!”, gritó. Inmediatamente se alzó otra voz entre la multitud, pero al señor Geard le resultó imposible identificarla: “¡Tres hurras por Bloody Johnny!”. Los vítores se dieron con cierto nerviosismo y un tanto avergonzados, y la gran audiencia de personas sentadas, que ahora se extendía casi hasta el seto, estiró el cuello para ver qué novedad se avecinaba.

De repente, Mat Dekker se levantó de donde estaba

sentado al lado de su hijo. “Tres hurras por el alcalde de Glastonbury que nos ha dado esto ”. Su voz se ahogó en una terrible andanada de aplausos.

En todo gran auditorio hay una cierta acumulación de emoción magnética que parece almacenarse, como en grandes depósitos invisibles, por encima de las cabezas de la gente. Las palabras de Mat Dekker habían abierto el grifo de estos depósitos psíquicos. La multitud perdió la cabeza por completo en su excitación. Ya se había conmovido por el romanticismo de la escena artúrica y por la riqueza conmovedora, en un asombroso espectáculo mudo, del inspirado payaso francés. El discurso revolucionario de Dave Spear había aumentado esta tensión, y ahora se desató en un torbellino de excitación. Las mujeres agitaban sus pañuelos y se besaban las manos; los hombres saltaban sobre sus sillas y gritaban; los niños gritaban y chillaban. Los vagos rumores que habían flotado en torno a la figura del señor Geard ayudaron a intensificar esta manifestación. Los que estaban en los asientos delanteros y habían oído su discurso a los trabajadores del tinte en huelga y se habían sentido desesperadamente conmocionados fueron arrastrados por la corriente. Lady Rachel aplaudió larga y desesperadamente, con las mejillas blancas de excitación y los ojos centelleantes de éxtasis infantil. El marqués tenía la expresión de un estadista con visión de futuro que ha recurrido a algún profeta irresponsable. El espacioso y maternal pecho de la vieja madre Legge –el pecho de una

madre tierra inmoral– se agitaba con sollozos incontenibles. La señora Geard también lloraba desconsoladamente. Pero Cordelia se sentó erguida en su silla. Sus ojos estaban fijos con miserable fascinación en aquella gran cruz de madera que yacía sobre la hierba. Cuando el ruido se apagó un poco, el señor Geard se puso de pie por segunda vez ese día en el alto carro de Lord P.

“¿Qué dirá?”, pensó Lady Rachel. “¿Qué demonios hará ahora el viejo Johnny?”, pensó el Marqués. “No estaría en el lugar de Geard por nada del mundo”, le susurró Mat Dekker a Sam.

El señor Geard carraspeó. Luego se inclinó sobre su impasible chofer, sobre cuyo hombro apretaba fuertemente. «En cuanto me sienta, usted se pone en marcha, sargento». Luego, incorporándose en toda su altura y echando la cabeza hacia atrás, levantó el brazo libre en el aire. Y cayó sobre aquella enorme masa de gente uno de esos tremendos e imponentes silencios que parecen sostenidos, como oscuros catafalcos de expectación, por invisibles manos espirituales. «No para nosotros», gritó en tonos lentos y reverberantes, «no para nosotros sea la gloria de este gran día, sino para... para... para...» Era lo bastante Cagliostro⁵⁸, lo bastante charlatán como lo acusaban, como para fingir

58 Giuseppe Balsamo, conocido como conde de Cagliostro, revolucionó la Europa del siglo XVIII con sus curas milagrosas y sus profecías. Este gran embaucador ni siquiera fue sincero con su nombre. El denominado conde Alessandro di Cagliostro no era conde.

deliberadamente que vacilaba en ese punto. Era un sutil truco oratorio y no se vio privado de su efecto: «¡para... el Cristo de Glastonbury!». Se hundió en su asiento al lado del sargento Blimp, quien, como no había posibilidad de encontrarse con el fantasma de Merlín, se mostró tan sereno como lo habría estado en una fiesta real en el jardín. En un segundo, las ruedas pintadas de verde giraron a un ritmo vertiginoso y el carro se alejó a toda velocidad hacia el oeste, sobre las laderas cubiertas de hierba del gran campo, como si hubiera entrado en una carrera desesperada con algún carro de hadas de Gwyn–ap–Nud.

–Espero que Blimp le dé un buen golpe antes de que acabe el campo –le susurró el marqués a su hija.

–¡Calla, padre! –replicó la muchacha–. ¡Calla! La representación de la Pasión está comenzando.

La muchacha tenía razón. John Crow, que no ignoraba el efecto dramático que suponía permitir que su interludio sagrado se produjera inmediatamente después de las últimas palabras de Geard, se había encargado de dar la señal de que comenzaran los conciertos (sin tener en cuenta si los dublineses, Ned Athling o Paul Capporelli estaban listos). Y el comienzo de su ensayado y elaborado «Mystery» fue realmente un espectáculo impresionante.

Sin embargo, los huelguistas de la Tintorería no se dieron cuenta de nada. Dándoles la espalda y esta vez seguidos en

lugar de liderados por la pancarta que denunciaba la “Patria”, se dirigieron apresuradamente colina abajo hacia la gran carpa de refrigerios. Elphin y Steve –este último encantado de desempeñar un papel tan destacado en los asuntos del señor Geard– corrieron delante de ellos para avisar a los Canties de su llegada.

En ese momento todas las miradas se concentraron en el escenario. En él entraron primero una legión de soldados romanos marchando detrás de su centurión, luego, saliendo del otro pabellón, los sumos sacerdotes y gobernantes del pueblo judío y, finalmente, acercándose solo, acompañado únicamente por Momo, el cómico soldado romano que le servía de guardaespaldas, el procurador de Jerusalén, Poncio Pilato. El papel de Poncio Pilato lo desempeñó el maestro asistente de la escuela de la iglesia de San Benigno, un hombre que había sido elegido para este papel por el elocuente doctor Sodbury en gran medida debido a su imponente semblante, un semblante que en su dignidad jurídica podría haber pertenecido sin duda al arrogante procurador de Judea. Los legionarios romanos se agruparon alrededor de Pilato, quien ahora, acompañado por su guardaespaldas Momo, subió a la tribuna de madera o asiento del juez.

"Es como un espectáculo de Punch–and–Judy⁵⁹ ampliado",

59 Punchinello y su esposa Judy son los dos personajes principales de los títeres de cachiporra de tradición inglesa.

le susurró Will Zoyland a Nell; y las palabras del Bastardo no carecían de sentido, porque en su mutua elevación por encima de los soldados y del grupo de ancianos judíos que se encontraban apartados de los soldados, el Momo parecía estar aislado en un proscenio estilo Punchinello.

Nell no respondió. Se preguntaba qué estaría sintiendo Sam en ese momento, mientras Momus-Capporelli se burlaba de Poncio Pilato en esa ridícula caja de marionetas y tanto los actores como el público esperaban sin aliento la aparición del condenado Dios-Hombre. Si hubiera sabido lo que sentía Sam, su corazón se habría sentido menos pesado de lo que estaba. Porque era tal la contradicción de la emoción humana que las espadas romanas de los soldados y los turbantes de los ancianos hacían que todo le pareciera tan fantástico e irreal que, en su amarga frialdad y profunda melancolía, su corazón se volvió melancólico hacia Nell y su hijo. Su padre, sentado a su lado, sentía el mismo tipo de disgusto; sólo que con él era más positivo. Ambos hombres corpulentos y con la cabeza descubierta –pues aunque el sol los golpeaba con ese calor de media tarde que parece más caliente que el mediodía, sostenían sus sombreros en las manos–, tenían algo en ellos que sentía una profunda aversión por esa representación de la Pasión. Mat la odiaba porque lo consideraba una blasfemia tonta y frívola. Sam la odiaba porque lo consideraba una parodia sin vida y espantosa de la muerte de su Dios.

Los dos Dekker tenían menos sensibilidad estética para

este tipo de representaciones que el señor Whitcombe de Queen's Camel o la señora Legge de Camelot. Eran tan apasionados naturalistas que un realismo profundo, terrenal, simple, casi bárbaro, reducía cualquier espectáculo teatral a algo endeble y pueril. Ninguno de los dos podía llegar a simpatizar ni un ápice psíquico con tales cosas. Lo que al padre le parecía una grosera profanidad, al hijo le parecía pura y absoluta frivolidad. Ninguno de los dos podía captar ninguna ilusión escénica en todo el asunto. Lo que ahora veían era simplemente "al viejo maestro de escuela de Sodbury vestido de gobernador romano y a ese miserable francés que saltaba a su lado, inclinándose y rascando los dientes y haciendo bromas sacrílegas".

Y cuando, escoltado por más soldados romanos y con las manos atadas a la espalda y una enorme corona de espinas sobre la cabeza, el señor Evans fue conducido lentamente a través del pasto entre los judíos de largas túnicas y los legionarios romanos, Sam se volvió hacia su padre y le dijo: "Esto es horrible, ¿no es así, papá? Es horrible".

"Menos de lo que esperaba. ¿Cómo pueden todos quedarse quietos y hacer semejantes tonterías repugnantes?"

Pero su padre estaba observando una mariposa. "Creo que es una mariposa azul de Clifton", susurró. "¡Mira a esa pequeña, hijo, ahí, junto a ese cardo!"

Pero el efecto que la aparición de este Cristo de Evans produjo en la mente de Sam fue asaltar con una rápida y terrible duda el ideal ascético de toda su vida actual y provocar en él un anhelo por Nell que hizo que se le derritieran los huesos. El hecho de que ella estuviera sentada cerca de él, ahora, a unos pocos metros, de modo que moviendo la cabeza pudiera verla, le dio una sensación de identidad más nítida que nunca. Una nueva sensación empezó a levantar su cabeza de serpiente de cascabel dentro de él, una tortura que hasta entonces se había ahorrado, gracias a su imaginación embotada y a ese «nervio muerto» que había dentro de él. ¡Pero ahora estaban sobre él, esas pinzas del diablo! ¡Ahora lo tenían atrapado por el cordón umbilical en la boca del estómago! ¡Oh, pensar que Will Zoyland podía oír esa voz día tras día y podía verla como nunca él la había visto! Porque ¿qué era una noche ciega y arrebatada de pasión comparada con lo que el otro había tenido? “Nunca”, pensó Sam mientras observaba a Cristo Evans de pie ante Pilato, “he visto sus hombros desnudos”.

Sucede a menudo que, cuando el amor verdadero toca con su dardo tembloroso la codicia del deseo, algún aspecto del cuerpo de una muchacha, que no suele asociarse en absoluto con el devaneo amoroso, golpea la conciencia de su amante con un patetismo que es casi intolerable. Así, aunque le había dado un hijo, lo invadió, cuando el juicio de Cristo comenzó ante sus ojos, un anhelo que le hizo doler el corazón sólo por tocar una vez sus hombros desnudos, sólo

por trazar con las yemas de los dedos la línea de su columna desnuda. Aunque se había acostado con ella, nunca había pensado en hacer precisamente eso. ¿Por qué no lo había hecho? Oh, ¿por qué no lo había hecho?

La escena, que tan poco significaba para los dos Dekker y tan poco para los dos Zoyland, parecía ser de un interés absorbente para el padre Paleólogo. Mary estaba emocionada con sus comentarios rápidos, intensos y penetrantes. Cada movimiento que hacía el señor Evans despertaba su más aguda atención. Cada palabra que captaba –aunque sólo podía captar unas pocas– de Cristo, Pilatos, Momo o el sumo sacerdote, se convertía en el texto para una rápida andanada de críticas apresuradas. Incluso la señorita Drew se calmó bajo el encanto intelectual convincente del sacerdote bizantino y empezó a sentir que no podía estar sucediendo nada muy blasfemo.

–¿Ya ha dicho: «¿Qué es la verdad?»? –preguntó Mary con ojos brillantes. Se sentía infinitamente aliviada por el éxito triunfal que parecían estar obteniendo los esfuerzos de John. Lo atribuía todo a John. Athling, los dublineses y Capporelli estaban completamente descartados en su mente. Podrían haber inventado algunos detalles, algunas fantasías; fue la imaginación de John la que le dio a todo el asunto esa extraña y curiosa unidad de la que ahora hablaba el padre Paleólogo a la señorita Drew.

–No, señora, todavía no –respondió el padre Paleólogo–, pero pronto lo hará. ¡Listo! ¿No *lo has entendido*?

Y mientras la chica escuchaba atentamente, en el cálido aire de junio perfumado con madreSelva, llegaron a sus oídos esas palabras que parecen provenir de algún misterioso nivel de la vida donde las leyes de causa y efecto no tienen cabida: “*Para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz*”.

–¡Es extraordinario –susurró apasionadamente el padre Paleólogo, mientras una ligera ráfaga de viento levantaba la famosa réplica de Pilatos y la llevaba por encima de la colina– cómo actúa ese hombre! *No puede* ser un comerciante local. He visto todas las representaciones de la Pasión que valen la pena en Europa en los últimos veinte años. Oberammergau, por supuesto, no es la única. Y te digo que nunca he visto nada tan convincente como ese hombre. Y también es *moderno*. Tiene ese extraño toque moderno que es tan difícil de definir. También es un Cristo fuerte y *feo*; y eso es una gran mejora. ¿Recuerdas el Cristo de Rembrandt en 'La curación de los enfermos'? No recuerdo dónde está. La idea que Rembrandt tenía de Él era exactamente así. ¡Y también es bíblico! –Y el padre bizantino citó en un intenso susurro a los oídos de Mary–: No tiene atractivo... para que los hombres lo deseen.

Athling y los dos dublineses, trabajando juntos, habían

manejado esta escena histórica mundial de tal manera que se mezclara el juicio de Nuestro Señor ante Pilato con Su juicio ante el Sumo Sacerdote, y al prescindir de la Flagelación y del Vía Crucis, habían hecho que la Crucifixión siguiera inmediatamente a esta condena sintetizada.

–¿Qué está haciendo ese hombre tan raro, Robert, en el púlpito del juez? –le preguntó el padre del señor Stilly. El señor Stilly consultó apresuradamente el folleto impreso que John había hecho colocar sobre todos los asientos.

–Dice que es Momo, papá, «un soldado romano que asiste al procurador» y que desempeña un papel como el del bufón en el «Lear» de Shakespeare.

La madre del señor Stilly alzó entonces su voz aguda y quejumbrosa, la voz de una mujer a la que «no le gustaba que los sirvientes anduvieran por ahí metiendo mano en su cocina». «Pero ¿no es ésta la sencilla historia del Evangelio, Robert? No leemos nada sobre Momo, ¿verdad? ¿O aparece en los libros apócrifos?».

–*¡María!* ¡Cómo puedes ser tan estúpida! –susurró el padre del señor Stilly–. No hay libros apócrifos del Nuevo Testamento. El señor Stilly recordaba vagamente que una vez, en la tienda del viejo Jones, le habían mostrado algo que se parecía mucho a un libro apócrifo del Nuevo Testamento, pero por piedad guardó ese recuerdo en su corazón.

–Está hablando, Robert. Está diciendo cosas muy raras... pero no las oigo bien –dijo la anciana señora Stilly.

Momus–Capporelli se había alejado del procurador y pasaba de un grupo a otro de soldados romanos, entre los que soltaba monstruosas bromas aristofánicas. Algunas de estas bromas eran improvisadas en una fantástica mezcla de jerga francesa y lo que podría llamarse inglés canino, y estaban acompañadas de gestos más propios del suelo de serrín de un salón de baile de Montparnasse que del césped de Glastonbury Tor.

Lily Rogers empezó a expresar su malestar ante la tensión de esta tontería trágico–cómica. “Ojalá esos soldados arrestaran a ese tipo”, murmuró al oído de su hermana. “Nuestro policía de Glastonbury lo habría arrestado antes de esto”.

–Esos oficiales de Taunton no tienen más coraje que muchos casuarios –respondió Louie.

Pero la sabia Emma Sly expuso un punto de vista diferente, digno de la hija de un pastor de Mendip. “Es el diablo disfrazado”, explicó. “Les está diciendo a todos esos romanos que si no crucifican al Buen Señor pronto, no podrán crucificarlo nunca”.

–Esto no es como lo que el Maestro nos dice que digamos en el Credo –observó Penny Pitches al señor Weatherwax–,

cuando dice «sufrió bajo el poder de Poncio Pilato». Si hubiera habido un loco como éste en el *Green-Hill-Far-Away*⁶⁰, el Maestro habría hablado de ello, ¿no es así?, en los treinta años que lo he cuidado, ¿no?

–Eso fue hace mucho tiempo –observó el jardinero sabio–. Tal vez la Biblia misma haya olvidado cómo eran las cosas. Esos muchachos corpulentos son romanos, ¿sabes?, y los romanos son paganos, y esos paganos son tan reverentes como tu amo, mi querida niña. Pero es extraño, cariño, y a uno le revuelve el estómago ver esas cosas. Es como un sábado por la tarde en un bar privado y, sin embargo, es como un Viernes Santo en la iglesia. Hace que uno se sienta un poco tembloroso en las entrañas.

La opinión del marqués de P. sobre el espectáculo que estaba contemplando no difería mucho de la del viejo jardinero y el viejo sirviente. «No soporto mucho más a ese tipo, Momus», le susurró su señoría a lady Rachel. «¡Quiero darle una buena paliza a ese pequeño bruto y echarlo a patadas! ¿Qué demonios se le ocurrió a Geard para permitir semejante mezcolanza?»

–Mi joven sobrino John, Lord P. –dijo la señorita Elizabeth Crow con una sonrisa indulgente–, es el responsable de todo

60 "Hay una colina verde a lo lejos" es un himno cristiano, originalmente escrito como un himno para niños, pero que ahora se suele cantar durante la Pasión. La letra es de Cecil Frances Alexander y la melodía más popular es de William Horsley.

esto. Rachel sabe más sobre el tema que yo, pero creo que es una idea nueva, ¿no es así, Rachel?, introducir, ¿cómo lo llamas?, una especie de coro clásico... sólo que satírico, por supuesto, en lugar de serio.

–No... sé... exactamente... lo que siento, señorita Crow –susurró Rachel nerviosa–. Espero... que haya sido su sobrino... pero me temo... que hay... otros ...

En su corazón, ella estaba dividida entre su idealización romántica de Ned Athling y su desagrado por sus nuevos métodos, ¡deseaba de corazón que Paul Capporelli se hubiera quedado en París!

–¿No es ese joven que está saltando y haciéndose el gracioso, Tewsy –le estaba comentando la señora Legge a su anciano secuaz– el mismo que se burló del pobre rey Mark hace un momento, cuando estaba siguiendo a su legítima esposa?

–¡Y también a Lancelot, señorita! ¡Le lanzó unos buenos mordiscos a Lancelot cuando lo vio intentar acurrucarse contra los dulces brazos de la reina Ginebra!

–¡Calla, Tewsy! Aunque sea lo mismo, como yo creo, ¿acaso los que mueven los hilos no tienen derecho a elegir a los favoritos del público? La gente mayor como tú y como yo, Tewsy, no tiene ni idea de lo que los jóvenes tienen en la cabeza hoy en día. He oído al señor Tom Barter decir que no

había una sola moza en Wollop's (y esa era la reina Gwendy) que no se quitara la falda si un tipo se comportaba de la manera correcta. Será malo para nuestro negocio, Tewsy, si esto empeora. ¿Quién daría medio soberano por una habitación privada cuando todas las habitaciones pueden contar la misma historia? Eso es lo que digo de este tipo de actuaciones. Es echar a perder el negocio, Tewsy; es echar a perder el negocio.

–Eres una de las que se ocupa de mantener la familia, ¿no es así, madre? –susurró Blackie con cansancio.

–¡Claro que sí, muchacho! –exclamó la anciana con una mueca maliciosa–. Cuando todo vale para todos sin pagar un centavo, ¿qué hace que el mercado siga funcionando?

Blackie Morgan guardó silencio. Sus enormes ojos grises se fijaron en el omnipresente Momus y en la figura coronada de espinas, hacia cuyo lado había saltado el payaso, y la abismal desilusión de su mirada pareció reducir la sólida mole de Glastonbury Tor a vapor insustancial.

“¿Por qué Poncio Pilato se recuesta ahora de esa manera contra el costado de su destartalada plataforma?”, preguntó Tilly Crow al curador del museo.

–No me había dado cuenta... Hay tantas cosas sucediendo al mismo tiempo... Estaba mirando a ese soldado tan gracioso que meneaba la cabeza ante Cristo... pero sí, Pilato

está holgazaneando, como usted dice. Ah, ya veo lo que está haciendo, señora Crow. ¡Está leyendo! Eso que tiene en las manos es un rollo de pergamino. ¿Eh? ¿Qué es eso? Creo que está soliloquiando.

–¿Pudiste oír lo que dijo? –preguntó Tilly ansiosamente, tal como le habría preguntado a Emma si podía escuchar lo que decía el tendero en la puerta de la cocina.

–Algo sobre Epicuro –respondió el curador con voz complaciente, sin perder de vista el libretto que tenía en la mano–. Ese rollo que está leyendo es el *Logoi* de Epicuro, señora Crow.

Tilly guardó silencio. Tomó nota mental de que más tarde le preguntaría a Emma qué clase de marinero era Epicuro, para que su cuaderno de bitácora fuera usado en el juicio de Jesús.

En ese momento apareció en escena una hermosa esclava griega que llevaba un jarro de plata lleno de agua. “¡Ahí está!”, gritó Madre Legge. “¡Ahí está el cuenco de ponche de la señorita Kilty! Ahora sé para qué lo tomó prestado el señor Crow. ¡No lo dejes caer ahora, cabrón de pelo largo! ¡No pienses tanto en tus piernas desnudas que vayas y dejes caer mi cuenco de plata!”

La hermana Cole, que hasta entonces había estado envuelta en una nube de beatífica admiración por todo lo

que veía, habló al observar que el reluciente objeto de plata era llevado con tanto cuidado hacia el pensativo procurador: «¿Se sentirá enfermo, Jackie, ese rey con la corona y todos esos adornos de oro? ¿Le traerá una palangana para vomitar?».

Jackie estaba tan orgulloso de su conocimiento de la historia del mundo como lo había estado el director del museo, y ahora respondió con su voz estridente justo a espaldas de aquel caballero: “¡Es Poncio Pilatos lavándose las manos! Hay un cuadro en la escuela del que deben haberlo sacado. Sólo que es un hombre en el cuadro, no una mujer, el que sostiene el jabón y el agua para él”.

“¿Será el jabón de Pear, Jackie? No veo ese jabón, Jackie”.

–¡Quiero hacer pis! –interrumpió Bert en ese momento tan grave.

La cabeza del curador del museo se giró y lanzó una mirada de furia hacia el desvergonzado infante. Tilly también se giró. “Llévalo al campo, niña. Llévalo al campo de inmediato”, dijo con severidad.

Sis miró a su alrededor sin poder hacer nada. Se hizo un profundo silencio en toda la enorme audiencia mientras el Procurador de Judea mojaba sus dedos en el cuenco de plata de la Madre Legge. –Lo has hecho –murmuró Sis después de una pausa incómoda, pero era una niña demasiado honesta

como para regañar al niño cuando desde su corazón agradeció a todos los Poderes que ya no le correspondiera obedecer a esta gran dama que estaba sentada tan cerca de ellos.

El conservador encendió ostentosamente un cigarrillo egipcio. «No deberían llevar a los niños a un evento que dura tanto tiempo», comentó Tilly. «No pueden contenerse como las personas mayores», y la buena señora le hizo a Sis, a espaldas indignadas del conservador, un gesto femenino tranquilizador. Este gesto, símbolo de esa masonería secreta de realismo sin escrúpulos que une a todas las mujeres, reconfortó a Sis de una manera asombrosa.

Bert continuó con su extática contemplación del mundo visible. La espalda rígida y el cráneo protuberante del erudito que tenía delante formaban parte de la gran representación general, al igual que el arrastre de nuestro Salvador ante Caifás, el sumo sacerdote, pues Athling había alterado los detalles de la cronología sin el menor escrúpulo. Los audaces directores de escena habían alterado las leyes de la perspectiva y los hechos de la cronología, hasta el punto de que la representación de la Pasión en la terraza de la colina de Gwyn–ap–Nud parecía diseñada a partir de varias pinturas primitivas y de trozos de tapices muy antiguos.

No hace falta decir que, a través de los ojos redondos de cerdo del señor Wollop, se alcanzó una visión de éxtasis que no se diferenciaba en nada de lo que había a la vista. Todo lo

que había a la vista le resultaba maravillosamente reconfortante y emocionante. Las personas que tenía delante, el azul profundo del cielo, la hierba verde, una diminuta araña roja que ahora se arrastraba por su propia mano regordeta, le resultaban tan interesantes como Pedro negando a su Maestro. Porque, como en ciertas pinturas primitivas, donde se representan un gran número de escenas memorables muy juntas, estas escenas del Espectáculo se sucedían unas a otras en una sucesión tan rápida y tan próximas entre sí que producían, o casi reproducían, una unidad pictórica.

Así, en inmediata yuxtaposición con el prolongado soliloquio de Pilato y también con la pantomima de Capporelli, mientras el payaso pasaba de un grupo a otro, Cristo fue llevado ante Caifás y Pedro negó a Cristo. Se introdujo el papel del gallo. Éste fue un experimento demasiado peligroso incluso para los dos dublineses. Sostenían que había una poesía tan profunda y primordial en el canto de los gallos, empapada en el rocío de diez mil trágicos amaneceres de sufrimiento humano, llena de una fanfarronería tan equívoca, traicionera y sin embargo homérica, que evocaba recuerdos de mujeres en labor de parto, de soldados moribundos, de millones de víctimas de la sociedad torturadas, encarceladas y ejecutadas, recuerdos de insomnio, recuerdos de locura, recuerdos de amor... que sería vulgar, sacrílego, una blasfemia contra la dignidad del espíritu humano, impío, grosero, ofensivo, ridículo

introducir un gallo pantomímico en el escenario. Además –habían argumentado los dublineses– ningún ojo humano ve jamás al gallo que abre sus párpados. El canto del gallo trae consigo la revuelta apasionada de todos los amantes desesperados que, como Romeo y Julieta, desearían, si pudieran, contener la llegada del alba. Se ha convertido –así protestaban los dublineses– en uno de los símbolos eternos de la raza humana, reconocido desde Ultima Thule hasta el Tíbet, desde Groenlandia hasta el Cabo de Buena Esperanza; e introducir una *burla visual* de algo así en cualquier representación no sería meramente aristofánico, sino diabólico.

Pero el joven poeta de Middlezoy refutó estos argumentos diciendo que era la traición de Cristo por parte de Pedro lo que constituía un ultraje al misterio primordial del canto del gallo, y que al representar al gallo en forma visual, esta traición era ridiculizada como merecía; y que así, y sólo así, se enfatizaba y se sentía toda su trágica sordidez, bajeza, debilidad y cobardía, como debía ser.

Fue la abuela Cole quien, sentada junto a la señora Robinson, tuvo unas palabras sagaces que decir sobre este asunto. Cuando vio aparecer de repente, como si surgiera de la ladera de la colina, posado en los escalones de la tribuna de madera de Pilatos, un gallo admirablemente diseñado y poderosamente convencional, la vieja limpiadora de vestimentas le comentó al ex sirviente del palacio del obispo: «Este pájaro de cresta roja ha venido a avergonzar a todos

los hombres cobardes. Mi viejo solía decirme cuando oía a ese pájaro ruidoso: "Ustedes, los gallos, son gallinas cluecas. ¡Se necesita un hombre pájaro para llamar al sangriento sol!". Pero yo le dije que todo era una jactancia y una vanidad, porque aunque el gallo cantase como quisiera, el sol sólo salía cuando quería hacerlo por sí mismo».

Pero el único comentario que hizo la madre de Red cuando oyó esto y vio la aparición emplumada fue el siguiente: "No es sólo para morir que el pequeño Ben 'Awker haya cantado. ¡Al menos lo habría oído en nuestra calle mucho antes de que le pusieran todas esas plumas en su pequeña cabecita!"

La abuela Cole se mostró sorprendida. Como mujer nacida en Somerset, nativa de Gwlad yr Hav, tenía mucho más poder para aceptar ilusiones que esta hija del East End. Ese objeto emplumado, de cuatro pies de alto, con una enorme cresta roja, era para ella tan real como la torre en lo alto del Tor. Le perturbaba la idea de que ocultara al pequeño Ben Hawker del callejón de su amiga. –¿Entonces ese pájaro es el pequeño Ben? –murmuró–. ¿Qué cosas le sucederán al mundo cuando el pequeño Ben, cuyo nacimiento me molesta y le costó un momento doloroso a su madre, esté cantando como un gallo y haciendo que ese hombre barbudo grite y corra?

El remordimiento de San Pedro parecía tan extremo que casi parecía que iba a buscar refugio de su vergüenza en los brazos de Lady Rachel, ¡tan lejos estaba volando por la

colina! Los dublineses le habían dicho que corriera hacia el público y pronunciara su trágico soliloquio de modo que cada palabra pudiera ser escuchada. Ned Athling había compuesto una de sus mejores rapsodias poéticas para esta Roca de la Iglesia Apostólica, pero no había esperado los tonos resonantes con los que, a sólo unos pasos del asombrado Lord P., San Pedro gritó sus versos. Pero el Padre Paleólogo, notó Mary con alivio, parecía muy complacido con este episodio.

–Es como en las antiguas representaciones de milagros –susurró, inclinándose hacia delante con los ojos brillantes–. ¡No me lo habría perdido ni por el Patriarcado! ¡Y mire a Cristo mirándolo por encima del hombro! ¡Ha habido un genio en la invención de esto! Ojalá mis griegos pudieran verlo.

La retirada del Santo errante al darse cuenta de lo lejos que había llegado fue una obra maestra aún mayor de vergüenza. Su espalda, mientras se escabullía hacia uno de los pabellones artúricos, era la espalda de todos los que habían negado su amor desde el comienzo del mundo.

«¡Y es sólo Billy Bates, el limpiabotas de Los peregrinos!», pensó Mary; y empezó a decirse a sí misma que este triunfo de su John valía todos sus sacrificios.

Y ahora, según ese extraño y primitivo cuadro gótico que el señor Geard había hecho pintar en las laderas de Turris

Vitrea como un auténtico encantamiento de su Merlín favorito, había llegado el momento de atar al señor Evans a esa gran cruz de madera.

Había sido la inquieta persistencia del propio hombre la que había conseguido que finalmente ellos (o más bien, había conseguido que el señor Johnson, del aserradero de la estación Great Western) hicieran esa cruz de roble. Nada más que el roble, y además el roble de uno de los matorrales de Wick Wood, satisfaría a este amante de los druidas.

–¡No mires, niña! ¡No mires! –le susurró Sally Jones a Tossie Stickles–. Te molestará ver a esos crueles soldados atormentar a ese pobre hombre.

–Pero es sólo el señor Evans –protestó la imperturbable Tossie–. Y sólo lo están atando. ¡No lo están clavando, ni nada!

–¡No mires, niña! –repitió su amiga–. Cierra bien los ojos y te contaré cómo le va a ese hombre y cómo soporta la crucifixión.

“¡Ya lo están levantando! ¡Oh, miren! ¡Miren! ¡Lo están levantando!”

–¡Cierra los ojos, Toss! ¡Ten piedad de nosotros, cierra los ojos!

Pero fue la comprensiva Sally, y no la futura madre, la que

cerró los ojos. “Cuéntame, entonces, cómo lo está llevando”, murmuró.

–No es nada digno de ver, Sal. ¡No es nada digno de encarar! Fue mucho peor cuando vi cómo mataban a una oveja en el cobertizo del viejo Chinnock, en este mismo campo.

–Dice que... eran... como una oveja... dice que eran... y mudas como una oveja en el matadero. –La tierna Sally estaba llorando ahora, pero Tossie, manteniendo las palmas de sus manos presionadas contra sus entrañas de compasión, continuó mirando la figura inmóvil suspendida en la cruz.

El astuto señor Weatherwax tuvo que comentarle a Penny Pitches que no había ladrones al lado del Señor. “Esta es una crucifixión pobre”, se quejó. “¡Esta es una crucifixión tacaña cuando sólo tienen una cruz para erigir!”

–Tú eres peor que Poncio Pilato, Isaac –respondió Penny–. Al buen Señor le da lo mismo que lo cuelguen en compañía o solo; y puesto que de todos modos muere por nosotros, pecadores...

–¡Vieja mujer, vieja mujer! –susurró el señor Weatherwax–. ¿No crees realmente que el asesinato de un hombre honesto podría salvar a unos mendigos y perros como nosotros? Soy lo que se podría llamar un infiel, pero

no me parece justo ni correcto que tú y yo quedemos libres porque la gente persiga a un buen hombre, como ese pobre hombre de allí. De todos modos, no es atormentando a la gente como se cultivan buenas chirivías y se sacan buenas patatas. Lo que necesitamos en esta ciudad son más hombres con autoridad, no más actores de teatro como estos.

El padre Paleólogo no dejaba de respirar profundamente, satisfecho, y le interesaba observar que los dos monjes barbudos del Cáucaso parecían profundamente impresionados. El más joven de los dos –así le susurró a Mary al oído, pero ella tenía demasiado miedo de mirar fijamente para corroborar sus palabras– lloraba abierta y apasionadamente. ¡Cuánto agradecía a sus estrellas el erudito bizantino que la buena suerte hubiera puesto en su camino esta proclamación! Nunca olvidaría este espectáculo estupendo. La figura del señor Evans, colgada entre los dos pabellones heráldicos –se habían llevado la bandera del dragón de Arturo– tenía una grandeza tenue que resultaba realmente sorprendente. El hombre parecía majestuoso, un verdadero Hombre–Dios asesinado, colgado entre la tierra y el cielo; y el intenso verdor de la colina detrás de él con esa torre erguida e inmóvil, y el brillo de las espadas romanas, y la riqueza de las vestimentas hebreas, y toda esa enorme reunión de gente, silenciosa, atónita, solemne, daban a esa única figura, suspendida contra la pendiente herbosa, una magnitud de importancia que era abrumadora.

“¿Para qué cuentan el dinero esos viejos?”

–¡Madre, madre! –susurró el señor Stilly con reproche, pues fue uno de sus padres quien pronunció esas palabras–. ¡Ésas son las treinta piezas de plata!

–Para ti es fácil, Robert, por supuesto –replicó la anciana con irritación–. Tu padre y yo no hemos tenido tus privilegios en el banco, pero a mí me parecen más bien trozos de madera redondeados cubiertos de oropel dorado.

A los padres del señor Stilly no les fue dado –por mucho que les encantara jugar tranquilamente al dominó– captar el horrible patetismo del modo en que Judas se estaba comportando ahora.

Tal vez, en medio de aquella enorme asamblea, sólo el padre Paleólogo y otra persona se dieron cuenta de la intensidad de la actuación de Judas. Ese «otro» era Nelly Morgan. La niña no pronunció palabra alguna. Permitted que Jackie le explicara a Sis que era Judas a quien aquellos viejos con las bolsas de dinero estaban rechazando y que ahora iba a ahorcarse. Jackie explicó que esos viejos decían: «¿Qué nos importa a nosotros? ¡Encárgate tú de eso!» y que Judas iba a buscar un buen lugar desde el que «encargarse de ello». Pero el corazón de Nelly Morgan dio un vuelco de simpatía mientras seguía la figura de Judas, que vagaba entre unos pequeños arbustos espinosos y una mata de acebos achaparrados, buscando en vano lo que quería. Al final,

desapareció detrás del pabellón occidental y mucho antes de que desapareciera, el interés principal del desfile ya no era él, pero el corazón de la niña seguía con él. Sabía quién era. Mientras que el público lo conocía como un hermano mayor loco e inútil del joven nietzscheano de Wollop's, Nelly Morgan lo conocía como "el viejo Sr. Booty", que solía leer los cuentos de hadas de los hermanos Grimm en el campo de cricket cuando su equipo estaba jugando.

La Virgen, vestida de color sangre oscura, salvo por su manto azul celeste, se aferraba al pie de la cruz, mientras que cerca de ella los soldados romanos jugaban a los dados y a las cartas formando rígidos círculos sobre la hierba verde. Momo, encaramado en los escalones del tribunal vacío, lanzaba distraídamente un globo al aire y lo atrapaba cuando caía; y para dar a la escena su verdadero carácter, como la habría imaginado algún viejo pintor flamenco, es decir, como una tragedia que extraía su emoción del caos de esa vida humana que era tan indiferente a su angustia sobrehumana, los dublineses o Athling habían hecho que Pilato y Caifás estuvieran jugando al ajedrez juntos en una pequeña mesa redonda frente al pabellón occidental tras el cual se había retirado Judas para ahorcarse.

El dolor de Perséfone al pie de la cruz que llevaba al señor Evans fue la mejor actuación de todo el espectáculo. Su emoción era tan sincera que unió todo el cuadro como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Los gestos monumentales de la muchacha eran como los de una

representación clásica de su propia tocaya, la gran Diosa de los Muertos. Su sublime sufrimiento dio una extraña unidad a todos los grupos y personajes menores, sus negocios, sus ocupaciones, sus pasatiempos. Parecía reunir las preocupaciones diurnas de toda la raza y ofrecerlas con apasionada solicitud, como una copa de hisopo, a los labios de los moribundos. Sin embargo, las otras Marías, María la hermana de Lázaro y María Magdalena, se acercaron ahora al lado de Nuestra Señora, y con su llegada salió a la superficie una desafortunada crisis en la dirección de la representación.

Ned Athling, ansioso por probar todo tipo de nuevos experimentos, quiso introducir en este punto una danza trágica de las dos Marías alrededor de la figura postrada de la Madre de Cristo. Esto, en vista de su educación católica en Irlanda, fue demasiado para los dublineses, que se negaron a aceptarlo. Sin embargo, Athling (y esto también había sucedido en otros casos) insistió en seguir adelante, con el resultado de que las dos niñas que estaban interpretando a las dos Marías, Bessie y Lizzie Marsh de Bove Town, estaban completamente confundidas y, mientras se inclinaban juntas sobre la figura postrada de la Virgen, hicieron varios movimientos sinuosos con sus caderas flexibles y varios movimientos de balanceo con sus brazos desnudos, al mismo tiempo que alzaban la voz y cantaban el estribillo tipo balada que Athling había escrito para ellas.

Los movimientos nerviosos de aquellas jóvenes y bonitas

muchachas no desagradaban en absoluto a la mayoría de los extranjeros, a algunos de los cuales les parecía el toque final del arte moderno, a otros un ejemplo ingenuo de la barbarie inglesa; pero para Mary Crow, que reconoció de inmediato que alguien había cometido un error, era un espectáculo desgarrador. Se volvió apresuradamente para mirar al padre Paleólogo, pero él le devolvió la sonrisa tranquilizadora, y cuando ella murmuró sus temores, dijo: «¡Oh, claro que se puede ver eso!», susurró. «Pero la suerte ha favorecido a esta gente en todo momento, y aunque a muchos estos gestos de baile (¡ahí están haciéndolo otra vez!) deben parecerles ridículos e incluso escandalosos, aun así deben recordar que la Magdalena debió de bailar en su época para sus patronos. ¿Por qué no iba a bailar ahora, pobre muchacha, como el juglar de París ante el altar, para el Crucificado?».

–Pero, Padre –protestó–, la otra María... el tipo de contemplación... seguramente...

–Sí, señora –concedió–. Es un error. Es el único error grave que han cometido. Pero esas niñas son criaturas dulces y...

–¡Padre, creo que te ríes de nosotros todo el tiempo!

El padre Paleólogo se puso muy serio en un momento. –Si yo hiciera eso, querida hija –dijo con seriedad–, merecería que me despojaran de mi hábito. Merecería que me cortaran en pedazos como a tu último abad. De todos modos –y le

dirigió una sonrisa irresistiblemente cautivadora que atravesó la máscara de su rostro rígido y arcaico como si se hubiera encendido una lámpara en su alma–, no habría tenido el exquisito placer que he tenido hoy.

–¡Gracias a Dios que se van esas chicas! –gritó la señorita Drew con voz estridente–. Y ahora se alejan bailando, cogidas de la mano, como si se tratase de un palo de mayo lo que dejaban, no de su Salvador moribundo. Sus palabras llegaron a oídos del marqués de P., que se volvió y le dedicó una pequeña y amable reverencia. Era la primera vez que reconocía a la señorita Drew ese día, pero esos cáusticos sentimientos suyos le merecieron toda su aprobación.

–Esos bultos –observó la señorita Barbara Fell– que acaban de entrar bailando en esa tienda, ¿se supone que son acompañantes del campamento de esos soldados que juegan allí?

Fell no devolvió ninguna respuesta.

“Te pregunté, Manny, si esas chicas ...” y repitió todo su comentario.

–Una de ellas es una santa que todavía se invoca en Glastonbury, hermana –la voz del doctor sonaba tensa y en su corazón se decía a sí mismo: «No lo soporto... No lo soporto... No lo soporto»–, y la otra es esa María, la hermana de Lázaro, que era amiga tan especial de Jesús. No sé por qué

se tambaleaban de esa manera. ¡Quizá eran tan infelices que se dieron a la bebida!

–¿Qué te pasa, Angela? –preguntó el señor Beere, enfadado–. No puedes quedarte quieta ni un momento... No podemos irnos antes del final. Supongo que ya se acerca el final. Estas extraordinarias palabras, que difícilmente podrían haber sido pronunciadas en el continente europeo, por suerte no las oyó nadie más que Angela y ella. No eran más que el bostezo portentoso del anciano caballero. No eran más que el zumbido de una mosca azul que en ese momento pasó volando junto a sus oídos. Su rostro estaba blanco y todo su cuerpo temblaba de emoción. El alma dentro de ella anhelaba esa hermosa forma que ahora con los brazos levantados abrazaba los pies de la Figura suspendida.

Había otra persona en aquella gran audiencia que estaba tan agitada como Angela Beere y era el vicario de Glastonbury. La indignación había teñido su rostro de un rojo oscuro y sus cejas pobladas estaban fruncidas. Todo el asunto lo llenaba de una aversión enfermiza. ¿Por qué, oh, por qué había permitido que algo así sucediera en su amada ciudad? A pesar de todas sus prácticas de la Alta Iglesia, Mat Dekker en el fondo era un simple evangélico como John Bunyan o John Wesley. Consideraba toda esta actuación como una monstruosa y espantosa parodia de un acontecimiento histórico que había cambiado la vida del cosmos. "No puedo soportarlo, hijo, no puedo soportarlo".

Sam puso su gran mano sobre la rodilla de su padre. –Creo que es el fin, papá. Esos tipos, que arrastran esa escalera, van a descenderlo. Ned Athling está con ellos. Se supone que es José de Arimatea.

“¡Maldito Ned Athling!”

Fue en ese momento cuando Cristo Evans pronunció las únicas palabras que había pronunciado desde que había sido elevado. Gritó de repente con una voz potente que resonó en Tor Field y en las caravanas de gitanos, en Chilkwell Street, etc., hasta llegar a la fuente de color rojo sangre de Chalice Hill: «*¡Eloi, Eloi, Lama, Sabachthani!*».

Los dos Dekker se pusieron de pie al mismo tiempo. –Ese hombre... ese Evans... no estaba jugando *entonces*... Mira, muchacho, ahora tiene la cabeza realmente agachada. ¡Tengo que ocuparme de esto!

–¡Ve despacio, papá! Puede que esté bien. Puede que sólo sea su maldita actuación. ¡No hagas el ridículo, papá! ¡No! No es ninguna broma. ¡Están saliendo corriendo de las carpas! Se están dispersando. Algo *va* mal. Está *enfermo*. Está herido. ¡Se ha desmayado! Se abrieron paso juntos entre las filas de asientos y empezaron a correr hacia el escenario. Sin embargo, no eran los primeros en hacerlo. A buena distancia frente a ellos, Cordelia Geard corría desesperadamente hacia aquella gran cruz de madera de roble. Su movimiento era una señal de un levantamiento

general. Muchos otros, entre ellos el doctor Fell, corrían ahora cuesta arriba, hacia la terraza, donde el señor Evans colgaba de las axilas. Mientras tanto, era el irónico deber del pretendido San José actuar con verdadera seriedad en este Descendimiento de la Cruz improvisado.

Dentro del pabellón occidental se vivía una escena de absoluta confusión. Las dos Marys, la pequeña Bessie y Lizzie, habían estado sollozando histéricamente de vergüenza por su fracaso. John Crow había intentado consolarlas en vano. “¡Nos han arruinado el espectáculo!”, gemía Bessie. “¡Oh, por qué nos dejaron hacerlo!”

–¡Nunca más podremos mirar a nadie a la cara! –se lamentaba Lizzie–. ¡Ojalá estuviera muerta! ¡Me gustaría estar muerta!

Pero la angustia de las doncellas se vio interrumpida por un alboroto salvaje: «¡Evans se ha desmayado! ¡Evans ha reventado un vaso sanguíneo! ¡Hay sangre saliendo a borbotones de la boca de Evans!».

Tanto John como Barter, que ahora no se preocupaban por presentarse ante el público con sus ropas normales, salieron corriendo de la tienda y se dirigieron al lugar del incidente. Los soldados romanos ya habían dejado sus dados y sus cartas y estaban ocupados ayudando a los ayudantes judíos a levantar la cruz del suelo y bajarla sobre la hierba. Había tantos jóvenes y poderosos trabajadores agrícolas entre ellos que no fue una tarea difícil.

Mientras tanto, Capporelli se había acercado y gesticulaba violentamente, hablando tan rápido en francés que todos los que estaban cerca de él se quedaban mirándolo. Algunos de los soldados romanos, muchachos rudos de las granjas de Sedgemoor, se daban codazos y se burlaban de él. «¡Se acabó el juego! ¡Se acabó el juego!», le gritaban en un inglés macarrónico como si fuera un chino.

Cordelia se había vuelto fría y tranquila. Daba instrucciones rápidas e incisivas a los muchachos que bajaban la cruz. Ned Athling, en un trance desconcertado, encaramado en los escalones superiores de su escalera de mano, contemplaba los movimientos que, por un momento, parecieron un pánico peligroso y que ahora sacudían al público excitado. Trató de distinguir la figura de Lady Rachel, pero la multitud era demasiado densa.

Barter fue uno de los pocos que mantuvo la calma en ese momento. “¿Dijiste que esa gente de Dublín tenía un megáfono en alguna parte?”, preguntó.

John lo miró rápidamente. “¿Para calmar al público, quieres decir?”

–Por supuesto.

"Vamos a verlo."

Pasaron a la tienda oriental y allí, efectivamente, después de hablar con los dublineses, a quienes encontraron de

rodillas arrojando apresuradamente todas sus pertenencias privadas en dos bolsos negros, como pasajeros de un barco que se hunde, apareció el megáfono.

“¿Qué diremos? ¿Lo harás?” Barter se encontró gritando estas palabras en los oídos de John mientras llevaban su megáfono más allá de las afueras de la multitud que ahora se arremolinaba y gritaba alrededor de la cruz postrada y sobre la figura inconsciente del Sr. Evans. ¡Debe haber sido esa visión de los dublineses empacando sus bolsos negros lo que lo impulsó a gritar así cuando John podría perfectamente haber escuchado un susurro!

¿Y qué fuerza inconsciente fue la que hizo que los dos amigos –como dos mariscales de campo cuyo ejército está derrotado y en plena huida– llevaran el megáfono de vuelta a su propia tienda del este en lugar de utilizarlo inmediatamente donde lo habían encontrado? ¡El poder de la costumbre en estos dos hombres se había establecido más rápidamente de lo que uno hubiera creído posible! John y Barter debieron haberse apresurado con su megáfono al lugar donde solían dar sus órdenes, tan instintivamente como un perro lleva un hueso a su perrera.

Probablemente, en un bote de vagabundos hambrientos que acaban de matar y despedazar a uno de sus compañeros, cada hombre se vería obligado a llevar su parte del festín caníbal a su propio banco, al lado de su propia chumacera. En la puerta de su propia tienda encontraron a

Crummie recién salida del vestuario de mujeres y tan elegante y hermosa como siempre, con un vestido de verano común.

–¡Oh, me alegro mucho de que tengáis esa cosa!
–exclamó–. Estaba a punto de preguntarte si no había algo de ese tipo para calmarlos. Supongo que si solo se ha desmayado, seguiremos con la representación

John miró a Barter y Barter miró a John. ¡Qué chica era ésta! “Yo... nosotros... ellos”, empezó Barter. “Pensábamos...

“Lo dejaríamos terminar aquí”, dijo John.

Crummie miró a los dos desconcertados representantes de su padre con el ceño fruncido y perplejo. Luego volvió la mirada hacia el público. ¡Sí! Todos estaban de pie y la mayoría se empujaba y luchaba por salir de las sillas y los bancos. Pronto se dispersarían en todas direcciones. Muchos ya corrían como locos colina arriba en dirección a los pabellones. La muchacha sonrió dulcemente. “Si van a hacerlo, mejor háganlo ahora”, dijo. “Díganles que el alcalde se despide de ellos y les agradece por haber venido”.

John se llevó el megáfono a la boca. “¿Lo grito?”, le preguntó nervioso.

La hija del señor Geard miró a su alrededor. El capataz de Middlezoy, todavía vestido de rey Arturo, estaba de pie

cerca, encendiendo tranquilamente su pipa. Llamó al hombre por su nombre y él se acercó a ellos. “Tome esto”, dijo Crummie. “Corra a la casa de Pilatos, ¿quiere? ¡Dícales a todos que el alcalde se despide de ellos y que se vayan a casa en silencio, y que el señor Evans solo se ha desmayado!”

El rey Arturo no perdió tiempo en obedecer al pie de la letra la clara orden de la resucitada Dama de Shalott. Subió a la tribuna de madera y, erguido allí, con una figura majestuosa e imponente, gritó con una voz terrible: «¡Damas y caballeros, atención a todos, por favor!» Sus palabras se oyeron en todo el campo. Hasta los gitanos de sus caravanas las oyeron. Los huelguistas de la Tintorería salieron en tropel de la tienda de Dickery Cantie, bien refrescados con carne y vino. Todos permanecieron inmóviles y escucharon. Era como si el verdadero Rey Arturo hubiera reaparecido de repente para restaurar la paz en la tierra y cumplir la profecía de su mago.

–¡Qué chica! –susurró Barter a John mientras seguían con la mirada a Crummie, que estaba detrás del estrado, incitando al capataz de Middlezoy.

–Pero Evans puede estar muerto –murmuró John.

–No creo –respondió el otro–. Pero incluso si lo está...

“El alcalde desea asegurarles a todos que el caballero solo se desmayó. El alcalde cree que es mejor que el desfile

termine aquí y ahora. El alcalde les agradece a todos por venir, especialmente a aquellos que lo hicieron de lejos. El alcalde espera que todos se marchen.

El rey Arturo inclinó la cabeza para captar las palabras de su apuntador. Luego, alzando de nuevo el megáfono, dijo: “¡El alcalde os da a todos la bendición del Cristo viviente!”. El capataz bajó con cuidado los crujientes escalones de madera con el megáfono bajo el brazo.

Crummie observaba con deleite el sorprendente efecto de estas palabras desde la ladera de la colina. Era como si, en medio de un pánico salvaje, bajo la urgencia de un terremoto o de un volcán, todos hubieran quedado mudos e inmóviles, exactamente donde estaban.

Incluso John y Barter se quedaron en silencio por un momento, contemplando aquella masa de gente petrificada. John tuvo tiempo de observar que, cuando la multitud comenzó a moverse de nuevo, lo hizo de una manera muy diferente. Ya no había una tendencia a correr colina arriba en una multitud densa.

Cada uno parecía volver a convertirse en un individuo separado. La hipnosis de la multitud había desaparecido por completo gracias a esta invocación al Redentor del Individuo.

«¡Qué lástima!», pensó Ned Athling mientras salía de su trance y bajaba a toda prisa por la escalera, tropezando

torpemente con su túnica arimateana. «¡Qué lástima que nunca hayan oído mis versos sobre el Grial pagano!».

Mientras tanto, un corpulento policía de Taunton, bajo la dirección de Cordelia, le estaba echando coñac en la garganta al señor Evans. Otros policías empujaban a la multitud hacia atrás, para que el hombre postrado pudiera tener más aire y espacio a su alrededor. Megan Geard, apoyada por el señor Bishop, el secretario municipal, y por Bob Sheperd, el viejo policía de Glastonbury, estaba ahora de pie cerca, sin aliento y muy preocupada.

–Ya se le pasará, señora. No se enfade. Ya se le pasará. La señorita Cordy le hará entrar en razón enseguida, ¡ya lo verá, señora! –Así consoló el viejo Bob a la señora de su señoría mientras el secretario municipal, igualmente enfermo, hacía débiles esfuerzos por arrodillarse junto a la figura fantasmal que yacía en el suelo. Pero el anciano funcionario estaba tan «gordo y le faltaba el aliento» que este gesto no se llevó a cabo.

–Oh, madre, madre, ¿qué haremos, qué haremos? –gimió Cordelia, perdiendo el valor ante el sonido familiar de su voz.

La respiración jadeante de la madre. “Le he echado mucho de esto en la garganta, pero no revive”.

–¡El doctor está aquí! ¡El doctor está aquí! –Este grito de bienvenida surgió entre un grupo de soldados romanos, el

olor de sus piernas desnudas, calientes y manchadas de hierba, se había convertido en parte de ese día que se había alojado en la memoria de Cordelia. Los policías de Taunton ahora despejaron el camino para el doctor Fell.

–¡Su corazón late, doctor! –gritó Cordelia–. Tengo la mano sobre él. Late de forma extraña, pero sigue latiendo.

El doctor dejó su sombrero sobre la hierba y se arrodilló junto al hombre postrado que yacía con la boca abierta. Había una gran mancha de sangre en su pecho y otra en su camisa y sus labios estaban cubiertos de sangre. “Se le ha reventado un vaso sanguíneo... de algún tipo”, murmuró el doctor Fell. “La pregunta es de qué tipo. ¿Se desmayó en cuanto gritó esas palabras?”

El doctor se dirigió a Perséfone, que había estado sentada todo ese tiempo sobre la cruz caída en el suelo, a quien le dirigió esta observación. Ella se inclinó hacia delante para responderle, reordenando al mismo tiempo los pliegues de su túnica azul celeste. «Sí, doctor», dijo en voz baja y más bien gutural. «Fue por la tensión de ese grito. Pero creo que antes estaba incómodo. Creo que antes estaba angustiado. Creo que antes tuvo *un dolor considerable...* ¡durante bastante tiempo!». Había un extraño tono histérico en la voz de la muchacha a medida que sus palabras se acumulaban. Cuando llegó a la palabra «dolor», la gritó con una vibración de ira.

El médico limpió mecánicamente con las yemas de los dedos un poco de sangre del pecho desnudo del señor Evans. “Tendremos que llevarlo al hospital”, dijo, “y, además, ¡llevarlo allí lo más rápido que podamos!” Se levantó sobre una rodilla mientras mantenía las yemas de los dedos sobre el pecho del hombre inconsciente. “¿Quién tiene un auto en el campo?”, dijo.

Perséfone se puso de pie y se acercó, recogiendo su prenda azul que le colgaba de un brazo desnudo y engancho otro pliegue en su cinturón mientras se movía. –Mi coche está justo al otro lado de esa loma, doctor –dijo–. Está allí, solo, y no hay otros más cerca que la carretera. Si no le importa que esté *así* –y extendió sus largos brazos desnudos y dio un tirón a su cabeza, de la que colgaban sus rizos en una masa suelta–, ¡lo llevaré allí en un santiamén! ¡Pero debemos llevarlo hasta mi coche! ¡No puedo cruzar esa loma!

El doctor Fell se puso de pie. –¿Lo llevarán, oficiales? –preguntó, dirigiéndose a los policías que estaban más cerca.

Tres de los hombres uniformados dieron un paso adelante y, bajo las instrucciones del médico, levantaron al inconsciente Sr. Evans.

Cordelia se volvió hacia Perséfone. La última vez que había hablado con esta chica fue en la sala de recepción de la Madre Legge y cuando sus miradas se cruzaron, ambas recordaron ese encuentro. ¡Era Cordelia la que estaba

vestida de azul! –Gracias, gracias, señora Spear –murmuró con intenso énfasis–. Puede que estés salvando su vida con esto.

Los tres policías, con Cordelia caminando detrás de ellos, llevaron su carga adonde Perséfone los condujo. Ella y el doctor Fell avanzaron rápidamente al frente, hablando con seriedad. El doctor le estaba explicando a Perséfone, en el lenguaje menos profesional que pudo, exactamente lo que temía, exactamente lo que esperaba, en cuanto a las posibilidades del hombre herido.

–¡Será mejor que te vayas a casa, madre! –gritó Cordelia, deteniéndose un momento para girar su rostro preocupado hacia la señora Geard.

–Pero vas a volver, ¿no es cierto, cariño? –gritó la descendiente de la Casa de Rhys, soltando su brazo del del viejo Bob Sheperd–. ¡No tendrán lugar para ti en su pequeño coche!

Cordelia hizo un gesto de impaciencia con la mano hacia su madre, como si quisiera decirle: «¡Cuídate, querida!», pero entonces se dio la vuelta y, corriendo tras los porteadores que avanzaban lentamente, se unió al melancólico cortejo sin decir otra palabra.

Megan Geard suspiró profundamente. “Ojalá el alcalde estuviera aquí”, le comentó al viejo policía de Glastonbury.

Bob Sheperd apoyó cordialmente su deseo: “Si Su Señoría hubiera estado aquí, ese pobre hombre nunca habría muerto”, dijo.

Megan Geard dio un respingo y un escalofrío la recorrió de repente. –No creerá que está muerto, señor Sheperd, ¿verdad? –gruñó.

El viejo policía meneó la cabeza. –He visto muchos cadáveres en mi vida, señora, y ninguno de ellos tenía sangre de ese color, seca y pegajosa, en sus pobres labios.

Cuando llegaron al pequeño automóvil, quedó claro que si uno de los policías se sentaba al lado de Perséfone para ayudarlo a llevarlo al hospital, solo habría lugar para el Dr. Fell y su paciente inconsciente.

–¡Ten cuidado! ¡Ve con cuidado! ¡Oh, ve con cuidado!
–gritó Cordelia, agarrándose al marco de la puerta calentada por el sol de la máquina cuando esta se abrió de golpe mientras subían al señor Evans.

Pero entonces apareció en escena un intruso cuya extraña aparición sobresaltó y conmocionó a la muchacha, incluso en su desesperada preocupación. No era otra que Mad Bet, que había convencido a su buen amigo Solly Lew para que la condujera a ese lugar en particular, desde donde podía observar y no ser observada. El bondadoso taxista había permanecido allí con la mujer durante bastante tiempo.

Luego, observando con ojos de hombre hambriento la avalancha de gente de la Tintorería en la tienda de Dickery Cantie, se había ido "a comer algo durante cinco minutos". La loca había dejado su sombrero, adornado con nomeolvides, debajo del arbusto de carpe donde había estado sentada, y su cráneo de color blanco huevo era un objeto perturbador incluso para el Dr. Fell, que la conocía desde su juventud.

A los policías de Taunton, que jadeantes y sudorosos se alejaban de la puerta del coche, esta nueva aparición les resultó aún más sorprendente. Por un momento pensaron que se trataba de uno de los actores y que esa calvicie tan impactante era una máscara.

–¡Sólo tocar el borde de su manto! ¡Sólo tocar sus abrigos o pantalones! –balbuceó Mad Bet, empujando a Cordelia fuera de su camino y luchando por estirar el brazo para entrar en el coche–. Me dijo, en casa de la madre Legge –continuó la mujer–, que viniera el día del solsticio de verano para ver si echaba a su demonio y ¡he visto que lo hacía! ¡He visto a ese demonio ceñido volar sobre Tor-top con alas de dragón! ¡Es Jesús, ahora mismo, el pobre hombre! ¡No lo tire a la tumba, doctor! No deje que le pongan piedras sobre su pobre corazón sangrante. ¿Dónde lo van a poner entonces, caballeros? ¿Dónde está? Mad Bet vendrá a cuidarlo. ¡Noche y día lo hará, hasta que haga rodar las piedras!

–¡No hagas eso! –gritó el doctor Fell con dureza, cuando

uno de los policías de Taunton empezó a tirar de la mujer hacia atrás sin contemplaciones—. Déjala que lo toque una vez. ¡Ya está! ¡Ya está! Ya basta. ¡Mira... ahí viene una amiga tuya!

Las palabras del médico estaban justificadas, pues Solly Lew, que no llevaba sombrero y estaba muy borracha, subía tambaleándose la colina agitando los brazos frenéticamente. «Cree que la policía se la está llevando», comentó el médico lacónicamente, mientras se subía al asiento del hombre inconsciente, que yacía inerte y pesado.

Mad Bet captó la palabra «policía» y la palabra «tomar», pero su alma estaba tan conmovida por lo que había visto que no podía sentir miedo por su propia piel. Se le había permitido hacer lo que se había propuesto hacer, y ahora se apartó en silencio y permaneció inmóvil, como una *figura* de cera espantosa en el museo de cera de Madame Tussaud.

La atención del doctor Fell, en el momento en que se sentó en el borde del asiento, contra los tobillos desnudos y lastimados por la cuerda del paciente, fue atraída por la visión de un pajarillo que se posaba deliberadamente sobre la rama más alta del atrofiado carpe. “Es una curruca zarcera”, pensó para sí.

El rostro distraído de Cordelia quedó asomado a la ventanilla del coche. –No morirá, doctor, ¿verdad? –No pudo hacer más que sacudir la cabeza y murmurar: –¡Cuidado,

cuidado! –mientras la desdichada muchacha agarraba una de las manos del hombre herido y, sin importarle quién la viera, le daba un beso febril–. No morirá, doctor, ¿verdad? ¿No morirá, doctor? No podría... –Pero...

Perséfone ya había puesto su máquina en marcha.

–Está en buenas manos, señorita, en muy buenas manos –murmuró uno de los policías de Taunton que se habían quedado atrás, mientras observaban cómo el coche descendía por el accidentado camino de ganado que rodeaba el lado este del Tor.

–Esa inteligente actriz es una conductora de primera clase, señorita –observó el otro hombre–, y todo el mundo conoce al doctor Fell. Me he encontrado con él muchas veces, en la clínica de Tarnton, cuando era más joven que ahora. No hay nadie como el viejo Fell, ¡no!, no en este lado de Bristol.

Los policías aterrizaraban tanto a Solly Lew que no se había atrevido a avanzar. Mad Bet, sin embargo, caminó lentamente hacia él, sin perder de vista el coche que desaparecía.

Mientras Perséfone conducía hacia la ciudad con su pesada carga aquella tarde llena de acontecimientos, su naturaleza estaba sufriendo una extraña conmoción. Desde su pelea con Philip, sólo había hablado con él una vez. En realidad, no había habido nada que decirse entre ellos. Ella se había

«vuelto», como dice la gente, «contra él». Su particular tipo de pasión había llegado a repugnarla. Su profundo enigma ahora era cómo había podido sentirse atraída por él, o haber dejado que la tocara. En el caso de su marido, sólo había llegado a un punto de partida hacia el que se había estado moviendo constantemente durante meses. Con él no había tenido una ruptura manifiesta, pero durante la última semana o dos había dejado de compartir su cama. Pero la visión de ese hombre, Evans, colgado de esa cruz, había tocado algo en ella que caló muy hondo. Tal vez fuera un nervio, más que otra cosa, en su cansado corazón; Pero era una extraña y oscura atracción, un tirón desgarrador en ese nervio extraño, una sensación inexplicable, a la que ahora se rendía en un estado de abandono y deliciosa languidez. Esa repentina y tierna sensación –totalmente inesperada y misteriosa para ella– no parecía afectar su reconocimiento del señor Evans como una persona extraña e imposible. Podía ser la persona más ridícula del mundo; podía ser un loco. No obstante, algo salvaje, oscuro, desesperado, en el hombre que estaba allí, algo en su rostro sombrío y desfigurado, con su gran nariz romana y su frente maciza, algo en sus delgados brazos extendidos, algo en sus omóplatos expuestos, algo incluso en los negros pelos de su pecho, ahora cubiertos de sangre carmesí, había tocado un nervio en su ser, un nervio orgánico, que descendía hasta el oscuro y profundo nudo de misterio erótico en el centro de su naturaleza de mujer. Ella había adivinado, como ninguna otra alma lo había hecho –y ciertamente no Cordelia–, la

vena de emocionante exaltación en el estado de ánimo del señor Evans, que lo había sostenido en esa atroz resistencia.

En la actitud de Cordelia hacia el señor Evans siempre había habido –y lo había habido desde el principio– algo a la vez de solterona y maternal, algo de la pasión que sienten las mujeres frustradas y hambrientas de amor por los gatos, los perros y los loros, especialmente por los más excéntricos y alocados de entre esas criaturas. Para Cordelia, todo este asunto del espectáculo había sido una molestia y un fastidio. Lo consideraba un simple capricho característico de su padre, mientras que la manía del señor Evans por hacer de Crucificado la consideraba una locura arbitraria, una especie de indulgencia mental voluntaria, que siempre había temido que pudiera llevar al desastre.

Perséfone, por otra parte, tenía tantas manías neuróticas en su interior que reaccionaba como un palo al temblor del heroísmo pervertido del señor Evans. Al abrazar la viga de madera que tenía bajo sus pies, había sentido, vibrando a través de sus densas venas de roble, el triunfo salvaje de sus nervios tensos y atormentados, el rapto salvaje de su autoinmolación. Y también había imaginado, en un delirio apasionado que había enviado una onda eléctrica temeraria a través de su carne de mujer, que el señor Evans no era indiferente a su presencia allí, no ignoraba la reciprocidad de su estado de ánimo. ¡Había sido una extraña Virgen–Madre para un singular Salvador de un mundo herido! Apretando sus pechos planos de joven contra ese poste de roble y

estirándose hacia su imaginario Dios–Hombre y Divino Hijo, se había permitido entregarse al máximo a esta nueva e inesperada ternura por un hombre del que no sabía nada.

Tales y no otros habían sido los sentimientos de Perséfone Spear cuando alzó la voz y gimió en voz alta: «¡Mi hijo y mi Dios! ¡Mi Dios y mi hijo!», como le había instruido el joven de Middlezoy. ¡Poco sabía Ned Athling, poco sabían aquellos dublineses, los salvajes sentimientos de ménade que su espectáculo gótico había evocado en esta morbosa muchacha! ¿Había sido consciente, mientras se agachaba y gemía a los pies de su crucificado, de las oleadas psíquicas de adoración desmayada que arrojaba hacia su figura la muchacha de mejillas blancas sentada allí junto al bostezante señor Beere? No conscientemente reflexiva, con seguridad; pero esas oleadas de pasión eléctrica rara vez, como los rayos, se pierden en la tierra incurable. Algún temblor, algún residuo vibrante, por débil que sea, llega, por regla general, al objeto hacia el cual se dirigen tales sentimientos, y bien puede haber sido que esta temblorosa y anhelante idolatría por ella –imprudente como la adoración que una joven monja rinde a la auténtica Doncella del Cielo vestida de azul– había acelerado los pulsos de su propia pasión, mientras derramaba su espíritu en esta extraña y nueva ternura, nunca antes sentida.

Tales eran los sentimientos de Perséfone. Pero la muchacha estaba equivocada, equivocada como tantos otros adoradores de dioses, hombres, bestias y demonios. El

señor Evans era total y completamente inconsciente de su presencia al pie de su cruz. Aquella viga de roble que había llevado hasta ella el temblor de su emoción y la había hecho estremecer por todos los canales de su cuerpo hasta alcanzar el centro de su vida orgánica, había, por alguna razón oculta, absorbido y no transferido la emoción que ella sentía. Toda aquella sensación salvaje, oscura y encantadora de estar aislada con aquella víctima de su extraña manía, de nariz aguileña y boca contorsionada, aislada con él en un austero promontorio de destino, era en realidad una ilusión sin fundamento. En este caso particular –de manera muy distinta que en el de Angela– se había producido una ruptura del contacto. Tal vez los nervios de una muchacha responden a los nervios de otra muchacha y envían corrientes magnéticas que pueden captarse desde lejos; mientras que algo en la constitución masculina, algo denso, espeso, opaco, obtuso, *estúpido*, tiene el poder de rechazar tales contactos. O puede ser que las emociones eróticas, cuando rebosan del espíritu masculino, se liberen, como nunca lo hacen los sentimientos de las mujeres, del panal agridulce de la Naturaleza y se disparen hacia arriba, hacia afuera y hacia dimensiones de existencia no natural, donde los rayos nerviosos de las mujeres no pueden seguir esos extraños elementos analíticos, aquellos naturalismos inquisitivos que los lugares muy antiguos, llenos de una historia humana retorcida, que atraen por una especie de selección espontánea, debieron de obtener un placer maligno de las palabras que oyeron pronunciar a Monsieur Capporelli

cuando ambos protagonistas de la Pasión desaparecieron con el doctor Fell.

En el más puro estilo francés, reduciendo todo sentimiento humano mortal a un rígido patrón de amorío lógico, el famoso payaso le había dicho a Ned Athling palabras llenas de una diversión irónica y blasfema cuando el inconsciente Rey de los Judíos y su madre vestida de azul desaparecieron juntos hacia el hospital. Un toque de celos también pudo haberse mezclado con su tono astuto, porque Capporelli había quedado real y verdaderamente atrapado por las delgadas caderas de Percy y su humor de marimacho sin gracia. «Una situación muy interesante», había comentado el payaso mientras se cambiaba de ropa en la zona de caballeros del pabellón que daba al este, «y muy picante para esos dos; podemos estar seguros de que lo ha sido desde que lo subieron».

El poeta de Middlezoy miró a los ojos castaños y risueños del orador con un par de ojos azul grisáceo más fríos que la niebla marina más húmeda que surge de la bahía de Bridgewater. “¿Crees eso?”, comentó. “Fue una suerte que tuviera su coche tan cerca”.

Capporelli fijó una mirada sentimental y caprichosa en el lugar donde había sido tan feliz con Percy. –¿Quién sabe? –suspiró–. ¡Ustedes son todos tan peculiares y tan inhumanos que es difícil decirlo!

Los elementales de Glastonbury –esos naturalistas que habían volado sobre los humores vaporosos de tres mil años de enredos humanos– debieron aullar de risa cuando oyeron a este inteligente francés “explicar”, con un acento seco y lógico, las relaciones entre el señor Owen Evans y la señora Perse–Spear.

El señor Evans, en realidad, se había visto arrastrado a una región de sentimientos que escapaba por completo a la comprensión de cualquier mente latina o teutónica. Esto había continuado desde que estuvo ante Pilato hasta el momento en que gritó: «¡Eloi, Eloi!». No era, como bien lo expresó San Pablo (él era el único entre todos que realmente habría comprendido al señor Evans), no era con carne y sangre con lo que estaba luchando, sino con misteriosos poderes del mal en niveles revelados a pocos. Ninguna perversidad equívoca gratificada por adivinar los sentimientos de Perséfone entró ni por un segundo en las terribles visiones con las que, mientras colgaba entre el cielo y la tierra, su mente fue magullada y destrozada. La perversa muchacha había detectado, como Cordelia nunca podría haberlo hecho, la *calidad* de los sentimientos del señor Evans, pero de lo que no tenía idea era de hasta qué trágicos extremos los había llevado el dolor físico que sufrió antes de gritar aquel «¡Eloi! ¡Eloi!» El dolor que sentía era más agudo de lo que jamás hubiera soñado sufrir. Tanto Athling como los dublineses eran culpables, y John aún más, por no haber insistido en que el doctor Fell (podían haber tenido confianza

en él) estuviera presente en uno de sus ensayos. Evans había sufrido, pero no de forma aguda, en esos ensayos, y lo que había soportado se lo había guardado para sí, porque *era lo que quería*. Fue la prolongación de la escena (alargada tan tontamente por esa desafortunada Danza de la Muerte de las dos Marías) lo que había provocado su colapso, y fue la tensión de sus brazos, atados demasiado fuerte por esas cuerdas, y la tensión de los músculos de sus hombros, estirados entre los travesaños, lo que le había causado tanta angustia. Pero desde que el sangriento rey condenase a muerte al último abad de Glastonbury, nadie había experimentado un dolor físico semejante en las laderas de la colina de Gwyn–ap–Nud. Pero sería un error decir que el espíritu del señor Evans cedió, se debilitó o se arrepintió de su empresa. Hasta el final, cuando al estirar el torso hasta el punto de quebrarse perdió el conocimiento, no sólo soportó esta angustia, sino que se regocijaba al soportarla. Su júbilo iba en aumento: el dolor extremo y el triunfo extático se abrazaban en una oscura y mística cópula.

El señor Evans se convirtió en tres personas mientras colgaba de la cruz que él mismo se había impuesto. Una persona era su cuerpo, otra era su alma. Sintió que su alma –o más bien, su alma como se sentía a sí misma– estaba completamente fuera de su cuerpo. Este fenómeno fue para él, mientras colgaba solo allí, mirando hacia abajo a esa inmensa multitud, una experiencia tan definida y concreta como el dolor mismo. El dolor se convirtió en una tercera

persona, y el alma del señor Evans siguió apremiando al dolor. Sintió como si esa multitud debajo de él fuera la raza humana entera y que por la transacción que ahora se estaba produciendo entre esas tres personas, así suspendidas en el aire sobre ellas, esa multitud, una inmensa pasividad animal, se estaba recreando, purgando, limpiando, transformando de alguna manera. Su cuerpo, a medida que el dolor aumentaba –a medida que su alma deliberadamente hacía que el dolor aumentara– comenzó a desbordar los confines de su forma humana. Su cuerpo se proyectaba bajo el dolor en grandes oleadas de sustancia química vaporosa. ¡Arrojó esta sustancia vaporosa en corrientes, en torrentes, en una lluvia poderosa y torrencial! Y entonces llegó un momento en que el señor Evans supo que su cuerpo era como la colina entera, todo el campo, ¡no!, todo el extenso paisaje. En este paisaje, en esta masa de tierra que era su cuerpo, su alma siguió impulsando el dolor, obligándolo a enterrarse cada vez más profundamente en esa masa viviente. Esto continuó hasta que su cuerpo se convirtió en algo más que el mero paisaje inmediato. Se convirtió en toda la tierra esférica, oscilando en su órbita a través del espacio. Y sobre este cuerpo colgaba el espíritu maestro del señor Evans que seguía impulsando el dolor. Era Zeus, Prometeo y el Buitre, ¡los tres unidos indestructiblemente! Y durante todo ese tiempo un éxtasis triunfante fluía de él como un sudor sangriento.

Tampoco hay que suponer que la mente racional de Evans

–esa parte de su conciencia que se entregaba a su actividad al margen del dolor o el placer– estuviera paralizada durante todo ese tiempo. Esas dos maneras, que John Crow había señalado ya en su encuentro en Stonehenge como peculiares del hombre, no eran superficiales. Representaban el funcionamiento de su naturaleza más profunda. Su pedantería, como la llamaba la gente, se acentuaba tanto por su sufrimiento actual como por su imaginación. Así como otros hombres visualizan sus vidas pasadas en el momento de ahogarse, así también Evans, en medio de su angustia –incluso mientras identificaba la sustancia de su carne con toda la tierra redonda de la que se proyectaba– era intensamente consciente de la historia peculiar del lugar que tenía debajo. El dolor que soportaba convertía su pedante codicia en un medio vivo, agudamente sensible, temblorosamente receptivo, a través del cual comenzaba a fluir toda la historia de Glastonbury.

Glastonbury parecía haber esperado el sacrificio del señor Evans para exhalar en el aire sus secretos más oscuros y terribles. Que nadie oyera esos secretos, excepto el hombre que era el médium de los mismos, no importaba nada a esos singulares revendedores. Encontraron la angustiada entidad del señor Evans suspendida sobre el suelo de ese lugar histórico y se apoderaron de ella, como una horda de vientos salvajes y racheados, soplando aquí y allá, podría apoderarse de un arpa eólica colgada en lo alto en un lugar solitario. Así sucedió que otro espectáculo, mucho más sombrío y mucho

menos romántico que el que se había representado ese día, pasó por la mente del señor Evans. Reyes y prelados, santos y sodomitas, locos y monjes, putas y monjas, gente ejecutada y gente encarcelada, junto con una triste procesión de gente común y anónima de cuyo trabajo y hambre vivían otros, fluían en un torrente salvaje de cabezas y rostros y brazos y miembros a través de la atormentada conciencia del señor Evans. ¡Y la multitud no era sólo humana! Allí yacía uno de los peores horrores de todo aquello. Mezclado con el torrente humano había otros seres vivos, animales, pájaros e incluso peces. Todos los *ojos* que en la larga historia de este lugar habían mirado en vano a los del asesino, ¡todos esos ojos atormentados se reunieron ahora en torno al señor Evans! Y todo estaba relacionado con su vicio mortal, su vicio irremediable. Las figuras que inundaban su cerebro eran todas torturadores o víctimas, cada uno de ellos; y a medida que la cosa crecía y crecía sobre él, mientras colgaba allí, todas las víctimas fluían en una y se convertían en una, y los torturadores fluían en uno y se convertían en uno. Entonces ocurrió que entre el señor Evans, como torturador, y esta víctima, que sin embargo era todas las víctimas, surgió un diálogo; de modo que desde sus localidades divididas en el espacio se dirigían el uno al otro, y desde su horrible asociación en el tiempo se respondían.

–El perdón para ti –gritó esta voz, que se alzaba de entre todas las víctimas de Glastonbury desde que las tribus de hombres habían llegado allí por primera vez– nunca, nunca

podrá existir. ¡Porque hiciste esto y seguiste haciéndolo, *sabiendo lo que significaba!* Otros me torturaron por brutalidad, por insensibilidad, por estupidez. Tú y los que eran como tú lo hicieron, *sabiendo lo que significaba*. Fue ese conocimiento, saber lo que sentía y, sin embargo, no deteneros, lo que hizo que el perdón fuera imposible.

El terror de la voz hizo que el señor Evans se sintiera como una cosa que se retorciera en el suelo del Pozo y, sin embargo, del humo de su tormento pronunció una respuesta: «¡En la eternidad somos uno solo!», gritó con voz ronca. Hubo un silencio que duró un momento o, al menos eso le pareció a él, mientras estaba colgado allí, mil años.

Entonces la voz se alzó de nuevo: “¡Nunca podremos ser uno solo! Te he mirado a los ojos y no te has detenido. Cada momento que has seguido adelante ha hecho que la diferencia sea mayor. Ahora ya no se puede cruzar. Es un abismo en la eternidad. No podrías oírme si te perdonara”.

Y una vez más, mientras se balanceaba de un lado a otro, respondió a la voz: «Cristo puede perdonarme. Cristo tiene la eternidad en su mano». Y de nuevo hubo un silencio de mil años. «¡Yo soy Cristo!», gritó la voz, en un tono que hizo que la carne se arrugara como arena arrastrada por el viento sobre los huesos del señor Evans. «Toda víctima, ya sea que la hayas hecho por tu ciencia, tu ambición, tu religión o tu lujuria; ya sea un prisionero golpeado, una bestia atrapada, un perro atado para vivisección, un hereje torturado, un

negro quemado, un niño torturado, soy yo; sí, ¡soy yo mismo! ¡Y tienes razón cuando dices que tengo la eternidad en mi mano! ¡Estas voces vienen, estas voces son *mi* voz! ¿Puedes reunir las, estas víctimas tuyas, estas víctimas torturadas, perseguidas, atrapadas, por miles y miles? ¿Puedes reunir las donde las has crucificado? ¿Puedes hacer que la tierra te devuelva su sangre negra? ¿Podéis hacer que el aire os devuelva sus gritos lastimosos? He oído las voces de los hombres –¡sí! y de sus sabios también– que han dicho: «Todo es igual, todo está permitido». Soy yo y nadie más –Yo, el Cristo– quien os hablo así desde la Eternidad, y os digo: «¡*No todo es igual! ¡No todo está permitido!*».

Aun así, incluso después de oír estas cosas (tal poder tiene el espíritu de una criatura mortal para luchar por su vida), el señor Evans todavía pudo responder a la voz. “No podría responderte”, murmuró con voz ronca, “si no te estuviera respondiendo desde la cruz”.

–Olvidaste lo que hiciste –continuó la voz, y era como la voz del viento sobre el mar–. ¡Olvidaste! ¡Olvidaste!

El tono del señor Evans adquirió ahora una terrible veracidad. –¿Eres tú quien me dice eso? –gritó–. ¡No! ¡No! ¡Cristo o el Diablo, en eso se equivocan! ¡Nunca me han dejado olvidar, ni por un momento! Y fue entonces cuando la voz se convirtió en una enorme voz anónima, recogida, al parecer, de tanto sufrimiento en el mundo que se había vuelto casi inarticulada. Llegó a los oídos del señor Evans

desde las branquias de los peces, desde los esófagos de las bestias, desde los fragmentos de insectos, desde las gargantas de los pájaros, desde las espirales heridas de los gusanos, desde las cárceles, desde los hospitales, desde los manicomios y las salas de tortura domésticas, y mientras subía y bajaba, mientras ascendía y descendía, acusaba al Hombre: al hombre el cruel, el hombre el demonio de la sangre, el hombre el torturador voluptuoso, el hombre que se regocija en el dolor, el hombre inventor del dolor, el hombre engendrador del dolor, el devorador del dolor, el bebedor del dolor, el diablo del dolor. Y desde los abismos de la conciencia del señor Evans saltó al día, como una anguila, desde el lodo insondable, una pregunta para el Hombre-Dios crucificado. "Tan malvadas, tan crueles, tan bajas, oh Señor, son las generaciones de los hombres, ¿por qué tratas de redimirlas con Tu sufrimiento? ¿Por qué no haces que se produzca un diluvio, como al principio, y ahogas para siempre sus picazones, mordeduras, escozores y ansias de escorpión en suaves y profundas brazas de agua ajena?"

Y la voz le respondió de nuevo, y ahora era tan baja y, sin embargo, tan inquisitiva, que era como un viento que agitara los cuernos de los caracoles y tocara los pelos de las gargantas de los chotacabras, y moviera las antenas de las mariposas, y levantara el polvo dorado de las grietas de los senos, y soplara el polvo gris de las heces de las comadreja, y ondulara la lluvia parda en las copas de los hongos, y frotara la caspa leve de los cráneos frágiles de los recién

nacidos, y las gotas de reuma en los párpados de la vejez extrema, y las gotas de sudor en la frente de la muerte. Y la voz susurró: «¡Para aquellos que sean perdonados habrá un nuevo cielo y una nueva tierra!». Y el señor Evans gimió su réplica a esto: «¿Pero qué pasa con aquellos que *no pueden* ser perdonados? ¿Ese nuevo cielo y esa nueva tierra se construyen sobre el Gólgota de la Segunda Muerte?». La voz se hizo tan baja que los oídos del hombre, clariaudiente como era por su sufrimiento, no podían distinguir las palabras.

“Es Dios y me está mintiendo”, pensó el señor Evans. “Me está mintiendo. La gente miente a los condenados para quienes no hay esperanza”.

Y el señor Evans, que estaba allí colgado en su gran angustia, endureció su corazón contra la voz. “Estamos solos”, susurró su alma a su cuerpo y al dolor que estaba infligiendo a su cuerpo. “Nos han dejado completamente solos”.

Y fue entonces cuando perdió el conocimiento. Esto es lo que sólo una persona creería después cuando se lo contó, a saber, que no recordaba haber gritado con gran voz aquel «¡Eloi! ¡Eloi!», lo que le hizo brotar sangre de la boca.

Cordelia no lo creería, ni Perséfone, ni John, ni el señor Barter, ni la tía Laura, la directora de la sala donde «volvió en sí» (como dice la irónica expresión humana). La única

persona que lo creyó fue el señor Geard; y lo extraordinario fue que, cuando un par de semanas después, el alcalde de Glastonbury lo visitó en el hospital y le contó todo esto, tal debió haber sido el calor del día o las angustiosas visiones en esa sala en particular, que el señor Geard, después de aceptar su relato sin cuestionarlo, se desmayó.

SEGUNDA PARTE

XX. IDOLATRÍA

Habían pasado ya dos meses desde el desfile, y las vidas de los habitantes de Glastonbury se desarrollaban bajo un sol abrasador de mediados de agosto.

Era un sábado por la tarde; y descansando contra la cálida orilla de un alto seto de espinos, John y Mary Crow observaban los altos tallos de color dorado pálido de un campo de maíz maduro frente a Bulwark's Lane que conducía a Bushey Combe.

La muchacha llevaba un vestido de color crema cubierto de pequeñas manchas de color verde claro, como las manchas que aparecen en el interior de las alas de la mariposa llamada Blanca de Vetas Verdes. Llevaba medias negras y zapatos muy finos y, mientras yacía entre los tallos dorados del trigo y los altos setos de hierba, dejó que una de sus

manos extendidas acariciara las flores rosadas y turbias de un penacho de fumaria. Su sombrero de paja blanco yacía en el suelo junto a sus pies, boca abajo, y en el lugar donde naturalmente habría estado su cabeza, John estaba ahora construyendo con meticuloso cuidado un imaginario nido de tordos con briznas de hierba retorcidas y pedazos de escombros.

Su rostro estaba apartado del de él mientras yacía de lado, pero, como ambos descansaban sobre sus codos, John variaba su preocupación por su sombrero vuelto hacia arriba permitiendo que sus largos y nerviosos dedos alternativamente arrugaran y alisaran ese vestido con manchas verdes, tan cálido, como la figura debajo de él, bajo el brillante sol de la tarde.

Todo el ser de la muchacha respondió a estas caricias satíricas con una lujosa y deliciosa satisfacción de mente y cuerpo, como no había conocido en muchos largos meses.

Llevaba casada con John exactamente dos días y por fin había convencido (o creía haber convencido) a la señorita Drew de que le permitiera vivir con él en aquella habitación de Northload, mientras ella continuaba pasando la mayor parte de cada día en su antiguo empleo de dama de compañía. Aún no habían pasado su primera noche juntos, pero desde que se habían casado, en secreto pero no subrepticamente, con Mat Dekker oficiando en la iglesia de San Juan, la novia soltera había estado trasladando su ropa

y otras pertenencias privadas a aquel feliz retiro, el primer ménage que podía llamar suyo. No estaba muy segura de si la gran mudanza se haría esa noche o mañana, domingo por la noche. Había conseguido que la señorita Drew le hiciera una especie de promesa a regañadientes de que sería esa noche, pero en ese asunto estaba dispuesta a ser flexible si, llegado el momento, tenía que ser mañana.

John también estaba más feliz de lo que había estado en meses: probablemente más feliz que nunca desde aquel día en el “gran río” de Northwold.

Esa chica a su lado parecía, en aquella cálida tarde de agosto, satisfacer toda su naturaleza de una manera que más de una vez había dudado que pudiera satisfacerse.

¡Qué delicioso misterio! Hoja tras hoja, espiral tras espiral, cáliz tras cáliz... ¡la identidad de una muchacha! A John, mientras seguía con sus dedos eléctricos las delicadas curvas de aquel cuerpo que yacía a su lado y hacía un comentario insignificante tras otro, sólo para oír su voz, sólo para observar lo que aquel ser diría o no diría, le pareció que la renuncia a todo esto hecha por Sam Dekker era un monstruoso ultraje a la vida.

«¡Le echaré a Mary encima!», pensó para sí mismo, y luego pensó: «¡No! No quiere escuchar a ninguna chica. Tengo que luchar con él yo mismo. Es una locura lo que está haciendo. Ese tipo es peor que un asesino. Tiene el mayor misterio de

los misterios bajo sus dedos, y en lugar de adorarlo, lo está matando de hambre».

Él tuvo una deliciosa oportunidad de disfrutar a María en ese momento con su más intensa idolatría y concentrado culto fetichista; pues estando ella de espaldas a él, no podía distraerlo con ninguna mirada.

Tanto sus palabras como sus silencios, mientras él los acariciaba ahora, junto con el resto, parecían tener las mismas líneas y curvas de esa figura que encontraba tan intensamente atractiva. “¿Qué es lo que tiene la figura de una chica que excita tanto a una persona?”, pensó para sí mismo mientras contemplaba sus largas y delgadas piernas con medias negras.

La muchacha parecía en ese momento en un estado tan soñador y pasivo que parecía dispuesta a ceder a la menor presión de las manos que la acariciaban; John aprovechó esto para hacerla quedar boca abajo, donde ella parecía perfectamente contenta de permanecer completamente inmóvil inhalando los aromáticos olores tibios por el sol de esas plantas infinitesimales como los pequeños pensamientos amarillos, que parecen amar los campos de trigo más que cualquier otro lugar, y empujando distraídamente el ala de su sombrero lleno de hierba con las puntas de sus zapatos.

Empezó a esparcir sobre sus miembros postrados trocitos

de hierba que había sacado del nido de pájaro que había hecho. Sosteniendo esas hierbas en el aire sobre ella, las dejó caer en forma de lluvia; y le complacía observar cuáles de ellas se posaban sobre ella y cuáles se desviaban hacia los arbustos del seto, atrapadas por algún soplo apenas perceptible del suave viento del sur. «¿Qué tiene de especial la forma en que están hechas?», se preguntó de nuevo; y le pareció que la emoción más exquisita le venía a la cabeza –la emoción que era a la vez satírica e infinitamente tierna– al sentir el picante de que esos miembros deseables estuvieran inseparablemente unidos a una mente consciente, una mente que llevaba consigo, dondequiera que iba, esa dulce y provocativa carga. «¡Pero es sólo –pensó para sí mientras dejaba de esparcirla con hierba y comenzaba a alisarle el vestido color crema– porque es Mary! Si fuera otra chica, en lugar de lo que siento, sentiría una lujuria salvaje o un asco furioso. ¡Dios! No me quedaría aquí ni un segundo con otra chica, excepto, por supuesto, con Lisette; pero eso es diferente. Odiaría que otra chica pensara: «¡Lo tengo! ¡Le gusto!». Odiaría que otra chica obtuviera ese tipo de triunfo».

La malicia que ahora empezó a sentir hacia ese otro imaginario atrajo hacia sí todo ese odio natural hacia el sexo opuesto que en ciertos estados de ánimo sienten tanto los hombres como las mujeres; pero tal era la naturaleza de John que podía tomar esta repulsión, este odio hacia el sexo, que es un sentimiento mucho más poderoso y arraigado que

cualquier mero odio hacia el sexo, y enterrarlo en la tierra; enterrarlo como un perro podría enterrar un trozo de despojo, sabiendo que si su malicia o su picardía lo requerían, podría desenterrarlo.

Lo más probable es que, en cuanto a lujuria pura y sin paliativos, John Crow ocupase el primer puesto entre toda la población de Glastonbury. Otros podrían tener sensaciones eróticas mucho más poderosas, pero en cuanto al puro deleite derivado de la lujuria, John se habría llevado la palma, con una excepción. Esta excepción era Angela Beere, la hija de aspecto casto e inaccesible del viejo abogado Beere. Angela no vivía para nada más que para los sueños eróticos; su mente, de día y de noche, era un templo lleno de «incensarios colgados de cadenas» dedicados al santo chipriota; y en este templo había un nicho sagrado que estaba ocupado por muchas figuras diferentes, pero sólo por una figura a la vez. En ese momento, el nicho estaba ocupado por la figura de Perséfone; y fue ante la figura de Perséfone que Angela se postró exactamente de la misma manera que John se postraba ante Mary. Entre el placer que Angela estaba disfrutando, en ese mismo momento, mientras estaba sentada ante su caballete (pues ella coqueteaba con las acuarelas) dibujando entre las ruinas de la abadía, evocando la forma de Perséfone, y el placer que John obtenía de la presencia real de María, no había ninguna diferencia.

Por encima de cada comunidad, por encima de cada

ciudad, hay Poderes invisibles flotando, tan interesados en los pececillos, machos y hembras, que nadan en ese particular acuario humano, como Mat Dekker lo estaba en sus peces.

Sin embargo, sólo unos pocos seres humanos en cada comunidad son capaces de salir de su piel y compartir esta observación supramundana de sí mismos. En su mayor parte, los habitantes de una localidad dada –o acuario– simplemente siguen su camino a ciegas, nadando inconscientemente, siguiendo sus asuntos, obedeciendo sus necesidades, persiguiendo a los peces más pequeños, haciendo sus nidos de algas o sus criaderos de barro. Tampoco tenemos derecho a suponer –más bien al contrario– que las pocas personas que tienen este poder de salir de su piel y unirse a esos entes naturalistas supramundanos sean más nobles, o incluso más sabias, que el resto. Muy a menudo son los más débiles, que viven al borde de la idiotez nerviosa.

En Glastonbury, en esa época en particular, John Crow, Perséfone Spear y ese demacrado hijo de Dickery Cantie, cuyas piernas debilitadas tanto molestaban al señor Geard, eran probablemente los únicos que podían alcanzar esa visión desprendida. Y, sin duda, sería absurdo sostener que alguno de ellos fuera más noble, más sabio o estuviera más cerca del secreto de la vida que el señor Geard, por ejemplo, o que la señorita Elizabeth Crow, ninguno de los cuales miraba jamás hacia abajo, por así decirlo, desde arriba de la

superficie del acuario. En ese momento particular del quince de agosto, es decir, a las tres y nueve minutos y cuarenta segundos, si alguno de estos naturalistas supramundanos hubiera estado estudiando los movimientos físicos y psíquicos del acuario de Glastonbury, sin duda habría llegado a la conclusión de que John Crow, contemplando la figura real de Mary jugando con los pequeños pensamientos silvestres, y Angela Beere contemplando la figura imaginaria de Perséfone, primero en un aspecto y luego en otro, mientras dibujaba la famosa ruina conocida habitualmente como Santa Ana, habían estado observando la imagen de Mary, que era una imagen de la vida real. Y, dejando de lado a los observadores supramundanos, es bastante probable que la más deseable de todas las vibraciones eléctricas sea precisamente este tipo de deseo erótico, ni del todo satisfecho ni del todo negado.

Una pequeña amapola roja, como las que quedan después de la temporada, junto con tantas otras plantas del campo de trigo, se estaba muriendo frente a él y una gran babosa negra estaba dejando caer su baba sobre los pétalos rosados. Pero la curiosa negrura marchita de la amapola moribunda, con un extraño aspecto húmedo, como si llorara en su muerte o como si derramara el tesoro más oculto acumulado, pues nada más que el viento del sur viajero, que no necesitaba ningún calmante ni ningún remedio que se lo llevara, disminuyó la emoción de John.

Aquella dulzura perfecta que se había deslizado por las

venas de la muerte en la amapola, coqueteándolo, engatusándolo, ungiéndolo con un unguento que era como un Leteo dentro del Leteo, un olvido dentro del olvido.

La entrega y la dulzura de la muchacha mientras yacía allí, bañada por ese sol dorado y por esas sombras parpadeantes, parecían extenderse, como un elemento de eterna bondad y tranquilidad, a todo en la vida.

El pequeño rastrillo parecía contener la respiración hasta que la babosa negra pasara por su camino, pero sus hojas eran fuertes. La babosa sólo había comido un pétalo con forma de guisante. ¡Y al cabo de un momento la pequeña y fuerte planta pudo volver a respirar! Llevaría una capa de baba que relucía como el arco iris hasta el anochecer, pero aunque no la lavara el rocío, probablemente llovería en un día o dos y no quedaría nada de ese rastro. ¡Qué maravilla que hubiera encontrado una criatura tan dulce, tan divinamente cincelada por el gran Pigmalión del universo! Había habido una larga época en su vida, todos esos años en Francia –aunque Lisette había sido generosa y tierna– en la que se habría burlado de la idea de encontrar una satisfacción tan absoluta, una paz mental tan insondable, en idolatrar el cuerpo de una muchacha.

No tenía nada que ver con Glastonbury, ¡eso era seguro! No, se habían conocido en Norfolk y algún día volverían a Norfolk.

Apoyándose en el brazo izquierdo y mirando por encima del cuerpo de la muchacha, vio la boca de una gran madriguera de conejos y, más allá, bajo el seto, un viejo arado en desuso. En uno de los mangos del arado, que se alzaba hacia el cielo, un niño o un vagabundo había atado un trozo de franela roja, que en otro tiempo podría haber sido la enagua de una anciana. La visión de este objeto hizo que John sintiera de repente, con un estremecimiento, la sensación de la trágica confusión de la vida humana sobre la tierra. Aquel trozo de enagua roja atado al arado parecía convertirse en un símbolo –como una bandera galante sostenida por la vieja tierra maltrecha y calentada por el sol– de que, a pesar de todo, todavía quedaba una esperanza, una posibilidad, débil, ¡muy débil!, pero una posibilidad al fin y al cabo, de que todas las horribles miserias bajo el sol pudieran tener, en lo más profundo de sí mismas, algún resultado, alguna salida vacilante, alguna esperanza reparadora.

«Si la hay», pensó John, «es a través de las mujeres que nos llega ahora». En aquel momento le pareció que de la bondad de las mujeres, de su capacidad de entrega y paciencia, y de cierta seguridad –la mera ausencia de los cuernos de la bestia masculina– que su presencia proporciona, como de las hierbas anónimas y los escombros de los setos bajo sus dedos, dependía toda esperanza de cosas mejores. «Son todas profundamente inmorales», pensó. «Este maldito mito del santo de Glastonbury que se ha metido, como el

vino malo –como el vino hecho con las bayas venenosas de ese espinillo levantino del cementerio– en tantas cabezas de esta ciudad degenerada, nunca ha atraído realmente a las mujeres; ellas siempre han visto a través de él, siempre han sabido lo que es».

John, ahora encontrando que la mano que agarraba las malas hierbas estaba paralizada y entumecida por haberlo sostenido tanto tiempo mientras se apoyaba en ella, cambió de posición y se sentó derecho, abrazando sus rodillas con sus muñecas.

«Mientras no me mueva ni hable –pensó la muchacha postrada–, él seguirá amándome». Y en verdad parecía que Mary no se equivocaba, pues era como si todo ese pan de vida nacido en la tierra y calentado por el sol, que brotaba de las puntas de sus millones de tallos dorados, hubiera entrado en el ser de John, dando a la emocionante felicidad con que la disfrutaba –toda ella intacta– una infinita prolongación. El zumbido de los insectos, la música temblorosa de las alondras, como si sus mismas cuerdas del corazón fueran volubles dentro de esos pequeños puñados de plumas que se alzaban hacia arriba, el ladrido distante de los perros pastores, el... el monótono estribillo de una mosquitera invisible en un olmo de seto a cien metros de distancia, la visión de una cadena montañosa, pendiente sobre pendiente, pico sobre pico, de enormes nubes blancas en el horizonte sur y, sobre todo, esa deliciosa apariencia conocida como olas de calor que podía ver flotando más allá

de los mangos del arado, como redes flotantes, pensó, con las que los elementales del aire pescan los sueños amorosos de plantas y musgos y líquenes y piedras, como el sol los atrae; todas estas cosas participaban de la dulzura de la muchacha que amaba y se convertían en parte de esa dulzura.

«Qué suerte tengo», pensó John, «de haber tenido el ingenio para escapar de todas las trampas que el Espíritu del Mal tiende a los hombres y mujeres nerviosos, excitables e hipnotizados. Si yo fuera Sam Dekker, me estaría diciendo a mí mismo: «¿Qué debería estar haciendo ahora? ¿Cuál es mi próximo trabajo y carga, oh Señor de las Miserias y las Penas?». Si yo fuera el pobre Tom, iría corriendo como un loco de una mujer a otra, tratando de olvidar que no tengo dinero suficiente para vivir en Norfolk o comprar un avión. Si fuera Philip, trabajaría diez horas al día, para hacer crecer mi negocio. Si fuera Evans... pero no sé qué ocurre detrás de esas cejas silúricas. Pero... ¡oh, espigas de trigo y pequeñas correhuelas!... me gustaría dejar alguna marca, alguna señal, alguna impresión en este mismo lugar exacto; para que en el futuro, cuando algún desdichado Philip, Sam o Tom pase gimiendo por este seto buscando una rama en ese árbol de paja para ahorcarse, pueda de repente entrar en lo que estos mendigos del aire llaman un remanso de increíble felicidad; y pensar para sí mismo: ¡Dios mío! ¡Todavía voy a engañar al diablo!

Finalmente llegó el momento en que John decidió excitar

a su compañera postrada. Esto fue un nuevo placer, pues, como sabía por experiencia, una muchacha nunca es tan provocativa como cuando despierta de un largo trance de pasividad durante el cual todo su ser ha sido cargado hasta rebosar por la electricidad del deseo.

Se puso rápidamente de pie. «¡Arriba, tesoro!», gritó. «Me estoy poniendo inquieto». Nada, ni una sombra, ni un destello, ni un resplandor, ni un aliento, se le escapó de la identidad de la muchacha mientras la ayudaba a ponerse de pie. Su timidez entumecida y medio inconsciente (pues se balanceaba como una criatura drogada cuando se encontró erguida por primera vez), el olor a sol y musgo de sus mejillas, el sabor a tallos de hierba de sus labios, la forma en que miraba, con un «chut-chut» de lengua y dientes hacia adentro, el estado desaliñado de su vestido, la forma en que medio bostezaba y medio sonreía, todas estas cosas duplicaron el encanto con el que ahora la abrazaba, girándola de un lado a otro, mientras pretendía cepillar los escombros del seto de su ropa.

El hecho mismo de que fuera una muchacha tan seria, reservada y digna hacía que todas sus pequeñas peculiaridades femeninas le resultaran mucho más dulces.

Mary había conseguido en John lo que las mujeres rara vez consiguen: un amante que era tan consciente como lo habría sido cualquier otra muchacha, sólo que de manera activa en lugar de pasiva, de los mil y un destellos infinitesimales de

sentimiento físico que crean el aura en la que funciona la mente.

"¡John!"

"¿Sí, Mary?"

"Creo que habría sido más fácil, después de todo, si hubiéramos hecho lo natural y obvio y hubiéramos ido directamente a la habitación después de casarnos".

-No te preocupes más por eso -replicó él, mientras le quitaba el sombrero-. Hicimos lo que hicimos para complacerla. Fue idea suya. Te rogó que esperaras hasta el domingo y le prometimos que lo haríamos. Nadie sabe que estamos casados, excepto ella, Tom y Dekker.

-Quizás... tendré que esperar... hasta el domingo -dijo Mary.

John se quedó tan horrorizado ante esto que ella lo besó por su propia voluntad.

-Bueno... haré lo que pueda. Pero ¿cómo puedo hacerte saber si debes venir a buscarme a la puerta o no? -continuó con cierta melancolía-. Puede que, cuando llegue el momento, haga tal escándalo que tendré que dejarlo para mañana.

-¡Oh, iré a las nueve, tesoro, y me quedaré allí media hora,

una hora si quieres! Y luego, si no estás fuera antes de que la iglesia de San Juan dé las diez, sabré que no puedes hacerlo. Pero lo harás, si la mujer no ha tenido un ataque ni nada parecido, lo harás, ¿no?

–Lo haré –dijo María solemnemente; y sintió como si estuviera haciendo un voto ante todo aquel sagrado y dorado campo de trigo.

–Deberíamos haberlo hecho como yo quería –refunfuñó, cogiendo su bastón y su propio sombrero–. Deberíamos haberlo hecho justo después del desfile.

–¡Basta ya! –gritó la muchacha con las mejillas coloradas–. Me niego rotundamente a volver a hablar de todo eso. Sabes perfectamente por qué no lo haría entonces. Sabes lo confuso que estaba todo y cómo... Pero, ay, querido, no discutamos ahora sobre esa vieja historia. Estoy muy feliz hoy. Todo ha sido demasiado hermoso hoy. No lo estropeemos ahora, justo al final. Mi querido, mi querido, no saques a relucir esos viejos agravios ahora, por favor, ¡no! –Y deslizó su mano en la de él con un gesto de intensa súplica.

John se encogió de hombros con un gesto aprendido en Francia, pero la obedeció y dejó de lado el peligroso tema.

De la mano, pronto recuperaron la ecuanimidad mientras avanzaban a lo largo del seto hacia la puerta que conducía a Bulwark's Lane.

John nunca tomaba la mano de Mary sin tener una sensación tenue y deliciosa de que la estaba sosteniendo –como nunca antes la había sostenido– desnuda y acostada a su lado.

«Bueno», pensó, «esta noche... ¡esta noche!» Y luego, mientras levantaba la pesada puerta para cerrarla, cuando ya estaban a salvo en el sendero y echaban una última mirada al resplandeciente maíz, «¡Nunca debo olvidar esta tarde; nunca, nunca!». Lentamente, descendieron por la irregular pendiente, siguiendo las curvas de ese estrecho sendero, y él la sujetaba con más fuerza de los dedos. ¿Por qué, oh, por qué no la había mantenido allí en el campo de trigo hasta que fuera demasiado tarde para que regresara a la Casa de la Abadía; hasta que no hubiera nada que hacer excepto dejar que la señorita Drew se encerrase en su habitación para pasar la noche?

Pero era más sabio, siempre más sabio, aceptar el fin señalado de las horas felices. Su mente incorregible se preguntaba ahora si esa no sería la verdadera solución al problema del mal, del dolor, de la privación y la frustración en el mundo. Supongamos que las cosas estuvieran hechas de tal manera que no hubiera nada en la vida que necesitara interrumpir una eternidad de tardes de agosto como ésta. ¿Eso no le quitaría a esta tarde su emoción perfecta, su esencia maravillosa, su extraña y duradera entelequia?

Aunque no había pensado en esas cosas allí arriba, ¿no era

la conciencia, en el fondo de su mente, de su ruidosa choza en el patio del Great Western, de los cínicos problemas del viejo Tom, de la trágica pasión de la señorita Drew, de la manía de Geard por Chalice Well, de la hostilidad desdeñosa de Philip, de la dificultad de apaciguar a su casera, de la forma en que Mad Bet siempre lo acechaba, sí! y de las vistas y sonidos, muchos de ellos desagradables, que se agolpaban en sus días, mientras iba y venía entre Northload Street y la estación de ferrocarril, lo que, como la sólida mampostería de la mole de la torre de San Juan, que hacía que sus ricas torretas y pináculos fueran mucho más hermosos, había dado el toque mágico final a esos tallos de trigo dorados y esas medias negras?

John clavó con saña su palo de avellano con mango de raíz en los surcos secos de carro mientras este pensamiento le venía a la mente.

–¡Mi dulce! –gritó en voz alta.

–¿Qué pasa, John?

“¿Crees que toda nuestra felicidad depende del contraste?”

–¿Te refieres a que tenemos que venir aquí y yo tengo que volver para cenar?

“Ese tipo de cosas... ¡sí!”

–Será mejor que camines solo ahora –dijo ella, apartando la mano y llevándola rápidamente a su sombrero y luego a su cinturón–. Sé lo que quieres decir, John, y también he pensado en eso, pero a veces tengo la sensación de que hay un mundo, dentro o fuera de este mundo, donde estos opuestos que son tan difíciles de entender pierden su diferencia por completo.

–Pero eso significa la muerte, ¿no?

Ella giró la cabeza hacia él y él quedó asombrado por la suavidad, la frescura, el brillo que inundaba su rostro en ese momento.

–No... necesariamente... no siempre –dijo lentamente; y luego, antes de apartar la cabeza, sonrió con una de esas sonrisas profundas, misteriosas y femeninas que sólo los grandes poetas y artistas, como Dante, Leonardo o Blake, se han atrevido a notar, representar y comentar en su problemática búsqueda de lo absoluto.

El reloj de San Juan dio las seis cuando llegaron al centro del pueblo. “Demasiado tarde para tomar el té, John”, dijo. Y luego agregó: “Tomaremos el té a medianoche y para nosotros solos. Pero, joh, Dios! De repente me siento tan asustada”.

–¿Qué te pasa, cariño?

–¡No lo sé! John, me temo que se enfadará muchísimo. ¿No

te enfadarás si no voy, después de haber esperado y esperado tanto?

Si tengo que volver solo, no me corresponderá más que aplazarlo hasta mañana.

La muchacha tenía la mirada fija al frente, fija en aquel edificio gótico tan bien conservado que suele llamarse Tribunal del Abad. Algo la había perturbado profundamente.

–Mañana... mañana –murmuró vagamente.

“¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué pasa, Mary?”

Ella dio un rápido suspiro y sacudió la cabeza.

“Oh, nada... Supongo que estoy nerviosa. Pero cuando has estado esperando algo durante *mucho* tiempo y simplemente...

Se mordió el labio inferior y se echó hacia atrás el pelo que llevaba bajo el sombrero con el gesto inconsciente de una mujer que se enfrenta a lo peor con pulcritud.

–Bueno, querida –dijo con resolución, reprimiendo el deseo de echarse a llorar y de gritar frenéticamente–: ¡Vayamos a la habitación ahora mismo, de inmediato, rápido... a la habitación... ahora mismo!

–Bueno, querida, supongo que será mejor que nos

separemos aquí. Tendré un momento agradable para verte un momento o dos antes de vestirnos para la cena.

–¿Vendrás a la habitación con tu vestido? –preguntó John, sintiéndose como si fuera un vagabundo que se encontraba en una cita con una princesa.

–Por supuesto. Eve me trajo mi abrigo, ¿no? Con mi pequeño bolso negro.

John la miró asombrado. Le parecía maravilloso que ella, aquella delicada y exquisita provocadora de sentimientos capaces de ascender los escalones del Cielo supremo, fuera capaz de llevar a cabo una empresa tan drástica como la de tener una escena con la señorita Drew y salir de casa con una bolsa negra. Le asombraba que estuviera dispuesta a hacerlo, que le tuviera suficiente cariño como para hacerlo. Nunca había sido un hombre que atrajera a las mujeres y exageraba la frialdad de las mujeres hacia él. De hecho, en lo que respecta al amor por las mujeres, tenía una humildad física que era casi una manía. Uno de los mayores atractivos que Mary ejercía sobre él era el simple hecho de que ella, una muchacha de aspecto dulce e intelectual, pudiera estar enamorada de él.

En secreto, John se consideraba la criatura humana más desagradable de amar que vivía entonces en Glastonbury.

Mientras él continuaba sosteniendo la mano que ella le

había dado y la miraba fijamente como una persona en trance, Mary tuvo que hacer el movimiento que temía.

–¡Adiós... hasta esta noche! –dijo y apartó la mano. Pero volvió antes de que John se marchara. Se habían detenido en una acera abarrotada de gente frente a las ventanas con parteluces del antiguo Tribunal, y John, siguiendo con la mirada el vestido de color crema, se había metido en la cuneta para no ser empujado.

Así se despidieron mientras ella se abría paso contra la corriente de la multitud.

–Si no vengo esta noche, vendré mañana por la mañana. No saldrás hasta que llegue, ¿verdad?

“¡Yo diría que no!”

Y ella había caminado por segunda vez.

Aún tenía esa extraña sensación de inquietud cuando, bajando por Silver Street, pasó junto al alto muro de la vicaría. «¡Parece un monasterio!», pensó. No se sintió nada tranquila cuando vio a Sam Dekker en la puerta de la vicaría, hablando con Crummie Geard. Crummie había empezado recientemente a ayudar a la anciana señora Robinson a arreglar las flores para el altar de la iglesia, y había ido –con toda naturalidad ese sábado por la noche– a buscar un ramo de geranios blancos del jardín de la vicaría.

Sam se levantó el sombrero cuando Mary pasó y Crummie asintió; pero la impresión que dejó este encuentro fue desagradable.

«Sostiene esas flores blancas como una monja», pensó Mary. «Y solía ser una criatura tan encantadora y alegre. ¡Creo que ese hombre le está metiendo ideas horribles en la cabeza! Tiene una especie de mirada furtiva de inquisidor. Hará que esa linda cosita entre en alguna orden terrible. ¡Cómo lo escucha, absorbiendo cada palabra! Ese joven es peor que un sacerdote. ¡Y qué mirada tan sensual y furtiva tiene! Me lanzó una mirada que parecía decir: ¡Sigue y disfruta! ¡Sigue y rompe el corazón de la señorita Drew! ¡Pronto llegará un día en que tú también vendrás aquí en busca de geranios blancos!»

Mientras Mary se quitaba apresuradamente el vestido de color crema (sintió el deseo de arrugarlo entre las manos y apretarlo contra su rostro en lugar de doblarlo con tanto cuidado) y comenzaba a soltarse el pelo, se dio cuenta de que el pánico que sentía en ese momento era más profundo que la lucha con la pobre señorita Drew y más profundo aún que la diferencia entre el Tribunal y ese campo dorado.

Hizo una pausa en su tarea, con los brazos desnudos levantados hasta la cabeza frente al espejo, y se miró fijamente a los ojos grises. Mary estaba tan poco orgullosa de su apariencia (y, para confesar la verdad, no era de ninguna calidad sorprendente) como su primo amante,

porque él apenas podía ser llamado marido todavía, con esas sábanas nupciales todavía frías, estaba tan orgulloso de su apariencia.

La miró a los ojos grises, como un espíritu que quisiera complacer al hombre que amaba entregándole su cuerpo. «La *próxima* vez que me mire en el espejo será en nuestra habitación», pensó. Tomó el peine y empezó a peinarse, sosteniendo la cabeza tan atrás que sus largos mechones colgaban rectos como algas marinas, adheridos a una piedra lisa y ovalada. Y ahora realmente se olvidó de su ansiedad y de la señorita Drew y de todo; porque la electricidad en su cabello, mientras pasaba el peine por él, le produjo un escalofrío tan delicado y amoroso que sintió como si las alas de una mariposa acariciaran sus pezones bajo su suave camisón.

Y pensó: “¿Qué tal será esta noche? ¿Me sentiré incómoda y avergonzada? ¿Podré dormir?”

En su frente se formó una arruga cuando dejó el peine y empezó a trenzar sus mechones alisados. John era gracioso. Las manías y quisquillosidades de John, en lo que se refería a las chicas, parecían no tener fin. “Seré una tonta, una tonta idiota, si dejo que me vea desnuda demasiado pronto. Será mejor que apague las luces mientras me pongo el camisón”.

Su mente reflexionaba con gravedad y atención, pensando para sí misma: «Bueno, ¡ahí estás otra vez, criatura

curiosa!»). En verdad, Mary tenía una feroz manía de mirarse a los ojos en el espejo. Por lo general, lo hacía con más enojo que con cualquier otro sentimiento; y, cuando lo hacía, siempre pensaba en el yo que la miraba como algo completamente diferente del yo que ella era consciente de ser en realidad. Su yo real no parecía tener ojos en absoluto; ¡no parecía necesitar, de alguna manera misteriosa, ojos, ni nariz, ni boca! Su yo real parecía compuesto de éter puro y totalmente independiente de la forma corporal.

–He sentido esa sensación de inseguridad en otro lugar –le dijo a sus ojos grises–. ¡Y también sé dónde fue! Fue la noche en que me desvestí después de estar en el bote con John, en el Wissey; la noche en que estaba en la habitación contigua a la de Dave y Perséfone, y cuando John estaba en esa posada.

Lo que Mary no podía saber era que la causa original de ese sentimiento era que la oración desesperada que habían enviado desde el barco ese día sólo había llegado a la malicia de la Primera Causa en lugar de a su beneficencia. Ahora trataba de librarse de ese sentimiento con enojo.

«Si consigo que la señorita Drew me deje ir esta noche», pensó, «me las arreglaré contigo, ¡qué aspecto tan «salvaje y perturbado»!». Y entonces, sin pensar en sí misma como bella, se puso a pensar en el mejor método de proceder cuando llegara el gran momento. Ninguna joven de Wollop's, conducida por el joven Tewsy a «mi otra casa», podría haber

meditado más detenidamente sobre la diplomacia de la provocación. Pero esta muchacha seria y sincera, antes de terminar de arreglarse el pelo como deseaba, le había sonreído una vez a su propia imagen. Fue una sonrisa vacilante, débil y parpadeante, como un sol acuoso sobre hielo vaporoso; pero, cuando se arrodilló ante su cómoda para sacar su mejor vestido de noche blanco (que no se había puesto desde la noche en que llegó Tom Barter), de repente se echó a reír a carcajadas. Había recordado aquellas eternas bromas obscenas isabelinas sobre la pérdida de virginidad. "No creo que cambie mucho en ese aspecto", pensó para sí misma mientras desplegaba su gran faja carmesí.

Pero apenas había colocado el vestido y la faja uno al lado del otro sobre la cama y había comenzado a preguntarse qué medias elegir, cuando se escuchó un golpe débil y vacilante en la puerta.

Resultó ser Lily; y Lily con lágrimas corriendo por sus mejillas.

–¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? –gritó–. ¡Entra, Lily! Entra y dime qué te pasa.

Tiró de la niña y cerró la puerta. –¡Listo! ¡Listo! –murmuró para tranquilizarla–. ¡No llores! Vas a estropear tu lindo y limpio delantal. ¡Mira! Aquí tienes un pañuelo nuevo; y te lo daré, Lily, para que lo conserves. Es auténtico lino de Norwich

–Louie estaba... pensé... El señor Weatherwax dijo...
–¡Detente, Lily! Eres una buena chica. Detente y cuéntamelo en voz baja.

“Fue por... fue por... se trataba del señor Barter, señorita Mary”.

Mary era una muchacha bondadosa, generosa y no carente de su propio y extraño toque de humor de Norfolk; pero su actitud hacia Lily cambió un poco inconscientemente cuando se mencionó el nombre del señor Barter.

–Bueno, Lily, ¿qué fue?

“Muchas gracias... siempre... señorita... por este precioso pañuelo. Lo guardaré como... recuerdo, señorita”.

–Pero ¿qué pasa, Lily? ¿Qué te molesta tanto?

"El señor Weatherwax dijo que le diría a la señora que había visto al señor Barter hablando conmigo en las Ruinas hace una semana, el próximo domingo. Ese viejo tiene mala lengua, y Louie pensó que si te decía, Señorita, qué historias está contando de mí, tal vez la Señora... quiero decir, tal vez la Señora no...

–Pero ¿el señor Barter habló contigo el domingo pasado, Lily?

–No hablamos, por supuesto, señorita Mary –y Lily,

doblando el pañuelo en cuadritos, levantó un rostro tan inocente de toda malicia como una heroína injustamente acusada en un cuento de la autora de *The Channings*⁶¹-. No hablamos, por supuesto, señorita. El señor Barter pasó por allí cuando estaba leyendo bajo el muro de Ruins' End y, naturalmente, siendo el caballero que es...

Mary recuperó el buen humor de golpe. La imagen de la serena Lily con su libro, la expresión «Fin de las ruinas», el informal Barter dando un paseo sin tacha por los jardines de la Abadía... En presencia de esas cosas era imposible albergar quejas. Además, Lily sabía cuidar de sí misma. Lily no era una gansita como Tossie Stickles.

«Tom, Tom», pensó, «más vale que tengas cuidado. Si sé algo de nuestra Lily, ¡si no tienes cuidado, te encontrarás con alguien de tu talla!».

–Lo entiendo, Lily... Está bien. La señorita Drew sabe lo cuidadosa que eres siempre con el crédito de su casa. Si yo fuera tú, me reiría cuando el viejo Weatherwax se burlara de ti. ¡Contéstale! Págale con su propia moneda. Sobre todo, no lo hagas enojar.

Mary se detuvo un momento y, mientras se dirigía a la cómoda para terminar de vestirse, el pensamiento de Crummie y los geranios blancos la hizo estallar en una súplica

61 Los Channings es una novela de dos volúmenes de 1862 de la escritora británica Ellen Wood.

escandalosa hacia Lily, que estaba jugueteando con la faja roja sobre la cama: –Las chicas sólo podemos ser jóvenes una vez, Lily –dijo sorprendida–. Pero debemos mantener la cabeza fría, porque los hombres son criaturas delicadas.

Se puede creer lo mucho que se le abrieron los ojos a Lily cuando oyó estas palabras. –El señor Barter siempre se ha comportado muy bien, señorita –balbuceó–, y estoy segura, señorita, de que usted sabe que yo...

–Ya basta, Lily –dijo Mary con firmeza, empujando suavemente a la atónita doncella hacia la puerta–. Ve a ver si la señorita Drew necesita ayuda; y si ya bajó, dile que llegaré en un minuto. Por cierto, Lily, ¡quizá te interese saber que anteayer me casé!

El rostro de Lily expresó un interés dramático absoluto; pero, un segundo después, una consternación desconcertada.

"Ella cree que es con Tom", pensó Mary. "Sí", continuó, "con mi primo, el señor John Crow, que tanto hizo en el Desfile".

Lily suspiró profundamente aliviada. –¿Vas a... dejarnos... señorita... quiero decir, mamá?

–Ya veremos qué dice tu señora al respecto –respondió la señora John Crow con una risita descarada–. Ahora tengo dos casas, Lily, una aquí y otra fuera de aquí. Ahora vete

corriendo, por favor, ¡eres una buena chica! Ah, y puedes decirle a Louie que me envíe algunas de esas tartaletas que hizo ayer. Sé que hay arroz con leche, pero si ella quiere darme un capricho...

–¿Puedo decírselo? –murmuró Lily desde la puerta.

–¡Por supuesto, por supuesto! ¡Solo dile que es un gran secreto, especialmente si viene del señor Weatherwax!

Eran apenas las ocho según el reloj francés que había sobre la repisa de la chimenea cuando terminó la cena y la señorita Drew y su rebelde compañera estaban sentadas una frente a la otra, con las tazas de café de Dresde entre ellas. Sin embargo, la señorita Drew no había bebido ni un sorbo de su café. Su rostro estaba tenso y pálido, sus fosas nasales temblaban, sus dedos se frotaban con su chal blanco, sus zapatos golpeaban el suelo, su espalda estaba erguida.

–Una fuga, eso es lo que es... escabullirse por la noche a la habitación de un hombre... ¡no! Es peor que eso... ¡es como una cita!

–Es la habitación de mi marido –sostenía con firmeza la muchacha; y se decía a sí misma: –Creo que me va a dejar ir.

La señorita Drew se estremeció visiblemente.

“¡Mary!” dijo ella.

"¿Sí, querida?"

–¡Vaya al aparador del comedor, por favor, y tráigame media copa de vino del brandy del señor Dekker!

La muchacha se apresuró a obedecerla y se alegró al descubrir que la habitación ya estaba casi a oscuras y que Lily se había llevado tanto el arroz con leche como las tartaletas.

La señorita Drew bebió el brandy en dos tragos rápidos.

"¿Vendrá por ti esta noche?"

La muchacha asintió.

–¡No permitiré que cruce mi puerta! Ya te lo he dicho.

"Él no va a entrar. Tengo que esperarlo en la puerta".

La mujer se levantó de su asiento y, acercándose a la chimenea, se ajustó el chal sobre los hombros.

Esa noche no había macetas en la chimenea. Su fría y pulida cavidad negra la miraba como las costillas de la muerte.

–Este momento tenía que llegar –dijo en voz baja, hablando más para sí misma que para la joven–. Tenía que llegar, y ahora ha llegado.

–Pero vendré a tu casa todos los días, querida –susurró

Mary, deseando amargamente no haber dejado que John fuera a buscarla esa noche. –Es peor de lo que esperaba –pensó.

–No lo sabes –dijo la señorita Drew–. Simplemente no sabes lo que eres para mí.

–¡Querida... querida mía! –murmuró Mary, levantándose también ella de su asiento y haciendo un pequeño movimiento vacilante y fluctuante hacia su amiga.

Pero la señorita Drew continuó: “No, usted no lo sabe, ¡nunca lo ha sabido! ¡Ese hombre... ese “marido”, como usted lo llama, ese bribón astuto... tiene menos sensibilidad en todo su cuerpo que la que yo tengo en mi dedo meñique!”

En ese momento debió de percibir una mirada involuntaria de Mary hacia la puerta. La joven tenía miedo de que Lily apareciera de repente para llevarse el café.

Pero, para sorpresa de Mary, la señorita Drew corrió a la puerta y la cerró con llave. Un hecho como cerrar con llave la puerta del salón de la Casa de la Abadía para impedir que los sirvientes la interrumpieran era un acontecimiento tan trágico e histórico (si se considera la verdadera proporción de las cosas) como el desalojo del espía real, ante Sedgemoor, del bar del tatarabuelo de Dickery Cantie.

Cuando la señorita Drew regresó de cruzar la habitación, las dos mujeres se encontraron frente a frente entre la frágil

mesa de café y la chimenea apagada. La mayor llevaba su habitual vestido de seda negra con el pesado broche que sujetaba el viejo volante de encaje sobre su marchito cuello. Frente a su figura demacrada, la figura de Mary, con su vestido blanco escotado y gran fajín carmesí, parecía muy joven, suave y aniñada.

“Me gustaría que... Me gustaría que no...”

Era evidente que la señorita Drew estaba teniendo dificultades para decir algo que la desgarrara.

"Me gustaría..." jadeó de nuevo.

–¿Qué pasa?, ¿qué pasa? –balbuceó Mary, asombrada, un poco asustada y completamente desconcertada.

“Me gustaría que no fueras a verlo esta noche. Me gustaría que te quedaras conmigo esta noche... nuestra última noche... ¡tal como estás!”

“Claro, querida, si lo sientes así...”

“Quiero decir... no dejarme en absoluto... solo esta vez... quiero decir... déjame abrazarte... toda la noche... cerca de mí.-

El rostro de Mary debió expresar tal inquietud, tal piedad, tal agitación confusa, que la anciana cambió su tono a uno más tranquilo. “No significaría nada para ti... mirar... estar

allí... estar cerca de mí... sólo esta vez... y luego” –se tragó un sollozo áspero y seco– “mañana... te irás”.

–¡Querida! Debo pensar. Estará en la puerta dentro de unos minutos; debo... No sé qué decirle. Que vuelva solo, por las calles, a esa habitación... ¡Oh, no sé qué hacer!

Se dejó caer en una silla, con su faja roja colgando sobre la alfombra, quedando tendida sobre ella como un gran chorro de sangre procedente de una puñalada en el costado.

La señorita Drew apoyó uno de sus brazos largos y ajustados sobre la repisa de la chimenea y la observó.

El vacío de su añoranza, de su pérdida, palpitaba dentro de ella como una cueva hueca, alrededor de cuyas paredes se arremolinaba un humo amargo y sofocante que buscaba una salida.

El reloj francés sobre la repisa de la chimenea marcaba sin piedad: *tic-tac, tac-tic, tic-tac*, como si detrás de sus ruedas ocultas hubiera algún demonio de lo inanimado que se vengara de todos los martillazos y retoques que le habían hecho sus creadores humanos.

Mary miró el reloj con desesperación, sin poder hacer nada. Recordó cómo había sonado, exactamente así, la noche en que se sintió tan triste con Tom antes del espectáculo. Sus pensamientos seguían yendo primero por un camino de problemas y luego por otro. «¡No es justo!»,

gritó su corazón. «Yo pertenezco a John. ¡No es justo!». Y entonces una enorme compasión por esa anciana sin hijos y sin amor surgió en su interior. «Después de todo», se dijo a sí misma, «sólo es una noche corta: ¿y cómo podría ser feliz, allí, pensando que le había negado algo tan pequeño?».

–Déjame pensar –susurró, dándole a la señorita Drew una leve sonrisa y un gesto tranquilizador–. Siéntate, querida, ¡no te quedes así! Me pones nerviosa. Sólo quiero pensar... sólo pensar... un poco más.

Pero la señorita Drew no mostró ninguna inclinación a sentarse. Mantenía los ojos fijos en la muchacha sentada en la silla, como si aquella faja roja fuera una sentencia de muerte. Y algo de sus antepasados de la isla de Ely surgió ahora en la naturaleza de Mary; algo fuerte, arraigado en la tierra y con un dejo de humor indulgente, como el sabor del humo de turba.

«¡Pobre corazón!», se dijo a sí misma. «Seguro que John y yo podemos esperar veinticuatro horas. Si yo puedo, ¡Dios sabe!, él también puede».

Para su consternación, la señorita Drew se abalanzó sobre ella y, con un gemido desgarrador, se arrodilló a los pies de la muchacha. «¡No soy una mala mujer! ¡No soy una mala mujer!», sollozó; y luego, para consternación de Mary, comenzó a presionar la faja roja contra sus labios. «¡No soy... no soy una mala mujer!», gimió de nuevo, alzando hacia la

muchacha un rostro desencajado por la vergüenza y la pasión.

–¡Señorita Drew! ¡Querida señorita Drew! ¡Levántese, por el amor de Dios! ¡No es lo correcto para usted, no es lo correcto para ninguna de nosotras! ¡Oh, qué debo hacer? ¿Qué debo...!

Pero la otra había hundido la cara en el regazo de la muchacha y, con los brazos extendidos, se aferraba a la faja que rodeaba la cintura de la joven. Murmuraba toda clase de cosas descabelladas que la muchacha sólo podía escuchar impotente, mirando distraídamente el reloj, que seguía con su infernal tictac exactamente en el mismo tono que si su dueña hubiera estado sirviendo el té para Matthew Dekker.

–¡Oh, te amo tanto! ¡Oh, daría mi vida por ti! Ya no puedo soportarlo más, ha durado demasiado. ¿Pero lo harás? Mi niña, mi pequeña, mi única, ¿lo harás? ¿Estarás conmigo, velarás conmigo, me dejarás abrazarte, sólo esta única noche? ¡No soy una mala mujer! ¡Di que no lo soy, niña! ¡Es... es... es este Amor el que está quemando mi vida!

El reloj eligió ese momento en particular para empezar a dar las nueve, la hora en que John debía estar en la puerta. Ella no había hecho nada para guardar su vestido de día y su camión en esa bolsa negra de la que le había hablado. La intrusión de Lily en ese momento apenas le había dejado tiempo para vestirse.

Ahora tenía que luchar contra una ira definida contra esa criatura frenética, pero su naturaleza robusta, de East Anglia, la ayudaba y luchaba contra ese sentimiento. Vio con los ojos de su mente la frente caída, los párpados bajos de Crummie, que parecía una monja. Vio los geranios blancos de Sam Dekker y murmuró para sí otra vez: «¡Pobre corazón! ¡Pobre corazón!».

–¡Levántate, querida! ¡Levántate! –gritó en voz alta, con voz no inexpresiva, pero sí resuelta y enfática. Mientras hablaba, ella misma se levantó con esfuerzo de la silla. Ahora, erguida, se sentía más dueña de la situación; tomó las manos de la señorita Drew y logró levantarla de sus rodillas. Se sobresaltó al ver el ardor febril en los dedos de la mujer. Pero cuando logró ponerla de pie, la agitada dama sufrió un violento escalofrío, como si, en la fiebre de su emoción, la hubieran sumergido en agua helada.

Pero ella volvió a su antiguo lugar junto a la chimenea vacía, aunque Mary podía ver que el delgado brazo negro que extendía a lo largo de la repisa de la chimenea temblaba tanto que hacía que un par de adornos que estaban allí tintinearán y entrechocaran entre sí.

La señorita Drew miró de reojo el muelle que hacía tictac, como si hubiera podido acabar con su vida de un solo golpe y dejarlo apuntando a las nueve y diez en una parálisis eterna.

–Bueno –susurró con voz ronca–, ¿por qué no subes y recoges tus cosas, si... ese hombre... te está esperando?

Mary se acercó lentamente a la ventana. Una vez más se sentía angustiada por la indecisión. La tragedia de la pasión consiste a menudo en las profundidades de la crueldad y la falta de amor en las que arroja a sus víctimas. La señorita Drew, con el tono en que dijo: «Sube... ese hombre te espera», había hecho todo lo posible por destruir la compasión de la que dependía su destino. El «pobre corazón», como la había llamado en sus pensamientos su compañera de faja roja, se encontraba en un trágico callejón sin salida.

–Bueno... ¿has decidido contra mí... contra la única cosa que he rogado... de rodillas... a un alma viviente?

Sus palabras parecían venir, no de su propia boca, sino de otra señorita Drew –una imponente imagen de frustración devastadora– que flotaba y vacilaba en el aire entre ellas. Pero Mary seguía obstinadamente mirando por la ventana el semicírculo de grava bien desmalezada, rodeado de espesos arbustos de laurel desde el que partía un tortuoso camino que conducía a la verja. La ventana estaba abierta por arriba, pero no contenta con eso, apartó las cortinas de muselina y la abrió por abajo. Se quedó allí inmóvil, escuchando atentamente, mientras el cálido aire de agosto agitaba su vestido y, al entrar en la habitación, hacía parpadear las velas.

Varias polillas pardas aprovecharon la oportunidad para pasar volando junto a su figura blanca. Algunas se precipitaron a morir junto a las velas de la mesa, mientras que otras se golpearon contra la lámpara hasta caer al suelo. Ni la señorita Drew ni su compañera tenían margen de conciencia para estos pequeños suicidios de ciego deseo. Los pensamientos de la señorita Drew fluctuaban mucho más desenfrenadamente que las cortinas que se agitaban suavemente o los pliegues ligeramente agitados del vestido de su compañera.

Eran una mezcla extraña estos pensamientos; una mezcla de viejos prejuicios conservadores y anhelos apasionadamente codiciosos; anhelos que se habían vuelto intensamente concretos y circunscritos por causa de su larga supresión.

“Mamá... Mamá... nunca te sientes en sofás... debilidad para sentarse en sofás... mantén la espalda recta ahora... recta Euphemia... Betty Newton en el pajar... besándose... Mamá... enojada como Dios... Dios lo ve todo... la abrazará toda la noche... una furtiva... una vagabunda... una embaucadora... una ladrona... amiga de Geard... Geard entrometiéndose con Chalice Well... Geard soltando a todos los demonios... ardiendo... ardiendo... Betty Newton... Mamá... cama todo el día... pan y agua... demasiado tiempo, demasiado tiempo, demasiado tiempo... dulce... tan dulce... y para él, todo por un sucio embaucador... nadie sabe cuán dulce

excepto yo... demasiado vieja ahora... vieja... vieja... nunca se sienta en sofás... debilidad... mantén tu espalda recta, Euphemia... un sucio aventurero debe tenerla... dura es ella... dura para mí... suave como arcilla para él... ¿*arde*... sería solo una vez... paz, descanso... ¡encantadora, celestial paz!... su faja roja... *arde*

Lily y Rogers en la cama... nunca llamaron... nunca sonó... todo cambió desde que ese hombre se convirtió en alcalde... Pozo del Cáliz... sangre... su faja... sangre roja... *arde*... nunca para mí ... después de esto... nunca para... ella se habrá ido pronto... escuchándolo ahí afuera... se fue... se fue... una criada ya no... *arde*... Lily y Rogers en la cama... dos almohadas... durmieron mirando... mirando durmieron... mamá... abuela... llorando toda la noche... nunca vino... nunca escuché... arde y arde y arde”.

«No podría ser feliz en nuestra habitación esta noche», pensó Mary. «Y después de todo... ¡no! Lo haré. ¡Pobre mujer! Es mejor que darle geranios blancos para que los sostenga en su mano».

Cerró la ventana con un violento movimiento de sus fuertes brazos desnudos. Se dio la vuelta y se acercó lentamente, con gravedad y delicadeza, a la figura que había junto a la repisa de la chimenea. Se acercó a la señorita Drew y la abrazó como si fuera un animal herido.

–Me quedaré –le susurró suavemente–. ¡Me quedaré, querida!

La oleada de excitación salvaje, el alivio, la pasión, la vergüenza, el movimiento de la sangre corriendo desde el corazón a los nervios, el cerebro, la garganta, fueron demasiado para los sentimientos alterados de la mujer.

Su cabeza se hundió, como la cabeza de una caña en el agua cuando se abre una compuerta, y sobre los hombros de Mary sus lágrimas cayeron sin parar, mientras un extraño gemido, como el llanto de un niño cuya madre ha aparecido de repente entre una multitud de extraños, mostraba signos de transformarse en risa histérica.

–Ven y recuéstate, querida... ¡Ahí! No te voy a dejar... ni un momento... ¡mi pobre, pobrecita! Ven y recuéstate... sólo un momento.

Mientras murmuraba esto, Mary la arrastró y sostuvo hasta que la colocó a salvo en el sofá... en ese mismo sofá donde «mamá» le había dicho tantas veces a la pequeña Euphemia que reclinarsse era «debilidad». Entonces la mente práctica de la joven empezó a trabajar rápidamente. «Tengo que salir corriendo a decírselo a John», pensó. «Será mejor que vaya a buscar a Lily. ¡Oh, misericordia! ¡Se le están cerrando los ojos! Espero que no se desmaye».

Mary colocó una almohada bajo la cabeza de la señorita

Drew, corrió hacia la puerta, la abrió y se apresuró a recorrer el pasillo. Había cerrado la puerta con cuidado tras ella, pero aun así no quería que la dama la oyera gritar pidiendo ayuda.

–¡Lily! –la llamó suavemente.

No hubo respuesta, pero creyó detectar el sonido de movimientos apresurados y voces perturbadas en la distancia.

–¡Lily! ¡Louie! ¿Dónde estáis?

Entonces oyó el inconfundible sonido de la voz de un hombre: la voz del señor Weatherwax. Abrió la puerta de la cocina. –Ven aquí, Lily, ven rápido, por favor. ¡Te necesito! ¡La señorita Drew está enferma!

Había pan y queso en la mesa de la cocina y también –Mary lo notó con la indignación de una ama de casa, ¡incluso en esa crisis!– la licorera de brandy del aparador del comedor.

La puerta de la cocina se abrió, lo suficiente para permitir la entrada de una virgen muy delgada, y Lily, poniéndose apresuradamente su cofia blanca, se deslizó hacia la cocina, con los ojos muy abiertos e incluso su bonita boca un poco abierta.

–Oh, Lily, la señorita Drew no se encuentra bien. La hice acostarse en el sofá y creo que...

–¡La señorita! Quiero decir, mamá, ¿la señora quiere el brandy? El señor Weatherwax acaba de pasar a preguntar cómo nos fue con la mesa de verduras, y Louie pensó...

–Escucha, Lily. Debemos intentar ayudar a la señorita Drew a subir las escaleras y llevarla a la cama. Yo dormiré con ella esta noche, así que puedes llevar mi almohada y mis cosas a su habitación. ¡Un momento, Lily! Ve y dile al señor Weatherwax que no se vaya ni un momento. Si es demasiado pesada para nosotros, él podría llevarla arriba.

–Sí, mamá; sí, señora Crow.

María se apresuró a regresar al salón. Para su sorpresa, la señorita Drew estaba de pie junto a la repisa de la chimenea, pero su actitud había cambiado por completo. Ahora estaba serena y muy tranquila.

–Ven aquí, niña –dijo.

María se acercó a ella, tomó gravemente la cabeza de la mujer entre sus manos y le besó la frente.

–He cambiado de idea –susurró, muy digna y autoritaria–. Quiero que te vayas después de todo. Corre ahora mismo y dile a ese hombre que te espere; luego vuelve y prepara tus cosas. Y no espero que vuelvas hasta el lunes por la mañana. ¡Así lo deseo, Mary! Debes hacer lo que te digo. Estaré absolutamente bien. Me levantaré temprano e iré a San Juan.

Lo curioso de este discurso largo y apresurado fue que la señorita Drew nunca alzó la voz por encima de un susurro. Mary la miró fijamente.

La visión de las dos tazas de café sin probar le recordó con tanta viveza la dolorosa escena que había vivido aquella noche, que este cambio en el tono de su patrona parecía onírico y antinatural.

Pero, antes de que tuviera tiempo de responder, Lily entró rápidamente sin siquiera simular llamar a la puerta.

–Lily –dijo la señorita Drew con calma, alzando la voz para que sonara como siempre–, sabes, por supuesto, que la señorita Mary está casada.

–Sí, señora, me lo dijo la señorita Mary, mamá.

–Pero me alegra saber que estará con nosotros, como antes –prosiguió la señorita Drew, haciendo varios movimientos con las manos entre los objetos que había en la bandeja del café–, es decir, durante el día. Pero le he dicho que mañana podremos arreglárnoslas sin ella, porque no debemos ser egoístas, ¿verdad, Lily?

“Sí, así es... mamá.”

Pero la señora de la Casa de la Abadía se volvió ahora hacia la extremadamente avergonzada señora John Crow.

–Sal corriendo, querida, y dile a tu buen hombre que todos te ayudaremos a hacer las maletas y que no lo detendrás mucho tiempo más.

Dominada por la autoridad de su tono y sin protestar ante la presencia de Lily, Mary no tuvo más remedio que obedecerla al pie de la letra. Fue a la puerta, que Lily le abrió con gravedad, y salió al pasillo.

No olvidó pronto su extraña sensación –como si la hubieran convertido en un alga marina en lo alto de una gran ola de compulsión– mientras miraba apresuradamente a su alrededor en busca de algo que arrojarle alrededor. Había un gran espejo del siglo XVIII colgado en el vestíbulo; y en un destello de extraña indiferencia, mientras una de sus manos se acercaba mecánicamente al pelo, pensó para sí: «¡Las mujeres deben haberse envuelto cosas sobre sus hombros blancos de esta manera, mientras volaban flechas, disparaban armas, ondeaban antorchas, los hombres gritaban, durante cientos y cientos de años!». Abrió la puerta principal y bajó los escalones de piedra. Luego, con la capa que había recogido apretada contra ella –más para protegerse de la noche, de las oscuras invasiones de su desnudez, que para calentarse en ese aire de verano– corrió rápidamente por el camino de entrada. ¡Sí! Allí estaba.

–¡No... no! ¡Ahora no, John! –jadeó sin aliento mientras él la abrazaba contra sí, casi levantándola del suelo en agradecimiento por haberla recuperado–. ¡Ya... ya!

¡Suéltame, John! –y cuando estuvo libre–, debo volver a buscar mis cosas... Sólo vine... a decirte que iba... –apenas podía pronunciar las palabras en su agitación– a decirte que iba a venir. Espérame aquí, John.

Ella se alejó de nuevo por el camino de entrada y desapareció de su vista casi antes de que su inefable alivio hubiera tenido tiempo de fluir a su confuso cerebro desde los brazos que la habían sostenido.

No podía permanecer quieto. Cada pulso de su cuerpo latía con fuerza y su corazón era tan voluble como el reloj francés, que seguía marcando el tiempo detrás de la señorita Drew, que hablaba en voz baja con Lily. Se dispuso a caminar de un lado a otro de la calle como un centinela que vigilara un palacio real.

Había toda clase de aromas vagos y deliciosos en el aire suave que susurraba entre los arbustos de laurel, agitaba los alhelíes en las grietas del muro gris y se alejaba suspirando como el aliento de un espíritu invisible por encima de las copas de los árboles. Pero desde algún remoto establo en algún lugar hacia Havyatt Gap, en el camino a West Pennard, podía oír el lastimero grito de una bestia en pena.

Mientras este grito continuaba, lanzado en la noche de verano con dolorosa persistencia, John permaneció de pie y escuchó nerviosamente, apoyado en su palo de raíz de avellano.

«¡Maldita sea!», pensó, «y debe ser un dolor como ese el que esta mujer está soportando ahora, sólo en el corazón... en el corazón... ¡por haberme llevado a Mary! ¡Qué cosa... que nadie pueda disfrutar de un día perfecto sin oír un gemido o un quejido! ¿Qué estaría haciendo el joven Dekker en mi caso? Bueno... ¡está claro lo que estaría haciendo, por lo que ha hecho con la señora Zoyland! Limpio... sin tocar... y pasando su tiempo entre Paradise y Bove Town, consolando a los enfermos».

Reanudó su marcha de centinela, pero su mente ahora latía contra la cuña manchada de sangre del dolor del mundo, y no podía entregarse con asentimiento absoluto a su buena hora.

Con la punta de su bastón golpeó la desmoronada mampostería del muro con furiosa compasión: compasión por la señorita Drew, compasión por aquella bestia sufriente en West Pennard Road, compasión por todo el conjunto de nervios angustiados sobre los cuales el gran y obtuso pulgar del mal estaba tocando su gama nocturna en medio de esos dulces aromas de verano.

Una vez más escuchó atentamente. ¡Qué difícil era no escuchar! ¿Qué le pasaba a esa bestia? ¿Qué le estaban haciendo? ¿Qué le estaban haciendo él y Mary a la señorita Drew? Si supiera que había un Dios, que por un segundo tenía el oído abierto, ¡qué cosas vertería en ese orificio abierto, peludo y estúpido! En los viejos tiempos, los dioses

les hacían sacrificar a sus amigos para propiciar la gran máquina del dolor.

«Le meteré en la cabeza al viejo Geard», pensó, «quemar una imagen de Dios, como un gran Guy Fawkes, cuando celebre su Festival de la Sangre de Cristo».

Reanudó la marcha de centinela. La bestia sufriente estaba ahora en silencio. Rezó para que la señorita Drew también se estuviera meciendo hasta dormir en un ataque de histeria o endureciendo su corazón con un odio que matara el dolor.

«Pero si todos esperaran», se dijo, «para aprovechar su momento, hasta que no se oyera en el mundo entero ni un grito, ni un gemido, ni un quejido, ¿quién sería feliz?» ¡Allí! ¿No era eso el abrirse de la puerta de entrada? ¡No! Era uno de esos ruidos inexplicables que suelen producirse en todos los lugares silenciosos, como si un fisgón acechante hubiera dado un golpe con el pie a algo.

“¡Qué mal humor tenía Tom cuando lo vi ayer! No parece que le guste mucho que nos casemos. Tal vez no debí haberlo invitado a la iglesia. ¡Ella dijo que no! Las chicas son sabias en estas cosas... sabias... ¡Ahí! ¿Seguro que eso *molesta* a la puerta? ¡Sí, ahí están sus pasos! ¡Oh, la querida! ¡Oh! –¡La querida celestial! –Le arrebató la bolsa de las manos y la dejó en el suelo, arrojando su rama de avellano tras ella. Sus susurros de éxtasis mientras la recibía, tocándola, aquí, allá, con las manos, como para asegurarse

de que era ella y nadie más, se perdieron entre los otros sonidos débiles de la noche y continuaron su viaje aéreo hacia el este. El viento venía del oeste: de modo que, mucho después de que ningún oído humano pudiera haberlos oído, esos sonidos –o esas vibraciones que habrían sido sonidos para oídos más sensibles que los del hombre– siguieron viajando hacia el este. Pasaron por los tejados de West Pennard y East Pennard; por Ditchheat y Milton Clevedon; por Cogley Wood y King's Wood Warren; por Monkton Deverill y Danes' Bottom; hasta que abandonaron por completo el West Country y se resolvieron en el aire en algún lugar más allá de Stonehenge.

Pero Mary pronto le hizo coger su bolso y su bastón y se pusieron en camino hacia Silver Street.

–¡Estuve a punto de no venir esta noche! ¡Te lo aseguro! Le había dicho que no vendría, y ya estaba decidida, cuando de repente cambió de opinión y se mostró absolutamente generosa. ¡Me obligó a venir, John, me obligó!

–¡Qué vieja! –interrumpió en ese momento. Y luego se recompuso–. Maldita sea, cariño, qué autocomplaciente se vuelve una persona en un segundo, cuando la suerte cambia... pero no puedo evitarlo; ¡te tengo! ¡Te tengo! ¡Te tengo!

Mary sonrió para sí misma en la cálida y aterciopelada oscuridad que colgaba, como una gran alba sacerdotal,

alrededor de la mampostería de la Torre de San Juan, porque dijo en su corazón: «¡Qué diferentes son las mujeres de los hombres! Supongo que todos aceptamos desde nuestra más tierna infancia esta trágica división entre los felices y los desdichados. Los hombres parecen descubrirla, como una nueva luz sobre las cosas, y de inmediato quieren hacer algo, o al menos dar algún gran signo de estar haciendo algo». Pero se olvidó de la propia señorita Drew cuando llegaron a aquella puerta en el silencio iluminado por las farolas de Northload Street y John sacó su llave.

–¡Imagínate si la hubiera olvidado! –susurró–. ¡Imagínate que hubiéramos tenido que llamar para atraer a esa mujer! Y ella recordó, mientras subían los dos tramos de escaleras hasta el piso superior, mirando con un nerviosismo casi culpable las diversas puertas por las que pasaban, lo miserable que se había sentido tantas veces en esas escaleras.

Recordó el día en que había comprado el mantel en Wollop's y había encontrado a Tom allí y se había ido sin siquiera llamar. Mientras seguía a John ahora con la mano en la barandilla iluminada por gas y observaba los extremos de sus pantalones de franela gris colgando de sus tacones pisoteados, se preguntó por qué sería que él la amaba ahora mucho más que durante esos meses miserables antes del Desfile. ¿Era culpa de Tom en aquellos días? ¿O de Geard? ¿O simplemente de la agitación del Desfile?

«No lo comprendo», se dijo a sí misma mientras llegaban a su embarcadero, «pero le pertenezco, le pertenezco. Me quiere más hoy que desde el barco en el Wissey».

Sus sentimientos eran una emocionante mezcla de contradicciones cuando finalmente se encontraron en la habitación, solos los dos, y con la noche por delante. Pero todas eran sensaciones felices, aunque tan opuestas. Fue una deliciosa sensación de una cita furtiva y culpable la que tuvo cuando lo oyó cerrar la puerta con llave detrás de ella. Pero también fue una sensación celestial, mientras miraba a su alrededor, de estar en una habitación que había hecho según su propio gusto; porque en Thorpe, en Norwich, había sido simplemente "el dormitorio de Mary", algo que ella había aceptado exactamente porque había crecido en él; y por supuesto, en casa de la señorita Drew, todo pertenecía a la casa.

Sintió también –y esto fue totalmente inesperado– una oleada de timidez que la invadía mientras dudaba un segundo en quitarse la capa. Se presionó rápidamente los nudillos contra la cara, antes de mirar a su alrededor y rezó para que él no notara lo ardientes que estaban sus mejillas. Pero ahora él le estaba quitando la capa y se quedó un momento atrás para mirarla con adoración, con su vestido blanco escotado y sus brazos y hombros desnudos.

–¡Qué faja más... preciosa! –susurró solemnemente, y parecía que la bebía con los ojos, como si estuviera

arrodillado a sus pies y ella fuera la copa del altar. Y entonces sus manos, sus labios, su alma misma, se apretaron con éxtasis contra sus hombros, su garganta, sus pechos tímidos y fríos.

El roce de su cuerpo empezó muy pronto a transformar ese culto a su belleza en un deseo más intenso pero menos sacramental. Sus dedos empezaron a tirar febrilmente de los cierres de su corpiño. Pero Mary recordó su diplomacia erótica cuidadosamente meditada y se apartó de él.

–No... no... no, John, voy a desnudarme detrás de nuestro biombo. ¡Para eso lo compré en Wollop's! ¡Allí detrás está mi vestidor... y también mi cocina! Ve y prepárate para ir a la cama... dame mi bolso, mi camión está ahí... ¡sí! ¡Vete a la cama tan rápido como quieras y yo apagaré el gas!

Cuando John recordó cada momento consciente de toda esa noche, después de que ella lo dejara el lunes, lo que quedó en su mente como más fascinante fue la suavidad marmórea de su cuerpo cuando la abrazó por fin. Siendo tan extraño como siempre lo había sido en sus peculiaridades amorosas, y siendo tan frenéticamente exigente, esta suavidad de la carne de Mary fue una experiencia nueva para él. No había esperado exactamente que fuera tan escamosa como un grifo, o incluso tan huesuda como el viejo Tom, ¡pero esta suavidad celestial era algo completamente inesperado!

Y ella era tan dócil también; eso fue otra sorpresa para él, pues esperaba, por lo que había leído en los libros, que ella sería caprichosa, nerviosa, agitada, difícil.

Sí, María era en verdad “dócil”. ¡Y John tenía razón en eso! Ella también tuvo sus sorpresas esa noche; y la mayor de todas ellas fue la sensación de absoluta naturalidad y de no sentirse avergonzada.

Cuando sintió que la sangre le subía por las mejillas, pensó: «¡Dios mío! No voy a hacer el ridículo de esa manera, ¿verdad?». Pero cuando apagó la llama de gas... ¡vaya!, todo fue tan fácil y agradable como en el campo de trigo. De hecho, fue más agradable; porque en lugar de la gran unión de la Madre con el arrebató psíquico de su hija, mientras yacía en aquella orilla calentada por el sol, allí, en esa cama de Northload, con los aromas de la pradera que entraban por la ventana casi como si vinieran de sus propios pantanos de Norfolk, había a su alrededor una protección más antigua, más profunda y más oscura que la de la tierra; allí había a su alrededor la protección de la antigua noche misma, más antigua que todos los dioses, más antigua que todos los Tronos, Dominaciones, Principados y Poderes que se ciernen sobre Glastonbury, más antigua que cualquier Santo Grial.

Y Mary pensó: “Porque he encontrado a mi amor y porque he llegado a pertenecer a mi amor, soportaré ahora, sin hacer un escándalo, cualquier cosa que la oportunidad me dé. Pensaré en lo que siento ahora: pura gratitud; y seré más

dulce con la señorita Drew de lo que nadie lo ha sido en toda su vida”.

Y John pensó: “¡Ojalá pudiera sacarme de la cabeza los problemas del viejo Tom! ¡Ojalá hubiera incitado un poco más al alcalde para que le facilitara las cosas a Tom en la fábrica! ¡Ojalá no le hubiera pedido que viniera a la iglesia! ¡Ojalá lo hubiera visto más últimamente! ¡Simplemente dejé de pensar en el viejo Tom, lo olvidé, lo descuidé, lo dejé escapar de mi mente!”

Y mientras John yacía allí, descubriendo en la suavidad de los miembros de Mary algo que le resultaba tan sorprendente como si hubiera encontrado un alga blanca o una anémona azul, la vergüenza por haber descuidado a Tom se convirtió en un moretón, un moretón definitivo en algún rincón de su conciencia. «Debo aceptarlo», se dijo a sí mismo; y empezó a pensar, mientras se hundía lentamente en el sueño (la muchacha se había dormido al menos una hora antes que él), que la única moral que poseía era un sentimiento de vergüenza cada vez que se permitía gritar: «Soy un desgraciado... Soy un desgraciado... Soy un desgraciado». No compadecerse de sí mismo, pasara lo que pasara, y no sentirse un desgraciado, pasara lo que pasara: ésa era la moral de John. Permitirse irse a dormir sintiéndose afligido por Tom habría sido una falta a su código interior de honor.

Cuando oyó que el reloj de San Juan daba las dos, se

recompuso en un curioso gesto de la voluntad, un gesto que siempre pensaba de una manera particular y que representaba con una imagen especial. La imagen que utilizaba para representarlo era un baúl de viaje negro, tachonado de clavos de latón.

Había visto una vez un baúl de esas características en una barcaza del Sena. En él estaba sentado un hombre, un joven trabajador, y de la expresión de ese muchacho había sacado John ese símbolo particular de negarse, pase lo que pase, a ser infeliz, que constituía en su mente la única moralidad. A la primera tentación de tal debilidad, como en ese mismo momento, cuando se sentía tentado de permanecer despierto preocupado por el viejo Tom, hacía ese gesto habitual de la voluntad y visualizaba el baúl negro con los pomos de latón.

Fue una prueba más de cómo las mujeres reciben las tragedias ajenas con una aceptación más vegetal que los hombres: mientras Mary se puso a dormir a la una y media llena de una deliciosa sensación de realización, a John le resultaba muy difícil, a pesar de su baúl negro con clavos de latón, sacarse de la cabeza los problemas de Tom Barter.

Sin duda, gran parte de esta diferencia entre ellos residía en el hecho de que María estaba mucho menos nerviosa por acostarse con John que John por acostarse con María.

Al estar una capa o una piel, por así decirlo, más cerca de

la Naturaleza que él, su amor por él saturó su identidad más profunda de manera más completa que el de él por ella; de modo que el contacto de una carne extraña –extraña al menos en estas nuevas condiciones– fue para ella un shock nervioso mucho menor, a pesar de su mayor receptividad, que para él. Su alma más profunda todavía no había aceptado realmente esta nueva experiencia, de modo que mientras su amor le permitió caer en un sueño infantil de paz y seguridad absolutas, John permaneció despierto un rato más, preocupado por Tom, y cuando se durmió fue un sueño menos profundo que el de ella.

Pero antes de que el reloj de la iglesia diera otra hora, ambos primos estaban completamente envueltos en la inconsciencia en aquella pequeña habitación de Northload; y las nieblas errantes de los prados de la Isla de Cristal, que entraban y salían flotando por la ventana abierta, renovaron sus fuerzas mientras dormían; porque estos aires llevaban consigo un lejano y tenue recuerdo de las vaporosas nieblas del verano que en ese mismo momento se elevaban desde Dye's Hole y desde Oxborough Ferry y desde aquel gran estanque en Harrod's Mill donde la personalidad de Tom Barter había surgido por primera vez entre ellos.

XXI. ESTAÑO

Ya estábamos a mediados de septiembre. La cosecha –particularmente buena ese año– ya estaba recogida, y las manzanas de aquellos huertos inmemoriales de la Insula Pomorum, aquellos huertos de un verde grisáceo y cubierto de hierba espesa, con sus troncos retorcidos bajo los cuales las flores del cuco están tan frescas por el rocío en primavera y las avispas tan dormidas por la borrachera en otoño, empezaban a amarillearse y enrojecerse.

El anciano conservador del pequeño museo de Glastonbury caminaba de un lado a otro entre el famoso barco de la Antigua Inglaterra, que había vigilado durante cuarenta años, y la casi igualmente famosa cerámica de Lake Village, gran parte de la cual, durante su largo e infatigable régimen, había desenterrado con sus propias manos. Aquella vieja canoa todavía tenía un aire funcional. Parecía como si

hubiera servido al propio dueño de Wookey Hole para llevar sus audaces exploraciones más allá de la Bruja de Piedra, río subterráneo arriba; y la cerámica también parecía como si todavía pudiera contener la leche y la miel de Avalon.

Pero el señor Merry se sintió preocupado en ese momento. Era miércoles, día en que se cerraba temprano en la ciudad, y el señor Crow le había prometido que si podía llegar al campo de partida a las dos en punto, lo llevarían a realizar su primer vuelo aéreo.

Bob Tankerville, el piloto, iba a volar a cierta ciudad industrial en Francia ese día, una de una serie de expediciones de ese tipo que Philip había estado haciendo últimamente, pero hoy, como el propio capitán no podía ir, le había ofrecido al señor Merry esta oportunidad única.

“Tankerville puede hacer mi trabajo”, había dicho. “Lo único que quiere es alguien a quien quejarse”.

Pero ya era la una menos cuarto y no había señales del visitante que había estado esperando desde las doce.

"Voy a tener que ir corriendo a buscar mi cena", pensó el señor Merry, mientras acariciaba con sus viejos dedos el borde de la antigua canoa. Como era soltero y muy estricto en sus costumbres, el señor Merry hizo todo lo posible para que no se le escapara gran parte de su hora de cena en el Pilgrim's. Desde el Desfile, había disfrutado de estas comidas

con especial entusiasmo, porque su *bestia negra*, Barter, cuyos flirteos con las camareras eran una fuente de constante irritación para él, había dejado de aparecer desde que dejó la tintorería para irse a la fábrica municipal.

¡Una prisa! Si había algo en la vida que el señor Merry no podía soportar era lo que él llamaba «una de esas malditas prisas cuando no sabes lo que estás comiendo». Y allí estaba, encaminándose firmemente, momento a momento, hacia *una* prisa. En parte por disposición, pues era una de esas personas de movimientos lentos que saborean intensamente su propio funcionamiento físico mientras van y vienen sobre la Tierra, y en parte por el hábito de su profesión, que se ocupaba de enormes extensiones de tiempo, el conservador había llegado a parecerse al Creador bíblico; pues para su mente erudita e histórica, «mil años eran como un día».

Ya hacía casi quince días que lo acosaban con cartas del capataz de la fábrica municipal –un individuo que firmaba como “Radley Robinson”– pidiéndole permiso para hablar con él sobre lo que el solicitante llamaba “asuntos de importancia”.

¿Acaso el apasionado Red, cuyo nombre de pila era Radley, sintió algún tipo de shock psíquico–filológico cuando murmuró para sí mismo, pluma en mano, “asuntos de importancia” y luego escribió las palabras no aspiradas?

Desde el desfile y desde el compromiso insatisfactorio –desde su punto de vista– que había puesto fin a la huelga de las tintorerías, el señor Robinson había ido endureciendo su corazón y concentrando sus energías. En lo más profundo de su alma todavía brillaba la lámpara iluminadora del «comer», pero a su destructividad jacobina había tenido la voluntad de añadir una gran dosis de indomable paciencia cockney, y gracias a ello había sido ascendido al puesto de segundo al mando bajo Barter. Se había propuesto aplacar a Barter con una ferocidad de unción taimada y satírica que hacía que aquel astuto habitante de East Anglia sintiera una aversión absoluta. Pero no había nada más que hacer. La fabricación de recuerdos floreció bien bajo la astucia de Red. Sólo él parecía capaz de mantener en orden a los exaltados y excéntricos, de los que estaban llenas las fábricas.

Sobre todo, el alcalde, sin duda por instigación de su hija, evidentemente estaba ansioso de calmar los sentimientos heridos del hombre proporcionándole un avance material.

Cualquiera que observara en ese momento al viejo señor Merry, frotando con su privilegiado dedo índice esta preciosa reliquia acuática, bajo la misma nariz de su propia proclamación contra tales actos, habría supuesto que se estaba preguntando qué trasero humano prehistórico real se agazapó una vez en su frágil bote de estaño; pero no fue así en absoluto. Pensaba para sí mismo: "Si no viene pronto, tendré que dejar que se vaya el pudín".

Pero de repente la puerta se abrió y allí, claramente visible, estaba el molesto hombre.

Red parecía lo que se llama un cliente delicado. Parecía una persona capaz de trabajar en Scotland Yard. Pero también, con su impecable traje de capataz y su gorra de tela nueva, parecía un maestro fontanero. De todos modos, no parecía el tipo de persona que el señor Merry, con cuarenta años de experiencia, creía que podía descartar con una broma trillada sobre el «cierre temprano».

El conservador suspiró profundamente mientras le pedía a su visitante que tomara silla y se enteró de que su nombre era Robinson.

"Es un fastidioso", pensó, "pero no es un fastidioso extremo. Tal vez tenga tiempo para comer pudín".

Tenía razón. El señor Robinson se lanzó al negocio sin andarse con rodeos.

–¿Cómo llamaría a esto, señor? –preguntó rápidamente, sacando una piedra de su bolsillo y entregándosela al conservador.

El señor Merry tomó el objeto en su mano. Parecía un rayo y también un trozo de arcilla. El rostro del anciano se puso muy animado.

–Así que ya ha encontrado algo, ¿no? Señor... Robinson...

¡Ah! Pensé que alguien encontraría otro... en poco tiempo.

Pronunció estas sílabas sueltas como si aceptara el objeto en cuestión para su museo. Se lamió el dedo y frotó con fuerza una esquina.

–Sí, señor Robinson, ya ha encontrado otro. ¡Es el séptimo!

El señor Robinson, que tenía un amigo entre los boticarios, pronunció entonces una misteriosa fórmula química. Y entonces, inmediatamente después, mirando alegremente a la cara al señor Merry, pronunció la única sílaba: “tin”.

"Es el elemento, ¿no es así, señor?, con lo que los romanos solían comerciar; ¿los que vestían la púrpura imperial?"

"Sabía que esto iba a pasar desde hacía veinte años", pensó el distraído curador, mientras su rostro pasaba de la animación a la profunda consternación.

Miró fijamente a su interrogador. ¿Cuánto sabía este tipo? No era químico. No era anticuario. ¿Se le podía engañar con una mentira sabia o no? Pero el señor Merry, como resultado de su escrutinio, decidió que las mentiras eran inútiles. «¡Ha comenzado!», se dijo a sí mismo. «¡Ha comenzado! Este tipo se lo llevará a Crow; tan seguro como que soy un idiota. ¡La belleza de Wookey Hole ha desaparecido! Crow comenzará a explotar la cantera en el momento en que vea esto. Lo extraño es que él mismo no lo haya visto; siempre está bajando allí... con su electricidad. ¡Este es el final; el final de

todas esas hermosas cuevas de estalactitas de las que habla Clemente de Alejandría!»

–Veo, señor –dijo el señor Robinson poniéndose de pie–, que mi informante tenía razón y que es el *elemento* que buscaban los corintios...

–No los corintios, buen hombre, sino los *cartagineses* –exclamó el conservador–, y lo que tiene ahí no es un elemento que deba comprender. Es un depósito químico, precipitado desde el río subterráneo que hay allí abajo y extraído de alguna bolsa mineral profunda en Mendips.

«¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!», pensó para sí mismo, «¿por qué no puedo contener mi estúpida y vieja lengua?».

–Es el metal romano, ¿eh? –dijo el señor Robinson con firmeza–. Pensé que era yo, pero pensé que sería mejor que corriera a verlo y lo hiciera para asegurarme. Ya no me da miedo decirle a la gente lo que no es asunto suyo, ni a usted tampoco, por lo que veo. Pero en casos como estos, es mejor estar seguro.

El señor Robinson se abrochó complacientemente el abrigo sobre el bolsillo interior que contenía el espécimen que había traído.

¡Un mineral precioso! ¿Y este mismo mineral era el que utilizaban los romanos imperiales? Eso pensé. Pensé que no

había ningún error, pero me dije a mí mismo que lo mejor era obtener la información de alguien que lo supiese.

Se puso la gorra, se la ajustó con cuidado, aunque con un toque de libertinaje, lanzó una mirada despectiva a la cerámica del Lake Village, como si quisiera decir: «¡No hay metal imperial en tu molde!» y luego, como le dijo después a su madre, «le quitó la maldita mirada, dándole un pequeño adiós dejando al anciano caballero sin saber distinguir su cabeza de su teja».

La siguiente persona a la que fue a ver Red Robinson fue un pequeño farmacéutico de High Street llamado Harry Stickles, pariente lejano de Tossie. Entró en la farmacia justo antes de que cerrara y, cuando se subió la última persiana, el señor Stickles lo llevó a su pequeño jardín trasero, donde se sentaron, en ese soñoliento mediodía de otoño, en un banco bajo el muro. Frente a ellos había un peral y, debajo del peral, un gran gato amarillo. Había varias escobas y fregonas apoyadas contra la pared y un cuenco de barro roto a sus pies.

" ¿Qué tal tu comida, Harry?" dijo Red.

–¿Qué te crees, maldito londinense? Almuerzo a las doce en punto, quiero que lo sepas, y además tengo una mujercita tan ordenada como cualquier comerciante de la ciudad, y no lo olvides, en lo que se refiere a la cocina...

Rojo miró al gato amarillo.

–Entonces, ¿dónde está tu sera ahora, Harry? ¿Está lavando los platos de la sopa?

El señor Stickles hizo un gesto con el pulgar y un leve movimiento con una de sus cejas, lo que significaba que la señora de la casa estaba arriba, justo encima de sus cabezas, y que si iban a hablar de asuntos de sangre y hierro, sería mejor que bajaran la voz.

–¡Has acertado, Harry! ¡Esta vez sí que has acertado! Es ese pequeño y bonito metal que hizo tan ricos a esos emperadores. ¡Has acertado! ¡Lo has acertado! La pregunta es ahora: ¿cuánto dinero vas a pagar por él?

Red se quitó la gorra y la dejó boca abajo a sus pies. La alegría de su “comida” y la idea de “empapar” a su enemigo habían hecho que gotas de sudor humedecieran la parte delantera de este objeto; y sobre este sudor de “comida” una mosca azul comenzó a alimentarse con tal avidez que uno podría haber pensado que había una potencia nutritiva en la ira del señor Robinson.

Harry Stickles no respondió durante un rato. Ambos hombres sacaron sus pipas y se contentaron con contemplar al gato amarillo, mientras el humo ascendía en curvas de un azul vaporoso hacia el aire brumoso. El gato estiró las patas delanteras y bostezó voluptuosamente, mostrando una

garganta tan rosada como una rosa silvestre. Entonces el señor Stickles dijo, con una voz cuidadosamente modulada, de modo que su esposa, aunque estuviera escuchando desde la ventana de arriba, difícilmente podría haber oído sus palabras:

“La cantidad de seis peniques que he gastado en comprar este asunto de Wookey me permitiría tener tabaco para un año. Pero hay mucho tabaco ahí abajo, ¡muchísimo! Solo hace falta excavar para encontrarlo. Hay toneladas y toneladas, no me extrañaría”.

El señor Stickles era un hombre bajito, casi enano, con brazos largos y musculosos y una cara que parecía la de un niño loco. Su rostro era suave, redondo y pícaro, con agradables hoyuelos; pero en él, como en un experimento fantástico, se habían insertado un par de ojos que brillaban con una avaricia insana. La verdad era que mucho antes de que Philip empezara a cobrar seis peniques por el privilegio de visitar Wookey Hole, el señor Stickles solía pasar domingo tras domingo entre aquellas estalactitas.

–¡No dejes que se hunda por debajo de cien mil! –dijo alegremente Red Robinson.

–Tendré suerte si consigo sacarle cien libras –susurró el otro–, pero no puede haberlo encontrado o habría salido en el periódico.

–¡Piper se enoja! –susurró Red ferozmente–. ¡Qué precio le estoy poniendo a sus ginebras y a sus cosas! ¡Los que vamos a morir lo sabremos mañana, y eso es todo!

El señor Stickles contempló a su gato amarillo con intensa y concentrada atención. De pronto, se dio una palmada en las rodillas.

"Lo atraparía justo ahora, después de que haya almorzado y todo, si fuera a verlo *ahora*, ¡directamente del maldito carrete!"

Red Robinson se retorció y se agitó inquieto al oír la atrevida declaración de su amigo. En la secreta malicia de su corazón se había visto a sí mismo como el elegido, por una providencia justa, para hacer oscilar el metal de Cartago y Roma ante los ojos del codicioso fabricante.

«Ha estado volando por toda Europa; eso le dijo a Sally Jones el casero de su piloto en Butts' Alley... robando secretos de las tintorerías extranjeras; así que no es probable que esté en The Helms para morir».

Sin embargo, el señor Stickles ya estaba de pie, mientras que su gato amarillo, como para dar un estímulo oracular a su atrevido amo, abandonó el peral y se frotó contra sus piernas.

“Tal vez sería mejor si alguien más, alguien que no tuviera ningún interés en el dinero, alguien que fuera un buen amigo

de ambas partes, algún hombre tranquilo y agradable, por así decirlo, dispuesto a servir en casa y a lo demás, fuera a hablar con él, en lugar de aquel que es el principal agente”.

–¿Qué significa? –susurró el descubridor del estaño, que parecía un gnomo, con una mueca burlona–. ¿Qué significa?

Pero Robinson se había echado hacia atrás, algo inquieto; pues el químico enano había acercado de pronto su cara a la de él y mostraba, entre sus finos labios, la punta parpadeante de una lengua roja.

–Bueno, ¿por qué no? –dijo el cauteloso capataz de la fábrica municipal–. ¿Por qué no tocas el timbre ahora mismo y le dices al sirviente que estás allí? ¡No hay necesidad de hacer nada! Cualquier caballero puede tocar el timbre de la puerta de otro caballero y ver primero su colección de ladrillos. ¡No hay necesidad de hacer nada!

Pero el señor Stickles no sintió la misma inspiración ni la misma simpatía en la voz de su amigo que la que había sentido en la cola levantada del gato amarillo.

–Me voy –dijo de repente–. Supongo que no querrás esperar aquí toda la tarde hasta que vuelva, ¿eh? –añadió.

–¡Oh, volverás antes de lo previsto! –exclamó el otro–. ¿No sería mejor que te quedaras a beber champán con él toda la tarde, bajo sus yelmos sombríos?

Apenas ambos hombres se habían ido cuando la cabeza de una bella joven de cabello rubio apareció en la ventana.

–Vas a ver al señor Crow, ¿no? –murmuró.

“¡Voy a sorprender a tu pequeña Nancy con cien libras, no lo creo!”

Y entonces, arrodillada en el suelo con los codos apoyados en el alféizar de la ventana, Nancy Stickles vio a la joven señora Glover y a su bebé reclinados en una silla de mimbre al borde de su pequeño jardín, mientras el señor Glover, el ferretero, con un gran par de tijeras de jardinería estaba recortando el borde irregular de un seto de London Pride.

De inmediato, los pensamientos de la muchacha dejaron de ser maliciosos, vengativos o incluso autocompasivos. Metió los dedos en el bolsillo del delantal y sacó una bolsita de papel pegajosa. Sacó un caramelo de limón y se lo metió en la boca.

–¡Billy Glover cumplirá doce meses el próximo jueves! Es agradable para Betsy Jane que el señor Glover se quede en casa los días de cierre y arregle el jardín.

Fue como si un gran espíritu consolador en las cosas, perfectamente indiferente a las actividades de sangre y hierro de su compañero y el aliado de su compañero, ahora comenzara a derramarse sobre esa cabeza en la ventana, con gotas de limón y todo, todo lo que tenía para otorgar.

La voz de una paloma torcaz se hizo audible en los pequeños tilos que había al pie del jardín del señor Glover y, a pesar del ruido del tráfico en la calle de enfrente, se podía oír el agradable sonido de una cortadora de césped en el jardín que había al otro lado del del señor Glover. Ese misterioso relajamiento de todo lo duro, de todo lo intenso y tenso que llega con el otoño rodeaba a Nancy mientras miraba hacia afuera, respirando un vago olor a manzanas, dulce como la sidra. Si el musgo y las primulas eran el aroma dominante de la primavera en Glastonbury, las manzanas eran el del otoño.

Aquel día en particular era, en efecto, tan característico del otoño en Somerset como cualquier otro día. Una neblina azul cubría todo, tan espesa e intensa, que parecía como si el azul del cielo hubiera caído sobre la tierra, dejando sólo una vaga oquedad gris en el aire superior. Esta neblina azul lo invadía todo. Se deslizaba por los huecos de los setos, flotaba sobre viejos muros desmoronados, se deslizaba por las cabañas de madera y los pajares abiertos. Y aunque era de color azul, olía intensamente a barro marrón y a manzanas amarillas.

Esta niebla azul, que apestaba a zumo de sidra y a zanjas, parece poseer un peculiar poder somnífero. Los viajeros del norte o del este que llegan a Glastonbury en tren a través de Wareham pueden estar sentados erguidos y alertas cuando pasan por Stalbridge y Templecombe, pero les resultará difícil mantener la vista en el paisaje cuando el tren los haya

llevado más allá de Evercreech y lleguen a las afueras de Avalon.

El sueño parece emanar de esta zona como un anestésico fino y penetrante, dotado de un definido poder curativo, y es un sueño lleno de sueños; no de los groseros, violentos y repulsivos sueños de la noche, sino de encantadores, flotantes y evasivos sueños diurnos, más ligeros, más voluptuosos, más cercanos al deseo del corazón que las crudas, duras y violentas visiones de la cama.

Nancy Stickles sintió que una oleada de deliciosa languidez se apoderaba de ella mientras contemplaba a la familia Glover disfrutando de su pequeño jardín y mientras observaba las brumas azules que flotaban sobre los viejos muros y se acumulaban en los huecos entre los estrechos callejones, y flotaban en las puertas de las pocilgas, las puertas de los retretes y las puertas de los corrales de las aves, y fluían como la esencia vaporosa de alguna gran manzana azul de los huertos del espacio sobre todo lo que ella podía ver. Se sentía muy amistosa con su marido. Nunca la golpeaba. Nunca la maltrataba. Siempre le daba exactamente la misma suma de dinero todos los sábados, fueran cuales fuesen los ingresos que generase la tienda. No bebía. Elogiaba su cocina. Pero, por otro lado... ¡oh, qué feliz era siempre cuando él se alejaba y ella se quedaba sola!

En Nancy debía de haber algo del inquebrantable entusiasmo por la vida que los dioses habían dado a la

anciana Madre Legge, su tía abuela. Era una muchacha extraordinariamente bonita, de tez tan clara y tersa y figura tan redondeada que la gente se volvía para mirarla cuando pasaba. Pero Nancy no sentía autocompasión. Nunca se le ocurrió que Dios o la humanidad la hubieran perjudicado porque su padre muriera en el asilo y su madre en el manicomio del condado, o porque la casualidad de la proximidad la hubiera engatusado para que se casara con el más pobre y avaro de todos los comerciantes de Glastonbury.

No le gustaba mucho que Red Robinson, el amigo de su marido, mostrara tendencia a tomarse libertades con ella; pero se las arreglaba para rechazarlo sin «causar problemas» y, tan pronto como lo perdía de vista, tenía el poder de apartarlo de sus pensamientos. Nancy Stickles estaba quizá más perfectamente adaptada a los caminos de la Naturaleza y a las condiciones en las que todos vivimos en esta tierra que cualquier otra persona consciente de Glastonbury, excepto el señor Wollop y Bert Cole. Pero Nancy tenía una doble ventaja sobre estos dos partidarios del mundo visible: el hecho de que incluía muchos detalles y matices de carácter psicológico completamente fuera del alcance de Bert y el ex alcalde.

Ella compartía con su tía abuela un cierto hábito mental rabelesiano, o al menos un hábito mental que no amaba la vida por su base animal.

En ese momento, por ejemplo, cuando se hizo evidente que Billy Glover había “olvidado dónde estaba” y lo llevaban a patadas y gritos hacia la casa, Nancy Stickles no sintió repugnancia. Si la hubieran llamado en ese momento para bañar a Billy Glover, habría entrado en la habitación de Billy sin siquiera un suspiro y pronto habría estado mirando por la ventana de Billy, ¡justo como estaba mirando por la de Harry!

Cuando no sufría un dolor físico agudo, o estaba en presencia de un dolor físico agudo, Nancy Stickles disfrutaba de cada momento de la vida. Le gustaba tocar la vida, oír-la, oler-la, saborearla, ver-la; pero iba mucho más allá del señor Wollop y Bert, como de hecho iba más allá de todos en Glastonbury, excepto su actual alcalde, en el disfrute de la religión. Para Nancy Stickles, Dios era una Persona digna, bien intencionada, pero un poco indefensa, como el párroco Dekker; Cristo era una Persona adorable, pero un poco inquietante, como Sam Dekker; el Espíritu Santo era, sencillamente y con mucha reverencia, una Paloma Torcaz muy grande y muy voluble; pero todas estas Entidades se movían de un lado a otro en un Glastonbury interior, detrás del escenario; un Glastonbury con campos más verdes, un Chalice Well más rojo, manzanas más amarillas y nieblas aún más azules que el que Nancy conocía mejor, pero uno –de todos modos– del que se sentía frecuentemente consciente, y hacia el cual su alma femenina más profunda se expandía en deliciosas olas de admiración, esperanza y amor.

No todas las mujeres de Glastonbury, por ejemplo, si hubieran corrido a abrir la puerta cerrada de la farmacia y hubieran encontrado en la puerta a Tossie, pariente de su marido, que evidentemente estaba en un estado avanzado de embarazo, la habrían saludado con el animado abrazo y el beso de bienvenida de Nancy.

Sin embargo, Tossie no dio muestras de sorprenderse por estas manifestaciones. Todo el mundo sabía que Nancy “era de besar y abrazar”, y la joven dama se comportaba ahora con una tolerancia grave e indulgente y un aire que parecía decir: “Nosotras, las mujeres, tenemos derecho a que ustedes, las chicas, nos mimen, pero si hubieran tenido *nuestra* experiencia de vida, estarían menos emocionadas”.

Las dos se trasladaron juntas al jardín trasero y se sentaron en el banco que había debajo del muro, ocupado hasta hace poco por Harry y Red. El gato amarillo ya no estaba a la vista y la joven dueña de la casa se llevó muy pronto los feos trapos de fregar. Incluso recogió los fragmentos del cuenco de barro y los llevó adentro. Tossie, sentada con las manos juntas, no prestó atención a estos movimientos.

“No iré al hospital hasta después de Navidad”, comentó. “Tal vez hasta Año Nuevo”.

“¿Os quedaréis donde estáis hasta que llegue vuestra hora?”

–Eso es lo que dice mi señora, pero pronto tendrá que conseguir una chica que la ayude en casa, porque yo corro el riesgo de marearme.

“¿Te sientes muy sola cuando te mareas?”

–No en particular –respondió la otra despreocupadamente.

De hecho, hasta el día de hoy y hasta el día de su parto, Tossie nunca tuvo ni un atisbo de mareo o desmayo.

"¿A quién traerá la señorita Crow a casa para ayudarla?"

Tossie procedió a añadir a su aire de madre de generaciones el aire de otorgante de sinecuras.

“Me preguntó si conocía a alguna amiga mía, tal vez, y le dije que iría a ver a la esposa de Harry, Nancy; pero, por supuesto, le dije que, siendo gente adinerada, por así decirlo, y comerciantes de clase alta, es dudoso que Nancy viniera”.

–Podría ir por las tardes y por las noches –dijo Nancy pensativa.

Pensaba para sí misma (y sin embargo no pensaba, pues se trataba de un proceso menos definido), pero sentía más bien, con cada fibra de su cuerpo, con cada nervio de su cuerpo, con cada latido de su sangre, que sería

extraordinariamente agradable caminar hasta Benedict Street todas las tardes y tomar el té con Tossie en lugar de hacerlo en casa. «A Harry le gusta tomar su propia cerveza», se dijo.

–¿Podrías preparar la cena y ayudarme a lavar los platos?
–gritó Tossie con entusiasmo–. No tendrían nada que decir para el almuerzo. ¡Dios mío, Nance! Me encantaría que vinieras. ¡Ahuyentarías todos sus desmayos si estuvieras allí conmigo!

Nancy reflexionó. “Supongo”, dijo, “que a Harry le gustaría que me fuera. Ha estado ganando muy poco en el taller este último año, debido a la competencia”.

–¿Harry te deja ver lo que hace? –preguntó el sagaz Tossie– ¿o lo saca de la caja y te cuenta cualquier historia que quiera?

–Los hombres prefieren ocuparse de sus propios asuntos, por regla general –respondió Nancy con cautela; y luego, para cambiar de tema, le preguntó a Tossie por Lady Rachel.

Tossie se volvió, en un segundo, extremadamente reservada y extremadamente trascendental.

“Ella no está contenta. Cualquiera puede verlo. Pero no le cuenta las cosas a todo el mundo. Sólo se las cuenta a la gente que conoce muy bien... a la gente de la casa”.

“¿El señor Athling va a verla regularmente?”

La importancia que se reflejaba en el rostro de Tossie mientras se preparaba para responder a esta pregunta deleitó a Nancy. Todo esto formaba parte de esos matices de vida que ella disfrutaba tanto como la superficie llena de basura.

“La gente puede conocer gente cuando quiere, especialmente si son damas de título, sin tener que venir a casa, ¿no es así?”

Los ojos de Nancy brillaron de alegría. La idea de iniciarse en las intrigas de la moda la emocionaba.

–Quizás te gustaría venir conmigo ahora y ver a la señorita Crow –dijo Tossie casualmente.

Hablaba con la despreocupada negligencia de un embajador real que lanza un cebo a otro embajador real. Nancy se levantó del banco, fue a la ventana de la habitación trasera, la sala de dispensación de productos químicos, y miró hacia el interior de la casa. En aquella pequeña habitación trasera sólo faltaban cinco minutos para las tres. El desorden de aquella habitación, su aspecto de estar al día (no se parecía en nada a una farmacia de verdad, sino a una botica extremadamente humilde, ¡donde podría haber un sillón de barbero!) la hacían sentir más segura que nunca de que Harry estaría de acuerdo con que fuera.

–Sí, si has descansado lo suficiente, Toss, y estás segura de que la caminata no te cansará, me encantaría ir contigo ahora. No le tengo ningún miedo a la señorita Crow. Una vez habló conmigo durante mucho tiempo en el campo de cricket. Me gusta. Es agradable.

En su camino, las dos jóvenes vieron a John Crow, que caminaba apresuradamente por el otro lado de la calle.

–¿Es ese el señor Crow que sigue trabajando para el alcalde, Toss? –preguntó Nancy.

–Seguro que sí, y además se ha casado con su prima, que vive con la señorita Drew en Casa de la Abadía. La señora fue a visitarlos un día de la semana pasada a la casa de la señora Boul en North Loove. Solo tienen una habitación, y está toda llena de cortinas, cojines y cosas por el estilo. La señora dijo que no es una habitación de verdad, es como un Estudio en Chelsea-town.

–¿Te dijo eso, Toss?

–A mí y a Lady Rachel –respondió Tossie.

–¿El señor Crow sigue trabajando para el alcalde, Toss?

“Algunos dicen que sí, otros que es un idiota. Otros dicen que es un espía ruso. Pero, en cualquier caso, es el primo de Philip Crow, aunque no se hablen”.

–¿Qué es eso que oigo, Toss, sobre que el alcalde está cavando grandes fosas en Chalice Hill para encontrar la Copa de la Cena de Jesucristo?

–Eso no es más que una tontería –explicó Tossie–. El señor Geard está cavando pozos; está colocando cimientos. Va a construir un arco de piedra, eso es lo que dicen en nuestra casa, y hacen que el manantial rojo corra por debajo de él.

“Hay una gran cantidad de extranjeros que vienen a Glaston desde el día del Festival”.

–Detente un momento, Nance, mientras recupero el aliento. Cuando estás como yo, no te exaltarás al caminar.

Nancy obedeció y se detuvieron junto al muro de San Benigno.

–Sally Jones me dijo –susurró Tossie, en un tono tan preñado como su propia figura– que oyó al alcalde decirle a su esposa que habría un milagro cuando el agua roja corriera bajo su nuevo arco.

“Sal dijo que parecía un profeta cuando habló de ello. Ella dijo que le contó a su esposa acerca de unos galeses de la antigüedad, con un nombre que empezaba con T como mi propio nombre, que escribieron acerca de este milagro antes de la época del Rey Arturo”.

Nancy contemplaba la torre de la iglesia de San Benigno,

en cuyo entorno varios vencejos negros cortaban el aire brumoso, balanceándose y describiendo círculos. Sus ojos tenían una mirada perdida y extática.

“Vivimos tiempos maravillosos y emocionantes, Toss. Desde que me confirmaron en la catedral, siempre he tenido la sensación de que me gustaría ver un milagro”.

Mientras Nancy pronunciaba estas palabras, puso su mano sobre la pared del cementerio de San Benigno y acarició suavemente su verde cojín de espeso musgo.

–Piensa, Toss, cómo sería –continuó con voz baja y asombrada– si hubiera un verdadero milagro en Glastonbury.

Tossie Stickles sintió que obtenía más consuelo de la suave presión de esa vieja pared contra su cuerpo fecundo que de cualquier desviación concebible del sistema normal de cosas.

“No creo en los milagros”, dijo. “Supongo que es porque tengo muchas cosas en la cabeza”.

Tossie Stickles no era la única persona del pueblo que tenía la mente ocupada aquella hermosa tarde. Philip Crow, después de una entrevista con Harry, el químico, miró el reloj de su estudio. ¡Sólo las tres y media! Se había librado de aquel enano codicioso en un abrir y cerrar de ojos. ¡Qué hombre tan raro, con su cara tan redonda y tersa y sus ojos

tan ávidos de billetes! Salió a toda prisa del estudio, *donde* había estado mostrando al señor Stickles sus propios ejemplares de estaño de Wookey Hole, y se dirigió al pasillo. La puerta del salón estaba abierta. Miró dentro. ¡Qué bien olían aquellos floxes! ¡Qué bien arreglaba Tilly las flores en una habitación, tan diferente de esos desordenados ramos de flores silvestres que la tía Elizabeth siempre dejaba por allí! ¡Querida Tilly! Cerró la puerta, pensando para sí: «¡Debe ser muy desagradable en esos países donde las habitaciones no tienen puertas que cerrar!».

Se quedó un momento en el vestíbulo, escuchando. La intensa y brumosa luz del sol otoñal se filtraba a través de los cristales romboidales de color victoriano, insertos sobre la puerta principal, y caía sobre la mesa del vestíbulo, arrojando una luz rosada sobre la bandeja de tarjetas de visita que allí se encontraba, sobre la cual Emma, la verdadera hija de Sly el pastor, había colocado la tarjeta de la virgen de Lady Rachel Zoyland; caía sobre la pica disecada, traída, como el famoso retrato de la madre del poeta Cowper, «de Norfolk», y finalmente caía sobre un Bradshaw encuadernado en cuero con un pisapapeles de latón sobre él.

¡No! No se oía ni un ruido en la casa. Debía de ser el día de salida de los criados y Emma debía de estar «acostada», arriba. Sus ojos se posaron por casualidad –quizá porque estaba tan sonrosado por el cristal de colores que había

sobre la puerta– en el Bradshaw⁶² y en el pequeño león de bronce de San Marcos que lo mantenía en su sitio. Suspiró, un suspiro rápido, breve y profundo. Perséfone le había traído ese absurdo objeto de bronce desde Venecia. ¡Qué chica más extraña! ¿Qué demonios había hecho para ofenderla, para que se mostrara tan fría con él? Había sido tierno, considerado, diplomático. ¡Había sido todo lo que a ellas les gustaba! No podía evitar hacerle el amor cuando dormían en esos lugares: Taunton, Bath, Exeter, Bristol. ¿Qué otra cosa esperaba ella? ¿Pensaba que hombres y mujeres podían yacer tranquilamente uno al lado del otro, como dos muchachas? Eso era precisamente –por lo que él podía entender– lo que ella pensaba. ¿Por qué demonios, si no, se había vuelto contra él? ¡Bien! ¡*La dejaría ir!* ¡Solo! Ese era su destino manifiesto: luchar solo con ese mundo caótico, sin el cálido consuelo de la fiel dulzura de una muchacha. Por un instante, mientras contemplaba aquel resplandor rosado y la oblicua y polvorienta pendiente que descendía hasta él, pensó que sería bueno que, cuando fuera mayor, Tilly aceptara adoptar a su pequeña hija Morgan. Pero su madre nunca la abandonaría, y Tilly nunca consentiría. Además... ¡qué trampa para sus enemigos!

Se quitó el sombrero de fieltro gris y eligió un bastón de entre media docena de bastones que había allí, apiñados, como para protegerse, en su soporte pintado alrededor del

62 El Bradshaw es un horario ferroviario británico, publicado anualmente desde 1839 hasta 1961.

gran paraguas de Tilly. Nunca le habían importado mucho los bastones. ¿Quién era el que se había cruzado la semana pasada que hacía tanto alboroto por su bastón? ¡Ah, ese bribón de John! Había visto al truhán el otro día, en casa de la tía Elizabeth y, por más que hacía lo que podía, no podía controlar su ira con el tipo.

¡Bien! Debía darse prisa y llegar a la oficina. Pero deseaba que la luz rosada de aquel aparato de latón no le hubiera hecho pensar en esa bonita cintura y aquellas caderas de muchacho. Abrió la puerta y caminó con sus pasos rápidos y cortos por el camino de entrada hasta llegar a Wells Road. No le llevó mucho tiempo (a menudo había calculado el tiempo con exactitud, no más de un cuarto de hora) llegar a su oficina.

«¡No! ¡No habría sido bueno volar al continente hoy!», pensó mientras era recibido por un coro de ansiosos llamados de sus jóvenes hombres y veía a los solicitantes de su atención esperando en su antesala y la pila de cartas, llegadas por el segundo correo, sobre su escritorio.

Se sentó en su sillón giratorio frente al gran bloc de notas familiar, lleno de cálculos precisos. Echó una rápida mirada por la ventana hacia la conocida chimenea de la fábrica. «¡Ja!», se dijo a sí mismo, «¡Habrás más de vosotros, mis queridos muchachos, echando humo antes de que Philip Crow esté acabado!».

Le llevó tres cuartos de hora dictar sus respuestas más importantes y luego otros veinte minutos atender a sus dos visitantes más importantes. Luego, recibió una llamada para que fuera al teléfono.

«Ése es el tipo que quiero», pensó. «Ése será mi buen Will».

En efecto, así fue Will Zoyland; y la comunicación del Bastardo fue tan apremiante y crucial que hubo un violento correr de un lado a otro en la oficina de Crow Dye Works.

«Hoy no hay té en casa», pensó Philip, mientras se apresuraba a despachar el resto de los asuntos del día. Despidió a todos sus suplicantes locales y les dijo que volvieran al día siguiente; y concedió sólo diez minutos a un hombre de Londres y otro de Birmingham.

–Parece que nuestro caballero está en una cala muy concurrida –le dijo el hombre de Londres al de Birmingham mientras se marchaban juntos–. ¿Cuándo sale su tren? ¿El de las cinco a Bristol? Voy a tomar el Somerset and Dorset hasta Wareham y luego cogeré el viejo de las seis y media a la ciudad.

–No me extrañaría que este pequeño agujero volviera a resurgir –dijo el hombre de Birmingham cuando estaban a mitad de camino por Benedict Street–. Es un lugar muy bonito.

–¡Siempre y cuando ese alcalde loco que han elegido –asintió el otro– no arruine las cosas con su maldito socialismo! Me dicen que el tipo está empezando a crear una comuna aquí. Luego izarán la bandera roja. Pero tienen un cliente difícil con el que tratar, eso es evidente, en nuestro amigo Crow.

El propio Philip, más tarde esa tarde, caminaba rápidamente desde donde había dejado a Zoyland hacia la salida del bosque Wookey Hole. «Empezaré a hacer contratos de inmediato por ese año», pensó. «No ganaré ni un centavo con el nuevo negocio de Tintorería. ¡Los haré competir entre sí! Si el año sale en buenas cantidades, comenzaré también ese tramo de carretera, inmediatamente. Si los romanos tenían una carretera ahí, yo puedo tener una carretera ahí. El bueno de Will se emocionó mucho. ¡Cómo se le movía la barba!»

La mente de Philip dejó de esbozar las frases más borrosas, dejó de evocar incluso esos misteriosos jeroglíficos abreviados, mitad palabra, mitad imagen, que tan a menudo utilizamos. En la emanación orbital de su cuerpo, proyectada como un nimbo móvil alrededor de su figura cuando se movía, se formaban enormes imágenes que luego, aniquilándose como por orden de un director de escena interior, se construían de nuevo, en formas más extrañas.

Su energía, mientras caminaba con esos pasos rápidos, cortos y de mando que le caracterizaban, parecía

sencillamente ilimitada. La sentía fluir a través de él, como un fluido magnético aún sin nombre. Se sentía como si estuviera aprovechando una inmensa reserva de poder, almacenada en aquellas cavernas de las que estaba saliendo, poder que se había acumulado allí durante siglos y siglos, como el depósito metálico que pronto extraería, y en cuya fuerza nada podía frenarlo, nada podía frustrarlo. Lo curioso era que, mientras se entregaba a esa sensación embriagadora, sentía una excitación que era en realidad fálica. Y no había nada antinatural en ello.

Ambas son dos grandes fuerzas que emanan de la Primera Causa de doble naturaleza y poseen la energía del sexo. Una es creadora, la otra destructiva; una es buena, la otra mala; una ama, la otra odia. Pero a través de ambas se vierte la energía magnética que mueve y perturba el letargo de la Materia. Ambas tienen niveles abismales en su ser que trascienden todo lo que actualmente conocemos sobre la dualidad de la vida y la muerte.

¡No existe ningún misterio último! Esa frase no tiene sentido, porque la realidad del Ser está cambiando siempre bajo la voluntad primordial y arbitraria de la Primera Causa. El misterio de los misterios es la Personalidad, la Persona viviente; y en la Personalidad hay algo indeterminado, inexplicable, que cambia a cada segundo. Las filosofías hindúes que sueñan con el Uno, el Eterno, como un Último detrás de la arbitrariedad de la Voluntad Personal están engañadas. En realidad, aunque hablen de “Espíritu”, están

bajo la esclavitud de la idea del cuerpo y de la idea de la materia física como un “último”.

Aparte de la Personalidad, aparte de la Voluntad Personal, no existe un ser “último” como la Materia, no existe un ser “último” como el Espíritu. Más allá de la Vida y más allá de la Muerte existe la Personalidad, que domina tanto la Vida como la Muerte según sus propios propósitos arbitrarios y voluntariosos.

Lo que los mortales llaman Sexo no es más que una manifestación en la vida humana, en la vida animal y vegetal, de un cierto espasmo, de un cierto estremecimiento delicioso, de un cierto orgasmo de naturaleza puramente psíquica, que pertenece a la Personalidad de la Causa Primera.

Hay mentes humanas –que encuentran fácil hipnotizar a los superficialmente inteligentes– que aplican a los misterios primordiales de la vida y del sexo ciertos nombres eruditos, y con esa denominación y la observación de ciertas secuencias, creen que las cosas se explican. Nada se explica. La única energía causal en la Naturaleza es la energía de la Primera Causa de doble naturaleza y de las innumerables personalidades menores cuya existencia se revela en el desenvolvimiento del Tiempo. ¡Y el temblor extático de esa gran onda cósmica que llamamos Sexo recorre todo el universo y funciona en cada organismo independientemente de los objetos externos de deseo!

La partenogénesis, como la definió hace mucho tiempo la clarividencia cristiana, es un símbolo de lo que el alma logra constantemente. Así son los Dientes de Dragón sembrados por Cadmo; y los guijarros arrojados tras ellos por Deucalión y Pirra⁶³.

Los compositores de ficción aspiran a una verosimilitud estética que rara vez corresponde a las disposiciones mucho más excéntricas y caóticas de la Naturaleza. Sólo en contadas ocasiones estos escritores están tan desgarrados y rotos por el Demonio que llevan dentro que pueden añadir su propio toque a las crestas de las olas de la realidad a medida que se levantan, trayendo restos y enredos marinos y monstruos marinos vivos y muertos y espuma sangrienta y cieno del fondo al rocío del arco iris.

Entremezclan lo “cómico” y lo “trágico” de una manera muy diferente (¡tan difícil es librarse de las convenciones adheridas a la tradición humana!) de las espantosas monotonías y las sublimes sorpresas en las que se deleita la Naturaleza.

Todos los pensamientos, todos los sentimientos

63 En la mitología griega, Cadmo es el héroe fundador mítico de la Tebas beocia, llamada Cadmea en su honor. Se atribuye a Cadmo la introducción del alfabeto en Grecia, al igual que la del arado, la fundición de metales y la agricultura. Deucalión, hijo de Prometeo, fue el superviviente del gran diluvio enviado por Zeus. Se dice que Deucalión reinó en las regiones próximas a Ftía, y su esposa fue Pirra, hija de Epimeteo y Pandora, la primera mujer creada por los dioses.

conscientes pertenecientes a los organismos vivos, en un punto determinado de la circunferencia de la Tierra, se elevan y se irradian hacia afuera desde ese punto, superando en su ascenso los eidolas del sonido y los eidolas⁶⁴ de la vista que los acompañan.

Philip se detuvo un momento en el sendero que conducía a la pequeña puerta que salía del bosque. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones. No llevaba sombrero ni bastón. Su traje era el mismo traje de tweed áspero de color brezo que había llevado en primavera durante la fiesta del té de su tía. Lo que podía ver del cielo por encima de los árboles estaba nublado. La niebla blanca que se elevaba desde el río Wookey Hole que brotaba del lado del precipicio verde y húmedo que se extendía debajo de él pronto se perdió en ese peculiar azul de Somersetshire que no es ni aire ni vapor, ni agua ni nube, sino un fenómeno, una entidad única en sí misma.

Con ese azul atmosférico llegó a sus fosas nasales un olor dulce, penetrante, más bien mórbido, un olor que Philip habría llamado simplemente "el olor del otoño"; pero que en realidad estaba compuesto por la muerte de muchas hojas grandes de sicómoro, las emanaciones de ciertos hongos venenosos amarillos empapados por la lluvia, la leve fragancia de helechos inclinados, el olor saludable pero muy

64 Un eidolon (plural eidola) es una imagen, fantasma, aparición, según la mitología griega y la teosofía, es una copia astral de un difunto.

almizclado de la hierba de San Roberto que crecía entre masas descoloridas y enredadas de mercurio de perro⁶⁵ y belladona.

Philip se quedó mirando el suelo que tenía delante como en un trance. Había unas cuantas hojas brillantes de color verde oscuro de helechos lengua de corazón colgando sobre un borde fangoso justo allí, y cerca de ellas las raíces lisas y redondas de un árbol de haya cubiertas de una humedad negra y viscosa. Entre los pliegues de las raíces de haya que estaban más cerca del tronco había charcos infinitesimales de agua de lluvia negra como la tinta, cuya presencia reducía la oscuridad del lodo vegetal que goteaba cerca a un verde negro indescriptible. Sobre las raíces de este árbol había varias ramitas pequeñas y podridas, algunas de las cuales estaban cubiertas de un musgo suave y de un verde brillante del que sobresalían esos diminutos crecimientos fungosos que los niños llaman copas de hadas.

Lo que Philip habría llamado simplemente una “sensación de otoño” se manifestaba también en el clamoroso graznido de los grajos sobre los árboles más altos y en un oscuro olor a hojas húmedas que llegaba flotando, como un aliento trémulo y voluptuoso salido de la boca misma de la Muerte.

⁶⁵ *Mercurialis perennis*, comúnmente conocida como mercurio de perro, es una planta venenosa de los bosques. Es una planta herbácea que crece generalmente en masas densas, a menudo en la flora del suelo de hayas, robles, fresnos, olmos y otros tipos de bosques en Europa.

Cuando subió a su coche para regresar a Glastonbury, descubrió que al hacer ese esfuerzo para explicarle las cosas a Will Zoyland, que tenía una mente tan capaz de comprender asuntos como la del Cœur de Lion (Corazón de León, el rey Ricardo), no solo había aclarado muchas cosas en su propia cabeza, sino que también había tomado varias decisiones drásticas con respecto a la acción inmediata.

La despreocupada «desesperación» de Zoyland no había dejado de tener efecto sobre él, por infantiles que fueran sus nociones de negocios, y mientras recorría los estrechos callejones para llegar a la carretera principal sin necesidad de pasar por Wells, seguía pensando, bajo el cielo húmedo y nublado donde no se veía una estrella, que una crisis realmente importante había llegado por fin a sus cuidadosamente trazados planes.

«Comenzaré a trabajar en la minería de inmediato», pensó, «y mañana volaré a Taunton para ver a esos contratistas de carreteras. Será mejor que me apresure antes de que empiecen las heladas en serio. ¡Pero el clima se mantendrá bueno hasta Navidad! Siempre es así en estas regiones húmedas, ¡tan diferentes de Norfolk!».

Conducía cada vez más deprisa en la noche húmeda y fría, y los olores a tierra que se elevaban a su alrededor desde las zanjas profundas y los amplios campos se convirtieron en un alimento muy importante para sus pensamientos dominantes. No articulaba sus sentimientos sobre la vida. No

era ningún filósofo. Pero en ese momento lo invadió, como un delicioso chapuzón en agua helada, una sensación de absoluta soledad en el mundo.

Mientras atravesaba las frondosas corneis y dejaba que las hojas bajas rozaran su máquina, sintió un orgullo exultante de estar solo y de luchar por su propia cuenta contra todo el sistema de cosas. Como muchos otros estadistas competentes, tanto antes como después del señor Maquiavelo, la obtusa estrechez del ateísmo de Philip, dogmático con el dogmatismo del instinto más que con el de la razón, descartaba toda posibilidad de ayuda sobrenatural en esta crisis de sus asuntos. Sentía un cierto impulso hacia el exterior que surgía de lo más profundo de su ser; pero ¿cómo iba a saber, con su innata incredulidad, que ése era el nervio umbilical que vibraba en su interior en respuesta a los nervios de la Gran Madre?

Sintió una leve, extraña y lejana insinuación de alguna fuente de energía, afín a la suya, fuera de la densa, húmeda y otoñal oscuridad que fluía a su alrededor; pero ¿cómo iba a saber que ése era el eterno movimiento y contramovimiento, en sus abismales charcas, de la Primera Causa de toda vida? Ni siquiera era completamente ajeno a un algo oscuro, hostil a él, irremediabilmente hostil a todos sus planes, que luchaba incansablemente contra él en el mundo. Pero ¿cómo iba a saber él, con su pequeño y estrecho cráneo de tapiz de Bayeux, que ese algo era la inmortal Personalidad de Cristo?

Cuando llegó a la carretera principal comenzó a conducir aún más rápido.

«Este medievalismo de Glastonbury», pensó, «no resistirá mucho tiempo ante las multitudes de trabajadores modernos que traeré al lugar. Mi problema siempre será el mismo: las huelgas orquestadas por estos malditos comunistas».

Tilly se había ido a la cama cuando él llegó a casa, y Emma también. Hacía años que no dormía en la misma habitación que su esposa, y siempre había dispuesto todo para él de modo que encontraba whisky, galletas, mantequilla y queso en una bandeja negra sobre el mantel verde de la mesa del comedor, y la cama bien preparada y una bolsa de agua caliente, que normalmente estaba bastante fría cuando él llegaba, pero que daba un aspecto agradable a la cama, donde la ropa estaba levantada formando una pequeña colina cerca del pie.

Todas esas pequeñas cosas, el aspecto particular de aquella bandeja negra sobre el mantel verde, el aspecto particular de la servilleta que Emma siempre colocaba sobre la mantequilla y el queso, la acogedora amabilidad de aquella bolsa de agua caliente (Philip era anticuado en ciertas cuestiones) le daban una deliciosa sensación de sentirse complacido y considerado, no sólo por una, sino por dos amas de casa competentes. Esa noche descubrió que, a pesar del cuidado que había tenido Emma al envolver con

fuerza la toalla alrededor de la jarra de agua caliente de metal en su palangana de porcelana, el agua todavía estaba caliente; y mientras se lavaba las manos, pensó para sí:

“Mi vida es exactamente como me gustaría que fuera. Este año va a ser la crisis de mi vida”.

Ninguna rodilla se dobló ante ningún poder sobrenatural, el señor Philip Crow, de The Elms, Glastonbury, Somerset, mientras apagaba su globo eléctrico, se metía en la cama y estiraba los pies hacia abajo, encantado de encontrar que todavía había calor en la botella de piedra.

«Esta noche hay un aire otoñal en el aire», pensó. «Hacía frío en esos callejones».

Pero entonces hizo algo que demostró lo emocionado que estaba después de su resuelta conversación con Zoyland. Se apretó los nudillos contra los globos oculares cerrados.

Cuando era un niño pequeño, después de que su abuela Devereux repitiera sobre su almohada con su voz severa y a la vez cariñosa:

“Los ángeles uno, dos y tres guardan tu manta; mientras sobre tu cabeza dormida están extendidas las alas de Miguel!

Estaba acostumbrado a hacer esto, y descubrió que el caleidoscopio de colores asombrosos que esta presión hacía

pasar ante su visión era curiosamente relajante para su joven mente en la negra oscuridad.

Y ahora, mientras apartaba los nudillos, vio el Glastonbury que sus actuales planes crearían. Vio sus pesados camiones avanzando a toda velocidad por una amplia carretera desde Wookey hasta las afueras de Lake Village Field. Vio su buena carretera de hormigón que cortaba en diagonal los prados desde este punto hasta el centro de Street. Vio su gran puente nuevo (que hacía que el viejo Pom Parles, el Puente Peligroso de las Leyendas, pareciera insignificante y desdeñable) por el que sus camiones cruzarían el Brue. Vio tres altas chimeneas nuevas de fábrica que se alzaban desde su fábrica de tintes en la ciudad. Vio las filas, filas y filas de casas de trabajadores (no ridículas ni extravagantes, sino sólidas y útiles) a las que se sentirían atraídos los trabajadores de Bristol y Cardiff, e incluso de lugares más lejanos. Vio el cartel de “¡Se vende!”, instalado sobre su preciosa fábrica de juguetes socialista, que ni siquiera se molestaría en comprarles.

«Y todo esto lo habré hecho yo solo», se dijo.

Philip tenía una peculiaridad curiosa y sorprendente: siempre dormía (salvo en las noches más cálidas del verano) con la ventana cerrada. Era una peculiaridad que, sin que él se diera cuenta, compartía con la mayoría de los trabajadores de su fábrica, pero sin duda se trataba de una de sus anticuadas costumbres de principios de la época

victoriana. Por ejemplo, la abuela Devereux solía decir siempre: «¡Cuidado, niños, con el aire de la noche!». Así, cuando se dio la vuelta sobre el lado izquierdo para dormir, el olor que percibía en sus fosas nasales tenía muy poco de esa sensación otoñal que había hecho que su botella de piedra le resultara tan agradable. Era un olor compuesto, un olor formado en parte por su edredón de plumas, en parte por la pintura de su jarra de agua caliente, en parte por su pastilla de jabón Windsor marrón recientemente usada y en parte por un gran baúl de cedro en el que Tilly y Emma guardaban su ropa de invierno.

Los pequeños movimientos físicos, más aún, las posiciones físicas apenas conscientes de los cuerpos humanos durante el sueño han inclinado la balanza en muchas grandes crisis de la historia. Si Constantino, por ejemplo, hubiera dormido sobre su lado derecho en lugar del izquierdo antes de su batalla decisiva, si César hubiera dormido sobre su lado derecho en lugar del izquierdo antes de que lo llamaran al Senado, si Boadicea hubiera dormido boca arriba antes de luchar contra los romanos, o Cleopatra boca abajo antes de enviar a Antonio a luchar contra ellos, los grandes acontecimientos podrían haber tenido un desenlace distinto y el resultado de los grandes acontecimientos podría haber sido diferente.

En esta ocasión, Philip Crow se dio vuelta para dormir sobre su lado izquierdo. Cuando se acostaba con su prima Percy, siempre tuvo a la muchacha a su lado izquierdo, por

lo que fue bastante natural que cuando se calmó el fermento de sus planes y trató de dormir, en lugar de que lo invadiera el sueño, lo invadiera el amor y comenzara a abrumarlo y atormentarlo.

Sin duda, en ciertas familias antiguas hay una profunda e inextirpable tendencia a lo que podría llamarse erotismo centrípeto. La tendencia a la endogamia no siempre es un signo de degeneración en una raza. A menudo es un instinto de conservación del ethos, que desconfía de la amenaza de los mestizos. Sin duda, algo de la desmesurada individualidad de los Crow se debía a los constantes matrimonios entre primos, que duplicaban y redoblaban las peculiaridades de su «gens».

Lo que atormentaba ahora a Philip era la cintura larga y esbelta de Perséfone y sus caderas estrechas y juveniles. A menudo, en su vida, se había imaginado que era más casto que la mayoría de los hombres, debido a la mirada fría y crítica con la que era capaz de mirar a las mujeres. Su única aventura amorosa apasionada antes de volver a encontrarse con su prima, después de una larga separación, había sido con un chico de la escuela, cuya figura, añorada, era casi idéntica a la de Percy.

La suavidad, la dulzura y la sumisión naturales de las muchachas normales siempre le habían resultado repulsivas. Para que se le acelerara el pulso tenía que haber algo voluntarioso, evasivo, difícil, retraído; y como todas esas

cualidades formaban parte de la esencia misma de la naturaleza de su prima, lo había atraído fatalmente en cuanto reapareció. Todavía estaba en Glastonbury. Lo sabía, aunque hacía semanas que no la veía y no hablaba con ella desde hacía un par de meses. Al parecer, había dejado a Dave. En cualquier caso, había regresado a Bristol sin ella después de que terminara la huelga. Los chismes de la ciudad –contados a Tilly por Emma y contados por Tilly a él durante una mesa de té posterior– declaraban que se había convertido en la compañera inseparable de Angela Beere.

Philip conocía bien a Angela, por supuesto, ya que su padre, que no era en absoluto un abogado incompetente, aunque sí un glotón enamorado, había trabajado a menudo para él; pero su frialdad de Madonna (sin duda era bastante «retraída») le había repelido de algún modo. Que hubiera llegado a existir una amistad apasionada entre una criatura tan silenciosa y de sangre fría y la vivaz Percy le parecía extraño, incongruente, increíble. Pero claro, como bien sabía, lo increíble era lo que siempre ocurría en estas cosas.

Después del espectáculo, cuando el tipo se recuperó lo suficiente como para dejar el hospital, Tilly le contó las historias más fantásticas de que «algo estaba pasando» entre ese galés loco y Perse. Él nunca lo habría creído, pero pensó que comprendía la causa de la historia, pues conocía muy bien la pasión de su prima por lo extraño y lo exótico.

Philip estiró el brazo derecho mientras yacía sobre su lado

izquierdo y agarró en la oscuridad el frío poste de madera de palisandro que se encontraba junto a la cabecera de su almohada. Desde la dimensión onírica que rodea nuestro mundo visible, el espectro de su abuela Devereux luchaba frenéticamente por darle una advertencia. Poder ver su pequeña, pulcra y bien moldeada cabeza (para estos inquilinos insustanciales de la envoltura etérica de nuestro plano material la oscuridad física no es un impedimento) acostada sobre la almohada y no poder atraer su atención era una atroz tentación para este orgulloso espíritu que venía de más allá de nuestro palpable mundo onírico.

La ocasión era, en verdad, muy característica de lo que la Primera Causa, en sus estados de ánimo maliciosos, se deleita en evocar; pues mientras Philip, en un espasmo de salvaje anhelo por la esbelta cintura de su prima, agarraba con ira aquella suave barra de madera, el espectro de la única mujer que alguna vez lo había amado apasionadamente luchaba frenéticamente con las leyes del universo para darle una señal, una muestra, una advertencia de que estaba poniendo, no una mano ciega sobre el poste de una cama, sino un pie ciego en un camino que conducía a la desesperación y la locura.

–¡Perse! ¡Perse! ¡Oh, Perse!, ¿dónde estás? ¡Vuelve a mí, Perse!

Pero Perséfone, en un dormitorio pequeño y barato que había alquilado en la destartalada casa de Dickery Cantie,

estaba incluso entonces, con su mejilla sonrojada apoyada en su delgado brazo y sus oscuros rizos juveniles formando un nimbo de oscuridad dentro de la oscuridad, soñando pacíficamente con la devoción de Angela mientras deambulaban juntos bajo las tallas en ruinas, tan delicadamente foliadas, tan tiernamente moldeadas por dedos enterrados durante mucho tiempo, en la Capilla de Santa María.

En ese estrecho cráneo del tapiz de Bayeux, mientras el viejo espectro grita cada vez más desesperadamente: «¡Deja de pensar en eso! ¡Deja de pensar en eso!», llegan ahora recuerdos dispersos de pequeñas habitaciones de posadas en Taunton, en Exeter, en Bath, en Bristol, en Dorchester, Hester, en Tewkesbury; una cortina de aquella habitación, una manta ondeante de ésta, un poste de cama de aquélla, una estampa coloreada de la suya, un canto de gallo lleno de mil amaneceres brumosos de Wessex, la marca de un perro, el traqueteo de las primeras latas de leche... y mezcladas con todas estas cosas esas caderas delgadas y la cintura como ese torso... ¿cómo diablos se llamaba?... ¡que ella le había traído cuando fue a Italia!

¿Estar despierto deseando, deseando, y con tan poca esperanza; darse la vuelta ahora mismo («Pero ya es demasiado tarde, Philip, nieto mío; deberías haberlo hecho de inmediato»); darse la vuelta ahora, patear con saña la botella de piedra a un lado; y estirarse tan rígido y tan derecho, hasta que las plantas de los pies presionaran contra

la madera; no aspirar nada más que el olor de nuestro propio jabón Windsor, y de nuestra colcha de plumas, y un leve olor a excremento de perro de nuestras botas embarradas, en lugar de esa fragancia enloquecedora que siempre nos hacía pensar en los albaricoques cocidos por el sol en el jardín amurallado de Canon Crow, la dulzura de esos hombros desnudos quemados por el sol, era todo esto el resultado de esa «sensación otoñal» que habíamos experimentado cuando fuimos a nuestra entrevista con Zoyland en Wookey Hole?

«Podría soportarlo», pensó, «podría soportarlo si sus caderas no fueran exactamente como son... ¡Sí! ¡Sí!... ¡Y si sus rizos no se enroscaran tan apretados contra su nuca! ¡Son esos rizos y esas caderas *juntos* los que tanto me atormentan!»

Por fin se durmió, alrededor de las tres; y mientras Emma soñaba que ayudaba al viejo Sly a esquilar una gran oveja de cara negra, con una cara como la de su ama, y mientras Tilly soñaba que el nuevo forro de seda de su otomana se había teñido solo –sin la ayuda de la tintorería de su marido– de un increíble color rosa concha, el dueño de The Elms soñó que el alcalde de Glastonbury le traía una enorme palangana hecha de *estaño* brillante y la sostenía ante él y gritaba: «¡Vomita!». Y soñó que, aunque vomitaba y vomitaba, no podía vomitar nada más que un poco de saliva blanca. Pero he aquí que el propio señor Geard escupió en ese enorme caldero; y sucedió que de la mezcla de sus salivas se creó en

el centro de ese reluciente recipiente de estaño brillante, un pequeño homúnculo... una niña deslumbrante... y Philip se encontró esperando frenéticamente que el rostro de este homúnculo fuera el rostro de Percy. Pero cuando el deslumbramiento de la pequeña criatura disminuyó o cuando sus ojos pudieron ver mejor su brillo, los rasgos que se le revelaron fueron tales como nunca antes había visto. Pero el Sr. Geard levantó el caldero hasta el máximo de sus brazos y gritó con un grito atronador: " *¿Dónde está el comerciante de hojalata ahora?*" Y luego, cuando Philip miró el recipiente en las manos del hombre, ¡miren! El fondo se volvió rojizo como la sangre, y mientras miraba, gotas de sangre cayeron de él al suelo y el suelo se tiñó de púrpura; y murmuró en su sueño: "¡El tinte perdido! ¡El tinte púrpura perdido!" Y cayó de rodillas debajo del recipiente e hizo con sus manos una copa y pensó en su corazón: "Cuando se haya ido, llevaré esto a mis tintorerías... y se difundirá por todo el mundo; ¡Y se llamará el Púrpura de Glastonbury!"

Fue con la cabeza llena de la imagen de ese tinte que finalmente se hundió en un sueño sin sueños; y cuando despertó, mucho después de que los pájaros de su jardín hubieran saludado al amanecer, de todos sus sueños, lo único que recordaba era el tinte. A Geard, el recipiente resplandeciente, la niña de rasgos desconocidos... todo eso lo había olvidado por completo.

Y la delgada cintura de Perséfone Spear también había quedado relegada a un lejano fondo de su mente.

XXII. VIENTO Y LLUVIA

"Haremos una gran inauguración, Crow", dijo el señor Geard a su fiel John mientras conversaban sentados después de la cena en el viejo y descolorido salón de la casa de los Geard. No se había hecho nada para mejorar esa grotesca habitación desde aquellos tiempos en los que, como Philip había asegurado a la familia reunida después de que se leyera el testamento de su abuelo, Geard había sido "una molestia para todos, con sus dos hijas desgarradas, su prédica y su pobreza".

Era el primero de octubre y se había instalado un tiempo tormentoso y salvaje. Mientras John estaba sentado en el sofá al lado de la señora Geard (pues las dos chicas habían salido esa noche) y observaba a su patrón frotarse las grandes manos blancas y asentir con su gran cara blanca sobre un fuego de leña mezclado con carbón, la lluvia caía a

raudales por los cristales y de vez en cuando las dos llamas de gas que colgaban del techo eran atrapadas por una corriente de viento (pues a la señora Geard le importaba más el aire que la protección de las cortinas) y eran arrastradas hacia los lados, a pesar de sus globos de cristal, en siniestras lenguas de llama azul, produciendo un sorprendente efecto parpadeante por toda la habitación.

–Tendremos más que eso, señor –respondió John–, si usted y yo todavía estamos vivos.

Alrededor de aquella vieja y descolorida habitación, en aquella vieja y descolorida casa pequeño burguesa, el viento de octubre parecía aullar como si hubiera sido enviado desde Stonehenge para buscar al señor Geard y se regocijara por haberlo encontrado.

«¡Perseguid a ese falso druida!», debieron decir los dioses de aquella piedra del altar, «¡e infundid nuestro terror en él!».

En el rostro delgado y alargado de la señora Geard, con sus cejas móviles y su extraña sonrisa, preocupada y vacilante, apareció una expresión muy curiosa cuando levantó la vista de su labor de punto. Como era una Rhys de Pembrokeshire, en una noche como aquella había algo que apelaba a un instinto profundamente enterrado en ella, y de alguna extraña manera disfrutaba del espectáculo de todos sus viejos objetos domésticos encogidos bajo la tormenta.

Eran cosas raras y antiguas: las pertenencias de la señora Geard: los antimacasares de lana, las peras de un amarillo enfermizo y las uvas azules bajo una gran cubierta de cristal con felpa roja alrededor de su base, la imagen de su padre, el hermano Plymouth, que miraba fijamente, con patillas de marinero y una boca como un buzón cerrado el domingo; la alfombra vieja y gastada de color ceniza, la alfombra negra de oso con amplios bordes de franela roja y más piel gris ratón que pelos negros a la vista, y todos los cojines viejos, manchados, llenos de manchas y grasientos que siempre debían ser tapizados de nuevo y nunca lo habían sido; y las mesitas destartaladas con manteles llamativos, y tantos soportes con borlas verdes y rojas colgando de marcos de fotografías, que contenían grupos de Geards y Rhyses, los primeros de aspecto mucho menos pomposo pero no menos rígidos e incómodos en los salones de fotógrafos; todas estas cosas formaban una especie de conjunto polvoriento y mullido, como el enorme nido de algún tipo de pájaro disecado, ahora extinto.

Y la señora Geard experimentaba un placer sensual y extraño al escuchar el viento aullar alrededor de la habitación, como si su techo fuera el techo de toda la casa y sus paredes las paredes de toda la casa. Tenía la sensación de que todo ese lugar cálido, mullido, grasiento y con olor a humanos se estaba desplazando a través de vastos espacios de aire nocturno y lluvioso. Dejó su labor, se alejó de John, le pidió: «¡Por favor, quédese sentado, señor Crow!» Y,

acercándose a la ventana, la abrió un poco más en la parte superior, de modo que las llamas de gas se agitaron aún más y las cortinas rojas se abultaron formando convexidades aún más grandes.

–Mi buena esposa es siempre la que necesita aire fresco –dijo Bloody Johnny satisfecho mientras observaba el movimiento de su dama, y luego regresó con entusiasmo a su conversación con John.

Pero la señora Geard, mientras volvía a tejer (calcetines gruesos y grises para la ropa de invierno de los hombres), sintió un aumento de su voluptuosa satisfacción cuando la corriente de aire que entraba por la ventana se abrió paso con sus dedos ciegos y racheados por aquella cómoda habitación. Tal vez sus antepasados principescos del sur de Gales habían sentido algo parecido cuando los tapices colgaban de sus frías paredes y el humo entraba en el salón desde sus chimeneas ennegrecidas.

Esa noche la alcaldesa de Glastonbury estaba de buen humor, pues su hija mayor le había dicho, cuando ella y Crummie se estaban poniendo sus impermeables y chanclos para salir con el grupo del abogado Beere, que el Sr. Evans había pedido que se leyeran sus amonestaciones el próximo domingo en la iglesia de San Benigno.

Así, la sonrisa vacilante en el rostro de la mujer volvía una y otra vez mientras tejía, y sus cejas se arrugaban una y otra

vez, como cuando escuchaba los sermones del doctor Sodbury. Si en ese momento, con su buen humor, hubiera hecho *exactamente* lo que le hubiera gustado hacer, se habría puesto su vieja capa desgastada por el clima, se habría cubierto la cabeza con su chal negro, habría aspirado con una exultante bocanada toda la acogedora esencia de su adorado salón y se habría puesto a «llamar» a sus dos hijas, como si fuera una niñera que hubiera venido a recoger a sus pequeños a su cargo después de un baile infantil.

Luego, mientras se quitaban la ropa mojada en el pasillo, ella le habría susurrado a Cordelia: "¡Te daré mi paraguas de bodas cuando te cases, Cordy!" El paraguas de bodas de la señora Geard no era un regalo para despreciar, ya que poseía un mango de oro macizo tallado en las proporciones más majestuosas.

–¿Está seguro, señor, de que ese arquitecto londinense entendió su diseño? –observó ahora el astuto John–. Algunos de estos lugareños se ríen de la idea de asociar un arco sajón con una cúpula bizantina.

–¿No tiene cúpula Santa Sofía? –dijo el señor Geard–. ¿No hay cúpulas en Rusia? ¿Y no he visto con mis propios ojos un arco sajón en un muro de Greylands? Es cierto que estaba tapiado ese buen arco sajón, pero un arquitecto de un lugar como Londres puede deshacerlo, ¿no? Quiero decir, ¿ves lo que sería si se sacaran las piedras y se hiciera uno similar?

Una peculiaridad pintoresca y muy característica que ahora manifiesta el alcalde de Glastonbury es una fuerte tendencia, desde su acceso a la riqueza y al poder, a volver deliberadamente a su antiguo dialecto del sur de Somerset, que era una mezcla del habla más pura de Somerset con un matiz de Dorset.

–¿En algún momento cercano a Navidad, señor Geard, haría su gran celebración de inauguración?

Johnny sonrió.

–Tal vez entonces sí, tal vez no –respondió lacónicamente.

–Todo depende, Crow, y lo sabes muy bien, de cómo resulten las cosas.

"Como ya he dicho antes", comentó John, "no conseguirás una verdadera avalancha de gente del continente hasta que se haya realizado un milagro con ese manantial de caliza tuyo".

El señor Geard echó otro trozo de leña al fuego. La mayoría de la gente de Glastonbury tenía una caja de leña al lado del cubo del carbón. Y entonces hizo reír a su secretario, aunque no le sorprendió en absoluto, porque John se estaba acostumbrando a las pequeñas maneras del hombre, con un guiño malicioso. –¡Y tendrán su milagro, Crow! ¡Y tendrán su milagro! –rió entre dientes.

«Este hombre es un charlatán de primera», pensó John, «¡y sin embargo no lo es! ¡Dios sabe lo que es!». Pero en voz alta dijo: «Bueno, señor, suponiendo que salga en todos los periódicos ingleses, y suponiendo que los periódicos de Berlín, París, Viena, Varsovia, Bruselas, Roma, Madrid y Copenhague lo informen, y suponiendo que comience una oleada como la de Lourdes y Lisieux, ¿cómo se propone impedir que los anglicanos o los católicos romanos exploten un acontecimiento de ese calibre?».

–Ah, muchacho –gruñó Bloody Johnny–, has dado en el clavo con esas palabras, pero tengo a mi Bendito Señor a mi lado y Él ya ha empezado a hablar de ese asunto conmigo. El hombre se frotó las espinillas meditabundo e inclinándose hacia delante en su sillón bajo, se ajustó con ambas manos la tela negra brillante de uno de sus pantalones alrededor de la pierna. Esta acción pareció proporcionarle una especie de consuelo espiritual y continuó disfrutando del calor, mirando fijamente al fuego con una curiosa película sobre sus ojos negros, el tipo de película que podría haber cubierto la mirada ofídica de la serpiente del mundo, en el fondo del Mar del Norte.

John Crow cruzó una de sus patas de espantapájaros sobre la otra y lo observó, escuchando el chasquido de las agujas de tejer de su compañera y el gemido del viento en la chimenea.

–Ha llegado el momento –murmuró el señor Geard,

pensando en voz alta– de que aparezca un nuevo brote de la espina de Glastonbury.

–¿Por qué no tenéis un gato? –estalló John, sin venir a cuento, volviéndose hacia la señora que estaba a su lado.

Pero fue de su marido de quien llegó la respuesta.

“Toda carne es un conductor de fuerza, ¿no lo sabías, muchacho? Y cuando los pensamientos nacen, hay que alimentarlos aquí”, y el hombre extraordinario hizo un gesto con su gran pulgar hacia el espacio en el centro de este interior cómodo, mullido, con borlas, con rugosidad, con flecos y alfombras; aquí necesito toda la fuerza que hay a mi alrededor, si quiero mantenerlo cerca”.

John se mordió el labio inferior y miró hacia abajo, hacia aquellas islas de color gris ratón sin pelo en la alfombra de oso negro. Pensó para sí mismo: "¡Maldito tipo! ¡No es más que un asqueroso Cagliostro sobrealimentado! ¿Qué diablos estoy haciendo en este agujero húmedo, vendiendo mi alma y tragándome todas estas tonterías?"

–Entonces, ¿a nuestra alcaldesa no se le permite tener ni siquiera un gato? –preguntó en un tono que no ocultaba sus sentimientos.

Hubo un silencio un poco incómodo durante un rato, roto sólo por el extraño *plop... plop... plop* que hacían las cortinas al abultarse y luego volver a aflojarse, respondiendo a las

ráfagas de viento. Pero John pensó en sus noches con Mary en su habitación de Northload. «¡Vale la pena!», se dijo a sí mismo. «Nunca pensé que una chica *pudiera* ser tan dulce».

–Serás más indulgente conmigo, muchacho, cuando me conozcas un poco más –dijo de pronto el señor Geard, hundiéndose en el sillón y juntando sus regordetes dedos sobre la pesada cadena de oro de su reloj–. Si hubieras sido un joven árabe en la tienda de Mahoma, ¡habrías oído al Profeta tirarse pedos una y otra vez!

–*¡John!* –gritó Megan Geard, dejando que su tejido se hundiera en su regazo.

–¡Está bien, niña de mis ojos! El viejo sólo estaba hablando. –Y le lanzó una mirada de afecto tan radiante que las espesas lágrimas desaparecieron de sus ojos negros, y las emociones de John volvieron a inclinarse en la dirección opuesta.

–Creo que tiene en la cabeza, señor –no pudo evitar soltar–, una religión completamente nueva, pero lo que no puedo ver es cómo va a injertarla en la antigua. Estos malditos anglicanos seguramente le darán a su Milagro su propio toque. Dirán que es una prueba de que Roma no tiene el monopolio, etcétera. Dirán que es el Grial de Arturo, que ha llegado. Dirán...

–¡Que lo digan! –gritó Bloody Johnny con voz ronca–. Que lo digan todo, y también los papistas. ¡Tengo algo guardado

para ellos, muchacho, una pequeña sorpresa de la que ni siquiera tú, astuto como eres, granuja, te has dado cuenta todavía!

La bola de lana gris se cayó del regazo de la señora Geard y John Crow se levantó para ir a buscarla. Seguía de pie, sosteniendo la bola en sus manos y tratando de enrollar el hilo suelto, cuando por encima del ruido del viento y la lluvia se escuchó el sonido de la puerta principal al abrirse y las voces emocionadas de las niñas que regresaban. Ambos padres se pusieron de pie y John, tras entregarle la bola de lana a la señora Geard, salió apresuradamente para ayudarlas a quitarse las capas. Vio el perfil empapado por la lluvia de Cordelia mientras luchaba por cerrar la puerta principal para protegerse de la tormenta.

«No es una chica fea después de todo», pensó. «¡Debe ser por la fiesta!».

Crummie, mientras tanto, se había sentado en la única silla del vestíbulo, una silla de mimbre muy maltrecha y vertical, que había comprado su madre en una subasta antes de que ella naciera. John se arrodilló para ayudarla a quitarse las chanclas. ¡Ay! ¡Cómo caía la lluvia en pequeños charcos desde su ropa empapada! Ambos padres habían aparecido y su padre estaba tirando torpemente del impermeable de Crummie, mientras la señora Geard ayudaba a Cordelia a correr los pestillos de la puerta cerrada. Luego también se volvió hacia Crummie.

–Qué bonita estás, niña, si lo digo yo misma.

–Ella siempre *fue* la jovencita más linda de la ciudad, ¿no es así, querida? –y el señor Geard besó las mejillas húmedas de la niña.

John se apresuró a ir hacia Cordelia y sostuvo su capa mojada mientras ella se la quitaba. –¡Saldrás como una niña desnuda de su cáliz! –susurró. Y luego, mientras sostenía la capa empapada en sus manos, sin saber dónde ponerla, –¿Qué es lo que le estabas diciendo a Cordelia, señor Crow? –intervino su madre.

–¡Sólo le estaba diciendo lo bien que le sienta su vestido de noche, señora! Y así es, ¿no le parece, señor? –Y colgó la capa en el único perchero que no estaba demasiado abarrotado.

–¡No! ¡Ahí no! –gritó Cordelia con severidad–. ¡Lo estás poniendo sobre el de mamá!

Era el primer comentario que hacían las dos chicas, pero desató un torrente de charlas por parte de Crummie cuando todas entraron en el salón. –Angela parecía dulce, papá. Te habría *encantado*. Llevaba ese vestido blanco del que te hablé. El propio señor Wollop lo encargó en Londres. Tenía una pequeña rosa musgosa prendida en la parte delantera. Se veía encantadora y también estaba más animada de lo que la había visto nunca. ¡Ah, y deberías haber visto a la

señora Spear! Llevaba un vestido dorado viejo. No sé cómo lo ha mantenido en esa horrible habitación que tiene en Cantie. ¡Da al patio! Me llevó una vez, cuando nos conocimos allí. Es el peor lugar para una chica como...

Contuvo el aliento, recordando la relación de John con ese blanco de delicados escándalos. La señora Geard interrumpió en ese momento, mientras todos estaban de pie alrededor del fuego; Crummie con su vestido doblado sobre su enagua, agachada sobre la alfombra de oso, con sus blancos brazos extendidos hacia el fuego.

–¿Puedo contarle al señor Crow, que ahora es un gran amigo de la familia y nos conoce a todos muy bien, lo que me dijiste cuando saliste esta noche, querida Cordy?

El cuerpo entero de Cordelia se puso rígido. Su desagrado por John no había cambiado en absoluto con el conocimiento más cercano.

¡Cuanto más lo veía, más le desagradaba! Ahora lo miró con los ojos más fríos y altivos que jamás lo habían desafiado.

–No es nada. Mamá le da demasiada importancia. Además, probablemente ya lo sepas, porque eres tan amigo de Owen. Lo que pasa es que nuestras amonestaciones se darán el próximo domingo.

John hizo una pequeña reverencia divertida. “Estoy

seguro”, dijo, “de que te felicito... quiero decir que estoy seguro de que felicitaré al señor Evans”.

–Deberías darle un beso a mi hija, muchacho –se rió el señor Geard, y con ambas manos bajó la orgullosa cabeza de Cordy y la besó él mismo en la frente.

–Sería mejor que besara a Crummie –murmuró la chica alta con despecho–. Tal vez le traiga la misma buena suerte... si es que es buena suerte.

Su voz se había apagado hasta un tono tan débil mientras pronunciaba estas últimas palabras que sólo su padre las captó.

–¡Calla, niña! –susurró, dándole palmaditas en los hombros desnudos con su mano regordeta–. Dentro de un rato te sentirás muy diferente.

La señora Geard, con una delicadeza digna de la Casa de Rhys, evitó la mirada de su hija mientras su marido hablaba, mientras Crummie, con el loable deseo de desviar la atención general de su hermana enojada y confusa, miró con picardía a John.

“¿No vas a darme ese beso?” se rió.

John ya se lo había esperado y ya tenía claro lo que haría. Se adelantó de un salto, agarró la cabeza rubia de Crummie con sus dos huesudas manos, exactamente como su padre

había sujetado la de Cordy, y la sacudió suavemente, terminando con el roce más leve posible de sus labios entre su pelo ondulado.

–¡Estás bromeando! ¡Estás bromeando! ¡Estás bromeando...! –gritó mientras la sacudía.

Entre Crummie y John se había producido un entendimiento bastante interesante. La bella muchacha, en su pasión silenciosa y excitada por Sam Dekker, había abandonado toda relación con sus otros amigos hombres. Con Red ya no hablaba nunca, y al evitarlo (pues trabajaban en el mismo lugar) le resultaba fácil evitar a Barter.

En cierto sentido, se sentía muy unida a John, y como Mary parecía, en ese momento, demasiado feliz para estar celosa, y como era una situación que se prestaba perfectamente a la naturaleza astuta de John, el ánimo de Crummie había revivido un poco durante el último mes o dos; un poco, no mucho. ¡No mucho! ¡Cuántas veces la desdichada muchacha había gemido sobre su almohada caliente y empapada de lágrimas la locura de su amor implacable! ¿De qué servía tener un padre que pudiera exorcizar demonios, que pudiera dar sueño a los atormentados, si no podía curar el corazón herido de su propia hija?

En el mismo momento en que John se hacía cosquillas en los labios con los brillantes cabellos de Crummie, el extraño objeto del desafortunado anhelo de la muchacha estaba

teniendo una prolongada y angustiosa discusión con su padre sobre el tema de Nell.

–¡Te digo que la forma en que la tratas sólo atormenta a la mujer! ¡Es mejor no verla nunca que escabullirse para allá todos los días que él no está! –El “museo” se hizo eco del tono indignado del vicario, y la tapa de su tarro de tabaco, que estaba junto al acuario, tintineó siniestramente contra el cristal.

–Pero ya pasaron siete meses desde que nuestro hijose concibió, padre. Y desde finales de agosto, él ha estado en Wookey casi todo el tiempo.

–¡Pero la señora Pippard está con ella, muchacho! Tú mismo le encontraste a la señora Pippard. Ella le tiene cariño, ¿no?

“Pero, Padre, cuando una mujer va a tener un hijo está nerviosa y sensible de todos modos, y cuando es su propio hijo lo que va a tener es ...

El rostro áspero del vicario se había vuelto muy rojo y sus formidables y pequeños ojos –como los de Sam, sólo que mucho más grises– habían dejado de ser grises y se habían convertido en un curioso color azul bajo sus pobladas cejas.

Se levantó de su silla y permaneció de pie, con sus anchos hombros apoyados en la repisa de la chimenea, levantando con enojo los faldones de su largo abrigo negro y

sosteniendo sus manos debajo de ellos mientras calentaba su espalda en el fuego.

–¡Todo está mal! –gritó–. ¡Todo esto es escandaloso! Si hubieras tenido el coraje de medio hombre, le habrías obligado a divorciarse de ella; habrías...

De repente recordó que el divorcio era una de las cosas a las que el partido de la Iglesia al que él pertenecía se oponía especialmente.

–Bueno, de todos modos –añadió–, habrías hecho una cosa o la otra, en lugar de andar por ahí regateando, negociando y esquivando cosas como lo has hecho.

Sam permaneció en silencio durante un segundo o dos. Su rostro no mostraba el menor rastro de resentimiento contra su padre. Entonces, de repente, dijo: –¿Le gustaría que ella se fuera de Zoyland, padre? ¿Le gustaría que ella viniera a vivir con nosotros aquí?

La boca de su padre se abrió con asombro y se quedó mirando fijamente sin expresión.

–¿Y divorciarse, quieres decir? ¿Y casarte con ella, quieres decir?

–¡No, no! Solo vivir aquí con nosotros. No voy a casarme con ella ni con ninguna otra mujer; solo vivir aquí con nosotros, quiero decir.

“¿Como tu amante, después de que nazca el niño?”

"¡Padre!"

–Bueno, ¿no es eso lo que quieres decir? Pero quizá no quieras esperar hasta que nazca el niño. ¡Quizás te gustaría dormir con ella, tal como está, bajo mi techo!

Si Sam hubiera estado dotado de un poco más de penetración, habría comprendido mejor qué oleada de sentimiento reprimido subyacía al arrebató de su padre.

En ese momento, no pudo evitar suspirar desesperadamente y dirigir la mirada al acuario. A menudo, la visión de aquellos peces, perturbados por la luz de la lámpara y comportándose de un modo contrario a su rutina habitual, distraía su mente de problemas más graves. Se levantó y colocó sobre ellos el paño de cocina que, en la agitación de esa noche, tanto él como su padre habían olvidado.

"Supongo que iré al hospital", dijo mientras se sentaba nuevamente, "dentro de un mes".

Su padre dejó caer los faldones de su chaqueta y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. –No puedo entender a ese tipo Zoyland –soltó–, como tampoco puedo entenderte a ti. ¡Esa dulce mujercita entre ustedes dos granujas! ¡Sí! Esa es la palabra para describirlo: entre ustedes dos *granujas*.

Miró a Sam desde unas cuencas de los ojos que parecían dos agujeros profundos y de un azul lívido en una roca de arcilla roja.

Sam lo observó impotente, sin apartarse de su mirada, sino mirándolo como hubiera mirado a Wirral Hill si de repente se hubiera convertido en un volcán. La ira de su padre comenzaba a afectarlo como un sueño descontrolado del que sentía que debía ser capaz de despertar.

“¿Qué querría usted que yo hiciera, padre, si hiciera exactamente lo que a usted le agradara?”

–*¿Lo que a mí me complazca?* –rugió el hombre exasperado–. Te digo que *odio* todo este asunto y que tengo ganas de... de lavarme las manos. –Tenía en la boca decir: «¡Mis manos de ti!», pero se corrigió a tiempo.

–Pero ¿qué me *dirías* que hiciera, padre, si fuera a hacer exactamente lo que me dices?

Esta pregunta directa calmó un poco al hombre enojado. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y caminó con un paso algo menos seguro. Sam lo había desconcertado un poco con esta pregunta. Era mucho más fácil irritarse y ponerse furioso con su hijo que darle un consejo inteligente. Pero satisfizo tanto su ira como su conciencia cuando finalmente dio su respuesta.

–Creo que, si no tienes las agallas para actuar como un

hombre en este asunto, deberías dejar a esta chica en paz. –Probablemente, esa fue la cosa más perversa que Mat Dekker había hecho en su vida: expresar esa opinión.

La extraña idea fija de Sam de participar en el sacrificio de Cristo podría haberle metido en la cabeza que era su deber hacer exactamente lo que su padre le ordenaba, en cuyo caso Nell habría tenido la experiencia de perder a su testarudo amante en el preciso momento en que la clase de compañía que él sentía *que podía* brindarle era exactamente el consuelo que ella más ansiaba recibir, que era en realidad todo lo que *podía* recibir. Pero Sam aún no era un completo maníaco; ni la constante insistencia de su padre en esa sarta de “ser un hombre” y “tener agallas” había fallado por completo en despertar una reacción natural. Se puso de pie con firmeza. –Bueno, padre –dijo–, si esa es toda la ayuda que puede brindarme, creo que será mejor que terminemos la conversación. –Hizo una pausa por un momento y luego, avergonzado por la brusquedad de su tono, agregó con más suavidad–: Siempre ha sido bueno conmigo, padre. Esta es la primera vez en mi vida que lo he molestado de esta manera. Me atrevo a decir que ambos veremos las cosas con más... calma... más... más... más tranquilamente... más adelante... –Dio unos pasos hacia la puerta y luego se detuvo y se dio la vuelta. Siempre había sido su costumbre, una costumbre bastante inusual entre hijos y padres en Glastonbury, y tal vez una que fuera un legado emocional dejado a la atmósfera de esa casa por la madre suiza de Sam, darse un

beso de buenas noches. En esta ocasión necesitó uno de los mayores esfuerzos espirituales que había realizado nunca cuando Sam se obligó a acercarse a su padre y hacer el gesto de ofrecerle un beso.

Un hombre con la cara colorada, indignado, digno y ultrajado no es un objetivo fácil para una insinuación como la que Sam hizo ahora. Pero el poder de la costumbre es grande, y Mat Dekker, después de todo, no amaba a nadie en el mundo (ciertamente no a esta muchacha cuya inquietante belleza lo había perturbado tanto) tanto como amaba a su hijo. Así que ahora, aunque con profunda y sombría gravedad, inclinó la cabeza y permitió que su mejilla hosca y áspera (pues era un hombre que necesitaba afeitarse dos veces al día) tocara, durante la décima parte de un segundo, la barbilla levantada y temblorosa de Sam.

“Buenas noches, padre.”

“Buenas noches, muchacho.”

El momento en que Sam se dirigía a su dormitorio esa noche coincidió, después de unos cinco minutos de margen, con la partida a la cama de otro soltero de Glastonbury, el señor Thomas Barter. Los escalones que subía este caballero lenta y cansinamente eran mucho menos agradables que los que Penny Pitches había limpiado y brillantado. El señor Barter ya no estaba en su habitación de High Street. Como su salario en el Municipal, como se lo llamaba, dependía del

éxito de la empresa que dirigía y como su tarea para organizarla era hercúlea, se encontraba por el momento con unos ingresos muy magros. Se había visto obligado a economizar para poder seguir ofreciendo sus mesas redondas diarias en la Casa del peregrino, y no continuarlas significaba la gota que colmaba el vaso de la miseria. Su aventura con Lily había resultado cualquier cosa menos un éxito. ¡Esta joven soñadora y romántica había demostrado inesperadamente que era una maestra consumada en el arte de dar nada a cambio de nada! Tantos besos como quisiera, donde las auspiciosas Ruinas (¡había que pagar entrada cada vez, pues Lily se negaba a entrar a escondidas por encima del muro de la Casa de la Abadía!) ocultaban tan castas delincuencias; pero, aparte de los besos, ni un solo dulce robado. Así, durante el último mes, pues hacía mucho que se había peleado con la mercenaria Clarissa, el señor Barter se había visto obligado a ser casto. Su único placer durante esa época había sido el tierno pero más bien ansioso de conseguir citas difíciles con Tossie Stickles.

A falta de cualquier otra compañía femenina, pues Mary parecía, desde su matrimonio, evitar deliberadamente verlo a solas, el señor Barter se aferraba patéticamente a sus entrevistas con su «arruinada» Toss. Su dulzura hacia él no conocía límites. Con ella, si tan sólo lograban escapar de la observación, todo estaba permitido; nada estaba prohibido; y todo era por puro amor. Se encariñó cada vez más con Tossie. Sus modales, en su estado de embarazo, lo

asombraban por su dulzura y su extravagancia. Incluso llegó a interesarse –y esto por primera vez en su magistral carrera– en su futura proge. Muchos fueron los coloquios caprichosos, intercalados con estallidos de alegría impía, que mantuvieron.

Habían hablado juntos sobre este grave suceso. La muchacha había empezado un embarazo de gemelos, su barriga había crecido tanto y sus movimientos eran tan violentos que estaban destinados a ser padres de gemelos; e incluso esta perspectiva, que tal vez le causaría un horror humorístico a un Don Juan sin escrúpulos, no parecía ser en absoluto desagradable para el señor Barter. Pero por muy queridos que fueran para él estos felices encuentros, se habían vuelto tan infrecuentes últimamente a medida que se acercaba el momento del alumbramiento de la muchacha, que ya no servían para disipar la tristeza que se acumulaba cada vez más en él.

Esa noche, mientras subía esas repugnantes escaleras de George Street, después de una larga y desdichada velada en su miserable y pequeño restaurante, se sentía realmente como si estuviera llegando al límite de sus fuerzas. Cuando abrió el quemador de gas (el quemador ni siquiera tenía una bombilla), se sentó en su fría cama y examinó su palangana y su pesada jarra blanca con un resentimiento nauseabundo que no podía ver nada frente a él excepto una pared de plomo de desesperación absoluta.

«¡Dios! –pensó–, esto no puede ser. Me volveré loco si esto continúa. Tengo que conseguir una nueva chica». Pero lo peor era que cada vez que intentaba pensar en una nueva chica, y conocía a muchas de ellas (sólo Wollop's tenía al menos media docena y sólo una de ellas era imposible), siempre pensaba en Toss. ¿Qué tenía Toss que lo atrapaba tanto? Debía ser su forma de reír. Se reía con una alegría tan rica. Se enfadaba con cualquier cosa que él dijera o hiciera y nada podía detenerla. Nunca había conocido a una chica que se riera con una risa tan burbujeante y luego con unas carcajadas tan resonantes. Y solía reírse así cuando él le hacía el amor. ¡Dios! A veces se reía cuando en realidad... una chica debería estar seria. Pero a él no le importaba. Le gustaba que se riera. Su risa era como todas las curvas de su cuerpo regordete. ¡Bueno! ¡Bueno! No se reirá, pobrecita, cuando llegase su momento. Pero quizá lo haga. Quizá su hijo nazca en una prolongada y rica carcajada. ¿Su hijo? ¡Sus gemelos! Un niño y una niña. Una Toss y un Tom. Sí, su risa era como sus brazos entre los hombros y los codos, la parte interior de estos, cuando los doblaba. Su risa era como esos anillos sobre sus rodillas, hechos por esas ridículas ligas.

¿Una chica nueva? ¡Malditas sean todas! ¡Delgadas, amargadas, puritanas, avaras y despiadadas!

Dirigió su mirada miserable hacia su única y miserable almohada, sucia por la cabeza, pues se había vuelto negligente en bañarse desde que el tiempo se había vuelto tan frío y «la mujer de ahí abajo» había puesto tanto empeño

en el agua caliente. Se desató las botas. ¡Sus calcetines eran un espectáculo! «Tengo que hacer algo con todo esto», pensó. «No puedo seguir así». Descolgó el pijama de un gancho detrás de la puerta y examinó las frías y delgadas sábanas de algodón y el borde deshilachado de la manta barata. «¡Me condenen si me quito el chaleco y los calzoncillos», pensó, «sólo por esta noche!». Este «sólo por esta noche» se había repetido desde mediados de septiembre. El señor Barter, el robusto hombre de los pantanos, sin duda se estaba volviendo degenerado.

Apagó la luz y se metió en la cama. «No puedo seguir así», repitió. Y se dedicó a hacer lo que le disgustaba en extremo: pensar en su situación financiera. Había ahorrado, desde que sus padres murieron y no le dejaron nada, exactamente mil libras. Recordó el día en que, en el libro de cuentas que recibió del señor Robert Stilly, vio por primera vez las cifras de esa suma. Fue poco antes de que llegara John. Fue cuando viajaba con Mary. Haber ahorrado mil libras, todas ganadas por uno mismo, cuando sólo tenía treinta y cinco años, ¡eso era algo que se daba en Inglaterra hoy en día! ¡No! No podía, no debía, disponer de esos mil. Pero ¿qué podía hacer si no lo conseguía? Hasta que la fábrica estuviera realmente en condiciones de producción, tenía que arreglárselas como pudiera. Sus cenas en Casa de los peregrinos siempre le costaban cinco chelines, es decir, si tomaba dos botellas de cerveza. Y tenía que tomar cerveza. Cerveza para la comida. Cerveza para el pudin. Tal vez no fuera el gusto de un

caballero, pero era su gusto. Había sido un tonto al abandonar a Philip. ¡Pero así eran las cosas! ¿Cómo iba a saber entonces, lo que sabía ahora, que tendría a ese bruto de Robinson con quien trabajar?

Trató de imaginarse de nuevo con Philip, pero, por desgraciado que se sintiera, esos insultos irritantes y punzantes... ¡no! Eran peores que su nerviosismo actual con Robinson. En cualquier caso, podía despreciar sinceramente a Robinson, aunque reconociera la infernal diligencia de ese hombre. ¡Y no podía despreciar a Philip! Los odiaba a ambos, pero era mejor vivir con lo que uno aborrecía y despreciaba, que con lo que aborrecía y admiraba. ¡Dios mío! ¡Cómo llovía esa noche y cómo aullaba el viento! Recordó el aspecto de la vieja chimenea de esa miserable casa, cuando acababa de pasar por aquellos pocos metros de pavimento chorreante. Parecía condenadamente inestable bajo la lluvia que golpeaba contra ella. No se sorprendería si una de esas noches se derrumbara. ¿Y qué habitación caería? La suya, por supuesto; su habitación. Qué muerte más agradable sería aquella. Aplastado bajo ese techo sucio, cubierto de ladrillos, cemento y mortero húmedo. ¿Quién se quedaría con mis mil? ¿Uno de esos primos de Warwickshire? «Sin duda tendré que hacer testamento», pensó el señor Barter. «Y le dejaré cada penique de esos mil a Toss. ¡Dios mío! ¡Cómo tiemblan estas casas viejas y destartaladas en medio de una tormenta!».

Empezó a albergar la esperanza de que Tossie no se

asustara por el fuerte viento que soplaba en su habitación, en la parte trasera de la casa de los Benedict. «Supongo que si se asustaba», se dijo, «gritaría y la señorita Crow iría a verla». Y la mente de Barter pasó por el proceso (que le llevó menos de medio segundo) de evocar la imagen de la señorita Elizabeth y de darle su caluroso elogio. No lo expresó con las palabras que hubiera pronunciado, como «la señorita Crow es una persona decente» o «la señorita Crow es la única dama de toda la familia, excepto Mary», sino que fue como si hiciera un gesto mental hacia la corpulenta figura de la señorita Crow, como si un hombre que entra en el Salón Carré del Louvre hiciera un gesto hacia la Mona Lisa, como si dijera: «Así que todavía estás ahí».

Un ruido extraño interrumpió sus reflexiones y su corazón dio un vuelco de lo más desagradable. Una puerta del rellano de abajo (la casa se alquilaba por habitaciones individuales y dobles) se había abierto de golpe y una voz chillaba: «¡Llamen al médico! ¿Quién anda ahí? ¡Alguien tiene que ir a buscar a un médico inmediatamente!».

Por un momento, el señor Barter sintió la tentación de taparse la cabeza con la sábana de algodón y las dos mantas finas. «Si una persona está profundamente dormida», pensó, «no puede molestar a nadie».

–¡Señora Smith! ¡Betsy Burt! –gritó la voz desde el rellano de abajo.

«Es extraordinario lo rápido que duermo. Estaba profundamente dormido y no oí ni un ruido». Éstas fueron las palabras que pasaron por la cabeza de Barter como excusa a la mañana siguiente. Pero lo curioso fue que, mientras terminaba este galimatías, ya se había levantado de la cama, encendía cerillas, encendía el gas y se ponía los pantalones. Los brazos y las piernas de Barter, al parecer, eran más benévolos que sus pensamientos. No sólo se puso los pantalones, sino que rápidamente empezó a ponerse las botas. Una vez hecho esto, fue a la puerta y la abrió de golpe. «¡Un minuto, ahí abajo!», gritó. «Un minuto, ya voy». Se puso el chaleco, la chaqueta y el abrigo, cogió la gorra, cerró la puerta y bajó corriendo las escaleras.

Al parecer, el hijo de una mujer solitaria y bastante desagradable que vivía en la habitación paralela a la suya, en el piso de abajo, había sufrido algún tipo de ataque. Era un niño de seis años y, cuando Barter apartó a la señora Carey y a Betsy Burt, el niño estaba tendido en la cama con el rostro pálido y los ojos cerrados.

–Son convulsiones, señor Barter –dijo Betsy Burt cuando él se abrió paso.

–Es el apocalipsis, señor –exclamó la anciana señora Carey–, porque sé cómo les afecta. Fue el apocalipsis el que provocó la muerte de su propio hermano de sangre, señorita Burt; así que no debería ser usted la que hable de convulsiones. ¡Pero yo sí lo sé! He tenido contacto con

muchos cadáveres y los he tocado, y todos han sufrido lo mismo que este niño. Ya se ha ido, así lo parece. Primero se ponen rojos y luego se ponen blancos. El apocalipsis les afecta en el corazón, ¿sabe?, ¡y eso es lo que hace que se pongan colorados!

La mujer cuyos gritos en mitad de la noche no habían hecho que nadie se levantara de la cama excepto el señor Barter y estas dos viejas brujas, estaba arrodillada en el suelo frotando frenéticamente las manos de su hijo.

–Traeré al médico aquí en cinco minutos –dijo Barter, tocándole el hombro, pero la mujer no se giró; de hecho, no le prestó atención en absoluto.

–Ella estaba allí anoche, señor –dijo la anciana señora Carey, tirando de su abrigo mientras él salía apresuradamente–. ¡No le diga al doctor que lo dije! ¡No traiga historias de la investigación sobre mí! –le gritó mientras bajaba las escaleras.

No tardó mucho, pues corrió a toda velocidad, chocando contra la lluvia torrencial como un guardabosques de Norfolk, hasta llegar a la casa del doctor Fell, en la esquina de Northload Street. Por suerte, aunque ya eran más de las doce, el doctor seguía «leyendo» el *Enchiridion* en su estudio. En otras palabras, su libro favorito estaba abierto sobre sus rodillas y su frente amplia y baja, con el pelo canoso sobresaliendo de ella como las cerdas de un cerdo

viejo, se inclinaba sobre el libro. Abrió él mismo la puerta de la calle y dejó entrar al señor Barter.

Aceptó irse inmediatamente, pero cuando abrieron la puerta de nuevo para ponerse en marcha, la lluvia era tan terrible que le rogó a su invocador que esperara hasta que regresara. «Entonces podrás llevarles cualquier cosa que necesiten, Barter. Además, no tiene sentido que te mojes más de lo que estás. Esto no puede seguir así. Conozco la casa. Hay whisky en mi mesa, hombre, y un vaso en alguna parte. Toma un buen trago. Te hará bien».

Al señor Barter le supuso un increíble consuelo servirse un medio vaso de whisky con agua, y acercar su silla a las brasas. Hizo hacia su amigo, el doctor, el mismo gesto mental de aprobación inarticulada que había hecho hacia la señorita Crow. Un cálido resplandor del primer placer puro que había experimentado desde la última vez que vio a la señorita Stickles recorrió sus venas mientras bebía de un trago la buena bebida y se secaba las botas mojadas junto al fuego. «Creo que dejaré de cenar en Casa de los peregrinos», pensó, «¡y compraré whisky con ese dinero! La bebida es mejor que la mejor comida cuando un hombre está deprimido».

Pasó media hora. Barter se acercó a la mesa del médico y se sirvió medio vaso más, que luego empezó a beber a sorbos, sin añadir agua. Se acercó al gran sillón de cuero del médico y dejó el vaso en el suelo. Una deliciosa somnolencia

empezó a fluir por su cuerpo como una onda de cálida miel etérea.

Al cabo de una hora entró el médico. –Se pondrá bien, el muchachito –dijo alegremente–. Era una especie de epilepsia que a veces sufren los niños. Ahora está dormido, y espero que también lo esté la madre. No tienes prisa por irte, hijo. Espera a que deje de llover. Vamos a pasar la noche aquí. Tengo mucho más de esto. Está bueno, ¿verdad?... Esa mujer matará al niño con sus modales de borracha, a menos que consiga que la Sociedad se lo quite –continuó cuando se hubieron acomodado–. ¿Sabes que en este momento conozco a una, dos, cinco madres que están matando a sus hijos en este pueblo?

"Bueno, ya no estarán allí cuando estén muertos", dijo Thomas Barter.

“¿Y te das cuenta, mi buen amigo, de que el cáncer de Tittie Petherton sigue un camino que no la matará durante meses y meses, tal vez ni siquiera durante seis meses? Pronostiqué que acabaría con ella en una semana o dos, cuando la examiné en agosto, ¡pero no fue así en absoluto!”

–Bueno, en un año, de todos modos, ella estará muerta y todo ese dolor habrá desaparecido.

“¿Desaparecido, Barter? ¿De qué estás hablando? ¿Eres tan feliz como para creer que con todo el movimiento y oleaje

de las cosas se elimina un dolor como ese? Una vez leí un libro ruso, Barter, de ese hombre cuyo nombre comienza con D, y un personaje dice que cree en Dios pero rechaza el Mundo de Dios. ¡Ahora siento exactamente lo contrario! Creo que todo el Mundo de Dios es infinitamente digno de compasión, torturados y torturadores por igual, pero creo que Dios mismo, el gran Dios Viviente, responsable de todo, el Creador poderoso que deliberadamente dio a estos reptiles, estos tiburones, estas hienas, estos chacales como somos, este maldito don del Libre Albedrío, debería tener *un Cáncer así*".

El silencioso doctor se sacudió hacia adelante hasta el borde de su sillón, hasta que, con solo la punta de sus nalgas –donde su cola erecta y furiosa se habría estado moviendo si hubiera tenido una– apoyada en el borde mismo, dibujó con su dedo índice un contorno crucial en el aire: «¡Un cáncer tal», gritó, «que lo mantendría vivo y aullando durante un millón de años!».

“Ayer pasé por Paradise”, comentó Barter. “Allí la pobreza sigue siendo muy grave, a pesar de todo el trabajo nuevo que Crow ha estado dando a la gente”.

El doctor, que se había recaído jadeante en las profundidades de su silla, abordó el tema con un gruñido. “¡Yo creo que es bastante malo! Son pocos los nativos que consiguen ese trabajo. Ha traído a muchos hombres nuevos de Bristol y Bath, un tipo más fuerte, mejor alimentado y

también más dócil. Habrá otro motín antes de que nuestra gente lo espere, y uno mucho más grave que ese pequeño incidente en la Representación, cuando la multitud atacó a Lord P.”

–¿Qué cree usted, doctor, que resultará realmente de todas estas excavaciones y construcciones en ese pozo? ¿Cree que Geard atraerá a un público constante todos los años, o sólo el día que inaugure las obras? John me dijo que se inauguraría entre Navidad y el primero de enero.

–Mi buen amigo –dijo Charles Montagu Fell, señalando a Barter con la boquilla de su pipa de cerezo–, lo que la gente olvida es esto: en todas estas mejoras, ya las introduzca Geard o Crow, el verdadero dolor de la mente y el cuerpo se produce cuando la gente no tiene el corazón o la salud para beneficiarse de esas cosas. Ése es el punto que siempre se olvida. Soy médico, y la profesión de médico es, naturalmente, con los no aptos más que con los aptos. Y te digo que la tragedia de la vida está en el montón de basura. La gente habla de los sufrimientos de los fuertes y de que hay que ayudar a los fuertes más que a los débiles, como si los débiles fueran una especie de animal que no siente. Te digo que el sufrimiento es como un hongo que los fuertes pueden llevar consigo y aún así moverse y pavonearse, mientras que para los débiles el hongo es demasiado pesado. No pueden sostenerlo. Los derriba, ¡pero no adormece sus sentimientos! ¡No son nada más que sensación... sensación y hongo!

«¿Pero no están los pobres acostumbrados a ello?», protestó el hombre de Norfolk.

El Dr. Fell se hundió en su silla y se pasó los dedos por los pelos grises que sobresalían de su frente baja.

"Es uno de los tipos más feos que he visto", pensó Barter, "pero tiene buenas ideas y buena bebida".

“¡No, trueque, no, no! ¡Esa es otra mentira bonita, reconfortante y fácil! La conciencia humana no se limita a lo que se puede ver del cuerpo o de los hábitos del cuerpo. Todos llevamos con nosotros algo distinto del cuerpo, algo que dice: “Yo soy yo”. Ese algo, esa alma, nunca se acostumbra a ninguna situación humana. Se encuentra “aterrizando” o se encuentra cabalgando sobre las olas. Nunca se acostumbra a nada”.

En este punto de la conversación ambos hombres se incorporaron en sus sillas y se miraron el uno al otro.

–Alguien se mueve por ahí arriba –dijo el señor Barter con tristeza.

El rostro del doctor Fell expresaba un odio salvaje. Escuchó atentamente. Luego suspiró aliviado. –Son las ratas, Barter. Deben ser las ratas. Se vuelven vivaces en otoño.

–Eso espero –comentó el otro.

Ambos escucharon de nuevo. ¡No! Era el sonido –para los oídos del doctor, inconfundible– de unas pesadas zapatillas de lana, un poco demasiado grandes para los pies que las calzaban, que avanzaban pesadamente, *ploc-ploc... ploc-ploc*, por el rellano de arriba.

–¡Es ella! –susurró el doctor–. ¡Dios mío! ¡Es Bibby!

Escucharon de nuevo y una vez más reinó el silencio. Todo en la casa estaba tan quieto como el centro de un bosque cubierto de nieve recién caída. Y entonces el sonido comenzó de nuevo: *plóckety-plóc... plóckety-plóc...* por encima de sus cabezas.

El señor Barter no se alteraba fácilmente, pero se sorprendió al ver a un hombre que le agradaba tanto como el médico ceder a sus nervios como lo hizo ahora.

Charles Montagu Fell se puso de pie de un salto y empezó a golpearse la frente baja con los dos puños, golpeándola muy fuerte y repitiendo mientras lo hacía, una y otra vez, una expresiva, aunque antigua, palabra inglesa de una sola sílaba, que la propiedad del gusto erudito ha excluido del Diccionario Oxford.

–Lo siento, Barter –murmuró con una mueca de vergüenza cuando terminó esta manifestación–, pero nunca has sabido lo que es vivir con alguien que... con alguien que... te pone de los nervios hasta tal punto. –Se acercó a su amigo y,

poniendo un dedo sobre la manga del hombre, le susurró al oído–: No sabes lo que significa la palabra aversión, ¿verdad, Barter? Aversión... aversión... aversión. Es mucho peor que el odio. ¡Eso te lo puedo asegurar, de todos modos!

Una vez más se separaron y se quedaron escuchando. Y una vez más se oyeron aquellos pasos tambaleantes dentro de aquellas zapatillas sueltas y suaves.

El señor Barter era de carácter poco imaginativo, pero incluso él se dio cuenta de algo bastante horrible en el sonido de esos pasos, combinado con su efecto sobre los nervios de su amigo.

–No me gusta irme –dijo, mirando a su alrededor con inquietud– y dejarte así.

–Oh, se calmará en cuanto abramos la puerta –respondió el doctor–. Fíjese en cómo lo hace. Es realmente muy gracioso, pero el chiste, como dijo Heine de otra cosa, es un poco rancio.

Se dirigió a la puerta mientras hablaba y la abrió, haciendo una señal al otro hombre para que escuchara. Fue exactamente como había dicho. Los pasos de las zapatillas sueltas se alejaron, con ese sonido peculiarmente desagradable, un poco acelerado, como si captaran la vibración de una puerta al cerrarse.

–Se ha ido –dijo el doctor con voz ronca, y se dispuso a abrir

la puerta de la calle. Se quedaron juntos en el umbral. La lluvia había cesado y en la noche había un leve sabor, como una sal química diluida y difusa, de esa hora temprana de la mañana.

De pronto, en el silencio de la ciudad dormida se alzó el prematuramente canto de un gallo. De inmediato, aunque en realidad estaba igual de oscuro, los dos hombres parecieron sentir la llegada del amanecer, como si fuera el olor de una especie de aliento marino que llegaba a través de las sinuosas zanjas de marea desde la bahía de Bridgewater. La absoluta quietud de las aceras mojadas, los adoquines pegajosos, los tejados resbaladizos y los aleros empapados tuvieron un curioso efecto sobre los dos hombres. Ambos tenían la misma sensación, aunque ninguno se lo decía al otro. Ambos sentían como si Glastonbury, al menos en sueños, fuera una criatura real y viviente.

Barter se dio la vuelta antes de bajar los escalones que goteaban hacia la acera silenciosa y estrechó la mano de su amigo. Apretó con fuerza los dedos del hombre.

–¡Acaba la botella antes de subir! –dijo, y las palabras parecieron caer sobre la húmeda desnudez de Glastonbury como el traqueteo de un disparo lanzado por la catapulta de un niño.

–Un día de estos la mataré –replicó Charles Montagu–.

¿Querrás venir a la cárcel de Taunton a verme, Barter? –¡Cállate, idiota, y acábate esa botella! Pero cuando miró hacia atrás, antes de bajar por Northload Street hacia High Street, vio que el doctor estaba allí de pie, mirándolo irse. «Tal vez debería haberme quedado toda la noche con él», pensó. Esperó un minuto observando su figura en la puerta y deseando que entrara en la casa. Algo parecía retener a Thomas Barter en ese lugar y no permitirle irse y olvidar al doctor Fell. Ninguna situación entre seres humanos es más curiosa que cuando, después de una separación, dos personas se miran. Es especialmente curioso cuando, como ahora, ambos parecen incapaces de dejar de mirarse, ¡aferrándose el uno al otro con los ojos! Barter tenía la sensación de que no era él quien se iba, sino su amigo. Se sentía como si el doctor estuviera de pie en la cubierta de un transatlántico y tuviera una oportunidad más de correr por la pasarela. ¡Pero no! ¡El puente ya estaba levantado y una brecha cada vez mayor de agua oscura y perversa separaba el casco del muelle!

Hizo un gesto con la mano. No pudo resistir el impulso de hacerlo. Fue, en efecto, pura casualidad que se resistiera a la tentación de volver corriendo. Pero la figura que estaba en los escalones se dio la vuelta sin hacer ningún gesto y entró en la casa, y la puerta se cerró.

El señor Barter avanzó lentamente por Northload Street. Caminó un poco más deprisa cuando llegó al centro de la ciudad y se dirigió a su habitación en George Street, pero, a

pesar del buen whisky que había bebido, sus pensamientos eran pesados, fríos y rígidos, como un montón de peces muertos de ojos fijos en una carretilla manchada de sangre. No se encontró con nadie, ni siquiera con el viejo policía de Glastonbury, ni siquiera con un gato merodeador. Todas las tiendas tenían las persianas cerradas. Todas las casas tenían las persianas bajadas. Barter echó una mirada indiferente y sin brillo a estas casas mientras pasaba. Había una un poco más grande que las otras y aún más obstinadamente cerrada. Había barandillas de hierro con clavos delante y a lo largo de estas barandillas colgaban filas y filas de diminutas gotas de lluvia. Todo estaba tan silencioso, bajo la fría oscuridad que precede al amanecer, tan inmóvil y sepulcral, que esas pequeñas gotas de lluvia temblorosas que captaban las partículas de luz tenue de una pálida farola de la calle parecían más vivas de lo que suelen estar esas gotas de agua. Sin embargo, Barter las miraba con una mirada ciega y desaprobadora. Sería difícil decir qué objeto natural en ese momento, salvo un meteorito que cayera, habría captado su atención. Probablemente incluso su capataz en el Ayuntamiento, un artista en sus exhibiciones ante Sally Jones, tenía más de lo que se llama apreciación estética que el señor Barter. Sin embargo, mientras pasaba entre las pálidas gotas de lluvia, observó con cierto interés un objeto relacionado con aquella casa en particular: se trataba de un enorme plato dorado, que también estaba iluminado por la lámpara vecina y en el que leyó las palabras «John Beere, abogado». En el Comedor de los peregrinos, una locuaz

camarera le había dado con el codo varias veces (esto ocurría en la estancia de Clarissa) y le había dicho que observara la apasionada glotonería de aquel anciano miope. «En el futuro compraré whisky», pensó, «y guardaré la botella en el restaurante. Esa muchacha se ocuparía de él por mí. La mujer de la casa se lo bebería».

Su mente evocó las alternativas y trató de compararlas. La comodidad, la buena comida, la cerveza, por un lado, pero con muchachas hostiles que Clarissa le tendía como cebo; y por otro, un asqueroso y lúgubre desguace, con una cocina miserable, pero con una chica pechugona y simpática que le traía su botella, cuidadosamente vigilada por ella misma, y con agua caliente y limón gratis si los quería.

La importancia de este dilema había hecho que sus pasos se detuvieran un momento frente a la casa del abogado Beere y, antes de continuar, levantó la vista hacia su suave fachada estilo Reina Ana. Había una luz de noche, en todo caso, una lámpara de luz extremadamente tenue, encendida detrás de las persianas cerradas de una de las habitaciones superiores.

«¡Qué horrible Angela!», se dijo a sí mismo con un pequeño estremecimiento mientras seguía caminando por la calle. Para alguien con el complejo pragmático de Barter, el mero hecho de que una criatura femenina no respondiera a sus avances la relegaba a una categoría peor que indeseable.

En realidad, Angela Beere (pues Barter tenía razón en que era su habitación) siempre apagaba la luz cuando se iba a la cama, pero ese día, debido a la terrible tormenta que había caído, había presionado a su amiga Perséfone para que pasara la noche con ella y no intentara regresar a la poco atractiva casa de Dickery Cantie, y Percy había accedido a esta propuesta, con la condición, no obstante (pues ella nunca dormía en la oscuridad total), de que hubiera al menos una luz de noche en la habitación. En el mismo momento en que pasaba el señor Barter, la más joven de las dos niñas, excitada e inquieta, le susurraba a la otra.

–No me canso de leer esos libros sobre el tema –decía Angela–. Es el que tiene los libros más apasionantes, ¡todos los que se han escrito, me parece! Se refería al Grial pagano de la antigua mitología celta y a su nuevo amigo, el señor Evans.

Había algo extraño en esa conversación susurrada en las últimas horas de aquella noche, antes de que el débil y frío aliento del amanecer –más parecido a un suspiro de algo que se moría que a un grito de algo que acababa de nacer– se deslizara por las colinas húmedas, se escurriera por los caminos de sirga, tocara los postes de las puertas y las presas y los puentes de piedra y las hierbas flotantes en las zanjas con su aproximación silenciosa. Ambas muchachas estaban sensibilizadas y espiritualizadas a un nivel inusual de sentimientos, pero nada podría haber sido más diferente de lo que sentían.

–¡Me encanta oírte, Angela! ¡Continúa, continúa! ¡Cuéntame más! –Así respondió Percy; así la animó Percy, pero en su corazón ella se apartó. ¿Por qué nada parecía satisfacerla, retenerla, lanzar sobre ella un hechizo que pudiera durar? Un cansancio curioso y sutil la agobiaba ahora. Parecía haber algo misteriosamente triste en todo lo que había en la vida, tal como lo veía ahora, en el profundo silencio, solo roto por esa voz febril en su oído.

Si al señor Evans se le hubiera permitido, como a Lachimo⁶⁶ en la obra de Shakespeare, pasar una vigilia en esa cámara, su imaginación druídica sin duda se habría conmovido hasta lo más profundo al ver esas dos hermosas cabezas bajo la tenue iluminación de esa luz de noche parpadeante en su pequeño cristal carmesí.

¡Qué blanca era la tez de la más joven! ¡Qué morena la de la otra! Los rizos oscuros de Perséfone descansaban sobre su almohada como hojas de otoño sobre la nieve, y su rostro tenía una mirada lejana y cansada, como si el hechizo que buscaba no estuviera allí... ni en ningún lugar de esta ciudad silenciosa y empapada por la lluvia... ni en ningún lugar de todo este Gwlad–yr–Hav de Somerset... ¡quizá ni en ningún lugar de toda la tierra! El suave cabello de la otra cabeza, por el contrario, bajo aquella tenue luz, parecía un montón de azafranes otoñales dispersos, pero sus ojos fríos y sus mejillas blancas y suaves estaban vivas de excitación febril

66 Personaje de la Obra Cimbélino de William Shakespeare.

mientras narraba, en sus apasionados y furtivos susurros, la historia del Caldero de Ceridwen⁶⁷.

–¡Ese Caldero era el verdadero Grial, ya lo sabes, y fue eso lo que hizo joven a Taliessin! –Luego, sin detenerse un segundo, recuperando el aliento de una manera particular en la que lo había hecho, se sumergió en el cuento de Math, hijo de Mathonwy, que Air. Evans le había mostrado en el Mabinogion–. Arianrod, que significa Círculo de Plata, le impuso a su hijo Llew el destino de que nunca tenga una esposa de la raza que ahora habita esta tierra. «Bien», dijo Math, «buscaremos, tú y yo, por medio de encantos e ilusiones, formar una esposa para él a partir de flores». Así que tomaron las flores del roble, las flores de la retama y las flores de la reina de los prados, y de ellas produjeron una doncella, y la bautizaron y le dieron el nombre de Blodenwedd.

Mientras le contaba esta historia a Percy, Percy no pudo evitar sentir, al mirar la transparencia de ese rostro blanco a su lado, que la muchacha bien podría haberse llamado Blodenwedd.

Las dos estaban preciosas, tumbadas allí bajo aquella luz resplandeciente, pero mientras que Angela parecía atraer hacia sí, desde la oscuridad limpiada por la tormenta, todo lo que había de pálido y fantasmal en los prados empapados

⁶⁷ Ceridwen o Cerridwen es una diosa galesa (muchas veces considerada como bruja) que poseía el caldero de la Inspiración y la Sabiduría.

por la lluvia, en los matorrales de avellanos que goteaban, en las laderas frías y cubiertas de musgo de las colinas, Perséfone parecía, mientras escuchaba a su amiga, como si fuera una encarnación de toda la magia de los charcos marrones dejados por la lluvia, de las ramas de haya lavadas con suavidad, de los aleros empapados y tallados de madera fragante y de los techos de juncos húmedos de las chozas junto a los diques, allá abajo, en los pantanos del Brue.

–¡Creo que sé quién eres en estas historias del Grial!
–susurró Angela–. ¡Eres Lorie de la Roche Florie, la amante de Gawain!

–De todos modos, aún no lo he encontrado –sonrió la otra.

–Dice –susurró Angela– que el señor Evans dice que el alcalde Geard está realmente en complicidad con los antiguos poderes mágicos y que la nueva inscripción que han encontrado en Chalice Hill tiene que ver con Merlín y no con San José en absoluto.

El rostro de la muchacha, parecido al de una Madonna, tenía una mancha llameante en ambas mejillas y su respiración se hacía entrecortada mientras esas sílabas apresuradas salían de sus labios.

Pero Percy escuchaba lánguidamente. Su alma solitaria, intranquila e inquieta aún no había encontrado lo que ansiaba. «Tal vez –pensaba ahora– lo que quiero no está en

este mundo». De todos modos, algo en ella –probablemente su escéptica sangre de Norfolk– sospechaba profundamente de toda esa cháchara sobre los viejos dioses. Le gustaba coquetear –si es que sus ambiguas relaciones con el galés podían llamarse así– con el señor Evans, pero su mitología címica la dejaba absolutamente fría. Le parecía haber descubierto recientemente que había un cierto tipo de naturaleza que no podía disfrutar de la vida de una manera francamente amorosa u honesta, sino que siempre debía complicar el asunto introduciendo en ella todo tipo de nociones medio místicas y medio religiosas.

Mientras la bella muchacha continuaba sus esotéricos susurros con las mejillas encendidas y los ojos cada vez más brillantes, Percy pensaba para sí misma: «Si Dave no hiciera nada más que hablar del comunismo a su manera curiosa, podría vivir con él para siempre. Si Philip siguiera llevándome en su coche sin cesar, ¡podría vivir con él! Y va a ser lo mismo contigo, mi ángel, ¡solo que al revés! Me gusta que me tengas cariño, pero tus ideas me agotan. ¡Qué forma tan salvaje y excitada tiene de susurrar ahora! ¡Dios me bendiga! ¡Owen Evans no ha descubierto ningún pecado nuevo que no se practique todos los días entre personas que nunca han oído hablar de sus Guardianes del Grial o de sus Hijas del Rey Avallach!».

Sabía que la tenue luz de su pequeña lámpara de noche caía sobre su rostro, y sabía que el estallido espasmódico de palabras calientes, rápidas y excitadas de la otra cesaría en

un segundo y los sentimientos de la niña se sentirían cruelmente heridos si se daba cuenta del efecto que estaba teniendo. Así que, actriz nata como era, Percy asumió una expresión de agotada pero receptiva atención. Pero su alma vagaba muy lejos.

Ned Athling, que la había conocido bastante bien durante los ensayos que habían hecho juntos, le había presentado recientemente a Lady Rachel, y el apasionado amor de Rachel por las antiguas baladas y su odio por todo lo moderno la habían divertido bastante. La imagen de Rachel flotaba ahora muy claramente ante su mente. La alumna de misticismo del señor Evans se habría quedado atónita y le habría apuñalado el corazón si hubiera sido capaz de leer los pensamientos de su amiga.

Taliessin y Aneurin, Bendigeitvran, o Bran el Bendito, Terre Gasteo y el Doloroso Golpe de Balyn, Arawn, Rey del Hades, Caer Pedryvan, donde el pagano Arturo encontró el Caldero de Pwyll, los Mwys de Gwydno–Garanhir, sin los cuales Kulhwch nunca podría tener a Olwen en su cama... ¡todo eso se había hundido en las compuertas de la nada, en los vertederos del olvido, si la bella muchacha hubiera sabido la amarga verdad!

Así, la máscara de piel morena, exhausta y sonriente, escuchaba la voz de su amiga, pero debajo de ella, el alma insatisfecha de la muchacha vagaba profundamente en la oscuridad. Vagó por encima de la cabeza del señor Barter,

mientras sopesaba su whisky frente a su cerveza; vagó por la casa del doctor Fell, donde hacía poco que se había oído la palabra asesinato; vagó por el dormitorio del alcalde, donde el señor Geard todavía podía obtener placer amoroso al abrazar a Megan; vagó por encima de la cabeza dormida de Sam en su habitación de la vicaría; vagó por encima de la cabeza agitada e insomne de la amante de Sam, en su habitación, lejos, lejos, lejos de toda esa gente, lejos de todos esos techos que cubrían el deseo, el tormento, el éxtasis, la lujuria, la desesperación y la paz paradisíaca; vagó libre, libre de todos ellos, libre incluso del cuerpo de su propio poseedor, pero todavía insatisfecho, todavía deseando algo que ninguna carne y sangre podría satisfacer, algo «que quizá no esté en el mundo en absoluto», o al menos tan escondido que nadie pudiera encontrarlo.

XXIII. EL MILAGRO

–Sólo una palabra, señor alcalde –dijo el doctor Fell mientras apoyaba la mano en la ventanilla del taxi de Solly Lew–. Quiero que quede claro que, como asesor médico de esta mujer, me niego a dar mi consentimiento para que se la lleven.

–Muy bien, doctor –respondió el señor Geard desde el interior del vehículo, donde sostenía a Tittie, que gemía–. Recibo su protesta. El señor Crow y mi hija son sus testigos. Asumo toda la responsabilidad. –Alzó la voz–. Usted quiere venir, ¿no es así, señora Petherton?

–¡Sí, sí! ¡Oh, Señor! Cualquier cosa. ¡Oh, Señor! ¡Para hacerte detener; para hacerte detener aunque sea por un momento, Señor! Sí, sí. ¡Oh, ahí estás de nuevo!

La mujer torturada había venido recientemente a hablar

con su cáncer como si fuera una persona viva. Lo llamaba “Señor”, porque representaba el poder más próximo y más voluntarioso que conocía.

Esta peculiaridad era la que había empezado a irritar a la digna enfermera Robinson y era una de las principales razones por las que había pedido que la relevaran de su tarea. “Será mejor para todos los interesados que tenga un cambio”, había dicho cuando Mat Dekker, que se había hecho cargo del salario de la enfermera, protestó por esta decisión. “Estará mucho mejor en el hospital”, dijo. Y fue esta palabra, oída por la paciente hacía una semana, la que ahora hacía que fuera esencial que hubiera un cambio, porque, después de esto, el sentimiento de la mujer hacia la enfermera era como el que sentiría un hereje hacia un funcionario de la Inquisición. La asustada Tittie no la dejó acercarse sin gritar.

“¡Derribaré la casa si das un paso!”, amenazó; y una vez comenzó a gritar y a forcejear tan terriblemente que los vecinos entraron corriendo y armaron un escándalo.

–¡Sigue adelante, Solly! –ordenó el señor Geard.

Crummie y John, sentados frente a los dos protagonistas de este extraño acontecimiento, mantuvieron juntos, al amparo de los gemidos de la infeliz criatura, un rápido intercambio de comentarios.

“Está demasiado lejos”, dijo John. “Eso es lo que temo. Si no estuviera tan lejos, podría ayudarla con su fe en él. ¡Pero ya ha superado ese límite!”

"A él no le importa lo que ella piense, siempre y cuando pueda llevarla allí", jadeó Crummie, haciendo una mueca de simpatía ante cada movimiento que hacía la mujer.

–No lo entiendo –dijo John–. No parece que le haya alterado. Ya viste qué buena cena ha comido... ¡todo ese pudin de Yorkshire! Me sentiría más feliz si estuviera más animada. ¿Puedes imaginar una peor hora del día para un experimento así? La iglesia de San Juan está dando las dos y media ahora mismo.

–¿Qué va a hacer con ella? –preguntó la muchacha. –¿Te lo ha dicho? –continuó–. ¡No puede meterla en esa agua! No se lo permitiré, no debemos permitirle que lo haga si intenta algo así.

–Oh, será sensato –dijo John– en lo que a eso respecta. Tiene la cabeza sobre los hombros. Será mejor que lo dejemos en paz.

Habría sido fácil hablar así delante del señor Geard, incluso si la mujer no hubiera estado gimiendo y retorciéndose como lo estaba haciendo, porque él tenía un poder peculiar de estar allí y no allí al mismo tiempo, bajo ciertas condiciones.

–¡Cuidado! –gritó en voz alta al conductor–. ¡No atraviese la plaza! Pase por Bove Town y baje por Silver hasta Chilkwell.

–¡Muy bien, señor! Como desee su señoría –respondió el señor Lew. En ese momento, el señor Geard estaba sin duda deliberadamente comprometido a quebrantar muchas leyes, o al menos a refutar muchas nociones convencionales de tales leyes. Con su enorme barriga llena de pudín de Yorkshire, con el clima a su alrededor, cálido, húmedo, bochornoso y sin viento, con el escéptico John observándolo con el escrutinio de un lince despreocupado, con los relojes marcando esa hora del día, de todas las demás, la más material y cuando las almas humanas están más soñolientas y desmotivadas, con Crummie tan llena de esa particular clase de solicitud tierna, práctica y femenina, que es la más antipática de todas las cosas al impulso drástico de la energía creativa, con el sujeto de su propuesta cura tan perturbado por el dolor que casi había perdido la cabeza, podría haber parecido de hecho que no podría haber estado más en desventaja en su asombroso proyecto, a menos que tal vez el doctor Fell, todavía vehemente y profesionalmente en oposición, los hubiera acompañado.

Las condiciones eran peores para sus propósitos cuando finalmente llegaron al lugar, de lo que John o Crummie habían anticipado; porque encontraron el lugar ocupado por una pandilla de insensibles trabajadores de los barrios bajos de Paradise, que todavía se demoraban, aunque su hora de

cenar había terminado hacía mucho tiempo, en sus bromas y tonterías bulliciosas.

Solly Lew detuvo su taxi justo frente a aquellos hombres y John, abriendo la puerta, le dio la mano a Crummie. Su conciencia del momento –de la acumulación de impresiones que conformaban lo que el momento trajo consigo– nunca había sido más viva. Se sorprendió –y también se avergonzó, de modo que la sangre se le subió a la cara– cuando descubrió que el apretón de los dedos cálidos y eléctricos de Crummie le había proporcionado un placer perturbador. «Es una jovencita regordeta –se dijo para destruir esa sensación–. ¡Sus piernas no son como las de un chico, como las de Mary!» Pero la verdad era –aunque odiara reconocerlo– que su sensual felicidad con Mary lo había vuelto mucho menos inmune al encanto femenino de lo que lo había sido nunca en su vida. «No hay forma de depender de mis malvados sentimientos –se dijo–. ¡Parece que soy exactamente lo que ese austriaco dice que son todos los bebés: unos pervertidos polimorfos!»

John no había comido nada para el almuerzo, excepto una taza de té y dos bocados de un bollo de baño⁶⁸, de modo que, aunque sólo eran las dos y treinta y cinco, sus nervios

68 El panecillo de baño es un bollo dulce elaborado con una masa de levadura a base de leche con azúcar triturado espolvoreado encima después de hornearlo. Las variaciones en los ingredientes incluyen encerrar un terrón de azúcar en el panecillo o agregar cáscara de fruta confitada, grosellas, pasas o sultanas.

estaban tan alerta como si fueran las cuatro o incluso las cinco. También había desayunado temprano, de modo que se sentía como un sacerdote que hubiera ayunado para prepararse para alguna función especial.

Mientras Solly Lew ayudaba al señor Geard a sacar a Tittie del coche, John echó un vistazo por el gran hueco que había en el seto hacia donde estaban los trabajadores. Estaban empezando a trabajar de nuevo, con muchas miradas contenidas, susurros y empujones dirigidos hacia el alcalde.

Detrás de donde estaban trabajando en ese momento, cavando una zanja para más cimientos, ya se podían ver varias hileras de muros bastante importantes: el comienzo de la rotonda bizantina de Geard y el arco sajón. Estos muros, que ahora se alzaban a casi siete pies de altura, ocultaban totalmente toda vista del Pozo del Cáliz desde donde trabajaban los hombres: pues el arquitecto londinense del alcalde, un experto, según se vio, en la intención mística de los puntos cardinales, había conseguido que el arco de entrada estuviera orientado hacia el este, de modo que los visitantes del Pozo, siguiendo los pasos del gran José –Agathos–Dikaios, como lo llama San Juan– pudieran acercarse a sus aguas, moviéndose, si eran religiosos, de rodillas y golpeando el suelo con la frente, en dirección oeste.

–¡Venid! –dijo el señor Geard con voz ronca y autoritaria, dirigiéndose a su hija y a John.

Con la ayuda de Solly Lew, cargó a medias a la sufriente mujer, sin dejar de seguirle el ritmo, sin importarle dónde se encontraba, en su diálogo histérico con su torturador, sobre el hueco del seto lleno de basura y directamente entre los trabajadores.

La mayoría de los hombres se llevaron la mano a la cabeza, algunos siguieron trabajando, todos miraron al alcalde de Glastonbury con esa mezcla de familiaridad y respeto que siempre despertaba en el populacho. Había venido tan a menudo a verlos trabajar y había traído consigo a tantos compañeros curiosos que ninguno de ellos pareció particularmente sorprendido al ver la figura desencajada de Tittie.

Le ordenó a Solly que apoyara a la señora Petherton durante un minuto contra una carretilla volcada; luego llevó al hombre a un lado, haciendo señas a John y Crummie para que se unieran a ellos.

–Lo que quiero que ustedes tres hagan por mí ahora –dijo enfáticamente, pero hablando con una voz natural y sin emoción alguna–, si quieren, es que hagan fila entre aquí y el Pozo y no permitan que nadie suba allí. Probablemente nadie querrá hacerlo. Pero si alguien lo intenta, hay que detenerlo. ¡Eso es todo! Si te quiero a ti, Crummie, gritaré. Pero probablemente no necesite a nadie. No tardaré mucho. ¡Bendícenos y cuídanos!

Sin decir más, se acercó a la mujer postrada y la levantó en sus brazos, sosteniéndola presionada contra su pecho.

–¡Parece que va a bautizarla! –dijo Solly Lew–. Bueno, señorita, creo que será mejor que hagamos lo que dijo, pero me duele.

¡Me da mucho gusto que la pobre Bet estuviera conmigo! ¡Esta pobre mujer daría los ojos como platos por ver estos grandes acontecimientos!

John fue el único de los tres singulares discípulos del señor Geard que tuvo el descaro de echar una mirada furtiva por encima del hombro para observar los pasos firmes y cautelosos del alcalde, que llevaba su distraída carga fuera de la vista detrás de la mampostería recién erigida. Sin embargo, cuando los dos desaparecieron de la vista, él también se dio la vuelta y ocupó su puesto de centinela. Así, John estaba de pie, en el extremo oeste, Solly en el extremo este y Crummie en una posición que podría llamarse sureste. Allí los tres se sentaron a esperar, con toda la calma que pudieron dadas las circunstancias.

Era notable la poca atención que prestaban los trabajadores, absortos en sus labores y deseosos de demostrar a la hija del alcalde que se estaban ganando el sueldo, a las actividades de su patrón. El propio John, mientras observaba los movimientos de sus azadas y palas, sintió que una extraña sensación de trance se apoderaba de

su mente inquieta. Su mirada, recorriendo las espaldas encorvadas de los hombres en el terreno llano y las cabezas y los picos oscilantes de los que trabajaban en las zanjas, advirtió, en ese curioso entumecimiento onírico de sus sentidos (tan alerta hacía unos minutos) que un rebaño de ovejas estaba siendo conducido por el camino. Estas criaturas lanudas, apiñadas unas sobre otras, pero que no levantaban en el aire húmedo y sin viento ninguna nube de polvo y mucho menos su habitual balido, se desplazaban en masa, como un río de lana gris y rizada, hacia el este, alejándose de la ciudad.

Caminaban paciente y soñolientamente tres figuras, un hombre, un niño y un perro pastor, tan grises y lanudos como el rebaño mismo. Mientras observaba esas figuras y ese río de espaldas grises que se movía frente a ellos, su mente se vio arrastrada por una larga serie de recuerdos. Varias carreteras en las que había visto cosas así, algunas en Norfolk, otras en Francia, vinieron a su mente y con esos recuerdos llegó una extraña sensación de que toda su vida no era más que una serie de imágenes oníricas y que toda esa serie de imágenes era algo de lo que, si hacía un esfuerzo suficiente, podría despertar y sentir que todas se dispersaban, como volutas de vapor. El dolor era real: aquella mujer gritaba a causa de su cáncer y lo llamaba “¡Señor!, ¡Señor!” –pero incluso el dolor y todos los demás horrores indescritibles de la vida parecían, mientras contemplaba las espaldas de aquellas ovejas en movimiento,

estar hechos de una “materia”, como la llama Shakespeare, que podía verse obligada a ceder, aflojarse, a derretirse, a desvanecerse, bajo la presión adecuada.

Las ovejas habían desaparecido y, un segundo después, siguiéndolas en ese mismo movimiento onírico, también desaparecieron el hombre, el niño y el perro. El humor de John cambió entonces de repente. Algo en su mente pareció encajar con un clic mecánico en su rutina habitual.

John se volvió con picardía y miró a Crummie. La muchacha se había quitado la capa, la había extendido en el suelo y estaba sentada con una parte de ella envuelta alrededor de las rodillas. Le hizo un gesto con la mano cuando él le llamó la atención y él le devolvió el saludo. Ninguno de aquellos trabajadores tenía el menor deseo de espiar al patrón. Bloody Johnny tenía libertad para realizar cualquier ritual loco que quisiera tras aquellas paredes. «Yo también podría estar sentado al lado de Crummie», pensó. Miró hacia el otro lado para ver qué estaba haciendo el taxista. Solly Lew también estaba sentado (sobre una piedra o un tronco o algo así) fumando tranquilamente su pipa y contemplando a los trabajadores. Pero la imaginación de John estaba trabajando ahora. ¿Qué demonios le estaba haciendo Geard a aquella mujer? De la forma más repulsiva (pues la mente de John tenía una inclinación goyesca por lo monstruoso) vio a su patrón sumergiendo a aquella pobre criatura en su preciosa agua de caliza. Vio la escena con una minuciosidad horrible y telescópica. Vio la ropa interior sucia de la pobre mujer, sin

cambiarse desde hacía una semana, sin duda, mientras ella golpeaba a la enfermera, y toda manchada de excrementos. Vio alimañas, asustadas por el agua, que abandonaban su ropa y se escabullían por las losas de la fuente, donde sin duda morirían miserablemente. Vio la imagen repugnante del cáncer en sí. Geard lo estaba bañando en esa agua rojiza y murmurando sus grotescas invocaciones, mientras que la mujer (John podía ver su rostro) estaba aterrorizada y olvidaba su dolor por el impacto frío del agua. Sin duda se le había ocurrido a su simple mente que el alcalde había decidido librarla de Glastonbury. La imaginación de John, después de haber quedado tan aturdida por las ovejas, se vio ahora invadida por una clarividencia aterradora. Siguió a una de las alimañas de Tittie en su huida desde el lago de las vigorosas abluciones de Bloody Johnny. Y lo vio encontrarse con un lozano piojo de la madera que había tenido que convertirse en una bola de color plomizo para evitar los pies del señor Geard, pero que, apareciendo ahora en el camino del otro como un inmenso brontosaurio, se había desenroscado a la vista del piojo humano.

“Todo me resulta extraño”, le dijo el piojo humano a la cochinilla. Hablaba a la perfección el idioma de los piojos, con sus hermosos sonidos vocálicos.

–Al contrario –dijo el piojo de la madera, hablando la misma lengua antigua pero con una entonación rural grosera–, ustedes son lo único extraño que hay aquí para mí.

“¿Podrías orientarme?”, preguntó el piojo humano, dando a sus palabras una resonancia clásica, indicativa del hecho de que sus antepasados habían vivido con los romanos, “¿a alguna piel humana en esta vecindad?”

El piojo de la madera desmintió bruscamente las grandes esperanzas de este delicado viajero y le informó que la única piel disponible en esa zona, aparte de la corteza de los árboles, era la piel de un conejo que había sido atrapado en una trampa un año antes.

–Nada puede salvarte de morir de hambre, por lo que veo –dijo la cochinilla–, excepto que te descubra algún pájaro lo suficientemente pequeño como para atraparte. Si quieres, haré correr la voz de que estás tan angustiado mentalmente que...

En ese momento la historia que John se había contado a sí mismo se interrumpió, pero él siguió pensando en la monstruosa arrogancia de la raza humana al juntar en una palabra torpe y ridícula –“instinto, instinto, instinto”– todo el drama turbulento, lleno de corrientes psíquicas entrecruzadas y de luchas y desesperaciones enrevesadas del mundo subhumano.

El pensamiento del desafortunado destino de esa miserable alimaña con la ropa inalterada de esa rebelde contra la enfermera Robinson trajo a la mente de John, justo en ese momento, bajo ese cielo pesado, el verdadero horror

de la palabra relativo. «Es relativamente importante que esas alimañas no mueran de hambre», pensó. «Es relativamente importante que Geard tenga su milagro. Es relativamente importante que esta desdichada mujer se alivie de su dolor. Es relativamente importante que mi vida con Mary sea exquisitamente feliz. Es relativamente importante que ese estúpido Philip obtenga el permiso del ayuntamiento para hacer su camino por los pantanos. ¡Dios! ¡Qué confusión es todo esto! ¡No me importa! Yo no hice el mundo. No soy responsable. No podría haber una criatura más dulce que Mary... ¡No! ¡No desde Glastonbury hasta Jerusalén!»

Mientras estos pensamientos cruzaban por la mente de John, el señor Geard, completamente desnudo en la Fuente del Grial, cuyo agua le llegaba más allá de la cintura, y observado por el asombro petrificado de Tittie, que estaba reclinada con la espalda apoyada en la base del arco sajón, extendía los brazos en una especie de orden. John estaba completamente equivocado en su imaginación. Ni una sola vez el señor Geard invocó la Sangre de Cristo. Ni una sola vez roció con el agua color sangre a la mujer con cáncer. La ropa del señor Geard estaba en un ordenado montón al lado de Tittie; y la mujer, estupefacta y asombrada, observaba sus dedos levantados que se abrían y cerraban mecánicamente en la tempestad de su lucha mental.

El señor Geard no estaba rezando. Esa era la diferencia entre esta ocasión y las otras en las que se habían utilizado

sus poderes terapéuticos. No estaba rezando. Estaba dando órdenes.

Si se le preguntara qué estaba pensando y sintiendo exactamente el señor Geard mientras levantaba los brazos de la Fuente Roja, la respuesta tendría que ser que estaba asumiendo el papel de un ser sobrenatural. De hecho, literalmente –tales eran las limitaciones infantiles de la naturaleza de este hombre singular–, el señor Geard había visualizado, por un segundo, una imagen de la Escuela Dominical de Montacute, que representaba a Nuestro Señor en el proceso de ser bautizado en el Jordán. No había ninguna blasfemia consciente en ese pensamiento vacilante, y no había durado. Ahora no estaba pensando ni sintiendo. Ahora todo su cuerpo y su alma estaban absorbidos en un acto. ¡Este acto era el acto de ordenar al cáncer que saliera de la mujer; ordenarlo con su propia autoridad; para que el tumor en el costado de Tittie se secara!

La verdad es que esta fuente de caliza en esta particular ladera había sido escenario de una serie continua de ritos místicos, que se remontaban a los hombres neolíticos de Lake Village, si no a la raza aún más misteriosa que los precedió, y que había llegado a rodearla una espesa aura de vibraciones mágicas. Aquella piel de conejo en la trampa, a la que se refería la cochinilla de John, podía perder su virtud debido a la lluvia, las heladas y el sol blanqueador; pero esta aura psíquica, cargada con las desesperadas luchas humanas de cinco mil años para abrirse paso en los arcanos de la Vida,

no podía ser lavada por ninguna lluvia, ningún sol podía secarla, ninguna helada podía matarla.

Sumergido hasta la cintura en ese manantial rojizo que había sido escenario durante cinco mil años de tanta credulidad apasionada, no es extraño que el señor Geard, cuyo magnetismo animal era el doble o el triple del de una persona común, se sintiera capaz de aprovechar una reserva de poder milagroso.

Ningún estanque sagrado, en Roma, Jerusalén, La Meca o el Tíbet, ha reunido en su entorno un continuum histórico de fuerza psicoquímica como el que contenía entonces y contiene todavía este lugar. Pero el señor Geard no limitó su reserva de poder curativo a lo que este lugar había almacenado. Luchó en ese momento con la Causa Primera en sí. Ahora se puede entender por qué eligió un día tan húmedo, oscuro y sin viento, tan marrón, tan neutro, tan apático, tan cargado de nieblas soñolientas, para su gran experimento. Fue porque, guiado por un instinto que él mismo nunca habría podido explicar, quería entrar en contacto con la Causa Primera en sí sin ser interrumpido por la energía dinámica del Sol o la Tierra o cualquier Poder subordinado. El hombre era ahora como un atleta de algún tipo mientras extendía los brazos y concentraba su energía masiva y montañosa.

Lo curioso era que su mente permanecía perfectamente tranquila, clara y serena. Era siempre raro que el señor Geard

perdiera la sangre fría, incluso en las crisis más extremas; y ahora se decía con toda serenidad: «Si lo hago, lo hago. Si no lo hago, no lo hago... y la mujer debe morir. Pero lo haré. Lo siento en mí. Lo siento en mí».

En lo que el señor Geard no perdió de vista durante todo ese tiempo fue en esa grieta, en esa hendidura, en esa hendidura del Tiempo por la que lo Intemporal –conocido en aquellos lugares durante cinco mil años como caldero, cuerno, cráter, pozo, kernos, plato, copa e incluso piedra sin nombre– había quebrantado las leyes de la Naturaleza. Lo que realmente hizo el señor Geard –siendo más práctico y menos escrupuloso que Sam Dekker– fue asociar ese Fetiche inmemorial con lo Absoluto, con su energía creativa, distinta de su energía destructiva. Sam, en su pasión por lo crucificado, se opuso a la Causa Primera, como algo tan malvado en su crueldad que un hombre debería resistirlo, maldecirlo, desafiarlo y no tener tratos con ello. Así, en su aborrecimiento del mal en Dios, Sam... El Santo se negó a hacer uso de la beneficencia de Dios, y esta negativa lo estaba obstaculizando constantemente en su actual existencia de “todo o nada”. El Sr. Geard, por otra parte, estaba dispuesto a hacer uso de este ambiguo Emperador del Cosmos sin el menor escrúpulo.

El señor Geard oyó por casualidad el grito de una avecilla, uno de sus cantos favoritos, pues lo asociaba con ciertos campos particulares en el camino de Montacute a Yeovil, y lo consideró, al llegar a sus oídos en ese momento crítico, un

presagio bendito. Simultáneamente con este grito, que no se repitió, notó, con gran satisfacción, que Tittie Petherton estaba bostezando. «*Lo he conseguido*», se dijo a sí mismo, y, esforzándose al máximo, se obligó a imaginarse que aquel cáncer era algo hacia lo que estaba dirigiendo flecha tras flecha de fuerza devastadora, fulminante y mortal. «Lo mejor es verlo», se dijo a sí mismo, mientras sus ojos negros, ahora encendidos con su furia más ardiente, despojaban a la pobre mujer de cada prenda de vestir.

Las flechas de su pensamiento se convirtieron en una lanza, la Lanza Sangrante de las leyendas más antiguas de Carbonek, y con un temblor real de sus brazos desnudos y levantados, sintió que estaba hundiendo esta formidable arma en la peor enemiga de todas las mujeres. "Lo he logrado", repitió por segunda vez, mientras veía que los ojos de Tittie comenzaban a cerrarse lentamente.

Y entonces el señor Geard se estremeció y sus dientes empezaron a castañetear.

Tal vez no lo hubiera logrado si en ese momento no hubiera tenido en la cabeza la visión de un diminuto tentáculo viviente de aquel pulpo asesino bajo la carne de la mujer dormida. Con una terrible conmoción de todo su enorme cuerpo, su fuerza gástrica, pulmonar, espinal y fálica, e incluso levantándose de puntillas de la grava del fondo de la fuente, hundió la Lanza Sangrante de su mente en el cáncer medio muerto.

Luego se inclinó hacia delante, como el tronco de un árbol en medio de una gran tormenta, hasta que su frente tocó la superficie del agua. Desde esa superficie procedió a tragar, con largos y gorgoteantes jadeos, agua suficiente para saciar la sed de la Bestia en busca de Dios. «¡Sangre de Cristo!», balbuceó; y fue la primera vez durante esta gran lucha que su expresión favorita había cruzado sus labios.

Y entonces su anterior expresión escapó una vez más de las profundidades de su garganta, como un verdadero gruñido de aquella Bestia Buscadora; y casi inarticuladas las palabras surgieron del agua templada y áspera. “¡Lo he logrado!”, suspiró el señor Geard por tercera vez.

Saltó a toda prisa sobre las nuevas losas de piedra, echó una rápida mirada complaciente a los cimientos del arco sajón y empezó a secarse a toda prisa. Para ello, no utilizó su camisa de franela gris, como cualquiera hubiera esperado, sino un chaleco de lana negro nuevo que Megan acababa de tejer para él.

Cuando se hubo puesto toda la ropa, incluido el fino abrigo negro y un sombrero de párroco de Low Church, que era su tocado favorito y que ahora se calaba hasta la frente, levantó con mucho cuidado a la mujer dormida en sus brazos y la sacó entre los pedestales de su arco. Fue Crummie quien vistió a la señora Petherton para esta gran excursión –sin duda la más importante que haría jamás, hasta que «los jóvenes», como dirían las Escrituras, «la sacaron para su

entierro»– y Crummie había encontrado un viejo sombrero púrpura en una caja de cartón que se había colocado en la cabeza, atando las cuerdas alrededor de su cuello.

De los dedos del señor Geard, ahora extendidos bajo la espalda de la mujer, este sombrero colgaba ahora de una de sus cuerdas moradas, aleteando contra sus rodillas mientras la llevaba colina abajo.

Los tres asistentes de Bloody Johnny se apresuraron ansiosamente a recibirlo y grande fue su alivio (compartido plenamente) por el tono alegre con que los saludó.

Mientras este trascendental acontecimiento se producía en Chalice Hill, un joven recién llegado a la ciudad que había abierto hacía poco una oficina de abogados en High Street estaba hablando con Merry, el conservador, y con el señor Sheperd, el policía, en un banco del pequeño patio de grava que había fuera del museo.

El nombre de este joven era Paul Trent, y la impresión que produjo en las personas sensibles fue que debería haber sido dotado con un nombre menos breve y menos autoritario que éste. Era, en verdad, tan sedoso y suave como una mariposa; y como una mariposa eran sus movimientos suaves. Sus ojos eran castaños, con largas pestañas; su cabello era castaño muy oscuro; mientras que su piel era de un delicado tono amarillo marfil con un ligero matiz amarronado en las mejillas y el mentón. Sus labios eran rojos y carnosos, el labio

inferior mucho más grande que el superior; y su boca, por lo general un poco abierta, mostraba hermosos dientes.

En conjunto, había algo cálido, felino y acariciador en este hombre, y también un cierto aire, a pesar de toda su gentileza y tranquilidad, de ser un tártaro, como dicen, con el que hay que entrometerse o provocar.

Daba la impresión, no del todo errónea, de proceder de alguna región bañada por un sol constante. Un amigo anticuario lo había llamado en cierta ocasión «de aspecto fenicio», pero en su composición parecía haber más sol que mar, y una persona corriente habría pensado más en Persia que en algo púnico.

Trent era sobrino del anciano señor Merry y, como consecuencia de lo que el curador le había estado diciendo durante los últimos seis meses con respecto a todos los nuevos movimientos en el lugar, decidió venir a ejercer en Glastonbury. Ya se había hecho amigo de John Crow y Tom Barter y, gracias a ellos, se había ganado la entrada en la casa de los Geard, donde su personalidad original había agradado tanto a Bloody Johnny que le había presentado al señor Bishop, el secretario del ayuntamiento. «El Ayuntamiento debería tener su propio abogado», le había comentado el alcalde al señor Bishop. «Además, Beere es demasiado conservador».

El alcalde de Glastonbury, en lo más profundo de su

corazón de South Somer, alimentaba una profunda sospecha hacia todos los abogados; pero tenía demasiadas razones concretas para desconfiar del señor Beere como para permitir que unas pocas razones indefinidas lo predispusieran contra Paul Trent.

–Lo que todavía no he podido encontrar en su ciudad, señor Sheperd –decía ahora el joven de rostro cetrino⁶⁹– es un buen restaurante vegetariano.

El policía de Glastonbury abrió mucho el ojo izquierdo y entrecerró el derecho. No fue un guiño, porque el señor Sheperd habría considerado ese gesto histórico como una confesión de complicidad en la delincuencia. Además, tenía la peculiaridad de poder mantener esa máscara particular durante el tiempo que lo requiriera el tono preciso de la conversación; es decir, la narración de algo maravilloso para el hablante pero no maravilloso para el oyente. “En esos lugares comen nabos crudos y cosas así, ¿no?” dijo el señor Sheperd. “Creo que nosotros, la gente del campo, vemos tantas cosas de esas en la vida diaria que no queremos verlas cuando nos divertimos en la taberna. Nos gusta ver un poco de buena carne; como la que un trabajador cuando mi padre era joven nunca veía durante todo el año, excepto cuando Squire ofrecía una cena parroquial en Navidad”.

Durante tanto tiempo había sido un estribillo recurrente en

⁶⁹ Triste, melancólico, taciturno, huraño, adusto.

la conversación del señor Merry: «Cuando mi sobrino Paul venga a ejercer aquí», que cuando vino, e incluso convenció a la abuela Cole para que le cediera su famoso dormitorio delantero, con vistas a High Street, todo el mundo estaba frenético de curiosidad.

La anciana señora Cole había conservado durante veinte años un pequeño cartel en la puerta de su casa de High Street, que contenía las palabras «Dormitorio delantero en alquiler para caballero soltero», pero la vieja costurera era tan meticulosa con sus caballeros solteros que este agradable y soleado refugio se había convertido durante años en una especie de salón de honor sin uso. El señor Barter lo había visitado en su primera llegada; pero la presencia de Sis y Bert en la habitación de atrás, porque a Barter no le gustaban los niños, lo habría predisposto contra el lugar, incluso si la austera moralidad de la anciana no hubiera sido tan evidente.

Pero «mi sobrino de las islas Sorlingas⁷⁰», como siempre llamaba el señor Merry a Paul Trent, parecía no tener miedo ni de los niños ni de la moralidad. Y algo en el joven de nariz larga, tal vez su manía por las abluciones elaboradas en agua absolutamente fría, tal vez su pasión por las plántulas en jardineras, tal vez el respeto ilimitado que todo el pueblo

70 Las islas Sorlingas (en corno: Ynysek Syllan) son unos pequeños archipiélagos de islas en el océano Atlántico, 40.2 kilómetros frente a la costa de Cornualles en el extremo suroeste del Reino Unido.

tenía por su tío, había inducido a la señora Cole no sólo a darle su habitación delantera a prueba, «hasta que vea dónde estamos y cómo nos sentimos», sino a permitirle conservarla indefinidamente.

Pero si el viejo policía de Glastonbury hubiera abierto el ojo izquierdo cuando le preguntaron por el restaurante vegetariano, se quedó sin aliento ante el siguiente comentario: "mi sobrino de las Islas Scilly".

–¿Hay anarquistas filosóficos en tu ciudad, tío?

–¡Bendito sea! ¡Vaya! ¡Vaya! ¿No querrás decir que todavía tienes esas ideas en la cabeza, Paul? ¡No, diría que no! ¡Creo que no! ¿No es así, señor Sheperd?

Pero el viejo policía estaba demasiado atónito para hacer más que abrir su ojo derecho tanto como el izquierdo.

–Claro que soy el mismo de siempre, tío. ¡Deberías saberlo! No habría venido aquí si no me hubieras contado tanto sobre el nuevo alcalde y su fábrica municipal.

–Pero el señor Geard no es anarquista, Paul. ¿O sí, señor Sheperd?

El policía escupió en la grava que tenía a los pies. Su expresión parecía decir: «No puedo responder por estos funcionarios de tan mala fama de los últimos tiempos, pero sé que cuando me incorporé a la fuerza los hombres jóvenes

no se atreverían a hablar tan descontroladamente».

“¿Nunca habías visto a un anarquista?”, preguntó Paul Trent sin rodeos al horrorizado oficial.

–Oí a Dickery Cantie decir –respondió el señor Sheperd– que su abuelo sirvió bebidas a un cartista⁷¹ una vez y que se le mencionó por su nombre por tales hechos en un sermón en San Juan.

–Esta mañana me encontré con John Beere en la plaza, Paul –interrumpió el señor Merry para cambiar de tema–, y me preguntó por ti. Pensé que se enfadaría mucho por el hecho de que te hayan nombrado asesor legal del Consejo, pero me habló muy bien de ti. Me dijo que el señor Spear, de Bristol, estaba de nuevo en la ciudad y se alojaba en casa de Cantie, aunque no en la misma habitación que su esposa. Me dijo que Angela se ha hecho muy amiga de la señora Spear.

El viejo policía levantó la vista bruscamente. –Creo que Spear es un espía ruso –murmuró–, al menos eso es lo que

71 El cartismo (Chartism en inglés) fue un movimiento popular radical que surgió en Reino Unido desde 1838 hasta 1848 y que expresaba la agitación de la clase obrera, debido a los cambios derivados de la Revolución Industrial, la coyuntura económica y las leyes promulgadas por el Parlamento británico. Al igual que el ludismo, el cartismo fue un movimiento propio de la primera etapa del movimiento obrero, pero, a diferencia de aquel, tuvo una índole esencialmente política. Obtuvo su nombre de la Carta del Pueblo (People's Charter).

me dijeron en el bar de Michael; pero no puedo asegurarlo, ¿me entiende?

“¡Hablamos del diablo!”, gritó el curador Merry, porque en ese momento el señor Dave Spear, acompañado por Red Robinson, entró en el patio del museo. “¡Ah, señor Spear!”, exclamó el viejo conservador, “Estábamos hablando de usted. ¿Cómo está, señor Robinson? El señor Robinson fue uno de los primeros en descubrir esta veta de estaño en Wookey, Paul, de la que tanto habla la *Western Gazette*. Este es mi sobrino de las islas Sorlingas, caballeros, el señor Paul Trent”.

–Bueno, señor Merry, creo que daré un paseo por las ruinas –agregó en ese momento el viejo policía, sintiéndose incapaz de hacer frente a tal invasión de personas revolucionarias.

–No se levante, señor Sheperd –dijo Dave amablemente–. No quiero molestarlo... ¡ni a usted tampoco, señor Merry! Estábamos buscando a su sobrino en la oficina del señor Bishop, y él nos dijo que probablemente lo encontraríamos aquí.

–Ya iré, ya iré –murmuró el joven, alisándose el pelo sedoso con una mano quemada por el sol y recogiendo su sombrero de fieltro de la grava. Mientras se alejaba con ellos, su tío no pudo evitar notar lo bien que su ropa marrón holgada se adaptaba a su personalidad en general.

–Queríamos verle, señor Trent, por favor –empezó Red Robinson–, en una reunión muy importante del señor Spear, una reunión que se celebró en Bristol.

Dave Spear soltó una risita nerviosa. Formaba parte de su formación como buen comunista el refrenar sus sentimientos personales en beneficio de la causa, pero nunca en su vida había conocido a un aliado, un instrumento o un cómplice más ajeno a su espíritu que Red Robinson. El jacobinismo vitriólico de aquel hombre –que reducía todo a un odio personal hacia Philip– ponía de los nervios a Dave. En cualquier caso, no tenía motivos para ser indulgente con Philip, pero siempre que se refería a él, el tono de Red tenía algo –una ferocidad asesina y febril– que chocaba y repelía toda su naturaleza.

–Si a vosotros dos no os importa –dijo Dave–, me gustaría hacer un poco de ejercicio. Ahora está más claro que antes. Puede que salga el sol dentro de poco, pero aunque no lo haga, estoy seguro de que no lloverá. Vayamos a Chalice Hill y veamos cómo van las construcciones y excavaciones de Geard. Tampoco he visto esa nueva inscripción de la que todo el mundo habla.

Los dos compañeros de Spear aceptaron de inmediato la sugerencia y se pusieron en camino por Silver Street, pasando la puerta de la vicaría, la puerta de la señorita Drew, el antiguo granero del diezmo, hasta que llegaron a Chilkwell Street. No tardaron mucho en contemplar las mejoras del

señor Geard. Mientras escudriñaban entre las rudimentarias columnas del arco sajón las aguas agitadas del pozo, Red Robinson anunció que, en su opinión, los trabajadores de allí habían estado «mordiéndose» en la fuente. Dave protestó enérgicamente contra semejante idea. «No hace buen tiempo para bañarse», dijo. «Además», añadió, «son todos hombres de Glastonbury; y aquí todo el mundo respeta este lugar».

–Si tuviera ganas, me «mordería» aquí–murmuró Red.

Cuando llegaron a la cima de Chalice Hill, buscaron la inscripción recién descubierta, pero sin éxito.

–Es una superstición –dijo Red–. Si me saliera con la mía, acabaría con todo ese montón de malditas reliquias.

–Sentémonos –dijo Dave– y podremos contarle al señor Trent lo que hemos pensado.

Los tres se sentaron en los helechos, que ya estaban marchitos y ya estaban marrones, y apoyaron la espalda en un montículo de musgo verde. Red Robinson se quedó callado y dejó que el señor Spear le explicara a Paul Trent cuál era su idea. Aunque nunca lo hubiera confesado y, de hecho, su forma de hablar lo hubiera limitado, Red sintió en ese momento, cuando el sol empezó a mostrar signos de abrirse paso entre las nubes, una vaga sensación de bienestar sensual muy poco habitual en él. La personalidad

de Sally Jones se le presentó vívidamente en la mente. Había estado viendo mucho a Sally últimamente y había llegado a la conclusión de que le pediría que se casara con él. Sabía que su madre creía que él era superior socialmente a Sally, ya que ella era la criada de los Geard y él era el capataz de una fábrica, pero había llegado a encariñarse tanto con la muchacha que estaba dispuesto a arriesgarse a la decepción social de su madre.

Había sido muy tenso para él su anterior aspiración a la mano de la señorita Crummie, y peor que eso el rechazo que había sufrido por parte de Blackie Morgan. Con Sally se sentía, por primera vez en sus relaciones con una mujer, completamente a gusto.

Así, mientras estaba sentado entre esos dos caballeros, consciente de que a ninguno de los dos le agradaba, consciente de que les había ofendido con sus palabras sobre “morder” en Chalice Well, el efecto de ese débil destello de sol en la ladera fue arrojar alrededor de la robusta figura de Sally una calidez consoladora y confortable, similar y, al mismo tiempo, diferente a la que solía sentir por su madre cuando se reían de él en su internado del este de Londres.

“Es agradable estar en esta colina”, dijo Paul Trent.

–Sí –convino Dave–. ¡Y mire cómo cae ese rayo de sol sobre el campo de Tor! Es como un paisaje de Rubens, ¿no? Es peculiar de este lugar, un día como éste, con el sol

abriéndose paso a borbotones, y esas manchas doradas en el costado del Tor, y esas figuras de trabajadores en la bruma. ¿Qué *opina* de Glastonbury, señor Robinson? ¿Ha llegado a encariñarse con él?

–A High no le gustan esos sentimientos de corazón y de oscuridad –dijo Red sin rodeos; pero la psicología humana es tan paradójica que, al instante de hacer esa observación, sintió un deseo irresistible de tener a Sally Jones a su lado allí arriba, riéndose cuando le hacía cosquillas y gritando: «¡Oh, señor Robinson, qué cínico es usted!» cuando denunciaba «todo este chisme y este lío». No pensaba en Rubens y no distinguía el púrpura del oro en la difusión de todos esos vapores flotantes; pero al entregarse a esa ternura derretida hacia Sally Jones asociada con lo que estaba viendo en ese momento, se produjo en su interior una cierta mezcla de la carne y la sangre del hombre con la química de los elementos, que hizo que esa brumosa escena de octubre fuera realmente más memorable para él que para cualquiera de sus compañeros.

“Es extraño pensar”, dijo Dave, “que cuando el alcalde celebre su gran ceremonia de inauguración de este nuevo santuario, toda esta ladera de la colina pueda estar cubierta por una multitud de personas procedentes de toda Europa”.

–Sí –dijo Paul Trent–, pero no conseguirás una multitud como ésa a menos que haya un milagro, y el tiempo de los milagros ya pasó. Lo que me gustaría ver en Glastonbury es

algo muy diferente de todos esos milagros. Me gustaría verlo, pero tienes algo que preguntarme, ¿no es así? Será mejor que vayamos al grano ahora... y charlemos más tarde.

Paul Trent estaba sentado erguido sobre sus ancas, más bien femeninas, con los brazos fuertemente curvados alrededor de las rodillas, cubiertas por una suave tela marrón, y las delicadas manos entrelazadas. Su figura se fundía armoniosamente con los helechos sobre los que estaba sentado, y la brumosa luz del sol parecía acariciar su sedosa cabeza morena, como si estuviera agradecida de encontrar un objeto más dócil a su cortejo que el rechoncho cráneo de Dave o la cabeza color zanahoria del cockney.

Él, sentado allí, parecía una figura traída a ese lugar por el mismo sol en su largo viaje, para estar seguro de que habría al menos un devoto sincero en esa tierra de sombras verdes.

–Y bien, señores, ¿para qué querían verme? –repitió el visitante de las islas Sorlingas.

Dave miró a Red y Red miró a Dave. Ambos eran conscientes de ese curioso nerviosismo que tan a menudo se apodera de las personas que tienen que comunicar algo importante.

En esos momentos, es como si la noticia misma se quedara con sus portadores a la puerta cerrada de la mente del receptor inconsciente y apareciera de repente, para esos

mismos asistentes, como una novia que han elegido a la luz de una lámpara y que los avergüenza un poco a la luz del día.

Pero Dave se lanzó con valentía y explicó cómo su organización de Bristol, que era la más grande de Wessex, había llegado a la conclusión de que con un poco de hábil manejo local podría establecerse una verdadera comuna en Glastonbury. Dave confesó que la idea original de esta comuna no había surgido de la organización sino de su esposa Persephone.

–Probablemente ya se ha olvidado de lo que dijo –explicó–. Pero a veces tiene esas inspiraciones; y cuando expuse su idea a los líderes del Partido en Bristol, se quedaron inmediatamente impresionados. Verá, señor Trent, todos pensamos que Glastonbury tal vez nunca vuelva a tener la suerte de tener un alcalde como el señor Geard y que deberíamos aprovechar una oportunidad tan grande. –Los ojos de aquella figura parecida a una polilla brillaron de repente de excitación–. ¿Le he oído bien? –exclamó–. ¿Le he oído decir que sus amigos pensaban fundar una *comuna* aquí?

“Ellos no lo pensaron, ni yo tampoco lo pensé, fue mi culpa”

Pero Paul Trent se había levantado del suelo de un salto y, con los brazos a la espalda, contemplaba la competición otoñal que se desarrollaba entre los rayos de sol fugaces y

las nubes que se hundían en el aire. Parecía estar contemplando aquella escena para asociarla para siempre con la idea de una comuna en Glastonbury.

–¡Dios mío! –exclamó–. ¡Qué lugar tan brumoso es éste! Una comuna... ¡Sí! ¡Me encantaría ver una comuna!

Fue curioso escuchar el suave improperio femenino de “¡Dios mío!” seguido de una aspiración tan revolucionaria.

–Señor Trent –exclamó Dave, con las mejillas rojas de nerviosismo y los ojos azules parpadeando–, ¿no es usted comunista por casualidad?

La boca voluptuosa, con su labio inferior grueso, se abrió paso en una sonrisa divertida. Sacudió la cabeza vigorosamente y, mientras lo hacía, volvió a sentarse en el helecho.

–No, señor Spear –exclamó riendo levemente–, ¡soy anarquista! ¡Mi comuna es exactamente lo opuesto a la suya! Es una asociación totalmente voluntaria, pero parte de su hábito natural sería poner en común sus recursos para el beneficio común; voluntariamente, por supuesto; no por obligación; ¡pero los pondría en común, señor Spear!

El rubor de las mejillas de Dave se apagó y el brillo de sus ojos azules se desvaneció. Emitió el familiar suspiro al que todos los que lo conocían estaban tan acostumbrados, el suspiro de un hombre honesto obligado por la lógica de la

acción en un mundo de conveniencias a actuar en contra de su naturaleza.

–Bueno –dijo, repitiendo el suspiro–, de todos modos podemos trabajar juntos en esto. En la Comuna de París había comunistas y anarquistas; ¿por qué no en la de Glastonbury?

"No me alegraría nada ver una guillotina instalada en este maldito lugar", añadió Red Robinson pensativamente.

–Estás confundiendo las fechas, buen hombre –se rió entre dientes el extraño de aspecto fenicio.

"¿Qué precio darías si tuviera la maldita cabeza del señor P. Crow?"

–Es usted vengativo, señor Robinson –dijo Paul Trent, volviendo sus cálidos ojos castaños hacia aquel salvaje jacobino.

–Si hubieras recibido los insultos que he recibido, serías el mismo, señor –replicó el cockney con delicadeza.

–Me tomo la libertad de dudarlo, señor –rió el otro–. ¡Dios mío! ¿Qué sentido tiene ponerse rencoroso? Además, a mí personalmente no me gusta el cuchillo y no me gusta ver sangre. –Se estremeció un poco e hizo una mueca.

–Supongo que prefieres las bombas –dijo Red,

malhumorado-. Si no soy inteligente con mis cosas y si soy rencoroso, como dices, ¡nunca me rebajaría a lanzar esas cosas sucias!

“¿Nunca ha oído hablar de la filosofía anarquista, señor Robinson, de Kropotkin o Tolstoi o Thoreau o Walt Whitman?”

–Soy un obrero, un tipo duro –dijo Red con amargura-. ¡No enseñan eso a los escritores continentales de clase alta de Old Kent Road!

–¡Vamos, vamos, los dos! –gritó Dave Spear-. Esta es una reunión demasiado importante como para desperdiciarla en discusiones. ¡Tenemos que establecer nuestra comuna de Glastonbury antes de empezar a pelearnos por cómo gobernarla! ¿Le cuento al señor Paul Trent todo lo que hemos pensado, Red?

–Si quiere, señor, pero no quiero que se lancen bombas en lugares tan sucios. Lo que mandan los altos mandos es lo más duro, pero no se ponga a hacer volar por los aires a un montón de chicas y niños.

Y una vez más, bajo la hostilidad despectiva de ambos hombres, Red retrocedió con un delicioso deslizamiento de su imaginación hacia los suaves brazos de admiración de Sally Jones. Él también miró los vapores bañados por el sol en la colina de Gwyn–ap–Nud y permitió que su cuerpo –el

cuerpo de un capataz incansable y pulcramente vestido– se mezclara con los elementos, haciendo una promesa de que la tarde siguiente tendría la oportunidad de convencer a Sally para que subiera allí con él.

–Bueno, señor Trent –dijo Dave–, la cosa es así. Parece que todo el terreno sobre el que se construyó Glastonbury pertenece a Lord P., y parece que el primero de enero vencen todos los arrendamientos. Durante los últimos veinte años, por lo que he podido averiguar, el viejo señor Beere ha cobrado estas rentas y renovado estos arrendamientos; pero este año, según me cuenta Persephone, el anciano se está volviendo muy inestable y peculiar. Angela le dice a Persephone que ahora no piensa en nada más que en sus comidas. Lord P., por supuesto, no tiene idea de lo que está sucediendo. Pero la verdad es que su agente está senil.

Mientras Dave hablaba, toda la naturaleza de Paul Trent saltaba de alegría. Era una de esas personas cuya alma no se extiende, como sucede con otras, más allá de los límites del cuerpo. El alma de este hombre de las islas Sorlingas penetraba en su carne y sangre elásticas y sensibles como el agua que se agita en un charco entre las rocas podría penetrar en una esponja marina.

Pensó para sí: «¿Será verdad que no estoy soñando? ¿Será verdad que aquí hay una posibilidad real, aunque sea una entre mil, de intentar el gran experimento?». Su mente volvió a este y aquel buen augurio que le había llegado en su

viaje a Glastonbury. Sentirse libre de toda obligación... sentir la caricia física del aire, el agua y la tierra sobre su vida, mientras se ganaba la vida, un hombre libre entre hombres libres... ¡si pudiera conocerlo sólo durante un año! Por cada vena de su cálido cuerpo corrían oleadas tras oleadas de pensamientos excitados. Recordó un horrible garabato fálico que había visto en su camino a Glastonbury en un baño público de Exeter, cuya visión le había provocado un repentino odio por la raza humana. «Es la moderación», pensó, «lo que hace que la gente sea así. ¡Libérenlos, libérenlos! Una vida libre de toda obligación y la gente será naturalmente amable, gentil y decente».

Mientras Dave hablaba, Red Robinson había iniciado un diálogo bastante profundo con Sally Jones, mientras yacían uno al lado del otro en este trozo de helecho. Sally empezaba a expresar no sólo admiración por sus cualidades mentales, sino también, a su dulce manera indirecta, el deseo de que su posición en la ladera no fuera tan expuesta. –Vamos a Bulwarks Lane –estaba diciendo Sally con un delicioso brillo en los ojos.

“La idea del Partido”, dijo Dave Spear, “quiero decir *mi* idea era, o para ser absolutamente correcto, la idea de Perséfone era, que debíamos conseguir que el ayuntamiento ofreciera un alquiler mayor por el terreno donde está la nueva fábrica de Crow que el que Crow ha pagado nunca. ¡Pero no será sólo ese terreno el que ofreceremos tomar! Conseguiremos que el ayuntamiento lo acepte”.

En ese momento, la emoción de Paul Trent ante la posibilidad de hacer realidad un sueño en el que había pensado día y noche desde que perdió el ensayo de quinto curso sobre la libertad en Penzance, defendiendo el amor libre, se hizo tan intensa que recordó el nombre de su primera niñera, un nombre que había olvidado durante veinte años y que había intentado recordar una y otra vez. La mujer se llamaba «Brockleburst»; y ahora repetía para sí mismo ese nombre inofensivo, el nombre de un cadáver de treinta años enterrado cerca de Ashbury Camp en Cornualles y que ahora servía como un Eureka de alegría anarquista en la cima de Chalice Hill.

–Conseguiremos que el ayuntamiento –prosiguió Dave Spear–, y eso significa realmente que conseguiremos que Geard, porque hace lo que quiere con ellos, alquile a Lord P. toda su propiedad de Glastonbury; y sobornaremos a Lord P. para que lo haga dándole un alquiler mucho mayor del que ha estado recibiendo de los comerciantes. ¡Porque toda High Street le pertenece, excepto el Tribunal del Abad, que va con las Ruinas! Una vez en la posición de arrendador de toda la ciudad, el ayuntamiento podría librarse de toda oposición y comenzar una comuna cooperativa. Tendría sus fábricas. Tendría sus propias tiendas minoristas. Aunque las Ruinas pertenecen a la Nación, o a la Iglesia (no recuerdo a cuál), Chalice Hill, Glastonbury Tor, Wirral Hill, todas pertenecen a la propiedad de Lord P.; y aunque, por supuesto, Geard no podría comprar la tierra, si el ayuntamiento consiguiera un

arrendamiento a largo plazo, vendría a ser lo mismo. Él tendría el derecho, es decir, el consejo tendría el derecho, de admitir visitantes, o no admitirlos, según quisiera. Las Ruinas permanecerían, por supuesto, pero seguirían siendo propiedad de la Iglesia o propiedad nacional, lo que sea, en medio de nuestra comuna. ¡Serían una pequeña isla de medievalismo en la ciudad-estado más moderna del mundo!

Paul Trent se sentó derecho una vez más sobre las puntas de sus nalgas. Se frotó el cabello castaño hacia atrás con ambas manos. “Mi tío me insinuó que encontraría cosas muy interesantes aquí”, dijo, “y ¡Dios mío! Ciertamente así fue. ¡Dios mío! ¡Qué buena suerte que me haya dicho que viniera!”

–Por supuesto –dijo Dave–, todavía no he tenido tiempo de obtener una palabra concreta de Geard. Todo depende de Geard. Es posible que tenga que ayudar al ayuntamiento con dinero el primero de enero, si no pueden ofrecerle a Lord P. lo suficiente de sus impuestos locales. ¡Sí! Todo depende de Geard; pero cuando hablé con él sobre el tema hace unos días parecía interesado. Al menos eso pensé. Pero siempre me siento incómodo y avergonzado con Geard. No sé por qué. Me siento como si estuviera mirando hacia un precipicio donde sobresalen helechos, raíces y hierbas, pero donde no se puede ver el fondo. ¿Tienes alguna sensación de ese tipo, Red?

El hombre de las Islas Sorlingas tomó esta pregunta dirigida

a su compañero como una ironía deliberada; pero estaba completamente equivocado.

La opinión de Red Robinson sobre el padre de Crummie, expresada ante los atentos oídos de sus dos compañeros de conspiración, demostró que para él, en todo caso, no había ningún engaño en la cuestión.

–Geard es un viejo imbécil. Eso es lo que es Geard. Pero es un duro maricón. No tiene más dinero Bloody Johnny que mis suelas de botas. Está luchando por arruinarse a sí mismo tan duro como tú estás tratando de mejorar, ¡y eso es decir mucho! –Y el capataz miró a Dave con lascivia, como si dijera: –¡Sabemos lo bueno que eres de ser comunista!

¿Se dio cuenta alguno de estos tres conspiradores para establecer una comuna en Glastonbury de su profunda suerte psíquica al haber dejado escapar su idea por el aire, por primera vez, en la cima de Chalice Hill?

¡Ninguno de ellos! Y, sin embargo, para los entes naturalistas invisibles de Glastonbury, que comentaban con curiosidad la extraña historia del lugar, debe haber sido evidente que se habían visto impulsados a elegir este sitio para la inauguración de su alocado plan por algún tipo de instinto.

Fue, en cualquier caso, con una voz llena de solemne intensidad que Paul Trent preguntó directamente a sus dos

compañeros si querían que él fuera su intermediario con el gran terrateniente de Glastonbury, y Dave y el señor Robinson no tardaron en dejarle claro que eso era precisamente lo que querían que hiciera.

“Como abogado”, le dijo Dave, “usted sabrá mejor que nosotros qué argumentos utilizar. Pero todo el mundo sabe lo mucho que Lord P. necesita dinero estos días; y por supuesto que el Consejo tiene poder para aumentar los impuestos locales; y por supuesto que el alcalde -en un asunto tan importante- estaría dispuesto a adelantar una buena suma a cuenta del Consejo. Deberíamos poder ofrecerle al menos el doble de lo que Philip Crow puede permitirse. El hombre debe estar de acuerdo. ¡No puede evitar estar de acuerdo cuando se trata de tanto dinero! Puede que le ayude a superar estos días difíciles.

–Parece un mosaico bastante bonito, señores –dijo Red con sarcasmo–, pero creo, si me lo piden, que cuando llegue la Navidad estaremos sentados aquí sobre nuestros malditos culos, igual que ahora, y ese maldito Crow... ¡Debe disculparlos sentimientos de un obrero, señor Spear! ¡Está en el aire justo ahora! No es tan difícil, como ustedes, señores, parecen creer, doblegar a estos capitalistas. Quieren que les metan plomo, eso es lo que *quieren*: unas cuantas onzas de plomo en sus barrigas de buscadores de hojalata. ¡Eso es lo que los calmaría! ¡Pónganlos contra una pared y métanles un poco de buen plomo!

–¿Aún tiene rencor, señor Robinson? –dijo el hombre de las islas Sorlingas–. ¡Bien! Haré todo lo que pueda, señor Spear, con ese terrateniente suyo. ¿Cuándo quiere que lo vea? ¿Vive por aquí? ¿Cuándo tendrá una oferta concreta, lista y por escrito, para que se la muestre? ¿Y cuándo debería hablar con Geard? ¿Debería pasarme por su casa después de cenar esta noche?

Dave asintió con entusiasmo, sus ojos azules radiantes. –¡Sí, sí! –susurró, como si ya estuvieran en la antesala de Lord P.–. Vaya a casa de Geard esta noche, sin duda. No creo que vaya yo. No le gusta que mucha gente se preocupe por él. Será mejor que seas sincero con él sobre tu anarquismo y todo eso, y sobre lo entusiasmados que están los camaradas de Bristol. Pero será mejor que le digas que no fue idea de ellos. Dile que fue de mi esposa. ¡Geard es un gran feminista! –Y Dave sonrió como un colegial.

Mientras esta conspiración contra él se desarrollaba en la cima de Chalice Hill, Philip Crow, con el contratista de caminos de Taunton y un agrimensor de Evercreech a su lado, estaba parado entre Lake Village Field y el río crecido por la lluvia.

La banda de ladrones infantiles del callejón de Red y de la trastienda de Paul Trent había abandonado la cerca del jardín de su amigo Número Uno y había avanzado en

formación suelta, a través del gran prado de aviones, para ver qué estaba pasando. Mientras el topógrafo de Evercreech hacía sus mediciones y el contratista de Taunton, con cuaderno y lápiz, se perdía en sus cálculos, Philip se quedó a solas con sus propios pensamientos. Se apoyaba en uno de los muchos bastones de la tienda de paraguas de los Elin, que vivían bajo el dominio matriarcal del paraguas de Tilly. Seguía con los ojos la construcción del puente, en aquel momento más imaginario que el Puente de la Anguila o el Puente de la Espada de la leyenda, que debía llevar su estaño a través del Brue.

Desde donde se encontraba, podía ver vagamente, a través de la niebla bañada por el sol, los contornos vagos del puente Pomparles en el camino a Street, donde John había tenido su visión de la espada del rey británico cayendo. El sol, envuelto en niebla, era lo suficientemente luminoso como para cubrir todos los prados que lo rodeaban con un resplandor intenso. Este resplandor se convirtió en una luz amarilla pura cuando Philip, al oír las voces de los niños que se acercaban a él, se apartó de los dos hombres y miró hacia el oeste. Un pequeño álamo lombardo se erguía, oscuramente perfilado en medio de la luminosidad amarilla, y Philip pudo ver un pájaro oscuro de algún tipo –en realidad era una graja de seis meses– posado en una rama oscilante en la copa de este arbolito. La graja era pesada y la rama se doblaba constantemente bajo su peso; de modo que, para mantener el equilibrio, se veía obligada a revolotear con sus

grandes alas de vez en cuando. Fue la larga inmovilidad de Philip lo único que le permitió posarse tan cerca de un ser humano.

Fue en el momento en que Philip vio al grajo volar con un tremendo aleteo y un graznido furioso, que observó a tres niños, un niño pequeño y una niña pequeña, que llevaban a otro niño pequeño de la mano, parados a unos trescientos metros de distancia y observando atentamente los movimientos curiosos de otra niña pequeña que aparentemente se acercaba a él mediante el método furtivo de correr de árbol en árbol.

La niña había llegado al álamo del que acababa de salir volando la graja y Philip pudo ver su pelo castaño y enmarañado y su áspera falda gris asomando por el tronco del álamo. Dio uno o dos pasos cautelosos en dirección al árbol. –Está bien, niña –gritó–. ¿Qué pasa? ¿Estás jugando a algo? Ven aquí y dímelo. ¡No te haré daño! Así habló el padre instintivo que había en Philip, pues había reconocido rápidamente a la pequeña hija de Blackie Morgan.

El efecto de su llamada fue doble: hizo que los otros tres niños salieran corriendo a toda velocidad hacia la valla de seguridad del Número Uno, mientras que Nelly Morgan, para no dejarse llevar por un pánico similar, se aferró con fuerza al tronco del álamo con sus dos delgados brazos.

Así fue como Philip encontró a su única hija cuando llegó al

árbol. Tenía la frente apoyada contra él y sus dedos se aferraban frenéticamente a la corteza. Empezó a hablarle con caricias en el momento en que se acercó a ella, pues le conmovió la mirada de esos delgados brazos; y cuando llegó al árbol hizo lo que tal vez fue lo más sabio que pudo haber hecho: se sentó con los hombros apoyados en él, de modo que la parte posterior de su gorra casi tocaba las manos entrelazadas de ella.

Nelly Morgan podría haber escapado ahora si hubiera querido y haber corrido directamente hacia la cerca del Número Uno, desde detrás de la cual Jackie, Sis y Bert, bajo la protección del mismo Número Uno, observaban con intenso interés el desarrollo de este emocionante drama; pero cuando su padre encendió tranquilamente un cigarrillo y comenzó a hablarle sin tratar de apartar sus brazos del árbol, se sintió inmediatamente tranquilizada.

Sé quién eres, hija mía –dijo Philip–. Lo supe cuando vi a tus amigos, pues conozco a los niños con los que andas.

No hubo respuesta, pero percibió un leve sonido sobre su cabeza que indicaba que ella había soltado los dedos.

“Si vienes y te sientas aquí un minuto y hablas conmigo, te daré un centavo”.

Tampoco hubo respuesta a esto, pero la superficie del álamo servía tan bien como galería de susurros que Nelly

podía oírlo hablar en un murmullo bajo para sí misma. Se trataba de un viejo recurso psicológico de Nelly Morgan, y era una manera de intercambiar pensamientos sin el evidente impacto que suponía para la timidez dirigirse oficialmente a un desconocido o que alguien se dirigiera a uno. El desconocido escuchaba –de hecho, si era sabio, escuchaba en silencio– y Nelly actuaba como coro para ambos.

–Jackie es igual que Sis y Bert –continuó–. Me desafió a hacerlo y dijo que me seguiría y se acercaría cuando estuviera hablando con el señor Crow; pero no me está siguiendo. Está hablando con el Número Uno. Pero todos están buscando ver si el señor Crow me atrapa y me envía a la cárcel por hacer de las nuestras. Si lo hiciera, ¡me alegraría! Me encantaría ir a cualquier lugar que no fuera aquí, incluso si fuera la cárcel.

Philip siguió fumando su cigarrillo, sin perder de vista al contratista y al topógrafo, que ahora estaban enfrascados en un serio coloquio, y con la mirada atenta sobre los tres niños y el anciano. El único observador del diálogo con su hija al que Philip dirigió una mirada relajada, indiferente y despreocupada, la mirada de un verdadero engendrador de bastardos, fue Betsy, la vaca marrón y blanca del Número Uno, cuyo cuello se estiraba más allá de toda decencia y restricción entre los rieles de la cerca de su amo para pastar la hierba menos familiar del campo de Philip.

–Quizás –digo quizás– pueda pagarle a una niñita que conozco para que vaya a la playa o a algún lugar muy lindo.

Fue un soborno que superó la capacidad de resistencia de la hija de Philip. Se deslizó alrededor del árbol y se paró frente a él, con las manos detrás de la espalda.

–Mamá no me dejaba aceptar dinero a cambio de nada –dijo con énfasis, mirando a su progenitor con el ceño fruncido–. Es decir, mamá no me dejaba, a menos que fuera un poco empalagosa, pero no demasiado. Cuando es demasiado empalagosa, mamá llora por papá.

–¿El nombre de tu padre era... Morgan? –preguntó Philip con la intención de descubrir cuánto sabía la niña.

Nelly Morgan asintió vigorosamente. “Pero tú”, añadió, “sé mi padrino... y un padrino malvado y avaro; eso no me servirá de nada si espero hasta el Día del Juicio Final”.

Esta revelación de la manera en que su nombre pasaba de madre a hija fue muy significativa para Philip.

–No debo prender fuego a la hierba, ¿verdad? –observó amablemente, mientras apagaba el cigarrillo presionándolo contra la ladera de un montículo de tierra. Después se incorporó y, temiendo que la hierba estuviera húmeda, se metió la gorra en la cabeza.

–¡Tienes el pelo muy gris! –exclamó Nelly Morgan.

Philip sonrió e instintivamente se alisó el cabello con ambas manos ante ese escrutinio femenino.

“¿Quién lo dijo?”, preguntó casualmente.

–Red dijo que eras un mendigo de pelo gris –dijo el niño–. ¿Qué es un mendigo, señor?

–¿Rojo? ¿Te refieres a ese tipo Robinson, al que despedí por descarar? ¿Es amigo de tu madre?

–Ahora es un niño –respondió Nelly confidencialmente–. Mamá detesta ver su fea cara.

–Me alegra oír eso –dijo Philip con tristeza–. De todos modos, tu madre y yo estamos de acuerdo en eso.

“El número uno dice que algunos hombres extraños caminan por este campo cercado cuando está oscuro”.

–¿Te refieres al viejo Abel, que está allí? –preguntó Philip–. ¿De qué hombres extraños está hablando?

“Ellos vivían donde estaban los montículos... ellos tenían al Rey Arturo por rey”.

–Tu amigo tiene una historia vacilante, Nelly –dijo Philip, y sintió un calor agradable bajo las costillas mientras llamaba a su hija por su nombre.

“¿No era rey el Rey Arturo en aquellos días?”, preguntó.

-Según la mayoría de los relatos, no fue hasta mucho después, Nelly.

“¿Quiénes eran los reyes en los tiempos en que la gente vivía en los pantanos?”

-¡Dios mío, niña! No lo sé -gimió su padre. En ese momento, una punzada de dolor le sacudió los nervios. Sería agradable volver a casa una tarde después de la oficina y escuchar la charla de esa niña. «Me pregunto si Tilly lo hará», pensó.

Pero la niña se había vuelto muy pensativa. A ella también le parecía muy agradable tener a alguien además de Número Uno con quien poder hablar sobre los temas que llenaban su mente. ¡Jackie siempre quería *ser* la heroína de cada conversación! Lo que le gustaba era disfrutar de especulaciones prolongadas con alguien lo suficientemente inteligente como para saber cuándo vivió el Rey Arturo, pero demasiado mayor para querer ser el Rey Arturo.

"Es extraño", comentó, "¡pensar en esos viejos y divertidos hombres remando en sus botes donde tú estás sentada ahora!"

Pero aunque Philip no tenía ningún deseo de ser el Rey Arturo ni ningún héroe neolítico desconocido, se parecía a Jackie en su incapacidad de cavilar durante más de un minuto sobre el misterio del paso del tiempo.

–¿Has visto ese barco que está en el museo, Nelly?
–preguntó ahora, llevando el tema a algo concreto.

–No, señor, no lo he visto y no quiero verlo si el señor Merry está allí. Una vez me regañó cuando jugábamos en el patio del museo. Le quitó la pelota a Jackie y nunca la devolvió. Se quedó con la pelota de Jackie para él solo. No estuvo bien por su parte. Jackie dijo que se lo diría a la policía. Pero la policía era su amiga. La policía estaba en el patio hablando con él.

Philip guardó silencio. La actitud de su hija hacia esos magnates locales era tan diferente a la suya que no se le ocurrió hacer ningún comentario adecuado.

–Si usted fuera uno de esos hombres de Lake Village, señor, y yo estuviera hablando con usted, ¿se pondría un palo con un pedernal afilado encima y se quedaría completamente desnudo, o tal vez unas cuantas hojas grandes de acedera alrededor de la cintura?

Molesto consigo mismo por no poder soportar mejor su charla divagatoria, que ahora se había vuelto tan fácil y natural, y por lo tanto muy agradable para él, Philip sintió que sus mejillas empezaban a arder.

–Te alegrarías de que tuviera una lanza con punta de sílex
–comentó–, si esa vaca de allí fuera un tigre dientes de sable o un mamut.

Los ojos de la niña brillaron. “¿Iráis ahora a por él con esta lanza y le abrirías el vientre?”, preguntó con ansias.

Philip empezó a sentir un profundo temor de que la niña pronto quisiera que jugara con ella y saliera corriendo por el campo con su bastón, fingiendo que la inofensiva Betsy era un mamut.

–Nelly, ¿aprendes historia en la escuela? –preguntó.

–¿Le atravesarías la cola con la lanza o le atravesarías la boca con la lanza? –preguntó Nelly, sin hacer caso de su referencia a la escuela y al estudio de la historia.

A Philip le gustaba que lo llamara «tú» en lugar de «señor». Se quedó mirando el suelo, más allá de la falda gris de su hija. Sí, era ciertamente extraño que aquella hierba estuviera cubierta por una extensión de agua salobre en aquellos tiempos, pero no era algo en lo que quisiera pensar. De alguna manera sutil, parecía que eso restaba importancia a sus actividades actuales. Sin duda, aquella niña tenía una mente, ¡pero se parecía más a la de su madre que a la de él! Philip recordaba que esa clase de cavilaciones vagas y para él un tanto desoladas eran las que la criada de ojos grandes solía tener cuando él hablaba con ella en la «otra casa» de la señora Legge.

–Voy a construir una nueva carretera que lleve a Street y un puente sobre el río Brue –le anunció de repente. No había

tenido intención de decir esas palabras. No había tenido intención de referirse en absoluto a sus actuales proyectos. Debía de ser un deseo subconsciente de alardear de alguna gran hazaña ante su descendencia, para compensarla por no haber seguido con esa historia sobre la caza de mamuts con lanzas.

–No me gustan los caminos –dijo Nelly Morgan–. Me gustan más los caminos de sirga y los rebaños de ganado. ¡Jackie y yo iremos a jugar a los indios en Wick Wood cuando se hayan caído todas las hojas!

“¿Qué dirá el guardabosques?”, preguntó Philip, cuya idea del bosque estaba asociada a las actividades deportivas de su amigo Zoyland.

–¡Oh, Jackie sí que conoce un hueco en el bosque! La hermana no puede hacer pasar a Bert por ese hueco, pero yo sí. Lo levanto y lo empujo hasta que pasa por encima. Allí encontramos campanillas, ¡un montón! Y Jackie encontró un nido de Muggie con cinco huevos cuando estábamos allí. ¿No te importa coger más de dos huevos, señor? La hermana dice que no está bien cogerlos todos. Lloró, hermana, cuando Jackie los cogió; y yo le hice devolverlos; todos menos dos. La hermana dijo que la madre pájaro estaba aullando de forma lastimera, pero la hermana es blanda con esas cosas.

–Voy a hacer un puente allí –repitió Philip. Parecía

impulsado por un impulso que no pudo resistir y que quería impresionar a la niña a toda costa-. Si no te gustan los caminos, Nelly, ¿seguro que te gustan los puentes?

-Allí es Pomparles -dijo en un susurro sobrecogido-, donde el Rey Arturo arrojó su espada.

“Voy a construir un puente nuevo, otro puente, mucho más grande que el Pomparles”.

La niña lo miró con expresión de horror. Era evidente que estaba profundamente conmocionada.

-No estás cerca de Pomparles, ¿verdad? -preguntó; mientras una expresión de aversión y desagrado apareció en sus ojos.

-Pero, Nelly -le suplicó, como si fuera una persona adulta: “Mi puente será mucho más grande y ancho, y pasarán por él muchísimos camiones. Pomparles es una construcción vieja y frágil. Probablemente habrá que derribarla. El progreso no puede detenerse porque la gente se ponga sentimental con un montón de piedras viejas. Eso es estrechez, Nelly; eso es prejuicio, eso es ser blando y tonto, ¡como decías que era tu amiga Sis!”

Pero había dejado a la niña en shock con sus palabras, y ningún alegato especial, ninguna referencia a Sis, podía reparar el daño que había causado.

“¿Vas a derribar Pomparles? ¿Vas a derribar el Puente del Rey Arturo? ¡No me gustas, señor! ¡Te odio!”

Philip se quedó atónito ante la contorsión de furia en que se convulsionó su rostro.

–Vamos, vamos, vamos –dijo–, no nos peleemos ahora que empezamos a hacernos amigos. –Se puso de pie de un salto e hizo como si fuera a ponerle las manos sobre los hombros.

–¡No te dejarán derribar el puente de Pomparles! –gritó ella, saltando hacia atrás para ponerse fuera de su alcance–. ¡El señor Geard no te lo permitirá!

El señor Geard no podría impedírmelo si yo decidiera hacerlo –exclamó Philip, que se estaba enfadando cada vez más, al igual que la niña. No era un signo de pequeñez, sino de grandeza, el que Philip pudiera ponerse tan vehemente en una disputa con una niña. Napoleón lo habría hecho, Alejandro Magno, Nelson y Aquiles. La mayoría de los gobernantes modernos se habrían reído de ella y habrían replicado con alguna ocurrencia demasiado irónica para que ella la entendiera.

–¡Podría! ¡Podría! ¡Podría! –gritó la niña y, sacando la lengua, sacudió violentamente su pequeño puño contra él y salió corriendo a toda prisa hacia la cabaña del Número Uno.

Philip se puso la gorra con mucho cuidado y seriedad, cogió su bastón y se dirigió a paso lento hacia los dos hombres.

«Diré que la regañé por su mal comportamiento», pensó. «Se impacientó como una niña malcriada, respondió con rudeza y salió corriendo». Así explicaría a cualquiera que hubiera presenciado la pelea lo que había sucedido.

–Supongo que ha tomado todas las medidas, señor –le dijo el contratista un poco más tarde–, para obtener el permiso del condado y demás, para construir esta nueva carretera y este nuevo puente.

–¡Por supuesto! –respondió Philip–. He ido a las oficinas del gobierno en Londres al respecto, así como a las oficinas del condado en Taunton. Lo único que podría retrasarlo sería que algunos de estos pequeños propietarios, como ese anciano de allí, pusieran dificultades y exigieran demasiado. Por lo que ustedes dos me dicen, sería realmente muy recomendable comprar su permiso. –Alzó la voz en este punto para incluir al topógrafo de Evercreech en su audiencia–. Estaba diciendo que creo que será necesario pagar la compensación que el viejo Sr. Twig exige. Si lo traemos a través de Lake Village Field, puede haber algunas dificultades burocráticas con la Oficina Nacional y esas cosas siempre retrasan mucho las cosas.

“Así es, señor”, dijo el topógrafo.

“Eso es lo que siempre digo, señor”, afirmó el contratista.

Fue en ese momento cuando Philip divisó dos figuras que

avanzaban por el camino de sirga en la ribera alta del Brue. Venían de Street y seguían el río en sus curvas hacia el noroeste. Philip no tuvo ninguna dificultad en reconocer aquellas figuras (pues tenía la vista tan alta como una garza de la isla de Ely que busca peces) como las de Lady Rachel y Ned Athling.

Ned Athling estaba haciendo planes para dejar a sus padres en Middlezoy y aceptar un trabajo que Geard le había ofrecido en la ciudad: el atractivo trabajo de editar un periódico oficial de Glastonbury que se publicaría todas las semanas. Ned iba a tener total libertad como editor de este periódico, que iba a tratar todos los aspectos, políticos, económicos, sociales, poéticos y místicos, de la vida de la ciudad.

Los parientes femeninos de Lady Rachel, especialmente la anciana de Bath, habían estado presionando a su padre con toda clase de insistencia para que pusiera fin a su estancia en Glastonbury. Sin embargo, día tras día ella había estado bebiendo asiduamente esas aguas calizas, de las que se podía acceder a varios manantiales en varios lugares de la ciudad mucho más cerca que la ladera de donde provenían, y su salud estaba mejorando de tal manera que el Dr. Fell no tuvo muchas dificultades para persuadir a Lord P. de que hiciera caso omiso de los clamores de su familia.

Sin embargo, no estaba claro hasta qué punto cambiaría esta actitud (lady Rachel ya había cumplido diecinueve años)

cuando se enteró de que Ned Alhling estaba en la ciudad y que la muchacha lo ayudaría, como tenía toda la intención de hacerlo, en sus labores editoriales. De este peligro para su apasionante proyecto hablaban ahora, con las cabezas juntas, mientras avanzaban a la deriva por el camino de sirga, demasiado absortos el uno en el otro para darse cuenta del hombre y la niña bajo el álamo o de la huida desenfrenada de la niña por el campo.

El primer número del periódico de Glastonbury iba a salir dentro de un mes. Las prensas de impresión, los materiales de composición, la maquinaria y el mobiliario de oficina ya estaban en funcionamiento en un edificio muy antiguo de las afueras de Paradise, uno de los edificios más antiguos de ese barrio y mucho más fácil de adaptar a su propósito que cualquier otro que pudieran haber encontrado en el centro de Glastonbury. El único punto en el que el alcalde no había dado carta blanca a su editor era en el asunto del nombre del periódico. El señor Geard quería que se llamara *The Wayfarer* (El caminante).

Philip no tenía en ese momento ningún deseo de encontrarse con «Lady Rachel y su joven», como los llamaba todo el mundo en Glastonbury; pero sus ojos inquisitivos de hombre de pantano, que inconscientemente peinaban el paisaje en busca de señales de seres vivos, se vieron atraídos por las figuras de dos hombres que avanzaban por el mismo camino de sirga en dirección opuesta. Philip reconoció de inmediato a uno de estos hombres como Sam Dekker; pero

el otro lo desconcertó por un momento. Al final decidió, y decidió correctamente, que era el joven Jimmy Rake, un subordinado del señor Stilly en el banco de Glastonbury.

Sam había empezado a adoptar la costumbre de hacerse amigo de los que no tenían amigos en Glastonbury, de los que, como descubrió muy pronto, había más ejemplares, y más raros, de los que jamás había imaginado que existían en los días anteriores a que lo atraparan en su Vita Nuova. Jimmy Rake era uno de los más solitarios de todos aquellos sin amigos. Los otros muchachos lo perseguían en el banco. El señor Stilly lo consideraba incompetente. Su casera en George Street lo consideraba «un tipo fuera de serie».

La verdad era que James Rake, un huérfano del pequeño pueblo de Ilchester, era un joven paralizado por la timidez. Su miserable timidez era, de hecho, su único derecho a la opinión que su casera tenía de él y la causa principal del desprecio del señor Stilly por él. En otros aspectos, su carácter era simple, incoloro y común. Si lo que los virtuosos de las cualidades humanas llaman “distinción” era la principal esperanza de salvación del muchacho, Jimmy Rake estaba sin duda condenado. “Rake es un tonto”, era lo que uno de los niños de la preparatoria, Greylands, había garabateado con tiza una mañana en la pizarra del director; e incluso ese indulgente caballero, mientras limpiaba esas marcas con el plumero que tenía en su escritorio, no negó este veredicto popular.

Rake *era* un tonto. Era un tonto jugando al cricket, un tonto jugando al fútbol, un tonto en los exámenes y el peor tonto de todos con las mujeres y las niñas. Había un viejo canal en los pantanos a unas seis millas de Glastonbury, en los límites de Huntspill Moor, y debido a una rara especie de menta acuática que crecía allí, ese era un lugar donde Sam y su padre habían encontrado durante dos o tres temporadas, y hasta octubre también, ejemplares de la gran mariposa cobriza. A James Rake le interesaban las mariposas. No le emocionaban con la pasión intensa de los dos Dekker, pero le interesaban; y había hecho un valiente esfuerzo por superar su timidez cuando Sam lo invitó a este paseo el día de cierre temprano.

Habían pasado por Meare, Westhay Level, Catcott Burtle y la franja norte de Edington Heath; y ahora regresaban por Meare Heath y Stileway.

Sam había descubierto rápidamente que en la naturaleza de Jimmy Rake había una masa sólida y compacta de lo que podría describirse como «madera honesta». El muchacho tenía la capacidad de caminar con paso firme durante kilómetros y kilómetros sin pronunciar una sola sílaba; y sus comentarios, cuando hablaba, no tenían un carácter muy vívido ni original. La observación más sorprendente que había hecho hoy en toda la caminata de diez millas fue lo que observó mientras cruzaban unas ramas caídas en un bosquecillo cerca de Edington Junction, en el ferrocarril de Bumham y Evercreech: «Los hongos blancos» –hablaba de

hongos venenosos– «parecen crecer en la madera muerta; y los negros en la madera viva». Sam había aprovechado este comentario para extenderse un poco sobre los hongos venenosos del vecindario, en los que él y su padre se habían especializado juntos durante todo un otoño hacía un par de años; pero su discurso sólo parecía demostrar que la abundante “madera” en la naturaleza de Rake el Loco no era del tipo en el que florecieran espontáneamente hongos negros o blancos.

En el momento en que la clarividente visión de Philip se fijó en el hombre y la mujer que se acercaban por el sur y en los dos hombres que se acercaban por el oeste, Sam se dio cuenta de a qué encuentro estaba llevando a su tímido amigo y miró a su alrededor, preguntándose cómo evitar a esa pareja que se interponía en su camino.

Ned Athling también se percató de que un grupo de tres hombres se encontraban en el campo al norte de ellos y de un par de hombres que avanzaban desde el noroeste. En ese lugar había un pequeño puente sin importancia sobre el Brue, llamado Cold Harbour Bridge, y Philip se encontraba muy cerca de ese lugar.

Un pequeño afluente del río se separaba de la corriente principal en ese punto y fluía hacia el sudeste hasta Northload Bridge, y desde allí se perdía entre los huertos de la ciudad. Este Cold Harbour Bridge formaba, de hecho, el centro de un círculo imaginario en cuya circunferencia estos

tres grupos de seres humanos estaban ahora detenidos en una triple conciencia de la presencia mutua.

Para el topógrafo de Evercreech no había nada de extraordinario en el hecho de que dos hombres se acercaran al puente Cold Harbour desde el oeste y un hombre y una mujer desde el sur, siguiendo el mismo camino de sirga. El contratista se preguntaba si se le permitiría traer a sus propios trabajadores desde Taunton para la construcción de la nueva carretera o si el ayuntamiento de Glastonbury insistiría en que empleara trabajadores locales para el trabajo. El topógrafo de Evercreech se preguntaba si el padre de su esposa, que ahora sufría un ataque de pleuresía, les dejaría su pequeña granja lechera de cuatro vacas Jersey cuando muriera.

Pero, en realidad, no había ninguna zona geográfica de los alrededores de Glastonbury que no hubiera sido escenario tan a menudo de portentosos encuentros humanos que el propio azar, en el cansancio de su larga experiencia, parecía haber encontrado más fácil deslizar los acontecimientos por los suaves surcos del destino que convertirlos en sus sorpresas favoritas; pues desde debajo del puente Cold Harbour, en el centro exacto del triángulo equilátero formado por estos grupos de personas, ahora completamente inmóviles, todos preguntándose cómo podrían evitar el contacto entre sí, apareció la figura alta y delgada del anciano portero de Mother Legge. El joven Tewsv. sostenía en una mano un gran pez manchado de

sangre que acababa de matar y en la otra una larga caña de pescar.

–¡Lo he pillado! ¡Lo he pillado! –repetía y miraba a su alrededor con los gestos frenéticos de quien pide audiencia.

Philip miró del agrimensor al contratista con el aire de un monarca que pide a sus cortesanos que lo libren de un patán entrometido.

"Es un vagabundo", dijo el hombre de Taunton.

"Es uno de los idiotas del pueblo", dijo el caballero de Evercrech que esperaba la muerte de su suegro para heredar cuatro vacas Jersey.

Pero el joven Tewsy estaba tan ansioso por contarle a todo el mundo lo que había pescado con éxito que trepó al puente Cold Harbour y sostuvo su presa en el aire, agitándola primero en dirección a Sam y Jimmy y luego en dirección a Lady Rachel. A Lady Rachel le bastaba con que un mendigo viejo y destartalado la llamara de alguna manera. Corrió a toda velocidad hacia el puente, seguida a paso lento y, en verdad, malhumorado por el señor Athling, que empezó a sentirse sumamente incómodo ante la presencia de tanta gente. Parecía que la gente aparecía desde todos los rincones del horizonte. El señor Athling podía ver a Sam y Jimmy en una dirección, a Philip y sus dos compañeros en otra, mientras que además de ellos podía percibir en la

distancia, al otro lado del gran campo, un grupo de niños, un anciano y una vaca con la cabeza estirada entre barandillas de madera.

El sol atravesaba las nubes de una manera tan irregular que un rayo de luz caía sobre el alto mendigo que agitaba la caña de pescar y otro sobre los niños y la vaca.

Si Rachel Zoyland siguió su instinto hereditario corriendo al lugar donde se había izado una bandera de apelación o de disturbio, Sam Dekker siguió su instinto hereditario corriendo a toda velocidad hacia donde un pescador emocionado estaba blandiendo una bandera.

El pez era enorme. El pobre Jim Rake, sin embargo, aunque no por enfado ni por mal humor como Athling, sino por un espasmo paralizante de nerviosismo, siguió a Sam a paso de tortuga. No miró ni a la derecha ni a la izquierda, por miedo a que le llamaran para estrecharle la mano a alguien, sino que mantuvo los ojos fijos en el pez manchado de sangre, cuyos propios ojos, que cinco minutos antes habían estado escudriñando las vistas del agua que fluía a través de los tallos de las algas del Brue, ya habían adquirido esa mirada vidriosa y sin párpados de una criatura muerta sobre una losa de mármol.

–¡Has pescado un pez maravilloso! –jadeó Rachel cuando llegó al lado del joven Tewsy en el estrecho puente.

–¿No soy yo, su señoría? –porque la conocía bien de vista–. ¿No soy yo? –jadeó el anciano–. Es el pez ceñido de Lydford Mill que viene río arriba en busca de las moscas del otoño. He ido a buscarlo todas las mañanas desde septiembre y todos los mediodías cuando la señora podía permitirme salir... y ahora he pescado uno. Hay uno, su señoría... hay uno, señor Dekker –porque Sam, inclinándose torpemente ante Rachel, ahora también estaba en el puente–, ¡y fui yo quien lo pescó! ¿No es algo digno de ver? ¡Vean qué boca ceñida!

–Lo has matado con demasiada brusquedad, Tewsy –dijo Sam–. No deberías haberlo ensangrentado tanto. –Tomó el pez en sus manos–. Sí, tiene razón –le comentó a Rachel–. Te he visto yo mismo, ¿no? –añadió, esta vez dirigiéndose al pez, mientras levantaba su aleta dorsal con el dedo índice–. Te he visto, allá en Lydford, en tu propia piscina del molino; pero nunca pensé que te tendría en mis manos en el puente Cold Harbour.

Philip, Jimmy Rake y Ned Athling se encontraban de pie en el camino de sirga, mientras que el joven Tewsy, sostenido por Lady Rachel y Sam, permanecía por encima de ellos en el puente. Philip se quitó el sombrero ante la hija de Lord P. e hizo un comentario lacónico sobre las cualidades nutritivas del barro de Brue.

–¡Mira, Jimmy! –gritó Sam, levantando el pescado para que su amigo lo inspeccionara .

–No será nutritivo por mucho más tiempo, señor Crow, si sus productos químicos comienzan a penetrarlo –dijo Ned con crueldad, descargando su enojo sobre el fabricante.

–¡Mis productos químicos! –murmuró Philip–. Te aseguro, Athling, que nada de mi...

–Éste es el señor James Rake, Lady Rachel –dijo Sam, devolviéndole el pescado al joven Tewsy.

El señor Rake intentó recordar que era mejor quitarse la gorra por delante en lugar de agarrarla por la parte superior. Las mejillas del muchacho se pusieron muy rojas cuando Rachel comentó que lo había visto en el banco.

El hombre de Evercreech, olvidándose de las cuatro vacas Jersey, se acercó al grupo, mientras que el contratista, para no perder el respeto por sí mismo, empezó a escribir en su cuaderno. Sin embargo, su conciencia de la presencia de la hija de Lord P., que era propia del oeste del país, le hizo sentirse tan cohibido que todo lo que pudo escribir fueron las palabras “Hermanos Saunders, constructores y contratistas, Taunton”.

Tan profundas eran las huellas que el destino había ido dejando en la atmósfera histórica que rodeaba Lake Village Field, que la casualidad, jugando a ser el destino, puso en boca del joven Tewsy una significativa réplica, como para obligar a alguien de entre aquella gente a tomar nota de lo

que estaba sucediendo. El contratista de Taunton acababa de añadir a las palabras «Hermanos Saunders» las palabras «Deuda del señor Philip Crow», cuando Philip, metiendo la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y sacando un montón de plata suelta, le dijo al joven Tewsy, que estaba tratando de desarmar su caña: «¡Te doy diez chelines por ese cacho, buen amigo!». Philip había estado dudando entre mencionar cinco chelines o diez, pero se había decidido por esa enorme suma debido a la presencia de Lady Rachel, a quien, tan pronto como lo hubiera obtenido, tenía la intención de ofrecer el pescado como obsequio caballeroso.

Fue entonces cuando el joven Tewsy pronunció el siguiente comentario:

–Es para la señora, señor. No está a la venta, señor. La señora ha estado interesada, señor –Tewsy, en su excitación, estaba volviendo a su acento del norte de Londres– desde que empecé a pescar peces. Los peces han estado en la señora, señor. Ella ha soñado con los peces, señor. Quiere cocinar el pescado, señor. Dice... sí, mi Lidy, es la señora Legge de la que estoy hablando... dice, señor, cuando era pequeña, señor, había un suspiro en la ciudad por el pescado. Dijo que solían cantar:

"Cuando Chub de Lydford habla como un ser humano
Sobre la hierba donde José partió el pan,
Sea hombre o sea mujer,
En la isla de Glaston "resucitan a los muertos".

Y este pez –había dejado el pez sobre la hierba mientras desmontaba la caña y recogía el sedal–, este pez gritó «¡Uf! ¡Uf! ¡Uf!» como un cristiano moribundo cuando le dije que deje de revolcarse en la hierba. La señora se ha puesto muy nerviosa, señor, por así decirlo, pensando en este pez. Si yo le vendiera el pez, dándole las gracias amablemente, señor, todo el tiempo; o se lo vendiera a su señoría, dándole las gracias amablemente todo el tiempo, la señora estaría terriblemente preocupada. Anhela poner sus manos en la teja de este pez y rascarse con las aletas de este pez y meter el pulgar en la garganta de este pez. Es carne y médula para la señora llevar este pez a su pecho. Así que, gracias, señor, de nuevo, y gracias, mi Lady, nunca estaría bien para mí dejar que un alma viviente comiera este antiguo pez, excepto solo mi señora.

Después de pronunciar este ultimátum diplomático, el anciano, dejando tras de sí en las fosas nasales de Lady Rachel un olor mezclado con sudor y baba de pescado, bajó arrastrando los escalones del puente murmurando: "¡Dios mío, caballeros, Dios mío, Lidy!".

Philip no pudo evitar seguirlo con una mirada melancólica mientras se dirigía a la cabaña del señor Twig, porque pensó: "¡Le gustará ver ese pez!".

El grupo de personas que se encontraba en el puente Cold Harbour comenzó a escapar apresuradamente unos de otros; Sam y Jimmy Rake siguieron el rastro de Young Tewsy

hacia Godney Road, Lady Rachel y Ned giraron a la derecha y siguieron el afluyente del Brue que conducía al puente Northload y al centro de la ciudad.

La gran diosa del azar, que todavía encontraba su camino de menor resistencia en los suaves surcos del destino de Glastonbury, decretó que, cuando los dos amantes pasaran frente a la tienda del Número Dos, vieran al señor Evans y al viejo Bartholomew Jones conversando en su interior con la puerta abierta de par en par.

El señor Jones había dejado el hospital, pero al ver que su negocio había aumentado considerablemente debido a la curiosidad de la ciudad (especialmente la curiosidad femenina) con respecto al excéntrico galés, había comenzado a negociar con el señor Evans, un procedimiento lento e infinitamente cauteloso por parte del anciano, sobre el tema de algún tipo de asociación. Rachel captó la mirada del señor Evans cuando pasaron y los amantes entraron en la tienda.

Ned Athling, ya bastante recuperado, había estado discutiendo con Rachel mientras viajaban la posibilidad de hacer de esta captura del famoso cacho de Lydford el tema de su primer artículo para *The Wayfarer*. El viejo Jones se inclinó ante la aparición de los dos jóvenes, porque dijo en su astuto corazón: "Mi compañero estará más dispuesto a convencerlos de que compren algo si yo estoy allí".

Athling no perdió tiempo en contarle al señor Evans toda la aventura del pez, mientras Rachel, cansada después de su largo paseo por el río, se dejó caer para descansar en uno de los grandes sillones Luis XIV. La muchacha ya había notado que algunos de sus momentos más felices le llegaban cuando se sentía tan agotada. Lo había notado especialmente desde que había llegado a Glastonbury. Incluso se lo había comentado a Ned. «Es una sensación deliciosa», le había dicho. «Es como si me hundiera a través de algún elemento que se rindiera, en un mundo como éste; ¡sí! En cada detalle como éste, sólo que sin todas las cosas molestas».

Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el regazo mientras se apartaba los rizos castaños de la frente, mirando uno de los espejos dorados del viejo Jones. «¡Qué blanca estoy! ¡Qué caliente y desaliñada y rara estoy! Me gustaría poder quitarme de la nariz el olor de la ropa de ese viejo. ¡Cómo se le pegan algunos olores a cualquiera! Y también tengo sangre de pescado en las manos». Se recostó en el gran sillón dorado y cruzó las piernas, agarrando el borde del sombrero. ¡Sí! Se acercaba, se acercaba, esa sensación encantadora. Era como hundirse en aguas profundas, aguas de un color glauco pálido, y ver todo a través del agua.

«¿Será porque Glastonbury fue una isla en su día?», pensó. Pero ¡qué perfecto era estar sentada allí, con los sonidos de la calle y las ondas de aire de la brumosa luz del sol entrando juntas por la puerta abierta! ¡Qué guapo estaba Ned hablando con ese hombre y qué apasionado interés

mostraba el hombre en lo que le estaba contando! Pero todo le parecía tan encantador, tierno y vacilante mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás. «Hay algo celestial en esta sensación», pensó, «es como estar muerta y, sin embargo, intensamente feliz. Creo que ya la he experimentado antes, en esta tienda. Desde luego, la experimenté el otro día en la tienda de recuerdos. Es algo que tiene este lugar. No sé qué es. ¡Le diré a papá que no voy a ir a Londres, diga lo que diga la tía Betsy!».

La muchacha tenía razón en que el señor Evans parecía apasionadamente interesado. Parecía estar inmerso en una visión interior que lo dejaba totalmente inconsciente de lo que estaba haciendo con las manos, los pies o el cuerpo. Por ejemplo, en el momento en que Ned Athling terminó su narración, el señor Evans se dejó caer en una pequeña silla frente a Lady Rachel y estiró sus largas piernas con sus grandes botas de punta cuadrada y calcetines grises y dejó que sus largos brazos colgaran a cada lado de la silla. Su camisa, así como su abrigo, eran tan cortos para él que no sólo sus huesudas muñecas, sino también partes perceptibles de sus delgados brazos eran visibles a la vista, mientras sus manos se balanceaban allí con los largos dedos colgando.

Lady Rachel no pudo evitar un leve atisbo de retroceso ante la presencia de aquellas enormes botas y calcetines grises arrugados que sobresalían hacia ella; pero, como era una chica bien educada, reprimió el movimiento de

inmediato y ni siquiera encogió sus esbeltas piernas. De modo que entre las suelas de las botas de Rachel y las del señor Evans no había espacio para dejar caer una pluma.

Athling se acercó al respaldo de la silla de su dama y apoyó ambos codos sobre ella, de modo que sus nudillos casi tocaron la cabeza de ella. Así, cuando el señor Evans comenzó a comentar lo que acababa de oír, no había más distancia entre los amantes que la que había entre el señor Evans y lady Rachel, y el magnetismo que acompañaba las palabras del galés los unió a los tres por un momento.

Lo extraordinario del rostro del señor Evans esa tarde, mientras lo observaban los amantes, era la rapidez con que cambiaba de una máscara de desolación hueca e inexpresiva a rasgos de pasión profética e inspirada.

“Nunca pensé que estaría aquí... en esta Isla de la Muerte de mi gente... porque Glastonbury es el Gwlad-yr-Hay, los Campos de la Muerte Elíseos de las tribus Cymric... el día en que mataron a ese pez. Por supuesto que lo sabía. Unos amigos míos, cuando estaba en Jesús, fueron a Lydford a verlo. Nunca lo vieron ellos mismos; pero hablaron con ancianos y ancianas que sí lo habían visto. ¡Debe ser fabulosamente viejo ese pez! Tewsy nunca debió haberlo hecho; pero si alguien lo iba a hacer, era él. Por supuesto que no vivirá todo el año. Pero tendrá el año más feliz de su vida; y probablemente morirá mientras duerme. Lo que ahora les estoy contando... y podéis creer que no le diría a todo el

mundo estas cosas... es principalmente del Libro de Taliessin y de las Tríadas y de David ap Gwilym y del Mabinogion de Lady Charlotte y de Sir John Rhys, y del Libro Rojo de Hergest, y de la Vita Gildae y del Libro Negro de Carmarthen, pero en mi propia *Vita Merlini* he ido más allá que cualquiera de ellos en estas cosas. Pocas personas de Glastonbury se dan cuenta de que en realidad viven en yr *Echwyd*, la tierra de Annwn, la tierra del crepúsculo y la muerte, donde las costas son de Mortuorum Mare, el Mar de los Difuntos. Este lugar siempre ha sido apartado... desde los primeros tiempos... Urien el Misterioso, Avallach el Desconocido, fueron Reyes Pescadores aquí... ¿y qué pescaban? Las Tríadas solo se atreven a insinuar estas cosas... los Englynion solo a echarles un vistazo..... Taliessin mismo... ¿sabías que?... fue atrapado con los peces en el vertedero por Elphin, el hijo de Gwydno Garanhir... ¿Y para qué... y qué hizo este Rey Pescador...?

La voz del señor Evans se elevó hasta alcanzar un tono trémulo de excitación. Las manos de Ned Athling, que cruzaban la parte posterior del trono dorado de Lady Rachel, estaban ahora en contacto con el cuello de la muchacha, y ella no apartó la cabeza. Un impulso mutuo hizo que pareciera deseable que se tocaran en algún momento mientras el señor Evans hablaba de "su Echwyd".

“¿Qué buscaban esas figuras místicas... gobernantes de Ynis-Witrin en la época de mi pueblo... cuando pescaban?” Lo curioso era que el cuerpo del señor Evans parecía en ese momento, mientras sus dos jóvenes oyentes lo observaban,

volverse cada vez más cadavérico. Esas muñecas desnudas colgando, esos pies extendidos dentro de sus grandes botas permanecían absolutamente inmóviles. ¡Era como si su forma física ya se hubiera hundido en las aguas de ese reino del ocaso cimmerico que él llamaba “yr Echwyd”, mientras algún poder externo hacía que sus labios se movieran en su rostro cadavérico!

“Buscaban más que un pez, más que cualquier gran cacho de Lydford... Buscaban el nudo de los opuestos, el abrazo de los Dos Crepúsculos, el lugar de mezcla de las aguas, la fusión de los metales, el lecho nupcial de las contradicciones, el grito de cópula del Sí y el No, la amalgama del Ser y el No Ser. Lo que buscaban... lo que buscaban los Reyes Pescadores de mi pueblo, y ningún otro sacerdote de ninguna otra raza de la tierra lo ha buscado jamás... no era sólo el Caldero y la Lanza... no sólo la vaina y el cuchillo, no sólo los Mwys de Gwyddno y la Espada de Arturo, sino ¡lo que existe en el momento del tiempo intemporal cuando estos dos son uno! Lo que buscaban era la creación sin generación. Lo que buscaban era la Partenogénesis y el Nacimiento Automático de Psique. Lo que buscaban era la Piedra sin Liquen, a la que adoraban los pueblos anteriores a mi pueblo, cuando erigieron...”

La voz que salía de los labios del rostro cadavérico del señor Evans se volvió tan ronca y quebrada en ese momento que apenas parecía una voz humana. Lady Rachel podía oír claramente los pasos en la acera, a través de la puerta de la

calle que habían dejado entreabierto; y esos pasos le sonaban como los pasos de todas las generaciones de hombres que pisoteaban los balbuceos del Inanimado Fondo del Mundo.

XXIV. LA NATURALEZA PARECE MUERTA

Durante la primera semana de diciembre, tres nuevos súbditos del rey de Inglaterra llegaron a este mundo en el pequeño anexo de maternidad del hospital de Glastonbury. Nell Zoyland dio a luz a un niño, mientras que Tossie Stickles, para su inmenso orgullo y satisfacción, dio a luz a un par de vigorosas gemelas. El hecho de que estas dos jóvenes y sus hijos estuvieran acostadas simultáneamente en habitaciones privadas que daban al mismo pasillo favorecía ciertos encuentros curiosos.

Tom Barter, que fue a visitar a Tossie, se encontró un día en ese pasillo con Will Zoyland y otro día con Sam Dekker, mientras que la señorita Elizabeth Crow, que vigilaba con devoción a Toss y sus gemelos, se encontró en la misma

noche con Persephone Spear y Dave Spear, que fueron a ver a Nell, pero llegaron por separado para esta misión.

Ciertamente, algo parecía favorecer a los conspiradores de la comuna, al menos hasta la fecha actual, que era el diez de diciembre. Dave y Red y su nuevo aliado Paul Trent habían sido evidentemente bien asesorados al elegir el lugar donde poner en marcha su atrevido plan. Philip Crow, como muchos otros estrategas napoleónicos, era más débil en la consideración cautelosa de todas las contingencias probables e improbables. Como el impetuoso corso y como Oliver Cromwell, se lanzó a la acción con su idea principal, permitiendo que los perros durmientes durmieran y que las puertas de los establos permanecieran abiertas. Ni por un segundo se le pasó por la cabeza, como tampoco se le pasó por la cabeza a Tilly, absorta en hacer los preparativos domésticos para el invierno, o al señor Tankerville, cada vez más enérgico en sus vuelos comerciales por Europa, que hubiera la menor posibilidad de que surgieran dificultades con los arrendamientos de su fábrica, cuyos alquileres seguirían siendo pagados sólo hasta principios de Año Nuevo. La construcción de su nueva carretera y su nuevo puente se vio detenida por el momento por la rotunda negativa del señor Twig a vender cualquier parte de su pequeño patrimonio, pero el hombre de Evercreech, más ansioso que nunca de servir a su rico patrón, ya que su suegro –tan obstinado en morir como Número Uno en vender– todavía persistía en ordeñar sus cuatro vacas Jersey

con sus propias manos, y ya estaba en correspondencia con los funcionarios del condado sobre la posibilidad de explotar una sección del campo de Lake Village. Pero aunque estaba en desventaja por su carretera y su puente, Philip había comenzado su extracción de estaño en las condiciones más prometedoras y ya se podía oír el sonido de picos y azadones y de grúas y locomotoras que provenían de un gran claro en la ladera bajo el cual muchos pasajes subterráneos no visitados conducían al corazón de la colina. Media docena de camiones cargados del precioso metal ya habían sido enviados desde la estación de ferrocarril de Glastonbury; Aunque esta estación estaba más lejos que la de Wells, era más fácil de utilizar y Philip tenía una “influencia” mucho mayor entre los funcionarios del ferrocarril. Había sido sólo un mes antes, a mediados de noviembre, cuando había empezado a salir la primera lata, y Philip nunca olvidaría lo que sintió cuando vio que el camión que la contenía se alejaba rumbo a la estación Great Western, listo para ser llevado a Cardiff a través del túnel Severn. Durante el último mes, la lata había estado saliendo a borbotones con tal flujo constante que el ánimo de Philip había aumentado hasta un punto de excitación que era como una especie de borrachera diurna. Soñaba con estaño todas las noches. El metal en todas sus etapas comenzó a obsesionarlo. Coleccionó ejemplares de estaño, de todos los grados de peso, integridad y pureza. Llevaba trozos de él en el bolsillo. Toda clase de fantasías pintorescas –no tanto imaginativas como puramente infantiles– relacionadas con el estaño entraban y

salían de su mente, y empezó a sentir como si una parte de su ser más íntimo fuera el verdadero imán que atraía a este elemento durante mucho tiempo descuidado de los abismos de la oscuridad prehistórica hacia la luz del día.

Philip adquirió la costumbre de subir todos los días a pie la empinada ladera cubierta de vegetación que se alzaba sobre Wookey y se situó en el corazón de un pequeño bosquecillo de abetos silvestres desde el que podía observar, sin que nadie se diera cuenta de su presencia, las animadas transacciones que se desarrollaban en la boca del gran orificio en la tierra, donde se habían talado los árboles y donde las grúas y las poleas se destacaban con un relieve sorprendente contra los antiguos grupos de avellanos y sicomoros de color sepia que todavía crecían a su alrededor en las frondosas laderas. Allí devoraba el espectáculo de toda esta actividad que había puesto en marcha, hasta que anhelaba compartir los esfuerzos físicos de cada uno de sus trabajadores, cavadores, maquinistas, camioneros, carreteros, fogoneros, mineros y transportistas. Anhelaba ser él mismo perforando, dinamitando, paleando, levantando, cargando, conduciendo; y había fijado sus ojos tan intensamente en cada movimiento corporal que hacían estos hombres, que a esta altura –hacia el diez de diciembre– realmente podría haberse contratado y haber ganado el elogio de su capataz en el trabajo, por casi cada una de estas diversas tareas. No debe suponerse que descuidó su trabajo de oficina o las ampliaciones de su

tintorería y el aumento de las ventas en Europa durante estas emocionantes semanas. Trabajaba constantemente en la oficina de nueve a una todos los días, y siempre volvía a aparecer allí alrededor de las cinco antes de irse a casa a tomar el té. Después del té había adquirido recientemente la costumbre de retirarse a una habitación que Emma llamaba el estudio, Tilly la habitación del norte y él mismo la habitación de juegos. Encerrado en esta habitación solía reflexionar larga y profundamente sobre sus asuntos, sumergiéndose en varios cálculos matemáticos y comerciales y tomando rápidas notas en un gran cuaderno de tamaño oficio con una cubierta de pergamino blanco. Perséfone le había regalado este cuaderno cuando era una niña. En la primera página, iluminados, se veían los nombres de él y de ella, unidos por un borde dorado en cuyo interior había corazones de color lila, ensartados en un cordón verde.

El diez de diciembre, Philip volvió a la habitación norte después de que Tilly se hubiera acostado y se entregó a una orgía de pensamientos concentrados. Ya había traído a Glastonbury a tantos trabajadores y obreros nuevos que había empezado a ser difícil alojarlos, y Philip, sin imaginarse el golpe mortal que le estaban preparando desde ese sector, había iniciado negociaciones con el ayuntamiento para alojar a estos recién llegados en algunas de las "casas municipales" recién construidas. El hecho de que hubiera tantos desempleados entre los habitantes de Glastonbury que

ahora veían a estos animados advenedizos de Bristol y Cardiff ocupando casas proporcionadas por su propio “gobierno socialista” y construidas con los impuestos locales, era un hecho que no redundaba en la popularidad de Philip entre el populacho. El populacho de Glastonbury, como demostró en su ataque a Lord P., no estaba en absoluto dispuesto a permanecer pasivo y paciente cuando una queja particular se alojaba en su cerebro; Philip se había sorprendido por las miradas hoscas con que lo recibían cada vez que pasaba por las zonas más pobres de la ciudad. Incluso había oído burlas mordaces cuando cruzó recientemente, en su pequeño coche descubierto, una de las afueras de Paradise. Esta extrema impopularidad en la que había caído era otra de las posibles causas de catástrofe que Philip descuidó. Formaba parte de ese elemento de absoluta temeridad en él, al que ya se ha hecho referencia, el tener un desprecio infinito por la opinión pública. Aunque era bastante humano con aquellos que dependían de él inmediatamente, Philip carecía por completo de imaginación cuando se trataba de personas que nunca había visto.

Su cabeza pequeña, dura y oblonga, muy saliente por detrás y más bien plana por los lados, donde las orejas se apretaban mucho, tenía ese aspecto particular que tienen los cráneos de los militares de antaño. Mientras se sentaba frente al fuego, dejando el cuaderno de notas encuadernado en pergamino abierto sobre la mesa y espolvoreado con ceniza de cigarrillo que no se había molestado en soplar,

pensó para sí con toda calma: «Sería bueno que la gente de Glastonbury simplemente se extinguiera; que se muriera y dejara sus casas vacías para que yo pudiera llenar la ciudad con un tipo completamente diferente. Pero parece que pueden vivir eternamente, alimentándose de barro y niebla. ¡Mueran! ¡Mueran! ¡Mueran! ¡Mueran rápido y acaben con esto!» Fue en ese momento cuando vio, entre las brasas rojas del fuego, un montón de gente muerta, cabezas, brazos, piernas y pies muertos. Era una ilustración totalmente irreal de la Revolución Francesa, lo que lo impulsó a evocar este espectáculo romántico. Era una imagen que había visto en alguna ilustración tonta de alguna historia barata; y lo curioso de la imagen era que aquellos muertos no estaban desfigurados de ninguna manera. Simplemente estaban muertos. «Cómo estos Cristos y Budas», pensó para sí mismo, «llegaron a sentir que valía la pena salvar a la raza humana es algo que no puedo comprender. No quiero torturar a nadie» –en este punto el juicio que Philip tenía de sí mismo era absolutamente correcto, pues había menos sadismo en él que en el señor Stilly o en Jimmy Rake o en Elphin Cantie–, pero me resulta imposible comprender ese «valor de la vida humana» del que tanto hablan algunas personas.» Una vez más miró fijamente las brasas; y una vez más vio en aquellos recovecos rojos aquel curioso y sentimental conjunto de cadáveres pulcramente vestidos con rasgos tristes, pacíficos y serenos, dispuestos en aquella morgue artística. Y entonces, algo titiló sobre sus cuencas oculares hundidas y sobre sus

mejillas hundidas, mientras miraba aquel fuego y extendía las manos hacia él, una sonrisa sombría, porque pensó en lo que Tilly diría si pudiera leer sus pensamientos en ese momento.

Tilly, tan buena ama de casa como era en sus pedidos de carne bien sacrificada, no se atrevía a atrapar ni el ratón más pequeño. Si en su casa hubieran nacido gatitos por docenas, sólo mediante el más astuto engaño Emma habría conseguido que se deshiciera de uno de ellos. «¿Qué diría Tilly en realidad?», se preguntó, «si supiera que si pudiera cortar las cabezas de todos los pobres de Glastonbury y llenar sus casas con un grupo selecto de hombres y mujeres que realmente supieran trabajar, lo haría mañana mismo? De hecho, si levantando mi mano ahora pudiera destruir a esa gente y traer a esta nueva población aquí esta noche, ¡lo haría! ¡Sí, y después dormiría profundamente!»

Una de las cosas más interesantes de Philip, cuando se entregaba a meditaciones mentales como lo hacía ahora, era la inocencia y la falta de malicia de su inhumanidad. Aunque nunca se le ocurrió preguntarse con qué derecho podía condenar a muerte, en su pensamiento, a toda una sección de sus conciudadanos, no obtenía ningún placer perverso de la idea de su muerte. Su cráneo, de un negro grisáceo y muy corto, estaba tan desprovisto de tales nociones como uno de los azadones de sus trabajadores de Wookey. Experimentaba ahora, en su casa silenciosa, con su cuaderno de cálculos abierto sobre la mesa detrás de él y esas brasas

encendidas frente a él, una deliciosa sensación de solidez, concreción e integridad en la soledad. «Yo soy yo», parecía decir todo su ser, «y el mundo es mi arcilla y mi mortero». Dejando a esos incompetentes mal alimentados de Glastonbury a salvo en su pulcra y artística pila de muerte, sus pensamientos se dirigieron ahora a lo que consideraba las supersticiones del lugar. Sí, él estaría dispuesto, si pudiera, a borrar todas estas ruinas góticas, a tender una buena y sólida extensión de tuberías de plomo para drenar el Pozo del Cáliz, a derribar esa vieja Torre del Tor y a construir allí un tanque de agua, a desenterrar cada ramita, cada brote, cada raíz y cada rama de este espinoso arbusto corruptor y a ponerse a trabajar para tener en este lugar el mejor centro de estaño que existiera en cualquier parte del mundo. Una vez más, en materia de superstición, los deseos destructivos de Philip eran sorprendentemente poco maliciosos.

John Crow habría obtenido una emoción vandálica de lo más retorcida, la excitación desenfadada de un aventurero ateo en decadencia, al borrar todo rastro de la Gran Leyenda. Red habría satisfecho niveles increíbles de “comida” al hacerlo. Barter lo habría hecho con la unción siniestra de un verdugo hosco, ¡sobre todo si hubiera podido largarse después con Tossie y los gemelos a Norfolk! Incluso Dave lo habría hecho con cierta austeridad doctrinaria moralista. Pero Philip lo habría hecho absolutamente sin un solo *pensamiento posterior*. Lo habría hecho por pura

necesidad de su naturaleza, como un perro que se enrosca en una estera antes de acostarse, o como un gato que rasca el polvo sobre sus excrementos. Habría limpiado el lugar, tanto de su población rebelde y desnutrida como de sus reliquias mórbidas, y luego se habría puesto a trabajar, tan inevitablemente como un castor que vuelve a su trabajo después de una inundación, para construir un centro industrial a partir de la mina de estaño más rica y de la fábrica de tintes más científica del mundo.

Fue con la cabeza llena de estos pensamientos –pensamientos que brotaban de su duro cráneo como liquen escamoso de un poste de Brandon Heath– que Philip finalmente apagó la luz eléctrica del cuarto de juegos y subió –llevando sus zapatos de charol en la mano– a su sofocante dormitorio, su bolsa de agua caliente fría y el espectro invisible de su abuela satisfecha.

Todos los enemigos de la Gran Leyenda se fueron a dormir aquella noche del diez de diciembre aproximadamente a la misma hora. De hecho, Glastonbury, bajo su cielo invernal ventoso y sin luna, era como muchas otras ciudades aquella noche en la turbulenta historia de nuestra tierra: estaba sujeta a la destrucción y la construcción psíquicas de las energías más violentamente diversas. ¡Pero todos estos Destruidores de Leyendas eran del mismo sexo! Eso fue lo interesante y significativo que se notó. Ni un solo deseo femenino, desde Tossie en el hospital hasta Madre Legge en lo que ella llamaba su guardería infantil, fue levantado del

lecho del sueño en hostilidad a la Tradición inmemorial. Pero de la cama de Red, y de la cama de Dave, y de la cama de Paul Trent, y de la cama del señor Barter, y de la cama del abogado Beere, y de las camas del cajero de banco Stilly, del jardinero Weatherwax y de Will Zoyland y, finalmente, de la cama de John Crow en Northload Street, surgió, junto con la destructiva fuerza de voluntad de Philip, una maldición acumulativa contra la Leyenda. Hubo un tiempo en que Mary se habría unido a esa pandilla de iconoclastas, pero, desde su matrimonio, Mary había recaído en un verdadero submarino de paz infinita, tan delicado en su ensoñación silenciosa que no habría deseado más romper ninguno de sus paisajes oníricos, ninguno de sus arcos, sus columnas de aguas profundas, sus leguas de suelos translúcidos de color esmeralda, de lo que hubiera deseado romper el corazón de Euphemia Drew.

La historia de cualquier ciudad antigua es tanto la historia de las almohadas nocturnas de sus habitantes como la de cualquier actividad práctica que realicen durante el día. Flotando sobre su suave superficie marina de pechos femeninos, la ciudad-isla del misterio se reunió para resistir esta cuña de invasión racional. Hacia atrás y hacia adelante, durante cinco mil años, el gran péndulo psíquico ha oscilado entre la creencia en la leyenda de Glastonbury y la incredulidad. Es curioso pensar en la pertinacia de los ataques contra esta cosa y cómo, como un vapor dispersado por un viento que se rehace de nuevo en el momento en que

el viento se aleja, las torres cubiertas de musgo y las murallas iluminadas por la luna de su encanto imperecedero sobreviven una y otra vez. Cuando el rey asesinó al último abad de este lugar, sólo estaba haciendo lo que Philip, Barter, Red, Dave, Paul Trent y John hubieran querido hacer con el misterio indestructible de hoy. En los tiempos más antiguos, la misma furia de las fuerzas de la “razón” debió de arrasar Glastonbury, para luego ser seguida por la misma reacción eterna cuando las fuerzas del misterio regresaron. La historia psíquica de un lugar como Glastonbury no es algo fácil de plasmar en términos fijos, pues no sólo el azar juega un papel enorme en ella, sino que hay muchas fuerzas en acción para las que el lenguaje humano no tiene en la actualidad términos adecuados.

Aquella noche particular del diez de diciembre fue en realidad uno de los grandes puntos de inflexión en la vida de Glastonbury, pero el resultado de la lucha que se desarrollaba esa noche entre los Enemigos de la Leyenda y sus Amantes eludiría toda narración que no fuera sobrenatural, por mucho que uno se esforzara en explicarlo. De la cabeza de John Crow, después de haberse relajado para dormir esa noche tras sus lascivos abrazos a los miembros marmóreos de Mary, saltó a la oscuridad la forma espiritual de toda la malicia reprimida que había estado sufriendo en su servicio a Bloody Johnny. Esta forma espiritual era una forma, una presencia, una entidad. Era, de hecho, el alma esencial de John Crow, pues la conciencia vital

de su cuerpo dormido no era más que una difusión vaga y débil de fuerza eléctrica. ¿Qué otra cosa podía hacer el alma de John Crow cuando se liberaba en el sueño de su vida de esclavitud psíquica, sino unirse, con un rebote exultante, a todos aquellos otros espíritus errantes que se dedicaban a matar el Grial? No era necesario que una forma palpable saliera volando de aquella ventana de Northload Street para unirse, en una especie de aquelarre de brujos, a los espíritus desaparejados de Philip Crow y Red Robinson. Cuando escribo la palabra unirse, me refiero a un movimiento del alma de John que sería imposible que cualquier científico refutara, un movimiento de todo su ser esencial, ahora que su cuerpo estaba dormido y su diplomacia relajada, para matar el Grial. Al unirse a Philip, en esa noche del diez de diciembre, para asestar ese golpe a un fragmento del Absoluto, el alma esencial de John Crow corrió un riesgo considerable. Por una parte, era un riesgo abandonar su neutralidad astuta, cautelosa y sauria y unirse a su gran enemigo. El hecho de que lo hiciera es sólo una prueba más de lo profunda que era la malicia de John. En su servicio a Geard, en relación con el Grial y en relación con el Pozo del Cáliz, John estaba constantemente ultrajando la esencia evasiva, vagabunda e irresponsable de su naturaleza. Estaba tomando partido. Estaba del lado del Grial contra sus enemigos, ¡cuando en el fondo de su corazón anhelaba matarlo! El “algo” en Philip, John y Barter que odiaba tan profundamente el Grial no era simplemente su sangre de Norfolk. Este fragmento del Absoluto era algo demasiado delicado como para no dividir

las almas humanas de una manera perturbadora y desconcertante, enfrentando a hermanos contra hermanos y amigos contra amigos. A lo largo de los siglos había hecho esto, rompiendo las relaciones humanas normales y ordinarias y ejerciendo, cuando aparecía, un efecto sorprendente, chocante y perturbador.

Era realmente una cosa monstruosa que John y Philip se odiaran tan sinceramente durante las horas del día, pero que por la noche se apresuraran a unirse para *matar al Grial*. El Grial no podía ser realmente “matado”, porque la Cosa es un trozo del Absoluto y un fragmento desprendido de la Primera Causa. Por supuesto, no podía ser matado literalmente; no en el sentido de ser aniquilado. Pero sí podía ser golpeado y ultrajado de una manera que fuera una verdadera herida; ¡lo suficientemente real, en todo caso, para despertar un sentimiento muy ambiguo en los nervios de vagabundo de John Crow! Después de todo, aunque había un “elemento” desconocido en la composición de este trozo desprendido de su propia sustancia, que la Primera Causa había arrojado sobre este lugar, también había algo de la “materia de pensamiento” del mismo Ser último en la personalidad de todas sus criaturas vivientes. Así, en la guerra psíquica que se estaba librando sobre las tres colinas de Glastonbury, lo Absoluto se enfrentaba, por así decirlo, contra lo Absoluto.

El diez de diciembre, el viento soplaba directamente desde el oeste. Sobre Mark Moor soplaba desde las marismas de

Highbridge y, más allá, desde las salobres marismas de Burnham. La marea había sido tan alta en los estuarios de Burnham que muchos de los pescadores más pesimistas de la zona, cuyas barcas de fondo plano (como venían haciendo desde la llegada de los vikingos) exploraban aquellas zonas fangosas, profetizaron que las presas iban a reventar de nuevo, como habían reventado en noviembre, cinco años antes, inundando todo el país. Sobre la bahía de Bridgewater sopló, y sobre el canal de Bristol, desde las montañas del sur de Gales, un ejército disperso de pequeñas nubes irregulares sucediéndose unas a otras hacia el este durante toda aquella noche, borrando de la vista de los vagabundos nocturnos, o de los que vigilaban en las ventanas solitarias, primero una constelación y luego otra. Así, la naturaleza de la noche de aquel diez de diciembre era peculiar e insólita, pues ninguna estrella fija ni ningún planeta estaba libre de oscurecimientos repentinos, rápidos, apresurados y erráticos causados por esos jirones y jirones de vapor volante. Aquellas nubes deshilachadas surcaban el firmamento sin cesar, cambiando de forma a medida que se transformaban en formas caprichosas de hombres, bestias, pájaros, barcos que se zarandeaban, cascos que giraban y promontorios volantes, oscureciendo primero un gran signo zodiacal en el cielo y luego otro. El viento que pastoreaba aquellas bandadas salvajes estaba impregnado del olor de las algas y del barro del canal, y a medida que avanzaba hacia el este su velocidad aumentaba, de modo que aquellas formas de nubes, así rotas en tramas cada vez más

pequeñas, empezaron a volar como hojas gigantes por las colinas de Glastonbury.

Dos seres humanos, una mujer y un niño, se sintieron demasiado inquietos para poder dormir aquella noche en aquella ciudad de hechicerías. Se trataba de Nancy Stickles, en su habitación del ático de High Street, y de Elphin Cantie, en la posada de su padre, la Old Tavern, que se encontraba al borde del Cattle Market. Ambos, la joven casada y el niño, abandonaron sus camas entre la una y las dos aquella noche de diciembre y, acercando las sillas a las ventanas, contemplaron aquellas nubes que volaban. La habitación de Elphin, que estaba muy lejos de la de Perséfone y de la de Dave, en la taberna vieja, descolorida y destartalada, daba a una especie de torre de estuco, añadida al edificio principal durante el reinado de Guillermo IV. Su ventana era grande y estaba compuesta de muchos cristales pequeños, y cuando Elphin la abrió en medio de la noche y se sentó con los codos apoyados en el alféizar, no sólo pudo ver un alto muro de jardín cubierto de piedras cubiertas de musgo, sino también un alerce desnudo que se balanceaba tristemente con el viento y, más allá, un pequeño afluente del Brue que irrigaba un terreno municipal que había sido dividido en huertos familiares y que, aunque sus aguas no eran profundas, estaba atravesado por varios puentes de tablones. Había un macizo de setas muertas sobre el muro cubierto de musgo y, cerca de las setas, un único alhelí marchito que se inclinaba y se balanceaba con el viento y parecía emitir, al

balancearse, al menos eso imaginó Elphin Cantie, un débil suspiro fúnebre. El muchacho extendió los brazos sobre el alféizar de la ventana y contempló las pálidas aguas del afluyente del Brue, las ondulantes copas de los alerces y los suspirantes tallos de las flores en la pared. Su ventana era inusualmente grande, como suele ocurrir con ese tipo particular de torres de estuco, de modo que sintió una sensación de vértigo y de frío al contemplar la noche. Pero Elphin estaba mucho más en la noche, mucho más mezclado con sus vagos aromas y sus sonidos morbosamente distintos de lo que hubiera estado en cualquier otra habitación de Glastonbury. Su madre había decidido dejarle dormir en la habitación de la torre «hasta que un invitado la pidiera». Ahora bien, como era improbable que un invitado supiera siquiera de la existencia de la habitación de la torre, Elphin estaba bastante a salvo.

Sacó el brazo derecho por la gran ventana y acarició la pared de estuco con los dedos. Había algo en las paredes de estuco que siempre fascinaba a Elphin, y ahora, con el viento aullando en sus oídos, silbando a través del alerce, gimiendo a través de los puentes de tablones de la zanja de Brue, el contacto de ese material lo ayudó a pensar. Pero esa noche estaba de un humor blasfemo y perverso, porque su ídolo Sam había roto su promesa de llevarlo allí, más allá de Charlton Mackrell, a la presa de Cary Fitzpaine, en el río Cary, donde se habían capturado varias tencas ese otoño, ese extraño pez dotado del don de la curación. Sam no le había

dado mejor excusa para romper esa promesa que el hecho de que la señora Zoyland estaba sola esa tarde, en el hospital, una situación que de ninguna manera parecía justificar ese trato a un amigo. La agitación inquieta de Elphin, por tanto, ante aquel viento húmedo y su extraño placer al frotar su mano contra aquella vieja pared de la torre manchada por el tiempo se mezclaban con una amarga ira contra las mujeres y la religión. Los asociaba, lo cual era injusto con esa clase particular de injusticia filosófica, teñida de erotismo pervertido, a la que se han entregado muchos escritores famosos. Es cierto que ahora, en ese mismo momento, las mujeres estaban por toda aquella ciudad silenciosa, alimentando el Grial en su sueño, pero las grandes religiones del mundo no fueron fundadas por mujeres. El alma de Elphin Cantie, sin embargo, cuando aquel diez de diciembre se inclinó hacia el aire nocturno, se apresuró a unirse a las almas de Philip y John en su mortífera cacería nocturna del Grial, como si en aquella noche en que el viento del oeste atravesaba el cielo con furia, realmente se hubiera celebrado una especie de aquelarre de magos.

Esta unión de Philip y John en su orgía de matanza del Grial no significó nada más que si alguien hubiera podido mirar esa noche hacia la arena mental de Glastonbury, habría visto un poderoso grupo de conciencias masculinas empeñadas en completar la obra del bestial rey Enrique y destruir, de una vez por todas, todos los rastros de esta superstición címica.

El corazón de Elphin anhelaba a Sam y sus nervios latían por él. Su almohada febril, abandonada allí sola en la oscuridad, mientras él estaba sentado ante esa enorme ventana, podría haber contado una bonita historia de desesperaciones nocturnas, mientras el muchacho se revolvía y temblaba en su pasión invertida, mientras semana tras semana, parecía no haber satisfacción para él a la vista. Y así su furia se volvió contra la religión de Sam, y el muchacho la confundió, descontrolada y ciegamente, en su loca injusticia, con la existencia de todas las personas femeninas que Sam tenía la costumbre de conocer en esos días, pero especialmente con la señora Zoyland. –¡Que la maldición caiga sobre ella! –gritó Elphin ahora a las nubes que volaban–. ¡Que la maldición caiga sobre ella! –gritó al alhelí que se movía, al alerce que se doblaba, al arroyo que ondulaba y a todos los espacios húmedos, huecos y oscuros, como los corredores azotados por el viento de un manicomio, que se extendían entre Chalice Hill y Tor Hill, y entre Tor Hill y Wirral Hill–. ¡Que la maldición caiga sobre ella y que se arrepienta hasta la muerte de haberlo conocido!

Esta maldición era mucho más singular y significativa de lo que la pobre Nell hubiera podido entender. En realidad, si se hubiera revelado, se vería que el verdadero significado secreto de los pensamientos de Elphin, estaba dirigida tanto contra el Grial como contra Nell. Porque lo curioso fue que cuando comenzó de nuevo, susurrando las palabras en voz alta con intensa solemnidad, a maldecir a la mujer a la que

su héroe visitaba tan constantemente en el hospital, extendió su maldición, mientras sus dedos extendidos tanteaban la fría pared de estuco debajo de la ventana de su torre, hacia esa copa consagrada en las manos del padre de su amigo de la que Sam siempre recibía el sacramento. Los pensamientos de su hijo estaban confusos y, como aún no había sido confirmado por el obispo de Wells, sólo tenía una vaga noción del significado de la misa. La copa que contenía el vino en aquellos “servicios tempranos”, que, como un perro fiel que vigila a su amo, solía contemplar desde la parte trasera de la capilla de San Patricio, era para él lo mismo que ese Grial místico, perdido o enterrado en Chalice Hill, del que oía hablar a sus padres. El amor de Elphin por Sam era demasiado apasionado para ser vicioso, pero también demasiado intenso para ser inocente, y con el instinto clarividente de un amante, era plenamente consciente de que la adoración de Sam a Cristo absorbía muchos sentimientos en el hombre que, si se liberaban, se convertirían en amor humano. Lo que Elphin no se daba cuenta era de que era ese mismo amor a Cristo que se interponía entre Sam y su amante lo que le había dado su lugar, tal como era, en la vida de San Patricio. Si ese maldito Grial, o esa copa sacramental que el muchacho confundió con el Grial, no hubiera sido nada para Sam, ¡seguramente no habría recurrido al amor de Elphin Cantie! Así, como sucede tan a menudo en el torbellino del drama humano, el mismo poder contra el cual, en su ciega pasión, el infeliz muchacho estaba derramando sus imprecaciones, era lo

único que lo mantenía en la vida de su ídolo. La compasión de Sam por ese niño solitario era parte del gran *tour de force* de su vida de santo. Interesarse por los chicos era algo totalmente contrario a su naturaleza.

Mientras Elphin estaba en la ventana de la torre de la Old Tavern, Nancy, que se había soltado de los brazos inconscientes de Harry Stickles, que respiraba con dificultad, se encontraba en la ventana del ático, mirando los jardines traseros de High Street. Ese viento del oeste, que soplaba desde el canal de Bristol, que soplaba desde las colinas de Pembrokeshire, que soplaba desde la isla de Gresholm, frente a las costas occidentales, donde alrededor de la Cabeza de Bran el Bendito revoloteaba ese canto de los pájaros de Rhiannon que traía muerte a los vivos y vida a los muertos, ese viento del oeste era más que un viento común esa noche para Nancy Stickles. Fue su sensación de ese viento del oeste lo que la había sacado de la cama. La sensación la había alcanzado en sueños antes de despertar. Sentada en su dura silla de dormitorio junto a la ventana que había logrado abrir de par en par sin molestar a Harry, ahora se entregó a la fuerza y la ráfaga del viento mientras pasaba barriendo por su casa. En las otras casas todos dormían. No le llegaba ni un sonido de la calle de enfrente. Allí estaba ella, expuesta al cielo que se extendía a lo lejos con sus silbantes hojas de nubes, a las amplias y húmedas oquedades que cubrían la tierra y, sobre todo, a ese viento impetuoso. Aproximadamente un cuarto de milla la separaba de Elphin,

que estaba en su ventana abierta. El chico se había puesto el abrigo que lo había estado cubriendo en su cama. La chica llevaba su bata gruesa y áspera y también un chal de lana negro. Ninguno de los dos tenía la menor noción de la presencia del otro, aunque la identidad de cada uno, el hijo del señor Cantie, de la Old Tavern, y la esposa del señor Stickles, el químico, era bien conocida por ambos. Era un ejemplo palpable de la forma en que los deseos desesperados de los seres vivos se lanzaban al azar sobre el contador del aire y anulaban la fuerza magnética de cada uno. El chico maldecía la religión de Glastonbury y la chica la bendecía. Sí, ella la bendecía, mientras se entregaba a ese viento salvaje que la había estado llamando a través de sus sueños durante las últimas cinco horas.

¡Oh, qué delicioso era entregarse a él... sentir que la tomaba por completo, mientras estaba agachada allí, con sus fuertes y firmes dedos de trabajadora entrelazados en el alféizar de la ventana! «¡Ojalá fuera el viento y no los hombres el que se llevara a las muchachas!», pensó Nancy, y cayó en un fantástico ensueño en el que se contó una historia sobre una novia que se entregó extáticamente a un enamorado espíritu del viento. «¡Oh, estoy tan contenta de estar viva!», pensó Nancy, y la valiente y optimista muchacha, mientras dejaba que el viento buscara sus receptivos pechos bajo su chal negro, empezó a sumar en su mente todos los aspectos buenos de su vida. Siempre hacía eso. Lo encontraba un excelente antídoto para todo lo que

sufría de su marido –ese bebé regordete y plácido con ojos de avaricia insana– y siempre volvía a lo mismo, al único gran privilegio que tenía, el de haber nacido en Glastonbury. Su trabajo en la casa de la señorita Crow, donde ahora contaba con la ayuda de otra pariente lejana de Tossie, una tal Daisy Stickles, era para ella un constante deleite. El paseo solo, a través del corazón de la ciudad y pasando por el cementerio de la iglesia de San Benigno, era un verdadero placer; y había momentos, especialmente después de terminar su trabajo y regresar por la tarde, en que hubiera podido echarse a correr por la estrecha acera de Benedict Street. Incluso hubiera podido agarrar a un niño harapiento que siempre encontraba allí y abrazarlo contra su corazón y bailar con él arriba y abajo y hacerlo llorar de sorpresa y dignidad ofendida, y todo ello por un deleite por la vida que, tal como la inundaba a veces, parecía no tener límites. Ciertas costumbres de su marido –ciertas peculiaridades físicas mezquinas, y Nancy no era en absoluto quisquillosa por naturaleza– la hacían sentir a veces como si no pudiera seguir viviendo con él. Pero ella había ideado todo tipo de dispositivos para lidiar con esos malos modos y nunca se sintió desesperadamente atrapada, porque siempre se estaba contando historias de cómo huía de él.

Harry Stickles poseía, sin duda, una serie de peculiaridades que habrían sido angustiosas para cualquier muchacha menos bien constituida. Esas pequeñas cosas desagradables se veían agravadas por la absurda e increíble vanidad del

hombre. Pero la naturaleza había otorgado a Nancy un don supremo, en el que sólo otra persona en Glastonbury podía rivalizar con ella, y era John Crow: el don del olvido. Harry podía hacer algo en un momento dado que la ofendía en lo más profundo, algo que la irritaba, la desgarraba y la desgarraba tanto que ella podría haber corrido a la ventana y arrojado a la calle uno de esos grandes recipientes de colores, rojo y verde, que señalan las farmacias; y, sin embargo, tres minutos después, mientras estaba sentada cosiendo en el escaparate de su salón, lo que ella llamaba sus «fantasías» comenzaban tan deliciosamente como siempre. Las fantasías de Nancy eran simplemente sus recuerdos repentinos de ciertos momentos de intensa comprensión de la vida tal como habían ocurrido varios años atrás. No eran más que el aspecto de un muro determinado, de un seto determinado, de un camino determinado, de un carro de heno determinado en una ladera determinada, de un estanque determinado con patos nadando en él y una vaca roja que caminaba muy lentamente por el barro, de un cargamento de algas que unos caballos que luchaban por sacar de la playa, del puente de piedra que cruzaba el río Yeo en Ilchester, de un pequeño peaje en Lodmore que parecía estar formado, como lo había visto una vez desde lo alto de un autobús más allá de Weymouth, de nada más que piedras encaladas y tablones alquitranados y hierbas altas y salobres y nubes de polvo blanco. Nancy nunca podía saber cuál de sus fantasías surgiría a continuación como un pez, formando un círculo de deliciosas ondas a su alrededor, desde lo más

profundo de su mente, ni tampoco sabía si esas imágenes mentales almacenadas en su cerebro eran limitadas en número y si, en un momento determinado, comenzarían a repetirse una y otra vez, o si eran inagotables y no necesitaban repetirse nunca.

Pero mientras Nancy y Elphin velaban, ¡qué sueños hubo en Glastonbury! Sueños sin principio, como sin fin. Porque, ¿quién ha comenzado nunca un sueño? La gente siempre se encuentra inmersa en un sueño u otro. La esencia del sueño no reside en soñar, sino en una cierta muerte de la vida superficial y en un hundimiento en la vida subterránea, donde la otra vida –curativa y renovadora– existe como una marea inmortal de agua dulce que fluye bajo el agua salada de un mar turbio. Basta recordar la encantadora y misteriosa sensación de quedarse dormido comparada con las crudas, duras y férreas púas de las cosas desagradables que ocurren en los sueños para darse cuenta de la diferencia. Entre el proceso de irse a dormir y el proceso de soñar existe un gran abismo. Parecen pertenecer a diferentes categorías de seres. Pero, sea como fuere, el hecho es que en ciertas noches del año –cuando la marea en Burnham empieza a subir con una extraña persistencia– el sueño de Glastonbury es turbulento. Los invasores del nordeste, los antepasados de Philip y John, hicieron retroceder a los celtas más que el pueblo de Evans cuando los invadieron hasta el sur de Gales. Hicieron retroceder a sus semidioses taumatúrgicos, como por ejemplo el cadáver viviente de Uther Pendragon, el

misterioso Urien, rey de Yr Echwyd, la Tierra del Glamour y la Ilusión, la Tierra cuyos vapores son siempre de un azul lívido, ese color místico que los bardos llaman *Gorlassar*, y Arawn, rey de Annwn, hizo retroceder a los extraños protectores del Grial pagano, el rey pescador Petchere y el rey mutilado Pelles. Todos estos seres, muchos de los cuales parecen retroceder y desaparecer incluso cuando se los nombra entre nosotros, como criaturas de un encantamiento fallido, hicieron retroceder a los antepasados de Philip y John y a los antepasados de Dave hacia el oeste. Y junto con el pueblo del señor Evans y sus oscuros dioses ctónicos, estos invasores de mente sana habían hecho retroceder los *sueños mismos* de estas tribus címricas y británicas.

Hoy, los verdaderos aborígenes eran el señor Evans, la señora Geard y Blackie Morgan, junto con esa población empobrecida y rebelde de los barrios bajos, cuyo holocausto Philip había visto esa noche en las imágenes «artísticas» de sus brasas rojas, y la mayor parte de su sangre, como la de los antiguos habitantes de Lake Village, era a la vez precelta y prehistórica. De modo que en esta noche de todas las noches, esta noche del diez de diciembre, una fecha que siempre, todos los años, sólo las esposas brujas de

Bove Town y Paradise lo sabían: era una fecha importante para Glastonbury. Lo que realmente trajo consigo ese terrible viento que soplaba desde el mar occidental y las islas occidentales fueron los sueños de los conquistados, esos

sueños desordenados, extravagantes y que violaban las leyes, a partir de los cuales se habían construido originalmente los Santuarios de Glastonbury. Nancy Stickles tenía toda la razón cuando susurró a la oscuridad, mientras sus pechos blancos se expandían bajo su chal negro en respuesta a ese viento: "¡Qué cosa es dormir: estar en el mundo!"

Sin embargo, sólo sobre aquellas cabezas felices que no soñaban descendió realmente el verdadero misterio del sueño, llevando esas frentes despreocupadas a lo profundo de las aguas sagradas de su Echwvd. Tal fue el privilegio, esa noche, tanto de Lady Rachel como de Miss Elizabeth Crow. Tal fue el privilegio de Mister Wollop y de Bert Cole. Tal fue el privilegio del joven Tewsy, de Tittie Petherton y Tilly Crow, de Penny Pitches y del viejo Abel Twig.

Entre los demás se desarrollaba la eterna contienda, como había continuado durante al menos cinco mil años, entre los amigos del Grial –ese fragmento de Más Allá del Tiempo caído a través de una grieta en el techo del mundo sobre el Piso del Tiempo– y sus enemigos mortales.

El Grial se había convertido en el imán que aglutinaba a todas las religiones que alguna vez se habían acercado a Glastonbury. Como parte del Absoluto, atraía a esos diversos cultos hacia sí con una indiferencia casi cruel hacia sus divergencias entre sí. Por eso, el instinto que impulsaba a Philip y John, a sus almas, a salir esa noche a matar al Grial

era tan ciego y abrumador como el que impulsaba a Pellenore⁷² a perseguir a su Bestia Buscadora.

Ni Nancy ni Elphin, esos observadores de las ventanas, en la parte trasera de High Street y Cattle Market, eran conscientes de esta gran pelea de sueños en guerra, que se agitaban y se removían, con el estandarte del Grial de un lado y la oriflama de la Razón del otro. Arremolinados por ese viento impetuoso, que se arremolinaba y rebotaba entre las tres colinas de Glastonbury, flotaban esas huestes opuestas de sueños. Cada soñador bajo esos techos diversos, desde los Elms de tejas de pizarra donde Philip yacía en su sofocante habitación hasta el desván del establo con corrientes de aire de St. Michael's, donde Solly Lew durmió su sueño achispado; se vio obligado, ese diez de diciembre, a mezclar su propio sueño privado con este gran torneo nocturno.

John Crow soñó que habían encontrado el Grial en la colina del Cáliz, que lo habían encontrado en la tierra a unos seis pies al norte del Pozo; pero cuando lo encontraron, todos los presentes se transformaron en una bandada de estorninos y se fueron volando, dejándolos solos a él y a esa cochinilla filosófica que había imaginado encontrando al piojo humano

72 El Rey Pellinore es el Rey de Listenoise o de "las Islas", de acuerdo con la leyenda artúrica. Hijo del Rey Pellam y hermano de los reyes Pelles y Alain, su hazaña más famosa es la interminable persecución de la Bestia Aulladora, la cual estaba rastreando cuando se encontró con el Rey Arturo la primera vez.

de la mujer con cáncer. Y él mismo se sintió ahora presa de una frenética necesidad de hacer agua y, sin embargo, sabía que si hacía agua en la tierra, esa cochinilla se ahogaría. Así que John Crow convirtió el Santo Grial en agua. Cuando terminó este sacrilegio blasfemo, observó que la cochinilla se había arrastrado hasta el borde del Vaso. “¿Qué vas a hacer?”, gritó John aterrorizado. “Ahogarme”, respondió la cochinilla.

Pero si aquel viento salvaje del oeste perturbaba los sueños de los hombres, no resultaba menos perturbador para los sueños de las mujeres. Perséfone soñó que le crecían hojas verdes de los pies y de los hombros y que estaba de pie, completamente desnuda, en el centro de un grupo de abedules de corteza plateada que, como ella, eran niñas delgadas y desnudas con hojas verdes que les crecían de la cabeza y de los pies. Cerca de este grupo, donde estaba Perséfone, crecía aquel árbol sin nombre de la cima de Wirral Hill al que Mary había llamado por un nombre, Mr. Evans por otro y Mad Bet por otro. Y Perséfone vio de repente que todas las niñas se volvían hacia ese árbol y, levantando las manos, empezaban a cantarle algo. Lo que cantaban era un galimatías, pero Perséfone, cuando despertó, recordó este galimatías que decía lo siguiente:

“¡Dominus–Glominus, siembra tu semilla!

¡Siembra tu semilla, siembra tu semilla!
¡Glominus–Dominus, lluvia y rocío! ¡Lluvia y rocío, lluvia y

rocío! ¡Nosotros tus siervos haremos tu cama! ¡Haz tu cama, haz tu cama! Algunos a los pies, y otros a la cabecera, ¿pero quién de nosotros se acuesta a tu lado?

Sin duda, este galimatías procedía de alguna antigua canción infantil, repetida en uno de esos juegos inmemorables que a las niñas les encanta jugar juntas, durante los cuales se toman de la mano y avanzan y retroceden en movimientos de baile que resultan tan misteriosos para cualquier observador casual como las fantásticas palabras que los acompañan. Pero, aunque a Perséfone le recordó algún juego medio olvidado de su infancia, sin duda se le añadieron palabras en el sueño que difícilmente podrían haber estado presentes en la versión original y que, sin duda, eran más adecuadas a la naturaleza de esta noche salvaje con el viento salobre de Wessex que a cualquier inofensiva danza de anillos de rosas en un césped de Norfolk. Lo curioso fue que en la propia mente de Perséfone, mientras soñaba este sueño, se produjo una de esas confusas metamorfosis que tan a menudo hacen que los sueños sean tan desconcertantes y engañosos: la confusión, a saber, de este árbol ambiguo con una cruz.

Los sueños del alcalde de Glastonbury de aquel diez de diciembre estaban llenos, por ejemplo, de una mezcla pesadillesca de su hija Crummie con la fatal Nineue de Merlín, y de ambas, Nineue y Crummie, con Lady Rachel Zoyland.

Los sueños del vicario de Glastonbury no eran menos inquietantes. Mat Dekker soñó que visitaba a Nell Zoyland en el hospital, donde, de hecho, ya la había visitado tres veces, y que le estaba administrando el Santísimo Sacramento, algo que había deseado hacer a menudo, pero que nunca se había atrevido a sugerir. Estaba a punto de llevar la copa a sus labios cuando se volvió tan pesada en sus manos que apenas podía levantarla. La copa, de hecho, se transformó en el cuenco de plata de la madre Legge –o más bien el cuenco de plata de Kitty Camel– con el que, por supuesto, Mat Dekker estaba familiarizado antes de que pasara a manos de su actual dueña. Esta copa sacramental se fue volviendo cada vez más blanca a medida que el sacerdote luchaba con ella en su sueño. «Debo sujetarla fuerte –pensó–, debo apretarla contra mí». Y entonces se produjo una metamorfosis similar a la que había tenido lugar en el sueño de Percy, sólo que en orden inverso. En el caso de Percy, el árbol se convirtió en la cruz; en el de Mat Dekker, el Grial se convirtió en Nell Zoyland. Tan profunda había sido la lucha entre el carácter majestuoso de este hombre y su pasión por esta muchacha, que hasta esa noche, incluso en sueños, había resistido la tentación. Pero esa noche le ocurrió una de esas ocasiones en las que la gran naturaleza creativa logra burlar al más fuerte autocontrol. La naturaleza logró su objetivo al albergar en la mente de Mat Dekker el sentimiento de que a cualquier precio debía sostener ese cuenco blanco con firmeza y fuerza contra él, para que no derramara ni una gota de la sangre de Cristo. Pero mientras

lo sostenía en su sueño, y mientras se convertía en el cuerpo de la muchacha que tan terriblemente deseaba, la Naturaleza logró adormecer, drogar, embrutecer, confundir, nublar, hipnotizar, paralizar y “metabolizar” de otro modo la implacable conciencia de Mat Dekker, que le permitió entregarse con buen corazón a un espasmo de amor tan exquisito que fue, para el pobre sacerdote asceta, como la apertura de las puertas del cielo.

Poco podía imaginar Elphin Cantie, mientras se apretaba cada vez más contra la ventana de la torreta con la vieja chaqueta de cuadra de su padre (ahora su propia colcha), que la corriente psíquica de su ira contra la superstición de Glastonbury se veía ayudada por los austeros gestos oníricos de Dave Spear, desde otro sector de la Old Tavern. Los pensamientos de Dave antes de irse a dormir esa noche habían sido tranquilos y pacíficos. Había cenado con su esposa en el antiguo comedor de Dickery Cantie, en el salón de la taberna, y Percy había escuchado con tanta dulzura sus historias sobre sus camaradas de Bristol que había estado tentado de revelarles el gran plan que ahora tenía en marcha. Sin embargo, en lo que respecta al comunismo, Dave era un hombre de hierro; y a pesar del hecho de que todo su plan había sido originalmente inspiración de ella, había pensado que sería más prudente (¡y ciertamente lo era!) no decir nada al respecto. Pero Percy había escuchado con mucha más atención que la habitual todo lo que él le había dicho en aquella expresiva frase homérica: «la barrera de sus

dientes». Algo en el viento que se levantaba había despertado sus sentimientos hasta un punto de ternura impersonal, y su marido resultó ser, por suerte, el beneficiario de ese estado de ánimo apacible. Pero una vez dormido, la mente de Dave volvió de inmediato a su gran conspiración, y el llanto del viento en su chimenea y el aleteo de la persiana de su ventana se colaron en sus sueños y los perturbaron tanto como los de Percy, pero con un resultado diferente. Porque los muros de una verdadera comuna se alzaban en el sueño de Dave cuando aquel viento salvaje, que soplabá desde Gales, hizo crujir y gemir la casa histórica que lo rodeaba a través de todas sus antiguas vigas. Así había gemido cuando los emisarios de Enrique expulsaron de su aislamiento a los últimos fieles sirvientes de la Abadía. Así había gemido cuando los espías de James sacaron a rastras a los infelices predicadores que habían apoyado a Monmouth. Todo el tenor conflictivo de la lucha de Dave Spear consigo mismo durante toda su vida se habría revelado si su sueño hubiera sido escrito. "Por el bien del futuro", siguió murmurando cuando, como dictador de su comuna, dio órdenes de que se destruyeran las ruinas de la abadía y se nivelaran los nuevos edificios del alcalde.

Limpio y fresco se alzaba, en su sueño, el nuevo Ynis-Witrin⁷³, fundado, esta vez, no sobre los trucos de reyes y sacerdotes, sino sobre el trabajo y las recompensas iguales de los trabajadores. "¡Por el bien del futuro!", gritó en

73 Ynis Witrin es considerada la antigua isla de Avalon.

sueños mientras observaba la destrucción de un santuario tras otro.

Pero si los sueños de Dave esa noche fueron drásticos, la conducta... La actitud de su compañero de conspiración, Red Robinson, que estaba despierto, bebiendo y haciendo el amor, completamente inmune a esa mística procesión de formas incorpóreas, no fue ni muy drástica ni muy valiente. Red había convencido a Sally Jones de que se quedara con él después de las horas de cierre en el salón trasero de St. Michael's Inn. Se trataba de un procedimiento que habría metido en problemas al bondadoso propietario si se hubiera descubierto, pero Red se había cansado tanto de sus miserables y apresuradas entrevistas con la muchacha, en casa de su madre y, después de su jornada de trabajo en casa de los Geard, que había abandonado su habitual cautela. Sally, que tenía su propia llave, tendría que decirle a su madre que la señorita Cordelia la había mantenido hasta tarde ese día para ayudarla con los preparativos de su boda. Habían decidido que era mejor que Sally, cuando saliera de St. Michael's cerca de la medianoche, volviera a casa sola andando e incluso hiciera un pequeño desvío para que pudiera volver a casa caminando. En cuanto a acercarse a su casa por la dirección de los Geard, había dicho: «Los vecinos son de esos que se fijan en las cosas y no es bueno empezar a hablar mucho cuando no hay motivos para ello». El señor Robinson había dado su cordial aprobación a este sentimiento. De hecho, se encontraba muy cómodo en el

pequeño y poco utilizado salón de la posada, con media botella de ginebra sin terminar sobre la mesa y un buen fuego en la chimenea.

La anciana dueña de la casa, la tía de Mad Bet, había sido amiga de los Robinson desde que, debido al empleo de la señora Robinson en el palacio de Wells, se habían establecido primero en Glastonbury. Esta amistad (tal es la importancia de los asuntos pequeños en los pueblos pequeños) se debía al hecho de que la tía de Mad Bet tenía una hermana que se había casado con un hombre "de la zona de Richmond". El hombre había muerto hacía tiempo, al igual que la hermana, pero el acento de los Robinson agradaba a la casera. "Por la forma en que hablan", dijo, "me recuerdan el marido de la hermana".

Nunca hubiera sido conveniente que Red trajera a Blackie a esta posada, porque conocían a su madre. Crummie, por supuesto, tampoco habría podido venir. Pero ahora empezaba a disfrutar del beneficio de haber encontrado a una muchacha tan respetable y tan simple como Sally Jones. Cuando Sally se iba y se quedaron hablando en el pasillo, la casera señaló hacia arriba y susurró: «¡Ha sido un día muy duro! John tuvo que encerrarla en la habitación de atrás. Hacía mucho ruido, ¿comprendes? En la parte de delante. «Ahora está dormida», piensa John, y cree que es mejor dejarla donde está. Por lo general, no suele dormir en la habitación de atrás. La habitación de atrás no es lo que podríamos llamar la habitación en la que alguien elegiría

dormir, pero Bet no es tan atrevida como algunas personas, debido a su forma de ser». El destino o la casualidad, fuera lo que fuese, decretaron que Red Robinson, después de haberse llenado hasta saciarse con las dulzuras del amor, se viera privado de la agradable media hora de lujuriosa meditación que había planeado para sí mismo. El viejo posadero se fue él mismo "un paso más allá" por Chilkwell Street con Sally. "El viento no puede dañar a una chica bonita", dijo, "pero puede alborotarla y despeinarla más de lo que jamás se nos permitiría hacerlo".

En el pequeño pasillo que conducía desde la parte trasera del bar hasta el viejo patio adoquinado se produjo un movimiento y una confusión. De repente, Solly Lew apareció a la vista desde la parte trasera de la sala, arrastrando tras él hacia la luz de la lámpara una figura extraordinaria. «¡Señorita! ¡Señorita!», gritaba el mozo de cuadra. «Usted... debe... perdonarme... si...». El señor Lew estaba completamente fuera de sí.

Respiraba con dificultad. Jadeaba "como un perro en verano" mientras luchaba por contener a la persona que emergió con él ahora. "Le dije a Finn Toller que 'estoy demasiado borracho para hablar con cualquier hombre cristiano, y menos aún con cualquier amigo de la familia. Pero dice que 'debo hablar en privado con el Sr. Robinson'".

–En... privado... así dije –repitió el borracho vagabundo, tambaleándose hasta ponerse erguido, pero manteniendo

su mano sobre el hombro de Solly Lew—. En... privado debe ser. ¡Mira! Y el viejo Finn sabe lo que tiene en mente decirle a uno. Aunque hayamos bebido un buen trago en la letrina... pero el viejo Finn sabe... ¡el viejo Finn sabe!

La lámpara con la que la casera de St. Michael observaba con ojos indignados la invasión de sus instalaciones colgaba sobre la puerta trasera de la posada. Se balanceaba de un lado a otro con el viento y, a través de la puerta abierta, detrás de los dos hombres que se tambaleaban. Red Robinson pudo ver un adoquín que brillaba débilmente, pilas de leña mal iluminadas y botellas de cerveza vacías. También se veía un gran barril lleno de agua de lluvia en el marco de la puerta, mientras que junto con el viento aullante llegaba un fuerte olor a paja podrida y orina humana agria.

—¡No eres digno de hablar con la señora ni con sus amigos!
—repitió Solly—. ¡No eres digno de nada más que de trabajar, y a trabajar vendrás, tú viejo bebedor de ron, tú viejo charlatán de cubierta!

—¡Ponte de pie y respóndeme de inmediato, Finn Toller!
—exclamó la casera enfadada—. ¿Qué estabas haciendo en nuestro patio? ¡Vamos, vamos, no digas tonterías! ¿Qué estabas haciendo allí, Finn Toller? ¡Habla más alto! ¿No entiendes lo que te digo en inglés?

—No sé qué decirle, señorita —murmuró el rufián indefenso—, pero sé muy bien en mi mente que es al señor

Robinson a quien he venido a ver... a... a... a ver... a... En este punto, tan potente era el ron de Bristol con el que Solly Lew había estado invitando imprudentemente a este pez del fondo del estanque de Glastonbury, que, haciendo caso omiso de la indignación de la casera, el desgraciado comenzó a murmurar una cancioncilla lasciva que había sido popular anteriormente en Bove Town y Beckery.

“Tengo un susurro para ti,
en tu oído de cola de yegua”;

Pillicock le cantó a Kate:

"Tengo un susurro para ti, querido Coney,
Tu hombre se ha ido por Hornblotton Mere
Y yo estaré a tu puerta”.

El señor Finn Toller, en su estado natural, no ofrecía ningún atractivo visual. En su estado actual, era un objeto repugnante. Era un individuo de pelo rubio rojizo con una barba suelta, desaliñada y de color claro. Daba la impresión de estar completamente desprovisto de cejas y pestañas, tan decoloradas y blanquecinas eran en su caso estas partes normales del rostro humano. Tenía la boca siempre abierta y babeando, pero aunque toda su expresión era furtiva y evasiva, sus dientes eran grandes, fuertes y lobunos. El señor Toller parecía, de hecho, un hombre débil al borde de la imbecilidad al que irónicamente se le hubiera dotado de los dientes de una fuerte bestia de presa.

A Red Robinson no le gustó nada la apariencia de ese

repulsivo perro abatido que se acercaba a él arrastrando los pies y le dirigió una mirada de conmiseración repugnante, una mirada que parecía decir: «¡Aquí estoy, señor Robinson! ¡Me ha llamado y aquí estoy!». La verdad era que al final de uno de sus discursos revolucionarios más elocuentes a los camaradas de Glastonbury, el señor Toller se había acercado sigilosamente a Red y lo había obligado a escribir su nombre, en el libro que llevaban, como disponible para cualquier actividad que se requiriera. «¡Y cuanto más sucio, mejor!», había añadido el señor Toller, mientras babeaba sobre la mesa. Red se había metido en problemas con los otros camaradas por permitir que el hombre escribiera su nombre en su libro. Le dijeron que le bastaba con que el mendigo más sucio jurara que escupiría en la calle cuando pasara el señor Crow. «Eso es suficiente para arrastrarlo a la fiesta, ¿eh?». Dijeron, y su sarcasmo no era injustificado. Red no tenía ningún interés en mantener la calidad o la integridad de los camaradas. Lo que buscaba, como Finn Toller con su instinto lobuno, eran reclutas, no para el marxismo, sino para "comer".

–Mi marido volverá en un minuto –dijo la casera con severidad–. ¡Y recuerdas cómo se deshizo de ti la otra noche cuando te quedaste por allí hasta muy tarde!

–Lo que tengo que decir, señora, debe ser para que lo escuche sólo el señor Robinson. Por favor, señora, permítame, por todo lo que nos queda a los pobres –se detuvo y le lanzó una mirada muy siniestra a Red–, que sea

lo que nos metan en la cabeza aquellos que tienen un lenguaje muy natural y son tan hábiles como este señor, que es el capataz de

–¡Oh, señor! A nosotros, los pobres perros, no nos queda nada en el mundo, no nos queda nada más que esos pequeños y simpáticos pensamientos, esos bonitos pensamientos que los inteligentes, como el señor, ponen en nosotros. –Era evidente que la amenaza del regreso del posadero había tranquilizado bastante a «Codfin», como lo llamaban sus vecinos. Ahora parecía capaz de caminar solo, porque se sacudió el brazo de apoyo de Solly Lew. Sus ojos azules, pálidos y sin párpados, empezaron a espiar a su alrededor, como los ojos de un gusano desalojado de su hábitat natural y buscando refugio–. Si el señor Robinson quiere venir conmigo –dijo ahora, yendo hacia el agradable salón donde Red y Sally habían estado divirtiéndose–, no causaré problemas a nadie; pero si el señor aquí, que es tan listo y tan erudito, no me deja hablar con él, armaré tal alboroto que tendrán que llamar a la policía.

–¿Qué descaro es éste? –exclamó la patrona–. Espere a que vuelva mi marido. Él le dirá si tiene que llamar a la policía para que le entreguen el... Pero a la buena mujer...

Para sorpresa total, el propio Rojo intervino en ese momento.

–Será mejor que escuches lo que suspiras –dijo–. No sirve

de nada molestar a la policía cuando dice que se irá tan callado como un cordero si lo llevo allí un momento. Es así, ¿no es así, Codfin?

El señor Toller, que ya parecía completamente sobrio, hizo una reverencia a la casera, hizo una mueca a Solly Lew y siguió a su «listo» hasta el salón, donde Red cerró la puerta. Sería difícil explicar la sutil causa de la sumisión del señor Robinson a esta exigencia del señor Toller de hablar con él, pero sin duda, mezclado con otras cosas, había surgido, en el mismo instante en que estos dos hombres se conocieron, ese curioso miedo psíquico del que ya se ha hablado en relación con la actitud de Lord P. hacia su bastardo. Si se revelara la verdad real, Glastonbury estaba, como cualquier ciudad pequeña, llena de ejemplos extraños, morbosos e incluso humorísticos de este terror irracional de una personalidad hacia otra. Estos vínculos de miedo pueden unirse grotescamente en un patrón matemático y nervioso espiritual de subordinación psíquica.

El propio Philip Crow había tenido miedo, de esta manera particular, de Tom Barter. De hecho, estos misteriosos vínculos de miedo llegaron juntos, en una escala ascendente y descendente de miedo, se encontraban el gran lord P. y el caballero llamado Codfin. Porque lord P. tenía miedo de Zoyland. Zoyland tenía miedo de Philip. Philip, aunque este último no lo sabía, tenía miedo de Barter. Barter tenía miedo de Red. Mientras que Red, y aquí llegamos al enrevesado secreto de por qué en ese preciso momento estaba cerrando

con tanto cuidado la puerta de la sala, tenía miedo del señor Toller.

Formaban una pareja interesante y curiosa, uno frente al otro, junto a la chimenea del salón. Red estaba decidido a no ofrecerle a Codfin una bebida ni a pedirle que se sentara. Los ojos azules acuosos del señor Toller, su rostro manchado y pecoso y su barba de color estopa seguían volviéndose, con una especie de débil insistencia, como la de un gran abejorro aturdido y maligno, hacia la botella medio vacía.

–¿Qué pasa? –dijo Red–. ¿Qué quieres? Dímelo rápido, porque volverá en un minuto. Sólo se llevará a la señorita Jones un trecho del camino a casa. ¡No había ninguna razón terrenal para que Red le hubiera informado a Codfin de que el propietario de St. Michael's se llevaría a la señorita Jones a algún lado! Esta confianza excesiva, apresurada y ansiosa, expresada en un tono malhumorado era un hermoso ejemplo de miedo al vínculo psíquico, que funcionaba de acuerdo con su naturaleza.

Después de cerrar la puerta, Red se dirigió a la chimenea, dejando a Finn Toller de pie en medio de la habitación. Red miró al hombre apresuradamente y luego, con la misma prisa, apartó la cara. De la barba desaliñada, los ojos llorosos, las ropas harapientas emanaba algo que Red encontró extremadamente perturbador. Era uno de esos momentos en que los movimientos previos al nacimiento de una idea espantosa se apiñan y envuelven en un silencio ominoso.

Ciertos pensamientos, que han sido alimentados durante mucho tiempo en una profunda cavilación semiconsiente, se manifiestan, cuando finalmente emergen a la luz, con una horrible tangibilidad como el impacto de algo físicamente chocante. Y en esta habitación cálida, iluminada por el fuego, llena del aura de un cuerpo femenino joven que ha sido cortejado y acariciado tan asiduamente que su dulce esencia impregna el aire, se proyectaba ahora una presencia que era monstruosa, repugnante, intolerable.

De cada pelo de la barba del señor Toller emanaba esa presencia. De la nuez de Adán de su cuello desnudo y sucio, de los bordes ensangrentados de sus ojos llorosos, de la pelusilla amarillenta que crecía como hongos en el queso en el dorso de sus manos, de un cierto aspecto desvaído de sus muñecas desnudas y sin camisa, esa presencia crecía y crecía y crecía en aquella habitación cerrada. Surgió de Toller, pero era distinta de Toller. Parecía encontrar en la fragancia del cuerpo cortejado de Sally Jones un aire favorable a su monstruosa expansión.

Red no podía, razonablemente, haber adivinado la naturaleza de ese horrible pensamiento, de ese aborto recién nacido, a partir de las cavilaciones del cerebro del señor Toller. Debía de haber habido en él alguna respuesta protoplásmica, creada por los venenos germinantes de su comida, de los que él mismo era inconsciente. La violencia debía haber llamado a la violencia, como lo profundo llama a lo profundo, entre lo inconsciente en uno y lo consciente

en el otro. Una vez más miró furtivamente, rápidamente, al hombre que estaba de pie junto a la mesa, y esta vez sus ojos se encontraron.

–Fue tu inteligencia lo que me lo metió en la cabeza. –¿Había pronunciado el señor Toller esas palabras o las había pensado él mismo? Red sintió que una irrealidad peculiar y espantosa se apoderaba de él. La botella de ginebra parecía irreal.

La alfombra parecía irreal. La silla baja de mimbre con sus cojines floreados donde hacía poco había tenido a Sally en su regazo parecía la más irreal de todas. –¿Qué es eso que estás suspirando? –Sus propias palabras parecían irreales ahora en cuanto salían de su boca.

«Un capitalista engreído como él, que no quiere explotarnos a nosotros, pobres desgraciados, debería ser liquidado.» Sin duda, era el señor Toller quien decía eso, y Red reconoció su propia expresión oratoria, «liquidado», cuyo significado, pues la palabra le había llegado desde Bristol, siempre lo había desconcertado, aunque esto no le había impedido utilizarla en sus discursos.

–¡Un idiota peludo como él debería ser castigado! –repitió el señor Toller; y la incomodidad de Red aumentó por la forma en que la boca del hombre babeaba mientras las palabras salían de su garganta.

“Estás borracho... eso es lo que eres... demasiado borracho para saber tu propio nombre... y si no estuviera dispuesto a perturbar esta casa tranquila...”

"Déjame tocarte la cabeza ensangrentada, te digo... dale golpecitos en la cabeza, ¡hasta que te salga el cerebro!"

No fueron las palabras en sí, sino una especie de tic galvánico que las acompañaba en *las manos del señor Toller*, lo que hizo que Red empezara a sentir náuseas en la boca del estómago. De pronto se sintió fascinado por las manos del señor Toller. Al mirarlas, se dio cuenta de que no sólo eran manos cortas y rechonchas, sino que (y esto era muy distinto de la mayoría de las manos rechonchas) eran manos que se estrechaban en las puntas de los dedos y podían doblarse hacia atrás. ¡Qué pacientes, inofensivas y tranquilizadoras son la mayoría de las manos humanas! Pero Red se dio cuenta ahora de que las manos del señor Toller eran mucho más inquietantes que cualquier expresión de los rasgos de su rostro.

En todas las mentes hay pensamientos abominables. Todos somos asesinos en potencia. Pero algo –un sentimiento, un movimiento de la voluntad, un escrúpulo, un principio– interviene y no podemos actuar según lo que pensamos. Pero había algo en las manos del señor Toller que parecía el grito de un asesino en la noche, como la parte inferior de los puentes, como los arbustos de los parques públicos, como los cobertizos con techo de hojalata cerca de

los manicomios, como las fábricas de gas junto a los canales sucios, algo que desenredaba la madeja, que rompía la necesidad fundamental y la sustituía por un caos monstruoso y aterrador... agujeros profundos y negros... cuerdas colgantes... el desesperado dilema del cadáver indestructible... el horror del secreto guardado por uno mismo...

Red empezó a ver entonces aquellas manos de Codfin en el cuello de la vida, en el cuello de esa vida que significaba el dulce cuerpo de Sally Jones, la silla tallada del obispo en la cocina de su madre, el hígado y el tocino en la sartén de su madre, ¡por no hablar de su bonita y nueva ropa de capataz! Formaba parte de la vida que hubiera personas como Codfin deambulando inofensivamente... personas a las que un capataz obrero podía pasar de largo, pero a las que la nobleza –como aquel John Crow que tenía la oficina en el patio de la estación– estaba obligada por honor a invitar a beber. Y esas manos iban a alzarse ahora contra la vida... ¡la vida de un hombre vivo! Esas manos eran herramientas de «liquidación». No más hígado y tocino, no más botellas de ginebra, no más chicas en el regazo, cuando esas manos se alzaban. ¡Irreal! Eso era lo que era ese momento, e irreal de una manera que hace que uno se sienta enfermo. Aquella barba desaliñada y aquella boca babeante hablaban de «lamidos», pero ellos pensaban en *asesinatos*. La sangre empezó a abandonar las mejillas de Red. Los pobres podían tener hambre, los enfermos podían estar enfermos, los

débiles podían tener que llevar cargas, pero todos estaban vivos. ¡Y hasta la muerte, cuando llegaba con el curso natural de las cosas, tenía una comodidad secreta e inevitable! Se podía hablar de esa muerte con una muchacha en el regazo. Pero el asesinato... eso era algo diferente...

–No podría hacerlo ni con un cuchillo, señor. –Las palabras se hundieron en la chimenea que Red estaba mirando ahora. Red las dejó hundirse, como ocho canicas negras arrojadas por un niño malvado en un agujero particularmente rojo.

–No sé de qué estás hablando, Toller –susurró en voz baja.

Pero el otro continuó: «Ni con una bala, señor, porque me dan miedo esas pequeñas pistolas de juguete». De repente, después de las otras ocho canicas, aparecieron estas veintiuna sencillas palabras, todas ellas en el mismo agujero rojo: «Una de esas barras de hierro se las arreglará con lo que sus trabajadores dejen por ahí, al lado de Wookey». Mientras hablaba, el hombre hizo un movimiento débil y fluctuante de toda su persona hacia la mesa, sobre la que estaban la botella de ginebra medio vacía, una licorera de agua y un plato de pan de jengibre. Red, mientras lo seguía con la mirada, recordó con triste viveza cómo Sally y él habían jugado a un divertido juego de mesa de la escuela londinense con esos panecillos de jengibre, haciendo juntos una carrera para ver cuántos podían tragar mientras el pequeño minuterero de su reloj daba vueltas en círculo.

–¡Toller! –gritó–. ¿De qué demonios estás hablando?

El individuo conocido como Codfin dio unas palmaditas en el tapón de la botella con la palma de una de sus manos. Luego lanzó una mirada larga, silenciosa y de soslayo a Red con sus ojos azules, sin párpados y lacrimosos. Dijo lentamente: –No se ponga gruñón conmigo, señor. No soy un tipo listo como usted, pero puedo buscar palabras maravillosas y largas en el *dick–shone–ary*, sí que puedo. En las bibliotecas públicas me conocen bien. ¡Una persona no tiene que escribir ningún papel para sacar el *dick–shone–ary* de la estantería!

–¡Toller! –espetó Red de nuevo–. ¿De qué diablos estás hablando?

–¡*Tirry-aniseed!*⁷⁴, es la palabra que pronunciaste, tan libre y fuerte, cuando pronunciaste ese discurso tan elegante sobre la lamida, señor. ¡Y me asombró ver esa misma palabra tan elegante escrita en el *dick–shone–ary*! *Tirry-aniseed* es esa palabra larga, y significa una dulce y sabrosa matanza de aquel que vive del sudor de los pobres.

–¡Toller! –jadeó Red, alarmado y horrorizado–. ¡Ya lo has dicho! ¡Ya lo has dicho! ¡Cierra la maldita boca y vete al diablo con tus estupideces! La gente puede maldecir a estos malditos capitalistas en sus discursos, pero la gente a la que le gustan las barras de hierro son asesinos, eso es lo que son,

74 Juego de palabras con tiranicidio y Tirry anisado.

por supuesto, asesinos de pura cepa; y la gente que piensa esas cosas es un complejo de asesinos; y te digo, Toller, que no quiero oír ni una palabra más de esto de tu maldita boca. ¡Llamaré a la señora ahora mismo y veré qué dice a tus tonterías! Sí, lo haré. ¡La llamaré ahora mismo! –Se dirigió hacia la puerta mientras hablaba, pero en lugar de mostrar la menor alarma ante su amenaza, el señor Toller, con una sangre fría espantosa, comenzó deliberadamente a descorchar la botella y a servirse un vaso de ginebra pura.

La mano de Red estaba en el picaporte de la puerta cuando se dio la vuelta y contempló aquel escandaloso espectáculo. Su rostro se contraía convulsivamente mientras permanecía allí de pie; la mezcla de miedo y furia que había en su corazón casi lo ahogaba.

–¡Deja esa cosa! –balbuceó, pero en lugar de abrir la puerta, se encontró apretándola con una especie de violencia culpable. En un instante se vio en el banquillo de los acusados en Taunton, acusado de planear el asesinato de Philip Crow a manos de este demonio baboso. Pero Finn Toller volvió a poner el corcho en la botella con calma y tranquilidad.

–Entonces, creo que una barra de hierro es lo mejor –repitió–. ¡Pensé que un hombre como usted, señor, no diría menos! No podría hacerlo ni con un cuchillo ni con una bala. ¡Una de esas barras de hierro es lo mejor para cualquiera que sienta en su mente, como usted y yo, el dulce aroma del anís!

Red miró más allá de ese rostro lleno de pecas y marcas de viruela, en el que los débiles ojos azules estaban bañados por una lágrima acuosa, y contempló con tristeza el pan de jengibre que había sobre la mesa. ¡Qué tonta era la gente, pensó, al no disfrutar, con una gratitud del destino que no dejaba lugar a dudas, de cada minuto de felicidad respetable e inocente que no implicaba el peligro de la cárcel o de la soga!

Su momento de suprema miseria llegó a su fin con el sonido celestial de la puerta principal al abrirse y la voz del dueño de la posada St. Michael's Inn, que se alzaba en un tono jovial y cordial. Nunca había sido más bienvenida la voz de un anciano caballero.

Cuando Red abrió la puerta, tan vivida había sido su inmersión en el crimen, la condena, las ropas de presidiario, la recolección de estopa, los celadores, los carceleros, los capellanes, los verdugos, las gorras negras, las gotas y la cal quemada, que juró que nunca más en toda su vida volvería a introducir en un discurso la palabra "tiranicidio". Cuando Finn Toller se escabulló ahora, al amparo de los animados elogios a la "señorita Jones" que brotaban de los labios del viejo fanfarrón, Red sintió que nunca más, tampoco, volvería a alardear de heroico derramamiento de sangre ante su admirada Sally. Había vislumbrado de tal manera al monstruo, mientras observaba cómo la nuez de Adán en la garganta del señor Toller subía y bajaba mientras bebía la ginebra, que pensó, mientras se sometía a los chistes del

anciano caballero: «¡Será mejor que escuche esas cosas de antaño hasta el cansancio, en lugar de tener en la boca el horrible nudo que tenía en ese momento!».

–Bueno, si te avergüenzas de ti mismo, ¡deberías hacerlo!
–pronunció Solly Lew enfáticamente mientras despedía a su protegido por la parte trasera de los viejos establos y el nuevo garaje.

–No les hemos hecho ningún daño, ni ellos nos han hecho ningún daño –protestó Toller con voz aduladora–. El ron que me diste fue maravilloso, señor Lew, y si Dios quiere, te lo devolveré cuando llegue la Navidad. Buenas noches, señor Lew. No se moleste en venir. Parece que hace una noche de viento, pero no hay señales de lluvia. Nunca me gustan estas noches ventosas, señor Lew. Alteran la mente de las personas. Sí, ya sé cómo hacerlo, muchas gracias, Dios mío.

Volvió a entrar en la casa, pero el señor Toller no se apresuró a marcharse de la escena. Llevaba mucho tiempo practicando en Glastonbury ciertos métodos de robo pacientes, tranquilos y humildes; un robo tan modesto, tan poco pretencioso, tan fácil de satisfacer, que sólo lo habían pillado una vez, y como fue Bloody Johnny quien lo pilló comiendo salchichas crudas en su despensa una noche de noviembre, Codfin escapó incluso en esa ocasión con una reprimenda excéntrica.

Se dedicó entonces a inspeccionar la parte trasera del

albergue de St. Michael. Hacía tiempo que deseaba averiguar exactamente cómo estaban las cosas en aquel establecimiento y esa noche se sentía de muy buen humor, pues había descubierto todo lo que quería y, al mismo tiempo, por un golpe de lo que en su mente consideraba pura superioridad personal, había reducido al capataz del alcalde (¡y ni él mismo sabía cómo lo había hecho!) a una posición de nerviosa subordinación.

Ahora se plantó bajo la protección de un gran ciruelo que crecía contra el viejo tejado del establo y, con la barba erizada, se puso a contemplar pensativo la parte trasera de la casa. No hay que suponer que todas las efusiones de sentimientos humanos que se arremolinaban en el viento del oeste desde tantas cabezas soñadoras (por no hablar de los dos observadores de las ventanas abiertas) no tuvieran efecto sobre la organización nerviosa del señor Toller, de ojos llorosos. Si Solly Lew o cualquier otro compañero de aventuras le hubiera preguntado cómo se sentía en ese momento, Codfin sin duda habría contestado: «Nunca me han gustado estas noches ventosas. Estas noches son turbulentas y zumbantes para mi cabeza».

Mientras sus débiles ojos recorrían lentamente los destartalados tejados, paredes y chimeneas que tenía ante sí, la figura de Toller se puso rígida de repente, como un animal nocturno consciente del peligro. Se dio cuenta de que una de las ventanas traseras de la estructura principal de la casa estaba abierta de par en par y que un rostro humano lo

observaba atentamente; y no sólo lo observaba, sino que le hacía señales para atraer su atención.

Ahora bien, el señor Toller, que no tenía ningún escrúpulo en utilizar barras de hierro y que no sentía el menor temor por el señor Sheperd, el viejo policía de Glastonbury, se había sentido desde su infancia intimidado y humildemente respetado por la personalidad de Mad Bet. Ahora reconocía que no había nada que hacer, salvo obedecer las órdenes de esa criatura. Reconocía, de hecho, con el mismo conocimiento instintivo que Red había demostrado en su propio caso, que cuando estaba en presencia de Mad Bet estaba en presencia de una naturaleza nacida para dominarlo.

La mujer le hacía señas para que subiera al tejado del establo y se acercara a su ventana, hazaña que, para una persona con un poco de agilidad, no era una tarea muy difícil.

Toller hizo una reverencia con la cabeza y una especie de saludo con las manos, como Simbad el Marino podría haber hecho en presencia de alguna abuela de los genios, y se dispuso a subir. El viento fue su principal problema en esta ascensión, pues el ciruelo le proporcionó una escalera al principio; y una vez en el tejado, en lo que respecta a la escalada propiamente dicha, todo fue fácil. Pero el viento dificultaba al hombre mantener el equilibrio; le hacía muy difícil avanzar. Se arrastraba hacia adelante sobre las rodillas lo mejor que podía; pero muchas veces se vio obligado a

tumbarse boca abajo y permanecer absolutamente inmóvil mientras la ráfaga de viento giraba sobre él.

¿En qué pensaba Codfin durante esos momentos mientras yacía sobre las frías baldosas de pizarra, en considerable peligro de caerse y rodar? Traducir sus pensamientos al lenguaje corriente haría que se perdiera su sabor, su sal, su fino filo; pero el sentido de ellos era sin duda algo como esto: “Me alegraré cuando Mad Bet me deje ir. Mad Bet tiene un mensaje para mí. El mensaje de Mad Bet es para un hombre con el que está enamorada. No me importaría, como a algunos les importaría, que Mad Bet se enamorara de mí. Una mujer es una mujer; y cuando una mujer me sonrío, se le pone la cara, toda suave y dulce, aunque sea tan fea como el pecado”.

Tales, en una torpe y abreviada escritura, eran algunos de los pensamientos de Codfin mientras avanzaba lentamente sobre el techo del establo, recostándose cuando las ráfagas eran peores y arrastrándose hacia adelante cuando amainaban.

Según la sabia, aunque un tanto trágica, filosofía del doctor Fell, los pensamientos de este canalla de los guisos de Beckery eran tan importantes, en el conjunto de los hechos, aquella noche del diez de diciembre, como los sueños del párroco Dekker o del propio alcalde. Pero hay que recordar también que, según la filosofía del doctor Fell, había una profunda importancia, quizá sólo un poco menos profunda,

en los sentimientos de una pulga desconcertada que el señor Toller se había llevado en su chaleco desde su alojamiento de Beckery.

“¡Sería tan dulce como el ron y el azúcar hacer que ese cabrón londinense se diera cuenta!” Tal podría ser una traducción aproximada de otro de los pensamientos del señor Toller mientras se encogía de miedo bajo las nubes que corrían y se arrancaba las uñas en los intersticios de las tejas de pizarra. Esas viejas tejas de pizarra, en el techo del establo de St. Michael, provenían de la misma parte del sur de Gales que este gran viento del oeste y ni ellas ni él parecían preparados para prestarse fácilmente a los procedimientos de Codfin, que luchaba por obedecer las órdenes de Mad Bet.

Pero por fin llegó a la ventana y, para su consternación, descubrió que ella tenía la intención de bajar al suelo en su compañía. Finn Toller no era hombre que se desentendiera de la situación, pero hay que confesar que, si hubiera quedado en él algún rastro de borrachera, esa orden de la loca (que fue dada con la más tranquila certeza de que sería obedecida) lo habría dejado mortalmente sobrio.

La mujer estaba bien vestida y abrigada para la aventura cuando finalmente la alcanzó. Eso era bueno. Otra cosa buena era que su sombrero estaba atado con fuertes y tensos cordones bajo su barbilla. Nunca habría podido bajarla con ese viento, aunque probablemente lo habría

intentado, si ella misma, con la astucia sobrenatural de los locos, no le hubiera dicho exactamente lo que tenía que hacer. Le mostró exactamente dónde podía encontrar una escalera y le dijo cómo podía fijar el extremo de esta escalera en el tubo de lluvia de plomo que sobresalía y colocarlo plano a lo largo del techo, proporcionando así un apoyo para sus rodillas en el viento y, cuando finalmente llegaron al canalón, una manera fácil de bajar.

Le llevó tanto tiempo hacer todos estos movimientos, especialmente cuando tenía a la mujer con él en el techo, que cuando logró bajar la escalera de forma segura del canalón de plomo y fijarla firmemente en la tierra para el descenso final, eran aproximadamente las tres en punto.

«¡Es un espíritu maestro, es un espíritu maestro!», pensó para sí mismo mientras miraba el chal agitado por el viento y el sombrero ondeante acurrucados al borde del canalón; aunque ni por asomo podía recordar de dónde había sacado la frase «espíritu maestro».

Ella le hizo volver a llevar la escalera cuando ella estaba en el suelo, al lugar donde la había encontrado. Entonces, por primera vez, le dijo lo que quería que hiciera.

Una hora más tarde, pero todavía muy lejos de la llegada del amanecer del invierno, Finn Toller se encontraba sentado en el interior de la Torre de San Miguel, en lo alto de Glastonbury Tor, frente a Mad Bet. El arquitecto londinense

del señor Geard había estado últimamente haciendo algunas reparaciones necesarias en el interior de la estructura y sólo por esa razón estos dos habían podido entrar. Habría estado totalmente a oscuras dentro de esa fortaleza de piedra del Dios de Mat Dekker si Betsy, que había hecho, durante la larga media hora en que su libertador luchaba contra el viento en el tejado de aquel establo, los astutos preparativos de una loca con una idea fija, no hubiera traído consigo dos o tres cabos de vela, extraídos de candelabros dejados por casualidad en su lugar de cautiverio temporal.

Finn Toller sacó cerillas de su bolsillo y procedió a encender una de aquellas velas, colocándola, con la ayuda de su propia cera, sobre un trozo de madera. La pequeña llama parpadeante pronto iluminó (pero no había ojos vivos, salvo los suyos, para contemplar la escena), no sólo el sombrero anticuado de Bet y el chal acolchado, sino también la barba desaliñada, el rostro pecoso y los ojos llorosos del vagabundo que estaba sentado frente a ella y que ahora prendía el cabo ennegrecido de una pipa de arcilla y se ponía a fumar, mientras apoyaba la espalda contra la pared oriental de su refugio cuadrado de piedra.

El aullido y el chillido del viento, mientras los dos estaban sentados allí, formaban un tumulto ensordecedor en sus oídos, de modo que era necesario que alzaran la voz a un tono sobrenatural para que su significado fuera audible. Tan inocentemente pagano era Finn Toller que cuando Bet le gritó: “¡Los muros del Arcángel sean fuertes contra los

demonios!” , él tuvo la idea, bajo su cabeza rubia, de que Bet se estaba refiriendo a su espíritu familiar con algún apodo particular.

Pero Bet tenía razón. Los poderes del aire de Gwyn–ap–Nud estaban sin duda en plena acción esa noche, y las grandes alas de Michael necesitaban ser realmente fuertes para alejar de Glastonbury a estas huestes que se acercaban.

–¿Por qué el alcalde Geard no construye la Iglesia del Arcángel? –gritó la mujer–, ¿en lugar de sumergir los cuerpos de la gente en este pozo mundial?

Mad Bet le había planteado esta vez un enigma insoluble a su salvador. Mat Dekker habría entrado en el espíritu de esa pregunta. Una y otra vez le había dicho a Sam: «No puede haber más de una docena de verdaderos cristianos en este lugar, muchacho; o en lugar de estas fantásticas representaciones estaría celebrando misa allí arriba en una gran iglesia nueva!».

Pero Finn Toller fumaba en silencio su pipa de arcilla. Su admiración ante su compañera era tan grande que había hecho lo que nunca antes había hecho en su vida: ¡pedirle permiso a una mujer para encender su pipa! Y Mad Bet le había dado permiso de una manera verdaderamente hierática. Pero fue diferente cuando ella le habló de reconstruir iglesias dedicadas a San Miguel. Un silencio

paciente, aunque no malhumorado, se apoderó de él entonces.

Finn Toller se quitó la gorra y apoyó la cabeza en la pared de piedra. No podía ver las estrellas en lo alto del gran embudo en el que estaban sentados, debido a ciertas vigas transversales que el arquitecto del alcalde había colocado a través de ese espacio oscuro y hueco. Sin embargo, en ese momento experimentó una de las mayores aproximaciones a la exaltación religiosa que había conocido desde que, siendo niño, lo llevaron a ver pasar al general Booth por la ciudad. Estar a solas con Mad Bet en lo alto de Glastonbury Tor era algo para recordar. Los robos y las barras de hierro eran nimiedades en comparación. Pero estar a solas con una mujer santa, como mentalmente llamaba a su compañera, no estaba destinado a estar exento de penalidades. Con cierta perturbación la vio inclinarse sobre la solitaria llama de su vela.

–¿Qué estás haciendo, Mad Bet? –preguntó nervioso, usando el epíteto Mad de la misma manera que Tossie hubiera usado la palabra lady Ship para dirigirse a Rachel.

La mujer estaba derritiendo uno de los cabos de la vela encendida. Después de reducir la cera a la suavidad deseada, procedió rápidamente a moldearla hasta darle la apariencia tosca de una figura humana.

“¡Thik be Aer!” , comentó ahora, levantando esa pulgada de cera distorsionada.

Luego, levantándose apresuradamente, murmuró un conjuro diabólico, completamente inaudible para el atónito Codfin, y procedió a pisotear la imagen que había hecho, moliendo la cera hasta convertirla en una masa informe de grasa de vela, barro y serrín, bajo sus pesados tacones. Mientras caminaba, comenzó a murmurar de nuevo; pero esta vez sus palabras fueron audibles para el atónito huérfano del barrio bajo de Beckery:

–¡Suciedad eras y suciedad serás! –gritó la loca con fiereza–. ¡Ya he acabado contigo, perra! ¡Suciedad eres ahora, te lo digo! ¡Suciedad eres; como eras antes de que él te recogiera! ¡Suciedad! ¡Suciedad! ¡Suciedad! –y el talón rechinante terminó su salvaje trabajo tan completamente que pronto no quedó nada de ese fragmento de cera pisoteada. Luego, con varias respiraciones jadeantes y prolongadas, Mad Bet volvió a sentarse.

–¿Puedes guardar un secreto, hombre? –le gritó al agitado señor Toller, cuyos ojos llorosos miraban ansiosos hacia la puerta de la torre.

Codfin pensaba que el espíritu de la mujer, a quien había oído invocar como «Arcángel», podía tomar forma palpable en cualquier momento. Ése fue el único momento de aquella larga y agitada noche en que el señor Toller experimentó una

verdadera conmoción, salvo la primera vez que vio a la mujer en la ventana.

–Seré una tumba para tus secretos, Mad Bet –observó ahora con voz resignada, mientras fumaba furiosamente su pipa, como si quisiera crear una pantalla de humo saludable entre él y lo sobrenatural.

–Si fuera *ella* la que tú viste, yo la pisotearía hasta convertirla en nada –continuó la loca–. En la Torre del Arcángel la pisoteé. ¡Mira! ¡Cómo chisporrotean y escupen las velas! Ya está hecho. ¡Fue *ella* a la que pisoteé! ¡Qué horror! ¡Cómo sopla el viento! Si fuera yo quien la pisoteara hasta convertirla en polvo. ¡Ahora será polvo y seguirá siendo polvo hasta el Juicio!

Los ojos del señor Toller se llenaron de lágrimas a causa del humo acre que aspiraba y exhalaba. Pensó que lo mejor era no responder a la perorata de su compañera. Tenía casi el mismo deseo de desvincularse de estos procedimientos que el pobre Red había tenido recientemente de desvincularse del “tirry–anis” y las barras de hierro.

"Si digo su nombre, Finn Toller, ¿mantendrás un silencio absoluto en lo más profundo de tu alma?"

El labio inferior del señor Toller colgaba hacia abajo y dos finos hilos de saliva, manchados de jugo de tabaco, goteaban sobre su sucia camisa y sobre su aún más sucio chaleco. La

pulga que había traído consigo de su choza de Beckery se acurrucó contra su esternón, y encontró mucho consuelo en los pelos de color pálido, que olían como los de un armiño muerto, que crecían en el pecho del hombre.

Pero él respondió, como diría Homero, “con todo su corazón”: “Lo que me digas, Mad Bet, está más oculto que las piedras que cuelgan de Wookey. La gente puede ver las piedras por seis peniques; pero ni por veinte libras te traicionaría, mujer... ¡No, ni por veinte veces veinte!”

Así tranquilizada, Mad Bet expresó libremente lo que pensaba.

–Ella es el equipaje, la hija del infierno de la prostitución, la que vive con la señorita Drew. Algunos dicen que está casada con uno; otros dicen que es su luz de amor. Pero, sea o no por eso, ella se va a la cama en Northload, todas las noches, los días de semana y los domingos. Se bendice a sí misma por vivir suave y cómoda con esa anciana durante el día, y aprecia muchísimo que la acuesten y la acaricien en la cama, cuando llega la noche. ¡Ay! ¡Pero le gusta estar desnuda ante la querida mano de ese hombre, noche tras noche, y tan elegantemente vestida con lindas ropas de cama! Sé que ella está sintiendo por mí lo mismo, señor Toller, y pienso y siento, cuando llega la noche, en cómo yace tan cómoda y cálida con él.

El cerebro masculino del señor Toller empezó a estar

totalmente confundido. Mad Bet hablaba de su enemiga con tanta simpatía y comprensión como si fuera su hija. Codfin podía entender que alguien le hiciera caer una barra de hierro sobre la cabeza a un minero rico, pero esa simpatía por los sentimientos de alguien a quien estaba reduciendo a polvo bajo sus pies era una sutileza de venganza que estaba fuera de su alcance.

–Conozco a esta muchacha –se contentó con decir–. Estuve en la hermosa casa de Missy Drew con Bob Rendle, de Ditchett Underleaze. No nos llevamos nada, porque Bob se asustaba cuando Lily Rogers hablaba en sueños; pero estuve arriba y abajo en esa hermosa casa.

Mad Bet se echó hacia atrás el sombrero de los domingos, con su ribete de nomeolvides, hasta que Toller pudo ver la blancura reluciente de su cráneo desnudo a la luz de la vela. Se movió inquieto bajo la mirada que ella ahora fijaba sobre él.

"Nunca he matado a una chica todavía, Mad Bet, y yo soy..."

Es probable que ningún esfuerzo de voluntad humana, realizado en todo Glastonbury esa noche, haya sido más heroico que el esfuerzo requerido por el Sr. Toller cuando completó este discurso: "¡Y soy demasiado viejo para comenzar ahora!"

Una vez tomada su posición, el señor Toller debió de sentir un deseo irresistible de calmar lo que suponía que sería la furia de la loca. Había sabido desde el principio que su obsesión actual era por Mary, pues desde la fiesta de Pascua de la madre Legge, la manía de Bet por John era uno de los principales temas de conversación en la taberna. Si Finn Toller tenía en su organización nerviosa algo parecido a lo que en el lenguaje popular se llama un «complejo», ese «complejo» consistía en la idea –casi, aunque no del todo, una ilusión completa– de que la gente continuamente quería sobornarlo para que cometiera algún asesinato.

¿Era el señor Toller un maniaco homicida? Cualquier respuesta superficial a esta pregunta sería engañosa. El carácter humano es mucho más complicado de lo que sugieren estos populares lemas científicos. En este caso, se necesitarían detalles exactos y muy circunstanciales. De hecho, al señor Toller le habría resultado mucho más difícil que a Penny Pitches o a Emma Sly matar una gallina. La crueldad con un niño le habría resultado más difícil a Toller que a nadie en Glastonbury, excepto quizás a la esposa de Harry Stickles o a Abel Twig, de Backwear Hut. Por otra parte, esconderse en los sillones con esa barra de hierro; acercarse sigilosamente a la espalda del señor Crow; partir, con un movimiento horizontal de sus brazos desnutridos, el cráneo normando de Philip; golpear ese cráneo inconsciente hasta convertirlo en pulpa martillándolo después con la barra de hierro; estos procedimientos sin duda habrían estado

acompañados de un voluptuoso resplandor de intensa sensualidad.

Tal vez la visión estrictamente correcta de la naturaleza del señor Toller era que era un “maníaco homicida” sólo en lo que respecta al asesinato del personaje más poderoso de su entorno inmediato. Pero es dudoso que las definiciones de tiranicidio, dadas en el diccionario de la biblioteca pública, incluyeran el elemento de sensualidad voluptuosa en el asesinato de tiranos. Para captar la vibración de este elemento, el señor Toller tendría que haber buscado otras palabras más modernas; palabras que, es bastante seguro, le habrían resultado totalmente ininteligibles.

–A las seis, Solly Lew, ¿abre? –comentó Betsy, mientras se bajaba el sombrero para colocarlo en una posición respetable–. Creo que son casi las cinco, señor Toller. ¡Será mejor que nos pongamos en marcha!

Mientras hablaba, se puso de pie y sofocó la vela que se apagaba, dejándolos sin más luz que la que descendía del firmamento sacudido por el viento y salpicado de nubes. Esta extinción de esa pequeña pirámide amarilla de fuego adquirió un significado grandioso por la manera austera y deliberada en que lo hizo. Era como si se estuviera lavando las manos de hechicera en esa pequeña llama; lavándolas para que no tuvieran que volver a asociarse con un “tiranicida” tan cobarde como Finn Toller.

Así, cuando salieron de la Torre de San Miguel y comenzaron a descender el Tor, sin haber pronunciado una sola palabra definida, Mad Bet permitió que Finn Toller se sintiera como un traidor cobarde, afeminado, poco fiable y poco digno de confianza.

¡Fue una triste prueba de lo despiadado que es Eros como tirano que Mad Bet descendiera de Tor Hill sin dirigir una sola palabra de agradecimiento a su devoto sirviente! Los Vigilantes invisibles de aquella Divina Comedia de Glastonbury debieron reconocer algo curiosamente injusto en el hecho de que mientras la loca sentía esa pasión devoradora por John, Finn Toller no tenía ninguna obsesión cegadora, drogadicta y endurecedora con la que blindarse contra la desgracia. Su pálido rostro pecoso y su barba desaliñada se inclinaban juntos bajo aquellas estrellas ventosas, y sus brazos y piernas se movían como los de un autómatas mientras seguía con cansancio aquella cofia de nomeolvides y aquel chal ondeante.

Parecía un espantapájaros al que aquella loca criatura hechizada por el amor había obligado con sus encantamientos a seguirla hasta la cima de aquella colina. No se compadecía de sí mismo; no se decía a sí mismo: «¡La ingratitud de las mujeres es como la ingratitud del Archidemonio!». Sólo pensaba una y otra vez: «Quiere que mate a esa chica que vive con la vieja señorita Drew; pero yo nunca he matado a ninguna chica; y no voy a empezar a matar chicas, ¡no! ¡Ni siquiera por Mad Bet!

El más materialista de los seres humanos debe admitir que en ciertas épocas de la vida de cualquier lugar cargado de historia se levanta una agitación, un vapor y un frenesí anormales entre los elementos o fuerzas invisibles que emanan del suelo.

Tal conmoción, tal danza aérea invisible estaba en su apogeo cuando este hombre y esta mujer descendieron la colina, entre las cinco y las seis, en aquel amanecer del once de diciembre.

De los pobres huesos del cementerio de la ciudad, en Wells Road –más allá de The Elms– se alzaban ciertas respuestas apenas perceptibles y apenas conmovidas a este viento taumatúrgico; pero si de estos huesos provenía un temblor tenue, mucho más se formaba en torno a la colina de Gwyn–ap–Nud un tumulto de reciprocidad subconsciente –para utilizar la gran palabra del poeta de Wessex– que se acumulaba a partir del polvo de huesos real y sacrosanto enterrado bajo las ruinas de la Abadía. El viento llegó a Glastonbury trayendo consigo plumas, paja, cáscaras y vapores de zanjas que había recogido de Meare Heath y Westhay Level, de Chilton–upon–Polden y Bawdrip, de las orillas del río Parrett, de Combwich y Stogursey Brook, de Chantry Kilve y Quantock's Head. Pero de Glastonbury sólo pudo llevarse, junto con otros jirones, cáscaras, paja y vapores de zanja, los sueños que eran las emanaciones más ligeras del lugar. Podía llevarse los sueños de Jimmy Rake y el señor Stilly, de Bartholomew Jones y Jackie Cole, del señor

Merry y de Emma Sly, de Solly Lew y de su hijo Steve; pero no los del alcalde de la ciudad ni los del vicario de la ciudad.

Pero aun así, la carga del viento del oeste, al salir de Glastonbury, era demasiado pesada, pues tenía que entrar por las ventanas abiertas del hospital y cargarse con los sueños del hijo de Nell Zoyland –un niño con los mismos rasgos de Sam Dekker, incluso en su curiosa barbilla– y también con los sueños de las niñas mellizas de Tossie, que eran de una lozanía tan increíble que se parecían a los robustos sueños de la hierba invernal que crecía en aquellos prados bajos donde el suegro del hombre de Evercreech guardaba su ganado de Jersey.

Crudos, burdos y generalizados son nuestros juicios psíquicos en comparación con las cuidadosas discriminaciones que utilizamos en química o física, para cualquier ojo escrupuloso entre los observadores sobrenaturales de Glastonbury habría quedado claro que el alma del pequeño de Nell ya estaba ávida de la más intensa, avasalladora e insaciable codicia de vida que existía en toda la ciudad, codicia que hacía que el egoísmo de Philip pareciera una distracción cortés y el odio innato de Red, el picor de una picadura de ortiga. También habría quedado claro que las gemelas de Tossie eran tan tranquilos, tan dulces, tan desinteresados, que era como si todo el humor de la propia Tossie se hubiera mezclado con la sabiduría del amante de Tossie y con la piedad de su prima Nance.

Al cargar con los sueños voraces del hijito de Nell, que lloraba en sueños porque la nodriza se negaba a despertar a su madre para que pudiera amamantarlo, y con los sentimientos vegetativos de las niñas de Tossie, que parecían perfectamente preparadas para dejar a su madre y disfrutar de cualquier alimento extraño en cualquier momento, el viento parecía necesitar un impulso mayor del que tenía para marchar hacia el noreste, hacia su lugar de descanso en la llanura de Salisbury. Se debilitó un poco cuando llegó a West Pennard. Soltó algunas de sus diminutas esporas de musgo, sus infinitesimales escamas de liquen, sus olores a hongos, su polvo de roble y manzana, su polen estéril de helecho, sus volutas de pelusa de los vientres de las aves silvestres de Sedgemoor, sus cáscaras plumosas de los juncos de Mark Moor, sus pungencias de algas saladas de la bahía de Bridgewater.

A lo largo de su trayectoria de vuelo hacia el este, dejó caer fragmentos y pedacitos de su carga. Algunos cayeron en Pylle, algunos en Evercreech, algunos en Wanstrow y Witham Friary, algunos en Great Bradley Wood, algunos en Long Leat Park. Algunos de los fragmentos que llevaba flotaron en todos esos pequeños pueblos llamados Deverill. En Kingston Deverill, en Monkton Deverill, en Hill Deverill y en Longbridge Deverill, pequeños fragmentos fueron arrojados al suelo.

El viento ganó más fuerza al llegar a Old Willoughby Hedge y Chapel Field Bam, pero dejó caer algo más de su carga en

Two Mile Down y aún más entre los antiguos pueblos británicos y los altos túmulos de las colinas que rodean Great Ridge y Stonehill Copse.

Por fin llegó a la llanura de Salisbury; y era bastante natural que entonces, en las horas más oscuras de aquella larga noche de diciembre, se debilitara y fallara.

De no ser por el señor Evans, en todo caso, habría habido algo significativo en que se difuminara y fracasara y encontrara el final de su viaje en el mismo lugar donde se depositaron esas "piedras extranjeras" que debieron haber seguido, en su misterioso transporte fuera de Gales, el mismo camino a través del corazón de Somerset.

Seguramente, el señor Evans habría opinado que, independientemente de lo que hubiera sucedido con los olores de las algas, las nieblas de los diques, las plumas de las aves silvestres, el polvo de roble y manzana y los vapores salobres de los pantanos, la parte más psíquica de la carga aérea de este viento se habría depositado en un solo lugar: en el mismo sitio donde los dos grandes monolitos "Sarsen" se han inclinado, durante siglos, y han caído postrados, sobre la piedra de "origen extranjero" que todavía es la Piedra del Altar de Stonehenge.

XXV. CONSPIRACIÓN

El matrimonio del señor Owen Evans y la señorita Cordelia Geard ya se había celebrado, y se habían instalado en una de las nuevas casitas del ayuntamiento de Old Wells Road inmediatamente después de este acontecimiento, pues Cordelia no era de las que presionaban al señor Evans para que se gastara sus ahorros en unas vacaciones justo en el momento en que Old Jones estaba llegando a un acuerdo sobre la sociedad en la tienda.

Así, fue sobre un fondo de setos al borde del camino y arbustos de jardín, despojándose, o siendo despojados, por el viento y la lluvia de su peligrosa y mórbida sombra, que estas dos personas singulares vivieron la experiencia de ser iniciadas en la identidad retenida de cada una.

En ninguna parte de las fértiles y frondosas regiones de

Somerset, tan densas en vegetación, el invierno se instala con más énfasis que en las regiones que rodean Glastonbury. Cuanto más espeso es el follaje, más ricos son los olores de la tierra, más azules los vapores con aroma a manzana, más crudo y desolado es el contraste. Entonces comienza una desnudez húmeda, fría y lamentable; y las tres colinas de Glastonbury lloran juntas como tres plañideras titánicas por Arturo, Merlín, Lancelot y Ginebra.

El señor Evans sintió que hasta el fin de sus días se vería obligado a asociar la llegada del invierno con las intensas reacciones nerviosas por las que estaba pasando en esta primera intimidad que había tenido con una mujer. Durante todo el mes de noviembre, mientras el hombre iba y venía de su pequeña casa en Wells Old Road, una calle que se encontraba al noroeste de Bove Town, a su tienda en High Street, la gradual pérdida de hojas de tantas ramitas, tallos, ramas y troncos coincidió con su intimidad cada vez más estrecha con Cordelia.

Para su sorpresa, se vio completamente libre de esos sobresaltos de repugnancia física y de aversión enfermiza que había estado esperando y que, en realidad, en su fantástico autocastigo, había asumido como la esencia de esta nueva aventura. La situación era, en verdad, muy curiosa; porque hasta el momento de ir a vivir con Cordelia, todo vestigio de sensualidad en su naturaleza había sido absorbido por su extraño y monstruoso vicio.

Ahora se produjo una reversión de esto y su tendencia sádica pasó a un segundo plano durante un tiempo. No lo abandonó su propia creencia de que podría, mediante algún contacto con el elemento milagroso de Glastonbury, verse obligado a dejarlo. Aún le quedaba la posibilidad de abandonarlo, pero el momento de hacerlo no había llegado todavía. Su experiencia espantosa y casi trágica en la representación del solsticio de verano no había tenido efecto curativo (y nunca pretendió ante sí mismo que lo hubiera tenido), pero poco a poco empezó a presentársele como un fenómeno extraño e inesperado: que en sus nuevas relaciones con Cordelia surgía, en la naturaleza esencial del caso, una situación que se prestaba a lo que podría llamarse un sadismo inofensivo y legítimo, un sadismo tan mitigado y difuso que era difícil disociarlo de una atracción delicada y tierna.

Para el señor Evans fue un asombro cada vez mayor descubrir el mundo de posibilidades exquisitas y emocionantes que crea la mera diferencia entre los sexos. ¡Fue una sorpresa para él descubrir las sutilezas de receptividad que existen en los nervios de una muchacha que está enamorada por primera vez en su vida!

Y precisamente en este punto la presencia de su perversión reprimida le resultó muy útil, pues aniquiló por completo cualquier posibilidad de esa cruda y carente de imaginación ansia de novedad que había llevado a Tom Barter a semejante baile.

Acostumbrado, como su amigo John Crow, a sacar de su imaginación sus emociones más perversas, el señor Evans descubrió que ese extraño y oscuro fondo marino de la autoconciencia femenina, cuyos flujos y reflujos ahora avanzaban y retrocedían a su alrededor, era un mundo tan lleno de oscuras tormentas inesperadas y de misteriosas calmas apacibles, causadas aparentemente por una palabra, una mirada, un gesto, que, en asociación con ello, era imposible sufrir ese tedio fulminante y ese horrible hastío de la vida que hasta entonces habían sido (por tomar ejemplo de Tom Chinnock) el Terre Gasteo particular de su destino. La tendencia de su mente también (tan imaginativa en su «pecado imperdonable» como lo era en sus fantasías de anticuario) le hizo a él y a Cordelia el indecible favor de volver totalmente irrelevante lo que generalmente se conoce como belleza en una mujer.

La naturaleza estaba en condiciones de suplir la belleza mediante su insistencia básica en el hecho de que esta criatura torpe e ingenua estaba, después de todo, dotada tanto de la forma como de las susceptibilidades de un ser femenino normal.

La sabia ironía de esos espíritus tutelares que no abandonan en nuestra necesidad ni siquiera a los peores de nosotros, destinó a Evans a encontrar su milagro de Glastonbury donde menos lo buscaba; pues la presencia del Grial en ese lugar tiene el efecto de cavar canales profundos para la vida amorosa de quienes tocan su suelo.

Todos los amantes que hayan visitado alguna vez el lugar sabrán inmediatamente lo que esto significa. Nadie se acerca a estas tres colinas de Glastonbury sin que se intensifique la excitación erótica de la que es capaz y sin que se profundicen los surcos de su deseo sublimado, según lo que le toque hacer.

Cordelia era una verdadera hija de Glastonbury, y la magia del lugar, como siempre explicaba el señor Evans en su estilo original, tenía el poder de actuar como un afrodisíaco de una fuerza mucho más potente que el famoso cardo marino de Chesil Beach.

El Grial de Glastonbury –y por eso Geard estaba totalmente justificado al convertirlo en el centro de su nuevo culto religioso–, precisamente por su asociación atemporal con la Primera Causa, tenía la peculiaridad de excitar a las almas humanas a concentrar su erotismo en un único objeto ideal, como Sam, por ejemplo, había hecho al convertirse en un amante medieval de su torturado Dios–Hombre; mientras que excitaba a otros, entre los que se encontraba John Crow, a concentrarse en un ser humano real.

En cuanto a Cordelia, había estado viviendo, durante todo ese ventoso noviembre, en un estado de excitación tan salvaje y desenfrenada que es dudoso que hubiera alguna mujer en Somersetshire durante todo el otoño tan ebria como ella con el pródigo icor de Eros.

El señor Evans ignoraba tanto las costumbres de las mujeres y estaba tan confundido por su nueva experiencia que no se daba cuenta de la extrema intensidad emocional que sus caricias despertaban en Cordelia ni de la frenética tumultuosidad de los sentimientos que sus caricias despertaban. La muchacha estaba embriagada de pasión. Nunca dejaba de llevar al señor Evans a la tienda. Nunca dejaba de pasar a buscarlo a la tienda. En todas las ocasiones posibles, cuando él tenía un día libre o cuando las tiendas estaban oficialmente cerradas, ella le hacía dar largos paseos en todas direcciones, pero principalmente hacia el este, lo que significaba empezar por Chalice Hill.

En esos paseos, ella se aferraba a su brazo y le soltaba al oído rapsodias abruptas, excitadas y, muy a menudo, poco coherentes. El amor en general era el tema de esos estallidos espasmódicos, más que cualquier elaboración de sus propios sentimientos; y el señor Evans no era de los que pasaban por alto su calidad poética. Sus palabras remaban y se agitaban; y luego vacilaban y se hundían. Se alejaban y se marchitaban, sólo para levantarse de nuevo, ascender, juntarse, avanzar a toda velocidad, hacia un nuevo clímax, para ser seguido a su vez por un nuevo hundimiento en el silencio exhausto.

Hubo un paseo en particular que el señor Evans jamás olvidó. Fue cuando estaban siguiendo un pequeño sendero entre Havyatt Gap y West Pennard cuando la elocuencia de la muchacha alcanzó el clímax que tanto le impresionó. Era un día lluvioso, ventoso y tormentoso, aunque la lluvia era

discontinua y las ráfagas intermitentes, pero cuando no llovía ni soplaba, caía sobre aquel paisaje desolado un frío y paralizado intervalo de quietud temblorosa, en medio del cual el señor Evans sintió que podía oír el batir de las alas de los pájaros de Rhiannon.

En ese particular paseo hacia Pennard, el señor Evans se dio cuenta de que había momentos en que su extraña compañera reunía en su rostro poco atractivo una grandeza espiritual que resultaba asombrosa. El rostro de Cordelia se prestaba al tiempo ventoso y lluvioso. Ella misma se había sentido un poco conmovida, así como sorprendida, por la manera en que, en esa huida al anochecer, sola, siete meses antes, a Two Oaks, había estado obsesionada por una sensación de poder dominante.

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde de aquel temprano día de diciembre cuando su sendero –una pequeña manada de ganado poco frecuentada que se dirigía a West Pennard– los condujo junto a un solitario abeto silvestre.

El áspero tronco de color marrón rojizo de este gran árbol estaba empapado por la lluvia en su lado occidental; y una lluvia de gotas caía sobre sus cabezas desde una gran rama que se extendía hacia el oeste como un gigantesco brazo extendido.

Cordelia llevaba una vieja gorra de tela del señor Evans, y

él mismo había salido con la cabeza descubierta, temeroso de no poder mantener en la cabeza, aquella tarde ventosa, su familiar sombrero hongo.

Así, cuando se detuvieron bajo el árbol cuyas ramas superiores gemían y crujían para saludarlos, el hombre descubrió que podía besar las mejillas húmedas y la boca fría de su mujer sin la interrupción burlona de que alguno de sus sombreros se cayera, algo que siempre sucedía con estos dos torpes.

–Nunca supe lo que era besar –dijo el señor Evans– antes de tenerte. Me gusta besarte al final de un día oscuro y bajo este abeto silvestre.

Sus rostros húmedos y fríos, la nariz informe de ella y la grotesca nariz ganchuda de él como la máscara de caricatura de un soldado romano, sus bocas grandes, contorsionadas, anormales, hechas, que podrían parecer, más para maldecir angustiadas a Dios que para el dulce trato de los amantes, ahora estaban apretadas salvajemente una contra la otra y, mientras se besaban, sonidos extraños salían de sus gargantas, que eran respondidos por los gemidos del árbol y por las gotas de lluvia cuando el viento lo sacudía.

Una serie de graznidos prolongados les alcanzaron ahora, mientras cuatro grajos negros con un leve chirrido y rechinar de sus enormes alas pasaban sobre el árbol, apuntando a la colonia de grajos sobre Mark Moor Court.

En algún lugar del seto sur del campo donde crecía el abeto silvestre, un viejo acebo crujía lastimeramente con el viento. Los viajeros no iniciados que se encontraran en ese lugar solitario habrían comentado casualmente: «¿Qué es eso que cruje allí en ese seto?». Pero cada uno de aquellos dos horribles cráneos con la angustiada distinción de la antigua casa de Rhys en sus rasgos pensó para sí: «¡Qué afortunado soy de ser feliz cuando a Dios le gusta hacer sufrir incluso a los árboles!».

En realidad, aunque ninguno de estos amantes humanos lo sabía, entre aquel abeto silvestre y aquel acebo antiguo existía desde hacía cien años una extraña atracción. Noche tras noche, desde los días en que el autor de Fausto yacía moribundo en Weimar y aquellos dos árboles embrionarios corrían el peligro de ser devorados por las larvas, se habían amado. La perturbación magnética de la atmósfera en aquel lugar, mientras la boca deformada del señor Evans se apretaba contra la boca deformada de la señora Evans, Cordelia era una agitación para el viejo árbol en el seto, de modo que en su crujido surgía ese lastimero anhelo del mundo vegetal que nos llega con más crudeza en invierno que en verano.

En verano, cuando el viento agita los árboles, se oye ese ruido impetuoso y creciente de las masas de follaje denso, un sonido que ahoga, en su murmullo ondulante, oceánico, las penas individuales de los árboles. Pero a través de este campo deshojado y sin hojas, estos dos árboles de hoja

perenne podrían alzarse el uno al otro sus voces infrahumanas y gritar su antiguo grito de vegetación, claro y fuerte; ese grito que siempre parece provenir de algún submundo del Ser, donde la tragedia se ve mitigada por una extraña aceptación inmortal que está más allá de la comprensión de los corazones atribulados de los hombres y las mujeres.

En esas tardes ventosas de principios de diciembre, cuando oscurece antes de que la gente se prepare para el té, se siente más profundamente la esencia simbólica de la lluvia. Y para que se manifiesten en su esencia, esas ráfagas de lluvia gris arrojadas oblicuamente sobre las colinas que se oscurecen, no deben caer en forma de un diluvio tropical constante. *Los torrentes* de lluvia destruyen la calidad y el significado de la lluvia. Deben ser gotas, muchas, muchas gotas; una infinidad de gotas, si se quiere; pero, aun así, innumerables gotas separadas, grises o marrones o gris blanquecinas, para que puedan conservar ese olor a lluvia, ese sabor a lluvia, ese secreto de lluvia que la separa del agua corriente.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato después de este abrazo, de pie bajo el abeto escocés, y el señor Evans pensó que la expresión que ahora veía en su perfil era una de las más extrañas y sorprendentes que había visto jamás en un rostro humano. Y no era de extrañar que se sintiera así, pues su rostro había captado ese misterioso secreto de la lluvia que muy pocos rostros y muy pocas imaginaciones

son capaces de captar. Pero el rostro de Cordelia lo había captado hoy, y lo había mantenido allí ahora con todos sus significados salvajes y lejanos.

Hay rostros hechos para la luz de la luna. Hay rostros creados para responder al viento. Hay rostros para desiertos arenosos, para playas solitarias, para cabos solitarios, para amaneceres brumosos, para medianoches heladas. El rostro de Cordelia estaba hecho para la lluvia.

No había en ella nada de lo que normalmente era bello, y sin embargo, en ese momento se convirtió en la encarnación viviente de todas aquellas largas horas en que la lluvia se había mezclado con sus más secretas esperanzas. Su rostro estaba cargado con la lluvia que había caído por los cristales de la Villa de Cardiff, crepúsculo tras crepúsculo, mientras sus pensamientos habían volado lejos; lejos sobre bosques húmedos, lejos sobre ríos crecidos hacia los muros de un castillo de un verde oscuro del que se imaginaba dueña o prisionera.

El sendero que seguían se acercaba a una pendiente pronunciada que conducía, entre bancos de barro desnudos y a lo largo de surcos de carros muy profundos, a un pequeño grupo de abetos en la cima de una colina considerablemente alta. Ambos conocían esa colina y ese grupo de abetos. En efecto, para el señor Evans ese lugar, que se encontraba a cierta distancia de Glastonbury, tenía un interés especial. Él mismo había encontrado un redil abandonado allí, en un

claro en el centro de ese pequeño bosque de abetos, un edificio rústico hecho enteramente de viejos bloques de piedra musgosa, pero sin techo ni ventanas.

El señor Evans y Cordelia habían hecho más de un descubrimiento interesante, noche tras noche, en los alrededores de Glastonbury; pero en lo que respecta a estas viejas piedras, que habían sido amontonadas tan toscamente aquí para formar un refugio para las ovejas, nuestro galés tenía una teoría que las convertía en el descubrimiento más interesante de todos. Sostenía firmemente la opinión (e incluso había convencido al señor Merry para que aceptara su punto de vista) de que estas piedras pertenecían originalmente a la pequeña capilla o ermita a la que Lancelot du Lac se retiró para morir, después de la desaparición de Arturo y después del retiro de Ginebra al convento de monjas de Amesbury.

Fue una larga y tediosa subida hasta ese pequeño grupo de abetos; el lugar no tenía ningún aspecto llamativo ni ninguna belleza particular, salvo ese redil en ruinas en el centro. Y sin embargo, mientras subían con dificultad la pendiente desnuda bajo la lluvia, el señor Evans le comentó a su novia:

–¿No te has dado cuenta, Cordy, de que a menudo es algún lugar pequeño e insignificante como este el que vuelve a tu mente con un significado repentino, en lugar de los lugares más famosos?

Todavía no estaba tan acostumbrada a que el señor Evans la llamara «Cordy» que no le pareció extraño oírlo ahora, mientras subían por aquella pequeña eminencia sin nombre y azotada por la lluvia. Los nombres son como la ropa para las chicas. El nombre Cordelia, especialmente cuando lo pronunciaba su padre, siempre le hacía sentir como si llevara su viejo y desgastado traje sastre y, debajo, su ropa interior de invierno sobre la piel; mientras que cuando oía al señor Evans llamarla «Cordy», se sentía como si llevara sus calzoncillos de algodón más finos. Desde que se había casado, había sido «Cordy» casi constantemente, a pesar de que ahora llevaba su ropa de invierno.

Como un árbol que había empezado a acumular musgo y líquenes antes de envejecer, había tanta tierra intacta en los ricos niveles de la naturaleza de esta muchacha, que los brotes verdes de la pasión se volvían más abundantes y exuberantes cada día.

Entre los árboles de Glastonbury que se desnudaban y esta nativa de Glastonbury, que se despojaba día a día de nuevas reservas de virginidad para el encanto de su amante, había un paralelo similar. Fue ante el viento del oeste que el follaje de Glastonbury cedió y cayó; y fue ante los movimientos intermitentes y racheados de los deseos erráticos del señor Evans que la castidad innata de Cordy se hundió. Ningún aspecto de su vida bajo esas nuevas tejas de ladrillo en forma de T de su pequeña casa, recién traídas de la fábrica de ladrillos local al norte de Bove Town, donde el ayuntamiento

las había comprado, dejó de estar asociado con su seducción gradual.

El hecho de que al galés le importara poco la belleza femenina, el hecho de que detrás de la concentración de su deseo no había nada más que la sublimación difusa de su extravío reprimido, hizo de la iniciación de esta muchacha en las excitaciones nerviosas de Eros un escenario de éxtasis oculto como, en esa época, no había igual en los alrededores de toda la ciudad.

Los dos descendientes de la Casa de Rhys se encontraban ya a mitad de camino de la subida de la colina, con las botas y las medias empapadas por los tallos húmedos de los helechos muertos.

La pendiente que ascendían se encontraba al norte de West Pennard, cuyas afueras ya habían pasado siguiendo el tortuoso camino del ganado. Entre la cima de esta colina, coronada por el grupo de abetos enanos y el redil en ruinas, y las orillas del río Whitelake, no había nada más que la accidentada extensión de tierra sin cultivar conocida como Hearty Moor.

Era, pues, uno de los lugares menos frecuentados que se podían encontrar a pocas millas de Glastonbury; y si se hubiera trazado un círculo alrededor de esa ciudad, ningún punto de su circunferencia, salvo quizás Crannel Moor, al oeste de Godney, habría estado más seguro contra la

invasión humana. Salvo algún pastorcillo ocasional que cuidaba un rebaño de ovejas de cara negra de Norwood Farm, nadie, ni siquiera en verano, venía nunca a ese lugar.

Así que, de repente, el señor Evans gritó:

–¡Hay una luz en el redil, Cordy! –su voz sonaba tan sobresaltada como si le hubiera informado de la presencia de una horca allí arriba con una figura colgando de ella. Una luz que arde de forma constante, cuando uno está convencido de que está a varios kilómetros de cualquier habitación humana, es algo que naturalmente hace latir el pulso de una persona.

–¿Es el pastor de Norwood? –jadeó Cordelia, tratando de seguir el ritmo de las largas zancadas de su compañero.

–¡Silencio! –respondió el señor Evans, acelerando aún más el paso.

Ella lo siguió en silencio y juntos avanzaron, subiendo la colina. El viento los azotaba con tanta fuerza mientras subían y la oscuridad se había acumulado a su alrededor tan de repente que Cordelia empezó a experimentar ese nerviosismo humano natural que la proximidad de una luz parpadeante en un lugar solitario puede provocar incluso en alguien que no suele estar sujeto a temores comunes.

Le susurró algo al oído a su compañero que el viento hizo inaudible.

–¡Silencio! –replicó de nuevo el señor Evans.

Ahora se hizo evidente que la luz que habían visto era más brillante que cualquier linterna de pastor concebible de la granja Norwood. Cordelia no pudo resistir la tentación de desobedecerlo y, por tercera vez durante su aproximación, habló.

–Alguien ha encendido un fuego –susurró–. ¡El fantasma de Lancelot! –añadió con una risa salvaje. Sus palabras y su risa desenfrenada se apoderaron de una parte de la conciencia del señor Evans y la llevaron, como un ganso salvaje con las plumas erizadas e indefensas, a cierta zona imaginaria en un antiguo paisaje de ensueño suyo, donde siempre colocaba esta capilla en ruinas de la vieja leyenda, rodeándola con los caballos melancólicos (sus largas crines sin cortar llenas de hojas muertas y sus colas enredadas con bardana barriendo la hierba húmeda), que se volvían viejos y más débiles año tras año, mientras sus amos rezaban, esperando contra toda esperanza, los penitentes sin armadura dentro de esos muros de piedra y los corceles sin armadura fuera, por el regreso del Rey perdido.

Afortunadamente, el silencio con el que se acercaban hizo que, tras haber alcanzado la cima de la pequeña colina, se abrieran paso sigilosamente a través del grupo de abetos, y el viento, que soplaba oblicuamente sobre sus perfiles, llevara esa risa histórica de Cordelia por el valle oscuro hacia Laverly, Pilton y Folly Wood.

El señor Evans se apoderó ahora de la mano fría de la muchacha y mientras la arrastraba tras él entre los abetos, guiado por la luz parpadeante del fuego y por el olor a piñas quemadas que ahora lo acompañaba, empezó a sentir, surgiendo dentro de él, un deleite infantil por la aventura que creía que su terrible obsesión había destruido para siempre.

Ahora oían voces dentro de los muros del redil de piedra y, a medida que avanzaban cautelosamente, ansiosos de ver quiénes hablaban sin que ellos los vieran, ambos reconocieron la voz áspera y aguda de Mad Bet. El señor Evans no conocía la otra voz, aunque podía decir que era la de un hombre; pero Cordelia, que era oriunda del pueblo, reconoció rápidamente quién era el compañero de la loca: el desprestigiado Finn Toller. Más tarde, cuando esa misma noche, ya en la cama, le dijo al señor Evans quién era, recibió una oscura sorpresa, como una advertencia premonitoria, cuando su marido mostró un interés inesperado por esa siniestra figura.

Fue a través de un hueco en la pared de piedra que vieron a esas dos personas, sentadas junto a ese fuego de ramas y helechos secos. No se atrevieron a acercarse lo suficiente para captar las palabras precisas de lo que decían, pero el aura psíquica de su conversación los alcanzó; y debe haber sido eso, aunque Cordelia no lo sospechara entonces, lo que explicó el deseo posterior del señor Evans de conocer a Codfin. Así como se dice que los dioses se conocen entre sí

bajo cualquier máscara, también aquellos cuyo extravío o perversión peculiar los separa del resto del mundo están dotados de un sexto sentido de reconocimiento.

El señor Evans, que retenía la mano de su novia en la suya y se daba cuenta de que lo que estaba sucediendo podía hacer que su temerario nerviosismo se viera afectado, la obligó a permanecer oculta. El ocultamiento era tan inadecuado para la hija mayor del señor Geard como cualquier papel que él pudiera haber elegido para ella; pero ella estaba demasiado feliz para ser otra cosa que dócil; y con los rostros rozados por una maleza de acianos, contemplaron a través de la pared rota aquel redil en ruinas, cuya mampostería, en cualquier caso, aunque no en su forma actual, había sido testigo de la muerte del más noble de los penitentes de Glastonbury.

El diálogo, del que sólo captaron las vibraciones psíquicas, pues los dos hablaban en voz baja, fue el siguiente: “Si no puedes hacérselo a ella, ¿quizás podrías hacérselo a él?”

Estas palabras de Mad Bet fueron una sorpresa para el señor Toller, pues se sentó erguido sobre su leño, cerca del fuego que estaban alimentando, y estiró los brazos hacia las llamas, apretando y soltando los dedos en el calor resplandeciente con tal nerviosismo que era evidente que estaba pensando en algo muy distinto del placer físico del calor. La desaliñada barba amarilla del hombre se movía en el humo de los leños chisporroteantes mientras volvía sus

ojos azules y acuosos hacia su compañera. Parpadeó miserablemente con sus párpados blancos bajo sus cejas sin pelo y una expresión de pánico e incluso de horror se dibujó en su rostro.

–Pero él es tu verdadero amor, ¿no es así? –dijo, con énfasis sorprendido y hablando muy gravemente–. ¿Quieres que yo me enamore, como dice el señor Robinson, de tu verdadero amor, Mad Bet?

La mujer permaneció en silencio; y sería difícil expresar con palabras los sentimientos que bullían y fermentaban en su corazón; pero después de un minuto o dos, volvió a hablar.

“Si él muriera, nunca volvería a dormir con él con un bonito camisón comprado a cambio de un carenado a Tim Wollop”.

Pero la filosofía del submundo de Glastonbury no podía dejar pasar este idealismo sin control.

–Pero tú tampoco dormirías nunca a su lado, Mad Bet. Él estaría tumbado en el suelo del cementerio y tú estarías chillando en la habitación de arriba del viejo John Chinnock.

Hubo una larga pausa en este punto durante la cual Finn Toller removi6 pensativamente las brasas ardientes con una mano mientras arrojaba sobre su corazón rojo expuesto un puñado de madera seca.

–¡Escucha, Finn Toller!

El rostro terso y pecoso del niño abandonado del asilo se compuso para recibir una especie de dolorosa sacudida. Mad Bet nunca abría los labios, pero provocaba en su devoto una especie de agitación nerviosa. Pero lejos de disminuir su servidumbre, este constante estado de temor psíquico en el que lo mantenía acentuaba su devoción. El miedo a ella lo mantenía en un fermento perpetuo de idolatría nerviosa.

–Escucha, Finn Toller, y respóndeme con cuidado, porque quiero que me cuentes la verdad. ¿Esa barra de hierro, que tú conoces, hará que mi joven sienta antes de morir? No quiero que sienta. Yo también lo sentiría si tuviera alguna angustia. No quiero que sea capaz de decir tanto como su parloteo, como lo llaman los papistas. Quiero que esté vivo y que piense en su perra; y al próximo tictac del reloj lo quiero todo negro; negro, burbujas sagradas y alma perdida.

Mad Bet llevaba un chal oscuro sobre su pobre cabeza calva y, mientras hablaba, se lo bajaba hasta los ojos, como si simbolizara la extinción final de la conciencia de su “joven”.

–Y cuando todo haya terminado –añadió desde debajo del velo–, y él esté enterrado a salvo bajo tierra, ¡hora tras hora iré a sentarme en su dulce tumba! Ella no estará allí, porque será en el cementerio de Wells New Road donde lo enterrarán; y eso será demasiado lejos para que ella pueda ir, ¡excepto los domingos y días festivos! Pero la vieja Bet comerá allí y hará guardia día y noche; y eso es porque es

necesario que alguien aleje a los demonios; y eso es porque a los demonios siempre les encanta un cadáver dulce; y eso es porque los cadáveres dulces, como el suyo, siempre huelen tan dulce como el heno recién cortado.

Si el señor Evans hubiera estado lo bastante cerca para ver el rostro de Finn Toller a la luz del fuego, se habría acordado de un famoso profesor de folklore, a cuyas clases solía asistir en una época. Cuando algún alumno le planteaba una pregunta más audaz de lo que correspondía al tema, este buen hombre fruncía el ceño, perplejo y confuso, y abría la boca hasta el límite.

Así se veía Finn Toller cuando Mad Bet le preguntó si su “joven” “sentiría” algo cuando esa barra de hierro le aplastara el cráneo.

–Si él lo sintiera, yo también lo sentiría, Finn Toller –repitió aquella figura agachada, bajándose tanto el chal sobre el rostro que las sílabas que emitía salían en un tono apagado.

El señor Toller siguió observando aquella cabeza envuelta. Le resultaba difícil saber si los ojos de la mujer lo escrutaban de cerca desde debajo de ella o si estaban cegados por los pliegues del chal. Pero la observaba atentamente, como un lobo domesticado podría observar a su amo ladrón antes de que se levantara para atacar una caravana de viajeros.

Desde el puesto de observación de Cordelia, la cabeza de

la loca, iluminada por aquellas llamas rojas, parecía una antigua imagen bíblica de la Bruja de Endor. Acucillada allí, en el suelo de aquella capilla en ruinas, podría haber sido una imagen de la Desesperación enfrentada a una imagen del Asesinato; la primera consciente de todas las implicaciones del hecho que discutían, la segunda envuelta en un aturdimiento sordo, estúpido y embrutecido de inquietud animal.

Descansando con la cabeza apoyada contra el arbusto de saúco que los protegía, tanto el señor Evans como Cordelia experimentaron muchas sensaciones extrañas cuando el humo de olor acre del fuego golpeó sus fosas nasales. Para reprimir sus sentimientos más oscuros, el señor Evans se dispuso a recordar cierto pasaje melancólico de Malory, cuyas palabras, tras una lectura constante, podía reproducir con su cadencia exacta. Mientras las ramas húmedas golpeaban su cabeza y el viento a través de las paredes en ruinas emitía un gemido sordo en sus oídos, repitió en voz baja:

“Desde entonces Sir Launcelot no comió más que poca carne y bebió hasta que murió. A partir de entonces enfermó cada vez más, se secó y se desvaneció. Ni el obispo ni ninguno de sus compañeros pudieron obligarlo a comer, y bebió poco, de modo que se había acortado un codo, de modo que la gente no pudo reconocerlo.

Por siempre, día y noche, rezaba, pero a veces dormitaba, con un sueño interrumpido; siempre se arrastraba sobre la tumba del rey Arturo y la reina Ginebra. Así que enfermó y se quedó en cama; y entonces mandó llamar al obispo, que estaba allí, el ermitaño y todos sus fieles compañeros... “Mis hermosos señores”, dijo Sir Launcelot, “tened presente que mi cuerpo se hundirá en la tierra, tengo más advertencias de las que ahora diré; por lo tanto, dadme mis ritos” ... Entonces hubo llanto y retorcimiento de manos; y el mayor duelo que hicieron jamás los hombres.

Pero mientras repetía estas palabras rítmicas con una parte de su mente y en esta tarea utilizaba todo el poder de su memoria, atravesó la parte no registrada de su conciencia una vaga percepción de que algo estaba sucediendo en ese fuego que avivaba su extravío reprimido. El señor Evans era clarividente en estas cosas y, aunque no oyó aquellas palabras asesinas pronunciadas, la impresión que produjo en el aire circundante la mención de la barra de hierro de Finn Toller fue tan fuerte que despertó en él emociones que no había sentido desde el Desfile. Y mientras el señor Evans luchaba por ahuyentar a su demonio recordando la muerte de Lancelot, la atención de su novia quedó hipnotizada por la extraordinaria figura de Mad Bet; y ella se repetía a sí misma:

“¡Si no hubiera llegado Owen, pronto me habría vuelto loca igual que ella!”

Había algo tan portentoso en aquella cabeza envuelta en el chal negro –como si la mujer se hubiera preparado para algún trágico acontecimiento y estuviera pronunciando palabras que solo podían pronunciarse desde un rostro envuelto– que la muchacha encontró un alivio al mirar los impactantes harapos de Finn Toller en comparación.

Pero ¿de qué hablaban? ¡Esos dos extraños personajes no se habían reunido en aquel lugar en ruinas por el mero placer de encontrarse! No por sus voces murmurantes, ni por sus gestos dramáticos, sino por una vibración en toda la atmósfera que los rodeaba, Cordelia, así como el señor Evans, percibieron, sin saber de qué se trataba, el repugnante olor de un crimen contra la vida humana.

Pero entonces se produjo una interrupción. Una gran lechuza mullida, un manojo galvanizado de suaves plumas y una alarma precipitada, despertada por el calor del fuego, de repente salió de su nido.

El animal se retiró por un largo rato tras uno de esos viejos muros y se alejó dando un grito sobre el saúco donde se escondían los dos curiosos. Al verlos allí, voló de lado con un sonido tan extraño que hizo que a Mad Bet se le arrebatara el chal de la cabeza. Apresuradamente, el señor Evans tiró de Cordelia hacia atrás y, siguiendo un instinto infantil que era natural en ambos, se retiraron a toda prisa entre los abetos y a un ritmo aún más rápido por la pendiente de la colina.

En realidad, no fue hasta que llegaron a su abeto escocés que él la dejó detenerse para tomar aliento; y entonces, cuando entre jadeos trabajosos trató de besarla como la había besado antes, la misma risa salvaje, histérica y caballuna brotó de sus labios. El sonido era inquietante, pero tuvo el efecto de calmar los nervios de quien lo profirió. Esta extraña pareja se parecía entre sí en la forma irrelevante y sin motivo en que ambos estaban acostumbrados a estallar de risa. –Esos dos estaban tramando alguna travesura, Owen –murmuró la muchacha. Pero el señor Evans se apresuró a desviarse de ese tema sombrío.

“El gran error de las guías turísticas”, dijo mientras se dirigían a casa, “es tratar a Glastonbury como un fragmento de la historia, en lugar de como algo que está haciendo historia. Tu padre tiene toda la razón. Lo importante es el futuro”.

Cordelia no respondió. Siempre que estaba cerca de perder el respeto por el señor Evans era en relación con las ideas de su padre. Mientras sentía el fresco viento de la noche soplar contra su rostro, y oía el crujido familiar de sus botas de cuero, y pensaba en el pastel que había preparado ayer para el té de hoy, y jugueteaba con el mango del bastón del señor Evans como si fuera la mejor opción después de sostener su mano, le parecía que ese deseo masculino de crear un futuro "importante" era una de las burlas más tristes de los valores humanos que existían en el mundo.

“Mantenednos vivos. Dadnos comida. Dadnos amor. Dadnos hijos. ¡Pero sacad de nuestra cintura y de nuestro cuello vuestros comunismos y capitalismo 'importantes'!”

Así le hubiera gustado a Cordelia expresarse si hubiera podido encontrar las palabras adecuadas. Habría sido una satisfacción gritar una vez en su vida a todo pulmón a su padre, a su marido, a Dave Spear: “Ustedes no son todos mucho más que bebés con su maldita política! Le hubiera gustado que John Crow también hubiera estado allí; y, si el momento lo hubiera permitido, le hubiera gustado que ese odioso desgraciado se hubiera enamorado de ella, sin medida, sin control, y hubiera intentado besarla, para que ella pudiera haberle abofeteado.

–Nuestro buen John dijo ayer algo que era muy cierto –continuó el señor Evans, conmovido por una telepatía inconsciente–. Dijo que muchas cosas materiales tenían ciertos trucos para organizarse en determinados momentos, como si todas participaran en el proceso de algún ritual secreto del que hemos perdido la pista. –¿Sabes lo que me gustaría hacer, Owen, cuando oigo a ese hombre hablar de esa manera?

Había un tono en su voz que el señor Evans llegó a conocer demasiado bien y tuvo el ingenio de permanecer en silencio.

–La he molestado –se dijo a sí mismo– al alejarla tan rápido de Mad Bet. Ella no sabe que he perdido el interés en Mad

Bet, ahora que ha dejado de torturarse y se está dando sus propios gustos. Después de todo, no estoy seguro de que ella sea la Mensajera del Grial. Cordy se parece más a la Mensajera del Grial que ella, pero hay un tono en sus voces que es muy similar.

No se daba cuenta en absoluto de que comparar seriamente a su esposa con aquella lamentable criatura tenía algo de monstruoso. Pero en la actitud del señor Evans hacia las mujeres había una obtusidad que resultaba casi espantosa. Ciertas almas humanas sufren la atrofia psíquica de una particular simpatía hacia el sexo opuesto. Perséfone Spear tenía una peculiaridad similar, sólo que en sentido inverso. Para Perséfone ningún hombre era digno de la más mínima consideración sutil. Para Percy los hombres eran como peces, cuyas branquias, aunque podían abrirse y cerrarse, no tenían sensibilidad.

El ánimo de Cordelia y del señor Evans se desplomó cuando llegaron a la hilera de tejados de tejas rojas que había en Bove Town. Esta depresión tenía algo que ver con una hilera dispersa de casitas de trabajadores, más nuevas incluso que las suyas (de hecho, no estaban del todo terminadas) que el ayuntamiento estaba construyendo para los trabajadores de su fábrica de souvenirs.

Pocas cosas son más desoladoras para ciertos estados de ánimo humanos que las casas nuevas deshabitadas. Además de esta causa de tristeza, el señor y la señora Evans estaban

exhaustos de su caminata y añorando su té, un refresco que, por la naturaleza de las cosas, no podía estar listo hasta al menos media hora después. Pero en el fondo, lo que los deprimía no eran las casas nuevas ni su ansia de té, sino la emanación que se extendía hacia ellos desde aquel redil en ruinas.

El salón y la cocina eran las únicas estancias de la planta baja del número cinco de Old Wells Road; y cuando abrió la puerta principal y entró en la casa, el señor Evans fue directamente al salón y se dejó caer en un gran y feo sillón morado que había allí. Mientras tanto, Cordelia se apresuró a entrar en la cocina y empezó a preparar el té antes incluso de quitarse el sombrero. De hecho, no fue hasta que hubo puesto la mesa, cortado el pan para las tostadas y sacado la mantequilla (comían todas las comidas en la cocina) que subió corriendo las escaleras para lavarse las manos.

El estado de ánimo inquieto que se había apoderado de ambos no desapareció de inmediato, ni siquiera después de haber estado dentro de sus paredes durante un cuarto de hora; y ésta era la primera vez en su breve experiencia en Old Wells Road que ocurría algo así. ¡Nunca antes el señor Evans había entrado en el salón de esa manera y se había dejado caer en el sillón que el señor Geard les había regalado sin ofrecerse a ayudar a su esposa a preparar la comida! El sillón era el más grande que el señor Wollop había tenido en oferta, y contrastaba extrañamente con el resto de los muebles de su pequeña casa, que ciertamente eran más

pintorescos que cómodos, ya que eran, de hecho, casi todas las cosas invendibles de la tienda del Número Dos que le había prestado su socio al señor Evans.

El sillón era de color violeta y de aspecto orgulloso, y tenía una franja de color lavanda alrededor de la base. Los dedos largos y nerviosos del señor Evans estaban tanteando inquietamente las borlas de esa franja. Había encendido el quemador de gas al entrar en esa habitación, que sólo estaba separada de la cocina por un estrecho pasillo, y ahora podía ver a través de la puerta abierta la sombra de Cordelia, proyectada por la lámpara de la cocina que estaba detrás de ella, parpadeando sobre el suelo de ese pasillo.

Las piernas del señor Evans estaban estiradas sobre la alfombra nueva; sus botas embarradas descansaban sobre sus tacones extendidos; mientras que la piel de sus tobillos, expuesta sobre sus calcetines negros con volantes, parecía curiosamente blanca e indefensa bajo la deslumbrante luz del gas. Su gran nariz aguileña colgaba inmóvil sobre su pecho y sus brazos colgaban a sus costados. Su rostro estaba pálido y no dejaba de chuparse las mejillas de una manera extraña que acentuaba la prominencia de sus pómulos. Sus pensamientos rondaban en torno a los tristes sucesos de los tiempos pasados que habían dejado a Launcelot du Lac pereciendo tan miserablemente en esa pequeña capilla, pero esos pensamientos eran afectados y el hombre no era ajeno a ello, por lo que sentía, más allá de cualquier explicación concreta, sobre ese diálogo en el redil.

«La muerte de Launcelot», se dijo, «fue una de las cosas más tristes que han sucedido en este mundo desdichado». Mientras seguía reflexionando sobre la decadencia de este alto y heroico amante y cómo había perdido un codo de su estatura entre aquellos monjes que azotaban la carne, sus ojos comenzaron a cerrarse, y esa clase particular de somnolencia que sobreviene a los seres humanos cuando la lastimosidad de todos los asuntos humanos los presiona fatigosamente, le cerraba los párpados.

Todas las mentes humanas, al desplazarse por la faz de la Tierra, están en contacto con un oscuro depósito de la basura psíquica de nuestra raza. Así como todos los pensamientos emocionantes y vibrantes que han animado a los organismos humanos sobreviven a la muerte de estos organismos, así también todos los pensamientos pesados, torpes, asesinos y desolados, en los que el libre albedrío, la fe y la felicidad perecen como mosquitos asfixiados, se enrollan en un torrente repugnante en un gran Malebolge⁷⁵ planetario invisible. Este Malebolge está siempre presente y cerca, un poco por debajo de la superficie, para todas nuestras mentes humanas; y sólo se necesitan ciertos sucesos, o ciertas disposiciones de la materia, para provocar que un efluvio odioso y devastador de su escoria superficial invada las arterias de nuestra conciencia.

75 Malebolge es parte del Octavo círculo del Infierno, la primera parte de la *Divina comedia* de Dante.

Aunque su ignorancia de lo que había sido esa conversación de rebaño impedía cualquier discusión al respecto entre ellos, un residuo de ello flotaba allí sobre el sillón púrpura y flotaba en esa pequeña cocina sobre la estufa, actuando como un invocador de esas aguas devastadoras de Malebolge y saturando el Número Cinco de Old Wells Road con ese mar enfermizo y amargo de aborrecimiento que los pensamientos humanos en su malicia y su debilidad han creado para su propio tormento.

Sin embargo, a mitad de la hora del té, ambos se sintieron más animados. La voluntad de olvidar, que los protegía, lamió con su lengua de hechicera todas aquellas emanaciones venenosas que brotaban de aquel Malebolge del inframundo. Esa voluntad de olvidar se movía arriba y abajo, como una hermosa lengua teñida de coral, mientras los vapores mágicos del té subían a sus cabezas, y muy pronto había lamido hasta el último rastro de aquellas aguas del infierno.

Su conversación se volvió excitada, emotiva, imaginativa, como solía ser a la hora del té; y fue con pesar que de repente oyeron el agudo tintineo del timbre de la puerta por encima de sus cabezas.

Ambos se levantaron y entraron al mismo tiempo en el pequeño pasillo. Le tocó a Cordelia abrir la puerta y dejó entrar, uno por uno, a Dave Spear, Paul Trent y Red Robinson. Todos los visitantes confesaron abiertamente que

habían tomado el té en el pueblo. Incluso mencionaron el salón de té, que no era ni el peor ni el mejor disponible, pues era el pequeño local regentado por la señora Jones, la madre de Sally y Jackie y hermana del socio del señor Evans.

Cordelia hizo todo lo posible por encontrar asientos en el salón para todos. Consiguió que Red se sentara en la silla violeta, con Paul Trent en equilibrio sobre el brazo; y mientras ella y su marido se apoyaban, lo mejor que podían, en las destartaladas antigüedades del Número Dos, Dave se sentó en una silla de cocina que él mismo había traído.

Este pequeño toque de entrometimiento por parte de Dave (ella no quería que ninguno de ellos estuviera en la cocina con las cosas del té por todas partes) tuvo un efecto instantáneo sobre los nervios de Cordelia que afectó toda su actitud hacia el asunto en el que se encontraban los tres hombres. Hasta el fin de sus días, Dave nunca aprendería la delicadeza y la caridad de no entrometerse.

“Las mujeres no deberían preocuparse por el aspecto de sus habitaciones”, habría dicho. “Las habitaciones son para que los seres humanos se sienten en ellas, protegidos del viento y la oscuridad, y discutan cómo mejorar el mundo”.

Los tres conspiradores, cuyo complot, ideado originalmente por Perséfone, se había convertido en un asunto trascendental y posiblemente incluso histórico, habían visitado tantas casas de Glastonbury en las últimas

semanas que habían llegado a utilizar una especie de método teatral para tratar con la gente. Este método había sido inventado por Paul Trent con un conocimiento completo de los personajes de Dave y Red; y lo que realmente significó fue que mientras él mismo explicaba las estadísticas del plan, dejaba a Red para que prendiera la dinamita revolucionaria y a Dave la austeridad profética. Era el flaco Casio de la conspiración; Dave el incorruptible Bruto; Red el vengativo Casca⁷⁶.

Pero, por supuesto, este método no era necesario en esta ocasión, porque los rumores, murmullos y maldiciones sobre el gran plan habían estado retumbando y tarareando en cada comida que Cordy y el señor Evans habían compartido recientemente en Villa Cardiff.

Pero tal era la notoria distracción del señor Evans que Paul Trent se sintió justificado en ser tan explícito con él como si nunca hubiera oído discutir el tema.

“En realidad, vinimos”, dijo, “sólo para decirles que todo avanza según el plan”.

–¿Padre ha decidido prestarle algo de dinero al consejo?
–preguntó Cordelia.

Paul Trent era demasiado diplomático como para no percibir a lo lejos el destello eléctrico de la oposición. Hizo

⁷⁶ Casio, Bruto y Casca, fueron tres de los asesinos de Julio César.

un movimiento felino en el brazo del gran sillón de Red, como si fuera un gato preparándose para la batalla.

“Todavía no hay nada decidido”, dijo. “Solo hemos estado discutiendo cosas”.

“¿Qué dice mamá?”

Por un segundo esta pregunta desconcertó al hombre de las Islas Sorlingas, porque lo empujó desde su mundo legal hacia su mundo filosófico.

“Estoy totalmente de acuerdo contigo en que los deseos de una esposa deben ser tenidos en cuenta y considerados a la hora de hacer una gran inversión, pero... me temo que... en este caso...”.

–¿Quieres decir que no está de acuerdo? –dijo Cordelia–. Y tampoco me sorprende –continuó la muchacha–. Hasta ahora no ha sacado el menor provecho del dinero del canónigo Crow... ¡y ahora todo va a ser tirado a la basura!

Paul Trent se inclinó hacia delante con un rubor en sus mejillas morenas y una contracción de sus cejas arqueadas.

–¡No lo tiraremos, señora! –murmuró suavemente–. ¡No lo tiraremos! Seguirá siendo, con diferencia, el hombre más rico de Glastonbury.

Cordelia lanzó una risa espasmódica, una risa que hizo que el señor Evans le dirigiera una mirada grave y ansiosa.

–Tu padre –intervino Dave–, y tu madre lo sabe perfectamente bien, nunca tocaría un centavo de su fortuna por nada que no fuera el bien de...

–Será el mayor accionista de nuestra comuna, señorita Cordy –observó Red Robinson–, y será el único que reciba dinero de todos los gaiteros.

“Nunca recuperó ni la mitad de lo que gastó en el certamen”, dijo Cordelia.

Al oír la palabra certámen, el señor Evans se estremeció involuntariamente. Pensó: “Con Cordy como mi mensajera del Grial, ¡ahora estoy en un mejor camino!”.

–La propia señorita Crummie me dijo –protestó Red– que los dos dólares y medio de interés que recibió del banco fueron los únicos que se gastó en esa tontería.

–Es verdad, señorita Cor... quiero decir, señora Evans –murmuró Dave, mirándola con asombro y perplejidad. (¿Por qué las mujeres, pensó, tienen instintos posesivos mucho más fuertes que los hombres?) –Y todo el mundo sabe –continuó, fijando sus ojos azules en ella– que siempre ha considerado el dinero del canónigo Crow como un fideicomiso para el bien común.

–¡Maldito sea el bien común! –gritó Cordelia con impaciencia–. ¡No entiendo qué tienen que ver ustedes con nuestro dinero! El rector de Northwold se lo dejó a papá sin la menor restricción. Se lo dejó porque era su mejor amigo. Toda su familia lo había abandonado. Papá hizo de esos últimos diez años de su vida los más felices que jamás tuvo.

–¿De verdad van a ir hoy a Mark Court? –preguntó el señor Evans–. Nunca he visto a Lord P. ¿Le gusta su asombrosa casa antigua?

–Lo que vinimos a hacer oficialmente, Evans –dijo Paul Trent, pensando para sí mismo: «Haré de esta comuna el primer experimento anarquista real que se haya hecho jamás; y si ese imbécil moralizador de Spear es tan estúpido con los hombres como parece serlo con las mujeres, no tendré muchos problemas con él»– era decirte que si Lord P. nos cede los arrendamientos de su propiedad, tu tienda, junto con casi todas las tiendas de High Street, tendrán que tratar con nosotros y hacer su negocio de manera cooperativa en el futuro. Esto significará –continuó apresuradamente, notando un movimiento impaciente de Cordelia– que los comerciantes de Glastonbury pondrán en común sus ganancias. No todas sus ganancias, por supuesto –aquí lanzó una mirada de soslayo, felina, a Dave–, porque la idea general será tener tanta libertad personal completa como sea posible, pero sí la suficiente para permitir que la comuna se relacione como una unidad con el mundo exterior.

La atención del señor Evans había estado divagando por un tiempo y su rostro se había animado con una excitación infantil.

–Glastonbury –gritó, poniéndose de pie y empezando a caminar de un lado a otro por el pequeño salón a grandes zancadas–. ¡Glastonbury volverá a ser como era antes de que aquel diablo Tudor, y todos los galeses saben lo que eran los Tudor, arruinaran su independencia! Glastonbury volverá a ser una entidad viva. Extraerá de sus Tres Colinas una vida magnética lo suficientemente fuerte como para atraer a todo el mundo a su lado. Ocupará su lugar... –hizo una pausa–.

–Y miró con el ceño fruncido a Red, que fumaba su pipa en el sillón morado con una sonrisa irónica y maliciosa–. Esta puesta en común de los beneficios no es nada –continuó con un gesto de la mano–.

Todos debemos ganarnos la vida, por supuesto; pero no se trata de eso. Debemos liberarnos de los vándalos teutónicos como este Lord P., por supuesto; pero no se trata de eso. Debemos emplear a nuestros trabajadores, por supuesto, mejor que Philip Crow; pero no se trata de eso. ¡Lo importante es revivir la antigua vida de Glastonbury en sí; lo importante es revivir la antigua fe en Glastonbury en sí como una... Urbs Beata⁷⁷ a la que todos los... todos los que son...

⁷⁷ Ciudad bendita.

todos los que han sido... todos los, quiero decir, que se han puesto *fuera de los límites* pueden ser... pueden ser... purgados en sus mentes!

Su voz se había elevado con tanta vehemencia que cuando de repente se detuvo y se dejó caer en una de las sillas más inestables del Número Dos, de modo que su respaldo dorado se agrietó, todos lo miraron avergonzados.

En la sala reinaba un silencio nervioso. Dave pensó: «Es el sistema capitalista el que cría a estos excéntricos. Cuando todos los hombres sanos de Glastonbury trabajen en las tintorerías municipales, nadie tendrá tiempo de pensar si se han depurado la mente o no. Estos maniacos nerviosos son el resultado del parasitismo. ¡Nos ocuparemos de que este tipo trabaje con sus manos hasta que esté demasiado cansado para pensar en sus manías!».

Red Robinson miró a su alrededor buscando algo donde escupir, pero al no ver nada excepto la chimenea, que estaba demasiado lejos, tragó saliva de un trago y cruzó las piernas en la silla violeta.

–La cuestión, señor Cielo⁷⁸ –observó con gravedad–, no es si las aguas de Glastonbury pueden curar la viruela, sino si esos trabajadores pueden dejar las fábricas de mendigos.

⁷⁸ Robinson con su acento cockney, pronuncia Heavens (Cielo) en lugar de Evans.

–Mi padre me dice que usted es anarquista, señor Trent –dijo Cordelia, atacando con penetración femenina el punto débil de esta ambigua conspiración.

La vieja y cansada película de paciencia cultivada descendió sobre los ojos azules de Dave.

Red Robinson se puso de pie con dificultad, se acercó al pequeño fuego de carbón (el salón del número cinco de Old Wells Road estaba decididamente frío), escupió enojado y regresó a su silla.

–Él no sabe nada de “hanarquía”, excepto el nombre –dijo bruscamente Red–, ¡ni nadie más! ¡Es una maldita fantasía de quienes nunca han hecho un solo trabajo en sus malditas vidas!

–El señor Trent es nuestro abogado, Red –dijo Dave en voz baja–. Si es lo bastante listo para obligar a Lord P. a vender esos arrendamientos, al menos debemos llegar a un pequeño acuerdo en lo que respecta a nuestra comuna.

Pero Paul Trent se había vuelto hacia Cordelia y estaba esperando una oportunidad para hablar.

–La verdadera anarquía –empezó, con la voz más acariciadora y seductora, como si fuera un joven comerciante de seda de Bagdad que exhibe sus mercancías en un lujoso harén– nunca se ha puesto en práctica. El señor Robinson cree que es un simple cuento de hadas, pero si el

ayuntamiento de su ciudad alquila las tiendas de High Street y se hace cargo de las tintorerías y da a la población la oportunidad de concretar las pocas normas que...

–¿Normas? –gritó Red con desdén–. Ha estado suspirando porque todos nos divertiremos y haremos lo que queramos; ¡y ahora está hablando de normas!

Cordelia, que había comenzado a regodearse por el efecto de su manzana de la discordia, observó con asombro el movimiento de autocontrol con el que el hombre de las Islas Sorlingas le dio una palmadita en el hombro a Red y se unió a la risa contra sí mismo.

«Si puede hacer *eso*», pensó, «será rival para Lord P. y reducirá al viejo Beere a la nada».

“No puedo... pensar”, dijo el señor Evans con gravedad, hablando lenta y enfáticamente y evidentemente sopesando sus palabras, “que una comuna anarquista en Glastonbury sea una... posibilidad práctica”.

–Disculpe, señor Evans –dijo Paul Trent–, pero quizá acaba de hablar... sin... darse cuenta... del todo... de lo peligroso que es... enfrentarse a un hombre de las Scillies (Sorlingas).

El rostro arrugado del señor Evans se iluminó con una sonrisa profundamente hundida y se levantó de su silla crujiente, cruzó la habitación y estrechó vigorosamente la mano del anarquista.

–¿Así que también lees a los autores? –exclamó–. ¡Nunca lo supe! ¡Nunca lo supe! ¡Piénsalo! ¡Y nunca lo supe!

Cuando el señor Evans hablaba de “los autores”, siempre se refería a un grupo de autores, es decir, a aquellos que se ocupaban de la mitología y la superstición címricas. Soltó la mano del joven abogado y se volvió hacia su esposa.

–Cordelia –dijo–, ¡puedes recordar mis palabras de que Lord P. les venderá sus tierras! El señor Trent lee a los autores. El señor Trent sabe que fue en las Sorlingas donde el más antiguo de los dioses, el propio Cronos, estuvo preso. El señor Trent sabe que desde ese día es peligroso interferir con un hombre de las Scillies que se ha propuesto algo.

–No le crea ni una palabra, señor, no le crea –dijo Red–, de todas esas mentiras y tonterías en las que se basa. ¡Cree que todo es cosa mía!

Red miró con malicia al señor Evans. Se refería, evidentemente, a Paul Trent, quien una vez más sorprendió a Cordelia por su autocontrol.

–Bueno –dijo–, si nuestro anfitrión no puede creer en mi filosofía y yo no puedo seguir *su* poesía, ¡podemos estar de acuerdo de todos modos en disfrutar de su humor, señor Robinson!

–No sé si se da cuenta, señora Evans –dijo Dave Spear–, de que su padre ha decidido posponer la inauguración de su

arco de Chalice Hill hasta finales de enero, cuando esperamos tener una proclamación ceremoniosa de la comuna de Glastonbury.

Pero en su corazón, mientras hablaba, Dave pensó: "Como el único aspecto de este asunto de la menor importancia histórica será su avance hacia el comunismo en Inglaterra, debo asegurarme de que la *Gazette* no diga nada sobre el absurdo anarquismo de Trent". Suspiró profundamente. ¡Habría sido mucho más fácil para él entrenarse, marchar, mantener el paso y practicar el tiro con rifle que hacer todas esas conspiraciones! Pero la causa lo exigía. Su desagrado por ello era parte de esa mentalidad burguesa que había en él y que debía superar.

–Mire, señora Evans –interrumpió Paul Trent con voz suave y acariciadora–, esta comuna nuestra será una aventura muy inofensiva. No tenemos intención de hacer que el gobierno se nos venga encima; y el hecho de que su padre sea naturalmente el espíritu que dirige todo esto mantendrá la política en un segundo plano. Su interés en ella es enteramente... *religioso*... ¡si puedo usar la palabra! Nuestro amigo Spear, aquí, piensa en ella como un anuncio del comunismo. Yo soy aún más modesto. La considero como un pequeño y tranquilo experimento de la filosofía anarquista. El señor Robinson, cuya influencia sobre el elemento obrero de nuestra ciudad es tan grande, es menos doctrinario en sus ideas. Estará contento si...

–¡Si eso hace que ese maldito Cuervo se dé cuenta, me comeré el maldito *phyz* del tipo!

Red añadió esta última observación casi pensativo, exhalando tal cantidad de humo que lo que Cordelia vio en su silla púrpura fue el torso de un artesano, con la cabeza cubierta por una nube.

–Es cierto lo que dice –observó Spear, y era evidente que los tres conspiradores, Dave–Brutus, Trent–Cassius y Robinson–Casca, dirigían sus observaciones a la hija del señor Geard y no a su marido–: nuestra comuna será un movimiento muy provisional y con muchas facetas. Ojalá –y en ese momento dio otro de sus cansados suspiros, y sus ojos azules adquirieron esa desesperanzada película de desilusión que tenía un patetismo tan curioso–, ojalá que su padre no estuviera *tan* absorto en sus ideas religiosas. Sería un gran poder, si tan sólo...

Cordelia se bajó el dobladillo embarrado de la falda hasta sus desgarrados tobillos y dejó que sus ojos abarcaran a los cuatro hombres en una mirada panorámica y bastante despectiva.

–¿Por qué no le hacéis despedir a ese tal John Crow? –espetó con dureza–. Es ese idiota el que lo insta a seguir adelante. Papá no es más que masilla en sus manos. Y él mismo no cree en nada. Juega con todos nosotros. ¡Lo conozco de cabo a rabo!

Los promotores de la comuna de Glastonbury examinaron a su anfitriona de la misma manera que una junta directiva podría haber examinado a su taquígrafa de oficina si ella de repente les hubiera dicho que su limpiador de ventanas era el verdadero peligro para la empresa.

Pero el señor Evans, que había regresado tranquilamente a su antiguo sillón tras descubrir que el abogado de las Scillies había leído “los autores”, interrumpió en ese momento.

–Mi mujer se ha encariñado con John –dijo con gravedad–, y por eso siempre lo castiga y lo ridiculiza.

–*Owen!* –El asombro de Cordelia ante este ataque inesperado fue tan grande que su boca se volvió tan redonda como la letra O del «Ora pro nobis» de un misal.

¡Es la señorita Crummie, no la señorita Cordy, la que se ha encariñado con el primo del Cuervo! –intervino Red–. Ella ha dividido su corazón entre el primo Crow y el joven señor Dekker. ¿No es cierto, señora *Heavens*? ¿Es ella y no usted la que se ha encariñado con el primo Crow?

La locura de la obsesión de Red contra Philip era tan extrema que se extendía a todos los miembros de la familia de Philip. En opinión de Red, la señorita Crow de Benedict Street, así como el señor y la señora Crow de Northload Street e incluso Persephone Spear, que en ese momento

vivía en Dickery Cantie's, no tenían personalidad propia. Eran primos del sanguijuela, y ese hecho los condenaba.

–¿Cuál es *su* opinión, Evans –dijo Dave Spear, ansioso por desviar la conversación del tema de estas peligrosas personalidades– sobre qué forma debería adoptar nuestra comuna, si realmente la ponemos en marcha en enero?

–Fue tu amada señora, ¿no es así? –interrumpió el incorregible cockney, dirigiéndose a Dave–, la primera en pensar en molestar al sanguijuela con esta comuna.

El señor Evans se frotó el costado de su gran nariz ganchuda con el pulgar izquierdo. Todos los presentes en la sala, excepto Red, que ahora, mientras volvía a su pipa, se dio cuenta de que sus pensamientos dejaban de lado a la familia Crow y evocaban la imagen más tranquilizadora de Sally Jones, fijaron sus ojos en el galés.

El ambiente en el pequeño salón era tan sofocante como frío. El viento racheado, que empezaba a sacudir la arquitectura no muy sólida de la calle Old Wells Road, parecía unirse al extraño mobiliario de aquella pequeña habitación para incitar al biógrafo de Merlín a pronunciar alguna palabra profética. En cualquier caso, en ese momento se produjo ese tipo de silencio elocuente al que están expuestos los grupos de seres humanos cuando sus pensamientos privados difieren tan completamente que evocan una especie de equilibrio negativo.

–Creo que no importará mucho –dijo el señor Evans con gravedad– la forma que adopte su comuna. Usted mismo –y miró a Dave con la boca llena de saliva– se opondrá a nuestro buen amigo –y señaló con la cabeza a Paul Trent–, y esa oposición hará que todo se vaya a la nada.

Sus palabras fueron las primeras que, durante todo ese largo rato, hicieron que Paul Trent, que había estado medio oculto en el humo de la pipa de Red, bajara de su asiento en el brazo del sillón. El anarquista de piel suave y tez femenina, con su ropa que le quedaba perfecta, se acercó a la chimenea, donde se paró sobre la alfombra y contempló al señor Evans con tierna indulgencia.

La mujer y los otros hombres –pues incluso Red parecía darse cuenta de que había algo extraño en el aire– observaban a los dos celtas con una leve inquietud, pues parecía como si aquellos aborígenes extrañamente diferentes de las islas occidentales se miraran el uno al otro, como si algo estuviera pasando entre ellos totalmente desconocido para las otras personas que estaban en la habitación.

–Sólo he leído –murmuró Paul Trent con una voz mucho más suave que la que utilizó para hablar de la comuna– libros *sobre* los autores.

Entonces, sin un momento de pausa, como si se tratara de un fragmento de algún ritual inmemorial del que ambos

tenían la clave mística, Paul Trent empezó a recitar, en una especie de grave canto melodioso, palabras que a Cordelia le parecieron una locura, a Dave una diablura y a Red un puro galimatías.

“El cautiverio de Gwair en Caer Sidi fue completo.
Atraídos hasta allí a través del emisario
de Pwyii ana Pryderi.
Antes de él nadie entró en ella,
En la pesada y oscura cadena que lo sujetaba...

En este punto Paul Trent se detuvo, pero sólo para dejar paso al señor Evans, que retomó el estribillo y le respondió con una especie de antífona que a sus oyentes les pareció una locura aún peor.

“El Jefe del Caldero de Annwn, ¿cómo es?
Un borde de perlas, tiene alrededor del cuello;
No hierve la comida del cobarde ni del perjuro.
La brillante espada de Llŵch fue levantada hacia él,
Y en manos de Lleminawc fue dejada,
Y delante de la puerta del infierno ardían lámparas;
“Solo siete regresamos de la fortaleza de los Perfectos”.

–¿Tú compusiste todo eso, Owen? –preguntó Cordelia.

–¡Por supuesto que no! –respondió Paul Trent, hablando en nombre del señor Evans–. Todo está en los libros sobre los *autores*. Ninguno de nosotros lo inventó. Rhys, Loomis...

todos lo citan. Es de un poema galés muy antiguo llamado «The Harryings of Annwn» y parece referirse...

Pero el señor Evans lo interrumpió.

–¡Obviamente se refiere –gritó– a ese antiguo Grial pagano, mucho más antiguo que el cristianismo, que redimió... y siempre redimirá... a todo aquel que lo entienda... de... de... de... de... del cautiverio de Gwair en Caer Sidi!

De pronto, estalló en un ataque de risa contenida que tuvo un efecto sumamente desconcertante en los oídos de sus oyentes. Evidentemente, el señor Evans estaba al borde de un ataque de risa desvergonzada y vociferante provocado por alguna visión interior que le pareció una monstruosa broma rabelesiana.

Siempre resulta desagradable que *una* persona de personalidad física muy dominante se eche a reír sin control. Hay algo de indecente en el espectáculo. Esta indecencia parece aumentar misteriosamente cuando los oyentes ignoran –como en este caso, sin duda, había una profunda ignorancia– la causa de la explosión.

Balanceando la cabeza y los hombros hacia atrás y hacia adelante, emitiendo las más extraordinarias risitas, al tiempo que se ponía muy rojo, dejó que esas lágrimas de risa le corrieran por las mejillas y cayeran sobre el chaleco sin

intentar ocultar en lo más mínimo su emoción. ¡Era como si de pronto se le hubiera permitido, por una dispensación especial de la Providencia, vislumbrar la monstruosa broma cósmica, abominable, heroica, megalómana, en la que se convertía toda la creación!

Cordelia se levantó de su asiento y, acercándose a él, le puso una mano en el hombro. Sintió como si su extraño compañero se hubiera convertido de repente en un médium para una enorme y estremecedora obscenidad sobrenatural que para ella era inescrutable. Miró ansiosamente a los demás para ver qué les parecía esta exhibición. Pero bajo su toque, el señor Evans se recuperó rápidamente y lo que tanto había agitado sus nervios femeninos les pareció un hecho bastante natural a los otros hombres.

El ataque de risa de su anfitrión evidentemente participaba de ese humor extramundano al que están sujetos todos los hombres y que sigue siendo un misterio de infantilismo para sus esposas e hijas.

Con preocupación irritable las convulsiones que se iban atenuando en el cuerpo demacrado de su pareja, se convirtieron en un símbolo de la inmemorial irritación femenina ante semejante arrebató masculino, cuando para un hombre, de repente, todo el cosmos aparece bajo la luz de una broma monstruosa. Las mujeres nunca se ríen de esa manera. Su risa es pura picardía y travesura sin adular, o surge del bienestar físico y es la felicidad etérea de las

inocentes burbujas terrosas de la materia o, finalmente, es histérica, como cuando Cordelia se rió como el relincho de un caballo.

Pero ella volvió tranquilamente a su asiento y el señor Evans remarcó con gravedad: «En este asunto suyo, caballeros, confieso que no soy político; lo que iba a decir era... cuando una persona toca...» –puso los ojos en blanco– «ese secreto básico de la vida, que nuestros bardos expresaron en poemas como *El arrebató de Annwn*... esos arreglos externos de la sociedad –capitalismo o comunismo– parecen poco importantes».

Dave Spear se puso de pie, se estiró, suspiró profundamente, cuadró los hombros y, con las manos entrelazadas tras la espalda, pronunció un intenso y bajo llamado, dirigido únicamente al señor Evans.

“Si pudieras ver a seres humanos *cavando*, como lo he hecho yo últimamente... allá arriba en Wookey... esforzando sus músculos y continuando... y si pudieras darte cuenta de que este mismo trabajo manual es necesario, todo el tiempo, para mantener en funcionamiento la maquinaria de nuestro sistema industrial... y que la gente que lo hace... de cuyo trabajo todos vivimos... la gente que *hace* las máquinas y quienes las *alimentan*... son robados por nosotros, los no trabajadores, de todo menos de su sustento, usted no querría, mi querido señor Evans, no *podría* hablar del comunismo como algo sin importancia. ¡Usted y yo, con

nuestra mentalidad burguesa, nos alejamos de él como nos alejamos de la esclavitud! Pero seguramente es más justo que todos seamos, abiertamente, *esclavos del Estado*, que por un truco malvado y astuto, y por nuestra charla hipócrita de que el trabajo intelectual es "más duro" que el trabajo manual, prolonguemos este crimen... hasta el pecado imperdonable."

Al oír las palabras «pecado imperdonable», el señor Evans, que lo había oído con gravedad, dio un respingo culpable y automáticamente miró de reojo al suelo, al lugar donde, si hubiera estado en la tienda, habría estado la escalera que conducía al sótano.

“No se puede tener ni comunismo ni anarquismo en una pequeña ciudad”, dijo. “Es todo el país el que debe participar en ello, o hay que dejarlo en paz. E incluso si fueras *dictador* de toda Inglaterra, Dave Spear, te digo que no es el dinero ni la posición en la vida lo que marca la diferencia entre la felicidad y la infelicidad. Es algo más... y cuando pienso en lo poco importantes que son todas estas cuestiones en comparación con... Podría... Podría...

Su rostro, que en ese momento era una mezcla de Don Quijote, el Diablo y Dean Swift⁷⁹, se llenó de ciertas arrugas profundas, evidencia de otro ataque de risa, que lo

⁷⁹ Jonathan Swift (1667 - 1745) fue un escritor anglo-irlandés que se convirtió en decano de la catedral de San Patricio de Dublín, de ahí su apodo común , "Decano (Dean) Swift".

desfiguraron considerablemente, mientras él controlaba y evitaba el estallido.

Paul Trent ahora miró su reloj.

–¡Bien, caballeros! –dijo–, he decidido que, después de todo, quiero que ustedes dos vengan conmigo a Mark Moor Court esta noche. ¡Solo rezo para que no encontremos a Will Zoyland encerrado con su padre! Me temo que si Will nos sigue la pista en este momento, arruinaría todo el asunto. ¡Qué suerte que esté en Wookey!

Tan pronto como los visitantes se fueron, Cordelia le dijo apresuradamente a su esposo: "Será mejor que salgas a dar un paseo ahora, ¿no crees?, mientras yo hago mis cosas".

–¿Qué dijiste? –murmuró el señor Evans, empujando el respaldo de la silla violeta *para* acercarla al fuego.

–Será mejor que salgas y termines tu paseo vespertino mientras me lavo –repitió Cordelia.

El señor Evans la miró sin comprender. El movimiento natural de cualquier pareja, en su propia casa, cuando un grupo de visitantes se ha ido, es acercarse a la chimenea con una explosión de alivio y comenzar un análisis crítico de la velada. Esto era claramente lo que el señor Evans esperaba, y estaba un poco desconcertado. No tenía mucho que decirle a Cordelia sobre las comunas y los comuneros, pero sí mucho que decirle sobre El asedio de Annwn.

Pero la muchacha ya lo había dejado y había cruzado el pequeño pasillo hacia la cocina, de modo que él cogió su largo abrigo negro del perchero y salió sin decir palabra.

«Está enfadada», se dijo, «porque me he reído así. Cree que he hecho el ridículo».

Siguió por Old Wells Road hasta llegar a un desvío a la izquierda, llamado Edmund Hill Lane, que conducía a las canteras de arcilla y a las fábricas de azulejos de Edmund Hill Pottery. Esta alfarería había desempeñado un papel importante en la vida moderna de Glastonbury, suministrando al ayuntamiento esas hermosas tejas de ladrillo de un hermoso color rojo anaranjado con las que había techado todas las nuevas casas de los trabajadores, no sólo en Old Wells Road y Bove Town, sino también en Benedict Street. De debajo de esas tejas de un rojo brillante, hechas de rica arcilla de Somersetshire, estaban destinadas a surgir las esperanzas y las desesperanzas de muchas generaciones de habitantes de Glastonbury y seguir en sus ráfagas, noche tras noche, a ese viento del oeste cargado de sueños.

El señor Evans vislumbró una media luna atormentada en el cielo mientras caminaba, resuelto, dando tumbos, rodando, sacudido por las nubes apiladas, empujadas, a su vez, por los espacios barridos por la lluvia, por ese mismo viento. Edmund Hill Lane era a esa hora un lugar solitario para caminar, ya que se extendía hacia arriba en dirección a

esos pozos de arcilla aislados. Sus surcos eran de arcilla; sus orillas eran de arcilla: había sido excavado en arcilla; y conducía al pozo de arcilla más rico del condado occidental. Y toda esa arcilla, que con el tiempo se moldearía y endurecería para formar los techos de los sueños de la gente de Glastonbury (sueños que serían –así se dijo el señor Evans ahora mientras caminaba– *muy similares*, ya fuera bajo la comuna o bajo el capitalismo de Philip Crow), llamaba al señor Evans y tiraba suavemente de él, con bocas húmedas, mudas, lluviosas, que murmuraban en silencio, y dedos tensos, fríos y pesados, cadavéricos.

Los atisbos que vislumbró de aquella media luna agitada desenfrenadamente despertaron la imaginación de aquel hombre de abrigo negro ajustado y sombrero hongo. La arcilla húmeda se le pegaba cada vez más a las botas a medida que avanzaba por la ventosa colina, dejando atrás a Glastonbury y sus conspiradores, y su mente siguió a aquellas extrañas, antiguas y ctónicas⁸⁰ deidades de su raza, cuyas oscuras personalidades, veladas bajo aquellas sílabas címricas, «Pwyll, Pryderi, Llŵch, Lleminawc», lo llamaban desde la tierra húmeda. Los mismos sueños de la gente que estaba detrás de él, que subían a su lado desde debajo de los tejados de la ciudad, se le desvanecieron y se hundieron

80 En mitología y religión, y en particular en la griega, el término ctónico (del griego antiguo *χθόνιος* *khthónios*, 'perteneciente a la tierra', 'de tierra') designa o hace referencia a los dioses o espíritus del inframundo, por oposición a las deidades celestes.

como un revoloteo de hojas otoñales. Aquella barra de hierro en el cerebro de Finn Toller, de la que había oído hablar, se hundió. Los grandes camiones, llenos de hojalata hermética –diabolus metallorum– en los que Philip, en su casa de New Wells Road, estaba pensando, se desplomaron y se hundieron. ¡El robo de Annwn! ¡Cuánto más había de la tristeza esencial de las cosas y de la exaltación esencial de las cosas en esa extraña frase que en todo ese absurdo asunto de comprar pergaminos legales al marqués de P.!

Mientras caminaba bajo la luna enfermiza y las nubes febriles, el señor Evans pensó para sí mismo cuánto más real era el mundo de la conciencia que el mundo de la materia.

«En cualquier punto de la superficie de la Tierra –pensó–, las conciencias de los hombres fluyen y flotan justo debajo de la superficie material ciega. Tienen el mismo sol, la misma luna, las mismas estrellas; pero es con las almas de estas cosas, con sus esencias subyacentes con las que las conciencias de los hombres tienen tratos».

Llegó a un montón de nabos bajo un techo toscamente cubierto de paja, junto a un granero al borde del camino, que el dueño había cubierto para alimentar a su ganado en invierno, y se sentó sobre ese montón, presionando los faldones de su abrigo negro bajo sus flancos delgados contra la humedad de ese montículo oscuro. Y sentado allí solo bajo ese cielo turbulento, se dio cuenta de que las vidas de los hombres sobre la tierra estaban todas sujetas al cautiverio

de Gwair⁸¹ en Caer Sidi⁸², atraídos por el emisario de Pwyll y Pryderi⁸³; en otras palabras, que todos estaban atados por algo extraño, por algo externo a su verdadera esencia libre. Pero tuvo la sensación de que su propia naturaleza más profunda podía apoderarse de su cuerpo, ¡sí! y apoderarse de todo ese mundo corporal que lo rodeaba, y conducirlos a ambos, como este viento impulsaba a estas nubes, hacia extraños y ocultos propósitos propios.

El señor Evans reflexionó sobre este pensamiento durante un instante, manteniéndose distante con un esfuerzo austero y aferrándose al destino mismo, como un hombre aferra el mango de un arado.

Pero mientras experimentaba esta sensación magistral, se deslizó en su nervio erótico la temblorosa lengua bífida de su pecado imperdonable.

Algo en lo que había visto aquella tarde en el redil había roto una barrera en la fortaleza de su concentración sensual; y a través de ese agujero se deslizaba ahora, o amenazaba con deslizarse, el cuerpo eléctrico del gusano inmortal.

81 Gwair es un dios celta del sol.

82 Caer Sidi (o Caer Siddi) es el nombre de una legendaria fortaleza de otro mundo mencionada en los poemas mitológicos del galés medio en el Libro de Taliesin (siglo XIV).

83 Pryderi, héroe legendario del ciclo mitológico galés conocido como *Mabinogi*. Hijo de Pwyll y Rhiannon.

«Debo aprovechar», se dijo a sí mismo, «lo que Geard está haciendo con ese manantial del Grial. La performance no lo mató... pero tal vez esta agua... estas multitudes... esta magia blanca del viejo Geard... ¡pueda matarlo!».

Así habló; pero como si se burlara del «viejo Geard», y todo lo que pudo hacer fue que se moviera, se agitara, se despertara, en los círculos remotos del Ser más allá de este cielo salvaje, la terrible y peligrosa sustancia de la Primera Causa de doble naturaleza. En su Mal primordial, mientras con su vacilante reflector sondeaba los innumerables mundos de sus víctimas vivientes, la Primera Causa golpeó ahora directamente el nervio responsivo del extravío del señor Evans, y mientras agitaba ese veneno se entregó a un orgasmo de contemplación egocéntrica. En cuanto al señor Evans, se vio regresando a su casa con esta locura y con este horror sobre él; se vio subiendo las estrechas escaleras; se vio abrazando a Cordelia... y sintió que no podía hacerlo... sintió que no podía... volver a casa... justo en ese momento... con este reptil levantando la cabeza.

«¡El cautiverio de Gwair en Caer Sidi fue completo!», murmuró para sí mismo.

Sin darse cuenta de lo que hacía, metió la mano izquierda bajo la paja húmeda del montón de nabos y sacó uno. Lo apretó contra su cara, aunque estaba embarrado, lo olió con su nariz ganchuda y finalmente lo mordió con sus fuertes dientes delanteros de lobo.

Mientras el galés estaba sentado sobre aquel montón húmedo de nabos y mordía, con un impulso feroz y sin embargo apenas consciente, la pulpa de uno de los nabos más repugnantes y astringentes del montón, escupiendo cada bocado después de masticarlo y hundiendo una vez más los dientes en la sustancia de olor penetrante, sucedió que una criatura microscópica –todo boca y sin embargo todo estómago– estaba disfrutando, o sufriendo precisamente la misma punzada de manía egocéntrica, que el señor Evans y la Primera Causa, mientras yacía enroscada sobre la superficie de esa misma verdura.

Así pues, estaba destinado que este particular montón de nabos en Edmund Hill Lane, a medio camino entre Old Wells Road y Brick–tile Works, fuera la ocasión de la reunión, exactamente a las tres menos nueve de la noche del doce de diciembre, de tres aberraciones psíquicas idénticas, la del parásito infinitesimal y microscópico, la del señor Owen Evans, y la de la Primera Causa última.

Sin embargo, los seres humanos son más sensibles a las interrupciones causadas por el azar que los dioses o los insectos, y fue el señor Evans el primero en distraerse de esta obsesión de contemplación viciosa. Se dio cuenta de que se acercaban voces que bajaban por Edmund Hill Lane desde la dirección de la fábrica de ladrillos.

Eran las voces de un hombre y un niño, que se divertían ululando como lechuzas. Al parecer, algún pájaro nocturno

de la especie que imitaban los seguía en la oscuridad, pues el señor Evans podía oír a intervalos un grito que parecía un eco de los ruidos que hacían estos peatones, siguiéndolos a una distancia no considerable.

Se levantó apresuradamente de su asiento húmedo y arrojó el nabo. Al caer, el insecto que se alimentaba en su superficie fue arrastrado por el viento, lo que significó la muerte aquella misma noche de aquel parásito microscópico. La Causa Primera, sola, continuó su inefable contemplación; ese movimiento del mal en el abismo último, contra el cual todo el bien que hay en la humanidad lucha eternamente.

El señor Evans avanzó por el sendero para recibir a los recién llegados. Lo hizo porque tenía la peculiaridad de sentir siempre un miedo nervioso a que la gente lo alcanzara en la oscuridad, y aun así se sentía reacio a irse corriendo a casa. Se dio cuenta de que incluso ahora tenía un miedo morboso de que lo sorprendieran sin previo aviso, así que, aunque con cierto esfuerzo, se obligó a gritar: «¡Hola!» con una voz casi amenazadora.

–¡Buenas noches, señor Evans! –respondió desde la oscuridad, y se encontró estrechando la mano de Sam Dekker.

–¿Conoces a Elphin Cantie? –preguntó Sam.

Y el muchacho, adelantándose malhumorado, también le estrechó la mano.

–Tenía la idea de que nos encontraríamos con alguien conocido si volvíamos por aquí –continuó Sam–. Elphin y yo hemos estado criando patos salvajes en Decoy Pool y Meare Pool; y volvimos por Crannel Moor en lugar de por Godney Road. Cenamos en Upper Godney. Nos dieron medio lucio pequeño que el señor Merry había capturado ayer, cuando estuvo allí; en ese estanque de Lower Crannel. Sabía bien, ¿verdad, Elphin? Servido con chirivías fritas y perejil.

El señor Evans miró a través de la oscuridad el rostro del muchacho. El nombre de Elphin le hizo pensar en Gwydion–Garanhir y en Taliessin.

–Me hubiera gustado invitarlo a pasar –comentó–, pero la señora Evans puede estar en la cama. ¿Qué hora es, señor Dekker?

Sam miró su reloj y anunció que eran más de las nueve.

“Has traído de vuelta con tanta fidelidad ese San Agustín que te presté en primavera, que siempre eres bienvenido a llevarte cualquier libro que quieras de la tienda”.

Sam le dio las gracias y luego guardó silencio. Los dos hombres permanecieron torpemente uno al lado del otro, mientras Elphin, moviéndose hacia el borde de la cerca, volvió a lanzar su grito de lechuza.

–Si me lo permites, puedo caminar de regreso contigo hasta mi casa –dijo el señor Evans.

Pero por alguna razón –quizás porque el niño Elphin estaba tan ocupado con los búhos– ninguno de los dos hizo ningún movimiento para seguir adelante.

–Hace un momento su voz sonó como si algo la molestara, señor Evans –dijo Sam finalmente después de una pausa embarazosa.

Fue en su reconocimiento instintivo de los estados de ánimo de todos los animales que este paciente naturalista, transformado ahora en el último santo de Glastonbury, explotó su más aguda sabiduría.

–¿Tienes un cigarrillo, Dekker? –preguntó el señor Evans.

Sam le dio uno y encendió una cerilla. Este antiguo acto prometeico unió a los dos hombres como ninguna otra cosa podría haberlo hecho en ese momento. En una noche oscura y lluviosa, incluso el destello de la llama de una cerilla tiene un poder mágico; y el pequeño círculo de luz que se extendía hacia afuera desde los dedos cóncavos de Sam iluminó no sólo la nariz ganchuda del señor Evans, cuando se inclinó hacia ella, no sólo el mentón hundido de Sam, sino también los bordes deshilachados de un pequeño duodécimo que este último llevaba en el bolsillo de su chaqueta de tweed áspero.

–¿Cuál es su libro? –preguntó el anticuario con curiosidad profesional.

–Sólo un Evangelio según San Juan –respondió Sam, nervioso, empujando el volumen hacia abajo y tapándolo con la solapa de su bolsillo para ocultarlo.

“El libro favorito del alcalde”, comentó el señor Evans. “Dice que es la Biblia completa de su nueva religión”.

–¡Qué tonto! ¡Qué tonto! ¡Qué tonto! ¡Qué tonto! –gritó Elphin Cantie desde la cerca.

–¡Escucha, Evans!

Sam soltó estas palabras apresuradamente, y con mano temblorosa encendió un cigarrillo para sí mismo, con el que el otro estaba fumando.

“Últimamente he estado pensando, Evans, que nuestro Cristo de Glastonbury es como Osiris. Lo han cortado en fragmentos y de cada fragmento han creado una Persona diferente. No me interesa mucho este Cuarto Evangelio. Por eso lo leo”.

El señor Evans asintió con la cabeza, demostrando que comprendía completamente tal motivo.

–Mi Cristo es completamente diferente del de Geard –dijo Sam–, y diferente del de mi padre. Mi Cristo es como Lucifer,

sólo que no es malvado... al menos no lo que yo llamo malvado. Pero es el enemigo de Dios. Es decir, ¡es el enemigo de la Creación! Siempre está luchando contra la Vida, tal como la conocemos... esta maldita y cruel autoafirmación... este levantar las aletas, este pinchar con los cuernos... este abrir las bocas... este agarrar, este raptar, este arrebatarse, esta *posesión*.

–¡Too–whit! ¡Too–who! ¡Too–whit! ¡Too–who! –se oyó la voz de Elphin. El muchacho estaba ahora del otro lado de la valla.

El señor Evans miró a su alrededor. La media luna se inclinaba, se hundía, se alzaba, se tambaleaba, se desplomaba bajo el fuerte y húmedo viento del oeste. Algunas de las nubes más cercanas adquirirían de vez en cuando un color amarillento momentáneo, enfermizo y sobrenatural, pero la mayoría eran del color del acero frío. El señor Evans olfateó el aire como una de las focas de Proteo. Creyó percibir el olor a algas en el viento.

«Esta noche la marea debe estar alta en las marismas de Burnham», pensó. «Deben tener miedo de que se rompan las compuertas de allí».

–¡Too–whit! ¡Too–who! ¡Too–whit! ¡Too–who! Elphin y su búho acompañante ya habían cruzado el prado en pendiente en dirección a Maidencroft Lane.

El señor Evans se quitó el sombrero hongo e, inclinándose hacia delante, le dio un golpecito a Sam en el hombro.

“¿No puedes tú curar a un enfermo mental?”, dijo. “Eres hijo de un sacerdote, ¿no? ¿No puedes decirle al demonio: “Sal de él”?”

Hubo un momento de pausa, sólo interrumpido por los pequeños y monótonos golpes –como los de un hombre que golpea las botas de agua contra el poste de una puerta– del sombrero del señor Evans sobre el hombro de Sam.

–¡Ahí está! ¡Sólo estaba bromeando! –exclamó por fin el galés–. Supongo que no crees en milagros, como tampoco crees en el cuarto evangelio. Estás escuchando a ese muchacho... ¡eso es todo lo que estás haciendo! ¡Estás pensando en búhos, igual que esos sinvergüenzas que vinieron a mi casa hace un momento estaban pensando en arrendamientos y comunas!

Me hace reír, la forma en que todos ustedes siguen adelante... mientras toda la cal

...El Harrying de Annwn...”

En ese momento el rostro del hombre se distorsionó, no por la aparición de ese extraño ataque de risa planetaria que lo había invadido en la habitación, sino por una sensación similar de aislamiento.

–¡Ni siquiera sabes qué es Annwn! –murmuró.

Luego, con un profundo suspiro, volvió a ponerse el sombrero en la cabeza.

–¡El cautiverio de Gwair en Caer Sidi ha sido completado!
–gruñó de manera inarticulada mientras abrochaba un botón suelto de su ajustado abrigo.

–¡Elphin! ¡Hola, Elphin! ¡Me voy! –La voz de Sam resonó a través de los campos en dirección a Maidencroft Lane.

–No, no creo en milagros –dijo con gravedad–, como tampoco lo hizo Cristo. Lo que hizo fue simplemente usar su voluntad para *matar* su voluntad.

–¡Too–whit! ¡Too–who! –Elphin estaba de nuevo junto a la cerca y su ave acompañante de la oscuridad aparentemente lo había abandonado.

El señor Evans murmuró algo en galés. El pensamiento que le invadió el corazón fue un sentimiento de terror enfermizo.

“El Cristo de este hombre es un loco como yo. Su voluntad es la que domina a su voluntad. Es todo tensión y tormento. ¡Es con el tormento que Él expulsa el tormento! Nunca debí haberle hablado a este hombre.”

Elphin se unió a ellos y los tres se dirigieron hacia Edmund's Hill Lane. Ninguno de ellos dijo una palabra hasta que

doblaron hacia Wells Old Road; pero durante todo ese tiempo, sin que su mente consciente pudiera percatarse de ello, flotaba en el alma del señor Evans el siniestro impacto de ese diálogo que no había oído.

¿Será una barra de hierro lo que habrá de sentir mi joven antes de morir?"

Antes incluso de llegar al número cinco de Wells Old Road, u Old Wells Road (ya que ambas denominaciones se usan en la zona), el señor Evans vio una luz en el dormitorio de Cordelia. En la puerta de entrada dudó si debía despedirse de sus compañeros o acompañarlos un paso más. Un instinto en él difícil de analizar –tal vez un deseo de poner a prueba hasta el fondo la magia espiritual de este discípulo de un Cristo no milagroso– lo hizo decidirse a seguir con ellos un trecho.

"Volveré por Bove Town", se dijo. Sam parecía sorprendido y Elphin parecía definitivamente enojado por no haber podido deshacerse de ese intruso molesto incluso cuando pasaron por su propia puerta.

Una vez más, un silencio de muerte cayó sobre los tres mientras giraban hacia Bove Town y caminaban por las gastadas losas del camino elevado bajo el muro de piedra que conducía a High Street.

Resultó que Sam tuvo que ir a la iglesia de San Juan para

hacer los preparativos necesarios, que su padre normalmente hacía él mismo, para la misa de la mañana.

Elphin Cantie esperaba contra toda esperanza (de hecho, rezaba en su corazón) que el señor Evans se dignara despedirse de ellos en la entrada del cementerio. El muchacho repetía en voz baja, mientras se acercaban a la gran torre de la iglesia, una especie de encantamiento ritualista:

“¡Este tipo debería irse a casa! ¡Debería irse a casa! ¡Debería irse a casa! ¡Este tipo debería irse a casa cuando el reloj de San Juan marque la hora!”

¡Cuál no sería la consternación de Elphin cuando esta oración no sólo *no fue* respondida, sino que se produjo todo lo contrario!

–¡Buenas noches, Elphin! –dijo Sam cuando llegaron a la lámpara que colgaba del arco que había sobre la entrada–. No debemos desviarte más de tu camino.

El muchacho se quedó mirando horrorizado, sus sentimientos traspasados de cabo a rabo como si fueran lanzados con una catapulta.

–¡Pero señor! –jadeó–, pero señor... ¡pero señor Dekker! También le ayudo con los enjuagues y los frotamientos. Soy especialmente bueno en eso; ¡usted dijo que sí! ¡Lo era!

“Estrecha la mano del señor Evans, Elphin, y vete corriendo, eres un buen muchacho. Hemos pasado un día agradable juntos y tendremos más, pero ahora estoy ocupado. Vete corriendo a casa a dormir, eres un buen muchacho”.

Elphin Cantie no hizo el menor gesto de estrecharle la mano al señor Evans ni de estrecharle la mano a Sam. Se dio la vuelta sin decir palabra, sin hacer señal alguna, y salió corriendo a toda velocidad. Se abrió paso entre la gente que había en la acera, se abrió paso entre los vehículos que circulaban por la calle y, mientras se dirigía a su habitación en su torre de estuco, como un animal herido se dirige a su guarida, no derramó ni una sola lágrima hasta que se arrojó al suelo (con el abrigo, la gorra y las botas embarradas, tal como estaba) y lloró como un niño desdichado.

Pero el señor Evans, a pesar de su egocentrismo, no era de los que veían con ecuanimidad la trágica derrota de un niño. Estaba furioso con Sam. ¿Acaso el tipo creía que no podía haberle hablado antes que a ese niño? ¡Pues bien, ahora no iba a hablar con él! El tipo era un mojigato, un tonto, un burro, por haber enviado a ese muchacho a casa... un muchacho llamado Elfo, además, y que tenía una expresión curiosa bajo la luz de la lámpara... una cara divertida... ¡una cara interesante!

Tales eran los pensamientos del señor Evans mientras seguía a Sam a la iglesia.

–Sé que te alegrará ver –dijo Sam– lo que papá ha hecho con la tumba de San José.

Lo condujo al famoso sarcófago vacío, uno de los osarios más conmovedores, si no el más auténtico, de la historia de nuestro planeta, donde se dice que fueron depositados los huesos del hombre que entregó su tumba a Jesús.

El señor Evans no podía ver con claridad, a la tenue luz de la lámpara que irradiaba desde el pasillo, lo que *había* hecho el padre de Sam, pero evidentemente no era gran cosa, porque la tumba lucía exactamente igual que cuando la visitó a principios de primavera con el hombre que ahora era su suegro. Pero si el señor Evans pensó en su suegro mientras estaba esa noche junto a esa gran concavidad, su compañero tuvo un pensamiento mucho más conmovedor, porque la imagen de Nell, tal como había hablado con ella y se había peleado con ella allí, antes de engendrar a su hijo, le vino con cruel viveza.

–Quizás nunca –se obligó a decir Sam– tenga una oportunidad tan buena de... decirte, Evans, lo que realmente siento sobre... todas estas cosas.

Se inclinó hacia delante con cansancio mientras hablaba, pues estaba cansado y somnoliento después de su larga caminata, y nunca se había sentido menos lúcido y menos inspirado.

“Lo que siento es esto”, continuó, presionando ambas manos contra el borde de la tumba e inclinando la cabeza hacia adelante sobre su oscuro vacío. “Siento que toda la Creación está en el camino equivocado... todos luchan por la felicidad y la satisfacción de los sentidos. Siento que lo único que se puede hacer es seguir a Cristo y hacer que la voluntad *mate* a la voluntad”.

Levantó sus mal moldeadas facciones bestiales y lanzó una rápida mirada nerviosa a la figura alta y vestida de negro que permanecía distante con las manos detrás de la espalda.

«¡Qué parecido a *la camisa de Neso*⁸⁴ es este maldito extravío mío!», pensó el señor Evans cuando, para su disgusto, descubrió que la mera angustia de este amante de Cristo que mataba la voluntad había empezado a causarle un vivo escalofrío de una especie de oscuro placer. «¡Pobre diablo, pobre diablo!», se dijo a sí mismo. «¡No debo *permitirme* sentir así!». Apretó con fuerza sus largos dedos tras la espalda, apretándolos con enojo para reprimir su malvado sentimiento mediante su incomodidad.

«Si me permito sentirme así ahora», pensó, «crearé un

84 La "camisa de Neso", es una camisa untada con la sangre envenenada del centauro Neso, que dio a Hércules su esposa, Deyanira. Deyanira había sido engañada por Neso haciéndole creer que impregnar la prenda con su sangre aseguraría que Hércules le permanecería fiel. Según la tragedia de Sófocles *Las Traquinianas*, cuando Hércules se pone la camisa, empieza a sudar y la tela pronto se adhiere a su carne, corroyéndola. Finalmente, se lanza en una pira sobre el Monte Eta, pereciendo abrasado.

atroz duende mental que irá empeorando cada vez más. ¡Abajo contigo! ¡Abajo contigo, lepra viviente! ¡Te *lavaré...* aunque esté en mi propia sangre!».

–¿No lo ves, Evans? –murmuraba Sam con voz ronca–. Es toda la corriente de la vida la que tiene este instinto posesivo, este instinto de arrebatarse, de rasgar, de arañar, de arrebatarse. ¡Lo que Cristo tiene que hacer es negarlo todo, de raíz! Y no sirve de nada decir que es para tener una «vida más plena» o «más vida» lo que tiene que hacer. Todo es veneno. ¡Es una marea reluciente, resplandeciente, hirviente de egoísmo venenoso! Todos somos escamas, revestimientos, costras, en el mismo dragón retorcido y encrespado del cieno. La marea de *la vida en sí* es malvada. Ése es el gran secreto de Cristo. ¡Y lo que Él pretende ahora –el torturado Anti-Dios que es– es congelar la corriente de la vida! ¡A Cristo no le importa un comino la moralidad, Evans! Ése no es el punto con Él. Él busca algo mucho más grande y profundo. ¡Busca el Más Allá de la Vida! ¿Recuerdas lo que te dije en Tor Hill, Evans, acerca de Su Materia redentora? Entonces no me di cuenta de cómo Él redime la Materia. Lo hace congelando la fuerza vital que hay en ella. Él sabe qué es la fuerza vital y puede rastrearla. Puede encontrarla burbujeando, hirviendo, ardiendo, aguijoneando, atormentando y triunfando en todas direcciones. Y luego la toca con su cruz y la congela.

El señor Evans se dio cuenta de que la vieja señora Robinson, que había estado esperando la última aparición de

Sam antes de irse a casa, se había acercado sigilosamente con su escoba y su plumero hasta que estuvo a punto de oírlo. La ex sirvienta del obispo debió de captar alguna palabra de su conversación –una de esas trágicas palabras clave de nuestro Torneo Humano que las ancianas se regocijan en beber como los hombres beben leche– y probablemente pensó en esta escena en la tumba de Arimatea como una especie de primer plano de una película que, si pudiera conseguir un buen asiento, «sería lo mismo que el teatro».

–No puedo dejar de pensar, señor Dekker –dijo el galés–, que sus ideas han cambiado mucho desde que nos habló aquel día de primavera en el Tor. Me parece que *entonces* sus ideas eran más ortodoxas. Me parece recordar que citó las palabras de la misa, *Verbum caro factum est* (el Verbo se hizo carne), pero por lo que dice ahora...

“Sí, sí, sí, he cambiado, señor Evans, y todo lo que me rodea ha cambiado; ¡y el mundo entero ha cambiado! El mundo no puede seguir devorándose a sí mismo, como lo hace ahora, arrebatándose, mordiéndose, picándose, envenenándose, devorando su carne y presionándose con *sus hermosos pechos*” –lanzó una expresión muy extraña a estas últimas palabras, cuya razón era oscura para su principal oyente, pero por la forma en que sus pequeños ojos de rata brillaban en el pasillo oscuro, ¡no tan oscura para la señora Robinson!– “¡contra la realidad!”

Al señor Evans le resultó muy difícil mirar esa figura agitada al otro lado de la tumba del gran prestamista sin que se agitaran las espirales de la serpiente nerviosa dentro de él que se alimentaba de tal alimento.

–Tiene usted suerte en una cosa, señor Dekker –dijo–. Me refiero a su vida tranquila en la vicaría con su padre.

–Me temo que Elphin se sintió herido –dijo Sam, levantando la vista y girando la cabeza hacia la puerta.

Sus ojos se posaron en la señora Robinson, que estaba quitando el polvo del asiento de un banco de roble perfectamente impecable y acercándose cada vez más.

–¡Hola, señora Robinson! –gritó, y su boca se movió convulsivamente antes de poder decir otra palabra, irritado por su presencia y por su deseo de librarse de ella.

–¿Me necesitará más, señor? –respondió la anciana–. Porque, si no, me iré a casa.

–¡Nada, nada, gracias! –respondió con impaciencia y añadió en el mismo tono–: Ya puede irse, señora Robinson.

(“Fue una vergüenza escuchar la forma en que hablaban”, le dijo la anciana a su hijo cuando llegó a casa esa noche. “Una conversación indecente como nunca debería escucharse dentro de un hospital, y menos aún en una iglesia. ¡El señor Sammy me sacó de la puerta a toda prisa

como si fuera a coger parálisis si me quedaba un minuto en su compañía!”)

–Los niños son criaturas muy sensibles, Dekker –anunció el señor Evans sentenciosamente–. Cuando yo era joven había un anciano en las colinas de Pembrokeshire, donde vivíamos, al que solía observar mientras ordeñaba sus cabras. A veces las atrapaba para él. Se enfadaba con ellas y yo me alegraba cuando se enfadaba con ellas. Pero un día me echó por tirarles piedras. Y... ¿sabes, Dekker? ¡No quería volver a casa! Me quedé en las colinas toda una noche de verano. Dormí en un barranco sobre un montón de brezos, y toda esa noche, cuando pensé en las cabras... –Se detuvo de repente, porque vio que Sam...

Sam ya no escuchaba. En realidad, Sam sólo había oído una pequeña parte de este discurso, y esa parte no muy claramente.

Manténía sus ojos fijos en la figura de la anciana señora Robinson que se alejaba, pero los ojos de su corazón estaban fijos en Nell Zoyland.

La muchacha había regresado del hospital y se encontraba nuevamente establecida en Whitelake Cottage, con la señora Pippard como niñera para la niña.

El señor Evans no se había ruborizado al hablar de las cabras; sus mejillas, su frente y su cuello estaban teñidos de

un profundo color moreno. Porque aquella historia era una historia sagrada. Llevado por la hora y el lugar, había contado una de las historias más importantes de su juventud.

Pero Sam Dekker no estaba lo suficientemente interesado como para saber siquiera si había estado hablando de cabras, conejos u ovejas. La figura del señor Evans, vestida con un abrigo negro, había empezado a volverse borrosa y desvanecida para Sam; y la señora Robinson, que salía por la puerta de la iglesia, se había convertido para Sam en una especie de floritura fantástica sobre las letras de un volumen trágico. Ni siquiera un santo puede soportarlo todo; y en ese momento, su agotamiento físico era tan grande que algo en él casi se derrumbó.

El señor Evans no sabía cuán cerca había estado este estudiante del Cuarto Evangelio, de pie junto a la tumba del hombre que había enterrado a Jesús, de gritar una salvaje maldición contra el divino Amante.

–¡Es mi chica! ¡Es mi chica! –gimió Sam en su corazón–. ¿Qué me has dado? ¿Qué podrás *darme* a cambio de mi chica?

Cuando finalmente todos salieron de la iglesia y llegaron a sus casas –Sam dormido, el señor Evans dormido, la señora Robinson dormida, pero Elphin Cantie todavía sentado en la ventana de su torre de estuco– se produjo un singular *diálogo sin palabras* entre la luz roja del Sacramento de la

Misericordia y el sarcófago vacío de San José. Éste fue uno de esos diálogos que nunca resulta fantástico interpretar en lenguaje humano, porque nadie puede negar que en algún idioma deben estar ocurriendo perpetuamente.

“¿No estás cansada, luz roja, de brillar tanto tiempo sin pausa delante de este Milagro de la fe?”

Así, con voz fría, plana y sin tono, preguntó el sarcófago vacío.

“Sí”, respondió la luz roja, “estoy muy cansada”.

“Si pudieras conseguir que alguien te moviera”, dijo el Sarcófago, “podrías descansar aquí, dentro de mí; ¡porque estoy cansado de estar vacío!”

Y el eco del reloj de la Torre de San Juan, bajando por el campanario hasta la iglesia, repitió con una voz débil como el último susurro de un anciano:

“Cansado... cansado... cansado...” mientras resonaba el sonido de las diez sobre los tejados de Glastonbury.

XXVI. EL BAUTISMO

Las vigorosas gemelas de Tossie Stickles fueron bautizadas por el vicario de Glastonbury (¡aunque eran bastardas!) con la debida ceremonia y a la hora habitual para ese ritual, después del servicio de los niños, al día siguiente de la visita de los Evans al redil en ruinas. Inmediatamente después de esta ceremonia, la joven madre y sus pequeñas hijas se establecieron una vez más bajo el techo de la señorita Elizabeth en Benedict Street. Nancy Stickles siguió viniendo todos los días "para ayudar", de modo que Toss pudo dividir su tiempo entre cuidar a sus bebés y cocinar para la familia, que incluía –después de varias batallas reales con la hermana de milord en Bath– a la independiente Lady Rachel, que ahora iba regularmente a trabajar con Ned Athling en la pequeña oficina del semanario *Wayfarer*.

En lo más profundo del corazón de la señorita Elizabeth

estaba alojada la idea fija de que, con el tiempo, el señor Barter se casaría con Tossie; y, teniendo en cuenta esta contingencia natural y ética, había comenzado a alentar al gerente de la fábrica municipal a que visitara constantemente a su familia ilegítima bajo su techo, llegando incluso a ceder su salón, cada vez que ese caballero llegaba, para sus conversaciones con Tossie.

Fue uno de esos acontecimientos fantásticos e increíbles que en la vida real ocurren siempre; situaciones que, en la premonición, parecen absurdamente imposibles, pero que son precisamente las que la Naturaleza, moldeando los prejuicios de los hombres según sus propias opiniones, encuentra un humorístico placer en producir.

El bautizo del hijo de Nell Zoyland fue algo mucho más difícil de afrontar, al igual que el destino de su madre estaba en manos de personas más excéntricas y caprichosas que Tom Barter o Miss Crow. Will Zoyland había decidido que su padre, el marqués, sería el padrino del niño, que se llamaría Henry en honor al gran hombre. Pero al marqués le disgustaba mucho aparecer en público en Glastonbury, un lugar del que había llegado a desconfiar y al que le desagradaba desde que la chusma lo había acosado en aquel memorable día de desfile.

—Y así, después de largas discusiones y postergaciones, se decidió que el hijo de Nell sería bautizado en Whitelake Cottage por Mat Dekker el quince de diciembre.

Al enterarse de que Lord P. iba a venir para esta ocasión, así como Dave y Persephone, que eran los otros padrinos del pequeño Harry, ¿qué tuvo que hacer la buena señora Pippard, que estaba emparentada con la mitad de Glastonbury, sino pedirle a su ama el privilegio de organizar una pequeña fiesta de bautizo para celebrar este día tan propicio? Así pues, el 15 de diciembre de ese año iba a ser una ocasión muy animada en Whitelake; y fue un acontecimiento afortunado, y también un buen augurio, para el pequeño Harry, que ese día, después de tanta lluvia, fuera nublado y con un sol intermitente, pero todavía bastante perceptible. Harry era un niño trágico en ciertos aspectos. Se aferraba desesperadamente a su patria; siempre era conmovedor ver la lucha en su pequeño corazón entre su intensa codicia y su odio a ser alimentado por cualquier otro "Mwys", como lo habría llamado el señor Evans, que no fueran los adorables pechos de su madre.

El contingente proletario del grupo del amo Henry debía incluir a Madre Legge y a su sobrina, Tittie Petherton, ahora bastante convaleciente; Nancy Stickles, que también era pariente; Sally Jones, que una vez había estado en servicio junto con Doxy Pippard, la hija de la anciana, y por último, pero no menos importante, nuestro viejo conocido, el señor Abel Twig, que era primo de la señora Pippard.

Todas estas personas iban a tomar el té en la cocina de Nell, mientras Lord P., junto con el señor y la señora Spear y el vicario, se refrescaban en su pequeño salón.

Entre los habitantes actuales de Whitelake Cottage se encontraban no sólo la propia señora Pippard, sino también su hija, Eudoxia, una muchacha que ahora se desempeñaba como criada de los Zoyland. Tanto la madre como la hija dormían en la antesala del retiro privado de Will en la parte trasera de la cabaña, mientras que Nell y su hija dormían en el dormitorio delantero.

Desde que la temporada de turismo en Wookey había llegado a su fin, Will Zoyland había sido contratado por Philip para el papel mucho más importante de asistente-supervisor de las nuevas instalaciones de extracción de estaño. El supervisor principal, un técnico trabajador e inteligente, no era bueno para mantener a sus subordinados al día; tampoco tenía mucha iniciativa con respecto al rastreo de nuevas vetas de depósitos de metal. Por lo tanto, el trabajo de Zoyland en la mina de estaño era en parte un desvío.

En parte, se trataba de una ocupación disciplinaria y en parte geológica, ninguna de las cuales se ajustaba exactamente a sus dotes particulares. Pero no exigía mucho salario; diez veces menos, de hecho, de lo que Philip hubiera tenido que dar a cualquier otro; y todos los trabajadores de las obras lo respetaban a causa de su nombre.

Lord P. había anunciado que iría en su carreta tirada por perros desde Mark Moor Court y recogería a Lady Rachel de camino a Glastonbury. El bautizo estaba previsto

aproximadamente entre las cuatro y las cinco, y Mat Dekker le había dicho a Nell que intentaría ir él mismo poco después de las tres, para poder disfrutar de una pequeña charla con ella a solas antes de que llegaran los demás invitados.

Will Zoyland había llegado a la secreta conclusión, después de ver por primera vez al bebé de su esposa, de que no era asunto suyo; pero había ocultado esta certeza con tanto éxito que Nell no tuvo la menor sospecha de que él había adivinado la verdad; y este conocimiento secreto le daba una gran e injusta ventaja en la lucha diaria por el dominio entre ellos; porque descubrió que tener semejante arma, y *no* usarla, era el arma más poderosa que podía tener; y la aprovechó al máximo.

Su posición, en ese momento, era en muchos aspectos singular y crucial. El hecho de que Nell estuviera amamantando al niño ella misma, aunque la anciana señora Pippard la ayudara a lavarlo y vestirlo, hacía psicológicamente difícil para Will comenzar a hacerle el amor nuevamente. Tenía una curiosa inclinación por los bebés, que casi equivalía a una manía por esos extraños muñequitos, cuyas cóleras son tan estresantes y cuya calma filosófica es tan tranquilizadora; De modo que se ganó la gratitud maternal de Nell, sin que le importara, por su ternura hacia su descendencia, especialmente porque consintió en dormir en el sofá de la sala y dejarle a ella y a su hijo el uso ininterrumpido de su dormitorio. Nell se llevó una extraña sorpresa cuando vio a la señora Pippard arreglando

ese sofá en particular para el dueño de la casa; ¡ese sofá que nadie había usado como cama desde aquel día de marzo!

Pero la apasionada devoción de Will por el niño la desarmó por completo porque era más de lo que ella había soñado que sucedería, y ella lo interpretó como una señal de que él no tenía la menor sospecha de que el pequeño Harry no era suyo.

El bebé, por su parte, parecía sentirse atraído por Will con un grado de conciencia y atracción poco común a esa edad. Era un niño de un egoísmo colosal y de un inmenso poder de amor. Amaba a Nell con un entusiasmo picante que era delicioso de contemplar; pero su amor por ella era ardiente, febril, violento; mientras que su respuesta a Zoyland era una especie de calma arrebatada. En sus furiosos ataques de temperamento, que eran de una intensidad trágica y proféticos de un futuro que hacía temblar a la niña de solo pensar en ellos, sólo Zoyland podía controlarlo, calmarlo, consolarlo. Una y otra vez, la anciana señora Pippard, que no podía hacer nada con él, le decía a Nell: «Si no fuera por el maestro, esta madre se habría sumido en una confusión».

«¡No *puede* creer que es su propio hijo!», se decía Nell, pero nunca se le ocurrió pensar cómo había podido engañarlo de ese modo, cuando su patética barbilla era exactamente igual a la de Sam. También estaba muy agradecida de que la hubieran librado de hacer el amor, y lo atribuía a la pasión de Will por el niño, y le incomodaba, con

una especie de vergüenza, pensar que debía su libertad de sus insinuaciones amorosas a ese engaño. Pero también en este asunto, tanto como en el del niño, la muchacha, a pesar de toda su perspicacia femenina, había sido completamente burlada por el astuto cazador. En realidad, había sido la astuta y vieja Zookey Pippard la que había urdido esta traición. Tal vez, al ser pariente de la madre Legge, llevaba en la sangre el juego de la alcahuetería. Pero había sido ella quien había convencido a su hija de que viniera a Whitelake Cottage desde una muy buena propiedad en una granja cerca de Witham Friary, y sus argumentos debieron de ser muy sutiles; porque la muchacha recibía, a cambio de su trabajo, probablemente el salario más bajo que jamás se haya pagado a una criada, al menos en la casa de un señor, desde Westbury Beacon en el norte hasta Huish Episcopi en el sur. Pero Zookey era –como le dijo a Penny el señor Weatherwax, que la conocía «de arriba a abajo», cuando aquellas viejas chismosas «se enteraron por primera vez de quiénes eran los que buscaban a Missy Zoyland»– «la perra tejona más astuta de este lado de Tarnton».

Eudoxia Pippard, cuando finalmente apareció en respuesta a las astutas insinuaciones de sus padres, dejó a Will Zoyland boquiabierto por completo.

Después de haber vivido una vida casta durante casi medio año y de haber reconocido el hecho de que se había convertido en el sostén de la familia del hijo de otro hombre, Zoyland no encontró nada en su pasión por el bebé de Nell

que le impidiera cometer un delicioso adulterio con Doxy Pippard. Al parecer, Eudoxia estaba realmente dedicada a proporcionarle placer inmoral al bastardo de Lord P.

No era en absoluto lo que se podría llamar una muchacha bonita. Sus labios eran demasiado finos, su nariz un poco torcida hacia un lado y su cuello era decididamente demasiado largo; pero tenía una peculiaridad que, tan pronto como la descubrió, encendió los sentidos de Zoyland, y era la piel más satinada que un amante de Glastonbury había recortado, como diría Malory, desde los días de la doncella Linet, del Castillo Peligroso. Es fácil que, en la categoría de deseabilidad femenina, esos flancos pulidos, esas rodillas resbaladizas, esas caderas satinadas y todas esas otras esbelteces sinuosas, no constituyan en modo alguno lo que se llama "belleza clásica" o incluso encanto romántico; pero, constituyan lo que constituyan, cuando entran o salen de los brazos de un seductor evocan una satisfacción arrebatadora y transportadora.

Ahora bien, había una escalera de madera en la parte trasera de la casa que conducía a la antesala del «salón de fumadores»; de modo que cuando el hijo de Nell y Sam dormía profundamente, en la parte delantera de la casa, Eudoxia podía entrar fácilmente por la puerta de la cocina. Esta puerta, si Zookey se acordaba de dejarla entreabierta, tenía goznes bien engrasados; de modo que cuando Doxy se encontró –al principio con agitada sorpresa, pero después con fascinante coquetería– vestida sólo con su camisón y en

presencia del dueño de la casa, acostado en su sofá cama, no había peligro de sorpresa si hablaban en voz baja.

Ahora bien, Nell, aunque Zoyland la había amado entrañablemente y había disfrutado mucho de ella, nunca había respondido realmente a sus abrazos. Su cuerpo había respondido débilmente, su corazón un poco, pero su nervio imaginativo más íntimo, la cuerda crucial para el temblor esencial de los sentidos excitados de una muchacha, no lo había hecho en absoluto. El bastardo de pura cepa, como bien se puede creer, había tenido muchos amores antes de encapricharse con Nell Spear, pero ninguno de ellos había sido experto en el arte de la provocación, ninguno de ellos había sido viciosamente excitante.

Ahora bien, Doxy Pippard poseía, entre otras características originales, una curiosa manía por conservar su virginidad. A pesar de su viciosa e inflamable intensidad febril, temeraria y casi desmayada del tipo pseudotísico, había prodigado sus provocaciones nerviosas a todos sus hombres y, sin embargo, había manejado las cosas con tanta habilidad que todavía era una doncella. La mera idea de yacer en los brazos del hijo del marqués de P. embriagaba el anhelo romántico de su cuerpo suave como una serpiente y fresco como una hoja; mientras que las proporciones hercúleas de Zoyland como ser humano cumplían todos los sueños más secretos de su niñez sobre lo que debía ser un verdadero compañero de cama masculino.

La víspera del día del bautizo, Eudoxia había bajado a verlo poco después de medianoche, entrando en la cocina por la puerta que Zookey había dejado abierta; y después de un par de horas de flirteo paradisíaco, en las que la protección que ella se había dado a sí misma del «pecado mortal» prolongó el placer excitante de su compañero más allá de lo que él hubiera soñado posible, la pareja se sentó de repente en el sofá cama de un solo almohadón bajo la ventana con cortinas pesadas y empezó a escuchar con todas sus fuerzas. Lo que los había perturbado fue un estallido de llanto del niño, seguido por la voz de Nell llamando a Will. Es probable que ninguna posible reorganización de la sociedad –ni siquiera esa comunidad ideal descrita por Paul Trent– consiga jamás abolir el miedo a ser descubierto en las infidelidades eróticas. Esos “alaridos y excursiones”, esos latidos del corazón presas del pánico, parecen tan profundamente implícitos en la fatalidad de las relaciones humanas como lo está la indestructibilidad de los celos mismos.

Zoyland ya había sacado uno de sus miembros hercúleos de la cama, y con el talón en el suelo agarraba las sábanas, preparándose para obedecer el llamado de su esposa, cuando Eudoxia, que había enroscado su flexible delgadez como una culebra asustada, cerca del alféizar de la ventana, oyó la voz de Zookey tranquilizando a la madre y al niño.

–¡Ahí está mamá! –susurró. Tenía razón. Por una vez, al parecer, la influencia de la anciana había tenido éxito con el

testarudo bebé, pues oyeron que sus agudos llantos se apagaban y, poco después, pudieron oír el crujido de los pesados zapatos que llevaba y el arrastre de su pie cojo (pues Zookey sufría de eczema y el adorno principal de su improvisada mesa de tocador, que era un gran baúl negro con las iniciales de soltera de Nell, era un gran bote de porcelana con unguento de zinc) cuando regresó a la antesala.

Habiéndose agotado incluso su capacidad hercúlea para el juego amoroso, y habiéndoseles despertado a ambos esta alarma al máximo estado de vigilia, Zoyland y la señorita Pippard comenzaron a hablar en susurros.

Una media luna luminosa, libre aquella noche de aquellas nubes que se dirigían eternamente hacia el este, arrojaba un rayo plateado entre las cortinas marrones de la ventana; un hilo que caía sobre la espesa barba del hombre, sobre el camisón anticuado de la muchacha y sobre sus zapatillas tiradas en el suelo. En su áspera ansiedad, Zoyland había arrancado el botón superior de la pechera del vestido, y el largo y delgado cuello de la muchacha sobresalía desenfrenada y extrañamente; a veces entraba en aquel rayo de luz de luna y a veces se alejaba de él, como un delgado tronco de abedul rodeado de helechos que se balanceaban. Junto a las descoloridas zapatillas azules de la señorita Pippard, Zoyland había arrojado sus propias botas embarradas, una de las cuales yacía de lado, satisfecha y a gusto, en aquel pequeño charco de luz de luna, mientras que

la otra, dejada en la oscuridad exterior, miraba tristemente al techo.

Los dos estaban sentados en la cama, con la espalda apoyada en la pared occidental de la cabaña, mientras el rayo de luz de la luna que entraba por la mano derecha iluminaba el cuello de la muchacha y el fleco de su barba y dejaba sus rodillas en alto, sobre las que se extendían confusas las sábanas arrugadas, en parte iluminadas y en parte en sombra. Uno de sus brazos colgaba suelto sobre el borde del sofá, mientras que el otro, en torno a la cintura de la muchacha y contra su costado desnudo, le provocaba los cansados sentidos con una delicada sensación de excitación. Mientras descansaba allí, Will Zoyland se sintió sumamente agradecido a la señorita Pippard por el placer que le había proporcionado y por el placer que todavía inundaba cada nervio de su cuerpo deliciosamente letárgico. La gratitud sexual es una emoción mucho menos frecuente en los tiempos modernos que en la época medieval, debido al hecho de que el industrialismo ha abaratado el valor de la emoción sexual al rebajar los muros rituales que la rodeaban. En los tiempos modernos, se necesita una naturaleza profundamente magnánima y hasta quijotesca para sentir esta emoción en un grado extremo. Sin duda, es esta ausencia de gratitud sexual la que explica el odio despiadado y salvaje que tantas parejas separadas sienten hoy entre sí, y la furiosa venganza de sus disputas por dinero. Pero es un signo de mezquindad en un hombre o una mujer,

y de cierta debilidad de carácter, que esa gratitud se olvide tan rápidamente. Una naturaleza grande puede verse obligada a devolver el golpe con fiereza, puede encontrar necesario huir por completo; pero incluso en sus réplicas, incluso en su evitación, conserva una cierta ternura e indulgencia fundamentales, basadas en la gratitud física por las emocionantes sensaciones del pasado.

En gran medida, fue su desbordante gratitud hacia Nell por las emociones que le había proporcionado el contacto de su cuerpo lo que había hecho que Zoyland fuera tan indulgente con Sam.

Los hombres que navegan por el mar, por regla general, debido a su aislamiento de las mujeres, les están más agradecidos por sus favores que los hombres de tierra firme. Un campesino celoso, un comerciante celoso es mucho más común que un marinero celoso; y aunque el bastardo de Lord P. nunca había navegado por el mar, sus antepasados nórdicos sí lo habían hecho, y ese estilo de vida estaba profundamente arraigado en su sangre.

La señorita Pippard era una completa desconocida para Will Zoyland; y, por esa misma razón, el hecho de que el barajar de las cartas de la vida –o como dirían algunos, las maquinaciones de Zookey– le hubiera otorgado el emocionante privilegio de disfrutar de la textura satinada, fresca y resbaladiza como las hojas de los nenúfares, de los miembros de la muchacha, otorgaba a sus susurros

iluminados por la luna un picante tan delicado y exaltado como el canto de un pájaro o el vuelo de una mariposa en un claustro monástico.

–Me alegro de que tu madre le haya pedido a mamá Legge que venga mañana –susurró Will–, porque siempre me ha gustado esa anciana. Es una figura clásica, si sabes a qué me refiero, querida. Mi padre solía decir que le hacía pensar en una prostituta de Roma.

–¿Es cierto, señor Zoyland –fue una débil respuesta de la figura blanca que estaba a su lado– que el alcalde de Glaston curó a la pobre Tittie de un cáncer mortal?

–¡Dios mío! ¡Querida, *no* lo sé! He estado en Wookey todo el otoño. Quizá no fuera cáncer en absoluto. Será mejor que le preguntes mañana y veas lo que te dice. No *acudiría* a esa vieja y piadosa farsante ni aunque tuviera el peor cáncer que se haya conocido. Me pegaría un tiro antes que hacerlo.

–Dicen que habrá acontecimientos raros –continuó la señorita Pippard, ofreciendo mientras hablaba exactamente el tipo de resistencia a sus caricias que aumentaba su valor sin desviar su rumbo, “cuando el Sr. Geard abra su nuevo arco en Chalice Hill. Dicen que los extranjeros vendrán en trenes llenos para verlo. Estuve en Moorleaze, cerca del convento de Witham, el día del desfile. La señora fue allí, y también los niños; pero el amo me mantuvo a su lado, para...” Se interrumpió con un pequeño chasquido de la

lengua contra sus dientes. Este sonido suele denotar algún desastre suave cuando lo pronuncia una jovencita. En el caso de la señorita Pippard denotaba una indulgente conciencia de los avances amorosos.

–¿Jugar con él en el pajar? –susurró Zoyland.

–Había muchos gansos recién nacidos –continuó Eudoxia con gravedad–, allí, junto al estanque de Croft, y yo era la única criada de la lechería en la que él le confiaba. La vieja Madge Dill estaba demasiado reumática para cruzar a Barton. Ella fue la que le conté, señor Zoyland, la que contrajo el reumatismo por recoger berros.

–Lo recuerdo, cariño –susurró Zoyland–. Ella fue la que te escatimó en mantequilla hasta que la asustaste con ese cuento de las velas de cadáveres.

–Así fue –suspiró Eudoxia–, y después de esa historia yo era la mujer más rica de Mid–Somerset. A menudo deseo –¡y el dulce Jesús sabe que lo deseo ahora!– que mamá nunca me hubiera obligado a abandonar ese buen lugar. Mi amo solía decir que yo era la doncella más hábil para detectar hongos que había visto en su vida. A menudo decía que cuando me casara me regalaría un brazalete de oro macizo con encaje de filigrana. –Así susurró Eudoxia y suspiró profundamente.

Le dio a su compañera de cama mucho tiempo para

meditar sobre la pródiga liberalidad de Moorleaze y sobre las formas y los medios para rivalizar con ella. Luego suspiró de nuevo.

–Me gustaría que mi madre probara si el manantial milagroso del alcalde en Chalice Hill puede curar su eczema. –Este piadoso deseo fue susurrado a la luz de la luna con intensa gravedad. Y luego, incluso en el momento en que su resistencia a las caricias de una mano de su seductor se aflojó perceptiblemente, agregó en un susurro aún más grave:

“¡Le pica muchísimo los dedos de los pies, pobre madre! ¡Daría medio año de salario por aliviarle ese escozor del demonio!”

La lujuria de Zoyland era ahora muy contenida, de modo que podía permitirse moralizar en ese momento hasta donde quisiera. «A veces», se dijo, «estas chicas parecen no tener sistema nervioso. Pueden responder sin responder y pensar en Dios sabe qué. Si alguien me preguntara qué es lo que más valoro en una mujer, diría que la atención. Es como tratar con una criatura que es mitad animal y mitad ángel. La mayor parte de tu conversación, de tus actos amorosos, de tus ideas, de tus pensamientos, pasan sobre ellas como el agua sobre el lomo de un pato». Había llegado a este final de sus meditaciones cuando la chica de repente se puso rígida como un alambre galvánico y se encogió contra la cortina marrón, tirando de las sábanas hasta cubrirse la cabeza. Zoyland tuvo tiempo de captar un leve susurro en la escalera

que conducía al dormitorio de arriba y un leve crujido de la barandilla; pero apenas había saltado de la cama y tropezado con las zapatillas de la muchacha, cuando la puerta al pie de la escalera se abrió de golpe y Nell, con su bata azul y un candelabro de plata en la mano, entró en la habitación.

Zoyland recordó hasta el fin de sus días la expresión del rostro de Nell. Sus ojos brillaban con un brillo feroz, duro y brillante cuando entró por primera vez; pero cuando levantó la vela, un lado de sus rasgos quedó ensombrecido.

–¿No os da vergüenza? –gritó con voz clara y resonante, y con una mano que él pudo ver que no temblaba ni se estremecía, llevó la vela al centro de la habitación y la puso sobre la mesita verde, empujando con el borde del candelabro un jarrón de crisantemos de pequeñas flores que estaba allí fuera del camino.

El hombre barbudo, que a la luz de las velas parecía muy alto y formidable, se mantuvo firme y permaneció con sus enormes piernas firmemente plantadas sobre la alfombra, los pies descalzos muy separados y la camisa de franela colgando suelta sobre sus muslos desnudos.

Pero Nell se le acercó y con un gesto imperioso con la mano hizo como si fuera a empujarlo para que se apartara del camino mientras se dirigía al sofá para enfrentarse a la señorita Pippard. Incapaz de hacerlo y aparentemente sorprendida por la sangre fría imperturbable del hombre,

Nell dio un paso hacia un lado, hacia la pared a su izquierda, y llamó a la figura acurrucada en el sofá.

–¿No te da vergüenza, Eudoxia? ¿No te da vergüenza tratarme así a mí y a tu madre, que está arriba, y a mí con el pequeño Harry? No puedo entenderte, Eudoxia. ¡No puedo comprender cómo pudiste *hacer* algo así!

Mientras Nell expresaba así su indignación ante la figura del sofá, la mente de Zoyland estaba considerando rápidamente dos líneas de acción alternativas. ¿Debería recoger su ropa, que estaba allí, apilada sobre una silla de mimbre, cerca de la estantería (esa estantería que contenía los enormes volúmenes de *Arabia Deserta*) y retirarse con ella a su «sala de fumadores», dejando a Eudoxia a merced de Nell? ¿O debería, por las buenas o por las malas, obligar a su esposa a volver a su dormitorio con su hijo? Como cazador que era, Will sólo tenía que decidir qué línea tomar, y la seguiría de manera temeraria y desafiante. Hasta ese momento, Nell, en su justa ira, había tenido el látigo sobre los dos. Pero el único instinto claro de Zoyland ahora era salvar a la señorita Pippard de una mayor humillación.

Aunque Nell lucía encantadora con su bata azul, la moralidad contenida en su indignación parecía haber cambiado su personalidad de una manera muy sutil. Zoyland no pudo evitar experimentar una extraña conmoción al ver cómo esta grosera incursión había arrastrado a la hermosa muchacha a un papel de domesticidad celosa y estropeadora

de juegos, en el que es difícil para cualquier mujer desempeñar un papel atractivo.

Las sensaciones del hombre se sucedieron una tras otra, como paja en una cascada, durante los pocos segundos que duraron las palabras de Nell hacia aquel sofá derrumbado desde el cual su propia figura corpulenta ahora protegía la llama de la vela.

–Sube, Nell –dijo, acercándose a ella–. Hablaremos mejor de esto arriba. No es culpa de Eudoxia.

–¡No te acerques a mí, no me toques! –gritó su esposa con las mejillas sonrojadas y los ojos centelleantes.

–¡Sube, Nell! –repitió con voz tranquila, pero llena de una formidable resolución. Aquellos entes naturalistas invisibles –pertenecientes a regiones del Ser más poderosas, no diré «superiores» que las nuestras– que se interesan de manera peculiar y sin duda a veces decisiva, como Mat Dekker con su acuario, por dramas humanos tan tensos como éste, debieron de quedar impresionados por la calma y la maestría con que Zoyland manejó la situación. Se habrían dado cuenta de que toda su verdadera ternura era para su esposa; se habrían dado cuenta de que para él su aventura con la señorita Pippard no tenía más importancia que si lo hubieran pillado robando cerezas. Pero también se habrían dado cuenta de que tenía el raro don de usar la violencia a sangre fría. En lugar de sentirse en lo más mínimo intimidado por la

furia eléctrica de Nell (y en su ataque de ciega reacción sexual la dulce muchacha se debatía como una pantera en sus brazos), la levantó, como Zookey hubiera levantado al pequeño amo Henry, y la llevó corporalmente por las escaleras hasta la habitación de arriba, donde la acostó (Zokey Pippard había cerrado discretamente la puerta de la antesala) sobre la cama, al lado de su primogénito dormido.

Los entes naturalistas celestiales antes mencionados no se habrían dejado engañar, como sin duda lo estuvo la aterrorizada Eudoxia, al pensar que la furiosa ira de Nell era un sentimiento profundo y trágico. Se habrían comentado entre ellos (en medio de ese acuario de pececillos antropoides de Whitelake) que, si Nell hubiera resultado realmente herida de manera trágica, habría abrazado a su bebé contra su corazón, donde estaba, y nunca habría bajado esas escaleras tan deliberadamente, tan suavemente y tan empeñada en obtener una retribución justa.

Lo que Eudoxia vio cuando se quitó las sábanas de la cabeza fue la puerta abierta de par en par de la escalera, la vela parpadeante sobre la mesa, el cinturón azul retorcido de la bata de Nell tirado en el mismo charco de luz de luna que sus propias zapatillas y la bota de su amante, y el montón intacto de ropa del amo apilada en la silla de mimbre junto a la estantería.

Sentada en la cama, con el corazón palpitante, la muchacha contempló esos objetos durante un par de

segundos. Luego, en voz baja, profunda, apasionada, concisamente (y hay que confesar que no es poca la razón), maldijo «el útero que la llevó y los pechos que la habían amamantado».

–¡Todo es culpa tuya, madre! –se lamentó en su corazón–. ¡Esta es la última vez que te escucho! ¡Regresaré a Moorleaze mañana, con la ayuda de Dios!

Los primeros invitados en llegar la tarde siguiente, que resultó ser un día neutro como suelen ser los días, ni lluvioso ni bueno, ni sin viento ni racheado, ni cálido ni particularmente frío, fueron el marqués de P. y Lady Rachel.

Lord P. llegó muy nervioso y de mal humor. Zoyland y Nell apenas habían terminado su almuerzo tardío, preparado por Zookey en un silencio malhumorado; su hija se había ido a tomar el autobús de las nueve en punto a Frome, con la intención de bajarse del autobús en Wanstrow y hacer el mejor camino, sin siquiera arriesgarse a enviar un telegrama, para regresar sana y salva a sus crías abandonadas en Croft Pond.

El marqués salió inmediatamente a dar un paseo por la orilla del río con su hijo, dejando al sargento Blimp la tarea de disponer del carro de ruedas verdes y del caballo negro lo mejor que pudo.

–Tengo una noticia para ti, Will –declaró con aparente

entusiasmo, tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído. El muy cabrón se encogió de hombros. Conocía demasiado bien a su padre. La disimulación prolija de la Cámara de los Lores no le *engañó*.

«El gobernador ha estado haciendo el ridículo», pensó con tristeza. «¡Éste es su comienzo normal!».

El perfil del anciano, con su barba rala y su nariz prominente, parecía haberse agudizado perceptiblemente desde la última vez que lo vio. El anciano noble tenía una expresión de cansancio, frustración y desagrado en su rostro de viejo guerrero, como si hubiera llevado puesta su armadura de malla durante demasiados años y estuviera encantado de hacer testamento y acostarse con sus antepasados en la catedral de Wells.

–No tendré que vender Mark Court –dijo Lord P.–, eso es bueno. Anoche hice un buen negocio, muchacho. Ojalá hubieras visto cómo los atraía, los empujaba y los hacía pelear.

–¡Dios mío, papá! –gritó el otro, muy alarmado, agarrando la manga de su padre y deteniéndolo, mientras él se daba la vuelta para mirarlo de frente–. ¿Qué has hecho ahora?

–Vinieron anoche –dijo el anciano caballero–. ¡Vinieron tres de esos demonios! Uno era el hermano de tu esposa, el bolchevique (un tipo honesto, por cierto) y un agitador de

algún tipo, un individuo imposible; y el tercer tipo era un inteligente abogado de las Islas Sorlingas, llamado Trent. Muy pronto se dio cuenta de con quién tenía que tratar. Los otros dos parecían inclinados a sermonearme. Adoptaron el tono de que si no les dejaba hacer lo que querían esta vez, me atraparían mucho peor más adelante. Pero yo... pronto les mostraré que no soy el tipo de persona a la que podrían acosar de esa manera. Pero este tipo, Trent, parece haber hecho un estudio bastante minucioso de todos los arrendamientos y propiedades de Glastonbury; y me ayudó a hacer que su compadre bolchevique comprendiera mis argumentos cuando le expliqué la situación.

–¡Por el amor de Dios! ¿Qué *ha* hecho, señor? –gritó el bastardo, tremendamente alarmado.

El anciano enderezó los hombros y se inclinó un poco hacia delante, inclinándose rígidamente desde la cintura, como un soldado y un cortesano, pero hundiendo profundamente su bastón en el barro del sendero.

–Bueno, te lo diré, muchacho –dijo, apoyándose en el mango de su bastón–. He arreglado las cosas de modo que no tendré que preocuparme más por mis ingresos durante los próximos años. He estado buscando información sobre el mayorazgo y esos hermanos tuyos (¡malditas sean sus almas! ¡Cuánto *les* importan mis problemas!) no tienen nada que decir al respecto. El mayorazgo de Zoyland no afecta a Glastonbury.

“¡Lonhas vendido!” gritó el bastardo.

–No, muchacho. No te entusiasmes demasiado pronto. Lo único que les he *vendido*, y por una buena suma, te lo aseguro, es esa parte de las propiedades de la tintorería que están en mi terreno. Es la parte más nueva, ya sabes. Ese tipo, Crow, se pondrá amarillo cuando lo desalojen; y menos mal. ¡Ha estado dando las cosas demasiado por sentado, el granuja! Pero en cuanto al resto, las tiendas de High Street y la propiedad de Bove Town y Paradise, se *las* he cedido con un contrato de arrendamiento de cincuenta años y con un alquiler mil libras más alto, además, que el que me dieron los comerciantes y los inquilinos de los barrios bajos. ¡Es un negocio de primera, muchacho! El viejo Beere está furioso, por supuesto. Pero eso es porque lo hice por encima de él. Pero ha hecho mucho por mí estos últimos años... excepto comerse mis faisanes y contarme historias indecentes sobre su hija y la cuñada de tu esposa, ¡que todo el mundo *me dijo* que era blanda con Crow! El viejo Beere está en su vejez. ¡Cree que es una gran gloria y una señal de gentileza en él tener una hija que no corre detrás de los muchachos! Le dije al viejo tonto que una chica como *él* lo mataría por su dinero si no tenía cuidado.

William Zoyland se apartó bruscamente de su padre y dio un paso apresurado por el camino de sirga.

¡Así que esto era lo que ese escurridizo abogado de Cornualles había estado haciendo todas esas semanas en su

nueva oficina! ¿Había conseguido convencer al viejo Beere? ¡No! Imposible. ¡Pero Dave estaba sin duda detrás de todo eso! ¿Quién habría supuesto que ese hombrecillo tan gracioso tendría el coraje? Pero, por supuesto, el tipo que estaba detrás de todo el asunto era ese viejo tramposo y astuto, Geard. ¡Él era el indicado! «Tengo que ir corriendo a contárselo a Philip», pensó, «esta tarde; tan pronto como termine el bautizo. ¡Se vendió la sección más nueva de la fábrica de tintes! ¡Vaya, es un golpe serio! Por supuesto que tiene las otras... pero es serio, es terriblemente serio. ¿Cómo demonios se lo tomará Philip?»

Regresó a grandes zancadas hacia su padre.

–Bueno... ¡ya lo *has* hecho! –gritó brutalmente–. Pero veamos si he entendido bien lo que has hecho. ¿Les has vendido ese *nuevo* terreno para la fábrica? ¿El que está al norte de Manor House Road y al sudeste del ferrocarril de Burnham y Evercrech? ¿El *otro*, al este del cementerio, no te pertenece? ¿Philip Crow sigue a salvo allí? Pero escucha... ¿estás seguro de que los *edificios* de esa sección más nueva son tuyos para venderlos? Me refiero a toda la planta. ¿Acaso ese hombre... cómo se llama, ese Crow que vendió...?

El marqués se acarició la punta de su barba gris.

–¡No podía vender lo que no era suyo, muchacho! ¡No, no! Esa sección más nueva de edificios cerca del ferrocarril de

Burnham fue construida por el hombre de negocios de nuestra familia, tu tío abuelo, Lord Edward. Eso fue antes de los días en que eras un bebé con enaguas, allá en Limoges. Llevé a tu madre a verlos... también estuvo muy cerca de ser atrapada ese día... tenía el espíritu del mismísimo diablo, esa mujer... cuando se trataba de patinar sobre hielo delgado... ¡igual que tú, mi muchacho!

Mientras se desarrollaba esta conversación, Lady Rachel fue presentada al pequeño Henry.

Zookey Pippard recuperó un poco su temperamento en la excitación de vestir al bebé con su túnica de bautizo; y por alguna razón que sólo conocía su apasionado y altamente nervioso espíritu, el infante se enamoró violentamente de Rachel, aferrándose al dedo que ella le dio y sonriendo y babeando de éxtasis cuando lo recibió en su regazo.

El siguiente en llegar entre los invitados esperados no fue otro que Mat Dekker. La alta y maciza figura del sacerdote iba ataviado con su larga levita negra de los domingos y se había tomado muchas molestias para limpiar sus gruesas botas con manojos de hierba antes de presentarse en la puerta de Whitelake Cottage.

Sin embargo, se había olvidado de cambiarse los pantalones de los días laborables, que parecían más descoloridos y raídos que de costumbre. El hombre estaba obviamente nervioso y lleno de emociones furiosas, pero se

controlaba y suplicaba con toda naturalidad tener un pequeño tête-à-tête con la madre de este recién enrolado soldado de Cristo.

Fue un momento extraño para ambos cuando la madre y el abuelo de Henry Sangamore Rollo Zoyland se sentaron uno frente al otro en ese dormitorio de techo bajo, en lo alto de las escaleras por las que la mujer había llevado su vela con tan drástico propósito la noche anterior.

Ella yacía ahora cuan larga era en la cama, apoyada sobre dos almohadas, mientras su hijo, aunque profundamente dormido en su cuna entre ellas, no la separaba mucho del sacerdote.

Por suerte o por desgracia, según sea el caso, la clarividencia amorosa de una mujer se ve arrullada, drogada, adormecida, deliciosamente estupefacta por la mágica sensación de dar de mamar. Aunque su hijo dormía profundamente, la sensación de sus labios exigentes, de su sed dominante por la fuente de su vida, todavía se aferraba a su cuerpo receptivo y lo volvía embotado, en trance, absorto, preocupado, para toda otra conciencia sensible. Así, mientras permitía que Mat Dekker retuviera sus fríos dedos de colegial sobre la colcha del niño dormido, apoyando su mano con la de él, de hecho, sobre el borde de mimbre de la cuna, nunca se le ocurrió que este hombre –el padre de su querido amor– tenía algo en su corazón por ella excepto una profunda simpatía sacerdotal. Sabía que no sentía timidez

hacia él; sabía que sentía una seguridad encantadora y relajada en su presencia; ella sabía que el contacto de sus ásperos dedos le proporcionaba una oleada de fuerza espiritual; pero más allá de eso, no experimentaba (o era consciente de experimentar) ningún vínculo íntimo entre ellos.

Había una restricción que se apoderó de ella y que la desconcertó un poco mientras luchaba mentalmente por superarla: una singular dificultad para mencionar el nombre de su hijo. Anhelaba llamar a ese silencioso, rudo y amistoso defensor: «¡Y ahora cuéntame todo sobre mi Sam!». Pero alguna fuerza inexplicable siempre retenía las palabras, justo cuando se deslizaban, como gotas de lluvia recurrente desde el suave tallo de su feliz paz, hasta la punta de su lengua.

“¿Por qué no puedo preguntarle cómo está Sam?”, pensó. “Debe ser por su religión. Ha venido a bautizar al hijo de Sam, pero no quiere pensar en nosotros dos juntos”.

Con esta explicación en mente, se dejó relajar de nuevo sobre las almohadas y cerró los ojos, apretando la mano que sostenía la suya en un apretón confiado y confidencial. Fue el propio Mat quien rompió ese silencio, por fin.

–He estado pensando mucho últimamente, Nell –dijo–, sobre este gran día de consagración del alcalde. Me han dicho que será en enero, y oigo las historias más disparatadas, mientras voy entre mi gente, sobre lo que ese

hombre está planeando. –Suspiró profundamente mientras hablaba, y Nell aprovechó la oportunidad para recuperar su mano derecha, que utilizó de inmediato para apretarse más el manto azul.

Mat Dekker había suspirado profundamente al hablar del alcalde de Glastonbury, y la muchacha, en su maternal atrofía del nervio sexual, había atribuido el suspiro enteramente al delicado problema profesional de cómo tratar con los disparatados y fantásticos planes del señor Geard. Pero, por supuesto, en realidad, no más de una milésima parte de ese profundo suspiro tenía algo que ver con las actividades del señor Geard.

Fueron interrumpidos por la aparición de Zookey Pippard, quien vino a decirles que todos los demás invitados habían llegado y que su señoría estaba impaciente por que comenzara la ceremonia.

Zookey se acercó a la cuna y Mat Dekker se puso de pie.

–Espero que no sea la primera vez, Zookey –dijo el sacerdote con una risa amable (siempre era un hombre transformado cuando trataba con los nativos, un toque del antiguo acento de los Quantocks entraba, por así decirlo, en sus modales y en su entonación)– que me habrás oído decir una oración, ya que... pero no le diremos a la señora lo bien que nos conocemos, ¿verdad?

En circunstancias normales, esta indulgente indiscreción, referida a una ocasión en que el digno hombre había rescatado a este viejo y complicado equipaje de las garras del señor Sheperd, habría sido objeto de una respuesta pícaro. Pero la vieja traviesa todavía estaba dolida por la ira de Nell hacia Eudoxia.

–Su señoría acaba de decirle a su señoría –replicó la señora Pippard, tarareando y murmurando sobre el bebé y dándole un golpecito con la uña en su mejilla pequeña y roja–. ¿Qué está haciendo el doctor Dekker arriba? ¡Está bautizándola!

–¡Tonterías, Zookey! –gritó Nell–. ¿No te da vergüenza decir esas mentiras? Pero *será* mejor que vayas y te prepares, señor Dekker. Diles que Zookey y yo llevaremos a Henry en menos de cinco minutos...

–Y entonces ella dijo que debía irse, y Doxy dijo que al señor le agradaría que *ella* misma fuera. –Estas emocionantes palabras resonaron en la cocina de Whitelake Cottage media hora después, cuando el bautizo ya había terminado y la parte de clase alta de su audiencia estaba tomando el té en el salón.

–No debería haber hablado así –dijo Nancy Stickles con tono de reproche, dejando un gran trozo de pan nuevo y mermelada de grosella negra, pues todos estaban sentados en la mesa de la cocina y miraban fijamente y con una mirada abierta el rostro ambiguo de Zookey–. Después de todo, no

sería agradable para el señor Zoyland estar hablando con ella en el sofá del salón, como dices que estaba, y ella en la cama con Henry, y la casa a oscuras y en silencio.

–¿Quieres otro trozo de bizcocho, tía Legge? –intervino la hospitalaria Zookey–. Todos sabemos lo respetable y correcta *que eres*, Nance Stickles, cuando todo el pueblo sabe que tu Harry echó a Red Robinson de casa por el alboroto que armaste con él y por los golpes que se produjeron cuando tu Harry se iba a la cama. Sé con seguridad cómo fue, porque el señor Robinson me lo contó él mismo.

Fue en ese momento cuando Abel Twig intervino, interrumpiendo el altercado entre las mujeres con una voz tan temblorosa y débil que parecía la voz de la propia Filosofía surgida de aquellos viejos montículos de Lake Village.

“Sin duda, ese Red Robinson era tuyo cuando la señora Nance no le dejaba hacer lo que él quería hacer... y entonces él fue y contó esta historia contra ella, igual que ese sucio descuidado de Putifar hizo contra el rey José en la Historia”.

Se produjo un silencio incómodo en torno a la mesa de la cocina, durante el cual los invitados más pacíficos se volvieron hacia la madre Legge en busca de protección. Aquella gran proveedora de placeres chipriotas apenas había pronunciado palabra hasta el momento. Mantenía la mirada

fija en la puerta que conducía al salón, una puerta que habían traído a la cabaña desde Mark Court y que era de roble excesivamente grueso.

–No dejes que se peleen, tía –suplicó Tittie Petheron con la boca llena de bollo con mantequilla.

Sally Jones sumó su voz a la de Tittie, por cuyo aspecto nadie habría supuesto jamás que unos meses atrás gritaba tan lastimosamente pidiendo morfina.

–¡Señora Legge! –exclamó Sally, como si la vieja alcahueta fuera muy sorda–. ¿No ha oído, señora Legge, lo que Zookey Pippard le dijo a Nance Stickles?

La madre de Eudoxia no tardó en defenderse.

–La tía es dura de oído –soltó con rencor– cuando toma el té con gente pobre en la cocina, en lugar de hacerlo con la nobleza en el salón.

Estas palabras le llegaron al corazón a la madre Legge. La verdad era que, cuando recibió la invitación para asistir al bautizo de Zoyland, la anciana *había* pensado que su lugar estaría con la nobleza y no con sus humildes parientes. De hecho, al reflexionar sobre este triste matiz, la corpulenta dama, aunque le habían dado la única silla con brazos y la única taza de té que no era de cocina y se habían ocupado de ayudarla a servir cada manjar de la mesa, ahora miraba con gravedad esa gran puerta de roble a través de la cual la

única voz de la gente que se oía de forma articulada (y sólo de vez en cuando) era la de William Zoyland. Las otras voces se perdían en un murmullo vago e indistinguible.

Zookey Pippard era una de las pocas mujeres de Glastonbury que se habían enfrentado a la actual inquilina de Camelot y de «su otra casa». Pero en la reprimenda que le dirigió la anciana había una dignidad majestuosa y también una audacia increíble. Se levantó de la silla, se dirigió a la puerta de roble, la abrió lo suficiente para que su cuerpo llenara todo el espacio y le dijo a Nell con perfecta sangre fría: «Su sirvienta, señora, no está dispuesta a dejarnos que nos cuidemos solos, pero usted *debe hacerlo*. Por favor, díganos cuándo la necesita, porque podemos arreglárnoslas perfectamente sin ella».

–¡Oh, gracias, señora Legge, muchas gracias! –exclamó Nell, levantándose a medias de su silla con ese particular arrebatado de perturbación que sienten las jóvenes azafatas cuando hay señales de un motín bajo cubierta. Fue el marqués quien salvó la situación.

–¡Pero si esa es mi vieja amiga del Paraíso! ¡Nunca me dijeron que *te habían traído* aquí! ¿Dónde te han estado escondiendo? Ven aquí, ¿está bien, Nell?, y siéntate a mi lado. –Dio un pequeño tirón con el índice y el pulgar al sillón en el que estaba sentada Perséfone; se comportó exactamente como si hubiera sido Teodorico el Ostrogodo, patrocinando algún harén en Argel e indicando con el más

leve golpecito en la empuñadura de su espada gótica que se divertiría más con el anciano narrador de historias de las tiendas que con la joven y más inteligente hurí.

Perséfone, levantándose lánguidamente, sonrió dulcemente a la señora Legge y extendió uno de sus largos brazos hacia él; le dirigió a Lord P. una única mirada rápida, fugaz y penetrante que no sólo logró hacer que el viejo déspota se sintiera incómodo, sino que también lo hizo desear de corazón que volviera; tan hermosa se veía en su enojo.

«Podría haberme apuñalado, la muy descarada», pensó. «Y tengo que volver a verla», pensó.

Una vez instalada en ese espacioso sillón, con todos sus volantes de satén negro y sus voluminosos encajes negros colocados a su alrededor, la madre Legge miró a su alrededor con impenetrable aplomo. Bajo la protección del señor se sentía dispuesta a ser indulgente con sus enemigos y más que generosa con sus amigos. Incluso sentía que le debía algo a Zookey Pippard por haber sido quien le dio el empujón final que la había llevado a este reconocimiento público de su verdadero estatus en la sociedad de Glastonbury.

–Está profundamente dormido, ese niño tan lindo –observó ella, mirando hacia el techo–. ¡Le has salpicado bien con el agua bendita, Passon! Me recordó mi propio bautismo al ver cómo caían las gotas sobre él.

En ese momento surgió la imperiosa necesidad de más agua caliente en la tetera de plata de Nell, que había sido un regalo de su hermano comunista. La joven madre miró a ese hermano ahora, porque notó que Perséfone, en su reacción al desaire que había recibido del señor, estaba coqueteando furiosamente con Will.

Dave se levantó con presteza, abrió la gruesa puerta de roble y entró en la cocina, permitiendo que un estruendo de voces femeninas emocionadas, mezcladas con los roncos tonos graves del Número Uno, inundaran el salón.

Regresó con la tetera y la llenó, y su hermana le tendió con cuidado la tetera por encima de las muñecas quemadas por el sol y los puños limpios de la camisa dominical del vicario. La puerta que separaba las dos habitaciones permaneció abierta mientras se desarrollaba esta transacción, y esa curiosa tensión que se produce entre dos grupos de personas enfrentadas, entre los que se abre un abismo social, redujo Whitelake Cottage a un completo silencio consciente. Fue en medio de este silencio que Dave, como un joven médico que recorre una sala llena de pacientes expectantes, llevó la tetera a la cocina y regresó a su lugar, cerrando la puerta de roble tras él.

"No puedo entender cómo la gente como nosotros puede estar contenta de seguir con este tipo de cosas", dijo. "Supongo que ninguno de nosotros aquí piensa en todos esos picos y palas que están trabajando ahora, allá en

Wookey, sacando ese estaño que la Naturaleza puso en Mendips para el beneficio de todos".

Will Zoyland giró perezosamente sus amorosos ojos azules desde su contemplación de la flexible figura de Percy y miró fijamente al orador, que ahora ocupaba su asiento junto a Lady Rachel.

Un estallido de burlas intimidatorias surgió de él antes de que su cerebro tuviera el ingenio suficiente para pensar en una buena réplica.

"¿Cuál es tu nombre?

¡Elacampaine!

Si me preguntas de nuevo te diré lo mismo".

Cantó él de manera irritante; y luego agregó:

–Tú, yo y el vicario, Dave, mi amigo, somos los únicos aquí que podríamos utilizar esas palas durante cinco minutos; y *él* no podría utilizarlas (al menos *yo* no podría) durante media hora sin cansarme. ¿Qué vas a hacer al respecto, eh? En este mundo *debe* haber división del trabajo.

–¡Pero si no *nos* esforzamos en absoluto! –gritó Lady Rachel, dejando espacio para que Dave se sentara a su lado.

–¿No estás trabajando, Rachel? ¡Qué bonito decir eso!
–exclamó Zoyland con voz potente–, ¡cuando he renunciado a mis únicas vacaciones durante meses para entretener a

todos ustedes y hacer bautizar a Henry! Deberías ver cómo trabajo allí, mi buena niña. ¡A menudo estoy en esa pequeña oficina llena de corrientes de aire, horas después de que los preciosos paleadores de Spear se han ido a sus casas a cenar!

Gritó todo esto tan fuerte que la respuesta de Dave fue más efectiva que un extremo silencio.

–No todos podemos cavar, Will. Es cierto, pero todos lo esquivaríamos *si pudiéramos*. Me conformaría con que quienes hacen el trabajo sucio recibieran más dinero que el resto de nosotros, en lugar de mucho menos, y que además los despreciemos.

Zoyland debía de ser consciente de la ventaja que le proporcionaba la tranquilidad de Spear. También debía de estar abrigando un pequeño resentimiento por Eudoxia y otro más profundo por lo que su padre acababa de decirle con respecto a la venta, porque ahora gritó de manera bastante descortés:

–¡Tonterías! ¡Ratas! ¡Todas esas teorías son tonterías! ¡En todo el mundo es lo mismo! Dondequiera que vayas, verás hombres que mandan y hombres que obedecen. Me gustaría saber si tú mismo te encontrarías con un pico y una pala si pudieras mañana mismo introducirnos a todos en tu preciosa comuna.

Una sonrisa divertida se dibujó en el rostro de Dave al oír

la palabra comuna. “No se imaginan”, pensó para sí mismo, “¡lo cerca que están de una comuna en Glastonbury!”

Pero antes de que pudiera responder, Lady Rachel ya había intervenido.

–El punto que pasas por alto por completo, Will –exclamó la joven, citando con conmovedora fidelidad un párrafo del *Wayfarer* del sábado siguiente– es si estos trabajadores preferirían trabajar para un solo individuo como Philip Crow o trabajar para sí mismos, es decir, para la comunidad.

–¡Bien dicho, Lady Rachel! –murmuró el señor Spear.

Había realmente lágrimas en sus ojos mientras la miraba, tan encantado estaba de descubrir lo lejos que había viajado a lo largo del camino desde la última vez que había hablado con ella.

–¡Bien dicho, pequeña traidora! –imitó Zoyland .

–Sería bueno si pensaras un poco más y gritaras un poco menos, Will, –replicó su media hermana con un rubor en las mejillas.

“Lo que ella dijo es incontestable”, comentó Dave Spear con severidad.

El marqués de P. se puso de pie.

–Will –dijo con voz lenta y arrastrada–, me gustaría que fueras tan amable de decirle al sargento que atienda a mi caballo y lo prepare. Luego se volvió cortésmente hacia Nell, rebuscando durante un minuto en los bolsillos de su abrigo y finalmente sacando un objeto envuelto en papel de seda.

“Recogí a Rachel en la tienda de antigüedades de Glastonbury”, dijo, “y ella me ayudó a elegir esta pequeña fruslería para el niño. Ese hombre... ese individuo extraordinario... que siempre está ahí ahora... tardó mucho en buscarla... pero es auténtica... dijo que era bastante valiosa... de todos modos, contiene nuestras armas en ella... lo cual pensé que era una coincidencia bastante feliz”.

Por mucho tiempo que el señor Evans haya tardado en encontrar el objeto al que se refería, sin duda no tardó mucho en atarlo, pues cuando Lord P. lo sacó de su bolsillo, el papel de seda ya estaba hecho jirones. Era una taza diminuta, pero aparentemente estaba hecha de oro, y la concurrencia se apresuró a mirarla. Nell hizo un gesto muy bonito, vacilante, con la cara hacia arriba, y el padre del bastardo no dudó en aprovecharse de ello. Le sujetó suavemente el mentón levantado entre el índice y el pulgar durante un segundo mientras le acariciaba los labios carnosos con su bigote gris.

–Dios te bendiga, querida –susurró suavemente el anciano–. Después de todo, las verdaderas trabajadoras son ustedes, las madres.

El alboroto en torno a la copa de oro, que Nell colocó en el regazo de Madre Legge para evitar que la corpulenta dama tuviera que levantarse con esfuerzo, ocupó a los presentes lo suficiente y generó –como el carro de agua del consejo– una nube de polvo polémico, hasta que el sargento Blimp apareció en la puerta trasera con el carro de ruedas verdes.

El marqués y su hija tuvieron que pasar por la cocina para llegar al vehículo, y Zookey Pippard colocó sabiamente un bloque de madera contra la puerta de roble para mantenerla abierta.

El sargento y su gran caballo pronto se vieron rodeados por una multitud heterogénea de ambas habitaciones; pues un caballo sigue siendo la única cosa en Inglaterra que elimina toda vergüenza social.

–¿Cómo está, sargento? –le preguntó Abel Twig familiarmente al cochero de rostro solemne.

–Muy bien, señor Twig, gracias. Me gustaría estar aquí y estaría muy contento de quedarme aquí, si no fuera por los Bellamy. Esos dos viejos brujos, señor Twig, fueron creados por Satanás para molestar a un hombre hasta matarlo.

–Puedo creerlo, sargento, puedo creerlo. Sólo vi una vez a esa pareja de gamberros, y fue en la feria de Somerton; pero vi cómo regateaban esos gamberros como corresponde a un pueblo cristiano decente. Sentí pena por ellos... y esa es la

verdad, sargento... cuando oí cómo se comportaba esa pareja.

Sally Jones ahora se apresuró a acariciar la crin del caballo negro.

–¿Cómo le va a ir a tu tío Bart con esta venta, Sal, ahora que ha vuelto a la tienda?

–No está haciendo ni la mitad de lo que hacía, señor Twig –respondió Sal–, y también ha dejado su puesto de encargado de la tienda. Ha alquilado una habitación en Dickery Cantie's, desde donde puede ver el mercado de ganado desde su ventana. Dice: «A los que han tenido un día tan malo como el mío les gusta ver un poco del mundo antes de que se derrumbe».

Cuando el marqués y su hija aparecieron en escena y fueron ayudados a subir al carro, había una pequeña multitud a su alrededor.

Aunque la mayoría de estos amistosos seguidores eran sólo mujeres, Lord P. recibió una ovación feudal a la antigua usanza cuando se alejó al lado de Blimp con Lady Rachel sentada en el asiento trasero.

–Es agradable volver a oler un poco de buen estiércol de caballo –le dijo Abel Twig a Zookey mientras regresaban a la casa–, en lugar de esa gasolina.

“Eso es lo que dijo mi querida Doxy, justo en este momento, mientras se dirigía a buscar el autobús de Frome.

'Madre', dijo mi querida, 'creo que volveré a donde la gente no es tan quisquillosa y tan persuasiva, y donde los caballos de tiro ceñidos tienen campanillas de plata en el cuello'".

En efecto, con la marcha del jefe de la familia Zoyland, una extraña y misteriosa irritación se apoderó de todo aquel grupo de personas, una irritación que parecía fluir como una corriente eléctrica maligna de la cocina a la sala, y de la sala a la cocina. La pequeña copa de oro del bautizo, con el halcón de Zoyland, que había traído el marqués, se convirtió en la causa inocente de una violenta pelea entre Zookey y Sally Jones.

Nell había traído la taza para mostrársela, tan pronto como el carro tirado por perros se había puesto en marcha, y Sally había dicho que el tío Bart le había hablado hacía mucho tiempo sobre esa taza de oro y que la señorita Crummie había querido verla, pero la señorita Cordy, que ahora es la señora Evans, había dicho que no estaba bien "mostrarle cosas a la gente a menos que la gente estuviera pensando en comprarlas".

Fue entonces cuando Zookey comentó groseramente:

“El Número Dos diría mentiras tan rápido como jadean sus

pulmones. Supongo que pensó que la copa era de plata bañada común y corriente hasta que el señor Evans le dijo que era de oro”.

A este insulto, Sally había respondido con un torrente de palabras incoherentes, cuyo sentido era que había oído al señor Geard decirle a la señora Geard que si la Providencia le concedía la bendición de encontrar la copa de su amado Señor, habría algo en Glaston que separaría las mentiras de la verdad para siempre. «Y eso», había añadido Sally con fiereza, «¡sería lo último para *ti* y para *tu* lengua del diablo!».

–Lo siguiente que dirás es que la copa de oro de su señoría –replicó Zookey–, con la marca registrada de su señoría, es la copa del alcalde. ¡Eso es por haber dejado que Red Robinson te llevara adonde ninguna mujer decente *debería* ir! Tengo una semilla de ustedes dos, que se esconden por la noche por Chilkwell Street y, si no te importan tus modales, le haré saber al alcalde que vas por la ciudad contando historias de lo que le dice a su esposa, cuando no hay nadie cerca.

Para entonces, Nell había subido a amamantar al pequeño Henry; Zookey estaba recogiendo las cosas del té en el salón; Zoyland y Percy estaban de pie juntos junto al sauce llorón más cercano, en dirección a ese profundo estanque, en cuyas aguas, con ocasión de la primera aparición de Mat Dekker aquí el pasado mes de marzo, Sam había estado tan fuertemente tentado de arrojar a su barbudo rival.

Dave Spear, que utilizaba para ello el pequeño coche de Percy, se entretenía conduciendo pacientemente, en dos viajes sucesivos, primero un grupo y luego otro de los invitados proletarios a sus distintas casas en la ciudad. Primero llevó a Mother Legge y Tittie. Luego, a su regreso, llevó a Abel Twig, Nancy Stickles y Sally Jones, Sally sentada en el regazo de Nancy. Esto lo mantuvo ocupado durante casi una hora entera, con las inevitables conversaciones prolongadas en los portales; así eran casi las siete cuando finalmente se encontró apagando las luces de su máquina en el trozo de grava de la puerta trasera, sobre el que yacían los excrementos de olor saludable del caballo negro de Mark's Court.

Al entrar en la cocina por aquella puerta exterior bien engrasada que Doxy Pippard había considerado tan útil, descubrió a la madre de Doxy lidiando laboriosamente con una enorme pila de platos sucios. Will había comprado en el último momento, en la sección de porcelana de Wollop's, unas tazas de té y platos baratos que a Nell no le habían gustado en absoluto, pero que Zookey, al oír la discusión sobre ellos, miró con envidia, considerándolos un posible obsequio. Esas tazas y platos nuevos, aunque no se podían comparar en belleza intrínseca con la colección de Nell, poseían para Zookey un valor mucho mayor que éstos, simplemente porque flotaba sobre ellos ese vago glamour premonitorio de futura propiedad. Sin hacerlo deliberadamente, Zookey rompió dos de las tazas más

bonitas de Nell, reliquiaspreciadas de la tranquila familia Spear, objetos que no lucían ningún halcón depredador sobre su blancura con borde dorado; Pero ninguna de estas nuevas "cosas Wollop" llegó a romperse, en parte por su sustancia más resistente, pero también porque en su mente codiciosa, estaban destinadas a su propio tocador en Bove.

Después de conversar unos minutos con la señora Pippard, un gesto amistoso que fue recompensado con varios fragmentos de información hirientes y punzantes («El párroco no puede estar pendiente de la señora lo suficiente cuando tiene un hijo de pecho», uno de ellos; «A la bella dama y al amo parece gustarles la oscura orilla del río», otro; y «Fue maravilloso ver cómo brillaban los ojos de la tía Legge cuando tenía una copa de oro sobre el regazo», el tercero), Dave Spear abrió la puerta y entró en el salón. Allí encontró un aura de vacío tan triste y esterilidad silenciosa que incluso sus nervios vigorosos y flemáticos se vieron afectados por ella.

Nell –o Mat Dekker cuando se acercó a Nell– había apagado todas las velas menos una y lo primero que hizo Dave fue encender dos más. Las tres estaban a su lado sobre la mesa. Se sentó a leer y a fumar, sacando el libro y la pipa de su propio bolsillo espacioso. Dave leía un tratado sobre la Atlántida perdida, que le interesó como una imagen imaginativa de un antiguo estado comunista.

Sin embargo, un cierto sentimiento interior, de un orden

completamente distinto al de cualquier reacción emocional hacia su esposa o su hermana, se negaba a ser calmado por la lectura. Se trataba de un sentimiento de hambre extrema. Dave no había almorzado; y Zoyland y el señor Dekker habían devorado tan rápidamente el pan ligero con mantequilla y los bollitos escoceses que acompañaban al té que, antes de que comenzara su disputa económica, sólo había probado un poco; y, una vez que se había lanzado a su discusión, naturalmente había olvidado algo tan personal como la necesidad de comida.

La mayoría de las escenas patéticas que ocurren en la vida de casi todo el mundo son escenas que nadie advierte y que la persona en cuestión ignora por completo. Así fue ese momento en la vida de Dave, cuando, con la cabeza llena de la firma de esos documentos en Mark Court, reflexionaba sobre esas leyendas y rumores de la Atlántida en relación con su experimento histórico en Glastonbury, y se preguntaba todo el tiempo, contra su voluntad, si Zookey tenía la intención de cocinarles algo de comer.

Tuvo éxito en mantener estrictamente fuera de su mente cada imagen de Dekker inclinado sobre Nell en la habitación de arriba, y de Zoyland inclinado sobre Percy en la oscuridad afuera; pero mientras sus tres velas parpadeaban sobre estas leyendas del continente ahogado, no pudo evitar que sus pensamientos se dirigieran hacia papas al horno y salsa.

En dos ocasiones, mientras Dave leía su libro sobre la

Atlántida y pensaba contra su voluntad en patatas y salsa, Percy se acercó directamente a la ventana donde estaban las cortinas marrones, desde fuera, y lo miró. Como era la esposa del hombre, y sin embargo no sentía ninguna bondad esencial por él, la muchacha, cuando lo vio allí, no percibió en lo más mínimo el patetismo de aquella figura pequeña de pelo rubio, con su seriedad de colegial, pasando las páginas de la Atlántida y de vez en cuando haciendo una anotación a lápiz en el margen del libro. Creyéndose completamente solo en aquella habitación iluminada con velas, Dave recurrió a un truco infantil del que su madre muerta había tratado de curarlo hacía mucho tiempo: un truco de chuparse el labio superior y tirar de él hasta el tope, metiéndolo en la boca, mientras se lo lamía con la punta de la lengua. Pero Percy, aunque ella se había familiarizado tanto con sus costumbres que las daba todas por sentadas y había llegado a valorar sus opiniones hasta el punto de aceptarlas como propias, no sentía hacia él ni un solo sentimiento humano amable.

«¡Ahí está, leyendo ese libro!», se dijo la primera vez que echó un vistazo. «¡Cómo le salen las orejas!». Y la segunda vez que echó un vistazo, ocurrió lo mismo.

«¡Ahí está! ¡Sigue leyendo!», pensó. «¡Qué insensibles son sus manos!».

Will Zoyland aún no había perdonado a Nell por la humillación que le había infligido la noche anterior. Había aceptado la marcha precipitada de Eudoxia, pero no había

habido ninguna reconciliación entre él y Nell... De hecho, habían intercambiado muy pocas palabras de ningún tipo desde que la había subido en brazos por las escaleras del ático para no herir los sentimientos de la señorita Pippard.

Más que apaciguado por su prolongado flirteo con Doxy, los sentidos de Zoyland estaban irritablemente nerviosos después de su largo verano de virtud célibe.

La respuesta eléctrica de Perséfone a su cortejo descuidado (pues, como hemos descubierto, excitar el deseo de un hombre hasta el punto de la desesperación era un aspecto recurrente de la perversidad de esta singular muchacha) aumentó muy rápidamente esta rebeldía hasta convertirla en una llama de deseo que saltaba. La falta de perdón de Nell por el incidente insignificante de Eudoxia irritó la mente del bastardo como algo extraordinariamente injusto. Allí estaba él jugando a las cartas por el bien de Nell y ¿qué estaba haciendo ella a cambio? No podía culparla por estar absorta en su maternidad; pero al menos ella podría haber sido indulgente con su natural y perdonable lapsus.

Mientras apartaba a Percy de la ventana del salón después de que ella espiara por segunda vez a su marido, miró hacia la ventana del ático y notó, por la tenue luz que había allí, que ella sólo había encendido una de las velas de su dormitorio. Tampoco podía oír el sonido de la voz profunda del vicario, y pensó para sí:

«El padre le está sosteniendo la mano y meciendo la cuna... ¡una bonita imagen familiar! Pero, ¿dónde entro yo?».

Si se hubiera molestado en analizarlo, la complacencia de Will hacia el niño se debía más al bebé que a su madre. Su rica naturaleza animal –el temperamento generoso de un proscrito nato– respondía con exuberancia a la indefensión de la infancia. Henry le resultaba agradable para su gusto; pero si una gitana errante hubiera dejado un niño abandonado en su puerta, él lo habría convertido en el mismo tipo de mascota.

La pequeña copa de oro para el bautizo, que había pasado de un lado a otro entre el salón y la cocina y que ahora reposaba en paz al pie de la cuna de Henry, había sido una causa más de enojo entre Zoyland y Nell. La muchacha había expresado su deseo de que se grabara el nombre del bebé en la copa, pero a William esto le había parecido un añadido insignificante y propio de la clase media. ¿No llevaba ya la copa el orgulloso halcón de su raza? Así que hubo más palabras amargas entre ellos sobre este tema, que aumentaron aún más el enconado saldo de agravios.

–Vamos, cariño –susurró, mientras arrastraba a Perse desde la casa hacia el camino de sirga, esta vez en dirección este–. No nos quieren allí. ¡Él está tramando una revolución y ellos están tramando sentimentalismo! Esta noche nos libraremos de esto, tú y yo, ¡y será mejor que aprovechemos al máximo el hecho de estar fuera de esto!

A Percy siempre le había gustado coquetear con Zoyland, pero esa noche ambos estaban de un humor completamente diferente... Por alguna fatalidad, ambos estaban del mismo humor, lo que siempre significa una vibración entre hombres y mujeres llena de delicioso peligro.

“¿Es posible”, se preguntó su espíritu incorregible, “que este hombre vaya a hacer lo que Phil y Dave no pudieron hacer? De todos modos, este es un momento glorioso. ¡Ojalá pudiera durar para siempre!”

La media luna, que parecía empapada y laboriosa como un barco sin timón en el cielo moteado, vertía un torrente de influencia ambigua sobre el río crecido. Demasiados nervios femeninos, de todos los niveles de la vida orgánica, estaban drenando en ese momento la vitalidad de ese extraño ser, de modo que el toque mágico que cayó sobre los miembros relajados de Percy mientras Zoyland la arrastraba de la mano fue un mero desbordamiento accidental; casual, no calculado. Sin embargo, dio suficiente luz para guiar sus pasos mientras seguían el camino de sirga; y toda la naturaleza de esa noche era tal que nada enfático o llamativo en los elementos distrajo su atención mutua.

“Él quiere y ella quiere”, como dice Homero, y rápidamente desaparecieron de la vista de la cabaña.

La verdad es que mujeres como Nell, absortas en su maternidad, y hombres como Dave, absortos en su política,

hasta el fin de los tiempos se arrojarán mutuamente en brazos de estrellas temerarias, inquietas, irresponsables y errantes, como Percy y Zoyland. Es en estas noches extrañamente *neutrales*, como la de este 15 de diciembre, cuando el verdadero poder de la oscuridad, en oposición a la luz del día, se reúne para afirmar su identidad esencial. La oscuridad total suele estar tan vacía de toda discriminación que es prácticamente una negación; pero la oscuridad levemente rozada por una luna enfermiza tiene un cierto carácter positivo. La ausencia de viento fuerte o lluvia torrencial también permite que la mente reciba, en concentración ininterrumpida, esas emanaciones más simples de la vida terrestre, como el salto de un pez, el susurro de un conejo, el grito de un pájaro nocturno, el ladrido de un perro de granja, el mugido de una vaca en un bosque aislado, el débil susurro de las cañas, el crujido de una rama, la caída de una ramita en un estanque silencioso, los tímidos movimientos de los pequeños vientos nocturnos sin rumbo entre los helechos muertos, que son destruidos y borrados por el juego más sorprendente de los elementos.

Zoyland se detuvo una sola vez en su paso depredador y fue para hacer que la muchacha se apoyara en su brazo en lugar de tomarle la mano. De hecho, lo seguía con tanta gallardía y con tanta facilidad sobre el terreno fangoso que se sintió orgulloso de tenerla como compañera. La verdad era que en una caminata campestre, Percy, a pesar de toda su sofisticación, habría vencido a cualquier mujer de

Glastonbury, excepto a su prima Mary. Tal vez fuera la vigorosa cepa de Norfolk que corría por sus venas. Pero fuera lo que fuese, ninguna muchacha nacida en Glastonbury podría haber rivalizado con estas dos en esto. La llevó cada vez más hacia el este, porque a estas alturas ya sabía muy bien lo que tenía en mente.

Lo que buscaba, y lo encontró sin ningún problema, era un lugar que siempre le había hecho pensar en esa misma contingencia, aunque no necesariamente con su actual dama. A media milla de Whitelake Cottage había un cobertizo con techo de caña donde el granjero de esos campos guardaba su heno seco. Los campos a ambos lados del arroyo pertenecían a ese hombre; y para transportar su heno a su ganado en la orilla opuesta, tenía una barca de fondo plano atada con una cuerda a una estaca de hierro, debajo de ese cobertizo. Zoyland había hecho uso de esa barca muchas veces antes, sin pedir permiso, para cazar aves silvestres; y ahora se le ocurrió que nada podría ser más acorde con el momento y la muchacha que abrazar a su deliciosa compañera actual donde las aguas del río fluirían a una pulgada de sus cuerpos.

Percy se rió a carcajadas (una risa alegre, grave y traviesa, propia de una jovencita) cuando se encontró acostada sobre un colchón de heno en aquella cama flotante. Su mente voló hacia aquella franja gris de guijarros subterráneos bajo la Bruja de Wookey. Su único deseo ahora (y hasta ese era lánguido) era posponer su entrega final al hombre barbudo

hasta que hubiera disfrutado hasta el límite la excitada tensión de su ansia.

«¡Qué extraño es, en mi vida!», pensó para sí misma, «la forma en que la misma situación se repite una y otra vez. ¿Es posible que ese Bristol Wharf» (estaba pensando en sus primeros encuentros con Dave), «y Wookey Hole, y Saint Mary's Ruin» (estaba pensando en un encuentro en particular con Angela Beere), «y esa habitación del hospital» (estaba pensando en la última de sus mórbidas visitas al señor Evans) «fueran todos ensayos de esta ruptura del hielo con Will? Cuando la vida de una persona se repite (¡desde esa playa de Phil hasta este barco de Will!), hay una especie de fatalidad en ello. Tal vez él *pueda* hacerlo. ¡Will! ¿*No puedes* hacerlo tú? ¿*No* puedes mostrarle a la pobre Percy dónde está su corazón? ¡Oh, encuéntralo, oh, encuéntralo, querido Will! ¡Tócalo, hazle daño, magúllalo, rómpelo! ¡Siempre y cuando le muestres dónde está el corazón perdido y traicionero a la pobre Percy, que ella nunca, nunca, nunca podrá encontrar!

Bien se puede creer, con un amoroso pirata como Zoyland, que no pasó mucho tiempo antes de que el cuerpo de Perséfone, pasara lo que pasara con su corazón, perteneciera, en la medida en que podía pertenecer a alguien, a este hercúleo violador.

En lo que se refiere a la lujuria pura, Will no obtuvo ni la mitad de satisfacción con su conquista de Percy que con su

coqueteo con Eudoxia. Pero en todos los demás aspectos, ¡sí! ¡Cómo disfrutó de las circunstancias incomparables de esos abrazos violentos!

El gorgoteo del agua bajo el barco sin quilla, el roce de la cuerda contra la corteza de un pequeño arbusto, el descenso, como en simpatía por su pagana satisfacción, del cielo nublado, el olor del lodo del río, el brillante deslizamiento desde el alto cenit de una estrella fugaz en dirección a North Wooton y Crocombe, y lo más maravilloso de todo, y en realidad simultáneo con el apogeo de su deleite, el súbito ascenso de una gran garza de alas anchas y su pesada retirada sobre los pantanos iluminados por la luna en dirección a Westholme y Hearne House; todas estas cosas dieron a la sensualidad del bastardo esa especie de borde romántico elemental, que era lo que más disfrutaba en el mundo. Así, se puede imaginar con qué humor de tierna gratitud tomó a Percy de nuevo, apretándole la mano fuerte, muy fuerte, y besándola repetidamente.

Mientras avanzaban, pensó para sí mismo: "Las chicas realmente deberían tener permitido todo lo que quieran en este mundo, ¡cuando pueden darle a una persona un placer tan fascinante!"

Ahora se sentía de un humor delicioso, en paz con el hombre y en paz con Dios, y habría llegado a casa de ese humor si no hubiera sido porque, al acercarse a la casa, vio una rama particular de un árbol particular que había notado

(había sido alcanzada por un rayo) mientras el marqués le contaba sobre la venta de las fábricas y el arrendamiento de las tiendas.

De un modo totalmente irrelevante y no muy discreto, al ver la rama, estalló: «El viejo trajo malas noticias esta noche, muchacha... noticias diabólicas. Está vendiendo no sé qué parte de su propiedad de Glastonbury a no sé quién; y arrendando, por el plazo de por vida de una persona común, lo que no puede vender. Es el viejo Geard, por supuesto, quien está en el fondo de todo esto; pero será terriblemente, *terriblemente* serio para Philip. ¡Realmente debería informar a Philip esta noche, para que pueda tomar medidas, si *es que hay* que tomar alguna medida! Dice claramente que ha vendido al menos un tercio de las tintorerías Crow. Son solo las más nuevas... ¡pero aun así! Me quedé completamente estupefacto. Sabía que él era el dueño de la tierra, por supuesto; pero de alguna manera pensé que Philip había *construido* todas las tintorerías. ¡Pero por supuesto que no! Solo mejoró las antiguas junto al cementerio. Y ahora parece que sólo ha tenido estas nuevas en régimen de alquiler, y ese contrato ya ha expirado. Si esta gente (Geard y el resto) no decide alquilárselos de nuevo, pueden echarlo. ¡Y lo harán! No hay duda al respecto. Todos lo odian como al diablo, y nada les daría más placer que hacerle bajar unos cuantos peldaños.

Perséfone se sorprendió un poco y se sintió conmovida por lo que sintió en respuesta a esto. Por muchas razones

oscuras y complicadas, sintió un espasmo de placer al enterarse de este desastre para Philip. Por un lado, la había picado profundamente su evidente capacidad para arreglárselas perfectamente bien sin ella. Por otro, había aceptado, de una vez por todas, las opiniones de su marido sobre la injusticia del sistema capitalista. Pero había una razón mucho más sutil que cualquiera de estas para el latido de placer instintivo de Percy al escuchar esta noticia sorprendente. La principal influencia de Philip sobre su imaginación había sido su idea de él como un hombre de acción veloz y rapaz, competente, y sin escrúpulos. Pero esta noticia lo mostraba como un hombre engañado y algo tonto; y este cambio dejó la fortaleza de su corazón libre para Zoyland. A su extraña manera, observaba con un intenso interés interior sus sentimientos sobre Zoyland. Aunque estaban lejos del barco, sentía que todavía estaba bajo el hechizo de su magnetismo portentoso, de su físico abrumador. Después de Wookey Hole, cuando Philip había aflojado su dominio sobre ella, ella se había convertido rápidamente en dueña de sí misma. Se había sacudido el contacto con él como si no hubiera sido más que un beso. Pero algo, sin duda... más profundo que eso... *había* sido tocado por la posesión de Zoyland en el barco de heno. Furtivamente en la oscuridad se permitió acariciar la muñeca musculosa del hombre; y luego, de su muñeca, su mano larga y delgada se deslizó hacia sus grandes caderas oscilantes. Allí, mientras sus dedos se desviaban, encontró una de las correas de cuero de sus tirantes colgando suelta: porque

cuando él había estado comprando ese juego de tazas de té pesadas en Wollop's, el joven que leía a Nietzsche y esos artículos que sus poderosos dedos encontraban muy difícil de abrochar lo había convencido de comprarse un nuevo par de tirantes. Cuando sintió sus nudillos contra su costado, la intimidación espontánea del gesto le hizo cosquillas en la imaginación tanto como su toque real le hizo cosquillas en las costillas; y con una risa profunda, se detuvo en seco.

–¡Hazlo, si puedes, muchacha! –se rió–. ¡Ese trozo de cuero me ha ganado!

Puso ambas manos sobre él y finalmente, aunque no sin esfuerzo, logró cerrarlo. Esta era la primera vez en toda la vida de Persephone que había abrochado el botón de un hombre.

Fue un incidente pintoresco, pero en su particular intimidación afectó a un nervio de su naturaleza salvaje y perversa que le provocó un delicioso escalofrío en todo el cuerpo. Se sentía como una criatura elemental de la noche, una especie de elfo errante que cuidaba de un gigante terrestre primigenio. Ninguna mujer en todo Glastonbury tenía menos de maternal en su carácter que este errático chico–chica; pero al pensar en sí misma como una elfa abandonada y en su amante como un gigante de cuento de hadas, hizo de este incidente insignificante, mientras estaban allí en la oscuridad perfumada por el río, algo significativo e incluso simbólico.

Para su sorpresa (los seres humanos son muy parecidos a los animales en su esperanza de encontrar lo que han dejado exactamente como estaba cuando lo dejaron), encontraron, al volver a entrar en el salón, a Nell, Dave y Mat Dekker sentados alrededor de una pequeña cena fría. Dave se levantó rápidamente para traerles sillas, pues sus lugares en la mesa habían sido preparados para ellos; y mientras se sentaban, pudieron escuchar a Zookey Pippard canturreando y murmurando algo al bebé en la habitación de arriba. En el centro de la mesa, al lado del jarrón de pequeños crisantemos de color bronce, Nell había colocado la pequeña copa de oro; y este pequeño objeto inmediatamente volvió a ser tema de conversación general.

Aunque Mat Dekker había luchado tenazmente con su conciencia religiosa para no permitir que su abrumador sentimiento por la amante de su hijo se traicionara de manera abierta, todo su ser se había conmovido tanto por esas largas, dulces y solitarias horas, en semioscuridad, con ella y su hijo, que la inundó, la saturó, la ahogó en la embriagadora adoración de su pasión reprimida. Así pues, fue desde una atmósfera de idolatría ilimitada y envolvente que Nell se encontró frente a la ausencia primero física y luego mental de su marido y su cuñada. Había hecho esperar a Mat Dekker y Dave media hora para la cena; pero luego, cuando los ausentes no habían regresado, le había dicho a Zookey que trajera "todo lo que había en la casa".

Mat Dekker estaba demasiado emocionado para comer

mucho; pero la mitad de su apetito normal fue suficiente, con la ayuda de Dave, que estaba hambriento, para disponer de las viandas más sustanciosas que Zookey había podido encontrar, y quedó poco para Zoyland y Percy excepto bizcocho y mermelada de grosella negra.

Ahora bien, aunque el deseo reprimido destruye el apetito, el deseo satisfecho crea hambre extrema, y por felices que fueran Will y Percy en su unión secreta, ambos sentían un deseo muy agudo de algún tipo de alimento sólido y sustancial.

Bajo la superficie de los seres humanos más civilizados, el hambre se lanza y pica como un pez, arrebatada y desgarrada como un pájaro, gruñe como un lobo, ruga como una pantera, zumba como un avispon, bala como una oveja y patea como un toro; y no hay nada más molesto para los estómagos hambrientos que ver platos sucios apartados, de estómagos rivales satisfechos. La señora Pippard estaba tan cansada y enfadada después de su fiesta que a Nell no le había gustado poner reparos en nada de lo que hacía; y, de hecho, cuando aparecieron el jamón frío, las sardinas en lata y los huevos revueltos, supo muy bien que los recursos de su despensa estaban agotados.

Por desgracia, nada resulta más tentador para los ojos hambrientos que trozos de pan tostado frío sobre los que se han servido huevos revueltos, ni más ofensivo para el sentido estético del hambre (porque el hambre *tiene* su

sentido estético) que las escamas y colas de sardinas sobre platos aceitosos.

Así, por muy felices que fueran los dos adúlteros en su mutua compañía, y por muchos secretos que trajeran de aquella curiosa noche a Whitelake Cottage, cuando se encontraron frente al bizcocho, les resultó muy difícil mantener el buen ánimo.

–A Percy le apetecen un par de huevos duros y una taza de té –gritó Zoyland con tono desenfadado, alegre y despreocupado.

–Lo siento –dijo Nell–, pero la tetera está fría y ya no hay huevos.

–Bueno... bueno... comamos un poco de queso –la voz de Zoyland se había vuelto mucho menos etérea. Pero Mat Dekker intervino:

"Lo siento mucho, te dije cómo podría ser", murmuró. mirando ansiosamente a Nell, pues había terminado cada trocito de su excelente queso cheddar antes de proceder a encender su pipa.

–Me temo que comí más de lo que me correspondía de sardinas –dijo Dave con ansiedad–, pero supongo que hay... y...

Miró a Nell con una patética fe masculina en los recursos ilimitados de la provisión femenina: “Espero que haya *algo*”.

–Bueno, de todos modos ya sé lo que *puedo* conseguir por Percy –gritó Zoyland enojada, saltando y corriendo hacia la cocina.

–Quítate las botas si vas a subir a tu habitación –le advirtió Nell–. Seguro que te oiré; y Zookey acaba de hacer que se duerma.

Pero Zoyland no hizo el menor caso de esta petición y, en efecto, al poco rato todos pudieron oír el crujido de sus pesados pasos mientras atravesaba la antesala del ático y se dirigía a su sala de fumar. Nell se puso de pie indignada y escuchó atentamente.

Perséfone se sirvió un trozo de pan fino con mantequilla, un trozo que ya había adquirido cierta consistencia seca, lo que indicaba que había quedado del té. Desde algún lugar del exterior, en la parte trasera de la casa, donde había un grupo de alerces desnudos, llegó el ladrido de un zorro; pero por una vez Mat Dekker no prestó atención a ese sonido excitante. Sus ojos estaban fijos con furiosa simpatía en el rostro pálido de Nell; sus largos dedos se cerraban bajo la mesa, clavándose las uñas en las palmas de sus manos. En cuanto a Dave, *estaba* ocupado en un vano intento de abrir una botella de cerveza de jengibre.

–Te gustaría un poco de esto, ¿no? –le susurró a su esposa desde el otro lado de la mesa. Luego agregó en voz aún más baja–: Pero no se abre.

En el silencio que siguió, todo el mundo pudo oír el gemido audible de un niño enojado, un gemido lleno de una autocompasión que equivalía a angustia.

–Se ha despertado –gritó Nell mordiéndose el labio y lanzando una mirada de súplica ciega a Mat Dekker.

–¡Silencio... escucha! –susurró Perséfone.

Y mientras a lo lejos se oía el pesado ruido de las botas de Zoyland, todos captaron el tono de una mezcla esotérica de rimas del oeste del país, cantadas sobre la cuna.

“Uno, dos, tres, cuatro...

¡Campanas de Girt Sedgemoor!

¿Quién puede tocar el panqueque?

¿Sin grasa o sin brillo?

Zee–Zaw, la madre de Harry,

Vendió su cama y se acostó en el trébol,

¿Wadden es una puta sucia?

Dazell vendió su cama y se acostó en la tierra

¡Por mi vida y mi honor!

Vine a la Torre de Mark,

¿A quién debería ver?
Sino a la niña de Zookey?
'¡Por mi vida y mi honor!'

En el interior de Whitelake Cottage, esta singular canción de cuna era muy audible y no carecía de significado. Pero su efecto sobre el bebé fue todo lo contrario de tranquilizador. Algo en el sonido del llanto del niño, cuando estalló de nuevo, hizo que Mat Dekker pensara en un pequeño perro viviseccionado que había oído aullar una vez y que nunca pudo sacarse de la cabeza. El rostro de Nell se distorsionó de ira. ¡Sentía como si cada paso que daba Zoyland sobre aquellas tablas crujientes de allí arriba fuera sobre los nervios tensos del hijo de Sam! ¡Podía ver cómo su divertida barbilla, la réplica exacta de la de Sam, se arrugaba en su ciego sufrimiento!

Pero se agarró al respaldo de la silla y trató de obligarse a permanecer donde estaba. «Si subo», pensó, «le diré algo a Will que nunca me perdonará... ¡y que nunca querré que me perdone!».

Pero Will ya había conseguido lo que quería, y el crujido cesó cuando bajó los escalones exteriores y entró en la cocina.

–¡En un minuto te traeré algo realmente decente para beber, Percy! –gritó a través de la puerta de roble, abriéndola por un segundo con la mano.

Nell se hundió mecánicamente en su silla, pero un nuevo pensamiento había entrado en su cabeza –un pensamiento desesperado– y se quedó mirando al vacío, sin prestarles atención a ninguno.

El llanto del niño se hizo cada vez más fuerte en la habitación de arriba (Zookey lo estaba regañando ahora), pero eso fue aún menos efectivo que su “Uno, dos, tres, cuatro...”. Dave había reanudado sus intentos de aflojar el tapón de la cerveza de jengibre, y Perséfone estaba tragando su segundo trozo de pan seco con mantequilla.

"No puedo imaginar cómo", comenzó Mat Dekker, levantándose a medias de su silla. Tenía gotas de sudor en la frente y todo su rostro se había oscurecido hasta adquirir un tono rojo oscuro. Zoyland entró corriendo de la cocina, abrió la puerta de roble de una fuerte patada y la dejó cerrar tras él. En una mano sostenía la botella; en la otra, tres vasos.

–¡Aquí tienes algo que te hará olvidar si te hemos dejado morir de hambre en esta casa o no! –gritó, sirviéndole un vaso lleno de la bebida a Percy. Pensó que era Percy y sólo Percy. Todos los demás no existían. Era como si él y Percy todavía estuvieran solos en el fondo del bote de heno.

"No puedo entender por qué... tartamudeó Mat Dekker, mirando fijamente a Nell en una expectativa impotente y lastimosa.

Si Zoyland sólo vio a Perséfone en ese momento, ¡Mat Dekker durante toda esa noche no había visto nada más que a Nell!

Dave soltó el tapón de la cerveza de jengibre como si no hubiera esperanzas. Se quedó mirando el humo que seguía saliendo de los labios de Mat Dekker en grandes bocanadas convulsas que se alejaban flotando por encima de las llamas de las velas. Perséfone bebió el whisky de un trago y extendió su vaso para pedir más.

–Está bueno, Will –murmuró agradecida–. Es mejor que la comida. Intercambiaron una larga mirada embelesada. Él volvió a llenarle el vaso y ella lo vació de nuevo en unos cuantos tragos rápidos. Sus ojos castaños tenían una película aturdida y hechizada sobre ellos mientras se hundía en su silla. –Lo amo. No le importa nada –pensó–. Es igual que yo. La bebida seguía subiendo y subiendo en su cerebro.

Zoyland bebió de su vaso y luego se lo volvió a llenar por tercera vez. Hizo un gesto automático de pasarle la botella a Dave, quien negó con la cabeza. Había ignorado por completo a Mat Dekker durante toda la velada, desde que entraron por primera vez, y seguía ignorándolo. Sus ojos brillaban de emoción ahora, como los de Percy estaban lánguidos de encanto. Se sentaron uno frente al otro y, mientras bebían, se miraron fijamente; y cada vez les parecía más que eran el verdadero amor del otro. Siguieron bebiendo del mismo vaso, que podría haber sido escanciado

para ellos por la misma dama Brisen, quien, en los días en que el amor lo era todo, llevó a Lancelot du Lac a la cama de la joven Elaine.

Dave, mientras miraba a uno y a otro de los distraídos compañeros, se dijo en su corazón: "¡Y esta clase de cosas es lo que llaman vida personal! Esta gente no piensa en nada más que en sus propias emociones personales, y están orgullosos de ello. Y mientras pierden el tiempo de esta manera, los hombres de Crow's Dye Works, los hombres de Bove Town, de Edmund 's Hill Road, de Benedict Street, de Paradise, duermen profundamente y libremente, sin ningún alboroto.

“Si puedo evitar que Trent lo estropee todo con su anarquismo, ¡enseñaré a estos buenos amigos míos a ser impersonales! Esta gente cree que sus sentimientos son lo único serio del mundo. *¡Sus sentimientos!* Cuando, en este mismo momento en China, en la India, en Nueva York, en Berlín, en Viena... ¡Dios mío!... *¡sus sentimientos!* Cuando, en este momento, si todo el dolor del mundo causado por esta maldita vida personal, por esta maldita vida individual se alzara en un grito terrible... llorando, como para redondear el llanto de Dave.

Sus pensamientos se elevaron hasta un nivel que resultaba inquietante de escuchar. Y, sin embargo, Nell no se movió para ir hacia el niño. Su frente estaba fruncida en un ceño intenso y sus ojos seguían mirando fijamente al frente.

–¡Maldito niño! –gritó Zoyland, poniéndose de pie de un salto–. ¡Toma! Le daré su copa. ¡Eso lo entretendrá! –Agarró la pequeña copa de oro del centro de la mesa y, abriendo de golpe la puerta de la escalera, subió corriendo las escaleras.

Nell instintivamente se puso de pie también de un salto, pero volvió a sentarse inmediatamente, con la cabeza vuelta hacia la escalera y una sonrisa extraña, distorsionada y bastante antinatural en su rostro.

Fuera lo que fuese lo que Zoyland hubiera hecho al llegar a lo alto de las escaleras, evidentemente había conseguido calmar al niño con total éxito, pues los oyentes de aquella mesa iluminada con velas (y ninguno de ellos dijo una palabra) se dieron cuenta de que los llantos del bebé se apagaban de repente. Siguió unos pequeños gemidos gorgoteantes y luego un profundo silencio; un silencio que finalmente fue interrumpido por la voz de Zookey, que pronunció las palabras: «¡Dios esté con nosotros!», que era el comentario favorito de la mujer sobre los caminos de la Providencia, cuando cualquier suceso curioso la sorprendía por completo.

Aparentemente satisfecho de que las manías personales que le causaban algunos parientes habían llegado a una especie de cese temporal, y consciente por la expresión de sus rostros de que la conversación objetiva se había suspendido por el momento, Dave Spear deslizó la mano en el bolsillo lateral y sacó su libro sobre la Atlántida. Era

demasiado educado para leer en compañía, pero la vista del volumen, colocado sobre la mesa junto a su plato, le dio una especie de seguridad de que el pensamiento especulativo sobre asuntos serios no era del todo imposible, ¡incluso en Whitelake Cottage!

Ruido sordo... Ruido sordo... Ruido sordo... «¿Qué demonios está haciendo ahora este borracho barbudo? ¡Alto! ¡Alto, señorito Zoyland!» La voz agitada de la señora Pippard y su arrastrada carrera en su persecución revelaron la naturaleza de la acción del bastardo. ¡Estaba llevando al bebé escaleras abajo! Su aparición con el niño en brazos fue una señal para que todos, excepto Dave, se levantaran de sus asientos. Nell corrió hacia él y, sin decir palabra, le arrebató el bebé de las manos y se puso a alisarle la ropa arrugada.

Lo llevó al sofá bajo las cortinas marrones junto a la ventana y comenzó a mecerlo en su regazo, balanceando su cuerpo hacia atrás y hacia adelante mientras lo hacía y murmurándole al niño palabras de disculpa.

–Se había olvidado de él... ¡se había olvidado de su bebé en sus malos pensamientos! Ahí... ahí... ahí... duérmete, precioso mío... duérmete... ahí... «ahí... ahí...». Tanto Zoyland como Perséfone ya estaban bajo el efecto de lo que habían bebido; pero ahora él volvió a llenar sus vasos con la botella oblonga y plana que había traído de su habitación, y una vez más volvieron a sentarse uno frente al otro. Con

cada trago que tomaba, el embelesamiento de la chica alta aumentaba. Sus ojos oscuros estaban ahora inundados de un deseo recién despertado por los abrazos del hombre.

Ella observaba cada movimiento que él hacía, y todo su cuerpo, recostado en su silla, le gritaba con un anhelo mudo: «¡Somos tuyos!», gritaban sus pechos de niña. «¡Somos tuyos!», respondían sus largos y relajados miembros. «¡Somos tuyos!», susurraban su cálido cuello y sus brillantes rizos. «¡Somos tuyos!», repetían su sinuosa cintura y sus caderas de niño. Mientras tanto, la señora Pippard había empezado a recoger los platos de la cena.

Cada vez que tomaba algo de la mesa, lanzaba una mirada de desaprobación y disgusto al estado en que se encontraba Perséfone, e hizo todo lo posible por captar la mirada profunda y sombría del vicario de Glastonbury. Pero Mat Dekker no tenía ojos para nadie más que para Nell. La naturaleza más íntima del hombre estaba hirviendo, fermentando, agitada, sin control. Del bastardo y de Percy no notó nada. Formaban parte de una odiosa carga de enemigos, todos los cuales, incluido el pobre Dave con su libro de la Atlántida, cuyas páginas el indignado revolucionario ahora se permitía pasar, perseguían, ultrajaban y atormentaban a su divinamente resistente dama y a su dulce hijo.

Cuando la mesa quedó vacía, salvo la pequeña copa de oro, Zookey Pippard extendió la mano para cogerla y poder

doblar y llevarse el mantel, pero Zoyland intervino.

–¡Bauticemos la jarra del bautizo del pequeño Harry! –gritó con voz ronca y borracha, y, poniéndose de pie, cogió el vaso y empezó a verter whisky puro en ella, directamente de la botella. Después de haber cometido tanto sacrilegio con su mano temblorosa, ¿qué tenía que hacer el granuja barbudo sino olvidar su primera intención (cualquiera que ésta hubiera sido) y entregarle la reluciente jarra a Percy, quien, sin dudarle un segundo, la levantó en el aire, preparándose para presionársela en los labios?

Nell no podía soportar esa visión. –¡Zookey! –gritó con una voz que resonó por toda la habitación. La anciana, que había permanecido de pie en la puerta como una Forquída de juicio secular, corrió a su lado.

“¡Toma, tómalo! ¡Sujétalo!”

Puso al niño en brazos de la señora Pippard y se acercó a la mesa. –¡Señor Dekker! –murmuró con una boca que parecía un corte de espada en una sábana de lino extendida sobre una colcha escarlata–. ¡Señor Dekker!

Se podría creer que la naturaleza apasionada de Quantocks⁸⁵ prevaleció en ese llamado y que el sacerdote

85 Las colinas de Quantock al oeste de Bridgwater en Somerset, Inglaterra, consisten en brezales, bosques de robles, parques antiguos y tierras agrícolas.

fue olvidado.

–¿Sí, querida? –murmuró con voz ronca... y luego, en voz baja,– ¡Oh, querida mía!

Pero cualquiera que haya sido el impulso que la hizo llamarlo, se desvaneció ahora cuando vio la devoción fatal ardiendo bajo sus pobladas cejas, y se hundió en el extremo de la mesa y se cubrió la cara con las manos.

Perséfone, que acababa de tocar con los labios el licor de la copa de oro, apartó el objeto con impaciencia al ver a Nell cubriéndose la cara de esa manera. Pero Mat Dekker había llegado al límite de sus fuerzas. Había llegado el momento, mientras estaba allí de pie, mientras Zoyland, empujándolo a toda prisa, empezaba a decirle tonterías al niño en brazos de Zookey, en que debía arrancarle la máscara del sacerdote y cubrir esa cabeza inclinada con algo más que un consuelo religioso, o alejarse de ella... dejarla... volver a casa con su hijo... con su acuario... con su esposa muerta... con su Dios... El hombre corpulento se quedó allí jadeando, como un gran perro cuya ama ha tomado un camino y su amo otro. Sus pantalones de color negro verdoso permanecieron tan quietos por encima de sus botas de punta cuadrada y llenas de barro que, para una mirada caprichosa (aunque en ese momento no había ninguna mirada caprichosa en Whitelake Cottage), se convirtieron en objetos muy distintos de su cabeza y sus hombros; objetos que colgaban, como los pantalones de un hombre ahogado, de un poste junto al

muelle.

La forma en que se veían sus nudillos, medio enterrados en su cabello ondulado, hizo que no pudiera soportarlo ni un segundo más. ¡Si ella le *hablara*, podría ahogar esa sensación! Cerró los ojos y presionó sus manos apretadas contra los faldones del abrigo que colgaban a ambos lados de esos pantalones holgados.

«Si no salgo de aquí inmediatamente», pensó, «me olvidaré por completo de mí mismo».

Con los ojos cerrados, se obligó a adoptar un estado de ánimo en el que su sentimiento por Nell se transformó en ira contra sus enemigos: «¡Maldita sea esa puta borracha! ¡Bebió de la copa del bautismo!». Finalmente, con la ayuda de una autoflagelación tiránica que ahora resulta demasiado claro que su hijo había heredado de él, decidió abandonar Whitelake Cottage de inmediato. «¡Maldita sea esa zorra borracha!», se dijo a sí mismo antes de hacer ningún movimiento para golpear a la pobre Percy como un niño, afectado por una picadura de ortiga, podría haber golpeado la hierba.

“¡Buenas noches, mi querida Nell!”

Sus palabras sonaban curiosamente fuera de lugar en aquella habitación perturbada. De hecho, a los oídos de Nell le sonaban como si las hubiera pronunciado durante un

terremoto o un naufragio. No podía tomar en serio su significado.

–¿Te vas *a ir*? –dijo ella, levantando la cabeza y fijando en el rostro de él sus grandes ojos llenos de lágrimas y de reproche. En ese momento le parecía imposible que su único amigo verdadero en toda aquella casa la abandonara.

–Sí, me voy, querida Nell –respondió, mirando vagamente a su alrededor en busca de su abrigo, su sombrero y su bastón.

Dave Spear cerró el libro y se levantó de un salto. –¡Te llevaré en un santiamén! –dijo–. Ya he ido dos veces a la ciudad esta noche... en el coche de Percy, ya sabes... Me gusta conducir... Me gusta mucho.

Sus palabras despertaron a Perséfone del estado semicomatoso en el que había caído y ella lo miró con una mirada mareada. –¡Buen Dave! –murmuró, como si fuera un perro–. ¡Buen Dave, amable y atento! Sí, muchachos, es verdad: *sabe* conducir. Tiene toda la razón al decirlo. Conduce muy bien. No le enseñé *yo*. Le enseñaron los camaradas de Bristol. Dijeron que *tenía que* aprender. ¡No le gustó la primera vez que lo oyó! Pero les obedeció... siempre les obedece. ¡Les obedecería si le dijeran que matara a Philip!

No había ninguna razón para que ella trajera a colación a

Philip; pero algo muy profundo en su naturaleza estaba comparando somnolientamente a las diversas personas a las que se había entregado para disfrutar.

«Nunca sabré... lo que es el amor», pensó. Este pensamiento le llegó con una sensación tan fuerte de haber hecho un descubrimiento trascendental que creyó haberlo dicho en voz alta; y miró a su alrededor, en una especie de desafío avergonzado, para justificarse por ello.

Mat Dekker le hizo un gesto con la mano a Dave para que se sentara.

Él ignoró a Perséfone con estudiada descortesía. Nell lo miró horrorizada.

–No tiene por qué irse, señor Dekker –gritó ella, empezando a ver que él estaba recogiendo sus cosas. Hablaba en voz baja, pero con una voz resuelta y definitiva–.

–Sí, tengo que irme a casa. Pero me encanta caminar... lo *sabes*, ¿verdad, Nell? Pero tengo que irme a casa, o Penny y Sam saldrán a buscarme, entre las rhyes de Splott's Moor.

Esta alusión a Sam fue sabia y astuta, digna de cualquier viejo pastor de Quantock.

Acercó sus dos viviendas y suavizó su partida al hacerla partícipe de su consideración por Sam y de la ansiedad que Sam sentía por él. Nell se puso de pie.

–Bueno, si debes hacerlo, debes hacerlo –dijo–. ¡Nunca olvidaré tu bondad hacia mí hoy y... y siempre!

Zoyland hizo una reverencia fingida al sacerdote cuando el hombre pasó junto a él, llevando su bolsa de sobrepelliz en una mano y su bastón y sombrero en la otra.

Nell abrió la puerta para dejarlo salir.

–¡Buenas noches, niña! –murmuró–. ¡Que Dios te bendiga! ¡Que Dios te proteja! –añadió con voz ronca mientras se alejaba a grandes zancadas hacia el río.

Ella cerró la puerta tras su figura que se alejaba y exhaló un suspiro miserable.

Percy seguía sentada, aturdida y borracha. En cuanto a Will Zoyland, parecía incapaz de dejar de decirle tonterías al bebé somnoliento, pero completamente apaciguado. El cuerpo del pequeño Harry, vestido con una túnica larga, yacía contento ahora en los brazos de Zookey. Ella lo balanceaba de un lado a otro mientras se apoyaba contra la pared.

–Henry dice que su copa bautismal aún no ha sido bautizada –gritó de pronto Zoyland. Con uno de esos ataques de ira impulsivos e irracionales que a veces se apoderan de los borrachos, se volvió ferozmente hacia Nell–. Es mi copa. Es la copa de mi padre –balbuceó–. Y yo digo que la copa aún no ha sido bautizada, la pequeña copa de Henry. ¡Henry dice que *debe* ser bautizada! –Se dirigió con pasos

vacilantes hacia la mesa. Allí cogió la copa y, llevándosela a la boca, vació su contenido.

–Eso no es... un... bautismo... Will... eso es sólo... eso es sólo... –murmuró Perséfone con voz somnolienta.

–Tienes razón... ¡mi niña... siempre tienes razón! Es maravilloso que ella siempre tenga razón, ¿no es cierto, pequeño Henry? Es mi taza; es la taza de mi padre. Tiene nuestro halcón. ¡Por Dios! ¡La bautizaré con agua del río!
–Corrió hacia la puerta con la taza en la mano.

Nell se aferró frenéticamente a él, gritando una y otra vez: –¿Estás loco, Will? ¿Qué estás haciendo, Will? No es tuya... es de Henry. ¡Es de Henry, te lo aseguro, Will! ¡Es la taza de Henry!

Pero él se soltó de ella y logró abrir la puerta. Ella lo siguió hasta el jardín, y una bocanada de aire frío de la noche inundó la habitación con olor a whisky.

Dave permaneció inmóvil, dudando si debía seguirlos o no. ¡Qué sereno e impersonal parecía aquel librito sobre la Atlántida que yacía boca abajo y abierto sobre la mesa!

–Déjelos en paz, señor Spear –exclamó Zookey–. Si se entromete, sólo le molestará más. Ella puede calmarlo. No dañará la cara dorada de su señoría.

Percy miró soñadoramente a su marido mientras sus

párpados se hundían... se abrían de nuevo... y se hundían de nuevo.

Sus sentidos, adormecidos y drogados, habían vuelto a la deriva hacia el bote con heno. ¡Nunca antes se había sentido así! ¡Nunca antes se había entregado de esa manera! No sabía ni lo más mínimo acerca del «amor». ¡No es extraño que la gente le diera tanta importancia y que los sacerdotes lo llamaran «pecado mortal»! «Tengo sueño», pensó. «Me gustaría dormirme en sus brazos. ¡Qué fuerte es! Me gustaría derretirme en sus brazos; y dormir... y dormir... y dormir...».

Mientras tanto, Nell seguía a Zoyland por el césped inclinado hacia el río.

Llevaba un vestido ajustado de color lavanda con mangas sueltas y de un corte precioso. Había visto ese vestido en particular en el escaparate de Wollop y la costurera principal del señor Wollop había trabajado mucho para arreglarlo para ella, para el día en que salió del hospital.

Ella lo alcanzó mucho antes de que llegara a la orilla del río y se aferró a él desesperadamente y lucharon juntos, pisoteando su macizo de flores silvestres y las últimas de sus plantas de mejorana que se estaban hundiendo en el moho húmedo del invierno.

En la lucha entre ellos, pues él mantenía la pequeña taza

en alto y ella tiraba de su brazo para alcanzarla, sucedió que una de sus mangas se engancho de alguna manera mientras se balanceaban juntas y se desgarró gravemente, evocando al rasgarse la tela, ese sonido particular que es, entre todos los demás, el más agitado para una mujer, cuando está luchando, ya sea por amor u odio, con un hombre. El desgarró de su vestido y la facilidad con que Zoyland, incluso en su borrachera, sostenía la taza fuera de su alcance hicieron que Nell perdiera completamente el control de sí misma.

Ella le golpeó la cara una y otra vez con la mano cerrada, un procedimiento que lo sorprendió tanto que sólo pudo murmurar, sin intentar defenderse: «¡Hazlo otra vez, cariño! ¡Hazlo otra vez, Nell!».

La primera vez que una mujer lo golpea con rabia es un momento memorable en la vida de un hombre. En la mayoría de los casos se rompe entre ellos un vínculo sutil que nunca se puede reparar. Pero hay excepciones.

En las relaciones entre hombres y mujeres, la privación de la virginidad es innegablemente la raíz simbólica y psíquica de todas las complicaciones. Este acto causa placer a uno y sufrimiento a la otra; por lo tanto, cuando una mujer golpea a un hombre, se rompe una relación básica profundamente oculta; y se rompe de una manera que, por lo general, es peligrosa para ambos.

El reverendo doctor Sodbury, rector de St. Benignus, que era el favorito de Megan Geard entre los «ministros de Dios en todo Glaston», como dijo la dama, en un elocuente sermón predicado en ocasión en que la señora Legge de Camelot, entonces en la flor de su vida, fue citada por golpear violentamente al padre del señor Wollop, habló de que había algo en el hecho de que una mujer golpeará a un hombre que era monstruoso, pervertido, antinatural, prohibido, impío, chocante, obsceno y... el digno doctor en su manuscrito original había añadido la palabra «bestial», pero en una versión posterior la había modificado por: «Más propio del mundo de los insectos que del mundo de la humanidad».

–¡Hazlo otra vez, cariño! ¡Hazlo otra vez, Nell!

A Zoyland se le impidió hacer cualquier intento serio de defenderse de estos golpes, no sólo por su galantería sino también por sus obstinados esfuerzos –naturales a la gravedad de la borrachera– de mantener la copa fuera de su alcance.

Nell volcó en sus golpes toda la marea creciente de sus sentimientos; sentimientos que se habían ido acumulando contra Zoyland desde que Sam dejó de hacerle el amor, desde que comenzó la concepción de su hijo.

Hasta el final de su vida recordó lo que sentía cuando lo golpeaba. Era la visión de su barba a la luz de la luna, más

que cualquier otra cosa, lo que la hacía repetir sus golpes tan a menudo. Y cada golpe, cuando sentía que la carne golpeada cedía bajo sus nudillos, parecía vengarla, liberarla, curar alguna herida profunda en ella y satisfacer alguna necesidad profunda de su naturaleza.

Era como si estuviera golpeando algo más que a Zoyland. Era como si estuviera golpeando a toda esa procesión de hombres hirsutos, brutales y abominables que había visto aquel día, cuando, al reconocer por primera vez su maternidad, había quemado el panfleto de su hermano; era como si estuviera golpeando con su mano de colegiala toda esa ventaja injusta que los hombres poseían sobre las mujeres en este mundo; sus fáciles huidas, su despreocupada irresponsabilidad, su cambio de cargas, su abismal vanidad. ¡Cómo había odiado ese «sop... sop... sop...» de los pesados pasos de su marido bajando aquellas escaleras! ¡Bien! ¡Fue con otro «sop... sop... sop» de los nudillos de su mujer contra su rostro barbudo, como había contraatacado!

Por supuesto, la muchacha no tuvo tiempo de sentir todo esto en *secuencia*, pero sí sintió el impulso abrumador de todo esto mientras lanzaba sus golpes.

El desgarró de su vestido fue la apertura de la compuerta y la inundación simplemente siguió. La verdad parece ser que la atracción entre hombres y mujeres tiende un puente levadizo sobre una corriente inquietante de diferencias

desesperanzadoras que solo hay que exponer para que desemboquen inmediatamente en estos estallidos salvajes.

Mientras no conoció a Sam, o no supo que había un Sam en el mundo, tenía suficiente sensualidad para hacer de Zoyland una pareja tolerable. Pero cuando Sam y el hijo de Sam se interpusieron entre ellos, Zoyland se vio empujado de inmediato a esa categoría de masculinidad no iluminada hacia la que se necesita una cortesana nata para ser indulgente.

Fue la aparición de la figura de Dave Spear ahora (pues el impersonalista había decidido desobedecer a Zookey) lo que impulsó al gigante borracho a realizar su siguiente movimiento.

–Dije que te bautizaría, pequeña taza –rugió–, y así lo haré. ¿Qué te parece?

Así hablando, corrió pendiente abajo del césped iluminado por la luna, pisando descuidadamente el parche de romero golpeado por la lluvia, y arrojó la copa de oro al medio del arroyo brumoso.

Se escuchó un grito de consternación y asombro por parte de Nell y un grito: “¿Qué diablos?” por parte del comunista desconcertado y con un chapoteo mucho más pequeño del que cualquiera hubiera esperado –de hecho, casi sin chapoteo– el «Grial de la casa de muñecas», como lo había

llamado el señor Evans cuando se lo vendió a Lord P., se hundió hasta el fondo del río Whitelake.

El espasmo de su ira se había calmado y en la mente de Nell sólo quedaba un asco enfermizo por su locura. Pero eso fue suficiente para darle el empujón final a lo que había estado reuniendo valor para hacer durante toda esa agitada velada. No había pasado por alto –ninguna mujer *podría* pasar por alto, ¡ni siquiera una que amara a otra!– el aura vibrante de enamoramiento entre Zoyland y Percy. Había sido su visión de sus dos caras mientras bebían ese whisky lo que había inclinado la balanza.

–Will –dijo en voz muy baja cuando los dos hombres, uno que se acercaba a ella desde la casa y el otro desde el río, se encontraron a su lado–, ¡Will, escucha!

–Estoy *escuchando*; ¡y también lo está haciendo mi hermano Dave! –se burló Zoyland.

Pero ella continuó con una voz firme y fría como el hielo.

–Yo... voy... a... *dejarte*... –dijo–. Te voy a dejar... ahora... esta noche. Dave nos llevará a mí y al bebé a... donde le diga... pero eso no es para ti... y sin embargo sí lo es... sí... voy a la vicaría. El señor Dekker me acogerá. Ya he tenido suficiente de este tipo de cosas, Will. Pero... pero... –vaciló un segundo– pero... siento haberte golpeado. No debería haber hecho eso. No sé qué me pasó.

El bastardo de Lord P. respiró profundamente. La luz de la media luna que se desplazaba hacía que su gran barba pareciera el doble de grande que de día y su figura el doble de formidable.

Lo que pasó por su mente como una estrella fugaz fue el pensamiento del cuerpo desnudo de Percy, solo con él en esa pequeña casa silenciosa.

–Muy bien, Nell –dijo, tan tranquilo y sereno como un hombre podía estarlo–. Muy bien, Nell.

–Dejaré a la señora Pippard aquí –continuó–. Puedes quedártela o dejarla ir, como quieras.

–Te escucho, Nell –repitió–. Muy bien, Nell.

Pero ahora se volvió hacia su hermano. “Dave”, dijo con humildad y gentileza, “querido Dave, siento haberte involucrado en todo esto... además, sé cómo... sé lo que ambos...

–¡Oh, está bien, Nelly! –gritó Dave apresuradamente, ansioso, sobre todo, de impedir que se refiriera a Percy antes que a Zoyland–. Nos iremos de inmediato. ¡No te preocupes! Nos iremos de inmediato. Dekker camina rápido. Estará en casa antes de que lleguemos nosotros. No te preocupes, Nelly. De todos modos, la vicaría no te hará daño por una noche... y podemos ver más tarde... todos podemos hablar... razonablemente... más tarde... e intentar ver las cosas... más

tarde... *¡fuera de nuestra propia piel!*

De repente, a Dave le vino a la cabeza esa expresión: “fuera de nuestra propia piel”. ¡Era su reacción personal después de todo ese largo día!

–¡No te preocupes, pequeña Nell! ¡Cuántas veces en su vida anterior había pronunciado este distraído medio hermano esas palabras! Le proporcionaban más consuelo ahora, en su angustia y su vergüenza, de lo que hubiera creído posible si hubiera podido prever cómo iba a terminar ese día. Dave le rodeó la cintura con el brazo tímidamente y con rigidez. No había instrucciones en la filosofía marxista –ni tampoco en su libro *Atlantis*– que le indicaran a un reformador de la sociedad cómo consolar a una mujer. Pero entre la suave cintura de su hermana bajo la manga rota y su propio brazo, en ese momento, parecía haber algo generado espontáneamente que estaba fuera de la esfera de la razón.

No más de una hora después, la señora William Zoyland y el señorito Henry Sangamore Rollo Zoyland fueron depositados sanos y salvos, junto con un poco de equipaje, en los escalones de la puerta principal de la vicaría.

Fue el propio Vicario quien abrió la puerta para dejarles entrar.

El niño, perturbado por el cese del movimiento del coche, comenzó a llorar a gritos; y a pesar de su agitación, su madre

no pudo evitar recordar cómo, cuando salieron de Whitelake Cottage al son de “Uno, dos, tres, cuatro” de Zookey Pippard, su marido había dicho: “Conozco a una persona que me extrañará, Nell, en ese monasterio tuyo”, y con qué ternura había acariciado la cara del bebé con su gran barba amarilla.

En cuanto a Dave Spear, esa noche estuvo libre para leer su libro sobre la Atlántida hasta que la vela del tercer dormitorio trasero de Dickery Cantie se quemó hasta el casquillo. Pero sólo leyó tres páginas. Es difícil ser impersonal en un cosmos que se basa en la personalidad.

XXVII. EL ARCO SAJÓN

La navidad llegó y pasó de la manera imperceptible habitual en Somersetshire.

El tiempo era templado y despejado, de modo que Jackie y su banda de ladrones, mientras exploraban los bosques de Wick en busca de conejos atrapados, solían arrastrar con frecuencia a Bert, exhausto pero todavía curioso, a la casa de su abuela, con dos o tres inoportunos capullos de primula apretados en su pequeña y caliente palma.

Pero con la llegada del Año Nuevo, el barómetro bajó y se sucedieron una serie de fuertes heladas negras que constreñían la húmeda arcilla de Avalon y mataban esos brotes prematuros. El arrendamiento de la mayor parte de su propiedad de Glastonbury al ayuntamiento reorganizado le proporcionó a Lord P. una suma tan grande de dinero en

efectivo que pudo establecer sus finanzas fuertemente gravadas sobre una base nueva y más satisfactoria, y Will Zoyland, con su nueva compañera en Whitelake Cottage, se benefició de este cambio en varios regalos sustanciales de dinero. Al marqués nunca le había gustado la esposa de su hijo y sus simpatías estaban totalmente con el bastardo que se había distanciado de Nell. Perséfone, por el contrario, demostró ser una experta en engatusar al gran hombre. En cuanto a la fortuna de Bloody Johnny, las incursiones en ella por estas nuevas transacciones fueron, gracias al poder de endeudamiento del ayuntamiento, mucho menores de lo que el alcalde había previsto; y como los visitantes extranjeros, atraídos por los anuncios de John, llegaron a la ciudad en cantidades cada vez mayores durante todo ese invierno, la nueva comuna de Glastonbury, bajo los auspicios de los asesores del alcalde, mostró signos de ser más que capaz de mantener satisfecho a su proletariado y a sus comerciantes activos.

Sólo el negocio que se hacía en la tienda del señor Wollop superaba todas las temporadas de vacaciones que el ex alcalde podía recordar, de modo que, aunque su establecimiento no pasó oficialmente a estar bajo el nuevo régimen, estaba dispuesto a entregar al erario comunal, antes que romper con las autoridades, todo el porcentaje que exigían de estos beneficios crecientes. El banco, el ferrocarril, la *antigua* tintorería de Philip y su mina de estaño de Wookey Hole eran por lo tanto, a medida que

transcurrían las primeras semanas de enero, los únicos bastiones del individualismo que permanecieron intactos tras el nuevo orden.

La inauguración oficial del arco sajón de Geard y de un curioso edificio cercano que era en realidad una especie de academia platónica para su nueva religión, pero que, a falta de un nombre mejor, hasta entonces se llamaba la Rotonda, se llevaría a cabo el 20 de enero de este nuevo año. Las ingeniosas circulares de John habían anunciado tan ampliamente este evento que, en la mañana del gran día, todos los alojamientos disponibles en el lugar estaban abarrotados, y esos incorregibles ferrocarriles capitalistas estaban haciendo llegar sus trenes de excursión cargados a la ciudad poco después de que comenzara el alba.

–¿De verdad te vas a Wookey ahora? –le preguntó la señora Crow a su marido durante un desayuno inusualmente tardío en The Elms–. Emma dice que hoy no se hará ningún trabajo en el vecindario.

Tilly estaba bastante perturbada, por razones de su propia incumbencia, por lo avanzado de la hora; pero el dueño de la casa había dormido profundamente esa mañana.

Philip la miró desde el otro lado de la mesa con una sonrisa indulgente. ¡Qué querida era para él, después de todo, esa pintoresca damita por la que no sentía más atracción erótica que si hubiera sido su tía, aquella tía María que había vivido

los últimos treinta años en Aix-les-Bains! –No querrás que me quede sentado en casa sin hacer nada, ¿verdad? –dijo–, mientras Geard tiene su gran glorificación.

–Emma dice que cree que *deberías estar allí*. En toda la última década de su relación, la esposa de Philip nunca se había atrevido a hablar con tanta decisión; pero su nerviosismo privado hizo que saltaran cosas que no había querido decir. Pero sus palabras lo inquietaron. ¿Se habría unido ella, entonces, al creciente círculo de vecinos que se alejaban de su lado para acercarse al del alcalde? Bajó la mirada ceñuda hacia su plato. Comenzó a morderse el labio inferior bajo su bigote gris. Se sintió cercado por enemigos, acorralado, sitiado, como un zorro perseguido.

El golpe de Paul Trent, decisivo en el asunto de la propiedad de Lord P., su propio desalojo de su nueva tintorería, una repentina y deplorable disminución del mineral de estaño esperado de su veta de Wookey Hole, todos estos golpes, juntos, habían llevado a este nieto de "la mujer Devereux" contra la pared.

«Debería estar allí», pensó con amargura, «debería estar *allí* para ayudar a elevar a este charlatán loco, que me está arruinando con el dinero de mi abuelo, a la cima final de su locura».

Su estaño se estaba agotando antes de que su nueva carretera o su nuevo puente estuvieran listos para

transportarlo. La *antigua* tintorería, que era todo lo que le quedaba de su industria especial, adquirida hacía treinta años, estaba desprovista de gerente.

Bob Tankerville, enredado con una de las sirvientas de la señorita Drew, ya no era ni la mitad del aventurero piloto de aviación que solía ser. El propio avión se había convertido en un gasto imposible en el estado actual de sus finanzas. Finalmente, en los últimos días, había tenido que bajar para soportar unas humillantes discusiones sobre sus préstamos bancarios con el director del banco de Glastonbury. ¡Hasta el propio banco, inundado de dinero comunitario por la enorme afluencia de visitantes, estaba empezando a volverse contra él! También había visto con sus propios ojos una hilera de vagones llenos de su mineral de estaño desviados por una vía secundaria para hacer lugar a los cargamentos de arcilla que el ayuntamiento estaba trayendo como material para sus ridículas figurillas. ¡Y sólo un año antes, con Barter como su director, estaba en la plenitud de su éxito! Sí, ¡era la traición de ese maldito canalla de Didlington la que estaba en el fondo de su problema! Había pensado que le iría mejor sin él y al principio le *había* ido mejor sin él. Pero eso fue antes de que el viejo Beere cayera en su chochez y dejara que ese astuto granuja de Trent lo burlara en todo momento.

–Emma piensa –empezó de nuevo la irreprimible Tilly, y nunca la Sirvienta Perfecta había sido enviada a un pozo tan profundo como al que su amo la había enviado ahora– que

deberías enfrentarte a esa multitud en la inauguración y decirles lo que sientes acerca de estos idiotas.

Levantó la cara y trató de sonreírle a su esposa con su sonrisa tierna, humorística y superior.

"Me aullarían", murmuró.

—¡Oh, no, no lo harían, Philip! ¡Oh, no, no lo harían! Ninguno de ellos, como dice Emma, puede hablar tan bien como tú. Ninguno de ellos puede...

Pero había una mirada en el rostro de Philip que ella nunca había visto antes, una mirada peligrosa, temeraria, desesperada; y de repente empezó a sentir que era más prudente, con un hombre que podía lucir así, no *desafiarlo* a hacer cosas difíciles.

Tilly se quedó en silencio y, estirando el brazo con la tetera en la mano, volvió a llenar la taza de su marido, que él le había ofrecido mecánicamente. En ese momento estaba preocupada por una pequeña conspiración propia, para cuyo éxito quería deshacerse de Philip esa mañana. Sin que él lo supiera, ella y Emma habían estado visitando a Jenny Morgan, o Blackie, como la llamaba Red Robinson.

Ésta había sido la reacción inmediata de Tilly ante la revelación que Emma había accedido por fin a hacerle, impulsada por las habladorías de los sirvientes de la Casa de la Abadía. Incluso Emma, que creía conocer bien a su señora,

se sorprendió por el espíritu que la jovencita mostró ante esta comunicación; y así quedó demostrado, para el interés atónito de los entes Naturalistas Invisibles, que el pececillo humano de la especie «ama de casa» es propenso a actuar heroicamente en una gran crisis emocional.

De hecho, Tilly había intentado, en varias entrevistas difíciles y desconcertantes con la ex amante de su marido, persuadir a Blackie para que renunciara a la niña y le permitiera adoptarla formalmente, pero hasta el momento esos intentos habían resultado infructuosos.

Aunque Nelly Morgan pasaba todo el tiempo jugando con Jackie, Sis y Bert, su madre parecía obstinadamente renuente a separarse de una hija a la que casi nunca veía. Sin embargo, como esa mañana en particular era, debido a la apertura del arco, un día festivo general en Glastonbury, Tilly había convencido a la niña para que fuera a The Elms después del desayuno y le hiciera una visita formal. Lo había hecho basándose en la garantía de Philip de que estaría fuera todo el día en Wookey; ¡pero ella misma le rogaba que no fuera a Wookey!

El nerviosismo interior de Tilly se hizo tan grande que sintió que debía quitarse de encima a Philip, al menos en lo que se refiere a esa habitación anodina y apartada donde guardaba sus muestras geológicas. Pero Philip ya se había levantado de la mesa. Se acercó a la chimenea, se sentó en una de las sillas de su abuelo y procedió deliberadamente a encender

su pipa. Tilly se preguntó cómo podía decirle: «Quiero deshacerme de ti para poder darle la bienvenida a la hija de tu amante». Era una de esas irónicas contingencias privadas que a alguna tropa de diablillos especialmente dedicados parece encantarle idear en ocasiones dedicadas a importantes acontecimientos públicos.

Tilly pensó: “Si se queda aquí, seguro que oírás la voz de la niña. ¡Qué locura he cometido al dejarla venir esta mañana!”.

Comenzó a apilar los alimentos del desayuno en una bandeja, una tarea que le encantaba (porque si Tilly no hubiera sido una ama de casa, habría sido una doncella impecable) cuando sonó un timbre fuerte y audaz en la puerta principal, un timbre repetido dos veces, el timbre de una niña que disfruta sacando la campana de hierro hasta el extremo. Bueno, no había nada que hacer. La grasa estaba en el fuego y el gato fuera de la bolsa.

Ella misma se dirigió a la puerta y la abrió; Philip, que se dio cuenta rápidamente de algo inusual en su actitud, la siguió hasta el vestíbulo.

La digna Emma, causa principal de este embarazoso contratiempo, salió al mismo tiempo de la cocina y avanzó firme, silenciosa y discretamente por el pasillo.

–Mamá estaba profundamente dormida –declaró Nelly

con su voz chillona de niña-. Así que pensé en venir con mi ropa de entre semana. Anoche mamá estaba muy enferma.

-¿Quieres decir *borracha*? -gruñó Philip con rudeza, mientras Emma cerraba cuidadosamente la puerta principal y comenzaba a quitar el polvo con su delantal del león de bronce que había sobre la mesa del vestíbulo; este último gesto era un símbolo de la importancia dramática de la ocasión.

-Ebria y enferma -respondió la niña con un brillo perverso en sus ojos oscuros-. Será que quieres que viva aquí -añadió, volviéndose hacia su padre, malhumorado y perturbado.

“¿Vivir aquí, niña? No lo sabía”, pero se volvió bruscamente.

Se volvió hacia Emma y descargó su malestar sobre la espectadora. -¡No te quedes ahí parada así, mujer! -le espetó-. No queremos ayuda con esta niña.

-Puedes limpiar, Emma -dijo Tilly en tono de disculpa, mientras se disponía a llevar a la niña al salón. Pero Emma, herida en lo más profundo, ya se estaba retirando hacia la puerta de la cocina cuando, por los ruidos que se oían a sus espaldas (pues sus oídos eran como los de un ratón en su propio dominio), oyó exactamente adónde iba su señora. Este conocimiento hizo que su tacto profesional entrara en juego con una fuerza automática que superó sus

sentimientos heridos, pues la nueva criada estaba limpiando el salón y no sería bueno que se diera cuenta de nada.

“Ethel está ahí, limpiando”, dijo, indicando que el comedor era el lugar para esta tragicomedia doméstica.

–No debiste haberle hablado así a Emma, Philip –dijo Tilly, tan pronto como la fiel sirvienta se retiró nuevamente.

–*¡Maldita sea*, Emma! Entrad aquí las dos –y empujó a su mujer y a su hija hacia el comedor–. Lo primero que quiero saber *es* esto –empezó cuando todos estuvieron dentro, y de hecho giró la cerradura de la puerta para asegurarse de que no hubiera más intrusiones–: ¿cuánto tiempo lleváis viéndoos?

Tilly, que había ocupado su lugar habitual en la mesa, estaba empezando a responder cuando la niña la interrumpió: “Nos ha estado viendo a mamá y a mí desde Navidad. Nos trajo a mamá y a mí un poco de jengibre, ¿no es así, señora? Y algunas galletas Reading, y algunas sardinas francesas, y algunas aceitunas españolas, y algunas delicias turcas, y algunas mandarinas y algunas...”

–¡Espera, muchacha! –gritó Philip, sin poder evitar sonreír ante aquella larga enumeración de exquisiteces. Se le ocurrió que Tilly tenía un carácter muy característico al cortejar a su ex amante y a la hija de su amante con objetos comprados en la tienda de comestibles.

–Fui una vez *antes de* Navidad –dijo Tilly, que durante todo ese episodio había conservado su ecuanimidad a la perfección, salvo cuando Philip llamó a Emma «mujer». –¡Te olvidaste de decírselo, Nelly!

–Siempre supe –exclamó la niña con voz estridente, cuando se interrumpió para mirar frenéticamente la pequeña llama azul que había bajo la pulida tetera de agua caliente de Tilly y, finalmente, estirando un brazo largo y delgado hacia ese extraño objeto, palpando con el dedo índice para ver si esa extraña llama estaba caliente– que mi padre no era mi verdadero padre, porque mi madre me había apartado cuando lloraba por él. ¿Es él *mi* verdadero padre? –y se acercó a Tilly de la manera más persuasiva y halagadora, y señaló con el dedo a Philip, que ahora estaba de espaldas al fuego y observaba a la pareja con el ceño fruncido y perplejo.

Tilly rodeó la cintura de Nelly con una mano y con la otra comenzó a alisarle los pliegues del vestido–. Sí, niña –dijo apresuradamente–, me temo que lo es; aunque no ha sido un buen *padre* para ti, ya que no me habló de ti mucho antes de ahora. Ella mantuvo sus ojos en el vestido de la niña e incluso comenzó a poner ambas manos en un lugar en la cintura que estaba sujeto por un imperdible que se había soltado.

–¿Cómo íbamos a saber, muchacha, cómo íbamos a saber –dijo Philip dirigiéndose a la niña– que le habrían gustado las

niñas que pertenecen a bandas de ladrones y que entran sin permiso en Wick Woods y dejan escapar a los conejos de las trampas?

–¡Le gusto! –dijo Nelly con decisión y con uno de sus movimientos repentinos e impulsivos le dio un beso rápido, caliente y excitado en el hombro a Tilly.

Tilly se agachó para intentar cerrar el imperdible. No quería que Philip se diera cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. –Le gustamos las dos –dijo con tono cortante y enfático–, y también le gusta Emma, ¿no es así, Nelly?

Pero Nelly se había soltado de un empujón y había corrido hacia la ventana. –¡Hay una bicicleta! –gritó–. ¡Y ha tirado un periódico! Oh, ¿puedo ver si es la *Gaceta*? Mamá siempre me deja ver la *Gaceta*. ¡Una vez hablaba de *él* y mamá! Mamá dijo que el malvado Red lo había puesto allí. Sin esperar permiso, salió corriendo y llevó el periódico a la habitación. Mientras ella estaba fuera, Tilly y Philip intercambiaron una larga mirada sin palabras, que contenía un comentario exhaustivo y concluyente sobre todo el episodio.

Pensó: “¡Qué irónico que tanto ella como yo estuviéramos visitando a Jenny en esa casa! ¡Imagínese que nos hubiéramos encontrado un día en la puerta!”

“¿Puedo abrirlo?”, preguntó Nelly Morgan cuando regresó.

«Se enterará toda la ciudad que está aquí», pensó Philip.

«El repartidor de periódicos se lo dirá a todo el mundo».

La Gazette contenía importantes titulares sobre la inauguración del arco. «Se espera con impaciencia el discurso del alcalde», podía leer Philip desde donde estaba junto al fuego. «La Sally de Jackie se va a casar con Red», anunció Nelly Morgan, sin encontrar señales de que las imágenes que esperaba ver en este número y ofreciendo su propia cuota de noticias de Glastonbury. "Mamá dice que "es más de lo que se merece".

Ella permaneció en silencio por un segundo, con el ceño fruncido. “¿Qué significa “mendigo”?”, preguntó de repente con gravedad al hombre que estaba junto al fuego. Evidentemente sentía que el comedor de los Elms era una fuente de abastecimiento para ciertas lagunas en su conocimiento del mundo. “¿Mendigo significa “el diablo”?”.

Pero entonces se oyó un discreto golpecito en la puerta cerrada y Tilly se puso de pie de un salto. –Tengo que pedir el almuerzo –dijo–. ¿La dejamos aquí todo el día?

Philip asintió sin hablar, y luego cuando la mano de Tilly estaba en el picaporte de la puerta dijo: "Creo que subiré allí ahora mismo ".

“¿A la inauguración?”

–Sí, eso es lo que dijiste, ¿no? –Esta petición de *consejo* en una ocasión tan trascendental, sobre la cuestión de

enfrentarse en público a su gran enemigo, dejó a la joven sin aliento.

De alguna manera, cuando ella lo miraba, allí de pie, parecía *diferente*; y que sus compañeros tengan un aspecto diferente resulta sumamente desconcertante para las mujeres, que prefieren los temperamentos más familiares a cualquier cosa inexplicable.

–No me gustaría interferir en tus planes, Phil –balbuceó nerviosa–. Pero si vas, *debo* decirle a Emma que el almuerzo no será hasta después de las dos. La inauguración está anunciada para las once, ya sabes; pero estoy segura de que no terminará hasta después de la una.

Mientras se desarrollaba este memorable encuentro en el comedor de The Elms, pues ya eran pasadas las diez, una enorme multitud se había reunido al pie de Chalice Hill, donde, como había señalado acertadamente el *Western Gazette*, el discurso del alcalde estaba siendo “esperado con impaciencia por todo Wessex”.

No era sólo la apertura del arco sajón y de la Rotonda, sino también la inauguración de la nueva comuna de Glastonbury lo que este veinte de enero iba a ver; y la posibilidad de todo tipo de enfrentamientos excitantes entre los amigos del alcalde y sus enemigos le daban a la ocasión ese toque especial que siempre atrae a una multitud.

Tom Barter había llegado a Northload Street, sin saber qué iban a hacer él y Tossie ese día con las gemelas, ya que Toss había dejado Benedict Street y había alquilado una habitación amueblada para ella sola. Mary le había pedido que se quedara y desayunara por segunda vez con ella, porque quería hablar con él sobre Tossie y las niñas.

El otro señor y la señora Crow habían llegado tan tarde aquella mañana como los dos de The Elms. John yacía en la cama, recostado sobre las almohadas. Había pasado una noche con fiebre; ahora se sentía mal del estómago; no podía comer ni un bocado; se negaba a fumar un cigarrillo; sólo tenía ganas de beber interminables tazas de té fuerte.

Mary estaba sondeando atrevidamente a Tom sobre el delicado tema de su matrimonio con Tossie; y le estaba diciendo que si se casaban, habría una habitación sin amueblar que se alquilaría en el piso debajo del suyo en esa misma casa.

–Sería muy agradable, Tom –dijo–, que los cuatro estuviéramos juntos; y yo podría cuidar a los niños a veces, mientras tú y Toss se van una tarde.

–No... crees... –murmuró el cauteloso Tom, que estaba de rodillas junto al fuego con el tenedor para tostar, mientras miraba furtivamente a Mary, temeroso de que una conjunción de influencias femeninas lo sacara de alguna preciosa libertad de soltero cuyos beneficios podría estar

olvidando en ese momento—. ¿No crees... que... estar casado lo arruinaría todo?

¿Te refieres a arruinarlo todo para ti o para ella? –preguntó Mary, *preguntándose un poco, para sus adentros, por qué* presionaba tanto a su viejo amigo—. Pero él solía vivir tan miserablemente –pensó–, tan miserablemente.

–¡Por los dos! –murmuró Tom—. No quieres *más* tostadas, ¿verdad?, si *él* no quiere ninguna. ¡Por los dos! ¡Yo podría sentirme atrapado y ella podría volverse... oh, no sé... pesada y doméstica, y dejar de reírse y todo eso!

–No está *tan* delgada, ¿verdad, Tom?

–¡Cállate, Mary! Ya sabes a qué me refiero. Ya sabes cómo son las chicas cuando se han acomodado. ¡No podría soportar que Toss cambiara ni un ápice!

–Ella no cambiará, Tom. No cambiará. Estaría dispuesta a soportar todos tus reproches, viejo amigo, si lo hiciera; sé muy bien que no lo *hará*. Y no creo... mucho... que tú tampoco lo hagas –añadió con picardía, sonriéndole con la mano apoyada en la tostada que estaba untando con mantequilla.

John apartó la mirada de la escena del incendio entre su esposa y su amigo. En el fondo, no estaba del todo seguro de querer que Tossie y Tom se establecieran en la misma casa.

«¡Qué demonio soy!», pensó. «Quiero al viejo Tom cuando lo tengo para mí solo, pero estas confusiones... ¡Dios mío!».

–¿Cómo te sientes ahora? –preguntó Mary, volviéndose hacia él cuando ella y Tom estuvieron sentados a la mesa. Él se negó a mirarla a los ojos–. ¡Soy un demonio, soy un demonio, soy un demonio! –murmuró, sin pensar en el cuervo de Barnaby Rudge.

–No sigas molestándote, Mary –gruñó de mal humor–. Tú sabes lo que me pasa y Tom también.

–No te pondrás celoso, ¿verdad, amigo?, porque yo ocupe tu lugar –se rió Barter.

María pensó: “¡Qué peligrosos son estos hombres para engañarse entre sí! ¿No *sabe* que cuando dice algo así, hace que John lo odie tanto que podría matarlo?”

–Espero que te des cuenta, John –dijo–, de que nada me inducirá a dejarte ir a *esa reunión* esta mañana. Tienes postración nerviosa, eso es lo que te pasa, y te quedarás en cama.

–Supongo que para que Tom te lleve a la colina. Pensé que algo así tenías en mente.

María se dijo a sí misma: “Debo tener más cuidado. ¡Oh, estos hombres, estos hombres! Nuestros celos son serios o nada. Pero con ellos...” Ella ya había llegado a la conclusión

de que bajo una cierta brusquedad, su marido, ocultaba agujeros negros de malicia que descendían al abismo.

Este juicio no era *del todo* exacto. Los ataques de “travesura” de John iban y venían, como el tiempo. A menudo, cuando ella creía que él era más cariñoso, su corazón se había vuelto tan frío como el hielo; y, otra vez, cuando ella creía detectar abismos de maliciosa indiferencia, él simplemente estaba preocupado porque temía tener dispepsia (indigestión).

–Si no puedes ir –dijo con énfasis–, no iré. Tom puede llevarse a Tossie y dejar a los bebés con nosotros. ¿Por qué no lo haces tú, Tom? A Toss le encantaría ver a la multitud y escuchar los discursos.

Barter admitió que hasta el momento no habían podido encontrar a nadie con quien dejar a los gemelos. Todo Glastonbury parecía decidido a estar en Chalice Hill esa mañana.

Terminaron su comida en silencio; el quejumbroso y febril tono de John ejerció sobre ellos un efecto desalentador.

–¿Quieres que vaya contigo, Tom, a buscar a los gemelos? –preguntó, tan pronto como terminaron–. Son más de las diez, y tú y Tossie deberían estar saliendo si quieren conseguir buenos puestos.

En cuanto Barter y Mary se marcharon a cumplir su misión,

John Crow se levantó de la cama con dificultad y se puso de pie en el suelo, algo rígido y débil. Sí, se sentía muy mal, pero le gustaba engañar a las dos personas que más amaba en el mundo, y se puso obstinadamente la ropa. Cuando estuvo vestido y con el abrigo puesto, fue al fregadero y se lavó la cara con agua fría. Esto le hizo sentirse un poco mejor y, acercándose a la mesa, llenó la taza de té de Mary con leche y se la echó en la garganta.

«Postración nerviosa», se dijo a sí mismo, «¡qué frase más bonita! Bueno, sin duda he hecho algo por el viejo Geard y su arco sajón; y que me condenen si van a impedirme ver el espectáculo».

Media hora más tarde, mediante el ejercicio de halagos y violencia, había logrado abrirse paso a través de la multitud que ya llenaba la calle y se extendía por la ladera de la colina, hasta que estuvo justo contra el nuevo arco.

Era una obra de arte, aquel arco sajón que ahora se alzaba descubierto bajo el sol acuoso de aquel día de enero, pero, por muy poco que John supiera de arquitectura, estaba seguro de que el gran arquitecto había engañado al señor Gear y de que aquel enorme edificio de piedra era una obra completamente nueva y original, no más sajona que Villa Cardiffge. Pero era una construcción noble, y John tenía la sospecha de que, de alguna manera muy sutil, el arquitecto había captado algo del espíritu de la nueva religión del señor Gear.

No le resultaba fácil definir lo que sentía, pero sí sentía que si él, John Crow, hubiera tenido que expresar en piedra sólida lo que había llegado a entender de las extrañas nociones del alcalde, lo habría hecho casi exactamente de esta manera. ¡Qué extraña parecía aquella multitud de cabezas humanas, mientras se balanceaban y ondulaban debajo de él! Un verso de la descripción de Homero de los pálidos fantasmas que subían en tropel desde el Erebo le vino a la mente: «Las cabezas impotentes de los muertos».

Aún se sentía extrañamente mareado y febril; tanto que entre él y aquella inmensa multitud ondulante –¡y qué silenciosa y paciente era!– sólo se balanceaban, se movían, se arremolinaban y flotaban lo que realmente *parecían* fantasmas del Erebo! ¿Por qué estaban todos tan hechizados? Sí, entre él y ellos parecía haber una niebla fría, gris y húmeda, cimmerica.

Al otro lado del arco, donde se encontraba, y él mismo se encontraba dentro de una especie de barrera de cuerdas (¿cómo había cruzado esa barrera? No recordaba nada en ese momento), había una plataforma amplia y vacía, cubierta por completo con una pesada tela negra. «¡Dios mío! Parece un lugar de ejecución», pensó; y entonces se le ocurrió que era hacia esa plataforma cubierta, aunque no había nadie allí, hacia donde esa vasta multitud de personas alzaba sus cabezas silenciosas, atónitas e hipnotizadas: las «cabezas impotentes de los muertos».

Y John empezó a tener una sensación sobrecogedora: la sensación de que el señor Geard estaba realmente de pie en esa plataforma. O bien su propio cerebro estaba demasiado aturdido para verlo allí, cuando todos los demás lo veían, o bien había una presencia invisible real allí arriba que todos los presentes en la multitud percibían sin ver nada.

Pero ciertamente fue, para John, la experiencia más extraordinaria que jamás había tenido, esa multitud que se balanceaba, se movía, se desplazaba, *ondulaba*: hombres, mujeres y niños, jóvenes y doncellas, extranjeros y nativos, todos levantando sus rostros tensos, tensos, silenciosos y blancos, mientras avanzaban lentamente, mientras su vasta masa se movía, como una inundación marina agitada por mareas que no se podían ver, aquí y allá alrededor de las costillas de la colina.

John, demasiado mareado para permanecer mucho más tiempo de pie y sin embargo reacio a hundirse en la hierba, empezó a examinar las grandes rocas sin labrar con las que el arquitecto había construido aquel singular monumento. Mientras lo hacía, empezó a experimentar la sensación de que estaba realmente completamente solo en aquella ladera y que en cualquier momento aquella ilusión, aquel espejismo de aquellos rostros, podía desvanecerse. Un repentino espasmo de reconocimiento le sacó de aquella sensación. ¿Dónde había visto antes aquel tipo particular de piedra? La piedra estaba insertada entre dos bloques de piedra de Portland (pues entre los efectos originales del

arquitecto en el arco sajón estaba el uso de diversas variedades de materiales) y, cuando John apoyó la frente en ella (pues estaba a la altura de su cara y él había venido sin sombrero desde Northload Street), supo muy bien dónde había visto antes algo parecido. Se parecía a una de aquellas extrañas «piedras extranjeras» que, según le aseguró el señor Evans, procedían del sur de Gales y que había visto en Stonehenge.

El contacto de su cráneo con aquella piedra (y es muy probable que hubiera ocurrido lo mismo con cualquier otra piedra de textura similar) le dio nuevas fuerzas y despejó las nieblas de su cerebro. Ahora descubrió que no estaba solo en aquel recinto acordonado. En realidad, había un grupo bastante grande de gente allí reunida, aunque, aturdido y preocupado por la gran variedad de rostros que se alzaban desde la pendiente, se sentía como si fuera la única persona cerca del arco.

“Es como los de Stonehenge”, le comentó a su vecina más cercana, que resultó ser la bella esposa de Harry Stickles, el químico. Nancy había hecho un uso desvergonzado de su inusual belleza para entrar en esa barrera privilegiada, y sólo porque todos los funcionarios eran gente del lugar había logrado su deseo.

“¿Dónde está ahora?” respondió al comentario de John sobre la piedra.

"¿Dónde está quién?"

–Él; el señor Geard.

–No lo sé –dijo John–. Para decirle la verdad, señora...

Stickles, ¡me siento como si estuviera de pie en esa plataforma ahora! Me parece *sentirlo* allí... pero, por supuesto, el lugar está vacío. Pasó los dedos sobre la piedra que tanto le interesaba. "Es como las de Stonehenge", repitió en voz alta.

"Debe haber más piedras sagradas", dijo Nancy, "en Glastonbury que en cualquier otro lugar de Inglaterra. Escuché a la gente hablar hace un momento sobre una piedra con marcas extrañas que se encontró recientemente en esta colina".

–Entonces, ya lo tienen, ¿no? –dijo–. Debe ser la que buscaba el nuevo anticuario, no el hombre de la Capilla del Rey Edgar, sino este nuevo individuo que ha estado por aquí... pero el señor Geard nunca me habló de esta piedra.

"Eso es exactamente lo que decían de la otra que tenía las marcas", dijo Nancy. "Decían que esconde estas piedras donde nadie puede encontrarlas".

–¡Sólo cuando cree que tienen algo que ver con Merlín!
–dijo John–. En realidad, no sabe nada de la leyenda. Nunca ha leído una palabra de Malory. Es el viejo Evans quien le

metió todo este asunto de Merlín en la cabeza.

"Es un gran hombre", dijo Nancy con gravedad.

¡Lo convertirán en una leyenda! Geard de Glastonbury...
¡Ya parece historia!"

Ambos guardaron silencio, y John, con los dedos todavía apretados contra aquella piedra del sur de Gales, empezó a sentir de nuevo la extraña sensación de estar completamente solo allí arriba, bajo el arco de Geard y al lado de la plataforma cubierta de negro. El contacto de aquella piedra extranjera parecía aislarlo, junto con todas las piedras de Glastonbury. Le daba el poder de sentir la vida de Glastonbury con todos sus largos siglos históricos como si fuera el simple movimiento de escarabajos y lombrices de tierra sobre la superficie de una plataforma de roca primigenia, la roca de la Isla de Avalon. Aquella inmensa multitud de rostros blancos vueltos hacia arriba, que eran como fantasmas del Erebus, parecían convertirse en fantasmas reales, los fantasmas de todos los hombres y mujeres cuyas pequeñas y turbulentas vidas terrestres habían perturbado el reposo planetario de esta isla rocosa en los pantanos barridos por las mareas. ¡Sí! Los sintió levantarse multitudinariamente a su alrededor, *kluta ethnea nekron*, "las gloriosas tribus de los muertos", y él, el debilitado aventurero danés, tuvo el privilegio, por un extraño destino, de ser el único en sentirlos allí, con el arco de Geard sobre él y la plataforma de Geard a su lado.

Alzó la vista de aquel mar de rostros pálidos y miró la piedra de coronamiento del arco, que había sido toscamente tallada para que pareciera un Dunstan de Baltonsborough⁸⁶. Baltonsborough estaba allí, escondido por el Tor, una morada de gente todavía viva, y más cerca de él, más allá de Edgarley, estaba Havyatt Gap, donde sus propios daneses, poco supersticiosos, habían sido detenidos por aquellos monjes locos. Locos estaban entonces; locos siguen estando; ¡y el viejo Geard era el más loco de todos!

Esta piedra, todas estas piedras, ¡cuánto más noble era su longeva vida que las locuras y las fiebres de los hombres! Habían estado rodeadas por las grandes aguas, por las agitadas olas saladas de ese mar libre, sobre el que habían navegado los barcos vikingos. ¡Ojalá una nueva y poderosa inundación surgiera de su lecho oceánico y barriera todos esos campos de leyendas mórbidas! ¡Cómo odiaba esas mentiras, esos fraudes, esas ilusiones que le habían pagado por propagar!

Y, sin embargo, había algo en el viejo Geard que parecía estar tanto de su parte como de la de esos monjes locos. ¿Era Geard, en lo más profundo de su corazón, tan pagano como él? ¿Acaso esa plataforma vacía cubierta de negro estaba esperando, incluso ahora, que se alzara algún enorme estandarte de desafío a todo esto? ¿Era esta apertura del

86 La iglesia de San Dunstan en Baltonsborough , Somerset , Inglaterra, fue construida en el siglo XV.

arco sajón del hombre a esos misterios latino-celtas de Glastonbury, en realidad una inversión de aquella detención de los daneses en Havyatt?

¡Qué bien recordaba su primera entrada en la ciudad, hacía más de diez meses, en el pequeño automóvil del señor Evans! ¡Bien! Evans y él ya eran hombres casados; casados y establecidos, ¡y muy lejos de Stonehenge!

–¡No recuerdo dónde está! –dijo la bella Nancy dirigiéndose a él nuevamente.

–Tampoco lo sé, –replicó John malhumorado–. Probablemente esté durmiendo en Wookey Hole, como la última vez, cuando el primo Philip se metió en su casa. ¡Pero qué demonios, si no es el propio Philip el que llega ahora mismo!

Nancy se dio la vuelta y efectivamente allí estaba Philip Crow, abriéndose paso entre la multitud que le cedía el paso y dirigiéndose directamente hacia la plataforma.

Detrás de él, mientras avanzaba, se alzó un murmullo bajo y enojado entre los nativos presentes. Evidentemente, ya estaban esperando un segundo gran anticlímax.

Philip bordeó los escalones de la plataforma, evidentemente sorprendido de no ver señales de Geard, y pasando (algo que nadie más se había atrevido a hacer) justo *debajo* del arco, se acercó a Nancy y John.

John le tendió la mano. No se habían visto muchas veces desde aquel día en la rectoría de Northwold.

–¿Viene a dirigirse a nosotros en lugar del alcalde? –dijo John, con la mejilla crispada con el tic familiar y los párpados pestañeando bajo el apretón que Philip le daba a sus dedos.

–Tal vez... me toque a mí –respondió Philip con aire de despreocupación desdeñosa–. ¡Estoy listo para el trabajo... si Lord P. y nuestro buen vicario lo esquivan! ¿No tiene el alcalde a nadie que lo presente? ¡Qué extraño es todo lo que está organizando!

–¿Conoces a la señora Nancy Stickles, Philip?

Philip se quitó el sombrero y se inclinó. «Es propio de un bribón –pensó– endosarme una linda chica en un momento como éste».

Pero antes de que Nancy pudiera hacer algo más que devolverle una sonrisa avergonzada a su exagerada deferencia, nadie menos que el señor Geard en persona apareció silenciosamente entre ellos, como si se hubiera materializado de la nada. El alcalde asintió amablemente a Nancy, le guiñó un ojo a John y le ofreció su regordeta mano a Philip. Su aparición fue tan repentina que fue como la aparición de Tiresias en aquella escena cimmerica que John ya había evocado.

John retrocedió un poco y contempló con atención

concentrada al protagonista y al antagonista de esta memorable ocasión. Nunca había sido más marcado el contraste entre los dos hombres.

Philip vestía un abrigo de color beige y un sombrero gris claro. Llevaba polainas debajo de sus pantalones de sarga azul y en la mano llevaba un bastón con un pomo redondo de jaspe que Persephone le había regalado. Llevaba una camelia roja en el ojal y su comportamiento era sereno, elegante y alerta.

Por el contrario, Bloody Johnny estaba escandalosamente cansado. Había esquivado, como era su costumbre, en las ocasiones públicas todos los intentos de su familia de acicalarlo. Ni siquiera lucía pintorescamente desaliñado. Parecía un sacristán desaliñado que se hubiera convertido en jugador de billar en algún club de quinta categoría.

“Ha estado bebiendo”, pensó John, “y por eso llega tan tarde” .

John no se equivocaba. Desde muy temprano esa mañana, el señor Geard, en esta ocasión suprema de su vida, había estado bebiendo coñac con aquel viejo amigo suyo y converso, el mozo de cuadra de la Casa de los peregrinos.

John se acercó un paso más a los dos magnates de Glastonbury. Olvidó por completo su mareo, ansioso por escuchar lo que podrían estar diciéndose el uno al otro en

ese día de todos los días. Pero, como sucede a menudo cuando dos personalidades formidables se encuentran, cada uno parecía deseoso de evitar cualquier contacto real con el otro.

Nancy también se acercó al señor Geard. Parecía tener un oscuro instinto femenino que le decía que sería fatal para su Profeta tener un encuentro serio con ese enemigo en esta coyuntura.

Los murmullos que se levantaron de la multitud ante la aparición de Philip ahora se transformaron en gritos y alaridos cuando se observó claramente a los dos hombres hablando juntos.

“¡Comienza! ¡Comienza! ¡Comienza! ¡Deja de parlotear y comienza!”

Tal era la carga de una tormenta de gritos confusos, no sólo en inglés sino en todas las lenguas europeas, que ahora se elevaba como un aullido de demonios desde la concurrida ladera de Chalice Hill.

–La población se está burlando de nosotros –dijo Philip con una sonrisa amarga–.

Este tipo está medio loco –pensó–. Tilly tenía razón al decirme que viniera. Va a hacer el ridículo. Ésta es mi oportunidad, si logro mantener la calma. Me pregunto si mi voz podrá llegar hasta la calle. Les haré saber a esos

extranjeros que esta falsa comuna y este alcalde charlatán no son los únicos representantes de Glastonbury.

Así fue como Philip Crow recobró el sentido común, pero ¿cuáles eran los pensamientos del señor Geard en ese momento crítico? No tenía ninguno; es decir, ninguno, más allá de un vivo interés por la camelia que Philip llevaba en el ojal. Estaba tan vacío de consideraciones abstractas o incluso racionales como el propio ex alcalde Wollop. Pero que nadie suponga que esta placidez física significaba que el señor Geard estaba fuera de combate. Significaba únicamente que estaba en tal paz consigo mismo que todo su ser se movía en armonía con el más mínimo pensamiento que le venía a la cabeza. Es cierto que estaba borracho, pero Philip era un tonto al considerar esa condición como un obstáculo para Geard de Glastonbury. Ni siquiera John, que lo conocía mucho mejor que Philip, se dio cuenta del poder que residía en la completa libertad de ese hombre respecto de la timidez.

Su estado de achispado sólo le convirtió en cinco veces más su yo natural que en tiempos normales. Y el yo natural del señor Geard era algo de una potencia enorme. Es bastante probable que el Profeta del Señor de Nancy se hubiera dirigido deliberadamente al bar del mozo de cuadra de la Casa los peregrinos, para no dejar ni una pizca de vano y quisquilloso pensamiento humano entre su intelecto y sus sensaciones profundas del mundo.

–¿Sabes dónde están los escalones que llevan a esa plataforma? –preguntó el señor Geard–. Pronto se calmarán. ¿Te importa si me siento un momento?

«Mi oportunidad está llegando», pensó Philip, «mi oportunidad está llegando».

El señor Geard se sentó deliberadamente en el césped. Esta actuación desconcertó casi tanto a John como a Nancy, y fue mucho peor que eso para los funcionarios de la comuna que se encontraban entre la multitud. John empezó a sentir que era imperativo que alguien interviniera, pues el señor Geard parecía haber caído en un trance de quietud imperturbable.

Mientras estaba sentado allí con las piernas cruzadas, con sus dedos regordetes extendidos sobre la hierba a ambos lados de él, parecía una especie de dios–bestia neolítico, ¡quizás el amante de la Bruja de Wookey!

Pero rápido como un rayo, Philip aceptó esta gran oportunidad que le ofrecía el destino y, caminando con paso ligero junto a John y Nancy, subió los escalones de la plataforma y se presentó ante el público.

“Todos ustedes han venido aquí”, comenzó, y por mera curiosidad lo dejaron llegar hasta ahí, “para mostrar su interés en nuestra gran ciudad histórica y para aprender lo que estamos tratando de hacer para convertirla no solo en

un lugar hermoso, digno de sus antiguas tradiciones, sino también un lugar donde se pueden llevar a cabo los logros más nobles del Progreso”.

Pero la última palabra que se oyó fue «progreso», porque en ese momento lo acallaron a gritos. Sí, a Philip no le quedó más remedio que bajar los escalones de la plataforma con el mismo orgullo y desprecio con que los había subido. Lo hizo con autocontrol, dignidad y gracia. Sin embargo, una vez en el suelo, lanzó una rápida mirada maliciosa a la grotesca persona acucillada sobre la hierba, sobre la que se inclinaban Nancy y John, se encogió de hombros, se puso el sombrero, agitó el bastón y se dirigió colina abajo.

Pero John, que tiraba de un brazo y Nancy del otro, lograron que Bloody Johnny se pusiera de pie. Este logro, del que la multitud observó cada detalle desde abajo, fue aplaudido con humor y con gran vehemencia, siendo especialmente vehemente el “*hoclèt, hochs*” del elemento alemán y los “*vivas*” de los italianos.

Una vez de pie, el señor Geard sonrió y prescindió de la ayuda de Nancy, pero permitió que John lo ayudara a subir a la plataforma; y el propio John, en medio del tumulto de aplausos que saludaron al alcalde, se deslizó de nuevo hacia abajo y tomó asiento en el escalón más bajo de la escalera, al lado de Bob Sheperd, el viejo policía, y el señor Merry, el viejo conservador del museo.

Fue en ese momento de la audiencia cuando se escuchó a la señorita Barbara Fell decir que era una lástima que el querido señor Crow hubiera sido abucheado, mientras que al doctor Fell se le oyó explicar a sus vecinos en un lenguaje filosófico que el señor Geard probablemente no estaba *muy* borracho y que probablemente había *preparado* todo el episodio con la intención de despertar en su audiencia “ese particular estado de ánimo psicológico de hilaridad nerviosa simpática que un orador astuto puede transformar tan rápidamente en receptividad apasionada”.

Sin duda, en toda su larga y turbulenta historia, ningún hombre del condado de Somerset ha recibido jamás una ovación comparable a la que recibió Bloody Johnny en ese momento antes de empezar a hablar. Y cuando empezó, un silencio como el silencio de los peces en el mar o el de los pájaros a medianoche cayó sobre la multitud, de modo que las cabezas enojadas se volvían hacia ellos cuando alguien tosía, estornudaba, arrastraba los pies, encendía una cerilla o incluso se subía el cuello de la chaqueta.

Desde el punto de vista oratorio, no había nada destacable en el modo en que el alcalde comenzó su discurso. Muchos de sus discursos posteriores, tal como fueron recogidos en los dos meses siguientes, fueron mucho más elocuentes. Agradeció a sus oyentes el haberle permitido hablar, “dadas las circunstancias”. Dijo que estaba seguro de que la gente vendría de todas partes del mundo a beber del manantial del Grial. Subrayó el interés histórico del nuevo experimento de

gobierno que estaba llevando a cabo Glastonbury. Rogó “a quienes no conocían nuestro sistema de reparto justo y equitativo de los beneficios que el cerebro y el trabajo humanos, trabajando en armonía con la Naturaleza, dan a la humanidad, que suspendieran su juicio hasta que vieran que el sistema funcionaba correctamente”.

En ese momento, se puso a divagar y comenzó a relatar con cierta gravedad y de manera infantil la historia de los primeros tiempos de Glastonbury. Hizo referencia a la raza neolítica de Lake Village. Habló de los antiguos británicos. Aludió a la importancia de la obra del gran rey sajón, Edgar.

Mientras John observaba los rostros de los asistentes desde su posición al lado de Bob Sheperd, le llamó la atención un fenómeno muy curioso. El hecho de que el alcalde hablara torpemente de una manera bastante común, pronunciando comentarios breves y superficiales que en realidad eran lugares comunes, no alteraba en absoluto la extraordinaria impresión que producía. A John le resultó divertido observar después las diversas formas en que los grandes periódicos de Londres manejaban esta sorprendente diferencia, esta discrepancia entre la sustancia del discurso del hombre y el *asombro hechizado* –no había otra palabra para describirlo– con que sus comentarios poco inspirados eran recibidos. Una vez más, John empezó (¿o fue que el vértigo volvió a apoderarse de él?) a sentir como si todos esos rostros vueltos hacia arriba fueran miles y miles de fantasmas, todos los *nekuon ameneena kareena*, «las

cabezas impotentes de los muertos», de la larga historia del entierro de Glaston, escuchando al señor Geard.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los oídos de John oyeran la frase: “Por lo tanto, declaro que este arco del manantial del Grial de nuestra querida ciudad *está abierto*, de forma gratuita, a todas las personas que quieran venir”. Y se dio cuenta de que, de la misma manera monótona y sin inspiración, el Sr. Geard había comenzado a aludir a varios aspectos familiares de la historia del Grial; aspectos con los que el niño más simple de la escuela del lugar estaba familiarizado desde la infancia.

Esta absurda narración y aprobación, con solemne seriedad, de lo que John percibía como un cúmulo de fantásticos y horrendos cuentos de hadas, hizo surgir algo crudo y peligroso dentro de su alma anglosajona. Apartó la mirada de aquellos fantasmas hipnotizados y la fijó en aquella piedra del nuevo arco que le había hecho pensar en Stonehenge. Y se le quedó grabado en la mente con una certidumbre helada que, por más *materia fantasmal* que pudiera ser en su esencia interior, había algo en ella, *cuando se endurecía y se convertía en piedra*, que reducía toda carne orgánica a lo transitorio, lo impermanente, lo perecedero. Vio el nacimiento y la muerte de las generaciones –hombres, bestias, pájaros y peces–, sus amores trémulos, sus desgraciadas tribulaciones, sus vanas esperanzas, sus pasiones importunas, y todo ello barrido por el viento y el agua de la majestad imperecedera de aquellas piedras, que

en sí mismas no cambiaban, salvo por una catástrofe cósmica.

«Si pudiera destruir», pensó, «de un solo golpe aplastante todo este laberinto de engaños; si pudiera atraer sobre él el mar libre y el viento del norte, si pudiera quemarlo con fuego y limpiarlo con agua, si pudiera purificar el aire y purgar la tierra, ¡cuán tranquilo y limpio estaría el suelo del mundo!».

"Y así", retumbó por encima de él la voz monótona de Bloody Johnny, "el culto al Grial en Glastonbury ha llegado".

Un impulso de ira demasiado grande para poder resistirlo se apoderó de John Crow. Se puso de pie de un salto, dio la espalda a la multitud y, mirando al señor Geard, que estaba lo suficientemente cerca del borde de la plataforma como para ver su rostro convulsionado, pronunció en un tono bajo y silbante, de modo que sólo el señor Geard pudiera oírlo, las palabras: –¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras!

Su esfuerzo había sido tan grande que el mareo lo invadió de repente, de forma tan cegadora que todo se le nubló ante los ojos y empezó a balancearse de un lado a otro al pie de la plataforma, tanteando el aire con las manos y haciendo gorgoteo en la garganta. Mientras se balanceaba de esta manera, todo empezó a oscurecerse ante él y tuvo tiempo justo de pensar: «¿Qué he hecho? ¿He arruinado su discurso?» cuando cayó al suelo desmayado.

El orador se había retirado un poco hacia el centro de la plataforma, de modo que cuando el viejo Bob Sheperd y el señor Merry, con la ayuda de otros dos hombres más jóvenes, levantaron a John y lo llevaron hacia la Rotonda, todo lo que cruzó por la mente de Geard fue: "Alguien se ha desmayado", y nunca se le ocurrió asociar este incidente con ese rostro convulsionado y la palabra "¡Mentiras!".

Uno de los funcionarios sacó la llave de la Rotonda y allí depositaron a John; pero no fue hasta que el discurso del alcalde terminó y la multitud se dispersó que realmente despertó a la plena conciencia.

–La gente dice que estas cosas son mentiras –gritó el señor Geard, después de una pausa, con una voz que se extendió por toda la asamblea hipnotizada con tal fuerza atronadora que llegó a oídos de Mad Bet, que, arrodillada ante su ventana al otro lado de la calle, pensó en la barra de hierro de Codfin–. La gente dice que debemos tener la Verdad desnuda en lugar de estas mentiras. Ahora bien, lo que el Espíritu y la Sangre me ordenan que les diga es esto...

Por fin, una inspiración lo estaba alcanzando desde lo más oscuro de su ser. Parecía desgarrarlo y abrirse paso a la fuerza, como un dragón que escapa de una caverna hendida por un rayo. Y el señor Geard se sentía en pleno control de esa inspiración. A diferencia de Fausto, con su espíritu de la tierra, el señor Geard sostenía las riendas de esa criatura alada demoníaca. Esto quedó demostrado por la pausa

dramática que hizo en ese momento, tomando aliento en silencio y, mientras lo hacía, mirando hacia la Rotonda a donde habían llevado a esa persona que se había desmayado.

Entonces, como si estuviera liberando, con absoluto aplomo, a ese dragón de viento del abismo, alzó de nuevo la voz: –¡Cualquier *mentira* –gritó–, os digo, *cualquier mentira*, mientras una multitud de almas la crea y la lleve hasta el punto de resquebrajamiento, *crea nueva vida*, mientras que la esclavitud de lo que se llama verdad nos arrastra a la muerte y a los muertos! Mentiras, magia, ilusión: éstos son los nombres que damos a las ondas en el agua de nuestra experiencia cuando el Espíritu de Vida sopla sobre ella. Yo mismo –aquí hizo otra de sus dramáticas pausas–, yo mismo he curado a una mujer de cáncer en ese manantial.

Extendió su brazo hacia la Fuente del Grial. “Los milagros son mentiras, y sin embargo están sucediendo. La inmortalidad es una mentira, y sin embargo la estamos alcanzando. Cristo es una mentira, y sin embargo yo vivo en Él. Me es dado decirlos que si alguien trajera un cadáver ante mí... con el poder de lo que la gente llama una 'mentira', yo, incluso ahora, aquí y ante todos vosotros, ¡devolvería la vida a ese muerto!”

Su voz se apagó en un silencio tan profundo que Nancy Stickles, cuyo rostro estaba distorsionado por la emoción, le dijo más tarde a Tossie que podía oír el tintineo de la lejana

campanilla de las ovejas, en la garganta de Tupper, el viejo carnero que rompía cercas, en el Gran Campo de Edgar Ley.

Pesada y torpemente, encorvado y con la espalda ancha como si le hubieran puesto sobre ella un peso que no podía soportar, el señor Geard empezó a bajar de la plataforma. Cuando llegó al suelo, permaneció allí un rato con todo su enorme cuerpo inclinado hacia delante y los ojos fuertemente cerrados. Por último, agitando la mano de vez en cuando para mantener alejado a cualquiera que se le acercara, descendió lentamente la pendiente hacia la carretera.

Había tantos relatos contradictorios sobre lo que ahora sucedía, que una compilación de todos ellos y una comparación de ellos entre sí dejaría en la mente la sensación de que ciertos grandes acontecimientos humanos no ocurren de una manera directa, clara y absoluta, sino que incluyen un margen vacilante de actualidad que cambia de acuerdo con el medio humano a través del cual pasa.

Mientras descendía la colina, la mayoría de la gente permanecía completamente inmóvil, salvo algún intento de perseguirlo con la mirada. Parecía protegido, aislado, defendido de cualquier intrusión por algún poder interior.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que un pequeño grupo de devotos que ahora se abrían paso hacia él formaran una especie de semicírculo a su alrededor; pero ni

siquiera estos se atrevieron a hablarle o a acercarse a él. En los últimos tiempos, había habido muchas referencias en los periódicos europeos al deseo del alcalde de hacer de Glastonbury una especie de Lourdes inglés, donde una atmósfera de curación milagrosa se carga con la electricidad de la fe, y todos los presentes sentían que algo trascendental estaba en el aire. Pero no eran sólo los enfermos los que esperaban a este hombre en la calle.

Entre los nativos de Glastonbury siempre había existido la obstinada idea de que su fuente del Grial poseía propiedades curativas; y sin duda los escritos de Ned Athling en el *Wayfarer* habían jugado con esta oscura creencia y la habían avivado. En cualquier caso, es seguro que se había extendido por Paradise y Bove Town el rumor de que el alcalde quería que todos los enfermos de Glastonbury que pudieran ser trasladados acudieran a la fuente del Grial ese día; y junto con esos enfermos habían llevado Algo Más al pie de Chalice Hill, Algo que ahora lo esperaba allí.

El señor Geard se dirigió directamente hacia el pequeño cuerpo muerto, que era llevado en una camilla, mientras los enfermos (ninguno de los cuales estaba gravemente enfermo) olvidaban su propia condición mientras lo observaban. El señor Geard siguió el ejemplo del profeta del Antiguo Testamento y se estiró sobre el féretro de madera, cubriendo el cuerpo del niño muerto con el suyo. Mientras hacía esto, los discípulos del hombre impidieron que se acercaran los parientes del niño, excepto la madre, cuyas

manos, arrodillada, presionaron los pies del niño contra su pecho...

Lo que los escépticos dijeron después fue que ningún médico había visto al niño desde que murió, y que lo que los padres habían confundido con la muerte era en realidad un trance parecido a la muerte, del que el excepcional magnetismo animal de la pesada figura del alcalde lo despertó naturalmente. Esta fue la opinión que tuvo del incidente el doctor Fell, que llegó al lugar poco después de que el niño reviviera. Mientras tanto, dentro de la Rotonda, John Crow estaba recobrando el sentido. Cuando lo hizo, encontró a su amigo Tom inclinado sobre él, y el abrigo de Tom extendido sobre sus piernas.

–¡Estás temblando, Tom! –susurró.

Barter le hizo una mueca irónica. –No has visto lo que acabo de ver, o no te sorprendería que me castañetearan los dientes.

John suspiró e hizo un débil gesto con la mano. “¿Qué pasa? ¿Qué está haciendo ahora?”

Barter se dio cuenta de que estaba hablando de Geard; y sin demora contó su extraordinaria historia.

“Es el niño que murió esta mañana. Lo trajeron en una camilla. Yo mismo vi al niño una vez. Su madre es una puta borracha que vivía en mi casa. Supe quién era en el momento

en que oí la voz de la mujer. Dos viejas terribles, Betsy Burt y la señora Carey, estaban con ella cuando vi al niño en ese momento... y están con ella ahora mismo. Todas vivían en mi casa. Yo mismo fui a buscar al médico para este niño. El doctor Fell dijo que era una especie de epilepsia”.

“¿Sabía que lo habían traído antes de pronunciar su discurso?”

Barter echó una rápida mirada al edificio en el que mantenían aquella intensa y extraña conversación. En su mente rondaba la vaga idea de que hay algo monstruoso y horrible en el hecho de devolver la vida a los muertos; algo que interfiere con la Naturaleza y que contiene una oscura y chocante blasfemia. Se quedó mirando lo que había a su alrededor en aquel extraño edificio. Estaba abarrotado de basura y andamios, pues estaba apenas a medio terminar; pero había una peculiar calidad personal en la mano de obra y en los materiales que lo diferenciaban de todos los edificios recién construidos que había visto en su vida.

"Podría ser algo erigido *para* Geard", pensó, "¡en lugar de ser *obra de* Geard!"

–¿Sabía *que* lo habían traído, Tom?

–¿Cómo puedo *saber* lo que él sabía? Tú lo conoces mejor que yo. –No creo que él lo supiera –susurró John.

Ambos guardaron silencio y entre ellos pasó algo muy

peculiar. Hay ciertos temas que se parecen a ciertas *sustancias* del mundo, como la sangre, el semen y la licuefacción de la descomposición, en el sentido de que perturban algún nervio único en la mortalidad humana y producen, incluso al nombrarlos, un *escalofrío peculiar*.

Ese *escalofrío* experimentaron ahora, y mientras se miraban a la cara en ese lugar oscuro, lleno de basura y vacío, estos dos cínicos habitantes de East Anglia se sintieron como perros que hubieran encontrado un olor absolutamente nuevo; perros, digamos, que están olfateando un meteorito recién caído.

“¿Muerto? ¿Blanco y tieso y con *esa mirada*, no? ¿Y el viejo Geard...?”

Barter asintió como un mandarín chino. “Sí, viejo gallo, sí, mi dulce bacalao. Geard lo hizo”.

“¿Le dio vida?”

–¡Sí, viejo moño! ¡Viva la vida, viejo cara blanca!

"¿Dónde está Tossie?"

"Está con la señorita Crow y Lady Rachel".

Ambos guardaron silencio durante un rato; y durante ese silencio, el misterio más absoluto del mundo, esa frialdad indescriptible, esa rigidez, esa quietud de un organismo que

ha vivido y respirado, y ahora se ha *transformado en otra cosa*, los agarró por el cuello.

“Este niño”, pensaron ambos, “ha estado *detrás de la vida*, y si tan solo pudiera recordar qué es ese Algo Más...”

“¿Dónde están esos dos que estaban aquí?”

“¿Sheperd y el señor Merry?”

“¿Estaban *aquí*?”

“Fueron a ver al niño.”

“Lo matarán de nuevo, agrupándose a su alrededor”.

“¿Sabes lo que *pienso*, John? Creo que todo esto ha sido...

Barter iba a decir «planeado», pero una vez más lo invadió aquel escalofrío; y en su mente vio ese espantoso rigor mortis que guarda el secreto del universo.

John hizo un esfuerzo desesperado por levantarse. “Me gustaría ver a ese niño”, murmuró, levantándose sobre un codo, “me gustaría ver a alguien que realmente haya estado muerto”.

“¡Muerto, viejo gallo; pero no *enterrado*! ¡Cataléptico, viejo!”

–No puedo respirar bien –se quejó John–. Me siento tan

débil como un bebé. Ojalá pudieras hacer que viniera a verme.

–¡Cállate, idiota! *Estarás* bien en un santiamén.

–Agua –gimió John–. Si no tengo ni una gota de agua, me voy otra vez.

“El niño estaba sentado en la camilla. ¡Lo estaban alimentando!”

“Agua”, gimió John, “agua”.

Barter echó una rápida mirada al extraño interior que los rodeaba. Luego salió rápidamente al aire libre. Se apresuró a pasar bajo el arco sajón (la ironía del destino hizo que las dos primeras personas que usaron esa nueva entrada fueran Philip y su ex gerente), llenó una de las pequeñas tazas que allí se guardaban y se la llevó a su amigo.

–Chalybeate⁸⁷ –dijo con una mueca, mientras John satisfacía su antojo y mostraba signos de recuperación–, o la Preciosa Sangre de Cristo; ¡puedes decidir cuál es!

El hombre postrado se incorporó de golpe apoyándose en un codo y se quedó mirando la puerta de la Rotonda que Tom había dejado abierta.

87 Chalibeate, ferruginoso, que contiene o está impregnado con sales de hierro.

“Me gustaría saber”, murmuró, “¡qué sueños tuvo ese niño!”

Barter lanzó un rápido grito de bienvenida y corrió nuevamente hacia la puerta.

–¿Qué pasa ahora? –suspiró John, volviendo a su posición anterior–. ¿Viene?

–¿Él? Ya está en la ciudad. Te digo que es Toss. ¡Hola! ¡Hola! ¡Aquí está! ¡Aquí estamos!

Pero John Crow no fue el único incrédulo de Glastonbury que se enfrentó a lo inexplicable aquel accidentado veinte de enero. El marqués de P., mientras se dirigía al pequeño y acogedor alojamiento situado encima de las oficinas del *Wayfarer*, donde Ned Athling tenía sus habitaciones, se preguntaba mientras caminaba si, después de todo, no sería una buena idea hacer una visita sorpresa, a las diez de la noche, al amante de su hija. Había cenado en Casa de los peregrinos, donde el sargento Blimp había instalado, como de costumbre, el famoso carrito de ruedas verdes, y, calentado por una botella de oporto de primera calidad, bebió a sorbos en compañía de su viejo sirviente en la tranquila habitación que siempre ocupaba, había decidido lanzar un ataque frontal contra ese perturbador de la manada de Zoyland.

«Si no están casados, no me importa», se dijo a sí mismo.

«Mi hermana tendrá que aceptarlo. No voy a pelearme con la chica por el bien de Betsy».

A esas horas de la noche era más fácil encontrar el lugar que descubrir cómo entrar en la habitación de Athling una vez que la *había* encontrado. ¡Qué lugar tan miserable y destartado para el periódico oficial del alcalde!

Pero una de las puertas maltrechas se abrió fácilmente con la mano, aunque no había timbre ni aldaba. Mientras tanteaba en el interior de un pasillo oscuro, Lord P. empezó a sentirse más como un ladrón nervioso que como un noble indignado del reino que perseguía al seductor de su hija.

–¡Athling! ¡Athling! –gritó con una voz mucho menos autoritaria y formidable de lo que le hubiera gustado.

No hubo respuesta y, como había cerrado la puerta de la calle, ni siquiera había luz suficiente para ver si tenía que subir una escalera o llamar a alguna habitación en ese pasaje mohoso.

–¡Maldito joven idiota! –murmuró el marqués–. ¿Por qué demonios no tiene una luz aquí?

El enojo aumentó el poder de su voz.

–¡Athling! ¡Athling!

En ese momento se abrió una puerta en lo alto de un tramo

recto de escalones anchos, desnudos y antiguos. Un rayo de luz brillante, procedente de una habitación cálida, suave y luminosa, se coló por la escalera. Una figura femenina, evidentemente en camisón y bata, estaba de pie en la entrada de la habitación.

–¡Pero si es papá! –gritó Lady Rachel con voz baja, suave y sonora–. ¡Es papá, Ned! –repitió, dándose media vuelta mientras el asombrado lord, con una bocanada de aire y un murmullo de «¡Bueno, que me condenen!», subía gravemente la escalera.

–¡Qué *resentido* de tu parte venir a vernos! –exclamó, con la misma voz baja, risueña y serena.

El marqués hizo una reverencia al joven que, con un traje de tweed rústico, acababa de levantarse de una mesa cubierta de hojas manuscritas. La habitación estaba iluminada por una lámpara de pantalla rosa que daba una luz tenue.

En la chimenea ardía un fuego agradable y una puerta abierta que daba al fondo de la habitación revelaba una cama doble, con las sábanas blancas dobladas hacia abajo, y un segundo fuego alegre, en una especie de alcoba.

–Siéntate, papá –dijo Lady Rachel, ofreciéndole a su padre, que estaba sin palabras, una silla baja de mimbre cerca del hogar.

–Consíguele un poco de ese brandy de cereza a mi padre, Ned.

Athling, cuyas manos temblaban de nerviosismo, cogió de un estante una preciosa garrafa de cristal tallado de un tono verdoso. Derramó una buena cantidad del reluciente licor al servirlo y, al entregárselo al marqués, el líquido se le escurría por el borde del diminuto vaso hasta los dedos.

Lord P. lo rechazó con un gesto de la mano. “Acabo de tomarme una botella de vino”, dijo. “Blimp me la consiguió. De todos modos, me tomaré un cigarrillo, si tienes alguno en alguna parte”.

Mientras hablaba, dejó que sus ojos vagaran por las paredes de la habitación, que estaban adornadas únicamente con una gran cantidad de llamativos bocetos en acuarela, todos ellos pintados de una manera muy peculiar y extremadamente inusual.

Lord P. era algo así como un virtuoso en este género y, a pesar del desconcertado estado de sus nervios, se levantó mecánicamente y se acercó a algunos de los cuadros más notables.

–¡Qué bien! –murmuró–. ¿Quién de vosotros, niños, ha hecho estas cosas?

–¡Son todos de Ned! –exclamó la muchacha con entusiasmo–. Son preciosos, ¿verdad?

–Yo diría que sí. –Recorrió solemnemente la habitación, examinando cuidadosamente cada una de aquellas singulares creaciones. Mientras lo hacía, dándoles la espalda a ambos, pensó para sí: –Betsy no tiene por qué saber nada de esto. No están casados. Seguro que se cansará de él al cabo de un tiempo. Supongo que entienden de anticoncepción.

Y se encontró deslizándose en una conversación imaginaria con su amigo Godfrey Bent en su club.

–Mi hija se ha juntado con un artista, ya sabes, de ese tipo, de allá del campo. Una familia antigua, según me han dicho, una de las más antiguas del condado, pero sin un céntimo. ¿No puedes conseguirle alguna exposición, Godfrey, para la próxima temporada? Son muy buenos, sus obras. ¡Realmente podrían ser un éxito si tuvieran la mínima oportunidad!

Cuando se dio la vuelta y volvió a ocupar su lugar junto al fuego, miró al joven con una mirada mucho más comprensiva. Lord P. carecía por completo de gusto poético, pero era realmente un competente conocedor de la pintura, y le complacía pensar que, en todos sus encuentros con este muchacho, éste había mantenido en un segundo plano su asombroso talento.

Rachel se sentó en el brazo del sillón de su padre envolviéndolo en la cálida dulzura de su radiante felicidad.

–Bueno, papá –dijo ella–. ¿Entonces no vas a regañarme después de todo?

Miró con curiosidad los dedos que ella había colocado sobre los suyos. ¡No! No había ni rastro de un anillo de bodas.

"¿Por casualidad no te habrás casado?" preguntó.

Ella negó con la cabeza. –No pienso casarme en muchos años. A Ned le gustaría, pero nunca se burla de mí por eso. ¿No, Ned?

–No es prudente burlarse de ellas por nada, ¿eh, muchacho? –se rió entre dientes su padre, mirando con picardía al joven–. ¿Sabes cómo evitar que un anciano se enfade por su grosería y se meta en problemas, como dicen los sirvientes?

Rachel asintió con picardía y luego sonrió grave y tranquilamente directamente a sus ojos.

–¿Y qué mentira le dices a nuestra digna señorita Crow, Rachel? Supongo que todavía vives con ella, ¿no?

Esta vez la muchacha se sonrojó. Había tocado el punto sensible, el único punto que le dolía en su aventura romántica.

“Le digo que tengo que trabajar toda la noche en la

oficina”, susurró. “¡Me manda a la cama durante horas!”, añadió con tristeza y sin sonreír.

Entonces cambió de tema y le hizo a Ned algunas preguntas técnicas muy profundas sobre sus métodos de pintura. La conversación entre los tres se estancó un poco después de eso y pronto se levantó para irse.

–¿Escuchaste el discurso del viejo Johnny hoy? –preguntó mientras recogía su abrigo, sombrero y guantes.

–¿No has visto nuestra edición especial, papá? –gritó Lady Rachel, colocando en las manos del anciano hombre canoso, cuya figura en aquella habitación cálidamente iluminada –una habitación tan llena de una atmósfera radiante de felicidad juvenil– parecía menguar en ese momento y volverse vieja, demacrada y más bien desamparada, un ejemplar del *Wayfarer* con los titulares más sorprendentes que cualquier crónica humana pudiera concebir, salvo el anuncio de un diluvio inminente.

–¿*Qué es esto, eh? ¿Qué es esto?* ¡Dios mío! Pero no podía estar realmente *muerto*. Vamos, vamos, esto se está poniendo un poco *pesado*. Pero... por supuesto... si ustedes, niños salvajes... van a... convertir este lugar... en... en... esto, supongo... será el tipo de cosa... pero, Dios mío, Rachel, *no* crees... realmente... que el viejo Johnny Geard podría...

El marqués se quedó allí, de pie, bajo aquella luz rosada,

entre la muchacha con su suave camisón que parecía una ninfa enamorada de un cuento de hadas galés, y el joven y robusto poeta pintor con su chaqueta Norfolk, ceñudo y desconcertado. Doblaban una y otra vez el papel que sostenía, como para ocultar aquella molesta palabra «milagro» en aquellas grandes letras negras, y luego lo volvía a desplegar. ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo?

–Buenas noches, pequeña –murmuró por fin, besándola con ternura–. Podrías enviarme algunos de esos bocetos antes de que me vaya de Mark Court –añadió con gravedad–. Los llevaré conmigo a la ciudad.

Se volvió hacia ella una vez más mientras ella sostenía la puerta abierta para iluminarlo mientras bajaba la escalera.

–No hagas esto muy a menudo, niña –dijo–. La buena señorita Crow no es ninguna tonta. Además, no queremos ningún maldito escándalo.

Ahora estaba al pie de las escaleras.

–¡Recuerda qué orejas tan largas tiene tu tía Betsy! –gritó mientras se giraba para dirigirse a la puerta de la calle.

Una vez en la calle oscura, abrochándose el abrigo para enfrentarse al viento helado y poniéndose los impermeables grises, una emoción de miserable depresión se apoderó de él.

¡Su pequeña Raquel, su *pequeña* Raquel! ¡Y qué radiante se veía la muchacha! Pero, ¡ay, lo que tenía que ver, soportar y aguantar un hombre si, en aquellos días, quería conservar el amor de una niña y no hacer que ella lo odiara!

«Pero no están pensando en casarse», pensó, «eso es bueno. Y ella está jugando a lo seguro con la mujer Crow, lo puedo ver, ¡aunque la odia como el diablo! Bueno, ¿quién puede culparla? Nunca volverá a ser joven. Y el muchacho es un muchacho decente... no hay nada de pícaro ni tramposo en él».

Ahora iba andando junto a una hilera oscura de casas miserables. El pavimento era irregular. El viento se había levantado y se había vuelto gélido. Gemía y silbaba sobre los tejados de pizarra de esta parte más pobre de la ciudad. Henry Zoyland, marqués de P., se sentía muy viejo y muy desolado mientras caminaba. ¡Esos retiros encantadores y poco convencionales con su pequeña Rachel en Mark Court, por todas partes! Ella había estado inquieta y *angustiada* la última vez que la había tenido allí con él; ¡y esos Bellamy! Sus peleas con el pobre Blimp se estaban volviendo insoportables. Sin embargo, no tenía el corazón para echarlos.

«Este lugar no es nada sin ella», pensó, y se vio sentado junto a aquella gran y solitaria chimenea con la antigua escalera que subía y subía; y luego *su* habitación, y luego aquella calzada de piedra, y la habitación de Merlín. ¿Había

sido durante su noche en ese lugar que el viejo Johnny había aprendido esos trucos diabólicos para infundir vida en bebés muertos?

La desolación del hombre crecía a medida que se acercaba a las afueras del Paraíso. «Viejo, me estoy haciendo viejo», pensó. «Y ningún hechizo de Merlín, aprendido por ningún Messire Bleheris moderno, podría hacerme *mover* una vez que recibí un golpe en la cabeza. ¡No, maldita sea! No voy a poner *nada* en el camino de la niña. Déjala que tenga su aventura. Las mujeres Zoyland siempre comienzan con un romance apasionado en la adolescencia; ¡y luego se convierten en brujas salvajes a los cuarenta! Betsy lo hizo; ¡y nunca se casó! La niña no es ni la mitad de salvaje que Betsy. ¡Al diablo con las mojigaterías de la clase media! Las Zoyland siempre *hicieron lo que quisieron...* y, por Dios, mi niña lo hará.»

Así se pavoneaba el viejo diplomático, haciendo todo lo posible por racionalizar, como suele decirse, su devoción por aquella niña radiante de suave camión. Pero el viento helado aullaba por encima de los tejados y gemía por los callejones adoquinados, y una sensación de amarga desolación heló al hombre hasta los huesos.

El contacto de su calidez, mientras estaba sentada en el brazo de su sillón, había insinuado en sus venas un ansia de sangre joven y suavidad femenina. Por ella había renunciado a aquella francesa del Soho, la sucesora de la madre alemana

de Will. Durante años había vivido como un monje por el bien de la niña, ¡y ésta era su recompensa! ¡Y esos malditos anarquistas estaban convirtiendo Glastonbury en un manicomio de locuras, mientras el viejo Johnny obraba milagros!

Sería mejor que volviera a la ciudad inmediatamente, contratara un buen abogado (Beere ya no servía) y se asegurara de que esos ingratos hijos suyos no pudieran tocar ni una pizca de lo que les había dejado a Rachel y a Will, de todo ese dinero nuevo.

Estaba pasando por el ambiguo dominio de la madre Legge y, al echar una mirada a esa «otra casa» tan familiar en la que había entrado tan a menudo en su juventud, vio que la puerta se abría furtivamente y salían un hombre y una mujer. Se metió en la sombra de un contrafuerte de la pared para dejarlos pasar y no pudo evitar reconocerlos. Una era Clarissa Smith, la bonita camarera jefe de la Casa de los peregrinos, y el otro era un hombre que había visto en los establos de allí; en realidad no era otro que el mozo de cuadra converso con quien la hacedora de milagros había estado bebiendo esa misma mañana.

“¿Cuánto dinero les hace pagar esa vieja a personas como esa?”, se preguntó. “¡Debe de estar en apuros hoy en día si *estos* son sus clientes!”

Pero cuando salió de su refugio, se encontró dudando por

una fracción de segundo e imaginándose tocando el timbre de la puerta.

«Supongo que el joven Tewsy todavía está allí», pensó. «¿Quién me *dijo* que esos comunistas iban a darle trabajo al viejo en el manantial del Grial? ¡De Camelot a Chalice Hill! Bueno... ¡así es como se mueve este mundo!»

Todavía podía ver las dos figuras moviéndose frente a él, Clarissa aferrándose tiernamente al brazo de su mozo de cuadra.

«Espero que *él* sienta lo mismo», se dijo a sí mismo. «Ese tipo de cosas hacen que la chica sea más cariñosa, pero el hombre... ¡no siempre! ¡Por Dios, si ese chico de Rachel juega a algún juego...!»

Pero la visión de la camarera y el mozo de cuadra tan felices y abrazados perturbó los sentidos del anciano caballero que caminaba detrás de ellos. La muchacha tenía el tipo de figura regordeta que a él le gustaba; ¡podía verla *perfectamente* incluso en esa calle oscura! Prenda por prenda, desvistió a la inconsciente Clarissa bajo ese viento helado. Estaba atravesando la misma acera que había atravesado Red Robinson la noche de la fiesta en Mother Legge's, y lo invadió precisamente el mismo tipo de ansia enfermiza de un fuego y un cuerpo femenino cálido que había devastado al proletario enojado. ¡Si la ambiciosa Clarissa lo hubiera sabido!

Pero aquella joven dama seguía aferrada al brazo de su mozo de cuadra, susurrando entre sus palabras cariñosas, si hay que confesar la verdad, ciertas críticas perversas e íntimas sobre el carácter del señor Thomas Barter. Es extraño que la inocente calidez del romance de Rachel hubiera conducido ahora a su padre a desnudar a Clarissa Smith!

Rachel... Clarissa... ¡Oh, qué frío soplaba el viento, y qué duro, desolado y sin consuelo era el mundo! En el calor de los cuerpos de las mujeres, en sus maneras, en sus risas, en su apego, ¡sí! Incluso en su ira y en su burla está el único refugio real, pensó.

“Que nos regañen y despotriquen. Por crueles que sean sus palabras, sus miembros siguen siendo satinados al tacto, sus almas aún están libres de nuestras malditas leyes, nuestros trabajos, nuestro alboroto y nuestro humo”.

Aflojó el paso, pues el brazo de Clarissa rodeaba ahora el cuello de su compañero. De hecho, se detuvo de nuevo mientras su corazón, al imaginarse que volvía sobre sus pasos y tocaba el timbre, empezaba a latir dentro de él como solía hacerlo, ¡hace veinte o treinta años! Pero el sargento estaría esperando. Además, ¿en qué estaba pensando? Esa «otra casa» no era un burdel. El joven Tewsy esperaría... ¡maldita sea! Era un tonto. Las figuras que tenía delante ya habían doblado la esquina y siguió caminando rápidamente.

El “me gustaría, Clarissa” de Tommy Chinnock se desvaneció rápidamente de los pulsos cansados de la vida del Marqués de P. Cuando llegó a las farolas encendidas de High Street, un niño descalzo pasó corriendo junto a él gritando una edición tardía de un periódico.

–*¡Milagro en Glastonbury!* –gritó el muchacho. Lord P. sonrió con amargura, como un hombre de mundo.

“Sólo hay un milagro en este mundo”, murmuró en voz alta, “que puede hacer que los viejos se vuelvan jóvenes, ¡y ese milagro no es para los viejos que ya han sobrevivido a su tiempo!”

XXVIII. EL GRIAL

Como es fácil imaginar, la situación en la vicaría de Glastonbury a medida que transcurría el invierno, con Nell y su hijo bajo el mismo techo que su antiguo amante, aunque no se exigía al límite de la resistencia humana, era bastante incómoda para las tres personas implicadas. Era evidente, también, que el niño, aunque sus expresiones al respecto fueran confusas, echaba de menos las caricias del marido de su madre.

La señora Pippard, que durante todo diciembre asumió el papel de embajadora (aunque no de pacificadora) entre el nuevo santuario de Nell y su antiguo hogar, los mantuvo bastante informados de lo que estaba sucediendo en Whitelake Cottage.

La tendencia de los acontecimientos parecía ser que Will

Zoyland y Persephone vivían allí en un trance irresponsable de felicidad amorosa, completamente absortos en sí mismos y contenidos, y preparados para esperar cualquier diluvio que el destino pudiera enviar, con el desafío temerario de su recién descubierto deleite mutuo.

Nell se dio cuenta de que ese período de quietud embrujada y lunática no se parecía en nada a todo lo que había conocido de Will. Semana tras semana en la vicaría (cada semana traía consigo nuevos conflictos entre el padre y el hijo, y entre ella y cada uno de los dos hombres), esperaba constantemente que Zoyland apareciera en persona, después de haberse peleado con Percy y lleno de exigencias furiosas y despóticas para que su esposa y su hijo regresaran a casa. ¡Pero llegó el Año Nuevo y no sucedió nada de eso!

Al final, la cascarrabias señora Pippard, después de haber desempeñado el papel de espía de la enamorada pareja de Whitelake hasta que Zoyland casi la echó, y de haberse aferrado desesperadamente al pequeño amo Henry en la vicaría hasta que Penny Pitches acabó echándola, se retiró del todo de las labores domésticas y se instaló en casa de la madre de la novia de Red Robinson, como socia-asistente en el negocio de la casa de té.

Al enterarse de que Sally se iba de Villa Cardiff para casarse con Red, la señora Pippard se ofreció como suegra de la muchacha sucesora en la casa del alcalde; pero la señora

Geard, contenta de volver a su antigua libertad sin sirvientes, declinó bruscamente este honor; y así quedó en manos de los pacientes visitantes de la ciudad soportar los cuidados y estar sujetos a la mirada omnisciente del diplomático padre de Eudoxia.

De esta manera se puede explicar la asombrosa naturaleza de los escándalos que muchos de estos inocentes peregrinos llevaron a casa, junto con las figurillas artúricas del señor Barter y Lady Rachel, en relación con la vida más íntima de Glastonbury; pero no es necesario en esta modesta crónica afirmar que Zoyland no golpeó a su esposa hasta dejarla azul y negra, y que Nell no vivió con tres hombres al mismo tiempo.

Pero aunque las historias salvajes contadas por la señora Pippard estaban lejos de la verdad, las dos semanas que siguieron a la llegada de Nell bajo el techo del padre y el abuelo de su hijo estuvieron cargadas de electricidad explosiva.

La actitud de Sam era la misma de siempre, desde que había decidido pisotear y matar todo placer sexual natural. No la evitaba. Al contrario, aprovechaba cada momento que podía, cuando su padre no estaba a la vista, para disfrutar de su compañía. La ayudaba con el niño, aunque no demostraba ser tan hábil como Zoyland para calmarlo y distraerlo. Él impidió que Penny entrara en la habitación de invitados, porque le habían dado a Nell la cama Guillermo de Orange

para dormir. Trató de convencerla de que abandonara su torpe y tímida costumbre de retirarse al salón, que nunca se usaba, una habitación que olía, no a polvo y humedad, porque era la única habitación de la casa donde a Penny se le permitía fregar y ordenar sin permiso ni impedimentos, sino al Tiempo Muerto en sí, como un fantasma palpable que rondaba allí dentro de esa puerta cerrada, rondando sobre las borlas pesadas de color magenta que colgaban sobre el frente de la repisa de la chimenea, rondando sobre el sofá de felpa verde, rondando sobre el enorme reloj de mármol que nunca hacía tictac, rondando sobre el escabel, adornado con hilo de oro deslustrado, rondando sobre la canasta de lana vertical de la madre de Sam que nunca había sido tocada desde que esa joven mujer murió.

Fue un shock para Sam cuando una mañana, unos días después de la inauguración del arco, encontró a Nell sentada en ese salón con su costura (él sabía que ella temía que él la sorprendiera con ella) en ese taburete con hilos de oro, sobre un miserable fuego recién encendido.

–¡Dios mío! –exclamó–. ¿Sabe papá que estás en el salón?
¡Un momento, vuelvo en un momento!

Nell sonrió y, agachando la cabeza, pasó la aguja con nerviosismo por la pequeña prenda blanca que estaba confeccionando para su hijo. Ya se estaba apoderando de ella esa pasividad resignada, sin esfuerzo, paciente, dócil, sin resistencia, en la que, debido a alguna flexibilidad

hereditaria de sus antepasados, o al menos de las mujeres entre sus antepasados, aunque Dave también tenía algo de eso, era fácil que se hundiera. Ella misma se sorprendió del peso somnoliento de esa curiosa pasividad. La había invadido la primera mañana que se había despertado en la cama de William de Orange. La noche anterior había llorado apasionadamente hasta quedarse dormida; pero eso había sido más porque, en una breve conversación que había tenido a solas con Sam, él había soltado nerviosamente sus cálidos brazos de su cuello, que por una oleada culminante de autocompasión. ¡Sí! ¡Ni Zoyland podía afirmar haber evocado ni una lágrima de todas aquellas lágrimas de aquella primera noche, ni tampoco la traicionera Percy! Fue Sam solo; Sam no la apretó contra su corazón, Sam no la trató como su amor, Sam no gritó: “¡Tomemos a nuestro hijo y vayámonos de aquí, lejos de todos ellos!” lo que la había destrozado. Pero cuando se despertó al amanecer, había experimentado un sentimiento hacia Sam que era como el sentimiento que esas dulces mujeres perseguidas de las antiguas baladas guardaban, en las buenas y en las malas, para sus crueles señores.

Sí, ella misma se había sorprendido, a medida que pasaban los días y se hacía cada vez más evidente que toda la naturaleza de Sam estaba volcada en esa búsqueda inexorable de él, ante la apatía con que ella la aceptaba. Estuvo a punto de acusarse a sí misma de haber permitido que su corazón muriera dentro de ella, tan entumecidas, tan

paralizadas, tan atrofiadas parecían haberse vuelto sus emociones, después de esa primera noche de sollozos salvajes. Incluso una extraña diversión distante había estado surgiendo en su corazón en estas últimas semanas; una diversión que era más una travesura de colegiala que un humor maternal, al pensar en todos esos hombres enormes, corpulentos y torpes siguiendo tan crudamente los estímulos de su deseo.

Bajo la presión de este estado de ánimo, incluso había comenzado a sentirse nuevamente amistosa con Zoyland. Perséfone era algo completamente diferente; y ella no dejaba de contarse varias historias malévolas de encuentros imaginarios con Perséfone, durante los cuales hacía caer a esa joven de rodillas de manera muy saludable. Pero con su Will de barba amarilla *comenzó* a sentirse nuevamente indulgente; ¡sobre todo cuando notó los trucos retorcidos y los mecanismos arbitrarios a los que la religión obliga a sus devotos a someterse, si quieren amar y abstenerse de amar, como los dos Dekker estaban tratando de hacer ahora al mismo tiempo!

Sí, se preguntaba en ese preciso momento, mientras miraba el reloj de mármol que se había detenido a las dos y veinte (¡quizá la misma hora de la noche en que había muerto la madre de Sam!), qué sentirían su Sam y el padre de su Sam, en sus absurdos intentos de no pelearse salvajemente por ella, si pudieran interpretar ese extraño giro humorístico que habían tomado sus pensamientos

últimamente. Lo que había empezado a parecerle especialmente curioso era la forma en que parecían suponer que cualquier tratado, tregua o paz que llegaran a un acuerdo sobre ella, ella lo aceptaría sin cuestionarlo.

Era como un saco de avena excitante colocado en un pesebre entre dos corceles que comían. ¡Bueno! ¡No estaba tan segura de que se sometiera a ser un saco de avena! Cuando este pensamiento la invadió una vez más esa mañana, las comisuras de su boca temblaron en la segunda sonrisa silenciosa que se había permitido desde que Sam le dijo que "esperara un segundo"; y sus ojos se movieron del reloj de mármol al sofá de felpa verde.

“¿Qué me pasa?”, se dijo a sí misma. “¿Me estoy volviendo cínica? ¿Me estoy volviendo como Percy?”

A esta pregunta mental siguió un leve fruncimiento de su frente, y como para demostrar que su nuevo desapego era una emoción infantil más que maternal, se encontró esperando que su pequeño hijo (eran aproximadamente las once de la mañana) durmiera profundamente hasta la tarde y le permitiera dejarlo solo una hora más, en su cuna junto a la cama grande.

¡Pero echaba de menos su propia casa! Al menos eso era seguro. Le molestaba pensar en Percy jugando con sus tazas y platillos, y olvidándose de meter el pan en la caja de pasteles y los panecillos en la lata de galletas.

«Estoy segura de que no lava el azucarero», pensó, «¡y sé que no guarda el queso solo en un estante!»

Y mientras contemplaba el sofá de felpa verde, la incorregible inmoralidad de su mente de mujer suspiró un poco por el libre y despreocupado vaivén de la actitud de Zoyland ante la vida, comparada con las apasionadas devociones de este establecimiento monástico.

«Lo que realmente soy ahora», pensó, «en lugar de ser la amante de un malvado barón, es la manzana de la discordia en una ermita».

La puerta que había quedado entreabierta se abrió de golpe y Sam entró con un cubo lleno de carbón en una mano y una pila de grandes trozos de madera en la otra.

–Le dije a Penny que te preparara un buen fuego –dijo– la próxima vez que quieras sentarte aquí, pero no se me ocurre por qué no te quedas en “el museo”, donde a papá le gusta verte cosiendo en esa silla mientras escribe su sermón.

Hablaba con irritación, pero en su corazón sabía que era debido a su propio mal humor, cuando la encontró instalada con su padre, que ella había invadido ese santuario cerrado del pasado.

–Siéntate, querido Sam –dijo ella cuando él hubo encendido el fuego–. Quiero hablar contigo.

Él la obedeció, pero no fue a su lado, sino en el mullido sofá donde se sentó.

–Sabes, mi querido –dijo con gravedad, doblando el camisón de su hijo sobre su regazo–, que si tú puedes soportar la forma en que vivimos, yo no. ¡Detente, querido, detente! ¡No me interrumpas hasta que hayas oído lo que voy a decir! No voy a rogarte que hagas algo que no quieras hacer, así que no tienes por qué mirarme con el ceño fruncido como si fuera una niña malvada que intenta tentarte. Es solo esto, querido. La semana pasada estuve hablando con Dave y dice que Percy se niega a aceptar un centavo de su dinero. Dice que no puede obligarla a que lo acepte, pero nada lo inducirá a quedárselo él mismo. Dice que si yo no lo acepto, él simplemente lo arrojará a la basura.

–El fondo del ayuntamiento. Eve ha estado pensando en esto, querido Sam, y he decidido que lo *aceptaré*. Aunque Philip eche a Will por culpa de Percy, todo irá bien. Lord P. no permitirá que se equivoquen. Siempre se ha ofrecido a ayudar a Will, y con todo el dinero que está recibiendo por esta gran venta... ¡No! Todo irá bien. No voy a preocuparme por ellos.

Sam se dio la vuelta y estiró sus pesadas manos sobre las rodillas, extendiendo todos los dedos. Era como si sus manos bostezaran con una relajación amorosa que no se le permitía al resto de su cuerpo.

Las mangas de su camisa desaparecieron bajo los bordes deshilachados de los puños de su abrigo y sus muñecas se mostraron peludas y rojas.

–Pero, Nell, ¿qué pasará entonces? –murmuró–. No nos vas a dejar a papá y a mí, ¿verdad?

Se frotó uno de los tobillos con las palmas cálidas, informes y suaves de sus manos de colegiala. Luego giró la cabeza y observó a Sam, que estaba en el sofá. También observó un estante de hierro forjado detrás de la cabeza de Sam, que contenía varios helechos lengua de ciervo, que Penny había mantenido vivos durante años, para quien esta habitación representaba un eterno Séptimo Día de piedad soñolienta e inútil. Al final del sofá había una gran papelera con asas ornamentadas, en la que no se había puesto nada (excepto la escoba de Penny) durante veinticinco años. Al lado de esta papelera, apoyada sobre la alfombra verde descolorida, había una gran piedra oblonga de Chesil Beach, sobre la que la efímera señora Dekker había pintado, durante su confinamiento, un cuadro de colores brillantes de su lago suizo natal.

De todas estas cosas, las fosas nasales de Nell inhalaban el mismo olor curioso, el olor de objetos inanimados que habían permanecido en el mismo *statu quo* durante un cuarto de siglo. ¿Por qué, si estaba en ese estado de ánimo de paciente docilidad de la vieja balada, había iniciado esa conversación inquietante, preocupando a Sam por el dinero

de Dave y protestando porque ella, por su parte, no podía seguir como estaban? La verdad era que ese día en particular estaba bajo la luna, y si otra mujer le hubiera preguntado por qué se comportaba así, habría respondido que estaba "nerviosa".

En realidad –aunque ¿qué sabía de esas cosas la simplona del sofá, con las muñecas peludas y rojas?– la ciega energía creativa que había dentro de ella tenía la vena para inquietar, para perturbar, para agitar, para oscurecer todas las aguas tranquilas a las que pudiera aproximarse.

–No creerás, Sam, ¿verdad?, que cualquier chica con algo de espíritu podría seguir así.

Sam retrajo sus brazos extendidos y los metió profundamente en sus bolsillos.

–No veo por qué no, Nell. ¡No veo por qué no!

Sus ojos, que tenían sombras oscuras debajo, se entrecerraron de repente en pequeñas lanzaderas de color azul genciana de ira fulminante.

–¡No, supongo que no lo ves! –gritó–. ¡Supongo que tú y tu padre podrían seguir con supreciado acuario y supreciado Santo Grial hasta el fin del mundo, mientras una chica se devoraba el corazón en un lugar como este!

–¡Nell... la pequeña Nell! –murmuró con tono de reproche. La dulzura de su tono la desconcertó.

En ese momento lo que sus nervios hubieran deseado por encima de todo era que él se pusiera de pie y la regañara rotundamente; que le dijera que ella era suya, que era su propiedad, su posesión, su esclava, su puta, que su hijo era su hijo, su cuerpo *su* cuerpo, su voluntad *su* voluntad.

–¡Oh, no lo sé! –suspiró con cansancio, expandiendo los pechos y juntando las manos detrás de la cabeza–. No sé lo que digo, Sam. Pero sé que todo está mal.

Pero ahora su frente estaba profundamente fruncida y su barbilla pecosa se estaba arrugando hacia abajo, hacia su cuello. «¿Mi Santo Grial?», pensó para sí mismo, «¡Oh, Cristo, mi Cristo! Si tan solo una vez, solo una vez, durante un minuto, me dieras una señal, aunque fuera la más mínima señal de que realmente estás ahí, detrás de todo, ¡entonces podría seguir adelante, sin anhelar tenerla, abrazarla, día y noche!».

Debido a su naturaleza pesada y carente de imaginación, a su preferencia por los pececillos, los espinosos y las lochas en lugar de las abstracciones míticas, Sam nunca había pensado mucho en la leyenda del Grial. El Cristo cuyo imperativo mortal y cruel se había interpuesto entre él y su amor había sido tan Persona como la propia Nell. ¿Seguía siendo una Persona?

¡Qué diferente era el Cristo de Sam del del señor Geard! El Cristo del señor Geard era un Poder que había que explotar. En sus extraños diálogos gnósticos con su Maestro, el Alcalde de Glastonbury se dirigía a Él como a un amigo, casi como a un igual. Era el gran mago del Alcalde, su superMerlín, por cuya fuerza y apoyo se hizo fuerte. Jamás había traspasado el umbral de la conciencia del señor Geard la idea de que era su deber vivir una vida de autosacrificio.

«Vivo como me gusta vivir», habría replicado a cualquier protesta ascética, «y mi Maestro vive como le gusta vivir. ¡Su sangre es el agua de la vida!».

–Cristo en su Grial –repetía Sam para sí mismo–, ¡y papá en su acuario y Nell en la habitación de mi madre!

Ella había apartado la mirada de él y estaba inclinada sobre el fuego, atizándolo pensativamente con el atizador. Mientras la observaba, lo invadió la sensación de que, detrás del drama físico que se desarrollaba en ese momento, se desarrollaba otro drama correspondiente en lo Invisible.

«Acuario–Grial... Acuario–Grial», murmuró; y su mente ictiológica visualizó un Pez que era un pez real y, sin embargo, algo más que un pez, arrojando una luz mística desde un recipiente encantado.

Sam bajó la mirada y dejó que la cabeza se hundiera cada vez más en el pecho, mientras sus manos, que estaban en los

bolsillos, cerraban los puños. Pensó en un lugar en particular en las orillas del Brue donde había pescado a menudo con su padre cuando era niño. Estaba en un recodo del río y se encontraba a varios campos al oeste del puente de madera donde el joven Tewsy había capturado su sorprendente pesca reciente, para deleite de la madre Legge.

«Acuario–Grial», repetía en la oscura caverna translunar de su conciencia, «Grial–acuario»; y le vino a la mente, como si su atormentado y atormentador Dios le hubiera susurrado al oído, que el sacrificio que le imponía ahora era abandonar él mismo la Vicaría.

«Si no puede soportar que estemos juntos papá y yo», pensó, «y supongo que ya le hemos hecho demasiado, no es ella la que debe irse... eso es impensable... ¿cómo se las arreglaría sola... sola con nuestro hijo?... soy yo el que debe irse... eres tú, Sam, el que debe irse».

Había llegado a un punto en su ascetismo en el que a menudo sentía que su alma imperiosa se alzaba contra su cuerpo reticente como un austero capataz de esclavos. De hecho, había llegado a pensar que su alma era, de algún modo, *externa* a su cuerpo. No había mucho placer en ello; pero había en ello un leve destello de una extraña satisfacción. En cualquier caso, le daba la sensación de que su alma era totalmente independiente de su cuerpo y de que era la orgullosa dueña de éste. Levantó las piernas de un tirón y sacó las manos de los bolsillos.

–¡Eres tú, Sam, quien debe irse! –repitió con tristeza en su corazón.

Así, lo que había comenzado como una agitación pura y desenfrenada de las aguas, porque Nell se sentía nerviosa, se había convertido en otro trágico punto de inflexión en la vida de la muchacha. Algo en ella era vagamente consciente de ello cuando Sam se levantó del sofá verde.

Impulsivamente, con un movimiento que no tenía nada que ver con su propia personalidad, se puso de pie de un salto y corrió hacia él, mientras él, sólo porque había dado a su cuerpo sus órdenes implacables y porque tal vez se trataba de un momento que nunca volvería a repetirse, la apretaba contra su corazón con tanta fuerza que ella apenas podía respirar. Apenas tuvo tiempo de pensar: «Así es como me gustaría morir... aplastada por Sam», cuando la puerta se abrió y entró Mat Dekker. Estaban tan fuertemente abrazados que eran como dos árboles que hubieran crecido juntos, cada uno con la corteza erosionada por la presión del otro, cada uno con la misma hiedra o parra aprisionando sus ramas, y cuando se separaron y se volvieron hacia el hombre de la puerta fue como si cada uno de ellos, al coger vida independiente, se llevara algo de la textura viva del otro.

«Pensé... comprendí...», empezó Mat Dekker, y se volvió con solemnidad portentosa y apasionada hacia la puerta por la que había entrado, la abrió, miró hacia el pasillo, la volvió a cerrar y finalmente la cerró con llave. Parecía dispuesto a

comportarse con aquella puerta, la puerta del salón de la vicaría de Glastonbury, como Diógenes se comportaba con su bañera, desahogando en su madera insensible las emociones excitadas por las aberraciones de la «pasión humana».

La verdad era que Mat Dekker, en ese momento, se sintió dominado por una furia asesina contra su hijo, y sólo concentrándose en la puerta (¿estaba cerrada? ¿Estaba Penny escuchando detrás de ella?) su mejor naturaleza pudo robar un momento de respiro para recuperar su autocontrol.

La puerta llevaba encima del tirador un panel decorativo de porcelana con bonitas flores, para protegerla de los dedos pegajosos, y sobre esa fría superficie de porcelana Mat Dekker pasó el pulgar como para ver si se desprendían aquellas rosas centenarias. Todo esto le llevó muy poco tiempo, pero fue suficiente para devolverle un poco de autocontrol; y volviéndose hacia los dos, se dirigió a Nell con una ligera inclinación de su enorme cabeza gris.

–Hace ya unos minutos que oigo llorar al niño –comentó–. Vine a decírtelo.

Sus propias palabras le dieron la oportunidad de volver una vez más a la formidable puerta y tiró del picaporte para abrirla –porque supuso que ella subiría corriendo las escaleras enseguida–, olvidando que en su agitación había girado la llave. La abrió y mantuvo la puerta abierta.

La voz de un bebé extremadamente impaciente se oía claramente desde el piso de arriba, pero Nell al principio se echó hacia atrás.

“No es bueno que lo cojan en el primer minuto que llora”, dijo.

Sam sabía por instinto que Mat Dekker estaba ansioso por vengarse de su hijo por lo que acababa de ver. Pero la mirada de mando concentrada que le lanzó desde debajo de sus pobladas cejas, mientras se demoraba, era demasiado formidable para desobedecerla. Lanzó una mirada apresurada, tierna, culpable y cómplice a su ambigua amante; pero Sam parecía estar perdido en algún pensamiento profundo, porque estaba mirando fijamente el reloj de mármol con sus manecillas que señalaban las dos y veinte.

–Harás que lo malcríe –gritó–. Todos están de su lado, por muy travieso que sea.

Con estas palabras y dirigiéndole a Mat Dekker una sonrisa que tenía algo de suplicante, pasó junto a él y salió.

Evidentemente, la sensación de que la habían tratado más como a una niña pequeña que como a una mujer adulta la irritó en cuanto llegó al vestíbulo, porque gritó con voz bastante desafiante: «¡Will era igual! ¡Todos lo malcriarían si pudieran!». Pero ahora subió corriendo las escaleras y, al

cerrarse la puerta tras ella, los gritos furiosos del niño quedaron acallados.

Mat Dekker se acercó a donde estaba su hijo.

“Este tipo de cosas deben terminar, muchacho”.

Fue con un esfuerzo palpable por contener sus sentimientos que añadió las dos sílabas: “mi muchacho”.

–Como te he estado diciendo todo el tiempo –continuó–, sólo hay dos cosas que un *caballero* –enfaticó la palabra– podría hacer en tu situación. Podría obligarla a divorciarse de su marido y casarse con ella, o... o... o podría...

Sam interrumpió a su padre mirándolo fijamente a los ojos: “¿O podría largarse por sí mismo? ¿Eso era lo que ibas a decir?”

La sangre se le subió a la cabeza a Sam al pronunciar esta respuesta, pero en un segundo recuperó la ecuanimidad.

–Venga, padre –dijo en voz baja–. Entremos en el museo. No parece natural hablar aquí. *No puedo* hablar aquí.

Ahora le tocó a Sam abrir la puerta con el panel de porcelana pintada de rosa. También le tocó a Sam, con el poder de su calma, obligar al hombre canoso, de rostro rubicundo y labio superior tembloroso, a salir al vestíbulo. Caminaron juntos por el pasillo y juntos entraron en el

museo. Allí, en presencia del familiar acuario, los familiares candelabros de hierro, los familiares daguerrotipos, el padre y el hijo se miraron. Ninguno de los dos se sentó, y en verdad no había mucho atractivo en las pocas brasas que se apagaban en la chimenea (Mat Dekker evidentemente había estado demasiado absorto en sus pensamientos para mantener el fuego encendido) para incitarlos a sentarse, pero el padre, a la derecha de la chimenea con la mano en la repisa, y el hijo, a la izquierda, con la mano en la repisa, se enfrentaron como dos duelistas.

«Grial-acuario... acuario-Grial», resonaba como un estribillo en la cabeza de Sam, y de pronto empezó a sentir de nuevo aquella extraña sensación que había sentido en el salón, una sensación como la de la presencia de un mundo doble, en el que cada movimiento y gesto en el primero era un símbolo de algo que estaba sucediendo en el segundo. La sensación iba acompañada de una absoluta confusión de victoria de la importancia ilimitada de cada pensamiento que un ser humano tuvo.

También vino acompañado –por extraño que pueda parecer en ese momento trágico– de un leve estremecimiento de misteriosa felicidad: el primer salto auténtico de felicidad espontánea que el pobre Sam había conocido en muchos meses.

Miró a su alrededor, al acuario, mientras su padre empezaba a hablar, y el grito sarcástico de Nell: «Tu precioso

acuario», se transmutó en un espasmo de dulzura que era como una prolongación de lo que había sentido justo ahora cuando la apretó contra su corazón.

–Va en contra de todo lo que he creído, este maldito asunto del divorcio –estalló Mat Dekker con fiereza–, pero la Iglesia siempre ha conservado el derecho de tratar las condiciones especiales de maneras especiales; y con ese bruto, de allí, comportándose como está...

El formidable labio superior del hombre empezó a temblar de nuevo, y Sam notó que había una mancha de sangre en la corbata blanca clerical que, al antiguo estilo evangélico, este excéntrico eclesiástico usaba alrededor de su musculoso cuello.

“Debe haberle temblado la mano mientras se afeitaba”, pensó Sam. “¡Jesús, dame fuerzas para no enojarme!”

–Con ese bruto como es, y haciéndolo abiertamente, dejándola en evidencia, puedo acabar con él enseguida. Iré a ver a John Beere esta tarde. No es algo que me guste hacer –hizo una mueca de disgusto automáticamente, humorística–. Todos los abogados son unos sinvergüenzas. Pero es lo que voy a hacer, y lo haré a mi antojo en lo que a ella respecta. ¡No se preocupará por eso hasta que tenga todo bien encaminado!

Parecía tan patéticamente orgulloso de sí mismo en esta

exhibición de sagacidad mundana ante su hijo simple y torpe, que Sam sintió una punzada de remordimiento por haber roto su vida y haber traído todas estas cosas sobre esa cabeza gris.

–Yo no haría eso, padre –exclamó–. No le diría ni una palabra a Beere ni a nadie más a menos que ella te lo pida. ¿Cómo sabes que ella quiere divorciarse de él? Las mujeres son raras en estas cosas. ¡Oh, ya sé, ya sé que a ella no le gustaría que hicieras eso sin decírselo! Además, padre, no creo que el señor Beere siquiera lo discutiera a menos que ella viniera en persona.

“Siempre tienen que ir ellos mismos. Así es como lo dicen los periódicos. Tienen que ir a los tribunales. Por eso lo odian. No soportan ir a los tribunales”.

El señor Dekker empezó a caminar de un lado a otro por el museo. Parecía irritado por su vestimenta clerical en esta crisis de su vida. Lo que realmente le hubiera gustado hacer era ir a Whitelake y desafiar a Zoyland a una pelea a puñetazos, y luego enfrentarse a su hijo (no habría podido explicar exactamente cómo habría sido esa escena) y luego...

Este “y luego” era el quid de la situación.

En su pasión y en sus restricciones profesionales y religiosas, este robusto hijo de los Quantocks parecía un animal salvaje enjaulado mientras caminaba de un lado a

otro. Sus sentimientos se expresaban en la manera en que se recogía los largos faldones de su levita de paño para meter las manos en los bolsillos y en la manera en que dejaba que los faldones colgaran, uno sobre cada muñeca, mientras caminaba de un lado a otro.

Alborotar su atuendo sacerdotal fue un gesto pequeño, pero pertenecía a la misma categoría de gestos que ordenarle a la muchacha que fuera hacia su bebé o decirle a Sam sobre su decisión de visitar al abogado Beere.

–Lo mejor que puedes hacer entonces –dijo, de pie junto al borde del acuario, al que no pudo evitar mirar de soslayo mientras hablaba– es llevarla tú mismo a ver a Beere. Tendrás que ser... ¿cómo dicen?... codemandado, por supuesto; es decir, si él presenta una contrademanda por su parte, como no tengo ninguna duda de que el bastardo hará.

Una vez más, Sam se percató de una patética nota de autocomplacencia en el tono de su padre.

«El viejo», pensó para sí, «está orgulloso de su conocimiento del mundo. Cree que nunca he oído las palabras corresponsable o contrademandante. ¡Dios, no dejes que me enoje con él!».

Había llegado el momento de decirle a su padre lo que pensaba, pero pronunciar esas palabras le resultaba terrible y sería peor para su padre cuando las oyera. ¡Sí! Había

llegado a ese punto. Nunca pensó que lo haría, pero lo hizo. Tenía que decirle a su padre que lo iba a dejar. Sam sabía mucho mejor que ese hombre de cabello gris, que se recogía los faldones de la chaqueta, lo que significaría para ambos esa separación. «Por supuesto», pensó, «seguiré en Glastonbury. Pero si ese es el final de nuestra verdadera vida juntos, será el final de nuestras largas tardes en esta habitación. Será el final de nuestras mañanas en el huerto de patatas...»

–Usted sabe más de leyes que yo, padre –observó, pero lo dijo sólo para ganar tiempo–. Y, desde luego, no me privaría de ayudarla en todo lo que pudiera.

Su padre sacó las manos de los bolsillos y una de ellas se introdujo en el acuario.

Había visto algo que Sam, en cualquier caso, nunca había visto en el acuario; no, desde que, siendo un niño pequeño, había visto a su padre cambiar el agua y las algas.

En el acuario había tres tipos de algas, dos de ellas de río y una de estanque; y fue en medio de una maraña de algas donde Mat Dekker encontró lo que le causó una gran sorpresa y que, en cualquier otro momento, habría sido un acontecimiento de primera importancia en la época de la Vicaría de Glastonbury: había encontrado un pez muerto.

–¡Muerto! ¡Uno de los Meare–Rhyne! –murmuró Mat

Dekker, mientras le mostraba el diminuto cadáver a Sam para que lo viera.

Parecía realmente muy pequeño en la gran palma marrón del sacerdote, muy pequeño y plateado, como una “animula, vagula, blandula” en la mano de Dios.

–Eso es lo que es: ¡uno de los de Meare–Rhyne! –repitió Sam.

“No cambiamos el agua ayer”, dijo su padre.

“Ni la hierba verde la semana pasada”, añadió Sam.

"Y los abandonamos aquella semana de los patos", dijo su padre, "cuando *sabíamos* que debía hacerse".

–Y nunca conseguimos esa grava fresca de Keinton Mandeville –suspiró Sam.

–O una paleta llena de esa arena que vimos en Athelney –gimió su padre.

"Es culpa nuestra que este pececillo esté muerto", dijo Sam.

"Lo hemos matado", repitió el vicario de Glastonbury, "con tanta seguridad y certeza como si lo hubiéramos sacado y arrojado al fuego".

–Ponlo aquí –dijo Sam, sacando apresuradamente de la

repisa de la chimenea una pequeña placa de cobre con la cabeza de San Dunstan grabada en ella.

El señor Dekker inclinó el pequeño pescado en su mano y lo depositó en el centro del plato, donde quedó sobre la ceñuda frente del despótico eclesiástico.

–Veamos qué pasa ahora –murmuró Sam, arrojando unas gotas de agua de un vaso y cubriendo el pez.

–¡Qué será de todos nosotros, hijo mío! –suspiró su padre, hundiéndose en una de las sillas de mimbre que crujían, mientras Sam tomaba posesión de la otra.

'Se miraron en silencio y pasó un momento durante el cual supieron –aquellos dos hombres que respiraban con dificultad y se miraban fijamente– que haría falta algo más que los enloquecedores pechos de aquella dulce criatura de arriba, amamantando a su hijo, para separarlos realmente, el uno del otro.

Pero Sam se recompuso. No era por la paz con su padre por lo que tenía que irse. Ni siquiera porque Nell le hubiera dicho: «Si tú puedes soportar la forma en que vivimos, yo no puedo». Era porque, sin preguntas, dudas ni compromisos, su «alma exterior» le había ordenado que abandonara esa casa.

Respiró varias veces antes de hablar, inhalando con ello ese viejo y familiar olor del taller de su padre que parecía

compuesto tanto de alguna emanación saludable del macizo animalismo del sacerdote como de los humos de su pipa y del olor mohoso de las encuadernaciones de cuero de los sermones del doctor Simeon.

–Tengo algo que decirte, padre –dijo.

–¡Eh, muchacho, habla más alto, dilo!

El tono era idéntico al que Sam había oído de él cuando, al salir de Cambridge, había anunciado que no podía ser ordenado; pero de alguna manera, al oírlo ahora, volvió a ponerse en el cuello de Eton de su primer semestre en la escuela preparatoria Sherborne.

–No me interrumpas entonces, por favor, padre, y te lo diré.

¡Ah, esas pausas mortales, esos crujidos de sillas, esas tragadas de saliva, cuando la capa exterior del estómago humano parece inflarse y desinflarse como el vientre de una rana!

–He decidido dejar esta casa, padre, y alojarme en... –Sus palabras sonaban como un redoble... *tit-tot... tit-tat... tit-tut...* como el paso del Cuerpo de Cadetes de Greylands cuando se les ordena avanzar a paso rápido– en la ciudad, en algún lugar, y ganarme la vida. Quiero ganármela como trabajador, y estoy bastante seguro de que puedo conseguir un trabajo que no me llevaría mucho tiempo aprender en esa

nueva fábrica municipal. Entiendo que... ¡no! ¡No me interrumpa, padre!... que hay varias plazas vacantes allí, porque no pueden encontrar suficientes personas que acepten salarios tan bajos. ¡Esto no significará que me haga socialista ni nada por el estilo! Están dispuestos a aceptar a cualquiera; y saben que no me interesa la política. Esta tarde voy a ir al tribunal a hablar con ese nuevo abogado que tienen, ese sobrino del viejo Merry, y cuando consiga mi trabajo, ¿adivina dónde voy a vivir, padre? ¡No! ¡Para! ¡Déjame que te lo cuente! Voy a vivir en el ático de ese viejo almacén, con la puerta gótica, que tantas veces hemos visto cuando hemos empezado a caminar hacia Meare. Tú mismo hablaste de ello... ¿no te acuerdas?... ese día que tomamos nuestro almuerzo y llegamos hasta Bawdrip.

Se detuvo sin aliento. ¡Bien! ¡Ya estaba hecho! Había cruzado su Rubicón. Había cortado ese vínculo animal-masculino, más fuerte en algunos aspectos incluso que el cordón umbilical mismo, que lo había unido durante tanto tiempo, carne hirsuta contra carne hirsuta, a su progenitor. No se atrevió a mirar a su padre ahora. Levantó la cabeza y miró el acuario. Fue la palabra casual de Nell la que de repente le despejó el camino; del mismo modo que había sido la palabra casual de Crummie, que le comunicó Red Robinson, la que había iniciado todo.

“Las palabras de una chica, dichas sin pensar, han cambiado mi vida por completo”, se dijo. “Me despedí de *ella* en la habitación de mi madre y ahora...”

Se puso de pie de un salto, se inclinó hacia delante y, agarrando la frente de su padre con ambas manos, se inclinó sobre ella y la besó. "Y ahora", agregó, en lo más profundo de su corazón, "me he despedido de ella en nuestra habitación".

Después de besar la cabeza inclinada de su padre (pues Mat Dekker, como si bajo el resplandor cegador de su enemigo, el sol, hubiera bajado la cara y cerrado los ojos), Sam se dirigió a la puerta. Cuando extendió la mano hacia el picaporte, le pareció que toda su vida no era más que puertas: puertas de despachos, puertas de salones, puertas de iglesias, puertas de letrinas, puertas de cocinas, puertas de dormitorios...

–¡Sam! –Su padre se puso de pie, enderezó los hombros, apretó los labios y jugueteó a ciegas con la pesada cadena de oro de su reloj.

Los pensamientos y sentimientos del sacerdote en ese momento eran incoherentes hasta el punto de causarle angustia física. Eran como un remolino que arrojaba cosas opuestas: cuerpos ahogados, tiburones voraces, nácar resplandeciente, conchas cauri, cazones, desde el fondo del mar profundo de la mente.

“Solo en la casa con ella... pasando por su dormitorio... solo con ella... Sam dejándome... Sam saliendo de mi casa... La habitación de Sam vacía... Siendo el hombre que era, era

bastante natural que la angustia que le causaba la naturaleza conflictiva de sus pensamientos se desahogara en una ira irracional.

–¡Sam!

“¿Sí, padre?”

–¡No te escaparás de esta manera! ¿Me oyes? ¡Te digo que no lo harás! Dejando a tu moza... y a tu hijo... y todo. ¿No tienes ningún sentimiento natural? Me prometiste que la dejarías en paz hasta que se divorciara y te casaras con ella... ¿Y qué encuentro? Te encuentro convirtiendo la habitación de tu madre en un lugar para...

El truco había funcionado. El labio superior del hombre sobresalía una vez más y temblaba por la herida y el agravio: “¡en un lugar para fornicar!”

La horrible palabra brotó de la boca contorsionada del sacerdote como el vino oscuro y los trozos de carne humana de las entrañas del borracho Polifemo. ¿Cómo podía saber Sam que el impulso secreto de esta ira era un placer salvaje y pagano por estar solo, solo sin rival, con esos pechos que amamantaban en el piso de arriba? ¿Cómo podía saber Sam que era el propio «*Me gustaría, Susie! Me gustaría, Dolly! Me gustaría, Nelly!*» del arrojador de piedras Tommy Chinnock, el que estaba siendo fustigado y maltratado por este desconcertado sacerdote? La madre Legge habría sido

la persona indicada para poner a Sam en claro sobre este enigma de la ira de su padre; aunque sin duda el señor Evans, que había visto el contenido del cuenco tocar los labios de Nell antes que todos los demás, podría haber sido capaz de instruir incluso a la sabia madre Legge acerca del poder enloquecedor de la pasividad fatal de esta muchacha. ¡Era un bulto, eso era todo! un manojo afrodisíaco de clavo, canela y anís; un manojo de hierba gatera que sube y baja la fiebre para uno, dos, tres y ¿cuántos más? ¡Carnívoros salvajes y merodeadores!

Y, después de todo, Sam era hijo de su padre, y por su parte también había una introversión de ira justificada. ¿Por qué, si no, la palabra que había usado su padre, y que él asociaba con aquella habitación del reloj mudo, le había hecho temblar tanto la barbilla y casi le había ahogado un ataque de ira negra? Si no se hubiera olvidado de todo, incluso de que era «la última vez», cuando abrazó a Nell con tanta furia en el salón, esa palabra de su padre sin duda le habría pasado por encima de la cabeza como una bala mal dirigida.

Sin duda, fue la palabra «fornicación» la que llevó a Sam, que después de todo era un santo muy joven, a cerrar esa puerta, entre todas las puertas, con una repercusión tan resonante en toda la casa, que Nell, abrochándose el frente del vestido después de amamantar a su bebé, corrió rápidamente a la puerta de la habitación de Guillermo de Orange, la abrió y escuchó con preocupación asustada.

Fue así como se oyó a Sam Dekker salir de la casa donde nació, a la que había entrado, a través del cuerpo de la criada de Ginebra, unos veinticinco años atrás. ¿Y qué fue lo primero que hizo Mat Dekker cuando oyó a su hijo cruzar el vestíbulo, abrir la puerta principal y salir?

Se acercó lentamente a la repisa de la chimenea, sacó el vaso que Sam había colocado sobre el pececillo de Meare–Rhyne, lo recogió de su lugar sobre el rostro hosco de St. Dunstan y, llevándoselo a la nariz, lo olfateó con interés inquisitivo.

Mientras tanto, el propio Sam, que llegó a presencia de Paul Trent en el Tribunal del abad, pronto descubrió que tenía toda la razón en cuanto a que no faltarían trabajos comunales siempre que se contentara con el salario mínimo necesario para vivir. Y como ese salario –justo lo suficiente para mantener juntos el cuerpo y el alma– era exactamente lo que se ajustaba a su ilusión de vida en ese momento, ambas partes en esta transacción se sintieron rápidamente satisfechas.

Y así, antes de que terminara ese día, tanto el señor Dekker como Nell recibieron breves notas de este joven quijotesco, notas que fueron entregadas en persona, porque no tenía ningún deseo de que Penny y el señor Weatherwax aderezaran a sus “gorlas” favoritos con sus confidencias emocionales, contándoles de su éxito.

Los dos devotos muchachos, Elphin Cantie y Steve Lew, eran los mensajeros de Sam. La adoración heroica que Steve sentía por Elphin había comenzado durante los últimos meses a reproducir casi exactamente la que Elphin sentía por Sam, y como una misión de este tipo era algo muy importante para muchachos tan románticos, los destinatarios de estas misivas las recibían en privado, por separado, fielmente y con el debido secreto antes de que cayera la noche.

La nota de Mat Dekker decía:

Querido Padre,

Siempre me puedes encontrar, en caso de necesidad, en la azotea de esa casa de la que te hablé. La llaman Old Malt House y está en medio de Manor House Lane. Te veré, por supuesto, dentro de poco; pero durante una semana o dos quiero ordenar mis pensamientos.

Transmítele mi amor a Penny.

Tu cariñoso hijo, Sam.

PD: Tengo un buen trabajo, así que no necesito dinero.

PD: ¿Te importaría decirle a Penny que le dé al portador mi gran esponja?

La nota a Nell, que Steve debía entregar (Sam tuvo el tacto suficiente para dejarlo bien claro) decía lo siguiente:

Nell, mi pequeña Nell,

Debes perdonarme si me escondo de ti y de papá durante una semana o dos. Estoy bien. No soy infeliz. Si te he hecho infeliz, por favor, por favor, intenta perdonarme. No necesito contarte más sobre mi religión y mi nueva vida; pero tengo que decirte esto, de una vez por todas: ¡te amo más que nunca! Ahora puedes sonreír, como lo haces, pero lo que digo es verdad; y ambos nos dimos cuenta de ello esta mañana. Papá sabe dónde vivo.

Tu Sam, a pesar de todo, por siempre y para siempre.

PD: Dale muchos besos a Henry de mi parte.

El trabajo de Sam en la fábrica municipal resultó ser el más sencillo, ya que era el más pesado de todo el negocio. Los nuevos tipos de figuras legendarias se construían en gran parte con un tipo de arcilla que se traía en camiones desde el vecindario y el trabajo de Sam, que compartían algunos de los trabajadores más rudos de la ciudad, consistía en vaciar camiones de esta arcilla en carros de mano, y estos carros a su vez en recipientes fuera de la fábrica.

Así pues, Sam se mantuvo muy ocupado y, durante la primera semana, se sintió sumamente cansado; pero su jornada terminaba a las cinco, cuando podía hacer lo que quisiera, y esas primeras tardes libres, a pesar de su extremo agotamiento, eran momentos de más paz y tranquilidad de los que había conocido en mucho tiempo. El pesado trabajo físico le ahorraba cavilaciones mórbidas y convertía cada noche en una orgía de delicioso sueño sin sueños; mientras que, a medida que sus músculos comenzaban a adaptarse lentamente a su trabajo (y hay que recordar que Sam estaba dotado de una salud vigorosa), ese cansancio nocturno disminuía cada vez más. Lo que era una tortura para él era el trato que recibía, aunque sólo al principio, de sus compañeros de trabajo. Intrínsecamente, no eran hombres de una brutalidad excepcional. Entre ellos eran bastante amistosos. Pero todo en Sam, el hecho de que fuera un hombre culto, el hecho de que su padre fuera sacerdote y, sobre todo, el hecho de que estuviera tratando de vivir como un santo, excitaba su amarga hostilidad. Si Sam no hubiera llegado a este trabajo de transportar arcilla y vaciar camiones con el propósito directo de compartir los sufrimientos de su dios perseguido, estos hombres lo habrían reducido a una abyecta y triste miseria.

El Santo Sam se convirtió en su apodo casi inmediatamente, y el placer con que lo atormentaban era abominable. Sería un error decir que todo lo bueno y valioso proviene del individuo y todo lo malo de la multitud, pues

todo el mundo es consciente en diversas ocasiones de un calor riguroso y crudo, un resplandor radiante, un entusiasmo vivo, que emana de cualquier grupo o masa de personas. Y también de la multitud surge, en ciertas condiciones, un formidable poder de fe magnética. Pero esta fe, que es lo más sorprendente que engendra la multitud, no puede compararse ni por un segundo con la fe creadora del individuo. Es por la fe del individuo, de la que la multitud se alimenta como una llama devoradora de aceite, que ésta es capaz de mover montañas, derribar bastillas, destruir inquisiciones, inaugurar revoluciones.

Entre sus compañeros de trabajo en la labor de transportar arcilla, Sam era un individuo enfrentado a una multitud. No estaba contra ellos, sino que ellos estaban contra él. No era un Coriolano⁸⁸. No era un aristócrata que respondiera al odio con desprecio. Bastaba con que careciera de su sentido del humor, con que no masticara su tabaco, con que no pudiera devolverles su particular tipo de bromas. En una situación de este tipo, un recluso de clase media alta como Sam estaba en una situación mucho peor que la de Will Zoyland. La jerga de Zoyland, con sus obscenidades rabelesianas y sus estruendosas carcajadas, se habría ganado el respeto de esa

88 Cayo o Cayo Marcio Coriolano a fue un político y militar romano del siglo V a. C., miembro de la gens Marcia, considerado en la actualidad una figura semilegendaria. La historiografía grecorromana (Tito Livio, Plutarco, Dionisio de Halicarnaso) lo describe como patricio y lo tilda de traidor por encabezar, tras su destierro por su despotismo y por haber prohibido la distribución de trigo a la plebe, una ofensiva volsca contra Roma.

gente. Habría intimidado a los más agresivos y engatusado a los demás. Se habría convertido rápidamente en una especie de jefe de bandidos entre ellos.

Pero a Sam lo despreciaban por completo. Lo consideraban un blando, un predicador, un espía, un esquirol, un caballo negro que se dedicaba a algún juego complicado, un inútil al que le faltaba algo, el hijo idiota de un párroco hipócrita. Se divertían con él. Imitaban sus modales, lo presionaban, le hacían trabajar muy duro. Era su deporte, su presa, su presa legítima. El hecho de que no fuera un debilucho le daba un toque adicional a sus intimidaciones. Era como hostigar a un oso; y lo molestaban todo el día, como perros que molestan a una gran bestia paciente.

Pero todo esto fue sólo por un tiempo. No duró. Poco a poco, la torpe dulzura de la naturaleza de Sam se abrió paso entre ellos. Lo que en realidad al principio fue, tal vez, un matiz de mojigatería en su actitud hacia ellos, se fue desvaneciendo. Llegó a olvidar que era Sam Dekker, el hijo de Mat Dekker. Se convirtió en un trabajador entre otros trabajadores. Y la conciencia psíquica de que realmente estaba dejando de separarse de ellos los afectó sin que se dieran cuenta. La manera en que recibía sus burlas también cambió insensiblemente. Comenzó a dejar de considerarlas dirigidas especial y maliciosamente hacia él, y dejó de alentarlas y avivarlas para su propia satisfacción masoquista. Así, el mensaje telepático de su yo subconsciente a sus yoes conscientes que antes gritaba: «Soy diferente de ti. Me duele

aquí. ¡Golpéame más fuerte aquí!» comenzó a cantar otra melodía y a gritar: «Todos estamos en el mismo molino. ¡Al diablo con las diferencias!». “Todas las almas en el fondo son iguales”.

Y este nuevo estado de ánimo de Sam no era una parte consciente de su lucha por una vida santa. Surgió de la bondad pagana innata de su naturaleza, que emitía un olor dulce como el del tomillo o la menta que han sido muy pisoteados. Y así, poco a poco, la virtud pagana del Santo Sam fue correspondida por la virtud pagana de estos otros aborígenes de Glastonbury, y el sentimiento de que "todos somos de una misma sangre" dio a la pesca de arcilla de la que dependía el negocio del señor Barter una cierta solidez autóctona.

Tom Barter, con Red Robinson como capataz y Lady Rachel como asesora, estaba empezando a demostrar su valía como gerente; y las figurillas, estatuillas, bustos de yeso, jarrones pintados a mano, platos, vasijas y jarras que estaban fabricando ahora mostraban signos de difundir los productos de Glastonbury, con la ayuda de los visitantes y peregrinos, por toda Europa. Tanto en la parte de diseño como en la de ejecución de su negocio, las limitaciones personales de Barter en materia de arte fueron una ventaja para él. Encontró a un joven tras otro, tanto chicas como chicos, que poseían un sentimiento artístico inusual; y animado por Lady Rachel, dejó a estos jóvenes nativos de Glastonbury las manos completamente libres.

El resultado de esto fue que empezó a surgir –de la nada, como así parecía– una escuela de diseño de Glastonbury muy interesante y original, genuinamente autóctona y en la que las tosquedades y crudezas del dibujo, el colorido y la perspectiva, y también sus variaciones bajo tantas manos diferentes, poseían la fresca imaginativa y el atractivo infantil de un arte auténticamente primitivo, un arte por el que todo el mundo occidental parecía tener sed especial, un arte que encarnaba en sí no sólo el espíritu comunitario de los gobernantes socialistas de la ciudad, sino algo –un matiz, un tinte, una sospecha– de la nueva religión del alcalde de Glastonbury. Su primera producción se había limitado a juguetes y recuerdos; pero tan pronto como Lady Rachel intimó con Barter –y tuvo un aliado activo en Tossie–, las pequeñas figuras de arcilla de los personajes legendarios de la historia de la ciudad, desde Morgan-le-Fay hasta St. Joseph, desplazaron a todo lo demás; y el oportuno contrato del consejo con ciertos transportistas de arcilla del vecindario cambió toda la tendencia del negocio, de modo que los juguetes fueron olvidados y un verdadero movimiento de arte imaginativo, a la vez moderno y místico, arrasó con todo lo que encontró a su paso.

Al cabo de una semana, Sam hizo una visita apresurada a su padre y a Nell; pero esta visita resultó tan angustiosa y agitadora para los tres que no intentó repetirla, sino que a partir de entonces se entregó por completo a los raptos y tormentos de su *Imitatio Christi*.

Habría sido una historia completamente distinta si sus labores se hubieran desarrollado *dentro* de la fábrica municipal. Allí habría estado bajo la mirada de Barter, allí habría convivido con Lady Rachel. Pero, salvo la primera tarde de su contratación, no vio nada de las obras de arte del lugar. Todo lo que vio, todo lo que manipuló, fueron camiones cargados de esa arcilla en particular.

La naturaleza de Sam, siempre atraída por la tierra, se hundió en esta arcilla como en la tumba de su Cristo. En esta arcilla limpió sus pensamientos sobre Nell y su hijo. En esta arcilla absorbió el dolor subterráneo, apenas menos doloroso que el que sentía por Nell, por la separación de su padre. Fue herido de inmediato junto con su Dios, por sus luchas con sus compañeros de trabajo, y enterrado junto con su Dios, en esta pesada arcilla de Somersetshire.

Lo que hacía que la tarea de ganarse el apoyo de sus compañeros fuera tan lenta era el hecho de que los hombres que lo rodeaban cambiaban constantemente. Su paga era tan pobre y su trabajo tan pesado que pocos de ellos podían soportarlo más que un breve período. Luego llegaron otros, todos ellos procedentes de los distritos más pobres de Bove Town y Paradise, y a su vez se sintieron tentados de burlarse de Sam. Ninguno de ellos tenía la dureza ni la resistencia que él tenía. Eran hombres flacos y desgarrados, descendientes por siglos de endogamia de aquellos aborígenes paganos de la Isla de Glastonbury que resistieron a San José, San David, San Indractus, San Gildas, San Patricio, San Dunstan, San

Benigno y Santa Brígida, en sus intentos de espiritualizarlos, que siempre se rebelaban contra la Iglesia y el Estado, que parecían inspirados en sus rebeliones por las antiguas divinidades de Tor Hill, cuya malignidad reavivada el día del Desfile casi destruyó a Lord P. y quienes nadie excepto Bloody Johnny parecía capaz de manejar.

Lo que *sí* le proporcionó a Sam una auténtica sensación de placer natural fue fregar y encalar el suelo de su buhardilla en lo alto de Old Malt House. Allí no tenía ningún mueble, salvo una pequeña cama de campaña, una silla de cocina, una mesa de tres patas y una gruesa jarra de agua blanca y una palangana. Cuando hubo encalado las paredes y el techo, frotó las grandes vigas desnudas del suelo de roble hasta que quedaron tan limpias como el espacio de suelo más limpio de la ciudad, es decir, la cocina de Emma Sly en The Elms.

A medida que pasaban los días en la nueva vida de Sam, que trabajaba de siete a cinco acarreando arcilla y luego, cuando terminaba su trabajo, se relacionaba con los más desposeídos de sus vecinos, empezó a revelarse plenamente el hecho de que había abandonado los deseos humanos normales. Era tan fuerte y tenía tan buena salud que muy pronto descubrió que el trabajo de su jornada no le resultaba más agotador que si hubiera pasado el tiempo caminando por los campos.

Esta creciente liberación del cansancio físico le permitió,

después de lavarse, cambiarse de ropa y tomar el té, explorar muchos de los distritos más pobres de la ciudad, de los que ya conocía un poco. Dejaba Manor House Road alrededor de las seis y media y se dirigía por un pequeño callejón, al lado de la casa donde vivían John y Mary, hacia una sección de Paradise que lindaba con el ferrocarril de Burnham y Evercreech y se extendía hacia el norte hasta las cuatro intersecciones, donde las carreteras de Meare y Godney se unían a Northload Street y Dye House Lane.

Que el Santo Sam, como ya empezaban a llamarlo los niños de este barrio, tenía una ecuanimidad de carácter que superaba a la de muchos hombres santos, lo demostraba la forma en que se dejaba interrumpir al menos tres de los seis días de la semana, mientras se sentaba a tomar su merecido té en su buhardilla encalada. La interrupción la realizaba Jimmy Bagge, un mendigo medio imbécil, un poco mayor que Sam, que vivía con su padre y su madre en una casa de piedra de un piso, negra por el paso del tiempo y el humo, que se apoyaba contra la orilla del ferrocarril Evercreech. Sam había encontrado a Jimmy rascando y tanteando en un montón de basura sucio detrás de las casas de Northload y lo había llevado a su casa en Manor House Lane y le había dado de cenar té caliente, pan y melaza. Después de esto, Jimmy Bagge no tardó en averiguar cuánto tiempo trabajaba Sam y la hora exacta de su regreso a casa; y solía sentarse en el patio de malta, escondido detrás de una hilera de barriles antiguos entre los cuales miraba constantemente.

Era demasiado listo para presentarse antes de que Sam se hubiera lavado, cambiado de ropa y preparado el té, pero había calculado tan bien estos procedimientos que casi siempre era justo cuando Sam se llevaba la primera taza a los labios cuando Jimmy llamaba a su puerta. Sam aceptaba la situación como si su destino fuera pasar el resto de su vida con Jimmy, como tal vez así fuera, pero en todas estas ocasiones mostraba una pequeña debilidad que delataba la diferencia entre un «hombre santo» anglosajón y uno de sangre latina u oriental, pues cedió su única silla a su visitante y se sentó en su catre; no, hay que confesar, por cortesía, sino con una conciencia irreprimible del estado de las inmundas ropas del mendigo.

Fue con ocasión de la quinta visita de Jimmy Bagge al desván de Malt House cuando el obstinado imbécil sugirió, después de muchas vacilaciones, que Sam lo acompañara a su casa, situada debajo de la ribera del ferrocarril de Evercreech. Era una tarde encantadora cuando los dos hombres partieron juntos con ese propósito en mente, y Sam no pudo evitar pensar, mientras caminaba al lado de su nuevo amigo, en cierto cambio curioso que se había producido en sus recientes reacciones ante el mundo visible.

Los jardines traseros de Northload Street descendían en pendiente hasta una región yerma y desolada, donde las cálidas y suaves tejas de ladrillo por las que Glastonbury es famosa habían dado paso a un estilo más antiguo de tejado, de pizarra gris opaca y cubierta de musgo. Al mirar a su

alrededor, sintió de nuevo un ligero toque de esa nueva sensación que había estado recibiendo últimamente. Lo que sintió fue una extraña y singular reciprocidad entre su alma y cada pequeño fragmento de mampostería, de suelo pedregoso, de suelo musgoso, de carpintería, de barro pisoteado, de matas de ortigas polvorientas del año anterior, de hojas marchitas de acedera o de empalizadas enmohecidas.

Es cierto que, a los ojos intelectuales de la espiritualidad oriental o de la devoción latina, los intentos de Sam de vivir la vida ideal habrían parecido los de un maestro ascético o un boy scout mojigato, pueriles y carentes de madurez, dignidad, sutileza y pasión intelectual. Todo el sistema de valores morales de Sam –su énfasis puritano en la moderación sexual, su inquieta preocupación por actos aislados de benevolencia– habría parecido a una naturaleza celta o latina una forma fastidiosa y farisaica quisquillosa, más parecida a la virtud pragmática de algún hermano lego moderno que al heroísmo sublime de la auténtica santidad medieval. Sin embargo, para los observadores invisibles de la atmósfera cargada de magia de Glastonbury, este decidido y robusto descendiente de los campesinos de Somersetshire mostraba una cierta humilde sencillez y una cierta piedad sólida y de buen humor que hacía que muchas más pintorescas luchas por vivir la vida santa parecieran engañosamente teatrales e incluso autoengañosas en comparación.

Y, sin duda, aquella tarde en particular, mientras adaptaba su paso al andar arrastrado y torpe de Jimmy Bagge, Sam empezó a darse cuenta de que una sutil barrera entre su ser más íntimo y ciertos objetos particulares de la Naturaleza había empezado a ceder. La verdad era que, sin tener la menor conciencia de la importancia para la humanidad de la ley psíquica con la que se había topado, ni de su rareza en el mundo, Sam había descubierto que cuando una persona se libera de la posesividad, de la ambición, de las exigencias del deseo, de las exigencias domésticas, de toda clase de autoridad sobre los demás, puede disfrutar, de forma lateral e incidental, mientras emprende cualquier tipo de trabajo o búsqueda, de los más exquisitos trances de absorción en la esencia misteriosa de cualquier trozo de tierra molida, de cualquier fragmento de grava, de cualquier losa de adoquín, de cualquier maraña de hierbas o de cualquier terrón de césped con el que se encuentre a su paso.

Siempre es un placer peculiar llegar de repente, a través de una estrecha abertura entre masas de mampostería, a una amplia extensión; y esto es especialmente así al anochecer y cuando una extensión de ese tipo se abre hacia el oeste. El resplandor brumoso, que se filtraba a través de los vapores humeantes de las zanjas de ese terreno abierto, tal como Sam lo vio esa noche, elevó a una importancia grandiosa y oscura cada pocilga, cada pajar, cada palomar, cada tejado de choza; y bajo un arco de piedra donde el sendero fangoso que seguían se sumergía bajo la vía del tren, Sam pudo ver,

mientras se acercaban a la vivienda de los ancianos padres de Jimmy, un gran semicírculo rojo, como un enorme hongo manchado de sangre, que era el sol poniente.

El archienemigo de su padre estaba demasiado cerca de su propia disolución sobre el borde del planeta para emitir ningún poder magnético, ya fuera bueno o malo; pero verlo así, mientras Sam descendía de la grisura amurallada de ese hueco en Northload Street y veía ese semicírculo carmesí, era como si una persona viera la cabeza hundida de un invasor titánico que se retiraba de una ciudad amenazada.

Así es la mente humana –o al menos así es la mente de un hijo de barro de Somersetshire que busca a tientas una vida santa– que la conciencia de Sam dio un refugio momentáneo al pensamiento no santificado de que estaba contento de que los harapos de su actual compañero no hubieran tocado su cama; pero, como una mosca negra que se aloja por un segundo en el eje de un carro en movimiento, este pensamiento se perdió rápidamente en la solemne extensión de esa escena nocturna.

–Papá es un hombre muy duro para estar en cama –observó Jimmy Bagge–. ¡Papá come y bebe todo lo que puede, cuando puede! Comparado con él, mamá parece un fantasma.

El imbécil se detuvo un momento y miró el medio sol carmesí mientras se ponía bajo el arco de piedra mojado por

el musgo, cuyas paredes parecían gotear una humedad que no era ni lluvia ni rocío, sino más bien el sudor de alguna enfermedad de su propia y privada persistencia.

“Mamá no lo salva por nada y sería una pena ver semejante servicio. Él se acuesta y come; ¡y ella se cansa de alimentarse de huesos! Yo le tengo miedo tanto como mamá; pero Finn Toller, que es el sobrino de mamá, no le tiene miedo. Mamá me mandó a buscar a Finn Toller y cuando papá lo vio venir por el sendero a través de una grieta del viento, él gritó y gritó, terriblemente duro de oír. Dijo que Baal había venido a matarlo, y él se escondió debajo de una manta”.

–¿Tu madre deja entrar al señor Toller? –preguntó Sam.

El rostro de Jimmy, que por lo general estaba tan vacío de inteligencia como un cartel descolorido, emitió en ese momento un pálido rayo de astucia, como si el reflejo arrastrado por el viento de un rayo de luz de luna, atrapado en un recipiente de lluvia, hubiera sido arrojado hacia arriba sobre ese tablero.

“Mamá le dijo al pescador: 'Tu pobre tío se está muriendo de hambre, Codfin. ¿Tienes algo para comer hoy?’”

“¿Y qué hace entonces el señor Toller?”

“Vacía su cartera en la cama de papá y, a veces, hay un buen trozo de queso cheddar en ella, pero nunca se sienta más de un minuto. Tengo que irme, tía”, dice, y luego se

dirige a mamá, mirando a papá, que tiene la cabeza escondida bajo la manta: “Acabo de saldar una cuenta y estoy pensando en saldar otra. Soy un gran liquidador de cuentas, tía”, dice, y mira, con ojos llorosos, la manta de papá, hasta que la cama cruje porque papá se sacude”.

Una vez sentado en aquel desolado edificio de piedra, construido hacía mucho tiempo bajo la ribera del ferrocarril, Sam sintió con un peso similar al de la primera palada de tierra arrojada a una tumba abierta qué clase de aura mental se proyecta en un lugar determinado por la experiencia de una absoluta necesidad física. Evidentemente, se habían hecho preparativos para lo que en la familia Bagge se consideraba la cena, pues todos los objetos de aquella miserable habitación –las paredes de piedra desnuda, donde manchas de hollín y grasa y manchas indescifrables e innombrables se alternaban con moho verdoso y humedad supurante, el pequeño fuego de leña humeante bajo una gran olla de hierro donde se cocía al vapor la mezcla más aguada jamás extraída de los huesos dos veces cocidos de un conejo flacucho, sillas de madera desnuda con los asientos llenos de agujeros, una jarra de agua rota sobre la repisa de la chimenea oscurecida por el humo– parecían agruparse alrededor de un trozo de periódico extendido sobre la mesa en la que reposaban la mitad de un pan y dos arenques pequeños en salazón.

La señora Bagge, se volvió hacia el visitante con un rostro fuerte y huesudo, anguloso como el de un caballo medio

muerto de hambre y agotado, mientras se sentaba en un taburete de madera junto a la chimenea y observaba sus movimientos como un zorzal hambriento, ese pájaro de la perdición invernal, podría sentarse con las plumas erizadas mientras observa a un vagabundo distraído en el seto del camino. Su identidad también, como la de las paredes húmedas y las sillas desvencijadas y el líquido insípido en la olla negra y la jarra rota en la repisa de la chimenea, parecía, incluso mientras miraba a Sam, anhelar el pan de molde y los dos pequeños peces sobre el periódico extendido.

Y en cuanto a la figura que yacía en la cama bajo una manta remendada –la figura de Thomas Bagge, postrado en cama– sus ojos rapaces y desconsolados parecían señalar esos objetos con la necesidad irreversible de una aguja de brújula que apunta al norte.

Sam no soportaba la idea de que les estaba impidiendo disfrutar de esa miserable comida, aunque también él parecía sucumbir a la influencia hipnótica de esa media hogaza de pan sobre la mesa. Durante casi un cuarto de hora murmuró varios comentarios entrecortados sobre el nuevo gobierno de Glastonbury y las posibilidades que ofrecía de obtener ventajas económicas para los indigentes.

Sin embargo, las interrupciones de la mujer no tenían nada que ver con lo que él estaba diciendo. Parecían más bien los débiles ecos de la charla mecánica de un gitano en una feria, y se referían a él como «el dulce y encantador caballero que

se propuso hacer la fortuna de nuestro Jimmy». En una ocasión, ella se levantó de un salto de su taburete y con un trozo de madera que arrancó del suelo mató a un gran insecto que estaba en la pared sucia de hollín. Pero el trozo de madera que ella arrojó al suelo, el taburete que ella había utilizado cuando volvió a sentarse y otro insecto que Sam observó y que se le había escapado, todo esto parecía estar concentrado en ese pan a la mitad y en esos miserables arenques.

Al contemplar las mejillas hundidas de la señora Bagge, su cuello escorado y sus cavernosas cuencas oculares, Sam empezó a sentir que sus intentos de comprender los sufrimientos de un semidiós prometeico apenas habían arañado la superficie de los sufrimientos de su propia raza humana; y le pareció oír a su “alma exterior” susurrándole al oído que su torturado Dios no era nada menos que una humanidad torturada.

Mientras contemplaba las piedras húmedas, tan sucias y grasientas y manchadas de mugre sin nombre, sobre la cabeza de la mujer, y mientras miraba el pan sobre la mesa, los dos conceptos fundamentales –pan y piedra– parecieron asociarse con el concepto de *sufrimiento*, como si formaran una especie de Trinidad suprema de Experiencia hacia la que se lo estaba conduciendo. Trabajo ingrato, hambre eterna, el latido mortífero de un dolor que se negaba a cesar, si estas cosas seguían viviendo en esa habitación bajo el banco del Ferrocarril Evercreech, ¿por qué se le había permitido comer

melaza dulce y mirar por la ventana desde lo alto de la Vieja Maltería?

Desde las cuencas huecas de los ojos de esta mujer, su mente regresó a otras cuencas similares, y mucho peores que las de ella, que en ese mismo instante, en otras partes del mundo, se estaban abriendo y contrayendo bajo la presión de la crueldad de la Primera Causa.

¿Por qué el sufrimiento, el dolor y la muerte no acabaron con sus víctimas? Y, puesto que no fue así, ¿hasta dónde debe llegar, en simpatía por estas cosas, una persona que, por pura casualidad, se ha librado de los peores golpes y rasguños?

Mientras seguía mascullando sobre lo que el ayuntamiento de Glastonbury haría pronto por sus pobres, la mente de Sam llegó a la conclusión de que la cuestión más seria de todas era: ¿en qué punto, si la vida ha de continuar con algún grado de resistencia, es necesario endurecer nuestros corazones y dejar de pensar en el dolor de los demás? Los matemáticos hablaban de «puntos» invisibles, de «puntos» formales que eran los pivotes de todas las vastas espirales de la realidad. Aquí, en esta cuestión –¿hasta qué punto debemos compartir el sufrimiento?– ¿había tocado el «punto de puntos» alrededor del cual giraban todas las conciencias sensibilizadas?

El sentido común vital de Sam despertó en él una

honestidad interior que le decía que debía retroceder en algún punto o el egoísmo natural en él surgiría y se desharía de toda restricción. ¿Se detuvo San Francisco, en medio de la composición de su Himno al Sol, para reflexionar sobre el problema de hasta qué punto debía, en lugar de entregarse a ese éxtasis mágico, visualizar el destino de los torturados en esa torre de piedra vecina y reflexionar sobre lo que el hombre, en ese *momento*, estaba haciendo con el hombre, en Argel, en Londres, en Sevilla, en Trebisonda, en París e incluso en Asís?

La naturaleza perezosa de Sam había estado recibiendo tantas sacudidas últimamente y había reducido su alimentación física a tal punto que sus nervios estaban mucho más sensibles que de costumbre. Tal vez por eso miraba tan fijamente a ese insecto en la pared.

«Cada localidad –pensó– tiene sus propios mosquitos, sus propios jejenes, sus propios escarabajos, sus propios piojos, sus propios insectos. Pueden parecerse a los demás de su tribu, pero deben verse afectados –pocos lo discutirán– por las condiciones climáticas particulares que existen a su alrededor. Este insecto era un insecto de Glastonbury. ¿Tenía algún mensaje para él, un hombre de Glastonbury? ¿No puedes arrojar algo de luz sobre esto?», pensó, dirigiéndose al insecto de la pared. Pero el insecto era tan individualista que consideraba el galimatías que le llegaba del cerebro de este hombre como la misma clase de tonterías telepáticas que estaba acostumbrado a oír cuando

en su corazón la señora Bagge gritaba: «¿Hasta cuándo, oh Dios, oh Dios, hasta cuándo, hasta cuándo?» Y continuó su tortuoso camino con menos curiosidad –por no hablar de simpatía– de la que hubiera sentido incluso el ex alcalde Wollop.

Sam, sin embargo, mientras intercambiaba algunas palabras con su amigo Jimmy, que continuaba de pie al pie de la cama de su padre (el propio señor Bagge parecía estar esperando los acontecimientos en lúgubre taciturnidad), luchaba obstinadamente en lo más profundo de su mente con este problema.

«Tiene que haber un límite», pensó Sam, «a la compasión que un alma puede brindar a otras almas, o todas perecerían. La compasión absoluta por el sufrimiento significaría la muerte. Si Cristo hubiera simpatizado *hasta el límite* con el dolor del mundo, le habría resultado difícil vivir hasta el día de su crucifixión. Pero ¿qué significa eso? ¿Significa alejarse del infierno que contemplamos? ¿Significa que toda alma tiene derecho a olvidar si puede *olvidar*? La compasión por el dolor mata la felicidad. ¡Llega un momento en que, para poder vivir, debemos *olvidar!*»

Su conclusión le dejó con un sentimiento de inefable debilidad, cobardía y desprecio. Sumido en una humildad repugnante, gimió en voz alta. Había tomado la precaución antes de partir, en previsión de la penuria de la casa de su amigo, de meterse en el bolsillo varias rebanadas gruesas de

pan y melaza, y las sacó envueltas en papel y se las entregó a su anfitriona. Fue entonces cuando la verdad de las palabras de Jimmy sobre sus padres se hizo más dolorosamente evidente, pues su madre, después de tragarse dos o tres bocados apresurados de uno de aquellos bocadillos, presentó los demás tal como estaban al hombre silencioso de la cama, quien, una vez que los tuvo en sus manos, no habló ni levantó la vista hasta que no quedó ni una miga sobre el papel pegajoso en que estaban envueltos.

Tampoco era un hombre de mal aspecto, pensó Sam, mientras aquellas mandíbulas cetrinas masticaban la comida y su manzana Adanis subía y bajaba al tragarla; pero había algo repulsivo para la mente –e incluso una vaga sensación de algo trágico y espantoso– en la forma en que los ojos negros hundidos de la señora Bagge seguían cada bocado a medida que desaparecía.

–El ayuntamiento se ocupa de que no muramos de hambre –dijo la mujer en ese momento–, pero no nos dan comida, solo dinero; y el señor Bagge cree que el dinero es demasiado valioso para desperdiciarlo en víveres, así que lo pone donde no hay peligro.

El rostro blanco e hinchado del señor Bagge –un rostro nada desagradable– que sobresalía de su sucia camisa abierta se iluminó complaciente al oír esto y su expresión le pareció a Sam la expresión humana más mezquina que había visto jamás.

"Es demasiado precioso para tirarlo a la basura", repitió con untuosa satisfacción, "...así que lo ponemos donde está más seguro".

Sam todavía se preguntaba en el fondo de su mente qué se podía hacer con un avaro postrado en cama que estaba matando de hambre a su esposa, cuando la señora Bagge, que parecía positivamente transparente por la falta de nutrición, aunque era una mujer grande y huesuda, levantó la voz desde donde estaba sentada en el taburete junto al fuego, con sus faldas descoloridas colgando tan sueltas entre sus delgadas rodillas que parecía como si las hubieran arrojado sobre los mangos de un arado, y le comentó a Jimmy:

“¿Le preguntaste a tu amigo, el dulce y encantador caballero, si podría bendecir esta casa con medio chelín de plata?”

El tono de su voz, que parecía gitana y que, sin embargo, no era la voz de una gitana de verdad, le sonó desagradable a Sam. Sintió ganas de gritar: «¡Te daré un chelín entero si lo conviertes en comida y me dejas verte comerlo!». Decidió que vendría allí al día siguiente con unos pasteles de cerdo que había visto en el escaparate de una pequeña tienda de Manor House Lane y les daría uno a cada miembro de la familia Bagge e insistiría en que los comieran delante de él.

Pero la voz del dueño de la casa se hizo audible ahora: el

señor Bagge aparentemente se dirigía al techo grisiento y oscurecido por el humo.

“Cuando escucho a la gente mencionar chelines, me digo a mí mismo: 'Déjalos donde estén seguros. ¡Son demasiado valiosos como para desperdiciarlos en ocurrencias!’”

Sam se puso de pie. –No tengo dinero –dijo, y después de una pausa añadió–: Bueno, me despediré y bajaré un rato al río para tomar un poco de aire. Siempre duermo mejor después de tomar un poco de aire. No se levante, señora Bagge.

Jimmy lo siguió con la mirada melancólica mientras se dirigía a la puerta. El rostro del imbécil tenía cierta belleza inexpresiva, como la belleza hinchada del hombre bajo la manta, pero su expresión era sumisa y dócil, como la de su madre. Sam se alarmó de que su propia conciencia, esa voz despiadada y autoritaria que ahora siempre estaba a su lado, insistiera en que permitiera que Jimmy lo acompañara. Por eso, con cierto alivio (por el que se culpó a sí mismo en cuanto salió de la casa), oyó a la señora Bagge decir:

–Me traerás algo de leña, Jim, ¿no? Antes de que vayas a la Casa de los peregrinos a buscar monedas, Jim es un buen muchacho, señor –gritó la mujer mientras Sam salía–. Si no fuera por Jim, el señor Bagge y yo estaríamos separados y en el mismo aprieto de Wells.

«Si no te separas del señor Bagge», pensó Sam, «seguramente acabarás en el cementerio de Wells».

Pero desde la puerta respondió con un cálido y entusiasta elogio a Jimmy.

–Sabía que era un buen hijo –dijo– en cuanto empezó a hablar de vosotros dos. ¡Bien! Espero que tenga buena suerte en Casa de los peregrinos.

–¡No para desperdiciarlo! –gritó el apuesto hombre de cara hinchada desde su cama–, ¡sino para guardarlo en un lugar seguro!

Y mientras se iba, Sam no pudo evitar dar rienda suelta a su malvado deseo de que su amigo descubriera ese escondite "seguro".

Ya era casi de noche cuando, tras pasar por numerosas chozas dispersas y dependencias desoladas, llegó por fin a la orilla del Brue. Estaba muy nervioso, a lo que contribuía en gran medida su enfado por el comportamiento del hombre acostado.

Mientras contemplaba el oscuro fluir del agua, vio que la nuez de Adán subía y bajaba a medida que el señor Bagge tragaba. Pero Sam asintió con la cabeza como quien toma una resolución que debe esperar a ser cumplida, y comenzó a seguir la orilla del río en dirección sur. Ahora estaba a medio camino entre el puente de madera Northload y el

punto de piedra Pomparles y en la oscuridad del crepúsculo pudo ver surgir del barro el andamiaje del puente de hierro inacabado de Philip Crow.

Como ya se ha insinuado, Sam había empezado a notar, durante varias semanas, con un asombro perplejo, que ciertos objetos poco prometedores e improbables le producían, cuando los miraba de pasada, espasmos estremecedores de felicidad. Sólo cuando esos ataques repentinos o sacudidas de éxtasis inexplicable aumentaban en él, empezó a prestarles una atención particular. No tenía una mentalidad analítica, ni era en ningún sentido lo que se llama «psíquico». Incluso podría sostenerse que el temperamento de Sam estaba más bien por debajo que por encima del nivel normal de lo que el mundo ha acordado llamar «espiritual». Desde luego, no era místico. Había más misticismo en el dedo meñique de John Crow –pese a toda su perversidad escéptica– que en todo el cuerpo de Sam. Pero hubiera sido peor que carente de imaginación; habría sido «más tonto que la hierba gorda del muelle de Lethe» si no hubiera notado estas recurrencias de inexplicable arrebató en las que todo su ser parecía atrapado y transfigurado. Lo que hacía más difícil comprender este fenómeno era el hecho de que los objetos que servían para evocar este éxtasis fueran tan variados y en sí mismos tan insignificantes. Ninguno de ellos era lo bastante importante como para proporcionar una pista satisfactoria sobre la naturaleza del significado de estas sensaciones

emocionantes. Era casi como si un misterioso centro de fuerza magnética hubiera estado moviéndose durante algún tiempo a través de la espesa oscuridad de la constitución química de ese barro y esas piedras de Glastonbury hacia la perezosa receptividad de Sam, buscando en esa receptividad un objetivo preestablecido.

En ese momento, mientras avanzaba a trompicones por la orilla del río bajo el cielo nublado y sin luna, se topó de repente con otra de esas sensaciones inexplicables que le enviaba la casualidad. Se trataba de un viejo poste con un aro de hierro sujeto a él, utilizado antiguamente para amarrar las pequeñas barcazas que en otros tiempos llevaban maíz por el Brue. El poste no era más que un punto de referencia oscuro en el curso de esa oscura marea, pero Sam conocía su posición exacta y conocía cada detalle del paisaje desde ese punto en particular. En realidad, no podía ver el aro de hierro sobre el poste, pero sabía tan bien que estaba allí que lo vio sin verlo. Pero por alguna razón, la mera visión de ese poste lo llenó del más redentor, exultante y liberador de todos sus recientes transportes. Su mente estaba tan ocupada con la idea del dolor que, conscientemente, comenzó a oponer a esa sensación emocionante la opacidad del dolor. Era como si tomara grandes paladas de dolor y las arrojara al camino de la deliciosa corriente que fluía a través de él; y a medida que la corriente aumentaba, él arrojaba más paladas de dolor frente a ella. Pero las arrastraba a su paso, las bebía, las

tragaba todas en sí. Y, sin embargo, no sería correcto decir que se volvieron idénticas a la corriente impetuosa de este sentimiento extático. No eran absorbidas como un sustento natural. Alimentaban esta corriente; pero la corriente existía independientemente de ellas y no dependía de ellas para su origen o su desenlace.

Sam se encontró de rodillas junto a aquel viejo poste, tan emocionado estaba por la emoción que lo invadía; y, en su júbilo, apoyó la frente contra él y pasó los dedos arriba y abajo por sus costados húmedos. Y empezó, desesperadamente, a resolver el misterio de todas aquellas experiencias. Empezó a darse cuenta de que el alma de lo inanimado, el aliento de vida que habitaba en todas aquellas cosas antiguas y sin vida, de las que estaba tan llena la ciudad, se estaba moviendo realmente hacia él.

La emoción que experimentaba ahora era mucho más fuerte que la que habían producido en él hasta esa noche las piedras, las puertas, las losas del pavimento, los parches de musgo, los fragmentos de viejos muros, las molduras talladas, los tocones de árboles muertos, los surcos arados, los charcos y las cunetas al borde del camino; pero era el mismo tipo de estado de ánimo.

Algo en la naturaleza atómica de la sustancia inorgánica de esas cosas debió responder a un anhelo inarticulado de Sam, hasta que la Materia misma, el viejo y obstinado misterio proteico, se movió y se agitó para encontrarse con él. Podía

sentir realmente un poder magnético que emanaba de sus dedos desde ese poste contra el que se apoyaba.

Sam había nacido en Glastonbury. Las imágenes, sonidos y olores de Glastonbury, los *eidolos psíquicos* que irradian de la superficie de las antiguas sustancias inanimadas, lo habían rodeado desde su nacimiento. Al haber concentrado su naturaleza perezosa y terrenal de manera tan constante y durante tanto tiempo en los pájaros, las bestias y los peces, debió de haber acumulado una enorme masa de recuerdos impresos casualmente sobre su contacto con el entorno inorgánico de estas criaturas vivientes. De día y de noche, debió de haber tocado –subiendo y bajando por los campos, los senderos, las laderas, los valles, los pantanos, los caminos de sirga, los sotobosques, los riachuelos– innumerables puertas, presas, muros, matas de pantano, montículos de topos, barandillas de estanques, montones de piedras, árboles caídos, ruinas cubiertas de musgo, y todos estos toques y contactos casuales debieron de haber establecido entre su ser más íntimo y el misterio de la materia en estas cosas, correspondencias profundas que estaban listas para surgir a cualquier llamado.

¿En qué se diferenciaba la extraña sensación que experimentaba cuando sus dedos recorrían de arriba abajo la superficie de aquel viejo poste de barcazas y la otra sensación reciente de la misma naturaleza? La diferencia era que la sensación que ahora tenía se asociaba de repente y de forma extraña con aquel pequeño pez muerto que su

padre había sacado del acuario. El secreto de la materia había asumido de repente una forma definida, y esta forma era de un tipo vivo, ya no inanimado, sino electrizado por la animación. «Ichthus, el pez del mundo»... ¿De dónde había sacado esa expresión singular? No de ningún libro que se le ocurriera en los estantes de su padre, ni de los sermones del señor Simeón. Que el misterio de la materia que últimamente lo había estremecido en tantos contactos accidentales se resolviera en su salto primigenio, en su temblor resbaladizo, en su ascenso desde los estanques del silencio hasta la forma real de un pez habría sido una fantasía descabellada para cualquier otra persona, pero para Sam, con su educación y su entorno, tenía una naturalidad orgánica. ¿Vio entonces con el ojo de su mente las aletas rojas, las marcas verdosas, las rayas negras, la cola plateada de un pez *real*? ¡No! Era algo más sutil que eso... Pero sintió *como* si la materia sólida que lo rodeaba se hubiera vuelto porosa, de modo que alguna esencia de vida pudiera moverse rápidamente a través de ella. En el equilibrio mudo de esta esencia vital con aletas, pasando a través del elemento acuático primigenio que existía en todas las cosas, se encontraba la clave inexplicable.

Mientras se arrodillaba en el barro húmedo del camino de sirga junto a este poste, mientras la oscuridad se hacía más profunda sobre él y el río fluía a su lado, la honestidad de su alma lo impulsó una vez más a enfrentarse al dilema supremo. Se volvió vívidamente consciente de sí mismo

como una entidad entre todas las demás, arrastrada por el viaje nocturno del planeta viajero, y parecía capaz de captar el viento que respiraba, mezclado con los gorgoteos y sorbos del agua, los gritos de dolor que en ese momento, por todo el mundo, se elevaban. ¡Debía haber un límite a la compasión o la corriente de vida se detendría; todo se estancaría y “Ichthus, el Pez del Mundo”, flotaría muerto sobre su espalda!

El primer motivo de cada criatura viviente debe ser el de realizar su propia identidad, el de luchar por sí misma contra la crueldad de la vida, mientras que el segundo motivo de todas las almas conscientes debe volverse hacia los demás.

Un, dos... Un, dos... ¡sonaba el latido del corazón del mundo! ¿Había allí un tercer pulso que nadie podía oír todavía? ¿Por qué Sam se puso de pie de un salto, tan excitado?

Sus dedos habían encontrado en la oscuridad, al pie del poste, una cadena de hierro. Esta cadena no estaba sujeta a la anilla, de lo contrario la habría detectado antes. Estaba sujeta alrededor de la parte inferior del poste, de modo que quedaba oculta en la hierba. Sam se arrastró hacia adelante sobre manos y rodillas siguiendo el curso de la cadena y pronto se dio cuenta de que algo flotaba en el agua a la que estaba sujeta. Por lo que pudo distinguir, allí abajo, en la corriente oscura, era una pequeña barcaza de carbón negra. Esto explicaba los constantes gorgoteos y sorbos que había

percibido durante algún tiempo y que habían perturbado oscuramente su oído, acostumbrado a los sonidos del río.

Se puso de pie apresuradamente y, bajando por la orilla, entró en la barcaza. ¡Sí! Todavía tenía algo de carbón y, por el penetrante olor a trementina, Sam pudo detectar que había sido alquitranada recientemente. Había un saco de carbón medio vacío en un extremo y, a tientas con los dedos, lo dio vuelta y lo sacó, se sentó en él, con la espalda apoyada en la popa de la barcaza. El olor a alquitrán se vio dominado por el olor del río mientras descansaba allí, y pronto el aleteo de un pájaro bastante grande (no era una gallineta, lo sabía, pero tampoco era lo bastante grande para ser una garza) le dio ganas de pensar en su mente exactamente cuál era su posición geográfica, pues eso sería de ayuda para establecer la identidad de ese pájaro.

Sam tenía la costumbre natural de orientarse, como él decía, y la había reforzado la larga relación con su padre; pero en esa situación no parecía tan fácil como de costumbre captar la naturaleza del terreno desde su barcaza. Pero al final lo consiguió a su entera satisfacción. Se encontraba a media milla al noreste de Cradle Bridge Farm y a media milla al suroeste de Cold Harbour Bridge, donde el joven Tewsy le había mostrado aquel pez. Si ese pájaro, que podía haber sido un pato salvaje extraviado, hubiera volado hacia el oeste desde donde él estaba, habría pasado por encima de los tejados de los pueblos de Catcott y Chilton-upon-Polden y habría chocado con los pantanosos estuarios del Parrett,

en algún lugar cerca del centro de Horsey Level, donde desemboca el gran desagüe de Sedgemoor.

Todos estos lugares quedaron atrás mientras estaba sentado en la barcaza en el Brue, pues su rostro estaba vuelto directamente hacia las tres eminencias de la isla de Glastonbury, Wirral Hill, Chalice Hill y Tor. Así descansó Sam Dekker; y entonces, sin un segundo de advertencia, la tierra, el agua y la oscuridad *se agrietaron...* De dónde vino, si vino por voluntad propia o si fue esa misma transformación de la materia, que lo había estado afectando últimamente, llevada un grado más allá, Sam nunca lo supo; pero sabía lo que le estaba sucediendo, y lo sabía sin la menor duda o pregunta.

Lo que vio fue acompañado al principio de un dolor espantoso. Esa fue la palabra que el propio Sam pensó para expresarlo: la palabra *espantoso*. Pero a medida que la visión se aclaraba ante él y se hacía más clara, el dolor se fue apagando. Pero al principio fue deslumbrante, doloroso, cegador, y lo asoció en su mente con la sensación de una cosa afilada y alargada que le atravesaba las entrañas. Su sensación era, en verdad, extrañamente definida. El dolor era tan abrumador que era como si toda la conciencia de Sam se convirtiera en la oscuridad oculta de su organismo más íntimo; y cuando esta oscuridad se dividió y se desvaneció, Sam sintió que algo se rompía y se desgarraba; toda la atmósfera se partió, y la tierra y el aire se dividieron, lo que sintió como una lanza gigantesca se clavó en sus entrañas y golpeó *desde abajo*.

Había dejado de ser un hombre sentado sobre un saco de carbón en la popa de una barcaza. Se había convertido en una masa sangrante de oscuridad. Su conciencia era una superficie oscura de agua; y a través de esa agua, desgarrándola, desgarrándola, dividiéndola, transformándola en sangre, se estremecía ese golpe estrepitoso, ese golpe que venía de abismos de la tierra, mucho más profundos que el fondo del Brue.

Cualquiera que haya sido esa “lanza” que lo golpeó, para toda su naturaleza animal que se estremeció bajo ella, fue tanto el choque de algo totalmente desconocido, algo nuevo para la experiencia humana, escandaloso en su extrañeza, lo que desgarró sus órganos vitales, como el dolor aplastante que trajo consigo.

Pero cuando la visión apareció, y llegó navegando en medio de esa oscuridad sangrante que era la conciencia de Sam, sanándolo todo, cambiándolo todo, cada detalle de lo que vio lo vio con una claridad que lo marcó para siempre en su cerebro. Vio un cáliz globular que tenía dos asas circulares. La sustancia de la que estaba hecho era más clara que el cristal; y dentro de él había agua oscura vetada de sangre, y dentro del agua había un pez brillante.

El primer pensamiento de Sam fue: «¡Éste es el Grial! ¡Éste es el Grial! ¡Ha regresado a Glastonbury!». Su segundo pensamiento fue: «Debo contárselo a mi padre y a Nell». Su tercer pensamiento fue más realista y tan acorde con lo más

profundo de su ser que el mero hecho de haberlo tenido, cuando recordó todo el asunto, puso el sello de autenticidad a su visión. Pensó en su corazón: «¿Qué es ese pez? Es una tenca. ¡Seguro que es una tenca!».

Tan ansioso estaba por comprobar, antes de que desapareciera, que ese *Ichthus* surgido del Absoluto era lo que él creía que era, que Sam se puso de pie con esfuerzo y gritó la pregunta en voz alta: «¡Cristo!», gimió con una voz áspera y extraña que parecía la voz de un sacerdote hablando desde un cadalso. «¿Es una tenca?».

Últimamente, había estado tan embelesado por los escombros, el barro y las piedras, que ver a Cristo en forma de tenca le parecía en ese momento algo perfectamente natural. No había leído nada sobre las leyendas del Grial, de modo que no fue una inconsciencia el que todos los videntes del Grial que habían tenido éxito le hicieran alguna pregunta crucial que le arrancara esas palabras.

El gemido de Sam hacia el Misterio fue sincero, llevado hacia el sur contra las aguas del Brue y hacia el oeste a través de sus riberas fangosas, hacia Cradle Bridge Farm. Surgió de su compasión; surgió de su nueva comprensión del dolor; surgió de ese cordón umbelical manchado de sangre a través del abismo entre sus propios éxtasis y la angustia que había vislumbrado. Surgió de lo más profundo de su ser, donde la vida misma estaba estrangulando la compasión para que la compasión no estrangulara la vida en la lucha final. Fue el

último grito desesperado de la humanidad al universo aplastante y torturador que la había visto nacer.

¿Es una tenca? ¿Hay un pez de curación, una oportunidad contra todas las posibilidades, en el fondo del tanque del mundo? *¿Es una tenca?* ¿La crueldad siempre triunfa, o hay una esperanza más allá de toda esperanza, un Algo escondido en algún lugar tal vez en el corazón retorcido de la cruel Primera Causa misma y capaz de entrar *desde afuera* y hacer añicos esta torturadora cadena de Causa y Efecto?

La copa de cristal con las dos asas curvas estaba ahora muy cerca de él. Podía ver la oscuridad en la garganta del pez brillante que se balanceaba inmóvil en su centro, pero debido a su posición no podía ver los ojos de la criatura.

“¿Es una tenca?” Y de repente empezó a desvanecerse. Después estuvo seguro de que no fue su salto a los pies ni el hecho de que alzara la voz como lo hizo, lo que lo hizo desaparecer y se quedó allí con una humildad aplastada como un hombre que se dice a sí mismo: “¡No puedo ser yo quien haya visto esto! Es un error; ¡seguramente estaba destinado a otro!” Pero después de permanecer allí reflexionando sobre lo que había visto durante cinco o seis minutos, trepó fuera de la barcaza y, tras echar una última mirada hacia atrás a las aguas del Brue, que lucían exactamente como antes, regresó lentamente a Manor House Road y a su habitación en la parte superior de Old Malt House.

Era sábado cuando Sam tuvo su visión del Grial y su primer instinto fue tomar lo que había visto y sumergirse con ello en la rutina ordinaria de su nueva vida. Sin embargo, debía contárselo a su padre y a Nell. «Iré a la vicaría», pensó, «mañana por la noche, cuando la mente de mi padre esté libre de su trabajo y lista para escuchar». Y luego pensó: «Debo contárselo a todo el mundo. Fue pura casualidad que se me apareciera. Ha vuelto a Glastonbury. ¡Muchos lo verán ahora!».

Recordó que había prometido ir a Backwear Hut al día siguiente y ayudar al viejo Abel Twig a curarse él mismo. Había estado allí varias veces últimamente y había encontrado al anciano tan gravemente afectado por el estreñimiento que quería que le aplicaran un enema. «Haré eso primero», pensó, «¡y luego veremos! Es una suerte que mañana sea domingo».

Demasiado excitado para irse a la cama, pasó la mitad de la noche lavando y fregando; y, completamente exhausto, cuando terminó el trabajo, se dejó caer en su catre debajo de la ventana y durmió hasta que las campanas de San Juan lo despertaron por la mañana. Su ventana se abría hacia el oeste y, por encima de los tejados de varios graneros y pocilgas, podía ver los sauces del río Brue que bordeaban el campo Lake Village. También podía ver los postes telegráficos del ferrocarril de Burnham y Evercreech y la carretera blanca y sinuosa que conducía a Meare.

Al despertar, se dio cuenta, por la forma en que las campanas de San Juan respondían a las de San Benigno, y a éstas, a su vez, a las de muchas capillas de los distritos más alejados, de que eran para el servicio matutino habitual. ¡Eran las diez y media! Había dormido mucho y profundamente. Arrugó la almohada y se sentó, apoyado en la cama, mirando por la ventana hacia una atmósfera de delicada neblina sin viento, donde una vaga difusión de luz solar flotaba sobre los vapores no dispersados de la zanja y un olor dulce y bastante enfermizo a barro subía de los prados.

Era el típico domingo por la mañana que conocía tan bien toda su vida: el típico domingo de Glastonbury. Podía oír el ruido de los pies de los transeúntes, algunos de ellos yendo a la iglesia, otros paseando para divertirse, muchos de ellos simplemente desplazándose hacia su puente favorito, o muro de piedra bajo, o banco de taberna, donde podrían encontrarse con un par de amigos y hablar de la vida.

La ausencia de los ruidos cotidianos del trabajo diario era mucho más que una negación. Era una esencia positiva que envolvía a Sam, lo calmaba, lo adormecía y lo arrullaba. Una tras otra, mientras yacía allí, surgían imágenes de su pasado.

Pero, como tenía otras intenciones que no eran las de recordar imágenes, pronto rompió el hechizo y saltó de la cama. Se lavó de rodillas junto a la palangana (pues no tenía lavabo) y se preparó el desayuno. Sobre el paquete de té, la

media hogaza, el azúcar, la mantequilla y la lata de sirope dorado, Sam había colocado boca abajo un gran cuenco de barro. Aunque antes siempre había bebido leche con el té, había decidido dejarla por completo, y esta resolución simplificó mucho sus tareas domésticas. Colocó un pequeño recipiente de hojalata sobre una pequeña estufa de metal y, llenándolo con agua de su jarra (pues no tenía botella de agua), encendió la llama que había debajo. Luego, levantándose de rodillas, extendió el pan, la mantequilla, el azúcar y el té sobre la mesa de tres patas, recogiendo estos objetos del suelo fregado donde habían estado cubiertos por el cuenco de barro. Del amplio alféizar de la ventana tomó ahora su cuchillo, su cuchara, su taza, su platillo y su plato, y los dispuso con la mayor delicadeza sobre la mesa.

Sam no pronunció ninguna oración, ni eclesiástica ni tradicional, pero después de preparar el té, se sentó en la silla de la cocina y empezó a cortar el pan en pedazos, corteza y migajas, en grandes y desordenados bultos, y con una satisfacción hambrienta y sencilla, untó la mantequilla sobre estos pedazos con su cuchillo y la melaza con su cucharilla.

Mientras comía, Sam se concentró en lo que había decidido hacer ahora que había visto el Grial.

Había decidido obedecer a su «alma exteriorizada» hasta el más mínimo detalle, ¡y ver adónde lo conducía! Si lo conducía a más y más sufrimiento, bien. Si lo conducía a

alguna revelación secreta de felicidad cegadora, ¡mucho mejor! Pero, para bien o para mal, era la orden de su alma la que tenía intención de seguir.

Mientras masticaba los pegajosos y mantecosos bocados y se lamía las puntas de los dedos, y deseaba vagamente que las estufas de metilación contuvieran un poco más de agua caliente, pensó en el cambio que se había producido en su concepción de su torturado Dios desde que había comenzado su nueva vida el día que llevó a Mad Bet a casa desde Wirral Hill.

«En aquellos días», pensó, «Él era una Persona tangible, una Persona que vivía en el Espacio y el Tiempo, una Persona consciente de mi identidad. Pero ahora Él es diferente. No sé exactamente qué es ahora. ¡Pero he visto el Grial y descubriré quién es!»

Se levantó de la mesa con impaciencia, todavía sediento y ansioso por quitarse de la garganta el dulzor de la melaza, llenó su diminuta tetera de hojalata con agua fría de su jarra y se la echó por la garganta. Luego abrió un nuevo paquete de cigarrillos Player's Navy Cut (pues no tenía ningún escrúpulo ascético en lo que se refería a fumar) y, encendiendo una cerilla, que tuvo cuidado de tirar por la ventana en lugar de al suelo recién fregado, se dejó caer en su desvencijado sofá y continuó con sus meditaciones.

«Tengo que afrontarlo», se dijo a sí mismo. «He visto el

Grial y tengo que afrontarlo. Lleva dos mil años muerto y enterrado».

¿Dos mil años? Pero mientras daba forma a este pensamiento, apareció y se quedó en el marco de la puerta cerrada, como si estuviera abierta, la Figura de la personalidad que él negaba. Perforando la gélida y helada oscuridad de más niveles de muerte que un universo de soles muertos, esta Figura –más difícil de visualizar que el Tiempo o la Eternidad porque contiene la esencia de ambos– contempló al hombre en la cama.

“¡Hazlo como quieras, hijo mío!”

Sam escuchó las campanas por un momento. «Pero, por supuesto, eso no es arreglarlo», pensó.

«¡En lo que se ha convertido es en un poder dentro de nosotros que se erige *contra mundum crudelem*, contra todo el mundo! Todo el mundo lo siente, y ahora que he visto el Grial, ¡me tiene agarrado por el cuello! El hombre lo enterró y el hombre lo sacó de su tumba. ¡Eso es lo que significa el Grial!»

Se quedó mirando el paisaje difuso, brumoso y translúcido, salpicado de rayos y manchas de sol fluctuantes. Sus pensamientos se contradecían constantemente. «Cristo está en las piedras y en el agua; es Jesús quien está muerto y enterrado. Hay algo en la Naturaleza que se ha vuelto contra

la Naturaleza y está escapando de ella. Hay un Cristo en la materia que está más cerca del Grial que el Cristo de la Iglesia».

Se levantó de la cama, que crujía, con el cuerpo alerta y atento. Su alma arbitraria, de pie junto a su cuerpo, le dijo que ya había estado disfrutando demasiado tiempo junto a aquella agradable ventana.

–¡Sabes perfectamente lo que tienes que hacer esta mañana, señor! –le dijo su alma a su cuerpo–. Tienes que ir a Backwear Hut y ponerle el enema al viejo Twig.

Su cuerpo accedió de inmediato a obedecer esta orden, pero astutamente le insinuó que, como ya era muy tarde, sería mejor emprender de inmediato la excursión en lugar de hacer la cama, ordenar la habitación y lavar los platos del desayuno. Pero Sam Dekker, aunque era un “hombre santo” muy joven, no había sido asistente de un sacerdote durante tanto tiempo sin saber algo sobre las astutas artimañas de lo que San Francisco llama “mi hermano el asno”.

Riéndose para sí mismo de su deseo de escapar de las tareas domésticas, pronto volvió a encender su lámpara de metilación y corrió escaleras abajo para llenar su jarra en la bomba del patio. Incluso con este retraso, caminaba tan rápido que llegó a Backwear Hut poco después de que Número Uno hubiera puesto su olla de cebollas, papas y huesos de pollo en la estufa de la cocina.

El pobre Abel había estado padeciendo últimamente dos enfermedades físicas muy molestas, que lo habrían dejado muy mal, pero que juntas quebrantaban su espíritu. Una era su vil estreñimiento y la otra un ataque aún peor de hemorroides. Con la mayor dificultad, bajo el estímulo de su fiel compinche Número Dos, el anciano había sido persuadido de ir a la clínica del hospital; pero los métodos chapuceros de los internos y una entrevista, en un corredor que olía a éter, con la competente tía Laura, lo habían enviado a casa temblando de indignación nerviosa y decidido a limitarse de ahí en adelante a sus propios remedios privados: píldoras de Beecham para el primer problema y abundante vaselina para el segundo.

Cuando llegó a Backwear Hut, Old Twig («y no tiene mucha culpa», pensó Sam) estaba a favor de posponer el enema unos minutos. Sin embargo, allí estaba (con uno de esos en los que hay que apretar una bola de goma para que salga el agua) posando, sin usar, en su caja de cartón, tal como Número Uno lo había comprado en el establecimiento de Harry Stickle.

El señor Twig, con la delicadeza propia de un caballero mayor que pide ayuda médica, había echado un vistazo por el escaparate de la pequeña farmacia hasta asegurarse de que la bella Nancy estaba a salvo arriba; ¡y se puede dar por sentado que el avaro marido de Nancy le hizo pagar caro por esta encantadora timidez! Pero en ese momento el buen anciano, con el enema guardado en su caja sobre la mesa,

convenció a su visitante para que se sentara unos minutos en su sala de estar. El clima era lo suficientemente templado como para tener la puerta abierta; y mientras Sam extendía sus pantalones cortos y sus medias zurcidas junto a los pantalones dominicales del anciano y escuchaba su conversación mientras las aves cloqueaban y picoteaban en el umbral, una deliciosa sensación de calma lo invadió.

A esa hora había pocos automóviles en Godney Road, y desde la lejana ciudad llegaba ininterrumpidamente un murmullo, un rumor de vida soñolienta, de una vida que no era la vida del hombre ni de la bestia, sino la de Glastonbury misma, murmurando suavemente en su largo trance histórico del pasado, del presente y del futuro.

Sam pensó para sí: «¿Es posible que este Cristo que está oculto en la materia y contradice toda crueldad venga de la naturaleza?». «Lo que yo consideraría esta comunidad», observaba ahora el señor Twig, «es que es una actuación de los educados. Para quien entiende estas cosas, sin duda es una comunidad muy buena. Pero yo soy un hombre culto. Conservador es una palabra sencilla para mí y también liberal, por así decirlo, aunque no *tan* sencilla; pero creo que un hombre debe estar bastante avanzado en su escritura de libros antes de que le pille el tranquillo a una comunidad». «Bueno, señor Twig», dijo Sam sentenciosamente, «mi padre tiene muchos libros en su estudio; pero recuerdo muy bien que cuando salió el primer número del *Wayfarer* y había un largo artículo sobre el comunismo escrito por el señor

Athling, decía exactamente lo que usted está diciendo ahora».

–Me gustaría, decirle —prosiguió el señor Twig— que son los ruidos que escuchó en el hospital, los murmullos y los gemidos de las ruinas, los que han provocado que sucedan tales cosas. Pero si me preguntas, señor, ¿qué ha traído estas maravillas a la Tierra? Te diría que es ese joven de las Islas Scilly.

–¿Cómo están tus sobrinas en casa de la señorita Drew?
–preguntó Sam.

El anciano se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas y el dedo en los labios.

“Lily me dijo, la última vez que vinieron, que Louie estaba en compañía del joven Tankerville, el nuevo piloto del señor Crow. Lily dice que es una muestra de ternura por parte de la querida Louie ver al señor Tankerville como un hombre solo con una esposa en el cementerio”.

Sam no era lo suficientemente psicólogo como para captar todo el sabor de esta “esposa en el cementerio” en relación con el interés de Lily por la buena fortuna de su hermana, aunque sí surgió en el borde más remoto de su conciencia, como una hermosa aparición en una sesión espiritista, la pura y fría melancolía del rostro de la doncella.

“¿Y qué pasa con la propia Lily? ¿Todavía no tiene un novio?”

El Número Uno le dirigió una extraña mirada de maliciosa gravedad, una mirada que parecía decir: «Lily, por supuesto, es nuestra Lily, pero si cualquier extraño considerara sus obstinaciones desde el punto de vista del verdadero sentido común, quedaría estupefacto».

–Lily no tiene ningún joven –respondió Abey Twig–. Louie cree que, en su tierno corazón, ha aspirado a un nivel de vida superior al que Dios quiso llamarla. Louie cree que está buscando al señor Barter.

El anciano se reclinó en su silla y miró a Sam con gravedad burlona.

“Lo que las chicas pueden decir unas de otras a un pariente lejano supera toda comprensión”.

–¿Y usted qué les dice, señor Twig?

“Escucho, les doy un golpecito en la barbilla, les digo lo bonitas que son sus costillas y muevo la cabeza”.

Sam podía oír la gran olla hirviendo en la estufa de la cocina y la tapa de la tetera subiendo y bajando a su lado.

–Bueno, señor Twig –dijo–, será mejor que vayamos al grano. Si pensara que podrías contenerme, entre tu

dormitorio y el final de tu jardín, diría que sí... ¡pero no creo que puedas! Por lo tanto, creo que sería más prudente que usaras tu orinal.

El pobre tío Abey ahora estaba de pie, con las rodillas temblando y el rostro pálido.

–Cuando... termine la operación –tartamudeó–, ¿quieres decir que me vas a dejar solo, con mi trasero reventando?

Sam vaciló. En sus anticipaciones de esta escena, había visualizado cada detalle de la administración del enema; pero una vez administrado, se había imaginado a sí mismo diciendo adiós. Enterarse de que tenía que esperar a que el anciano sufriera posteriormente molestias (un proceso que fácilmente podría llevar media hora) fue un shock de cierta magnitud. Pero su alma, como un cabo severo, se alzó alta y metálica y ordenó a su cuerpo que obedeciera las órdenes.

–Está bien –dijo en voz alta–. No tenga miedo, señor Twig. Lo acompañaré hasta el amargo final.

Tras pronunciar estas palabras, Sam tomó la caja de cartón de la mesa y examinó su contenido.

“Necesitaré agua caliente y jabón”, dijo.

El derretimiento del jabón y el transporte del agua caliente y fría hasta el piso superior tardaron unos minutos más, pero las ruedas del tiempo, como ocurre con las personas

condenadas a muerte, avanzaban sin piedad y llegó el momento en que Sam siguió al anciano escaleras arriba para terminar el trabajo.

Mientras se acercaba a Abel Twig, pensó: «Sería mucho más fácil si no fuera por las hemorroides». Esas hemorroides, cuando entró en el dormitorio y echó un vistazo a todos sus cuidadosos preparativos, se le presentaron como un obstáculo impactante.

–Esa gente probablemente te haría mucho menos daño en el hospital –murmuró débilmente su cuerpo.

El pobre Abel, con los dientes castañeteando y los tirantes y la camisa colgando, miró a su amigo con una mirada de terror tan salvaje, tan parecida a la de un toro ante el matadero, que Sam se apresuró a disculparse por mencionar la palabra hospital. Pero su cuerpo cobarde seguía intentando escapar. Había una traición de doble filo en las palabras que pronunció ahora.

“La diferencia la marca la forma en que se toma todo el asunto”, dijo. “Bueno, no sé qué pensar, Sr. Twig. No puede ser así. Sería bueno sentirse bien, tal vez, después de todo. Sería mejor consultar al médico”.

Pero ante la mera sugerencia de esa desafortunada palabra, el señor Twig parecía dispuesto a dejar que Sam le cortara la pierna.

–Adelante, señor –dijo–. Si le grito, debe tener paciencia conmigo. Soy un anciano chocho, de casi ochenta años. No estoy tan fuerte como antes y los dolores me hacen gritar. Esas malditas hemorroides son una tribulación peor que cualquier herida... ¡Ay, qué jorobado estoy! Pero soy terriblemente malo. ¡Sea cuidadoso conmigo, señor! ¡Sea cuidadoso conmigo! El trasero de un hombre es un lugar repulsivo y delicado.

Sam no era, hay que reconocerlo, un enfermero nato, pero sí un naturalista nato y un campesino poco exigente. Mientras luchaba con su tarea, inclinado sobre el trasero del anciano caballero, la tensión de su espíritu le devolvió con una ráfaga el poder milagroso de la visión que había tenido. Los dos extremos de su experiencia, el ano de un hombre anciano y el eje vacilante de un Absoluto, atravesando su propio cuerpo terrenal, se mezclaron y se fundieron en su conciencia. El Santo Sam sintió, mientras continuaba con su tarea, una extraña segunda visión, un presentimiento de algún increíble secreto por el cual todo el peso acumulado de la carne atormentada del mundo luchaba por liberarse.

Mientras seguía pellizcando el tubo de goma, por el que el indigno señor Stickles había engañado tan vilmente al número uno, se apoderó de él una singular clarividencia sobre toda la naturaleza del mundo. En el silencio que lo rodeaba, que no se interrumpía salvo cuando el anciano gritaba su extraño improperio: «¡Estoy jodido! ¡Estoy jodido!», parecía tener conciencia de las dos figuras,

acurrucadas allí bajo la eternidad, hacia las que se sentía dirigido, en ondas magnéticas, la influencia del sol y la influencia del gran y misterioso éter que se encontraba más allá del sol. Se sentía como si estuvieran rodeados, allí en Backwear Hut, por multitud de personalidades conscientes, algunas más grandes, otras menos. Una punzada de dolor lo invadió cuando, en este extremo de clarividencia, se dio cuenta de que su Cristo viviente y torturado se había transformado en otra cosa. Pero, cualquiera que haya sido la mojigatería de Sam, era despiadadamente honesta, y se dijo a sí mismo: «Si Cristo está muerto, todavía he visto el Grial».

La angustia que se vio obligado a infligir al anciano a causa de las hemorroides hizo que el proceso fuera delicado y difícil. Gotas de sudor aparecieron en la frente de Sam antes de que terminara. Cuando terminó –y, como había previsto, tardó más de media hora– el pobre Número Uno estaba completamente postrado. Pálido y gimiendo, cuando por fin Sam lo ayudó a levantarse de su asiento de purgación, yacía indefenso en su cama. Sam hizo todo lo posible para persuadirlo de que se metiera debajo de las sábanas.

–Tengo ochenta años, ochenta años cuando llegue Pentecostés –gimió–, y soy un cadáver débil, no apto para que un caballero opere sobre mí. Soy una carga para el rey y el país, con el estómago débil y el trasero dolorido.

A través de la ventana abierta se oía ahora un agudo parloteo de gorriones.

–Esos pájaros son diferentes a nosotros –murmuró Abel Twig–. Esos pájaros pueden dispersarse, igual que vuelan, y para ellos todo es dulce como el trébol.

En su debilidad e impotencia y en el alivio físico que sentía, dos o tres grandes lágrimas rodaron por sus mejillas. De algún modo misterioso, la idea de que los excrementos de los gorriones fueran algo tan limpio llenó al Número Uno en ese momento de una ternura que lo derretía.

–Me llevaré esto –dijo Sam– y luego te traeré un vaso de algo caliente. Supongo que aún no estás del todo a la altura de tu pipa, ¿no?

–¡Oh, qué mojigato! ¡Oh, qué mojigato estúpido! –habría rugido en ese momento el marido de Nell–. ¿Igual? No, ¡todavía no del todo igual! ¡No del todo igual! Pero tal vez dentro de poco...

–Me sentiré bien por un tiempo, señor –respondió el anciano–. Estoy... pensando... en mis pollitos y en mi vaca... y en lo feliz que estaré de volver a verlos a todos después de la operación.

Sam no dijo nada más, pero tomó el orinal, abrió la puerta y lo llevó escaleras abajo. Caminando con cuidado por las losas de piedra que atravesaban el pequeño jardín, vació el contenido en el retrete y, llevándolo de vuelta a la casa, lo enjuagó en el grifo exterior del Número Uno. Luego fue a la

cocina y examinó la cacerola pulida en la que el anciano había preparado su guiso del domingo.

Le pareció que el contenido de ese espacioso recipiente, a juzgar por el vapor que salía de debajo de su tapa, estaba lo suficientemente cocido como para proporcionar al menos una sopa bastante sabrosa: lo retiró del fuego y, buscando un colador entre los utensilios del tío Abel, llenó un cuenco pequeño con el líquido con olor a cebolla y lo llevó arriba, pero en vez de alegrarse al ver este refrigerio, el anciano caballero parecía enojado con él por entrometerse en sus preparativos culinarios. –Entonces, ¿quieres que lo devuelva abajo? –dijo Sam.

Abel Twig asintió débilmente y cerró los ojos.

–Mi pipa y mi tabaco serán lo mejor para mí –murmuró.

Sam asumió una vez más el tono que Zoyland habría aullado con desprecio al escucharlo.

“A cada hombre le gusta su propio tabaco”, dijo, “o le ofrecería una pipa de mi padre. Esto es lo que fuma”.

Y mostró a los ojos del enfermo somnoliento una bolsa de tabaco que guardaba en su bolsillo desde que salió de la vicaría.

"Tengo ganas de dormir un rato", fue el único comentario de Abel Twig.

Para sorpresa de Sam, cuando, después de bajar las escaleras y de haber vertido el guiso a medio cocinar en la cacerola, regresó a la sala de estar de la casa, se encontró frente a una niña en la puerta, jadeante y sollozando. Un torrente de lágrimas corría por sus mejillas y su voz era apenas audible. Sam sabía quién era, aunque había tenido poco que ver con ella.

“¿Qué te *pasa*... Nelly? Tú *eres* Nelly, ¿no?”

Le produjo una sensación muy extraña pronunciar la palabra Nelly a esa hora y en ese lugar.

–Yo... sé... quién... eres –jadeó la niña, luchando por respirar y secándose las mejillas mojadas con el dorso de la mano–. ¡Tú eres el Santo Sam!

–Veo que nos conocemos, Nelly –dijo–, pero ¿qué pasa? ¿Jackie Jones te ha estado pegando otra vez?

Sus lágrimas aún no habían dejado de caer, pero, al oír esta palabra, sus ojos brillaron con tanta fuerza que fue como si de repente una linterna oscura se hubiera dirigido hacia él desde un torrente de lluvia.

“Golpeé a Jackie. ¡Lo tiré a la zanja! Dijo que era divertido ver al pobre... perro... parado sobre... sus patas traseras... cuando ese malvado... malvado... malvado hombre lo golpeó con... golpeó... a él...”

Las lágrimas caían con tanta desesperación, al imaginarse lo que había visto, que a Sam le pareció que su delgada figura se derretiría ante él. Nunca había visto un rostro humano tan deshecho, tan literalmente derretido en un llanto lastimero.

–¿Dónde? ¿Qué? ¿Quién? –gritó–. ¡Dime, Nelly, dímelo rápido!

“¿Vendrás y golpearás a ese malvado?”

Una vez más, los torrentes de lágrimas interrumpieron su habla. Sam llevó a la niña a la casa y la sentó en una silla.

–Ahora deja de llorar, Nelly, y dime rápido *dónde* está ese hombre que está lastimando a ese perro.

“¿Quieres... venir conmigo... Santo Sam... y matar a ese malvado... malvado... *malvado?*”

–¿*Dónde* está? ¿*Dónde* está? –gritó Sam de nuevo.

Y entonces la niña le explicó, ya con bastante claridad, entre lágrimas, que aquello estaba sucediendo en aquella parte de la ciudad entre Paradise y el río, un distrito conocido como Beckery. Por lo que Sam pudo entender de lo que ella dijo, el dueño del perro pertenecía a un pequeño grupo de gente del circo que había estado haciendo girar un tiovivo solitario en uno de esos campos de Beckery que se llaman “brides”, un nombre que remite a la desaparecida capilla de María Magdalena fundada por Santa Brígida. La niña no

dejaba de mencionar Beckery Mill, y Sam sabía que cerca de ese lugar había una especie de terreno comunal con derecho de paso. De hecho, Beckery Mill le dio la pista, y visualizó con una vívida instantánea el lugar al que ella se refería; y esta vez fue completamente innecesario que su alma despótica diera órdenes categóricas.

–Me voy ahora mismo, Nelly –gritó con excitación–. ¡Pero escucha, niña! Sólo me iré con una condición, y es un intercambio justo. *Tú* quédate aquí para cuidar del señor Twig y yo iré a Beckery. Sí, está enfermo, arriba. Tuve que acostarlo, pero ahora está dormido. Yo no subiría hasta que lo oigas moverse o hasta que lo oigas llamar. ¿Entiendes, querida Nelly? Está enfermo en la cama, pero no está *muy* enfermo: sólo un *poco* enfermo.

Unos minutos después, Sam se dirigía con decidida prisa hacia el barrio de la ciudad que le había indicado la niña. ¡Sí! Nelly Morgan tenía razón. Cerca de Beckery Mill pronto encontró a la multitud de holgazanes anodinos; ¡y allí estaba el perro, un pequeño cocker spaniel negro, en medio de ellos! Cuando Sam llegó a las afueras de la multitud, pudo captar de inmediato, por el peculiar timbre de las voces de estos jóvenes rufianes, que todavía estaban enfrascados en su cruel juego.

Era evidente que el perro empezaba a negarse a realizar más trucos y a volverse contra sus torturadores; tampoco había señales de los trabajadores del circo. Debían haberse

ido a cenar y habían dejado al animal a merced de estos muchachos.

“¡Dejad a ese perro en paz! ¿Qué le estáis haciendo? ¿De quién es?”

Su intervención fue recibida con aullidos de burla y gritos burlones de “¡Santo Sam! ¡Santo Sam!”.

Algunos de ellos tiraban piedras al perro que seguía corriendo de un lado a otro dentro de su círculo buscando refugio pero no encontrando ninguno.

–¿De quién es? –gritó Sam–. ¿Dónde está su amo?

–¡Me lo ha dado a mí! –gritó uno de los chicos, a quien Sam reconoció de inmediato como el lanzador de piedras de Terre Gasteo, el creador de la frase «Me gustaría...».

–Me ladró muy fuerte y me dio un mordisco –repitió el joven Chinnock, agarrando el collar del perro, que fue recibido con un gruñido asustado.

–¡Tom tiene miedo de tocarlo! –gritó uno de los otros muchachos.

–Tom intentó levantarlo –explicó un tercero–, pero le mordió la mano. Es un bicho asqueroso, un perro negro... ¡es un perro que muerde!

Mientras tanto, el miserable animalito, que tenía un pelaje negro brillante, largas orejas que colgaban, plumosas patas y una cola cortada que sujetaba con fuerza contra la grupa en un frenético miedo, no dejaba de lanzar desesperadas y enloquecidas embestidas de un lado a otro. Parecía que lo habían perseguido y acosado hasta el punto de que ya no podía ladrar y estaba fuera de sí por el terror.

Sam avanzó a grandes zancadas hasta el centro de aquel círculo de jóvenes demonios y, profiriendo varios murmullos tranquilizadores, intentó atrapar al perro negro. Tom Chinnock, que era casi tan alto como Sam, se le echó encima con los hombros como si estuviera jugando al fútbol.

–Su amo me lo dio –gritó–. ¡No tienes ningún derecho a hacerlo!

“¡Santo Sam! ¡Santo Sam!”, gritó la multitud emocionada.

–No os dejéis llevar, muchachos –gritó un hombre de aspecto malvado que apareció desde el fondo del círculo.

“¡Tony Quart le dio uno a Tom Chinnock! ¡Es el perro de Tony Quart! ¡No es el tuyo!”

“¡Santo Sam! ¡Santo Sam!”

–¡Toma eso, perro mordedor! –gritó el joven Chinnock.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de una patada

brutal. Sam tiró al muchacho a un lado y persiguió al perro hasta que éste se agazapó gruñendo en el suelo, se agachó y lo recogió, apretando contra su pecho su cuerpo gruñón, del que emanaba un olor caliente y dulce a carne de perro. A ciegas, el spaniel presa del pánico clavó los dientes en una de las muñecas de Sam mientras éste se esforzaba por impedir que saltara. Aunque se lo impidió la criatura que luchaba y cuyas patas plumosas le arañaban furiosamente el cuerpo mientras trataba de liberarse, Sam logró arrojar a Tom Chinnock hacia atrás cuando éste intentó arrastrar al perro. Pero el muchacho se abalanzó sobre él de nuevo, y esta vez con tanta furia que le dio un fuerte golpe en la barbilla.

La mano derecha de Sam, que en ese momento estaba completamente libre, se cerró instintivamente para contraatacar; y estuvo a punto de asestarle al muchacho un golpe que lo hubiera derribado. Pero esa parte de su conciencia que había llegado a sentir como un “alma externa” emitió, en un instante, uno de sus mandatos más imperativos.

–¡No seas tonto! –dijo con severidad, dejando caer el brazo.

Chinnock le dirigió una mirada de asombro con los ojos muy abiertos y se encogió de hombros.

–¡Golpeadle con piedras! –gritó en cuanto estuvo a salvo

entre los demás—. ¡Golpeadle con piedras! ¡Las piedras harán que se rinda! ¿Has visto la pinza que le he puesto?

Su consejo fue secundado por el hombre adulto que estaba detrás de los muchachos; pero después de alentarlos a continuar con la pelea, este individuo ahora comenzó a alejarse, evidentemente sintiendo que Sam era un cliente delicado y que hay momentos en la vida en que la satisfacción de la crueldad debe ceder a los dictados de la prudencia.

Sam miró a su alrededor, su mente se movía lentamente mientras abrazaba al perro negro contra su estómago. Ahora estaba rodeado por un semicírculo de lanzadores de piedras.

"Es una tontería quedarme aquí y hacer de mí el que se comporta como la tía Sally", pensó. "Lo mejor que puedo hacer es abrirme paso entre ellos y largarme".

Apenas había formulado esta idea cuando una piedra golpeó al spaniel que tenía en brazos, lo que le hizo emitir un agudo aullido de dolor. Esto lo decidió y se lanzó con fiereza hacia adelante, directamente hacia el joven Chinnock. Aunque era un enérgico recolector de piedras afiladas, el sobrino de Mad Bet no había sido dotado por la Providencia con el don de la fortaleza. Al ver a Sam agarrando al perro gruñón contra sus costillas y corriendo directamente hacia él, se puso a correr ignominiosamente.

–Ya sabes dónde encontrarme –gritó Sam detrás de él.

La huida de Tom Chinnock sofocó la beligerancia de toda la multitud y ni una sola piedra fue arrojada tras Sam y su prisionero que luchaba.

Ahora bien, Beckery Mill se encuentra en las afueras de un recinto municipal conocido como Wirral Park, que linda con la ladera inferior de Wirral Hill. Sam se dejó caer exhausto en el primer asiento público que encontró en Wirral Park. Dejó al spaniel negro en el suelo, pero sin soltarlo, y empezó a buscar en sus bolsillos el pañuelo, hasta que recordó que lo había dejado en el dormitorio del Número Uno. Tras dudar un segundo, se quitó la corbata y, utilizándola como correa improvisada, la ató al collar del perro.

Por un curioso proceso psicológico, tan pronto como el perro estuvo atado por la corbata de Sam, lo aceptó como señor feudal de su destino; y de una manera bastante simbólica, como un sirviente feudal de un barón cruel que transfiere su lealtad a un peregrino, se levantó sobre sus patas traseras y lamió la muñeca sangrante de Sam. Después de haber probado la sangre de su nuevo amo, derramada tan desesperadamente por él mismo, nada podía superar la intensa satisfacción del animal.

Se estiró en el suelo a los pies de Sam, no acostado como lo hacen la mayoría de los perros, sino con sus plumosas patas estiradas detrás de él.

Sam no llevaba mucho tiempo sentado en su banco cuando una sensación trémula y vibrante, que sólo podía describirse como un escalofrío de exultante éxtasis, lo recorrió. «¡Lo he visto! ¡Lo he visto!», gritó su corazón; y en un vago, delicioso y soñador ensueño, se dio cuenta de un importante cambio psíquico en su conciencia más íntima. Este cambio no era nada menos que una unión de su cuerpo y su alma. Aunque su alma todavía se sentía independiente de su cuerpo y libre de su cuerpo, ya no sentía desprecio por su cuerpo. Había dejado de pronunciar sus mandatos en el tono de un capataz de esclavos. Su mera presencia dentro de su cuerpo en ese momento parecía hacer que la carne de Sam se sintiera porosa y transparente, como si grandes olas frías y ondulantes la estuvieran barriendo.

En ese momento, hacia el asiento donde descansaba, se acercó una figura solitaria y juvenil que, al acercarse a él, adoptó la inconfundible forma de la señorita Angela Beere. Sam no tuvo la curiosidad suficiente para preguntarle qué estaba haciendo aquella extraña muchacha en aquel lugar, en el límite de Wirral Park, a las dos y media de la tarde de un domingo; pero estaba claro que incluso la placidez virginal de Angela se sobresaltó y se alteró un poco al ver a un hombre despeinado levantarse del lado de un perro negro, un perro al que sujetaba con fuerza mediante una corbata azul brillante.

“¡Qué perrito más bonito!”, fue el saludo imperturbable de la joven, como si fuera lo más natural del mundo encontrarse

con el hijo de Mat Dekker entre Wirral Hill y Beckery Mill un domingo tranquilo. “¡Oh, qué spaniel más adorable!”.

Sam se sintió tan abismalmente feliz en ese momento que en su confuso raptó levantó hacia sus labios los pequeños dedos enguantados que ella le tendía y le dejó sentarse a su lado.

El perrito negro, que ya había mostrado signos de intenso nerviosismo al acercarse aquella figura serena en su traje de fastidiosa delicadeza, e incluso había emitido tres breves ladridos, entró en pánico al oír esto. Tiró francamente de la corbata azul, bajando el vientre casi hasta el suelo y extendiendo sus cuatro patas plumosas en una oleada de pánico. Al ver que la corbata azul no cedía y al oír por el tono de la invasora humana que en ese momento no estaba maltratando a su nuevo amo ni azotándolo con palos y piedras, el perro se levantó hasta quedar en posición natural y permaneció allí inmóvil. Pero, aunque su cuerpo estaba inmóvil, su cola corta presionaba con terror tembloroso sobre la redonda grupa negra, habría pronunciado estas palabras, tan claras como con su propio lenguaje pudiera expresarlas: «Nada, digo *nada*, podría persuadirme a mirar a mi alrededor para ver las terribles transacciones que ahora tienen lugar cerca de mí».

–Me alegro *mucho* de haberte conocido –observó Angela Beere, mientras se frotaba con indiferencia una pequeña mancha roja que había aparecido en su guante blanco y

miraba tímidamente el lomo rígido del perrito–, porque quería preguntarte si a la señora Zoyland le gustaría que la visitara en la vicaría. ¿Crees que lo haría? No dejó de oír –y sus pálidos labios mostraron sus dientes blancos en una sonrisa orgullosa– que se cuentan chismes tontos sobre todos vosotros. Pero papá siempre dice: «¡No creas *nada* de lo que oyes, y sólo *la mitad* de lo que ves!».

Sam la miró de frente. –Si yo –dijo– creyera sólo la mitad de lo que *acabo* de ver, ¡sería la persona más feliz que haya nacido en Glastonbury!

Las cejas arqueadas de la muchacha se levantaron un poco sobre su frente blanca y suave.

–¿Lo que vio le lastimó la muñeca? –dijo, y luego, en un encantador acceso de remordimiento que hizo que sus mejillas blancas se ruborizaran–, ¡déjeme atársela, señor Dekker!

Sacó un pequeño pañuelo con bordes de encaje y, mientras le vendaba la herida, la influencia suavizante de la ternura médica que había hecho llorar al Número Uno al pensar en la inocuidad del excremento de gorrión, trajo lágrimas a los ojos de Sam.

–¿Crees que me dejará acariciarlo? –preguntó, e inclinándose sobre las rodillas de Sam, dio un tirón a la tirante correa azul. Este movimiento tuvo como resultado

que el perro se hundiera instantáneamente boca abajo, se abriera bien a horcajadas para conseguir el agarre necesario y luego tirara de la correa con la energía de un caimán asustado.

–Está bien, ¡no te preocupes! –gritó Sam a su nueva mascota.

Pero la muchacha se apartó con las mejillas sonrojadas, evidentemente un poco herida.

–¡No te preocupes! –repitió, volviéndose del perro, que ahora estaba erguido, aunque todavía temblaba de terror, y se volvió hacia su desilusionado compañero–. Es un animalito bastante nervioso.

“*¡Bastante nervioso!*”, se rió Angela Beere. “¡Es como me sentiría yo si fuera a ver a tu Nell y ella no quisiera verme!”

Este «tu Nell» debería haberle dado al estúpido Sam una idea de cómo lo consideraban los chismosos más ricos de la ciudad. ¡Claramente no era el Santo Sam en los círculos superiores de Glastonbury! Pero respondió con inocencia:

“Nell estaría encantada de verte, lo sé”

–Sería mejor que se fuera a casa, señor Dekker –dijo–, y que le dijera a esa Penny suya que se ocupara de su muñeca.

Pero como él no le hizo el menor caso, ella le preguntó: «¿Qué acabas de decir que viste?».

El hombre estaba demasiado feliz como para tener reparos en contárselo todo. Le habría gustado detener a cada alma en las calles de la ciudad y contárselo todo. Estaba de humor para gritarle todo, a todo el mundo desde lo alto del Tor.

–Pero, señor Dekker –protestó Angela después de un intervalo de silencio, cuando él había hablado del tema con ella durante casi un cuarto de hora–, ¿cómo puede seguir diciendo, como acaba de decir, que no hay Dios, ni vida después de la muerte, ni un Cristo personal? *No* podría haber visto el Grial si no hubiera un Dios; y, ciertamente, no podría haberlo visto si no hubiera un Cristo. ¡Vamos, señor Dekker! ¡Usted sabe que no podría! Me temo que es el orgullo que siente un hombre como usted lo que le hace hablar así.

–Escucha, Angela Beere. Hasta hace unos meses, aunque no creía en Dios ni en la inmortalidad, creía en Cristo. Creía en Él como el Enemigo torturado de Dios, como el amigo de todos los oprimidos del mundo. Y *todavía* creo en Él, pero no de la misma manera, ¿entiendes? ¡No! ¡Supongo que no! No de la misma manera, pero mucho *más* que antes.

Se detuvo y la miró fijamente; y había una luz salvaje en sus pequeños ojos verdosos y animales que hizo que la joven serena se dijera a sí misma: "Debo hablar con el doctor Fell sobre él. Creo que ha sufrido un terrible shock mental".

–¿Crees, Angela Beere –prosiguió, mientras los músculos de su barbilla trabajaban frenéticamente y, sin saber lo que hacía, tiraba con tanta fuerza de la corbata azul que hizo que el perro se encabritara como un caballo–, que una persona podría renunciar a la felicidad más dulce de su vida, no sólo a una gran cosa, sino a la cosa, a la única cosa, si no se sintiera atraída por alguna Realidad?

«¡Pobrecito!», pensó Angela para sí misma. «¿No sabes que la gente se ha dejado llevar por lo *irreal*, por mentiras, ilusiones, fábulas y pura locura, hasta el punto de matar lo único que ha amado en su vida?».

–Veo que piensas que me he vuelto loco, querida –añadió con una sonrisa indulgente, poniendo su mano desnuda sobre las manos enguantadas de ella, que estaban entrelazadas en su regazo–. Y no tengo ninguna duda de que tú y tus amigos pensáis que he sido el demonio encarnado por abandonar a Nell. Bueno, ¡no importa! Lo que me gustaría saber, si no te importa decírmelo, porque sé que eres amiga de Percy y que...

Su voz se quebró al notar el torrente de color que inundó las pálidas mejillas de Angela. Sam nunca había visto un rubor tan escarlata. Literalmente la inundó bajo su sombrero negro y le bajó por el cuello blanco. Hasta sus orejas parecieron rendirse ante él.

Se llevó ambas manos enguantadas a la cara y el hecho de

tener que hacer ese gesto aumentó su timidez. Miró a Sam como si fuera a levantarse del banco y salir corriendo.

–No quise decir eso... –tartamudeó Sam.

La muchacha luchó consigo misma y dejó caer las manos, mirándolo con sus ojos azules y redondos, mientras su labio inferior temblaba. Poco a poco su color retrocedió y su rostro se puso más pálido que de costumbre.

–Parece que usted sabe todo sobre nosotras, sobre nuestra amistad, señor Dekker, o no me lo preguntaría. Así que... así que bien podría... *contarlo*. Todo Glastonbury lo sabrá en un día o dos... Sí, he tenido noticias de ella. No la he visto... pero he tenido noticias de ella. *¡Se ha ido a Rusia!*

Sam se quedó estupefacto. Sabía tan poco del gran mundo que se extendía más allá de Glastonbury que aquello le pareció una sorpresa de una firmeza sorprendente. Tardó un segundo en comprender la importancia que tenía esta noticia para su propia vida. ¡Zoyland estaba solo de nuevo!

Miró a la muchacha que estaba a su lado. Angela estaba buscando en el mismo bolso de mano del que había sacado el pañuelo que ahora le ataba la muñeca. Sacó una carta dentro de un sobre y, cerrando el bolso con un tirón impaciente, arrojó la carta sobre la rodilla de Sam.

“¡Puedes leer lo que dice si quieres!”, gritó.

Había un sello francés en el sobre y Sam lo comentó.

–¡Léelo! ¡Léelo! –murmuró.

La carta no era difícil de leer. Escrita con la letra audaz de Persephone, típica de un niño, era breve y concisa.

«Querido ángel», decía, «mucho antes de que recibas esto estaré en París, esperando tomar el expreso a Varsovia, en ruta hacia Rusia. No podría soportarlo ni un día más. No podría soportar *nada en* nuestro maldito país. Debo cambiar por completo o suicidarme. He vuelto a la política, querida, ahora que el amor ha fracasado. Creo que Rusia me vendrá de maravilla. Cuando me haya establecido, tal vez te llame para que vengas conmigo. ¡Si todavía te gusto, claro! Dile al señor Beere que las comidas en los trenes franceses son adorables. No te enojés ahora, porque *tenía* que ser... tu desesperanzada

Percy».

Sam le devolvió la carta mientras las palabras "Está solo en Whitelake otra vez" se formaban en su mente.

–Lamento que haya perdido a su amiga, señorita Beere –dijo con gravedad–. Pero, como ella dice, tal vez algún día usted también se vaya... a Rusia.

Pronunció estas últimas palabras como si se refirieran a una región tan remota –como en efecto lo era– de su mundo

actual, que era como si hubiera dicho: «A las Islas de los Bienaventurados».

La muchacha bajó su rubia cabeza, con su sombrero negro, sobre su bolso y, con lenta deliberación, volvió a colocar la carta en su sitio. Parecía estar reflexionando profundamente, pues permaneció inmóvil durante un minuto, con los dedos sobre el sobre dentro del pequeño receptáculo forrado de seda. Luego se puso de pie lentamente, sacudió la parte delantera de su falda y pasó rápidamente los dedos por la parte trasera.

–Bueno –dijo ella, extendiendo la mano con una sonrisa–. Ahora tengo que preparar mi lección escolar, así que no le preguntaré hacia dónde va. Pero si yo fuera usted, señor Dekker, iría a ver a su Penny de inmediato por lo de su muñeca.

Dos horas más tarde, en realidad justo cuando el reloj de San Juan estaba dando las cuatro y media, Sam salió de su alcoba con el perro negro durmiendo cómodamente bajo su cama de campaña y salió a la calle. Tenía la cara lavada y limpia. Caminaba con paso ligero. El pañuelo de Angela todavía estaba alrededor de su muñeca, tal como ella lo había atado. Salió esa tarde impaciente por contarle a todo el mundo lo que había visto.

"Iré a casa de Nell y papá esta noche", pensó, "pero no hasta después del servicio vespertino".

Estaba tan aturdido por su nueva felicidad que no prestaba atención a la dirección en la que caminaba. Caminaba como un sonámbulo. De vez en cuando hablaba consigo mismo en voz baja. Para las personas normales, hablar consigo mismas es señal de gran felicidad o de gran infelicidad o de que se sienten rodeadas de una absoluta soledad física.

–¿Es una tenca? –murmuraba en voz muy alta. Siempre le rondaba la cabeza la necesidad de contarle a todo el mundo en Glastonbury que había visto el Grial. Varias veces detuvo a varios recaderos y esposas de comerciantes a los que conocía de vista y empezó a contárselo, o a prepararse para contárselo, pero, por alguna extraña ley psicológica, parecía que inevitablemente se le escapaban antes de que él los obligara a escucharlo. Poco a poco, fue adquiriendo esa extraña sensación que a veces tenemos en sueños, de que todo lo que tocamos se nos dispersa y se nos escapa. Incluso llegó a tener la sensación de que el pavimento era blando bajo sus pies y que la gente con la que se cruzaba era como fantasmas que se movían sin mover las piernas.

Por fin se encontró caminando detrás del ex alcalde Wollop, cuya corporeidad parecía impresionarle más, y Sam, apresurándose a alcanzarlo, entabló conversación mientras caminaban uno al lado del otro. Parecía mucho más fácil hablarle al señor Wollop sobre su visión que en esos otros casos. Esto se debía sin duda al hecho de que era algo visto, y no algo sentido, pensado, imaginado o supuesto, lo que Sam tenía que contar.

El gran mercero lo agarró de inmediato y llegó incluso a apoyar dos de sus regordetes dedos sobre el brazo del visionario. El corazón de Sam se enterneció tanto con el tono amable del hombre que, mientras le hablaba, sintió por segunda vez en el día que se le llenaban los ojos de lágrimas.

El señor Wollop le dijo que era el cumpleaños de su padre y que, en honor a este aniversario, se dirigía a tomar el té con la señora Legge.

–Ya conoces esa casa –dijo–, se llama Camelot, e invitó a Sam a que lo siguiera hasta ese auspicioso domicilio.

–Se alegrará mucho de verlo, señor –afirmó una y otra vez–. ¡Se alegrará mucho! Y no habrá nadie más que nosotros dos. «Tres son compañía», ya sabe, señor, «y dos es inmoralidad », como solía decir mi viejo padre. Lo que vio la dejará devastada, señor... igual que estoy yo... devastado.

Poco a poco, bajo la formidable compañía del amistoso comerciante de telas, el ingenio de Sam empezó a volverse un poco menos hechizado, y cuando llegaron a la casa de la anciana alcahueta, su pulso latía a un ritmo casi normal.

¡Mirad ahora, pues, a este traidor de muchachas y desertor de niños, a este –para citar los comentarios posteriores de Zoyland sobre la conducta de Sam– «este idiota de doble filo y archimojigato» sentado a la mesa de caoba de la madre Legge, bajo la mirada fija de los presumidos registradores,

bebiendo té –con un toque de ponche Bridgewater añadido– y comiendo bollos con mantequilla! Tenía un hambre voraz, pues el spaniel negro, negándose a tocar la única carne cruda que pudo conseguir para él, se había tragado con gusto cada trozo de pan y melaza que había preparado para sí mismo.

Y mientras comía y bebía, y mientras el té fuerte y delicadamente mezclado le calentaba la sangre, su lengua se soltó como pocas veces se había soltado en su vida.

La felicidad que lo emocionaba no se debía, al menos no en su totalidad, directamente a la visión del Santo Grial. Sin duda se debía en parte –pero esto mismo era un resultado indirecto de la visión– a un nuevo ajuste de su alma y de su cuerpo. ¡Pues su alma ya no era un alma «externa»! ¡Sí! Ya no se mantenía aparte, al lado de su carne, emitiendo mandatos categóricos; y, de hecho, ahora sentía como si el mismo té de la Madre Legge –con ponche Bridgewater incluido– estuviera nutriendo tanto su alma como su cuerpo.

Mientras sus palabras fluían –describiendo cada detalle de su gran experiencia– se sorprendió al descubrir que estaba usando palabras y frases que había usado en aquella ocasión en la cima del Tor, cuando había defendido la Encarnación contra las doctrinas maniqueas del señor Evans. Incluso podía sentir bajo sus dedos las raíces de la hierba que había arrancado aquella mañana, casi un año antes, en aquel repentino estallido de inspiración. Su concepción de la cosa era muy diferente ahora –pues su Cristo personal había

desaparecido– pero con ese curioso orgullo por la coherencia que sienten incluso los «hombres santos», empezó a disimular esta diferencia; como si un jardinero, cuando brota una viola cornutus donde había plantado pensamientos, insistiera: «Es lo mismo»; y usara su antigua jerga sobre la belleza de los pensamientos para este crecimiento totalmente nuevo. Pero en este punto su elocuencia se vio afectada por algún ligero tartamudeo y vacilación que le dio a la anciana precursora la clave.

–Lo que preocupa a una vieja perra simple como yo –protestó Madre Legge– es cómo un ateo, como dices ser, Santo Sam, pudo ver la Sangre del Bendito, cuando no hay, y nunca ha habido, Bendito para sangrar.

El señor Wollop miró con cautela alrededor del gran apartamento y miró con cierto nerviosismo las pesadas cortinas negras.

«Lo que un hombre ve», comentó sentenciosamente, «es una cosa. Lo que un hombre cree que ve es otra. ¡Pero lo que un hombre dice que ve es un verdadero golpe de gracia! La señora de aquí ha visto a mi pobre padre -¡que en paz descansa!- levantado y acariciándola inútilmente mientras dormía. Pero eso no significa que el viejo salga realmente de la tumba, ¿verdad, Madre?».

No apartaba los ojos de las cortinas negras del salón de recepciones de la difunta Kitty Camel, como si prefiriese que

el anciano señor Wollop permaneciese quieto donde había sido enterrado en el cementerio de Wells Road.

–¿Era como mi cuenco de plata cuando lo abriste, Santo Sam? –preguntó la anciana, acomodando su imponente figura más cómodamente en su alta silla de respaldo recto y llevándose la taza de té a los labios.

Los ojitos verdes de Sam brillaban radiantes. –No se parecía a nada de lo que hay en la Tierra –exclamó–. Y en el momento en que lo vi supe lo que era. ¡Todo será diferente a partir de ahora, cuando el Grial haya regresado a Glastonbury! Fue pura casualidad que yo fuera el primero en verlo, pero hoy voy a recorrer la ciudad contándoselo a todo el mundo y espero que lo vean cientos de personas. Espero que incluso los visitantes lo vean.

«¿Verá el 'Olímpico Grial' ese joven de mi tienda con el que tengo tantos problemas, el que lee a Nietzsche hasta el cansancio cuando mete a las chicas en problemas?»

Sería difícil creer que el señor Wollop no estaba bromeando, a menos que uno estuviera sentado frente a él y viera la mirada inocente de sus ojos redondos. La vieja alcahueta era mucho menos ingenua. De hecho, se mostró clarividente en la sutil penetración de su siguiente pregunta. «¿La visión con la que has sido privilegiado, Santo Sam, te ha hecho olvidar los tormentos que el Salvador soportó por nosotros, pecadores?»

Esta pregunta de la anciana –y bien puede ser que en el curso de su larga vida como proveedora de los dulces del pecado hubiera adquirido una visión diabólica– seguramente golpeó a Sam entre las junturas de su armadura. Pero la ola de excitación que lo embargaba era tan grande que respondió sin dudarle un segundo.

“Si tú, o nuestro amigo aquí”, dijo, “hubieras pasado por dolores indecibles por alguien a quien amabas, y estos dolores se hubieran convertido en vino celestial y pan celestial, ¿no sentirías que sería ingrato que esa persona no tomara y comiera, no tomara y bebiera y se llenara de gratitud hacia ti?”

Era bastante natural que, cuando Sam abandonó el hospitalario dominio de la madre Legge, se encontrara inevitablemente encaminándose hacia la vicaría. Pero se abstuvo de entrar y, en lugar de eso, siguió un impulso repentino y se dirigió hacia la avenida de la Abadía. Podemos imaginarnos el disgusto que sintió cuando, después de llamar a la puerta principal, Lily le informó de que la señorita Drew «no estaba en casa».

–Pero... ¡Lily, mi buena niña! ¿Dónde está si no está en casa? ¡Siempre está en casa los domingos por la tarde! ¡Ha estado en casa los domingos por la tarde, leyendo el *Guardian* antes del té y mirando el *Illustrated London News* después del té, desde antes de que tú y yo nacióéramos! Vamos, Lily, ¿qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Está enferma? ¿Está

acostada? Tengo algo que decirle, algo muy importante, algo que os interesaría a ti y a Louie también.

Acosada de esta manera por un caballero al que conocía familiarmente como “el Sr. Sam” desde los días en que usaba vestidos aún más cortos que los que estaban de moda en ese momento, Lily se derrumbó y con lágrimas en los ojos confesó la triste verdad: la verdad, a saber, era que la señorita Drew había decidido, en interés de la virtud pública, no tenerlo nunca más en su casa.

–También fue a ver al señor Dekker –continuó Lily, después de echar un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que la puerta del salón estaba cerrada–, y el señor Weatherwax dice que la oyó a través de la ventana del estudio, arremetiendo contra su padre, señor Sam, como si fuera San Dunstan regañando a Satanás. El señor Weatherwax dice que la oyó decirle a su padre que le escribiría al señor obispo, a su palacio en Wells, y le diría que la vicaría de Glastonbury se había convertido en un asilo para mujeres caídas.

Sam apenas escuchó la última parte de esta revelación. Pensaba para sí mismo: “Las noticias que tengo para la gente de Glastonbury no deberían limitarse a los amos y las amas. Lily es una buena chica, una chica romántica, y estará encantada de escuchar mis noticias. Siempre he pensado que había una expresión soñadora en sus ojos que mostraba que era...”

–He tenido una gran experiencia, Lily –empezó–, y eso es lo que vine a contarle a la señorita Drew. Sucedió ayer. Bien podría decírtelo si la señorita Drew no quiere recibirme. Estaba junto al río, Lily, y vi claramente...

Pero Lily lo interrumpió.

–¡En otra ocasión, señor Sam, en otra ocasión, por favor! Estoy segura de que vio algo muy bonito, pero tengo que cerrar la puerta ahora. Louie quiere ir a la capilla metodista esta noche y se va a vestir ahora y yo tengo que preparar la cena. La señora ha invitado a la señorita Crummie a cenar, así que, *por favor*, discúlpeme.

Ella le dedicó una de sus sonrisas más tenues, seductoras y tiernas; una sonrisa que parecía decir: “¡La vida está más llena de romance de lo que un simple caballero como tú puede llegar a conocer! Incluso Louie, cuando va a la capilla metodista con Bob Tankerville...”.

Pero en ese momento cerró la puerta firmemente.

Aunque Sam desconocía por completo el nuevo interés de la señorita Drew por Crummie, la verdad era que, a medida que Mary se alejaba de ella, la mujer solitaria había comenzado a encontrar un consuelo considerable en el hechizo que la belleza de la hija del señor Geard ya había ejercido sobre ella. Sam no pudo evitar sonreír mientras imaginaba mentalmente a la hermosa Crummie sentada

frente a su anfitriona y escuchando dulcemente sus palabras bien elegidas a través de los candelabros de plata; pero esta noticia lo hizo ir en dirección a Crummie.

«Estaré con Nell y papá esta noche», pensó, «pero iré a casa de los Geard ahora. La atraparé fácilmente antes de que se ponga en marcha, si me apuro».

Volvió sobre sus pasos por Silver Street y pronto llegó a High Street, cerca de la iglesia de San Juan. Un pequeño grupo de personas acababa de salir de un bautizo vespertino, y la primera persona con la que se encontró Sam fue la señora de Philip Crow, quien, siguiendo el consejo de Emma, que le aseguró que «el señor Dekker se comporta más como tal cuando predica a los padrinos y madrinas que cuando se trata de la multitud común», había asistido a este breve y agradable servicio.

Tilly le estrechó la mano cordialmente, pues los chismes que Emma le contaba eran mucho más detallados y auténticos que los que el señor Weatherwax había transmitido a oídos de la señorita Drew, y a Tilly le despertaba un tipo particular de simpatía pensar en ese joven tranquilo viviendo solo en Old Malt House.

“Cometió un error y lo lamenta mucho”, pensó, y vagamente en su mente soñó que sería lindo que algún día ella y Emma pudieran limpiar ese piso superior para ese joven bien intencionado que no tenía esposa ni sirvienta.

–Señor Dekker, debe haber oído buenas noticias –dijo Tilly–, porque le brillan los ojos. Brillaban así cuando usted era un niño y Philip y yo estábamos dando nuestra primera fiesta en The Elms. Lo recuerdo claramente, porque fue cuando Emma acababa de llegar a nosotros, y pensé que lo hizo muy bien cuando el perro que teníamos entonces –nunca hemos tenido un perro desde entonces, señor Dekker; pero yo era débil entonces y tonta con Philip, y a Philip le gustaban los perros y ¿qué estaba diciendo?– hizo un triste desastre en el comedor.

–Señora Crow –dijo Sam, mirando fijamente el borde lavanda del marcapáginas que colgaba del gran libro de oraciones que llevaba, y luego dirigiendo su mirada hacia las dos sombras que el sol poniente hacía que se extendieran por toda la calle y que parecían un dibujo infantil de dos muñecas fantásticas–, señora Crow, tengo algo que decirle que le interesará.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó–. ¡No me pongas tan nerviosa! Y no me cuentes ninguno de tus secretos. Nunca le he dicho una palabra a nadie sobre ti y la señora Zoyland, y preferiría no oír nada.

En ese momento, Sam sintió deseos de reír a carcajadas. El hecho de que nadie en aquel pueblo pudiera siquiera escuchar lo que él había visto le parecía una locura.

Se sentía como si viviera en dos mundos al mismo tiempo

y uno de ellos, mucho menos real y mucho más absurdo, estuviera tratando de convencerlo de que el otro era una fantasía.

–Señora Crow –repitió con cierta irritación en la voz–, lo que me ha sucedido no tiene nada que ver con la señora Zoyland. Es una visión... ¡sí! ¡Es la gran visión que todos hemos estado esperando! He... visto... el Santo Grial... señora Crow.

Sam se sintió tan mareado en ese momento que sintió deseos de reír, llorar o gritar. Le habría parecido perfectamente natural que Tilly Crow se hubiera arrodillado allí mismo, sobre la acera, y hubiera dado gracias a Dios. Pero la pequeña dama se limitó a dar rienda suelta a un profundo suspiro.

Emma siempre decía –comentó, mirándolo con profunda preocupación– que si esa mujer no se las arreglaba mejor para ti y tu querido padre, habría forma de saberlo.

Ya había dicho suficiente. Sam se dio cuenta enseguida de que lo consideraba una víctima bienintencionada de una prolongada desnutrición. Se levantó el sombrero para despedirse y, al hacerlo, su barbilla se movió ligeramente y frunció el ceño. Sus ojos empezaron a vagar por la calle de un lado a otro como si buscara a alguien cuya sombra fuera menos parecida a la de una muñeca que la de Tilly.

Tilly se dio cuenta de que había herido sus sentimientos de alguna manera y le tendió la mano. Cuando él la tomó, ella lo detuvo, como solía detener a Philip cuando la había entendido mal.

–Estoy segura de que con un padre tan bueno –murmuró apresuradamente–, se podría ver cualquier cosa, incluso ángeles, señor Dekker –y cuando Sam sonrió, añadió con entusiasmo, dándole lo mejor de sí–: Sus pisos de ahí arriba son todos de roble, ¿no? La tía Tappity, ya sabe, que era la tía abuela de Euphemia Drew, solía hacerlos encerar. A Euphemia nunca le gusta hablar de esa rama de nuestra familia, por el negocio de la malta. Pero todos tenemos una gota de mala sangre en alguna parte, ¿no es así? Pero Euphemia puede recordar que se resbalaba en esos pisos cuando era pequeña, ¡eran tan resbaladizos!

Cuando Sam la dejó y se puso a pasear por High Street, se sintió un poco desanimado. «Pensé», se dijo, «que todos gritarían: «¡Es imposible! ¡Es demasiado bueno para ser verdad!». En lugar de eso, parecían dispuestos a aceptarlo como perfectamente cierto, pero en cierto modo... ¡sin importancia!».

No había avanzado mucho por High Street, pues tenía en mente llegar a Street Road, donde se encontraba Villa Cardiff, por Magdalene Street, cuando alcanzó al viejo Bartholomew Jones, que avanzaba lentamente con la ayuda de un bastón. A pesar de ser domingo, el Número Dos estaba

ansioso por ocuparse de algo en su tienda, probablemente de sus cuentas, pues era un gran avaro y los problemas financieros de su sociedad con el señor Evans parecían, a veces, casi insolubles.

El anciano saludó a Sam con efusividad. Lo conocía desde la infancia y Sam le había vendido muchos de sus libros de Cambridge. Aprovechó la oportunidad para informarle al Número Dos del estado de debilidad en que se había encontrado al dejar al Número Uno esa mañana.

–Siempre le he dicho –dijo el señor Jones– que el hospital era el lugar para nosotros, los viejos, cuando nuestras entrañas se vuelven insoportables. ¡Miren cómo me siento! Si no fuera por ese inteligente médico de cabecera, que estudió mi caso con todos esos motores europeos, ¿dónde estaría ahora? Abe Twig es un tonto cuando se trata de cuidar de sí mismo. Él dice que hay que confiar en la naturaleza, mientras que yo digo que es la naturaleza la que causó el daño. Debemos ir más lejos para curar este daño. Debemos acudir a la ciencia.

Mientras así hablaba, el señor Jones miraba con triste asombro la muñeca vendada de su interlocutor.

–Me parece, señor –observó–, que no le haría ningún daño ir al hospital usted mismo. Esa muñeca suya sangrará dentro del vendaje.

Sam tocó instintivamente el pañuelo de Angela con la punta de uno de sus dedos.

“Estoy demasiado emocionado hoy como para pensar en hospitales, señor Jones”, dijo. “¿Sabe lo que me pasó, amigo mío?” Bajó la voz a un susurro intenso y concentrado.

–No habrás ido a asesinar al señor Zoyland, ¿verdad? –gritó el Número Dos, retrocediendo un paso más o menos de la proximidad de este adúltero excitado.

–No, no, buen hombre. El señor Zoyland y yo nunca hemos tenido una pelea y, desde luego, no es probable que la tengamos ahora.

Mientras Sam hablaba, un pensamiento le vino a la cabeza: “Solo en Whitelake; solo en Whitelake”.

Pero el señor Jones miró hacia arriba y hacia abajo de la calle. Luego comentó: “Todavía tengo esa gran edición de San Agustín. Supongo que no te sientes con ganas de...”

Pero Sam lo interrumpió: “¿Sabe cómo me llaman mis compañeros de trabajo hoy en día, señor Jones?”

–¡Qué tonto! –fue lo que le pasó por la cabeza al Número Dos, pero respondió con tono tranquilizador, como si se dirigiera a un candidato al asilo del condado–: He oído, señor, que en el Paraíso le llaman Santo Sam.

Sam asintió con la cabeza y luego comenzó a trabajar los músculos de su barbilla con tanta violencia que el anciano anhelaba, como le explicó después al señor Evans, “agarrar esa cara de mono y calmarlo”.

–Quiero contarle a todo el pueblo lo que ha sucedido –exclamó Sam–. Porque ha sucedido lo más importante que podía suceder, y yo lo he visto.

El tono en que dijo esto y el brillo en sus ojos alarmaron al Sr. Jones, pero se le ocurrió que era precisamente en estados mentales de ese tipo que los jóvenes caballeros eran propensos a comprar libros teológicos caros.

“Es el mejor San Agustín del mercado”, afirmó.

“Esta mañana vi la eternidad”, comentó Sam. Nadie sabe si en la larga historia de Glastonbury alguien había pronunciado antes estas sencillas palabras, pero si alguien lo hizo, lo más probable es que el comentario fuera recibido de la misma manera entonces que ahora.

"Es la edición de Baskerville", insistió Bartholomew Jones.

Sam le deseó buenas tardes y se alejó más rápido de lo que el anciano podía seguirlo. Había esperado que se burlaran de él por su revelación, pero nunca se le había ocurrido que su mayor dificultad sería despertar algún interés en ella. Empezó a preguntarse si, después de todo, él era la única persona que había visto el Grial desde los tiempos antiguos.

Tal vez el Grial se había aparecido a muchísima gente y ninguna de esas personas había sido capaz de persuadir a nadie para que siquiera prestara atención a lo que tenían que decir al respecto. Tal vez la vida en Glastonbury estuviera llena de milagros de ese tipo, y sin embargo, quienes los contaban siempre encontraban que su entusiasmo caía en oídos sordos.

Pronto llegó a la tienda de antigüedades. En la puerta se encontró con Red Robinson, que estaba a punto de asistir a una reunión de los camaradas en su antiguo lugar de reunión en la azotea de la casa. El señor Robinson parecía mucho más elegante y mejor vestido que cuando había abordado a Sam la primavera pasada en la puerta del cementerio de San Juan. Ahora llevaba un cuello blanco, pero todavía llevaba la misma gorra de tela marrón, calada con bastante desenfado sobre la frente y un poco ladeada. Esta gorra, independientemente de lo que llevara puesto, aportaba a la High Street de Glastonbury un aire indescriptible de Whitechapel y Old Kent Road.

Sam sintió una oleada de emoción al pensar que había sido el discurso de Robinson, relatando las palabras de Crummie, lo que lo había iniciado en toda esta nueva peregrinación psíquica.

"Es como la imagen de una señal", había sido la interpretación del hombre de la sentencia fatal de Crummie; y todo volvió a la mente de Sam ahora, junto con las palabras

de Nell a través del vacío altar de St. Joseph, dándole la noticia de su regreso a la cama de Zoyland.

–¡Hola, Robinson! ¿Vas a hablar allí esta noche? –dijo Sam con la cordialidad afable, aunque un tanto forzada, del hijo del párroco dirigiéndose a un trabajador. Red le dirigió una mirada furtiva, desafiante y, al mismo tiempo, interrogativa: el tipo de mirada que un terrier atrapado en la boca de una madriguera de conejo le dirigiría a un setter que pasara gravemente tras el rastro de una bandada de perdices.

–Pronto haremos algo mejor que hablar –replicó el hombre–. Pronto habrá un gran revuelo en Glastonbury, y algunos, que yo sepa, tendrán que tomar nota.

–Tengo entendido que usted, el joven Trent y el señor Spear han sido designados nuestros nuevos auxiliares –dijo Sam cortésmente.

–¿Auxiliares, nos llama usted? –resopló Red con desprecio–. Dentro de poco seremos más que auxiliares, señor; ¡así como Bloody Johnny es más que un alcalde que va a morir!

–Sí, he oído algo al respecto –dijo Sam–. Me han dicho que estáis creando una especie de comuna independiente. ¡Te deseo buena suerte, Robinson! No tengo nada en contra de cualquier acuerdo que lleve más carne a las despensas de nuestra pobre gente.

Pero en su inevitable deseo de tomar excepción de cualquier cosa que el hijo de un vicario pudiera decir, Red ahora cambió de actitud.

–¡Pero es una maldita farsa, de verdad! Eso es lo que les voy a decir en un minuto. ¿Comuna? ¡Bueno! Este truco es lo mejor que se puede hacer para que algunos mendigos que conocemos paguen un poco, pero no habrá Comuna en este maldito lugar hasta que nos hayamos deshecho de la orilla y del canal.

–Bueno –repitió Sam–, estoy de tu lado, Robinson. Pero me gustaría que pudieras convencer a algunos de los trabajadores de esta ciudad para que sean un poco menos salvajes cuando alguien trabaja a su lado.

Red lo miró con alegría malévola.

–Entonces, ¿te parece duro hacer los trabajos que nos han encomendado durante todos estos años? Estás empezando a saber lo que es comer pastel de mousse, ¿no?

“Pero si el trabajador ha sido maltratado, como sin duda ha sido el caso, ¿por qué debería desquitarse con quienes le desean el bien?”

–¡Déjelo ir, señor! –exclamó indignado Red Robinson–. Eso es propio de ustedes, caballeros virtuosos. Lo que nos pone de los nervios es ese tono tan sencillo que tiene. ¡Es su manera de decir las cosas! ¿Es un hombre un escabel, señor?

¿Es un hombre un pedazo de basura para que un tipo le dé suspiros? ¡Qué amable es usted, señor Dekker! –el cuerpo entero de Red se estremeció de sarcasmo–. ¡Qué amable es usted al trabajar codo a codo con nosotros y al utilizar sus propias manos junto a nosotros!

Hizo una pausa por un segundo y luego habló con tal avalancha de formidable emoción que Sam, con toda su preocupada excitación, quedó considerablemente impresionado.

“¿No ven... ustedes, los ricos, nunca verán... que han estado sentados, pesados y duros, encima de nosotros, los trabajadores? Cuando un hombre ha estado acostado en su oficina, bajo el corvejón de un gran zángano toda su vida, cuando lo ha arrojado no es para hablarle dulcemente. No es para suspirar: “Pobre hombre rico, ¿te lastimé cuando arrojé tu maldito corvejón de mi oficina?”

Sam guardó silencio. Por primera vez en el día, sintió que no podía hablar de su Visión. Y, sin embargo, ¡qué cosa! ¿Acaso los seres humanos se habían maltratado entre sí hasta tal punto que era una especie de burla incluso mencionar que el Santo Grial había regresado a la Tierra?

Sin decirle una palabra a ese hombre sobre lo que había visto, pudo oírle decir: "Es porque has tenido tu tiempo libre con nuestro sudor que todavía tienes valor para trastear con el Oly Grile. ¡Estamos demasiado cansados un domingo por

la mañana como para hacer otra cosa que dormir en nuestras malditas camas!"

Así sucedió que, a pesar de haber declarado a la Madre Legge y al señor Wollop que se lo iba a contar a todo el mundo que se cruzara en su camino, descubrió, cuando siguió por Magdalene Street, a lo largo del muro sur del prado de la Abadía, que no sólo no se lo había contado a Robinson, sino que cuando se encontró con Harry Stickles, el farmacéutico, que se apresuraba a volver a casa a tomar el té, con su bella Nancy, no hizo ningún intento, aunque le había comprado el jabón Windsor uno o dos días antes, de interrumpir a un ciudadano ocupado. ¡Qué noticia de semejante bagatela!

Mientras Sam se acercaba a la curva de Street Road, Crummie, que se había quedado sola en Villa Cardiff para preparar su cena con la señorita Drew, pues el alcalde y la alcaldesa se habían ido a pasar la noche a la ciudad de Wells, estaba sentada, como solía estar en esos días, sola en el dormitorio de su infancia, donde todos los cuadros de la pared, el pequeño boceto infantil titulado «Crummie por Crummie» y la elocuente, si no artística, Serie de las estaciones, parloteaban y farfullaban, languidecían y balbuceaban ante ella, con recuerdos de la casada Cordelia.

Como de costumbre, la hija menor de Geard de Glastonbury se sentó al borde de su lecho de soltera admirando sus piernas. Si no hubiera sido porque el corazón

de Crummie, independientemente de sus piernas, se había enamorado de Sam, lo más probable es que, por pura bondad, hace mucho tiempo que se hubiera casado con uno de sus innumerables admiradores de la ciudad. Pero, si hay que decir la verdad sobre la muchacha, Crummie, en realidad, no se sentía atraída por los hombres. Ésta es una paradoja de la que la pobre Cordelia, que se sentía fuertemente atraída por los hombres y ahora vivía una vida de erotismo embriagador con el señor Evans, se habría reído, considerando lo mucho que la había perturbado la visión de los admiradores de Crummie. ¡Pero ésa era la verdad exacta! Lo que atraía a Crummie no eran sus hombres, sus personalidades, sus apariencias, sus modales, sino el reflejo de sí misma, y en particular de sus incomparables piernas, en el espejo de los ojos de sus hombres.

Es el mayor error del mundo suponer que el tipo de narcisismo al que se entregaba Crummie era egoísta o poco generoso. Es cierto que obtenía un placer exquisito e indescritiblemente voluptuoso al admirarse a sí misma, al acariciarse, como estaba haciendo en ese momento; pero era un placer que ansiaba compartir con tantas personas como fuera posible, ¡tanto mujeres como hombres! Y no era exigente. Naturalmente no, considerando que lo que la conmovía principalmente no eran esas personalidades extrañas en sus cualidades intrínsecas, sino el grado de excitación que suponían en presencia de sus propios encantos.

Por otra parte, la muchacha era tan esencialmente humilde y tan libre de malicia o rencor, que una pequeña medida de esta excitación fue suficiente para satisfacerla. Pero en el caso de Sam todo era diferente. Su sentimiento por Sam era un sentimiento sumamente delicado, vibrante y totalmente despreocupado. Tampoco habría estado ansiosa de que Sam entrara en ese momento y viera sus hermosas piernas desnudas. Sam era la única persona en el mundo ante la cual Crummie se mostraba tímida, avergonzada, supermodesta. Se habría sentido como si se hundiera en el suelo de vergüenza –así es como se lo habría expresado a sí misma– si Sam hubiera entrado ahora y hubiera contemplado la blancura satinada de sus miembros, suaves y tentadores y de una belleza enloquecedora. Lo que quería que Sam admirara en ella era su intelecto, su inteligencia inquisitiva, su sentimiento ideal, su alma religiosa; y lo patético fue que la Providencia no sólo se había abstenido de dotar a Crummie de estos dones, sino que ni siquiera le había dado un éxito limitado en el arte de pretender poseerlos.

El regalo único que Crummie recibió de la naturaleza, los muslos más exquisitos que se habían visto en Glastonbury desde los de la pérfida Nineue de Merlín, y que para ella, en sus orgías de narcisismo, eran tan placenteros, eran, en lo que se refería a Sam, algo de lo que casi había que avergonzarse. Habría preferido presentarse ante Sam con un pesado hábito de monja que descendiera hasta el suelo y con

su rubio cabello cubierto por una capucha negra. ¿Cómo podía saber que era Sam ante quien estaba destinada a presentarse ahora cuando, al oír el timbre de la puerta, se puso apresuradamente la falda, se envolvió en una vieja bata de lana y, con su rubio cabello suelto y los pies descalzos en pequeñas zapatillas andrajosas, corrió escaleras abajo?

Sus sentimientos al verlo allí de pie fueron tan abrumadores que por un segundo se tambaleó en la puerta y casi se desmayó. Si lo hubiera hecho, habría sido precisamente como esas heroínas tiernas e imposibles de las únicas obras de arte que había disfrutado honestamente. Lo que sintió fue algo que ningún lenguaje humano consecutivo, tratando de transmitir una impresión clara, podría expresar. La figura de Sam apareciendo de repente ante ella en su propia puerta evocó esa sensación desconcertante y asombrosa de la naturaleza misma de las cosas que cambian, se alteran, se transforman, que debió haber tenido la Magdalena cuando el aparente jardinero en el vientre de Arimatea murmuró la palabra mágica "¡María!".

No era tanto un hombre vivo lo que veía, sino toda su vida secreta, todos los anhelos, reservas, cavilaciones y sueños acumulados durante los últimos doce meses. No era en absoluto una cosa de contorno palpable, de contorno definido o de sustancia sólida. Era una nube de esencias vaporosas, vagos anhelos, sueños preciosos, esperanzas entrañables, idolatrías salvajes. Fue una angustia estremecedora y al mismo tiempo un éxtasis salvaje verlo

encarnado allí, en una forma humana común, familiar y natural.

Tan despreocupada se volvió esta adoradora de su dulce carne en el éxtasis de verlo, oírlo, tocarlo, que cuando tomó su abrigo y sombrero y lo llevó al mohoso salón y lo puso en el sillón de su padre con la alfombra de oso a sus pies, se dejó caer ante el fuego sin pensar en atizar las brasas moribundas o en encender más de una vela solitaria con una vela hundida profundamente en aquellas brasas parpadeantes. Sobre sus pies descalzos, antes de que se diera cuenta de la necesidad de esconderlos bajo su bata, revolotearon los rosados destellos del fuego. Sobre su cabello suelto caían los rayos amarillos de esa vela solitaria, mientras que desde la ventana sin postigos, abierta en la parte superior como la había dejado su madre, el aire fresco de la tarde los rodeaba a ambos, lleno de los olores del rocío de los prados húmedos al final del camino.

Incluso nuestro pobre Santo Sam, forjado por sus visiones, no estaba tan deshumanizado como para no sentir que había algo en ese momento que estaba cargado de cuestiones portentosas, algo fatal, algo totalmente imprevisto, algo que contenía el futuro en su crisol tembloroso.

Crummie se sentía tan sobrecogida y llena de éxtasis por tener a su ídolo, su amante más que terrenal, a solas en la casa, que le costaba pronunciar palabra y, cuando lo hacía, lo hacía en un susurro solemne y sin aliento. Sin embargo, el

amor concentrado del corazón femenino es tan potente que, aunque ese hombre, sentado allí al lado de ella, acababa de contemplar –en carne y hueso– ese misterio elusivo que era la causa de que Glastonbury fuera Glastonbury, era la muchacha y no el hombre quien dominaba ese momento; su exaltación, y no la de él, era la que mantenía el relámpago de ese aire cargado.

–Nunca... pensé –susurró con intensa emoción, sin atreverse a levantar la vista por encima de las suelas embarradas de las botas de Sam– que alguna vez... te tendría... aquí sola.

–¡Querida Crummie! –e hizo un tímido movimiento de su mano hacia su cabeza, pero, dominado por la intensidad de su sentimiento, dejó caer su muñeca hacia atrás sobre su rodilla, donde quedó flácida, con el pañuelo de Angela alrededor de ella.

“Tengo tanto que decirte que me resulta difícil empezar.”

Ella hizo un esfuerzo para levantar la cara y sonreírle, pero su hermosa cabeza volvió a hundirse, como si hubiera estado ensayando una vez más su papel de la Dama de Shalott.

–¡Querida Crummie! –repitió con una voz apenas más audible que la de ella.

Pero luego, haciendo acopio de la felicidad que había en su interior como si fuera una copa de cristal que le ofrecía, dijo:

«Hoy he tenido una experiencia, Crummie, que ha trastocado todas mis ideas; me ha hecho sentir como si no hubiera vivido hasta hoy. Una vez le dije a Nell, Crummie, que creía que tenía un nervio muerto. ¡Bueno! ¡Bueno! No querrás oír hablar de eso... pero era cierto... pero...»

–Te entiendo –murmuró la muchacha–. No tienes por qué dejar de decírmelo por ningún motivo. ¡No, por ningún motivo!

–No fue una fantasía, no fue una locura –continuó–. ¡Crummie, querida, lo vi! Sí, vi el mismísimo Grial.

Ahora que se lo había dicho, en lugar de disminuir, su felicidad, se hizo mayor. Su mirada prolongada, lenta, grave, infantil y de absoluta fe le hizo sentir que era la primera vez que hablaba de ello con alguien. ¡A esas otras personas debía haberles estado hablando de otra cosa!

–Y el efecto que ha tenido en mí, Crummie, es hacerme sentir que he visto la Eternidad. ¡De modo que ahora ya no tengo que preocuparme por tantas cosas! Detrás del Cristo torturado, detrás de ese otro Cristo, detrás de la gente que amamos y de la gente que hemos herido... detrás de todo lo que es sagrado para nosotros... está la Eternidad. ¿Sabes lo que quiero decir, pequeña Crummie? Ahora siento... –había una ternura conmovedora, no tanto una ternura afectuosa o incluso humana, sino algo parecido al sentimiento que su padre habría mostrado por una locha herida, en el tono en

que le habló; y en cierto sentido parecía un tono grotesco para esa criatura soberbiamente hermosa agazapada entre la llama de la vela y las brasas moribundas—“Ahora siento que mi vida realmente ha terminado, se ha logrado de alguna manera: y lo que quiero hacer ahora es simplemente tomarla como es y dársela a cualquiera, a cualquier cosa, a lo que venga, siguiendo el azar y el accidente, y sin molestarme mucho —¿entiendes lo que quiero decir, Crummie?— tomando todo como sucede, ¡desde que he visto la Eternidad!”

No hacía falta que le preguntara si lo había entendido. Había seguido cada palabra con la misma atención con la que un preso escucha su sentencia o *un* jugador observa su tirada de dados. Cuando terminó, ella se alejó un poco de él e, inclinándose ante el alto guardafuegos de bronce, apoyó la frente contra la barra superior, mientras agarraba con las manos los brillantes pomos.

Incluso para Sam, que estaba perplejo y confundido, era evidente que estaba luchando consigo misma y tomando una decisión trascendental. Su decisión, fuera cual fuese, se tomó muy rápidamente. Levantó la cabeza del guardafuegos y se puso de pie, apretándose la bata con fuerza y mirándolo, que seguía recostado a gusto en el gran sillón de su padre.

—Tengo algo que decirle, señor Sam —dijo. Todos los feligreses de su padre lo llamaban señor Sam. Nunca en su vida lo había llamado Sam.

Enseguida le dedicó toda su atención. Se sentó erguido en el borde del sillón, con las manos en los codos, los talones debajo y la cabeza levantada. Parecía un niño con los bolsillos llenos de manzanas y peras que prestaba atención cortés a la conversación de su hermana mayor.

–Hay muy pocos hombres –empezó– que puedan vivir solos como usted, señor Sam. Pero sé que está haciendo mal al hacerlo. La señora Zoyland le pertenece; se ha entregado por completo a usted; ha tenido un hijo; y sé que le estoy diciendo lo que es correcto cuando le digo que ustedes dos no deberían vivir separados.

No se ha calificado más. Hay cosas que una chica sabe más que cualquier hombre y esto es..."

Se detuvo de golpe. Una parte de su poderosa naturaleza (pues, después de todo, era la hija del señor Geard) que Sam jamás había despertado, de repente sintió una oleada *de* ira irracional contra él. Una vez, cuando era niña y estaba acariciando una muñeca de trapo, por la que sentía, igual que por Sam, un amor devoto e idealizador, captó una expresión en su rostro que parecía tan insensible que, llena de ira contra ella, la agarró de un tirón y la arrojó al suelo.

En medio de su discurso, cuando llegó a las palabras «ha tenido un hijo», gesticuló con las manos, olvidándose de sujetar los pliegues de su larga bata.

Al soltarse de sus dedos, la bata se deshizo, dejando al descubierto que debajo de la falda tenía las piernas y los pies desnudos.

Fue entonces cuando se imaginó que veía, junto con la aturdida, indulgente y estúpida cortesía de la atención de Sam hacia ella, esa particular mirada en su rostro que las mujeres son tan prontas a captar; es decir, la mirada de disgusto más que de placer ante algún gesto íntimo y revelador que han hecho. Que esa mirada hubiera aparecido en el rostro de su idolatrado Sam, esa noche entre todas las noches, la dolía en lo más profundo.

Fue un rápido parpadeo, un movimiento apenas perceptible de la barbilla; pero ella tuvo la impresión de que la visión de sus tobillos desnudos le había afectado como algo desconcertante. Ella sabía bien que los hombres normales tienen dos reacciones distintas ante las piernas desnudas de una muchacha: la primera, de deseo provocado, con todo su glamour y misterio, y la segunda, de encogimiento fastidioso; y aunque ante su amor idealizado era humilde como una niña en cuanto a su belleza, también era tímida y susceptible como una niña ante cualquier exposición personal.

Por lo tanto, el hecho de que hubiera cogido, o de que creyera haber cogido, porque en realidad Sam no estaba pensando en sus piernas en absoluto, esa particular expresión en su rostro, hizo que su ira saltara furiosamente

contra ambos; contra ella misma por olvidarse de ocultar sus tobillos, y contra él por ese destello inconsciente de conciencia a sangre fría que la hizo ser consciente de ellos. Su ira contra el Santo Sam, como su ira contra su vieja muñeca idealizada, la hizo olvidar por completo que ese hombre aturdido y bien intencionado, sentado en una postura tan absurda de atención forzada, con los talones debajo de la silla y la cabeza levantada, era su ídolo romántico, y en un impulso rápido e incontrolable lo agarró por el pelo y sacudió su cráneo con todas sus fuerzas hacia adelante y hacia atrás repitiendo aquellas palabras interrumpidas: "Más que cualquier hombre... más que cualquier hombre..." una y otra vez.

Sam, con su sencillez carente de imaginación, pensó que la muchacha lo hacía por diversión, o al menos por una irritación amable. Estaba tan entusiasmado con sus sorprendentes palabras sobre Nell que el hecho de que le agarraran el pelo y le sacudieran el cráneo era un interludio de poca importancia. Pero cuando ella lo soltó y se dejó caer sollozando sobre la alfombra del oso, se dio cuenta de que no era nada divertido. Comprendió entonces que no sabía más sobre las costumbres de las mujeres que sobre la filosofía de «Nietzsche» al tratar con ellas. Se agachó a su lado sobre la alfombra de osos e hizo todo lo posible por consolarla, sin atreverse a apartarle el brazo de los ojos, pero acariciándola y engatusándola de todas las maneras que se le ocurrieron y hablándole con cariño y ternura. Pero ella

pareció recobrar el conocimiento sin que él la consolara torpemente. De repente se puso de pie de un salto. De pronto se le había ocurrido una idea curiosa.

–Tráeme tu abrigo –dijo–. Quiero ponerme tu abrigo. Él la obedeció. Fue a buscar su abrigo y se lo sostuvo mientras ella se lo ponía. Con mucho cuidado, de pie detrás de ella, le soltó los rizos y los dejó colgando sobre el cuello. Ella lo tomó de la mano y lo condujo hasta el sofá. Sentir ese viejo abrigo que conocía tan bien y la envolvía, la satisfizo profundamente. Era como cubrirse con la esencia más fina de su amor. Ahora era completamente dueña de sí misma y también del Santo Sam, como este último sentía en lo más profundo de sus huesos.

Toda mujer, tanto la más abyecta como la más bella, tiene ciertos momentos en su vida en los que todo el principio femenino del universo parece fluir a través de ella, y en los que los hombres, en los que todos los hombres la obedecen con un desamparado embeleso, como si sostuviera la varita de Circe. Esta fue la gran hora de la vida de Grummie.

Tampoco ignoraba la naturaleza de la magia que ahora fluía por sus venas.

–Señor Sam –dijo cuando estuvieron sentados uno al lado del otro en el sofá–, debe volver con la señora Zoyland; volver con ella y con su hijo... ¡No, deténgase! No he terminado... ¡No me refiero a volver a la vicaría! Tiene toda

la razón al dejar a su padre. No podría vivir libremente sus nuevas ideas sin ser independiente. Y, como digo, hay cosas que las mujeres saben mejor que los hombres; y una de ellas es que las personas que se aman deben vivir juntas y solas... ¡nunca con una tercera! Cuando dejó a su Nell, lo hizo porque pensó que besarla y amarla de esa manera estaba mal. ¡Ella nunca pensó que estuviera mal! Y ahora, señor Sam, debe volver a vivir con ella; porque le digo que esas cosas no están mal. Pero no en la vicaría. ¡Ella nunca debería haber ido allí! Eso es lo único que no puedo entender de la señora Zoyland: que haya aceptado vivir bajo el mismo techo con dos hombres como usted y su padre. Se detuvo y Sam vio en sus suaves ojos azul grisáceo un destello más peligroso que el que había recibido jamás. Se veía tan increíblemente hermosa a la tenue luz de esa vela solitaria, con sus brillantes rizos sueltos cayendo sobre el cuello de su propio abrigo, que Sam la miró con humilde admiración.

Él no estaba de humor para tomar excepción alguna de lo que ella decía; y una vez que había roto el hielo y había recuperado el control, parecía preparada para decir muchas cosas.

–Ustedes dos son... muy buenos hombres –continuó con gravedad–, pero al señor Dekker no le importa nada lo que piense la gente. ¡No parece darse cuenta de lo escandalosos que son! Deberías llevarte de inmediato a la señora Zoyland. Entonces, tú y ella seréis los que os meteréis en problemas, si es que hay problemas, y no tu padre. Estamos en medio de

grandes cambios aquí en Glastonbury. La señora Zoyland y tú, si sois lo bastante valientes para despreciar a las señoritas Drew y Fell de la ciudad, tendréis el apoyo de su hermano, el señor Spear, y, por supuesto, de mi padre y del señor Trent. No sé qué muebles tienes en el desván de esa vieja casa de malta (¡ya ves que sé todo sobre ti, señor Sam!), pero si no tienes lo suficiente allí para que una mujer y un niño se sientan cómodos, deberías alquilar habitaciones amuebladas.

¿Por qué no va a Dickery Canties, señor Sam? Allí no son exigentes ni remilgados. Además, el señor Spear vive allí ahora y es su hermano. Le ayudará con sus gastos. Gana un buen salario desde que mi padre lo convirtió en uno de los hombres importantes de Glastonbury.

Sam estaba completamente trastornado. Las palabras rápidas y prácticas de la muchacha se sucedían una tras otra, y llevaban consigo una vergonzosa convicción. Sí, había sido imperdonablemente egoísta en todo lo que había hecho. Poco había pensado en el apasionado tormento de su padre, atormentado por la dulce presencia de Nell y soportando todo el peso de esa situación ambigua. Poco había pensado en lo que Nell podría estar soportando. Había pensado sólo en sí mismo, sólo en su propia alma en relación con su Dios destrozado; y mientras tanto había sido cruel con su muchacha, y si no cruel con su padre, al menos completamente irresponsable, completamente descuidado en cuanto a su paz mental. Con el instinto de un amante

combinado con el instinto de un hijo, sabía exactamente lo que su padre sufriría si se llevara a Nell; pero también sabía –¿quién mejor?– el profundo alivio que sentiría el hombre mayor, abandonado a sí mismo y libre de esta tortura diaria de su humor más sombrío, al volver a su fe sencilla, tradicional e incuestionable. Además, Nell iría a verlo. Podría ir a verlo a menudo. No los separaría. Al sacarla de la vicaría no la sacaría de la vida de su padre.

Así, mientras observaba en la penumbra aquel rostro blanco, enmarcado por sus rizos ondulados, se daba a sí mismo motivos para obedecer el competente consejo que tan impresionantemente salía de sus labios. Pero, mientras escuchaba, la imagen de la figura de su dulce amada, el sonido acariciador de su voz, todo el aura de su personalidad, surgieron en lo más profundo de su ser.

Tal vez fuera algo irónico, pero la verdad era que el estado de ánimo en el que se había visto sumido por su visión del gran Misterio de Glastonbury había abolido todos sus «escrúpulos ascéticos» acerca de hacer el amor con Nell. ¡Esos escrúpulos le parecían ahora una contrariedad tensa, irrelevante y autoinfligida!

No hay duda de que si alguna vez Sam hubiera hablado de los secretos de su vida (cosa que no era muy probable) con el señor Evans, aquel incorregible biógrafo de Merlín habría considerado que este efecto particular de la Visión del Grial era una prueba de que se trataba de algo mágico y no

religioso; y muy probablemente (como los Mwys de Gwydion–Garanhir) era un símbolo real de fertilidad.

–Bueno, señor Sam, tengo que cenar con la señorita Drew esta noche; ¡y faltan cinco minutos para la hora en que ella me espera!

Mientras ella hablaba él estaba tomando su gran decisión.

–Te llevaré hasta su puerta, pequeña Crummie –dijo–. Esta noche has sido más que una migaja de pan para mí; y si logro establecerme en Dickery Cantie's, te rezaré todos los días como si fueras un dios.

Así habló, recordando un pasaje de una de las antiguas y conmovedoras escenas homéricas que había tenido que leer cuando estaba en sexto año en la escuela Greylands.

–¿Lo harás? –exclamó, poniéndose de pie de un salto y corriendo hacia la repisa de la chimenea, donde la única vela que tenían encendida se estaba apagando–. ¿Lo harás? –repitió, ocupada en la lucha por encender una segunda llama con la que se estaba ahogando en su propia cera derretida.

Y entonces se dio cuenta, por el movimiento de sus hombros bajo el pesado abrigo, de que Crummie estaba llorando, no de forma audible, como lo había hecho después de sacudirlo, sino en silencio. Después de encender la segunda vela, pareció que le había dado la manía de

encender velas y recorrió la habitación haciéndolo por todas partes, pero manteniendo su rostro oculto a él. Bien podría haberse ahorrado esta revelación de su tragedia, porque las lágrimas aún corrían por sus mejillas cuando se dio la vuelta.

–No sé por qué hago esto –dijo–. Debe ser para darte las gracias porque vas a hacer lo que te he dicho que hagas. –Mientras hablaba, hizo un heroico esfuerzo por sonreír. No pudo hacerlo ni por el aleteo de una golondrina. Pero lo hizo; y la sonrisa que se alzó, tierna y encantadora, desde lo más profundo de su alma, hizo que su rostro, bajo las llamas ascendentes de todas sus velas, fuera más hermoso que cualquier rostro que el Santo Sam hubiera visto jamás.

De camino a casa de la señorita Drew (recorrieron Magdalene Street hasta el final y luego siguieron Bere Lane hasta el granero de los diezmos, evitando así el pueblo), Crummie le habló sin reservas de su padre.

«Me quiere más de lo que mamá cree que debería quererme», dijo en voz baja cuando llegaron al granero medieval y se detuvieron frente a él, «a lo que mamá cree que debería quererme. A mamá nunca le ha gustado, pero a mí no me importa. Creo que es una tontería tener esas ideas al respecto. Supongo que soy rara en esas cosas, y también papá, excepto cuando preocupa a mamá. No me importa, ¿por qué debería importarme?, que me quiera tanto...

“La última vez que hablé con él”, dijo Sam, “pensé que

estaba bastante inquieto, pero puede que se debiera a esa forma comunista de dirigir la ciudad”.

–Nunca le he dicho esto a nadie –dijo Crummie–, pero a veces papá me asusta. No con sus caricias y esas cosas, porque eso no me importa un bledo. Pero una o dos veces últimamente ha hablado de la muerte con una expresión tan extraordinaria en su rostro. Casi siempre habla de la muerte cuando me ha estado acariciando, o ha parecido especialmente cariñoso conmigo, pero no de manera desdichada, ¡entiéndalo! Es más bien como si... ¡es tan difícil de decir, señor Sam!... como si hubiera otro yo, alguien como yo, sólo que, por supuesto, mucho más excitante, ahí abajo en el Hades. He visto sus ojos, señor Sam (¡y usted sabe lo oscuros que son!) brillar como embudos de fuego negro cuando ha estado hablando de la muerte y me ha sostenido en su rodilla.

–¿Te sorprendió que viera el Santo Grial? –preguntó Sam irrelevantemente.

“¡Creía que lo veías todo el tiempo!” dijo Crummie rápidamente.

En ese momento, Sam observaba las extrañas criaturas apocalípticas del granero y pensó que había algo en ellas que le recordaba al señor Geard. De hecho, le resultó fácil imaginar que el arquitecto del señor Geard, después de la muerte del alcalde, podría esculpir un quinto símbolo

evangelístico para este nuevo Evangelio. Sam incluso empezó a pensar en su propio “Ichthus, el pez del mundo”.

Dejó a Crummie en la verja de la casa de la señorita Drew y esperó allí hasta que oyó, por el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse, que estaba a salvo en la casa. En las confusas oleadas de exultante felicidad que ella, la «migaja del pan», como la había llamado él, le había proporcionado, absorbiendo por él e interpretando en términos prácticos el significado de su visión, el Santo Sam había cometido otra vez un error más grosero, más imperdonable, que nunca en su vida. Había hecho un torpe intento de besar a Crummie. La muchacha había vuelto la cabeza y él sólo le había rozado la mejilla, pero el contacto de su carne, a la entrada de aquel húmedo y oscuro matorral de la Casa de la Abadía, le heló hasta los huesos, como si hubiera tocado a esa otra, esa Crummie cimmerica, en los reinos de la Muerte, de la que su padre estaba tan enamorado.

Mientras se daba la vuelta y cruzaba la calle para entrar en la casa de su padre, Sam tuvo la inteligencia de darse cuenta de que había actuado de forma grosera al intentar besarla. Había hecho el gesto como una muestra de gratitud espontánea y sencilla. Ella lo sabía tan bien como él. ¿Por qué, entonces, había vuelto la cabeza? La había vuelto para que el gran amor de su vida, el ideal secreto de su niñez, no la besara en los labios antes de entrar en contacto con su rival. ¿Habría dejado que la besara si no hubiera habido ninguna cuestión Nell, sino sólo el hecho de que él no la

amaba? ¡Oh, menos aún, oh, mucho menos! Porque fácilmente podría haber sucedido que esta cuestión de la rivalidad la hubiera llevado a aferrarse feroz, perversa y maliciosamente al beso que le ofrecía, pero nada la habría inducido a dejar que la besara en los labios (ella amándolo y él no amándola) si esa malicia de la rivalidad no hubiera entrado, Crummie, siendo como era, no había accedido, y sus labios permanecieron virginales. Y, sin embargo, muchos de los hombres que solían acariciarla la habían besado en la boca una y otra vez.

¡Oh, qué profundo e incomprensible es este curioso secreto! Todo el Ser de la muchacha más fría, más fea y más sencilla del mundo se parece a una planta sensible de la que sus labios renuentes son las hojas. Organizada para la receptividad por toda la estructura, sustancia y respuestas nerviosas de su identidad, la entrega eléctrica del cuerpo de una muchacha vibra a la menor presión sobre su boca. Sólo los amantes más astutos y sutiles conocen la preciosidad, la trágica, única y peligrosa preciosidad de ese momento en el que, bajo la presión de un beso, sus labios se separan.

Los dos más grandes realistas que han vivido jamás, esos superhumanos que se adentran en el hueco de una rodilla, en el hoyuelo de una mejilla, en el surco de una frente o en el hueco de una cuenca ocular, Dante y Leonardo da Vinci, coincidieron en encontrar en los labios de las mujeres la entelequia de todos los designios más secretos de la Naturaleza. La risa de un hombre... ¡qué simple y anodino

«ija! ija! ijo! ijo!» es ese sonido, mitad rugido de león y mitad rebuzno de asno, comparado con el sutil aumento o disminución, la ondulación entrecortada del reflejo de la luna sobre el agua que fluye, de la sonrisa de una mujer! Para Dante, la sonrisa de una doncella significaba la latitud del más pequeño espacio de una delgada pestaña entre el inexorable Aqueronte y los círculos mecánicos del Empíreo; y para Leonardo, el vacilante comienzo de una sonrisa de muchacha llevaba, plegadas en su cáliz, las venas azules de sus muslos, las puntas rosadas de sus pezones, el arco de su empeine, la sedosidad de sus flancos, las insondables recesiones de su rendición final a la presión del deseo.

Un avergonzado y disperso presentimiento de todo esto flotaba en la mente del Santo Sam mientras entraba en el camino familiar de la casa de su padre. ¡Oh, había sido brutalmente egoísta en todo este asunto de sus relaciones con la gente de su vida! Pero ahora lo cambiaría todo. ¡Tomaría esta nueva felicidad suya y la prodigaría entre ellos!

Sam abrió apresuradamente la puerta principal de la vicaría y se sumergió de inmediato, como un perro en el olor de una perrera familiar, en el olor bien conocido de su lugar de nacimiento. Oyó las voces de Penny y del señor Weatherwax que se alzaban en voz alta en la cocina y se sintió contento de que algún vivo interés propio les hubiera impedido oír su entrada. Durante un segundo se quedó escuchando y dudando, «de un lado a otro dividiendo la

mente veloz», incapaz de decidir si entrar primero a ver a su padre o correr hacia Nell.

Pero era hacia su chica y su hijo hacia quienes debía dirigirse ahora, ¡ahora y por el resto de sus días! Ese era el mandato del Grial. Ese era el dictado de ella, cuya palabra, “era como el reflejo de una señal”, lo había iniciado en su búsqueda. Tan ligero como pudo (pero era un hombre pesado y las escaleras crujieron dolorosamente) corrió al rellano superior. Se encontró formando en sus labios su grito a su Amor: “¡He vuelto a ti; he vuelto a ti para siempre!” y, como hacen las personas afuera de una puerta que revelará, en un segundo, una forma querida y familiar, la abrazó contra su corazón en su mente con el mismo apego de la realidad. Golpeó suavemente dos veces (dos pequeños golpes agudos y excitados con los nudillos) y luego, sin esperar una respuesta, abrió la puerta de golpe.

Todo estaba oscuro. A través de las oscuras cortinas descorridas, podía ver vagamente las siluetas borrosas de los árboles del exterior, recortadas contra unas pocas estrellas pálidas. La gran cama con dosel del Príncipe de Orange estaba vacía; hacía frío y se sentía desolación en la habitación desierta.

–¡Nell, pequeña Nell! –Su voz volvió a él como la voz de alguien que habla en un lugar de muertos. Con el primer dolor de corazón, pensó para sí: «¡Lo ha llevado a cenar con papá!». Dejando abierta de par en par la puerta de la gran

habitación vacía, salió corriendo al rellano y bajó corriendo las escaleras. Abrió la puerta del comedor. Pálido en la oscuridad brillaba el mantel blanco, puesto para la cena. Le hizo pensar en un mantel sobre un altar cuando se apagan las velas.

Retrasando instintivamente –porque algo gélido se acumulaba en su corazón– su inmersión en “el museo”, abrió la puerta del salón. Puertas, puertas, *puertas*, siempre puertas... ¡y sólo vacío dentro! Con el olor mohoso del salón sin fuego –aquella habitación donde había abrazado a Nell contra su corazón la mañana en que había decidido marcharse–, un penetrante y rápido olor a muerte golpeó su conciencia, la sensación del cuerpo de la mujer moribunda del que el doctor Fell lo había arrancado a esta amarga vida, veintiséis años atrás.

¡Bien! Tenía que dar el paso. Mientras oía las voces de Penny y del jardinero desde la parte trasera de la casa y el ruido de las sillas que se empujaban violentamente («Están los dos borrachos», pensó), abrió la puerta del museo y entró. La lámpara estaba desprovista de adornos y humeaba. El lugar parecía apestoso por el hollín de las lámparas, pero, en cualquier caso, aquella habitación no estaba vacía. Su padre estaba sentado en su habitual silla de mimbre. Pero, para sorpresa del hijo (ya que Sam nunca le había visto hacer algo así antes), Mat Dekker había acercado su silla al fuego y, al parecer, estaba en el acto de hacer el fuego más brillante que podía, pues sus grandes manos estaban

manoseando la chimenea y las llamas se elevaban desde la leña que había estado apilando, y parecía que, ahora que su gran enemigo solar le había hecho lo peor, estaba haciendo un gesto solitario, hosco y prometeico en desafío a todos esos dioses crueles.

Sam cerró la puerta tras de sí. Por primera vez en su vida no echó ni una mirada al acuario. «¿Qué pasa, padre? ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?». Pero mientras hacía estas preguntas, su corazón lo sabía perfectamente bien, pues recordaba lo que le había dicho Angela y recordaba aquella carta con el sello extranjero.

Mat Dekker levantó la cabeza de entre las llamas, que hacían resaltar de forma sorprendente todas las hendiduras, arrugas y ondulaciones de su rostro rubicundo. Sin embargo, no pronunció palabra alguna. Se limitó a hacer un gesto con la mano en dirección a la mesa.

Sam se acercó a la mesa y apagó la lámpara humeante. Allí, entre la lámpara y el acuario, había un trozo de papel doblado, con la palabra «Para Sam» escrita a lápiz. Lo leyó de pie junto a la lámpara, mientras su padre seguía seleccionando los trozos de madera más inflamables de la caja de leña, y cada vez que aumentaba el calor de las llamas, su silla se acercaba más y más. El garabato a lápiz era bastante largo, pero evidentemente estaba trazado a toda prisa. Sin embargo, la letra de Nell era tan infantil que Sam no tuvo dificultad en descifrar las palabras:

Sam, mi querido Sam, siempre te amaré más que a nadie. Pase lo que pase, digan o hagan los demás, siempre serás mi gran amor. Pero él vino y me hizo volver con él. Ella se fue hace mucho tiempo... se fue a Rusia, dice él. Ya no le gusta. Will y yo hablamos libremente de todo antes de que yo le permitiera llevarme. Dice que siempre supo que el niño era tuyo, pero dice que lo ama por mí y que siempre lo amará. Esto es verdad, Sam; ¡y creo que el bebé lo ama a él más que a su padre o a su madre! Will no está enojado *contigo* y lo he perdonado por él. Oh, Sam, nunca, nunca, nunca te olvidaré. Más tarde [había tachado la palabra "más tarde" y escrito "pronto"] debemos volver a vernos. Nos hemos acostumbrado a vernos a tu manera, ¿no? Pero Will era tan infeliz, Sam. Dijo que se iría a África si yo no regresaba. Estaba triste y tu padre se estaba poniendo triste por nosotros, así que sé que es lo mejor. Ahora que me he ido, volverás, Sam, ¿no es así? ¿Vivirás con él otra vez? Mis brazos están alrededor del cuello de mi Sam y siempre lo estarán.

Tu Nell.

PD: No tuve tiempo de ordenar mi habitación. Ay, Sam, no puedo evitarlo. ¡Pero te quiero, te quiero!

Dobló la carta y se quedó inmóvil durante un rato, mirando el acuario, pero sin ver nada más que el rostro de Nell. Luego se acercó a su padre y le puso la mano en el hombro.

El hombre mayor se volvió hacia él con fiereza, y Sam nunca olvidó el brillo de ira –una ira ciega, desconcertada, trágica– en sus hundidos ojos grises. –¡Vete! –gritó con voz ronca–. ¡Sal de aquí! Vuelve a tu trabajo de pesca de arcilla. Cuando necesite tu compasión, te mandaré a buscar. Era evidente que la mente del hombre estaba completamente obsesionada en ese momento por su propia pasión frustrada. Sus emociones habían ardido hasta convertirse en un trozo de turba oscuramente quemada, autoalimentada, autoconsumida.

Sam suspiró profundamente y se dirigió a la puerta. Todavía sostenía en la mano la carta de Nell, muy arrugada. –¡No prenda fuego a la chimenea, padre! –gritó mientras salía. Caminó por el largo pasillo oscuro y entró en la cocina. Allí había muchas señales de alguna escena de alboroto reciente, pero los dos viejos amigos estaban en paz otra vez, uno frente al otro junto a la estufa, cada uno con un cuenco de las famosas “gorlas” en las rodillas. Estaban demasiado aturdidos para levantarse de sus sillas cuando entró Sam.

–Pero, Penny –dijo–, pensé que nunca habías bebido con el señor Weatherwax.

Y el enorme semblante del jardinero, radiante de alegre felicidad, prorrumpió en su cancioncilla favorita:

«El Molinero, el Malster, el Diablo y yo tuvimos una novilla, tuvimos una potra, tuvimos un Ding-Dong, pero ahora yace

en un verde claro cubierto de hierba». ¡Adelante, chicos! ¡Adelante!»

Pero Penny Pitches miraba soñadoramente de uno a otro. «Es mejor que beber», murmuró entrecortadamente. «¡Déjenos beber, amo Sam, déjenos a todos beber y cantar! Nunca me habría emborrachado con él si este equipaje descarado no me hubiera insultado cuando le dije lo que pensaba. Sí. ¡Puedes burlarte de mí tanto como quieras, muchacho! Ya no tiene que dormir sola. ¡Son todos iguales! El amo Zoyland sólo tuvo que tocar la campana y llamar a «Nell», y ella cogió a su bebé. Hice todo lo que pude para abrazársela, Sr. Sam; pero ella sólo me insultó, y el amo Zoyland me maldijo por ser una perra vieja».

Al ver que no había nada mejor que esto que pudiera sacarle esa noche a su madre adoptiva, y demasiado dolido del corazón para soportar otra estrofa de "Ding-Dong", Sam siguió su camino con cansancio. Lentamente, muy lentamente, mientras regresaba por las calles abarrotadas de las noches de domingo hacia Manor House Road, pasando por la tranquila y familiar torre de San Juan, la influencia de su Visión volvió un poco; y cuando llegó al piso superior había recuperado la suficiente aquiescencia con el decreto del destino como para recibir un cierto consuelo hogareño del salvaje y extravagante placer con el que el spaniel negro, que emergía de debajo de su cama, saltaba para lamerle las manos.

Su mente consciente estaba triste, hasta el borde de una especie de desesperación inerte, por esta pérdida de Nell en el momento mismo en que estaba listo para vivir con ella; pero, debajo de su mente consciente, resonando todavía en lo más profundo de su ser, estaba el sentimiento: "¡Puedo soportar todo lo que el destino pueda hacerme, porque he visto el Grial!"

XXIX. LA BARRA DE HIERRO

Ya estábamos a finales de febrero. Los periódicos de toda Inglaterra habían publicado titulares alarmantes durante la última semana sobre la comuna de Glastonbury, y la mayoría de ellos pedían al gobierno que pusiera fin, mediante alguna medida drástica, a esta escandalosa interferencia en los derechos de la propiedad privada. Sin embargo, no se hizo nada, salvo lo que hizo Philip Crow para proteger la construcción de su nueva carretera de cemento que bajaba desde Wookey Hole y su nuevo puente de acero sobre el río Brue en el lado sur de Lake Village Field; y la acción de Philip se limitó a introducir protección policial.

Aquel año se habían producido tantas disputas en todo el país entre los ayuntamientos y los terratenientes locales que a Philip le resultó difícil hacer que las autoridades se dieran cuenta de que esa repentina transformación de Glastonbury

en una única entidad cooperativa era algo más que lo que el jefe de la policía de Taunton llamó «otro de esos trucos de broma de los ayuntamientos».

El gobierno probablemente habría intervenido de todos modos –porque el desempleo en todas las grandes ciudades vecinas, como Bristol y Cardiff, era agudo en ese momento, y había una inquietud peligrosa en todo el país– si no hubiera sido porque la fortaleza realmente importante de la propiedad privada, es decir, el banco de Glastonbury, permaneció intacta ante este experimento socialista.

El veintitrés de febrero, el señor Evans bajó a su tienda de High Street de un humor excepcional. El día era de efectos atmosféricos inusualmente delicados. Abundaba el gris sobre el gris, con ocasionales fragmentos de lo que parecía casi nácar, mientras las nieblas de las zanjas se dispersaban aquí y allá sobre patios amurallados y prados cubiertos de musgo mientras el sol luchaba con las nubes.

–Tengo una noticia emocionante para ti cuando regreses, Owen –le había dicho Cordelia en la puerta de su casita mientras él se marchaba–, pero la guardaré para el té. Sólo asegúrate de no llegar más tarde de las cinco, ¿quieres?

–No, no, volveré a las cinco, *si fractus inlabatur orbis!* (El mundo está roto y se cae a pedazos). Volveré, Cordy, te lo juro –había respondido.

Mientras se apresuraba por el largo camino en pendiente, rodeado de casas de obreros, con los faldones negros de su abrigo de cintura ajustada ondeando como las plumas de una grajilla excitada que se dirige contra el viento, se preguntó qué noticias le traería Cordy. «Tiene algo que ver con su padre», pensó. «Quizá ha descubierto que es más rico de lo que suponía, después de calcular sus gastos». Cuando llegó al pueblo, se encontró con Finn Toller, que entraba con paso lento en la taberna de Dickery Cantie. El señor Evans había tenido varios encuentros con Codfin últimamente desde cierta reunión trascendental, unos días después del incidente del redil, cuando de hecho había cuestionado al hombre sobre su singular encuentro con Mad Bet.

Codfin había detectado desde el principio, con esa extraordinaria clarividencia que los imbéciles comparten con los niños, que el señor Evans tenía un interés morboso por la violencia física, sin excluir el asesinato. También se sentía absolutamente libre de cualquier peligro de que el «hombre curioso» –como lo llamaba ante sus colegas– lo delatara alguna vez ante las autoridades. «Es un tipo divertido», decía a sus amigos en el bar de Cantie's, donde solían reunirse los más pobres y desventurados vagabundos de Glastonbury.

–Lo haré... esta noche... señor –le susurró Codfin, con la mano en el picaporte de la puerta de la taberna. Las persianas del lugar estaban bajadas.

Según la ley de Inglaterra, estaba cerrado. Con la

connivencia del alcalde de Glastonbury, la gente podía entrar y ser atendida toda la mañana en la mejor bodega de Wessex.

–No te oigo, hombre. Esta mañana estoy sordo, sordo como una barra de hierro –dijo el señor Evans, mirándolo como si fuera un verdugo violento–. Si haces cualquier cosa, cualquier cosa, en realidad, ¡vendré y lo detendré! Supongo *que lo entiendes*, ¿no? Vendré, dondequiera que estés, porque siempre puedo encontrarte y ponerle fin.

Habló en tono amenazador y apretó con fuerza el brazo izquierdo de Finn Toller, justo por encima del codo. Codfin, cuya mano derecha todavía sostenía el tirador de la cantina, no mostró el menor signo de nerviosismo.

–Esta noche será el momento, señor –dijo lentamente–, de que vengas y le pongas fin a esto; y yo estaré aquí toda la mañana, si quieres venir y escuchar *dónde* es mejor que vengas para detenerlo; y tal vez escuchar también *cuándo* es mejor que vengas para detenerlo. No hay nada como estar al tanto, amigo; porque así uno puede complacerse a sí mismo. Si llegas *a* aparecer antes de que termine la mañana, tal vez puedas tomar un sorbo de cerveza conmigo, para bautizar este hermoso día, ¿sabes?, antes de que subas la colina para *ver* qué es lo que hay que detener.

La barba pajiza del hombre se movía mientras hablaba y sus ojos claros brillaban con una diversión profana. Cada

palabra que pronunciaba parecía tener un doble sentido, parecía estar cargada de indicios que sus ojos lascivos completaban y confirmaban. Su débil inteligencia subhumana parecía escabullirse en los intersticios de los pensamientos más perversos y secretos del señor Evans y acurrucarse, recogerse y acurrucarse allí, como si los pensamientos del señor Evans fueran los pezones de la Diana de los Efesios, la diosa de los múltiples pechos.

Este encuentro entre los dos hombres fue, en efecto, la culminación de varios encuentros furtivos, en todos los cuales, bajo la superficie de lo que pasaba audiblemente entre ellos, había existido una conspiración de entendimiento sin palabras que iba en aumento, como si su subconsciencia –las serpientes–gusanos que había en ellos– hubiera aprendido el arte de un entrelazamiento obscuro. Codfin había descubierto rápidamente que su propio instinto homicida, en el que la imagen mental de la barra de hierro desempeñaba un papel tan vivo, era respondido por algo más oscuro y mucho más malvado, ya que era mucho menos simple, en la naturaleza del señor Evans.

Una vez que había tocado el borde de este oscuro conocimiento, el vagabundo se vio inducido –pese a toda su imbecilidad– a tocar con sutileza esa oscura cuerda, reconociendo que el accidente del redil le había ayudado a adquirir un poder definido sobre ese extraño "caballero curioso" que tanto interés tenía en hablar con él. Un asesino en potencia, que anda entre gente supuestamente normal,

actúa como un imán ambulante, atrayendo hacia sí una nube de objetos curiosos; la temeridad de ese individuo en relación con el resultado –la policía, la cárcel, el juez, la horca– le otorga el mismo tipo de poder sobre las mentes menos desesperadas que un guía alpino, inmune al vértigo, adquiere sobre los aspirantes a escaladores cuyos pasos vacilantes sostiene con su cuerda.

Codfin ya había probado –con su astuto e imbécil estilo– ese aliento ártico, picante y delicioso, de inesperada potencia, en su conversación con Red Robinson en el salón de la señora Chinnock. Sin embargo, Robinson se le había escapado por completo, lo que indicaba que el apetito emocional, como impulso al crimen, no puede competir con la serpiente–gusano del nervio sexual.

–Bueno, tengo que irme –dijo el señor Evans–. ¡Buen día, Toller! No debemos llevar nuestras bromas demasiado lejos.

“¿Estás bromeando?”, pensó el vagabundo mientras entraba. “¡Así es como hablas, mi buen caballero!” Suspiró profundamente mientras se arrastraba hasta el mostrador del bar detrás del cual se encontraba el joven Elphin. “¡Si hubieras oído a Mad Bet decirme anoche lo que me haría si no matara a su pretendiente rápidamente, no estarías bromeando!”

Tan pronto como el señor Evans dobló la esquina junto al mercado de ganado, vio ante él, a unos trescientos metros

de distancia, la figura familiar de la señorita Elizabeth Crow, sentada en un banco de madera justo afuera de un corral de ganado poco utilizado.

Sobre los recintos vacíos que había detrás de ella, donde antes estaban atados los animales, sobre los postes de madera y el pavimento de asfalto, sobre los trozos de papel anodino que el viento había dejado entre las barandillas de hierro del banco donde estaba sentada, la parpadeante luz del sol, en una niebla, caía con la misma bendición acariciadora que habría traído si hubiera caído sobre las olas danzantes de la bahía de Weymouth o sobre las piedras cubiertas de musgo de Mark Court.

La señorita Crow sostenía en la mano un paraguas cerrado, con cuya férula garabateaba vagas marcas sin sentido en el barro pisoteado a sus pies. Estaba meditando sobre una entrevista que había tenido esa mañana, tan pronto como abrió su clínica, con el doctor Fell, y se preguntaba por qué los médicos nunca dicen directamente lo que saben del caso de su paciente. «¿Por qué no dijo con palabras sencillas –pensó– que su corazón está peligrosamente afectado? Esos síntomas que tiene son una señal indeleble de que puede estallar en cualquier momento. Lo mejor que puede hacer es irse a la cama tan pronto como llegue a casa y quedarse allí». En efecto, ella misma había sabido durante los últimos tres meses que su corazón estaba empeorando y la entrevista de esa mañana, aunque Fell había sido tan cauteloso, fue el golpe convincente. Había leído las conclusiones del buen

hombre, una anciana astuta como era, como un libro; y si él le hubiera dicho: "Sólo te quedan tres semanas de vida", ella no habría podido recibir su sentencia de manera más definitiva de lo que lo hizo a partir de sus evasivas vacilaciones.

El efecto principal sobre la mente de Elizabeth fue que el disfrute del aire y del viento de ese día fue más intenso y vívido de lo que jamás hubiera creído posible. Era como si el veredicto que la condenaba a muerte hubiera eliminado la delgada pantalla que se interponía entre ella y la vida.

No lejos de su banco había un álamo pequeño sin hojas, con la corteza desprendida del lado norte, el que daba a los corrales del ganado, y algunos excrementos secos de perro ensuciando las raíces del lado que daba a la calle. En las ramas desnudas de este árbol parloteaban y se peleaban media docena de gorriones y sobre su tronco, fuera del alcance del ganado y de los perros, un holgazán había grabado con un cuchillo las iniciales de él y de su novia.

La forma en que la luz entrecortada y brumosa caía sobre este pequeño árbol le otorgaba esa cualidad especial de magia que los objetos familiares suelen recibir, ya sea que haya un ojo humano para verlo o no, bajo ciertos efectos de la atmósfera.

Los sentimientos de Elizabeth Crow fluían y refluían en ese momento entre un débil, frío y estremecedor retroceso por

el shock de la muerte –fue cuando sintió ese retroceso que hizo esas marcas sin sentido en el barro con su paraguas– y un intenso, prolongado, derretido y lloroso deleite por los objetos terrestres más pequeños y familiares. Fue la visión de ese álamo con su corteza raspada y desfigurada y con ciertas sombras encantadoras y casi místicas en algunas de sus ramas, mientras se balanceaban con la ligera brisa, lo que la transportó entonces y la emocionó de pies a cabeza con un éxtasis lloroso por seguir viva.

El señor Evans tardó sólo dos minutos en llegar hasta ella desde el momento en que apareció por primera vez en la esquina; pero durante esos dos minutos, la señorita Crow había experimentado las eternas alternancias, los grandes sentimientos antípodas de la experiencia humana, el estremecimiento de la muerte y «el placer que hay en la vida misma». ¡Y era una mujer que no se perdía nada, aunque guardaba silencio sobre estas experiencias!

Ella pensó: «¡Ahí viene ese hombre Evans! Haré que me envíe ese San Agustín del que habló Sam; y se lo daré a Mat. ¡Ahora puedo permitírmelo!» ¡Con qué rapidez se mueve la mente de un margen a otro de estos sentimientos opuestos! El señor Evans estaba llegando rápidamente a un punto en el que podía oírlo; y si ella quería hablarle de San Agustín, tendría que impedírselo; y sin embargo, detrás de la figura que se acercaba del señor Evans y detrás de la imagen de ese libro caro, e incluso detrás de la imagen del placer de Mat Dekker en el libro, ese frío y estremecedor retroceso todavía

la poseía, y esa luz mágica que parpadeaba en el álamo todavía la poseía.

Los observadores invisibles –esos científicos recolectores de interesantes experiencias humanas en esta antigua ciudad– se comunicaron entre sí la conclusión de que ciertas esencias y revelaciones son captadas y apropiadas por una anciana solterona, como la señorita Crow, que nunca son tocadas por vidas turbulentas y atormentadas como las del señor Evans y Codfin.

¿Cómo podía el señor Evans, que ahora se levantaba el sombrero para saludar a esa digna figura de voluminosas faldas y pechos con volantes, convertirse en un médium para esas tranquilas esencias platónicas? ¿Qué podía saber Codfin, que se arriesgaba a la cuerda del verdugo por la manía de un loco, del profundo encogimiento natural de un corazón normal en presencia de la muerte, o de su extática arrogancia ante el encanto de lo que está dejando?

La señorita Crow había quedado con lady Rachel y Athling para almorzar en Casa de los peregrinos ese día. En el fondo de su corazón estaba un poco nerviosa por ese encuentro, porque en su creciente desaprobación (que bien se puede imaginar que también compartía el padre de la muchacha) por la intimidad en la que ahora parecían vivir los amantes, últimamente había evitado ver a Ned Athling. Rachel todavía vivía oficialmente con ella; pero había noches enteras en las que la muchacha se quedaba “trabajando”, según declaró,

en las oficinas del *Wayfarer*; y ya se había empezado a hablar de las prolongadas visitas que hacía al desván de soltero que el joven editor se había acondicionado encima de esas oficinas.

Lord P. había tenido recientemente varias conversaciones serias y diplomáticas con la señorita Crow sobre qué medidas podrían tomar para detener el estallido de un escándalo grave; pero ni ella ni él se habían atrevido aún a arriesgarse a dar un ultimátum drástico a la voluntariosa muchacha por miedo a precipitar el mismo desastre que temían.

“No me quedaré mucho después del almuerzo”, pensó la señorita Crow mientras respondía al saludo del señor Evans, “y no iré a su imprenta con ellos hoy. Les pediré que me dejen libre por la tarde; iré a Wirral Hill, si no estoy demasiado cansada, y me sentaré en ese asiento donde Mat y yo solíamos sentarnos hace treinta años”.

Le hizo una seña al señor Evans y él se acercó a ella y se detuvo frente a ella. Había algo en la señorita Crow (su madre Devereux, tal vez) que inspiraba más respeto entre los comerciantes de Glastonbury que en cualquier otra persona de la ciudad. El señor Evans, aunque ciertamente no era un comerciante, no era insensible a esta cualidad, y ahora permanecía torpemente, pero con mucha deferencia, esperando lo que ella tenía que decir.

–Tiene usted una edición bastante cara de San Agustín entre sus libros, ¿no es así, señor Evans? –dijo en voz baja.

–Sí, mamá –admitió el socio del Número Dos–, es la mejor del mercado.

Es una vieja y amarga experiencia de la raza humana que, una vez que se ha iniciado una corriente de un mal en particular, siempre es impulsada hacia adelante por alguna nueva brisa o agrandada por alguna nueva corriente que se vierte en ella. Parece que en una corriente de ese tipo existe un poder magnético que atrae estos estímulos casuales y accidentales.

¿Por qué, entre todas las cosas, se le debía recordar al señor Evans su colección de libros en ese momento, y por qué, de todos sus libros, el que estaba al lado de “El pecado inmenso”?

–Creo que, si tu socio aún no lo ha vendido –dijo la señorita Crow–, me gustaría tener ese libro.

–Lo guardaré para usted, mamá –murmuró el señor Evans–. Es caro, me temo, pero si...

–Seré extravagante por una vez –exclamó la señora con una sonrisa–. Así que creo que puedes enviarlo hoy mismo si tienes a alguien con quien enviarlo. ¿Sabes mi número en Benedict Street?

El señor Evans hizo una reverencia. Todo el mundo conocía el número de la señorita Crow. ¿No había sido el tema principal de conversación en el pueblo cuando ella dejó la casa de su sobrino y se fue a vivir a la casa de un obrero?

–Espero que la señora Evans esté bien –preguntó la dama.

Esta simple pregunta hizo que el cerebro del hombre de nariz ganchuda, que se inclinaba hacia ella, se revolviere en una furiosa rebelión contra el encasillamiento suavizado de la propiedad pública en el que vivía un comerciante casado. En su estado nervioso, se le subió a la punta de la lengua la idea de hacerle a esta tranquila personificación de la dignidad convencional alguna pregunta escandalosa como respuesta, como “¿Cómo se siente tu Tossie, casada con el señor Barter?” o “¿Cómo te las arreglarás con la manera en que Lady Rachel se comporta con el joven Athling?”

–Muy bien, mamá, gracias –respondió. Y luego se atrevió a añadir–: Tenemos una casa que le resulta bastante fácil de cuidar.

La señorita Crow sonrió. “Me alegra oír eso. Es un error que las mujeres jóvenes casadas trabajen demasiado”. Hizo un pequeño movimiento con el mango de su paraguas para indicar que ya no necesitaba la compañía del señor Evans.

El galés enderezó la espalda, le hizo una reverencia de una manera que ni siquiera la señora Geard podría haber sentido

que había avergonzado a la Casa de Rhys, y se fue, acomodándose el sombrero en la cabeza mientras caminaba con pequeñas sacudidas de enojo y jurando que no se lo volvería a quitar hasta llegar a su destino.

Apenas se había ido (la señorita Crow había elegido un lugar muy público para su descanso matutino) cuando el “camarada Trent”, como siempre lo llamaba el populacho con su humor rústico y burlón, apareció en silencio y con naturalidad. La señorita Elizabeth apenas conocía a Paul Trent «para hablar», como suele decirse, y tenía un cordial prejuicio contra él. Hacía mucho tiempo que había atribuido, en su corazón, todo este miserable asunto del nuevo régimen a este extranjero de las islas Sorlingas.

Era evidente que había sido él quien había ideado el plan de comprar los arrendamientos y las rentas del suelo al señor del feudo y repartir, de esta manera pauperizadora, todo lo que los visitantes traían entre los pobres de la ciudad. Ni el honesto Dave, ni ese agitador impetuoso de Robinson, y ciertamente tampoco el señor Geard con sus fantasías, habrían tenido el ingenio para tramar una maniobra tan audaz. La señorita Elizabeth sentía poca admiración por su sobrino Philip, pero sentía lástima por él e incluso simpatía por él, cuando veía a este joven abogado afectado y astuto pavoneándose por la ciudad como si fuera el amo de todo. En las relaciones entre seres humanos siempre es natural atribuir los motivos egoístas más groseros a las personas que instintivamente nos desagradan.

Del verdadero Paul Trent, que heredó de su madre un idealismo apasionado como el del poeta Shelley, y que habría perecido voluntariamente en una barricada si hubiera podido iniciar una revolución antiautoritaria o anarquista, la señorita Crow no sabía absolutamente nada.

“Buenos días, señorita Crow”, dijo Paul Trent, “¿disfrutando de este hermoso clima?”

–Al contrario, señor Trent, ¡estoy haciendo cuentas! Antes de lanzarse a comprar en Wollop's, ya sabe, una mujer tiene que pensar en lo que puede permitirse sin arruinarse. Yo siempre me escabullo, en medio de mi día de compras, para pensar un poco en soledad.

Esta alusión a Wollop's era una burla femenina encubierta contra ese joven arrogante, pues era bien sabido en la ciudad que el señor Wollop era dueño de su tienda y del terreno en el que se encontraba en propiedad absoluta. Wollop's, al igual que el banco de Glastonbury, seguía siendo un obstinado enclave del capitalismo en un lago socialista.

–¡Qué tesoro es su señor Wollop! –murmuró Paul Trent, y aprovechando la leve grieta en el hielo –como un gato que se frota contra las rodillas de alguien que odia a los gatos–, se deslizó hacia abajo en el asiento que estaba a su lado–. ¿Qué le parece nuestra nueva constitución de Glastonbury? –le preguntó en tono despreocupado.

–No me meto en política, señor –respondió ella; y la forma en que se alejó de él mientras hablaba parecía añadir: –¡Y no tolero a los políticos!

–Estoy completamente de acuerdo con usted –dijo; y luego, para horror de la señorita Crow, levantó una de sus suaves piernas cuidadosamente enfundadas en calcetines y la colocó sobre el asiento entre ellos y deslizó su brazo por el respaldo del banco.

"Me levantaré en cuanto mi corazón deje de latir fuerte", pensó la señora. "¿Qué quiere este joven objetable conmigo?"

–Una mujer como usted, señorita Crow –continuó con lo que ella consideró pura impertinencia– puede comprender mejor lo que estoy haciendo en Glastonbury que el hombre más inteligente.

La señorita Crow golpeó el suelo con el paraguas. Luego hizo un ruido entre la lengua y los dientes y, tras expresar con estos movimientos físicos su desaprobación de Paul Trent, respondió con modestia burlona a su ambiguo cumplido pronunciando las sílabas «¡Tut–tut–tut!». Pero su invasor insidioso se limitó a empujar su rodilla femenina y redondeada y su pantorrilla pulcramente enfundada un poco más a lo largo del asiento del banco y deslizó su mano delicadamente moldeada una pulgada más cerca por el dorso, hasta que la uña escrupulosamente limpia de su dedo

meñique estuvo a la distancia del pico de un gorrión del cuello de la chaqueta de la señorita Crow. Estos gestos externos, que le producían a su compañera una sensación de cosquilleo en la espalda, eran métodos de acercamiento heredados de su padre, un hombre de Cornualles que tenía la suavidad de un viejo comerciante fenicio; pero por debajo de todo esto despertaba en Paul Trent un intenso anhelo idealista, heredado de su madre, de convertir a la señorita Crow a sus ideas revolucionarias.

–Hablo muy en serio, señorita –dijo–. No debe enfadarse conmigo. En realidad, no hay muchas mujeres con las que se pueda hablar en Glastonbury. La mayoría de mis pensamientos se pierden entre esta gente.

–Este día tan agradable y poco habitual parece hacer que usted moralice, señor Trent, del mismo modo que a mí me hace sentarme al sol y pensar en mis facturas.

–Lo que he descubierto –continuó con entusiasmo, sin darse cuenta de ese desaire– es que ninguna de estas personas, a las que usted llama con toda propiedad políticos, señorita Crow, sabe lo que es la libertad. Los capitalistas nos quitan la libertad en nombre de la libertad, lo que, en realidad, significa libertad para trabajar como un esclavo o para morir de hambre. ¡Pero su pariente, el señor Spear, no es mucho mejor! Le quita la libertad al individuo en nombre de la comunidad. Así que ahí lo tiene, ¡ya ve! Probablemente soy el único hombre en Glastonbury que lucha por la

verdadera libertad, lo que significa, por supuesto, una asociación voluntaria de espíritus libres para disfrutar de la vida ideal, pero las mujeres entienden estas cosas mucho mejor. Fue mi madre quien...

La señorita Crow lo miró sorprendida. En su tono afectado y gentil se había infiltrado una vibración de emoción tan auténtica que la sobresaltó. No repitió el chasquido de la lengua. Dejó el paraguas quieto, con el mango entre las rodillas. Olvidó las siniestras palpitaciones de su corazón.

“¿Tu madre qué?”

“Quién me enseñó lo que realmente significa la libertad. Quién me hizo anarquista, señora”

"Pero no querrá decir..."

–¡Basta, señorita Crow! ¡Sé lo que viene! Va a hablar de lanzar bombas y matar a gente inocente. No, no. Mi madre no me enseñó a lanzar bombas. Lo que me enseñó fue –¡lo que *toda* mujer sabe en su corazón!– que todas estas instituciones creadas por el hombre sólo se interponen en el camino de la vida real y no tienen nada que ver con ella. Es el policía que hay en nuestras mentes, señorita Crow, el que nos impide a todos ser nosotros mismos y dejar que los demás sean ellos mismos.

Se detuvo para tomar aliento y descubrió que estaba gesticulando furiosamente con su mano libre justo frente a

la cara de Miss Crow, y que Miss Crow había cerrado los ojos con fuerza, como si la estuvieran lavando con champú, y que en su entusiasmo había emitido un pequeño glóbulo de esputo blanco que ahora se adhería al volante negro del pecho maternal pero virginal de Miss Crow.

Alrededor de esa saliva anarquista, una diminuta mosca amarillenta, atraída por el olor de la humanidad y soñando tal vez que uno de los antiguos mercados de Glastonbury estaba a punto de comenzar, revoloteaba con deseo palpitante y agitado.

Paul Trent sacó su elegante pañuelo del bolsillo de la camisa y se secó la frente con él. Luego dudó un momento. Le habría gustado mucho limpiarse esa pequeña burbuja de su boca demasiado locuaz que todavía se adhería con molesta prominencia al pecho de la dama, pero simplemente no tenía el coraje para intentar semejante hazaña. Es más fácil desafiar a la sociedad que ultrajar una pequeña propiedad; y el hombre, procedente de lo que Malory llama el país de Surluse y lo que Sir John Rhys llama Sorlingues o Les Isles Lointaines, volvió a guardarse su delicado pañuelo en el bolsillo de la camisa y se hundió en su lugar, con un suspiro interior y una sonrisa exterior. «¡No sirve de nada!», pensó para sí mismo, y una oleada de amarga futilidad lo invadió.

Durante las últimas cuatro o cinco semanas había llegado a sentir una hostilidad hacia Glastonbury como la que había

sentido jamás cualquiera de los Crows. Habría odiado la ciudad tanto como Tom Barter si no hubiera sido por esta oportunidad única de dar un giro anárquico a las políticas de la pequeña comuna. Pero había sufrido muchas desilusiones una tras otra, siendo los métodos de Dave Spear, el joven comunista quien lo derrotó cada vez que sus ideas chocaban. La causa de esto era obvia. Dave tenía un conjunto claro de principios inflexibles, que combinaba con un oportunismo práctico e incluso sin escrúpulos que era una constante sorpresa para todos.

Así, cuando los propulsores de este microscópico Estado se enfrentaban, siempre era el anarquista, cuyos principios eran vagos y su práctica flexible, el que se veía obligado a ceder, mientras que el comunista, cuyos principios eran claros como el cristal y su práctica inflexible, llevaba la voz cantante. Si Paul Trent hubiera sido más comprensivo con el misticismo del alcalde, podría haber convencido a Geard para que aceptara su punto de vista. Si hubiera sido más personal en su destructividad, podría haber propiciado al emocional rojo y haber planeado con su ayuda algún golpe catastrófico a la fábrica de tintes de Philip, o a la mina de estaño, o al puente, o a la carretera, esas cuñas del capitalismo en esta comunidad cooperativa; pero la verdad era que Paul Trent, como el poeta Shelley, era demasiado ideal en sus instintos para que sus instintos prevalecieran; y en un mundo donde la libertad, la independencia y la dulce sensatez se ven obligadas a ceder ante el fanatismo y la fe

dominante, su curiosa doble naturaleza, en la que el alma masculina de su madre se ocultaba en el cuerpo afeminado de su padre, dividía su energía y confundía sus propósitos, le era más fácil vencer al marqués de P. que convertir Glastonbury en una asociación voluntaria de trabajadores libres. Cuando se levantó de un salto del lado de la señorita Crow, hizo su cortesana reverencia cartaginesa y se marchó, dirigiendo sus pasos hacia las oficinas centrales de la comuna, que estaban en los pisos superiores del Tribunal del Abad, se dijo a sí mismo que su verdadera dificultad era con la naturaleza caprichosa y emocional de los propios nativos de Glastonbury. «Y lo mismo», pensó, «con Spear y el viejo Geard; ¡sí! e incluso con el tonto de dos tonos de Robinson.

“Nuestra pequeña sociedad puede tratar con estos peregrinos y visitantes con bastante facilidad. La comunidad puede enriquecerse con ellos y puede obligarlos a obedecer nuestras reglas o mantenerlos alejados mediante nuestras requisas. Serán los nativos quienes desmantelarán esta situación, cuando se desmantele; ¡y no le doy más que un par de años, en el mejor de los casos! Sí, ¡serán los nativos quienes arruinarán todo el asunto!”

Así reflexionó; y al mismo ritmo y con el mismo gemido, Avallach y Arthur, Alfred y Edmund, Dunstan y Edgar, Whiting y Monmouth, sí, ¡y el señor Recorder King!, todos habían reflexionado en su día y en su hora.

Se detuvo un momento en la puerta del Tribunal, tal como

lo había hecho una vez Mary Crow, y contempló con ojos tristes y desencantados aquella hermosa fachada de estilo gótico tardío.

“¿Es necesario un bruto como el juez Jeffreys”, pensó, “o un santo como San José, o como ese loco Sam Dekker, para tratar con esos autóctonos de Glastonbury? El viejo Geard puede manejarlos cuando quiere, pero parece que nunca quiere hacerlo. Dios sabe adónde lo llevará ahora la mente a ese viejo charlatán. ¡No a la construcción de ninguna comunidad posible que yo pueda desear!”

Su mano estaba sobre el picaporte de la entrada principal del Tribunal cuando dos niñas pequeñas, una de ellas con un niño robusto en brazos, pasaron cerca de él.

“Bert puede decir ‘Glastonbury es una comuna’, Bert puede hacerlo; tal como nos dice la maestra”, dijo la niña que llevaba al niño.

–¡C... O... M... M... U... N... E..., *comuna!* –murmuró Bert orgullosamente, desde los brazos de una hermana aún más orgullosa.

Pero Nelly Morgan, como de costumbre, hizo añicos esta sencilla gloria, que se llevó un viento oscuro. «Glaston no es tal cosa», gritó con su voz estridente y burlona de duendecillo. «Glaston es una persona, como yo, y las personas no pueden ser deletreadas ni enseñadas por

ningún maestro. Fue Mad Bet quien me dijo que Glaston era una persona y que yo era el Santo Sam, y dijo: «¡Claro, niña, claro! ¡Glaston es la Madre de los Dolores que tiene a Cristo en su regazo!». Los niños siguieron su camino, fuera del alcance del oído del sombrío triunviro; pero, aunque no fuera supersticioso, al joven abogado de Les Isles Lointaines le resultó difícil no considerar el curioso comentario de Nelly Morgan como un presagio significativo. Miró hacia la calle, hacia la enorme torre de San Juan, coronada por un pináculo. ¡Era ciertamente un día peculiar en cuanto a luces y sombras! Un resplandor suave, elusivo y fluctuante que parecía contenido en un delicado vapor subacuático, a la vez ligeramente teñido de rosa y ligeramente verdoso, flotaba como la lámpara sumergida de un barco hundido sobre los tejados y la mampostería de la antigua ciudad.

¿Glastonbury, una persona? Bueno, tal vez, después de todo, ¡esa *era* la solución a sus problemas! ¡Esos viejos, obstinados e irracionales habitantes del lugar comprendían a esta personalidad caprichosa y misteriosa mejor que cualquier triunviro filosófico, y habían expresado sus sentimientos a través de la boca de esta niña de ojos desorbitados!

Pero si ésta era la solución, ¿no estaba él, más cerca del secreto que los demás? ¿O era, después de todo, un error convertir incluso la obstinación y la irracionalidad de las personas en un principio y una doctrina? ¿Era el viejo Geard, a la larga, el más sabio de todos ellos; aquel para quien todos

estos emocionantes acontecimientos eran sólo medio reales, los sueños de un Viajero distraído, «ebrio de la leche» de un Paraíso invisible?

Al joven anarquista le resultó difícil romper ese hechizo indefinible en el que lo habían arrojado las palabras casuales de Nelly Morgan. Conocía muy bien el aspecto pulcro, recatado y meticulosamente ordenado de las oficinas comunales que se alzaban sobre su cabeza, donde la mente despersonalizada de su colega Dave dominaba las máquinas de escribir y los sellos postales, haciendo que todo pareciera esos patrones recortados en papel, de los que las pacientes costureras cortaban sus prendas. ¿Por qué la *verdadera realidad* de la vida siempre se desdibujaba?

Lo que Paul Trent sintió en ese momento fue una vaga sospecha de que si todos en Glastonbury –estos nativos difíciles así como estos visitantes fáciles– simplemente dejaran de hacer algo, simplemente se detuvieran y escucharan, simplemente se detuvieran y se volvieran porosos, ¡se revelaría algo mucho más importante que una “Asociación Voluntaria de Espíritus Libres”!

Un sentimiento lo invadió como si a lo largo de toda la historia de Glastonbury, la Persona Femenina, como María a los pies del Maestro, hubiera estado esperando que cesara el alboroto, que las voces se calmaran, que se asentara el polvo.

Así como cuando un niño capta el rostro de una niña, o cuando un hombre capta el rostro de una mujer, esa mirada femenina única que siempre está esperando, observando, escuchando, soñando, en un trance de pasividad inconsciente por algo que nunca llega, así Paul Trent se sintió ahora observando la atmósfera de Glastonbury, en ese día de luces y sombras tan extrañas.

¿Sería posible que el secreto de la felicidad extática humana sólo se conociera cuando toda la maquinaria externa de la vida se suspendía y toda actividad práctica se dejaba en suspenso? El hombre debe vivir, por supuesto, y los niños deben nacer de las mujeres; pero ¿no había algo más, algo más importante que cualquier organización concebible para estos grandes fines necesarios?

En la mente de Paul Trent surgió una duda, distinta de todas las que había sentido antes, sobre si su ideal más íntimo, aquello que correspondía a la palabra libertad, era suficiente para vivir. ¿No era sólo el hueco, el espacio, el vacío, la tierra de nadie hueca y vacía, en la que la esencia fugaz e innombrable podía fluir y morar? Se sentía como si estuviera al borde de un secreto emocionante, mientras ese pensamiento, esa duda, lo tocaba con su aliento. Era como si todos los momentos de vacío oscuro, fresco, encantador y tranquilo que habían llegado a las generaciones de hombres que vivían en Glastonbury se hubieran encarnado en esa Emanación Femenina del lugar, que ahora parecía rozarlo con sus alas eclipsadoras.

El camarada Spear quería “liquidar” la Búsqueda del Grial.

Cuando el comunismo se detuvo, Red Robinson quiso destruirlo a causa de las traiciones y opresiones que había tolerado. Él mismo había querido deshacerse de él, como si fuera una superstición medieval mórbida, dañina para los espíritus libres, como un miasma viscoso. Y durante todo ese tiempo, el viejo Geard estaba obrando sus milagros con su ayuda; pero de manera casual, descuidada, casi indiferente; como si hubiera descubierto que toda la Búsqueda del Grial era un mero subproducto de algún vasto depósito planetario de una fuerza desconocida.

¡Oh, Dios mío! Sus pensamientos se habían vuelto demasiado analíticos, demasiado concretos, y su buen momento había desaparecido. Con un encogimiento de hombros, giró la manija, entró en el Tribunal y corrió escaleras arriba hacia las ordenadas salas desde las que ahora se gobernaba Glastonbury.

Cuando el señor Evans llegó a su tienda después de su entrevista con la señorita Crow junto a las rejas del mercado de ganado, encontró a su socio, el señor Jones, extremadamente entusiasmado por la cantidad de extranjeros que había ese día en la ciudad y decidido a dedicar todo el día a una animada concentración en su negocio.

–Sé mejor que tú lo que necesitan estos continentales, ya

que viví en Glaston antes de que tú nacieras –insistió el anciano–, y lo mejor que puedes hacer es sacar una pila de libros del sótano y ponerlos en un lugar ventilado. Esos alemanes y rumanos prefieren los libros a los ladrillos.

El señor Evans se quitó con esfuerzo el abrigo ajustado, haciendo muecas portentosas mientras tiraba de las mangas, lo colgó de un clavo en la parte trasera de la tienda y se frotó la cara con ambas manos, dispuesto a hacer lo que su socio le ordenara. Desde que se casó había tenido mucho cuidado de evitar ese descenso al Averno, pero la mente humana está construida de tal manera que cuando recibió ese empujón directo de su cómplice de negocios, surgieron cien razones como cien abogados astutos, cada una de ellas llena de sutiles argumentos para que hiciera lo que el anciano le ordenaba. ¡Ésa era la tercera brisa que había ayudado a impulsar ese día su corriente de maldad!

Su buen humor esa mañana se debía en gran medida al hecho de que acababa de llegar, en su *Vida de Merlín*, al comienzo de la escena final donde el Mago pasa a ese estado del Ser insinuado en la misteriosa palabra *Esplumeoir*⁸⁹.

89 El esplumoir Merlin es un lugar mencionado en la leyenda artúrica en relación con el mago Merlín. Aparece notablemente en el *Didot Perceval* atribuido inciertamente a Robert de Boron, y también se menciona en *Meraugis de Portlesguez* de Raoul de Houdenc. Su naturaleza es incierta, pero probablemente se relaciona con una metamorfosis en un pájaro. Se presenta como una cabaña, una torre o una roca alta y a veces se compara con el Hotié de Viviane, un sitio megalítico en Bretaña.

Últimamente, el señor Evans escribía todas las noches en su pequeño salón del barrio de Edmund's Hill, por encima de Bove Town. Se sentaba en una pequeña silla que crujía bajo su huesuda figura, delante de una mesa endeble, cubierta de publicaciones de diversas sociedades de anticuarios y folclore, y mientras contemplaba una estampa barata en color, con un marco abigarrado, de un río, un barco y una mujer leyendo (una estampa que arrancaba el corazón de todos los ríos, todos los barcos y todas las mujeres), se entregaba al exquisito y dulce dolor de sopesar cada palabra que escribía, cambiándola, reordenándola, sustituyéndola por otra, reemplazando la primera, hasta que por fin conseguía el ritmo particular que buscaba.

Un barco... un río... una mujer leyendo... esa producción increíblemente débil, en la que el marco manchado y el cuadro sentimental parecían fundirse uno en el otro hasta convertirse en una débil mancha de giros y curvas sin sentido, se había vuelto tan querida, tan dulce, tan familiar para el señor Evans, cuyo gusto estético era nulo, que no sólo le recordaba un cuadro de la granja de sus padres, sino que también se asociaba con la palabra *Esplumeoir*. Fue bajo el hechizo de ese objeto completamente inútil, pero para él casi sagrado, que el señor Evans estaba ahora considerando y sopesando en su mente dos simples frases: "Y así, en el vapor húmedo que colgaba en tristes gotas de agua sobre su barba, se agachó y se inclinó sobre la tierra empapada por la lluvia donde ayer había estado el puente levadizo de Caer

Sidi. El Golpe Doloroso había caído: la Lanza de Longinus había hecho su trabajo; ¿Dónde iba ahora a esconder su frente y cubrirse los párpados, pues conocía demasiado bien las causas de todos estos acontecimientos, sus ecos, sus ondas, sus lunas crecientes y menguantes?

Complacido con la manera en que estos párrafos sonaban en su mente y encontrando en sus cavilaciones sobre la palabra Esplumeoir una extraña vibración de paz, el señor Evans había salido de su umbral esa mañana, pero ahora todo era diferente. Mientras atravesaba esa pequeña escalera oscura de la tienda al sótano y del sótano a la tienda, llevando enormes brazadas de libros, descubrió que su estado de ánimo de autosatisfacción soñadora se transformaba en algo diferente. El Número Dos era escrupulosamente honesto en su manejo de las ganancias diurnas, que, con el aumento de visitantes extranjeros, comenzaron a crecer considerablemente. Tenía dos grandes cajas de recolección, una de ellas con las letras GC –Glastonbury Community– escritas a lápiz, y dividió todo el incremento en dos partes y luego subdividió su propia parte.

Mientras el señor Evans traía estos libros, la tienda estaba abarrotada de gente, y el viejo Jones hizo todo lo que pudo para lidiar con los empujones y codazos que se producían.

Pero tenía razón en lo que se refiere a los libros. No entró ningún alemán ni ningún ruso que no se pusiera a hojear los libros; tampoco entró ningún francés que no quisiera ver

todos los adornos de porcelana de que se jactaba el establecimiento.

Este interés erudito por su colección de libros –la mayoría de los cuales eran viejos folios de pergamino– mantuvo al señor Evans en su trabajo; pero su humor había cambiado por completo. Y había cambiado de una manera muy sutil; porque mientras sus cavilaciones aún giraban en torno a su interpretación mística de la palabra *Esplumeoir*, se deslizaron en sus pensamientos ciertos episodios de la vida anterior de su mago que lo llevaron insensiblemente a su tentación subterránea.

Recordó, por ejemplo, aquella ocasión en que Merlín descendió corriendo en medio de una aullante tormenta desde las colinas del bosque, arreando delante de él una manada de ciervos; él mismo, montado en el lomo del último, y, arrancándole uno de sus grandes cuernos, arrojó esta arma salvaje al atrevido jefe que estaba robando la esposa del mago.

La oscura y sangrienta violencia de esta escena perturbó la corriente mental del señor Evans. Algo en la siniestra acción de arrancar de raíz aquel cuerno ramificado le recordó un pasaje mortal y sumamente peligroso de “El pecado imperdonable”. La marea maligna estaba realmente sobre él ahora. Con las rodillas temblorosas, dejó la vela (pues en aquel sótano apenas entraba la luz del día) y, cogiendo el libro de su lugar junto al San Agustín, empezó a pasar las

páginas febrilmente hasta que encontró aquel pasaje abominable y terrible.

Sus manos temblaban tanto y sus rodillas chocaban tan violentamente mientras se regodeaba con aquella terrible escena, que cualquiera que lo hubiera visto habría supuesto que era víctima de la danza de San Vito. Los huesos del hombre parecieron derretirse dentro de él mientras leía una y otra vez, pasando de un pasaje a otro y de aquel a otro, hasta que perdió por completo todo sentido de lugar o tiempo. Los largos meses de invierno en los que había vivido tan felizmente con Cordelia se desvanecieron ante él como una imagen cinematográfica que pasa por una pantalla artificial.

Nada en el mundo parecía importar, nada en el mundo parecía tener la menor importancia, comparado con la abrumadora manía que ahora lo poseía. Volvía sobre él con una fuerza aún más irresistible a causa de la prolongada represión que había tenido. Si alguien hubiera estado allí abajo observándolo, habría visto que se mordía el labio inferior con tanta violencia (de hecho, se lo chupaba y se lo mordía) que todo su rostro estaba transfigurado. Sus fosas nasales se movían constantemente, abriéndose y cerrándose como las de un semental salvaje, y sus ojos ardían con una luz tan insana que uno podía imaginar que realmente harían que el papel en el que estaban escritas esas cosas atroces ardiera y se arrugara como hojas expuestas a una llama devoradora.

El hombre estaba tan absorto en su vicio frenético que, cuando se abrió la puerta de lo alto de la escalera y la voz del Número Dos lo llamó para que subiera a la tienda, fue como si hubiera oído una polilla golpeando contra la pared. Pero llegó un momento (porque incluso en medio de una excitación cerebral llevada a un extremo como éste, un ser humano se da cuenta de ese horizonte que llama al que llamamos futuro, de esas encrucijadas fluctuantes y atrayentes, de esos puentes, el Puente Peligroso, el Puente de Pomparles, el Puente de la Anguila, el Puente de la Espada, el Puente del Agua, que hacen que una persona sienta que los pensamientos malvados no son suficientes), llegó un momento en que el señor Evans decidió hacer *algo*. No fue algo vago lo que decidió hacer, porque su proyección imaginativa era tan concreta y palpable como la peor de esas siluetas de horror grabadas en el exceso sagrado de la satisfacción sádica, por la demencia racionalizada de Dante.

Ahora cerró las hojas del libro, dejando que la página que lo había dominado cayera sobre su vecina con tanta delicadeza como una persona podría cubrir una herida con su propia piel erosionada.

Se levantó en toda su altura y se apoderó de la vela. Sus rodillas dejaron de chocar entre sí, sus pulsos dejaron de latir frenéticamente, las gotas de sudor de su frente comenzaron a secarse.

Era la curiosa fase de la lastimosa evolución de la

tentación, cuando el deseo insano se hunde y se hunde, y la resolución práctica de lo que vamos a hacer se endurece y cristaliza en todas las venas y fibras.

Ya no hay en el ser del hombre ninguna agitación sensual localizada. Todo se diluye, todo se difunde a través del cuerpo, el alma y el espíritu. El hombre no sólo quiere hacer esta cosa abominable con su nervio sexual alterado, sino que quiere hacerlo con toda su naturaleza. Ese nervio sexual todavía está en el fondo. Pero ese nervio del mal imaginativo, ahora tan silenciosamente enroscado –sólo su pequeño ojo, de color lívido como el glaciar, atravesado por un rayo rojo parpadeante, permanece alerta, sólo su lengua bífida tiembla como la aguja de una brújula– ha proyectado su energía dinámica a través de todo el organismo, ha convertido a todo el organismo en su esclavo obediente, de modo que su funcionamiento inmediato puede permanecer latente.

Y el aspecto más peligroso de esta energía difusa, que ahora llena toda la naturaleza del hombre, de modo que su intelecto está inspirado por ella, su alma está inspirada por ella y su espíritu está inspirado por ella, es su astucia mortal.

Esa pequeña serpiente nerviosa enroscada, ahora repentinamente se volvió tan inocentemente tranquila que si el Sr. Evans se desnudara no habría habido nada indecente en la exposición, reunió la energía dinámica que se extendió a través de todo su ser directamente desde la Primera Causa.

En la naturaleza de la Causa Primera hay dos ventanas de manifestación que corresponden con la mayor precisión a los ojos de las criaturas que no tienen más que dos ojos. De una de estas rendijas brota el bien hacia el Infinito; de la otra, el mal.

Cuando Spinoza enseñaba que la voluntad de Dios estaba limitada por la naturaleza de Dios, no deducía tal doctrina de su experiencia íntima, sino de su razón matemática. La experiencia íntima de la realidad –ya sea la experiencia de la Causa Primera o de cualquiera de sus innumerables criaturas– siempre nos informa de “magia, misterio y milagro” y, junto con ellos, de una fe ilimitada en el poder de la voluntad para *cambiar la naturaleza del organismo*. Toda la corriente de lo que se llama evolución depende de esta autocreatividad de los seres vivos. No hay ninguna criatura que no comparta con la Causa Primera el poder de ser buena o mala según su propia voluntad intrínseca.

Son las criaturas, no el creador, quienes constantemente producen el bien a partir del mal; y esto lo hacen por su absoluto libre albedrío. Ciertas almas creadas han querido el bien en lugar del mal tan habitualmente (y estas almas no se limitan a la raza humana) que se han vuelto impermeables al Ojo maligno de la Primera Causa y porosas sólo al Ojo de la compasión infinita. El señor Evans que ahora salió del sótano del Número Dos y apagó su vela en lo alto de esas estrechas escaleras era un señor Evans cuya voluntad, para esa crisis de su vida, era completamente malvada y cuya taimada

astucia para lograr su atroz intención era sobrenatural en su flexibilidad.

–No recuerdo si le dije, señor Jones –dijo, poniéndose su ajustado abrigo negro con veinte veces la facilidad con la que se lo había quitado, pues ningún abrigo, ni tampoco ninguna chaqueta con ribetes de piel, se pone tan rápido como los que están destinados a una misión perversa–, que tengo una cita esta mañana con el padre Paleólogo.

–¿Sí? ¿Qué es eso? ¿Quiere decir que se va, señor?

–El Padre Paleólogo. ¡Lo recordará si piensa un poco! Trajo una colección de iconos para venderlos en su monasterio. Es un monje griego. A los monjes católicos se les desaconseja venir aquí; sus autoridades saben, por una tradición secreta de advertencia escolástica, lo que significa realmente el Crepúsculo, «Yr Echwyd», al que conduce el Grial.

El Número Dos lo miró fijamente. “Perdón, señora”, le murmuró a la dama a la que estaba atendiendo.

“He tenido muy pocos *High Cones* en mi tienda”, continuó hablando tranquilamente y con seriedad al Sr. Evans. “¿Crees que habrá una demanda lo suficientemente grande para cosas como esas, como para que valga la pena?”

Pero el señor Evans ya estaba cogiendo su bombín del perchero donde siempre descansaba.

–Le traeré un par para mostrárselo, señor Jones, y estoy seguro de que estará de acuerdo.

Lo cierto era que el Número Dos, aunque no era mal juez para un retrato de John Locke, cuando vio uno, en realidad, nunca había visto un ícono y no tenía la menor idea de cómo era algo así.

Pero el señor Evans había abierto la puerta de la calle y se había ido, mientras que el viejo Jones, volviéndose hacia su clienta con aire de confiarle a su inteligente oído todas las excentricidades de su compañero, dijo algo acerca de que el estudio de los *High Cones* era una de esas ramas de su profesión a las que nunca había aspirado. –¿Por casualidad ha encontrado algunos en sus viajes, señora?

Mientras la dama observaba a este curioso vendedor de rarezas, el socio del Número Dos se encontraba a cierta distancia en la calle, caminando muy rápido hacia el Mercado de Ganado. Cuando llegó a la entrada de la taberna de Dickery Cantie, abrió un poco la puerta que hacía “Tap” y miró hacia adentro. La taberna estaba llena de bebedores de cerveza y el aire estaba denso por el humo.

La señora Cantie, una mujer pálida y desgastada, estaba sirviendo en la barra, ayudada por su hijo Elphin.

El señor Evans abrió la puerta un poco más y permaneció vacilante.

El pequeño lugar estaba tan lleno de gente, pues era el lugar de reunión favorito de los desempleados de Glastonbury que podían conseguir uno o dos peniques, que ni la señora Cantie ni Elphin –ni tampoco nadie en la habitación– notaron esa nariz ganchuda y esos ojos brillantes bajo el sombrero hongo, husmeando y espiando en la entrada como el diablo en el sótano de Auerbach.

El delgado brazo blanco de la señora Cantie se movía de un lado a otro por encima del mostrador; la delgada y frágil figura de Elphin se movía de un lado a otro entre las mesitas que había delante de los asientos de madera. Debió de ser una escena que, con algunas diferencias insignificantes en el corte del traje y el tono de voz, se remontaba a la época en que Glastonbury era una ciudad medieval de no poca importancia.

No había un solo hombre aquí esta mañana entre aquellos que bebían que no hubiera venido, para *olvidar sus problemas* y no había un solo hombre entre todos estos hombres que no se hubiera dado cuenta ya de ese propósito en el aire espeso y lleno de humo con su fuerte olor a cerveza, queso y sudor masculino.

Los actuales gestores de Glastonbury, es decir, Dave Spear, Paul Trent y Red Robinson, con toda seguridad nunca se habrían atrevido oficialmente a interferir en las normas nacionales sobre el horario de cierre de los bares, pero una vez que la policía local, representada en este caso por Bob

Sheperd, recibió una señal del alcalde de la ciudad en favor de una mayor laxitud, a las tabernas más pequeñas, como St. Michael's en Chilkwell Street y Dickery's en el Cattle Market, les resultó fácil admitir a un grupo de clientes habituales, manteniendo las persianas bajadas y las contraventanas cerradas. Ese grupo, pues, esa mañana, en un momento en que el bar público de los Peregrinos estaba auténticamente cerrado, se divertía a la manera de sus antepasados y hablaba en voz alta sobre la nueva comuna. Nadie prestó la menor atención al individuo demacrado con sombrero hongo que vacilaba en la puerta y escrutaba la habitación con una mirada de salvaje expectación. Al parecer, había encontrado lo que buscaba, pues de repente emitió un sonido que era una mezcla de risa y gemido. Su vacilación se acabó de inmediato. Cerró la puerta muy suavemente tras él y avanzó entre el humo y la ruidosa multitud, pasando junto a las mesitas y los bancos de madera, hasta llegar al mostrador. Allí permaneció en completo silencio hasta que captó la mirada de la casera.

–Buenos días, señor *Heavings* –dijo la señora Cantie con voz débil–. ¿Ha venido a ver qué le debe Dickery al viejo Jones, por un segundo... y por la cama y una docena de sillas para el dormitorio?

–Por supuesto que no, señora –murmuró el señor Evans–. He venido... He venido a... He venido a... tomar una copa y a echar un vistazo.

–¿Qué quiere tomar, señor *Heavings*? ¿Un whisky escocés puro o un trago de nuestro whisky especial?

Como ni ella ni su marido habían tocado jamás una gota de lo que vendían, todos los presentes en la sala entendieron que esta última alternativa se refería a una marca de licor, más potente incluso que el ponche Bridgewater de Mother Legge, que había envejecido durante generaciones en un gran barril en la famosa bodega de Cantie.

La verdad era que “Nuestro Especial” era una especie de saco viejo que los años habían convertido en un oro líquido embriagador y reconfortante en un grado sin parangón, salvo quizás con el contenido de uno de los grandes barriles históricos de Bremen. Sólo los visitantes más atrevidos pagaban sus medias coronas por un sorbo de este ancestral aguardiente; y un punto de color se dibujó en las mejillas hundidas de la delgada dama cuando el señor Evans, ignorante de la formalidad de esta oferta, murmuró su preferencia por la selecta bebida.

–No podemos permitirnos el lujo de invitarlo a eso, señor *Heavings*. Usted lo sabe, ¿no?

Como respuesta, el galés metió la mano en el bolsillo y sacó un gran puñado de monedas de plata. –¿Con eso pagaré un vaso doble, señora? –preguntó.

Ella le dirigió una de esas rápidas miradas nerviosas que las

mujeres de todas las clases tienen la costumbre de lanzar cuando están en presencia de alguna evidencia llamativa de extravagancia masculina. “Pagaría por unas tres veces más”, dijo.

–Déme entonces eso, por favor, señora Cantie: un «tres veces más».

–¡No soy responsable, señor *Heavings*, si un triple de Nuestro Especial le pone la tripa en la cabeza!

La sonrisa, si se la puede llamar sonrisa, con la que el desafortunado hombre respondió a esta advertencia, intimidó a la mujer y la hizo obedecer. “Te costará lo mejor de diez chelines”, dijo solemnemente mientras se volvía para darle la orden a Elphin. Elphin había estado mirando con mudo asombro durante un rato a este inusual cliente.

–Va a ser un vaso lleno, mamá –susurró–. ¿Se enojará papá?

–¡Haz lo que te digo, Elph! El caballero sabe de qué se trata. ¡No nos corresponde a nosotros decir nada si nos vierte una moneda de un soberano en la garganta!

Mientras Elphin se encontraba fuera cumpliendo con su misión y su madre estaba de nuevo sirviendo cerveza a sus clientes más habituales, el señor Evans se dirigió lentamente a un banco de madera situado al fondo de la sala, donde se encontraba sentada la persona cuya presencia había estado

buscando contra toda esperanza. Esta persona no era otro que Finn Toller. Codfin, de pelo rubio rojizo, estaba sentado solo con una jarra vacía delante de él, mirando distraídamente la atmósfera llena de humo. Como de costumbre, sus ojos azules, fijos y acuosos, estaban dentro de sus círculos rojos, y los pelos pálidos de sus pestañas asomaban por los bordes como las cerdas blancas de un cerdo joven, mientras que su labio inferior colgaba hacia abajo como el lóbulo de una monstruosa boca de dragón púrpura.

–¡Es un día gris, Codfin! –observó el señor Evans.

–Así es, señor. Estaba pensando que podría llover antes de la noche, pero espero que no. Tengo mucho que hacer hoy, de una forma u otra.

–Codfin, ¿sientes que cuando tienes algo que hacer todo es irreal, la gente y todo, hasta que lo logras?

El hombre le dirigió una mirada repentina y rápida, pues el tono de su voz era extraño.

–Algunas personas tienen miedo de sentarse a mi lado, señor, pero usted no tiene miedo del pequeño Coddie, ¿verdad?

“Quizás les has dado motivos para tener miedo de ti”.

¡De nuevo el tono extraño! El señor Toller experimentó la

incómoda sensación que tenía a veces cuando se despertaba a las dos de la madrugada. “Red Robinson se puso muy enfermo de miedo cuando me vio llegar. El otro día se dio la vuelta y mostró su maldito trasero antes de que nos encontráramos”.

–¿Cómo explicas que haya hecho eso, Codfin? –preguntó el señor Evans con los ojos encendidos.

–No lo sé. ¡No le he hecho nada!

–Sí, sí, Codfin... Sí, sí, sí. Como te decía antes en este lugar, tú y yo estamos vinculados entre nosotros en los movimientos de las estrellas y cuando tú hagas lo que quieras, yo haré lo que yo quiera.

La mirada de Toller se apartó del vacío y se transformó en la expresión de un conejo contemplando a una comadreja.

–¿Qué sabe usted de mí, señor?

–¡Mucho, Codfin, más de lo que crees! Y eso es porque estamos en el mismo barco.

–Se está riendo de un pobre trabajador, señor Evans.

–De ningún modo, Codfin. ¿Quieres que te ponga la mano encima? Ahí... ahí... buena suerte. Estamos en el mismo barco... ¡Ahí es donde estamos, Finn Toller, amigo mío!

...Los ojos de Elph Cantie casi se le salieron de las órbitas cuando, al acercarse a la mesita que había frente a los dos hombres, con el vaso de oro pálido en la mano, los vio estrechándose las manos.

–Madre dice que son diez chelines, señor, si es tan amable –susurró mientras dejaba el “Nuestro Especial” en la mesa. Fue el turno del señor Toller de mostrarse sorprendido cuando vio el gran puñado de monedas de plata emerger del bolsillo del pantalón de su compañero.

–Tráenos otro vaso, muchacho –dijo Owen Evans con gravedad.

El joven Cantie se fue con el dinero y volvió con el vaso. Estaba demasiado hipnotizado por lo que vio como para darse la vuelta hasta que el señor Evans hubo vertido la mitad de la bebida en el recipiente vacío y lo empujó hacia el vagabundo.

–¡Vete, muchacho! Esto no es un caramelo de jengibre, o te invitaría a un poco también.

Cuando la figura de Elphin quedó engullida por la multitud de trabajadores oscurecida por el humo, el señor Evans levantó su vaso y le hizo un gesto a su compañero para que hiciera lo mismo. No era frecuente que lo que bebía hiciera que el señor Codfin se atragantara, pero el hombre jadeaba y farfullaba como una mujer en su intento de acabarse el

“Nuestro Especial” de un trago. En cuanto al señor Evans, no dejaba de murmurar algunas extrañas sílabas galesas de aprobación carnal mientras bebía y bebía y bebía de aquel antiguo saco.

–En... el mismo... barco... –repitió, mientras sus ojos, con un brillo terrible, se posaban en los del otro, por encima del borde de su vaso.

En los asesinos vagabundos, los ladrones imbéciles y los degenerados rurales hay un instinto de peligro que emite una señal de advertencia más sensible que los bordes de los pétalos de las plantas sensibles. Si el señor Evans hubiera tenido el más leve olor a funcionario, a respetable normal, a moralista, a legalista, Codfin habría encogido los cuernos y se habría quedado mudo como un pez de aguas profundas. También jugó la suerte del diablo en este encuentro, ya que el ruidoso murmullo de las conversaciones a su alrededor y el hecho de que sus compañeros fueran todos los trabajadores más simples y rudos hicieron que su relación fuera tan segura y privada como si se hubiera celebrado en el interior de la Torre de Piedra de Gwyn–ap–Nud, en lo alto del Tor.

Fue sobre esta torre sobre la que el vagabundo empezó a murmurar pronto, mientras su ingenio hervía de confianza salvaje bajo los vapores de la bebida peligrosa.

El señor Evans ya había hablado de la barra de hierro, y el

borracho parecía tener metido en su imbécil cerebro que ese personaje de nariz ganchuda y ojos llameantes había sido su cómplice desde el principio.

“Habría estado más contento si hubiera sido ella y no él a quien yo golpeará con mi barra. Pero nunca golpeé a una mujer en mi vida y nunca lo haré... ¡No! Ni siquiera por Mad Bet”.

El señor Evans escuchó sus palabras con la sangre hirviendo en sus venas y el pulso de sus muñecas latiendo tan fuerte que sintió que debía presionarlo contra el borde frío y duro de la mesa. El pasaje del libro que lo había impulsado a salir ese día tenía que ver con una barra de hierro; y como sucede a menudo con las imágenes simbólicas del crimen, ese ídolo de la violencia, que había estado flotando en el fondo de su mente desde aquella tarde en el redil, atrajo hacia sí como un imán todas las demás imágenes mentales del libro y las absorbió.

–¿Estás seguro, Codfin, absolutamente seguro, de que van a subir la colina hoy?

–¡Cierto, señor! Al anochecer. Así lo dijo Frenchy Crow, al que nosotros los trabajadores llamamos el Frenchy, mientras yo lo escuchaba, a Tossie, la criada. El jefe Barter se ha casado, desde que nacieron sus hijos, nunca ha estado en Tor Hill de noche. Y mientras todos parloteaban allí y yo escuchaba, dijeron lo que tenían en mente, los tres juntos,

que se encontraran allí "al anochecer" para mostrarle a esta chica lo oscura que sería la noche cuando cayera sobre la Colina. «¡Pero debemos verla caer!», seguía diciendo Frenchy Crow. «No es nada a menos que veamos oscurecer».

–¿Podría... estar... escondido... dentro... de la torre... contigo, y vigilar mientras... mientras... lo haces?

–Sin duda puedes estar dentro de la torre. Hay una rendija en esa puerta; porque la he usado muchas veces para vigilar a Mad Bet cuando entra y sale; ¡y puedes verme bajar la barra de hierro sobre él, cómoda y bonita, te lo garantizo, cuando todo haga crack!

El señor Evans, agitado, empezó a tararear una melodía sentimental de mediados de la época victoriana que contenía las palabras: «Al anochecer, oh, mi amor, antes de que la noche empiece a caer», y el señor Toller, con el "Nuestro Especial" subiéndosele a la cabeza, captó el espíritu de la canción como si una espantosa fosforescencia de un ser impío, en la contemplación del asesinato, hubiera brotado de sus cerebros y hubiera comenzado a repetir un estribillo similar: "Una vez yo... amé a una bella doncella... y... ella... me engañó..."

Algunos trabajadores miraron hacia ese banco apartado, cuando en medio de la confusión general de voces estas melodías agrietadas se levantaron como el viento en un par de tiestos rotos, y Elph Cantie tiró de la manga de su madre;

pero el estallido fue seguido por un silencio deprimente y elocuente.

Ver, ver, ver—a través de esa grieta—arriba—abajo, arriba—abajo, la barra de hierro, arriba—abajo, arriba—abajo, la barra de hierro, y el hombre, arriba, arriba, y luego abajo, la barra de hierro...”

Del lívido Ojo maligno de la Primera Causa, ese ojo maligno que grita por toda la eternidad: “¡Arriba, abajo, arriba, abajo, la barra de hierro y el hombre!”, se estremeció en el cuerpo del señor Evans una esencia concentrada de todos los pasajes estremecedores y palpitantes de su Libro de Libros.

Su nariz ganchuda colgaba baja sobre su vaso vacío, baja sobre sus dos manos apretadas sobre la mesa de madera y su sombrero hongo, que no se había quitado, sino que lo tenía echado hacia atrás, sobre su cabeza, y he aquí que por el borde caminaba, doblada hacia su propio propósito, una pequeña mosca negra.

Mientras los pensamientos del señor Evans lo impulsaban, esta caminante, como un acróbata complaciente en una cornisa mareada, hizo una pausa en su actuación y procedió a limpiar sus patas delanteras frotándolas meticulosamente.

Desde hace mucho tiempo se ha observado que el señor Evans poseía, además de su «visión más profunda», una veta furiosamente precisa de pedantería en primer plano.

Ahora imaginaba con infernal exactitud los más mínimos detalles de la escena hacia la que se precipitaban todo su cuerpo y su alma, imantados por aquel nervio enroscado como una serpiente. Y también imaginaba (pues en lugar de estar embotado o drogado, su inteligencia se había avivado y agudizado) el resultado, el resultado de todo aquello.

Sintió de antemano el hueco succionado, excavado, oxidado por la sangre, el diente del ojo del mundo arrancado de su lugar más bajo, que se hundiría, ese agujero marrón oxidado que era él mismo, su propia vida, hasta el abismo más profundo. Esta visión mortalmente clara del asunto de hoy -¡ojalá hubiera terminado ya!- drenaba hasta la última gota de placer de su realización.

¿Qué lo impulsó a hacerlo? ¿Qué lo impulsó a caer en ese horror desprovisto de placer? ¡El nervio enroscado y serpenteante del sexo! Y lo extraño es que la *voluntad insana de satisfacer* ese terrible nervio sexual no exige placer. ¿Placer? ¡Poco saben los moralistas! A un criminal pervertido se le llama buscador de placer. ¡Grandes cuernos de Dios! ¡Una pequeña gota de la mortal belladona que estaba bebiendo el señor Evans ahora (¡que siguiera el camino ardiente del “Nuestro Especial” por su garganta címica!) depositada en la lengua de aquellos que hablan de placer les enseñaría cómo se sienten los labios succionadores del inmortal Wriggler! (gusano). No, no, eso era lo curioso. El señor Evans se vio obligado a contemplar con precisión a sangre fría el estado del ser al que conduciría esa barra de

hierro que subía y bajaba (lo que fuera que le hiciera a su víctima).

¡Piedad de Jesús! Allí estaba, incluso ahora, mientras contemplaba las diminutas burbujas doradas del fondo de su vaso. Allí estaba, mirando hacia la barra de hierro, hacia la sangre, hacia el hombre asesinado. Es un hecho extraño y una bonita prueba de hasta qué punto se hunde la doble naturaleza de la Causa Primera el que una persona pueda seguir marchando así hacia la barra de hierro sin obtener ni una sola gota de placer. ¡O de satisfacción tampoco!, aunque es la voluntad de satisfacción la que la impulsa hacia adelante.

Si bien los pensamientos del señor Evans, a pesar del “Nuestro Especial”, estaban lejos de ser joviales, los pensamientos de Codfin no eran menos malditos ni menos llenos de “minuciosos detalles”.

«Tendré que dejar que este caballero lo haga», pensó, «porque está tan obsesionado con eso que, si no lo deajo, irá y me entregará a la cárcel de Tarntan. Allí es donde terminaré de todos modos; o sería en Gibbet Hill, sólo que ahora los cuelgan detrás de muros, así que nosotros, los malditos, no podemos saludar a nuestras tías. No me importaría Gibbet Hill. Detrás de muros uno se siente como un maldito aborto, el tipo de nada que el Dr. Fell coloca en el jardín trasero entre la porquería y el retrete. Nunca me han gustado los muros y nunca me gustarán». ¿Qué fuerza

fue la que empujó a Codfin hacia la barra de hierro; ese objeto que ya había escondido con tanto cuidado dentro de la Torre de Gwyn–ap–Nud? Ciertamente no fue ningún nervio sexual. Fue pura y únicamente su sentido del honor. Codfin se había comprometido honorablemente a cumplir las órdenes de Mad Bet, y nunca, ni por un segundo, desde su conversación en el redil, se le había presentado a la mente la posibilidad de librarse de ello. Toda esta expectativa de terminar “tras los muros” había sido aceptada por Codfin desde el principio, como un jesuita acepta el mando de su superior o un asesino a sueldo sus órdenes selladas.

Mientras las dos cabezas de estos esclavos hechizados de la barra de hierro colgaban de esta manera sobre sus vasos vacíos, se produjo un repentino alboroto en aquella habitación llena de humo, del que ambos permanecieron totalmente ajenos. Este alboroto fue causado por la repentina entrada en el interior de la taberna de Dave Spear.

Dave había cambiado de forma bastante perceptible desde que se había convertido en uno de los gestores de Glastonbury. Su juventud se había marchitado. Su agradable buen carácter se había secado. Su espontaneidad extrovertida e impulsiva había sido reemplazada por una cierta reserva forzada, y su honesta sencillez había dado paso a una cautela preocupada y consciente. Las múltiples luchas en las que ahora estaba enfrascado, su intento de burlar el anarquismo incorregible de uno de sus compañeros gestores, de dar un giro marxista racional al jacobinismo

destrutivo del otro, su esfuerzo constante por guiar hacia los canales comunistas ortodoxos la religiosidad mística de su errático jefe, hicieron que una mirada rígida, preocupada y agobiada descendiera sobre su rostro, endureciendo sus contornos desarmantes hasta convertirlos en algo ansioso, melancólico y al mismo tiempo austero.

Su aparición fue recibida con un clamor de voces y una avalancha hacia él de un grupo de trabajadores desconcertados, excitados y codiciosos, todos ellos insatisfechos con las disposiciones del nuevo gestor de Glastonbury.

–No es el dinero lo que me preocupa, señor –explicó un esforzado zapatero de Butts Close–, sino ver a estos tipos que no trabajan, si tuvieran la oportunidad, conseguir lo mismo que yo, que me he convertido en un maldito consumidor.

–Lo que quiero saber –gritó un corpulento barrendero, avanzando– es por qué un hombre con siete hijos, como yo, sólo recibe cinco chelines más que el que tiene dos.

–Escuche, señor –gritó un deshollinador del distrito de Beckery–. ¿No leímos en el periódico de Johnny Geard la semana pasada que Glaston pertenece a la gente de Glaston y a nadie más en el mundo? Lo que me gustaría saber, y hay muchos de nosotros, los trabajadores, que queremos saber lo mismo, es quiénes fueron los que eligieron a esos Trent y

Robinson para que fueran jefes y quiénes fueron los que les dieron a esos jefes su salario. Yo tengo una esposa de familia, cuatro hijos grandes y hambrientos, mientras que ese Robinson sólo tiene su Salle; y no sé qué tiene Trent; ¡no creo que nadie! Y Trent ni siquiera es un hombre de Zoomerset. Dicen que es de las Islas Sorlingas. Ojalá se hubiera quedado en las Islas Sorlingas. (–¡Escuchen! ¡Escuchen! –gritaron muchas voces emocionadas.)

–El dinero de Zoomerset –dijo el deshollinador– debería ir a parar a los bolsillos de Zoomerset; y lo mismo ocurriría si Bloody Johnny tuviera su dinero. ¿Quién hizo que este Trent de las islas Sorlingas y este Robinson de Londres nos manden a los de Glaston? Elegimos a Johnny Geard, porque lo conocemos; y es un buen bebedor y un buen hombre de oración. Pero nosotros no sabemos nada de ese Trent y ese Robinson. ¡Pueden ser espías de Rooshian⁹⁰, por lo que todos sabemos!

Dave Spear estaba tan apurado por toda esa gente que tuvo que retroceder hasta llegar a la mesa en la que estaban sentados el señor Evans y Finn Toller. Abrió la boca con un jadeo de asombro al ver al señor Evans y estaba a punto de dirigirle la palabra cuando un fontanero que vivía en una casita junto al río y que sufría de asma lo agarró bruscamente de la muñeca.

⁹⁰ Palabra cockney para designar a Rusia.

–Vamos a tenerlo con nosotros ahora que lo tenemos, señor Spear –murmuró este hombre con voz ronca y desagradable; evidentemente había estado bebiendo mucho y había llegado a un punto en el que habría propiciado una pelea.

–¡Suéltame! ¿Qué quieres decir con eso de tenerme? –gritó indignado Dave–. No sabéis de qué estáis hablando. Ninguno de vosotros lo sabe. No, no; ninguno de vosotros lo sabe. Todos pensáis sólo en vosotros mismos. Todos pensáis sólo en conseguir más dinero para vosotros mismos... sois todos tan taimados como Philip Crow.

Las cosas empezaron a ponerse feas después de este audaz desafío.

–¡Golpéenle en la cabeza! –gritó una voz. –¡Átenlo y denle algo para que se acuerde de nosotros! –gritó una segunda voz. –¿De dónde vienes, tú mismo? –gritó una voz desde el fondo de la sala–. ¡Eso es lo que queremos saber! ¡Eres un hombre de Glastonbury y nos gustaría saber quién eres! Así había llegado el momento. Él, que no tenía otro pensamiento en su mente que el de elevar a la humanidad, ahora veía a la humanidad tal como es y era odiado, despreciado, rechazado por ella.

Estaba de pie al lado de la mesa redonda que había junto a la pared, donde Evans y Codfin dormitaban con sus vasos vacíos. Allí se dio la vuelta con las manos metidas en los

bolsillos.

“¡Camaradas!”, comenzó con voz clara.

El alboroto cesó, como suele ocurrir con este tipo de turbulencia, bajo el hechizo de un discurso profesional.

“No creo que se den cuenta, camaradas, de lo difícil que es devolverles lo que sus capataces burgueses les han robado. No pueden recuperarlo ustedes mismos, porque *ustedes* están desorganizados y *ellos* están organizados, porque ustedes no tienen líderes y *ellos* tienen líderes entrenados. La única manera de cambiar las cosas de arriba a abajo es mediante una dictadura que los represente, del Sr. Geard, su alcalde.” Fue interrumpido por gritos.

En ese momento dijo: “Está bien. El maldito Johnny no es un maldito político. ¡Tres hurras por el bueno de Johnny Geard!”, pero continuó firme y tranquilamente: “El señor Geard, su alcalde, y me alegro de que le haga justicia, fue elegido por el consejo municipal; y es el señor Geard quien ha designado al camarada Robinson, al camarada Trent y a mí para que actuemos con él y obtengamos para ustedes por medios legales (ya que el consejo ha comprado los arrendamientos que pertenecen a Lord P.) lo que el señor Crow y sus accionistas han estado ocultando a...” Aquí fue interrumpido nuevamente por fuertes gritos.

Alguien se levantó y dijo: "Sabemos todo sobre Lord P.

¡Lord P. tiene miedo de mostrar su feo físico en Glaston! Lord P. no puede vender lo que no es suyo. ¡Vuelve con Lord P. tú mismo y dile al viejo bribón que le vamos a arrancar la maldita cabeza, y a ti también!" Pero una vez más Dave luchó por continuar en voz baja con su discurso.

“Por la vía legal, camaradas, nosotros, sus representantes, en esta ciudad, estamos intentando ahora, con vuestra ayuda y vuestro concurso, iniciar un experimento que nunca se ha llevado a cabo hasta ahora.

–¡Cállate la boca! ¿Quién eres tú, nos gustaría saber, para que nos gobiernes?

Entonces, unas manos violentas se posaron sobre él y otras se levantaron para golpearlo. El alboroto se elevó de nuevo por todas partes de la habitación. Algo se agitó dentro de Dave y perdió toda su calma y dominio de sí mismo. Sus mejillas rubicundas se pusieron blancas. Luchó con los hombres. Se quitó de encima las manos que habían comenzado a agarrarlo en medio de esa confusión oscurecida por el humo.

Como un sonido normal de despertar captado a través de la angustia de un sueño demente, oyó la débil voz de la señora Cantie llamando a su marido. «¡Dickery! ¡Dickery!» Como un tambor sardónico, un estribillo resonó en sus oídos:

«*¡Dickery, dickery, dock!*
¡El ratón ha adelantado el reloj!»

Sacó una silla vacía de debajo de la mesita redonda en la que estaban sentados el señor Evans y el señor Toller y se subió a ella. Desde esa posición gritó en voz alta, con un tono tan vibrante y autoritario que hizo que la habitación volviera a sumirse en un silencio sepulcral.

"¡Silencio!"

–*¡Dickery! ¡Dickery!* –repitió la voz de la señora Cantie, que ahora llegaba a la habitación desde algún lugar remoto en la parte trasera de la casa.

¡Oh, hermanos, hermanos míos, debéis *escucharme*, aunque después me matéis! ¿Me preguntáis *quién soy?* ¡Os diré *quién soy!* Soy la voz del Futuro. Soy la voz de lo que vendrá cuando todos estemos muertos. ¿Habláis de vuestros derechos? ¿Los derechos de Glastonbury? ¡Hermanos, hermanos míos! En ese Futuro no habrá más derechos. En ese Futuro no habrá más Glastonburys contra Roma, ni ingleses contra Rusia, ni Occidente contra Oriente. En ese Futuro sólo existirá la raza humana, surgida de la tierra, que retornará a la tierra, amando la tierra. ¡En el Futuro ninguno de nosotros, ninguno, digo ninguno, querrá poseer esto o poseer aquello! Lucharemos entonces por una sola cosa, lucharemos por una sola ventaja, el derecho a trabajar por la victoria de la vida sobre la necesidad, sobre la enfermedad,

sobre la crueldad, sobre la malicia, sobre la malvada y estúpida ignorancia. ¡Hermanos, hermanos! No dejéis que estos cristianos digan que nosotros, que destruimos sus altares y cerramos sus iglesias, lo hacemos sólo por codicia. Lo hacemos por el Futuro. Estamos *matando* a Dios, al viejo Dios, nos *estamos* alejando de la magia y los milagros, esas cosas viejas, gastadas y egoístas, pero lo estamos haciendo por más Vida. Oh, ¿no podéis sentirlo, hermanos? Todos tenemos el mismo corazón, por debajo de nuestras codicias, nuestras iras y nuestras envidias; el mismo corazón, el mismo corazón. Todos somos iguales ante el gran espíritu de la vida. Oh, mirad en lo profundo de vuestros corazones, hermanos, y sentidlo. ¡Es la Verdad! En este momento, aquí en este lugar, todos somos uno. ¡Yo soy vosotros y vosotros sois yo! Todos somos iguales, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, es un solo corazón el que tenemos dentro. ¡Aquí! Podéis llevarme. Bajaré en un minuto y podéis destrozarme en pedazos; ¡pero sólo os estaréis destrozando a vosotros mismos! Hay algo en nosotros que es lo mismo, que nos pertenece a todos; y os diré lo que es. Es el Futuro naciendo en nosotros; es el Futuro desgarrándonos, rompiéndonos, lastimándonos para poder nacer. ¡Hermanos, hermanos! Incluso mientras me matáis seré igual que vosotros; no diferente. Seré el mismo corazón. Porque yo soy Vida y vosotros sois Vida. La Vida es nuestra hija, nuestra preciosa hija, por la que todos perecemos, por la que nos despedazan. Pero en el Futuro sabrá lo que hicimos. En el Futuro dirá: «Se llevaron su felicidad y la destrozaron por mí. Ellos fueron los

creadores torturados; y yo, yo soy su descendencia». El mismo corazón en todos nosotros, hermanos, y este corazón grita: «¡Dejad toda esta furiosa lucha por vuestras propias manos! ¡Apartaos de él, escapad de él, abandonadlo, dejadlo ir, fundíos en el aire tranquilo, fresco y universal!». ¡Hermano! ¡No sigas con este eterno "Yo... yo... yo... yo!" Deja que el corazón en ti hable, deja que sienta; porque *siempre está ahí*. Escápate de este nudo duro y apretado, este viejo nudo malvado, este viejo nudo codicioso y avaro, escápate de él... y sé libre.

«La Vida en nosotros, en ellos, en Glastonbury, en Roma, en Jerusalén, en la India, en América, en China, es el mismo corazón. ¡Hermanos! ¿No podéis sentirlo? Que derrita esa piedra, esa piedra vieja, dura, malvada, esa piedra que es la tumba de Cristo. Que la derrita, sea la de Arturo o la de César, para que todos podamos fluir hacia uno, un solo Mar, un solo Diluvio, una gran calma... y quietud... y paz. Hermanos, podéis cogermes ahora y despedazarme. No podéis; matad este corazón que llevo dentro, este corazón que han enterrado en Glastonbury, en Roma, en Jerusalén. No podéis matarlo porque está en el asesino tanto como en el asesinado. No necesita nada, no quiere nada, no pide nada. Siempre da. Nunca toma. ¿Qué puede tomar, cuando es la Vida, Dios, el universo, el futuro? Hermanos, hermanos míos, ¿no lo sentís? ¡Ahora se está derritiendo de mí hacia ti, y de ti hacia mí! Ya no es el yo. Ya no es la Piedra contra otras piedras. Me preguntas quién soy. Dices que no soy un

hombre de Glastonbury. Yo te digo: “¡Ninguno de *vosotros* es un hombre de Glastonbury!”. Yo os digo: “Sois el paso del presente hacia el futuro, sois el movimiento de la vida hacia una vida más plena; el corazón en vosotros se derrite en lágrimas, en lágrimas, en lágrimas hacia mí y hacia los míos... se derrite... en... lágrimas... hacia vosotros. ¿Quién soy yo, hermanos? Soy la voz del Futuro que surge del corazón del presente; y es por eso... es por eso... por eso... debo ser... por eso soy... un problema para vosotros... algo que os gustaría... querríais...”.

Entonces se puso a llorar. Las lágrimas, grandes lágrimas de niño, le corrieron por el rostro. Le corrieron por el rostro mientras que el rostro, bajo el chorro, permaneció inmóvil, con la boca tranquila y severa, los rasgos fijos y rígidos, los ojos llorosos fijos en algún punto remoto del espacio.

Por un momento, mientras permanecía allí de pie, llorando en el silencio sepulcral, llorando como si su cabeza redonda de niño fuera de mármol y fuera la figura de una fuente, el señor Evans levantó lentamente su frente arqueada, con su gran nariz ganchuda, y miró fijamente los pantalones embarrados de Dave. Lo que el señor Evans sentía ahora era: «Tengo que seguir adelante con esto, aunque no me produzca ningún placer». Lo curioso, en la mente de este esclavo de la barra de hierro, era que era *la propia barra de hierro* la que ahora excitaba en él esa necesidad implacable y sin placer de seguir adelante. Lo que fuera que se hundiera bajo la barra de hierro, un hombre, un buey, una oveja, un

cerdo, poco le importaba al señor Evans. Que fuera su viejo amigo John, recogido en Stonehenge, quien fuera la víctima destinada, apenas llegó a su inteligencia. Ni siquiera pensó que la víctima estuviera destinada a ser asesinada. ¡No era eso en absoluto! Oh, era algo muy diferente a eso. También fue una acción anónima. ¡Ésa era la cuestión! El “pecado imperdonable”, como todas las demás formas extremas de vicio, era totalmente impersonal, carecía de motivación (salvo su propio impulso) y estaba rodeado por un vacío de anonimato.

Si estos eran los pensamientos del señor Evans cuando el joven comunista cerró su apelación con un ataque de lágrimas apasionadas, los pensamientos de la multitud que lo había escuchado estaban totalmente sumergidos en un ataque de aturdimiento y estupor. La sala permaneció en absoluto silencio, nadie movió un dedo para interferir en lo que él decidió hacer ahora.

Bajó lentamente de la silla al suelo. Estaba en trance. Así lo sintió él y así lo percibió la multitud que estaba en la sala: un trance y un completo olvido de dónde se encontraba.

Vagamente y con pasos cortos y arrastrados, más parecidos a los de un convaleciente que a los de un sonámbulo, se dirigió a la puerta de la calle, la abrió y, tal como estaba, con su abrigo puesto, pero sin sombrero ni bastón, se dirigió hacia Street Road. En ese momento sintió un fuerte deseo de mirar a los ojos compasivos y, sin

embargo, no humanos del jefe de la comuna de Glastonbury.

Se sintió purificado, relajado, reducido a una suavidad casi femenina, y anheló la compasión del señor Geard como lo hubiera hecho una jovencita.

Cuando el señor Evans despertó de la somnolencia causada por “Nuestro Especial”, ya no percibía frente a él, montado en una silla, un par de pantalones grises de confección, y en su repentino despertar se inclinó hacia su compañero que cabeceaba.

–¿Cuándo será mejor que nos encontremos allí? –dijo.

Finn Toller se limitó a dejar que su barba desaliñada cayera aún más sobre la mesa. El señor Evans se puso irritable y lo sacudió con violencia, agarrando con fuerza innecesaria el hombro desgarrado del hombre delgado con sus dedos huesudos. No había mucha gente en Glastonbury que hubiera dormido plácidamente aquella mañana, un sueño más suave que los musgos de Maidencroft Lane, más tierno que los vapores azules de Wick Wood, pero entre estos afortunados había ciertamente sólo dos, el señor Toller y Owen Evans, cuyos pensamientos, al ceder al sueño, se habían dirigido hacia el asesinato.

–¿Cuándo... podría... encontrarme contigo... allí arriba? No fue el señor Evans quien pronunció estas palabras, sino una pequeña serpiente–gusano de lengua bífida. Esta

serpiente–gusano se sacudía, se curvaba, se encorvaba y levantaba una cabeza que cambiaba de color constantemente como una salamandra; y todo esto lo hacía dentro de un autómata humano, muerto como un cadáver, ¡el cadáver de lo que había sido el señor Evans! Cualquiera que fuera lo que esta serpiente–gusano, que no dejaba de emitir una espuma venenosa, como un caracol que ha sido herido, le ordenaba a este hombre–cadáver, a este *homo mortuus*, que hiciera, el hombre–cadáver obedecía. Para la excitada serpiente–gusano, pensar en aquella barra de hierro era un éxtasis que la dejaba sin aliento y desmayada. Había una dulzura temblorosa, disolvente y fundente relacionada con ella. La barra de hierro y la vida que iba a aniquilar eran cosas completamente ajenas a la experiencia ordinaria. No era John Crow quien iba a perecer, sino simplemente el hombre que se encontraba bajo la barra. El verdugo cadavérico que obedecía al gusano era el cuerpo galvanizado del pedante y muy nervioso señor Evans, quien, en condiciones normales, no podría hacer daño a un papaíto piernas largas. Una vez, cuando era muy joven y estaba preso de un frenesí sádico (y es muy posible que todo comenzara cuando su padre obligó a su madre a dejarle disfrutar de ella mucho después de que la niña hubiera comenzado a concebir), había matado algo con un trozo de hierro. Después de eso, el pequeño Owen pasaba frenéticamente las páginas de todos sus libros infantiles para encontrar imágenes de criaturas asesinadas, especialmente asesinadas con instrumentos muy aplastantes. Tenía *que* ser algo de

hierro y tenía que girar hacia abajo, aplastándolo todo, aplastando cráneo y vértebras juntas, o la actuación, exigida con tal orgasmo desmayado, tembloroso y desmayado por la serpiente–gusano, no sería válida. El tono del señor Evans cuando dijo, “Nos vemos allí arriba” era como el tono de algún Asmodeus⁹¹ susurrándole a algún Baphomet⁹².

“Nos vemos allí arriba”, repitió la superficie pegajosa de la mesa. “Nos vemos allí arriba”, repitió el resto de “Nuestro Especial”. “Nos vemos allí arriba”, repitió un poco de excremento seco de perro que se había desprendido de una de las botas de suela gruesa de Dave Spear y que había quedado en la silla.

Para la serpiente–gusano que se encontraba dentro de lo que una vez fue el señor Evans, esta frase inofensiva «Nos vemos allí arriba» tenía la naturaleza de una tentación sexual abrumadora. El sonido mismo de las breves sílabas... «Nos vemos... allí arriba...» era como una provocación erótica de un tipo que nadie podía soportar sin ceder. Los colmillos de la serpiente–gusano goteaban una leche espumosa. En

91 es uno de los príncipes de los demonios en la demonología de las religiones abrahámicas. Aparece en el libro bíblico (deuterocanónico) de Tobit o Libro de Tobías y también se lo menciona en el Talmud, en la literatura apócrifa, en la Historia de los Profetas y Reyes del autor musulmán Tabari y en los tratados de demonología.

92 Baphomet, Bafomet, Baphometo o Bafometo es un ídolo pagano, representado por una imagen antropomórfica, que contiene dentro de sí elementos heterodoxos de la época medieval.

expectación montada y erguida, en expectación de nariz chata, en expectación de lengua bífida, «bailó una danza lujuriosa de alegría delirante cuando descubrió que podía hacer que este cadáver de esclavo, esta alma muerta, este *rex Niortuus* (Rey Niortus), que había sido un ser humano, pronunciara estas sencillas palabras».

¿Y con qué fin? ¡Con el fin de observar cómo una barra de hierro, si se le diera un mínimo de propulsión con los delgados brazos de Codfin, obedecería la ley de la gravedad!

Los ojos azul pálido de Codfin se abrieron un poco. Parpadeaban, confundidos, y una humedad goteaba de sus párpados. –¿Eh? ¿Qué es eso, amigo? ¿Has dicho que nos vemos?

–Sí, sí, sí, sí –gritó el gusano crestado a través de los labios del señor Evans–. ¿Cuándo nos encontraremos allí?

Unas cinco horas después, el señor Evans estaba sentado en uno de los bancos de hierro de la ladera de Wirral Hill, mirando a los niños jugar al rounder. Ahora bien, el rounder podría definirse como la inocente infancia del béisbol, del que obviamente es la fuente original, y es un juego de la naturaleza más simple y primitiva del juego de golpear y correr. Y el señor Evans se interesó muchísimo en el rounder esa tarde.

Cada vez que uno de los muchachos golpeaba la pelota, el

señor Evans podía ver la figura delgada y encorvada; no la del John que él conocía, sino la de una víctima abstracta cuyo nombre se llamaba John, y una víctima tan completamente deshumanizada y despersonalizada que toda cuestión de “salvarlo” desaparecía. Lo único que se podía hacer era detener el horror. Como Mad Bet le había gritado al señor Evans en la fiesta de Madre Legge el lunes de Pascua, lo único que se podía hacer era “detenerse” y luego lavar la arena en el Coliseo fatal de la mente.

Pero el señor Evans no podía “detenerse”. Observaba este juego de choque y fuga con un interés particular y especial porque era exactamente lo que él mismo iba a hacer. Iba a chocar y fugarse o, mejor dicho, a mirar, pero Cristo diría que era lo mismo, que alguien más chocara y huyera.

¿Estaba loco el señor Evans? No, a menos que todo deseo sexual, cuya satisfacción hace que otras sensibilidades sufran innecesariamente, sea una locura.

Si algún extraño se hubiera acercado al señor Evans aquella tarde, mientras estaba sentado viendo el partido de rounders en Wirral Hill, y le hubiera inducido a entablar conversación, es extremadamente improbable que se le hubiera ocurrido a ese extraño la más mínima idea de que el hombre estaba loco. Es cierto que no había podido comer ni un bocado desde el desayuno, pero había vuelto a beber. Había entrado en una pequeña cervecería sin nombre en el camino a Wirral Hill y había bebido vaso tras vaso de cerveza.

«Tengo que beber», había pensado lúgubrementemente mientras bebía cada vaso por separado. «Tengo que beber para 'volverme estúpido', como dijo Pascal sobre la fe cristiana». Pero no se había vuelto estúpido. Al contrario, se había provocado un terrible dolor de cabeza; pero, por lo demás, nada podía estar más lúcido que la mente del señor Evans. Debía “subir allí” al atardecer y esperar dentro de la torre para ver –en realidad, para ver en su carne– aquello que se había estado contando a sí mismo durante toda su vida.

Que nadie piense que el obediente *rex mortuus* o *deus mortuus* que era el alma del señor Evans no sopesó hasta el más mínimo detalle las posibles consecuencias de lo que iba a hacer, convirtiéndose, al saberlo de antemano y no hacer nada para impedirlo, en cómplice de un asesinato. «Sin duda, acabaré en la cárcel», pensó. «Es bastante posible que sea peor que eso. ¿Por qué, en nombre de Dios, no vuelvo directamente a la tienda, o a casa con Cordy, y me sacudo de encima este monstruoso peso? ¿A la policía? ¿A la policía? ¡No, no, no, no! Lo que hay que hacer tiene que ser hecho» –en ese momento el propio gusano invisible empezó a susurrar un sutil autoengaño, un astuto compromiso– «subir allí y coger yo mismo la barra de hierro... ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Eso es lo que hay que hacer, desde todos los puntos de vista: ir allí *ahora mismo*, todavía es demasiado pronto, y, quitarle la cosa y llevársela antes que Toller aparezca; y luego decírselo a Crow, o no decírselo, como considere mejor en ese momento; apoderarse de esa cosa de Toller primero de

todos modos, y llevársela y tal vez sería mejor no contárselo nunca a Crow, ni a ninguna otra alma viviente... sí, sí, no contárselo nunca a nadie... pero ¿lo intentaría Toller de nuevo? Es una locura de esa mujer calva... el Mensajero del Grial... No pude entenderlo cuando me lo estaba contando... una locura de algún tipo... *maldita sea...*

Su mente evocó la imagen de Mad Bet tal como se le había aparecido aquella noche en que le hizo besar su cráneo desnudo. Una sonrisa irónica le torció los labios al pensar en aquella noche y se aferró a la barra de hierro –otra y diferente– que formaba el reposabrazos de su actual lugar de descanso.

Una risa sardónica y atormentada, una auténtica risa de alma condenada, brotó de su boca torcida.

¡Je, je! ¡Je, je! ¡Mi Mensajero del Grial! Todo está mezclado con Crow. Fue Crow quien me preguntó, esa noche, si podía abrazar a una mujer que fuera absolutamente horrible, y entonces le hablé del Mensajero del Grial. ¡Je, je! ¡Je, je! ¡Malory, viejo demonio! ¡Todavía hay vida en tu libro normando! ¡Sí, sí! Entiendes estas pequeñas cosas. La vida no ha cambiado. Todo vuelve, da vueltas y vuelve otra vez. Lo que había sucedido ahora, mientras el hombre estaba sentado allí agarrado al codo de hierro de ese asiento frío, mientras los niños pequeños seguían golpeando y corriendo frente a él, era que su primera naturaleza, la de anticuario, se había agitado hasta convertirse en una trama retorcida de

fantasía autoprotectora. Y esto había sucedido de una manera muy sutil; pues al decirse a sí mismo que lo que debía hacer de todas maneras era *subir allí*, incluso si le arrebatara la barra de hierro al asesino hechizado y le confesaba todo a John Crow, había cubierto con una especie de yeso adhesivo el agujero abierto de su conciencia atormentada; y este encubrimiento de los oscuros, dulces e irresistibles espasmos del gusano-serpiente, dejó a su conciencia superior normal libre para engañarlo hasta el límite con plausibilidades acumuladas; ¡mientras todo el tiempo el gusano lamía sus colmillos devoradores en la oscuridad de abajo!

Lo que el gusano se dijo a sí mismo fue: «Subamos sólo una vez *allí*, y el éxtasis desmayador, ahogante y disolvente del Golpe Doloroso pronto barrerá todas estas vacilaciones de conciencia». Tranquilizado y aliviado en gran medida por este astuto compromiso con su conciencia que convirtió su cita con la barra de hierro en una necesidad si iba a salvar a John Crow, así como una posibilidad de jugar al *voyeur* extático en una orgía de asesinatos si decidía *no* salvar a John Crow, sus ojos ahora se posaron en la figura de una mujer mayor que caminaba pesadamente y tropezando por la pendiente de la colina debajo del nivel donde él estaba sentado y los niños jugaban.

Había un asiento de hierro, como el que él mismo ocupaba, un poco debajo de los niños y un poco encima de la mujer; y era hacia este asiento que ella evidentemente avanzaba.

Estaba bien vestida y usaba su paraguas como un bastón para apoyarse; y mientras la seguía con la mirada, tropezando y exhausto, subiendo la pendiente de la colina, decidió que sabía quién era ella, y que no era otra que la señorita Crow. La señorita Crow en efecto, y una señorita Crow al borde de un desmayo por su mal corazón. Había varias personas pasando en ambos sentidos, tanto hacia el norte como hacia el sur, por el sendero de grava que había debajo del lugar donde se tambaleaba la dama del paraguas; pero era un grupo de completos desconocidos –desconocidos tanto para ella como para él, pues eran visitantes de Glastonbury procedentes del noreste de Alemania– que, cuando ella cayó, como la vio hacer ahora, corrieron cuesta arriba para ayudarla. Ciertamente, había un efecto atmosférico peculiar en el exterior, ese día de febrero. Una niebla suave y ligera, sutil y vaporosa como un vapor marino húmedo, flotaba sobre la ciudad; mientras el sol, brillando entre espesos bancos de nubes, tocaba con una curiosa opalescencia, nacarada y tierna, la porción de la colina sobre la que ahora estaba sentado.

Los muchachos dejaron de jugar inmediatamente cuando observaron el alboroto causado por la caída de la dama y, llamándose unos a otros con gritos agudos y excitados, se apresuraron a bajar la pendiente y se apiñaron, como hacen los niños, empujándose, susurrando, apretándose para conseguir la mejor vista entre las corpulentas figuras de los alemanes. Estos últimos ahora hablaban en tonos

vociferantes y guturales por encima del cuerpo de la mujer postrada. Uno de ellos estaba de rodillas junto a ella, aflojando el cuello de su vestido e intentando quitarle los guantes.

Cuando el Sr. Evans se unió al grupo, fue aceptado de inmediato como nativo del lugar y todos recurrieron a él como autoridad sobre lo que debía hacerse con una dama distinguida y refinada que aparentemente había tenido un ataque al corazón.

El rostro de la pobre dama le dejó atónito cuando se inclinó sobre él. Con absoluta preocupación y compasión, observó el enrojecimiento antinatural de su piel, las gotas de espuma blanca que salían de su boca abierta y el tic familiar, que aún palpitaba, aunque ella estaba completamente inconsciente, en sus flácidas mejillas. Había estado actuando de manera aturdida e imprudente todo el día después de su visita matutina al médico. Se había detenido en Wollop's más tiempo del que debía; había cumplido su cita para almorzar en Casa de los peregrinos con Rachel y Athling; y tan pronto como pudo escapar de aquellos jóvenes, se dirigió, lenta pero obstinadamente, a Wirral Hill, presa de un deseo apasionado de descansar en el particular asiento de hierro donde, treinta años antes, solía encontrarse con Mat Dekker.

Mientras el señor Evans observaba su cuerpo inconsciente, descubrió que no estaba tan desprovisto de filosofía natural como para no ser lúgubrememente consciente de la ironía del

hecho de que él, el loco pervertido, ahora estaba contemplando con viva preocupación el golpe que los problemas del corazón, el más suave de todos los hechizos de las barras de hierro, había asestado a esta cálida masa de corpulenta feminidad.

Estaba claro que los jugadores de rounder, al introducir sus cuerpecitos sudorosos entre los extranjeros ansiosos, creían que Miss Crow estaba muerta; y las palabras «¡Lo tiene todo, Dios mío!» y «¡La muerte se la ha llevado, Dios del cielo!» en la densa entonación de la gran llanura centroeuropea, mostraban que los extranjeros sufrían la misma ilusión. «¡La mujer quiere decir algo!», gritó de repente el hombre que se inclinó sobre ella de rodillas. «¡Mejor sería ir a buscar al Herr Doctor!», respondió otro; y un tercero, un hombrecillo extremadamente robusto, plantado sobre sus talones con tanta firmeza que nada podría derribarlo, pronunció la expresiva, impenetrable, masivamente inmortal palabra, acorde con todas las ocasiones, tranquilizadora ante todas las invasiones del desorden, la palabra «Policía». ¡Qué rápido trabaja la mente y qué egocéntrico es el ego humano!

Mientras se acercaba y se arrodillaba al lado de la señorita Crow, mientras acercaba sus oídos a los labios murmurantes de la señorita Crow, el galés pensaba para sí: «¿Quién puede saber, si Codfin no habla cuando lo arrestan, que no estaba en la torre por casualidad? ¡No... no... no! Nunca en toda mi vida tendré otra oportunidad de ver, de beber con mis propios ojos, lo que le he estado contando a mi almohada

noche tras noche desde que supe por primera vez lo que...
lo que yo era...

Ahora murmuraba palabras inteligibles. Confundía al señor Evans con otra persona, con un hombre alto y huesudo. Pero, mientras la escuchaba y percibía en su pelo gris, del que había arrancado el sombrero, un leve aroma a agua de colonia, recordó que más de una vez había vestido una almohada con su propio chaleco y camisa y la había golpeado con el atizador del guardafuegos mientras un orgasmo de terrible éxtasis disolvía su alma.

–No puedo dejar pasar esta oportunidad... ¡no! ¡Ni aunque me cuelguen por ello... no puedo... no puedo! –Pero nada parecía capaz de apartarlo de él mientras oía al robusto hombrecillo, cuyos pies estaban tan firmes en la hierba y tan separados, repetir la palabra «policía» –una fina y gélida punta de lanza de terror gélido– la policía... la policía... la policía... la policía... Este es un crimen que voy a ver allí... diferente de cualquier vicio secreto, por vergonzoso que sea... este es un crimen... el peor de los crímenes... y cuando haya tenido ese *éxtasis*... hasta el fin de mis días todo quedará expuesto... Owen Evans el pervertido... Owen Evans el malhechor... Owen Evans el asesino. Me tendrán en el Madame Tussaud moldeado en cera... mi nariz, de la que todos se ríen así... en cera... “¿Ya has estado en la Cámara de los Horrores y has visto a Owen Evans? Cualquiera sabría por su cara lo que *era*... ¡el carnívoro humano!”

Entretanto, de la boca contorsionada de la mujer inconsciente, cuyos párpados seguían moviéndose pero no se abrían, la respiración se hacía más fuerte y menos humana, y entre los grandes jadeos animales, como el aleteo de un fuelle, se abrían paso palabras entrecortadas e incoherentes.

El alemán que estaba de rodillas a su lado parecía tener una vaga idea del tipo de ataque que sufría, pues le levantó la cabeza y comenzó a verterle en la garganta algo de un pequeño frasco que sacó. Pero en lugar de curarla del ataque, este tratamiento sólo tuvo el efecto de detener sus intentos de hablar y de devolverla a la inmovilidad total.

Por un momento, el señor Evans pensó que ella estaba realmente muerta; pero el alemán, con la mano sobre el corazón, murmuró enfáticamente: “¡Todavía tiene vida, pobre mujer! ¡Todavía tiene vida!”.

–¿Han llamado a la policía? –le susurró el señor Evans al alemán que tenía el frasco. Había querido decir: «Al médico».

El hombre arrodillado se puso de pie, se encogió de hombros y dirigió una pregunta a sus compañeros. Por lo que decían parecía que nadie había ido a buscar a nadie. El alma del galés obsesionado se lanzó entonces a toda prisa por los pasillos de su conciencia, cerrando la puerta de la cámara de barrotes de hierro que había allí abajo y abriendo vestíbulos

más normales de conciencia. «¡Voy a buscar a Herr Doctor!», anunció, observando a aquellos sencillos guardianes de la dama inconsciente. Dicho esto, se levantó el sombrero hongo con un gesto grandilocuente, tanto hacia la mujer que estaba en el suelo como hacia los desconocidos que la rodeaban, y se alejó a paso rápido por el sendero de grava que conducía a la ciudad.

Sin embargo, en su confusión mental, no se dirigió a la casa del doctor Fell, sino a la suya propia; un secreto impulso interior lo impulsaba ahora, como en todas las crisis prácticas, a ir inmediatamente a ver a Cordelia. Pero si una casualidad benéfica lo impulsó a tomar esta medida de autoconservación, una casualidad maléfica quiso que cuando por fin, jadeante y sin aliento, entró en su casita de Old Wells Road, encontró a Cordelia enfrascada en una conversación en su salón con su madre, la señora Geard.

La señora Geard le había estado contando a Cordelia su creciente preocupación por el padre de la muchacha; cómo insistía en pasar la mayor parte de su tiempo en Chalice Hill y cómo había ido varias veces últimamente a hacer misteriosos recados al banco de Glastonbury. No es que haya cambiado, Cordy, ¿entiendes? Es que es más él mismo de lo que yo lo he conocido nunca. Crum también lo ve. Es como si esta tontería de la comuna lo hubiera llevado a dejarse llevar. Habla más de la Sangre, del Maestro y del Agua de la Vida de lo que yo lo he conocido nunca. Habla todas las noches, Cordy, una y otra vez, después de que hemos

apagado el gas. ¡Ojalá me dijera para qué va al banco! El señor Trent le paga con bastante regularidad. No hay ninguna razón por la que deba ir al banco. No me gusta, ni me ha gustado nunca, ese joven Robert Stilly. ¿Para qué crees que va al banco, Cordy?

Si el señor Evans hubiera visto a la señora Geard por la ventana, habría salido disparado de nuevo, pero afortunadamente las dos mujeres estaban sentadas fuera de la vista de la ventana, de modo que no supo que ella estaba allí hasta que abrió la puerta del salón. Cordelia se dio cuenta de inmediato de que algo andaba muy mal con él, porque se quedó en la puerta murmurando sobre el doctor Fell, Bob Sheperd, los alemanes, los rounders, el desmayo de la señorita Elizabeth Crow en Wirral Hill, y su cita al atardecer esa noche... una cita muy importante... al atardecer... con el padre Paleólogo... al atardecer... sobre unos iconos.

La madre y la hija estaban de pie, mirándolo con una mirada inquieta, Cordy con una mirada apasionada y asustada, la señora Geard con una mirada preocupada y ansiosa. “Espero que no haya ido al banco”, pensó esta última para sí misma; y en su corazón comenzó a preguntarse si los iconos eran alguna especie de espíritus familiares, como sus propias hadas de Pembrokeshire, que este señor Paleólogo afirmaba poder conjurar.

–Sólo vine a decirte, Cordelia –dijo el señor Evans ahora de un modo más claro y comprensible– que tengo que enviar al

doctor Fell a Wirral Hill, donde la señorita Crow yace inconsciente. Después de que haya estado allí, tengo un compromiso a las... al atardecer. ¿He dicho al atardecer? Sí, al atardecer. Espero que te sientas muy bien, prima Megan.

En ese preciso momento, hacia ese hombre en un estado mental desordenado –una barra de hierro golpeando la puerta interior de su intención encerrada– y hacia dos mujeres que miraban a ese hombre con desconcertada inquietud, la Primera Causa vertió sus dobles corrientes magnéticas de vibraciones blancas y negras. De la Nada, de vórtices de energía preexistentes que a su vez surgieron de la Nada por la voluntad creativa de ese Ser, habían sido creados el Sr. Evans, su esposa y la madre de su esposa. En ellos se reprodujo la Primera Causa, el Macrocosmos en esos tres microcosmos; y, como la Primera Causa, esas tres personas, el Sr. Evans de pie en la puerta, Cordelia de pie junto al escritorio de su esposo y la Sra. Geard de pie junto a la silla violeta, tenían el poder de entregarse al bien de su naturaleza o al mal.

En efecto, en ese mismo instante, mientras contemplaba aquella imagen del río, la mujer y el barco que asociaba con la palabra *Esplumeoir*, el señor Evans podría haberse transformado en un santo tan devoto, tan espiritual, tan tiernamente considerado como Sam Dekker, que en su estado normal era mucho menos santo que el señor Evans. Esto lo habría podido hacer, incluso mientras estaba allí, después de contar a aquellas mujeres de rostro sencillo,

mientras la luz del sol nacarado se filtraba en la habitación, aquellas mentiras sobre el padre Paleólogo; y al hacerlo así se habría vuelto moralmente superior a la Primera Causa, si no hubiera sido porque, a partir de la palabra *Esplumeoir*, su mente volvió a la vida temprana de Merlín y a aquel incidente del cuerno del ciervo. «Así que adiós, Cordy. Así que adiós, prima Megan. Debo *ponerme* en contacto con el doctor Fell y debo hablar con el padre Paleólogo».

Aquel momento fue un momento de separación tan fatal que los Vigilantes Invisibles que se encontraban de pie al borde del profundo Acuario de Glastonbury, observando los movimientos de sus obsesionados animalillos, nunca se habían agolpado con más entusiasmo alrededor de su microscopio para averiguar cuál sería el resultado. Todo dependía de cuál de las dos vibraciones procedentes de la Primera Causa acogería Cordelia y cuál rechazaría. La vibración destructiva, en esta importante crisis, la obligaba a ser fría, casta, inerte, irresponsable, absorta en su propia condición personal, que nunca le había resultado más interesante.

La vibración creadora, por el contrario, la impulsaba a ser cálida, seductora, impúdica y olvidadiza, pensando sólo en su amor por el desdichado hombre que tenía delante. En sus anteriores relaciones con el señor Evans, Cordy había sido a menudo estúpida y negligente; pero el «dulce trato» al que había sido sometida su desgarrada figura y las caricias que habían estimulado sus fríos nervios habían cambiado. No era

que hubiera llegado a comprender la naturaleza de su perversión, sino que había llegado a comprender, hasta cierto punto, el lugar que ocupaba en su conciencia esa cámara cerrada, y a ser una experta en el arte de mantenerla cerrada. Había descubierto que mediante ciertos artificios (artimañas en las que no es necesario que ahora la sigamos) se podía mantener cerrada y era posible darle al señor Evans tanta excitación erótica, de un tipo anormal, pero perfectamente inofensivo, que su alma pudiera subir y bajar más allá de esa cámara cerrada sin pensar en las tentaciones que contenía.

Por suerte para el señor Evans, en ese momento de crisis, Cordelia era plenamente consciente de que ser inerte e irresponsable habría sido un pecado diabólico. La vibración de eterna energía creativa que se derramaba en sus nervios desde esa remota Fuerza de doble naturaleza que se encontraba en la raíz de toda vida fue ahora deliberadamente recibida por la vivaz muchacha, y la vibración opuesta fue heroicamente rechazada. Se acercó apresuradamente al señor Evans, se colocó detrás de él, lo atrajo hacia delante por la manga hasta que lo llevó hasta el hogar y luego, entrelazando su brazo con el de él, se volvió enfática e imperativamente hacia la señora Geard.

"¡Madre!"

–Sí, Cordy.

–Quiero que pases por casa del doctor Fell. No te costará mucho ir por los huertos familiares y por ese callejón que te mostré el otro día. Y cuéntale a él, o a la señorita Barbara, si no está, lo que Owen ha dicho sobre que la señorita Crow se había desmayado (por esos asientos, ¿no es así, Owen?) en Wirral Hill, y esos alemanes la estaban cuidando. Supongo que a esta hora ya estará bien; o alguien más habrá ido a buscar al médico; pero en cualquier caso, ve rápido, mamá, por favor, porque veo que Owen está muy preocupado por eso.

Sin duda, después de esto, madre e hija intercambiaron algunas miradas privadas, en las que la madre dijo: “¿Qué pasa, querida? ¿Ha estado bebiendo?” y la hija dijo: “No me preguntes ahora, ¡vete! Te lo contaré todo en otra ocasión”, pero el resultado fue que la señora Geard se marchó a toda prisa.

El sombrero color lila de la buena dama se alzaba como una bandera de la época sobre su cabeza gris mientras caminaba por Wells Old Road, y sus botas anticuadas con los laterales de terciopelo daban golpecitos rápidos y breves al pavimento de ladrillo bajo las barandillas de aquellas casas de tejas rojas, y de vez en cuando abría y cerraba automáticamente el cierre metálico de su bolso, como si rechazara toda ayuda del señor Robert Stilly en la gestión de su cartera.

“No puedo *entender* por qué John sigue yendo al banco”, se decía a sí misma mientras cruzaba los huertos.

El señor Evans se quedó ahora solo con Cordelia, y lo primero que hizo la muchacha fue algo que de inmediato provocó un leve destello de excitación erótica natural en los nervios pervertidos del hombre. Comenzó a bajar las persianas marrones del salón en ese momento del atardecer del día. Como mujer, no tenía la menor idea de los explosivos que manejaba, de los incendios volcánicos bajo la superficie del cráter que estaba atizando. Pero como mujer también, ella, que había sido virgen durante tanto tiempo, era más astuta que mil Thais en las artes primitivas de la provocación. Hija de Bloody Johnny como era, su propia naturaleza erótica, ahora que había sido excitada una vez, era inagotable en sus artimañas amorosas; y como sus estados de ánimo y sus señuelos cambiaban siempre, el señor Evans estaba en la posición del afortunado poseedor de todo un harén de ardientes compañeras de juegos. Ninguno de sus disfraces chipriotas podía considerar bonita a la pobre Cordy; pero ciertamente podría llamársela libertina y frescamente floreciente: tal es el poder mágico de Eros.

Ahora tenía una sorpresa para su hombre. Bajó las persianas de su diminuto salón siguiendo el principio general anunciado tantas veces por la madre Legge, de que “no podía soportar a los mirones”, y arrojó su sombrero y capa sobre el gran sillón, se acercó a la chimenea donde una llama recién encendida hacía crujir la madera y, apoyándose en el

borde de la repisa, comenzó a lanzar un torrente de palabras emocionadas. Le dijo que iba a tener un hijo, sin ninguna duda. Ya llevaba dos meses con él. Había ido ayer a ver al doctor Fell por eso. Nacería en algún momento de septiembre.

El señor Evans dejó caer su sombrero hongo al suelo y se dejó caer exhausto con su abrigo negro en el gran sillón morado. La mitad de la chaqueta y el ala del sombrero de ella quedaron apretados debajo de él cuando se dejó caer, porque acababa de entrar cuando llegó su madre; pero él no hizo el menor movimiento para sacarlos. ¡Ni ella tampoco! Mirándolo con ojos llorosos, esperó en silencio que lo que esperaba y rezaba resultara ser un torrente de emoción natural ante lo que le había dicho. Y atraídas hacia la habitación por la intensidad de sus sentimientos, atraídas hacia ese nieto embrionario de Geard de Glastonbury, entraron flotando en la habitación a través de las persianas bajadas una bandada de presencias oscuras, semimateriales, el tipo de proyecciones de pensamiento etéreas que son propensas a flotar sobre ciertas crisis en las vidas humanas. Como pájaros invisibles, estas presencias se reunieron, entrando en la habitación desde las nieblas acuosas de ese día inusual, farfullando y parloteando entre sí y dando vueltas alrededor de Cordelia.

Ni el hombre ni la mujer, él en la silla púrpura cuyos volantes con borlas barrían el suelo, y ella apoyada contra la frágil repisa de la chimenea, podían haber sido conscientes

en ese momento de que ese embrión en la habitación con ellos estaba empezando a afirmarse como una entidad con su propio contacto con los misterios de la vida. Lo que ambos sintieron en ese momento mientras esos elementales del pensamiento revoloteaban alrededor de la nueva vida en el útero de Cordelia, como las moscas azules se sienten atraídas por la carroña o como las polillas colibríes por los corazones de los claveles, era algo muy diferente de estos visitantes etéreos. De lo que sí eran conscientes era del arrastre mudo, entumecido, frío y pesado hacia abajo de las vastas fuerzas submarinas que son infrahumanas; fuerzas químicas, que pertenecen a ese mundo informe de lo semicreado y semiorgánico del que se componen los cuerpos de dimensiones inferiores a las nuestras y que tiene un peso misterioso que atrae hacia abajo, un tirón, un tirón, una gravitación centrípeta, contra la cual lucha el alma dentro de nosotros y sobre cuya superficie nada, y sobre la cual, cuando comienza el proceso de descomposición, extiende sus alas desdeñosas.

Esta sensación de arrastre en sus nervios neutralizó y contrarrestó estas presencias aéreas semicorporizadas, las proyecciones elementales de antiguas mentes mágicas sobre ese aire sensibilizado de Glastonbury, flotando como una nube de mosquitos de río perturbados a través de esas persianas de la tarde de color marrón bajadas, de nuevo hacia esa niebla subacuática, de nuevo hacia las amplias praderas de agua.

Ningún filósofo ha aparecido todavía que haya comprendido, como es debido, el poder creador de la mente humana. Detrás de esas persianas de color marrón, bajadas, que dan al camino de la alfarería de San Edmundo, donde todas esas casitas del ayuntamiento tenían sus techos de tejas rojas tan elegantes, surgió de la mente de Cordelia, mientras permanecía de pie con sus ojos fijos, turbios y aturcidos, en su compañero y en su torpe codo apoyado en aquella ridícula repisa de la chimenea, una intensidad de sentimiento tal que tenía el poder de sacar del aire, aunque ella no lo supiera, esas semividas errantes. Cualquier sentido clarividente podría haberlas visto allí, flotando alrededor de su cuerpo, y enviando sus débiles y chirriantes señales a la progenie subhumana de su útero, cuya conciencia embrionaria debía de estar al mismo nivel que sus propios tropezones a medio crear. Pero ¿por qué esa espesa, muda, entumecida atracción descendente de la entropía cósmica, ese oscuro peso gravitacional, hundiéndose en la descomposición y la disolución, tiraba de aquellos dos en ese momento, del hombre en la silla violeta, con las cenefas con borlas arrastrándose por el suelo, y de la mujer que acababa de decirle que era un engendrador? ¿Fue porque –con esa barra de hierro martillando para salir de su prisión cerrada– la mente del Sr. Evans, llena de hongos, buscaba a tientas entre placentas, abortos y cadáveres muertos en el parto?

Cualquiera que haya sido la causa de lo que les ocurrió a los dos que estaban detrás de las persianas cerradas, ambas

apariciones llegaron y se fueron en no más de cien tictacs del reloj que el hombre llevaba en el bolsillo. Los fenómenos que pasan tan rápidamente –elementos del pensamiento que entran y salen flotando, y este toque de frío mortal de la corriente de la descomposición– seguramente son inadvertidos, inexplicables. Por el contrario, la esencia misma de la vida se revela en esas impresiones fugaces; y en experiencias como éstas se puede oír a la propia Eternidad gemir y llorar, mientras sus aguas cimmeras avanzan y retroceden alrededor de los promontorios iluminados por las lámparas del Tiempo.

–¿Cómo lo llamaremos si es un niño, Owen? –Su voz en ese momento era más de lo que él podía soportar. Nada hace bailar los nervios humanos con tanta furia ciega como una voz que perfora el hueco de la oreja en el momento en que la voluntad se estira como un trozo de goma de la India en el potro de la indecisión.

–¡Tortura! –gritó, incorporándose en la silla violeta y agarrándose furiosamente los codos, mientras el ala del sombrero de ella estaba ahora completamente aplastada debajo de él–. Lo llamaremos Tortura; y si es una niña la llamaremos Finis, el Fin. Porque ella será el fin. Y todo es el fin.

La cara de Cordy se puso blanca, blanca como la superficie del pequeño gato de porcelana que Crummie le había regalado y que ahora se cayó de lado cuando ella apartó

bruscamente el brazo de la repisa de la chimenea. Pero no por nada era la hija de Geard de Glastonbury. Sin control, corrió directamente a su lado.

–Eres infeliz, Owen. Estás enfermo. Estás herido. Algo horrible te preocupa.

Él apartó sus brazos y se puso de pie de un salto. Se agachó y recogió su sombrero hongo, que estaba tumbado sobre su suave copa, con el interior sucio hacia arriba. –Ya casi es el atardecer –murmuró–. Si no me voy ahora, no me iré nunca.

–¿A dónde vas, Owen?

La miró con expresión desesperada. –¡Bueno! Hay que detenerlo, ¿no? Es una cosa o la otra, ¿no?

–¿De qué estás hablando, Owen? ¿Estás loco?

–¡Oh, nada... nada... nada... nada! –murmuró–. No quieres verme en el banquillo, ¿verdad? ¡En el banquillo, mujer! –Estas últimas palabras salieron de su boca con un grito salvaje.

Cordy miró las persianas marrones, que estaban un poco abultadas. Soplaba el viento. Fue a la puerta que daba al pasillo, la cerró con llave y se apoyó contra ella. –No puedes salir de esta habitación, Owen –jadeó.

Ahora se estaba abrochando el abrigo negro. Llevaba el

sombrero puesto, tan apretado sobre los ojos que las cejas eran invisibles. Esto produjo un efecto muy curioso cuando la miró fijamente desde debajo de la sombra. Pero un cambio inesperado de humor se apoderó de él. Empezó a engatusar, persuadir e implorar.

–Es sólo un trecho... justo subiendo la colina... es necesario... necesario... muy necesario... *Por favor, Cordy, muévete y déjame ir... Lo lamentarás si no lo haces... No te perdonarás después... si no lo haces. Casi lloró mientras le suplicaba. En su mente, en ese momento, detener un asesinato y saborear una dulzura espantosa eran motivos perdidos en la *necesidad salvaje* que sentía de salir de esa habitación.*

Pero ella no le quitaba los ojos de encima y se dio cuenta de que él había empezado a echar una mirada furtiva, apresurada y astuta hacia la ventana. ¡Nada le habría resultado más fácil que levantar aquella persiana abultada y salir por aquella ventana!

«Tengo que hacer algo para retenerlo aquí», pensó, «y no debo luchar con él... por el niño. Además, me pegaría. Me pegaría salvajemente». Entonces se le ocurrió una idea extraña y salvaje; se le ocurrió al ver el aspecto de aquella persiana frente a la cual, muy a menudo, por la noche, se había desvestido para su placer, con ella bajada y la puerta cerrada. Empezó a quitarse la ropa febrilmente. Él seguía cada movimiento de sus manos, con aquellos ojos ardientes,

bajo la sombra de aquel bombín. Llevaba la chaqueta abotonada hasta la barbilla. Parecía un hombre dispuesto a lanzarse sobre picas o bayonetas. Cruzando los brazos sobre el pecho, se sacó el vestido por la cabeza y luego la combinación. Luego se desabrochó la enagua y las bragas. Golpeando con los pies se deshizo de estos objetos, dejando las medias y los zapatos en su sitio. Se apoyó contra la puerta, se agachó, se quitó el chaleco y se lo pasó por la cabeza. Este último movimiento, cuando tenía la cabeza inclinada y el rostro oculto, y cuando la prenda, que sus ansiosas manos arrastraban hacia delante, quedó atrapada por un segundo en una de sus horquillas, despertó una profunda fibra de deseo excitado en el hombre de los ojos ardientes.

Se quitó el sombrero y lo arrojó en la silla violeta. Pero ella se irguió en toda su altura, todavía de espaldas a la puerta, con los largos brazos colgando flácidos a los costados, la barbilla en alto y la cabeza echada hacia atrás. El señor Evans se acercó lentamente a ella. La figura de la pobre Cordy era cualquier cosa menos clásica. Parecía un desnudo de Cranach. Pero había tal abandono heroico en su pose y sus ojos brillaban con tal atractivo lustroso que algo sucedió dentro de esa otra habitación cerrada, la habitación que contenía la barra de hierro. No en vano esta valiente muchacha era la hija de Geard de Glastonbury. Excitada al máximo, su alma de repente se convirtió en una fuerza psíquica, un imán de destrucción, un rayo aniquilador, y el

instrumento asesino, que invocó la página setenta y siete de ese libro fatal, se desmoronó en una pizca de polvo.

Aunque el cuerpo desnudo de la pobre Cordy era grotesco y parecido a un Cranach, seguía siendo el cuerpo de una mujer, era el símbolo supremo, el «Gleichnis» más absoluto del experimento salvaje de la vida. Grotesco podía ser, en lo que a desnudez se refiere, pero combinado con la mirada que ella logró lanzar, como una pasión de vino inmortal sobre la llama oscura de su obsesión, venció, triunfó...

Una hora más tarde, el señor Evans y Cordelia habrían sido vistos saltando con frenética prisa del taxi de Solly Lew y, para asombro de aquel transportador de hombres mortales que no se sorprende fácilmente, corriendo con desesperada impaciencia por la pendiente de la colina de Gwyn-ap-Nud. “¡Están allí, Cordy! ¡Están allí! ¡Los veo!” jadeó el señor Evans, tratando en vano de dejar atrás a la hija del señor Geard.

Había sido con cierta renuencia que Tossie Stickles –ahora desde hacía unos meses celestiales Tossie Barter– se dejara convencer de que dejara a sus bebés y acompañara a su marido y a John Crow en esa fantástica excursión para ver caer la noche sobre Glastonbury desde la cima del Tor. El propio Barter había tenido una buena racha tras otra desde que se casaron. Había alquilado habitaciones espaciosas y

aireadas en la misma casa de Northload Street donde vivían John y Mary, y entre los dos ménages había habido una armonía serena e ininterrumpida. Con el establecimiento del nuevo régimen en Glastonbury se había visto completamente libre de la molesta presencia de Red Robinson en la Fábrica. Robinson se había convertido ahora en lo que podría llamarse el tercer triunviro entre los gestores que, bajo el mando del señor Geard, administraban los asuntos de la pequeña comunidad; y Barter tenía la libertad de gestionar la fabricación de recuerdos a su entera discreción.

El único tema de conversación que Barter solía tratar en aquellos días y sobre el que se explayaba con Mary cuando estaban solos era cuál había sido la razón psicológica de la miserable forma en que había vivido antes de conocer a Tossie. No es necesario adentrarse en los pensamientos privados de Mary (que eran bastante más sutiles e irónicos) mientras escuchaba estos discursos; pero lo que le dijo a Barter fue que todos los hombres solteros son curiosamente ignorantes de «qué cosas puede hacer una chica» (tal fue la expresión de Mary) para hacer que la vida sea placentera.

Mientras tanto, Tom Barter estaba tan feliz estos días que en dos breves meses toda su expresión cambió y todo el aspecto de su rostro se alteró. También parecía más grueso y su manera de hablar era diferente. Hablaba en un tono mucho más relajado, mucho más seguro. Su sentido del humor, al estilo de Rabelais, era uno de los vínculos más

importantes entre Tom y Tossie; y, por la mañana y por la noche (con los gemelos a veces incluidos y a veces no), sus ataques de risas y risitas y carcajadas desenfrenadas, que se sucedían una y otra vez, hacían que el segundo piso de aquella vieja y lúgubre casa sonara como si un grupo de colegiales divertidísimos estuviera pasando la noche con un grupo de colegialas divertidísimas.

La mención de la escuela es bastante pertinente en este sentido, pues lo que esta *vita nuova* de Tom Barter realmente significaba era que Tossie había recuperado lo que podría llamarse el orgullo perdido de carne y sangre del hombre justo donde lo había dejado caer en su juventud, bajo sus desafortunadas experiencias en la Casa Gladman en Greylands. Algo en él, algún órgano psíquico lleno de un delicioso y animal gusto por las cosas sencillas, y un deseo invencible de reírse de todo lo existente, le había sido devuelto por su contacto con Tossie y no sólo eso: pues pronto se hizo evidente, incluso para John y Mary, que Barter ya no tenía miedo de "hacerse el valiente", como diría Toss, ante "esa maldita nobleza". Este aspecto de lo que la muchacha había hecho por él se había puesto especialmente de manifiesto últimamente por razón de su asociación con Lady Rachel, quien –todavía soltera del joven Athling, pero siempre constantemente a su lado– se encontró pidiendo a Barter, en lugar de cualquier otra persona, que fuera a recibir a su padre cada vez que fuera a la Casa de los peregrinos.

Lord P. venía constantemente a Casa de los peregrinos ahora; no porque le encantara un Glastonbury comunista, pues todavía estaba excesivamente nervioso por la turba que lo había atacado; sino porque estaba seriamente preocupado por las relaciones de Rachel con su Ned; y lo curioso era que, con su juventud de Norfolk restaurada en él, y los años de Gladman House borrados de su vida, por estos ataques perpetuos de risas con Tossie, Barter demostró ser mucho más un rival para el anciano noble y un compañero de mesa mucho más agradable para él que cualquier otra persona que Rachel pudiera haber elegido.

El propio ingenio de Lady Rachel para estas pequeñas figuras de recuerdo que su fábrica producía por miles y enviaba a todo el mundo había despertado en ese momento el interés de Barter por su trabajo. La fábrica de recuerdos estaba haciendo mucho más que eso.

Era el negocio más floreciente de Glastonbury. Ganaba más dinero con él que con las nuevas tintorerías que el municipio había comunalizado o con las antiguas que Philip todavía dirigía, y mucho más que con la mina de estaño Crow en Wookey, que ahora empezaba a dar señales de haber agotado su veta del metal precioso.

Y el orgullo profesional de Barter, como jefe de un negocio tan floreciente, combinado con su nuevo respeto psicológico por sí mismo y su nueva libertad de la agotadora búsqueda de novedades eróticas, lo convertían en el animal *macho*

más feliz y *equilibrado* de la ciudad; aunque en la embriaguez de un puro entusiasmo por la vida en su esencia probablemente lo superaban no sólo su radiante Tossie, sino también su pariente por matrimonio, la bella y mística Nancy.

–Es una pena –le comentó Tossie a Mary mientras servía té para ella y John mientras esperaban el regreso de Barter de la fábrica–. Es una pena que te quedas a cuidar a los niños. Se quedarían durmiendo como están y nadie los molestaría si yo cerrara la casa con llave.

–No lo pensaría, querida Toss –dijo Mary con énfasis–, así que no vuelvas a hablar de ello. Tom volverá pronto, John, ¡así que no te acabes las tortitas!

–No pensaba terminarlas –protestó John indignado–, pero para asegurarme, las pondré en el fuego, si me lo permites, Toss. –Se levantó mientras hablaba y volvió a colocar el plato en cuestión cerca de la gran tetera humeante. Mientras observaba la escena en la mesa, la cabeza oscura de Mary y la rubia de Tossie, ambas inclinadas hacia la cuna a su lado, y un cuenco de campanillas de invierno, con sus tallos sobresaliendo del musgo verde, descansando cerca del borde con un biberón de bebé apoyado contra él, John tuvo una repentina y deliciosa sensación de la continuidad de estas *viñetas domésticas*, a medida que se reúnen y adoptan patrones variados a lo largo de los siglos. Se detuvo un segundo, con la mano en el estante de la cómoda que había

encima de la estufa donde Tossie guardaba el pimentero y el salero, y se apoderó de él la fantástica idea de que grupos de ese tipo (las cabezas de las dos chicas, el pan de molde sobre el áspero mantel de lino, las cabezas de los dos bebés en la cuna en el suelo) respondían una y otra vez a medida que reaparecían a lo largo de los siglos, desde el amanecer de los tiempos, a algún patrón invisible de armonía preordenada que la Naturaleza siempre luchaba por alcanzar y que siempre se echaba de menos o se perdía tan pronto como se conseguía.

Mientras permanecía allí de pie, contemplando las cuatro cabezas femeninas, las adultas y las otras, agrupadas alrededor de la hogaza de pan y el cuenco de campanillas de invierno, la escena oscilaba y fluctuaba ante él, se derretía, se disolvía y cambiaba. A través de aquella habitación de Glastonbury, mientras se entregaba a su trance de vigilia, fluía el gran río de Northwold, se alzaba el puente de Foulden, blanquecino y estrecho, y profundizaba y oscurecía los oscuros estanques de Dye's Hole, bajo sus antiguas raíces de sauce. ¿Por qué tenía que esperar a que volviera el viejo Tom, por qué tenía que esperar a que él y Mary estuvieran solos para contarle las emocionantes noticias que le llenaban la mente esa tarde? Había ido a la fiesta del té en Tossie's para encontrar a Mary ya allí; y, salvo lo que su esposa pudo leer en su rostro emocionado (¡y él sabía que ella ya había leído algo!), no había tenido oportunidad ni siquiera de susurrarle a solas. ¿De dónde había salido John ese

veinticinco de febrero, ese día de efectos atmosféricos tan inusuales?

Había encontrado una notita del alcalde cuando llegó a su chabola de oficina junto a la vía del tren, después de almorzar con Mary en su lechería favorita, Othery, en Street Road; y de inmediato se había arrastrado de nuevo a Street Road, no poco irritado por tener que volver sobre sus pasos a través de toda la anchura de la ciudad. Pero una vez dentro de Villa Cardiff, una vez instalado en el sillón de la señora Geard, con el conocido antimacasar de punto de lanas de brillantes colores detrás de la cabeza y el viejo Geard asintiendo con su gran cara blanca frente a él, había sabido, por uno de sus rápidos instintos de vagabundo, que, en lo que a él respectaba, ese día de extrañas luces submarinas era un portador de una suerte increíble e inimaginable. John Crow recordaría hasta el fin de sus días esa entrevista con su jefe. Lo primero que había notado (pues había visto poco al señor Geard desde que el hombre se había convertido en mucho más que el alcalde de Glastonbury) era que Bloody Johnny había envejecido. Sí, su pelo era más gris, su cara más blanca, sus manos regordetas estaban más arrugadas y el estómago sobre el que estaban plegadas era más espacioso.

–Y por eso, muchacho –dijo el señor Geard–, puedo hablar contigo de cosas de las que no puedo hablar con nadie más. Eso haría infeliz a Crumnrie, y la dulce muchacha está bastante infeliz por Sam el Santo, y pondría nerviosa a Cordy; y en cuanto a mi querida esposa...

La verdad, muchacho, es que le he estado diciendo a Él, desde que abrimos el arco, que Su obra por mí aquí está casi terminada. Al principio no quiso escuchar lo que le dije. Pensó que era pereza o el Diablo en mi pecho. Pero cuando seguí diciéndole cómo era, poco a poco fue prestándome atención. No era que Él fuera sordo, debes entender, hijo; pero si yo fuera tan raro, y tuviera algo en mí... sí, muchacho, ésa es la solemne verdad... ¡qué no podría entender!

John miró aquellos ojos negros diabólicos, que ahora brillaban como dos pozos de mina de estaño de la Tártara, y pensó: «No me extraña que a Cristo le cueste entenderlo. La verdad es que este viejo nunca ha sido más que medio cristiano».

–No es fácil comprenderle, señor Geard –murmuró en voz alta.

El comentario pareció disgustar al alcalde de Glastonbury. “Eso es porque soy demasiado simple para ti. Soy demasiado simple para cualquier cosa en esta inteligente ciudad. Soy un hombre de Montagu, lo soy”.

–¡No lo llamo tonto, señor Geard! –John se estaba volviendo excesivamente atrevido en esta entrevista con su amo. ¿Será que su mente de vagabundo errante había captado el presentimiento de que ésta era la última vez, en esta tierra, que hablaría cara a cara con el señor Geard? No es frecuente que los seres humanos sean capaces de tratar

un fragmento de tiempo que nunca puede volver con la concentración intensa y ritualista apropiada para un momento que se desvanece irremediabilmente en una imposibilidad eterna de repetición.

Pero aquella tarde de febrero, John Crow alcanzó con exactitud y precisión una concentración tan intensa. La alcanzó –y una y otra vez, cuando todo había terminado, dio gracias a sus estrellas por haberla alcanzado–, en parte por su entusiasmo infantil y codicioso bajo la presión de su instinto de una increíble buena fortuna y en parte porque, por debajo del semihipnotismo que los ojos negros de Geard ejercían sobre él, había una transferencia directa de pensamiento entre ellos.

Pero ¿era realmente posible que al propio Cristo le costara entender en este singular Siervo Suyo lo que él, John Crow, el eterno pagano, el adorador de las Piedras, el que golpeaba la frente con las Piedras, entendía con bastante facilidad? Lo que sí vio fue, o al menos, lo que imaginó que vio fue que Geard de Glastonbury, después de haber construido su arco sajón, de haber obrado su Milagro, de haber inaugurado su nuevo culto místico, joánico y antipaulino, había decidido que era el momento adecuado –aunque no había prisa al respecto y era necesario evitar cualquier sobresalto desagradable– para abandonar esta atmósfera brumosa, lluviosa y subacuática de Glastonbury y hacer una visita de exploración a la Isla de los Muertos.

–Creo que usted es una persona tan poco simple, señor –tuvo el descaro de decirle John–, que está meditando en lo que mucha gente llamaría sin rodeos suicidio, aunque estoy dispuesto a admitirlo, podría haber otros nombres más bonitos para ello.

Bloody Johnny levantó la ceja izquierda, señal de que había recibido un golpe palpable. Se revolvió en su silla, se inclinó un poco hacia delante y sonrió. “Pero apenas he comenzado a hablar con estos extranjeros”, dijo.

–Si me disculpa que lo diga, señor –dijo John, que ahora parecía impulsado por algún demonio en su interior a tratar de asustar a su buena suerte incluso en el momento en que estaba a punto de caerle en el regazo–, creo que usted expresa sus ideas de manera más efectiva siendo simplemente lo que es y hablando con naturalidad con sus amigos. Deje que Athling y Lady Rachel, en su *Wayfarer*, señor, hagan que sus pensamientos sean razonables y lógicos. Cristo, si se me permite referirme a Él, dejó que sus seguidores completaran sus ideas.

El señor Geard se reclinó de nuevo en su silla. Con los ojos entrecerrados y las puntas de los dedos juntas como los viejos abogados de familia, miró a John con aire soñador y un poco interrogativo.

–Me *gustaría...* hacerle una pregunta, joven –dijo lentamente.

–Continúe hablando, querido señor –dijo John.

“¿Podrías concebir a alguien, podrías, de hecho, porque no hay necesidad de andar con rodeos, concebirlo, suicidándose por amor a la vida, en lugar de por cansancio de ella o por odio a ella?”

“¿Amor a la vida?”, preguntó John.

Encogió las piernas y se sentó en la silla de Megan, e inclinándose hacia delante con las manos sobre los codos, permitió que su flacucho cuerpo se relajara con cierta voluptuosidad y luego se pusiera rígido con una curiosidad ansiosa, intensa y magnética. –La muerte y lo que está más allá de la muerte –continuó el señor Geard– son sólo lo que podríamos llamar los aspectos desconocidos de la vida. Lo que quiero preguntarle es si cree que alguien se ha suicidado alguna vez por *exceso de vida*, simplemente para disfrutar de la última experiencia en plena conciencia. Los ojos de John brillaban ahora con viva curiosidad. Había olvidado por completo su premonición de la benevolencia de su amo. Todo su ser temblaba con un ansia de sangre espiritual, como la de una hiena. Curiosamente, fue exactamente a esa misma hora, en esa tarde de luces y sombras subacuáticas, cuando Paul Trent encogiéndose las piernas, se sentaba en el banco junto a la barandilla del mercado de ganado, para revelar sus sentimientos secretos a la señorita Elizabeth, condenada a muerte.

Aquella afligida dama tuvo el privilegio de escuchar la confesión de un idealista felino. Al señor Geard le correspondió el privilegio (o la prueba) de ser interrogado por un escéptico merodeador. En una ciudad con tantos sonámbulos “de mal tiempo”, aquellos gatos salvajes y chacales de pies ligeros parecían atraídos, por una necesidad de su naturaleza, a frotarse con la cola excitada o con las fosas nasales jadeantes contra los personajes más formidables que se encontraban a su alrededor.

–Pero, señor –protestó John–, ¿no cree usted que, independientemente de lo que la mente o el espíritu de las personas quieran hacer, sus cuerpos, o el nervio vital central de sus cuerpos, siempre deben detenerlos al final? ¿No cree usted, señor, que aunque nuestras mentes pueden desear la muerte por muchas razones, es una historia diferente cuando realmente tratamos de suicidarnos? ¿No cree usted que algo surge automáticamente entonces, que aborrece la muerte, y debe luchar contra la muerte, hacer lo que pueda, hasta el amargo final?

Al oír estas palabras de la figura sentada en la silla de su esposa, el Sr. Geard emitió un sonido que podría traducirse por las sílabas “rumti–dum–ti–dum”.

–Pero si ese nervio de resorte rápido o ese nervio de salto en nosotros, muchacho –dijo– se interpone en el camino de lo que anhelamos, ¿no podemos pellizcarle la garganta o darle un pequeño golpecito a su pulso inquieto?

John suspiró y la luz se apagó en su rostro. Encogió sus largas piernas y las estiró. Dejó de ser el ansioso chacal intelectual y se convirtió en el vagabundo desvalido y encorvado amante del sol.

De repente, mientras miraba a los ojos de aquel hombre, sintió una sensación gélida de algo tan monstruosamente diferente de todo lo que había conocido hasta entonces, que lo asustó.

El tono en el que el señor Geard había dicho «pellizcarle la garganta» sonó como el tembloroso movimiento de todo el suelo bajo todas las cosas que eran cálidas, familiares, naturales. ¿Hacia dónde se dirigían a tientas las enormes antenas del alma de Bloody Johnny, desde las profundidades en las que se agitaba y se movía?

«No me extrañaría», pensó John, «que el viejo no se haya aburrido hasta la muerte de todo este asunto del Grial, de los milagros y de la nueva religión. No me extrañaría que lo que realmente quiere es esa deliciosa muerte del aburrimiento que yo siento cuando hago el amor con Mary. La vieja del piso de arriba no le proporcionaba ninguna emoción de ese tipo y últimamente ha estado despreciando a Rachel. Lo sé, porque las he visto juntas, y a él no le interesan los chicos. Creo que se ha vuelto en contra de todo este asunto de Glastonbury. Está harto de todo eso, y no lo culpo, ¡pobre mendigo! Lo que quiere es una pequeña

Abishag⁹³ gordita para abrazarla. Es un viejo bribón de sangre caliente y se le han enfriado las entrañas».

Así, John luchó, recurriendo a las consideraciones más cínicas de su naturaleza pagana, adoradora de las piedras, para tapar la grieta primigenia del hielo, la grieta glaciaria entre las rocas de la tierra iluminadas por el sol, que el problema del señor Geard había descubierto, quizá por error, ante su imaginación pesimista. Para un amante de la tierra y resabiado de East Anglia era imposible siquiera concebir la idea de que Geard de Glastonbury pudiera suicidarse deliberadamente para ganar más vida. Podía hacerlo para escapar de la vida; eso era fácilmente imaginable; pero no lo otro.

No, no –pensó John–. Nunca ha habido, ni habrá jamás, entre todos los millones y millones y millones de suicidios que se han producido desde el principio del mundo, uno solo como éste. Es tan imposible para un hombre como salir de su propia piel. La vida misma lucharía contra ello con uñas y dientes. El viejo se está engañando a sí mismo. Lo que realmente quiere es una dulce jovencita para su cama... pero, ¡vaya!, este tipo nunca haría daño a su vieja de esa manera... así que ahí estamos... Me pregunto si me va a dar una pensión.

93 Abisag aparece en el Libro de los reyes como una doncella que servía y calentaba al viejo David; aunque fue la última de sus esposas, no se unió sexualmente con él.

Fue en este punto de la memorable entrevista de John (la última que John estaba destinado a tener con el amigo de su abuelo) que el Sr. Geard pasó a cuestiones prácticas.

Le expuso a su secretaria toda la serie de cosas sorprendentes que ya había acordado con el banco (aunque totalmente contra del consejo del señor Robert Stilly).

Fue un triste testimonio de la dificultad de iniciar una verdadera comuna independiente en medio de un reino antiguo como Inglaterra, el hecho de que el banco de Glastonbury permaneciera absolutamente intacto ante el nuevo régimen, salvo en la medida en que las grandes sumas de dinero acumuladas por la ciudad pasaron a sus manos.

El señor Geard había comprado pequeñas rentas vitalicias para su esposa, para Cordelia y para Crummie. También había comprado para el propio John (y John tenía toda la razón en ese sentido) una renta vitalicia de ciento cincuenta libras al año.

Con estos acuerdos había agotado por completo el legado de cuarenta mil libras dejado por el canónigo Crow.

—Y así, mientras estaba de pie junto al tocador de Tossie, observando aquellas cuatro cabezas femeninas, John se preguntaba si debía esperar hasta la noche para contárselo a Mary o si debía contárselo de inmediato y obtener su reacción (y la de Tossie también) ante la emocionante noticia

antes de que llegara Tom. Recordaba exactamente cómo había mirado el señor Geard cuando lo dejó salir por la puerta de su casa hacía apenas una hora, y cómo el hombre había interrumpido bruscamente su gratitud casi llorosa con las curiosas palabras: «Es su dinero de sangre, muchacho. Es su dinero de sangre. ¡Y nunca debes olvidarlo, ninguno de vosotros, cuando llegue la Pascua y comáis y bebáis la Vida en la Muerte!».

Más tarde, en el crepúsculo primaveral, cuando pasaban juntos por la puerta de la vicaría, John se encontró arrepentido de no haber esperado hasta estar a solas con Mary para contárselo, en lugar de soltarlo todo como lo había hecho y hacerla saltar de la mesa con sus ojos grises grandes como platos.

Lo que ahora le preocupaba era la manera en que Tom se lo había tomado al llegar. No habían tenido demasiado en cuenta los sentimientos de Tom, él y Mary habían estado charlando sobre cómo se irían a Northwold de inmediato y buscarían una cabaña en Didlington Road.

Por supuesto, fue Tom, y no Mary ni él, quien se dio cuenta de que Toss había sido golpeada. La chica había empezado a hablar a toda prisa de que Tom y ella tendrían que ahorrar dinero y venir a reunirse con ellos en unos años "cuando las gemelas fueran mayores".

–Pero Toss –murmuró Mary en ese momento–, tú nunca

soportarías irte de Glastonbury, ¿verdad? –y las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de un sutil reproche hacia ambos. Fue entonces cuando por primera vez captó la amargura siniestra de lo que Tom sentía y su dolorosa añoranza de su tierra natal y su ansia de mostrarle a Tossie las amplias aguas del lago Didlington, llenas de lucios, percas y nenúfares.

Al pasar por la puerta de la vicaría, divisaron las mangas de la camisa del señor Weatherwax. El viejo bribón estaba arrancando las malas hierbas de debajo de unas plantas de rododendros que había al borde de los arbustos y, mientras trabajaba, cantaba: «El cervecero, el molinero, el campesino y yo perdimos una novilla, perdimos una potranca, perdimos un Ding–Dong; cuando los narcisos miran al cielo; ¡pasad, muchachos! ¡pasad, muchachos! El cervecero, el molinero, el campesino y yo dejamos una novilla, dejamos una potranca, dejamos un Ding–Dong; en una tumba yerta y herbosa para que yaciese; ¡pasad, muchachos! ¡pasad, muchachos!».

El jardinero les daba la espalda y no se levantó de su posición encorvada cuando pasaron. Sin embargo, algo en el sonido de su voz grave y espesa, amortiguada y apagada por su posición encorvada, era tan grosero, tan terroso, tan sugerente de raíces malolientes, orugas revueltas, baba de babosa en un tenedor puntiagudo y sudor humano agridulce, que cuando Barter, que siempre disfrutaba hablando al estilo rabelesiano con Tossie delante del

quisquilloso aunque no exactamente aprensivo John, hizo alguna broma grosera sobre el enorme trasero del tipo, John recibió una repentina, rápida y espontánea repulsión de su viejo amigo, que no disminuyó cuando Tossie comenzó a reírse con una de sus sonoras carcajadas de Benedict Street.

«¡Qué contento estaré!», pensó para sí mismo, «cuando esté sano y salvo de nuevo en ese bote en el Wissey. ¡Por Dios! Ya sé lo que haré. Alquilaré ese bote en Alder Dyke a ese tipo, para que lo tengamos cuando lo necesitemos».

De pronto se le ocurrió que era en relación con el olor de los alisos y con el aspecto de su follaje oscuro y robusto que había pensado en Tom aquel día que estaba con Mary y se dispuso a recordar la figura infantil de sus memorias infantiles.

Mientras desembocaban en Chilkwell Street y pasaban por el antiguo granero de los diezmos, John oyó a Tossie, una chica de Glastonbury, decir algo sobre una de las criaturas evangelizadoras. Debió de ser un comentario de una lascivia más sorprendente y de una originalidad más divertida de lo que John pudo entender, y no le causó mucha gracia.

«La verdad es que no soy apto para la vida social ni para divertirme con mis amigos», pensó. «Cuando tenga a Mary a mi lado en Northwold, juro que no veré ni un alma, y no invitaré a nadie. Viviremos absolutamente solos, Mary y yo; ¡absolutamente solos y para nosotros mismos! Esta chica es

una chica decente y sus hijas son unas niñas agradables, pero no podría haber soportado vivir en la misma casa y tener todo por un cuarto de hora más. Estos ciento cincuenta dólares que me ha dado el viejo son una escapada celestial. Son una ganancia inesperada; una bendición. *Tonnerre de Dieu! (¡Trueno de Dios!)* Es tanto uno de sus milagros como el hecho de curar a cualquiera de esas personas. ¡Dios! Pronto me convertiría al culto de Geard el Salvador si el viejo estirara la pata. Espero que viera lo agradecido que estaba. Le besé la mano. Me alegro muchísimo de haberlo hecho, porque creo que le agradó. Tal vez en toda su vida, la vida, me atrevería a decir, de uno de los hombres más grandes que han vivido, ¡soy la única persona que le ha besado la mano! Y piensen en la cantidad de ridículas prostitutas de la alta sociedad a las que les besan la mano todos los días. ¡Oh, maldita sea esta raza humana!

Pasaban por delante de todas las mejoras que el señor Geard había hecho en Chalice Hill. En el verde crepúsculo, a pesar de la basura y de la presencia de muchas chabolas feas, el arco sajón del alcalde se destacaba noblemente y de manera impresionante. Más allá de la fuente del Grial, también podían ver la Rotonda recién construida, que también tenía su propia dignidad a esa hora. Era, en efecto, una especie de templo herético el que estaba construyendo el arquitecto de Bloody Johnny. John lo observó con infinito disgusto.

"Nunca se debe engañar a ese querido anciano para que se

convierta en un charlatán", pensó. "Si algo es, es el fundador, no el expositor. Lo echará todo a perder si sigue tratando de explicarlo".

–¿Quiénes *eran* esos sajones, Tom? –preguntó Tossie mientras pasaban por delante de las diversas construcciones–. ¿Eran salvajes los primeros cristianos? ¿Adoraban al rey Arturo?

Su pregunta pareció hacerle mucha gracia a Barter, que inmediatamente empezó a burlarse de ella por su ignorancia de la historia. Pero John pensó para sí mismo: «Evans diría que la verdadera causa de que el viejo Geard se haya puesto en aprietos y hable de suicidio es por su desprecio por Arturo y sus demonios galeses. Me pregunto si es posible que...» y su mente volvió a esa inexplicable hecho que le había ocurrido a él mismo en el puente de Pomparles. El odio de John hacia Glastonbury y sus tradiciones quedó delatado hasta el final por su incorregible interés por los problemas psíquicos. El misticismo del señor Geard siempre lo había influenciado más de lo que estaba dispuesto a admitir; y en cualquier caso, era un pagano temperamental más que un materialista. Era tan escéptico con las explicaciones materialistas como con los sucesos ocultos que las originaban.

Entonces se le ocurrió la idea de que en sus visitas diarias a Chalice Hill y sus constantes perturbaciones de esa peligrosa tierra, el señor Geard podría haber sido víctima de

algún hechizo deliberadamente maligno preparado mucho tiempo atrás por aquellos antiguos magos celtas.

«Evans debería haberle impedido», se dijo a sí mismo mientras pasaban por St. Michael's Inn, «engañar a esas hadas galesas resucitando a un gran santo atronador como Dunstan».

–La ventana de Mad Bet está cerrada –dijo Tossie– y tiene la cortina corrida. Me temo que Thik quiere decir que nos está mirando y haciendo muecas.

–¡Tonterías! –murmuró Barter enfadado.

Por alguna razón, ese particular alboroto que armaron todas las chicas de Glastonbury sobre Mad Bet irritó la estolidez del hombre de Norfolk.

–¡Toss, Toss! ¡Qué bebé eres! La ventana está cerrada porque hace frío. La mujer probablemente esté en la cama.

–¡No más en la cama que tú, Tom! –replicó su esposa con entusiasmo–. A Tom no le gusta que hable de Mad Bet –añadió–. ¡Él le tiene más miedo que yo!

–Te digo –gruñó Barter, con más vehemencia de la que parecía exigir la ocasión– que esa mujer está en la cama; o bien está paseando tranquilamente por Tor Hill, como nosotros, al fresco de la tarde. Ustedes, los de Somerset, le dan demasiada importancia a la excentricidad de una vieja

trotadora. Su Betsy, o como quiera que la llamen, no despertaría ninguna atención ni siquiera si viviera en Norfolk. La han mimado aquí y la han mimado hasta que se cree una verdadera Madre Shipton⁹⁴.

Así habló Tom Barter; y su temperamento por una nimiedad tan pequeña podría considerarse como un signo premonitorio de que no era completamente inmune al zumbido distante de la catastrófica avalancha.

En el mismo momento en que los tres llegaron a la puerta de Tor Field, el obediente y respetuoso Codfin estaba ayudando a Betsy Chinnock a subir por un complicado sistema de empinadas escaleras de obreros que ahora conectaban el piso interior de la Torre de San Miguel con su campanario en ruinas, y éste a su vez con su etérea cima. Una vez más, el incansable arquitecto del alcalde, que había venido de Londres, había estado trabajando allí, pues el consejo comunal había decidido que, si se erguía en el interior una ligera escalera circular de madera de abajo a arriba, sería posible cobrar un chelín por la entrada a esta magnífica torre de vigilancia, lo que aumentaría enormemente los ingresos semanales. Entre los gastos recientes del consejo, esta invasión de la Torre de San Miguel fue lo único que interesó al vicario de Glastonbury, que la consideró como el comienzo de esa reconstrucción de la

94 Ursula Southeil, conocida como Madre Shipton, nació en julio de 1488, en el reinado de Enrique VII de Inglaterra. Fue una ocultista inglesa y una afamada redactora de profecías.

vieja iglesia de la que había estado hablando durante tanto tiempo.

En efecto, el señor Dekker había salido varias veces últimamente, antes incluso de que Penny Pitches bajara a la cocina, de su casa solitaria y había ascendido la colina y trepado todas aquellas escaleras para desafiar al amanecer y pensar en Nell y en su hijo. No eran escaleras difíciles de subir; y al estar en un espacio tan estrecho, el que las subía no estaba tan expuesto a marearse como habría sucedido si las hubiera apoyado en el exterior.

Ni un alma en Glastonbury, si descartamos el espíritu enfurecido de Gwyn-ap-Nud por ser una presencia demasiado insustancial para ser llamada alma, había visto la oscura figura del hombre de Quantocks, de pie allí arriba al amanecer, desafiando a su antiguo enemigo mientras se elevaba como un enorme globo rojo desde la bahía de Bridgewater, y rezando allí por su hijo y por el hijo perdido de su hijo.

No era la primera vez que Codfin acompañaba al "Mensajero del Grial" del Sr. Evans en una aventura de escalada, y si la abrumadora pasión sexual no hubiera hecho temblar las rodillas de la mujer, de forma muy similar a como lo hicieron las rodillas del Sr. Evans cuando abrió "El pecado imperdonable", Codfin la habría llevado a la cima muy fácilmente.

Finalmente la llevó a la cima, después de un largo descanso junto a las negras vigas de roble jacobino carcomidas por los gusanos que eran todo lo que quedaba del antiguo campanario; y si Gwyn-ap-Nud hubiera sido algo más que una presencia insustancial, seguramente habría tomado a esos dos por una bruja real a la que su demonio acompañante ayudaba a llegar a su púlpito de maldiciones lejanas. Una vez en la cima e inclinados sobre el borde como dos gárgolas medievales, Codfin olfateó el crepúsculo puro con éxtasis estético. El hecho de que, en menos de media hora, fuera a cometer un asesinato, acentuaba más que de otro modo ese éxtasis natural. ¿Cómo podía Codfin contemplar con tanta calma, mientras contemplaba ese paisaje aéreo, la idea de matar a una persona que nunca le había hecho daño, simplemente porque esa mujer loca lo había impulsado a esa decisión maníaca? ¿Cómo pudo Codfin, cuando él mismo disfrutaba de manera tan intensa la emoción física de respirar ese fragante crepúsculo, condenar deliberadamente a otro hombre a la inconsciencia eterna y a sí mismo a una muerte casi segura en el patio de una prisión?

Los sentimientos de los asesinos a sueldo (y en realidad Codfin era así, aunque lo que lo llevó a ello fue el temor religioso a su reina bruja) deben ser de una naturaleza diferente a los de todos los demás asesinos.

Completamente desprovistos de cualquier actitud personal previa hacia su víctima asignada, se encargan de

establecer entre ellos la más personal de todas las actitudes. Pero ¿cómo podría Codfin arriesgarse a ir a la horca por el frenesí de Mad Bet? ¡Pregúntenle al fanático devoto de algún ídolo ultrajado cómo puede arriesgarse a morir para vengar a su deidad!

Mad Bet se había convertido en la deidad de Codfin. Obedecer a Mad Bet se había convertido en la religión de Codfin. Entre dos experiencias desagradables –la soga del verdugo, que nunca había sentido, y la mirada de reproche en los ojos de Mad Bet, que sí *había* sentido–, eligió, sin pensarlo dos veces, la que menos le impactó a la imaginación. Sin embargo, comparado con el problema de Codfin, ¡qué fácil, qué natural era el de Mad Bet! Mad Bet estaba impulsada, igual que el señor Evans, hasta que la desnudez de la hija del señor Geard lo exorcizó, por el gusano nervioso del sexo. Ser de mediana edad, tener una fealdad personal que resultaba repugnante, estar amenazada por el asilo del condado, ser el hazmerreír de los niños de varias calles, tener una calavera bajo el sombrero tan calva como un huevo, todas estas cosas pesan en la balanza como nada cuando ese pequeño gusano nervioso empieza a agitarse, a echar espuma y a escupir.

–¡Ahí está! ¿Lo ve, señora? –gritó Codfin de repente, bajando la cabeza por debajo del nivel de las almenas y presionando el hombro de su compañera para obligarla a agacharse.

–Seguro que no me harás sufrir, Finn Toller –dijo ella, mientras sus cuatro ojos observaban a las tres figuras que entraban en Tor Field.

Codfin soltó una risita ante esto. “¿No viste esa barra?” susurró. “Esa barra me hizo doler el brazo de tanto cargarla. Esa barra es suficiente para aturdir a un elefante”.

–¡Oh, mi rey, oh, mi amor, oh, mi dulce médula! –gritó la loca desde lo más profundo de su corazón lleno de gusanos.

–Que no te vean la cabeza por encima del borde de la torre –observó el otro con calma–. Voy a bajar ahora mismo. Y no grites ni digas nada cuando lo haga, y no chilles si Barter me atrapa. Quédate donde estás hasta que todo esté en calma; ¡y tampoco le digas nada a nadie cuando llegue mañana y hayan puesto al pobre Coddy en una jaula de canarios!

Mientras Finn Toller bajaba rápidamente por las largas escaleras hasta el campanario y luego por las otras hasta el suelo, le dijo: “Sabía que el señor Curiosity no vendría después de toda su charla. Los eruditos que leen sobre fornicaciones no espantarían ni una mosca, ni los que leen sobre fiambres no ahogarían a un gato. ¡Pero tampoco contarán historias de Coddy, por miedo a su propio pellejo!”

Tras estos sagaces comentarios sobre la psicología humana, el señor Toller se dirigió con calma al lugar donde había colocado su arma asesina. La casualidad, el destino o

los escuadrones aéreos de Gwyn–ap–Nud parecían decididos a facilitarle al máximo la tarea aquella noche.

Cuando los tres amigos llegaron a la cima, se dieron la vuelta y se quedaron jadeantes y sin aliento en una cornisa de hierba, aproximadamente un metro por debajo de la base de piedra de la torre.

Tossie dirigió rápidamente su atención hacia la vasta, triste y verdosa llanura que se extendía ante ellos, y antes incluso de que pudieran recuperar el aliento los enredó en el apasionante y picante tema de en qué punto exacto de aquel mapa etéreo se encontraba situada su propia casa en Northload. Allí era donde la casualidad –o el espíritu de Gwyn–ap–Nud– era tan favorable a Codfin, pues a menos que la muchacha hubiera empezado a hablar de algún tema especialmente seductor en cuanto se detuvieron, John, casi con toda seguridad, habría ido directamente a la torre, siguiendo el instinto humano natural de alcanzar un objetivo y también obedeciendo a una afición personal a tocar piedras frías con la mano, y de ese modo habría hecho imposible que el asesino saliera furtivamente de aquella puerta con la monstruosa pieza de hierro al hombro. Paso a paso, mientras la muchacha señalaba un punto y John señalaba otro y Barter protestaba porque ambos estaban demasiado al sur, Finn Toller descendió la pendiente detrás de ellos, con la barra de hierro levantada en ambas manos.

La naturaleza, la gran sanadora, es también la gran

destructora; y la tendencia a reírse de las mismas cosas y en el mismo instante que había borrado todos los recuerdos de la Casa de Gladman para Barter, ahora borraba para él todos los recuerdos de todo tipo. Porque un comentario que hizo John hizo que los dos soltaran unas carcajadas tan incontrolables que Barter se vio obligado a cambiar un poco de posición.

En ese cambio de posición vio en un instante la figura de Codfin de pie detrás de John y se dio cuenta en un abrir y cerrar de ojos de que el horrible instrumento en las manos del vagabundo ya estaba temblando en el aire.

Las inevitables leyes materiales del equilibrio, del ritmo, de la gravitación, de la dinámica, ya habían decidido que la barra de hierro iba a caer sobre la cabeza de John. Lo que no habían contado, o tomado en consideración mecánica, era la rapidez automática, más rápida que el descenso de la muerte misma, con la que el instinto de un caballero de Norfolk podía expresarse en acción en una crisis mortal.

Para evitar ese golpe, para detener ese descenso de la barra de hierro, Barter ahora se lanzó hacia adelante, con el resultado natural de que, en lugar de que la cosa descendiera sobre la cabeza de su amigo, descendió sobre la suya, rompiéndole el cráneo justo por encima de la frente y matándolo instantáneamente.

Así como veinticinco años atrás el joven Tom había acudido

con frecuencia al rescate de John cuando su bote se enredaba en las algas del Wissey, ahora el adulto Tom, padre de gemelos y esposo de Tossie Stickles, dio su vida por el mismo amigo en su colina de Somersetshire. Murió instantáneamente, la parte frontal de su cráneo quedó tan destrozada que pedazos de hueso cubiertos de pelo ensangrentado rodearon la profunda abolladura que hizo el hierro. Su conciencia, el «Yo soy yo» de Tom Barter, se disparó hacia el éter por encima de ellos como un chorro de una fuente y, temblando, allí pulsó un espasmo de sentimiento, en el que el furor, el éxtasis, la indignación, el reconocimiento, el orgullo, tocaron una dimensión del Ser más vivaz con la vida cósmica que la que Tom había alcanzado nunca antes en sus treinta y siete años de existencia consciente. Esto aumentó... ¡no! Esta conciencia se cuadruplicó, se disolvió en unos segundos, después de escapar del cráneo roto, pero el cronista actual no sabe si pasó, con su identidad personal intacta, a esa envoltura invisible de materia enrarecida que rodea nuestra esfera astronómica o si pereció irremediabilmente.

Tossie se arrojó sobre el cuerpo de Barter con un grito desgarrador que resonó por todo el valle. Un grito tras otro se desprendió de aquella blanda masa de pérdida femenina que se aferraba a ella hasta que su cabello rubio quedó salpicado con la sangre de Tom y enredado con pedazos rotos de hueso cubierto de pelo que habían sido el duro cráneo de Tom.

Algunos dijeron que oyeron sus gritos desde tan lejos, en el valle, como en Tithe Barn. Lily Rogers sostuvo que los oyó mientras recogía perejil para la cena de la señorita Drew en el jardín de Casa de la Abadía.

John hizo un movimiento instintivo para perseguir al asesino, pero el vagabundo, al oír gritos salvajes en la ladera de la colina y ver al señor Evans y a Cordelia subiendo a toda prisa la cuesta hacia él, se precipitó de nuevo hacia la torre y trepó, veloz como un mono, por las altas escaleras del interior. Durante un par de minutos, después de su primer movimiento de persecución, John permaneció inmóvil, con el rostro tan desencajado por el horror que parecía el de una marioneta de madera, escuchando con una apatía hechizada y congelada los gritos desgarradores de la muchacha.

Un semicírculo de grajos voladores, sólo siete en número, aleteaba con sus alas chirriantes sobre la parte superior de la torre, en dirección noroeste hacia Mark Moor. ¡No se dieron cuenta de que el cráneo de un hombre estaba roto sobre un trozo de hierba! En cuanto a un pequeño escarabajo de tierra que estaba buscando su presa de insectos justo allí, se escabulló de la sangre de Tom como si hubiera sido un lago de azufre.

Además, una liebre, presa del pánico, que huía aterrorizada del hombre y la mujer que subían corriendo la colina, llegó con sus largos y desesperados saltos casi hasta los pies de John y, luego, permaneciendo inmóvil allí durante

un segundo, pasó corriendo junto a la torre y bajó por la pendiente hacia Havyatt Gap. La aparición de esta liebre despertó a John de su parálisis. Corrió hacia la puerta de la torre y la abrió de par en par. Sin embargo, el par de minutos de retraso había permitido a Finn Toller ascender, pues trepó como un animal más que como un hombre, hasta lo alto de la última escalera; pero allí se encontró con Mad Bet, en un frío paroxismo de frenético remordimiento. Sin darle tiempo a su desafortunado devoto a llegar a la plataforma de piedra donde se arrodilló para recibirlo, la mujer agarró las delgadas muñecas desnudas que Codfin extendía hacia ella y lo arrojó por la escalera. Finn Toller cayó hacia atrás, con la cabeza hacia abajo; y John, saliendo apresuradamente de la puerta ante el grito de muerte del hombre, vio su cuerpo estrellarse contra el suelo en una nube de polvo y oyó el espantoso golpe en el suelo con el que se le rompió el cuello.

Como un gran buitre calvo al que le han atravesado el ala, Mad Bet, en la cima de piedra de la torre, se acurrucaba con estremecimientos convulsivos contra el parapeto.

Allí yacía, sin pensar ni propósito, gimiendo en voz baja para sí misma y cubriendo la fría losa contra la que apretaba el rostro con lágrimas lastimeras y murmurando palabras cariñosas, como si fuera el cuerpo destrozado del hombre que había despertado ese terrible gusano nervioso que devora corazones.

Mad Bet no había visto lo que realmente había ocurrido allí

abajo. Para su conciencia perturbada y trágica, era John quien yacía muerto al pie de la torre con el cráneo destrozado.

Hay algo en el dolor más profundo que nivela todas las distinciones; y ni Deyanira por Heracles, ni Isolda por Tristán, gemían y murmuraban a su amor perdido con más absoluto pesar que esta criatura calva en lo alto de la torre a su ídolo supuestamente muerto. Alrededor de su figura agazapada, una pareja de grandes vencejos, esos demonios de alas puntiagudas del aire, volaban en círculos cada vez más estrechos, emitiendo sus gritos cortos y agudos, y estos agudos sonidos eran respondidos por los lamentos melancólicos y más familiares de los avellanos en los niveles inferiores del Campo de Tor, perturbados por los gritos de Tossie y gritándose advertencias unos a otros.

Destrozada bajo aquella reja, Mad Bet imaginó la dulce cabeza de su querido amor; mientras los gritos salvajes de Tossie sobre el cuerpo de Tom se unían al viejo coro: “*¿Quis desiderio sit pudor aut modus tam carl capitis?* (¿Qué deseo hay de vergüenza o de manera de ser tan audaz?)”

El verde crepúsculo estaba siendo absorbido por las ondulaciones de la tierra verde. Caían los rocíos invisibles. Un viento nocturno racheado se levantaba desde más allá de Queen's Sedgemoor. Las primeras estrellas frías estaban saliendo sobre los tres horizontes. Allí donde el sol se había puesto en el oeste, sólo quedaba un débil rastro moribundo

de la lívida blancura anterior a la noche. En ese momento real de la revolución de la Tierra, aunque en condiciones atmosféricas muy diferentes, en China, en la India, en las orillas del Danubio, junto al Mar Negro y en las tiendas del Sahara, en la batalla, el asesinato, la peste y el naufragio, en una fatalidad repentina y súbita, la muerte se precipitaba sobre las cabelleras de los hombres.

¿Acaso Tossie sintió su dolor más que cualquiera de los que lloraron su pérdida? ¿O fueron aún más desgarradores los gemidos de alguna anciana china en las orillas del río Amarillo, o el terrible silencio de algún malayo desesperado en una casucha de Singapur?

En cuanto a John, el peor momento de toda la indescriptible pesadilla fue cuando levantó aquel bulto regordete de histeria salvaje del cuerpo de su amiga y la dejó sobre la hierba, le secó la frente y las mejillas con el pañuelo y, con el índice y el pulgar, sacó de su pelo pegajoso un fragmento del cráneo destrozado de Tom. Ella se dio la vuelta (y John se alegró de que lo hiciera, porque su rostro le resultaba chocante) y empezó a sofocar sus convulsiones en la hierba verde, mientras sus dedos arrancaban y agarraban sus frías raíces terrosas.

Fue entonces, justo antes de que Evans y Cordelia llegaran hasta ellos, que se quitó el abrigo y cubrió con él la cabeza y los hombros de Tom.

–¡Oh, qué ha pasado! ¿Qué ha pasado? –jadeó Cordelia–. ¿Ese hombre ha escapado? ¿Te ha hecho daño? ¿Quién ha resultado herido? ¿Ha resultado herido el señor Barter? ¿Ha matado al señor Barter? ¿Dónde está? ¿Lo has dejado marchar?

El señor Evans no pronunció una sola palabra. Hizo dos cosas, y las hizo con la precisión puntual y mecánica de un actor consumado que interpreta un papel perfectamente ensayado desde hacía mucho tiempo. Miró a su alrededor hasta que vio la barra de hierro tirada en el suelo; se agachó, levantó el extremo ensangrentado de la tierra y lo limpió deliberadamente con un puñado de hierba. Luego se acercó al lugar donde yacía el cuerpo. Dudando un instante, cayó de rodillas y, quitando la chaqueta de John de la cabeza aplastada de Barter, contempló lo que había quedado al descubierto.

La visión le produjo un efecto físico inmediato. Volvió a ponerse el abrigo con bastante calma, pero, poniéndose de pie y dándole la espalda al cadáver, empezó a vomitar con cataclísmicas exhalaciones de su alta figura. ¿Se había excitado abominablemente el nervio sexual del señor Evans, ese Gusano del Abismo ebrio de sadismo, mientras hacía esos movimientos? ¡Dios nos libre de ello! Ese gusano nervioso yacía, estirado en los órganos vitales del hombre mientras vomitaba, frío y contraído, flácido como la piel desprendida de una serpiente de verano.

Cordelia, que había dado muestras de estar más preocupada por el señor Evans, que se tambaleaba y vomitaba, y vomitaba y vomitaba, que por el asesinato en sí, se sentó en la hierba al lado de Tossie y apoyó la cabeza en su regazo. La primera vez que hizo esto, la muchacha, distraída, la apartó con las manos e intentó levantarse y correr hacia el cuerpo de Barter; pero la visión de ese abrigo que ocultaba la cabeza aplastada le produjo una sensación tan repugnante de pérdida que ocultó la cara entre las rodillas de Cordelia y estalló en lamentables gemidos. Sin embargo, estos gemidos ya no tenían ese tono aterrador que habían tenido sus primeros gritos agudos, y poco a poco fueron pasando del puro agotamiento a gemidos bajos; hasta que al final la infeliz muchacha quedó completamente callada e inmóvil.

El señor Evans, cuyo paroxismo de vómitos había cesado, obedeció a John con humilde docilidad, cuando éste le pidió ayuda para sacar de la torre el cuerpo del asesino. Esta docilidad tranquila, pero en absoluto estúpida, se convirtió en un hábito fijo en el señor Evans a partir de ese momento. No era que la cordura del hombre se viera afectada por las conmociones acumuladas de ese día. Lo que parecía ser era una sustitución de un sentimiento definido de culpa por la muerte de Barter por el remordimiento menos tangible pero mucho más mortal por sus sueños y fantasías sádicas. El hombre tomó esta nueva culpa con calma y, en cierto sentido, con cordura; pero tuvo un efecto mucho más

desastroso sobre él desde un punto de vista externo y práctico que el otro. Cuando amaneció el veintiséis de febrero, la pobre Cordy se sorprendió al descubrir que el cabello de su Owen se había vuelto blanco. En efecto, se había convertido visible y palpablemente y en todos los aspectos físicos, si no en un viejo, ciertamente en un anciano.

Fue una suerte para Cordelia que la pequeña renta vitalicia, que tan cuidadosamente había comprado para ella el señor Geard, fuera suficiente para cubrir sus necesidades básicas en esa casita sobre Bove Town, en la colina que conducía a St. Edmund's Brick Yard; porque después de esta crisis en sus días, el señor Evans se encontró completamente incapaz de continuar con su trabajo en la tienda del Número Dos. Ese caballero *realmente* mayor y, de hecho, extremadamente anciano, no se sentía obligado a considerar a la gente como un ser humano, y ahora no creía que su socio durmiente tuviera derecho de ninguna manera a compartir el incremento resultante de su negocio más que nunca lucrativo; y, a pesar de la indignación de Cordelia, tampoco podía inducir al Sr. Evans a hacer ningún reclamo. Lenta y laboriosamente, a veces escribiendo sólo unas pocas páginas, el señor Evans continuó trabajando en la tarea de su vida, el monumental "Vitus. Merlini Ambrosiani"; pero, lúcidamente para él, Cordelia no extendió a los intereses intelectuales de su esposo ese desprecio impaciente que siempre sintió por las doctrinas religiosas de su padre.

Aquella escena culminante, cuando con su gesto heroico tras las persianas marrones había exorcizado al demonio nervioso del señor Evans, le había hecho ganarse el cariño del hombre del mismo modo que las madres se ganan el cariño de un niño deforme o idiota; y cuando su hijo real pereció –más tarde, tras un nacimiento prematuro–, prodigó a su desvalido padre toda la salvaje protección maternal que el infante habría reclamado si hubiera vivido.

Los visitantes de Glastonbury aún pueden ver, cuando un poco cansados tal vez de antigüedades románticas, pasean por Wells Old Road hacia Edmund Hill Lane, con el fin de inspeccionar esas famosas obras de azulejos que han dado a la ciudad sus suaves tejados, a un caballero lento, distraído y de cabello blanco, leyendo un libro de tapa azul mientras camina o se apoya en la valla que conduce a esos campos suburbanos entre Wells Old Road y Maidencroft Lane.

Este libro, si cualquier transeúnte fuera lo suficientemente valiente como para leer su título, resultaría ser “La muerte de Arturo” de Malory, pero un extraño así no sería capaz de adivinar que lo que el Sr. Evans está buscando allí es algo que no se encuentra en Malory –ni tampoco en ningún otro Libro del Grial, desde la época del gran galés Bleheris–, a saber, el verdadero significado de la palabra mística *Esplumeoir*.

No fue hasta que todo estuvo oscuro y desierto en Glastonbury Tor, como le había advertido el devoto Codfin, que Mad Bet bajó por aquellas largas escaleras y se dirigió a

su casa en St. Michael's Inn. Tan grande era el alboroto de voces, todas contando versiones diversas y contradictorias de la tragedia de aquella noche, y tan abarrotadas estaban la cantina, el salón y la cocina, que a la demente le resultó fácil regresar a su habitación sin luz sin que el viejo John Chinnock ni su esposa la vieran. Fue en verdad Tom Chinnock, su sobrino, quien la encontró tendida en la cama cuando llegó mucho después de la hora de cerrar para traerle la cena.

Todavía estaba viva y perfectamente consciente, pero se había lastimado el corazón de alguna manera al bajar sola por aquellas empinadas escaleras, y nunca más se levantó de la cama.

No dijo ni una palabra sobre su participación en la muerte de Barter. No dio señal alguna de que quisiera volver a ver a su «querido caballero Dilly», su «dulce médula de luna» antes de morir; pero Tommy Chinnock informó más tarde (pues el lanzador de piedras de Terre Gasteo fue su mejor amigo al final, aunque Solly Lew solía subir y sentarse junto a su cama por las noches) que el día antes de su muerte, que ocurrió el primero de marzo, ella le había pedido que fuera a buscar al señor Geard.

Nadie, excepto Tommy, hasta que su tía estuvo a salvo en el cementerio de Wells Road supo que la propia mujer había enviado a buscar al alcalde; aunque todos sabían que el alcalde había subido a su habitación (después de haber

tomado un vaso de cerveza fuerte con el viejo John) y había permanecido allí durante casi media hora; pero nadie en absoluto supo nunca por el alcalde lo que pasó entre ellos.

El doctor Fell había sido convocado para que fuera a Wirral Hill mucho antes de que la señora Geard llegara a Manor House Road, y había encontrado a la señorita Crow ya en pleno estado de conciencia. Agradeció de corazón a los alemanes, especialmente al que tenía la petaca; y luego, a pesar de su débil estado, aprovechó la oportunidad para reprender a la señorita Crow con mucha seriedad y rotundidad por su comportamiento temerario de ese día.

–Una mujer como usted –dijo mientras la llevaba a casa en el taxi de Solly Lew– debería saber que no debe actuar así. Lo que ha hecho en realidad, señorita Crow, es intentar suicidarse.

Elizabeth estaba demasiado débil para defenderse. Sin embargo, le pareció irónico que este médico, que sabía que tenía la costumbre de defender el derecho a suicidarse y cuya muerte por su propia mano siempre predecía el señor Barter de Tossie, recurriera a ese modo de hablar.

El Dr. Fell tuvo la voluntad de leer lo que había detrás de la sonrisa que ella le dedicó.

–Lo malo –dijo, poniéndose colorado y dando muestras de enojo por haber sido sorprendido por su viejo amigo en un

tono tan convencional– es el ejemplo que una persona feliz como tú, con un temperamento tan afortunado, debería darnos a nosotros, pobres perros.

Ella fue lo bastante inteligente como para aprovechar esta oportunidad, cuando había perturbado su aplomo profesional, de preguntarle directamente cuánto tiempo creía que le quedaba de vida.

“Cinco me asombrarían”, dijo. “Tres me sorprenderían. Por mi experiencia personal, tal como es, le daría alrededor de dos”.

–¿Años, doctor Fell?

–¡Años, años, años! –respondió quejumbrosamente–. ¿Qué más crees que quise decir? ¿Aventuras amorosas?

Miró por la ventanilla del taxi la torre de St. Benignus. Pensó en las miles de veces que había mirado hacia arriba para contemplar esa sólida masa de mampostería que compartía con San Juan y el alto Tor la distinción de otorgarle su carácter visual a la ciudad de Glastonbury desde todos los ángulos.

–¿Te ha sorprendido? –dijo en un tono más amable–. Supongo que no debería haberte dicho eso.

Ella seguía mirando por la ventana sin responder. Los pensamientos de la señorita Crow, en ese momento, eran en

verdad esos pensamientos sin palabras del Principio Vital mismo, cuando los días de los años de su breve vida han tenido su término fijado por la autoridad constituida.

–¿No estás molesta, espero?

La sencillez de esta pregunta, dirigida a ella cuando, estaba claro, fácilmente podría haber estado muerta en Wirral Hill, despertó la imaginación de la señorita Crow.

–Estoy tan disgustada, querido doctor –respondió–, que por la presente lo invito a tomar el té conmigo en Benedict Street este día, dentro de *tres* años. El día veinticuatro, ¿no es así?

El doctor Fell la corrigió: “El veinticinco”, dijo.

–¿Y bien? ¿Vendrás? Y si estoy muerta, debes venir a mi tumba en el cementerio. ¿Es una promesa, doctor?

Él levantó cortésmente la mano de ella hasta sus labios. Ambos se volvieron después hacia las ventanas sucias del taxi de Solly Lew, pero no hacia la misma ventana.

El problema que surgió inmediatamente después de la muerte de Barter, que surgió en la mente de John y Mary antes de que su cuerpo fuera llevado a la comisaría, fue el problema de Tossie y sus gemelos.

Fue Mary –mientras ella y John yacían despiertos en su

habitación del piso de arriba, después de que el doctor Fell le hubiera dado a la mujer enferma un somnífero y de que Nancy Stickles fuera llamada para pasar la noche con ella—quien primero mencionó la sorprendente sugerencia.

“¿Por qué no nos llevamos a Toss y a los niños con nosotros a North Wold? Toss podría fácilmente conseguir trabajo de dependienta, o de lavandería, o algo por el estilo, y yo podría cuidar de los bebés mientras ella está fuera. El viejo Tom estará feliz en su tumba si sabe que sus hijos han vuelto a Norfolk. Nada le agradaría más que la idea de llevarlos con nosotros al gran río”.

“¡La idea de *que te los lleves!*” dijo John.

—¡Calla! ¿Cómo puedes? Sabes perfectamente —replicó ella—, ¿por quién de nosotros dos se preocupaba realmente?

—Lo sé —repitió con tenacidad—. Era por tí.

—¡John! —gritó indignada, apartando el brazo de debajo de su cabeza y sentándose en la cama—. No tienes derecho a decir algo así. ¡Eras tú, en primer y último lugar, a quien Tom amaba! Acudía a mí cuando estaba triste y en apuros, igual que yo acudía a él cuando me sentía desdichada, pero en lo más profundo de su corazón siempre eras tú.

Así habló ella; pero ninguno de los dos se dio cuenta de cómo aquella desafortunada oración del barco en el Wissey había sido neutralizada por Tom, como tampoco pensaron

en aquellos peces plateados y aquellas algas verdes como cosas que el muerto nunca volvería a ver.

–Lo que no puedo entender –dijo John, porque era demasiado cauteloso y egoísta como para comprometerse de inmediato con su plan de llevarse a Tossie– es qué motivo tenía ese hombre para asesinarlo. El viejo Sheperd dijo que lo había estado vigilando durante mucho tiempo y que sospechaba que había cometido varios robos, pero ¿qué rencor podría tener contra Tom?

–¿Por qué no escuchaste lo que Toss estaba diciendo en su histeria, cuando Fell le dio esa droga?

"No, no puedo decir que lo hiciera. No estaba escuchando. Estaba hablando con el policía y el señor Bishop. No entré hasta que la calmaron de nuevo".

Mary extendió la mano hacia la mesita que estaba al lado de la cama de John. La extendió sobre el rostro de John, y él la agarró con la mano y, juguetonamente, pero no sin malicia, la mordió con fuerza.

–¿Qué estás haciendo? ¡Me estás haciendo daño! –gritó ella con aspereza. Él se rió para sí mismo mientras el sabor de su carne, ese sabor que tanto amaba, flotaba en su interior, mientras ella se ocupaba de la caja de música y la vela.

Cuando la pequeña llama amarilla empezó a elevarse y su

alfombra roja y sus cortinas rojas aparecieron a saltos a la vista, ella se apartó y volvió a su lugar. Pero equilibró las dos almohadas entre los hombros y la cabecera de la cama y se sentó derecha.

–Tenía intención de decírtelo desde que subimos las escaleras –dijo–, pero lo iba posponiendo. Mientras hablaba, recordó otra ocasión en la que había ido posponiendo un tema que le inquietaba; fue cuando tuvo que hablarle de su amistad con Tom, en aquel barco del Wissey.

–¿Para decirme qué? ¿Algo que Toss lloró cuando tenía fiebre? ¡Dios mío, Mary! Podría haber gritado prácticamente cualquier cosa. ¿Viste en qué estado se encontraba? Pero, vamos cuéntamelo. ¡Escuchemos la gran revelación!

–Toss habló como si hubiera visto a ese vagabundo apuntándote con su arma de hierro, y a Tom apresurándose a recibir el golpe.

John tuvo una sensación extraña al oír esto. Lo curioso fue, sin embargo, que aunque aceptó lo que Tossie había dicho sin cuestionarlo, no sintió una oleada de tierna y conmovedora gratitud hacia su amigo muerto. La verdad era que había desempeñado durante tanto tiempo el papel femenino con Barter, se había apoyado en él y dependido tanto de su fuerza que ahora sólo sentía como si hubieran estado juntos en una desesperada pelea, donde Tom, como siempre, había tomado la iniciativa; y por esa razón había

resultado herido... había... resultado... de hecho... muerto; pero cuando llegó el momento de hacer de la trágica muerte de Tom un acto sublime de sacrificio y de sacrificio por él, John esquivó esa tremenda conclusión con vergonzosos parpadeos.

–Pero ¿qué demonios podía tener ese tipo contra nosotros? –dijo John–. ¿O crees que pretendía matarnos a los dos y violar a Tossie?

Tenía una expresión tan curiosa, a la vez encogida y burlona, llena de pánico y humorística, mientras se sentaba en la cama, con su pijama de franela, con sus rayas blancas y negras que parecían de Pierrot, que se veían tan fantásticas a la luz de las velas, que Mary no pudo reprimir una sonrisa. Pensó, en su corazón: «¡Qué raros son los hombres! Aquí está con su mejor amigo, su amigo de la infancia, muerto para salvarlo; ¡y lo único que puede hacer es tratar de asustarse como un niño!». Suspiró profundamente cuando su sonrisa se desvaneció. «Es en estos asuntos de vida y muerte», pensó, «en los que los hombres y las mujeres son especialmente diferentes. Las mujeres quieren absorber hasta el último resto de las cosas horribles que suceden. Quieren empaparse de sus sentimientos, nadar en ellos, flotar en ellos, ahogarse en ellos, mientras que John está apretando todo el amor que realmente siente por Tom en una pequeña bola de malabarista apretada y lanzándola de mano en mano».

Ella volvió la cabeza hacia él desde las almohadas blancas. A cada lado de su frente fría y clara, el cabello castaño estaba peinado suavemente hacia atrás; se había quitado un mechón de la nuca y lo había dejado caer sobre su hombro izquierdo en una larga trenza.

No sabía que John había pensado para sí mismo, mientras en su sincero desconcierto había hecho lo que nunca antes en su vida, ponerse los pantalones del pijama sobre los calzoncillos: «¡Qué raras son las chicas! Mary se está mirando en el espejo para ver si se ha trenzado bien el cabello. Supongo que se lo soltará con los dedos, sobre las orejas, con el mismo cuidado, cuando yo esté en mi ataúd tan frío como el pobre Tom».

–¿Me das un cigarrillo, por favor? –ella había vuelto la cabeza hacia él para decirle.

Ahora le tocaba a él hurgar entre los objetos que había en la mesita que tenía a su lado; pero pronto ambos se pusieron a fumar en paz y pensativamente.

–¿Qué hora es, querido John?

Sacó su reloj de debajo de la almohada. “Las tres y cuarto”, le dijo.

–No creerás que el medicamento ha dejado de actuar y que ella está despierta de nuevo, ¿verdad?

John permaneció en silencio, intentando captar hasta el más mínimo sonido en el número quince de Northload Street.

–¿Podrías soportar, querido, tener a Toss y a los niños con nosotros allí afuera?

Habría sido tan imposible para John decir “no” a este discurso como lo habría sido para él levantarse y bajar a la habitación de abajo.

“¡Claro que sí!”, dijo.

Mary suspiró. –Bueno, eso está decidido. Y cuanto antes nos vayamos, mejor para Toss. Podríamos quedarnos todos en esa posada del norte de Inglaterra, ¿no?, hasta que consigamos nuestro lugar y saquemos estas cosas de allí.

–Tom debe haber dejado... una buena suma... en el... banco –murmuró John con voz pensativa.

–¡Basta ya! –gritó Mary–. El dinero de Tom debe ser reservado para esas niñas. Esa gente de aquí... Spear, Trent y Robinson... ¡tendrán que ayudarnos a ir a todos! Es lo mínimo que pueden hacer, después de todo lo que Tom ha hecho por su fábrica.

John volvió a sumirse en el silencio.

Le era imposible no pensar en cómo su delicioso plan de

quedarse absolutamente solo con Mary allí afuera se había desmoronado.

“¿Odias Glaslonbury tanto como antes?”

Mary se sorprendió de sí misma por haber hecho esa pregunta. Parecía que se le había ocurrido y acudido a sus labios independientemente de su voluntad consciente.

–No –dijo John lacónicamente.

“¿Por qué no?” presionó la muchacha.

–¡Maldita sea! –exclamó John–. Una persona nunca sabe por qué siente estas cosas. Creo que es el viejo Geard. De alguna manera extraña, le he cogido cariño a ese viejo bribón. –Se inclinó sobre la pequeña mesita y apagó el cigarrillo.

–¡Extrañaré a Geard como al diablo! –murmuró con voz ronca.

Mary percibió una extraña sensación, como el impacto de un trozo de hielo contra su pecho desnudo. ¿Acaso ese extraño ser al que ahora pertenecía en cuerpo y alma había transferido su sexualidad perturbadora y perversa de Tom al alcalde de Giastonbury? Para ocultar lo que sentía, dijo: –Entonces, ¿es Geard, no su Grial ni su nueva religión, lo que te interesa?

–No lo sé, Mary, y ésa es la verdad –suspiró John. Y luego, como si continuara una línea de pensamiento que no había revelado–, me gustaría, querida, que todos pudiéramos hacer una parada en Salisbury y ver Stonehenge.

–Bueno, no podemos hacer eso, querido John, así que no tiene sentido que hables de ello. ¡Tenemos que llevarnos a Tom con nosotros, ya lo sabes!

John se giró hacia ella con un sobresaltado movimiento de su figura blanca y negra parecida a un pilar.

“¿Llevarnos a Tom?” repitió.

–¡Por supuesto! No creerás que Toss va a dejar a Tom en Glastonbury, ¿verdad? En su caso, yo no lo haría.

–No, supongo que no –murmuró, y ahora le tocaba a él sentir un extraño escalofrío. Siempre había tenido cuidado de evitar que le hicieran preguntas sobre sus sentimientos acerca de las relaciones entre su esposa y su amigo.

–Enterrarlo en el cementerio de Northwold, ¿eh? ¿Donde están el abuelo y su familia? ¡Sí, supongo que eso es lo que hay que hacer!

Ambos guardaron silencio durante un rato, y en aquella habitación color de rosa, donde sus sombras flotaban de manera tan vacilante y ambigua sobre los sencillos muebles del señor Wollop, apareció la esencia etérea de aquella

carretera que atravesaba Brandon Heath, donde se habían conocido hacía casi un año; apareció la imagen fantasmal y tenue del estanque del molino de Harrod's, del espacioso salón con sus ventanas bajas que se abrían a aquel césped gris al anochecer, de su barca arrastrada tan deprisa por la marea centelleante sobre las hierbas y los peces que se lanzaban al agua del río Wissey, y del gran fresno en aquel campo abierto, donde se despidieron de sus pastos nativos. ¡Bien!, iban a volver a aquellos pastos otra vez; ¿Volver a ellos para vivir la vida que habían soñado entonces pero que no se habían atrevido a esperar, volver a enterrar a su amigo, donde yacía aquel anciano –su pelo rizado todavía fresco y blanco como la Cabeza del Apocalipsis– que había sido el amigo de Geard de Glastonbury? ¿Por qué entonces ambos sentían una curiosa e irresistible tristeza al pensar en su regreso? ¿Habían sido capturados a pesar de sí mismos, por la terrible magia de aquel lugar? ¿Era el apego de John a su extraño jefe una señal de que algo desaparecería para siempre de sus vidas cuando se fueran, algo que su más profundo amor mutuo sólo podría reemplazar en cierta medida, en una sustitución fluctuante? ¿Recordaba Mary el amanecer del día de San Juan?

–¡Vuelve con nosotros, Tom! ¡Vuelve con nosotros!
–gritaban el río grande y el río pequeño. Tom nos acompañaría en el regreso al lugar donde estarían, pero llevaban consigo un cadáver.

No sólo el cadáver de Tom Barter, sino el cadáver de su

oportunidad, que nunca volvería, de tocar lo Eterno en el suelo encantado donde el Eterno una vez se hundió en el tiempo.

XXX. EL DILUVIO

Las grandes olas del lejano Atlántico, que se alzaban desde la superficie de mareas vivas inusuales, fueron atraídas, durante las dos primeras semanas de ese particular marzo, por una luna más magnética y potente a medida que se acercaba a su luminosa redondez que cualquier luna que se hubiera visto en esa costa durante muchos años. Por las arenas, los bancos de arena y las marismas, por las ensenadas, los estuarios y los remansos de esa orilla del canal, avanzaban sin parar, cada vez más alto a medida que pasaban los días, esas huestes irresistibles de aguas invasoras. A lo largo de las extensas planicies de la bahía de Bridgewater, estos portadores de muerte atraídos por la luna se reunían, robando, formando bancos de arena, ondulando, agitando olas y marejadas, formando crestas y curvas tranquilas de agua resbaladiza, rodando con un

volumen que aumentaba su impulso con cada marea que avanzaba, hasta cubrir los páramos y las dunas de arena, las plataformas herbosas y los bancos de arena que no habían sentido el mar durante siglos. Surgieron del brumoso horizonte occidental, balanceándose, agitándose, elevándose, hundiéndose, y debajo de ellas había bancos de peces inusitados y encima de ellas bandadas de gaviotas inusuales. También había un color extraño en ellas, aquellas olas de las profundidades marinas tan viajadas, y de ellas se desprendía un olor extraño, un olor que venía del lejano Atlántico medio desde hacía muchos días. Eran como los montículos de la muerte de un enorme campo de batalla devastado, arrastrados por un terremoto y arrojados a millones de cimas de colinas y arrastrados a millones de valles mientras toda la tierra se elevaba. No se agitaban hasta convertirse en rocío volador, estas mareas vivas en aumento; no se agitaban hasta convertirse en espuma agitada. Cada una de ellas avanzaba, sobre la arena y el barro, convirtiendo estas extensiones de una extensión familiar de silencio gris amarillento en una vasta llanura de zumbidos y murmullos que se prolongó toda la noche. Amplias extensiones húmedas de arena, sobre las que durante años los pescadores habían caminado al amanecer con linternas vacilantes y voces susurrantes, y donde postes decrepitos, comidos por siglos de gusanos marinos y adornados con festones de algas verde hierba, se inclinaban hacia la izquierda o hacia la derecha, según lo quería el azar, ahora habían cambiado.

En un desierto de aguas grises, los esqueletos de antiguos barcos hundidos en la arena, cuyos nombres se habían olvidado, habían captado durante años los reflejos sangrientos del atardecer en los charcos de recuerdos muertos y desastres perdidos, y ahora estaban totalmente sumergidos. Muchas de estas olas que llegaban desde las profundidades marinas tenían crestas curvas, suaves y resbaladizas como el mármol más puro, crestas que parecían volverse cada vez más oscuras a medida que se acercaban a la tierra, hasta que añadían algo amenazador a cada amanecer y a cada crepúsculo.

Y a medida que las mareas subían sobre las marismas pardas y desoladas, despertaban extrañas leyendas y recuerdos salvajes y medio olvidados a lo largo de esa costa. Antiguas profecías parecían despertar y parpadear de nuevo, profecías que habían perecido hace mucho tiempo, como velas apagadas en ventanas llenas de viento, frías como las llamas de las antorchas con las que se cantaban y los fuegos extintos con los que se concibieron.

Entre la imaginación de los hombres, especialmente de aquellos que se ven excitados y tensos por la lucha con lo Desconocido, y el patrón geográfico de la superficie de la Tierra, hay correspondencias sutiles que pueden sobrevivir a muchas antorchas hundidas y muchas notas de arpa perdidas que alguna vez se escucharon a través de los cabos y promontorios. Y la costa occidental esa primavera parecía casi dar la bienvenida a esta invasión marina. Liberados de la

escarcha y el hielo del invierno, mil remansos deshabitados, bordeados de juncos muertos y azotados por el viento, llenos de líquenes de pantano con olor a sal y malas hierbas de tallos espesos de color gris glauco, parecían realmente llamar al mar para que viniera a cubrir sus charcas salobres. Crecimientos anfibios salados, malas hierbas de los pantanos terrosos, parecían anhelar, estos niños neutrales de la orilla, que el verdadero mar salado se precipitara sobre ellos y los arrebatara. ¡Poco imaginaban lo pronto que se produciría este raptó, lo pronto que se ahogarían y con qué profundidad!

Entre las marismas abandonadas e inexploradas de esa región singular aparecen varias parcelas de tierra cultivada y edificios habitados, algunos de piedra, otros de zarzos y cemento de listones y yeso. Es en estas granjas y aldeas remotas –en esta extraña región de compuertas y presas y diques y rimas– donde todavía se conservan tantas curiosas sílabas celtas, como el apelativo *Gore*, por ejemplo, sílabas llenas de antiguas asociaciones mitológicas.

Fue desde estas granjas aisladas, situadas entre los arenales donde esos antiguos nombres mágicos permanecían intactos, de donde empezaron a propagarse los primeros rumores de una invasión marítima seria. Estos rumores, una vez iniciados entre estos puestos avanzados de habitación humana, despertaron una alarma ansiosa; y con razón, porque todo ese distrito es muy peculiar. A un lado se encuentra el gran Canal Occidental de esas mareas

arrastradas por la luna, y al otro hay tantas zanjas salobres y lagos interiores que las presas y diques, si alguna vez ceden ante la acumulación de aguas, son propensos a ceder en gran número. En la memoria de los habitantes más antiguos de esas regiones –una extraña raza anfibia, descendiente de invasores nórdicos y de aborígenes celtizados– había una imagen vívida de la última vez que los bancos de arena se habían roto y la tierra había sido inundada, una imagen de ganado ahogado y pastos arruinados y huidas y escapes humanos apresurados y tumultuosos. En aquella ocasión, las aguas del mar se habían adentrado tanto en la tierra, mezclándose con las aguas de la tierra, que la configuración del país había cambiado por completo. Desbordando las orillas, rompiendo las compuertas, convirtiendo los ríos en enormes inundaciones y los pequeños arroyos en ríos caudalosos, el mar había llegado tan lejos que la tierra, en muchos casos siempre por debajo del nivel del mar, había vuelto a ser el mar y se había convertido en parte del mismo. Con la menguante luna, en aquella ocasión, las aguas retrocedieron, pero no antes de dejar su tributo. Muchas criaturas marinas infinitesimales, diminutos animáculos marinos y seres microscópicos de agua salada debieron ser arrastrados a la tierra donde estas mareas antinaturales se abrieron paso, y es bastante probable que muchos de estos invasores marinos, cuando las aguas retrocedieron, se depositaran en la rica marga de la isla de Glastonbury. ¡En verdad, en una isla se convirtió Glastonbury en aquellos extraños días! El señor Sheperd, el policía de Glastonbury, y

el señor Merry, el conservador del museo de Glastonbury, solían hablar de aquella época con gran expectación.

¡Pues bien! Si algunos de los rumores que corrían por aquellas planicies arenosas y saltaban, como mensajeros vivientes del desastre, de pantano en pantano no carecían de fundamento, era probable que este año, antes de que terminara marzo, se produjera una inundación aún más grave que la que esa tierra había conocido desde tiempos muy remotos. Pues aquellas olas de color verde oscuro, suaves y resbaladizas, sin espuma, sin espuma de mar y con un olor tan extraño al Atlántico medio, traían recuerdos de desastres misteriosos y lejanos. Traían indicios de islas perdidas y arrecifes marinos sumergidos, donde, si hay que confiar en Plutarco, Demetrio el Viajero, cien años antes de Cristo, oyó historias de personalidades sobrehumanas que vivían en lugares remotos y rodeados por el mar.

Sí, incluso antes del 15 de marzo, estas terribles olas del océano habían perturbado a los cormoranes en la bahía de St. Audrie y dispersado a las gaviotas en Black Rock, en Blue Ben y en Quantock's Head. Los habitantes de Kilve Chantry se habían puesto nerviosos; y desde Benhole hasta Wick Moor, y desde Stert Flats hasta la desembocadura del río Parrett, y desde Bridgewater Bar hasta Gore Sand, había ráfagas salvajes de alas desgarradas y gritos marinos estridentes y sollozos vagos, chapoteos y murmullos en la noche; y todo esto bajo una luna que seguía creciendo cada vez más, hasta alcanzar un tamaño que parecía preñado de

acontecimientos aterradores. Las desembocaduras del Parrett y del Brue no están lejos una de otra, frente a la isla Stert, y las siete millas que van desde Otterhampton hasta Mark's Causeway, a través de Pawlett Level y Huntspill Level, tierra adentro desde Highbridge y Burnham, están intersectadas por diques, compuertas y vertederos que retienen las crecidas del mar. Desde Huntspill Level hasta Glastonbury no puede haber mucho más de ocho millas de distancia, en línea recta, y es a través de estas ocho millas por donde fluirían las aguas del Canal (porque todo está por debajo del nivel del mar) si esos diques, como lo habían hecho al menos una vez en la memoria de los hombres vivos, cedieran ante la subida de las mareas.

De todos los sentidos mortales, el olfato es el que lleva al alma humana más atrás en su largo peregrinaje psíquico; y estos aires de canales lejanos y estos olores marinos remotos deben de haber despertado las almas más íntimas de muchos habitantes del noroeste de Somerset, durante esas semanas de marzo. Es la vieja lucha recurrente con los elementos, cuando el sentido de estas cosas llega al espíritu "por la repentina y aguda punzada del olfato", lo que pone una época de la vida humana en contacto con otra. Hay un consuelo en estas continuidades y un sentimiento de misteriosa euforia, pero también extraños presentimientos y advertencias inquietantes. Ese vagabundo oculto, encarnado en nuestra carne y sangre temporales, que tantas veces antes... siglos y eones antes, ha olido algas de aguas

profundas y madera flotante blanqueada por el sol y el frío helado de los mares del Ártico, se hunde en recuerdos tan lejanos, como en la popa de un barco en viaje, y ve, como en un sueño, los puertos y las islas de su antigua experiencia.

Así, mientras estas mareas antinaturales bajo esta luna inusual se reunían y se elevaban desde el Canal Occidental, sentimientos que no habían llegado a la población de esos lugares durante muchos años los tomaron desprevenidos mientras iban y venían de sus asuntos, y los perturbaron con pensamientos “más allá del alcance de sus almas”.

Pero la gente de Glastonbury ese año –especialmente aquellos con quienes el lector tiene más que ver en esta narración– estaban tan preocupados por los emocionantes acontecimientos públicos de esa época que prestaron poca atención a estas “sílabas aéreas”. La gente más humilde, especialmente, continuó comprando y vendiendo, según dictaba la nueva moda, de manera muy similar a lo que sus padres habían hecho antes a su manera, sin prestar atención a esas insinuaciones fugaces que surgían de lo más recóndito de sus seres por esos olores del océano, olores tan penetrantes y tan misteriosos, después de la fase creciente de esta portentosa luna.

Mientras tanto, la extrañamente constituida comuna de Glastonbury –un pequeño microestado dentro del reino histórico de Inglaterra– seguía funcionando a su manera, extraña y sin precedentes. Los periódicos de Londres se

habían cansado recientemente de esta maravilla de nueve días y los diversos y prolongados procesos judiciales provocados por las interferencias de la pequeña comuna en la propiedad privada despertaron mucha menos atención que un par de meses antes, cuando comenzó todo.

Philip Crow ya no necesitaba la protección de la policía de Taunton para sus trabajadores no sindicalizados, traídos a Wookey desde Bristol y Birmingham; y todas las diversas acciones legales que había iniciado contra este nuevo Estado diminuto –este microscópico *imperium in imperio*– se arrastraban en los tribunales de Londres sin hacer nada para cambiar el curioso *status quo* en Glastonbury. Sin embargo, tanto su nueva carretera, que bordeaba orgullosamente los campos del Sr. Twig, como su gran puente nuevo, que orgullosamente ignoraba el antiguo Puente Peligroso, estaban a punto de completarse. El nuevo camino estaba hecho de cemento y el nuevo puente era de acero sólido, y los principales problemas que aún surgían espasmódicamente eran las batallas verbales (que a veces llegaban a los puñetazos y al lanzamiento de piedras) entre la turba de Glastonbury y los hombres contratados por el contratista de Philip en Taunton.

El agrimensor de Shepton Mallet –cuyo suegro, con una longevidad demoníaca, seguía ordeñando sus vacas Jersey– aparecía y desaparecía a intervalos en ese terreno discutible, colocando de nuevo sus estacas y cuerdas a lo largo del borde de los montículos de Lake Village, símbolos de

posesión privada que, aunque vigilados imperturbablemente por la inquisitiva Betsy del Número Uno, siempre estaban siendo llevados por invasores de Bove Town y Paradise, invasores, pueden estar seguros, no sin la ayuda de una banda de ladrones familiar.

Fue sorprendente cómo el nuevo sistema cooperativo o colectivo de comercio minorista introducido entre las diversas tiendas que habían sido incluidas en el nuevo contrato de arrendamiento del señor del feudo se desarrolló con mucha más fluidez de lo que nadie hubiera imaginado posible. Sin embargo, esto se debió en gran medida a una causa un tanto ajena, a saber, la abrumadora afluencia de peregrinos religiosos a la pequeña comuna desde todas las partes del mundo habitado.

No habían pasado ni tres meses desde la famosa inauguración del arco sajón por parte del alcalde y sin duda había lugares en África, India y China donde los peregrinos empezaban a partir rumbo a Glastonbury; pero el mundo estaba tan preocupado y había tal espíritu de inquietud en el exterior, que este nuevo estallido de magia y milagro en un lugar de tan fácil acceso había sido respondido con una ola de entusiasmo en todos los países del mundo. Y como todos esos peregrinos tenían que ser alimentados y como todos esos visitantes querían recuerdos para llevarse a sus hogares, la ciudad comenzó a enriquecerse. Así, cuando los concejales de Glastonbury –ahora promovidos a burócratas en una comunidad independiente– vinieron a dividir, como

lo hacían el primer día de cada semana, los beneficios de la nueva comuna, se descubrió que estos beneficios eran tan considerables y tan superiores a todo lo que los dignos comerciantes habían ganado por sí mismos en condiciones normales, que su tendencia era a hacer heno mientras brillaba el sol y permitir que los métodos y fuentes de este nuevo incremento pasasen sin ser cuestionados.

Por supuesto, estos buenos hombres no sabían (pues la Providencia no había dotado a muchos de ellos con el ingenio adquisitivo de Harry Stickles) qué gran parte de lo que llegaba a la ciudad procedente de la alimentación de los peregrinos y de la venta de curiosidades, tanto a los religiosos como a los profanos, se dividía entre el verdadero proletariado del lugar; pero como este proletariado, a su vez no acostumbrado a tal riqueza, se apresuraba a gastarla en estas mismas tiendas, se produjo (como puede creerse fácilmente) una especie de renacimiento de aquellos afortunados tiempos medievales, cuando todo Glastonbury prosperaba y engordaba gracias al penique de San José de la cristiandad religiosa.

El propio señor Geard, en aquellos días afortunados, se fue haciendo cada vez más indiferente a los aspectos prácticos y económicos de su gran proyecto. Como hemos visto, habiendo tomado medidas para librarse de hasta el último centavo de la gran fortuna del canónigo Crow, el alcalde aceptó el salario que, como jefe de la comuna, le asignaban cada semana los enérgicos asesores y no se preocupó más

por el asunto. Si hubiera sido el «Cabeza de Hades» o el Señor de ese «Annwn» del que el señor Evans había murmurado tan obstinadamente; si hubiera sido una reencarnación de esa antigua divinidad celta mencionada en los Mabinogi como *Bendigeitvrán* o Bran el Bendito, no se habría preocupado menos por estos asuntos mundanos.

Lo que estaba haciendo durante todo ese tiempo era recibir discípulos religiosos, o, si es demasiado pronto en la historia de la nueva religión de Glastonbury para llamarlos por ese nombre, seguidores, aprendices, alumnos, neófitos. A éstos los recibía, no en Villa Cardiff (de hecho, rara vez se lo encontraba en Villa Cardiff ahora; y Megan había exigido que toda su digna sangre Rhys fuera reservada y paciente en esto), sino en esa sólida construcción, algo entre un granero y una capilla colegial, que su arquitecto londinense había construido para él cerca de su arco sajón, al sonido del goteo de su Fuente de Vida y que había llegado a llamarse "La Rotonda".

Fue con un genio positivo para lo que podríamos llamar los *matices psíquicos* de la construcción que este gran experto en piedra había construido con madera, comprada en el mismo depósito de madera del digno señor Johnson donde se había comprado la cruz del señor Evans, una especie de sala de conferencias platónica. Al igual que el arco sajón que ahora se alzaba triunfante sobre la Fuente del Grial, esta construcción de madera, cuando Geard habló de ella por primera vez, sonó como si fuera algo de un gusto

increíblemente malo. Pero lo que resultó fue exactamente lo contrario. Mediante un uso extensivo de la talla –ya que muchas de las pesadas vigas transversales de este edificio estaban rematadas por enormes cabezas de los antiguos reyes sajones, mientras que una imagen colosal de San Dunstan miraba hacia abajo desde encima de la entrada– esta sala secular se hizo corresponder con el arco místico que cubría el camino hacia la Fuente del Grial.

El ritual, o, si el lector lo prefiere, “el procedimiento”, que llegó a establecerse en esta singular sala, se originó de una manera tan espontánea y natural que despertó en el arquitecto –que se negó a abandonar el lugar hasta estar satisfecho con lo que hizo– el deseo de proporcionar una *forma exterior orgánica* para tal repetición de gestos religiosos espontáneos.

El señor Geard, cada vez más obsesionado por sus ideas a medida que se le daban más oportunidades de expresarlas, había hecho construir un misterioso altar y lo había colocado en el centro de aquel edificio de madera, un altar dedicado al culto de su Cristo herético. La mayor parte de aquel altar estaba hecha de roble, en armonía con el revestimiento finamente cincelado que el arquitecto había diseñado para la parte inferior de las paredes, pero sobre aquella base de madera (colocada allí de repente, en medio de la noche, sin que nadie, salvo el propio señor Geard, conociera su origen) apareció una losa cuadrada de unas cinco pulgadas de espesor, de una sustancia, un color, una textura y un

pulimento completamente diferentes de cualquier piedra que, hasta aquel día, se hubiera encontrado en Glastonbury.

El señor Merry, el conservador, sacudió la cabeza con aire de complicidad, después de haber pasado algún tiempo examinando esta piedra, que según él era mucho más antigua que la de la capilla de San Patricio, y en conversaciones privadas con su sobrino, Paul Trent, mantuvo la atrevida opinión de que se trataba de una piedra de altar de la Edad de Bronce, «probablemente utilizada en la invocación de alguna diosa de la fertilidad». No es de dominio público cómo el señor Merry dedujo esta opinión, ni qué pruebas encontró al examinar la piedra; pues el conservador sostenía que ya había bastantes alborotadores en la ciudad y se hablaba demasiado de temas que, en tiempos más sabios, estaban reservados a los eruditos. Sin embargo, nuestro arquitecto de Londres no se limitó en absoluto a erigir este altar sobre el que la hija menor de Johnny el Sanguinario había colocado en pequeños jarrones de cristal transparente las primeras primulas de la temporada. También hizo construir, en el mismo roble macizo, un asiento hierático para el fundador de la nueva religión occidental. Pocas cosas de aquel «Salón de las Maravillas», como lo llamaba John Crow, interesaban menos al alcalde que aquel trono pontificio. Sin embargo, Megan Geard modificó su extrema incomodidad en cuanto lo vio. Sin contemplaciones, arrojó sobre él la conocida y raída piel de oso que había recogido del suelo del salón de Villa Cardiff.

El arquitecto hizo una mueca un tanto irónica al ver lo que había hecho, pero no protestó abiertamente; y desde su lugar en aquel singular sillón de oficina, el señor Geard siguió exponiendo, día tras día (parecía ser ahora el objetivo dominante de su vida y lo perseguía con enorme concentración) las doctrinas de su nueva fe mística.

El extraño hombre nunca carecía de público para estos discursos ininterrumpidos. A veces, de hecho, el salón circular estaba abarrotado de gente. Pero, ya fueran muchos o un puñado, el alcalde siempre estaba dispuesto a llevar más y más lejos sus doctrinas místicas sobre la sangre de su Cristo de Glastonbury. Megan y Crummie le llevaron allí la comida una o dos veces, pero pronto esto se volvió innecesario, porque la señora Jones, la madre de Sally, que a través de Red Robinson, su yerno, tenía una ventaja sobre las demás casas de té de la ciudad, abrió un puesto de refrescos justo en la entrada de Chalice Hall.

Este destartalado edificio, construido de la noche a la mañana por algún artesano pariente de la señora Jones, arruinó por completo, desde un punto de vista puramente estético, toda la belleza de lo que había hecho el arquitecto. Pero el arquitecto sólo rió cuando se lo señalaron, declarando que la razón por la que los llamativos adornos de oropel de una iglesia romana eran menos irreligiosos que la dignidad colegial de una iglesia de Londres, era que eran la expresión de la barbarie inherente y la crudeza de la naturaleza humana con la que cualquier religión genuina,

para ser realmente orgánica, debe mantenerse en estrecho contacto. "Nuestro puesto de refrescos comunitario", le dijo a Paul Trent, cuyo gusto se sintió ofendido por esta chabola de aspecto circense, "es como las multitudes de mendigos fuera de San Pedro, o los guías fuera de la mezquita de Omar. Si Glastonbury está destinada a convertirse –como parece que ocurrirá con todos estos extranjeros– en un rival místico de Roma y Jerusalén, ¡debes esperar cosas peores que unas cuantas tabernas de mala muerte!

Y, en efecto, con esta concesión del arquitecto (pues el hombre había llegado a ejercer una influencia dominante sobre lo que estaba sucediendo en Chalice Hill), la iniciativa de la señora Jones fue seguida por una avalancha de vendedores ambulantes emprendedores que instalaron puestos mucho más desagradables que el suyo. Tenían que entregar sus ganancias a los tasadores todas las noches, pero como su contabilidad era muy informal y como la propiedad privada, a pesar de Dave Spear y Paul Trent, todavía existía en Glastonbury, era una suma extremadamente *aproximada* la que se vertía diariamente en el tesoro de la comunidad.

Pero el corazón de Glastonbury seguía siendo la fuente de Chalice Hill. A esta fuente, que pasaba de un lado a otro bajo el arco sajón, llegaba un flujo constante de visitantes. El señor Geard había insistido en una sola restricción, a saber, que no debía haber sacerdotismo. A las mujeres se les permitía entrar con la cabeza descubierta. A los hombres se les permitía llevar sombreros y bastones. A los niños se les

permitía entrar y salir a voluntad. En la fuente misma, vestido con pantalones de pana como un guardabosques, se encontraba, por la mañana, nada menos que nuestro amigo, el joven Tewsy, mientras que por la tarde, cuando la multitud era mucho mayor, un joven robusto de la parte alta de Mendips que había sido "convertido" por Bloody Johnny en sus días de predicador callejero y que era demasiado simple de ingenio para notar la diferencia entre lo que el hombre enseñaba ahora y lo que había enseñado entonces, mantenía a la multitud en orden. Este muchacho de complexión fuerte había sido despedido por caza furtiva por uno de los granjeros arrendatarios de Lord P., y había aparecido en Glastonbury con su anticuada bata de pastor con la vista puesta en los rebaños y manadas comunales. Había sido Paul Trent –el único de los gestores que tenía un mínimo sentido artístico– quien había aconsejado a Geard que permitiera al muchacho llevar esta primitiva prenda cuando estuviera a cargo de la tarea de proteger el manantial del Grial; y el alcalde, que recordaba un cuadro muy colorido en su escuela nacional natal del propio Señor, vestido con un traje parecido al del viejo Bill Chant, el pastor jefe del granjero Manley, había aceptado de inmediato esta propuesta.

Curiosamente, fueron los visitantes de Europa del Este –o peregrinos, si se quiere– y, de hecho, hubo muchos de ambos tipos, los que parecieron más impresionados por estos discursos del jefe de la nueva comuna; y entre ellos,

ninguno se mostró más afectado que ciertos peregrinos monásticos de las laderas del Monte Athos. No faltaron escribas que tomaban notas serias y copiosas de todo lo que decía el hombre; y aunque los periódicos de Londres se habían cansado de él, «Geard de Glastonbury» era ya una figura legendaria en Bulgaria, en Besarabia y en muchos retiros religiosos remotos a orillas del Mar Negro. La idea principal del singular Evangelio de Geard era que en Glastonbury se había producido una auténtica Revelación.

En aquel momento, lo crucial para la humanidad occidental era concentrar un torrente magnético de fe desesperada en esa ventana mágica, que ahora estaba entreabierta. «Los científicos», explicó Geard, aunque utilizó un lenguaje más sencillo y menos abstracto, «están continuamente descubriendo nuevas vibraciones cósmicas, totalmente desconocidas o sólo sospechadas antes; y ¿por qué no habría de descubrirse un nuevo elemento perteneciente a la Dimensión Desconocida en la que flota nuestra actual vida onírica mediante experimentos *psíquicos*, en lugar de fisiológicos? Todo es cuestión de experiencia. Lo milagroso forma parte de la experiencia de nuestra raza tanto como lo es la ley científica más plenamente aceptada. El alma humana –así no dudó en declarar Geard, en su sublime ignorancia de la fraseología moderna– posee niveles de poder y posibilidades de experiencia que hasta ahora sólo se han aprovechado en raras épocas de la historia del mundo. Estos poderes los que vivimos en Glastonbury debemos

reclamarlos ahora como nuestros; y no sólo disfrutarlos para nosotros mismos, sino lanzarlos por toda la Tierra».

El 15 de marzo, el discurso matutino del señor Geard (pues a menudo se le encontraba en su panteón pagano, como lo llamaba la señorita Drew, a las ocho de la mañana) se vio interrumpido de una manera sorprendente y dramática que ahora forma parte de la historia de Glastonbury. Durante los últimos tres días, se habían recibido noticias inquietantes de Burnham y Highbridge. El 12 del mes, la ciudad recibió información sobre la inundación del valle de Parrett hasta Bridgewater y sobre la inmersión total de distritos de baja altitud como Horsey Level, Puriton Level y Pawlett Hams. El 13 se informó de que los extensos bancos de arcilla que defendían Brue se habían hundido y que la línea de Burnham y Evercreech estaba bajo el agua. En la tarde del 14, se recibió la noticia definitiva de que una gran inundación avanzaba rápidamente, hora tras hora, entre Tatham Moor y Catcott Burtle; y que las llanuras desde Moore Pool hasta Decoy Rhyne, y desde Decoy Rhyne hasta Mudgley, ya eran un solo lago intacto. La noche anterior al día quince, muchos viejos residentes de Glastonbury que comprendían el peligro mucho mejor que la generación más joven se negaron a irse a la cama.

En varias de las casas de los trabajadores junto al río en el camino a Street y en otras del distrito llamado Beckery, la gente se llevaba sus pertenencias más preciadas a las habitaciones de arriba antes de atreverse a dormir; y en no

pocas de las cervecerías más pequeñas, algunos de los bebedores habituales se negaron a volver a casa esa noche.

No eran sólo los pusilánimes habitantes de las orillas del Brue y de sus afluentes los que temblaban un poco al subir las persianas aquella mañana del 15 de marzo. Los habitantes de aquellas cabañas más conocedores del tiempo estaban demasiado inquietos para esperar aquel amanecer tardío, pues la noche parecía no acabar nunca y pocas veces sobre las colinas de Glastonbury un crepúsculo tan gris se había prolongado hasta una hora tan avanzada. Frío y acerado, cuando por fin llegaba aquel amanecer, lívido y amenazador como la luz apagada que cae sobre un campo de batalla perdido. Había muchos indicios de que una lluvia intensa añadiría pronto una nueva carga de agua al volumen ya acumulado, pero hasta las ocho, la hora en que el señor Geard, con la manta de osos hecha jirones sobre las rodillas para calentarse, solía empezar su monólogo profético, no había llovido de verdad.

Desde las ventanas de la propia Villa de Cardiff no se podía contemplar el paisaje circundante lo suficiente como para que la familia pudiera hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo, de modo que a las cuatro de la tarde, que era la hora en que se rompió la última de las presas vecinas y la inundación comenzó a barrer las calles de la ciudad, los Geard eran tan ignorantes de la magnitud del desastre como lo era Red Robinson en su pequeña casa nueva en Bove Town. Esta ignorancia de las autoridades de la nueva

comuna en cuanto a la magnitud de la inundación en las primeras horas del día quince se usó contra ellos más tarde en la crítica pública general de estos eventos; pero, de hecho, tanto Dave Spear como Paul Trent se levantaron y salieron de sus habitaciones a las cuatro y media de esa mañana. Eran alrededor de las seis en punto cuando las vías del tren se volvieron intransitables; pero antes de esa hora, los primeros trenes de equipaje que partieron de la ciudad trajeron noticias del desastre inminente a Taunton, a Bristol, a Yeovil, a Wareham, a Bournemouth, a Greylands, a Dorchester.

Dave Spear y Paul Trent hicieron todo lo posible para advertir a las casas amenazadas y sacar a la gente de ellas, pero cuando los funcionarios de Taunton comenzaron a interferir con ellos, renunciaron a su autoridad y entregaron toda la gestión de los asuntos a Lord Brent, un primo de Lord P., que en ese momento era el Gran Sheriff de Somersetshire. Este enérgico caballero, que tenía una casa no lejos de Middlezoy, no había podido dormir porque su propia vivienda estaba en un terreno bajo. Lord Brent se había mantenido en estrecho contacto con la policía y los militares durante toda esa agitada noche y estuvo en el lugar a una hora muy temprana. Fue él quien, antes de que las autoridades de la pequeña comuna consideraran necesario hacer tal llamamiento, había agitado a los comandantes de la fuerza aérea local y había hecho que aviones militares con tiendas de campaña y provisiones aterrizaran en Wirral Hill y

establecieran un campamento de emergencia allí. Así, antes de que el alcalde de Glastonbury tuviera la menor idea de que el agua estaba descendiendo por High Street y alcanzando al menos un pie de profundidad en medio de las ruinas de la abadía, aviadores con reflectores y soldados con linternas y palas ya estaban establecidos en la cima de Wirral Hill.

"Desde este punto de observación, mientras descansaba de sus labores de dirigir los equipos de rescate, Dave Spear observó el espantoso amanecer de aquel quince de marzo. A su lado, cuando se puso de pie, no estaba otro que Philip Crow. Philip, como Lord Brent, y por la misma razón, había mantenido su ropa puesta toda la noche. El agua ya tenía un metro de profundidad en Wells Road y se hundía en el Gran Campo de Lake Village. Pronto se dio cuenta de que no había posibilidad de utilizar su aeroplano y, de hecho, pensó que sería muy afortunado si no se arruinaba por completo. Pero lo que le preocupaba, ahora que estaba al lado de Dave, no era su aeroplano. Tampoco era su esposa. Horas antes, Tilly y Emma habían sido llevadas por Bob Tankerville, sanas y salvas a Wells. No; lo que preocupaba a Philip mientras observaba con sus prismáticos aquella creciente extensión de agua era el peligro que corría su puente de acero a medio construir sobre el río. También se sentía nervioso. Se preguntaba qué le habría parecido el nuevo camino de cemento que bajaba desde Wookey Hole, aunque no dejaba de repetirse que unos días de trabajo bastarían para limpiar

el barro y el cieno cuando bajara la crecida. Pero ¿el puente a medio terminar? Ya había sentido algunas dudas al girar el catalejo hacia aquellas bases de cemento, aquellos andamios de madera, aquellos montantes de acero dentados; y ahora, mientras los miraba, le pareció que parte del andamiaje ya había sido arrastrado por el agua.

En su ansiedad, le entregó sus prismáticos a Dave. “¿No te parece que faltan algunos de los soportes de mi puente?”, dijo.

Dave inspeccionó obedientemente los objetos en cuestión. –Me temo que todo el asunto, primo Philip –murmuró sombríamente el comunista mientras devolvía los anteojos–. Todo el asunto se resolverá en un minuto o dos. ¡La marea es terriblemente fuerte allí!

–¡Maldita sea, hombre! ¡Pero no se pueden lavar esas cosas! Vi que las pusieron y estaban ...

–¡Será mejor que vengas con nosotros, primo Phil, antes de que te arruines! Te daremos el salario más alto de todos y no tendrás que preocuparte por nada durante el resto de tu vida.

Pero Philip no estaba de humor ni siquiera para reírse de esto. “Si mi puente se derrumba”, dijo, “¡habré perdido más dinero del que me atrevería a decirle a nadie! Me dejaría sin dinero. Significaría la bancarrota ”.

“¿No lo has pagado entonces?”

“¡Lo pagué!” El desprecio con el que el fabricante reprendió a Spear por su ignorancia de las altas finanzas fue un espectáculo edificante.

–Bueno, será mejor que reces tus oraciones, primo, y te prepares para una vida tranquila, porque no quedará mucho de tu puente en unos minutos. –Dave habló sin amargura, porque no sentía ninguna. Había estado pensando varias veces esa mañana: –Espero que esa gente de Whitelake no haya dormido demasiado ni demasiado profundamente. Pero probablemente ya estén a salvo en Wells. Nunca intentarían cruzar Splott's Moor.

–Bueno, primo Phil, debo irme a los barcos otra vez. Me gustaría que le dijeras a ese coronel como se llame, que está ahí arriba, que deje de gritar a esas mujeres. Si no tiene cuidado, causará pánico. ¡Adiós! Me parece que el viejo Pomparles lo ha aguantado bastante bien.

Philip se mordió el labio. Era difícil creer que el inocente Dave no hubiera querido decir eso, al menos, como una indirecta desagradable al constructor de puentes moderno. ¡Maldita sea! ¡Sería la diabólica ironía de las cosas que ese viejo puente de piedra sobreviviera, mientras que su nuevo puente de acero se lo llevara el agua! Levantó los prismáticos de nuevo. ¡Qué espectáculo!

El sol ya había salido y, aunque su orbe rojo estaba oculto por nubes grises que se iban hundiendo, la horrible extensión de agua se agrandaba ante él bajo una luz que mostraba toda la extensión de ese abrumador «acto de Dios», que había reducido la diferencia entre el capitalismo y el comunismo a una neutralidad tan trágica. Con la ayuda de sus anteojos, Philip pudo ver algunos detalles muy curiosos de ese panorama espantoso de un mundo sumergido. Por ejemplo, pudo ver ciertos pájaros que eran obviamente mirlos o tordos, reunidos en puro pánico sobre una línea de cables telegráficos que seguía la vía del tren y que aún no se había inundado. Pudo ver los cuerpos de varios animales ahogados (no pudo distinguir si eran vacas o caballos) flotando rápidamente a lo largo de la marea del río, que se diferenciaba de la masa de aguas tanto por el color de sus olas como por la velocidad de su flujo. Podía ver figuras humanas apiñadas en los tejados de varias casas de los barrios bajos de Paradise y aún más a lo largo del barrio periférico de la ciudad conocido como Beckery. Podía ver las embarcaciones de los rescatadores moviéndose entre las casas adosadas y las villas de Wells Road y, por lo que podía ver, había una gran multitud de personas en el tejado de la taberna de Dickery Cantie, cerca del mercado de ganado.

Pero era el tono lívido de las aguas donde no había calles lo que resultaba particularmente espantoso.

Como sabemos, Philip era el extremo opuesto de una persona imaginativa; pero incluso a él le impresionó el efecto

espeluznante que producían ciertas casas aisladas, cerca del siniestro torrente de la corriente principal del Brue. El agua formaba auténticas espumas al arremolinarse y revolverse alrededor de estos desafortunados edificios, que ya no parecían casas, sino más bien feas e informes islas de roca oscura, contra las que se balanceaban y se agitaban las copas de los miserables árboles del jardín, como si fueran masas de algas verdes. Una cosa especial que impresionó a su mente pragmática y literal fue la extraordinaria diferencia entre esta inundación de aspecto asesino y todas las demás masas de agua que había visto o conocido. La extensión de color marrón grisáceo que tenía ante él no era como el mar ni tampoco como un lago. Era algo diferente de cualquier otro fenómeno natural. Un soplo de frío abominable y estremecedor se alzó de aquella agitada llanura de aguas, un frío que era más que material, un frío que llevaba consigo una ráfaga de horror mental. Era como si se hubiera iniciado una catástrofe cosmogónica definitiva que implicara la extinción definitiva de toda vida planetaria. ¡Un viento de muerte se alzó de aquella creciente inundación que llevaba consigo una sensación de cadáveres desfigurados empapados de agua!

Philip sabía que las víctimas reales sólo podían ascender, en el peor de los casos, a unas pocas decenas; pero esa *mirada de muerte* sobre aquellas aguas lívidas sugería un desastre que no podía calcularse en números físicos. Ese cráneo duro y estrecho bajo su gorro de tela gris no estaba

aturdido ni entumecido, no estaba distraído ni enloquecido, ni siquiera desconcertado por lo que enfrentaba. Esto podría resultar el Waterloo final para este furioso estratega; pero dejó su limitada, concentrada y combativa inteligencia completamente despejada, de hecho, tensa y anormalmente alerta. En lo que respecta a su respuesta emocional, fue la respuesta de la persona más normal y de piel dura; y por esa misma razón captó el espectáculo de lo que se avecinaba en lo que podría llamarse su primitivo escalofrío de piel animal. "Glastonbury está en peligro", es lo que habría sentido Ned Athling; pero aparte del destino de su puente y su carretera, ¿qué más podría haber hecho? De lo que Philip era consciente era simplemente de la amenaza de un enemigo que lo devoraba y lo absorbía.

Obsérvese, aquí y ahora, que ningún ser humano vivo que pasó por las terribles horas de aquel 15 de marzo estaba menos *asustado* –en el sentido ordinario de esa palabra– que él.

Philip Crow era más capaz que él. Siempre había sido –secreta, exultante, orgullosamente– con los elementos naturales, más que con los hombres y las mujeres, con quienes Philip se había sentido envuelto.

Tal lucha piel con piel, vientre con vientre con la Naturaleza era su noción del significado total de la existencia; de modo que, a diferencia de otras mentes, que tuvieron que ver desgarrada una elaborada complicación psíquica de

sentimientos sociales, antes de llegar a la cuestión fundamental, él no estaba confundido por ningún escrúpulo marginal.

Su excéntrico alcalde no fue el único magnate de la pequeña comuna de Glastonbury que se despertó ese día con un conocimiento algo tardío de la catástrofe que se avecinaba. Red Robinson y su afable esposa estaban tan enamorados el uno del otro y tan ocupados preparando el desayuno en su pequeña vivienda en la ladera sobre Bove Town, que durante un buen rato ignoraron el agitado bullicio de ida y vuelta de sus vecinos menos egocéntricos.

–¡Allí van los de la casa del fondo! –gritó Sally mientras se levantaba de la mesa y corría hacia la ventanita–. ¡Allí van los otros, Reddy, y llevan sus ollas y sartenes! ¡Han venido, querida! Pero nosotros no vamos a salir corriendo con ollas ni teteras, ¿verdad?

Red dejó el cuchillo y el tenedor y se unió a su esposa en la ventana, apartando las cortinas de muselina y apoyándose sobre la gran máquina de coser de la mujer. ¡Ciertamente había un movimiento inusual en el exterior y gritos y alaridos alarmantes en el viento! Y, sin embargo, Red podía ver los tres azafranes amarillos y los dos azafranes morados que habían estado allí el día anterior en su jardín y la pintura verde que había aplicado a su pequeña puerta por la tarde.

“¡Daría diez libras por esta maldita inundación para que se

derrumbe el maldito puente de los mendigos y se empape el acantilado hasta que se derrumbe la nueva carretera de los mendigos! Pero serán los hombres pobres los que sufrirán, muchacha, no los ricos como él, si estas aguas suben y se desbordan”.

Sally le rodeó el cuello con su brazo regordete y le dijo:

–Nunca amaste a la señorita Crummie como me amas a mí, ¿verdad, Red? –susurró ella en tono persuasivo.

–¡Garn! –gritó Red.

Ambos guardaron silencio. Sally pensó: «¿Me atreveré alguna vez a preguntarle por Jenny Morgan? ¿Y qué debería hacer si Jenny Morgan viniera a ver a mamá?». Y Red pensó: «A High no le importaría un bledo lo que le pase a esta comunidad bastarda, ¡hace mucho que el mendigo la tiene metida en el cuello!».

Este trance pasivo de Red y Sally en su ventana fue interrumpido por la irrupción a través de la puerta verde de Red de un par de vecinos excitados: "Jenny Morgan se ha ahogado en la inundación", gritaron, "y la pequeña Nelly se está aferrando, a punto de morir, al cadáver de su madre". Sally Robinson se volvió rápidamente hacia su marido. –Tenemos que ir allí, Red –dijo.

Red suspiró profundamente, pero no contradijo sus palabras.

Mucho antes de que la inundación hubiera llegado al punto en que Red y Sally tuvieron que enfrentarse a ella, el alcalde de Glastonbury se dirigía con los pies secos a su conferencia matutina en Chalice Hill. Antes de que su mujer y Crummie se hubieran levantado de la cama y antes de que cualquier señal de que el agua que entraba hubiera llegado al final de Street Road, Bloody Johnny se apresuraba, ciego de emoción, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas a la espalda, hacia su amada Rotonda. Su propia palabra para todos los edificios de Chalice Hill era simplemente Town's End (Final de la ciudad), un antiguo nombre de Montacute que lo ayudaba a sentirse como en casa allí. "Me voy a Town's End, mi amor", le decía a la señora Geard; o "Volveré de Town's End, mi amor, a la hora del té de hoy, ¿no te preocupes!"

En esa mañana histórica, la cabeza del alcalde estaba tan llena de una nueva inspiración que había recibido, o soñado haber recibido, de su amo esa noche, que ni siquiera se había detenido en su cocina para prepararse una taza de té antes de partir. Sería un error suponer, como algunos lo hicieron después, que Bloody Johnny no era consciente de los peligros de las aguas que en ese momento amenazaban a Glastonbury. El hombre era como un artista medieval desesperado, un artesano frenéticamente inspirado que, aunque el enemigo está a las puertas de su ciudad, debe, por una urgencia que no resiste, terminar su estatua inacabada, su cuadro, su fresco, su molde fundido. Para llegar al fondo

de lo que había estado sintiendo durante las últimas cuarenta y ocho horas, sería necesario recordar que, desde hacía semanas, o incluso un par de meses, el hombre había abandonado toda relación activa con la administración de esa pequeña dictadura de la que era el jefe técnico. Lo que sentía ahora en su mente era sólo una conciencia intensificada de lo que había estado sintiendo vagamente desde la trascendental inauguración de su Arco Sajón. «El Señor va a permitir que me quite la vida», se repetía una y otra vez, «y debo terminar mi trabajo antes de irme». Lo que consideraba su «trabajo» era la terminación y finalización de su *Quinto Evangelio*, pronunciado ante todos en Town's End.

Si la inundación hubiera estado acompañada de un incendio, si la inundación y el incendio hubieran estado acompañados de un levantamiento asesino de la multitud, y de señales y presagios, de truenos y relámpagos, en el aire y en el cielo, Johnny el Sanguinario se habría apresurado a regresar a su academia pagana. Apenas había dormido en toda la noche; y ahora, completamente ajeno a los rumores sobre las presas rotas, ajeno al estado de superpoblación de la ciudad amenazada, ajeno a cualquier peligro que pudiera amenazar a su esposa y a su hija, pensando siempre en su corazón: «Mi fin está cerca y debo *terminar* mi trabajo antes de irme», el señor Geard llegó a Chalice Hill. Antes de saber lo que estaba haciendo, se encontró a tientas, sin poder hacer nada, en la puerta cerrada del puesto de té de la señora Jones, que se encontraba no lejos de su arco sajón.

Sin embargo, la señora Jones, como la mayoría de los habitantes de Glastonbury, estaba lejos de compartir la indiferencia del alcalde ante la abrumadora catástrofe que se avecinaba aquel fatídico día. Empezaba a parecer que el ansia de té de Bloody Johnny (que su noche de insomnio y de fiebre había hecho extrema) no estaba destinada a quedar satisfecha. Sin embargo, por suerte, el joven Elphin Cantie y su amigo Steve Lew habían dormido juntos aquella noche en el desván de Solly, encima del garaje de St. Michael. Mat Dekker había meneado la cabeza muy gravemente últimamente por lo que él llamaba «la seducción de ese joven degenerado a un muchacho tan bueno», pero sin resultado. ¡Elphin era un cliente más escurridizo que Tommy Chinnock! En ese momento, el joven Cantie tenía la llave del pequeño puesto de su padre entre ese conjunto de codiciosas chozas de madera y los dos muchachos ya habían calentado la tetera en ese pequeño refugio y estaban empezando a disfrutar de su pan con mermelada cuando oyeron al alcalde golpeando la puerta del destartalado almacén de la señora Jones.

Elphin se asomó. –¡Es el Maestro Geard! –le susurró emocionado a su amigo–. Y está todo blanco y tembloroso. Ha oído algo. Ha oído la inundación. ¡Ha venido a decirle a Mother Jones que es mejor que suba a Tortop con él!

Steve Lew se puso de pie con los ojos muy abiertos. Tenía la boca llena de pan y mermelada, pero estaba demasiado agitado para masticar o incluso tragar. La idea extravagante

y descabellada de que tal vez el señor Geard se dignaría compartir su comida amateur se cruzó por su cabeza. –Estaría bien, Elph, ¿no te parece? –soltó–, si el alcalde bebiera una taza de té con nosotros.

Elphin suspiró. Había esperado el placer de un coloquio ininterrumpido con su joven amigo cuando fortaleció su corazón con mermelada de frambuesa. ¡Deseaba el diablo al alcalde de Glastonbury! ¿Por qué el destino siempre le arrebatava las pocas horas de romance que le quedaban en la vida? Así había sido cuando estaba con el señor Sam. ¡Alguien siempre lo interrumpía!

Elphin se quedó indeciso en el umbral, con una mirada agitada en el hombre obeso y de cabeza descubierta, que murmuraba para sí mismo y miraba desesperanzado a su alrededor, y la otra en su tartamudo y excitado amigo. Pero el alcalde de Glastonbury lo había visto.

–¿Sabes dónde se puede tomar un sorbo de té caliente, muchacho? –preguntó humildemente, casi con el tono de un vagabundo sediento.

Elphin frunció el ceño ferozmente, pero su sentido del honor lo obligó a informar al muchacho de la cabaña sobre la petición del gran hombre. –Está pidiendo algo caliente –susurró.

Steve tragó el bocado tan deprisa que casi se atragantó y

corrió hacia la puerta. –¡Por favor, señor, entre aquí! –gritó, empujando a su amigo sin contemplaciones–. Elph y yo vamos a comer algo, y estaremos orgullosos de compartirlo todo.

Bloody Johnny respondió a esta invitación con presteza, y su gratitud y buen humor después de comer y beber fueron tan atractivos que hasta el celoso corazón de Elphin Cantie se sintió seducido. Pronto empezaron a surgir sonidos de tan animada alegría de la cervecería de Cantie que la pequeña multitud de visitantes madrugadores que ya se había reunido frente al arco sajón tuvo la impresión de que el amo (los rumores pronto les dijeron dónde estaba) había estado bebiendo toda la noche en esa choza. Esta historia, de que en la mañana del día quince, el día por encima de todos los demás en que el hombre debería haber estado más lúcido, fue encontrado irremediablemente borracho "en compañía de dos muchachos degenerados de los barrios bajos", se extendió por todo Somerset antes de que terminara la semana y se mezcló de la manera más desesperada con los relatos oficiales de la inundación de Glastonbury. Pero Bloody Johnny agradeció a sus jóvenes animadores con un corazón puro y la cabeza despejada y se dirigió a su Rotonda. Sin embargo, se detuvo un momento para hablar con el joven Tewsy, cuya sonrisa cadavérica sobre su impecable traje de pana sugería una calavera con el atuendo de un guardabosques de ópera.

"Madre Legge tenía su desayuno arriba y su cena arriba", informó el anciano.

Fue sorprendente la cantidad de gente que había en la Rotonda cuando Bloody Johnny finalmente se abrió paso hasta su incómodo trono y retomó su discurso místico donde lo había dejado el día anterior. Fue un alivio para él en esta ocasión, cuando estaba obsesionado por la idea de que había tenido una Revelación especial, notar que había un par de jóvenes de su propio *Wayjarer* en la esquina de la Rotonda armados con los cuadernos de notas de aspecto más profesional. "Sabe lo que hace", pensó, "ese muchacho Middlezoy. Nunca hubiera imaginado que los enviaría a Towns End cuando la inundación estaba subiendo".

Poco a poco, sus formidables ojos negros recorrieron con la mirada a su público. A juzgar por la creciente inflexión de los murmullos excitados que percibió en muchas partes del círculo lleno de gente, parecía que allí predominaban los galeses. «Supongo que, como son montañeses, no saben nada de inundaciones», pensó. «Espero que todos lleguen sanos y salvos a casa». Y entonces se dio cuenta de que el joven Tewsy estaba de pie a su lado.

“¡La inundación está arrasando High Street! El ayuntamiento se está reuniendo en la iglesia para estar cerca de la torre en caso de accidentes. Han enviado pregoneros para avisar a los extranjeros que se vayan al infierno; y han ordenado a todos los barcos que hay en el río, y el Sr. Trent

y el Sr. Spear y el Sr. Dekker y los bomberos y los muchachos de los Boy Scouts están sacando a la gente de sus casas y llevándola al pie del Wirral. El viejo Bob Sheperd está esperando afuera en el coche, para llevarte a donde está el ayuntamiento”.

–Dile a Sheperd que no me espere, Tewsy –susurró el alcalde–. Dile que les diga que iré más tarde, cuando haya terminado lo que tengo que hacer aquí. Dile que les diga que pidan barcos a Taunton y Bridgewater y a todos los pueblos con ríos; y que lo hagan rápido, antes de que se caigan los cables del telégrafo. Diles que llamen a Bristol si se caen los cables y que les hagan enviar una docena de aviones con pan, vino y leche directamente a Wirral Hill; y diles que pueden *aterrizar* más allá de esos árboles de ahí arriba, aunque es bastante difícil. Pero sé que es posible, díselo, porque he visto al pobre Barter hacerlo cuando pilotaba a Crow. –Hizo una pausa por un momento mientras los silbidos del público subían de tono–. ¿Siguen circulando los trenes, Tewsy? –preguntó.

“No lo hacían cuando me fui, y las aguas están aumentando hora tras hora. Ningún tren saldrá hoy de esta ciudad. Si yo fuera el ayuntamiento, enviaría un pregonero para decir que todos los extranjeros, sean del tipo que sean, abandonen esta ciudad de inmediato bajo pena de ser fusilados”.

El alcalde se rió entre dientes y los presentes se miraron y sonrieron. Evidentemente, pensaban: “Debe haber oído que

las inundaciones están bajando, *o no podría tomárselo con tanta calma*".

El joven Tewsy fue a transmitir su mensaje, o lo que podía recordar de su mensaje, a Bob Sheperd.

Bloody Johnny se incorporó apoyándose en los brazos de roble tallado de su gran silla. Se sentía lánguido, indolente, agobiado por un "pesado letargo". A la manera de un monje perezoso, en algún oficio superficial que ha repetido tantas veces que su mente puede pensar en otras cosas mientras sus labios pronuncian los conjuros sagrados, dio la espalda al público y se enfrentó al altar. Había velas encendidas en el altar, al lado de las primulas de Crummie.

El señor Geard, que se encontraba en la Rotonda, se sentó en el suelo, entre las primulas de la iglesia y, bajo la fría luz que flotaba bajo los majestuosos, soñolientos y de mejillas pesadas Reyes y Santos sajones (pues Geard de Glastonbury había cumplido su palabra y era el elemento sajón el que predominaba en la Rotonda), cerró los ojos con fuerza y repitió la fórmula: «¡Cristo, da fuerza a nuestras almas, para que podamos beber la Vida y desafiar al mal! ¡Sangre de Cristo, danos paz! ¡Sangre de Cristo, danos descanso! ¡Sangre de Cristo, danos alegría para siempre!». Estas palabras las pronunció el señor Geard con el tono mecánico de quien tiene tanta fe en la magia de las sílabas que no necesita intelectualizarlas ni emocionarlas. Algunos de los asistentes permanecieron sentados mientras se realizaba

esta invocación; otros se pusieron de pie, unos pocos cayeron de rodillas. Pero el señor Geard se dio la vuelta y se sentó, poniéndose la piel de oso sobre los muslos porque de repente sintió frío.

Fue la extraordinaria sangre fría del hombre, su pesado y lánguido aplomo lo que a muchas personas les pareció tan eficaz. Para el elemento galés de este público en particular, tan nervioso y excitable, esta serena flema del profeta fue profundamente impresionante.

Comenzó a perorar, pero los robustos, viriles, oyentes estaban tan conmocionados y sentían tan profundo resentimiento y aversión que el hombre los perdía por completo. Se convertían en enemigos de por vida, desde el momento en que la palabra «queridos» salía de su boca; pero otros sentían exactamente lo contrario, sentían, de hecho, una ternura receptiva hacia el señor Geard.

"A menudo se oye decir a la gente", dijo, "que los insectos no tienen alma. Ahora bien, lo que Cristo vino a decirme esta misma noche es que *cada insecto*, hasta el más pequeño ácaro, microbio o bacilo, tiene un alma inmortal. Debían ser más o menos las dos y media de la noche pasada cuando el Maestro me habló de que los insectos tienen alma. Sé que era más o menos a esa hora, porque había oído el reloj de la iglesia dar las dos. Y le pregunté si los gusanos y cosas como las babosas y los caracoles tenían alma. "Todos y cada uno de ellos, Sonny", dijo, "todos y cada uno de ellos". Todas

estas almas, queridos míos, me explicó el Maestro, aunque perecederas en relación con lo visible, son imperecederas en relación con lo invisible. No mueren todas, como dice el poeta pagano. Algo en ellas se hunde y escapa al mar subterráneo del Ser inmortal. Los cuerpos son sólo una expresión de las almas; y cuando los cuerpos de los gusanos, mosquitos y zoófitos, sí, de las amebas más pequeñas que existen, perecen en esta dimensión, algo, perdurable e indestructible, que ha sido la identidad viviente de estas diminutas criaturas, escapa al mundo de los sueños cuyos márgenes se superponen a los nuestros. Este otro mundo, esta dimensión invisible, es un mundo de sueños tanto como el nuestro. Nuestras almas nos impulsan hacia esta secuencia de mundos de sueños, bebiendo Vida y luchando contra el mal; buscando descanso y paz. Preguntar dónde puede haber espacio, dónde puede haber lugar para todas las miríadas de conciencias engendradas por la corriente de la vida desde que nuestro planeta comenzó, es hacer una pregunta infantil. El espacio y el tiempo, tal como los conocemos, no tienen significado en este otro mundo de sueños al que pasan las almas inmortales de todos los organismos muertos. La Sangre de Cristo, queridos míos, es la savia vital que brota cuando cualquier organismo, atravesado por las espinas de este sueño problemático, pasa al que lo rodea. De este sueño más profundo cayó antaño sobre nuestro Glastonbury Algo que nos desconcierta y nos perturba hasta el día de hoy. Acercarnos a él nos da un escalofrío, una perturbación, un espasmo, un

estremecimiento de los nervios vitales. Nadie puede tocarlo sin un ataque de agonía, un éxtasis de sanación. Nadie puede acogerlo completamente en sí mismo y sentirlo. Tocar esta cosa es beber la Vida en su fuente. Un trago así nos hace fuertes como leones. *Fortis imaginario* genera causas, como dice el viejo escolástico; y con voluntades así fortificadas podemos beber día y noche de todas las cosas del mundo, de los vientos y las lluvias, de la tierra, el fuego, el agua y el aire, ¡la Sangre del Eterno! Y el Maestro me dijo más que esto, queridos míos. Seamos hombres o mujeres, dijo, nuestras almas pueden abrazar los dulces cuerpos de unos y otros hasta que la carne y la sangre entreguen sus esencias. Sólo el bien puede venir, queridos míos, de cada abrazo. No importa en absoluto de qué copas o de qué cálices bebamos, siempre que, sin ser crueles, bebamos la Vida. El único significado, propósito, intención y secreto de Cristo, queridos míos, no es comprender la Vida, ni moldearla, ni cambiarla, ni siquiera amarla, sino beber de su esencia inmortal. Al beber la Vida de esta manera, nos identificamos cada vez más con aquello en nosotros que la muerte no puede matar, con aquello en nosotros que se hunde, a través de sueño tras sueño de lo que pasa, en... en... en algo, queridos míos, que es... algo que es... es... la Sangre y el Agua y la...

Geard de Glastonbury se detuvo sin terminar la frase. Los dos jóvenes reporteros del *Wayfarer* tuvieron la impresión de que podría haber terminado con: «y el barro y la arena, y

el mar y la tierra», o cualquier otro galimatías indolente y soñoliento. Sin embargo, estiró las piernas y dejó que la desgarrada piel de oso cayera de sus rodillas. Entonces, sin pudor, delante de todos ellos, se incorporó un poco en su silla y soltó una ventosidad. Luego, con descarado aplomo y apenas cubriéndose la boca con la mano, bostezó portentosamente.

–¿Alguna pregunta para mí, queridos míos? –murmuró con una voz todavía medio estrangulada por el bostezo.

Un minero galés desempleado, alto, delgado, hambriento, trágico, que había trabajado para conseguir su pasaje a Bristol desde Fishguard y luego había viajado a Glastonbury desde Bristol, y que ahora subsistía gracias a un fondo especial que Dave Spear había apartado para visitantes, se puso de pie en la parte trasera de la Rotonda sobre la gran, plácida y cómoda cabeza del rey Edgar, a quien se le ocurrió acercarse, y dijo en un tono bajo y preocupado que resonó en aquella asamblea como una cuerda de arpa rota: "Me gustaría saber, señor alcalde, ahora que ha terminado de decirnos que nos divirtamos como las bestias... *cuándo cree que va a regresar el rey Arturo*".

En lugar de esperar una respuesta a su pregunta, que fue formulada con voz temblorosa por la indignación, el alto minero, con un gesto despectivo de sus hombros que expresaba un profundo odio hacia la Rotonda y todo lo que había en ella, se abrió paso entre la multitud que estaba

atrás y abandonó el lugar.

Pero el rayo que había arrojado al suelo provocó un violento alboroto entre el público. Se produjeron fuertes palabras. Los galeses que se encontraban en la sala comenzaron a discutir acaloradamente entre ellos, algunos de ellos simpatizaban con el hombre, otros denunciaban su arrebatado descortés.

–¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que responda el señor Geard! –Estas palabras salieron de los labios de Nancy Stickles, quien desde el comienzo mismo de lo que ella llamaba «el Ministerio del Alcalde» había abandonado su casa día tras día, en cuanto había recibido el desayuno de Harry, y se había escabullido hacia Chalice Hill.

Los dos jóvenes neófitos de la oficina de Athling, que se habían estado dando codazos nerviosos al notar lo alterado y perturbado que parecía estar el gran hombre en la gran silla por lo que acababa de suceder, se miraron excitados al oír la voz de Nancy. “¡Muy bien, señora Stickles!”, uno de ellos no pudo evitar gritar. “¡Muy bien!”. Fueron estos dos jóvenes quienes, cuando su profeta murió, sostuvieron firmemente que se había suicidado por pura decepción por el fiasco de este discurso final. Ciertamente, parecía que la referencia a Rex Arturus, justo en el clímax de lo que se había revelado ese día, le dio a Bloody Johnny una especie de golpe incalculable. La interrupción, sin embargo, pareció causar un enorme deleite a su audiencia galesa.

La entonación curiosamente aireada y ascendente del acento galés comenzó a resonar por la Rotonda, ahogando todo lo demás. Parecía como si nada más que la inagotable complacencia del rey Edgar y los dos reyes Edmunds impidiera que la Rotonda fuera dominada por completo por estos excitados celtas. Geard de Glastonbury inspeccionó su rebaño perturbado, como un pastor desconcertado cuyos súbditos lanudos se han sumergido en un campo prohibido. En vano miró fijamente los rasgos tranquilos del rey Edgar. En vano volvió su mirada hacia la majestuosa gravedad de Edmund Ironsides. Lo mejor que pareció capaz de hacer, en ese momento, fue mirar con una súplica lastimera y melancólica a los intensos ojos grises de Nancy Stickles. –¿Qué... *piensa*... señora –tartamudeó– sobre lo que nuestro hermano ha...

Fue un momento supremo en la vida de Nancy. Si se supiera la verdad, esta muchacha de espíritu místico estaba desempeñando ahora el papel histórico de la discípula devota que, en una crisis inesperada, apoya la debilidad del Maestro con una fe mayor que la suya. Nancy se puso de pie. Todas las cabezas en aquella sala circular se volvieron hacia ella; porque todos podían ver que el hombre en la silla tallada esperaba ansiosamente que ella hablara.

La controversia galesa se calmó; los airados contendientes guardaron silencio. Unos cuantos alemanes desconcertados, que no habían entendido las palabras del minero sobre el rey Arturo, gritaron: "¡Silencio, silencio!" en su propia lengua.

–Señor Geard –empezó a decir Nancy Stickles. La muchacha llevaba su vestido estampado matutino y una vieja chaqueta descolorida colgaba suelta de sus hombros. Iba sin sombrero. Mojada o hermosa, nunca se detuvo a ponerse un sombrero para esta excursión matutina. Su gran paraguas con un mango curvo negro, el único de sus regalos de boda que Harry no había guardado por ser «demasiado bueno para usar», estaba apoyado contra una silla a su lado. –Señor Geard... y amables amigos... –Tenía un aspecto tan dulce, allí de pie, de espaldas a los paneles de roble de la Rotonda, que un suspiro de agradecimiento recorrió todo el público, como un suspiro débil sobre las copas de los juncos.

Los discursos de Bloody Johnny solían terminar con preguntas; y la modesta expresión de Nancy, “amables amigos”, era un comienzo habitual en muchas reuniones de la Escuela de Adultos en Pembroke y Glamorgan: “El hermano de Gales, que le pidió su opinión, señor, sobre el regreso del Rey Arturo, me parece como los judíos que todavía esperan un Mesías. La mayoría de nosotros en Glastonbury sentimos que Dios ya ha sido lo suficientemente bondadoso con nosotros, al enviarnos a un hombre como usted; un hombre de cuya boca, como acabamos de escuchar, fluye el Agua Viva de la Vida”.

La muchacha se detuvo y buscó en su mente algo más que ansiaba decir. –Esta terrible inundación –continuó en voz baja–, a la que todos nos enfrentaremos dentro de unos minutos cuando regresemos a la ciudad, debe haber sido

enviada como una señal. –Hizo otra pausa y luego continuó en voz más alta–. Una señal de que toda esta minería de estaño, construcción de caminos y puentes es contraria al propósito de Dios. –Se sentó, ruborizada profundamente y mirando fijamente su regazo.

Bloody Johnny se sintió más disgustado que complacido por la referencia de la muchacha a las actividades de su enemigo. Suspiró profundamente y, hundiéndose en su asiento tallado, cerró los ojos. Se sentía cansado, decepcionado, desanimado. Durante toda la noche se había estado diciendo a sí mismo la increíble impresión que su divina Revelación –porque así lo sentía– causaría en estas personas, conmovidas, excitadas, presas del pánico como ya estaban por la crecida de las aguas. Pero en lugar de un gran derramamiento final del Espíritu, que borrara todas las divisiones, todas las peleas, toda malicia, y lo liberara, estaban de nuevo en la vieja arena de disputas entre hombres, celtas contra sajones, capitalistas contra comunistas y todos los Philips contra todos los Johns. El señor Geard había llegado a Town's End ese día con el estado de ánimo de Elías cuando fue transportado al Cielo en un carro de fuego. Pero ahora comenzaba a sentir que su Señor lo había abandonado y lo había dejado solo con los falsos profetas.

–No logro comprender –explicaba a la asamblea un relojero de Llandovery, muy interesado– por qué la pregunta, perfectamente sensata, del hermano fallecido de

Fishguard ha suscitado la desaprobación que parece haber suscitado en nuestro honorable presidente. Es bastante natural mezclar –su voz adquirió ahora esa entonación irritante que adoptan los materialistas autosuficientes cuando indican su superioridad mental a sus oyentes–, mezclar El regreso de Arturo y El agua de la vida de Geard. Ambos son mitos, ambos son imaginarios, ambos pertenecen a ese mundo de irrealidades fantásticas que...

–¡Ambas son ciertas! –exclamó uno de los reporteros de Athling–. Tenemos a uno de ellos con nosotros ahora –exclamó el otro–, ¡y Arthur vendrá pronto!

Se levantó entonces un alboroto deplorable. La gente discutía entre sí en todas partes de la sala, algunos se ponían del lado del ateo de Llandoverly, otros repetían las palabras de Nancy, otros proponían sus propios compromisos prolijos. El señor Geard permaneció tranquilo en medio de todo esto. Se recostó en su silla tallada con los ojos entrecerrados. Como en aquella ocasión en que lo habían encerrado en Wookey Hole, sentía que el sueño era su único refugio. En esta tendencia a quedarse dormido cuando las cosas eran cruciales, Bloody Johnny se parecía a Mat Dekker; la única diferencia era que el sueño de Dekker era más ligero y más fácil de perturbar. Sin duda había algo en la composición química de este clima, en el lánguido vapor azul que flotaba sobre Glastonbury la mayor parte del año, y que parecía emanar de todas esas ramas de manzano colgantes y cubiertas de líquenes y de todo ese musgo verde, que

conducía al sueño, como la gran panacea para los fuertes caracteres del lugar. Lo que ocurrió ahora fue que a medida que su multitud de teólogos galeses se absorbía cada vez más en sus complicados argumentos, el alcalde tenía cada vez más sueño.

Nancy apenas podía soportar verlo asentir con tanta torpeza, con la cabeza inclinada hacia un lado y luego hacia el otro, mientras de vez en cuando el peso de aquella enorme calavera lo despertaba con un desagradable sobresalto. Pero la muchacha no podía hacer nada, y ya se había alejado de la tienda todo lo que le había sido posible. «Dios sabe lo que encontraré cuando vuelva», pensó. Se abrió paso entre las sillas hasta la entrada de la Rotonda y salió a toda prisa. La cabeza majestuosa y satisfecha de St. Dunstan no la miró. Con una satisfacción abismal y untuosa, seguía mirando al vacío, mientras parecía murmurar para sí misma: «¿Qué importa si Arthur no vuelve nunca? Estoy aquí». St. Dunstan se habría horrorizado mucho más que Nancy, y ella estaba un poco sorprendida por la naturaleza del pensamiento que el diablo le había metido en la cabeza en ese momento: «¿Qué importa si *Arthur* no *vuelve?*». El pensamiento, a saber, qué alivio sería si, cuando regresara, encontrara que su esposo, Harry el químico, se había *ahogado sin dolor y en paz*.

Se levantó de su silla y se quedó un segundo al lado de Crummie, observando a los místicos pendencieros del principado con una mirada divertida. Todavía estaba medio

despierto. Tenía la cara hinchada por el sueño, los ojos borrosos y velados. –Vamos, vamos, tesoro mío –murmuró, arrastrándola hacia la puerta por el brazo.

Al salir de la Rotonda, Crummie lo vio volverse de lado de una manera muy curiosa y despreocupada e inclinar automáticamente la cabeza hacia el altar. Nada habría inducido a Crummie a imitarlo en esto, porque la influencia de Sam todavía era fuerte y había dicho: «Dios sabe qué clase de deidad tiene tu padre ahí abajo», pero a ella le pareció curioso que el señor Geard ya se hubiera acostumbrado tanto a ese lugar que pudiera tratar su adoración al diablo, o lo que fuera, de esa manera despreocupada, indiferente y mecánica. Apenas habían llegado a la carretera cuando se encontraron con Paul Trent, tranquilo y felino como siempre, aunque estaba empapado hasta los huesos de cintura para abajo y le castañeteaban los dientes.

–Ya han muerto cinco personas, camaradas –anunció con tristeza, apartando sus labios de mujer, bellamente curvados, de sus dientes blancos y castañeteantes, con una sonrisa digna del joven Tewsy–. Dos niños en Beckery y una madre y dos niños en Dye House Lane. Pero es probable que haya muchos más a estas alturas, porque el agua sigue subiendo a cada momento. Es agua de mar, señor Geard; eso es lo que es; y hasta que esta luna mengüe, las mareas seguirán en su nivel más alto.

“¿Han venido barcos? ¿Tenemos suficientes barcos?”

–¡Creo que han venido! Han estado llegando de todas partes. Ha llegado una lancha motora desde Bridgewater. Pero todavía no está a salvo ni la mitad de la gente. ¡He estado remando y vadeando, remando y haciendo zanjas, remando y sacando gente de las ventanas de arriba y sacando gente de los tejados desde las seis de la mañana! Tengo las manos ampolladas de tanto remar. Le hemos echado mucho de menos, señor. Se lo puedo asegurar. Toda la pobre gente del Paraíso... Aquí Crummie se abrió paso entre su padre y el hombre de las islas Sorlingas le pellizcó el brazo con todas sus fuerzas. Pero Paul Trent no se dejó detener. “Toda la pobre gente de Paradise dice que el alcalde abandonó la ciudad y que se fue anoche en el último tren que pasaba... hacia Yeovil o algún otro lugar”.

–¿De verdad has oído eso? –La voz de Bloody Johnny era tan amenazadora que Crummie le cogió la mano y, volviéndose hacia Paul Trent, gritó con voz vibrante–: ¡Basta ya! Sólo lo dices para atormentarlo. Sabías dónde estaba. ¡Podrías haberlo matado en cualquier momento! Siempre ha odiado a papá, señor Trent, y ahora que tienes la oportunidad, ¡estás feliz de golpearle! Sí, lo estás... siempre lo has odiado.

Pero el señor Geard se detuvo en seco en medio de la calle y agarró al joven abogado por la manga.

“¿De verdad has oído eso?” Su voz era como el retumbar de un trueno subterráneo.

Paul Trent se encogió de hombros y miró a Crummie. En condiciones normales, la intensidad de la emoción del alcalde lo habría intimidado; pero había visto tantas cosas y había tenido tantas experiencias en las últimas horas que estaba de humor para enfrentarse a cualquier cosa. –Por supuesto. Y no sólo en Paradise. Estuve en Butts Close, Beckery, Manor Road y Dye House Lane; y dondequiera que estuviese oía lo mismo. No les importa mucho nuestra comuna, y no los culpo. Ese maldito burro de Spear lo ha arruinado todo con sus absurdos asesores y su intromisión y torpeza en la vida de la gente. Pero si nuestra comuna no es popular, nuestro alcalde... ¡No! ¡No voy a parar, señorita Geard! ¿Por qué debería parar? No le debo nada a Glastonbury. Soy de Cornualles; y os entrego todo al diablo, ¡y también a vuestra ciudad ahogada! Nuestro alcalde es *despreciado*. Sí, vuestros camaradas más pobres, señor Geard, dicen por todos lados, mientras la policía de Bridgewater y los soldados de Taunton vienen a ayudar (¡son las once en punto ahora y dicen que todo el cuerpo de cadetes de la escuela Sherborne estará aquí al mediodía!), que la única persona que nadie ha visto cerca del agua es el alcalde. Les he estado diciendo que el alcalde estaba rezando por ellos; pero dicen que el reverendo Dekker y el reverendo Dr. Sodbury están trabajando duro en los botes, y parece gracioso que... El hombre es ingobernable y rencoroso.

En ese momento su nerviosismo se detuvo por el castañeteo de sus dientes y por un ataque de violentos temblores que se apoderó de todo su cuerpo.

Estas manifestaciones físicas no pasaron inadvertidas para el señor Geard y, como si una mano real le hubiera quitado las escamas de los ojos, su conciencia de estas cosas transformó en un segundo todo el conjunto de sus sentimientos. –Sí, debería haberme levantado más temprano, mucho más temprano –dijo–. Tienes razón, Trent. Tienes toda la razón. No, no, mi tesoro –continuó, dirigiéndose ahora a Crummie y hablando con calma y tristeza–. Hacemos lo que podemos, pero todos somos débiles... todos ciegos y débiles. Bueno, vamos... vamos... vamos... sigamos adelante y salvemos todo lo que podamos. Un momento, *queridos míos*... Con la expresión familiar de «queridos míos», el viejo fuego oscuro recuperó su brillo habitual en los ojos de Bloody Johnny. Soltó la mano de Crummie y comenzó a buscar en sus bolsillos. En ese momento sacó una botella de brandy y rápidamente desenroscó el tapón de cristal. –Toma, hijo –gritó en un tono que podría haber utilizado con Elphin Cantie o Steve Lew–, tómate un trago y acábatelo si puedes. Pronto tendrás fiebre.

Avergonzado e inquieto, Paul Trent, en lugar de extender la mano para tomar el licor que le ofrecían, se dirigió nerviosamente a Crummie. –Será mejor que no siga adelante, señorita Geard –dijo–. A esta hora ya se habrán

llevado a su madre. Será mejor que se dirija directamente al Wirral. Puede estar seguro de que la encontrará allí ahora. Así es como la gente acaba en desgracia, vadeando como loca el agua para llegar a sus casas.

Pero Crummie descartó estas palabras: “Bebe lo que te dé cuando tengas oportunidad y no seas tonto”.

Bajo el peso de la autoridad combinada de padre e hija, Paul Trent recibió el coñac del alcalde y se lo llevó a los labios. Bebió largo y tendido, y cuando devolvió la botella, su voz tenía un tono muy diferente. “¡Avanti!”, gritó. “¡Subamos a cualquier bote que pueda llevarnos y trepemos un poco más a los tejados!”.

Las últimas horas de la vida de Paul Trent habían sido más conmovedoras y emocionantes que cualquiera otras que hubiera conocido jamás; y tanto el padre como la hija experimentaron una de las sensaciones más extrañas que *habían* tenido jamás cuando, desde el sendero elevado que había bajo el granero del diezmo, se encontraron con aquellas aguas turbulentas. La primera visión de aquella inundación pardusca, salpicada de espuma que había dejado de ser espuma, espuma que se había convertido en una espuma blanquecina enredada con todo tipo de desechos flotantes, fue algo que nadie que la viera podría olvidar hasta el día de su muerte. Podrían seguir visiones más dramáticas, visiones más trágicas, y así fue ese día para Bloody Johnny y su hija, pero fue esa primera impresión del poder de las

aguas la que se hundió en la mente de la muchacha y volvió a ella después, una y otra vez, hasta la última hora de su conciencia. Las cosas que vio flotando sobre aquella turbia inundación fueron las que más se quedaron grabadas en la mente de Crummie. Cachorros muertos, gatitos muertos, pollitos muertos, muñecas, juguetes de niños, pedazos de muebles rotos, muebles que no estaban rotos pero estaban boca abajo y horriblemente desfigurados: tales eran algunos de los objetos que vio, mientras estaban de pie en aquel bordillo de piedra con la corriente arremolinándose a sus pies. Vio porta toallas y cestos de ropa sucia. Vio cunas de mimbre y lamentables sillas de madera con las patas en el aire. Y éstos eran sólo algunos de los utensilios íntimos de la vida humana que estaban expuestos en aquella indecencia primigenia a los ojos del espectador mientras el torrente arremolinado los arrastraba hacia adelante. El fuego es el gran devorador; pero es tan rápido y mortal con sus llamas cegadoras y su humo sofocante, que extiende una especie de vacío a su alrededor, un vacío psíquico, creado por la succión aniquiladora de esa fuerza heraclítea que es el principio y el fin de toda vida. El agua, en cambio, salvo en las más violentas tempestades del mar, mata con más calma, paraliza más lentamente y el terror que produce no agota los nervios normales de nuestra conciencia humana. Por esta misma razón, el lento horror de la muerte por agua parece más natural a la humanidad que el rápido horror de la muerte por fuego.

Fue un ejemplo pintoresco de la obstinada autoafirmación de los seres humanos que, mientras esperaban allí, Paul Trent se tomara la libertad de señalar que una inundación era el tipo de ocasión en que los gobiernos y los estados demostraban lo fraudulentos que eran. «En un minuto llegará un barco por aquí», dijo, «¡pero lo conducirán personas particulares, no soldados!». Los temblores y el castañeteo de dientes del abogado habían cesado después de ese trago profundo de la cantimplora del alcalde. «Es como Venecia. Es como esperar una góndola», se rió entre dientes con una mueca.

La cabeza descubierta de Bloody Johnny estaba ligeramente inclinada hacia adelante, frente al torrente que se precipitaba y se arremolinaba a sus pies, pero sus ojos estaban vueltos hacia el oeste en sus profundas cuencas y miraban fijamente la esquina de Silver Street, por donde parecía más probable que apareciera el esperado barco. Crummie se agachó y levantó varias veces los bajos de los pantalones negros de su padre, dejando al descubierto los cordones sueltos y sucios de sus botas.

«¡Hay un barco! ¡Son dos!», gritó el señor Geard. En efecto, aparecieron dos barcos, que doblaron la esquina de Silver Street con mucho chapoteo y gritos. Ambos eran remados, a pesar de la predicción del anarquista, por un soldado; pero en uno de ellos había un grupo grande y apiñado de niños sollozando, mientras que en el otro, un barco mucho más grande, salvo las figuras de Lily y Louie Rogers, aferrados

fuertemente uno al otro en la popa, no había nadie en absoluto.

El joven soldado que remaba en la gran embarcación no estaba acostumbrado a manejar remos, y su torpeza, reprendida con enojo por el hombre mayor que iba en la embarcación abarrotada, era la que producía el chapoteo y la confusión. Cada vez que su remo se resbalaba o quedaba atrapado entre el agua que corría y el tolete de madera, Lily dirigía una mirada suplicante, como la de un mártir cristiano en un grabado victoriano temprano, hacia el soldado mayor al que el indefenso remero parecía dirigirse como cabo.

–¡Sube a bordo el remo, Bill! –ordenó el cabo–. ¡Sube también a los dos caballeros! ¡Maldita sea! ¿Crees que no vas a hacer otra cosa que hacer remar a los jóvenes? ¿Crees que estás en Wyemouth Bye, un sábado por la tarde? ¡Sube a los tres a bordo de inmediato! ¡Rema con el otro remo, maldito imbécil! ¡El otro, imbécil, el otro! ¡Maldito seas! Vas a romper ese remo en un santiamén. ¡Levántate, imbécil! ¡Levántate y sácalo del agua! ¡Dios, Todopoderoso! ¡Nunca ha habido un idiota así nacido de la pura semilla del hombre!

Las miradas martirizadas de Lily, hermosa en su palidez, parecieron aumentar el desconcierto del desventurado joven soldado aún más que el abuso de su cabo. Tres veces la gran barcaza del canal de Bridgewater fue arrastrada por la inundación más allá del lugar donde estaban los tres. En el cuarto intento, cuando parecía que el cabo, púrpura de

rabia, pronto estaría volcando su propia carga de niños que ahora gritaban, Paul Trent, vadeando hasta las rodillas en la inundación marrón, trepó a la barca. –¿Qué habéis hecho con la señora? –le gritó apresuradamente a las hermanas Rogers mientras recuperaba el equilibrio.

–La señorita Drew no podía dejar sus cosas, señor –murmuró Lily débilmente. Una vez dentro de la pesada embarcación (pues había otros remos debajo de sus asientos), el abogado no tuvo dificultad en acercarla lo suficiente a una posición privilegiada para que tanto el padre como la hija pudieran subir sin entrar al agua. Tanto el señor Geard como Crummie se quedaron atónitos ante lo que les esperaba cuando la quilla de su bote encalló por fin en el barro pisoteado al pie de Wirral Hill.

Todo Glastonbury parecía haberse refugiado en esa eminencia y se oían terribles zumbidos y ruidos en el aire y gritos frenéticos en la ladera, y gritos salvajes y contradictorios tanto arriba como abajo, mientras varios aviones privados y un par de aviones militares de gran capacidad aterrizaban y volvían a despegar en un recinto acordonado. De hecho, para entonces las autoridades habían tomado el control de toda la parte sur de Wirral Hill y quizá la mejor distracción que los aterrorizados niños de Glastonbury podían haber tenido fue la emoción de observar esos aterrizajes y despegues constantes y ver a tantos soldados. Ya se habían instalado tiendas de campaña del ejército y refugios de arpillera; y toda la ladera era una

escena tumultuosa de confusión. Los padres, con rostros convulsos y el ingenio distraído, corrían de un lado a otro buscando a los niños que habían perdido, y una multitud que luchaba desesperadamente por llegar a la orilla de la inundación a la llegada de cada barco que llegaba a la colina desde las partes sumergidas de la ciudad. El anciano secretario municipal, que se movía con dificultad entre la multitud a la orilla del agua, era el mensajero enviado por la señora Geard para llevarlos a la tienda que los funcionarios habían reservado para ella, y Crummie estaba tan absorta en sí misma por la escena salvaje que tenía ante sí, que besó al anciano caballero cuando este se volvió hacia ella después de una discusión que estaba teniendo con un niño pequeño. “¿Qué es eso?”, preguntó, notando en las manos del señor Bishop un libro curiosamente encuadernado que parecía haber estado flotando en la inundación durante varias horas. “Un niño lo recogió del agua”, respondió el anciano con gravedad. “Trata del perdón de los pecados; pero he perdido mis gafas”.

Cuando Bloody Johnny bajó del barco en la ladera de Wirral Hill, miró primero hacia atrás, a la extensión plana de agua marrón, y luego se volvió y contempló la singular escena de desorden impactante y confusión que aquella familiar eminencia herbosa ofrecía a su vista. Era, en verdad, un espectáculo único. Su movimiento y agitación tenían un aura completamente diferente de todo lo que había visto antes. No era como una feria en Yeovil. No era como un día de

campo militar en Dorchester. No era como una escena en Weymouth Beach. Por otro lado, no era como un campamento de refugiados en guerra, hambruna o peste. Una cierta minoría de los jóvenes allí presentes –especialmente muchachos entre diecisiete y veinte años cuyos parientes no corrían peligro– evidentemente disfrutaban enormemente de la emoción. Pero lo curioso era que todos parecían llevar alguna marca de la inundación. Sus ropas estaban mojadas o manchadas de barro, o les faltaba alguna prenda particular. Se habrían parecido a los habitantes de una ciudad que escapa de un bombardeo, salvo que *el miedo al agua*, el pánico por las inundaciones, evoca una atmósfera completamente diferente del miedo a la explosión de obuses o bombas. El pánico por las inundaciones es una presencia constante y continua, sin la expectativa de que algo se estrellé o ensordezca. El pánico por las inundaciones es esencialmente algo silencioso; y en este sentido no tiene nada de la distracción salvaje de un naufragio, de una tormenta en el océano o de una turba.

–¡Quítate de ahí, por favor! –Dos hombres estaban sacando el cuerpo de una mujer de un bote y llevándolo a tierra. El alcalde reconoció al doctor Fell como uno de ellos y le puso la mano en el brazo. El doctor lo saludó y se dirigió por su nombre al hombre que estaba a los pies de la mujer muerta–. ¡Detente un momento, Dickery, es el señor Geard!

Nadie sabía mejor que Dickery Cantie quién era, pero estaba tan aturdido y estupefacto que lo único que pudo

hacer fue apretar con más fuerza los tobillos de su carga, como si el señor Geard fuera un ladrón de cadáveres.

–He estado intentando reanimarla durante una hora, Geard –continuó el Dr. Fell–, pero no sirve de nada. ¡Está inconsciente, Dios mío! ¡Ojalá lo estuviera!

Pero Bloody Johnny no lo escuchó. Si hubiera dicho: “He decidido tomar esas pastillas esta noche y terminar con todo esto”, el alcalde no lo habría oído. La atención del alcalde estaba fijada en el cuerpo que tenían en brazos, que era de una belleza extraordinaria, aunque una cicatriz sangrante de una caída reciente le atravesaba la frente.

“¿Quién es?”, preguntó el señor Geard. “No la conozco. Tiene un rostro encantador. ¿Quién es?”

“Ella es Jenny Morgan. Es la madre de esa niñita Nelly. Es la mujer sobre la que Red Robinson escribió en la *Gaceta* hasta que usted lo detuvo. En un tiempo fue la amante del señor Crow”.

“¿La niña también se ahogó?”

El médico sacudió la cabeza. –Esta pobre criatura no se habría ahogado si no hubiera estado prácticamente borracha. Estaba sacando cosas del agua al final de Dye House Lane. Su pequeña hija estaba con ella.

–¿Dónde está ahora la niña? –Mientras hacía esta

pregunta, el señor Geard se dio cuenta de que un pequeño insecto, un diminuto escarabajo o mosca, con diminutas rayas amarillas, se movía con cautela sobre la cara de la niña muerta, como si fuera una hoja o una piedra. Lo apartó con la uña. El hecho de que ella no pudiera sentir ese pequeño cosquilleo parecía más extraño que el hecho de que no pudiera abrir sus grandes ojos.

–La niña está con el camarada Robinson y su esposa –respondió el doctor–. Nelly los conoce muy bien a ellos dos; mejor de lo que jamás conoció a esta hermosa criatura, supongo. ¡Bien!, tuviste la muerte más fácil, querida, que cualquiera podría morir, tan fácil como...

La mente de Fell se desvió del rostro sereno en el que los párpados con flecos oscuros cubrían esos ojos que siempre habían parecido *demasiado* grandes, como si estuvieran viendo constantemente las cosas que la gente normal evita, y pensó en su corazón: «Es curioso... pero creo que he tenido una idea real mientras he estado sosteniendo a esta chica. ¿Por qué no dejo a Bibby en la casa y me alojo con ese tipo, Dickery? Dave Spear vive allí; ¿y por qué no debería hacerlo yo? Podría quedarme con mi clínica».

Mientras pensaba en esto e imaginaba la manera triunfal en que cerraría con llave su consultorio en Manor House Road cada vez que saliera de él, de pronto captó en el rostro del señor Geard la expresión más extraordinaria que jamás había visto en el rostro de un ser humano. Bloody Johnny

había vuelto a levantar la mano hacia la muerta, esta vez para arreglar un pliegue de su vestido que sus salvadores habían desarreglado en sus intentos por salvarla. Pero tan pronto como su mano tocó ese pecho helado y expuesto, la dejó allí, como un pesado hongo sobre el pecho de la muchacha. Y con la mano apoyada allí, su rostro adoptó la expresión misma de esa mujer muerta. Cerró los ojos. Se le abrió la mandíbula. Las fosas nasales se le apretaron y se le estrecharon. Algunas líneas desaparecieron por completo de su rostro y aparecieron otras completamente nuevas.

–¿Se siente débil? ¿Se encuentra enfermo, señor Geard?
–El médico no podía soltar a Jenny Morgan, pero el sonido de su voz rápida y ansiosa parecía suficiente para librarlo de ese extraño ataque. Sus ojos parpadearon y se abrieron, sus fosas nasales temblaron y se dilataron, su boca se cerró con fuerza.

El doctor y Dickery Cantie se marcharon con su carga y el señor Geard se quedó de pie junto al agua observando las maniobras de Paul Trent. Pero Crummie, que se había llevado al señor Bishop para preguntarle por su madre y se había enterado de que Lord Brent había apartado una de las tiendas de los oficiales para la alcaldesa, volvió y preguntó quién era esa mujer y si estaba muerta. Su padre esquivó sus preguntas sobre la muchacha muerta y le dijo que le diera las gracias a Paul Trent y se despidiera de él. Paul Trent seguía enzarzado en una lucha para que le permitieran quedarse con el barco de Bridgewater, pero Crummie se dio

cuenta de que después de haber depositado a Lily y Louie a salvo sobre la hierba embarrada, también dejó salir al joven soldado. «Lleva a estas jovencitas a la cima de la colina, muchacho», ordenó, «y dales algo caliente para beber. ¡Hola! ¡Parece que sabes remar! ¡Entra aquí y empecemos!»

Sus palabras iban dirigidas nada menos que a Tommy Chinnock. “¡Claro que puedo remar, señor Trent! ¡Claro que puedo! Llegué a Bridport cuando estaba con mi tío. ¡Puedo remar con dos remos si es necesario!”

Sin embargo, Paul Trent fue lo suficientemente considerado como para esperar la llegada del oficial superior del joven soldado antes de despedirlo finalmente.

–Como quiera, señor –concedió esta autoridad–. Como quiera, y lléven a esas personas a sus familias, ahora mismo, Thompson; esto no es ninguna explanada.

Cuando llegaron a la tienda que le habían asignado a la señora Geard, ésta abrazó a su marido y a su hija con más emoción de la que estaba acostumbrada a mostrar. ¿Sintió alguna premonición de lo que se avecinaba? No cabe duda de que a veces una curiosa telepatía eléctrica vincula el presente con el futuro. ¡Pero no siempre! Ese misterioso acto de la voluntad humana, que se asemeja a la creación a partir de la nada y que cada alma viviente comparte con su engendrador, la Causa Primera, tiene el poder de romper y alterar por completo cualquier serie fatal en las misteriosas

corrientes de energía causal. Pero tan poderoso, en el caso de Bloody Johnny, era su deseo de morir, tan fuerte era su convicción de que su Amo había decidido que debía morir, que ese poder arbitrario y voluntario de su naturaleza podía naturalmente descartarse de antemano. Siendo así, mientras que para la señora Geard y para Fred Thompson, el soldado que no sabía remar, y para Nancy Stickles y para el joven Tewsy, el futuro podía ser maleable, para el señor Geard el futuro estaba decidido, y decidido enteramente por él mismo.

–Bueno, mis chicas –comentó ahora con un suspiro relajado–. No puedo quedarme todo el día con vosotras aquí arriba en esta elegante tienda. ¡Que me jodan, pero estos oficiales saben cómo ponerse cómodos! ¿Es este el dormitorio que nos han dado? No es como el de nosotros, ¿eh?... pero está todo en perfecto estado. ¡Bueno! Me voy, mis preciosas. Sólo necesitaréis una noche aquí arriba. *Lo sé*. Así que mañana volveréis a la vieja cama, Megan.

Mientras decía esto, miró a su mujer con una expresión extraña, pensando en lo que sentiría ella al día siguiente sin su John. El desapego del hombre en ese momento era tan abismal que incluso podía imaginar cómo se comportaría ella en la casa sin él y cómo, en medio de su desconcertado dolor, encontraría consuelo pensando en cada detalle de su funeral, incluidos los asuntos más insignificantes, como si lo enterrarían con una de sus viejas camisas de franela o con una de sus mejores colchas de lino. Estaba seguro de que

también se preguntaría si dejaría que Crummie usara su nuevo sombrero negro, que *era* negro, pero no de luto, o si se compraría un sombrero de funeral de verdad en Wollop's.

–Bueno, me voy –replicó, pero en lugar de marcharse, se sentó en un taburete de campaña tambaleante y tiró de Crummie para que se arrodillara–. No todos los hombres de mi edad –murmuró, utilizando, como siempre hacía cuando estaba alterado, el viejo acento de Montacute– tienen una chica tan bonita como tú y además soltera, y un consuelo para tus viejos padres.

–Bueno, si te vas, John, será mejor que te vayas ahora –dijo Megan enfadada. Nunca le había gustado que Crummie se sentara en el regazo de su padre y ahora tenía miedo de que los soldados pudieran ver el interior de la tienda. En ese momento estaba deshaciendo su viejo neceser negro, en el que había metido toda clase de objetos extraños, y la forma en que lo hizo, tratando de sentirse como en casa en esas extrañas condiciones, mirándose en el pequeño espejo que sacó y apartándose los cabellos grises con ambas manos bajo su gorro lila, impresionó a Bloody Johnny con una repentina oleada de abrumadora ternura.

–No te olvides, preciosa –le espetó, dirigiéndose a su esposa desde detrás del cuello blanco de Crummie, que llenaba sus fosas nasales con un olor suave y dulce, como de heno recién cortado–, no te olvides de ir todos los meses y cobrar esa anualidad mensual que he arreglado para que

Bob Stilly te pague. Soy responsable, es un gran pecado, pero así es conmigo, perderme tanto en mi trabajo en Town's End que mi memoria se desvanece.

–¿De qué estás hablando, John? No hay necesidad de que vayamos al banco, siempre y cuando estos concejales traigan tu salario en un estuche de piel de gamuza, como siempre han hecho. ¿En qué estás pensando? ¿No vas a intentar rescatar a la gente en uno de esos botes destartados?

–No, no. Está bien, mi ángel. Sólo quise decir... sólo mencioné... que no voy a subirme a ningún barco... ¡ni lo pienses!... Sólo que tengo cosas de las que ocuparme. Después de todo, soy *alcalde*, tesoro mío; y los alcaldes son como los capitanes de los barcos: no se sientan en camarotes. Van a cubierta.

Crummie se levantó de su rodilla y lo miró de frente. –¡No quiero que te vayas a ningún lado, papá! –gritó con ojos centelleantes–. Mamá tiene toda la razón. Tu lugar está con *nosotros* cuando las cosas se ponen tan terribles como lo están hoy.

Bloody Johnny se levantó lenta y rígidamente. Su expresión era tal que Crummie cedió de inmediato. Las voces que llegaban a sus oídos a través de la puerta de la tienda eran de un tipo que nunca había pensado oír en Glastonbury. Una mujer gritaba lastimeramente y alguien la arrastraba. –Adiós hasta esta noche, mis polluelos –dijo en voz baja–. Supongo

–añadió dirigiéndose a Crummie– que tu madre y yo dormiremos allí... ¿y tú dormirás *aquí*? ¿Así es como lo han arreglado? Bueno... la misma tierra estará debajo de todas nuestras camas, supongo, dondequiera que durmamos. ¡No te preocupes! No tardaré mucho.

Apartó la puerta de la tienda y salió. No había señales de la mujer a la que había oído gritar, pero al salir se dio cuenta de que habían apostado una especie de celador en la entrada, con la evidente intención de impedir que las personas sin hogar menos privilegiadas invadieran la privacidad del alcalde.

–Un mal asunto, señor –dijo el hombre, mirando más allá de Bloody Johnny hacia el interior de la tienda. La psicología de los campamentos de refugiados ya había empezado a actuar, y el guardián de su retiro no había pasado por alto la belleza de la persona de Crummie.

–La vida es muy curiosa, muchacho –replicó el señor Geard, y luego, rebuscando en su bolsillo, sacó uno de los billetes de media libra del ayuntamiento–. Métete esto en el bolsillo, muchacho –dijo–, y no dejes que nadie asuste a las damas. Volveré pronto.

–¡Oh, madre, madre! ¿Qué *haremos*? –gritó la muchacha cuando la puerta de la tienda se abrió y las dos se quedaron solas–. ¡No creo que volvamos a verlo nunca más!

Megan Geard abrazó a la agitada joven contra su corazón, algo que no había hecho, no de esta manera solemne, desde que Crummie era una niña pequeña. “Debemos orar por él, mi niña. No te pongas así; ¡no, Crum! Que el buen Señor esté sobre todo en calma”.

Nadie prestó la menor atención al hombre corpulento, con la cabeza descubierta, vestido con su viejo abrigo negro verdoso y sus pantalones negros brillantes arremangados, mientras se apresuraba por la ladera hacia la multitud que se agolpaba al borde de la inundación. Casualmente, había una barca muy pequeña que se estaba vaciando con un joven trabajador flacucho de Paradise que llevaba un niño pequeño.

–Es mi bote –gruñó el joven malhumorado, mientras el señor Geard, abriéndose paso con impetuosidad entre la multitud, agarraba los remos.

–Era su bote –respondió el alcalde, pero añadió con más amabilidad un segundo después, mientras empujaba uno de los remos profundamente en la hierba para estabilizar la pequeña embarcación mientras él subía.

Si no puede encontrar a nadie que cuide a su hijo, hijo, pregunte por la carpa del alcalde y dígame a la Sra. Geard que el Sr. Geard dijo...”

Su voz se perdió cuando llegó una gran barcaza plana,

impulsada por Sam y su padre, cada uno armado con una enorme pértiga. Era una barcaza de heno procedente del Brue; y los Dekker, después de haber volcado dos veces en una embarcación menos sólida, habían encontrado por fin una embarcación adecuada tanto a su peso como a su fuerza. El agua goteaba de sus ropas empapadas. El sudor brotaba de sus rostros cansados. Pero la impresión que recibió el señor Geard de ambos fue la de una felicidad exultante.

Es un fenómeno recurrente en los asuntos humanos que ciertos conflictos emocionales, que ningún acontecimiento normal puede modificar ni ningún esfuerzo espontáneo puede alterar, son llevados a su fin, reconciliados, armonizados, borrados, por alguna catástrofe elemental sorprendente. No fue hasta que ambos habían estado trabajando desesperadamente durante algunas horas para rescatar a personas abandonadas cuando padre e hijo se reconocieron, pero una vez que se encontraron, sin que se hubieran cruzado una palabra de carácter personal, ambos dieron por sentado que permanecerían juntos. Una vez en posesión de esta enorme barcaza de heno, comenzaron a recoger a las personas aterrorizadas y abandonadas en sus casas inundadas en cantidades mucho mayores que cualquier otro rescatador, excepto, tal vez, los que utilizaron la lancha motora de Bridgewater.

En medio de todas las emociones contradictorias que lo embargaban, Geard sintió una desconcertada satisfacción al

enfrentarse a aquella resplandeciente emanación de entusiasmo vital primigenio. Miró a los dos hombres corpulentos con divertido asombro. Parecían ebrios de placer simplemente por estar juntos. El amor fuerte y profundo entre un padre y un hijo no es algo raro. Pero el éxtasis sentimental, cariñoso y ebrio de aquellos dos mientras ayudaban a desembarcar su tambaleante cargamento (pues habían estado rescatando a gente del asilo de ancianos) parecía el ejemplo más extremo de ese sentimiento que Geard había experimentado jamás.

Los Dekker estaban completamente exhaustos. Era fácil verlo. Pero la oleada apasionada de alegría de vivir que revelaban, tirando, arrastrando, jalando, levantando, balanceando y vadeando, era algo que le producía una euforia curiosa y especial a Bloody Johnny. No era tarea fácil sacar su cargamento de ancianos y débiles hospicios de la barcaza y llevarlos a tierra; y algunos de los ancianos parecían bastante aturdidos y al límite de sus fuerzas. Pero el señor Geard, agarrando uno de sus propios remos con ambas manos, fue capaz de dar a la popa de la gran barcaza un impulso muy oportuno, por lo que Sam, que estaba más cerca de él, le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

—¡Gracias, señor! Así es. Un empujón más y nos hará entrar.

El señor Geard repitió su intento, pero como no era mucho más hábil en estas maniobras que el joven soldado

Thompson, existía un gran peligro de que cayera de cabeza al agua entre el bote y la barcaza. Sam, sin embargo, agarró la pala de su remo y lo arrojó hacia atrás. Se desplomó sobre el asiento de su pequeño esquife, pero la pequeña tina se enderezó sola y todo salió bien.

–¡Mire, señor alcalde, lo que mi padre insistió en poner!
–Aprovechando que Mat Dekker estaba sacando a uno de los ancianos y vadeando con él por el agua, Sam se agachó en la popa de la barcaza y levantó una conejera–. ¡Tres orejas caídas y una pequeña negra! –gritó por encima del alboroto–. La vicaría, ya sabe, está en un lugar alto y seco; y creo que la señorita Drew está bien, aunque sus sirvientes entraron en pánico. Los vi posados en la puerta de entrada llamando a cada bote que pasaba. Pero tendré que quedarme con esta conejera hasta que papá se vaya a casa. La encontramos en el agua cerca de Backwear Hut, donde vive Abel Twig. No pudimos ver nada del anciano. Nos desviamos mucho de nuestro camino hasta que estuvimos bastante cerca de su casa. Pero no pudimos ver nada excepto las chimeneas. Está tan cerca del río. El agua es terriblemente profunda allí. "Todo lo que puedes ver son unos pocos montículos, los antiguos montículos británicos". Sam gritó todos estos comentarios al Sr. Geard mientras la corriente de la inundación los barría y se llevaba el pequeño bote de este último.

Bloody Johnny le hizo un gesto de despedida mientras tomaba firmemente los remos en sus manos y se disponía a

remar en dirección a esos antiguos montículos británicos. Remó directamente hacia el río, que se dio cuenta de que podía seguir fácilmente debido a su corriente más rápida, y que sabía que, después de haber bordeado Beckery y Paradise, lo llevaría cerca de Lake Village Field. Lo que había dicho sobre la conejera de Abel Twig y sobre las chimeneas de la vieja granja, que eran todo lo que se veía, había sido aceptado por el sanguinario Johnny como un presagio enviado por su amo. «Rescata a Abel Twig», murmuró para sí mismo, «Rescata a Abel Twig».

Ahora estaba decidido a morir, decidido a morir antes de que cayera el sol. No pensaba en ello como en un suicidio. La idea del suicidio no cruzó ni una sola vez ese nimbo de sentimientos que conecta los dos cuernos de la mente, como la luna vieja dentro del creciente de la luna nueva. El señor Geard tenía la peculiaridad de creer absolutamente y sin lugar a dudas en la existencia del mundo próximo. También sabía con certeza, por la evidencia de su experiencia personal, que un Ser viviente, que podía ser o no el Cristo al que adoraban las iglesias, aguardaba su presencia en lo que él llamaba «el próximo sueño».

El carácter mediúmnicó de este Ser le había hecho comprender al señor Geard que las condiciones de vida después de la muerte del cuerpo eran inconmensurablemente superiores a las que existían ahora. También le habían prometido que este Ser se encontraría con él cara a cara y satisfaría al máximo los deseos eróticos

acumulados, a la vez místicos y sensuales, que eran el anhelo principal de su naturaleza.

Poco después de la muerte del señor Geard, poco después de que se analizaran todos estos dramáticos acontecimientos, una de las psicólogas más inteligentes de nuestro tiempo presentó una interpretación del estado de ánimo del hombre en ese día fatal que merece ser registrada. Según esta visión de sus sentimientos durante las últimas horas de su vida, el énfasis debe ponerse en la curiosa necesidad patológica, bajo la que se sabía que sufría, de compartir realmente con todos sus nervios corporales el sufrimiento físico de quienes lo rodeaban. Esta autoridad no dudó en señalar que en el caso de Tittie, y en el caso del niño idiota fuera de la Casa de los peregrinos, y en el caso de Owen Evans en el hospital, se había visto al hombre mostrar signos físicos reales de sufrimiento exactamente paralelos a los soportados por la señora Petherton, y por el niño, y por el señor Evans mientras contaba su estupenda historia. La explicación sorprendente –pero ciertamente no imposible– que ofrece esta penetrante mujer es que una violenta radiación psíquica de todas las mentes de las veintisiete personas, incluidos niños, que se ahogaron durante esas doce horas espantosas, acribilló la hipersensible y superporosa simpatía del señor Geard con lo que podría llamarse el *espasmo del ahogamiento*, y produjo en él un anhelo de muerte por ahogamiento que en realidad equivalía a una especie de hipnosis. Esta brillante escritora

señala además, en relación con el misterio de la muerte de Geard de Glastonbury, que su creciente preocupación por la Fuente del Grial en Chalice Hill era en sí misma una obsesión hidrofílica. Mientras que muchos sujetos patológicos, sostiene esta escritora, buscan una paz prenatal en la muerte, lo que el señor Geard en su conciencia planetaria deseaba era un retorno a ese elemento remoto y primordial del Agua, que era literalmente el gran útero maternal de toda la vida orgánica terrestre. Fue el inverosímil panfleto de esta mujer el que, con su uso de términos técnicos patológicos, tuvo una gran contribución a desviar la atención de la gente intelectual de los aspectos religiosos del problema.

Sin embargo, lo que realmente le pesaba a Bloody Johnny, mientras chapoteaba en su frágil bañera, pasando por las afueras de Beckery y Paradise hasta llegar a la corriente turbulenta del río inundado, era su amor por Megan y Crummie. En Cordelia apenas pensaba, aunque hay que confesar que una dulzura tenue y persistente, como una fragancia dentro de otra fragancia, atraía su mente de vez en cuando hacia la figura de Lady Rachel.

Le resultaba doloroso condenar a su esposa y a su hija, abandonadas en Wirral Hill en esa extraña tienda de campaña, a lo que sabía muy bien que sería un golpe lastimoso, si no desgarrador.

Una y otra vez se planteó las alternativas: seguir con su

vida y ahorrarles este golpe, o seguir la devoradora sed de muerte que se había apoderado de él y sumergirlas sin piedad en esta pérdida humana.

Ahora estaba en la corriente del río, que fluía hacia el oeste en furiosos remolinos que la marea entrante obligaba a retroceder. A pesar del movimiento de la gran inundación hacia el este, tan pronto como llegó al centro del río la corriente lo arrastró hacia el oeste, balanceando su pequeño bote de la manera más amenazadora y haciendo que fuera totalmente innecesario por un momento incluso intentar usar los remos. Así que simplemente los recogió y los dejó cruzados en el pequeño bote frente a su gran estómago.

El carácter del señor Geard nunca será comprendido, ni la monstruosa inhumanidad de su partida del mundo visible será tolerada hasta que se comprenda que la serena amabilidad y la constante indulgencia de su actitud hacia sus seres queridos ocultaban un desapego hacia ellos que siempre había sido un abismo sin puente.

La masa y el volumen de su ser estaban compuestos de un peso de sustancia fría y flemática que siempre se hundía, por una extraña atracción gravitatoria, en una especie de inercia cósmica preorgánica. Sus grandes momentos llegaban cuando esta pesada inercia, que lo arrastraba hacia el cieno de la base química de la vida, era despertada a la actividad por su misticismo erótico. Porque la verdad es que el ansia de vida psíquico-sensual del señor Geard siempre se

adormecía bajo el peso de su naturaleza física inactiva. El espíritu dentro de él necesitaba ser despertado y agitado, antes de que pudiera sentirse realmente vivo, por alguna búsqueda super formidable y super dramática. Tal búsqueda había sido su pasión por la Fuente del Grial; hasta que la pregunta de aquel galés sobre Arturo confundió su mente.

Pero ahora estaba cansado de todo eso; y si su naturaleza no quería hundirse de nuevo en sus elementos más pesados de indiferencia neutral y perezosa, debía entrar en un contacto más cercano con su Maestro invisible de lo que era posible en esta "vestidura fangosa" de la vida terrenal.

Murmuraba para sí mismo mientras su pequeño bote comenzaba a girar en círculos en una de esas peligrosas confluencias donde la corriente de agua salada se encontraba con la corriente dulce del río. ¡Ja! El olor del océano estaba en sus fosas nasales, y allí, en el agua, girando con su bote, había un auténtico trozo de *alga blanca*.

Extendió una de sus manos regordetas, su mano izquierda, y al ver este trozo de alga, su mente se remontó a los viejos tiempos infantiles de la playa de Weymouth. Esto hubiera sido su fin. El agua era muy profunda allí y el señor Geard nunca había nadado, pero en el momento en que comenzó a estirarse, llevándolo una pulgada más lejos, habría volcado su bote; la corriente del río derrotó a la inundación del mar y lo arrastró fuera del círculo peligroso de ese vórtice y lo llevó hacia adelante con

creciente rapidez hacia Lake Village Great Field. Había perdido las algas blancas, pero había evitado ser ahogado por un accidente. Pero ¿qué era aquello? Algo enorme y brillante apareció a la vista en pleno centro del río.

¡Un trozo del nuevo puente de Philip! Arrancado de sus cimientos en los bancos de barro y arrastrado, con acero, andamios, vigas transversales y todo, hasta el centro del torrente, este imponente símbolo del poder del Capital, del poder de la Ciencia, era ahora el juguete de lo que parecía un cuco burlón, travieso y provocador surgido del Caos mismo.

El señor Geard no sonrió, ni se rió entre dientes, ni se felicitó ante ese espectáculo sorprendente. Se limitó a observarlo con un interés vivo, objetivo e inquisitivo, un interés digno de Bert Cole o de Timothy Wollop.

Pero la aparición de este costoso trozo de naufragio sirvió para desviar la deriva del barco que lo transportaba, arrastrándolo, al chocar los dos objetos, a través de la orilla norte sumergida del Brue hacia el centro de Lake Village Field.

Aquí el agua era un poco menos profunda, pero aún lo suficientemente profunda como para ahogar a un hombre cuya altura no superara los seis pies, y en huecos especiales en los bordes de los montículos mucho más profundos que eso.

El señor Geard ahora recuperó la posesión de sus remos, clavándolos en los toletes y tirando enérgicamente hacia todo lo que podía ver de la vivienda de Abel Twig.

Sí, Sam Dekker tenía razón. No había mucho más que la chimenea de Backwear Hut, junto con un pequeño fragmento de su techo, visible a través de la superficie de un lago de color barro, sobre el cual se veían los ladrillos casi negros. Pero todavía se veían varios de los montículos más grandes del antiguo Lake Village, con sus cimas redondeadas sobresaliendo del desecho de las aguas como excrecencias enfermas en la superficie arrugada de una enorme hoja marrón.

Pero el señor Geard se encontró ahora frente a varios objetos más excitantes para un cerebro humano, alojados en una tina de madera sobre una corriente marrón, que simples tapas de chimeneas. Se dio cuenta de que sobre el más grande de estos montículos de Lake Village había figuras vivientes, que consistían, hasta donde pudo distinguir, en un hombre, un niño y un animal, entre los cuales el hombre y el niño lo llamaban desesperadamente para que los ayudara. También había algo flotando en el agua, con un objeto oscuro adherido a él que también le hacía señas.

En ese momento, la mente del hombre estaba tan desprendida, con su propia vida y su muerte en juego, que se encontró en la actitud más serena y tranquila, comparando la escena que tenía ante sí con una vieja imagen

bíblica del diluvio que solía obsesionarle cuando era un niño en Town's End, en Montacute. ¡Aquí, nuevamente, surgió y se manifestó la diferencia entre el agua y el fuego! Si el elemento que amenazaba las vidas de todas esas criaturas vivientes hubiera sido el fuego, habría habido un latido automático de pánico en sus pulsos tal que el desapego mental que sentía ahora habría sido imposible.

Eran espíritus vivos, él y aquellas dos figuras gesticulantes, cada uno con un mundo entero de sentimientos, imágenes y recuerdos bien definidos. Y ahora, frente a ellos, aquella masa de agua marrón que se arremolinaba, aquella entidad enorme sin conciencia, ni propósito, ni sentimiento, ni piedad, se estaba reuniendo para aniquilar de un solo trago de succión ahogante todo, a todos, hasta que sólo quedase la oscuridad.

¿Oscuridad? ¿Pero en qué estaba pensando? ¡No era para ganar la negritud por lo que había elegido morir en lugar de vivir ese día! ¿O sí? ¿Acaso lo que imaginaba que era su manía sobrehumana de vivir más intensamente era en realidad un anhelo secreto de sumergirse en el oscuro abismo de la no existencia?

El señor Geard dejó reposar los remos en el agua, que estaba relativamente tranquila en ese momento, y, apoyándose en las palmas de sus grandes manos, intentó hacerse una idea clara de lo que tenía ante sí antes de actuar. “¿Por qué los Dekker no vieron a esos dos?”, pensó. “Esa

barcaza suya debe haber venido del otro lado de la cabaña y, a menos que estuvieran tan ocupados con su conejera...”

Ahora podía observar que el suelo más allá de la cabaña, en el otro lado de Godney Road, se elevaba bastante por encima del agua; y se le ocurrió que un nadador fuerte, desde cualquiera de estas islas–montículos, podría llegar a tierra firme sin mucha dificultad.

–¡Que me aspen! –murmuró para sí mismo–. ¡Si no hay un hombre en esa cosa flotante de ahí!

Con los ojos dilatados, observó a aquel hombre que se encontraba a horcajadas sobre el ala extendida de lo que ahora reconoció como el avión Crow. Sí, ¡era el propio Philip! Atraído por un instinto irresistible hacia su máquina voladora de acero y su puente de acero, el fabricante había hecho exactamente lo que el señor Geard había pensado que haría un hombre valiente: había nadado desde el terreno elevado sobre Godney Road (al que había logrado llegar a pie de alguna manera) y había conseguido apoderarse del avión. Lo desafortunado fue que, cuando llegó allí, se encontró con un calambre tan terrible en ambas piernas que lo dejó totalmente *fuera de combate*.

Al ver al hombre aferrado tan impotente al ala de su máquina sumergida, el señor Geard supuso naturalmente que, como él, Philip no sabía nadar. Sin pensarlo mucho, dio por sentado vagamente que el fabricante había intentado

aterrizar desde el aire en la oscuridad de la noche anterior y había encontrado agua donde esperaba encontrar hierba.

«¡Debe haber estado horas en el agua, pobre diablo!», pensó el señor Geard. «Me ocuparé de él primero y dejaré que los que están en el montículo esperen un rato». Empezó, a su curiosa manera, a temblar y a sacudirse, tal como imaginaba que debía estar haciendo el hombre en el agua, después de una inmersión tan prolongada. Por qué empezó a experimentar, mientras lo miraba, una sensación extremadamente desagradable en las piernas, era algo que no podía explicar.

Luego se dirigió a remar directamente hacia el aeroplano flotante, un movimiento que provocó gritos de decepción y luego un silencio miserable por parte del hombre y el muchacho que estaban en el montículo. Pero Philip lo recibió con una sonrisa de intensa gratitud. Los reyes rivales de Avalon se encontraron por fin en lo que era sin duda un punto –aunque difícilmente podría llamarse terreno– de innegable neutralidad.

"No creo que esté gravemente herido", fue el comentario característico de Philip mientras el Sr. Geard se agarraba al borde de la gran ala saliente y estabilizaba su nave con forma de concha.

–¿Te duelen las piernas? –jadeó el señor Geard, pensando en el hombre más que en su máquina.

–El puente se ha derrumbado –continuó Philip, con una convulsión involuntaria en el rostro mientras se arrastraba un poco más fuera del agua. Como era un Crow, esa convulsión, que se repetía cada vez que hacía el más mínimo movimiento, tomó la forma del nervio que se crispaba en el rostro de John. El señor Geard pensó en John cuando vio ese rostro crispado por encima del nivel del agua.

"Me alegro de que haya salido ileso de esto, pobre muchacho", se dijo.

“¿Te duelen las piernas?”, repitió, negándose a unirse a este constructor de puentes en su actual esfuerzo por echar un vistazo a ese destrozo de acero.

–Tengo un calambre terrible –murmuró Philip.

“¿Has nadado hasta aquí?”

El fabricante asintió. “Sólo desde allí”, dijo. “Desde el otro lado de la carretera. Tengo calambres”, repitió.

–Ya nos ocuparemos de ello –dijo el señor Geard–. Pero primero debemos cambiar de lugar. Son sólo tus piernas, ¿eh? ¿Tus brazos están bien?

Philip le aseguró lo de sus brazos con una débil sonrisa.

–Hay gente en esos montículos –continuó el señor Geard–. Cuando hayamos conseguido que llegue sano y salvo a tierra,

nos ocuparemos de ese problema. Pero mi lema es ir de a una cosa por vez... y me atrevo a decir que también es el suyo. De todos modos, en eso estamos de acuerdo. Y creo que también estamos de acuerdo, señor Crow, digan lo que digan las personas, en otra cosa más.

–¿Qué es eso, señor alcalde? –preguntó el rostro blanco y tembloroso que estaba sobre el ala del avión.

Bloody Johnny se dio cuenta de que el agua llevaba tanto tiempo lavando el mismo sitio (pues al hombre le dolían las piernas al menor movimiento) que había depositado *una* especie de montón de diminutos restos de escoria y algas sobre el cuello de Philip. Un poco de escoria verde de lesbiana⁹⁵ también se adhería a una esquina del bigote del hombre, produciendo un efecto desagradablemente grotesco.

Pero la mente del señor Geard ya había olvidado de qué se trataba: ¡ese segundo punto en el que sus personajes coincidían!

–Lo que tenemos que hacer ahora, señor –anunció Bloody Johnny desde su asiento en su barcaza (y el movimiento en el agua de estos dos barcos, el bote y el avión, era como la

95 Las violetas son la flor tradicional que se utiliza como símbolo de las relaciones entre mujeres del mismo sexo, al menos desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX. De ahí que los colores violeta/lavanda sean símbolos lesbianas. Muchos símbolos, lemas y nombres de organizaciones lesbianas durante los años 60 a 90 hacen referencia a las violetas o la lavanda.

unión de dos eones de tiempo)– es cambiar de lugar. ¡*Usted* tiene que subir a mi bote... y yo tengo que subir a su avión!

Philip sonrió con una sonrisa bastante enfermiza y tentadora.

“¡Ha venido a burlarse de mí, señor alcalde! Cuando lo vi venir por primera vez pensé: aquí hay alguien que me recogerá, pero ahora veo que su pequeña bañera no podría contener... Bueno, fuera contigo!”

–Eso es precisamente lo que digo –comentó Geard de Glastonbury y, sin más dilación, comenzó a despojarse de su abrigo, sus pantalones y sus calzoncillos.

Philip, con la hierba verde colgando de su bigote y el cuello rodeado de una espesa capa de escoria, contemplaba estos movimientos con asombro. Había incluso un leve destello de desagrado físico clasista en su rostro blanco y sucio por las inundaciones mientras contemplaba, tan descaradamente expuestas ante él, las partes privadas del inquilino de Villa Cardiff.

Pero el señor Geard se acercó al ala del avión y miró hacia el agua, donde las piernas acalambradas del otro hombre estaban retorcidas ante él.

¿Estás parado sobre algo? preguntó,

Philip no pareció oír esta pregunta. Las arrugas de su

frente, al salir un poco del agua, delataban un conflicto interior rápido y violento.

«Si acepto su oferta», pensó, «llegaré al pueblo y haré que lo recojan mucho más rápido de lo que él podría hacerlo por mí. ¡Ese tipo no es más bueno remando en un bote que gastando una fortuna! ¡Maldita sea! Supongo que lo más noble sería rechazar su ayuda. Pero ¿y si me da un calambre en el estómago? Mi avión está arruinado. Mi puente se ha caído. Mi carretera se ha hundido. Ni una onza de estaño en Wookey durante las últimas tres semanas. Ese hombre del jamón de Birmingham pensó que toda la veta estaba agotada. ¡Las nuevas fábricas de tintes, todo lo que estos demonios me han dejado, a un pie de profundidad en el agua! ¿Para qué tengo que vivir?»

Pero la parte posterior de su cráneo, dura, estrecha e invencible, visualizaba el nuevo comienzo de su carrera como si fuera un remolcador a vapor en esas aguas marrones y llenas de basura.

«¡Empieza de nuevo!», pensó para sí mismo. «¡Y al diablo con el heroísmo fingido! Geard y yo somos dos bestias que luchan por nuestras vidas. Yo lo sé. ¡Él no lo sabe! Sus idealismos blandos y locos, su «soy el que daría la vida por mi enemigo», son simplemente su desventaja en nuestra lucha. Si el hombre se ahoga antes de que yo regrese, sólo demostrará que prefería sus gestos ideales a la vida. Yo no prefiero nada a la vida. ¡Oh, al diablo con estos anillos!». En

el corazón secreto de Philip había una confianza ciega en el avión como equivalente a esta crisis. Se había identificado tanto con esta estructura potente, pero flexible, que por debajo de todo razonamiento práctico tenía una fe supersticiosa en el espíritu de su máquina para superar a los elementos.

Si alguno de esos Vigilantes invisibles de la psicología humana en Glastonbury hubiera estado observando a estos dos hace un momento –el hombre en la barca y el hombre en el agua– podría haberse suscitado entre ellos una animada discusión sobre cuál de los dos era el amante más fuerte de la vida.

“¡Comienza de nuevo!”, gritaba el hombre que se encontraba en el agua, con la espuma amarillenta adherida al cuello y una mata de algas muertas (de esas que tienen esas pústulas resbaladizas que a los niños les encanta pellizcar entre los dedos) atrapada en el pelo, y un mechón de gluten marino verde enroscado en el bigote.

Y ese “¡Comienza de nuevo!” era la manifestación de la esencia más íntima de su naturaleza. Mientras formulaba ese “¡Comienza de nuevo!”, la imagen de un remolcador atravesando esa corriente arremolinada, con un decidido *tictac... tictac... tictac ...* de sus motores, se convirtió en la imagen de su recuperación a pesar de toda la oposición.

Pero la exultación de Bloody Johnny mientras miraba

dentro del agua para ver qué había debajo de las piernas acalambradas de su rival era de un tipo muy diferente.

«¡Así es como lo haré!», se dijo a sí mismo con una risa convulsiva, una risa que hizo que la boca del estómago se agitara arriba y abajo como una vela en una playa que se mantiene en su lugar gracias a guijarros. «¿Qué podría ser mejor?».

Una enorme ola oscura de emoción indescriptible surgió de un reservorio psíquico dentro de él que parecía reducir todo ese asunto del ahogamiento a un mero chapoteo de lluvia.

“Megan... Crummie... perdonadme... ¡mis tesoros!... No me separaré de vosotras... Estaré más cerca de vosotras... pero debo *beberla*... el Agua... el Agua de...

–¿Estás parado sobre algo ahí abajo? –repitió; pero nuevamente el rostro embarrado del halcón sobre esa marea marrón solo se estremeció por la intensidad de su pensamiento y por el dolor de sus piernas acalambradas.

Los ojos del hombre que estaba en la barcaza se apartaron de los del hombre que estaba en el agua. Bloody Johnny siempre había sido una persona de meticulosa escrupulosidad a la hora de escuchar a escondidas; y ver ese rostro ante él en ese momento era una forma de escuchar a escondidas de la peor clase.

"Él cambiará conmigo", pensó Geard. "¡Pero no le agrada del todo la situación!"

Por el mero hecho de haber elegido la muerte por voluntad propia, el alcalde creyó haber adquirido con facilidad, de manera natural e inevitable una ventaja tan grande sobre aquel desesperado aferrado a la vida que podía permitirse el lujo de tratarlo como a un niño. Si a los ojos de aquellos misteriosos Vigilantes esa supuesta ventaja del ansia de muerte sobre el ansia de vida podía realmente establecerse como un estado de ánimo más maduro, más sabio y superior, era una cuestión muy diferente. Lo que es cierto es que Bloody Johnny se sintió en ese momento como una persona adulta que trata con un niño. Y esto era algo que sin duda habría asombrado a Philip de haberse dado cuenta.

"¿Estás parado sobre algo?"

–Estoy a horcajadas sobre un ala –dijo el otro–. Supongo que podría encontrar más de ella si quisiera, pero no quiero presionarla más de lo que está.

–Piensas en tu máquina como si tuviera alma –susurró el señor Geard, deslizándose por el costado de su pequeña embarcación hacia el agua.

¡Es de creer cómo el coracle⁹⁶ de este mago corpulento

96 El coracle es un primitivo bote ligero, cuya forma permite llevarlo a la espalda y se usa tradicionalmente en Gales, Reino Unido, pero también en algunas partes del oeste y el suroeste de Inglaterra, Irlanda, y Escocia.

saltó fuera de la inundación cuando se sintió aliviado de su peso! Sin embargo, pronto se hundió de nuevo, aunque no como antes, hasta quedar a pocos centímetros de los toletes, cuando Philip, impulsado ahora tanto por el temor de que sus pesos combinados hundieran el avión como por el deseo de salvarse de ahogarse, trepó, gimiendo y maldiciendo, porque su calambre era cruel, al bote vacío.

–¡No la sueltes! –gritó mientras se alejaba remando–. Si tan solo la sujetas, aguantará hasta que envíe a alguien. Si puedo conseguir ese bote a motor...

Mientras daba la vuelta a la embarcación, un grito agudo de la niña que se encontraba en el montículo semisumergido atrajo su atención. La visión de esa pequeña figura le hizo pensar en su hijita, cuyo paradero en ese desastre había estado constantemente en su mente durante esas agitadas horas.

«Esta cosa podría sostener perfectamente a un niño», pensó. Pero el calambre que le contraía las piernas era tan intenso que la idea de cualquier retraso parecía más de lo que podía soportar. «No corren ningún peligro», se dijo. «Es en Geard en quien hay que pensar». Miró el rostro grande del alcalde y sus ojos negros y fijos, que estaban mucho más sumergidos en el agua que los suyos. Pero esos ojos negros evidentemente no habían pasado por alto ese momento de indecisión, porque le lanzaron una mirada que era como una orden. «¡Mejor llévatelo mientras puedas!», dijo con su voz

ronca desde el agua. El calambre de Philip era agonizante. Su rostro estaba desfigurado por lo que soportaba. La mayoría de los hombres se habrían desplomado, gimiendo e indefensos. Pero la voluntad normanda del hombre –esa voluntad que había gobernado Inglaterra desde la Conquista– obligaba a sus brazos, aunque sus piernas estaban dobladas debajo de él, a realizar el movimiento de remar, y a remar con paladas suaves, poderosas y calculadas. Sólo hacía falta un poco de habilidad en el timón para evitar los montículos que estaban casi sumergidos y que podrían haber golpeado la quilla de su embarcación, y un poco de fuerza en contra de un viento que comenzaba a agitar el agua, para alcanzar el gran túmulo en el que se encontraban reunidas estas criaturas vivientes. Philip Crow apenas las conocía, pero para mucha gente de Glastonbury habrían sido absurdamente conocidas, porque eran la vaca de Número Uno, Betsy, Jackie Jones y el propio Número Uno.

Sin duda, fue una experiencia emocionante para Jackie Jones cuando, con su esbelta figura reposando entre los pies entumecidos del señor Crow, se vio remando rápidamente hacia el pueblo. "Volveré por ti", le había explicado Philip apresuradamente a Abel Twig.

“Una de esas barcazas ceñidas, señor, es lo que necesito”, había sido la respuesta del Número Uno, “¿quién me llevará a una vaca loca?!”

–¿Has visto a Nelly Morgan, Jackie? –preguntó el padre de

la joven con una timidez vacilante y al mismo tiempo una ansiedad aguda, cuando se acercaban al lugar seguro.

“Ella estaba afuera con su mamá, señor, recogiendo un tesoro de donde había sido arrastrado por la marea”.

"¿Tesoro?"

–¡Qué cosas se han perdido en el mar, señor! Nos llaman 'un tesoro' porque somos piratas y contrabandistas.

El señor Geard, que ya se encontraba sumergido en el agua, observó cómo su coracle volaba sobre la corriente impulsado por las vigorosas paladas de Philip. Entre dos cobertizos en las afueras de Paradise, el hombre sumergido apenas podía ver la cima de Glastonbury Tor. Enseguida se dio cuenta de que el fuselaje del avión se hundía cada vez más en el agua bajo su gran peso. Ahora podía apoyarse en él con los pies y eso era todo. Apretando los dientes, le dio una violenta patada. El avión se hundió inmediatamente fuera de su alcance. Ahora estaba apoyado únicamente sobre el ala del aparato; pero como flotaba en el agua y se había quitado la chaqueta y los pantalones, un pequeño apoyo le bastaba para mantenerse en pie. «Bueno», se dijo a sí mismo, «soy el mismo Johnny Geard que solía ver West Drive y Drive Gates y Batemoor y Scotch Firs y Yeovil Road. ¡Ahora puedo verlos tan claramente como puedo ver el ala de este aparato en esta agua! Y yo soy el mismo que solía seguir a papá por Park Cover y hasta Pitt, y de regreso por

Woodhouse Lane. Soy el mismo que mamá solía llevar a la escuela Zunday, al costado del King's Arms. –Paseó las manos por la superficie del ala que lo sostenía.

“Tú eres el dueño, tú eres, Johnny Geard, y el avión se está ahogando, ¿sabes? Has hecho sonar las campanas de Montacute en tu tiempo, y el avión ha estado tan alto como una semilla de Glaston, no más grande que un nido de avispas”.

El ala del avión que lo sostenía empezó a hundirse aún más en la inundación. Se hundió tanto que la barbilla del señor Geard quedó al nivel del agua. Tragó un trago, y este trago sabía como el sudor salado frío de un cadáver. Este trago le produjo la primera punzada de encogimiento físico por lo que estaba haciendo que jamás había experimentado. Este trago le pareció no sólo un presagio de asfixia, sino que llevaba consigo una sensación de atroz extrañeza, de horrible antinaturalidad, de perfidia, de lo inadmisibles. Tragó su segundo trago ahora, y con el ultraje a todo su cuerpo que este trago de muerte salada le produjo, el espasmo de extrañeza lo estremeció y zumbaba en sus oídos y tamborileaba en su corazón. Sí, este era el final.

Johnny el sangriento se hundió. Todo estaba a oscuras. La cama es profunda... ¿Dónde está la cabeza de Megan? *Trago... trago... trago...* Se lo estaba bebiendo rápido ahora; y también le subía por la nariz. Sí, se le estaba metiendo en alguna cavidad entre la nariz y la boca y hacía algo allí que

tenía el efecto de hacerle gorgotear y hacer gárgaras y atragantarse y escupir. ¡Si tan sólo ese frío mortal no hubiera olido tan repugnantemente! Olía a vinagre. Y ese vinagre se le estaba metiendo en los pulmones. No para respirar... ¡cuando tenía que respirar! No para respirar, sino para hundirse gorgoteando; y para ver y tocar y oler y saborear y convertirse en algo que gorgoteaba y hacía gárgaras y...

Hundiéndose, eso era lo que estaba haciendo ahora, tragando saliva y hundiéndose. Esa ala había cedido. Se había apoyado en ella con todo su peso y se había hundido. Nada en lo que apoyarse. Nada más que una oscuridad parda que se hundía bajo él y succionaba y succionaba. Llegó a la cima y jadeó en el aire con espasmos que tiraban. La necesidad física lo tenía agarrado por la garganta como la boca goteante de un perro, de un enorme perro marrón. ¡Ahora era el turno de su rostro de llevar sobre él esas manchas de escoria y baba de marea! Sus ojos negros estaban abiertos de manera sobrenatural, mirando fijamente al otro lado del agua. Lo que miraba ahora era Glastonbury Tor; y en la cima estaba la torre; y la torre era como el asa de una enorme copa nublada que se hacía cada vez más grande y más grande.

Pero Geard de Glastonbury volvió a caer, muriendo ahogado, como había elegido. Sí, todo fue por voluntad propia, pero cuando empezaron los últimos golpes, azotes y azotes con los brazos, y los últimos gorgoteos y tragos en la garganta, parecía como si el cuerpo condenado del hombre

se volviera loco y se rebelara. El cuerpo de Bloody Johnny bailó, de hecho, su propia danza de la muerte, en brutal desafío al espíritu que lo había llevado a ese punto.

Por última vez, salió a la superficie. Sus ojos negros se abrieron de nuevo; tan abiertos que cualquiera habría pensado que sus cuencas debían de romperse. Miraba frenéticamente hacia Glastonbury Tor, pero lo que estaba viendo allí arriba ahora nunca se sabrá.

Los libros dicen que Arturo vio el Grial en cinco formas diferentes, y que nunca se ha revelado cuál era la quinta forma. Tal vez fue esta quinta forma la que hizo que los ojos negros y demoníacos de Bloody Johnny se le salieran de las órbitas. Los pies que se movían sobre el agua donde ya no había nada sobre lo que apoyarse; las grandes mejillas blancas que se hundían mientras el agua las lamía, de la misma manera que hubiera lamido un tronco que se hundía; la boca sensual que se abría de par en par, utilizando exactamente los mismos músculos que cuando predicaba o bostezaba; los labios gruesos con la misma relajación desenfrenada que los dividía, como cuando besaba a Crummie; los hombros pesados, la gran barriga bajo la camisa de franela empapada, todo envuelto, todo hundiéndose, todo *sin nada sobre lo que apoyarse*.

Los pequeños bultos de agua marrón que nadaban tan persistentemente alrededor de esa boca abierta y alrededor de esos ojos fijos, se comportaron exactamente como lo

habrían hecho si se hubiera tratado de un orinal inundado en lugar de un hombre vivo lleno de pensamientos “que vagaban por la eternidad”. Tenían tanta prisa, esas burbujas, por flotar sobre el espacio vacío *donde había estado su cabeza*. No podían esperar a flotar libremente sobre ese espacio particular en la superficie del agua. ¡Ahí! Ahora tenían su voluntad. No quedaba nada más que burbujas marrones rotas que giraban lentamente en círculos reducidos; ¡y en un silencio increíble!

Pero la gran Naturaleza creadora, ejerciendo su inmensa magia de muerte, más allá de la magia de cualquier Merlín, hizo que, en su insondable compasión inhumana, todo sufrimiento, toda lucha, todo golpeteo con los brazos, toda acción de rana con las piernas, se calmara, se derrumbara, cesara, cayera en una calma increíblemente deliciosa. La mente de Bloody Johnny ya no estaba nublada. Su cuerpo había emitido su protesta automática. Ahora era dócil. Ahora era obediente. La voluntad de morir de Geard de Glastonbury disfrutó por fin de su premeditada satisfacción.

En una paz tranquila e inviolable, el señor Geard vio su vida, vio su muerte y vio también ese Objeto sin nombre, ese fragmento del Absoluto, sobre el que había estado murmurando durante todos sus días. Ahora estaba totalmente libre de remordimientos por Megan y Crummie. El elemento despiadado de su abandono, puramente para su propia satisfacción, le parecía justificado en estos últimos momentos. También estaba en paz respecto de lo que

sucedería en el futuro con su nueva Religión. Era como si hubiera dejado de pertenecer a nuestro mundo de pantomimas de espejo en el que nos vemos obligados a adorar no sabemos qué; y se hubiera deslizado hacia abajo entre los dioses y hubiera ocupado su lugar entre aquellos que proyectan sus propios reflejos misteriosos en el Glastonbury de nuestra perplejidad.

La inundación parda que lo ahogó –amarga y fría por las mareas árticas del lejano Atlántico– removi6 en su conciencia al final todas esas capas enterradas en su naturaleza que eran mucho m6s grandes que sus palabras, que sus teorías, que sus logros. En sus últimos momentos, Geard de Glastonbury pasó realmente, consciente y pacíficamente, a esos elementos naturales que siempre había tratado con un cierto aplomo descuidado y poco estético.

Nunca había sido un hombre artístico ni un hombre quisquilloso. Disfrutaba oliendo los estercoleros, haciendo aguas en el jardín de su mujer, aspirando el sudor dulce de sus seres queridos. No tenía crueldad, ni cultura, ni ambición, ni educación, ni refinamiento, ni curiosidad, ni vanidad. Creía que había una frontera de lo milagroso alrededor de todo lo que existía y que «todo lo que vivía era sagrado». Así era el señor Geard que ahora se estaba ahogando en el espacio exacto de agua que cubría el lugar donde los antiguos habitantes del Lago tenían su templo a la diosa neolítica de la fertilidad. En pocos minutos estaría

muerto y no podría revivir con ningún hechizo (nunca con tanta sabiduría).

Durante una eternidad no había existido el señor Geard de Glastonbury. Durante una eternidad no *existiría* el señor Geard de Glastonbury, aunque bien podría existir algún misterioso Ser consciente en la órbita de cuya vasta memoria se ocultaba aquel particular Avatar. En ese momento, sin embargo, junto con muchos animáculos infinitesimales, el alcalde de Glastonbury vivía tranquilo, aunque no respiraba, sobre el avión de Philip, debajo de aquellas burbujas de aire giratorias.

¿En qué estaba pensando ahora? No en Glastonbury ni en la muerte. Estaba tendido en la hierba verde primaveral del parque de Montacute y una Dulzura encarnada que era su hija y, sin embargo, no lo era, corría a su encuentro con los brazos abiertos.

El hecho de que estuviera en su poder levantarse y encontrarse con esa figura y sentir mientras la abrazaba que estaba abrazando la Vida misma, era sin duda el resultado de lo que había visto –el Grial bajo su quinta forma– en la cima de la colina de Gwyn–ap–Nud.

A diferencia de la experiencia de su patrón y amigo, el Expulsor de Northwold, la conciencia del alma de Bloody Johnny sufrió una suspensión total después de que su cuerpo muriera. El autor de este libro desconoce si esta suspensión

sobrevivió a su entierro en el cementerio de Wells Road, que tuvo lugar inmediatamente después de la inundación, y si sobrevivirá a la vida de este planeta y de todas las demás burbujas de sustancia material que el torrente de la Vida arroja.

Sin embargo, es cierto que el señor Geard no se equivocó cuando decidió que sumergirse en la amargura de la muerte para ganar más vida era una acción que al menos destruiría lo que había encontrado tan perjudicial para su espíritu en las debilidades de su carne. Ya se habían ido para siempre, se habían ido como su propio aliento, las burbujas que habían flotado alegremente en el lugar donde se había hundido.

Sobre los fragmentos del puente de Philip, sobre aquel viejo montículo del Lake Village, con las figuras del anciano agachado y del animal asustado, sobre la gran masa de aguas arremolinadas, flotaban, se desvanecían, se disolvían, las visiones moribundas del hombre ahogado.

Por encima de la creciente inundación se alzaba aún el arco de la torre rota de la abadía en ruinas, se alzaba aún la torre del Bautista, se alzaba aún la torre del Arcángel.

Éstas permanecen, soportando este diluvio, como habían soportado otros; pero el día del juicio final también debe llegar finalmente para éstas. Son torres, como las de Roma y Jerusalén, construidas para asaltar el Infinito, para sitiar el

Absoluto, pero sujetas como aquellas otras a los choques del tiempo y de las casualidades.

La gran diosa Cibeles, cuya frente está coronada con las Torretas de lo Imposible, se mueve a través de las generaciones de un crepúsculo a otro; y su largo viaje de culto en culto, de santuario en santuario, de revelación en revelación, no tiene fin. Las montañas han caído sobre muchos de sus templos. Las profundidades del Atlántico y del Pacífico han reunido a otros en su oscuro y monstruoso cieno en el fondo del mundo. Las tormentas de arena arrasadoras del desierto han enterrado a no pocos. Algunos se han perdido en los bosques inexplorados del nuevo hemisferio. Los días de los años de la vida de los hombres son como hojas en el viento y como ondas en el agua; pero dondequiera que se mueva la Diosa que sostiene la Torre, viajando de una locura de Fe a otra, estos pináculos de desesperación se alzarán de nuevo.

Los constructores de Stonehenge han perecido, pero hay quienes aún adoran sus piedras. Los constructores de Glastonbury han perecido, pero hay personas que aún viven entre nosotros cuyos ojos han visto el Grial. Las costillas de nuestra antigua tierra están plagadas de devociones desesperadas; sus cavernas huecas están excavadas con aseveraciones frenéticas; y el final aún no ha llegado.

Las Torres de Cibeles se mueven todavía en la oscuridad, de culto en culto, de revelación en revelación. Hechas de un

material más duradero que el granito, más antiguo que el basalto, más duro que el mármol y, sin embargo, tan insustanciales como el misterio más etéreo del pensamiento, estas Torres de la Madre viajera todavía perturban los sueños de los hombres con su tembloroso ascenso. Encorvadas bajo la desolación de la futilidad, devoradas por el gusano de la desesperación, estas trágicas Torres todavía se alzan desde la superficie de nuestro glaciar, todavía se balancean desconsoladamente en el viento de su órbita; todavía brillan frías y blancas bajo sus lunas recurrentes.

Los Philip Crows de este mundo construyen sus nuevos caminos y sus puentes; pero Ella, la antigua Portadora de la Torre, no sigue uno ni cruza el otro. Se mueve por caminos diferentes a los que están hechos para las máquinas del tráfico. Las naves del aire giran cuando se acercan a ella. Las invenciones de los hombres la tocan; alrededor de su cabeza en forma de torreta sopla el aliento de lo que está más allá de la vida, de la tierra más allá de la muerte; y nadie, excepto aquellos que están comprometidos y ajustados como ella, perciben sus idas y venidas.

Los poderes de la razón y de la ciencia se reúnen en la fuerte luz del Sol para abatirla.

Pero ella se levanta cada vez más, pasando de las nieblas del alba a las nieblas del crepúsculo, atravesando el mediodía como la sombra de un eclipse y la media noche

como una trompeta que no ha sonado, hasta que encuentra la tierra que la ha llamado y el pueblo cuyo corazón sólo ella puede llenar.

Porque las torretas de dominio sobre la cabeza de Cibeles están hechas de esos extraños segundos pensamientos de todos los nacidos dos veces en el mundo: los pensamientos liberados de los hombres cuando regresan de su trabajo y los pensamientos meditativos de las mujeres cuando se detienen en medio de su obra. Los poderes de la razón pueden contar los Sones de Stonehenge y adivinar el origen del Grial de Gloucestershire; pero no pueden explicar el misterio de uno ni plantear la pregunta mágica requerida del otro.

Ningún hombre ha visto a Nuestra Señora de las Torretas mientras Ella vuela sobre la tierra, desde la oscuridad hasta el crepúsculo; pero esos torretas de Ella son los nacimientos de una generación oculta, criada en delirio de la Materia, en el Destino y en desafío del conocimiento cruel y de la mente desesperada.

Los hombres pueden destruirlos, negarlos, derribarlos. Pueden conducir sus motores a través de las ruinas de Glastonbury y volar aviones sobre las colinas de Stonehenge.

Aún con la fuerza de la Dimensión Desconocida, el secreto de estos lugares se transmite a los no nacidos, sus oráculos a los hijos de nuestros hijos.

Porque Aquella a quien los antiguos llamaban Cibeles es en realidad aquella Fuerza bella y terrible por la cual las Mentiras de la gran Naturaleza viva dan origen a la Verdad que ha de ser.

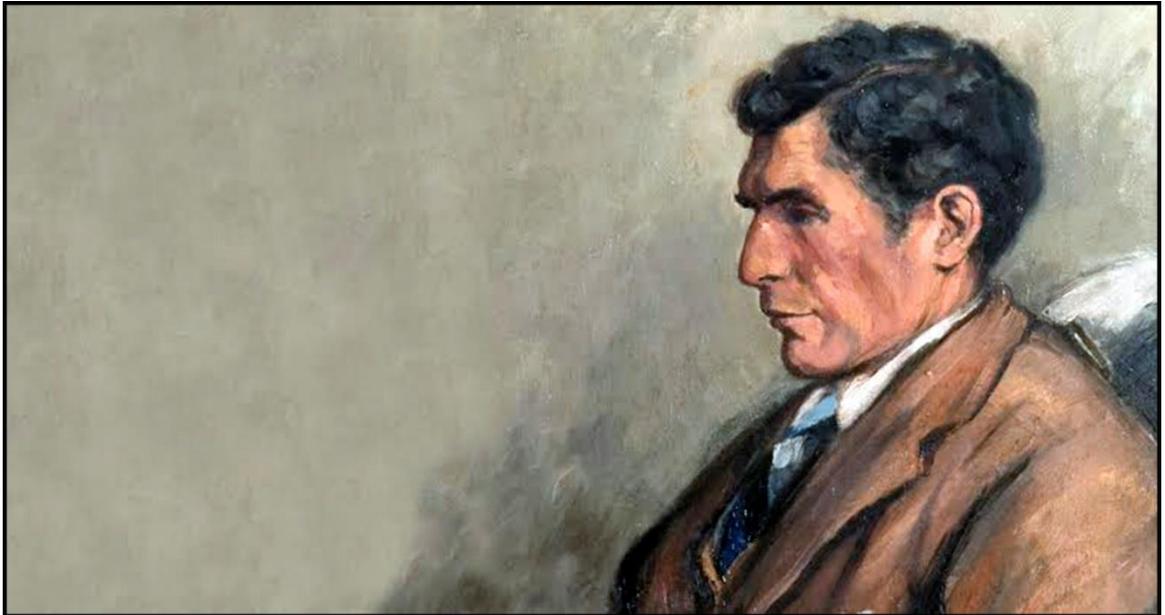
Desde lo Atemporal ella descendió al tiempo. Desde lo Innominado ella descendió a nuestros símbolos humanos.

A través de todos los balbuceos de extrañas locuacidades y de los sonidos de oscuras invocaciones, ella todavía mantiene en alto su causa; la cueva de lo invisible contra lo visible, de lo débil contra lo que no lo es, de lo que no es y sin embargo es, contra lo que es y no es.

Así permanece ella; sus torres siempre en pie, siempre en alza.

Nunca o siempre.

FIN



ACERCA DE JOHN COWPER POWYS

Elinore Blaisdell

John Cowper Powys fue un prolífico novelista, ensayista, escritor de cartas, poeta y filósofo, y un escritor de enorme alcance, complejidad, profundidad y humor. Poderoso orador, pasó más de treinta años como conferenciante

itinerante en los Estados Unidos, tiempo durante el cual escribió sus primeras cuatro novelas. En 1930 se retiró al norte del estado de Nueva York y se dedicó a escribir a tiempo completo: fue aquí donde produjo obras maestras como su *Autobiografía*, *Un romance de Glastonbury* y *Weymouth Sands*. Regresó a Gran Bretaña en 1934, estableciéndose en el norte de Gales en 1935, donde escribió las novelas históricas *Owen Glendower* y *Porius*, los estudios críticos de Rabelais y Dostoievski, y *The Brazen Head* y otras fantasías inventivas. Otras novelas notables son *Wolf Solent* y *Maiden Castle*. todas ellas son ricas en caracterización, análisis psicológico y evocación de lugares. *Los placeres de la literatura* demuestra la amplitud de sus intereses literarios, *El significado de la cultura* y *En defensa de la sensualidad* la inmediatez de su pensamiento.

Un romance de Glastonbury (1932)

'Al sonar las doce del mediodía de un día 5 de marzo, se produjo, en un radio causal de la estación de trenes de Brandon y, sin embargo, más allá de los pozos más profundos de vacío entre los sistemas estelares más remotos, una de esas ondas infinitesimales en el silencio creador de la Primera Causa que siempre se producen cuando una agitación excepcional de conciencia elevada agita a cualquier organismo vivo en el universo astronómico. Algo pasó en ese momento, una onda, un

movimiento, una vibración, demasiado tenue para ser llamada magnética, demasiado subliminal para ser llamada espiritual, entre el alma de un ser humano particular que estaba saliendo de un vagón de tercera clase del tren de las doce y diecinueve de Londres y el alma divino-diabólica de la Primera Causa de toda vida.'

John Cowper Powys ha sido aclamado por algunas de las mentes más brillantes del siglo pasado, desde Henry Miller («mi primer ídolo viviente») hasta George Steiner («el más importante de la ficción inglesa después de Hardy») y Robertson Davies («un gran escritor»). A *Glastonbury Romance*, publicada por primera vez en 1932, es considerada por muchos como su obra maestra, una novela épica de tremenda fuerza acumulativa e intensidad lírica. En ella, explora el ethos místico y espiritual de la pequeña ciudad inglesa de Glastonbury y el efecto que sobre sus habitantes tiene una tradición mítica del pasado más remoto de la historia humana: la leyenda del Grial. La rica iconografía de Powys entrelaza lo antiguo con lo moderno, lo histórico con lo legendario y la imaginación dentro del hombre con el mundo natural fuera de él para crear un libro de asombroso alcance y belleza.

«Una novela verdaderamente extraordinaria. Se destaca de una manera realmente asombrosa entre la gran masa de ficción actual: un verdadero terremoto, desconcertante, si se quiere, chocante, incluso exasperante, pero incontestablemente grandioso... Es un gran libro, un libro importante».

The Times

«La única novela escrita por un escritor inglés que puede compararse con las ficciones de Tolstoi y Dostoyevski».

George Steiner, *The New Yorker*

«El libro del siglo».

Margaret Drabble, *The Telegraph*

«John Cowper Powys es un escritor que cambia la forma en que vemos el mundo».

Michael Henderson, *The Telegraph*